«Uno de los libros recientes más importantes sobre la Primera Guerra Mundial y, sin duda, uno de los mejores». *The Guardian*

Alexander Watson

EL ANILLO DE ACERO

ALEMANIA Y AUSTRIA-HUNGRÍA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Lectulandia

Agosto de 1914, Alemania y Austria-Hungría lanzan sus ejércitos a la guerra con resolución inquebrantable, convencidas en que la justicia estaba de su lado y confiadas en una veloz y decisiva victoria. Apenas un mes después, la feroz embestida de Alemania se había atascado en el oeste al tiempo que Austria-Hungría sufría catastróficas pérdidas en el este. El sueño de una rápida victoria se tornaba en pesadilla a una escala nunca antes soñada que desgarraría los campos, incendiaría los cielos y sacudiría los mares de la vieja Europa. Para las Potencias Centrales la guerra se convirtió en un monstruoso asedio, estranguladas por el implacable bloqueo británico que abocaba a sus pueblos a la inanición y emasculaba su esfuerzo bélico, y rodeadas de enemigos más poderosos y numerosos. Un anillo de acero que se ceñía inexorablemente sobre sus gargantas.

En esta magistral y multipremiada relectura de la Primera Guerra Mundial desde la perspectiva de las Potencias Centrales, Alexander Watson, autor del celebrado *La fortaleza*, pone al lector en la piel de sus perdedores, tanto de los líderes de Berlín y Viena, como especialmente de los pueblos de Europa central para, a través de sus experiencias individuales y colectivas, hacernos partícipes de sus padecimientos pero también dejar patente la movilización y aquiescencia, más o menos entusiasta, del grueso de la sociedad para llevar a cabo esta primera «guerra total» hasta sus últimas consecuencias. Así, en su libro Watson explora cómo se consiguió y mantuvo el consenso para desatar y sostener la guerra, cómo el propio devenir de la misma fue germen de radicalización de sus sociedades y cómo estas se fragmentaron, desatando los conflictos de clase y étnicos que precipitaron el colapso político y que inocularían un venenoso legado de amargura y violencia que tendría un corolario funesto menos de dos décadas después.

El anillo de acero es, por tanto, una imprescindible reevaluación militar, política, económica, social y cultural de la Primera Guerra Mundial, esencial para cualquiera que desee comprender el último siglo de la historia europea.

Alexander Watson

El anillo de acero

Alemania y Austria-Hungría en la Primera Guerra Mundial

ePub r1.0
Titivillus 21.07.2025

Título original: *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I*
Alexander Watson, 2014
Traducción: Javier Romero Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Por la naturaleza de la red, puede que algunos de los vínculos a páginas web en el libro ya no sean accesibles.

Índice de contenido

El anillo de acero
AGRADECIMIENTOS
Mapas
INTRODUCCIÓN
- 1
- DECISIONES BÉLICAS
  - Los conspiradores
  - Guerra por la existencia
  - Un riesgo mal calculado
  - Guerra mundial
- 2
- MOVILIZAR AL PUEBLO
  - Magnicidio
  - La crisis de julio
  - Movilización
- 3
- LA GUERRA DE LAS ILUSIONES
  - Planes bélicos
  - El frente occidental
  - La guerra de los Habsburgo
- 4
- GUERRA DEFENSIVA
  - Invasión
  - Allenstein
  - Atrocidades rusas
  - Guerra racial
  - La vida en la Gran Rusia
  - «Bocas indeseables»
- 5
- EL CERCO
  - La larga guerra
  - Una guerra de amor
  - Alemania contra Gran Bretaña
  - Las guerras locales de Austria-Hungría
- 6
- SEGURIDAD PARA SIEMPRE
  - Mitteleuropa

Utopías del este
7
CRISIS EN EL FRENTE
Sangre
Grognards
Verdún
La ofensiva Brusílov
El Somme
Consecuencias
8
PRIVACIONES
Sufrimiento y penurias
Las causas del desabastecimiento
La (mala) gestión de la escasez
Sociedades devastadas
9
REMOVILIZACIÓN
El tercer OHL
El programa Hindenburg
Trabajos forzosos
Los territorios ocupados
10
U-BOOTE
La peor decisión de la guerra
La campaña submarina sin restricciones
El triste epílogo de las armas maravillosas
11
IDEAS PELIGROSAS
Regímenes reaccionarios
Ir a por todas
La oposición
12
LA PAZ DEL PAN
Brest-Litovsk
Adiós a Galitzia
Las Fuerzas Armadas de los Habsburgo
13
EL HUNDIMIENTO
La última oportunidad
Derrota
Revolución
EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA
- Abreviaturas
- Archivos
- Fuentes primarias publicadas
- Fuentes secundarias impresas
- Tesis doctorales inéditas

Imprenta
Galeria de imágenes
Sobre el autor
Notas

Para Ania.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribía este libro, he sido el beneficiario de muchos actos de gran bondad. Mi primer agradecimiento es a David Stevenson por recomendarme a Penguin para escribir el libro y a Niall Ferguson, que me enseñó mucho de lo que sé acerca de escribir historia. Estoy muy agradecido a mis editores, Simon Winder y Lara Heimert. Simon me sugirió la emocionante idea de una historia de la guerra desde la perspectiva de las Potencias Centrales y desde mi primera propuesta de libro ha sido una fuente de inspiración y crecimiento. De Lara recibí comentarios inmensamente valiosos, que mejoraron sobremanera mi manuscrito. Ambos han mostrado niveles sobrehumanos de paciencia y comprensión.

Durante los últimos seis años he tenido la suerte de trabajar en tres excelentes instituciones, la Cambridge University, la Uniwersytet Warszawski y Goldsmiths, University of London. Mis colegas allí y en otros lugares me han apoyado muchísimo. Agradezco especialmente a Bernhard Fulda sus numerosas y estimulantes conversaciones, su hospitalidad en Berlín y, sobre todo, su lectura y sus comentarios detallados acerca de la mayor parte del manuscrito con muy poca antelación. Otros amigos y colegas también fueron generosos con su tiempo. Jonathan Gumz, Stephan Lehnstaedt y Richard Grayson leyeron y proporcionaron comentarios incisivos en capítulos concretos. Doy las gracias a Piotr Szlanta por ayudarme a integrarme en la vida académica de Varsovia y a Philipp Stiasny por proporcionar material de películas y por ser siempre un anfitrión tan generoso y eufórico cada vez que visito Berlín. Anatol Schmied-Kowarzik también me envió amablemente material. John Deak me enseñó a orientarme a través del laberinto de archivos en el Österreichisches Staatsarchiv y Tim Buchen me señaló la dirección de valiosas fuentes de Jerusalén. En Goldsmiths estoy muy agradecido a Jan Plamper, Richard Grayson y Stephen Pigney por reprogramar la enseñanza y buscarse problemas para que pudiera terminar mi manuscrito. Más en general,

quiero dar las gracias a Heather Jones, Holger Afflerbach, Peter Holquist, Nathaniel Wood, Alan Kramer, John Horne, Jens Boysen, Julia Eichenberg, Jonathan Boff, Jarosław Centek, Brian Feltman, Tom Weber y Hugo Service por las conversaciones que han ayudado a dar forma a mi visión de la Primera Guerra Mundial, especialmente la experiencia de la misma en Europa centrooriental. Por último, doy las gracias a los insignes colegas que me han apoyado en momentos cruciales durante la última década, especialmente a sir Hew Strachan, Christopher Clark, sir Richard Evans, Richard Bessel y Tomasz Kizwalter.

La investigación de este libro no podría haberse realizado sin el apoyo y las oportunidades ofrecidas por los organismos de financiación. Una beca posdoctoral de la British Academy me mantuvo en la Cambridge University entre 2008 y 2011, una experiencia que valoro como una de las más emocionantes e intelectualmente estimulantes de mi vida. Los fondos de investigación que vinieron con la beca permitieron visitas a archivos en Polonia, Austria y Alemania. Entre 2011 y 2013 obtuve una séptima beca intraeuropea del Framework Programme Marie Curie Intra-European Fellowship (núm. PIEF-GA-2010-274914). El trabajo que emprendí fue para un proyecto diferente, pero todavía sigo estando en deuda con la Comisión Europea. Hay pocas oportunidades para que un académico británico pase dos años al otro lado de Europa y sin esta subvención habría sido mucho más difícil mejorar mis habilidades lingüísticas polacas e imposible obtener la misma familiaridad con las excelentes bibliotecas de Polonia y archivos superlativamente organizados y almacenados. Tampoco habría tenido la oportunidad de trabajar en el Wydział Historii Uniwersytetu Warszawskiego, una experiencia que me enseñó mucho y me hizo mejor historiador. Estoy sinceramente agradecido. Por último, doy las gracias al Institute of Historical Research in London por el Scouloudi Historical Award. En 2008 se financió la investigación preliminar en torno a archivos.

Hay dos grupos de profesionales a los que debo mi agradecimiento. Los primeros son archiveros. Para escribir este libro utilicé material de archivos en cinco países. Estoy muy agradecido al personal de la Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart; el Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde; el Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg; el Deutsches Tagebucharchiv, Emmendingen; el Geheimes Staatsarchiv Preßuischer Kulesitz, Berlín; el Generallandesarchiv Karlsruhe; el Hauptstaatsarchiv Dresden; el Hauptstaatsarchiv Stuttgart; el Hessisches Hauptstaatsarchiv, Wiesbaden; el Österreichisches Staatsarchiv; el Archivo Central de Historia del Pueblo

Judío, Jerusalén; el Archiwum Archidiecezjalne w Poznaniu; el Archiwum Narodowe w Krakowie; el Archiwum Państwowe w Katowicach: Oddział w Raciborzu; el Archiwum Państwowe w Olsztynie; el Archiwum Państwowe w Poznaniu; el Archiwum Państwowe w Toruniu; la Biblioteka Narodowa, Varsovia; y el Imperial War Museum y National Archives de Londres. Además, me gustaría dar las gracias al siempre amable y servicial personal del Archive of Modern Conflict, Londres; el Muzeum Historyczne Miasta Krakowa; el Muzeul National Brukenthal, Sibiu; y el Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena, por proporcionar muchas de las fotografías de este libro.

El segundo grupo son las personas que ayudaron a preparar y que produjeron el libro. Rumen Cholakov encontró y tradujo material de fuentes búlgaras para mí. Mi agente, Andrew Kidd, me guio por el mundo editorial. En Penguin, Richard Duguid supervisó el proceso de producción. Muchas gracias a los equipos de Penguin y Basic Books, en especial a Marina Kemp y Leah Stecher. También estoy muy agradecido a mi editor, Richard Mason, por ser tan exigente en sus correcciones de mi texto.

Uno de los puntos de este libro es la importancia de la familia y sé lo afortunado que soy con la mía. Mi madre y mi padre, Susan y Henry, y mi hermano Tim siempre han sido un apoyo inmenso y les estoy muy agradecido por su amor y aliento durante la escritura de este libro. Ellos y otros parientes cercanos, tía Judy, Peter y Jana, aguantaron con paciencia y humor el largo periodo en el que estaba «terminando» este libro. Agradezco especialmente a Lindsey y Caley su comprensión. También estoy agradecido a mis familiares en Polonia. Alfred y Wiesia Czogała siguieron el progreso del libro con entusiasmo y ofrecieron un hogar amoroso desde su casa en el sur. Wojtek y Marysia Burkiewicz y sus hijos Mateusz, Michał y Marcin me cuidaron durante mi estancia en Varsovia.

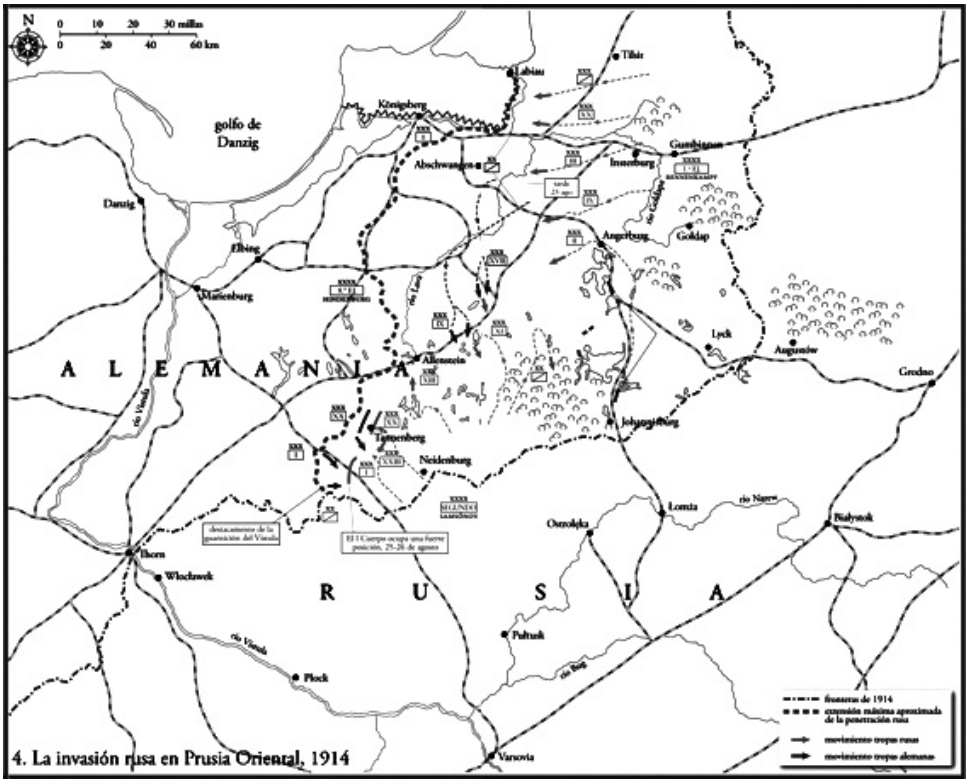
El último agradecimiento, a mi mujer y a mi hija, es el más importante. Mi hija, Maria, llegó en los meses finales de la escritura de este libro y cada día de su vida trae inmensa alegría y nuevo significado a la mía. A mi esposa, Ania; simplemente, no podría haber escrito esto sin ti. Gracias por tu amor, tu comprensión y tu paciencia y gracias por mantener un sentido de perspectiva cuando estaba perdiendo el mío.

Ania, te dedico este libro con todo mi amor.

N
0 300 millas
0 500 km
perímetro aproximado del «anillo de acero», 1916
elemento neutral en el anillo
océano Atlántico
mar del Norte
mar Báltico
mar Negro
mar Mediterráneo
mar Egeo
canal de la Mancha
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
San Petersburgo
ESTONIA
LIVONIA
CURLANDIA
LETONIA
LITUANIA
Moscú
RUSIA
DINAMARCA
Dublín
REINO UNIDO
Londres
Kiel
Hamburgo
PRUSIA ORIENTAL
Danzig
Allenstein
RUSIA BLANCA
Berlín
Posen
Varsovia
Brest-Litovsk
Kiev
Járkov
PAÍSES BAJOS
La Haya
Potsdam
ALEMANIA
POLONIA DEL CONGRESO
Chelm
Praga
BOHEMIA
Cracovia
GALITZIA
UCRANIA
BÉLGICA
LUXEMBURGO
París
Stuttgart
Múnich
Viena
AUSTRIA-HUNGRÍA
Budapest
Odesa
CRIMEA
Sebastopol
FRANCIA
SUIZA
TIROL
ESTIRIA
Trieste
Zagreb
Rijeka
BOSNIA-HERZEG.
Sarajevo
RUMANIA
Bucarest
Belgrado
SERBIA
BULGARIA
Sofía
ITALIA
MONTENEGRO
ALBANIA
Roma
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
PORTUGAL
Lisboa
Madrid
ESPAÑA
GRECIA
Atenas
MARRUECOS ESPAÑOL
MARRUECOS (Francia)
ARGELIA (Francia)
TÚNEZ (Francia)
CHIPRE (Reino Unido)
LIBIA (Italia)
EGIPTO (Reino Unido)
1. Europa

2. El frente oeste

N
San Petersburgo
Tsarskoye Selo
golfo de Finlandia
ESTONIA
mar
Báltico
Pskov
LETONIA
CUR
LAN
DIA
Avances alemanes
sept.-oct. de 1917
Daugavpils
río Daugava
LITUANIA
Smolensko
Memel
Kaunas
Lago Narach
Königsberg
Vilna
Línea del Tratado
de Brest-Litovsk
marzo de 1918
Gumbinnen
Insterburg
Minsk
Danzig
PRUSIA
ORIENTAL
ALEMANIA
Allenstein
Białystok
R U S I A
Thorn
río Bug
río Vistula
Posen
Varsovia
Brest-Litovsk
Línea del frente
30 sept. 1916
Lublin
Chelm
Łódź
POLONIA
Kiev
río Dniéper
Breslavia
Kraśnik
Lutsk
Avances rusos
verano de 1916
río Oder
Komarów
SILESIA
río San
Leópolis
Brody
Cracovia
Tarnów
Przemysl
río Dniéster
Limanowa
GALITZIA
Gorlice
Chernovtsi
UCRANIA
montes Cárpatos
AUSTRIA-HUNGRÍA
BUCOVINA
Viena
Budapest
río Danubio
río Tisza
Línea del frente
18 sept. de 1914
mar
Negro
RUMANÍA
0
200 millas
0
300 km
3. El frente del este



4. La invasión rusa en Prusia Oriental, 1914

RUSIA
N
río Dniéster
Viena
río Danubio
Budapest
río Prut
BESARABIA
Iaşi
Odesa
AUSTRIA-HUNGRÍA
TRANSILVANIA
Sibiu
CROACIA-ESLAVONIA
Timisoara
Focşani
río Sava
Sabac
Belgrado
RUMANÍA
Ploieşti
Cer
Bucarest
BOSNIA-
HERZEGOVINA
río Morava
DOBRUJA
Sarajevo
Constanza
río Danubio
mar
Negro
SERBIA
Niš
MONTE-
NEGRO
Sofia
mar
Adriático
Cetinje
Escútari
BULGARIA
KOSOVO
Constantinopla
ALBANIA
Monastir
mar de
Mármara
ITALIA
MACEDONIA
Salónica
IMPERIO OTOMANO
Vlorë
Corfú
GRECIA
mar
Egeo
Esmirna
Atenas
mar Mediterráneo
Creta
0
200 millas
0
300 km
línea del frente de Salónica, noviembre de 1914
línea del frente de Salónica, agosto-septiembre de 1918
5. Los Balcanes

6. *Ober Ost* y Polonia

INTRODUCCIÓN

> La Guerra Mundial de 1914-18 fue en todo punto diferente a casi todas las contiendas anteriores […] fue una guerra por la existencia, una guerra popular en el sentido más pleno.
>
> *Erich Ludendorff*[1]

La Primera Guerra Mundial está considerada, desde hace mucho tiempo, «la gran catástrofe fundacional» del siglo XX.[2] Movilizó a 70 millones de hombres en sus cuatro años y cuatro meses de furiosa conflagración. Murieron casi 10 millones de personas. Se destruyeron comunidades y se desplazaron poblaciones. El odio, el rencor y la amargura consumieron a los contendientes. La Europa centro-oriental fue el epicentro de este desastre. Alemania y Austria-Hungría, los dos Estados que abarcaban dicha región, fueron los instigadores y los perdedores del conflicto. Juntos, sufrieron un tercio de todos los muertos de la contienda.[3] Ninguna otra sociedad sacrificó más o perdió tanto. Si el conflicto de 1914-1918 fue la causa indudable de los males que atormentarían a Europa en el futuro —las dictaduras totalitarias, una segunda conflagración mundial y el genocidio—, esto se debió, por encima de todo, al profundo cambio que la guerra de 1914 provocó en las sociedades de Europa central. La clave del trágico curso de la historia moderna del continente radica en esta región, así como en los esfuerzos extraordinarios, los sacrificios vanos y las alteraciones, físicas y morales, que sus pueblos soportaron en 1914-1918.

El presente libro es la primera historia moderna que narra la Gran Guerra desde la perspectiva de las dos Potencias Centrales principales, Alemania y Austria-Hungría. Aspira a comprender el conflicto por medio de la visión de sus estadistas. No obstante, por encima de todo, este volumen es la historia de

sus pueblos. El corazón del presente relato radica en los temores, aspiraciones y calvarios que padecieron, desde los civiles haciendo cola para obtener comida en Viena y Berlín, los soldados que libraron los sangrientos combates del Somme o de la ofensiva Brusílov, o los marinos sometidos a la presión de la guerra subacuática. Los pueblos fueron un elemento central de este conflicto. El dinamismo y capacidad de transformación de la Primera Guerra Mundial derivó en gran parte de su condición de *Volkskrieg*, «Guerra Popular». Un mandatario conservador como el canciller germano Theobald von Bethmann Hollweg, turbado por la desaparición de las viejas guerras aristocráticas, con sus bajas reducidas y sus objetivos limitados, opinó que lo que definió esta lucha nueva y aterradora, su «rasgo más milagroso», fue «el poder inmenso del pueblo».[4] El compromiso popular atizó la violencia de la contienda y determinó su duración. Las Potencias Centrales movilizaron a sus poblaciones a una escala sin rival en Europa. En Alemania, 13 387 000 hombres, nada menos que el 86 por ciento de la población masculina del país entre los 18 y los 50 años, sirvió en las fuerzas armadas entre 1914 y 1918. Austria-Hungría le siguió a escasa distancia, con 8 millones de efectivos, alrededor del 78 por ciento de su reserva humana en edad militar.[5]

La situación estratégica de las Potencias Centrales determinó su experiencia bélica. Durante las hostilidades, Alemania y Austria-Hungría, junto con sus aliados, Bulgaria y el Imperio otomano, quedaron atrapados en un anillo de acero. Les rodeaba una coalición enemiga de enorme superioridad. Al este se extendía Rusia. En el norte, oeste y sur estaban Gran Bretaña, Francia, Italia y, más tarde, Estados Unidos, además de una multitud de naciones menores. Hacia el final de la guerra, sus enemigos controlaban el 61 por ciento del territorio del globo, el 64 por ciento de su Producto Interior Bruto de preguerra y comprendían el 70 por ciento de su población.[6] Las Potencias Centrales estaban aisladas del comercio con los neutrales. El bloqueo naval británico, que se hizo cada vez más implacable según progresaba la guerra, cerró el anillo. Los habitantes de la Europa central se imaginaban atrincherados y asediados en el interior de una gran fortaleza. Los millones de hombres movilizados eran necesarios para impedir la entrada al enemigo. De igual modo, esta guerra de sitio a escala masiva implicó a sociedades enteras. La movilización total y el bloqueo difuminaron la distinción entre combatientes y no combatientes. En esta guerra no solo lucharon hombres jóvenes, solteros y fuertes, sino también maridos, padres, hombres de mediana edad e incluso los más débiles. En el interior, las mujeres se hicieron cargo de los trabajos de los hombres movilizados, o bien

migraron a la industria armamentística en expansión. Los niños fueron movilizados para la cosecha y para recopilar elementos valiosos para el esfuerzo bélico. Estos civiles, lejos de ser meros auxiliares, se convirtieron en blancos y sufrieron el azote de las privaciones, la malnutrición, la enfermedad y el agotamiento. Muy pronto, vieron cómo la guerra permeaba todos los aspectos de su vida diaria; y no solo los combatientes de los frentes de batalla, sino también las familias que pugnaban por sobrevivir en el interior. Para los contemporáneos, tanto los moradores de las grandes metrópolis europeas como los de las remotas zonas rurales, la aterradora conflagración les pareció interminable, expansiva, omnipresente. Después de ocho meses de hostilidades, un polaco que vivía en el lado austriaco del frente oriental resumió el horror ubicuo que se había propagado por todo el continente: «Guerra en la tierra, en el suelo, en el agua, bajo el agua y en el aire […] una guerra que abarca círculos cada vez más grandes de la Humanidad».[7]

¿Por qué los pueblos de Austria-Hungría y Alemania resistieron tanto tiempo ante terribles penurias y una inferioridad numérica aplastante? Su determinación resulta aún más incomprensible si se tiene en cuenta que muy pocos historiadores actuales cuestionan la gran culpa de sus mandatarios en el inicio de la conflagración, o su agresiva búsqueda de objetivos bélicos. En parte, los pueblos no tuvieron otra opción. En el momento del estallido de la contienda, los ejércitos de la Europa central poseían poderes extraordinarios sobre la sociedad doméstica. Estados y fuerzas armadas disponían de herramientas efectivas de represión con las que imponer la censura, restricciones a las reuniones públicas y, en ciertos lugares, la ley marcial, para obligar a cumplir tales medidas.[8] Pese a ello, la coerción no basta en absoluto para explicar la prolongada predisposición de los pueblos a combatir, sufrir y sacrificarse. Tanto Austria-Hungría como Alemania eran *Rechtsstaaten*, «Estados de derecho», que durante el medio siglo precedente a la Primera Guerra Mundial garantizaron a sus súbditos libertades básicas y fomentaron sociedades civiles instruidas.[9] Si bien los derechos fueron suspendidos al comienzo de las hostilidades, la mentalidad e instituciones de la sociedad civil se mantuvieron y demostraron su indispensable valía para sostener una movilización exitosa. En Alemania, vieron muy pronto que no era posible librar en contra de la voluntad popular un conflicto europeo que implicara a ejércitos masivos de reclutas y requiriera una movilización casi total de la industria y la agricultura. Hacia finales de 1916, los líderes austriacos, que en un principio trataron de suprimir la opinión pública, descubrieron a sus expensas que el autoritarismo solo incrementaba la hostilidad y la resistencia.

Durante los dos últimos años de hostilidades, las dos Potencias Centrales cedieron más espacio, no menos, a la expresión pública, a pesar incluso del descontento creciente. La persuasión era crucial y la propaganda, el oscuro arte de guiar la opinión, cobró aún más importancia. Las ideas que podían inspirar a las masas se convirtieron en poderosas armas de guerra.[10]

El argumento central del presente libro es que el consenso popular fue indispensable para combatir la primera «guerra total» del siglo XX. Refiere cómo los pueblos de Alemania y Austria-Hungría soportaron, toleraron o se subordinaron al conflicto y de qué modo dicha participación cambió a estos pueblos y a sus sociedades. Tres hilos de fondo recorren las páginas de este volumen. El primero explora la forma en que se ganó y se mantuvo en Austria-Hungría y Alemania el consentimiento hacia la guerra. Muestra que la movilización nunca fue una simple orden de Estado a súbdito. Por el contrario, las instituciones de la sociedad civil, los funcionarios locales, activistas políticos, la Iglesia, los sindicatos y entidades benéficas intermediaron y gestionaron la asombrosa movilización espontánea que llevó a sus comunidades a la guerra en 1914-1915. Una vez empezó a flaquear el compromiso popular con la victoria, en 1916-1918, el relato explora la propaganda, de sofisticación creciente, que sirvió para modelar la visión de la contienda de militares y civiles y, de este modo, apuntalar su capacidad de resistencia. El libro demuestra que las penurias y horrores de la conflagración, lejos de minar la voluntad de combatir y resistir, no hicieron sino reforzarlas. El miedo y la ira, ya fuera justificada o exagerada, contra los beligerantes enemigos resultaron ser poderosas emociones movilizadoras, que se prolongaron hasta 1918 y mucho después.

En segundo lugar, el libro explica el modo en que la escalada de extrema violencia de 1914-1918 radicalizó las acciones y objetivos de guerra de Alemania y Austria-Hungría, así como explora las consecuencias de esa radicalización en dichas sociedades y en su esfuerzo bélico. En el momento del estallido de las hostilidades, tanto las poblaciones y, —con independencia de sus actos agresivos— los Gobiernos, estaban unidos en un consenso defensivo. Sin embargo, la incapacidad de los beligerantes de obtener una victoria decisiva en las campañas inaugurales frustró la expectativa de que el conflicto sería breve y de exclusivo carácter militar. El inicio del bloqueo naval británico, de dudosa legalidad con arreglo a la legislación internacional, pues definía la comida como «contrabando», amenazó a las poblaciones civiles de las Potencias Centrales con la inanición y expuso su extrema vulnerabilidad a un ataque económico. El libro muestra cómo, un cuarto de

siglo antes del imperio esclavista hitleriano, Alemania y Austria-Hungría respondieron al bloqueo con la explotación despiadada de los recursos alimentarios y humanos de los territorios que ocuparon en el este y el oeste. La nueva guerra económica animó a las élites gobernantes de Alemania y Austria-Hungría, parte de las cuales ya albergaba aspiraciones imperialistas, a considerar que la futura seguridad y estabilidad de sus Estados dependía del control permanente de tales recursos foráneos. Los objetivos oficiales de la contienda experimentaron una gran expansión y las élites castrenses y de negocios de Alemania comenzaron a ambicionar la construcción de un imperio en el este. Tales aspiraciones chocaron con el compromiso de la población general de defender las fronteras de preguerra y lograr una paz rápida que pusiera fin al sufrimiento. Esto dio lugar a una crisis de legitimidad del Estado: en última instancia, el pueblo retiró su consentimiento, lo que precipitó de ese modo el derrumbe político y el fin de la contienda.

El tercer hilo de fondo del libro es la trágica fragmentación social provocada por la Primera Guerra Mundial, una ruptura que no solo precedió y precipitó el desplome político, sino que persistió incluso después del renacimiento del orden estatal en Centroeuropa. Esta fragmentación asumió formas diversas en Alemania y Austria-Hungría, pues, si la primera era una nación Estado, la segunda era un imperio multinacional. En Austria-Hungría, los dirigentes iniciaron las hostilidades de 1914 en parte como medida desesperada contra sus endémicas disputas nacionalistas, que temían que deshicieran el imperio. En un principio, su arriesgada maniobra pareció efectiva, pues los pueblos se congregaron en torno a la bandera. Sin embargo, desde su mismo inicio, la contienda exacerbó sentimientos y rivalidades nacionales, que fueron inflamados aún más por la persecución de grupos étnicos «sospechosos», un aluvión de refugiados indeseables de las fronteras del este y del sur, falta de alimentos y propaganda de exiliados nacionalistas en alianza con las potencias adversarias. A medida que el Estado de los Habsburgo fue perdiendo poco a poco su legitimidad y las penurias bélicas empeoraron, los pobladores se refugiaron en sus comunidades nacionales. Antes incluso de la disolución formal del Estado, sus sociedades multiétnicas se sumieron en la violencia y los judíos fueron uno de sus principales objetivos. En Alemania, la escasez de guerra exacerbó el antisemitismo y, en las fronteras orientales, de carácter multiétnico, el conflicto racial. Sin embargo, su sociedad, dada la condición de estado Nación casi homogéneo, se fragmentó sobre todo en diferencias de clase. Tales tensiones clasistas se

vieron aún más potenciadas a partir de 1917 por los llamamientos a la anexión desde la derecha, y, desde la izquierda, por la ideología de las dos revoluciones rusas. Tras la derrota, las divisiones se ensancharon más todavía y engendraron un conflicto civil y nuevos partidos de extrema izquierda y de derecha radical.

El general Erich Ludendorff, el hombre que dirigió el esfuerzo bélico germano en 1914-1918, tenía razón cuando caracterizó esta contienda como «una guerra popular en el sentido más pleno». La gran implicación emocional y material de los pueblos alemán y austrohúngaro no solo posibilitó el sostenimiento de la lucha de las Potencias Centrales, sino que también garantizó que la derrota, cuando llegó, ejerciera un impacto catastrófico sobre sus sociedades. Las divisiones internas que surgieron durante la guerra definieron el caos que vino después: en Alemania, una revolución de izquierda derribó al Gobierno. En Austria-Hungría, la derrota vino acompañada de violencia étnica y fragmentación en nuevos Estados nacionales. La paz apenas supuso un breve respiro. A lo largo y ancho de la región, la guerra empobreció a los habitantes, despedazó comunidades multiétnicas y destruyó la fe en las estructuras estatales. Persistió la amargura por los sacrificios inútiles, las acerbas divisiones ideológicas, los odios raciales y una nueva predisposición a ejercer la violencia. A Europa central le esperaba un negro futuro.

1

DECISIONES BÉLICAS

Los conspiradores

«Nosotros empezamos la guerra, no los alemanes, y mucho menos la Entente… Que yo sepa». Con esta confesión inició sus memorias de julio de 1914 el barón Leopold von Andrian-Werburg, miembro del cerrado grupo de jóvenes diplomáticos que definió la política exterior de Austria-Hungría en los últimos años de paz. Andrian, en aquel tiempo cónsul general de los Habsburgo en Varsovia, pasaba sus vacaciones en Viena durante las tensas semanas posteriores al magnicidio de Sarajevo del 28 de junio de 1914, en el que perecieron, víctimas de terroristas serbobosnios, el heredero al trono austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, y su esposa Sofía, duquesa de Hohenberg. El 9 de julio, Andrian fue convocado al Ministerio de Exteriores para dar su consejo acerca de la posible reacción de Rusia ante una acción agresiva contra Serbia, el país que, creían los círculos gubernamentales, estaba detrás del crimen. Al mirar cuatro años atrás, Andrian, un hombre atormentado, aunque no arrepentido, describió la extraña euforia conspirativa que halló en el ministerio. El *chef de cabinet*, conde Alek Hoyos, de 36 años de edad, estaba en el centro del grupo y le recibió con

jovialidad; dos años más tarde, en 1916, Hoyos estuvo a punto de suicidarse porque pensaba, como confesó arrepentido a un confidente, que había sido el «verdadero iniciador de la guerra».[1] «Debemos informar a Andrian del secreto», exclamó. Se estaba gestando «una época totalmente nueva» y Serbia, «se tragaría su orgullo». Tras años de aislamiento, provocación y humillación, el venerable Imperio de los Habsburgo dejaría ser un espectador pasivo rodeado de depredadores. Todos los jóvenes diplomáticos coincidían con sus superiores en que la amenaza era mortal y que no había mucho tiempo. El miedo y la desesperación allanaron el camino a una euforia temeraria cuando, por fin, los líderes habsburgo optaron por dar una respuesta decisiva y violenta y empezar una guerra en los Balcanes.[2]

La Primera Guerra Mundial la iniciaron las pequeñas élites dirigentes. El pueblo no fue consultado. En el verano de 1914, los salones del poder de toda Europa rebosaban de desconfianza, temeridad, arrogancia y, por encima de todo, de miedo. Sin embargo, los líderes de Austria-Hungría eran una excepción, pues fueron los únicos que planearon, ya desde principios de julio de 1914, llevar a su país a la guerra. El conflicto que buscaban tras los asesinatos de Sarajevo era una guerra balcánica, no mundial, y trataron de provocarlo con asombrosa y obsesiva determinación. El ministro de Exteriores austrohúngaro, el conde Leopold von Berchtold, un hombre sensible cuya verdadera pasión era el arte y los caballos más que la política, y quien en el pasado no se había destacado por su firmeza, fue el principal impulsor de tales maquinaciones. Los jóvenes diplomáticos a sus órdenes y los militares le animaron a seguir. En la tarde del 30 de junio, dos días después de los asesinatos, el emperador Francisco José lo recibió en audiencia. El monarca, de 83 años de edad, no tenía una relación muy estrecha con su difunto sobrino. Aun así, Berchtold lo encontró dolido y conmovido. Ambos hombres acordaron que el tiempo para la «política de la paciencia» había terminado. Era necesario mostrar más dureza hacia Serbia.[3]

La red de alianzas y el equilibrio de poder de la Europa de 1914 hacía que cualquier agresión austrohúngara contra Serbia, diplomática o militar, estuviera cargada de peligros. De hecho, las relaciones entre los Habsburgo y Serbia eran hostiles desde 1903, cuando un golpe militar nacionalista llevó al trono a la dinastía Karadjordjević. El nuevo Gobierno y sus mandatarios, no contentos con liberar a su país de la condición de satélite habsburgo, empezaron a apoyar, a veces de forma encubierta y otras más abiertamente, la agitación a favor de la Gran Serbia, que aspiraba a arrancar al imperio multiétnico sus provincias sudeslavas. El coronel Dragutin Dimitrijević, el

poderoso jefe de inteligencia militar y fundador de la sociedad revolucionaria secreta *Ujedinjeje ili smrt!* [¡Unión o muerte!], facilitó el terrorismo en los territorios de los Habsburgo de Bosnia y Croacia y, aunque los investigadores austrohúngaros lo ignoraban, organizó el complot para asesinar al archiduque Francisco Fernando.[4] Sin embargo, el pequeño Reino de Serbia contaba con el respaldo de la poderosa Rusia, el principal competidor en los Balcanes del Imperio de los Habsburgo. Rusia tenía una estrecha alianza con Francia y, desde 1907, con Gran Bretaña, aunque menos firme: era la «Triple Entente». Cualquier disputa entre el Imperio y Serbia implicaría de inmediato a esas grandes potencias. Berchtold sabía que para tener manos libres contra el país que creía —carecía de pruebas sólidas— que había planeado matar al heredero austriaco necesitaba sumar a su conspiración a los alemanes, el único aliado fiable del Imperio austrohúngaro y principal potencia bélica de Europa. El 5 de julio, Alek Hoyos fue a Berlín a solicitar su apoyo. Llevaba dos documentos. El primero era una carta de Francisco José para el káiser Guillermo II. Redactada por el Ministerio de Exteriores de los Habsburgo, advertía de que la «agitación criminal» de Serbia no podía «quedar sin castigo». El segundo era un sombrío memorando acerca de la situación estratégica de las Potencias Centrales. Escrito por orden de Berchtold poco antes del magnicidio de Sarajevo por un alto cargo del ministerio, el barón Franz Matscheko, fue revisado a toda prisa después de los asesinatos para darle un tono más beligerante y enfatizar las inquietudes germanas. Subrayó la menguante influencia de los Habsburgo en los Balcanes y la necesidad de estrechar la alianza con Bulgaria, en lugar del secreto y poco fiable aliado de las Potencias Centrales, Rumanía. También se insistió en la agresividad creciente de la alianza franco-rusa, causa de aguda preocupación en Berlín. Una adenda advertía del peligro inmenso de «la agitación a favor de la gran Serbia, que no se detendrá ante nada» e, insinuando la necesidad de violencia, abogaba por una acción vigorosa. Ninguno de ambos documentos mencionaba abiertamente la guerra, porque, aunque Berchtold estaba decidido, el emperador todavía no se inclinaba de forma irrevocable por esta opción y el conde Tisza, el poderoso ministro presidente de Hungría, cuyo punto de vista no podía obviarse, se oponía. Para eludir sus dudas, Berchtold optó por elegir a Hoyos, un abierto partidario de la guerra con excelentes contactos en Berlín. El beligerante *chef de cabinet* se aseguraría de que los alemanes vieran que la Administración de los Habsburgo estaba decidida a ir a la guerra.[5]

Los alemanes dieron una respuesta positiva al mensaje de Hoyos. El káiser Guillermo era íntimo amigo de Francisco Fernando y estaba indignado por su muerte. La opinión del káiser, anotada a toda prisa en un reporte despachado por su embajador en Viena dos días después de los asesinatos, decía: «¡Debemos deshacernos de los serbios y de inmediato!».[6] El 5 de julio, Guillermo almorzó con el embajador de los Habsburgo, el conde Szögyényi, quien, tras ser informado por Hoyos, le entregó la carta y el memorando. Tras leer los documentos, el káiser ofreció su «pleno apoyo», aunque advirtió de que antes debía consultar con su canciller, Theobald von Bethmann Hollweg.[7] Al día siguiente, Szögyényi y Hoyos se reunieron con Bethmann. Según reportaron los diplomáticos a Viena, este les dijo que «sea cual sea nuestra decisión, siempre tendremos de nuestro lado a Alemania».[8] Con este tristemente célebre «cheque en blanco», los líderes germanos ofrecieron el apoyo diplomático imprescindible para un ataque habsburgo contra Serbia y abrieron el camino de la crisis internacional de finales de mes. Lo crucial es que lo hicieron con pleno conocimiento de que podría provocar, tal y como observó Guillermo II tras leer la carta de Francisco José, «una importante complicación europea». El subsecretario alemán de Asuntos Exteriores, Arthur Zimmermann, que almorzó con Hoyos el 5 de julio, estimó un riesgo del «90 por ciento de guerra europea si ustedes emprenden algo contra Serbia».[9] Aun así, una vez Guillermo se reunió con el canciller, Zimmermann y sus asesores militares esa misma tarde, sus preocupaciones se disiparon. Tanto el canciller como el ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, dudaban de que los austrohúngaros fueran en serio. Además, los líderes germanos coincidían en que, incluso si su aliado emprendía una acción decisiva, Rusia no intervendría.[10] Los alemanes se limitaron a dejar toda la iniciativa en manos de Viena. En su reunión con Hoyos y Szögyényi del 6 de julio, el canciller insistió en que la decisión final recaía por completo en Austria-Hungría. La única preferencia que transmitió fue que, si se consideraba necesario tomar acciones militares, estas debían iniciarse más pronto que tarde.[11]

La respuesta germana reforzó la posición de Berchtold en la reunión del Consejo Común Ministerial del 7 de julio, lo más cercano a un gabinete gubernamental que tenía Austria-Hungría. Berchtold, que presidió la sesión, presionó desde el principio a favor de una «demostración de fuerza [que] ponga fin, de una vez por todas, a las intrigas de Serbia». El ministro presidente de Austria, el conde Stürgkh, y los ministros de Finanzas y de Guerra imperiales, Leon Biliński y Alexander von Krobatin, se mostraron

partidarios de la guerra con Serbia. La única voz discordante siguió siendo la del ministro presidente de Hungría. Tisza pudo vetar un ataque inmediato contra Serbia, aunque esto fue una victoria vacía, pues el Ejército de los Habsburgo había dado permiso a tal cantidad de soldados para la cosecha veraniega que, de todos modos, lanzar una ofensiva era un imposible. En lugar de esto, Tisza sugirió presentar un ultimátum y admitió que las exigencias «debían ser duras». Sin embargo, en su resumen de la reunión, Berchtold añadió un matiz beligerante a lo acordado. Aunque reconoció «diferencias de opinión», insistió en que «a pesar de ellas, se ha llegado a un acuerdo, dado que la propuesta del *premier* húngaro conducirá, con toda probabilidad, a la guerra con Serbia, cuya necesidad es comprendida y admitida por el ministro de Hungría y por todos los demás miembros del Consejo».[12] El ministro de Exteriores de los Habsburgo tenía la certeza de que se llegaría a la guerra, pues la tarea de redactar el ultimátum recaía en su ministerio, si bien el Consejo lo revisaría después. Berchtold hizo saber que lo redactaría para provocar una contienda: el 10 de julio, comunicó con toda franqueza al embajador alemán que estaba «considerando las exigencias que podía poner, de modo que a los serbios les resulten en todo punto imposibles de aceptar». Sus instrucciones al embajador imperial en Serbia, el barón Von Giesl, que estaba en Viena el día del Consejo y fue a verle a su conclusión, fueron aún más contundentes: «Sea cual sea la reacción de los serbios, debe romper relaciones y marcharse. Hay que llegar a la guerra».[13]

El rasgo más desconcertante del proceso de toma de decisiones de los mandatarios habsburgo es la facilidad con la que plantearon una guerra. Apenas una semana y media después del magnicidio de Francisco Fernando, las fuerzas armadas y todos los ministros civiles, a excepción de Tisza, abogaban por la invasión de Serbia; de hecho, la mayoría optó por ello tan pronto como tuvo noticia de los asesinatos.[14] Ignoremos el hecho de que no fue hasta el 13 de julio, seis días después de la reunión del Consejo Común Ministerial, cuando el investigador encargado de determinar la participación de Belgrado en el complot presentó su informe; solo pudo alegar una vaga «culpabilidad moral», no complicidad o responsabilidad por parte del Gobierno serbio.[15] Dejemos de lado también el dudoso carácter ético de iniciar un conflicto bélico, aunque breve, con todo el sufrimiento y pérdida de vidas inocentes que ello conlleva, en respuesta al mero asesinato de una pareja regia. Si se analiza desde el estricto punto de vista de la política de poder, invadir Serbia era una decisión muy peligrosa, porque se corría el riesgo de provocar a Rusia, cuyo Ejército permanente era tres veces más

grande que el de Austria-Hungría.[16] Berchtold sabía que la humillación de Serbia causaría una profunda inquietud al coloso oriental, pues, tal y como le explicó alegremente el 14 de julio a Francisco José, esta asestaría «un golpe al prestigio ruso en los Balcanes».[17] Los ministros también eran conscientes de los riesgos, pues, en su reunión de una semana antes, invitaron a Franz Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor General, a que explicara sus planes bélicos. Conrad indicó que, si Rusia intervenía tras el estallido de la guerra con Serbia, podría modificar el dispositivo del Ejército de los Habsburgo para contrarrestarlo, siempre y cuando lo supiera no más tarde del quinto día de movilización. Confiaba, aunque no está claro si lo explicitó en la reunión, en que, con ayuda de Alemania, podría derrotar a Serbia y a Rusia. Con todo, dijo muchas cosas que deberían haber preocupado a los ministros. Disipó la ilusión de que Alemania pudiera proteger por sí sola la frontera nordeste del Imperio austrohúngaro, mientras el Ejército austrohúngaro combatía a los serbios en el sur. Advirtió de que parte de la provincia fronteriza de Galitzia podría ser invadida durante los primeros compases de la campaña. En el peor escenario, por fortuna improbable, de que el Imperio tuviera que enfrentarse a Rumanía y Montenegro, además de a Serbia y Rusia, las posibilidades de victoria, estimó el jefe del Estado Mayor General, «no eran favorables».[18]

Los dirigentes habsburgo ignoraron el enorme riesgo y prosiguieron sus preparativos bélicos con gran secreto. Les impulsaba una urgencia terrible: como Berchtold explicó el 7 de julio a sus colegas, el Imperio «no tenía tiempo». La inacción, no el conflicto armado, les parecía la mayor amenaza existencial. Incluso Tisza, que el 14 de julio aceptó ir a la guerra, admitió que «nos han puesto una soga al cuello y, si no la cortamos de inmediato, nos estrangularán en el momento propicio».[19] Con todo, pese a que los ministros, los militares y el emperador de Austria-Hungría habían alcanzado un consenso, no podían enfrentarse de inmediato a Serbia. Dos cuestiones obligaron a retrasarlo. Primero, el Ejército no estaba preparado. Era irónico, pues Conrad había sido, desde hacía mucho tiempo, el más beligerante de los líderes habsburgo. Desde que lo nombraron jefe de Estado Mayor, en 1906, solicitó en repetidas ocasiones guerras preventivas contra Serbia, Montenegro, Rusia e incluso Rumanía e Italia, que eran aliados del Imperio. Berchtold parafraseó con ironía su consejo tras los asesinatos de Sarajevo: «¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!».[20] Sin embargo, el Ejército de los Habsburgo, tal y como ya hemos comentado, licenció a muchos de sus soldados para la cosecha estival y, aunque Conrad interrumpió la concesión de permisos poco

antes de la reunión del 7 de julio, no podía hacer volver a millones de hombres sin alertar a Europa de las intenciones belicosas del Imperio. En consecuencia, no se podría iniciar ninguna acción militar antes del 25 de julio, la fecha prevista para el retorno de los soldados de permiso. El segundo motivo de la demora era la visita de Estado a San Petersburgo, capital de Rusia, del presidente y del primer ministro de Francia, Raymond Poincaré y René Viviani, entre el 20 y el 23 de julio. Por motivos de etiqueta diplomática, y por el razonamiento maquiavélico de que sería ventajoso no dar oportunidad a los dos aliados de coordinar una respuesta, los dirigentes habsburgo decidieron esperar a que los líderes franceses abandonaran Rusia para presentar su ultimátum a Serbia.[21]

El último Consejo Común Ministerial de la paz se reunió con discreción el 19 de julio en la residencia de Berchtold. Los ministros llegaron en vehículos sin distintivos; esta fue solo una de las muchas precauciones tomadas para preservar el secreto. Cinco días antes, Conrad y el ministro de la Guerra Krobatin se marcharon de permiso, a la vista de todo el mundo, para dar la impresión de que no estaban planificando ninguna acción militar. A la prensa vienesa y a la de Budapest, cuyos agrios intercambios con los diarios serbios que se regodeaban de los magnicidios reales aumentaban la tensión, se les pidió que evitasen hablar de Serbia. Los ministros querían tomar a Europa por sorpresa y así prevenir todo intento de mediación o disuasión.[22] En la reunión, los ministros aprobaron el ultimátum, redactado con sumo cuidado por los jóvenes asesores de Berchtold en el Ministerio de Exteriores. El tono del documento era digno pero iracundo y sus exigencias firmes. El preámbulo acusaba con severidad al Estado serbio de tolerar «un movimiento subversivo […] cuyo objetivo final es la separación de ciertas partes del territorio de Austria-Hungría». Dicho Estado era responsable de culpabilidad moral, pues su inacción permitió «una sucesión de intentos de asesinato […] y de asesinatos», que habían culminado en el magnicidio del 28 de junio. El ultimátum exigía que el Gobierno serbio publicara en la prensa oficial, palabra por palabra, una humillante repulsa de todo esfuerzo dirigido a la separación de territorio de Austria-Hungría, con la advertencia de que todos los dirigentes, y otros que persistieran en tal política, serían castigados «con gran severidad». A continuación, especificó diez puntos más. Los cuatro primeros ordenaban la supresión de los propagandistas contra el Imperio, incluida la sociedad nacionalista serbia *Narodna Odbrana* [Defensa Nacional], a la que estaban vinculados los asesinos. Los puntos 7 y 8 insistían en el arresto de las autoridades serbias que los habían ayudado y el 9 pedía al

Gobierno serbio que explicara por qué algunos de sus funcionarios se habían referido a Austria-Hungría «en términos hostiles» después de los asesinatos del 28 de junio. El punto 10 era una mera orden de que Serbia confirmara de inmediato el cumplimiento del resto de exigencias. Los puntos más controvertidos eran los números 5 y 6, ya que rompían un tabú al poner en entredicho la soberanía serbia. El punto 5 ordenaba que se autorizara a las autoridades austriacas a participar en la supresión de los movimientos conspirativos serbios. El punto 6, añadido con el expreso propósito de hacer inaceptable el ultimátum, insistía en que funcionarios austriacos participaran en una investigación judicial, dentro de territorio serbio, contra todos los miembros de la conspiración. Solo se concedió a los serbios cuarenta y ocho horas para responder y el embajador Giesl recibió instrucciones verbales de exigir una aceptación incondicional, bajo amenaza de que cualquier otra respuesta provocaría una ruptura inmediata de relaciones.[23]

El ultimátum era un instrumento diseñado con el único fin de provocar la guerra. Cabe alegar, es cierto, que Austria-Hungría solo podía garantizar el pleno cumplimiento de Serbia si imponía a sus propios funcionarios y que tenía motivos de peso para no confiar en el problemático Estado balcánico.[24] Sin embargo, Berchtold dejó claro en reiteradas ocasiones durante el mes de julio que el ultimátum fue redactado para provocar un rechazo. En Belgrado, Giesl recibió instrucciones estrictas de cómo debía romper relaciones. En un intento de localizar el conflicto inminente, se preparó una explicación oficial de la postura austrohúngara para las otras grandes potencias.[25] Su efectividad, no obstante, quedó en entredicho el mismo 21 de julio, el día que el emperador aprobó el ultimátum, el último paso previo a su entrega. Pese a todas las precauciones, se filtró el rumor de que se estaba preparando una dura nota. Este llegó primero a los rusos y por medio de ellos pasó a oídos de los mandatarios franceses. Esa tarde, el embajador austrohúngaro en San Petersburgo telegrafió a Berchtold que el presidente de Francia, Poincaré, le había preguntado cuáles eran las exigencias de Austria-Hungría a Serbia y le advirtió de que solo podía responsabilizarse a un gabinete de un acto si se presentaban evidencias sólidas. Si Austria-Hungría carecía de tales pruebas, advirtió amenazador, debía recordar que Serbia «tiene amigos» y que «esto provocaría una situación peligrosa para la paz».[26] Esta comunicación no tuvo consecuencias: el ministro de Exteriores de los Habsburgo no se dejaría intimidar ni apartar de su objetivo. En cualquier caso, a las seis de la tarde del 23 de julio de 1914, momento en que el Gobierno serbio recibió al fin el

ultimátum, ya era probable que Austria-Hungría tuviera su guerra, aunque una mucho más grande de lo que planeaban o aspiraban sus mandatarios.

Guerra por la existencia

Los actos de los dirigentes austrohúngaros en el verano de 1914, aunque secretos y agresivos, no estuvieron motivados tanto por la beligerancia, sino por un profundo sentimiento de debilidad, temor e incluso de desesperación. Su imperio multiétnico tenía casi cuatrocientos años de historia. Había rechazado al sultán otomano, sobrevivido a Napoleón y superado luchas religiosas y revoluciones. Sin embargo, a principios del siglo XX, muchos estadistas, tanto del imperio como de fuera de sus fronteras, consideraban que sus días estaban contados. Incluso el secretario de Exteriores de Alemania, Gottlieb von Jagow, representante del único amigo fiable que el Imperio tenía en el mundo, se refirió a este en julio de 1914 en términos nada elogiosos: «Esa composición de naciones junto al Danubio, en desintegración acelerada».[27] Como bien sabían los líderes habsburgo, otros eran mucho menos amables. Apenas seis días antes del magnicidio de Francisco Fernando, les llegó una severa advertencia del embajador en su aliado rumano, el conde Ottokar von Czernin, de los comentarios que se oían en círculos diplomáticos. «Se ha consolidado, aquí, al igual que en muchas otras partes de Europa, la firme convicción de que la Monarquía es una entidad condenada a la caída y la disolución», observó el embajador. Se decía que «en un futuro próximo, la monarquía de los Habsburgo será sacada a subasta en Europa».[28]

¿Por qué la situación de Austria-Hungría parecía tan lúgubre en 1914? ¿Y por qué los mandatarios habsburgo estaban tan decididos a castigar a su pequeño y molesto vecino serbio, aunque ello les costara desencadenar una desastrosa conflagración europea? Una parte de la respuesta radica en los problemas internos imperiales. En 1867, los dominios multiétnicos de Francisco José, hogar de once nacionalidades reconocidas, experimentaron una importante reorganización. A consecuencia de las revoluciones de 1848 y las guerras perdidas de 1859 y 1866, el emperador sucumbió por fin a las presiones y aceptó la creación de un nuevo sistema «dualista». En lo que se conoció como el «compromiso» entre la corona y los liberales

austro-germanos y magiares, el imperio quedó dividido entre dos Estados de gran autonomía, Austria al oeste y Hungría al este, unidas, tanto constitucional como personalmente, en Francisco José, rey de Hungría y emperador de Austria. El monarca nombraba a tres ministros comunes, el de Guerra, el de Asuntos Exteriores y el de Finanzas, encargados de gestionar áreas de interés común. Los Gobiernos separados de Austria y de Hungría estaban dirigidos, a su vez, por un ministro presidente, a quienes también designaba el soberano, si bien solo podía gobernar en cooperación con las asambleas legislativas electas de los Estados, el Reichsrat austriaco y la Cámara de Representantes de Hungría. Una vez al año, los parlamentos enviaban comités ejecutivos, las Delegaciones, a reunirse entre ellas y con los ministros comunes. Cada diez años, tenían lugar relevantes negociaciones para establecer la «cuota», esto es, el porcentaje que cada Estado pagaba por los gastos comunes, así como acordar asuntos económicos de interés mutuo tales como aranceles y ciertos impuestos indirectos, y decidir el porcentaje de reclutas que cada Estado aportaría al Ejército común. Los tres ministros comunes y los dos ministros presidentes, así como el heredero del trono antes de su asesinato, tenían un asiento en el Consejo Ministerial común, que se reunía con regularidad para abordar cuestiones de importancia que afectaran al conjunto del Imperio y que urdió la guerra en julio de 1914.[29]

La estructura estaba diseñada para mantener el control de la corona sobre las áreas clave de la política exterior y del Ejército, al tiempo que satisfacía las aspiraciones políticas de los dos pueblos más influyentes y activos en el seno del imperio, los austro-germanos y los magiares. Gracias a la reorganización, los dos se erigieron en los grupos principales de sus mitades respectivas (*vid*. Tabla 1). Además, en 1878 el territorio otomano de Bosnia-Herzegovina pasó al control de la Administración de los Habsburgo y en 1908 quedó anexionado de forma permanente. Con el fin de no alterar el delicado balance étnico, Bosnia-Herzegovina se mantuvo fuera de la estructura dualista del Imperio, gobernada por el ministro de Finanzas común. Era, *de facto*, una colonia, en la que los Habsburgo emprendieron lo que consideraban una misión cultural. Mediante la introducción de administración y educación profesional, así como medidas de mejora de tierras e infraestructuras, no solo pretendían civilizar y modernizar la región, sino también absorberla en el núcleo del Imperio.[30]

Tabla 1: Pueblos del Imperio habsburgo (por territorio) en 1910.

Etnicidad	**Porcentaje de población en el**

	territorio
Austria cisleitana (territorio):	
Alemanes	35,6
Checos (eslovacos incluidos)	23,0
Polacos	17,8
Rutenos	12,6
Serbocroatas	2,8
Italianos	2,8
Rumanos	1,0
Tierras de la Corona de Hungría (territorio):	
Magiares (esto es, húngaros)	48,1
Rumanos	14,0
Alemanes	9,8
Eslovacos	9,4
Croatas	8,8
Serbios	5,3
Rutenos	2,3
Bosnia-Herzegovina (territorio):	
Serbios	42,0
Musulmanes	34,0
Croatas	21,0

Fuente: Sked, A., 2001: *The Decline and Fall of the Habsburg Empire, 1815-1918*, 2.ª ed. Harlow/Londres, 278-279; Wandruszka, A. y Urbanitsch, P. (eds.), 1980: *Die Habsburgermonarchie 1848-1918. Die Völker des Reiches*, Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, III. 1, encarte, 38-39.

Hacia 1914, la estructura estatal pactada en el «Compromiso» de 1867 soportaba fuertes presiones. Los nacionalistas magiares y germanos consideraban que no respondía a sus aspiraciones y los pueblos dejados al margen del acuerdo, en su mayor parte eslavos, aunque también italianos y rumanos, rechazaban su manifiesta injusticia. En la última década de paz, las instituciones representativas de ambas mitades del imperio se hicieron disfuncionales o dejaron de funcionar por completo. En Hungría, los liberales que dominaban la Cámara de Representantes nunca habían considerado el compromiso otra cosa que el inicio de un proceso de adquisición de nuevos poderes nacionales y la oposición reverenciaba la memoria de la revolución d e 1848-1849 contra los Habsburgo y aspiraba a la independencia. El sufragio, muy restrictivo, apenas incluía a un 6 por ciento de la población y excluía a los trabajadores y a la mayoría de no magiares, con lo que la nobleza húngara, la única que podía satisfacer los requerimientos de propiedad, dirigía el país. Uno de los principales agravios de este grupo, que abarcaba a los dos bandos de la Cámara de Representantes, era la negativa de Francisco José a permitir un Ejército nacional húngaro, o al menos admitir el uso de la lengua magiar en el Ejército común imperial. En 1903, esta cuestión desencadenó una crisis parlamentaria de una década de duración. La tensión se agudizó después de la victoria en las elecciones de 1905 de la «Coalición de Partidos Nacionales», defensores de la independencia, lo cual rompió el largo dominio liberal del poder político. El resultado electoral fue seguido de un bloqueo político con el monarca, que tenía la prerrogativa de nombrar al ejecutivo. El Parlamento fue disuelto y no se le permitió volver a gobernar hasta 1906; la corona amenazó a los nacionalistas independentistas con introducir el sufragio universal y, con ello, lograron arrancarles la promesa secreta de no cuestionar el sistema dual. Incapaces de cumplir su programa de reformas nacionalistas en el Estado y el Ejército de los Habsburgo para el que habían sido elegidos, el nuevo Gobierno optó por explotar la xenofobia de sus votantes y provocó resentimiento en las periferias mediante el acoso de las minorías eslavas y rumanas de Hungría. Las elecciones de mayo de 1910 fueron manipuladas para devolver el poder a los liberales, ahora con el nombre de Partido del Trabajo y liderados por el conde István Tisza. Fue Tisza, en aquella época portavoz parlamentario, quien puso orden en Hungría. En 1912, tras intimidar con tropas al ingobernable Parlamento, prohibió las maniobras dilatorias en la Cámara y aprobó la Ley del Ejército, muy necesaria. Sin embargo, sus métodos inconstitucionales provocaron una profunda hostilidad. En una de las sesiones parlamentarias, un iracundo

diputado sacó un arma y disparó tres veces contra Tisza, pero falló. A continuación, volvió el arma contra sí mismo.[31]

Pese a que el Parlamento húngaro rebosaba hostilidad y drama, parecía un modelo de orden en comparación con la cámara baja de la otra mitad del imperio, el Reichsrat austriaco. Allí, los liberales germanos perdieron su dominio en 1879, una vez que los checos, los verdaderos perdedores del sistema de 1867, pusieron fin a su contraproducente boicot y empezaron a asistir a los plenos. A partir de la década de 1890, una serie de agrias disputas en torno a derechos lingüísticos en las regiones de etnicidad mixta empezó a paralizar la institución. En 1897, estalló una crisis: el ministro presidente, el conde Badeni, decretó que los funcionarios de Bohemia y Moravia debían aprender checo y alemán en menos de tres años, con objeto de poder comunicarse con todos los pobladores de dichas tierras. Las sesiones parlamentarias degeneraron en una farsa. Los diputados alemanes las obstruían con discursos de horas de duración, mientras que los checos, partidarios de la medida, intentaban acallarlos con griterío, aporreando los escaños o tocando instrumentos musicales. De forma arbitraria, se prohibieron las protestas más ruidosas y la policía expulsó a diez diputados. Esto provocó disturbios en las ciudades de población germana del imperio. Las protestas forzaron la retirada de la medida y la destitución del ministro presidente. A partir de entonces, sin embargo, no había nada que impidiera a los checos utilizar los mismos métodos para bloquear toda legislación que no aprobaran. El Gobierno optó por imponer las leyes por decreto mediante el artículo 14 de medidas de emergencia de la Ley Fundamental austriaca. Si, antes de 1897, este artículo se había invocado una media de una vez al año, en los siete años siguientes fue empleado en setenta y cinco ocasiones. La introducción del sufragio universal en 1907, una medida no guiada por ningún idealismo democrático, sino con la esperanza de que las identidades de clase reemplazaran la obstrucción nacional de los trabajos del Parlamento, también fracasó. En marzo de 1914, el ministro presidente Stürgkh clausuró el Reichsrat; era un reconocimiento explícito de la bancarrota del sistema parlamentario austriaco.[32]

En las provincias imperiales, al igual que en su centro, el nacionalismo contestatario empezaba a causar problemas. Los activistas nacionalistas se vigilaban entre sí con desconfianza, reñían por derechos y guardaban con celo sus privilegios. Cuestiones menores provocaban reacciones violentas. Así, por ejemplo, la inauguración en 1904 de una facultad de derecho en lengua italiana en la Universidad de Innsbruck provocó disturbios de los estudiantes

germanos, que obligaron a clausurarla.[33] En Trieste, la competición política entre italianos, que se aferraban a su dominio tradicional de las instituciones locales de gobierno, y los eslovenos, cuya población crecía con rapidez a principios del siglo XX, derivaba con frecuencia en choques callejeros.[34] En Bohemia, otro centro de conflicto nacional, la tensión política llevó a checos y alemanes a boicotear las tiendas y negocios de la otra etnia en 1898, 1908 y 1910. El extremista Partido Nacional Socialista Checo organizó los boicots checos, los diarios nacionalistas atizaban el resentimiento y en las zonas germanas incluso los ayuntamientos pegaban carteles que advertían: «¡Compre solo a alemanes!».[35] En 1898, las protestas de las tropas checas contra el uso del alemán como lengua de mando en el Ejército, después de la crisis de Badeni, y el motín de algunas unidades bohemias durante las movilizaciones de 1908 y 1912, suscitaron el temor a que las disputas nacionales afectaran al Ejército y minasen su fiabilidad.[36]

En los últimos años previos a la guerra había una particular inquietud por la situación de Galitzia, en el nordeste del imperio. Estas Tierras de la Corona —nombre que los austriacos daban a sus provincias— las gobernaba la nobleza polaca y gozaban de una autonomía excepcional. Desde 1869, su idioma administrativo era el polaco, no el alemán como en el resto de Austria, y en las reuniones del gabinete austriaco se sentaba un ministro polaco sin cartera encargado de salvaguardar los intereses de la Galitzia polaca. Los polacos también dominaban el Parlamento provincial, el Sejm, gracias a un sufragio que incluía a poco más del 10 por ciento de la población. En realidad, los polacos solo sumaban 3,8 de un total de 8 millones de habitantes. También había 3,2 millones de rutenos —hoy los llamaríamos ucranianos— concentrados al este de las Tierras de la Corona, así como 872 000 judíos y 90 000 alemanes.[37] Entre los rutenos, los nacionalistas ucranianos constituían la fuerza política más poderosa, con 28 diputados en el Reichsrat de Viena en 1911. Eran leales a los Habsburgo, pero muy hostiles a la Administración polaca, que les discriminaba en cuestiones de representación política y en educación. Las tensiones alcanzaron su punto álgido en abril de 1908, después de que el conde polaco Alfred Potocki, el estatúder o jefe de la administración de Galitzia, fuera asesinado por un estudiante nacionalista ucraniano.

El otro grupo destacado entre los hablantes de ucraniano de la Galitzia eran los rusófilos, identificados como «pequeños rusos». Contaban con mucho menos apoyo popular: un tercio de los votos de los nacionalistas, que en 1911 solo les proporcionaron dos escaños en el Reichsrat. Así y todo, destacaban, y no solo porque recibían financiación de Rusia, sino también

porque la Administración polaca los consideraba una amenaza menor contra sus intereses, de ahí que los apoyaran contra sus competidores nacionalistas. Sus líderes llevaron a cabo actividades subversivas y desleales durante los últimos años de paz. La conversión de centenares de rutenos de la Iglesia católica uniata, partidaria de los Habsburgo, a la ortodoxia rusa causó gran inquietud en Viena y exacerbó las tensiones con San Petersburgo. Los rusófilos también espiaban a favor del Estado zarista: el Estado Mayor General austrohúngaro estimó que, entre 1907 y 1913, el número de espías que operaban en las Tierras de la Corona se multiplicó por diez. En vísperas de la conflagración, el emperador y el Gobierno austriacos se impusieron a los polacos para conceder al Sejm una reforma limitada y la promesa de una universidad en lengua ucraniana, con el objetivo de no contrariar aún más a los rutenos.[38]

Los eslavos del sur y, por encima de todo, los serbios del imperio, constituían la otra gran fuente de inquietud de la Administración de los Habsburgo. En el Reino de Croacia, una región semiautónoma en el interior de Hungría, los líderes magiares se hallaban profundamente preocupados en 1905. Ese año, los diputados serbios y croatas de la oposición en el Parlamento croata o Sabor superaron su hostilidad tradicional y se declararon una sola nación. Dos años más tarde, su coalición ganó el poder en Agram (hoy Zagreb). En Budapest, el Gobierno de los partidos nacionales, cuyo pacto con la corona frustró su programa, provocó un choque inmediato con el Sabor: en mayo de 1907 decretaron que todos los funcionarios del ferrocarril croata debían aprender húngaro. En 1909, durante el clima de tensión política provocado por la anexión de Bosnia-Herzegovina, las relaciones volvieron a quedar bajo mínimos. Los húngaros sometieron a juicio por alta traición a los líderes serbios de la coalición del Sabor, acusados de haber recibido fondos de Serbia para causar agitación y de haber conspirado para separar las tierras sur eslavas de los Habsburgo e incorporarlas a Serbia. Se demostró que los cargos se basaban en pruebas fraudulentas y el juicio se celebró en unas condiciones de injusticia tan manifiestas que las sentencias fueron anuladas. La reputación internacional de Austria-Hungría quedó muy dañada.[39] Mientras tanto, en la Cámara de Representantes de Budapest, los diputados croatas respondieron a la ley de lenguaje ferroviario obstruyendo todos los trabajos con largos discursos en su lengua. Como castigo, el *ban*, el virrey de Croacia, suspendió la constitución en el Sabor; alguien le arrojó una bomba y le hirió de gravedad.[40]

En Bosnia, la «misión cultural» de los Habsburgo también se agrió. En el Consejo Común Ministerial del 7 de julio de 1914, Biliński, el ministro común de Finanzas responsable de Bosnia, observó que el jefe militar de la región, el general Potiorek, alegaba desde hacía dos años que sería necesario «medir fuerzas con Serbia» para conservar Bosnia y Herzegovina.[41] La agitación panserbia en la provincia causaba inquietud. La *Narodna Odbrana*, la sociedad nacionalista serbia cuya abolición exigía el ultimátum austrohúngaro de julio de 1914, contaba allí con una extensa red. Para desesperación de los gobernantes de Bosnia, sus propias escuelas también parecían estar fomentando el nacionalismo serbio ante el dinastismo habsburgo. El sistema educativo construido por el Imperio tenía problemas para deshacerse de los maestros nacionalistas serbios, quienes enseñaban a sus alumnos mapas que mostraban a Bosnia ligada a Serbia. Los estudiantes eran el segmento más radical de la población. Los círculos de la «Joven Bosnia», panserbios, progresistas, literarios y románticos, era un hervidero de conspiraciones violentas. De ellos salió Gavrilo Princip, el terrorista de 19 años que mató al heredero de los Habsburgo el 28 de junio de 1914, si bien le había precedido Bogdan Žerajić, aspirante a asesino, que, en 1910, falló por poco en su intento de matar al gobernador general de Bosnia.[42]

El caos y la clausura de parlamentos, las peleas callejeras entre vecinos de etnias diferentes, los asesinatos, frustrados o exitosos, de ministros y autoridades del emperador sugerían un Estado en crisis y aceleraba los rumores de desintegración. Lo cual era un gran temor de los diplomáticos y militares que presionaron con más insistencia para ir a la guerra. Sus conversaciones de julio de 1914 revelan una llamativa desconfianza hacia sus propios pueblos. El 29 de junio, el día después de los asesinatos de Sarajevo, Conrad comunicó a Berchtold que Austria-Hungría debía movilizarse. Su respuesta es reveladora: objetó que esto provocaría, sin duda, una revolución en Bohemia.[43] Apenas tres semanas antes, Berchtold propuso a los dos ministros presidentes el establecimiento de una nueva agencia interministerial para coordinar las políticas contra todos los movimientos irredentistas en ambas partes del imperio.[44] Conrad compartía algunas de sus inquietudes. Pese a que descartó la posibilidad de una revolución checa, temía nuevos actos de terrorismo. El 5 de julio solicitó al emperador, sin éxito, la declaración de la ley marcial en toda Austria-Hungría.[45] El hecho de que los asesinos fueran súbditos habsburgo es significativo. Berchtold y Conrad abogaban por la guerra en parte porque creían que era necesario aplastar con violencia los ideales nacionalistas. Serbia, con una población que sumaba

menos de la décima parte de los 50,8 millones del Imperio de los Habsburgo, no suponía una amenaza militar, pero su sola existencia, y las actividades de algunos de sus dirigentes, servían de inspiración y apoyo a los irredentistas eslavos del sur. Ambos hombres temían que dejar impune el espectacular magnicidio del heredero daría inicio a un efecto dominó, que animaría las tentativas de otros irredentistas por incorporarse a los Estados nación fronterizos con el imperio. En la reunión del 7 de julio, Berchtold advirtió a Tisza y a los otros ministros del mal ejemplo que la inacción daría a los nacionalistas rumanos de Transilvania. Conrad consideraba que Austria-Hungría debía hacer la guerra si no quería «abrir todas las barreras a una lucha interna, cuyo resultado inevitable sería la desintegración de la políglota monarquía».[46]

La tragedia es que tales estimaciones, que contribuyeron, en gran medida, a la desastrosa decisión de provocar una guerra, eran, con casi total certeza, demasiado agoreras. Los diplomáticos y militares habsburgo se preocupaban por los problemas internos del Imperio porque eran conscientes del perjuicio que estos causaban al prestigio internacional de Austria-Hungría y también porque temían por el Ejército, cuyos intentos de obtener más financiación y recursos humanos eran bloqueados por tercos parlamentos de mentalidad nacionalista. En consecuencia, el grupo de diplomáticos de Hoyos y Andrian estaba condicionado para pensar en la política exterior como medio de resolver el descontento interno. Se habían formado a las órdenes del predecesor de Berchtold, el conde Alois Lexa von Aehrenthal, al cual reverenciaban; con su política exterior, Aerenthal trató, de forma pacífica, de dar una reforma constitucional al Imperio.[47] Sin embargo, ni los militares ni los diplomáticos imperiales participaban en su gobernanza diaria y no tenían una visión realista del ánimo y las lealtades de la población. Detrás de los titulares de los diarios que clamaban asesinato o crisis política se ocultaba una extraña durabilidad y una serena permanencia. Mark Twain, siempre un observador sagaz, lo señaló en su reportaje acerca de la crisis de Badeni: «En fechas recientes, han ocurrido aquí cosas que habrían hecho arder de punta a punta a cualquier otro país que no fuera Austria y, sin duda, inquietarían al Gobierno; mas nadie confía en que provoquen tales resultados». De hecho, Twain descubrió que lo único en lo que coincidían todos los austriacos era que «no habría revolución».[48]

Uno de los pilares de la legitimidad imperial era la dinastía Habsburgo, de siglos de antigüedad, que difícilmente podía tener un mejor representante que Francisco José. Distante, pero venerable, con seis décadas de reinado a sus

espaldas, era la encarnación del ideal de monarca paternal, situado por encima del griterío y las turbulencias de la política nacionalista. Su edad provecta, 83 en el momento del estallido de la guerra, era una ventaja de incalculable valor. Lo convertía en un raro punto de estabilidad en un mundo en rápida modernización, pero también recordaba a los que se sintieran frustrados por el *statu quo* que pronto llegaría un cambio de soberano y, con ello, la reforma de las chirriantes estructuras del Estado dualista.[49] El culto dinástico tenía valiosos agentes propagandísticos en la Iglesia católica y en el Ejército. Las oraciones por el emperador y los desfiles preservaban la mística sagrada y potenciaban el poder secular de la dinastía Habsburgo.[50] El servicio militar en época de paz al que estaban sujetos todos los hombres sanos, aunque solo un porcentaje era llamado a filas, también cultivaba la lealtad imperial. En 1909, 200 000 exsoldados eran miembros de una de las 1400 asociaciones locales de la organización austriaca de veteranos, la *Österreichischen Militärveteranen-Reichsbund*. Algunos se unían solo por el seguro mutuo que ofrecía, aunque para muchos hombres de clase media y baja participar en las asociaciones y en sus actividades patrióticas era un importante medio para expresar sentidas lealtades, tanto regionales como imperiales.[51]

Existe un factor menos reconocido, tanto por los diplomáticos y militares de la época como, hasta tiempos recientes, por los historiadores: que el sistema de gobierno imperial proporcionaba cierto grado de satisfacción a los pueblos. En primer lugar, perpetuaba y extraía cierta legitimidad de entidades históricas como las Tierras de San Esteban, las Tierras de la Corona Bohemia y —de forma más discutible— del Reino de Croacia, cuyas fronteras mantenía como divisiones administrativas internas.[52] En 1914, estas seguían teniendo una fuerte significación emocional: por tomar un ejemplo, aunque los activistas checos pensaban a principios del siglo XX cada vez más en términos étnicos, su reclamación más potente era que el emperador respetara los históricos «derechos de Estado» de Bohemia.[53] En segundo lugar, aunque la estructura dualista provocaba una insatisfacción generalizada, en la mitad austriaca del imperio esta se compensaba, en parte, con el alto grado de autogobierno local que aquella otorgaba. Ofrecía una válvula de escape a las energías de los activistas nacionalistas y les permitía satisfacer sus ambiciones en áreas clave, como por ejemplo la escolarización. También creaba un estilo de política muy extraño y engañosamente alarmante para los observadores externos, tales como militares y diplomáticos. En público, partidos y diputados cortejaban a su electorado descontento y nacionalista con un lenguaje vociferante en contra del Gobierno. A puerta cerrada, sin embargo,

esos mismos exaltados pactaban con afabilidad, llegaban a compromisos y regateaban la financiación de sus circunscripciones electorales con los funcionarios estatales.[54] Finalmente, las garantías constitucionales de igualdad local de lengua y religión, respetadas en Austria, aunque teóricas en Hungría, donde prevalecía la magiarización, protegían a la mayor parte de minorías de las medidas de discriminación más abusivas.[55] El éxito generalizado de tales medidas explica por qué las disputas nacionalistas solían girar en torno a asuntos menores. También es la explicación más plausible de por qué casi nadie, con la salvedad de pequeños grupos extremistas como la Joven Bosnia, hablaba de dejar el Imperio. Una reforma, no una revolución, era lo que deseaba con urgencia la gran masa de súbditos habsburgo. Antes de 1914, pocos podían imaginar una existencia nacional que no incluyera de algún modo a la dinastía.[56]

De igual modo, en julio de 1914, los líderes militares y diplomáticos habsburgo no solo temían por la situación interna de su Imperio. También les preocupaba el creciente peligro de su posición internacional. La región decisiva eran los Balcanes, cada vez más inestables a causa del debilitamiento del Imperio otomano y el ascenso del nacionalismo. El primer gran choque vino con el golpe militar de junio de 1903, que se saldó con el brutal asesinato del rey Alejandro de Serbia, favorable a los austriacos, y de su esposa y el ascenso al trono de Pedro Karadjordjević. De la noche a la mañana, en el sentido literal de la palabra, el Estado serbio pasó de ser un satélite habsburgo a un agresivo adversario impulsado por la ideología panserbia que aspiraba al control de Bosnia-Herzegovina. Los austrohúngaros respondieron con agresividad, con la imposición de aranceles punitivos sobre sus productos; la llamada «guerra de los cerdos» de 1906-1909. Esta fue un desastre contraproducente, pues agudizó el antagonismo y empujó a los serbios a buscar nuevos mercados y aliados.[57]

A partir de 1907, la intervención rusa en los Balcanes amenazó aún más la posición de los Habsburgo. En los comienzos del siglo XX, Rusia estaba ocupada en expandir sus intereses en el Lejano Oriente, pero la calamitosa derrota contra Japón en la guerra de 1904-1905, seguida de una revolución, aplastó sus ambiciones. Persia, una segunda área de interés imperialista ruso, también quedó cerrada en 1907, una vez se alcanzó una Entente con Gran Bretaña, su principal rival en la región. Casi por defecto, los líderes rusos, ansiosos por apaciguar la beligerante opinión nacionalista en el país y restablecer su dañado prestigio, redirigieron su atención a los Balcanes.[58] En el año 1908 se desató una gran crisis internacional. El Tratado de Berlín de

1878 limitó la ocupación austrohúngara de Bosnia-Herzegovina a treinta años, de modo que era necesaria una declaración oficial de anexión, prevista desde hacía mucho tiempo, para que las provincias permanecieran bajo su control. La Revolución de los Jóvenes Turcos en el verano de 1908 dio una urgencia mayor a la medida, pues circulaban rumores de que los nuevos mandatarios otomanos planeaban celebrar elecciones en todo el imperio, incluida Bosnia-Herzegovina, lo cual podría servir para devolver a su control dichos territorios. El ministro de Exteriores de los Habsburgo de la época, el conde Aehrenthal, recurrió a un convenio acordado diez años antes con Rusia para preservar el *statu quo* balcánico y tratar de llegar a un acuerdo. A cambio de aceptar la soberanía habsburgo sobre Bosnia-Herzegovina, algo que no suponía ningún golpe para las grandes potencias, dado que Austria-Hungría llevaba gobernando la región desde hacía tres décadas, los austrohúngaros prometieron apoyar la antigua aspiración de Rusia de obtener un mayor acceso a los estrechos turcos, para que sus naves de guerra pudieran pasar del mar Negro al Mediterráneo. La anexión fue declarada el 5 de octubre. No obstante, lejos de contribuir a una *détente* balcánica entre las grandes potencias, provocó una agria confrontación. Los austrohúngaros establecieron su dominio permanente sobre la región, pero los rusos quedaron frustrados y humillados por la falta de apoyo internacional a sus ambiciones en los estrechos. Los Gobiernos serbio y montenegrino, indignados por la anexión, movilizaron sus Ejércitos. En respuesta, los Habsburgo reforzaron sus fuerzas militares en la frontera sudoriental, que dio lugar a un clima de tensión armada que se prolongó todo el invierno y parte de la primavera siguiente. Por fin, en marzo de 1909, Alemania amenazó a los rusos con que apoyaría el derecho de Austria-Hungría de utilizar la fuerza en los Balcanes si no se sumaban al resto de potencias europeas y obligaban a Serbia a aceptar el nuevo estatus de Bosnia-Herzegovina. De este modo finalizó la disputa. El antagonismo, no obstante, continuó. Los rusos habían experimentado una humillación pública y los nacionalistas serbios una amarga decepción. El prestigio de Austria-Hungría también sufrió, pues solo pudo imponer la anexión gracias a la intervención decisiva de Alemania, lo cual le hizo parecer un satélite de su poderoso aliado.[59]

El mayor daño sufrido por la posición internacional de Austria-Hungría llegó con las guerras balcánicas de 1912-1913. Estos dos conflictos dieron un vuelco al orden de la región al poner fin a más de medio milenio de dominio otomano en la Europa sudoriental. La primera contienda empezó en octubre de 1912: una coalición formada por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro

atacó las posesiones europeas del Imperio otomano. La debilidad otomana había quedado de manifiesto con la invasión italiana de Libia, que se había iniciado en septiembre de 1911, y las esperanzas de triunfo de la Liga Balcánica no tardaron en verse confirmadas. El Ejército serbio avanzó hasta las orillas del Adriático, Grecia capturó Salónica (Tesalónica) y los búlgaros llegaron a menos de 30 kilómetros de Constantinopla. El Tratado de Londres del 30 de mayo de 1913 puso fin a los combates. En el segundo conflicto, que estalló poco más de un mes más tarde, los vencedores, junto con Rumanía y los otomanos, se lanzaron contra Bulgaria, la principal beneficiaria de la primera guerra, y se repartieron la mayoría de sus ganancias en la Paz de Bucarest del 10 de agosto de 1913.[60] Para los mandatarios austrohúngaros, estas contiendas no solo alteraron en su contra la constelación de poder de los Balcanes, sino que también les hicieron ver que estaban cercados. Rusia obró con malevolencia. En primer lugar, tuvo un papel decisivo en el acercamiento entre Serbia y Bulgaria, el corazón de la Liga Balcánica, que, aún peor, fue concebida en un principio contra Austria-Hungría, si bien como alianza defensiva. En segundo lugar, Rusia, animada por Francia, emprendió grandes provocaciones militares una vez empezaron los combates en el sur. Una semana y media después del inicio de la Primera Guerra de los Balcanes anunció un ensayo de movilización en cuatro de sus distritos militares. A continuación, en octubre de 1912, en lugar de licenciar a los reclutas que habían completado el servicio militar regular los retuvo hasta enero de 1913. Con la incorporación a filas de nuevos reclutas, los efectivos rusos crecieron hasta los 350 000 hombres y muchas unidades de frontera disponían de casi todos los efectivos de pie de guerra. Su propósito era intimidar a Austria-Hungría para que aceptara las ganancias de los Estados clientes de los rusos. Al principio no hubo respuesta de los Habsburgo, pero en noviembre y diciembre de 1912 se empezaron a incorporar reservistas para reforzar al contingente que hacía frente a los rusos en Galitzia y también en Bosnia-Herzegovina. No fue hasta marzo de 1913, con las finanzas austrohúngaras tensionadas al límite, cuando se alcanzó por fin un acuerdo de distensión entre las dos potencias.[61]

Durante esta época de tensión, los austrohúngaros estuvieron a punto de ir a la guerra en cuatro ocasiones, pues, pese a las medidas militares rusas en el norte, los avances de la Liga Balcánica amenazaron intereses clave de los Habsburgo. La principal causa de fricción era Albania, el Estado cliente musulmán que Austria-Hungría pretendía establecer frente a la entrada del Adriático; era un punto estratégico crucial, pues por allí pasaba todo el tráfico

marítimo del imperio. Hacia mediados de noviembre de 1912, las tropas serbias y montenegrinas ocuparon la mayor parte del norte de Albania. Al mes siguiente, con la tensión en aumento, recomendaban la guerra no solo los militares austrohúngaros, sino incluso, aunque por breve tiempo, Francisco Fernando, quien, en general, solía ser un defensor de la paz. En el momento en que Escútari (la actual Shkodra), una importante ciudad necesaria para la existencia de una Albania viable e independiente, cayó en manos de los montenegrinos, el Imperio volvió a estar cerca de entrar en guerra, una postura apoyada por los alemanes. Sin embargo, los montenegrinos cedieron al veredicto de las grandes potencias europeas, las cuales, en mayo de 1913, concedieron la ciudad al nuevo Estado albanés. Más difícil fue obligar a los serbios, que buscaban un puerto con desesperación, para que retiraran sus tropas de otros territorios asignados a Albania. Los Habsburgo tuvieron que pedir, después exigir y por último presentar un ultimátum en el que amenazaban con acciones militares para que Serbia, al fin, cediera en octubre de 1913. No obstante, a pesar de esta retirada, Serbia duplicó su tamaño y disparó su población de 2,9 a 4,4 millones, gracias a las conquistas militares de ese año.[62]

Las guerras balcánicas sumieron a los líderes habsburgo en un profundo temor y, en consecuencia, les hicieron más beligerantes. Les causó una profunda impresión ver a una coalición de pequeños países balcánicos, organizada por Rusia, destripar a un venerable, aunque achacoso, imperio multiétnico. Lo mismo ocurrió con el intento de impedir la acción militar de los Habsburgo en el sur por medio de una movilización ante Galitzia. «Después de Turquía viene Austria; tal era el lema», recordó un diplomático, el barón Von Andrian-Werburg.[63] Del este venía un inconfundible ruido de sables. En abril de 1914, el diario más influyente de San Petersburgo, *Novoye Vremya*, cuyo consejo de administración incluía al ministro zarista de Finanzas, agitaba abiertamente a favor de la destrucción y división del Imperio austrohúngaro. Al mes siguiente, un segundo ministro ruso informó al embajador francés de que si Francisco José abdicaba algún día, «nos veremos obligados a anexionar Galitzia», un territorio, que, afirmaba, era «ruso en esencia».[64] Aunque no existía en absoluto ningún plan maestro, tales declaraciones hacen muy comprensible que Berchtold advirtiera a los ministros, el 7 de julio de 1914, de que se estaba preparando «un conflicto decisivo con la Monarquía».[65] En el seno del Ministerio de Exteriores de los Habsburgo corrían siniestros rumores acerca de una «conspiración» dirigida por Rusia «contra la integridad y autonomía de Austria-Hungría».[66] La visita

a Rumanía, en junio, del zar y la zarina atizó tales sospechas y suscitó el temor de que el único aliado de Austria-Hungría en los Balcanes se dispusiera a desertar. Los líderes austrohúngaros estaban convencidos de que las provocaciones serbias se orquestaban desde San Petersburgo.[67] La muerte del heredero de los Habsburgo a manos de un comando formado por sus propios súbditos serbobosnios, convertidos en asesinos por la agitación a favor de la Gran Serbia, parecía demostrar que ya no quedaba ningún freno moral o político. Para los asesores de Berchtold, el escenario de pesadilla era un ataque concéntrico lanzado en 1916, una vez Rusia completara su «gran programa» de rearme. Con sus fuerzas concentradas en el norte por la acción bélica zarista, o por una movilización hostil rusa como la de 1912-1913, Austria-Hungría no podría hacer nada para evitar ser invadida y desmembrada por una nueva Liga Balcánica.[68]

En lugar de esperar, como dijo Tisza, ministro presidente húngaro, a que la Entente forjara «un anillo de hierro a nuestro alrededor» en los Balcanes, que sería el preludio de una «guerra mundial», los dirigentes habsburgo eligieron actuar.[69] Aunque resulte irónico, en el verano de 1914, un ataque decisivo contra Serbia les parecía la única posibilidad de evitar el desastre. Si Rusia no intervenía mientras su Estado cliente era aplastado, su prestigio en los Balcanes sería destruido y el cerco que planeaba quedaría roto. En el peor de los casos, consideraban los líderes habsburgo, la maniobra contra Serbia no haría sino adelantar el choque inevitable con su gran enemigo oriental, en un momento en que aún no estaba preparado. El plan de rearme ruso estaba incompleto y Rumanía seguía en el campo de las Potencias Centrales; tal y como les explicó a los ministros el jefe del Estado Mayor Central de los Habsburgo, el futuro balance militar solo cambiaría «en detrimento nuestro».[70] Es más, desde el interior de la Ballhausplatz llegaban advertencias de que la velocidad con la que los ideales yugoslavos se expandían podrían hacer que este fuera «el último momento en que los elementos eslavos de la monarquía, en particular los croatas, podrían ser arrastrados a una guerra contra Serbia».[71] Ahora era el momento de golpear, de demostrar la vitalidad del Imperio y aplastar a sus enemigos antes de que formaran una coalición invencible. En julio de 1914, los mandatarios habsburgo eran hombres desesperados. Actuaron con temeridad porque creían que no tenían nada que perder.

Un riesgo mal calculado

Los mandatarios germanos desempeñaron un papel secundario pero crucial en los preparativos bélicos de julio de 1914. Los dirigentes habsburgo no se habrían atrevido a provocar un conflicto balcánico sin la promesa de apoyo incondicional que el káiser y su canciller hicieron a Szögyényi y Hoyos los días 5 y 6 de julio.[72] Los líderes alemanes eran conscientes, si bien subestimaron su probabilidad, de que Rusia podía intervenir si Austria-Hungría actuaba contra Serbia y que tal cosa podía dar lugar a un cataclismo europeo. ¿Por qué asumir ese riesgo? En la reunión de la tarde del 5 de julio, en la que se debatió la respuesta germana a la petición de apoyo de Austria-Hungría, las tres figuras más importantes —el káiser Guillermo, el ministro de la Guerra Falkenhayn y el canciller Bethmann Hollweg— dieron ejemplo, todos ellos, de la indecisión, fatalismo, agresividad y cálculos temerosos que caracterizaban la política exterior del Reich. El káiser, un bravucón empedernido pero imprevisible, estaba furioso por la muerte de su amigo el archiduque y quería ser un buen aliado. Tenía conocimientos suficientes para comprender el alto riesgo que conllevaba apoyar una acción de los Habsburgo contra Serbia, pero se dejó convencer por sus asesores de la improbabilidad de una conflagración europea. El 6 de julio partió, como tenía planeado, a su crucero anual por el mar del Norte. A largo plazo, no obstante, creía en la inevitabilidad de lo que había denominado, un año y medio antes, «el choque final entre eslavos y teutones».[73] El ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn era una personalidad muy diferente: un militar profesional, frío y seguro de sí mismo, un cínico hacia las consideraciones humanitarias y un darwinista social que creía en la necesidad nacional de la guerra. Ansiaba ver al Ejército germano que habían entrenado y preparado con tanta meticulosidad enfrentarse a la prueba definitiva, pero dudaba que los austrohúngaros tuvieran estómago para una acción firme contra Serbia.[74] La personalidad más compleja, y el hombre que guio la política germana hasta los últimos días de julio, era el canciller Bethmann Hollweg. Llevaba en el cargo desde julio de 1909. Un conservador moderado, monárquico convencido y notable táctico político, sentía una profunda preocupación hacia lo que le parecía, con toda justicia, el cerco del Reich por potencias hostiles. Al ofrecer apoyo incondicional a Austria-Hungría, Bethmann implementó, como más tarde admitiría, una «política de máximo riesgo» que buscaba, por medio de una victoria diplomática o una conflagración continental, revertir la presente constelación de poder en Europa.[75]

Alemania era una poderosa potencia en 1914. Un Estado forjado en la guerra, fruto de las tres espectaculares victorias del Ejército prusiano y sus

aliados contra Dinamarca, Austria y Francia, en 1864, 1866 y 1870-1871, respectivamente. Desde su proclamación en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles, el 18 de enero de 1871, esta nueva superpotencia emplazada en el corazón de Europa se hizo cada vez más intimidante. En lo que se refiere a la población, un indicador de poder bélico en la era de los contingentes de reclutamiento masivo, los 36,2 millones de habitantes de Francia solo estaban un poco por detrás de los 40 millones del nuevo Estado germano de 1871. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, no obstante, mientras los ciudadanos de la república apenas experimentaron un ligero incremento, 39,7 millones, los súbditos del Reich se habían multiplicado hasta los 67,8. Es más, los alemanes de las postrimerías del siglo XIX eran tan buenos para hacer tanto el amor como la guerra; también demostraron talento para hacer dinero. El Reich se industrializó a velocidad vertiginosa a finales del siglo XIX y compitió con Gran Bretaña por ser la fábrica de Europa. Entre 1880 y 1913, Alemania pasó de generar un tercio de la producción fabril británica a superarla.[76] La producción de hierro en lingotes llegó a exceder en un tercio la de Gran Bretaña (15,6 millones ante 10 en 1911) y su producción de acero en vísperas de la guerra duplicaba con creces la del Reino Unido (13,7 millones ante 6,6). En nuevas industrias, tales como productos químicos, óptica y electricidad, era líder mundial. Este logro se basó, en parte, en unos centros sin parangón de investigación universitaria y en escuelas técnicas pioneras especializadas en ingeniería y en ciencia aplicada. El banquero Max Warburg tenía razón cuando le comentó en junio de 1914 al káiser que Alemania, en lugar de plantearse una guerra, haría bien en esperar: «Somos más fuertes cada año que pasa».[77]

Así y todo, en 1914, Bethmann Hollweg y el resto de la élite dirigente alemana tenía buenas razones para sentir inquietud, pues Alemania estaba rodeada de potencias hostiles en un mundo cada vez más inestable. Tenía aliados, aunque no del tipo que uno desearía. Austria-Hungría, con la que estaba vinculada desde 1879, tenía un Ejército débil y empezaba a ser un caso perdido. Italia, aliada desde 1882, estaba muy lejos de ser una gran potencia y, sin duda, no era de fiar. Aspiraba a las tierras de habla italiana de los Habsburgo y a Albania y, en 1900 y 1902, firmó con Francia acuerdos secretos que anularon la mayoría de sus compromisos con las otras Potencias Centrales. En 1914, cuando llegó la guerra, se declaró neutral con al argumento de que, dado que sus aliados no habían sido atacados, las cláusulas de su tratado no se habían activado.[78] El cuarto miembro secreto de la alianza, Rumanía, empezaba a inclinarse del lado ruso. Por el contrario, la

Triple Entente se endurecía y reforzaba y las relaciones con esta fueron cada vez más hostiles durante la década precedente. La propia Alemania, como han señalado con justicia los historiadores desde Fritz Fischer, era responsable en gran medida de esta situación. El ascenso al trono, en 1888, de Guillermo II a los 29 años, y la dimisión forzosa en la primavera de 1890 del veterano canciller que orquestó la unificación germana, Otto von Bismarck, fueron importantes cesuras. Poco después, los alemanes dejaron expirar su pacto defensivo con Rusia, el «Tratado de Garantía», lo cual dejó libre a esta última para aliarse con Francia en la Doble Entente de 1894.[79] En 1897 hubo un cambio más significativo: el predecesor de Bethmann en la cancillería, Bernhard von Bülow, inauguró la nueva «política mundial». Este no fue el inicio de los intentos del Reich por hacerse con lo que Bülow llamó «un lugar bajo el sol», pues Alemania ya había adquirido en la década de 1880 un par de territorios africanos. Es indudable que no era una doctrina imperialista premeditada. Por el contrario, anunciaba una postura nueva y más asertiva, cuyo objetivo principal era unir en apoyo del Gobierno a los diversos votantes de derechas del Parlamento germano, el Reichstag, que aspiraban a traducir el nuevo poder económico de su país en influencia global. Una vez suscitadas, las expectativas deben ser satisfechas, pero esto era difícil ante la sólida oposición de las potencias coloniales establecidas. Aunque las ambiciones imperiales germanas no eran en absoluto inusuales en el contexto de la época, la necesidad del Gobierno de mostrar iniciativa a su frustrada audiencia de clase media le llevó a imprimir a sus acciones una retórica de inusual agresividad y ciertos alardes extravagantes. Los espectáculos de Guillermo II, como su desembarco de 1905 en la costa marroquí para proclamar su apoyo personal al sultán, o, aún peor, cuando se declaró en 1898 el protector de 300 millones de musulmanes, le daba un aspecto algo ridículo. Pese a ello, ante la competitividad económica de Alemania, su población en expansión, su eficiencia militar y su determinada expansión naval, era inevitable que las demás potencias se sintieran amenazadas y afrentadas.[80]

Sin embargo, Alemania no estaba antes de 1914, como han sostenido Fischer y sus discípulos, empeñada en un impulso agresivo por el poder mundial. Si los líderes del Reich hubieran deseado recurrir a la guerra para obtener objetivos expansionistas, la debilidad militar de la Entente en los años inmediatamente posteriores a la revolución de 1905 les ofreció oportunidades ideales que desaprovecharon.[81] Tampoco fueron ellos quienes crearon las profundas crisis internacionales que jalonaron la década previa a 1914, si bien es indudable que su diplomacia torpe y codiciosa las exacerbaron. Fue la

agresividad francesa, mucho más que la germana, el factor que desestabilizó Europa en esos años. Los galos, con su intento en 1905 de hacerse con el control de Marruecos, no solo contravinieron el acuerdo de 1881 de someter al país a consenso multilateral; también intentaron, de forma provocadora, tratar de excluir y relegar los intereses germanos. Aunque los alemanes lograron, mediante presión diplomática, forzar la dimisión del ministro francés de Exteriores, se excedieron al rechazar una oferta razonable de negociaciones bilaterales y exigir una conferencia multinacional. Pretendían socavar la nueva Entente Cordiale formada el año anterior entre Gran Bretaña y Francia. Pese a todo, en la conferencia de Algeciras de enero de 1906, ninguna de las grandes potencias presentes, a excepción de Austria-Hungría, respaldó los intentos germanos de contener las ambiciones de Francia.[82]

El apoyo británico a Francia en Algeciras y el estrechamiento de vínculos entre la Triple Entente durante los años siguientes estuvo motivado, sobre todo, por el deseo de Londres de reducir sus compromisos imperiales tras la Segunda Guerra Bóer de 1899-1902. La Entente con Francia puso fin a décadas de tensión por la ocupación británica de Egipto y el entendimiento de 1907 entre británicos y rusos buscaba limitar el conflicto en Persia y, con ello, generar un notable grado de seguridad imperial. Las Potencias Centrales no tenían nada que ofrecer a los británicos que pudieran competir con dichos atractivos: esto era un problema, pues, tal y como se demostró en Algeciras, significaba que toda convención de grandes potencias para la resolución de disputas internacionales se resolvería, de forma casi inevitable, en contra de las Potencias Centrales.[83] De todos modos, las acciones de los propios germanos empujaron aún más a los británicos a los brazos de la alianza franco-rusa. Su programa de construcción naval, ideado por el jefe de la Oficina Naval del Reich (*Reichsmarineamt*), el almirante Alfred von Tirpitz, fomentó en gran medida la rivalidad a partir de 1898, porque el Gobierno británico lo consideró, con justicia, un desafío directo y porque se avivaron las pasiones populares. En ambos países se formaron grupos de presión y se lanzaron campañas propagandísticas para implicar al público con las flotas y presionar a los Parlamentos para que financiaran esos caros buques de guerra, símbolos del poder, prestigio y unidad de la nación. El más implicado de todos era el propio káiser: en agosto de 1908, le dijo al secretario permanente del Foreign Office británico que prefería «ir a la guerra» a debatir una limitación de flotas. El principal objetivo de la política exterior de Bethmann Hollweg era un entendimiento entre Alemania y Gran Bretaña, pero el káiser y los navalistas lo obstaculizaban sin cesar. En 1912 le permitieron hacer una

oferta: como era de esperar, los británicos consideraron excesiva su solicitud de un tratado que prometiera «neutralidad benevolente» en caso de guerra con otras potencias.[84] La estrategia de Tirpitz no solo buscaba igualar los efectivos de la Royal Navy, sino tener una armada tan grande que los británicos no osaran contrariar al Reich por miedo a una batalla marítima que dejara a sus flotas demasiado debilitadas para sostener su imperio. Se consideró que bastaría con tener 60 acorazados y cruceros de batalla para 1920. En 1914, el balance de *dreadnoughts* y cruceros de batalla, los superacorazados introducidos en 1905 por los británicos, era de 18 a 30 a favor de Gran Bretaña.[85] Lejos de impedir una confrontación, la construcción naval germana, paradójicamente, solo aumentó su probabilidad. Con el fin de mantener en aguas británicas un número suficiente de naves de batalla para contrarrestar la Marina Imperial germana, en 1912 la Royal Navy acordó con los franceses concentrarse en aguas del norte, mientras la flota gala cubría el Mediterráneo. El 1 de agosto de 1914, cuando parecía que el Reino Unido no iba a entrar en guerra, el embajador francés en Londres apeló a este acuerdo. Argumentó que este imponía a Gran Bretaña la obligación moral de proporcionar apoyo, como si dicho pacto dejara desprotegida la costa francesa.[86]

En 1912, los alemanes abandonaron por propia iniciativa la carrera naval y pasaron a dedicar la atención y las finanzas al Ejército. Dos nuevas leyes incrementaron la cifra anual de reclutas. En 1911 se llamó a filas a 287 770 hombres. La ley aprobada en 1912 añadió 38 890 reclutas más y la normativa de 1913 infló el cupo anual en 63 000 efectivos.[87] Los incrementos eran una respuesta defensiva a un entorno internacional cada vez más inestable. Después de la tensión provocada por la anexión austrohúngara de Bosnia, en 1908-1909 estalló una nueva crisis marroquí, de nuevo precipitada por el expansionismo francés. En el verano de 1911, tras socavar los acuerdos económicos que constituían la base de su *détente* menor con Alemania de 1909-1910, los franceses marcharon sobre Fez con 15 000 efectivos. Los alemanes reaccionaron toscamente con el envío de una cañonera, la *SMS Panther*,[*] y exigieron con agresividad ser compensados con todo el Congo francés. Los líderes británicos, por medio de un discurso del ministro de Hacienda, David Lloyd George, lanzaron una severa advertencia a los alemanes: amenazaron con intervenir si había una guerra.[88] Ni siquiera el Gobierno austrohúngaro se mostró dispuesto a respaldar sus exigencias. Esta experiencia reforzó en los mandatarios germanos la enseñanza de Algeciras de cinco años antes: en aquel momento, el sistema internacional tenía una

orientación irrevocable en contra de sus intereses. Preocupados por su evidente aislamiento, decidieron expandir su ejército terrestre.

Por desgracia, lejos de proporcionar seguridad, el incremento del Ejército germano desencadenó una carrera armamentística terrestre con Francia y Rusia mucho más peligrosa que la carrera naval contra Gran Bretaña. Es más, Alemania estaba condenada a perderla. El Reich se enfrentaba a dos desventajas insuperables. La primera era que su único aliado fiable, Austria-Hungría, había descuidado su Ejército demasiado tiempo para reparar rápidamente sus deficiencias. El contingente anual de reclutas de Austria-Hungría no siguió el ritmo de crecimiento de su población y, conforme a los estándares internacionales, era pequeño. Cada año entrenaba al 0,29 por ciento de su población, inferior al 0,35 de Rusia, el 0,37 de Italia y muy por debajo del 0,45 de Alemania y el 0,75 de Francia. En 1912, los soldados del contingente de los Habsburgo sumaban 391 297, menos de un cuarto del Ejército permanente del zar, formado por 1 332 000 hombres. El gasto militar de los Habsburgo estaba por detrás del de todas las grandes potencias, a excepción de Italia. La tardía aprobación, en 1912, de una Ley del Ejército que incrementaba los efectivos a 450 000 hombres y proporcionaba fondos adicionales para equipamiento, fue de ayuda. Con todo, el peso principal de la seguridad colectiva de las Potencias Centrales siguió recayendo en Alemania.[89]

En segundo lugar, aunque los alemanes tenían los hombres y el potencial financiero para igualar la expansión militar de franceses y rusos, factores políticos limitaban el tamaño del Ejército. Incluso en el seno del cuerpo de oficiales había reticencias. El Estado Mayor General aspiraba a explotar a fondo las reservas nacionales de recursos humanos; en diciembre de 1912 propuso un incremento de 300 000 efectivos, pero el ministro de la Guerra temía el impacto de un incremento tan grande y repentino sobre la calidad militar y fiabilidad política de las fuerzas armadas y propuso uno menor, aunque también muy grande, de 117 000 hombres.[90] Sin embargo, la limitación más seria a la expansión del Ejército eran las objeciones parlamentarias al gasto en defensa. El káiser era un monarca constitucional y, aunque nombraba a su canciller y tenía el derecho formal de determinar los efectivos y estructura del Ejército, el Parlamento germano, el Reichstag, debía aprobar el gasto militar. Este se elegía por sufragio universal masculino, lo cual le daba una de las bases electorales más democráticas de Europa.[91] En las elecciones de 1912, los socialdemócratas pasaron a ser el partido más numeroso; sus diputados, y los del segundo grupo más grande, el Partido de

Centro Católico, dominaban la asamblea. Rechazaban los impuestos indirectos, de carácter antisocial, que el Reichstag empleaba para financiar los gastos militares. Los impuestos directos, como los tributos sobre ingresos y propiedad, eran competencia exclusiva de los veinticinco Estados que formaban el sistema federal del Reich. El mayor, Prusia, abarcaba dos tercios de Alemania y tenía una dieta regional elegida por un sistema electoral de tres clases, muy restrictivo y muy odiado por las clases trabajadoras, pues valoraba el voto en función de los impuestos pagados. Prusia, muy conservadora, controlaba el Bundesrat, o Consejo Federal representativo de los Estados, y durante una década rechazó los intentos del Gobierno central de obtener un porcentaje de los ingresos por impuestos directos. En 1913, Bethmann Hollweg logró al fin que el Reichstag aprobara la Ley del Ejército, aunque para ello tuvo que proponer un impuesto sobre la propiedad y separar dicha ley de su normativa de financiación. Los partidos de izquierda y derecha votaron la financiación para sentar un precedente de control del Reichstag sobre la tributación directa, mientras que una coalición nacional de partidos de centro y derecha logró obtener la aprobación de un aumento del número de reclutas.[92] A pesar de la aprobación de estas dos importantes leyes militares, el Reich gastaba el 3,5 por ciento de su PIB en defensa, una proporción superior a la de Austria-Hungría (2,8 por ciento), aunque inferior a la de Francia (3,9) y mucho menor que la de Rusia (4,6).[93]

En esta época, el jefe del Estado Mayor General de Alemania, Helmuth von Moltke, se sentía cada vez más pesimista y nervioso. El rearme ruso y la sustitución en Francia del servicio militar de tres años por el de dos ampliaron aún más la diferencia de efectivos entre las Potencias Centrales y la Entente. En 1912, los alemanes calculaban que los ejércitos permanentes de sus adversarios superaban en 827 000 efectivos a las fuerzas germanas y austrohúngaras. Hacia 1914, se estimaba que la diferencia sobrepasaba el millón de soldados.[94] La construcción de ferrocarriles en la Entente, un tema de mucha importancia, dado que la seguridad de Alemania contra dicha superioridad numérica residía, en gran medida, en la mayor velocidad de movilización de su Ejército, también avanzaba a buen ritmo. En el invierno de 1911-1912, la inteligencia germana consideraba que los nuevos ferrocarriles construidos gracias a los préstamos franceses habían reducido a la mitad el tiempo que necesitarían los rusos para concentrar sus unidades en la frontera occidental del imperio zarista. En 1913, un nuevo préstamo francés para construcción ferroviaria provocó el pánico en el Estado Mayor General alemán, pues calculó que permitiría a los rusos acelerar su despliegue de tal

manera que, en el decimotercer día de movilización, dos tercios de su ejército, no la mitad, estarían en la frontera del Reich.[95] En el clima de conmoción provocado por la Primera Guerra de los Balcanes, la firmeza de la alianza de la Entente reforzó la inquietud y la sensación de cerco de los mandatarios germanos. En diciembre de 1912 tuvo lugar un punto de inflexión. Mientras las tropas rusas se concentraban amenazadoras en la frontera austrohúngara, le llegó una discreta advertencia al embajador germano en Londres, el príncipe Karl von Lichnowsky, de que Gran Bretaña valoraba el equilibrio europeo y no podría permanecer al margen de un conflicto europeo desencadenado por un ataque de los Habsburgo sobre Serbia. El káiser, furioso por lo que calificó de «declaración moral de guerra», convocó a sus tres principales asesores navales y a Moltke en el tristemente célebre «Consejo de Guerra» del 8 de diciembre.[96] El káiser insistió en que Austria-Hungría «debía tomar medidas enérgicas» con los serbios. Dado que esto podía empujar a Rusia a atacar Galitzia, lo cual arrastraría a Alemania a la guerra, Guillermo II ordenó —en vista de la reciente advertencia de Londres—, que la flota estuviera preparada para combatir a los británicos. Tirpitz quería posponer la guerra un año y medio, pero Moltke adujo que la armada tampoco estaría preparada para entonces y la demora desfavorecería al Ejército, porque la falta de fondos no permitiría a Alemania mantener el ritmo de los programas armamentísticos de sus posibles adversarios. Su mensaje fue: «Guerra, cuanto antes mejor».[97] La reunión no produjo nada definitivo. La única decisión de los participantes, iniciar una campaña de prensa que preparara al pueblo alemán para la guerra contra Rusia, nunca se llevó a cabo. Aun así, el episodio es significativo. El káiser, como dejó claro en una misiva remitida ese mismo día a su secretario de Exteriores, consideraba amenazada su existencia por un cerco de potencias hostiles: «la cuestión en juego —escribió— es si Alemania será, o no será».[98] La convicción, que expresó en la conferencia, de la necesidad de una acción agresiva de los Habsburgo contra Serbia y su predisposición a respaldarla, aun cuando esto supusiera arrastrar al Reich a una contienda con la Triple Entente, sería fatídica. El llamamiento de Moltke a favor de una guerra preventiva, aunque no fue la primera que hizo y no se aplicó en ese momento, indica su convencimiento de que Alemania se enfrentaba a un gran peligro.[99]

No obstante, la figura clave que definió en julio de 1914 la política exterior germana era Bethmann Hollweg, que no fue invitado a lo que él mismo calificó, con sorna, de «Consejo de Guerra». La conducta del káiser le pareció histérica. En su opinión, la advertencia británica no era una amenaza:

«Se limitaban a reiterar algo que sabemos desde hace mucho tiempo: *ahora, como en el pasado, Inglaterra sigue una política de equilibrio de poder y por lo tanto, se pondrá del lado de Francia si esta última corre peligro de ser aniquilada por nosotros*».[**] Hollweg bloqueó un intento de introducir un nuevo aumento de fondos para la armada, optó por reforzar el multilateralismo y trabajó por impedir a Austria-Hungría emprender acciones violentas. Alemania y Gran Bretaña cooperaron de forma efectiva para garantizar que las guerras balcánicas no desencadenaran una conflagración europea.[100] La diferencia entre la política de Bethmann de principios de 1913 y sus actos del verano de 1914, cuando aprobó un ataque de los Habsburgo contra Serbia y saboteó los intentos británicos de una mediación conjunta, resulta, por tanto, sorprendente. ¿Qué había cambiado mientras tanto? En primer lugar, el canciller reevaluó la amenaza que Rusia suponía para el Reich. A primeros de julio de 1914 afirmó que el imperio zarista «se cierne sobre nosotros como una pesadilla cada vez más terrorífica».[101] Una serie de beligerantes artículos de inspiración oficial en la prensa de ambos países, y la tensión provocada por la misión militar germana en Constantinopla, que el Gobierno del zar temía que desembocara en el control germano de los estrechos turcos y, por tanto, les permitiera asfixiar el tráfico marítimo ruso desde el mar Negro, agriaron aún más las relaciones entre ambos países.[102] Sin embargo, lo que más turbó a los mandatarios germanos fue el «gran programa» de rearme aprobado en junio de 1914 por la Duma de Rusia, que dotaría al Ejército ruso de 500 000 hombres más y artillería adicional. Se estimó que, hacia 1917, sus fuerzas armadas tendrían más de 2 millones de efectivos, tres veces el tamaño de la fuerza movilizada por Alemania.[103] Tanto Falkenhayn como Moltke creían que la guerra era inevitable y consideraban que la posición del Reich se iría deteriorando con el tiempo. El jefe del Estado Mayor General llegó incluso a apelar al secretario de Exteriores, Jagow, a principios del verano de 1914, antes de los magnicidios de Sarajevo, con el objetivo de orquestar una guerra preventiva. Aunque la petición fue rechazada, el nerviosismo y las presiones de los mandos militares alemanes influyeron a Bethmann. Como confesó más tarde, una guerra preventiva le parecía cada vez más atractiva, a causa de «la amenaza constante de un ataque, la probabilidad de su inevitabilidad futura y, según afirmaban los militares: ¡hoy todavía es posible una guerra sin derrota, pero no dentro de dos años!».[104]

Bethmann Hollweg no solo estaba influido por el temor del Ejército alemán a Rusia, sino también por su valoración del deterioro de relaciones del

Reich con Gran Bretaña y Austria-Hungría. Tras la fructífera cooperación de las guerras balcánicas, las relaciones anglo-germanas se hicieron más distantes. Aunque en abril de 1913 se alcanzó un acuerdo para la futura partición del achacoso imperio portugués, las negociaciones posteriores para extender el ferrocarril Berlín-Bagdad hasta el golfo Pérsico resultaron descorazonadoramente difíciles. No obstante, lo que destruyó la fe de Bethmann en la disposición británica a actuar de forma multilateral y refrenar a Rusia fue una información, obtenida por un agente alemán en la embajada de Rusia en Londres, relacionada con unas conversaciones secretas entre las Marinas británica y rusa en mayo de 1914. Uno de los temas abordados fue un desembarco conjunto en Pomerania; la invasión de Alemania. Esto era, dijo el canciller a su asistente a primeros de julio, «el último eslabón de la cadena». Por otra parte, el total compromiso de Gran Bretaña con la alianza francorusa tenía consecuencias para las relaciones de Alemania con Austria-Hungría. Estas se enfriaron durante las guerras balcánicas debido a la negativa germana a apoyar una acción agresiva de los Habsburgo contra Serbia. No obstante, ahora que la confianza en las intenciones pacíficas de Gran Bretaña, y en su predisposición a contener a Rusia, la seguridad del Reich radicaba, más que nunca, en conservar y apoyar a su único aliado sólido.[105]

De este modo, los días 5 y 6 de julio de 1914, cuando Hoyos y Szögyényi llegaron a Potsdam con la petición de apoyo del emperador Francisco José, Bethmann Hollweg y el káiser aceptaron sin titubear. El canciller suele ser presentado a menudo como un fatalista resignado en esta época, debido a la muerte de su esposa, sucedida dos meses antes. Sin embargo, esto no encaja en absoluto con la determinación que mostró.[106] Bethmann y el káiser se reunieron tan pronto como llegó a Berlín la noticia del asesinato de Sarajevo. Su advertencia a los emisarios de los Habsburgo, el 6 de julio, de que cualquier acción debía ejecutarse con rapidez, delata una estrategia preconcebida. El plan de Bethmann era explotar la crisis para reforzar la alianza de las Potencias Centrales y quebrar la coalición que rodeaba a Alemania. Tal y como le explicó pocos días después a su asistente, lo que se necesitaba era «un *fait accompli* rápido y después mostrarse amistosos con la Entente». Bethmann reconocía y temía que «un ataque contra Serbia puede dar lugar a una guerra mundial». De hecho, en diciembre de 1912, los británicos les hicieron una advertencia explícita en este sentido. La cesión completa a Austria-Hungría de la decisión final de cómo actuar contra el Estado balcánico fue, quizá, un intento subconsciente del canciller de evitar la responsabilidad de un desenlace tan monstruoso que, con razón, preveía

catastrófico. Por el contrario, Bethmann estaba dispuesto a aceptar un conflicto continental contra Rusia y Francia. Moltke confiaba en que el Ejército podría imponerse en semejante contienda y si las dos potencias intervenían a favor de Serbia, los líderes germanos consideraban que esto solo demostraría que siempre habían tenido intención de atacar.[107] Así y todo, el resultado preferido del canciller era una victoria diplomática. Si Rusia no apoyaba a Serbia, estimó, su prestigio en los Balcanes quedaría devastado, lo cual aliviaría la presión sobre Austria-Hungría. La negativa de franceses o británicos a respaldar a Rusia tendría el plausible resultado de una crisis de confianza, que provocaría la ruptura de la Entente y, en consecuencia, la hegemonía germana en Europa. Sus esperanzas de localizar el conflicto se basaban en dos conjeturas: que el Ejército del zar todavía no estaba preparado para combatir y que los Habsburgo eliminarían con rapidez a Serbia, con las simpatías internacionales todavía de su lado y antes de que los sorprendidos Gobiernos pudieran responder. Ambas suposiciones estaban equivocadas. Como demostraron los acontecimientos de la última semana de julio, Bethmann cometió un terrible error de cálculo.[108]

Guerra mundial

El 24 de julio, las grandes potencias recibieron copia del ultimátum austrohúngaro entregado a Serbia el día anterior. Las reacciones oscilaron entre la inquietud y la furia. Según la célebre frase de sir Edward Grey, ministro de Exteriores británico, este fue «el documento más formidable que jamás he visto dirigir de un Estado a otro».[109] Su homólogo ruso, Serguéi Sazónov, tachó las exigencias del documento de «simplemente inaceptables». Los llamamientos a la solidaridad entre monarcas le dejaron indiferente. «Me doy cuenta de lo que ocurre —afirmó furioso—. Están prendiendo fuego a Europa».[110] No podemos desechar las opiniones de dichos hombres debido a su indiferencia u hostilidad hacia Austria-Hungría. Un experimentado y fiable político vienés, Joseph Maria Baernreither, antiguo ministro de Comercio de los Habsburgo, también consideró sus exigencias «en todo punto imposibles».[111] Ninguno de los mandatarios de Viena y Berlín podía sorprenderse de que un ultimátum escrito a propósito para que fuera rechazado suscitara tales reacciones. Bethmann Hollweg quedó satisfecho con las respuestas de la

Entente. Aunque furioso, el ministro de Exteriores ruso evitó citar su firme compromiso de intervenir con sus fuerzas a favor de Serbia y se interpretó que Gran Bretaña mostraba preocupación, pero desinterés. El 25 de julio todavía parecía factible un conflicto austroserbio localizado.[112]

La única posibilidad de evitar por completo una guerra era que los serbios capitularan de forma incondicional a las exigencias de los Habsburgo. Esto resultó más probable de lo que habían predicho la mayoría de diplomáticos de Europa. El primer ministro, Nikola Pašić, estaba lejos de Belgrado, en campaña para su reelección, cuando llegó el ultimátum. Este fue recibido por su segundo, el ministro de Finanzas de Serbia, Lazar Paču, y Pašić no volvió hasta las 5 de la mañana del 24 de julio. Al principio intentó ganar tiempo, pero pronto comprendió que, sin apoyo ruso, Serbia tendría que ofrecer «plena satisfacción». En la mañana del 25 de julio, no obstante, el embajador serbio en San Petersburgo comunicó que los rusos prometían «medidas enérgicas, incluso la movilización» en apoyo de Serbia. El pequeño Estado balcánico quedaba ahora, de forma oficial, bajo la protección de Rusia. Esta información galvanizó la resolución del Gobierno serbio. La réplica al ultimátum de los Habsburgo redactada esa tarde utilizó lenguaje conciliatorio, aunque evitó celosamente aceptar responsabilidad alguna y concedía muy poco a los austrohúngaros. En particular, solo aceptó, y con reservas, el punto 5, la exigencia de que se permitiera a las autoridades habsburgo participar en la supresión de movimientos antiaustriacos en suelo serbio y rechazó el punto 6, que ordenaba a los serbios permitir la participación de funcionarios habsburgo en el enjuiciamiento de los conspiradores. Pašić tenía razones para resistirse a esta última exigencia, pues existen pruebas sólidas de que conocía el complot y trató de detenerlo, pero no pudo controlar a los militares. El servicio de inteligencia del Ejército serbio estaba implicado a fondo. Los austrohúngaros no podían saber que la idea de matar a Francisco Fernando vino de sus filas, o que el complot fue organizado por su jefe, el coronel Dimitrijević. No obstante, como explicó con claridad una nota que acompañó al ultimátum, ya había quedado establecido que los asesinos recibieron la asistencia de un comandante del Ejército, Vojislav Tankosić, mano derecha de Dimitrijević, que recibió entrenamiento en el uso de armas en Belgrado, además de bombas y pistolas procedentes de un arsenal serbio, así como que funcionarios del servicio de aduanas serbio los habían ayudado a cruzar la frontera de forma clandestina.[113]

Antes incluso de que el embajador austrohúngaro, el barón Wladimir Giesl, leyera la réplica serbia y que, como se le había ordenado, rompiera

relaciones y abandonara Belgrado, ya se habían tomado medidas para localizar el inminente conflicto. El 24 de julio, Berchtold hizo venir al *chargé d'affaires* ruso al Ministerio de Exteriores de los Habsburgo para insistirle que la humillación de Serbia era la última cosa que tenía en mente. «He puesto especial cuidado en eliminar de la nota todo aquello que pudiera interpretarse en ese sentido», afirmó con falsedad. Apeló al carácter de potencia dinástica de Rusia, explicó el peligro de la agitación irredentista para el Imperio austrohúngaro y le garantizó que «no tenemos intención de incrementar el tamaño de nuestro territorio».[114] Este último punto era cierto, pues Tisza, ministro presidente de Hungría, lo puso como condición para aceptar ir a la guerra. De todos modos, los ministros de los Habsburgo acordaron la necesidad de hacer «correcciones de las líneas fronterizas por necesidades estratégicas», una frase que durante las hostilidades se utilizó a menudo como sinónimo de grandes anexiones. Es indudable que pretendían reducir a Serbia y distribuir su territorio entre Estados clientes y cimentar de ese modo el dominio de los Habsburgo sobre los Balcanes.[115]

También los alemanes se esforzaron mucho por localizar el conflicto. En una fecha muy temprana, el 21 de julio, Hollweg ordenó a los embajadores del Reich en las capitales de la Entente que remarcaran la necesidad de dejar a Austria-Hungría y Serbia resolver por sí solas sus disputas. Una vez entregado el ultimátum de los Habsburgo, saboteó todo intento de contención. El 24 de julio, sir Edward Grey propuso la intermediación de Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña, pero Jagow, secretario de Exteriores del Reich, remitió tarde la propuesta con premeditación, de forma que llegara a Viena después de que expirase el ultimátum. En los días siguientes, Bethmann siguió insistiendo con firmeza en que el arbitraje internacional quedara solo en manos de Austria-Hungría y Rusia, no de Serbia; con esta postura, buscaba que el conflicto balcánico siguiera adelante sin provocar una guerra continental. El 27 de julio, los británicos hicieron a Berlín una segunda propuesta de mediación, que volvió a ser transmitida con demora a Austria-Hungría, y solo después de que el embajador de los Habsburgo fuera informado en secreto de que el Gobierno alemán aconsejaba desecharla.[116] Tan decidido estaba el canciller a seguir adelante con su estrategia de riesgo, que trató incluso de excluir al káiser, pues temía que se echara atrás al ver acercarse el peligro, y le pidió que continuara su crucero por el mar del Norte. Estaba en lo cierto, pues Guillermo II ignoró el consejo de su canciller y volvió a Potsdam el 27 de julio. A la mañana siguiente, sus funcionarios le mostraron, con retraso, la respuesta serbia: el káiser la consideró «una

capitulación en todo punto humillante» y anunció (con un subrayado para mostrar su convicción) que «ha desaparecido cualquier motivo para la guerra».[***] Abogó por intermediar después de que los Habsburgo tomaran Belgrado, al otro lado de su frontera meridional, para satisfacer su honor y como garantía de que los serbios cumplirían sus exigencias. No obstante, nunca se permitió que el nuevo pacifismo del káiser influyera sobre los austrohúngaros. Las instrucciones de Bethmann al embajador germano en Viena incorporaron la idea de que se ocupara Belgrado como garantía de buena conducta serbia, pero, de manera crucial, omitió toda indicación de que la guerra ya no era necesaria. Por el contrario, Bethmann advirtió de que no debía darse impresión alguna de que «deseamos contener a Austria». La insistencia de los alemanes de los días precedentes, de hecho, despejó en los Habsburgo cualquier duda que pudieran tener de que sus aliados querían «que avanzasen de inmediato y presentar al mundo un *fait accompli*».[117]

En ese mismo momento, Bethmann Hollweg empezaba a perder el control sobre su mortífero juego de riesgo diplomático. Desde el punto de vista germano, había dos problemas. El primero era la lentitud exasperante de los preparativos bélicos de Austria-Hungría. Aunque el emperador Francisco José ordenó la movilización el 25 de julio, se estableció su inicio para el 28 de julio y las tropas no empezaron a incorporarse a sus unidades hasta el día siguiente. Es más, Berchtold tuvo que insistir para que se declarara la guerra al mediodía del mismo 29 de julio. Conrad von Hotzendorf, jefe del Estado Mayor General, que antes se había mostrado tan beligerante y hablaba de golpear de inmediato a su enemigo balcánico, ahora quería que la declaración se demorara hasta el 12 de agosto, el primer día que sus fuerzas estarían preparadas para las operaciones. Incluso si lo hubieran querido los mandatarios habsburgo, no era posible el ataque relámpago seguido de un alto en Belgrado que sugería el káiser, pues estaba previsto que las unidades de su contingente llegaran en dos oleadas: el primer despliegue tendría lugar en la frontera oeste de Serbia y solo después llegaría frente a su capital, situada al norte.[118] El segundo problema era que, en marcado contraste con los austrohúngaros, los rusos tomaron las armas con extraordinaria rapidez. En esto fueron apremiados por los franceses, cuyo presidente y primer ministro dejaron claro durante su visita a San Petersburgo —y, por tanto, antes incluso de haber visto el ultimátum de los Habsburgo— que no debía tolerarse imposición alguna a Serbia.[119] El mismo fin de semana del 24-25 de julio, antes de que los serbios respondieran al ultimátum, el zar y sus ministros decidieron instaurar el «periodo preparatorio para la guerra» en cuatro

distritos militares occidentales, los de Odesa, Kiev, Kazán y Moscú. El 24 de julio se despacharon a esas regiones las primeras órdenes de preparar la movilización, esto es, antes incluso de que los serbios o austrohúngaros, los protagonistas principales de la disputa, tomaran ninguna medida militar.[120] Los ministros y diplomáticos del zar sabían que había mucho en juego. Incluso con la promesa de los Habsburgo de que el Imperio no anexionaría ningún territorio serbio, para Rusia era obvio que una victoria austrohúngara sobre Serbia debilitaría por completo su posición en los Balcanes. El 29 de julio de 1914, un notable diplomático ruso, el príncipe Troubetzkoi, explicó al embajador italiano, en términos inequívocos, el justificado escepticismo de su gabinete: «Las garantías austriacas sobre la anexión de territorio serbio no valen gran cosa, porque el resultado de la política austriaca aislaría y sometería a su dominio a Montenegro, colocaría a Albania bajo su protección, premiaría a Bulgaria con la Macedonia serbia y convertiría a Rumanía en un apéndice de la Triple Alianza. El plan austriaco busca garantizar la supremacía del germanismo en los Balcanes a expensas del eslavismo».[121]

Para los dirigentes rusos, el problema central era Alemania, no Austria-Hungría. El ministro de Exteriores Sazónov estaba convencido de que el Reich estaba detrás del ultimátum de los Habsburgo y argumentó que las retiradas y concesiones diplomáticas rusas del pasado solo habían logrado animar su agresividad. En el lenguaje racial y mesiánico tan común en los líderes rusos, Sazónov advirtió a sus colegas de que no debía abandonarse la «misión histórica» del imperio zarista de liderar a los pueblos eslavos, so pena de que Rusia perdiera su condición de gran potencia: «Sería considerada un estado decadente y a partir de entonces se vería obligada a asumir un puesto secundario entre las potencias».[122]

La convicción de Sazónov, compartida por los otros ministros, de que la agresión germana estaba detrás de la crisis significó que, desde su mismo comienzo, los rusos no la consideraron un mero asunto balcánico, sino europeo. Esto, combinado con la prisa por tomar medidas militares, sería fatídico.[123] Por un breve periodo, el zar y sus ministros mantuvieron al margen de la movilización al distrito de Varsovia, que hacía frente tanto a Alemania como a Austria, para evitar provocar a los alemanes. Sin embargo, a primera hora del 26 de julio, el jefe de Estado Mayor ruso, el general Nikolái Yanushkevich, que había dado orden a sus oficiales de actuar con energía y les permitió saltarse las ordenanzas en sus preparativos, extendió el «periodo preparatorio para la guerra» a toda la Rusia europea. Las consideraciones técnico-militares justificaban esta medida: el Estado Mayor

General de Rusia no tenía ningún plan de movilización parcial contra Austria-Hungría. Evitar el uso del importante nudo ferroviario de Varsovia provocaría el caos. Además, dado que sus regimientos no extraían sus reservas de un solo distrito militar, era inevitable llamar a filas a efectivos de regiones de fuera de los cuatro distritos movilizados. Por otra parte, esto suponía el inicio de las primeras fases de la movilización, dirigida no solo contra Austria-Hungría, sino también contra Alemania. Desde primera hora de la mañana, el departamento de trenes militares y el personal esencial para gestionar los transportes de tropas quedaron en estado de alerta, junto con almacenes, depósitos de suministros y fortalezas; destacamentos de cobertura tomaron posición cerca de la frontera y se incorporaron reservistas a las divisiones fronterizas. El entrenamiento de oficiales cadetes finalizó abruptamente y, tras recibir sus despachos de oficiales, los enviaron a cubrir puestos de mando vacantes. Tales medidas no pueden interpretarse bajo ninguna circunstancia como disuasión, pues se ejecutaron en estricto secreto. La noche del 26 de julio, el embajador y el agregado militar de Alemania en San Petersburgo recriminaron a Sazónov que los rusos estaban trasladando tropas a la frontera occidental; este negó que se hubiera dado ninguna «orden de movilización». Los rusos no eran ingenuos. Hacía mucho que comprendían las consecuencias de tomar las armas. En el momento álgido de las tensiones de la Primera Guerra de los Balcanes, en noviembre de 1912, el entonces primer ministro, el conde Vladímir Kokóvtsov, señaló que los alemanes responderían a una movilización rusa con la guerra.[124]

Por tanto, las fuerzas armadas germanas, que tan a menudo se presentan como las instigadoras de la Primera Guerra Mundial, estaban reaccionando, no liderando, la escalada bélica de los últimos días de julio de 1914. En particular Helmuth Moltke, jefe del Estado Mayor General y responsable del ejército de operaciones del Reich, se mostró mucho más nervioso y contenido que sus colegas civiles germanos o que su homólogo zarista. A primeros de julio, Moltke estaba fuera de Berlín en una cura de descanso, aunque le habían mantenido al corriente de las resoluciones que se tomaban en las capitales de las Potencias Centrales. El 5 de julio, el ministro de la Guerra Falkenhayn aconsejó al káiser, pero, pocos días más tarde, partió en viaje oficial y después se tomó quince días de vacaciones. Ninguno de los dos creía probable una guerra y tampoco habían aportado mucho —en el caso de Moltke, nada— a las decisiones adoptadas. Hasta el 16 de julio no se tomó ninguna precaución militar e incluso entonces lo único que se hizo fue sugerir a los puestos de inteligencia en el este que vigilaran con mayor atención las

actividades rusas.[125] La situación cambió con el ultimátum austrohúngaro. Falkenhayn estaba de vuelta a su despacho en la mañana del 25 de julio y Moltke regresó a Berlín esa misma tarde. Con todo, cuando hablaron al día siguiente, el jefe de Estado Mayor seguía convencido de que tomar medidas militares sería «prematuro».[126] La opinión de Moltke no era producto de la complacencia. Los puestos de inteligencia estaban en estado de alerta desde que los Habsburgo presentaron su ultimátum del 23 de julio y el 25 del mismo mes se hizo volver de sus vacaciones al jefe de la inteligencia militar germana, el comandante Walter Nicolai. Este ordenó el envío de los llamados «viajeros de tensión», esto es, civiles o militares que hacían cortos viajes al otro lado de la frontera haciéndose pasar por turistas o viajantes de negocios en busca de indicios de preparativos bélicos. El 27 de julio, uno de esos viajeros remitió un informe acerca de las actividades rusas al plenipotenciario militar germano ante la corte del zar. El reporte alertó de inmediato al Estado Mayor de las disposiciones militares rusas en cumplimiento del «Periodo Preparatorio para la Guerra».[127]

El 28 de julio, cuando Austria-Hungría finalmente declaró la guerra a Serbia y el zar respondió ordenando la movilización parcial de los cuatro distritos militares que habían iniciado los preparativos, Moltke redactó una «Evaluación de la Situación Política» para el canciller. Este documento a menudo se ha interpretado como una intromisión inaceptable de los militares en las prerrogativas del gobierno civil.[128] En realidad, tiene más sentido interpretarlo como el primer indicio de un problema que arruinaría los esfuerzos bélicos de alemanes y austrohúngaros en todo el periodo 1914-1918. Mientras que los Estados occidentales como Gran Bretaña y Francia tenían una clara jerarquía gubernamental, en la que los civiles ejercían control sobre los militares, en la Europa central las estructuras de gobierno trataban de mantener una estricta paridad y separación entre la esfera civil —o «política»— y la castrense. Desde el punto de vista constitucional, el káiser o el emperador eran responsables de su coordinación, pero ni Francisco José ni Guillermo II estuvieron a la altura de esta tarea. En el fondo, la «guerra total», por su misma naturaleza, difuminaba los límites entre la esfera militar y la política. La mala coordinación y los choques entre militares y autoridades civiles que caracterizaron los esfuerzos bélicos de las Potencias Centrales se derivaban, en no poca medida, de su insistencia en una separación que se hizo cada vez más ficticia según transcurrían las hostilidades. La intervención de Moltke no fue más que un indicativo de que, ya desde julio de 1914, la situación militar y la política estuvieron

fuertemente entrelazadas. El tono que adoptó en el memorando sorprendía por su moderación, al venir de un hombre que los últimos dieciocho meses había abogado por una guerra preventiva. El texto era fatalista con respecto a la probabilidad de una contienda —solo evitable, consideraba, si mediaba un «milagro»— y abundaba en advertencias relativas al horror que desencadenaría. Su propósito era advertir a los mandatarios civiles germanos, cuya primacía a la hora de dirigir la política fue reconocida por Moltke de forma implícita al remitir el memorando a Bethmann Hollweg, de que la movilización furtiva de los rusos amenazaba con situar a las Potencias Centrales en una posición desventajosa y no solo militar, sino también política. En ese momento, consideraba con razón, los preparativos seguían dirigidos sobre todo contra Austria-Hungría, si bien advirtió al canciller del peligro real de que estos desencadenaran una reacción en cadena, con la activación de cláusulas de alianza que extendieran la guerra por toda Europa. Aún peor, las medidas militares encubiertas de los rusos tenían consecuencias políticas y diplomáticas, pues estas permitirían al enemigo oriental hacer recaer la culpabilidad de la escalada sobre las Potencias Centrales, cuya seguridad dependía de una respuesta armada rápida a cualquier indicio de concentración hostil de fuerzas abrumadoramente superiores. Moltke necesitaba que el canciller determinara si Rusia y Francia, que también había comenzado a preparar la movilización, estaban de verdad dispuestas a entrar en guerra con Alemania. Si la Entente tenía intenciones belicosas, una demora podía resultar fatal. Como advirtió apesadumbrado el jefe de Estado Mayor, «la situación militar es más desfavorable cada día que pasa».[129]

Lo que no hizo Moltke fue clamar a favor de una guerra, que, como preveía su memorando, «aniquilará por décadas la civilización en casi toda Europa».[130] Su conducta fue defensiva y reactiva, no solo determinada por las obligaciones de la alianza con Austria-Hungría, sino también por su evaluación de la amenaza militar contra Alemania. Esta creció de un modo inquietante durante los días siguientes. Yanushkevich, jefe de Estado Mayor ruso, no tenía intención de aceptar una movilización parcial, que sus subordinados coincidían que era un sinsentido e incluso un perjuicio; pocas horas después de su anuncio, en la noche del 28 de julio, Yanushkevich remitió a los jefes de los doce distritos militares del imperio zarista un telegrama para comunicarles que el primer día de la movilización general sería el 30 de julio.[131] Arrancarle al zar autorización para ello se reveló mucho más difícil de lo que preveía. Moltke, sin quererlo, le ayudó: su petición de que se determinara si Rusia pretendía de verdad ir a la guerra hizo

que Bethmann ordenase al embajador germano en San Petersburgo notificar que, si Rusia no cesaba sus preparativos bélicos, el Reich se movilizaría y combatiría. Es posible que el ministro de Exteriores del zar, Sazónov, interpretara esta advertencia, que le fue comunicada en la tarde del 29 de julio, como una prueba adicional de que era una agresión de Alemania, no de Austria-Hungría, lo que impulsaba esta crisis, de modo que no tenía sentido movilizarse solo contra Austria-Hungría.[132] Esa noche, Sazónov y Yanushkevich obtuvieron del zar una orden de movilización general, pero fue cancelada casi de inmediato tras la llegada de un telegrama de Guillermo II en el que prometía animar a los austrohúngaros a parlamentar con los rusos. No fue hasta la tarde del 30 de julio, todavía antes de que los alemanes adoptaran ninguna medida militar de importancia, cuando el zar ordenó la movilización general. Una hora más tarde, a las 18:00 hora local, la orden fue remitida a las unidades rusas.[133]

Esos días tuvo lugar en Berlín un confuso cambio de actitudes. Durante todo el 29 de julio, Moltke mostró contención. Falkenhayn llevaba desde el día anterior presionando a favor de la declaración del «Estado de Guerra Inminente», el equivalente alemán, mucho más breve, al «periodo preparatorio para la guerra» de los rusos. Con permiso del káiser, también ordenó el retorno a los cuarteles de las tropas que estuvieran de maniobras. Sin embargo, para frustración del ministro de la Guerra, esa mañana el jefe del Estado Mayor General se limitó a solicitar el despliegue de centinelas para proteger infraestructuras clave de transporte y por la tarde apoyó con escaso entusiasmo su petición al canciller y al káiser de que se anunciara el «Estado de Guerra Inminente».[134] El primero que tuvo un cambio importante de actitud, por el contrario, fue Bethmann, como resultado de las acciones británicas, no de las rusas. Aunque Gran Bretaña emitió señales contradictorias con respecto a una posible intervención en una guerra continental, hasta la mañana del 29 de julio el canciller suponía que se mantendría neutral. El día antes habían llegado noticias de una conversación entre el hermano del káiser y Jorge V de Inglaterra, en la cual el rey le comunicó que Gran Bretaña «haría todo lo que pudiera para mantenerse al margen de esto», lo cual reforzó su convicción.[135] No obstante, las urgentes peticiones de Falkenhayn y las advertencias del memorando de Moltke de una probable conflagración continental hicieron que Bethmann decidiera que había llegado el momento de corroborar dicha convicción. A altas horas de la noche del 29 al 30 de julio, en conversación con el embajador británico, sir Edward Goschen, Bethmann trató, con torpeza, de llegar a un acuerdo. A

cambio de la neutralidad británica, le ofreció garantías de que el Reich no anexionaría ningún territorio de la Francia continental y, revelando de forma implícita el plan alemán de avanzar a través de Bélgica, prometió respetar la integridad de Bélgica, siempre y cuando esta no se uniera a los enemigos de Alemania.[136] Apenas finalizó la reunión, Bethmann recibió un telegrama de su embajador en Londres, el príncipe Lichnowsky, enviado con anterioridad, pero que no había sido descifrado hasta ese momento. El cable reveló tanto lo equivocado de su propuesta como el gran error de su riesgo calculado. El embajador reportó que el secretario de Exteriores británico, sir Edward Grey, seguía apostando por una conferencia entre cuatro potencias, aunque ahora advertía en privado de que Gran Bretaña no se mantendría al margen si Francia se veía arrastrada al conflicto. Para Bethmann esto era un desastre: Alemania podía batir a potencias continentales como Rusia y Francia, pero no tenía ninguna posibilidad contra un poder global como Gran Bretaña. Menos de dos horas más tarde, telegrafió, por primera vez con sinceridad, al ministro germano en Viena, el barón Heinrich von Tschirschky, y al ministro de Exteriores de los Habsburgo, para comunicarles la necesidad urgente de que Austria-Hungría aceptara la mediación de las grandes potencias. En ese momento, Bethmann abandonó su disposición a apoyar el ataque balcánico de su aliado y sus esperanzas de beneficiarse de ello y se arrepintió de haberle cedido la iniciativa a principios de julio. El tono de su mensaje, remitido demasiado tarde, se tornó de repente severo e hipócrita: Alemania cumpliría con su deber como aliada, pero «no permitirá que Viena nos arrastre frívolamente a una conflagración mundial y sin tener en cuenta nuestro consejo».[137]

El abrupto cambio de rumbo de Bethmann halló escasa comprensión entre los mandatarios habsburgo, quienes predijeron una humillación en caso de intermediación de las grandes potencias, por lo que decidieron continuar su guerra con Serbia; preservar la paz ya no estaba en manos del canciller germano.[138] Para rematar sus problemas, en la tarde del 30 de julio, Moltke empezó por primera vez a presionar en serio a favor de tomar medidas militares. Al contrario que Bethmann, cuyos ojos estaban fijos en Gran Bretaña, la mirada del jefe de Estado Mayor estaba clavada en los adversarios continentales de Alemania. No fue un buen día. Aunque Moltke todavía no sabía que los rusos acababan de ordenar la movilización general, las noticias eran siniestras en extremo. La inteligencia militar advirtió de que las medidas del «periodo preparatorio para la guerra» estaban «muy avanzadas» en la «región fronteriza germano-rusa». En el oeste, Francia permanecía en relativa

calma, pero Bélgica había comenzado a llamar a filas a reservistas y a aprestar las fortificaciones y el nudo ferroviario de Lieja. Tales medidas ponían en peligro el plan de campaña de Moltke para un conflicto en dos frentes, el único que poseía el Ejército alemán, pues no se podría lanzar el ataque contra Francia a través de Bélgica sin antes someter la ciudad-fortaleza y capturar intactos los ferrocarriles que deberían suministrar el avance de los contingentes germanos.[139] Al final de la jornada tuvo lugar una furiosa discusión: Moltke y Falkenhayn se reunieron con Bethmann y abogaron por la guerra. El canciller todavía pensaba en la opinión británica, pero ahora lo que más le preocupaba era asegurar que el pueblo alemán siguiera considerando a Rusia el agresor. En última instancia, persuadió a los dos militares para que pospusieran hasta el mediodía del día siguiente la declaración del «Estado de Guerra Inminente».[140]

El aplazamiento no solo era una táctica política, sino también un reflejo de la tendencia de Moltke, observada con irritación por el militarista Falkenhayn, de vacilar entre la beligerancia y la cautela. Lo que hizo inevitable el «Estado de Guerra Inminente» fue la noticia de la movilización general de Rusia, que empezó a llegar a lo largo de toda la noche, procedente de los «viajeros de tensión» y de los puestos de inteligencia de la frontera. Moltke, según su asistente personal, el comandante Hans von Haeften, pasó la noche sumido en «una severa agitación psicológica». Por un lado, había mostrado mayor visión que la mayoría de los dirigentes en cuanto al sufrimiento que vendría; en su memorando a Bethmann lo denominó «la matanza recíproca de las naciones civilizadas de Europa».[141] Aun así, la política de su Gobierno, que él mismo había contribuido a preparar a largo plazo, la desesperación de los Habsburgo y la beligerancia rusa crearon una situación de peligro crítico. Ante la acumulación de pruebas de la movilización general del Ejército zarista, remitió un telegrama a Conrad en el que le pedía que concentrara sus efectivos contra Rusia y le prometió la movilización de Alemania, así como remitió un mensaje por mediación del agregado militar de los Habsburgo en Berlín en el que advertía de que solo la guerra podría salvar a Austria-Hungría.[142] Con todo, lo que empujó a Moltke a la guerra no fue ni la preocupación por los Habsburgo, ni las obligaciones de su alianza formal; de haber sido estas las causas verdaderas, entonces Alemania, tal y como dictaminaban las cláusulas del acuerdo de las Potencias Centrales, habría tenido que actuar desde el momento de la movilización parcial rusa. En realidad, lo que motivó al general fue, como le explicó a su asistente, el temor de que, tras cinco días de contención mientras las fuerzas zaristas ejecutaban

masivos preparativos bélicos encubiertos, la demora «permitiera a nuestros adversarios llevar la contienda al territorio alemán».[143] En la mañana del 31 de julio, la llegada desde los puestos de inteligencia de toda la frontera oriental de informes de la aparición de carteles rojos de movilización —Moltke insistió en que tomaran uno y se lo leyeran por teléfono— zanjó al fin la cuestión. Con un profundo suspiro, concluyó: «Entonces, es inevitable; nosotros también tendremos que movilizarnos».[144]

A partir de este momento, como podrían haber previsto los mandatarios de todas las potencias, el paso a la conflagración continental se produjo con terrorífica rapidez. A las 13:00 h del 31 de julio se proclamó en Berlín el «Estado de Guerra Inminente». Esa misma tarde, Alemania amenazó a Rusia con la movilización si no cesaba su acción hostil contra Austria-Hungría en un plazo de doce horas. A Francia se le concedieron dieciocho horas para que confirmara su neutralidad. Al día siguiente, 1 de agosto, Francia primero, a las 15:45 h, y a continuación Alemania, a las 17:00 h, iniciaron la movilización. A las 19:00 h, el káiser, al no haber recibido respuesta a su ultimátum, declaró la guerra a Rusia. Exactamente cuarenta y ocho horas más tarde llegó la declaración de guerra de Alemania contra Francia, justificada por falsos reportes de ataques aéreos franceses contra vías férreas e incursiones de tropas galas en territorio del Reich.[145] Italia, cuyo monarca, en fecha tan reciente como febrero de 1914, había prometido a los alemanes enviar un ejército a proteger Alsacia en caso de conflicto bélico, se desentendió de sus obligaciones, con el argumento de que los Habsburgo provocaron el conflicto después de Sarajevo. Casi de pasada, el 6 de agosto, Austria-Hungría y Rusia entraron por fin en guerra.[146]

Iniciado el mes de agosto, la única cuestión real era si la superpotencia global británica también intervendría, lo que convertiría así el conflicto en una guerra mundial. La división en el seno del Gobierno liberal había sido la causa de los mensajes contradictorios de intervención o neutralidad que llegaban de Londres. La advertencia de Gray a Lichnowsky, el 29 de julio, de que Gran Bretaña no podía mantenerse al margen si Francia se veía arrastrada a la contienda, se hizo «en privado» precisamente porque Grey no tenía apoyos suficientes para defender semejante política en el gabinete británico. Es más, el 1 de agosto, con la mayoría de los ministros oponiéndose aún a la intervención, Grey empezó a explorar la posibilidad de limitar la guerra al este. Ese mismo día, Lichnowsky remitió un telegrama que informaba de la predisposición de Grey a parlamentar; esto causó en Berlín una considerable excitación, dado que el cable llegó poco después de las 17:00 h, momento en

que se emitió la orden de movilización. Por lo que pudo colegir Lichnowsky, Grey iba a proponer que, si Alemania se abstenía de atacar hacia el oeste, Gran Bretaña garantizaría su neutralidad y la de Francia. Un segundo telegrama del embajador sugirió que Gran Bretaña podría mantenerse al margen incluso si Francia entraba en guerra. El káiser ordenó servir champán. Sus asesores civiles y navales estaban asombrados, aunque entusiasmados.[147] Solo el Ejército se mantuvo circunspecto. Falkenhayn, siempre frío, dudaba de la veracidad de los mensajes, por lo que trató de ganar tiempo y permaneció en silencio. Moltke, por el contrario, opuso una histérica resistencia. El Ejército había abandonado en 1913 el plan para una campaña solo contra Rusia. Si el káiser trataba de llevar a sus tropas al este, no tendría, explicó el jefe de Estado Mayor, «un ejército dispuesto para el combate, sino una masa caótica de hombres armados, desorganizada y sin suministros».[148] Las patrullas de vanguardia germanas ya habían invadido Luxemburgo para asegurar el control de ferrocarriles cruciales para la campaña, y la 16.ª División de Tréveris les seguía a escasa distancia. Tras un acalorado argumento, los líderes acordaron continuar el despliegue, pero detener a las tropas antes de que cruzaran la frontera. Moltke volvió al edificio del Estado Mayor General a enjugar lágrimas de desesperación: «Me sentía como si me fuera a estallar el corazón», recordó más tarde. Es posible que la tensión de la experiencia desencadenara un ligero ataque. Su esposa recordó que «estaba lívido, apenas se le notaba el pulso. Tenía ante mí a un hombre desesperado».[149]

La reacción de Moltke, en ocasiones interpretada como la expresión arquetípica del militarismo germano, solo reflejaba su realista diagnóstico acerca de la situación estratégica de Alemania. Los problemas técnico-militares de trasladar del oeste al este el despliegue de millones de hombres eran abrumadores. Aún más importante: la oferta británica carecía de credibilidad. Como señaló el general, Francia ya se había movilizado y Gran Bretaña, incluso con toda la buena fe del mundo, no podía garantizar la neutralidad gala. De igual modo, pocas horas después, Grey retiró la oferta y alegó que había sido un «malentendido». La tarde del 2 de agosto, Gran Bretaña dio importantes pasos hacia la intervención. Movilizó la flota y el Gobierno, que apenas tres días antes había decidido que Gran Bretaña no tenía obligación de defender por sí sola la neutralidad belga conforme al tratado de 1839 firmado por todas las grandes potencias, cambió su punto de vista; ahora consideraba que una «violación sustancial» del territorio de Bélgica era motivo suficiente para entrar en guerra. Con toda probabilidad, los británicos se habrían sumado a la contienda del lado de la Entente, aunque

Moltke no hubiera invadido al pequeño vecino neutral de Alemania. Grey consideraba que Gran Bretaña tenía una obligación moral con Francia y que tanto él como el primer ministro, Herbert Asquith, estaban dispuestos a dimitir por esa cuestión. Sus colegas liberales, aunque no tan implicados emocionalmente, eran conscientes de que, si no optaban por luchar, su gabinete caería y sería reemplazado, con toda probabilidad, por los conservadores, partidarios de la intervención, los cuales declararían las hostilidades. Los cálculos estratégicos también abogaban por la beligerancia: la neutralidad dejaría a Gran Bretaña sumida en un desastroso aislamiento, con independencia de qué bloque continental se alzara con la victoria. Lo que garantizó Moltke con su invasión de Bélgica fue que Gran Bretaña se apresurara a entrar en guerra y la unió en un fervor moral. Hasta qué punto esto sería importante, dependería de si Moltke podía ganar una victoria rápida en el oeste.[150]

El miedo, no la agresión o el militarismo incontrolado, fue lo que empujó a las Potencias Centrales a la guerra en el verano de 1914. Los mandatarios de ambos países creían enfrentarse a una inminente amenaza existencial. Los motivos defensivos impulsaron las acciones bélicas. En el centro de la crisis se hallaba la más débil y peor armada de las grandes potencias de Europa, Austria-Hungría. Bajo la guía decisiva de Berchtold y de los jóvenes halcones del ministro de Exteriores, sus líderes temían a la subversión interna y estaban convencidos de las intenciones hostiles de sus vecinos. Marginados del orden internacional, abrumados por un sentimiento de aguda amenaza y convencidos de que la guerra era la única solución, eran hombres sumamente peligrosos. Alek Hoyos, el *chef de cabinet* que figuró en el corazón de las decisiones adoptadas, expresó esta actitud con toda claridad al comentar a un conocido, a mediados de julio, que «la guerra ya casi está decidida —y añadió —, si deriva en una conflagración mundial, nos es indiferente».[151] En Alemania, el canciller Bethmann Hollweg, que condujo la política del Reich en julio de 1914, también se sentía decepcionado por el multilateralismo y fue lo bastante temerario para considerar una «guerra preventiva», si bien se esforzó mucho por evitar una conflagración global. Cometió un desastroso error al estimar los riesgos a los que se enfrentaba. A pesar de las advertencias, subestimó la predisposición a combatir de rusos y británicos. Con todo, su mayor desacierto fue colocar el destino de Alemania, de forma incondicional, en manos de los hombres desesperados y atormentados de Viena. A finales de julio, fue esto, no las peticiones de los militares de que se ordenara la movilización, lo que imposibilitó echarse atrás.

A pesar de todas las acusaciones acumuladas en su contra, los militares de las Potencias Centrales solo desempeñaron un papel indirecto, aunque importante, en el estallido de la conflagración. Tanto Conrad como Moltke, con sus llamamientos urgentes a una guerra preventiva, prepararon el camino de la catástrofe al convencer a los mandatarios civiles que lideraron la crisis de julio de que la acción agresiva era el único modo de escapar de una situación estratégica de pesadilla. Así y todo, una vez se enfrentaron a la realidad de la guerra, los dos titubearon. Conrad vaciló y es evidente que Moltke estaba asustado. Falkenhayn fue más agresivo, al igual que sus subordinados. Cuando se declaró el «Estado de Guerra Inminente» cundió la euforia en el Ministerio de la Guerra prusiano: «Rostros radiantes por doquier, apretones de manos en los pasillos, todos se felicitan entre sí».[152] Bethmann y Moltke demoraron la movilización hasta un punto en que los preparativos prematuros, agresivos y secretos de las fuerzas armadas rusas hicieron que la invasión pareciera inminente. Para la opinión pública esto era crucial. Los mandatarios de Austria-Hungría y Alemania, una vez fracasada su apuesta por una guerra localizada, y tras haber desencadenado una conflagración general, estaban en deuda con su pueblo. Bethmann, cuando menos, tenía esperanzas: «Si llega la guerra y caen los velos, toda la nación seguirá, impulsada por la necesidad y el peligro».[153]

2

MOVILIZAR AL PUEBLO

Magnicidio

El lunes 29 de junio de 1914 los diarios matinales vieneses publicaron lastimeros reportajes del magnicidio del heredero imperial y de su esposa del día precedente. Las primeras planas estaban enmarcadas en gruesos bordes de color negro y su tono era de turbación y profundo dolor. «No es posible concebir semejante monstruosidad», se lamentaba el *Reichspost*. «Nuestro heredero al trono, el hombre en quien los pueblos de la Monarquía de los Habsburgo han depositado todas sus esperanzas, todo su futuro, ya no está entre nosotros».[1] La prensa sensacionalista calificó el asesinato de «espantosa calamidad» y el *Arbeiter-Zeitung*, el órgano de los trabajadores cristiano-socialistas, lo consideró «un infortunio estremecedor».[2] A cualquier extranjero poco familiarizado con la situación interna del Imperio que hojeara los panegíricos de la prensa matinal mientras tomaba su bebida favorita le debió de parecer que Francisco Fernando era objeto de admiración y amor universal. Había sido, lloraba el diario de la élite capitalina, la *Neue Freie Presse*, una «figura excepcional» cuya desaparición lamentarían mucho: «La Monarquía ha perdido algo grande».[3]

Los unánimes elogios de los obituarios del archiduque encubrían la compleja reacción popular a la noticia del asesinato. La desaparición de Francisco Fernando suscitó en Austria-Hungría una amplia gama de respuestas emocionales. Cabe destacar, no obstante, que la beligerancia no figuraba entre ellas. La mayoría de la población no compartía con el Ministerio de Exteriores y con los halcones de las fuerzas armadas su afán de ir a la guerra. El cambio de opinión popular entre julio y primeros de agosto de 1914 es un elemento central para explicar por qué tuvo lugar la contienda y por qué se combatió con semejante tenacidad. Durante ese verano de crisis, los pueblos austrohúngaro y germano hicieron un viaje emocional notable, aunque apenas explicado, que culminó en la aceptación e incluso en la convicción de la necesidad del conflicto. La muerte violenta del heredero de los Habsburgo fue el punto de partida. Hace mucho que hemos descartado que esta incitara las pasiones populares, pues, a pesar de los encomios de rigor de la prensa vienesa, Francisco Fernando no había sido un personaje popular en la capital. Se le consideraba burdo y grosero y la población temía lo que haría una vez tomara las riendas del poder. Los nacionalistas germanos recelaban de sus supuestas simpatías proeslavas; otros creían —es posible que con más razón— que agitaría la situación para volver a centralizar el Estado. Su insistencia en el derecho divino de los monarcas no le ayudó en absoluto a ganarse las simpatías de los obreros socialistas de la capital.[4] Cinco días después del asesinato, los cuerpos de la archiducal pareja recorrieron Viena. Una gran cantidad de gente se concentró a lo largo del recorrido. Los periodistas contaron cómo se apiñaba la multitud esa mañana en la *Hofburgpfarrkirche* —iglesia de la corte imperial— para ver el féretro funerario. A última hora de la tarde, decenas de miles de personas esperaron a lo largo de la ruta hacia la estación de ferrocarril del oeste, desde donde los cuerpos serían transportados a su lugar de descanso definitivo, el castillo de Artstetten.[5] La mayoría acudió por curiosidad, no por ningún sentimiento de dolor. Un observador de fuera de la ciudad comentó sorprendido que «nadie entre la masa de personas apretujadas a mi alrededor expresó gesto alguno de pena o dolor […] por el contrario, había muchas risas y se hacían chistes».[6]

Esta fascinación morbosa, esta curiosidad por la muerte de una celebridad, no la beligerancia, fue lo que definió el estado de ánimo de Viena en la primera semana de julio. El mismo observador dio en el clavo al decir que la ciudad «bullía de excitación» con la noticia del asesinato.[7] Las imágenes llegadas de Sarajevo eran de visión obligatoria. Los lectores de los diarios ilustrados populares pudieron seguir, con macabro interés, las horas finales de

la pareja archiducal, desde la escena del primer atentado frustrado con bomba, su fatídica salida por la escalera del Ayuntamiento de Sarajevo —una fotografía, remarcaron, tomada apenas «minutos antes de la catástrofe»—, hasta el espectacular arresto del asesino, Gavrilo Princip —o alguien que se creía que era él— por gendarmes y por bosnios tocados con exótico fez, poco después de ejecutar los disparos fatales.[8] Los diarios, al hacer hincapié en la tragedia humana, atrajeron la atención incluso de aquellos que no simpatizaban con la monarquía. El heredero y su esposa no eran lo suficientemente jóvenes para conmover corazones, pero dejaron tres niños pequeños y fotogénicos. El primero que supo ver este lucrativo enfoque fue el *Národní listy* de Praga, que necesitaba llamar la atención de una audiencia nacionalista checa poco proclive a verter lágrimas por un Habsburgo muerto. Muy pronto, el 30 de junio, publicó en portada un gran dibujo de la princesa Sofía, de 12 años, y de sus hermanos, los príncipes Maximiliano y Ernesto, de 11 y 10 años, respectivamente, con el titular: «La tragedia de Sarajevo».[9] Muy pronto, la prensa vienesa los imitó y dedicó amplios espacios a la desdicha de los huérfanos. Se habló largo y tendido de las atenciones de la casa imperial a los niños y de sus reacciones de dolor al recibir la noticia de la muerte de sus padres. El patetismo morboso alcanzó cotas insoportables con la publicación de las últimas palabras de Francisco Fernando a su esposa herida de muerte: «Sofía, vive por nuestros hijos […]».[10]

El otro gran tema de conversación, por descontado, era quién estaba detrás de los asesinatos. Desde el principio, los diarios sospechaban de un complot originado en Serbia. Aunque las investigaciones apenas habían comenzado, muy pronto, el 30 de junio, el *Reichspost*, un diario próximo a Francisco Fernando, publicó un reportaje que afirmaba que existía confirmación oficial de la implicación serbia. Esa misma tarde, manifestantes furiosos se reunieron delante de la embajada de Belgrado entre gritos y cánticos de «¡Abajo Serbia!». Quemaron una bandera serbia y, a continuación, la policía les obligó a marcharse.[11] Siguieron varias noches de protestas patrióticas y antiserbias. El 1 de julio, una muchedumbre patria marchó hasta Hofburg, la residencia imperial, entre cánticos y voces de «¡Viva Austria!». Luego intentaron, sin éxito, acercarse a la embajada serbia para protestar. A la tarde siguiente, cuando los cuerpos de la archiducal pareja habían llegado a Viena, los manifestantes estaban más resueltos y los ánimos más encendidos. Una multitud vocinglera y ruidosa de varios miles de personas se enfrentó a la policía cerca de la embajada y, alrededor de las nueve y media de la noche unos pocos lograron, aunque por poco tiempo, superar el cordón policial que

los rodeaba. Al cabo de un tiempo les persuadieron para que se marcharan, pero, un par de horas más tarde, llegaron más manifestantes y estalló una pelea. Arrancaron adoquines y los arrojaron contra los agentes; un caballo de la policía perdió un ojo. Habían reforzado el cordón, con lo que la muchedumbre no pudo superarlo. Pasado un tiempo, los manifestantes se rindieron y marcharon a la embajada búlgara a dar vivas a Bulgaria y gritar «¡Abajo Serbia!». Un reducido grupo se encaminó a la embajada rusa, alrededor de la cual la policía, previsora, había situado una guardia. Las calles no se calmaron hasta la una de la madrugada. Sin embargo, los problemas no se acabaron ahí. La noche siguiente la violencia alcanzó su punto álgido. Los manifestantes volvieron entonando canciones patrióticas y armados con palos, piedras y fuegos artificiales. Se enfrentaron a 500 agentes y 200 policías a caballo. La pelea fue encarnizada. La policía cargó a caballo para despejar las calles, pero, como la noche anterior, el tumulto «patrio» no finalizó hasta la una de la madrugada.[12]

La agresividad de estos gentíos no representaba la opinión pública vienesa. Pese a que las personas que participaron en las protestas procedían de diversos estratos sociales, todos eran hombres jóvenes. Aunque la *Neue Freie Presse* detectó algunos obreros y aprendices, y achacó con vaguedad los disturbios a «muchachos crecidos», el grueso de las manifestaciones se componía, como observó otro diario vienés, de «estudiantes, oficinistas y miembros de las clases instruidas».[13] El canto del himno patriótico *Die Wacht am Rhein* [La Guardia del Rin] además del himno imperial sugeriría la presencia de nacionalistas germanos radicales. Los participantes activos fueron un grupo relativamente pequeño, entre 600 y 1000 personas. Esto es válido incluso para la última gran manifestación frente a la embajada de Serbia del 3 de julio. Aunque pasaron por las calles cercanas a la legación decenas de miles de personas, y un diario calculó que se congregaron 15 000 manifestantes, los participantes en las algaradas sumaron quizá unos 800.[14] Pese a ello, su violencia sirvió, en cierto modo, de preludio de un cambio más generalizado de actitud, que se refleja en los comentarios de la prensa, que tuvo lugar en la segunda y en la tercera semanas de julio. La rabia de la opinión pública creció, atizada por los argumentos de los diarios serbios de que Austria-Hungría era la única responsable del asesinato de Francisco Fernando a causa de sus erróneas políticas balcánicas, así como por la publicación de pruebas descubiertas por la investigación oficial que implicaban en el magnicidio a las autoridades serbias. Las hostilidades todavía no parecían inminentes y el ministro de Exteriores de los Habsburgo

animó a los diarios a no agitar a la población de forma prematura. En fecha tan tardía como el 15 de julio, el ministro presidente de Hungría, el conde Tisza, comunicó al Parlamento magiar que, aunque la guerra con Serbia era una posibilidad, esta no era ni deseable ni probable.[15] Sin embargo, en los círculos de las clases medias y altas aumentó el deseo de dar una respuesta decisiva, aunque no tenía por qué ser un conflicto armado. Hacia el 19 de julio, mientras el Gobierno preparaba su ultimátum, incluso el antes moderado *Neue Freie Presse* exigía amenazador «aclarar las relaciones con Serbia».[16]

Más allá de la metrópolis de los Habsburgo, el asesinato de Francisco Fernando causó inquietud. Es indudable que al archiduque no le faltaban enemigos entre los nacionalistas y socialistas de las Tierras de la Corona. El socialista polaco Ignacy Daszyński, por ejemplo, lo describió en términos corrosivos: el heredero era «en nuestros círculos el más detestado, bah, el más odiado. Un clerical, feroz reaccionario, enemigo de los polacos […] para nosotros, el archiduque era la personificación del peligro futuro».[17] Por otra parte, en los confines remotos del imperio, donde la población conocía poco al heredero y era menos consciente de sus defectos, su muerte violenta causó a menudo un fuerte impacto. Es probable que *Czas*, el diario de los conservadores polacos, fuera más sincero que sus homólogos vieneses al abrir su primera crónica del magnicidio como sigue: «Trágicas noticias han conmocionado al Estado y a sus pobladores».[18] En los parques públicos de Leópolis, al contrario que en el Prater de Viena, la música se detuvo cuando llegó a la ciudad la noticia del asesinato y en Praga el Teatro Nacional checo interrumpió una actuación, anunció la noticia desde el escenario e instó al público a irse a casa.[19] En Carniola, el 2 de julio, leales súbditos eslovenos se alineaban junto a las vías de tren al paso de los cadáveres de camino a Viena. En las estaciones, multitudes llorosas recibían al tren.[20] Por doquier hubo súbditos de los Habsburgo que, al igual que el checo Jan Vit, lamentaron al menos la «trágica muerte» de la archiducal pareja.[21] Algunos quedaron muy afectados. Como Aleksandra Czechówna, por ejemplo, una buena católica y patriota polaca que se movía en los círculos teatrales de Cracovia y que había conocido al archiduque pocos años antes, cuando este visitó su ciudad de residencia. Czechówna admiraba la profunda fe religiosa y los sacrificios que había hecho por su esposa y quedó horrorizada por el «terrible crimen». Había sido, confió a su diario, «el hombre más amable y, podría decirse, un hombre

ideal, al que era imposible no adorar».[22] Hubo en las fronteras de la Monarquía personas que albergaban temores justificados por las consecuencias políticas del asesinato. El polaco Miecisław Schwestek, jefe de la estación de Zbárazh, una pequeña localidad en el confín nordeste de Galitzia, recordó que «la noticia de la trágica muerte de la pareja archiducal nos causó una innegable y terrible impresión». Al vivir a apenas media hora de la frontera rusa, tenía motivos sobrados para estar atento a los asuntos internacionales y sabía lo muy tensas que estaban las relaciones entre Austria-Hungría y Serbia. «Dimos por hecho que, si la iniciativa del asesinato vino desde Serbia, estallaría una guerra entre esos dos Estados y temíamos que este choque podría desencadenar una contienda mundial».[23]

Por encima de todo, el magnicidio exacerbó las tensiones raciales en todo el imperio de los Habsburgo. Comenzó, como cabía esperar, en Sarajevo, que un día después del asesinato se vio sacudida por disturbios antiserbios. Se atacaron tiendas, residencias privadas e iglesias ortodoxas. Durante las veinticuatro horas siguientes, la agitación se propagó a otras localidades de la región y el 1 de julio se declaró la ley marcial en toda Bosnia-Herzegovina.[24] Afectó igualmente a Dalmacia y Croacia, que también tenían minorías serbias. En Agram (hoy Zagreb) hubo varios días de protestas, en cierto modo, similares a los disturbios de Viena, aunque con una importante diferencia: no iban dirigidas contra una potencia extranjera, sino contra todos los súbditos serbios de los Habsburgo. El 1 de julio, alrededor de 500 personas, entre ellos muchos estudiantes, recorrieron las calles de la ciudad con una bandera croata y un enorme retrato de Francisco Fernando. Cuando se aburrieron de corear «¡Abajo el rey Pedro!» —el monarca serbio— y «¡Abajo los asesinos!» destrozaron un café y arrojaron piedras contra propiedades serbias. En Ragusa (la actual Dubrovnik), los disturbios de los días 4 y 5 de julio fueron similares en sentimiento, si bien estuvieron causados sobre todo por campesinos de fuera de la ciudad. Algunos obligaron al alcalde a arriar la bandera serbia enarbolada a media asta junto a la tricolor croata en el ayuntamiento y otros corrieron a las sedes de las asociaciones nacionalistas serbias, forzaron la entrada en una escuela serbia y destrozaron carteles escritos en cirílico. Las tropas lograron restablecer la calma, a duras penas, el segundo día; dos personas resultaron heridas y hubo quince arrestos. El 8 de julio, la violencia estaba tan extendida que el representante del emperador en el vecino Reino de Croacia, el *ban*, autorizó a los funcionarios el empleo de todos los medios necesarios para imponer el orden público.[25]

Además, las minorías serbias no fueron las únicas afectadas. Los eslavos del sur del Imperio austrohúngaro se enfrentaban a la discriminación y la persecución. A los habitantes del todo el imperio les resultaba difícil creer que una banda de estudiantes adolescentes armados con un puñado de granadas y pistolas Browning pudiera, ella sola, haber asesinado al heredero del trono, el segundo hombre más importante del Imperio. Corrían todo tipo de teorías conspirativas. Las autoridades de los Habsburgo, incapaces de creer en su propia incompetencia, estaban igualmente paralizadas. El 2 de julio, el Ministerio del Interior austriaco remitió un telegrama en clave a todos los jefes de las Tierras de la Corona, donde les advertía que más asesinos serbios habían entrado en la Monarquía. Hubo redadas en Praga y arrestos de estudiantes serbios y supuestos espías y simpatizantes por todo el imperio, desde Liubliana a Leópolis.[26] En las zonas de etnicidad mixta del centro y el sur, los eslavos meridionales del imperio sufrieron la vigilancia nerviosa de sus vecinos. Conocemos mejor el caso de Estiria, una Tierra de la Corona situada a 400 kilómetros de Sarajevo y habitada por alemanes y eslovenos, no por serbios. Allí, la prensa germana local dio desde el principio una cobertura neurótica al asesinato. Los diarios, con independencia de su filiación política, dieron por hecho que estaba operando una red de espías y activistas, imbricada en lo más profundo de la sociedad de los Habsburgo y controlada desde Belgrado. Los agitadores nacionalistas, se decía, habían llevado por el mal camino a la población eslovena. Recelaban en particular de su clero, así como de los clubes gimnásticos «Sokol» de los eslovenos, que fueron acusados, injustamente, de celebrar la muerte del heredero al trono. Un diario publicó un reportaje, completamente falso, donde se decía que el mismo día de los asesinatos de Sarajevo activistas eslavos del sur habían atacado a otro archiduque en la localidad estiria de Marburgo[*] en un avieso complot para extinguir de un solo golpe a toda la dinastía Habsburgo.

Como es natural, la población germana que leyó estas noticias se dejó llevar por el pánico. La gente veía amenazas allí donde no las había. Una ola de denuncias desbordó a las autoridades locales. La policía recibió orden de ejcutar redadas. Había un clima de emergencia que les exigía presentar resultados. La presión fue intensificada aún más por una nueva advertencia, remitida el 20 de julio por el Ministerio del Interior, de que los serbios podían perpetrar ataques terroristas fuera de Bosnia-Herzegovina. La policía, a falta de indicios claros, sustituyó la reflexión por la acción y arrestó a todo aquel que sus informadores consideraran sospechoso. Muy pronto, el 29 de junio, se detuvo en el ferrocarril a una «espía» y, a medida que se fue acercando la

guerra y las tensiones aumentaron, fue arrestado un número cada vez mayor de leales súbditos eslovenos de los Habsburgo. Los extranjeros también suscitaban desconfianza: un alemán del Reich, detenido a finales de julio, permaneció bajo custodia siete semanas hasta que se demostró que era completamente inofensivo. Dio comienzo un círculo vicioso, en el cual los arrestos provocados por rumores o sospechas parecían confirmar los temores de la nerviosa población, lo cual llevaba a más denuncias y nuevas detenciones.[27]

Otros grupos étnicos que, sin sentir simpatía alguna por Serbia, eran sospechosos de abrigar ambiciones irredentistas también cayeron víctimas de la espiral de miedo y paranoia. En el confín occidental de la Monarquía corrió el falso rumor de que los italianos de Trento estaban implicados en conspiraciones de traición.[28] En su extremo oriental, en Hungría, la minoría rumana, como se quejó uno de sus miembros, «apenas podía moverse a causa de los gendarmes y los espías de la policía» en el mes posterior al asesinato de Francisco Fernando. «Surgieron todo tipo de rumores —recordó—. Cada uno espiaba a su vecino, por más afable y pacífico que fuera».[29] El norte del imperio, una región donde no faltaban las antiguas enemistades étnicas, tampoco se libró del miedo y de los antagonismos raciales agudizados de julio de 1914. En Viena, los alemanes que querían vengar la muerte del archiduque a manos de un eslavo rompieron las ventanas de las escuelas de inmigrantes checos.[30] Esto mismo también ocurrió en Troppau, la capital de la Silesia austriaca, de mayoría germana, donde, según la prensa polaca, los profesores lideraron los actos vandálicos de los estudiantes. En Moravia también se reportaron choques brutales entre multitudes de checos y germanos y entre manifestantes y policías.[31] Las primeras semanas del mes también fueron testigo de una oleada de algaradas y manifestaciones en Galitzia, aunque allí, al contrario que en otros lugares, los germanos fueron las víctimas. Estas no guardaban una relación directa con los sucesos de Sarajevo; el día antes del asesinato de Francisco Fernando, tuvo lugar en la localidad de Biała un choque entre jóvenes alemanes y polacos en el que los segundos salieron malparados, hecho que causó una indignación generalizada entre la población polaca. Así, la aguda tensión del resto de la Monarquía ayuda a entender el inusual carácter tumultuoso de la respuesta. En las grandes ciudades de las Tierras de la Corona, así como en las localidades menores, se registraron protestas violentas. En Leópolis, grupos de estudiantes destrozaron las ventanas del club de la «Asociación alemana de Galitzia» y, a continuación, en la tarde del 29 de junio, destrozaron carteles y escaparates de tiendas

alemanas de las calles principales de la ciudad. Al comienzo del mes siguiente, hubo nuevos disturbios antigermanos en Przemyśl y, poco más de una semana después, en la cercana Tarnów. La violencia, a su vez, indignó a los alemanes de fuera de Galitzia. A mediados de julio, la población germana de Czernowitz, capital de la Tierra de la Corona de Bucovina, se concentró para protestar.[32]

El 19 de julio, el día que se reunió el Consejo Ministerial Común de los Habsburgo para debatir por última vez su ultimátum a Serbia, los pueblos del imperio se hallaban ya en un estado de aguda inquietud e incluso de agitación en algunas regiones. Aunque en varios lugares el oprobio hacia los serbios había aumentado y en la capital crecía el apoyo a medidas drásticas, la mayor parte de esta tensión y agresividad se proyectó al interior, algo que debería haber servido de aviso a los dirigentes que planeaban una guerra. Las protestas y los pogromos antiserbios de Bosnia-Herzegovina, Dalmacia y Croacia pusieron de relieve la naturaleza ilusoria de los temores del Gobierno de que las tierras de los eslavos del sur se sintieran tentadas por una gran Serbia. Las tensiones étnicas y la desconfianza inflamadas por todo el imperio por el magnicidio deberían haber sembrado dudas en torno a la fe irracional en que un conflicto armado aportaría mayor unidad a un imperio dividido. El Consejo Ministerial, fijo en su objetivo, ignoró tales consideraciones. En lugar de ello, aprobó el ultimátum y, cuatro días más tarde, lo presentaron al Gobierno serbio. Con ello, dieron un drástico paso hacia la guerra.

La crisis de julio

El ultimátum austrohúngaro presentado a Serbia la tarde del 23 de julio ocupó las portadas de la prensa de toda Europa. En Alemania, el asesinato del heredero de los Habsburgo y de su esposa dominó los titulares a finales de julio, aunque el interés pronto amainó. No era la única noticia ese verano; había guerra en Albania, la visita de Estado de los mandatarios franceses en Rusia y, en Alemania, las elecciones parciales y la condena del célebre artista alsaciano «Hansi» por incitar el odio de clases. El sensacionalista juicio por asesinato de *Madame* Caillaux, esposa de un ministro del Gobierno francés que había matado a tiros al editor del principal diario conservador de París, *Le Figaro*, también suscitó un gran interés lector durante las vacaciones

estivales. Sin embargo, la nota de los Habsburgo volvió a dirigir la atención germana a la disputa balcánica. Su dureza sorprendió al público, pues muchos habían vaticinado una respuesta relativamente moderada. Por más que toda la prensa burguesa, conforme a los dictados del Gobierno del Reich, insistió en justificar las condiciones austrohúngaras, el peligro de esta medida era evidente. La advertencia rusa, al día siguiente, de que no podía mantenerse indiferente ante un conflicto austroserbio, abrió la posibilidad de una crisis internacional de importancia.[33]

En Austria-Hungría, el ultimátum volvió a dirigir hacia el exterior la atención de los agitados pueblos del imperio. La prensa recibió instrucciones oficiales de cómo debían presentar la nota. Las exigencias eran, se reconocía, «severas», pero también «del todo justificables y necesarias, no dejaban espacio a la discusión y no excluían la esperanza de mantener la paz».[34] Según los diarios, la población apoyaba sin fisuras la iniciativa: los vieneses estaban «calmados y serios», aunque aliviados por que se hubieran tomado acciones enérgicas contra Belgrado. En Hungría se dijo que los representantes de la reunión parlamentaria del viernes 24 de julio coincidían unánimes con el pueblo en que no podían seguir tolerando las provocaciones de Serbia: «Una aclaración —se insistía—, con todos los medios y a cualquier precio, es una necesidad inevitable». El Parlamento descartó la intervención de la Entente, a la que tachó de «inconcebible». Si esta ocurría, no sería el Imperio, sino «Europa», quien «cargaría con la responsabilidad» de una conflagración mundial.[35]

En la tarde del sábado 25 de julio, tras cuarenta y ocho horas de espera y reportes erróneos de que Serbia aceptaría las exigencias de los Habsburgo, la noticia de la «insatisfactoria» respuesta llegó a las 19:45 h a Viena y alrededor de las 21:30 h a Berlín. Las capitales rebosaban de gente en las plazas principales, alrededor de los edificios de la prensa y en cafés y cervecerías; en la era anterior a la radio, si alguien quería saber noticias debía salir a la calle a buscarlas. Frente al Ministerio de la Guerra de los Habsburgo se concentró una multitud notable, más de 10 000 personas, convencidas de que habría un anuncio. Una vez se supo el rechazo del ultimátum y la ruptura de relaciones diplomáticas, anunciada primero por los números extra de los diarios y propagada con rapidez por el boca a boca, la mayoría de la gente se marchó a casa. Los que se quedaron, no obstante, produjeron uno de los recuerdos más duraderos y poderosos del estallido de la Primera Guerra Mundial. En los exteriores del Ministerio de la Guerra de Viena prevalecía un ánimo de contagioso patriotismo. La muchedumbre vitoreó a los Habsburgo, a Austria,

al Ejército y a la ahora inevitable guerra. Se corearon al cielo vibrantes tonadas patrióticas: *Die Wacht am Rhein* [La Guardia del Rin], *Heil dir im Siegerkranz* [Saludemos a quien ostenta la corona del vencedor] y, de forma muy apropiada, una vieja canción austriaca acerca del sitio de Belgrado de 1717, *Prinz Eugen, der edle Ritter* [Príncipe Eugenio, noble caballero], adaptada a las expectativas del gentío para la inminente campaña:

> El Archiduque Eugenio, noble caballero,
> dará batalla a los serbios con valía y bravura.
> Un puente erigiremos,
> directos lo franquearemos
> ¡y Belgrado ocuparemos!

Salió de entre la multitud un estudiante —desconocemos el nombre—, subió al pedestal del monumento a Radetzky y dio un discurso en el que llamó a los allí reunidos a sacrificar «¡sus posesiones y su sangre por el káiser y por la patria!». Alguien enarboló una bandera imperial color negro y oro y, bajo ese estandarte, alrededor de un millar de personas marcharon juntas, entre vítores, por el centro de la Ringstraße. Esa noche se vivieron escenas similares en todo el centro de Viena, en los monumentos, frente a las embajadas de países amigos y delante de la residencia imperial. Toda la ciudad, escribió un habitante «bullía de excitación».[36]

En Berlín, la prensa habló con más franqueza de la tensión de la espera. El horror fue la primera reacción más común ante la noticia del rechazo del ultimátum de los Habsburgo. También allí se organizaron manifestaciones patrias espontáneas. Estas se iniciaron hacia las 20:00 h, con los primeros rumores del rechazo serbio. Se concentraron grupos de personas, algunos con banderas alemanas y austrohúngaras, que vitoreaban a los káiseres de Alemania y Austria y entonaban canciones patrióticas. Los testigos hablan de manifestaciones de 2000, algunas incluso de 10 000 personas. Desfilaron brazo arriba y abajo por la avenida principal de Berlín, la Unter den Linden, entre los aplausos de los espectadores de los cafés a ambos lados de la calle. Al igual que en Viena, los hitos patrióticos fueron los núcleos de las manifestaciones: hubo discursos improvisados y cánticos frente al palacio del káiser —no estaba ocupado, pues el emperador estaba en su crucero anual por el mar del Norte— y al otro lado de la Puerta de Brandeburgo, en la estatua de Bismarck. El gentío marchó hasta la embajada de los Habsburgo, donde el embajador les agradeció su presencia. Algunos se reunieron delante de las oficinas del canciller del Reich, que los saludó. Alrededor de medianoche se

produjo una ruidosa protesta, criticada por la prensa, ante la embajada rusa. Las calles no quedaron en silencio hasta las 03:45 de la madrugada.[37]

Estas primeras manifestaciones patrias se repitieron en los días siguientes, una vez entró en guerra Austria-Hungría, seguida más tarde de Alemania. En Berlín, el 26 de julio hubo una marcha de varios miles de personas. Aunque a partir de ese momento las concentraciones menguaron y desaparecieron mediada la semana, la proclamación del «Estado de Sitio» el 31 de julio y la movilización del 1 de agosto sacó a la calle a multitudes sin precedentes. En esta última fecha, entre 40 000 y 50 000 personas se concentraron en las inmediaciones del palacio del káiser. Es más, las manifestaciones patrióticas se repitieron, si bien a una escala menor, en todo el Reich. El 25 de julio hubo marchas en las ciudades principales como Hamburgo, Múnich y Stuttgart y en localidades universitarias como Friburgo y Jena, seguidas de nuevas manifestaciones durante los días siguientes.[38] La capital del Imperio de los Habsburgo, donde el 25 de julio se ordenó la movilización parcial contra Serbia, fue el escenario, durante la semana siguiente, de enormes aunque organizados alardes patrióticos. El 26 de julio, los trabajadores de los tranvías de la ciudad, junto con las asociaciones de veteranos y de aprendices, en conjunto alrededor de 15 000 manifestantes, marcharon para sumarse a una muchedumbre de 25 000 personas concentrada ante el consistorio de la ciudad. Tres días más tarde, tras el inicio de la guerra con Serbia, el 28 de julio, las asociaciones de veteranos de Viena desfilaron por la ciudad. Se estimó que la marcha fue presenciada por más de 100 000 personas; es probable que muchas familiares de los participantes.[39] Los diarios de la ciudad informaron excitados de la organización de concentraciones similares por todo el imperio. Como por un milagro, todas las diferencias parecían superadas. «Por doquier —publicó el *Reichspost*—, en el Tirol y en Silesia, en los Cárpatos, en la *puszta* húngara, a orillas del Adriático y, por supuesto, en la ciudad imperial de Viena, la población aplaude con entusiasmo la decisión de combatir».[40]

¿Es cierto, tal y como insistía la prensa burguesa de ambos países, que dichas manifestaciones expresaban un entusiasmo unido por la guerra tanto de alemanes como de austrohúngaros? Existen buenas razones para pensar que no fue así. Para empezar, los actos del inicio, de genuino carácter patriótico, solo atrajeron un modesto número de participantes. Los grupos que desfilaron en Viena el 25 de julio, en su mayoría, sumaban entre 600 y 1000 participantes; en total, es probable que acudieran entre 5000 y 15 000 personas.[41] Junto con los no más de 30 000 que marcharon en Berlín esa

tarde, suponían una minúscula minoría en comparación con los más de 2 millones de habitantes de cada capital. Los manifestantes, además, representaban un estrato demográfico muy concreto. El político austriaco Joseph Maria Baernreither paseó por el centro de Viena a última hora de la tarde del 28 de julio, el día de la declaración de guerra a Serbia. Le llamó la atención que «la multitud entusiasta era muy joven». En Alemania, los observadores comentaron lo mismo: los que cantaban y proferían eslóganes patrióticos eran jóvenes, de clase media-alta y, en su mayoría, aunque no en exclusiva, de sexo masculino. Desde el principio, los estudiantes, más tarde secundados por las organizaciones de juventudes, tuvieron un papel protagonista.[42]

No debemos tachar a la ligera a estos jóvenes manifestantes de chovinistas agresivos. Tenían múltiples motivos para salir a la calle. Es indudable que muchos eran ardientes patriotas, algunos beligerantes, pero muchos razonaban su apoyo a la guerra. Existía una corriente de opinión, particularmente fuerte entre las clases altas vienesas, que consideraba que las provocaciones serbias habían ido demasiado lejos y que eran necesarias acciones decisivas. Muchos de los jóvenes que marcharon el 25 de julio, al igual que en las protestas violentas de primeros de mes, y tal y como recordó una mujer de clase media-alta de sus hijos, «rebosaban de ideas de venganza contra Serbia».[43] Sin embargo, esa misma noche en Berlín la intención de los concentrados era expresar su apoyo a Austria-Hungría, no exigir que Alemania interviniera de forma violenta. Con todas las asociaciones positivas de aventuras y heroísmo que tenía la guerra para muchos miembros de esa generación de jóvenes burgueses, las gamberradas que tuvieron lugar en algunas marchas revelan que algunos jóvenes aprovecharon una oportunidad única de revertir, por un breve momento, las normas sociales; como es natural, las ocasiones de alardear, gritar y vitorear en las calles principales, y de arrancar los sombreros de los transeúntes que no mostraran el debido respeto hacia los himnos patrióticos que cantaban, eran raras en las urbes imperiales.[44] Para aquellos que se sentían inquietos, y en privado muchos lo estaban, las manifestaciones ofrecían una agradable posibilidad de liberar tensiones, así como un reconfortante acto de solidaridad. Las intenciones de los estudiantes han sido singularmente malinterpretadas. Para las fraternidades, conocidas por su afición a los duelos y a la bebida —aunque si la segunda era universal, la primera no—, lo que distinguía a un hombre era su disposición a sacrificarse por el bien superior de la nación. Los estudiantes se consideraban firmes patriotas: no eran ni ingenuos ni estúpidos. Las concentraciones expresaban

su disposición a afrontar los horrores del conflicto armado, no su deseo de que llegaran.[45]

Es indudable que los gentíos que se reunieron en las ciudades alemanas y austrohúngaras durante la última semana de julio de 1914 no estaban pidiendo la guerra. La mayoría esperaba noticias, algunos con excitación, muchos con profunda inquietud. «Gestos extraños, febriles, rostros nerviosos, susurros» delataban el nerviosismo que sentían ante la amenaza de una conflagración.[46] Era una idea tan terrible que muchos se negaban a aceptar que pudiera derivar en un conflicto europeo. Después de que Austria-Hungría rechazara por insuficiente la respuesta serbia a su ultimátum, un tendero de la ciudad de Friburgo, cercana a la frontera franco-germana, observó con pesar que «nadie quería creer en una guerra general, nadie quería asumir que Rusia, de la cual dependía la guerra o la paz, asumiría de verdad su rol de protector de Serbia, hasta el extremo de desencadenar una contienda mundial».[47] Al comienzo de la semana todavía había motivos para el optimismo. Aunque Austria-Hungría era consciente de la inevitabilidad de un conflicto balcánico, tanto el público austrohúngaro como el germano fueron inducidos por la prensa y sus noticias acerca de las propuestas británicas de mediación a creer en su «localización».[48] Muchos tomaron precauciones. La mañana del lunes 27 de julio, cuando abrieron los bancos, se formaron colas de personas, en su mayoría pequeños inversores, entre las que destacaban las mujeres, que iban a cancelar sus cuentas. El cambio se agotó debido a que la población empezó a acumular monedas de plata y oro y hubo que recordar a los comerciantes de su obligación legal de aceptar papel moneda. A medida que empeoró la crisis, la gente empezó a comprar y a acumular comida y, en consecuencia, esta se encareció mucho. Esto comenzó antes en Austria que en Alemania: ya el 30 de julio, el día que el coste de los alimentos empezó a ser un problema serio en el Reich, se implementaron precios máximos y los funcionarios recibieron orden de combatir la especulación bélica en Bohemia.[49]

Tanto en Austria-Hungría como en Alemania era de esperar que, lejos de sentir entusiasmo por semejante conflicto, una parte importante de la población resistiría activamente ir a la guerra. El Gobierno de los Habsburgo recelaba en particular de la reacción de los checos. Como ya hemos visto, el ministro de Exteriores Berchtold temía el 29 de junio que estallara la revolución en Bohemia si la Monarquía intentaba movilizarse contra Serbia.[50] El 25 de julio, el día que expiró el ultimátum, se tomaron precauciones especiales en Praga para impedir manifestaciones a favor de Rusia. Sin embargo, el gobernador de esa Tierra de la Corona pudo informar a sus

superiores en Viena de que la calma «se mantuvo en todas partes».[51] Los socialdemócratas austriacos tampoco opusieron resistencia, si bien el 25 de julio apareció en el diario del partido un manifiesto contra la guerra. La explicación de esta falta de oposición es muy simple: ese mismo día, el Gobierno promulgó, junto con la orden de movilización parcial, una serie de «leyes de emergencia» que suspendían los derechos constitucionales de los súbditos habsburgo, incluidos los de reunión y expresión. En la mitad austriaca de la Monarquía, los civiles quedaron sometidos a la jurisdicción de los tribunales militares por una serie de delitos «políticos», tales como, entre otros, alteración del orden público, disturbios e insurrección, crímenes de lesa majestad, alta traición e interferencia con el ferrocarril o el Ejército. Cualquiera que tratase de dificultar la movilización debería responder ante un tribunal castrense.[52] Viktor Adler, líder de los socialdemócratas, se acobardó ante este nuevo régimen. «El partido no puede hacer nada —explicó el 29 de julio a sus compañeros de partido—. No podemos impedir el peligro. Las manifestaciones son ahora imposibles […] toda nuestra organización y nuestra prensa corren peligro».[53]

Los socialdemócratas germanos (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD) eran mucho más fuertes que sus homólogos austriacos. Con 1,1 millones de militantes, era diez veces más grande que el partido austriaco y la mayor organización del Reich, a excepción de la coordinadora de asociaciones de veteranos de guerra, la Kyffhäuserbund. Los llamados «sindicatos libres», con los cuales el SPD tenía una estrecha relación, sumaban en total más de 2,5 millones de trabajadores; había aquí un potencial evidente de perturbaciones masivas.[54] En más, en el Congreso de 1907 de la Internacional Socialista, el SPD se comprometió a dificultar el estallido de la guerra o, si no lo conseguía, pugnar por acelerar su fin y explotar la inevitable crisis económica y política que traería la guerra para acelerar el fin del sistema de clases capitalistas. En realidad, la retórica incendiaria, influida por los socialistas franceses y rusos, encubría los instintos reformistas del partido. En 1914, su liderazgo estaba dominado por hombres que no deseaban una ruptura violenta, sino una transición legal hacia la democracia verdadera. También eran, a pesar de que sus enemigos los tachaban de «camaradas sin patria», patriotas que afirmaron en repetidas ocasiones su disposición a defender el Reich. Así y todo, no había duda de que una acción agresiva en la esfera de la política exterior encontraría una firme resistencia. Ya en la época de la segunda crisis marroquí de 1911, y durante las guerras balcánicas de

1912-1913, el SPD demostró su capacidad de convocar concentraciones pacifistas masivas.[55]

El SPD no vio con buenos ojos el ultimátum austrohúngaro a Serbia. El *Hamburger Echo*, uno de los diarios locales del partido, representaba la opinión de la mayoría de los socialistas germanos al observar que la nota de los Habsburgo era «muy parecida a una provocación bélica internacional».[56] Al contrario que los socialistas de Austria, donde la movilización parcial inmediata y la imposición de leyes de emergencia imposibilitó la oposición organizada, el SPD tuvo un poco de tiempo para reaccionar. El 25 de julio, el Comité Ejecutivo del partido convocó concentraciones masivas «para expresar el inquebrantable anhelo de paz del proletariado con conciencia de clase».[57] El Gobierno germano las consintió, con la condición de que se hicieran a puerta cerrada, no en las calles. La respuesta fue impresionante. Solo en Berlín tuvieron lugar 32 concentraciones, con más de 100 000 asistentes. En todo el Reich hubo no menos de 288 reuniones pacifistas en 163 localidades y ciudades, en su mayoría entre los días 28 y 30 de julio. Participaron tres cuartos de millón de alemanes. La prensa socialista habló de salas tan repletas que muchos se quedaban en la calle sin poder entrar. En algunos lugares, los manifestantes ignoraron la prohibición de protestar en la calle e iniciaron marchas espontáneas en el centro de las ciudades. En Berlín, la tarde del 28 de julio, entre 1000 y 2000 manifestantes contrarios a la guerra llegaron hasta la Unter den Linden y se enfrentaron a los patriotas en una «guerra de cánticos». La «Marsellesa» de los obreros silenció durante breves momentos a «La Guardia del Rin» antes de que la policía montada los dispersase. En Stuttgart y Düsseldorf se produjeron choques de particular violencia con los cuerpos de seguridad. En general, no obstante, las reuniones fueron tranquilas, plácidas incluso. La principal esperanza del SPD era que los mandatarios de Alemania contuvieran a su belicoso aliado habsburgo. Los portavoces rara vez criticaron al Gobierno. No se dio a las audiencias consejo alguno de cómo resistirse si estallaban las hostilidades; el partido tampoco tenía planes para protestas o huelgas. Algunos miembros del ala derecha del partido, como Ludwig Frank, diputado en el Reichstag por Mannheim, explicó a sus oyentes que, si había una guerra, tendrían que combatir.[58]

Durante la última semana de julio, en el campo, donde trabajaban alrededor de un tercio de los alemanes, más de la mitad de los austriacos y tres quintas partes de los húngaros, se vieron mucho menos espectáculos públicos.[59] Allí no hubo multitudes, ni manifestantes, ni canciones patrióticas, ni discursos antibelicistas. Era el tiempo de la cosecha y la gente

estaba atareada. En algunos confines remotos y mal comunicados del Imperio de los Habsburgo la movilización causó incluso sorpresa. En Tirol, lejos de Serbia y Rusia, algunos aldeanos que trabajaban los campos oyeron atónitos la convocatoria de las campanas de las iglesias. Volvieron corriendo, temerosos de un incendio, y recibieron consternados el anuncio de la movilización.[60] Semejante provincianismo, no obstante, era bastante excepcional. Al fin y al cabo, hubo en todo el imperio un clima de alta tensión durante las semanas posteriores a la muerte de Francisco Fernando. Lo que si fue común a las comunidades rurales de esta tierra diversa fue la desesperación y el miedo que causó la noticia de que sus hombres y caballos serían enviados a la guerra. Un trompetista rompió la paz del *sabbat* en Zabłotów, un *shtetl* de la Galitzia oriental de 4775 almas, donde Manès Sperber vivió su infancia; casi todos consideraron que traía desastrosas noticias. Algunos jóvenes mostraban una actitud beligerante, pero las mujeres lloraban y corrieron al cementerio de la comunidad, donde, recordó Sperber, «imploraron ayuda a los difuntos, les pidieron que intercedieran ante el Todopoderoso».[61] La reacción no fue mucho mejor cientos de kilómetros al oeste, en Jabłonków, una localidad de mercado de poco menos de 4000 habitantes en la Silesia austriaca. De mayoría polaca, incluía una minoría germana y un puñado de checos y judíos. Como anotó vívidamente en su diario el padre Dominik Ściskała, uno de los sacerdotes católicos del pueblo:

> Para nosotros, habitantes de Jabłonków, el primer signo visible de la grave situación fue el anuncio de la movilización general, colocado en la ventana de la oficina postal a las 15:30 del 31 de julio. De inmediato, la plaza del mercado fue un hervidero de gente. Se formaron grupos, que discutían animadamente la importancia del momento. Predominaban los hombres. Todos comprendían que la situación era muy peligrosa. Todos se sintieron embargados por un extraño temor a lo desconocido, un miedo grande y amenazador. El entusiasmo que reportan los diarios de algunas localidades, no estaba, ni está aquí presente.[62]

En Alemania, la mayoría de la población rural experimentó una sensación similar de depresión y miedo. Allí, como en las ciudades, la inquietud se despertó con el anuncio del ultimátum de los Habsburgo del 23 de julio y fue en ascenso durante la semana siguiente. Ruth Höfner, de la aldea de Sakrau, en la Alta Silesia, recordó que durante los últimos días de julio «reinó gran inquietud, las personas permanecían en la calle y no querían trabajar».[63] Los

indicios de la inminencia de la guerra se multiplicaron con rapidez a partir del 31 de julio, primero con la proclamación del «Estado de Guerra Inminente» seguida pocas horas más tarde, a las 16:00 h, de la imposición del «Estado de Sitio» que permitía la suspensión de derechos constitucionales y autorizaba a las fuerzas armadas a dictar órdenes a las autoridades civiles locales. El anuncio de la movilización, emitido a las 17:00 h del día siguiente, llegó esa misma tarde a la mayoría de comunidades rurales. Todos la consideraron una catástrofe. Karol Małłek, un jornalero de la aldea masuriana de Brodowin, explicó que «todos lloraron y se lamentaron».[64] No debe sorprendernos que la llegada de la guerra causara especial desazón en localidades como Sakrau y Brodowin, las dos cercanas a la frontera rusa. Tanto Höfner como Małłek huyeron de casa; a primera hora de la mañana del 31 de julio, Höfner y su llorosa madre partieron en un tren abarrotado. Sin embargo, las reacciones a la movilización no fueron menos ansiosas en regiones relativamente seguras. «Los corazones se llenaron de desánimo y horror —escribió un policía de Ering, un pueblo del sur de Baviera, muy lejos del peligro—. Toda diversión se acabó de golpe. A partir de este momento, la gente solo habló de la guerra y de organizar los asuntos domésticos y familiares».[65]

Aunque las poblaciones de Alemania y Austria-Hungría consideraban, con pocas excepciones, que la llegada de una conflagración europea era una catástrofe, estas, al igual que las de la Triple Entente, no estimaban que fuera responsabilidad de sus Gobiernos. El emperador Francisco José, en su llamamiento «A mi pueblo», explicó que la guerra con Serbia tenía un carácter en todo punto defensivo: «Tras largos años de paz, las intrigas del adversario henchido de odio me obligan, para preservar el honor de mi Monarquía, a defender su reputación y su poder político y garantizar sus derechos a empuñar la espada». El anciano emperador recordó a sus súbditos que había hecho falta mucho más que un archiduque asesinado para provocar esta contienda. «Del otro lado de la frontera llega una actividad criminal que busca socavar los cimientos del orden público en el sudeste de la Monarquía», advirtió. Los serbios llevaban largo tiempo intentando «arrancar al pueblo […] su lealtad a la dinastía y a la patria, engañar a la pujante y joven generación e incitar pérfidos actos de locura y alta traición». El asesinato de Francisco Fernando, el resultado de una «conspiración preparada y ejecutada de forma metódica», solo era el último «rastro visible de sangre de tales intrigas secretas». Había llegado el momento de pasar a la acción. El Gobierno serbio había rechazado las «moderadas y justas exigencias» de Austria-Hungría. «Así pues —explicó Francisco José—, debo intervenir para

obtener, por la fuerza de las armas, garantías esenciales que aseguren la tranquilidad de mis Estados y una paz exterior duradera».[66]

La publicación tardía del texto evitó un incómodo debate acerca de si la respuesta al ultimátum de los Habsburgo era suficiente para hacer innecesaria la guerra. No apareció en los diarios hasta el martes 28 de julio, el día de la declaración de hostilidades de la Monarquía.[67] Por si acaso, también se publicó una noticia inventada con respecto a un ataque serbio contra fuerzas de los Habsburgo el día anterior en Temes Kubin. Sin embargo, este no fue nunca un argumento central en la justificación de la guerra; el día en que se suponía que tuvo lugar el ataque, el ministro presidente Tisza lo despreció y lo tachó de «incidente sin la menor importancia».[68] La población tuvo muy poco tiempo para cuestionar la interpretación oficial de los acontecimientos, justificada a medias, pues el mismo 28 de julio los reservistas empezaron a acudir a toda prisa a sus unidades. La movilización parcial contra Serbia, diseñada para reunir dos quintas partes de las fuerzas de los Habsburgo para una invasión, incluía a cuerpos con base en Bohemia, Dalmacia, Croacia, Bosnia-Herzegovina y algunas regiones húngaras, entre ellas Budapest.[69]

En ese momento, Rusia pasó a ser el foco de atención de los otros austrohúngaros y la opinión alemana. Los Gobiernos y la prensa burguesa de ambas Potencias Centrales remarcaron su esperanza de «localizar» el conflicto. El que la guerra se propague por toda Europa, se le explicó a la población, «depende de las decisiones de San Petersburgo».[70] Los relatos de los germanos del Reich testimonian el estrés insoportable de la segunda mitad de la semana, según se acumulaban las noticias de los preparativos bélicos zaristas. Fueron, como narró tiempo después un estudiante berlinés, «días tensos, los peores que he vivido».[71] El jueves 30 de julio, los alemanes se despertaron con la noticia de la movilización parcial de Rusia contra Austria-Hungría. A primera hora de la tarde hubo un sobresalto; uno de los diarios de la capital, el *Berliner Lokal-Anzeiger*, ansioso por conseguir una exclusiva, anunció por error la movilización general de Alemania. Aunque la noticia fue retirada de inmediato, corrían de boca en boca rumores infundados de magnicidios, preparativos militares e incluso de un ultimátum alemán a Rusia. La gente esperaba con desasosiego. La mayoría tenía la esperanza de que se llegara a una solución diplomática; era un hecho sabido que el káiser estaba en contacto con el zar. También había rabia. El marinero Wilhelm Wagner, que viajaba ese día en tren para una última visita a sus padres, anotó en su diario que en su vagón hubo «una animada discusión en la que Rusia no

salió bien parada».[72] Con la llegada de la noche, los diarios seguían reportando: «Todavía no hay una decisión».[73]

Los dos días siguientes, las últimas cuarenta y ocho horas antes del cataclismo, fueron decisivas para el estado interior con el que Alemania entró en la Primera Guerra Mundial. En la tarde del viernes 31 de julio, los rumores, esta vez ciertos, de la movilización general de los rusos indicaban que el país corría peligro de invasión. Ese día, el ánimo en Berlín fue diferente al del anterior: seguía siendo nervioso y serio, pero una vez se supo la proclamación del «Estado de Guerra Inminente» adquirió un manifiesto carácter patriótico. Guillermo II suspendió su crucero por el mar del Norte y regresó a la capital alrededor de las 15:00 h. Tras la declaración del «Estado de Sitio», una hora más tarde, una gran multitud, de entre 10 000 y 40 000 personas, en su mayoría berlineses de clase media y todas las edades, se concentró frente al palacio imperial. A las 18:30 h, el káiser salió al balcón de la segunda planta para comunicar al pueblo que Alemania tendría que combatir: «Envidiosos rivales por doquier nos obligan a la legítima defensa. Nos han puesto la espada en la mano».[74] Su mensaje de que era un conflicto impuesto a un Reich reacio a ir a la guerra tuvo eco en el ánimo del pueblo y la prensa lo reforzó esa misma noche al censurar al zar y su movilización general por destruir todos los intentos de mediación. El ultimátum enviado a Rusia, en el que se le ordenaba cesar todos los preparativos militares en un plazo de doce horas, no suscitaba muchas esperanzas. El *Kölnische Zeitung*, uno de los periódicos más destacados del país en el campo de la política exterior, expresó de forma sucinta la situación con el titular: «Los rusos quieren guerra».[75]

Esta concepción de que el conflicto inminente sería defensivo era un prerrequisito de la solidaridad que se hizo manifiesta el 1 de agosto de 1914. A primera hora de ese día, las multitudes se concentraron en las ciudades de toda Alemania, en espera, sin mucha esperanza, del anuncio de que Rusia se había echado atrás. Durante largo rato no llegó noticia alguna. Por fin, poco después de las 17:00 h, un oficial informó al gentío reunido en las inmediaciones del palacio imperial de Berlín de que el káiser había ordenado la movilización. Se hizo un silencio momentáneo. Entonces algunos vitorearon, otros empezaron a cantar *La Guardia del Rin*. No fue ninguna coincidencia que, en tal punto de la crisis, la mayoría de los reunidos no entonó un tema patriótico, sino que optó por un himno luterano:

Poderosa fortaleza es nuestro Dios,

defensa y buen escudo;
él nos libera de la angustia
que ahora nos aflige.

En otras ciudades y pueblos la inmensa mayoría de alemanes reaccionó a la noticia de la movilización, al menos en público, con calma y seriedad. Muchos, tras la tensión de los días recientes, incluso experimentaron «alivio de la terrible presión».[76] Hubo ruidosas expresiones de patriotismo en bares, cafés y en la calle. Entre vítores, los manifestantes volvieron a marchar por el centro de las grandes ciudades como Hamburgo y Fráncfort del Meno. En Berlín, una escandalosa procesión patriótica se encaminó a la sede de la Cancillería. La gente, en particular la de clase media, habló de «entusiasmo». Sin embargo, la impresión más duradera de esa tarde fue la sensación de solidaridad. «Ricos y pobres se dan la mano, hablan en las calles —observó una mujer en la villa universitaria de Heidelberg—. Todos están unidos en un mismo pensamiento: resistir juntos, pase lo que pase».[77] El káiser expresó esta misma idea en una célebre frase. A las 19:30 h volvió a salir al balcón ante la multitud que rodeaba el palacio. Tras agradecerles su afecto y lealtad, dijo lo siguiente:

> En la batalla que nos espera, ya no veo partidos en mi *Volk* [pueblo]. Entre nosotros solo hay alemanes y, si, en el curso de diferencias pasadas, algunos de esos partidos se volvieron contra mí, yo los perdono a todos. Ahora, lo único que importa mantenernos juntos como hermanos, y Dios ayudará a la espada germana a alzarse con la victoria.[78]

Esta unidad tenía límites evidentes. Las palabras de perdón del káiser delataban su intención de mantener el poder en el Reich; puede que los alemanes fueran ahora hermanos, pero él seguiría asumiendo el rol de figura paterna imperial. Los socialdemócratas tenían reservas. Rechazaron categóricamente los intentos de la prensa burguesa de presentar a una nación unida en el «entusiasmo bélico»; la asistencia masiva a las manifestaciones en contra de la guerra del inicio de la semana respaldaba su argumento. De igual modo, la clase media se presentaba menos entusiasta que nerviosa, seria y dispuesta a defender el interés nacional, lo cual, el 1 de agosto, significaba defender el territorio patrio de la invasión rusa. Esta era una idea que podía unir a los germanos de todas las clases: como declaró el *Volksblatt*, diario de los obreros del Ruhr, «los socialdemócratas alemanes están dispuestos a

combatir hasta el último hombre para repeler un ataque».[79] Si el principal impulsor hubiera sido el entusiasmo guerrero, el esfuerzo bélico germano no habría durado más allá del 1 de agosto de 1914. El deseo de defender su país, sin embargo, se reveló una base muy sólida sobre la que movilizar a un pueblo.

Movilización

La movilización militar cambió el rostro de las sociedades centroeuropeas con desconcertante velocidad. Millones de hombres fueron llamados a filas de inmediato. En tres semanas y media, el Ejército de los Habsburgo se expandió de 450 000 efectivos en época de paz a 1 687 000 soldados. Su aliado germano logró en solo doce días un incremento aún más espectacular: de 808 280 a 3 502 700 efectivos. A mediados de agosto de 1914 se incorporaron alrededor de una cuarta parte de los varones austrohúngaros entre 19 y 42 años y uno de cada tres alemanes de entre 17 y 45.[80] A menudo, los reservistas solo disponían de unos días, en Alemania a veces no más de veinticuatro horas, para poner sus asuntos en orden y despedirse antes de presentarse en los cuarteles. Los hombres más jóvenes corrían a ver a sus padres, a despedirse de sus compañeros de trabajo y, quizá, una vez de uniforme, posar con la novia para una foto que llevarse de recuerdo al frente. La feliz pareja de recién casados pasaba junta una última y preciosa noche. Había cuestiones prácticas que resolver: los granjeros daban instrucciones de último minuto a su esposa, los hombres se apresuraban a adquirir elementos esenciales para el servicio activo. Los oficiales, en particular, tenían mucho que hacer para preparar el equipo. La partida nunca era fácil. El 27 de julio de 1914, el comandante Artur Hausner, que servía en el Ejército de los Habsburgo desde 1897, confesó en su diario que, incluso para los soldados profesionales que llevaban toda su vida entrenándose para este momento, «la posibilidad de no volver a ver nunca a los seres queridos mitiga los sentimientos de entusiasmo».[81]

Dos emociones entrelazadas definían el estado de ánimo en Austria-Hungría y Alemania en el momento del estallido de la contienda. La primera era el temor, que era endémico. La segunda, en gran medida una reacción, era un sentimiento de solidaridad comunitaria. El miedo es más fácil

de explicar, pues sus causas, y las formas en que se expresó, fueron similares en ambos países. Por encima de todo, como sugirió Hausner, las personas tenían miedo a perder la vida, o la de sus familiares más cercanos. Aunque solo los viejos podían recordar las últimas guerras europeas libradas por esos Estados, la Franco-Prusiana de 1870-1871 y la campaña antiinsurgencia de los Habsburgo en Bosnia-Herzegovina de 1878-1882, en ninguna de ambas sociedades se hacían ilusiones acerca de la inminente conflagración. Los hombres y sus familias se prepararon para lo peor. La asistencia a las iglesias se disparó, en particular en las regiones católicas. En Jabłonków, el padre Ścіskała reportó la presencia en su parroquia de «un notable gentío» el 1 de agosto, el día después de que Austria-Hungría ordenó la movilización general. «Acuden a confesarse grupos enteros de hombres que marchan al ejército. Hasta altas horas de la noche, se oyen en la localidad rezos y cantos procedentes de las capillas y cruces de caminos. La guerra enseña a las personas a orar».[82] Los obreros socialistas que habitaban en las grandes ciudades alemanas no acudían tanto a la religión en busca de consuelo, si bien tampoco se hacían ilusiones acerca de la letalidad de la batalla moderna. «Todos tienen la sensación de ir directos al matadero», escribió un socialdemócrata tras observar la partida de un grupo de reservistas de Bremen.[83] Los coetáneos, tanto los de ciudad como del campo, de la Monarquía o del Reich, coincidieron en que fue una época de lágrimas. En el momento de partir desde Sibiu, en Transilvania, «solo se oían gritos, suspiros y llantos». En el sur de Cracovia, cuando los reservistas se reunieron con su familia, se oyeron «muchísimos lloros y gimoteos».[84] En las estaciones de tren alemanas también hubo muestras de miedo y profunda tristeza. «Ver partir a los hombres es algo terrible —escribió una muchacha que ayudaba en un puesto de refrigerios en la estación de Cassel durante la movilización—. Algunos tienen lágrimas en los ojos cuando miran a las mujeres e hijos que dejan atrás ¡y ver todos los rostros llorosos de los que se quedan también es terriblemente triste!».[85]

Aunque la aprehensión y los temores por el bienestar de hijos y maridos explican en gran parte su inquietud, en agosto de 1914 había más buenas razones para las lágrimas. El inicio de la guerra precipitó una crisis económica que amenazó el sustento material de muchas familias. En el campo, las esposas de los granjeros se preguntaban desesperadas cómo podrían recoger la cosecha sin los maridos, trabajadores y caballos que el Ejército se había llevado. En las ciudades, por el contrario, hubo de repente un desempleo masivo. En julio de 1914 alrededor del 5 por ciento de la fuerza

laboral de Austria-Hungría y apenas un 2,7 por ciento de la de Alemania estaba desempleada; durante el mes siguiente, la proporción se disparó al 18,3 y al 22,7 por ciento.[86] Los pequeños negocios cerraron debido a la movilización de los dueños, lo cual dejó en la calle a los empleados. Las grandes empresas esperaban que la guerra suprimiera la demanda, por lo que disminuyeron de tamaño, redujeron los horarios a sus trabajadores o recortaron los salarios de forma abrupta; de media, 10 por ciento para los hombres y hasta un 25 por ciento para las mujeres.[87] El paso del ferrocarril bajo control militar alteró el comercio interno y la industria de exportación quedó bajo mínimos, toda vez que los clientes se convirtieron en enemigos y se cancelaron contratos; Siemens, por ejemplo, perdió la venta de 5,8 millones de bombillas.[88] Los despidos y las reducciones salariales causaron graves dificultades a las familias de clase trabajadora. Lo mismo ocurrió con la movilización. Incluso después de recibir la llamada «Ayuda Familiar», una paga que recibían las familias de los soldados germanos, la llamada a filas de un marido reducía a un tercio los ingresos de preguerra de la esposa y vástagos de un trabajador no cualificado y a menos de un cuarto de los de un obrero especializado.[89] Las dificultades que muchas familias atravesaron para pagar a los caseros explica que corriera como la pólvora el falso rumor de que no era legal exigir el pago de los alquileres mientras duraran las hostilidades. En Berlín, el mismo mes de agosto la policía informó de miseria material y creciente desesperación entre el proletariado.[90] Ocurría en otros lugares. Un reporte secreto de la Galitzia austriaca de primeros de septiembre describió «la pauperización de nuestra sociedad» y advirtió de la urgente necesidad de ayuda oficial. «El hambre —advertía amenazador— no puede ser una buena consejera».[91]

Más allá de estas preocupaciones individuales, existía una permanente sensación de amenaza: el temor interiorizado de que la comunidad estaba bajo ataque. En Austria-Hungría esta sensación, como ya hemos visto, se extendió en muchas de las Tierras de la Corona justo después del asesinato de Francisco Fernando. El estallido de la contienda lo potenció aún más. Ya el 8 de agosto la recién creada «Oficina de Supervisión de la Guerra» se quejó de la «propagación, como una avalancha» de «todo tipo de rumores, del todo incontrolables, que alarman a la población austriaca».[92] Un pánico similar embargó a Alemania una vez comenzaron las hostilidades. Allí, los temores fueron inflamados por el anuncio del Gobierno, el 2 de agosto, de que «oficiales y agentes rusos recorren el país». La advertencia, de forma implícita, apelaba a la vigilancia parapolicial: «La seguridad del Reich alemán

requiere […] que toda la población coopere sin falta en la neutralización de esas peligrosas personas».[93] Circulaban historias de intentos del enemigo de envenenar el suministro de agua y de ataques contra ferrocarriles y líneas de telégrafo. Había miedo a las incursiones aéreas; se reportaron aviadores fantasmas sobre Berlín. Una «histeria de espías» se apoderó del país. Hans Peter Hanssen, diputado del Reichstag, describió una escena sucedida el 3 de agosto en la Potsdamer Platz de la capital, en la que una multitud enfurecida apaleó a un hombre «sin piedad, con porras y paraguas». Era, le explicaron, el cuarto «espía» que atrapaban en la última media hora.[94]

El nerviosismo era mayor en las localidades cercanas a las fronteras y con poblaciones formadas por varias etnias. La ciudad fortaleza de Posen, a 55 kilómetros de la frontera oriental de Alemania, ofrece un buen ejemplo. Allí, el estallido de la guerra causó una gran inquietud. Dado que la ciudad estaba en el interior de un anillo de fuertes que protegía una de las rutas de acceso clave al interior del Reich, los habitantes polacos y alemanes fueron advertidos, ya el mismo 1 de agosto, de que, si venía el Ejército ruso, todas las personas sin suficientes provisiones para resistir un asedio serían evacuadas. Las familias recibieron orden de registrarse en la policía y notificar su destino de preferencia.[95] Nerviosos por la amenaza externa, la minoría alemana empezó a contemplar a sus vecinos polacos, con los cuales las relaciones en tiempo de paz no habían sido cálidas, con similar desconfianza. Había miedo al terrorismo. Ya el 3 de agosto hubo una alarma de bomba y se llamó a los militares después de que alguien hubiera dejado una cesta de viaje en un banco.[96] Algunos llegaron a imaginar que los polacos locales planeaban una insurrección. Un vehemente suboficial remitió a la policía una carta, extraña incluso en esa época de nerviosismo, con una lista de incidentes sospechosos, que, según aducía, indicaban que los preparativos del alzamiento polaco ya estaban muy adelantados. Las mujeres, afirmó, empujaban por la ciudad cochecitos de bebé con muñecos del tamaño de un niño, siempre por la misma ruta. Mientras esperaba en el taller de un sastre vio entrar a seis civiles; todos encargaron guerreras con rango de *Feldwelleutnant* (un grado inferior de la oficialidad) y luego discutían el precio con el sastre. Las muchachas, se preocupaba el soldado, entraban en los cuarteles y salían con paquetes; estaba seguro de que estos contenían cartuchos de fusil. Quizá lo que más le inquietaba era el último punto de la carta: «Las chicas polacas me preguntan a menudo si soy polaco. Solicito que se tomen medidas con urgencia».[97]

Entre las muchas fantasías, producto del miedo, que recorrieron las poblaciones centroeuropeas en esa primera semana de agosto de 1914, la más desconcertante fue el mito de los «coches del oro». Comenzó el 3 de agosto con dos informes, individuales pero simultáneos, de automóviles enemigos que atravesaban el territorio de las Potencias Centrales. El primero, originado en la gendarmería de Praga, decía que cuarenta vehículos rusos habían intentado entrar en Bohemia por pistas rurales, y se desvaneció con rapidez. El segundo, que afirmaba que un convoy de autos franceses intentaba llevar oro a través de Alemania para apoyar el esfuerzo bélico zarista contra Alemania, se propagó de forma mucho más extensa. Empezó con el relato de un oficial —muerto poco tiempo después— que le llegó de segunda mano al administrador de Geldern, un distrito prusiano fronterizo con los Países Bajos. Este notificó a su superior, al presidente del condado de Düsseldorf, que, a su vez, informó al ministro de Interior prusiano. Se emitieron advertencias a otros órganos gubernamentales y se publicaron en los diarios. La opinión pública germana, ya alarmada por las alertas de los días precedentes relativas a espías y agentes, respondió con entusiasmo. Los civiles tomaron armas y establecieron controles de carretera. El 6 de agosto, los frustrados funcionarios se quejaban de que esto «ha ido demasiado lejos, pues todas las aldeas consideran necesario detener a cada automóvil que pasa en dos o tres lugares. Todos los granjeros participan en los registros y revisan los papeles identificativos presentados […] en pocas palabras, ahora es en todo punto imposible viajar en coche por el país».[98] En un principio, el convoy francés tenía doce y más tarde dieciocho, veinte o veinticinco vehículos y se decía que los franceses viajaban vestidos de oficiales prusianos o disfrazados de mujeres. Tras un día de infructuosa cacería, el 5 de agosto alguien sugirió que quizá el personal de los autos se había disfrazado de obrero y cargaba sus 80 millones de francos en oro en bicicletas. Llegados a este punto, algunos se pararon a pensar: un diario calculó que esta cantidad de dinero pesaría alrededor de 26 666 kilogramos y que sería necesario un mínimo de 1066 ciclistas para transportarla. Así y todo, la gente de las barricadas no se inmutó y empezaron a registrar a todo el que se desplazara en bicicleta.[99]

Esta ilusión no se limitó a los confines del Reich. Gracias al germano encargado de la administración del distrito de Ratibor, así como otras autoridades de etnia alemana, el delirio atravesó la frontera y pasó a Bohemia, la Silesia austriaca y Galitzia, donde desencadenó frenéticas redadas policiales, falsos avistamientos y caos generalizado. Se reportó incluso la detención, después de un tiroteo en Cracovia, de uno de estos vehículos

imaginarios; sus ocupantes, oficiales franceses vestidos de mujeres, fueron arrestados y se incautaron 30 millones de francos —un telegrama sostenía que llevaban 60—. En Austria, los centinelas no se limitaban a arrestar coches y bicicletas, sino también carros de granjeros e incluso, en algunas zonas, balsas fluviales. Si los vehículos no se detenían cuando se les daba el alto abrían fuego; un problema de particular importancia para las balsas, pues, como alguien señaló, las arrastraban las corrientes. Los centinelas de gatillo fácil mataron al menos a 28 personas en el Reich y a muchas más en Austria. Muy pronto, el 7 de agosto, los militares alemanes, algunos de los cuales eran sospechosos de inventar la historia para atizar el fervor patriótico, empezaron a rebajar la tensión, y al día siguiente se dio orden de desmantelar los bloqueos de carreteras. Las autoridades austriacas también ordenaron relajar los controles de tránsito. Sin embargo, las nerviosas comunidades y la policía local siguieron insistiendo. Las barricadas solo desaparecieron poco a poco de las carreteras centroeuropeas durante el mes de agosto.[100]

La reacción pública a la fantasía de los «autos del oro», la disposición a dejar en suspenso el pensamiento crítico ante historias cada vez más absurdas, pudiera parecer divertida, pero en realidad reflejaba la tensión extraordinaria del momento. Esas gentes, y por supuesto también las autoridades policiales, militares y civiles, estaban viviendo un acontecimiento para el que no les había preparado la paz del medio siglo precedente; en el contexto desorientador y terrorífico del estallido de una conflagración europea, la ficción parecía posible. La respuesta a los «autos del oro» también es reveladora en otro sentido. Mostraba la respuesta de las personas a la nueva situación. La actividad frenética ofrecía una distracción de sus preocupaciones personales y una forma aparente de tomar el control y ayudar a rechazar el peligro. Por encima de todo, mostraba el instinto natural de buscar seguridad en la solidaridad comunitaria. La capacidad de los Gobiernos de guiar y cimentar dicha solidaridad resultaría esencial para determinar la resistencia de los esfuerzos bélicos de austrohúngaros y alemanes.

El pueblo alemán entró en la Primera Guerra Mundial con una notable unión. A muchos que vivieron esa época les pareció que las diferencias de clase y confesión, de región y de raza desaparecieron de repente a causa de la emergencia nacional. La movilización general rusa provocó un cambio decisivo de la opinión pública: la guerra pasó de ser un horror inenarrable a

una necesidad defensiva. El miedo que se vivió con el estallido de hostilidades fue importante para fomentar la predisposición a suspender las disputas domésticas y buscar protección en la solidaridad. De igual modo, el Gobierno del Reich actuó con habilidad, al construir consenso y cultivar la unidad. No obstante, no debe subestimarse la desconfianza entre las autoridades conservadoras de Alemania y su principal partido político, los socialdemócratas; el 30 de julio, después de que el *Berliner Lokal-Anzeiger* anunciara por error la movilización germana, Friedrich Ebert, uno de los dos secretarios del partido, y Otto Bauer, el tesorero, escaparon a Suiza para llevar los fondos del partido a lugar seguro. En fecha tan tardía como el 31 de julio, sus dirigentes estimaban que, si estallaba la guerra, los arrestarían.[101] En consecuencia, no dejaba de ser sorprendente, y un hecho de inmensa importancia para el esfuerzo bélico de Alemania, el que, menos de una semana más tarde, el partido votara por unanimidad a favor de los empréstitos de guerra; no menos sorprendente fue que su otro secretario, Hugo Haase, anunciara al Reichstag que «en la hora del peligro, no dejaremos en la estacada a la patria».[102]

El Gobierno, y sobre todo el canciller Bethmann Hollweg, trabajó mucho para hacer esto posible. Desde el inicio de la crisis, mostraron respeto hacia los socialdemócratas. El 26 de julio, Haase fue convocado al Ministerio del Interior prusiano, donde le informaron de que las protestas antibélicas del SPD no serían reprimidas. Tres días más tarde, siguió una invitación del canciller, pero, dado que ni Haase ni los demás líderes del SPD se hallaban en Berlín, fue otro socialista, Albert Südekum, quien acudió a la cita. Bethmann insistió en las intenciones pacíficas del gabinete del káiser y Südekum le aseguró que el partido no pretendía organizar huelgas ni sabotajes. Al día siguiente, el canciller reportó al ministro de Estado de Prusia que «no había nada que temer en particular» del SPD. El Gobierno debía tener suficiente confianza en el patriotismo de los sindicatos socialistas, pues, una vez estalló la contienda, el 2 de agosto, se informó a su líder, Carl Legien, de que su organización no sería reprimida.[103]

Las fuerzas armadas prusianas, pese a su reputación de reaccionarias y escasa sagacidad política, también desempeñaron su papel, que tuvo una importancia crucial. Una vez que se declaró el «Estado de Sitio» a última hora de la tarde del 31 de julio, una amplia gama de poderes había pasado, en virtud de las disposiciones de la «Ley del Estado de Sitio» de Prusia de 1851, a los generales que encabezaban los veinticuatro Distritos de Cuerpo de Ejército (*Wehrkreis*) que cubrían el Reich. Estos —o sus adjuntos, después de

movilizar a sus unidades y partir hacia el campo de batalla— eran responsables del mantenimiento de la seguridad pública durante la emergencia. Podían suspender derechos constitucionales y estaban autorizados a emitir órdenes a la administración civil dentro de sus Distritos de Cuerpo. En época de paz, el Ejército consideraba, con arreglo a sus estudios en torno a insurgencias, que la clave de mantener el orden interno en una crisis era una acción temprana y decidida. Sin embargo, los militares también sabían que reprimir organizaciones que contaban con la lealtad no solo de numerosos reservistas, sino también de los trabajadores ferroviarios esenciales para una movilización exitosa, sería peligroso y dañino para la moral nacional. Muy pronto, el 25 de julio, después de debatir con el gobierno civil, el ministro de la Guerra prusiano, el general Erich von Falkenhayn, impartió a los generales de los Distritos de Cuerpo instrucciones en las que les recomendaba mantenerse vigilantes, aunque les advertía de que no debían emprender acciones demasiado apresuradas o estrictas: «No es deseable —se advirtió a los generales— empujar desde el inicio a los partidos políticos, mediante la represión de sus diarios y el arresto de sus líderes, a una virulenta oposición al Gobierno».[104]

Los generales de los distritos militares solo podían recibir órdenes del káiser. Con todo, aunque no estaban obligados a ello, siguieron las directrices del Ministerio de la Guerra relativas a los socialdemócratas y a los sindicatos. Es interesante observar que esto no fue así en el trato dado a los otros grandes grupos sospechosos de Alemania: las minorías. Incluso en 1914, la raza, más que la clase social, suponía una barrera mayor para la entrada en la comunidad nacional. En Prusia Occidental y en la Alta Silesia los diarios de lengua polaca fueron cancelados de forma temporal, si bien es cierto que a la prensa del SPD le sucedió lo mismo en el primer territorio. Numerosos polacos fueron arrestados, entre ellos algunos líderes locales menores. Tan grandes eran las sospechas que incluso hubo redadas en iglesias católicas en busca de armas o entradas de túneles que condujeran a Rusia. Los jefes militares locales eran responsables de estas acciones. Las contrariadas autoridades civiles provinciales, que, en general, no fueron consultadas, señalaron más tarde que ninguno de los arrestos dio lugar ni a un solo proceso.[105] Como cabía esperar, estas medidas desmoralizaron a una comunidad, que, en su abrumadora mayoría, se mantuvo obediente en agosto de 1914; las medidas anunciaban de forma inequívoca, como observó en su diario un decepcionado polacoparlante, «vosotros sois el enemigo».[106] En el oeste de Alemania, los habitantes de Alsacia-Lorena recibieron un trato aún

más severo. Las relaciones cívico-militares en la región estaban envenenadas desde antes de la guerra y el Ejército, que sospechaba de las simpatías francesas de la población, no vaciló en arrestar a unas 400 personas, incluidos 19 religiosos y dos diputados del Parlamento regional. Al igual que ocurría con la minoría polaca, los militares estaban poco familiarizados con la situación local y, al dar las denuncias por buenas, detuvieron injustamente a muchos súbditos leales.[107] Estos pueblos vivían en las fronteras con el enemigo, lo cual explica en parte el nerviosismo y la represión. Esto no es válido para la minoría danesa de Alemania, cuya prensa también fue clausurada y sus líderes arrestados. Encarcelaron a unas 172 personas vinculadas al movimiento nacional danés, entre ellas al diputado por el Reichstag Hans Peter Hanssen. Además, privaron de libertad a 118 germano-daneses solo porque conocían las aguas costeras; se temía que ayudaran a hombres huidos del Ejército a cruzar la frontera con Dinamarca e incluso a un ataque naval británico.[108]

Los dirigentes del SPD fueron conducidos a apoyar la guerra, pero no por presiones, que casi nunca darían resultados satisfactorios, sino por persuasión. El 31 de julio, la mayoría de los diputados del partido en el Reichstag seguía oponiéndose a votar los empréstitos de guerra. Sin embargo, a partir de ese momento se produjo un rápido cambio de opinión. Estuvo influido, en parte, por la nueva predisposición gubernamental a entablar diálogo, si bien en términos desiguales, y aún más por la promesa implícita de reformas políticas y de un futuro mejor de la declaración del káiser del 1 de agosto, en la que afirmó que ya no veía «partidos […] solo alemanes». El cambio también fue una respuesta al estallido de la guerra. Aunque numerosos socialdemócratas consideraban al Gobierno del Reich, al menos en parte, responsable de las hostilidades, para la mayoría estaba claro que la oposición, llegados a este punto, no solo sería insensata, sino potencialmente catastrófica para el partido y el país. En el mejor de los casos, conduciría a la supresión del SPD. En el peor, facilitaría la invasión de Alemania por el Ejército zarista, una fuerza al servicio del régimen más reaccionario y brutal de Europa. Los historiadores modernos tienden a subestimar lo realista y aterradora que podía ser esta posibilidad y consideran este miedo un producto de la arraigada rusofobia de los socialistas germanos. Ludwig Frank, que ya el 25 de julio estaba convencido de la inevitabilidad de la guerra, logró que 25 diputados del Reichstag, alrededor de un cuarto de su grupo parlamentario, se comprometieran a romper la disciplina de partido y votar a favor de los créditos de guerra. En última instancia, tan drástica acción resultó innecesaria,

pues la tarde del 3 de agosto, cuando los diputados del SPD se reunieron para decidir su postura en la sesión parlamentaria del día siguiente, la mayoría quería apoyar al Gobierno. Votaron: 78 se declararon a favor y solo 14 se opusieron a aprobar la moción del empréstito de guerra.[109]

La sesión del Reichstag del 4 de agosto de 1914, en consecuencia, fue una escenificación política de inmenso poder. Fue coreografiada con todo cuidado para proyectar un mensaje de unidad germana. Al mediodía del 3 de agosto, el canciller se reunió con todos los líderes del partido, entre ellos Haase y su colega Philipp Scheidemann, con el fin de prepararla. Aunque sus diputados todavía no habían confirmado su postura, los socialdemócratas acordaron varios compromisos simbólicos que presuponían una aceptación unánime de los créditos de guerra. El día del voto se abrió con una misa en la catedral de Berlín, seguida a primera hora de la tarde por la ceremonia de apertura del Reichstag en el palacio imperial. Aunque, como era habitual, los diputados del SPD no asistieron a ninguno de los dos actos, en ambos se subrayó el tema de la unidad. El káiser repitió de forma espontánea su celebrada promesa: «Ya no veo partidos, solo alemanes». Ese mismo día se anunció una amnistía de todos los responsables de crímenes políticos como el de lesa majestad, que beneficiaba, más que a ningún otro grupo, a los socialdemócratas. La sesión del Reichstag, plato fuerte de la jornada, contó con la asistencia de todos los partidos, los representantes democráticos electos del pueblo alemán. El canciller Bethmann Hollweg dio el primer discurso y reiteró la explicación oficial de las causas de la guerra. Rusia había actuado con duplicidad y agresividad y acusó a Francia de atacar sin aviso previo. «La hora de la gran prueba ha sonado para nuestro pueblo —finalizó—. Nuestro ejército está en campaña, nuestra marina está presta para la batalla […] les respalda toda la nación germana, toda la nación germana —y, dirigiéndose a los socialistas, dijo—: unida hasta el último hombre».[110]

Incluso los diputados socialdemócratas, en un impulsivo alarde de patriotismo, ovacionaron el discurso del canciller; era la primera vez que tal cosa ocurría en el Reichstag, donde ningún socialista había aplaudido jamás a un representante gubernamental. El presidente del Parlamento, el dr. Johannes Kaempf, de una fuerza burguesa, el Partido del Progreso del Pueblo (*Fortschrittliche Volkspartei*, FVP), reiteró las palabras del canciller al insistir en que esta era una guerra «en defensa de nuestro país» y que «nunca el pueblo había estado tan unido como lo está hoy».[111] Tras un receso, llegó el turno de palabra de Haase en nombre del SPD. Hubiera preferido no hacerlo. Fue Haase quien redactó el llamamiento del 25 de julio a favor de

manifestaciones pacifistas masivas y se mantuvo fiel hasta el final a sus convicciones antibelicistas; en las discusiones del partido del día anterior, fue uno de los catorce que se oponían a aprobar la moción de los empréstitos de guerra. La disciplina socialista no solo exigía unanimidad, sino también escenificar la unidad del partido; esto explica por qué los miembros de todas las corrientes internas querían que fuera Haase quien diera el discurso. En su declaración, un compromiso entre las diversas facciones del partido, condenó las políticas imperialistas del pasado, insistió en los esfuerzos del SPD por la paz, «en cordial acuerdo con nuestros hermanos de Francia» y expresó el deseo de que los horrores de la guerra «despertaran en millones […] la aversión […] y los atrajera a los ideales del socialismo y de la paz entre naciones». Su discurso, no obstante, también advertía del peligro que suponía la Rusia zarista, «para nuestro pueblo y su libertad», insistía en «el derecho de todos los pueblos a la independencia nacional y la defensa» y, lo más crucial, aceptó aprobar los empréstitos de guerra solicitados.[112] Los partidos de derechas recibieron el discurso con un gélido silencio, pero los diputados de los progresistas de centro y del SPD aplaudieron y eso bastó para que la prensa informara de una aprobación generalizada. Durante las votaciones hubo un segundo y pequeño atisbo de divisiones: dos diputados del SPD abandonaron la cámara sin ser vistos para no tener que votar. Aun así, los créditos de guerra fueron aprobados por unanimidad y la *Burgfrieden*, la «paz fortaleza» que suspendía todas las disputas internas mientras duraran las hostilidades, fue escenificada de forma pública. La sesión se cerró con un nuevo alarde, también sin precedentes, de unidad de la cámara: todos, incluidos los socialistas reformistas, dieron tres hurras por el «káiser, el *volk* y la patria».[113]

La sesión del Reichstag del 4 de agosto reforzó e institucionalizó en la nación la solidaridad que había empezado a surgir en la sociedad germana una vez se tuvo noticia de la movilización general de los rusos. Hanssen, tras ser liberado de su breve reclusión, observó, ya el 2 de agosto, primer día de la movilización germana, que la «grave ansiedad» de los reservistas «venía acompañada de la determinación de cumplir su deber individual».[114] Otros hicieron comentarios similares. Un doctor que inspeccionaba reclutas en Weiden, una localidad bávara próxima a la frontera austriaca, quedó impresionado: «Se han presentado todos los de los años de reserva —anotó el 4 de agosto en su diario—. No falta ni un nombre. Nadie está enfermo ni quiere estarlo. Del grupo de *Landwehr* [reservistas de mayor edad, de 28 a 38 años], todos han venido. Algunos tienen enfermedades graves (trastornos

pulmonares y cardiacos), pero ninguno quiere escurrir el bulto».[115] En todas partes, los hombres obedecieron a rajatabla la orden de presentarse a filas. Es más, transcurridas las primeras semanas de guerra, empezó a manifestarse un patriotismo más explícito, en particular durante la partida de las tropas. En los trenes, los soldados garabateaban audaces y agresivas rimas. Por doquier podía verse la promesa «Cada disparo un ruso, cada puñetazo un francés, cada puntapié un inglés». Más imaginativo era un ripio contra el zar ruso que decía lo siguiente: «Nikolaus, ten miedo/con tu hígado, salchichas haremos». Al parecer, la comida estaba muy presente en la mente de los soldados: «Menú —decía otro ejemplo de grafiti en un transporte de tropas—, *Goulash* francés con compota del zar», o «sopa Poincaré, ensaladilla rusa, salsa inglesa». Un truculento humorista escribió con tiza el siguiente anuncio en su vagón: «Un cuarto de litro de sangre rusa, 30 *pfennings*».[116] A mediados de agosto, las multitudes que despedían a los soldados se tornaron también más festivas y patrióticas. Durante esos días, «La Guardia del Rin» sonaba con frecuencia en las estaciones de tren, pero también se oían muchas canciones nostálgicas relativas al hogar, como *Heimat o Heimat bald muss ich dich verlassen* [Hogar, oh, hogar, debo dejarte], *Morgen muß ich scheiden, prächtiges Berlin* [Mañana debo partir, bella Berlín] o *Köln am Rhein du schönes Städtchen* [Colonia del Rin, qué hermosa eres], que fueron las que entonaron los hombres una vez iniciado el viaje al frente.[117]

No había contradicción entre estos alardes públicos de patriotismo y entusiasmo y el miedo y la zozobra en privado; ambos venían de la mano. Los vítores y canciones eran el medio con el que soldados y civiles, por más preocupados que estuvieran, expresaban solidaridad, reprimían por un momento su inquietud y afrontaban las dolorosas emociones de la partida. Es indudable que estos ayudaban. Un hombre relató que «el entusiasmo de las estaciones de tren […] nos barrió, literalmente, y muy pronto el ánimo algo triste presente en algunos rostros de nuestro transporte dejó paso a una atmósfera confiada y entusiasta».[118] Algunos, conmovidos por las escenas contempladas, creían vivir un renacer nacional. Hombres de clase media como Eugen Mortler, un aprendiz de banca, recurrió a la retórica del káiser para explicar lo que vio: «No hay diferencias, ni partidos, todos ayudan, Alemania está unida».[119] Aunque la esperanza de muchos intelectuales —que el sentido de comunión, que en el futuro mitificarían y venerarían como el «espíritu de 1914», se haría permanente— era ilusoria, muchas personas expresaron y sintieron esta idea durante las primeras semanas de la contienda y no solo como una mera estrategia para contener la ansiedad.[120] Existió una

unidad de propósito generalizada y una identificación con la causa de Alemania, la cual abarcó también a la clase trabajadora, en particular después de que el SPD votara los créditos bélicos. Un mes después de la movilización, el jefe de la policía berlinesa observó sorprendido que sus hombres «que pensaban que su trabajo era controlar sobre todo el entorno obrero, apenas pueden creer que las mismas personas que hace poco saludaban a la Internacional en concentraciones de protesta, ahora rebosan patriotismo».[121]

La manifestación de unidad patriótica más espectacular fue la oleada de voluntarios que corrió a servir en el Ejército germano. Los diarios informaron entusiastas de la incorporación a filas de más de un millón de efectivos «de todos los niveles de la sociedad, de todos los grupos de edad, ocupaciones y clases».[122] La verdadera cifra era menor, aunque no menos impresionante: en agosto de 1914 se presentaron voluntarios 250 000 hombres y en el transcurso de la contienda se alistó alrededor de medio millón. Las formaciones prusianas, ellas solas, aceptaron en los diez primeros días de hostilidades a 143 922 voluntarios; en comparación, solo 40 000 franceses se alistaron voluntarios en su Ejército nacional durante todo 1914. El movimiento de voluntariado germano no solo destacó por su velocidad y dimensiones, sino también por su espontaneidad. Estos hombres actuaron por propia iniciativa: el Gobierno no hizo llamamiento alguno y el Ejército no estaba preparado para las repentinas colas que se formaron delante de los cuarteles. Tenían que hacer considerables esfuerzos para que los aceptaran, pues la mayoría de regimientos cubría todos sus efectivos reglamentarios con el reclutamiento forzoso. Muchos voluntarios viajaron largas distancias y algunos visitaron no menos de seis o siete cajas de reclutas hasta que encontraron una unidad que los aceptase.[123]

Los voluntarios, pese a lo que afirmaba la prensa, no constituían una representación de la sociedad germana. Eran jóvenes: más de la mitad tenía menos de 20, la edad del servicio militar, y casi un 90 por ciento menos de 25 años. La mayoría, alrededor de dos tercios, procedía de una amplia base de clase media urbana. Los estudiantes, alumnos de secundaria y académicos, la gente que participó en las marchas «de entusiasmo bélico» de finales de julio, estaba particularmente bien representada, aunque también dio un paso al frente un elevado número de hombres de clase media-baja, tales como artesanos, comerciantes y oficinistas. Los obreros industriales, pese a estar algo infrarrepresentados en relación con su porcentaje de la sociedad, sumaban en torno a tres décimas partes de los voluntarios. Algunos se alistaron para huir del desempleo, pero otros tenían irreprochables motivos

patrióticos. El SPD dio ejemplo: 783 de los líderes de sus juventudes se presentaron voluntarios y es famoso el ejemplo del diputado Ludwig Frank, de 40 años de edad, caído en combate en el frente occidental el 3 de septiembre de 1914. Este consideraba el conflicto la oportunidad del SPD de demostrar la lealtad a Alemania y así acelerar las reformas políticas: «Estamos emprendiendo una guerra por los votantes prusianos», escribió en cierta ocasión. Con todo, insistió en que su alistamiento no era una táctica política, sino, al igual que el voto del 4 de agosto, «surgió de una necesidad interior», un acto emprendido porque tanto él como sus compañeros socialistas «se toman muy en serio su deber de defender a la patria».[124] Los únicos grupos ausentes de las filas de los voluntarios eran los granjeros y los trabajadores agrarios. El Ejército prefería movilizar a estos hombres,[**] de ahí que estuvieran sobrerrepresentados entre los reclutas forzosos. La aguda falta de mano de obra en el campo y la necesidad urgente de recolectar la cosecha explica en gran medida por qué muy pocos se presentaron voluntarios (*vid*. Tabla 2).[125]

Los alemanes de clase media que se presentaron voluntarios, pese a que no fueron convocados por ningún llamamiento a tomar las armas, estaban siguiendo un guion cultural profundamente arraigado. La memoria de las guerras de liberación de 1813 contra Napoleón, en las cuales el *Freikorps* o «Cuerpo Franco», formado por voluntarios de clase media urbana, tuvo un importante papel, era venerada en la Alemania del káiser, en particular en el corazón prusiano del imperio.[126] En un momento de emergencia nacional, cuando la justicia de la causa del Reich parecía tan evidente, y buena parte del lenguaje empleado para explicar la guerra repetía, de forma premeditada, el idealismo de 1813, era inevitable que los hombres de clase media siguieran, por instinto, el ejemplo de sus antepasados y se alistaran voluntarios. Para los católicos del sur de Alemania, cuyas tradiciones históricas eran diferentes, el voluntariado podía ser una demostración de lealtad regional o, por el contrario, un acto de solidaridad nacional, símbolo de la sanación de la brecha abierta por la «guerra cultural» de la década de 1870, entre el Estado y la Iglesia católica. Los judíos se alistaron en gran número: una investigación de posguerra estimó que más de 10 000 dieron un paso al frente, lo cual significa que una comunidad que constituía menos del 1 por ciento de los habitantes del Reich aportó alrededor del 2 por ciento de sus voluntarios bélicos. Se incorporaron para expresar su estrecha identificación con la patria germana, a menudo con la esperanza de, gracias a su participación visible en su defensa, poner fin a la discriminación oficiosa sufrida en tiempo de paz.[127]

Tabla 2: Composición social de los voluntarios germanos, 1914-1918 (tamaño de la muestra: 2576).

Orígenes	**Número**	**Porcentaje**
Comerciantes y artesanos	435	16,89
Obreros urbanos especializados	429	16,85
Empresarios y propietarios	342	13,28
Obreros urbanos no cualificados	330	12,81
Estudiantes	321	12,46
Oficinistas	306	11,88
Estudiantes de secundaria (y alumnos que han dejado la escuela)	189	7,34
Profesionales y académicos	126	4,89
Granjeros	59	2,29
Asalariados agrícolas	35	1,36
Sin ocupación	4	0,16

Las cifras de la tabla presentan ligeras divergencias con respecto a las de la fuente. La tabla original clasificaba de forma errónea a 59 estudiantes como profesionales y académicos (48), trabajadores de oficina (7) o granjeros (4). Aquí hemos corregido este error.

Fuente: A. Watson, 2011: «Voluntary Enlistment in the Great War: A European Phenomenon?», en C. Krüger y S. Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times: From the French Revolution to the Second World War*, Basingstoke/New York, Macmillan, 170.

Es posible que los polacos prusianos, que se presentaron voluntarios en número mucho menor, aunque no desdeñable, tuvieran consideraciones similares, aunque es probable que la rusofobia y el peligro inmediato que el Ejército zarista suponía para sus propios hogares fueran factores más importantes.[128] No todos los voluntarios de clase media estaban influidos por elevados ideales. Algunos jóvenes se dejaron llevar por la excitación del estallido de la guerra, atraídos por el ideal de masculinidad castrense y motivados por la «sed de aventuras»; otros fueron porque sus compañeros iban y consideraban que no podían quedarse en casa. Sin embargo, a pesar de las suposiciones condescendientes, expresadas tiempo después, de que los estudiantes veinteañeros eran demasiado ingenuos o estúpidos para comprender que un conflicto armado traería penurias, sufrimiento y muerte, muy pocos expresaron «entusiasmo bélico». Los voluntarios remarcaron que «sabían desde el principio que una guerra moderna es una tragedia sin precedentes y un crimen contra la humanidad». Para la mayoría, el punto fundamental, y la causa más importante de la velocidad y espontaneidad del voluntariado, fue que, con el estallido de la guerra, la patria con la que se identificaban y a la que sentían la obligación de servir corría peligro de ser invadida. Tal fue la conclusión a la que llegó un estudio de las motivaciones de los voluntarios realizado al inicio de las hostilidades por un grupo de psicólogos. «El sentimiento patriótico —revelaba el estudio— estaba presente en alto grado […] como un imperativo impulsivo y categórico: tenemos el deber de proteger la patria. Se ha declarado la guerra, las armas son el único recurso que nos queda».[129]

El impulso de participar en la defensa de la nación, de que, como expresaron los coetáneos, «se les permitiera tomar partido» en los acontecimientos decisivos de agosto de 1914 no se limitó a la juventud masculina. Hombres mayores sirvieron de centinelas en las guardias locales de sus comunidades (*Bürgerwehren*) donde protegían líneas de ferrocarril y puentes.[130] Las mujeres también sintieron la necesidad de contribuir. Algunas consideraban que la emergencia nacional requería repensar los rígidos roles de género. Una muchacha berlinesa, Margarete Bäckmann, escribió al káiser el 6 de agosto de 1914 para implorarle, «desde el fondo de mi corazón», que le autorizara a alistarse: «¿Acaso no permitirán a una muchacha alemana dar su sangre? —apeló—. ¿Acaso no le permitirán combatir por la patria?».[131] La mayoría se contentó con los roles auxiliares tradicionales que les concedían: su misión no era armarse, sino, como expresó la kaiserina en un llamamiento a las mujeres del Reich, hacer «una sacra obra de amor».[132] En

los primeros meses de la contienda, pudo verse en todas las estaciones a muchachas de clase media que servían refrigerios a las tropas que pasaban. Las chicas solían estar supervisadas por una señora de más edad, tanto por motivos de eficiencia organizativa como para impedir actividades «inmorales». Otras participaban en obras de beneficencia para aliviar las penurias económicas de las familias de la tropa y las desempleadas de clase trabajadora. Para muchas chicas de extracción burguesa, el ideal era el trabajo de enfermería, que les parecía simbolizar las «virtudes femeninas»: el amor y el cuidado. En uno de los primeros cursos de auxiliar de enfermería de la guerra, de 3000 plazas, se presentaron 40 000 aspirantes.[133] Las que trabajaban en los hospitales no tardaron en presenciar los horrores de la guerra. Ya a finales de agosto empezaron a llegar del frente los primeros heridos. En Friburgo, una voluntaria, Elisabeth Stempfle, reportó que las escuelas fueron convertidas en hospitales de campaña y que todos estaban casi completos. Las muchachas se vieron sumidas en el trabajo cotidiano de atender y limpiar a los soldados enfermos. Vieron heridas terribles y amputaciones. Su cometido, además, les exigía inmensos esfuerzos emocionales. Una amiga, anotó Elisabeth en su diario, pasó toda la noche sola consolando a un reservista moribundo. Para esas mujeres, el paso de la paz a la guerra fue repentino y chocante.[134]

Una extensa red de organizaciones femeninas sostenía esta actividad. La Asociación de Mujeres Patrióticas (*Vaterländischer Frauenverein*), junto con otros grupos de mujeres vinculados a la Cruz Roja, contaba, ya en 1914, con medio millón de afiliadas con formación en primeros auxilios. Otras organizaciones ofrecieron sus servicios a las autoridades. El mismo 1 de agosto, Gertrud Bäumer, secretaria de la Liga de Asociaciones Femeninas de Alemania (*Bund Deutscher Frauenvereine*), de 300 000 socias, que en tiempo de paz hacía campañas a favor de la ampliación de los derechos femeninos en la enseñanza y en las actividades profesionales, el sufragio femenino y la prohibición de la prostitución, ofreció al Ministerio del Interior prusiano asumir parte de la carga asistencial de la guerra. La iniciativa fue seguida de una *Burgfrieden* entre organizaciones femeninas. La Liga se unió a los grupos protestantes y católicos y a las mujeres socialistas en el Servicio Femenino Nacional (*Nationaler Frauendienst*). En el ámbito local, esto dio lugar a una repentina cooperación entre grupos que antes competían entre sí, o, en el caso de las mujeres burguesas y socialistas, se movían en entornos completamente separados. Huelga decir que sus miembros tenían expectativas muy diferentes de lo que podría resultar de la guerra. Muchas de las mujeres de Bäumer

esperaban que sus esfuerzos patrióticos fueran recompensados con una ampliación de derechos femeninos, mientras que las activistas católicas y socialistas compartían con sus hombres la aspiración de la plena integración política de sus comunidades en el Reich. Las mujeres de los círculos de la intelectualidad protestante, al igual que sus homólogos varones, aspiraban en ocasiones a la renovación moral de la sociedad. Aun así, la experiencia de unión del inicio de la contienda fue embriagadora para la mayoría. Como declaró la propia Bäumer, «hoy no somos individuos, hoy solo somos un pueblo».[135]

En 1911, el general Helmuth von Moltke predijo que «el pueblo alemán tomará las armas con unidad y entusiasmo en una guerra que le venga impuesta».[136] En el verano de 1914, la población del Reich le dio la razón. De todos modos, el cambio abrupto de la ansiedad, depresión y el miedo de julio a la solidaridad de agosto requiere cierta explicación. El primer paso fue la movilización general rusa, que pretendía ser, y así fue considerada, una amenaza. Desde ese momento, los alemanes vieron la guerra inminente como un conflicto de carácter defensivo y temían la invasión zarista. En respuesta, se impuso una solidaridad del miedo. La hábil dirección del estado de ánimo por parte del Gobierno fue el segundo paso. La promesa del káiser de «no más partidos» y el voto unánime del Reichstag a favor de los empréstitos bélicos del 4 de agosto de 1914 ejercieron una influencia inmensa. La *Burgfrieden* política tuvo una amplia resonancia. Se repitió en los ejecutivos locales y en la sociedad, como demuestran los grupos femeninos.[137] La cooperación del SPD cimentó el apoyo obrero a la guerra. Toda la sociedad abrazó un culto a la unidad que adoptó expresiones diferentes en entornos distintos. Las personas de zonas rurales lo expresaron con el intento de detener a los «autos del oro», los obreros lo hicieron colgando banderas imperiales o vitoreando en las estaciones de tren. Sus principales defensores fueron las clases medias, que contaban con tiempo, seguridad financiera y un compromiso mayor con la sociedad imperial: un alto número de hombres y mujeres de la burguesía se alistaron voluntarios al Ejército o al trabajo patriótico. Sin embargo, esos días de agosto no cambiaron a los alemanes, como creían ciertas personas de clase media como Bäumer. Siguieron siendo individuos con temores personales y vidas privadas y continuaron formando parte de comunidades subnacionales con conciencia de clase, religiosas, regionales, cada una con aspiraciones particulares. Lo crucial en agosto de 1914 fue que todos los elementos de la sociedad del Reich estaban lo bastante integrados, y sentían suficiente interés mutuo, para hacer innecesario ese cambio, el despojarse de las demás

identidades. El miedo a la invasión y la solidaridad comunal ante una amenaza, canalizada y fomentada con habilidad por sus mandatarios, unió a los germanos en la defensa de su país. Su lucha sería una guerra popular.

Movilizar un imperio multiétnico como Austria-Hungría era un asunto mucho más complicado que conducir a la guerra a un Estado nación, incluso a uno tan imperfecto como el Reich germano. La unidad no era menos importante, pero la inmensa diversidad de los pueblos habsburgo hacía que esta fuera difícil de alcanzar. No se trataba solo de imprimir carteles de movilización en quince idiomas. Los súbditos del Imperio de los Habsburgo carecían de una identidad común. Cada nacionalidad tenía historia y tradiciones propias, una situación que, lejos de corregirse, fue perpetuada y acentuada por el sistema de enseñanza de los Habsburgo en tiempo de paz.[138] A pesar de la «indiferencia nacional» que manifestaron numerosos individuos en 1914, la especificidad cultural era importante, al igual que las diversas actitudes hacia el Estado y sus enemigos.[139] En una entidad en la que la ideología nacional dividía en lugar de unir a los pueblos, los lazos horizontales que unían a la sociedad eran frágiles: los bohemios que servían el frente sudoriental no sentían mucha más afinidad por los súbditos bosnios del imperio, fueran musulmanes, croatas o serbios, que hacia los serbios contra los que marcharon a combatir. Los tiroleses enviados al este eran incapaces de distinguir entre los súbditos eslavos de Rusia y los de su propio emperador.[140] No obstante, Austria-Hungría no estaba desprovista del todo de atractivos ideológicos. Los vínculos verticales con el Estado, sobre todo la lealtad al emperador, eran fuertes. Los siglos de reinado de la dinastía y, en Austria en particular, su predisposición a conceder aspiraciones nacionales, le daban una gran legitimidad. Es más, los súbditos habsburgo, aunque divididos por etnicidad y lengua, estaban, en gran medida, unidos por la religión. La Iglesia católica era, desde hacía mucho tiempo, un apoyo inquebrantable e influyente de la Monarquía y casi cuatro quintas partes de su población eran católicas. Los principales enemigos de los Habsburgo en 1914, Serbia y Rusia, eran ortodoxos. El leal clero imperial, por tanto, no tuvo ninguna dificultad para presentar la contienda como una «guerra justa y santa», como un combate «por la preservación de la cultura cristiana y la fe católica».[141]

Las autoridades habsburgo también dejaron muy claro desde el principio que no tolerarían oposición alguna. En las dos mitades del imperio se aplicaron leyes de emergencia que suspendían derechos básicos y que

incrementaban el control estatal sobre la sociedad y la economía. En Hungría fue la administración civil, conforme a la Ley LXIII de 1912, la que adquirió nuevos poderes coercitivos.[142] En Austria, por el contrario, el funcionariado civil y la población quedaron subordinados a los militares. La nueva responsabilidad de los tribunales castrenses de procesar a civiles por delitos políticos, una medida que se suponía que debía asegurar un castigo rápido y cortar toda acción desleal, solo era una de las nuevas prerrogativas de las fuerzas armadas sobre el funcionamiento del Estado. A finales de julio, se estableció en el Ministerio de la Guerra de los Habsburgo la Oficina de Supervisión de la Guerra (*Kriegsüberwachungsamt*). Dirigida por militares, su misión era supervisar y coordinar el uso de las leyes de emergencia en la supresión de la disidencia. Tan secreto era este organismo que a los diarios solo se les permitió mencionar su nombre, pero no explicar su función. Es más, el 31 de julio, el día que se ordenó la movilización general, vastas regiones de Austria fueron designadas «Área del Ejército en Campaña». Galitzia, Bucovina, el este de Silesia y la Moravia nororiental al norte y Dalmacia en el sur quedaron incluidas en esta área. Más tarde, cuando Italia le declaró la guerra a la Monarquía, en mayo de 1915, pasaron a formar parte no solo las Tierras de la Corona limítrofes con la frontera sudoccidental, Tirol, Carintia, Gorizia, Gradisca, Trieste e Istria, sino también las situadas más allá: Salzburgo, Carniola, Estiria y Vorarlberg. Aquí, al contrario que en el reducido corazón imperial, los comandantes en jefe del Ejército tenían autoridad de emitir órdenes a la administración civil local e imponer una ley marcial draconiana. Aunque los planes de preguerra preveían que estas medidas extraordinarias podían levantarse, al menos de forma parcial, una vez el Ejército hubiera completado con éxito su movilización y marchado al frente, esto no sucedió. Las leyes de emergencia siguieron en vigor y no solo eso, sino que se prorrogaron hasta que se volvió a convocar el Parlamento austriaco, el Reichsrat, en 1917. Solo entonces se suspendieron algunas de las medidas más represivas y el mando del Ejército perdió su autoridad sobre amplias zonas de la retaguardia del frente.[143]

En contra de lo esperado, el estrecho control sobre la sociedad de los Habsburgo ejercido a partir de finales de julio de 1914 resultó ser, en gran medida, innecesario. Conrad von Hötzendorf, jefe de Estado Mayor, que desconfiaba de las nacionalidades y solicitó a primeros de julio la proclamación de la ley marcial en todo el imperio, confesó al mes siguiente que «el entusiasmo del pueblo hacia la guerra le causó […] una gran sorpresa».[144] Los informes de la época testifican el apoyo generalizado a la

causa imperial. En Viena, los ciudadanos fueron caracterizados como «firmes y decididos», una vez se proclamó la movilización general. «En todas las clases —observaron los funcionarios— es perceptible una profunda simpatía por el honor de la Monarquía y la convicción de la necesidad de lo ocurrido».[145] También en Hungría, al menos entre los magiares, el ministro presidente Tisza testificó a principios de agosto en un ambiente «muy bueno». Los soldados que atravesaban el reino húngaro eran recibidos por doquier con «regocijo frenético, música y canciones».[146] Más destacable fue la reacción de los pueblos, hasta entonces enfrentados, de las Tierras de la Corona austriaca. En Carniola, hogar de una mayoría de población eslovena, el presidente regional relató que los hombres obedecieron la llamada a las armas «con entusiasmo, plenamente convencidos de la necesidad y justicia de la acción bélica impuesta al Imperio».[147] En Bohemia, el Mando Militar de Praga reportó que, tras la movilización parcial contra Serbia, «en contra de las expectativas, los reservistas se presentaron con puntualidad y en gran número; incluso se percibía cierto entusiasmo».[148] Los funcionarios de la red ferroviaria que observaron a los reclutas y su familia durante la partida estaban aún más animados: Bohemia estaba tranquila, Moravia y la Baja Austria entusiasmadas.[149] En las periferias imperiales se tuvo la misma obediencia y buena predisposición. En el Trentino, los irredentistas italianos reconocieron que la población rural era leal a la dinastía Habsburgo.[150] Mucho más al este, en Bucovina, los rutenos, «con pocas excepciones, estaban dispuestos a hacer sacrificios y tenían mentalidad patriótica».[151] Las unidades militares en Galitzia, como en todos los demás territorios, quedaron desbordadas debido a que se presentaron a filas muchos más hombres de los esperados. Algunos de los que acudieron a los cuarteles no estaban obligados a servir. Los sobrantes fueron transferidos al norte de Hungría a cubrir las plazas de nuevas formaciones.[152]

En el transcurso del verano, el Imperio austrohúngaro demostró que, a pesar de todas las turbulencias políticas de tiempo de paz, seguía poseyendo una gran legitimidad entre sus pueblos. Los políticos nacionalistas y los líderes eclesiásticos hicieron unánimes protestas de lealtad a Francisco José, los reclutas de todos los territorios obedecieron la llamada a las armas y los mandatarios, sin salir de su asombro, subrayaron en que fue la lealtad, no el miedo, lo que impulsó la impresionante respuesta popular. Hubo incluso voluntarios de guerra. El *Reichspost* de Viena publicó que algunos hombres «asaltaron la administración de guerra, en persona, por telégrafo o carta, para conseguir alistarse». Se dijo que, ya antes del fin de la primera semana de

agosto, «muchos miles» habían dado un paso al frente.[153] A pesar del orgullo con el que se informó de tales alistamientos, los voluntarios revelan los límites del poder movilizador del patriotismo dinástico. A juzgar por los reportajes de la prensa, esos hombres no formaban parte del extenso voluntariado de clase media urbana que se vio en el Reich germano, sino que, por el contrario, en su mayoría procedía de un círculo más estrecho de élites cosmopolitas. Se informó de que aristócratas, diputados parlamentarios y soldados retirados ofrecieron sus servicios. También había entre los voluntarios numerosos funcionarios estatales; habían solicitado excedencia de su servicio civil en un número suficiente para que el Consejo Ministerial austriaco se viera obligado a debatir si se les debía conceder permiso.[154] Igualmente se incorporaron a filas estudiantes, aunque en un número insignificante en comparación con las cifras de Alemania: a finales de septiembre de 1914 se habían incorporado al Ejército de los Habsburgo 184 estudiantes de Viena, 38 de Graz y solo 14 de Praga.[155] De igual modo, había entre los voluntarios hombres de estatus social más modesto, si bien no todos estaban dispuestos a morir por el emperador. Sigmund Sperberg, por ejemplo, un farmacéutico de 39 años, temía que la orden de movilización lo alejara de su madre enferma y lo obligara a declarar en bancarrota su negocio. El voluntariado le pareció una solución. A primeros de agosto escribió al Ministerio de la Guerra para ofrecer sus servicios inmediatos, aunque solo con la condición de que le dieran un destino en Viena. De ese modo, informó con sinceridad al ministerio, podría, en su tiempo libre, «además de cumplir mi deber hacia nuestro bien amado emperador y mi querida patria, satisfacer mis responsabilidades como hijo».[156]

La movilización de los Habsburgo, pese a que reveló fuertes lazos verticales entre el emperador y los pueblos, nunca logró la solidaridad social horizontal o la profundidad del compromiso que se vio en Alemania. En parte, esto se debía simplemente a la profunda separación existente entre gentes de lenguas y culturas diferentes que habitaban un imperio multiétnico y no un Estado nación unitario. Sin embargo, las divisiones de Alemania, de clase, en particular, eran muy marcadas antes de la guerra. En consecuencia, también aquí la acción del Gobierno ejerció una fuerte influencia. Los líderes austrohúngaros pusieron el foco en la obediencia, no en la unidad, en el verano de 1914; los grandes esfuerzos realizados en el Reich para reconciliar, o al menos suspender, las disputas de tiempo de paz no tuvieron ningún equivalente real en las tierras de Francisco José. Es cierto que Hungría se benefició de una tregua política, la *Treuga Dei*, desde finales de julio. En

noviembre, cuando el Parlamento se reunió para su primera sesión en tiempo de guerra, Tisza ensalzó el conflicto y lo calificó de fuerza unificadora: este «ha terminado las disputas partidistas, ha puesto fin a la lucha de clases, ha relegado a segundo término los conflictos nacionalistas y ha dado lugar a espléndidas manifestaciones de unidad y mutuo amor, tanto en la patria como en el campo de batalla».[157] No obstante, esta demostración de unidad no ejerció un impacto sobre la opinión pública tan poderoso como el del voto de los empréstitos de guerra en el Reichstag alemán del 4 de agosto. El Parlamento húngaro carecía de la misma legitimidad y representatividad; su pequeña circunscripción electoral, sus elecciones amañadas y su discriminación contra los no magiares, hacían que solo hablara en nombre de la élite.

No obstante, los húngaros intentaron al menos crear una apariencia de unidad política. En Austria, por el contrario, el Reichsrat, clausurado en marzo de 1914, no volvió a reunirse. Su edificio fue convertido, con gran ostentación, en un hospital militar. Puede que el ministro presidente Stürgkh tuviera razón al temer que la convocatoria de los revoltosos diputados resultaría en una dañina debacle de relaciones públicas. Sin embargo, la predisposición de los pueblos de la Monarquía a responder a su llamada en el momento de crisis indica que el Gobierno subestimó su lealtad y los prejuicios de no volver a convocar al Parlamento fueron muy grandes.[158] En primer lugar, se perdió la oportunidad de reforzar la legitimidad del conflicto mediante la sanción de los representantes democráticos electos de las nacionalidades. De forma aún más crucial, también negó a los pueblos un foro en el que enterrar en público sus disputas anteriores y proclamar la solidaridad austriaca. La decisión de dirigir el esfuerzo bélico a base de decretos, no por el consenso parlamentario, dejó al Gobierno muy expuesto a las críticas; si la guerra iba mal, sería evidente que el único responsable era el régimen. Aún más peligroso fue que Stürgkh abandonara la estrategia de conciliar y negociar con los intereses nacionalistas que en época de paz habían contribuido al funcionamiento de la mitad austriaca de la Monarquía. En su lugar, se impuso una exigencia de obediencia incondicional, respaldada por la amenaza de represión militar. El ministro presidente presentó esta nueva actitud en una circular remitida a finales de julio a los responsables de las Tierras de la Corona: «Argumentos de procedimiento administrativo, consideración hacia el ánimo de los partidos, los cálculos sobre las circunstancias presentes o futuras de la política doméstica; todo esto está detenido. Ahora solo hay una cosa: la orientación de todas las fuerzas del

estado hacia la inequívoca, rápida y completa obtención de los objetivos de guerra».[159]

A falta de una *Burgfrieden* panaustriaca, el Imperio de los Habsburgo logró llevar a sus pueblos a la guerra gracias a lo que podría describirse como una doble movilización. Primero, hubo la movilización patriótica oficial, que comprendía la llamada a filas del Ejército y la apelación a la población como leales súbditos imperiales. En tándem con esta, además, estaba la movilización nacional semioficial, de fuerzas diversas según la región y que en esta primera etapa complementó los esfuerzos del Estado. Los políticos electos locales tales como alcaldes, además del clero, fueron figuras relevantes de esta segunda movilización. Aunque muchos eran nacionalistas, combinaban lealtad étnica e imperial y ganaron apoyos a la causa de los Habsburgo entre sus comunidades.[160] Se apeló a la participación de la gente, no solo como súbditos imperiales, sino también, con frecuencia y emotividad, como miembros de un grupo nacional. En la Galitzia occidental, por ejemplo, a los reservistas se les recordó su pertenencia a la nación polaca, cuyo rol histórico era servir de bastión de defensa «de la Europa occidental contra el bárbaro diluvio asiático».[161] De igual modo, en Liubliana, el alcalde, el dr. Ivan Tavčar, comunicó desde el balcón de la alcaldía a los hombres movilizados que irían «a combatir por la nación eslovena, pues cada una de las piedras de esta casa proclama a voz en cuello que los eslovenos habrían perecido hace mucho tiempo de no haber sido acogidos bajo la protección de la mayestática casa de Habsburgo».[162] Las bandas militares que circulaban por las calles de las ciudades imperiales en los primeros días de hostilidades, que atrajeron las multitudes que la prensa burguesa de Viena interpretó como prueba de un universal entusiasmo bélico, suscitaron interés gracias a que no se limitaban a tocar marchas castrenses, sino también canciones nacionales.[163] Los hombres que se incorporaban a filas podían optar por llevar símbolos imperiales, como un medallón con la efigie del emperador, para expresar su patriotismo habsburgo, aunque muy a menudo partían a la guerra ondeando banderas bohemias, eslovenas o croatas o, en el caso de los polacos, a los sones de *Boże, coś Polskę* [Dios salve a Polonia].[164]

Los más de dos millones de judíos del imperio eran un caso especial, pues fueron movilizados según tres identidades. Se contaban entre los súbditos más leales de los Habsburgo. Muchos reverenciaban a Froyim Yossel, como las comunidades de habla yidis denominaban con afecto a Francisco José, el mandatario que les había concedido la emancipación. Los sentimientos de orgullo cívico también estaban muy extendidos, tanto entre las comunidades

de los *shtetl* más tradicionales como en los judíos modernos de las urbes principales. Una segunda identidad que impulsó a los judíos a la guerra fue la conciencia de pertenencia a un pueblo y un grupo religioso. La lucha contra la Rusia zarista, que reprimía con crueldad a los judíos, era vista como una contienda de liberación, incluso una «guerra santa».[165] Finalmente, los judíos modernos, debido a su identificación con una u otra de las naciones de la Monarquía —más frecuente con la germana, aunque también con la magiar, checa o polaca— experimentaron en muchos casos una triple movilización. En los días posteriores al estallido de la guerra, por ejemplo, apareció en las calles de Cracovia una pancarta dirigida a la población judía de la localidad, que caracterizaba a la guerra como «una pugna sangrienta entre civilización y barbarie, entre libertad y despotismo». Sus autores anónimos urgían a sus hermanos de fe a cumplir con su deber, no solo como judíos, sino como austriacos y también como polacos: «En este momento histórico, nosotros, los judíos de las tierras polacas —llenos de inquebrantable fidelidad cívica hacia el estado constitucional austriaco— rendimos homenaje a las leyes e ideales, todavía vigentes, de Polonia. Deseamos con ardor que tales ideales se cumplan con la mayor rapidez posible, deseamos fervientemente la victoria de la causa recta y justa».[166]

Los llamamientos a las sensibilidades nacionales, aunque fue un elemento crucial en la movilización de los pueblos, no dejaron de causar problemas. Como era tan habitual en época de paz, toda apelación al sentimiento nacional podía provocar con rapidez choques entre grupos étnicos rivales, lo cual fracturaba la unidad imperial generalizada. Fue justo lo que ocurrió en Fiume (hoy Rijeka) donde, ya en agosto de 1914, los residentes y policías italoparlantes de la ciudad atacaron en repetidas ocasiones a los soldados movilizados en los arrabales urbanos, de mayoría croata, que marchaban orgullosos enarbolando banderas croatas hacia la estación de tren principal. En un incidente habitual, unos policías de Fiume dieron el alto en un puente a un grupo de reclutas que portaban en los uniformes escarapelas y tricolores entre voces de «¡Arriba Austria! ¡Arriba Croacia! y ¡Abajo Serbia!». Les exigieron que se quitaran las insignias; cuando se negaron, un policía se abalanzó con la espada desenvainada sobre uno de los soldados, le arrancó la bandera del pecho y la pisoteó sobre la tierra. En otros altercados, bandas de jóvenes italoparlantes, a veces con ayuda de la policía, apaleaban a soldados croatas y les obligaban a quitarse las insignias nacionales. Los asaltos continuaron hasta entrado el otoño, a pesar de las protestas del Ejército. Huelga decir que estos no fomentaron un sentimiento de solidaridad

habsburgo ni entre las poblaciones locales mixtas, ni entre los soldados croatas que marchaban al frente.[167]

La ausencia de una *Burgfrieden* general en toda Austria también significó que los lazos de solidaridad se reforzaron en el seno de las etnicidades, no entre estas. En las facciones rivales de algunos grupos nacionales hubo llamamientos a una tregua política. Así, en Galitzia, los partidos polacos llegaron a un acuerdo y el 16 de agosto establecieron conjuntamente en Cracovia el Comité Nacional Supremo (*Naczelne Komitet Narodowy*). Se trataba de una organización de impecable carácter lealista, si bien trataba de potenciar los intereses polacos en el seno imperial. En particular, aspiraba a reformar la estructura dualista austrohúngara en un sistema triple, donde Galitzia, tras anexionar la Polonia del Congreso bajo soberanía rusa, pasaría a ser el tercer Estado Habsburgo.[168] Los grupos de interés nacional maniobraron igualmente para mejorar sus posiciones negociadoras para el esperado reordenamiento imperial de posguerra mediante el establecimiento de legiones que combatirían junto con el Ejército común. Tisza aplastó el intento del serbófobo Partido Puro por los Derechos (*Hrvatska čista stranka prava*, ČSP) de Josip Frank de establecer una formación independiente de voluntarios croatas, pues veía en esto el primer paso de un plan para separar Croacia de Hungría y hacer realidad otra visión triple, diferente a la de los polacos, que implicaría la creación de un Estado eslavo del sur en el seno del Imperio de los Habsburgo. Por otra parte, en Bucovina se formaron pequeñas unidades de voluntarios de habla ucraniana y rumana y una unidad nacionalista rutena, los Fusileros de Sich (*Sichoví Striltsí*), operó en Galitzia a partir del otoño de 1914. Disponía de 2000 efectivos, en su mayoría intelectuales, aunque incluía un puñado de campesinos y obreros.[169]

La Legión Polaca (*Legiony Polskie*) fue, con diferencia, la más impresionante de las fuerzas voluntarias nacionalistas, pero también es el ejemplo más ilustrativo de la caja de Pandora que abrió la movilización nacionalista del inicio de la contienda. El establecimiento de la Legión sentaba sus raíces en las intrigas de preguerra de los exiliados polacos de Rusia, entre los cuales destacaba Józef Piłsudski, nacionalista, socialista, combatiente de la libertad, revolucionario y futuro mariscal de la Polonia independiente. En 1906, Piłsudski ofreció los servicios de su organización conspirativa, el Partido Socialista Polaco-Facción Revolucionaria (*Polska Partia Socjalistyczna-Frakcja Rewolucyjna*, PPS-FR), a la inteligencia militar de los Habsburgo, a la que prometió suministrar información de las fuerzas rusas en la Polonia del Congreso a cambio de una base segura en Galitzia

desde donde continuar la lucha por la independencia de Polonia contra el imperio zarista. La oferta fue rechazada, pero, dos años más tarde, después de que la crisis de la anexión de Bosnia agriara las relaciones de Austria-Hungría con su vecino oriental, se alcanzó un acuerdo. El PPS-FR, ahora combinado con otros grupos independentistas polacos en la, radicalmente llamada, Unión de Lucha Activa (*Związek Walki Czynnej*, ZWC), recibió permiso del Ejército de los Habsburgo y de la policía de Cracovia, sin conocimiento del estatúder de Galitzia o del Gobierno de Viena, para preparar la insurrección de la Polonia zarista. Financiado con el botín del robo de un tren correo ruso perpetrado por Piłsudski en septiembre de 1908, el grupo empezó por establecer escuelas de terroristas, en las que entrenaron a activistas en habilidades tales como la fabricación de bombas. En 1910, cuando legalizaron en Austria los clubes de tiro, se formaron de inmediato en toda Galitzia formaciones paramilitares apenas disimuladas. Su número de miembros era modesto: en 1914, las dos organizaciones patrocinadas por la ZWC y armadas en secreto por el Ejército de los Habsburgo, *Strzelec* en Cracovia y *Związek Strzelecki* en Leópolis, contaban, siendo generosos, con una cifra estimada de 8290 hombres, mientras que grupos rivales como los *Polskie Drużyny Strzeleckie* de los nacional-demócratas disponían de unos 5000 más.[170]

Cuando estalló la guerra, Piłsudski ordenó a sus hombres movilizarse y distribuir octavillas por Cracovia con el poco convincente anuncio de que se había formado un gabinete nacional en Varsovia y que le habían nombrado jefe de las fuerzas armadas polacas. Los fusileros de la ZWC se combinaron con sus rivales nacional-demócratas a su mando y, el 6 de agosto, la primera compañía mixta cruzó la frontera. Los hombres que la formaban, como los otros voluntarios de 1914, eran jóvenes en su mayor parte, de entre 19 y 24 años. Predominaban los propietarios rurales y los estudiantes. La gran mayoría no eran súbditos de los Habsburgo, sino —un término que detestaban — polacos rusos.[171] La misión fue un completo fracaso. El Ejército de los Habsburgo esperaba que, como mínimo, provocaran trastornos en las zonas de retaguardia del enemigo y, en el mejor de los casos, desencadenaran una insurrección en la Polonia zarista. Por el contrario, la población local ignoró a la unidad y a otras que le siguieron: «Nadie nos dio ni un vaso de agua, nadie nos dio un pedazo de pan», se quejó tiempo después uno de los hombres de Piłsudski.[172] Los voluntarios tomaron por breve tiempo la capital de la región de Kielce, pero, en cuestión de días, se vieron obligados a retirarse. En ese momento, el Ejército austrohúngaro, decepcionado con el rendimiento de los fusileros, quería disolver sus unidades. Sin embargo, el alcalde de Cracovia y

jefe del «círculo» polaco del Reichsrat, el dr. Juliusz Leo, arbitró un acuerdo para integrarlas en las nuevas Legiones Polacas —el nombre era una inspirada referencia a las legiones de Dąbrowski que combatieron con Napoleón, veneradas por la mitología nacional polaca— supervisadas por el multipartidista Comité Nacional Supremo. El reclutamiento comenzó de inmediato y, al igual que en Alemania, fue una amplia muestra de jóvenes hombres de clase media que habían crecido oyendo los relatos de héroes nacionales como Dąbrowski los que respondieron con más entusiasmo. En dos meses y medio se alistaron más de 10 000 voluntarios, muchos de ellos miembros de las asociaciones de tiradores nacionalistas tan populares en Galitzia (*vid*. Tabla 3).

A los mandatarios habsburgo debió de parecerles un buen resultado: las unidades seguían existiendo como símbolo de la benevolencia austrohúngara hacia las aspiraciones nacionales polacas, pero su extremista líder quedó neutralizado con la concesión del rango, relativamente bajo, de jefe de regimiento y el proyecto nacionalista, en potencia peligroso, pasó a manos de un comité dominado por lealistas conservadores austropolacos. Los legionarios juraron lealtad al emperador y quedaron integrados en la estructura de mando de los Habsburgo. No obstante, el pacto también tuvo el efecto de arraigar este proyecto de forma mucho más profunda en la sociedad de Galitzia. Las legiones se convirtieron en una popular *cause célèbre* y, en 1917, alcanzaron unos efectivos de 21 000 hombres, además de elevar el perfil público de Piłsudski. Esto suponía acumular problemas para el futuro. [173]

Tabla 3: Composición social de 11 480 voluntarios de la Legión Polaca, hasta el 7 de noviembre de 1914.

Orígenes	**Número**	**Porcentaje**
Artesanos	2642	23,0
Obreros	2128	18,5
Estudiantes/académicos	1884	16,4
Estudiantes de secundaria	1645	14,3
Profesionales	1040	9,0
Granjeros/campesinos	825	7,2
Oficinistas	420	3,7

Comerciantes	386	3,4
Funcionarios del estado	282	2,5
Maestros de escuela primaria	169	1,5
Periodistas/escritores	47	0,4
Religiosos	12	0,1

Fuente: J. Mleczak, 1988: *Akcja werbunkowa Naczelnego Komitetu Narodowego w Galicji I Królestwie Polskim w latach 1914-1916* [Campaña de reclutamiento del Comité Nacional Supremo en Galitzia y el Reino de Polonia en 1914-1916], Przemyśl, Wydziału Kultury i Sztuki Urzędu Wojewódzkiego, 150.

El estallido simultáneo de lealtad imperial y de nacionalismo que facilitó la movilización de los Habsburgo vino acompañada de otra manifestación característica y compensatoria: la feroz represión, por parte del Estado, de cualquier indicio de desafección, real o imaginario. El intenso nerviosismo de las autoridades civiles y militares en el estallido de la contienda estuvo incitado en parte por teorías conspirativas, rumores de espías y denuncias. Sin embargo, hundía raíces más profundas en la desconfianza intrínseca de los mandatarios imperiales hacia sus pueblos. En Hungría, unas instrucciones secretas del año 1912 ordenaban a la gendarmería que «se deberá detener a toda persona bajo grave sospecha de espionaje el día de la movilización».[174] En Austria, el ministro presidente Stürgkh exigió a la población un nivel de obediencia extraordinariamente alto. A los responsables de las Tierras de la Corona se les dijo a finales de julio de 1914 que no solo debía perseguirse a elementos «hostiles», sino también a quienes mostraran una actitud «indiferente» hacia el Ejército y el Estado «con energía inflexible y severidad implacable».[175]

El resultado de esto fue una oleada masiva de arrestos por todo el imperio iniciado en el mismo momento de la movilización. Incluso en Viena, donde en 1913 solo se hicieron dieciocho arrestos por los denominados «delitos políticos» como alta traición, lesa majestad y alteración del orden, en 1914 se detuvo a un número doce veces superior a esa cifra por tales delitos.[176] En las

Tierras de la Corona habitadas por eslavos y en las regiones de Hungría de población no magiar se tendió una red mucho más amplia. En Estiria, por ejemplo, la gendarmería arrestó hasta mediados de septiembre de 1914 a 800 personas, en su mayoría eslovenos.[177] Es indudable que esto neutralizó a algunos disidentes, pero la mayoría de los individuos atrapados por esta redada paranoica eran miembros de los escalones más bajos de la sociedad y sus delitos eran triviales. En muchas ocasiones, un grito de «¡Viva Serbia!» bajo los efectos del alcohol, o un comentario desfavorable acerca del emperador, más comprensibles como expresión de frustración e infelicidad de una persona sin medios que como peligrosas tentativas de socavar al Estado, bastaban para acabar en prisión. La reticencia a combatir, acompañada en ocasiones de insultos a otras nacionalidades del Imperio austrohúngaro, era considerada alteración del orden público. Un molinero moravo, por ejemplo, fue enviado a la cárcel por la siguiente reflexión: «Contra los alemanes iría a pegar tiros sin dudarlo, pero, contra los serbios […] contra ellos me lo pensaría».[178] También se castigaron actos absurdos. Un trabajador itinerante tuvo conocimiento de los medallones con la efigie del emperador; señalándose los genitales, dijo: «Yo también los tengo aquí colgando». Le cayeron seis meses de trabajos forzados. Los tribunales militares encargados de enjuiciar tales delitos, lejos de ser eficientes, quedaron desbordados. Carecían del personal para manejar la ampliación, de un día para otro, de su jurisdicción, que pasó de unos pocos centenares de miles de militares a millones de civiles. Aunque empleaban sus procedimientos, estaban obligados a dictar sentencia con el código civil, con el que no estaban familiarizados. Es más, había una confusión inmensa en relación con dónde se debía juzgar a los civiles: los delitos civiles y los políticos podían, en ciertas circunstancias, entrar dentro de la competencia de los tribunales castrenses y en todos los casos el acto ilegal tenía que haberse cometido durante o después del 26 de julio. Se perdió un tiempo considerable en el intercambio de papeleo entre tribunales militares y civiles. En lugar de los ocho días que marcaba la legislación, los sospechosos pasaron semanas, e incluso meses, bajo arresto mientras continuaban las indagaciones. En última instancia, la mayoría acabaron exonerados debido a la pobre calidad de las pruebas presentadas: denuncias anónimas, sospechas de la gendarmería y atestados de testigos bebidos bastaban para un arresto, pero no para emprender acciones judiciales.[179]

Sin embargo, las acciones judiciales, cuando iban dirigidas contra líderes de las comunidades nacionales, no contra personas en los márgenes de la sociedad, causaron un gran daño. Solo en las tierras de población eslovena de

la Monarquía se arrestó a 117 sacerdotes. También detuvieron maestros, así como a varios diputados de las minorías en el Reichsrat, ninguno de los cuales era considerado poco fiable por las autoridades. Dado que estas eran precisamente las personas necesarias para movilizar el sentimiento nacional a favor de la Monarquía, este acoso puso en peligro el esfuerzo bélico de los Habsburgo en dichas regiones. Entre los eslovenos, de tradición lealista, la injusta detención de figuras destacadas y el cierre de asociaciones nacionalistas, en su mayoría leales, provocó, como reconoció a mediados de septiembre el propio estatúder de Estiria, «resentimiento y hostilidad».[180] Fueron las autoridades civiles, no, como se suele asumir, los militares quienes implementaron las medidas excesivas de seguridad en Estiria, Carniola y Carintia. En esas regiones, designadas parte del *hinterland*, la gendarmería, al principio azuzada por sus superiores civiles y más tarde por propia iniciativa, fue la principal herramienta de represión. La función principal del Ejército era juzgar a los sospechosos que se les entregaba. En Hungría, donde el 25 de julio Tisza ordenó hacer una demostración de fuerza contra las minorías, las autoridades civiles fueron aún más agresivas. Allí, los gendarmes arrestaron a tantos no magiares después de que se proclamara la movilización, el 2 de agosto, que el ministro del Interior tuvo que aclarar que solo debían detener a los verdaderamente peligrosos. Un mes más tarde, sin embargo, el ministro presidente seguía exigiendo, con respecto a la minoría serbia de Hungría, «severidad incesante contra los criminales».[181] Los eslovacos también sufrieron las redadas, a pesar de que ni vivían cerca de una frontera, ni tenían parentesco con ninguna nación contra las que combatía el imperio. Hacia comienzos de octubre de 1914, 600 eslovacos languidecían en prisión.[182]

Los militares, por su parte, empeoraron la situación aún más. Su nefasta influencia se manifestó de dos maneras. Primero, pese a que la administración civil del *hinterland* austriaco no tardó en ver que la represión era exagerada y contraproducente, muchos militares, en particular el Alto Mando del Ejército (*Armeeoberkommando*, AOK), continuaron creyendo en su necesidad. Conrad, jefe del Estado Mayor General, opinaba que era mejor «encerrar a cien personas de más que a una de menos».[183] La Oficina de Supervisión de la Guerra, que recelaba mucho de la población eslava, fomentó medidas duras y arbitrarias y el emperador esperó hasta el otoño para prohibir los arrestos relativos a denuncias anónimas.[184] Los comandantes, aunque no estuvieran familiarizados con las circunstancias locales, no dudaron en excederse en su autoridad; el mismo 27 de julio, el día antes del inicio de la guerra, Tisza protestó al emperador que el oficial al mando del distrito húngaro del

VII Cuerpo, habitado por serbios en su zona sur, había realizado una serie de arrestos en masa ilegales. En Croacia, y al este de dicho territorio, en Eslavonia, se perpetraron más abusos militares, que incluían el arresto de diputados de la dieta, funcionarios y clero, y la toma de rehenes.[185] En un nivel superior, la obsesión del AOK por la deslealtad en la población y sus intentos de intervenir en asuntos políticos provocó, en los siguientes años, una tensión constante con el Gobierno austriaco.

En segundo lugar, el AOK y el jefe de la fuerza balcánica ejercieron un poder sin cortapisas en los extensos territorios designados como sus áreas de operaciones. En Dalmacia, que en los años anteriores a la guerra había sido un foco de agitación de los eslavos del sur, se internó a centenares de personas, entre ellos a políticos destacados. Hacia el interior de la zona de guerra, en Bosnia-Herzegovina y Galitzia, la conducta castrense fue, como veremos, agresiva y excedió con mucho la violencia ejercida contra los civiles en Europa occidental. Por el momento, nos limitaremos a observar que ya desde el comienzo del otoño existía una fuerte alarma entre los círculos superiores del Imperio por el efecto de la represión en el ánimo de la opinión pública de toda la Monarquía. El 24 de agosto, el jefe de la cancillería militar del emperador escribió a Conrad para quejarse de que muchas de las medidas contra los habitantes «tenían un carácter indudablemente ridículo» y advertía de que «están provocando sentimientos hostiles muy lamentables». «Estamos arrojando al bebé con el agua de la bañera —escribió—. No podemos hostigar de forma innecesaria a la población, que se ha mostrado, más allá de toda expectativa, leal y dispuesta a hacer sacrificios».[186] Después de una segunda oleada de arrestos, a mediados de septiembre, ejecutadas por las autoridades castrenses al mando del AOK, el ministro de la Guerra, Alexander von Krobatin, también intervino. Apeló al emperador, con éxito, para que emitiera una orden que urgiera a los comandantes a detener a las personas solo si tenían motivos serios para la sospecha, pues los arrestos injustificados podrían «llevar al campo enemigo incluso a elementos leales».[187] No obstante, ya era muy tarde. Las unidades militares habían empezado a comportarse con arbitrariedad en el norte de Hungría, donde hostigaban a funcionarios y arrestaban y maltrataban a sacerdotes uniatas. Las consecuencias desastrosas de la intervención del Ejército en el delicado equilibrio de las comunidades multiétnicas fueron predichas por Tisza en su queja del 27 de julio por los arrestos en masa del VII Cuerpo. «Tales medidas —advirtió— si no son emprendidas, después de cuidadosa consideración, por autoridades cualificadas y responsables, provocan a la población, suscitan la enemistad de

elementos pacíficos y leales, propagan pánico y nerviosismo por extensas regiones y, en consecuencia, pueden tener repercusiones inmediatas y desastrosas en la coexistencia pacífica y la actitud leal y satisfecha de las nacionalidades».[188]

La Monarquía de los Habsburgo se movilizó de forma mucho más exitosa de lo que ninguno de sus dirigentes hubiera osado esperar. Por doquier hubo obediencia y en muchas comunidades, a pesar de la intensa inquietud desencadenada por el asesinato de Francisco Fernando, potenciada aún más por el estallido de la contienda, existió la determinación de cumplir con su deber patriótico. Como concluyó satisfecho en su diario el comandante Artur Hausner, gratificado por «el entusiasmo» de los magiares, «nos encaminamos hacia una genuina guerra popular».[189] Así, aunque la movilización fuera, en superficie, una demostración de patriotismo y unidad de los Habsburgo, un examen más detallado nos revela una imagen más compleja. En parte, el esfuerzo estatal tuvo éxito en 1914 porque recibió el apoyo de las movilizaciones nacionales, de fuerza variable en cada región del imperio, pero casi unánimemente lealista. Sin embargo, hubo problemas. Primero, la lealtad no era incondicional y el conflicto y los sacrificios que comportó incrementaron las aspiraciones y esperanzas nacionalistas. Segundo, pese a que las comunidades nacionales cerraron filas durante la crisis, el Gobierno no hizo nada por reforzar la solidaridad imperial. Hungría siguió siendo una oligarquía sin compromiso alguno de cambio. En Austria, el Parlamento permaneció clausurado, se siguió mandando por decreto y dejaron claro que esperaban obediencia, no consenso. La mano dura de la gendarmería y del Ejército en el momento del estallido de las hostilidades corría el riesgo de desacreditar el régimen en zonas lealistas y, a menudo, eliminó precisamente las figuras mediadoras, el clero y los políticos nacionalistas, con influencia para impulsar a sus pueblos a apoyar de corazón la causa del emperador. Por más impresionante que fuera la respuesta popular de 1914, en gran medida reflejo de la legitimidad del Estado, esta ocultó sin quererlo los endebles cimientos sobre los que se asentaba el esfuerzo bélico de los Habsburgo. La tensión del inminente conflicto los dejaría expuestos.

3

LA GUERRA DE LAS ILUSIONES

Planes bélicos

En el verano de 1914, los Estados Mayores de Alemania y de los Habsburgo se enfrentaban a una pesadilla estratégica. Ambos debían combatir una guerra en dos frentes. Al oeste de Alemania desplegaban los modernos contingentes de Francia, Bélgica y Gran Bretaña; en la frontera sudeste de Austria-Hungría estaban las curtidas fuerzas serbias y montenegrinas; y al este de los dos países se cernía la poderosa maquinaria bélica rusa. En conjunto, sus adversarios alineaban 5 726 000 soldados organizados en 218 divisiones de infantería y 49 de caballería. Contra ellos, las Potencias Centrales apenas contaban con 3 485 000 hombres en 137 divisiones de infantería y 22 de caballería.[1] Los generales alemanes y austrohúngaros sabían que, para ganar pese a su inferioridad numérica, su victoria debía ser rápida, pues la correlación de fuerzas en su contra no dejaría de crecer en un conflicto prolongado. La suma de los productos interiores brutos de Francia y Rusia excedía en un quinto el de las Potencias Centrales y la población del imperio zarista, por sí sola, superaba en un tercio a sus habitantes. Es más, los planificadores militares germanos asumieron desde 1908 la inevitable, y

puede que inmediata, entrada de Gran Bretaña en la conflagración que pondría sus enormes recursos financieros y navales a disposición de la Entente.[2] Además, también tenían sólidos motivos internos para temer un conflicto largo. Los dirigentes habsburgo, recelosos incluso en época de paz de la lealtad de sus pueblos, no podían permitirse las penurias desestabilizadoras y el descontento que, sin duda, conllevarían unas hostilidades extensas. El conde Alfred von Schlieffen, jefe del Estado Mayor prusiano desde 1891 a 1905, predijo que una guerra prolongada traería la ruina económica y, muy probablemente, la revolución.[3] En consecuencia, los Ejércitos de las Potencias Centrales prepararon planes de alto riesgo basados en la necesidad de aplastar a sus adversarios de forma rápida y decisiva. Su conducta en el campo de batalla, tanto contra las fuerzas militares del enemigo como contra todo indicio de alzamiento popular, se caracterizaría por una acción implacable y preventiva.

Resulta sorprendente, dado lo muy íntimamente ligados que estaban sus destinos, y las dificultades de la misión a la que se enfrentaban, que los Ejércitos de Alemania y de los Habsburgo se coordinaran tan poco en la planificación de sus guerras. Durante el periodo de Schlieffen, que guardaba con gran secreto sus planes y despreciaba las capacidades bélicas austrohúngaras, los contactos entre jefes de Estado Mayor se limitaron hasta 1905 a un intercambio anual de postales navideñas. La llegada al mando supremo de sus Ejércitos de Helmuth von Moltke y Franz Conrad von Hotzendorff, en enero y noviembre de 1906, respectivamente, y las tensiones internacionales provocadas por la crisis bosnia de 1908, trajo relaciones más cordiales y una mayor sinceridad en relación con lo que cada aliado esperaba del otro. Debe reconocerse a Conrad que presionó a favor de conversaciones más detalladas en los años previos a la Gran Guerra, pero ni el emperador Francisco José y su gabinete ni los alemanes estaban dispuestos a ello. Por el contrario, los únicos acuerdos a los que se llegó fueron compromisos personales entre los dos jefes de Estado Mayor.[4] En 1909 les dijeron a los austrohúngaros que, en caso de una guerra en dos frentes, los alemanes planeaban desplegar la aplastante mayoría de sus fuerzas en el oeste. Moltke necesitaba una ofensiva inicial de los Habsburgo para distraer a los rusos de la mal defendida frontera oriental del Reich, mientras su contingente derrotaba con rapidez a los franceses; como garantía e incentivo, Moltke prometió a Conrad que las escasas fuerzas que quedaran en el este atacarían con intención de distraer del sur la mayor cantidad posible de efectivos enemigos. Al jefe de Estado Mayor de las fuerzas de los Habsburgo la perspectiva de

tener que enfrentarse solo a casi toda la maquinaria bélica del Ejército zarista le parecía abrumadora ya en 1909 y, en los años posteriores, a medida que el enemigo oriental se rearmaba y actualizaba sus planes de despliegue, la promesa de Moltke le pareció cada vez menos realista. Sin embargo, Conrad no presionó para obligarle a compromisos más concretos. Tras la victoria germana en el oeste y una exitosa acción defensiva del Imperio austrohúngaro, el Ejército del Reich sería transferido al este, lo cual permitiría a las Potencias Centrales desbordar a su enemigo ruso. Con esta garantía, Conrad podía arriesgarse a una confrontación con Serbia, una operación que ardía en deseos de emprender.[5]

El plan de campaña germano en el frente occidental fue la piedra angular de la estrategia de las Potencias Centrales para 1914. Moltke tenía razón, en líneas generales, cuando le comentó a Conrad en febrero de 1913 que «el destino de Austria no se decidirá en el Bug, sino más bien a orillas del Sena».[6] Su objetivo era convertir el cerco en ventaja, concentrar una gran masa de fuerzas contra Francia y, una vez eliminado ese adversario, usar la eficiente red ferroviaria del Reich para transportarla al este. El tiempo era de una importancia crucial: si la compaña occidental duraba más de seis semanas, el lento pero poderoso Ejército ruso podría movilizarse por completo, con lo que tendría una oportunidad de desbordar a los austrohúngaros en Galitzia y al endeble contingente germano en Prusia Oriental. El desafío principal para el jefe de Estado Mayor de Alemania era, por tanto, derrotar rápidamente a Francia. Después de la guerra, los oficiales germanos afirmaron que Moltke recibió de su ilustre predecesor la respuesta a este problema, en un memorando escrito en 1905-1906. Era el célebre «Plan Schlieffen» Este preveía un ejército de 96 divisiones, 82 de las cuales, reforzadas por cinco procedentes del sur, debían desplegar una fuerte ala derecha entre Metz y Aquisgrán. Tenían la misión de rotar a través de los países del Benelux para eludir la cadena de fortificaciones fronterizas de Francia y acceder al nordeste de dicho país. Contrariamente a lo que se ha afirmado en numerosas ocasiones, el objetivo del plan de Schlieffen no era capturar París. El cerco de la capital no era más que un último recurso altamente indeseable, necesario solo si el enemigo se retiraba tan lejos que su flanco izquierdo se apoyara en la urbe fortificada. Por el contrario, el objetivo principal del plan era el envolvimiento, siempre que fuera posible, y, con ello, la aniquilación del Ejército de Francia.[7]

El memorando de Schlieffen ejerció una fuerte influencia sobre Moltke.[8] Al igual que su predecesor, dispuso una fuerte ala derecha que emprendiera

una ofensiva concluyente a través de Bélgica y así flanquear el cinturón fortificado francés, para envolver de este modo al contingente enemigo. Schlieffen preparó el plan mientras Rusia estaba incapacitada por la revolución. Moltke trabajó en circunstancias mucho menos favorables; no solo se enfrentaba a una guerra en dos frentes, que exigía dejar nueve divisiones en el este, sino también contra un adversario occidental que, probablemente, combatiría con mucha más agresividad que diez años antes. Por otra parte, era pesimista, o más bien realista, en relación con muchos de los supuestos de partida del Plan Schlieffen. En consecuencia, introdujo importantes modificaciones. La más notable fue que, en contra de la legendaria petición de su predecesor en el lecho de muerte, de que debía reforzar el ala derecha, Moltke la debilitó; en lugar de las 87 divisiones que asignó Schlieffen, Moltke solo desplegó 54. La ratio de fuerzas entre el ala derecha y la izquierda también cambió: de 1 a 7 en el plan original de 1905-1906, a 1 a 3 en 1914. En opinión de los críticos de Moltke tras la contienda, fue una decisión desastrosa que privó a Alemania de la victoria inicial. En realidad, tenía mucho sentido. Moltke necesitaba menos divisiones en la derecha porque, al contrario que Schlieffen, ni pretendía atravesar los territorios de holandeses y belgas ni tampoco, bajo ninguna circunstancia, dar un rodeo alrededor de París. Comprendía que la toma de los Países Bajos absorbería considerables efectivos que sería mejor desplegar contra los verdaderos enemigos de Alemania. Es más, Moltke sabía que su plan era una empresa de alto riesgo; quería garantías y tenía la esperanza de que, si fracasaba la ofensiva inicial y se pasaba a una guerra estática, los Países Bajos neutrales sirvieran de «respiradero» por el cual el Reich asediado podría obtener bienes y materias primas.[9]

La decisión de Moltke de asignar al ala izquierda, el sudeste de Metz, más efectivos de los previstos por Schieffen era, en parte, consecuencia de ese mismo cálculo. Pretendía proteger el Sarre, una región industrial que tendría una importancia crucial si la arriesgada jugada inicial fallaba y conducía a una guerra larga. Lo más importante, no obstante, fue que Moltke asignó a las 16 divisiones de esta ala un rol significativo, aunque subordinado, en la inminente campaña. Previó, de forma correcta, que los franceses lanzarían una ofensiva limitada contra Lorena y quería que su ala izquierda fijara, o, aún mejor, desgastara las fuerzas del enemigo que, a continuación, serían contraatacadas por los flancos, cercadas y aniquiladas. Mientras tanto, la potente ala derecha no avanzaría alrededor de París; ni tenía ni los hombres requeridos para ello, ni necesidad de hacer tal cosa. Por el contrario, la misión

de esta ala era empujar sin cesar al resto del Ejército francés, cuyos efectivos quedarían desgastados por su propia ofensiva, en dirección al sudeste, donde se produciría un segundo y mucho mayor envolvimiento. Con el ala izquierda germana al frente y el ala derecha, tras un avance concéntrico a través de Bélgica, situado a su retaguardia, sobre el río Oise, la capitulación del Ejército francés quedaría asegurada.[10]

Sin embargo, aunque el plan de Moltke de 1914 estaba algo mejor basado en la realidad que el de su precursor, seguía siendo temerario. Aplastar al Ejército francés, una de las fuerzas más modernas, mejor equipadas y más grandes de Europa, en menos de un mes y medio era una idea de una audacia impresionante y, como se vería, una insensatez. ¿Cómo se atrevió el jefe de Estado Mayor a pensar que podía funcionar? Moltke no tenía superioridad numérica. Incluso después de desplegar en el oeste a casi todo su contingente al completo, sus 73 divisiones y media tenían que derrotar a 80 grandes unidades francesas, 6 belgas y 6 británicas. Su ventaja en armamento era escasa; su única superioridad real era la artillería pesada. Los franceses solo podían desplegar en campaña 308 cañones pesados ante las 848 piezas pesadas de los alemanes y no tenían nada comparable a sus obuses medios y pesados, armas que, gracias a su elevado ángulo de tiro, resultaron de inmenso valor en la guerra de trincheras. Las mejores unidades germanas superaban en potencia de fuego a sus homólogas francesas. Cada uno de los 23 cuerpos activos germanos desplegados en el oeste, formaciones de dos divisiones que contenían los soldados más jóvenes, más en forma y de entrenamiento más reciente, disponía del apoyo de 160 piezas —54 cañones de campaña de 77 mm y 18 obuses de 105 mm por división y 16 obuses pesados de 150 mm por cuerpo—, es decir, entre 24 y 28 más que sus homólogos galos. Sin embargo, los franceses compensaban en parte esta desventaja con su superior artillería de campaña: sus soberbios *Soixante-Quinze* («75»), de los cuales había 4780 en servicio, superaban en alcance a los 5068 cañones de 77 mm de los alemanes y tenían una cadencia de tiro más elevada y un proyectil más pesado.[11] El Ejército francés tenía una ligera ventaja en tecnología aeronáutica. Las fuerzas de ferroviarios, ingenieros y otras unidades técnicas de los alemanes tenían un entrenamiento algo superior. Por lo demás, con respecto al material, los dos adversarios se distinguían muy poco.[12]

No obstante, para Moltke, al igual que para otros profesionales castrenses de la época, el resultado de la guerra no podía reducirse a grandes batallones o a los calibres de los cañones. Había, como explicó él mismo en 1911,

determinantes mucho más importantes de la derrota y la victoria: «El número de unidades militares no es, en sí mismo, decisivo en una guerra. Entran en juego fuerzas […] que no radican en el campo de las matemáticas, sino de la moral. La capacidad de toda una nación de combatir, su preparación para la guerra, su valentía, su voluntad de asumir sacrificios, su disciplina, el talento de su liderazgo […] tienen un valor muy superior al del mero número».[13] La verdadera ventaja del Ejército germano, y el motivo que llevó a Moltke a tener fe en un plan tan ambicioso, no residía en su material o su tecnología, sino en la calidad de su personal: su alto mando, su oficialidad y sus efectivos humanos. El Gran Estado Mayor General, el centro de planificación operacional del Ejército, era la contribución de Prusia a lo que los contemporáneos ensalzaban como las cinco instituciones «perfectas» de Europa: las otras eran la Curia romana, el *ballet* ruso, la ópera francesa y el Parlamento británico. En la década de 1860 adquirió su reputación de arquitecto de la sucesión de asombrosas victorias prusianas que culminaron en el triunfo sobre Francia de 1870-1871. El Gran Estado Mayor General hizo dos aportaciones clave a la efectividad en combate del Ejército alemán. Primero, era responsable de formular los planes anuales de movilización y despliegue: esto incluía confeccionar los complejos horarios ferroviarios para el transporte de tropas, la asignación de zonas de concentración y el desarrollo de una estrategia de operaciones. También identificaba necesidades de armamentos y recursos humanos, además de observar a otras fuerzas, en particular a enemigos potenciales. El Gran Estado Mayor General debía su eficiencia legendaria en esas tareas a un durísimo y muy competitivo proceso de selección, así como a una cultura institucional que primaba el intelecto, el dominio de la técnica y una formidable ética de trabajo. Su gran defecto, por otra parte, era su estrechez de miras: su distancia de la diplomacia, el foco exclusivo sobre la excelencia operacional y la obsesión por el detalle, todo lo cual se reflejaba en los riesgos desesperados que asumió el plan de Moltke.[14]

Segundo, el Gran Estado Mayor General inculcó en su oficialidad, y por medio de ella a todo el Ejército alemán, una visión común de la batalla que posibilitó una unidad de acción envidiable que a otras fuerzas les costó emular. El jefe del Estado Mayor General entrenaba en persona a sus mandos, a los que imbuía, mediante giras de inspección y ejercicios táctico-estratégicos, una serie de principios básicos acerca de cómo debían actuar en cada situación de combate. Mientras 113 oficiales del Estado Mayor General trabajaban en la planificación y en los departamentos analíticos de Berlín, se asignaba una cifra de más del doble a estados mayores de

divisiones y cuerpos. Este reducido grupo de mandos de élite usaba sus posiciones clave para diseminar la doctrina por todo el Ejército. Sus *Auftragstaktik*, o «tácticas de misión», muy célebres y efectivas, se basaban en este sistema: los mandos superiores, sabedores de que sus oficiales se conducirían de forma similar en cualquier situación táctica, se limitaban a indicarles objetivos operacionales. Sus subordinados, en mejor posición para juzgar las condiciones sobre el terreno, se coordinaban con naturalidad gracias a su común entrenamiento y elegían las tácticas con las que cumplir sus misiones.[15]

El cuerpo de oficiales alemanes se consideraba a sí mismo garante y depositario del «espíritu» del Ejército, el atributo moral y psicológico reverenciado por las fuerzas armadas de principios del siglo XX. Con un total de 33 036 mandos profesionales y 40 000 reservistas en el momento del estallido de la contienda, sus valores no eran tan marcados por la élite tecnocrática del Estado Mayor General, sino más bien por una cultura marcial aristocrática de mayor antigüedad. La nobleza constituía casi un tercio de la oficialidad profesional y predominaba en sus escalones superiores, donde poco más de la mitad de los rangos, desde coronel (*Oberst*) a general (*General*), procedía de la tradicional casta guerrera. La burguesía proporcionaba el resto de los oficiales en activo, así como casi todos los reservistas. Las elevadas barreras educativas y, para los oficiales de reserva, la necesidad de pagar un año de instrucción excluían al proletariado.[16] Aunque resulte extraño para la visión moderna, el liderazgo del Ejército estaba absolutamente convencido de que su exclusividad social era indispensable para cumplir su función castrense. El cuerpo quería hombres que, por crianza y educación, interiorizaran su código de honor, cumplieran con altas expectativas morales y ofrecieran lealtad inquebrantable al monarca, al cual debían fidelidad. Los oficiales de la era guillermina consideraban a la oficialidad francesa, que reclutaba a más de la mitad de sus miembros entre las clases de tropa, como una advertencia de los peligros que comportaban las modas del progreso social. Lo consideraban, no sin cierta razón, una entidad politizada, dividida y desmoralizada y dudaban de que tuvieran suficiente autoridad moral para disciplinar a sus hombres bajo la tensión inmensa del combate.[17]

Esta concepción aristocrática del mando, aunque en parte debida al esnobismo, es indudable que contribuyó de dos maneras al rendimiento de la oficialidad germana. Primero, fomentó un paternalismo consciente. El cuerpo insistía en que «es el privilegio bueno y grato del oficial un cuidado incesante

por el bienestar de sus hombres».[18] Se consideraba que los mandos de clase alta estaban mejor preparados para esta responsabilidad debido a que se les habían instruido, desde tierna edad, en los preceptos del *noblesse oblige*, la doctrina aristocrática según la cual el privilegio implica una responsabilidad hacia sus inferiores sociales. Si bien esta no siempre se cumplía, como atestiguan las quejas socialistas de preguerra contra el maltrato que la tropa sufría a manos de sus oficiales, en 1914 y 1915 este modelo de mando sirvió para suavizar las relaciones entre rangos al proteger a la tropa de las penurias e incrementar su resistencia.[19] En segundo lugar, existía la convicción de que unos hombres con un fuerte código de honor personal, que en época de paz estaban dispuestos a batirse en duelo por defenderlo, estaban mejor preparados para dar la vida en defensa del honor del cuerpo, del regimiento, por el káiser y la patria. Más que como un puesto dirigente, la oficialidad estaba considerada una vocación moral y didáctica: «El oficial es el modelo de sus hombres; su ejemplo les hace avanzar con él». La «fortaleza de carácter» y la «seriedad moral», cualidades cultivadas en las academias de cadetes y en los *Gymnasien* [institutos de secundaria] de Alemania con no menos insistencia que en las escuelas privadas británicas, eran esenciales para que los oficiales ganaran el respeto de sus hombres y proporcionaran ejemplos inspiradores de coraje y sacrificio, necesarios para liderarlos en un campo de batalla batido por el fuego.[20] La tasa de mortalidad de la oficialidad germana sugiere que, durante la contienda, cumplieron tales expectativas. Un 13,3 por ciento de los soldados germanos murió, mientras que un 15,7 por ciento de los mandos de reserva y un terrorífico 24,7 por ciento de profesionales perecieron en acto de servicio.[21]

También confiaban mucho en el resto de clases de tropa del Ejército germano, que consideraban superior a sus enemigos. La columna vertebral del Ejército eran sus 107 794 suboficiales profesionales.[22] Eran hombres muy capaces y los de mayor antigüedad cumplían cometidos que en otras fuerzas eran responsabilidad de oficiales de baja graduación. Gracias a sus condiciones de servicio relativamente generosas, el Ejército alemán podía retener entre dieciocho y veinte suboficiales de carrera en cada una de sus compañías de tiempo de paz, más del doble que las del Ejército francés y diez veces más que las compañías rusas. Su reserva de experiencia resultó de inestimable valor en guerra, dado que permitió delegar responsabilidades de mando.[23] De igual modo, también se consideraba que los reclutas del Ejército, que en época de paz servían dos años, eran mejores que los de Francia. En los últimos años de paz, Alemania, como una joven población de

67 millones, llamó a filas a entre el 51 y el 53 por ciento de cada quinta masculina con los que sostener un Ejército de 800 000. Sus reclutadores podían elegir. Francia, con una población de 39 millones, tenía que movilizar un 83 por ciento para mantener los efectivos, de modo que llamaba a todo el mundo excepto a los tullidos o a los enfermos de gravedad. Su demografía inferior, con una tasa de natalidad relativamente baja que garantizaba que el tamaño de su población siguiera quedando rezagado, era citada a menudo por los darwinistas sociales como prueba de que la República había dejado atrás su momento álgido. Desde el punto de vista militar, la demografía era importante, no solo por su efecto sobre el estado físico de los reclutas del Ejército galo, sino también porque le dejaba una pequeña reserva de efectivos. Sabedores de los riesgos extremos de su plan de campaña, los mandos militares alemanes se consolaban pensando que, incluso si fracasaba, Francia no podría sostener una contienda prolongada.[24]

La moral, disciplina y entrenamiento de las tropas alemanas también era considerada superior a la de sus homólogos franceses. Los conservadores mandos prusianos solían malinterpretar los ideales republicanos franceses, que consideraban perjudiciales; por el contrario, como se vio durante la guerra, estos formaron la base de la lealtad y obediencia de los reclutas franceses.[25] Estas opiniones se basaban también en estereotipos raciales. Moltke esperaba que el carácter «nervioso» de la raza gala contribuyera a un rápido derrumbe de su moral en caso de derrota.[26] Las confiadas estimaciones de los oficiales del káiser con respecto a sus soldados se asentaban sobre un terreno más sólido. El Ejército gozaba de un inmenso prestigio en Alemania. En el campo en particular, del cual extraía una cifra desproporcionada de reclutas en tiempo de paz, los dos años de servicio militar se consideraban un rito de paso a la masculinidad. En las ciudades, el Ejército constituía, a pesar de la hostilidad de los mandos hacia la socialdemocracia, una fuerza integradora de la nación. En época de paz, muchos trabajadores recibían de buen grado la ruptura de la monótona vida industrial que suponía el servicio militar. Eran soldados bien disciplinados y durante la guerra demostraron estar mejor preparados que la gente rural para dominar armamentos técnicos como las ametralladoras.[27] El Ejército germano proporcionaba a esos hombres un entrenamiento exhaustivo. Sus instalaciones no tenían rival: Francia no tenía nada comparable a los veintiséis campos de maniobras del Reich, de un mínimo de 5625 hectáreas cada uno.[28] La doctrina que se les enseñaba, aunque inteligente en general, no estaba exenta de fallos. De forma significativa, el reglamento de instrucción prusiano

de 1906, al contrario que el impartido en el Ejército francés a partir de 1913, reconocía la necesidad de lograr la superioridad de fuego antes de cualquier ataque. Igualmente, se reconocía la importancia de la cooperación entre infantería y artillería, si bien no se comprendía del todo su dificultad. Sin embargo, el Ejército mantuvo una actitud conservadora hacia las formaciones tácticas abiertas, difíciles de controlar, aunque necesarias para minimizar el efecto del fuego. En ataque se preferían las líneas dispersas de tiradores, pero se animaba a los oficiales a desplegar tarde, lo cual hizo que, en 1914, los soldados alemanes fueran sorprendidos en densas formaciones tácticas y sufrieran elevadas bajas. Así y todo, el entrenamiento del Ejército era lo bastante bueno para permitir el despliegue de 31 divisiones de reserva, compuestas por hombres que habían completado su entrenamiento de paz hasta una década antes. Pese a que el Ejército germano no había hallado la solución al problema clave de su época, esto es, cómo avanzar bajo la letal potencia de fuego moderna, su entrenamiento estaba bastante basado en la nueva realidad para dar un impresionante rendimiento en los campos de batalla de 1914.[29]

La labor del Ejército austrohúngaro en una contienda europea era, a primera vista, muy simple: durante las seis semanas que su aliado dedicaría a la derrota de Francia, debía asumir el peso principal de contener a los rusos en el este. No obstante, Conrad, al contrario que Moltke, no podía limitarse a planear un único gran conflicto. Los depredadores que rodeaban el imperio podían atacar en diversas combinaciones, por lo que, al contrario que sus aliados germanos, con su foco obsesivo en un único plan, los austrohúngaros tenían montones de planes bélicos. Había planes de conflicto con Rusia (Caso Bélico «R»), en los Balcanes (Caso Bélico «B») y, aunque en teoría era un aliado, con Italia (Caso Bélico «I»). El Ejército también se preparó para desplegar contra combinaciones de tales adversarios y, en un caso que incluso los optimistas del Estado Mayor General de los Habsburgo consideraban imposible ganar, contra una coalición de los tres.[30] Con el fin de enfrentarse a todas las eventualidades, Conrad dividió su fuerza de operaciones en tres grupos. El escalón A, el grupo más fuerte, con 9 cuerpos y 27 de las 48 divisiones de infantería del Ejército, debía proporcionar protección contra Rusia. El grupo mínimo balcánico de 3 cuerpos (9 divisiones) tenía la misión de defender contra Serbia y Montenegro. Por último, había un grupo variable, el escalón B, cuyas 12 divisiones podían ser despachadas allí donde se

necesitaran. Las circunstancias de julio de 1914 ofrecían dos posibilidades a este escalón. Los líderes habsburgo debían decidir si se enfrentaban al «Caso Bélico B», un conflicto exclusivo contra Serbia, o si intervendría Rusia y desencadenar, de ese modo, el «Caso Bélico B+R». En el primer caso, el escalón B sería enviado a la frontera meridional para lanzar una ofensiva. En el segundo, se le necesitaría con urgencia en Galitzia, donde, junto con las unidades del escalón A, participaría en un ataque para desbaratar la movilización del imperio zarista.

Los planes de Conrad parecían responder con comodidad a todas las eventualidades. Sin embargo, tenía defectos fatales que, combinados con la indecisión y las veleidades del jefe del Estado Mayor General, desbarató la movilización y causó un grave daño a cualquier posibilidad del Imperio de lograr una victoria inicial. Primero, el plan ferroviario estaba diseñado para la flexibilidad, cuando, en realidad, lo que se necesitaba era velocidad. Los cuatro cuerpos asignados al escalón variable, el B, estaban lejos de Galitzia, pero tenían acceso a buenas líneas de tren. El IV Cuerpo de Budapest podía llegar hasta la ciudad fortaleza oriental de Przemyśl por una línea doble. Los Cuerpos VIII de Praga y IX de Leitmeritz estaban en la arteria ferroviaria más moderna de la Monarquía, la *Nordbahn*. Si la velocidad hubiera sido la prioridad, entonces lo óptimo habría sido transportar primero estas formaciones distantes y luego empezar a desplazar las divisiones del escalón A, la mayoría de las cuales estaban acantonadas más cerca del frente de batalla. Sin embargo, la exigencia de flexibilidad de Conrad hizo que los expertos ferroviarios del Ejército hicieran lo contrario. El escalón B permanecería inmóvil, mientras el A subía a los primeros transportes. Aún peor, la ridícula cautela con que los técnicos ferroviarios programaron los trenes incrementó todavía más el retraso. La velocidad reglamentaria de los transportes militares de los Habsburgo en vías únicas era de tan solo 11 kilómetros por hora y en las líneas dobles preveían alcanzar la vertiginosa velocidad de 18 kilómetros por hora. En cuanto a los mismos trenes, no se permitía que llevaran más de 49 vagones, cifra similar a los transportes de otros contingentes, pero solo la mitad de la longitud de los trenes civiles que solían recorrer el *Nordbahn*. El programa de despliegue preveía parar seis de cada veinticuatro horas para repostar y comer. La lentitud de esto resulta evidente si se compara con los ejércitos de franceses y alemanes, que preveían velocidades de 30 kilómetros por hora para sus transportes de movilización. El resultado fue que, incluso en circunstancias ideales, la movilización general de los Habsburgo contra el imperio zarista sería tardía. Los rusos

preveían que su enemigo completara la concentración contra Rusia en quince días. Sin embargo, conforme al plan ferroviario del Imperio austrohúngaro, las últimas unidades del escalón B no se desplegarían hasta el día veinticuatro de la movilización.[31] Priorizar la flexibilidad sobre la velocidad en los planes de Conrad, por tanto, negó la única verdadera ventaja que tenía el Ejército de los Habsburgo. Los rusos preveían, para el día veinticuatro de su movilización, tener 37 divisiones y media de infantería en el frente de Galitzia, solo dos menos que su adversario. Hacia el día treinta, contarían con una significativa superioridad numérica, con 45 divisiones de infantería y más de 18 de caballería.[32]

El Ejército austrohúngaro mal podía permitirse sacrificar su única ventaja, pues su carácter multinacional hacía que fuera difícil de comandar y las trabas del Parlamento magiar lo dejaron sin personal y financiación suficiente. Presentaba la complejidad estructural típica de las instituciones de los Habsburgo. El contingente común era la fuerza principal, con dos tercios de la infantería imperial, y casi toda su artillería y caballería. Lo acompañaban el *Honvéd* húngaro y la *Landwehr* austriaca, formaciones que, en origen, debían constituir guardias nacionales de segunda línea, pero que, después de décadas de presión parlamentaria magiar, se habían convertido en formaciones de primera línea. Una pequeña fuerza croato-eslava, el *Domobran*, servía con el *Honvéd*, reflejo de la autonomía croata dentro de las Tierras de San Esteban. El Ejército común reclutaba en todos los confines del imperio, mientras que las demás formaciones extraían los soldados en exclusiva de Hungría, Austria o Croacia, respectivamente. El Ejército era una fuerza dinástica: todos los componentes debían lealtad exclusiva a Francisco José, como emperador de Austria o rey de Hungría y Croacia.[33]

Mientras que las fuerzas de reclutas de alemanes y franceses eran, en la jerga de la época, «ejércitos populares», compuestos por los varones de cada nación, los austrohúngaros desplegaban, como afirma su historia con orgullo, «un ejército de pueblos».[34] La composición étnica de las clases de tropa de la fuerza reflejaban en detalle la del Imperio al que servían y del cual procedían (*vid*. Tabla 4).

Tabla 4: Composición étnica del Ejército austrohúngaro, 1910 (por lenguas).

Nacionalidad	Porcentajes			
	de población	de todos los rangos	de oficiales profesionales	de oficiales de la reserva
Alemanes	24	25,2	78,7	60,2
Magiares	20	23,1	9,3	23,7
Checos	13	12,9	4,8	9,7
Eslovacos	4	3,6	-	0,1
Rutenos	8	7,6	0,2	0,3
Polacos	10	7,9	2,5	2,8
Eslovenos	2	2,4	0,4	0,5
Serbocroatas	11	9,0	2,4	1,6
Rumanos	6	7,0	0,9	0,6
Italianos	2	1,3	0,7	0,5

Fuente: Stone, N., abril de 1966: «Army and Society in the Habsburg Monarchy, 1900-1914», *Past and Present 33*, 99.

En 1882 el Ejército de los Habsburgo siguió el ejemplo de otras fuerzas europeas y cambió al reclutamiento territorial, con el establecimiento de unidades en dieciséis Distritos de Cuerpo, una medida que aceleraba la movilización y limitaba la mezcolanza de las nacionalidades.[35] Pese a ello, la fuerza tenía que superar considerables retos comunicativos, que fueron resueltos en primera instancia mediante la designación de una «lengua de mando» y una «lengua de servicio»: el alemán en el Ejército común y en la *Landwehr*, el húngaro en el *Honvéd* y el croata en el *Domobran*. Cada soldado aprendía ochenta palabras en el idioma, que le permitían comprender órdenes básicas como «¡Atención!», «¡Descansen!» o «¡Fuego!». La tropa, además, memorizaba alrededor de un millar de términos técnicos, incluidos los nombres de las piezas del armamento; puede que fuera imposible entablar una conversación, pero los soldados de diversos confines del imperio debían ser capaces de desmontar los fusiles o servir juntos una pieza de campaña. De forma adicional, con objeto de facilitar la comunicación cotidiana en los niveles inferiores de la organización castrense, toda lengua hablada por al menos un 20 por ciento de los soldados de un regimiento (una unidad de alrededor de 3000 hombres) se designaba «lenguaje de regimiento». En 1914, aunque el Ejército era de base territorial, solo 142 regimientos, menos de la mitad del total, eran lo bastante homogéneos como para ser considerados

monolingües. Unos 162 regimientos tenían dos lenguas oficiales, 24 usaban tres y había incluso unos pocos regimientos reclutados en zonas tan entremezcladas que tuvieron que reconocer cuatro idiomas. Todo nuevo oficial que llegara a un regimiento tenía tres años para aprender los idiomas. Se tomaban en serio esta obligación, pues la tropa tenía derecho a hablar en su lengua materna a los superiores hasta jefe de compañía y no conseguirlo suponía retrasos en los ascensos e incluso la destitución. Por tanto, la mayoría de los oficiales profesionales habsburgo hablaba con fluidez un mínimo de dos lenguas. Los mandos superiores del cuerpo solían hablar más: Conrad, por ejemplo, dominaba siete.[36]

El cuerpo de oficiales, que sumaba 18 506 profesionales y 13 293 oficiales de reserva, era la mayor baza del Ejército. La oficialidad compartía con la de su aliado prusiano el espíritu aristocrático y el credo de honor, si bien su perfil social era menos elevado: dos décadas antes de la contienda, el porcentaje de nobles entre los mandos de carrera era 28,6, pero hacia 1914 se había reducido.[37] La mayoría de oficiales profesionales era de origen germano-austriaco, si bien los cuatro quintos que sugieren las cifras oficiales (*vid*. Tabla 4) es, probablemente, una exageración.[38] Quizá una sexta parte era de origen eslavo. Fuera cual fuese su origen, la gran mayoría era anacional, pues solo se identificaba con el concepto de Estado austriaco y con su señor feudal, el emperador. El reclutamiento de la oficialidad, tanto de profesionales como de reserva, ignoraba etnicidad y confesión. Una de las consecuencias de esto era que los judíos, que tenían prohibido, de forma oficiosa, acceder al cuerpo de oficiales en el Ejército prusiano de preguerra, estaban representados cuatro veces más en el cuerpo de reserva de los Habsburgo, pues constituían, como mínimo, un 17 por ciento de los mandos.[39] Pese a que el Ejército común era una fuerza de reclutas, los oficiales profesionales se mantenían al margen de la sociedad civil. El cuerpo estaba molesto por su falta de prestigio en dicha sociedad y era hostil al nacionalismo en ascenso. Tales actitudes, combinadas con el estatus social menor de los oficiales habsburgo, cuya educación y paga eran inferiores a las de sus homólogos germanos, influyeron en su estilo de mando y su rendimiento. Las relaciones entre rangos del Ejército de los Habsburgo eran indiferentes; mejores que las de su adversario ruso, pero no tan abiertas como en las fuerzas armadas germanas, aun cuando sus oficiales tenían que dedicar más tiempo que los mandos alemanes a la instrucción de los hombres porque sus compañías, en general, solo tenían entre uno y tres suboficiales profesionales. No era un simple problema de dificultades de comunicación.

Mientras que la reforma liberal de la disciplina prusiana tuvo lugar a principios del siglo XIX, hasta 1873 la fuerza de los Habsburgo, más aislada de la sociedad, no empezó a ordenar a sus comandantes que «mostraran simpatía» y «conocieran y comprendieran» a sus subordinados.[40] Por otra parte, es probable que el aislamiento autoimpuesto y el rechazo de la sociedad civil de la institución reforzara su intensa devoción hacia el emperador. Durante la contienda hizo un sacrificio asombroso: el 31,3 por ciento de los mandos profesionales y el 16,5 de los oficiales de reserva cayeron al servicio del Imperio.[41]

El mayor problema del Ejército común en relación con la tropa era que no había suficiente. Su ejército de campaña, de 1 687 000 efectivos, resultaba minúsculo en comparación con los 3 400 000 soldados de la fuerza rusa movilizada. Además, la baja proporción de población masculina llamada a filas en tiempo de paz hizo que se dispusiera de una masa relativamente pequeña de reservistas entrenados que reemplazaran las bajas de guerra.[42] La reserva de recursos humanos en la que reclutaba el Ejército era muy variada. Al oeste del imperio, los niveles educativos y la aceptación del poder estatal no era muy diferente a la de las naciones occidentales.[43] En época de paz, solo un 3 por ciento de los austriacos de habla germana intentaron eludir el servicio militar obligatorio de tres años —dos a partir de 1912—. En las descontentas, pero bien instruidas, tierras checas, el 6-7,3 por ciento de los hombres ignoraba la orden de cumplir el servicio militar. Por el contrario, los húngaros, que todavía recordaban la brutal represión de los Habsburgo de su revolución de 1848, y desconfiaban del Ejército común, tenían antes de la guerra una tasa de incomparecencias algo superior al 25 por ciento. Las peores eran las tierras de la Galitzia y de los eslavos del sur, donde el elevado analfabetismo, los movimientos irredentistas y una alta emigración hicieron crecer la resistencia; en la última década de paz, un tercio de los llamados a filas no se presentaba.[44] Por descontado, una guerra es una situación muy diferente. El castigo por desobediencia era más severo y una oleada de patriotismo anegó al imperio una vez estallaron las hostilidades. Con todo, era inevitable que unidades reclutadas en regiones imperiales diferentes presentaran una caótica diversidad de capacidades y rendimientos. También había un escepticismo generalizado con respecto a la lealtad de ciertos pueblos. En vísperas de la guerra, el ayuda de campo del ministro de la Guerra de los Habsburgo comentó acerca de los reservistas eslavos del sur: «Vendrán confiados a los cuarteles, pero ya estarán menos dispuestos cuando

sea el momento de marchar. Cuando lleguen a los últimos 1000 metros, nadie puede garantizar que atacarán».[45]

Las principales deficiencias del Ejército de 1914 no radican, en contra de lo que se ha afirmado a menudo, en la lealtad o predisposición de sus soldados eslavos, sino más bien en el apoyo inadecuado, el mal entrenamiento y, como revelaron las campañas, la extrema incompetencia del alto mando. Su carencia material más grave era la artillería moderna, consecuencia tanto de una financiación insuficiente como de indecisiones y disputas entre los altos mandos en cuanto a las especificaciones del nuevo armamento. Las divisiones del Ejército común de los Habsburgo tenían 42 piezas de campaña: de 8 a 10 más que las divisiones serbias de primera línea, aunque muy por debajo de las 60 que apoyaban a las grandes unidades rusas.[46] Aún peor, solo dos tercios de tales piezas eran cañones modernos 05/08 de 80 mm. Los otros eran obsoletos obuses de campaña de 100 mm sin mecanismo de retroceso, que permitía apuntar y disparar con rapidez, ni escudos blindados para proteger a la dotación de la pieza. La artillería pesada, con 8 obuses 99/04 de 150 mm por cuerpo, adolecía del mismo problema. Todos los tubos de los cañones de los Habsburgo estaban fundidos en bronce, no en acero de superior dureza, lo cual los hacía pesados y limitaba su alcance. Incluso en Serbia, los obuses de 150 mm, que podían tirar a 5000 metros, descubrieron que la artillería pesada del enemigo les superaba en alcance en al menos 3000 metros. El Ejército común contaba con algunas excelentes unidades de artillería especializada. La fuerza diseñó un soberbio cañón de montaña, aunque solo cuatro de las 52 baterías de montaña lo habían recibido en 1914. De igual modo, el Ejército disponía de algunos modernos morteros superpesados, «revientafortalezas», de la factoría Skoda. Ninguna de ambas armas compensaba las deficiencias en otros campos, como tampoco las inadecuadas reservas de munición del Ejército, solo 330 tiros por obús y 550 por pieza de campaña, esto es, alrededor de la mitad de lo acumulado por las otras grandes potencias.[47]

No era probable que la pericia táctica de la infantería de los Habsburgo compensara esta deficiencia material. El Ejército carecía de suboficiales profesionales, además de emplear un número superior de reservistas, cuya pericia marcial estaba más oxidada de lo aconsejable. El Ejército alemán mantenía a sus formaciones a dos tercios de sus efectivos, de modo que, para completar los reglamentarios en caso de movilización, solo necesitaba llamar a filas a las dos quintas de reservistas más jóvenes y de entrenamiento más reciente.[48] En contraste, en las compañías de infantería de los Habsburgo, después de la movilización, solo un 20-25 por ciento de la plantilla eran

soldados en activo con entrenamiento militar en época de paz. Para cubrir las plazas era necesario movilizar a hombres que no habían servido en una década. Tan grande era la necesidad del Ejército que fue necesario llamar a *Ersatzreservisten*, hombres que solo habían recibido ocho semanas anuales de entrenamiento. El Ejército, mal financiado a causa de la intransigencia húngara de la última década de paz, carecía del equipamiento y la infraestructura necesaria para una expansión ordenada en caso de movilización. La mayoría de contingentes de reclutas forzosos del continente seguía el modelo prusiano de tres líneas principales de organización. Las unidades «activas» que formaban el ejército permanente y disponían del mejor equipo estaban formadas por hombres que estaban cumpliendo su servicio militar en época de paz, complementados por las quintas de reservistas más recientes. De igual modo, en los cuarteles había equipo, suboficiales y mandos suficientes para establecer una segunda línea: regimientos de reserva formados por tropa entrenada de entre 23 y 32 años. Había una tercera línea de *Landwehr*, o unidades territoriales, no tan bien equipadas, destinada sobre todo a servicios de retaguardia y formada por reservistas de edades comprendidas entre los 28 y los 38. Además, los hombres de más edad, de hasta 45 años, podían ser asignados a las unidades policiales o de trabajo de la *Landsturm*.[49] Por el contrario, el Ejército común de los Habsburgo trató en 1914 a sus regimientos de *Landwehr* y *Honvéd* como formaciones de primera línea y carecía del equipamiento y de los mandos adicionales necesarios para establecer unidades de reserva de segunda línea tras la movilización. Para suplementar los débiles efectivos de primera línea, recurrió a las *Landsturminfanteriebrigaden*, formaciones improvisadas compuestas por hombres entre 32 y 42 años, dotados de fusiles obsoletos y uniformes de época de paz demasiado visibles, o incluso meros brazaletes con el negro y el oro imperial. Su apoyo de artillería se limitaba a un máximo de una pieza por batallón. En 1914 y 1915 se lanzó con frecuencia al combate a «batallones de marcha» igualmente mal equipados, cuyo propósito era llevar reemplazos a las unidades del frente. Faltos de entrenamiento, equipo, cohesión y liderazgo, los batallones de marcha y las brigadas de *Landsturm*, como cabía esperar, lograron poca cosa y acumularon una cifra horrorosa de bajas.[50]

Una doctrina táctica errónea multiplicó tales deficiencias. En 1914, todos los Ejércitos rendían «culto a la ofensiva», la subestimación de la superioridad del ataque y la convicción de que la mera fuerza de voluntad podía doblegar a la potencia de fuego y los que más lo ensalzaban eran

aquellos que creían estar quedando rezagados en la carrera tecnológica y material. Pese a que el Ejército francés, con su fe en la *offensive à outrance*, es recordado como el defensor más ferviente de tales ideas, el mando austrohúngaro no era menos fanático en su credo.[51] Esto se debía, en buena medida, a Conrad, cuyo ejército le consideraba un genio de la táctica. Su obra clave, «Sobre el estudio de la táctica», se publicó en 1890 y un cuarto de siglo más tarde Conrad seguía aferrándose a sus mismos principios. La respuesta a la potencia de fuego era energía, decisión y acción. «El ataque —insistió— es la acción que mejor se ajusta al espíritu de la guerra».[52] Para preparar a sus hombres para la guerra de maniobra que preveía los sometió a marchas atroces. Negó estrepitosamente la necesidad, al contrario que su aliado germano, de tácticas interarmas. Su reglamento de infantería de octubre de 1911, el último publicado antes del estallido de la contienda, insistía en que los soldados de a pie podían «ganar los laureles del vencedor, incluso sin apoyo de otras armas y contra un enemigo con superioridad numérica, si estaban imbuidos de confianza y agresividad, dotados de una voluntad inquebrantable y de una resistencia física superior».[53] La única concesión a los efectos destructivos de la potencia de fuego era recomendar que las tropas fueran desplegadas en líneas de tiradores dispersos; en la práctica, incluso esto no se tomaba en consideración con frecuencia. Una y otra vez, después de las maniobras de preguerra, los observadores extranjeros criticaron los lentos movimientos de las fuerzas de los Habsburgo en formaciones cerradas. Los oficiales se situaban de pie entre las líneas de tiro o incluso permanecían a caballo, lo cual los convertía en blancos ideales. El desconocimiento del terreno, la falta de reconocimiento y la ausencia de cooperación con la artillería convertía a esos soldados, en opinión del agregado militar de Alemania, en mera «carne de cañón».[54]

La campaña de las Potencias Centrales del verano de 1914 impuso exigencias irreales a ambos Ejércitos. Por más capaces que fueran, a las fuerzas armadas germanas se les pidió lo imposible: vencer a Francia en solo seis semanas. Ni Moltke confiaba en conseguirlo. Esperaba, en contra de toda lógica, una rápida victoria, pero preveía un conflicto horrendo que se prolongaría un máximo de dos años. Llegó incluso, aunque sin insistir mucho, a presionar a las autoridades civiles para que se prepararan financieramente y que garantizaran el suministro alimenticio del Reich.[55] El Ejército austrohúngaro comandado por Conrad, un defensor aún más encendido de la guerra preventiva, tenía terribles carencias para enfrentarse a la vez a Serbia y a Rusia. Es indudable que la década de congelación de fondos impuesta por el

Parlamento magiar fue responsable en gran parte, pero también es cierto que Conrad y sus generales fueron temerarios al aceptar la misión de contener al Ejército ruso, pues contribuyeron a la demora con que sus fuerzas se reequiparon con artillería moderna e impusieron una doctrina táctica apartada de la realidad del campo de batalla del siglo XX. El error fatal fue que los mandos militares de Alemania y Austria-Hungría no estaban dispuestos a reconocer las limitaciones de sus fuerzas en los planes de operaciones. Los soldados pagarían tales veleidades.

El frente occidental

Para su Estado Mayor General, la movilización del Ejército alemán salió a pedir de boca. Una vez declarado el «Estado de Guerra Inminente», el 31 de julio, los soldados en activo en los cuarteles vistieron los uniformes de guerra de color gris campaña y los regimientos fronterizos empezaron a repartir munición y a enviar contingentes a proteger las fronteras. A partir del 2 de agosto, el primer día de movilización, los reservistas inundaron los acuartelamientos. No hubo, según escribió el historiador de un regimiento, «alardes de ningún tipo, ni de odio hacia el enemigo, ni de celebración entusiasta, ni gritos histéricos, ni fanfarronadas». Por el contrario, los hombres se mostraron serenos y concentrados, sabían lo que se esperaba de ellos.[56] La mayoría de unidades activas alcanzó sus efectivos completos en menos de 4 o 5 días y emprendieron frenéticas marchas para endurecer a los recién llegados. El transporte del contingente de operaciones al completo a las áreas de concentración del oeste, con la salvedad de nueve divisiones destinadas al frente oriental, empezó el 4 de agosto. Por espacio de veinte días, se escenificó por todo el Reich un enorme *ballet* técnico, cronometrado al minuto por el Estado Mayor General; 20 800 transportes ferroviarios trasladaron sin contratiempos a los puntos de partida a 2 070 000 soldados, 118 000 caballos y 400 000 toneladas de material. Transportaron a soldados de todo el país, desde puntos tan alejados como Breslavia y Posen. Detrás del área de despliegue del ala derecha reforzada de Moltke, entre el 2 y el 18 de agosto, un convoy ferroviario cruzaba cada diez minutos el Rin por el puente Hohenzollern de Colonia. Una vez completada la concentración, siete ejércitos desplegaron a lo largo del frente occidental. El 1.º, el 2.º y el 3.º, con

164, 159 y 104 batallones, respectivamente, constituían el ala derecha alineada contra Bélgica. Al sur, frente a Luxemburgo y el norte de Lorena, estaban los 123 y 147 batallones del 4.º y 5.º Ejércitos. El 6.º y el 7.º Ejércitos, con 121 y 108 batallones, respectivamente, eran las formaciones más meridionales, encargadas de guardar Lorena y Alsacia.[57]

La campaña comenzó antes incluso de que terminara la movilización. La noche del 1 al 2 de agosto, la 16.ª División ocupó los ferrocarriles luxemburgueses sin derramamiento de sangre. La primera operación de combate se inició a primera hora del 4 de agosto. Después de un ultimátum en el que exigían paso libre, una fuerza de asalto de 39 000 efectivos entró en Bélgica, con lo que violó la neutralidad del reino, y marchó sobre la ciudad fortificada de Lieja.[58] Era vital la rápida captura de esta, pues sus fortificaciones bloqueaban el avance al interior de Bélgica y constituía un nudo ferroviario esencial para abastecer a las tropas que pasaran por el país. Los invasores esperaban encontrar solo 6000 efectivos, apoyados por 3000 miembros de la guardia territorial belga, la *Garde Civique*, pero se enfrentaron a 32 000 efectivos con 30 ametralladoras y 150 piezas de artillería desplegados en los doce fuertes que circundaban la urbe o en reductos excavados alrededor a toda prisa. Esta primera operación marcó la pauta de la campaña inminente. En primer lugar, fue costosa. Los primeros intentos de tomar al asalto los fuertes, los cuales estaban dotados de armamento moderno y podían resistir calibres de hasta 210 mm, fueron rechazados con elevadas bajas. Algunas unidades perdieron más de la mitad de sus hombres. El 8 de agosto, el Alto Mando germano (*Oberste Heeresleitung*, OHL) abandonó los asaltos y despachó 60 000 efectivos y artillería de sitio. En un raro caso de cooperación armoniosa y decisiva entre aliados, el Ejército de los Habsburgo cedió al alemán cuatro baterías de obuses superpesados Skoda de 305 mm. Estos, junto con los cinco morteros Krupp de 420 mm de la fuerza, martillearon las fortalezas hasta someterlas.

En segundo lugar, la operación causó una inmensa frustración. Los comandantes, conscientes de que tenían el tiempo en contra, estaban furiosos por la demora: «Seguimos aquí detenidos frente a esa condenada fortaleza —tronó el 11 de agosto el general Von Einem, jefe del segundo contingente enviado a tomar Lieja—. ¡Si al menos pudiésemos avanzar!».[59] Los cañones de los Habsburgo no llegaron hasta el día siguiente y no fue hasta el 16 de agosto, con dos días de retraso con respecto al calendario marcado por el Plan Schlieffen de 1905-1906, cuando capituló el último de los fuertes de Lieja. El carácter sangriento de los combates y la frustración por los retrasos

contribuyeron al tercer rasgo específico de esta operación y del resto de la campaña: la violencia de las tropas germanas contra los civiles. Desde el mismo 4 de agosto, el primer día de la invasión, los alemanes abatieron civiles a tiros. Al día siguiente, una vez iniciados los combates intensos, las ejecuciones y masacres fueron en aumento. Los soldados germanos, conmocionados y desorientados por su primera experiencia de guerra moderna, creyeron que la población les estaba emboscando. «No puede uno imaginar el caos desencadenado en Lieja por la bestial turba», recordó un soldado, probable miembro de la fuerza que se infiltró entre los fuertes y entró en la ciudad en la mañana del 6 de agosto:

> Una vez nos adentramos en la ciudad, tras un breve tiroteo en las afueras, al principio las mujeres nos recibieron con vítores, mientras la taimada población colgaba de las ventanas telas de color blanco, banderas, vestidos, manteles etc. […] pero solo era una artera treta […] apenas pasamos las casas, asomaron cañones de fusil por las ventanas que nos dispararon por la espalda. También tiraban contra nuestras piernas desde oberturas en las carboneras.[60]

La población de la ciudad, como descubrió una investigación posterior, dio la bienvenida a las tropas porque los confundieron con los británicos. Es más, el feroz fuego que recibieron poco después los alemanes no provenía de civiles, sino de efectivos belgas, difíciles de ver a causa de su posición protegida y el uso de munición sin humo. Es comprensible que el paso repentino de una aparente recepción amistosa a un letal chaparrón de balas llevara a los alemanes a concluir que habían caído víctimas de una trampa civil. Otras unidades empeñadas en combate en las inmediaciones de la ciudad enviaron numerosos informes similares de ataques de los pobladores, algunos provocados por la confusión por el carácter rudimentario y civil de los uniformes de la *Garde Civique*, pero casi ninguno se reveló cierto. El 8 de agosto, Von Einem lamentó el «carácter terrible» de las hostilidades: «la población está participando enérgicamente en la guerra».[61] En apenas cinco días, sus tropas masacraron a 850 paisanos belgas y prendieron fuego en represalia a unos 1300 edificios. Moltke, temeroso de que se cumpliera su temor a una repetición de los *francs-tireurs* de 1871, proclamó una «solemne advertencia» el 12 de agosto. Condenó a la población civil por sumarse de forma ilegal al combate y cometer «atrocidades» contra sus hombres y amenazó con severos castigos. Todo individuo que se condujera de este modo, prometió, sería «fusilado de inmediato conforme a la ley marcial».[62]

Mientras se libraban estos duros combates en Lieja y sus inmediaciones, los franceses inauguraron su campaña en el sur. El 7 de agosto, un cuerpo lanzó una incursión al otro lado de la frontera germana de la Alta Alsacia y, al día siguiente, capturó Mülhausen, la ciudad principal de la región, aunque fue expulsado al cabo de veinticuatro horas. La principal ofensiva gala, cuya primera etapa era un asalto contra Alsacia-Lorena a cargo de dos ejércitos, comenzó el 14 de agosto. La acción buscaba fijar la mayor cantidad posible de efectivos, para así permitir a otras formaciones maniobrar más al norte, contra el centro de la línea germana. Hacia el 19 de agosto, la tricolor republicana volvía a ondear sobre Mülhausen.[63] La defensa de este territorio, que no fue el ataque más célebre de Moltke en Bélgica y el noroeste de Francia, produjo los combates más enconados de ese mes de agosto. Solo en heridos, el 7.º Ejército alemán perdió casi 18 000 hombres, un extraordinario 12 por ciento de los efectivos, para repeler la invasión francesa de Alsacia y pasar a continuación a la ofensiva. El 6.º Ejército, que cubría Lorena, perdió ese mes un 7,6 por ciento de sus fuerzas por heridas, los dos ejércitos germanos del centro sufrieron un 7 por ciento de bajas, mientras que el 1.er, 2.º y 3.er Ejércitos alemanes encajaron una cifra de bajas relativamente ligera, un 4 por ciento, en su embestida a través del centro de Bélgica.[64]

Fueron días de pesadilla para los civiles alsacianos, atrapados entre dos contingentes de soldados nerviosos y fuertemente armados. Las aldeas fronterizas fueron disputadas y bombardeadas y los hombres obligados por uno u otro bando a excavar trincheras y enterrar cuerpos, a veces bajo el fuego. El trabajo agrícola se detuvo, pues no era seguro aventurarse por los campos.[65] Los alemanes desconfiaban de la población, en particular después de que algunos ciudadanos de Mülhausen dieran la bienvenida a los primeros invasores. Los comandantes se quejaban de la «actitud hostil en extremo» que encontraban sus soldados. Circulaban rumores de traición y los mandos de combate clamaban furiosos que «los habitantes […] disparan a nuestros hombres con armas de pequeño calibre». Como sucedió en Lieja, el Ejército germano reaccionó de forma violenta, con ejecuciones sumarias.[66] En ocasiones, los invasores galos no se comportaron mucho mejor, a pesar de su pretensión de ser los libertadores de la población «francesa» sometida. Ya durante la primera incursión del 7-10 de agosto, las tropas francesas ejecutaron a jornaleros a los que imaginaban soldados alemanes disfrazados e incendiaron las granjas de habitantes que creían que ayudaban a los defensores.[67]

Lo que hizo tan terrible las invasiones no solo fueron las muertes, sino también los arrestos y deportaciones masivas ejecutadas por el Ejército francés. El Ministerio de la Guerra galo ordenó a sus tropas el 22 de agosto, cerca del final de la segunda y mayor ofensiva, tomar como rehenes a funcionarios y maestros de Alsacia-Lorena. Centenares de inofensivos funcionarios estatales, de alcaldías y eclesiásticos, así como algunos más importantes como el alcalde de Mülhausen, fueron arrestados y encarcelados en Francia. También capturaron e internaron a 80 000 alsacianos en edad militar; una cifra extraordinaria si se tiene en cuenta la breve duración de la campaña y la pequeña zona ocupada. La mayoría de estos trabajadores públicos eran alemanes, por lo que la orden de retirarlos no solo estuvo motivada por motivos de seguridad, sino también por el anhelo francés de librar a la población de influencias malignas. La excusa de la deportación de hombres en edad militar fue protegerlos de represalias germanas, aunque es probable que tuviera un peso igual, o puede que mayor, la intención de privar al contingente enemigo de nuevos reclutas una vez volviera a ocupar la provincia. La profunda desconfianza de las autoridades galas hacia los deportados, todos los cuales fueron sometidos a un cuidadoso interrogatorio para evaluar sus lealtades nacionales, evidencia, sin lugar a dudas, que había otros motivos más allá que la preocupación por su seguridad.[68] Más difícil de explicar fue el traslado forzoso de más de 3000 mujeres, niños, jóvenes y pensionistas. Algunos fueron evacuados más tarde para su protección de una pequeña franja fronteriza de 8000 kilómetros cuadrados que los franceses lograron conservar toda la contienda. No obstante, los alemanes se quejaron, y no sin razón, a juzgar por las políticas exclusivas y las expulsiones que acompañaron a la anexión gala de la provincia a la conclusión del conflicto, de que los franceses habían ejecutado una limpieza étnica durante la guerra, una campaña para erradicar a elementos favorables al Reich de una población indígena a la que se suponía francófila por naturaleza.[69]

Durante todo el mes de agosto, los franceses combatieron por hacerse con el control de la campaña. La segunda fase de su ofensiva, que se pretendía decisiva, empezó el 21 de agosto, con el avance del 3.er y 4.º Ejércitos sobre el nordeste, contra el centro germano en las Ardenas. El general Joseph Joffre, jefe del Estado Mayor General de Francia, no vio que los alemanes estaban enviando divisiones de reserva al combate y, en consecuencia, subestimó sus efectivos totales, con lo que pensó que esta parte de su línea sería endeble. Una ruptura en este sector le habría permitido flanquear el ala derecha de su adversario y detener así su maniobra en Bélgica. En realidad, los nueve

cuerpos atacantes se enfrentaron a los diez cuerpos de los 4.º y 5.º Ejércitos germanos, con lo que el plan galo fracasó muy pronto. En lugar de batir el débil centro germano y copar a las formaciones enemigas que avanzaban más al norte, la ofensiva de Joffre chocó contra la feroz resistencia del núcleo del pivote de Moltke en Bélgica. Las unidades francesas se vieron superadas. Su reconocimiento era poco riguroso, por lo que su infantería, e incluso su artillería, era sorprendida y destruida. La coordinación entre unidades era mala, un problema exacerbado por la frecuencia con la que los jefes de regimiento prescindían de informar a sus superiores de su situación. En el terreno escarpado, los obuses germanos de elevado ángulo de tiro les proporcionaban una notable ventaja sobre los cañones de 75 mm de sus adversarios. Aún peor, la infantería francesa solía avanzar sin apoyo de fuego. El comandante del 3.er Ejército de Joffre, el general Ruffey, consideraba que eso fue decisivo en la derrota de sus tropas. Sus ataques, advirtió el 23 de agosto, «fracasaron únicamente porque no habían sido preparados por la artillería, o ni siquiera por el fuego de la infantería».[70] Los alemanes también cometieron errores. Algunas unidades fueron despedazadas por la metralla cuando, al tratar de seguir su entrenamiento de preguerra, esperaban demasiado a abandonar la formación cerrada y a formar en línea de tiradores. Con todo, en tres días de batalla, las fuerzas germanas infligieron 40 000 bajas mortales a sus enemigos, lo que les obligó a batirse en franca retirada.[71]

Más al norte, el rodeo alemán a través del centro y sur de Bélgica, la maniobra definitoria de las batallas de agosto, empezó el 18 de agosto. Para los contingentes del ala derecha, el mes se caracterizó por una serie de marchas frenéticas y agotadoras, en un intento de rodear el flanco izquierdo del Ejército francés. Los hombres del contingente de más al norte, el 1.º, el que tenía que recorrer más distancia, solían completar de 30 a 40 kilómetros diarios.[72] Era un rendimiento extraordinario, en particular porque muchos eran reservistas arrancados de la vida civil apenas quince días antes, que ahora marchaban de uniforme, armados y pesadamente cargados. Cada uno portaba una mochila de 11 kilogramos repleta con mudas, un par de botas de repuesto, equipos de limpieza y costura, gorro, dos raciones de emergencia, piquetas, cuerdas y treinta cartuchos. Junto con el capote, poncho, equipo de cocina, fusil y un sinnúmero de accesorios, que incluían bayoneta, pala, noventa cartuchos adicionales y cantimplora colgados del cuerpo de correas de cuero, la carga de cada soldado sumaba un total de 30 kilos.[73] Remataba el conjunto el *pickelhaube*, el célebre casco puntiagudo del infante prusiano. Puede que simbolizara el espíritu marcial de Prusia, pero se han creado pocos

cascos menos prácticos. Hecho de cuero, pesado y caluroso, ofrecía escasa protección del sol y ninguna contra los proyectiles enemigos. Como es natural, no todos resistían marchar con todo este equipo bajo el calor abrasador y entre nubes de polvo. Las cunetas estaban jalonadas de soldados exhaustos, que indicaban la ruta del rápido avance de las unidades. Ese primer mes, el Ejército germano trató dos quintas partes de todos los casos de insolación en cuatro años y cuatro de guerra.[74] La disciplina empezó a flaquear. Ernest Baier, sargento mayor del Regimiento de Granaderos n.º 2, explicó que, durante los descansos, los hombres saqueaban cafés y restaurantes bajo la mirada de su capitán. Aunque insistía en que los de artillería y caballería eran peores, la infantería también era culpable de «heroicidades del tipo de quemar casas y entrar a robar bodegas de vinos».[75]

Aunque los soldados del ala derecha no carecieron de oportunidades para auténticas heroicidades, se enfrentaban a un peligro inferior al de sus camaradas de más al sur. Las bajas en combate —muertos, heridos y desaparecidos— de los tres ejércitos de más al norte sumaron un 5 por ciento de efectivos en los diez últimos días de agosto; sangrientas, no cabe duda, pero solo la mitad del porcentaje de los dos ejércitos meridionales, el 6.º y el 7.º, y apenas un tercio de los que sufrió el 4.º en las Ardenas.[76] Entre las tres formaciones, el 2.º Ejército fue el que combatió con más dureza, abriéndose camino hasta el Mosa al inicio de la campaña y rechazando el ataque del 5.º Ejército francés en el río Sambre los días 21-23 de agosto. En sus flancos, el 1.er y el 3.er Ejércitos se enfrentaron a escasa oposición antes de los últimos días del mes. El grueso de las fuerzas belgas se había retirado a la fortaleza norteña de Amberes e incluso la llegada de la Fuerza Expedicionaria Británica (*British Expeditionary Force*, BEF), muy celebrada, frente al 1.er Ejército en Mons, el 23 de agosto, apenas planteó problemas; los alemanes se limitaron a apartarla de su camino a fuerza de número. No obstante, durante todo el progreso, esas mismas tropas alemanas creyeron correr un gran peligro. Temían menos a las unidades enemigas que a la población belga. Al igual que en Lieja y en Alsacia, los soldados arremetieron con violencia. Su avance quedó jalonado de ejecuciones, toma de rehenes, algunos de los cuales sirvieron de escudos humanos, masacres y destrucción. El ala derecha germana fue el epicentro de la violencia en la cual también participaron los otros contingentes de más al sur y que se saldó ese verano y otoño con el asesinato de 5521 civiles belgas y 906 franceses y la demolición deliberada de entre 15 000 y 20 000 edificios.[77]

Tales «atrocidades» en una invasión que el propio canciller del Reich había admitido en público que era ilegal, asestó un golpe al prestigio de la Alemania imperial del que nunca se recuperó. Los Gobiernos de la Entente protestaron de inmediato contra la violencia y la prensa de sus países presentó el avance germano a través de Bélgica y el nordeste de Francia, en términos estremecedores, como «la marcha de los bárbaros».[78] La destrucción de tesoros culturales de fama mundial parecía corroborar tal descripción. La opinión neutral quedó horrorizada en particular por el bombardeo germano de la catedral de Reims el 17-19 de septiembre, una medida justificada, según los alemanes, porque los franceses dirigían el tiro de su artillería desde las torres. Los desmanes de la tropa en Lovaina, la última semana de agosto, provocó igualmente gran horror internacional. Quedó destruida una sexta parte de la ciudad, incluida la biblioteca universitaria con su colección de manuscritos medievales de incalculable valor, y perdieron la vida 248 civiles.[79] En otros lugares, los invasores fueron no menos implacables. Visé, la primera localidad belga que sufrió una destrucción sistemática, con 23 civiles muertos; Aarschot, donde mataron a 156 habitantes; Tamines, con 383 masacrados; y Dinant, que acumuló 674 muertos, casi un 10 por ciento de la población, pronto cobraron fama como escenarios de la brutalidad germana.[80] La propaganda británica y francesa interpretó la violencia no solo como meros excesos militares o incluso como crímenes de guerra, sino como manifestaciones primarias de la perversa y salvaje *Kultur* germánica, el opuesto absoluto a su «civilización». La retórica indignada de la prensa tenía una fuerte carga sexista y sexualizada. Presentaron la invasión de Bélgica y las atrocidades perpetradas como la violación literal del país y sus habitantes. Se acusó a sádicos oficiales prusianos y a bestiales soldados de violar a belgas y francesas inocentes y adoptaron la fantasía, tomada, aunque resulte irónico, de los desmanes coloniales belgas en el Congo de principios de siglo, de que los invasores mutilaban y cortaban manos, en general de niñas pequeñas. Para los pueblos de los países de la Entente, esta medida también pasó a caracterizar la barbarie germana.[81]

Los soldados alemanes no eran monstruos. Ni tampoco, a pesar de los estereotipos absurdos de la propaganda de la Entente, y de algún que otro historiador que los ha repetido de forma acrítica, era culpa de la cultura germana.[82] Ni siquiera el racismo y el anticatolicismo de cierta parte de la población del Reich sirve de explicación principal de la violencia, pues un alto número de católicos alemanes sirvió en la fuerza de invasión y, más que unir, la etnicidad dividió a las víctimas civiles: franceses, belgas y

alsaciano-loreneses en el oeste y polacos y judíos residentes en la ciudad de Kalisz, en el este, sufrieron por igual la violencia de los militares alemanes en agosto de 1914.[83] Las atrocidades bélicas, como ha demostrado la investigación de finales del siglo XX, no es dominio exclusivo de psicópatas o ideólogos. Unos «hombres ordinarios», colocados junto a sus camaradas en un entorno castrense, también matarán.[84] Es más, los soldados alemanes tenían en 1914 buenos motivos, aunque equivocados, para temer los ataques civiles. La última gran conflagración en la que combatieron los alemanes, el conflicto de 1870-1871, se caracterizó por victorias rápidas sobre el Ejército francés seguidas de una larga campaña contra una cifra estimada de 57 000 guerrilleros. Los *francs-tireurs* —el nombre que daban en la época a estos combatientes irregulares— mataron a unos 1000 soldados germanos y obligaron al Estado Mayor General a asignar unos 120 000, alrededor de un cuarto del Ejército, a proteger líneas de comunicación.[85]

Sus propias experiencias de movilización fueron igual de importantes para alertar a la tropa de la posibilidad de una «guerra popular». Estos hombres, al fin y al cabo, habían dejado un país cuya población se dedicaba a establecer milicias locales y bloquear carreteras para capturar los míticos «autos del oro». Las tropas que viajaban en dirección oeste por toda Alemania también observaron sorprendidas a voluntarios civiles armados con rifles o escopetas de caza junto a los terraplenes del ferrocarril y vigilando todos los puentes. Ernst Baier, que viajó con su regimiento desde Stettin, no fue el único militar que pensó que «parecían guerrilleros».[86] Tales espectáculos los prepararon para aceptar sin cuestionar las historias de ataques civiles en Lieja, que circularon de boca en boca y fueron difundidas por la prensa entre los soldados de la fuerza principal de invasión a primeros de agosto. Estas habían ido mejorando con cada relato. Ahora, a la población belga no solo se le acusaba de tomar las armas de forma ilegal, sino también de violar todas las normas de la guerra civilizada. Se decía que no solo hombres, sino también mujeres, participaban en la lucha y que atacaban con fanatismo armadas con revólveres, cuchillos de cocina e incluso con agua hirviendo. A los heridos alemanes les cortaban manos y pies y se decía que a los niños les sacaban los ojos.[87] Cuando comenzó la invasión principal, el 18 de agosto, la tropa ya estaba asustada, furiosa y muy recelosa de los civiles enemigos. Baier, por ejemplo, reflexiona acerca de las atrocidades de las mujeres belgas el 13 de agosto, cuando su regimiento aún seguía en suelo germano. En ningún ataque, informó con tristeza a sus padres, «se concederá cuartel».[88]

Wilhelm Schweiger, un fusilero de 30 años encuadrado en el *Reserve Jäger Bataillon Nr. 7* [Batallón de Cazadores de Reserva n.º 7], formado en la localidad de Bückeburg, en el noroeste de Alemania, nos dejó una buena descripción de cómo individuos decentes pueden convertirse en asesinos en una situación bélica. A juzgar por sus escritos, Schweiger parece un hombre afable, dispuesto a llevarse bien con los soldados que lo rodeaban, impactado por la destrucción de la guerra, pero decidido a contribuir a la salvación de la patria. Es indudable que estaba muy enamorado de su prometida, Erna, para la cual escribió un breve diario en el que detalló su breve servicio; lo mataron en Francia el 20 de septiembre de 1914. La unidad de Schweiger entró en Bélgica el 15 de agosto y la mañana del 17 llegó a Lieja, un día después de la capitulación del último fuerte. El diario de Schweiger expresó primero comprensión, no enemistad, hacia la población belga. Sin embargo, una vez entraron en Lieja, él y sus camaradas fueron informados de que los habitantes habían atacado a traición a su batallón hermano, el *Jäger Bataillon Nr. 7*, una unidad activa que había participado en el asalto inicial a la ciudad. La tropa recibió orden de registrar las casas, hallar comida y alojamiento y, como explica el diario de Schweiger, «sacar a la calle a la población. Cualquier persona, fuera hombre, mujer o niño, que se resistiera de alguna manera debía ser abatida sin contemplaciones».[89]

Es indudable que vivir junto a una población que se decía que había liquidado a medio batallón sería una experiencia tensa y el nerviosismo de los hombres aumentó aún más cuando, en su primera noche en Lieja, un infante de imaginaria recibió un disparo. Dos noches más tarde, el propio Schweiger experimentó lo que creyó fuego de *franc-tireur*. Su unidad había destacado centinelas en torno a la localidad y él mismo, en compañía de otros diez hombres, escoltaba a su alférez de vuelta al alojamiento. Caminaban por una tranquila calle cubierta de hojarasca cuando, de repente, sonaron a su espalda tres disparos. Los soldados alemanes corrieron a cubrirse tras los árboles y empezaron a devolver el fuego. Schweiger estaba convencido de que vio fogonazos de fusil en el segundo piso de unas casas situadas a cincuenta metros de distancia; él y sus camaradas dispararon furiosamente contra las ventanas y, a continuación, cargaron. Echaron abajo la puerta delantera. Un coronel de infantería que había acudido al lugar de la escena con algunos oficiales de Estado Mayor, atraídos por el violento tiroteo, les ordenó «prender fuego de inmediato a la casa y disparar contra toda criatura viviente que saliera». La orden, escribió Schweiger, «tenía que ser ejecutada, y así se hizo»:

> La rabia de nuestros fusileros, que habían sido tiroteados a traición, no tenía límites. Sin embargo, para mi gran alivio y alegría, la gente que huía de las casas vecinas, las mujeres y los niños, escaparon sin que se disparase ni un tiro. ¡Gracias a Dios, un fusilero de Bückeburg es incapaz de disparar a mujeres y niños! Fue terrible, muy terrible. Era la guerra en todo su horror.

Schweiger no dijo cuántos hombres ejecutaron esa noche él y sus camaradas. Es significativo que no mencione el hallazgo de ningún arma; su diario solo se detiene a comentar el bello mobiliario que los soldados encontraron en la casa, al que rociaron con gasolina y prendieron fuego. Es imposible saber si Schweiger tuvo más tarde dudas de la procedencia de los disparos, pero es evidente que su conciencia estaba agitada. Esa noche, aunque agotado, no pudo dormir. «La excitación, las terribles impresiones pesaban demasiado —relató—. Me limité a cumplir mi deber y a obedecer órdenes, pero es terrible. Ojalá acabe pronto esta horrible guerra».[90]

La severidad de las órdenes que Schweiger recibió de sus oficiales es, quizá, el aspecto más impactante de su relato. Las decisiones de los mandos tenían mucha influencia en el nivel de violencia. Estaban conformadas por la cultura castrense del Ejército germano, que daba prioridad suprema a la «necesidad militar» y se caracterizaba por su profundo escepticismo hacia la legislación internacional.[91] El cuerpo de oficiales quedó traumatizado por la experiencia de 1870-1871, cuando los *francs-tireurs* franceses pervirtieron una milagrosa y rápida victoria militar en un penoso y sangriento purgatorio. Su conservador liderazgo estaba muy preocupado porque los civiles intervinieran en 1914, pues, dado que, empeñados como estaban en una guerra en dos frentes contra unos enemigos con superioridad material, no disponían ni del tiempo ni de las unidades necesarias para una prolongada operación pacificadora. La aversión de la fuerza a los combatientes irregulares estaba motivada por un humanitarismo a la vieja usanza, así como por un pragmático interés propio. Los mandos alemanes estaban de acuerdo en que lo máximo que podían hacer por la humanidad era librar un combate tan breve como fuera necesario. Para ello, la participación en la guerra debía quedar limitada a los profesionales. Los combatientes irregulares se consideraban una abominación, pues combatían de forma clandestina, por tanto sin honor, e incrementaban el derramamiento de sangre sin ofrecer una posibilidad realista de victoria. En las conferencias para redactar las leyes internacionales de la guerra, los representantes alemanes, con el respaldo de los rusos y la encendida oposición de los belgas y de la Entente occidental,

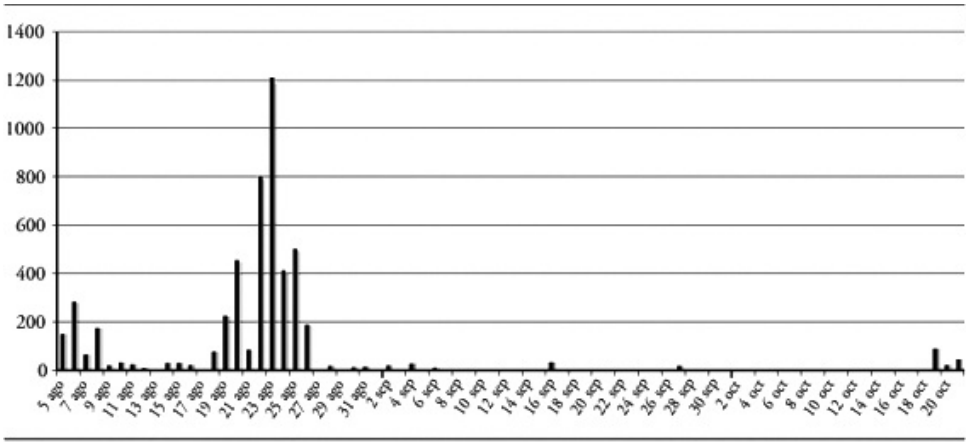
lucharon, con bastante éxito, a favor de restringir el derecho a la resistencia de los civiles. La Convención de La Haya de 1907 restringió casi por completo la guerra de guerrillas. A los civiles solo se les permitía alzarse espontáneamente si no estaban sometidos a ocupación previa y, en una cláusula en todo punto opuesta a las realidades del combate del siglo XX, «si portaban sus armas a la vista».[92]

En la planificación y el combate de la campaña de 1914 los comandantes germanos pusieron el foco en la aniquilación del contingente enemigo, no de su población.[93] El primer ímpetu de la represión llegó desde abajo, de combatientes como Schweiger, que, de forma honesta pero errónea, creían estar siendo atacados por civiles belgas.[94] Los mandos, de acuerdo con la experiencia de reprimir a los *francs-tireurs* de 1870-1871 y con los preceptos de «necesidad militar», legitimaron y expandieron de inmediato la respuesta de sus hombres, violenta y a menudo llena de pánico. Con arreglo a la legislación internacional, podían, con todas las de la ley, juzgar y ejecutar a todo civil que llevara armas de forma ilegal.[95] Sin embargo, la represión que instituyeron fue mucho más allá de todo límite legal. Primero, los sospechosos de ser *francs-tireurs* solían ser ejecutados sin contemplaciones, no juzgados. Segundo, los altos mandos, incluidos los jefes de cuerpos y de ejércitos, ordenaron represalias masivas, una práctica que la Convención de La Haya prohíbe expresamente.[96] El general Von Einem, por ejemplo, les dijo a sus efectivos, ya el 8 de agosto, que debían quemar las aldeas donde hubiera emboscadas y fusilar a los habitantes. También se llevaron a cabo arrestos masivos. Unos 10 000 civiles franceses y 13 000 belgas, entre ellos mujeres y niños, fueron deportados a Alemania. De igual modo, se impusieron multas a las comunidades acusadas de resistencia. Tales medidas buscaban inculcar a la población belga lo que el jefe de la 10.ª División, el general Kosch, denominó «un terror saludable».[97] Respaldaban estas disposiciones con acciones preventivas tales como la toma de rehenes, registros en busca de armas y la colocación de carteles que advertían a los habitantes de las nefastas consecuencias de resistir. Aunque muy tarde, el propio Moltke abogó el 27 de agosto por una «enérgica» disuasión.[98]

Las draconianas medidas de los mandos alemanes contra la imaginaria resistencia popular impactaron y traumatizaron a la población de la zona invadida. Casi un millón y medio de belgas huyó de casa.[99] Sin embargo, también sería apropiado preguntarse por qué la represión no fue mucho peor. El miedo intenso y la creencia en los ataques de los *francs-tireurs* estaban presentes en todos los rangos del Ejército alemán y, pese a ello, el pánico

resultante, las represalias y lo que los expertos en atrocidades más destacados han denominado «una estrategia deliberada de disuasión por el terror», llevó a un contingente de 2 millones de soldados a matar a solo 6427 civiles; menos del 0,1 por ciento de los 7,8 millones de habitantes del territorio invadido en agosto y a primeros de septiembre de 1914.[100] De igual modo, con arreglo a los estándares históricos, esto resulta insignificante: las tropas napoleónicas que combatieron a las guerrillas en España apenas un siglo antes quemaban aldeas y saqueaban localidades de forma sistemática, además de masacrar poblaciones enteras. Los recientes intentos de algunos historiadores de presentar las atrocidades como preludio o precursoras del genocidio nazi y la guerra de aniquilación en Europa oriental carecen de credibilidad, pues aquellos masacraron millones y fueron impulsados, en gran medida, por una ideología racial ausente en la violencia del Ejército imperial de 1914. De igual modo, como veremos más adelante, las ilusiones de resistencia civil de los alemanes no eran inusuales, ni su conducta diferente a la de las normas de violencia de otros Ejércitos de la época; en todo caso, fueron más suaves.[101] Lo más sorprendente es la forma tan repentina con que cesaron las atrocidades. Tras una primera oleada durante el asedio de Lieja y en el sur antes del 12 de agosto, la principal escalada de matanzas tuvo lugar en la semana posterior al inicio de la invasión principal de Bélgica, el 18 de agosto. Después, la violencia se desplomó y, en las postrimerías de la primera semana de septiembre, con la excepción de algunos casos aislados, había finalizado (*vid*. Figura 1). La disciplina de la tropa debió de mantenerse, pues la incidencia de atrocidades no se correlaciona con los crecientes problemas de abastecimiento de la fuerza, ni, al contrario que en otros Ejércitos, la retirada de mediados de ese mes inflamó nuevos derramamientos de sangre.[102]

Figura 1: Pauta de «atrocidades» militares germanas: civiles belgas y franceses muertos por el Ejército alemán, agosto-octubre de 1914 (solo se muestran incidentes con diez o más civiles fallecidos).



Fuente: Horne, J. y Kramer, A., 2001: *German Atrocities 1914: A History of Denial*, New Haven/London, Yale University Press, Apéndice I.

Los mandos no solo expandieron la violencia que perpetraron en primer lugar sus soldados asustados y furiosos, sino que desempeñaron un papel aún más decisivo en su contención y rápida detención. Los oficiales alemanes, aunque culpaban sin titubear a la «fanatizada» población del enemigo, expresaron en muchas ocasiones el horror que les inspiraba la guerra insurreccional.[103] La cultura aristocrática de honor del cuerpo era un sólido freno, aunque no infalible, contra las represalias severas: la masacre de civiles, en particular de mujeres y niños, y la destrucción de poblaciones no casaba bien con la autoimagen caballeresca de los oficiales profesionales. Además, existían firmes motivos militares para limitar la violencia: toda orgía de asesinatos e incendios, junto con el saqueo y las violaciones que podían acompañarla, socavaba la disciplina de la tropa. En última instancia, pronto surgieron dudas acerca del alcance de la insurrección popular, así como el temor a que la brutalidad arbitraria provocara una resistencia aún mayor. El general Kosch, cuya división liquidó a más de 200 civiles belgas y liquidó a centenares de heridos franceses entre el 21 y el 24 de agosto, nos proporciona un ejemplo de la gran rapidez con que tales consideraciones convergieron en una reevaluación, como mínimo parcial, y en la contención. En la carta que escribió a su mujer el 26 de agosto, su tono es notablemente defensivo: «No somos hunos y no queremos manchar el honor del nombre de Alemania». Insistió en que «los sangrientos acontecimientos de Bélgica, donde nos tiroteaban a traición desde cada casa, donde participaban incluso clérigos y mujeres, hizo necesario incendiar sin piedad aldeas y fusilar a los habitantes

responsables». Sin embargo, con sus soldados saqueando y devastando la región, le preocupaba el orden. La salida de su unidad de territorio belga y la entrada en Francia le proporcionó una conveniente excusa para detener la violencia. «El francés —argumentó— se está mostrando más pacífico y complaciente». La represión allí era «una estupidez, pues nos privamos de la ayuda de la tierra, minamos la disciplina y empujamos a la población a una terrible guerra popular».[104]

El espejismo *franc-tireur* del Ejército alemán superó el clímax antes de que la batalla del Marne, a primeros de septiembre, frustrara del todo sus esperanzas de rápida victoria sobre Francia. Las semillas de esta batalla se habían sembrado una quincena antes de su inicio, cuando Joffre identificó, por fin, la verdadera ruta de avance de los alemanes. El 25 de agosto, Joffre definió una nueva estrategia: concentrar fuerzas en Amiens con intención de cercar el ala derecha de su adversario. Se despacharon rápidamente por ferrocarril efectivos al noroeste para establecer en el exterior del cerco germano un nuevo 6.º Ejército, formado por nueve divisiones de infantería y dos de caballería. La ofensiva del 6.º y 7.º Ejércitos alemanes, en el sur, no logró fijar fuerzas francesas y aún menos abrirse paso a través del frente fortificado y lograr un doble envolvimiento. Pese a que el ataque de Joffre en Amiens no se lanzó porque el comandante británico, sir John French, consideraba que sus unidades estaban demasiado exhaustas para participar, el aumento de fuerzas de la Entente en el norte ofrecía otras posibilidades. Hacia el 6 de septiembre, el 1.er, 2.º y 3.er Ejércitos germanos, que el 23 de agosto superaban a sus enemigos en 251 batallones a 171, se enfrentaban ahora a 41 divisiones. Los franceses lograron una notable recuperación después de sus devastadoras derrotas del comienzo. Destituyeron a 54 comandantes incompetentes e instituyeron una disciplina brutal, que incluía ejecuciones sumarias, y así poner orden entre las desmoralizadas tropas. Trajeron de los cuarteles a más de 100 000 hombres para completar los efectivos de las unidades. Lejos de estar derrotado, como pensaban los jefes germanos, a principios de septiembre su adversario estaba más capacitado que nunca para la acción ofensiva.[105]

Por el contrario, la situación operacional de los germanos empeoraba según avanzaban. El primer problema era el mando: Moltke, con base primero en Coblenza y luego en Luxemburgo, estaba a centenares de kilómetros de la batalla y apenas tenía contacto intermitente por radio con los tres ejércitos de la derecha. Esto reducía su capacidad de coordinarlos. Segundo, mientras la fuerza de la Entente crecía en el norte, la del ala derecha alemana se disipaba

con rapidez. Los alemanes dejaron dos cuerpos para cubrirse de una posible salida del Ejército belga desde Amberes y otro quedó retenido frente a la fortaleza gala de Maubeuge. Moltke transfirió dos cuerpos del 2.º Ejército para ayudar a los defensores de Prusia Oriental a contener la fuerte presión rusa. Solo once cuerpos prosiguieron el avance en dirección sudoeste a través de Francia. Tercero, cuanto más lejos marchaban estas unidades, más difícil era abastecerlas. Los 80 kilómetros de distancia de un terminal ferroviario que se consideraba, a principios del siglo XX, la distancia máxima a la que un ejército podía operar con efectividad, se habían superado con creces: el 4 de septiembre, el 1.er Ejército estaba a casi 140 kilómetros y el 2.º a 170 de sus terminales ferroviarios. Los carros hipomóviles encargados de llevar suministros desde las estaciones a las tropas no podían mantener el ritmo de avance y el ejército apenas disponía de 4000 camiones, de los cuales tres quintas partes estaban averiados en el momento de la batalla del Marne.[106] Se logró, gracias a prodigiosos esfuerzos, mantener a las unidades abastecidas de munición, pero todo lo demás escaseaba. El sargento mayor Baier, cuyo Regimiento de Granaderos n.º 2 iba en cabeza del 1.er Ejército, se quejó el 30 de agosto de que su unidad no tenía pan. Los primeros soldados que llegaban a una aldea la despojaban de todo y dejaban hambrientos a los que venían detrás. Tras cubrir 600 kilómetros a pie con escasas ocasiones de bañarse o cambiarse, los hombres, escribió, «tenían un aspecto horrible». Su unidad, y las que lo rodeaban, habían comenzado a encajar duras bajas. Desde su entrada en Bélgica, el 14 de agosto, Baier combatió una guerra feroz pero falsa contra rezagados y *francs-tireurs* imaginarios. El 28 de agosto, tuvo su verdadero bautismo de fuego en combate contra las tropas francesas. Los alemanes vencieron y, aunque tomaron dos baterías de artillería con carros de munición, el choque costó a la compañía de Baier un cuarto de sus efectivos.[107]

No obstante, a pesar de las dificultades, todo parecía marchar bien. El 29 de agosto, Moltke modificó la línea de marcha del centro y de la derecha del sudoeste al sur, de modo que la fuerza al completo pasó al este de París. El 2 de septiembre, les ordenó, según lo previsto en el plan, batir a los franceses en dirección sudeste. Sin embargo, justo en ese momento, cuando el cerco germano empezaba a cerrarse, hubo un fallo de coordinación. El 1.er Ejército, en vanguardia del ala derecha, tenía ahora que proteger el flanco en dirección a París, pero llevaba un día de marcha de adelanto con respecto al 2.º Ejército. El jefe del 1.º, el general Alexander von Kluck, creyó que, si seguía avanzando, podría tomar al 5.º Ejército francés por la retaguardia y destruirlo. En vez de retirarse y encararse al oeste, hizo que los hombres avanzaran en

dirección sur, a través del Marne. Joffre aprovechó la oportunidad. El 5 de septiembre, el 6.º Ejército percutió en dirección este al norte del río contra el solitario cuerpo de reserva que Kluck había dejado cubriendo el flanco. En los días siguientes, el general alemán se vio obligado a trasladar a toda prisa dos cuerpos de su frente para rechazar este asalto 100 kilómetros más al norte, pero, al hacerlo, creó una brecha de 40 kilómetros entre su ejército y el 2.º Las fuerzas de la Entente del sudeste y del sur pasaron a la ofensiva el 6 de septiembre y la BEF marchó por esta abertura amenazando la derecha y retaguardia del 2.º Ejército germano. Su jefe, el general Karl von Bülow, hizo retroceder su expuesta ala derecha, lo que ensanchó aún más la brecha. Ninguno de los dos generales informó de sus acciones y Moltke tuvo que descubrir por mensajes interceptados por la inteligencia que los británicos se hallaban entre sus dos ejércitos. Se envió a un oficial de Estado Mayor a descubrir lo que estaba pasando. El 9 de septiembre, día cuarenta desde la movilización, y momento en que, según los planes germanos, Francia debía haber sido derrotada, el delegado del Estado Mayor ordenó la retirada a los dos contingentes. Moltke confirmó la orden dos días más tarde.[108]

Una vez que las unidades francesas se desplazaron al norte, los alemanes apenas tenían posibilidades de completar su plan. Las tropas estaban exhaustas, las líneas de suministro estiradas al máximo y los contingentes desplegados contra ellos eran demasiado grandes. Baier, cuyo cuerpo fue uno de los enviados a toda prisa al norte a repeler el ataque del 6.º Ejército francés, describió los combates con horror. «Ayer miré a la muerte a los ojos en cien ocasiones —escribió a sus padres el 8 de septiembre—. Permanecemos tumbados ante un enemigo con artillería superior, al cual es imposible acercarse, pues este hace pedazos nuestra infantería con su fuego».[109] La batalla del Marne fue concebida y decidida por la maniobra, pero sus mismos combates ya apuntaban hacia un futuro estático, dominado por la artillería. A mediados de septiembre, si las cifras recopiladas por el oficial médico del 3.er Batallón del Regimiento de Infantería n.º 52, un batallón del 1.er Ejército, son comunes, las granadas de artillería provocaron tres cuartas partes de las bajas de la infantería germana.[110] La experiencia de Baier de quedar atrapado durante la batalla «en el fuego de artillería más terrible, contra el que no podemos hacer nada» caracterizó la guerra en el frente occidental. A partir del 9 de septiembre, el Ejército alemán se retiró 60 kilómetros en buen orden y, cinco días después, se estableció en nuevas posiciones sobre el Aisne. Cavaron trincheras y el frente se estabilizó. Los hombres hallaron nuevas formas de endurecerse para los futuros combates:

«Es terrible cómo se embotan los nervios. Uno yace en la batalla como en un sueño y después todo parece una novela, no la vida real. Los gemidos de los heridos y las frecuentes estampas horribles ya no nos conmueven apenas. Vivimos como si estuviéramos fuera de la realidad».[111]

La guerra de los Habsburgo

En el verano de 1914, el Ejército de los Habsburgo libró una guerra feroz e inusualmente infructuosa. Su liderazgo, que durante tanto tiempo exigió hostilidades y presionó con insistencia a favor de la guerra después del magnicidio de Sarajevo, mostró una curiosa falta de seguridad y resolución cuando al fin esta llegó. El jefe del Estado Mayor General, Franz Conrad von Hötzendorf, que organizó el despliegue militar y, bajo su teórico superior, el archiduque Federico, comandó el contingente contra los rusos en Galitzia, así como el jefe del contingente de los Balcanes, el general Oskar Potiorek, hicieron gala de falta de realismo, incompetencia, insensibilidad y ambición egoísta. Los años posteriores, los mandos del Estado Mayor de los Habsburgo achacaron las derrotas imperiales del principio a cualquiera menos a sí mismos: a los Parlamentos austriaco y magiar, a los pueblos, a los diplomáticos, a los expertos ferroviarios y a sus aliados alemanes. Y, sin embargo, resulta irónico que fueran esos hombres, los más fieles defensores del Imperio, quienes lo condujeron a la catástrofe.[112]

Conrad fue el mayor responsable de todos, pues no solo presionó a favor de la guerra, creó un mal plan de movilización y dotó a su ejército de una doctrina táctica inadecuada para su misión, sino que, además, no desplegó bien sus unidades en julio de 1914. Su peor error fue insistir demasiado tiempo en priorizar el despliegue balcánico, el «Caso Bélico B». El 25 de julio, cuando se ordenó desplegar solo contra Serbia, con el 28 de julio como primer día de movilización, tenía sentido, pues una movilización general e inmediata habría sido una clara provocación a Rusia. Así y todo, a partir del 26 de julio Conrad recibió numerosas advertencias de los preparativos bélicos de Rusia y más tarde admitió tener «plena claridad» de sus intenciones en el mismo momento en que le llegó la noticia de la movilización parcial rusa, poco después del mediodía del 30 de julio.[113] No obstante, en lugar de responder con la implementación del «Caso Bélico B+R», ordenó, en contra

de los consejos de los especialistas ferroviarios, que no habían previsto semejante escenario, dar prioridad a los transportes con destino a los Balcanes, pero también que el escalón A debía iniciar de inmediato la concentración en Galitzia. Al día siguiente, sin embargo, se alzó un coro de protestas de los líderes políticos de las Potencias Centrales. El ministro presidente Tisza y los alarmados aliados germanos de Austria-Hungría respaldaron la admonición del emperador Francisco José de que no se debían desplegar las fuerzas habsburgo contra Rusia. En consecuencia, a última hora de la tarde del 31 de julio, Conrad trató de revertir el despliegue planeado y volver al «Caso Bélico B+R».

La extraña decisión del jefe de Estado Mayor de los Habsburgo de dar prioridad al ataque contra Serbia mientras se concentraba al este una amenaza mortal fue, al igual que la jugada germana a todo o nada contra Francia, el producto de la veleidad de la guerra breve. No obstante, aunque Moltke sucumbió, pero nunca creyó del todo en el espejismo de la victoria en seis semanas en el oeste, y trazó planes de forma obsesiva para hacerla posible, el foco de Conrad sobre Serbia era completamente emocional. Le embargaba un anhelo abrumador de combatir la guerra que quería contra el enemigo al que odiaba. Además, los frutos de la victoria eran tentadores: la destrucción de Serbia, la realineación diplomática inmediata en los Balcanes, la entrada de Bulgaria y Rumanía en la guerra y —o al menos tal era la teoría— una renovada vitalidad interna del Imperio. En un aspecto más personal, Conrad esperaba que volver a casa como un héroe de guerra le permitiría por fin casarse con su amante, Gina von Reininghaus, esposa de un industrial vienés, a la cual persiguió como un obseso durante siete años.[114] Por supuesto, no eran más que ensoñaciones, aunque peligrosas cuando estaban en juego vidas humanas y un Imperio. Para el emperador y para Tisza era evidente que las tropas rusas inundarían el denudado frente de Galitzia mucho antes de que su contingente pudiera deshacerse de Serbia. Es probable que Conrad creyera que todavía tenía tiempo para tomar una decisión. El antiguo jefe de la Sección de Ferrocarriles le comunicó en noviembre de 1913, tal y como Conrad repitió al Consejo Común Ministerial el 7 de julio, que hasta el quinto día de movilización era posible cambiar de plan de despliegue. En el verano de 1914, ese día correspondía al 1 de agosto.[115]

Resulta, por tanto, fácil imaginar el desconcierto de Conrad cuando, en la tarde del 31 de julio, intentó cambiar el despliegue al «Caso Bélico B+R» y el nuevo jefe de Transportes del Ministerio de la Guerra, el coronel de Estado Mayor Johann Straub, lo rechazó firmemente, con el argumento de que tal

cosa ocasionaría «el caos en las líneas de ferrocarril».[116] Lo máximo que podía hacerse, le explicó a Conrad, era devolver a la base a los transportes con destino a los Balcanes y reiniciar todo el despliegue. Incluso un hombre tan notablemente obtuso en relación con la opinión pública como el jefe de Estado Mayor se daba cuenta de que los militares quedarían como unos estúpidos si los soldados que acababan de partir con gran pompa y fanfarria tenían que volver a la estación. En aras de la moral de la patria y la gloria del Ejército, se decidió que las unidades dieran un rodeo de 1000 kilómetros por los Balcanes y luego seguir hacia Galitzia. El 31 de julio solo había salido tráfico de vanguardia; la mayoría de los trenes seguía en vía muerta. Con un poco de imaginación, debería haber sido posible enviar a las unidades directas al este.[117] Sin embargo, Conrad no cuestionó el dictamen de sus expertos ferroviarios. Es posible que aceptase, en parte, gracias a las garantías de estos, en sí mismas testimonio de lo disparatada que había sido la planificación en época de paz, de que el viaje turístico del escalón B por los Balcanes no importaba. De haber seguido el plan de preguerra, habría permanecido igualmente en sus cuarteles mientras el escalón A se concentraba en Galitzia. La movilización general no se demoraría.[118]

En realidad, este error sí que importaba y mucho. Austria-Hungría no disponía de locomotoras suficientes para llevar de forma simultánea al escalón B a los Balcanes y al escalón A a Galitzia, con lo que la movilización general, pese a que fue anunciada el 31 de julio, no pudo empezar hasta el 4 de agosto. Se desperdició así el tiempo y, con ello, toda esperanza de que el contingente de los Habsburgo lograra la paridad en el frente oriental. El Ejército ruso, que el 17 de agosto de 1914 ya iba por el decimoctavo día de movilización, había reunido 35 divisiones de infantería y 12 y media de caballería en el frente de Galitzia, mientras que los austrohúngaros contaban con menos de 30 grandes unidades. Una quincena más tarde, los rusos tenían 53 divisiones y media de infantería y 18 de caballería ante 37 divisiones habsburgo de infantería y 10 de caballería.[119] Aún peor, el escalón B, una vez despachado a los Balcanes, no fue enviado completo al frente de Galitzia. El 31 de julio, Conrad decidió dejar en los Balcanes al VIII Cuerpo de Praga. También permitió a Potiorek emplear el escalón B, ahora renombrado 2.º Ejército, en su incursión de diez días en la frontera septentrional de Serbia, para una «demostración», una acción limitada dirigida a distraer fuerzas enemigas de la ofensiva al oeste, cuyo comienzo estaba previsto el 12 de agosto. Sin embargo, Potiorek estaba decidido a retener el mayor número posible de unidades de este ejército y lanzó al combate al IV Cuerpo de

Budapest. En consecuencia, solo dos de los cuatro cuerpos del 2.º Ejército partieron hacia Galitzia el 18 de agosto, según lo previsto, el IV salió el 24 de agosto y el VIII se quedó en los Balcanes. La indecisión de Conrad y el egoísmo de Potiorek provocaron el peor resultado posible, ya que las unidades que permanecieron en los Balcanes eran insuficientes para desequilibrar la balanza contra los serbios, pero su retirada del orden de batalla de Conrad, junto con la tardía llegada del 2.º Ejército, debilitó fatalmente al ala izquierda de los ejércitos habsburgo en Galitzia.[120]

Así pues, Conrad, con la asistencia de sus expertos en ferrocarriles militares de Viena y Potiorek en Bosnia, malgastó cualquier oportunidad de seguir el ritmo de la movilización rusa y, sin conseguir ventaja alguna en otros sectores, debilitó su ya insuficiente contingente de Galitzia, el teatro bélico más importante del imperio. Como si quisiera garantizar una catástrofe, hizo un nuevo cambio desastroso en dicho teatro. En marzo de 1914, se descubrió que un oficial de Estado Mayor, el coronel Alfred Redl, había sido chantajeado por su condición de homosexual para que revelara el plan imperial de movilización ofensiva. Conrad modificó el plan y optó por un dispositivo defensivo a lo largo de los ríos San y Dniéster, que recorren Galitzia en diagonal. El confín nordeste de estas Tierras de la Corona, incluida su capital, Leópolis, debía quedar en manos de los rusos. A mediados de julio, con la guerra cada vez más próxima, Conrad comunicó a los responsables del ferrocarril que debían concentrar a los efectivos en esta posición defensiva, de modo que alteraron a toda prisa los calendarios de los trenes. Sin embargo, cuando Conrad decidió, el 31 de julio, transportar a Galitzia unidades del «escalón B», volvió a una concepción ofensiva. Para entonces, sin embargo, era demasiado tarde para trasladar los puntos de descarga a la frontera, por lo que las unidades que tenían que llegar en tren hasta su punto de concentración desembarcaron en mitad de las Tierras de la Corona y desde ahí marcharon centenares de kilómetros hasta las fronteras. Esto, además de desperdiciar un tiempo precioso, hizo que el Ejército de los Habsburgo estuviera exhausto antes incluso de entrar en combate.[121]

Las dos campañas inaugurales del Ejército habsburgo, pese a que estaban separadas por miles de kilómetros, estuvieron dirigidas por generales diferentes y se libraron en terrenos distintos contra dos enemigos dispares, compartían dos características definitorias. La primera fue un alto mando extraordinariamente malo. Ni en Serbia ni en Galitzia los jefes habsburgo

fueron capaces de adaptar los limitados recursos a su disposición con sus ambiciosas metas. La planificación operacional también fue mala en extremo. Los objetivos de ambas ofensivas estaban mal definidos, se ignoraron las limitaciones logísticas y las expectativas de lo que podían lograr las tropas se revelaron desaforadamente optimistas. El resultado fue un desastre militar. Contra Serbia, un adversario que la fuerza habsburgo confiaba en poder vencer, encajaron una derrota humillante. En Galitzia, la movilización chapucera, una mala planificación y la inferioridad numérica se saldaron con una desbandada catastrófica. Segundo, el Ejército de los Habsburgo perpetró una cantidad excepcional de asesinatos. La historia de las «tierras de sangre» de los Balcanes y la Europa centrooriental no comenzó con los regímenes fascistas y comunistas ya avanzado el siglo XX. En 1914, décadas antes del advenimiento de los Estados totalitarios genocidas, las operaciones militares, la ideología racial y el conflicto étnico las convirtieron en mataderos, rompieron tabúes y sembraron las semillas de la futura guerra de exterminio.[122]

El comandante habsburgo en los Balcanes, el general Oskar Potiorek, era uno de los militares más respetados, y puede que uno de los más populares, del Ejército común. Había dedicado su vida a las fuerzas armadas. Se formó en un instituto de cadetes, fue el primero de su promoción del curso de Estado Mayor de la Escuela de Guerra de los Habsburgo y, en 1906, Conrad le arrebató por muy poco el puesto de jefe de Estado Mayor General.[123] En su condición de gobernador de Bosnia-Herzegovina, era responsable de la poco estricta seguridad del día del asesinato del archiduque Francisco Fernando. Por tanto, en julio de 1914, Potiorek tenía mucho que demostrar. Su objetivo mínimo, según los planes del cuartel general de los Habsburgo, era defender el territorio patrio de incursiones serbias. Sin embargo, esto no casaba bien ni con su ambición ni con el ímpetu ofensivo de un mando del Estado Mayor General imperial. Animado por Conrad, Potiorek optó por un ambicioso plan para la invasión de Serbia. «Tengo plena conciencia de que la operación parece arriesgada —comunicó a Conrad en una carta fechada el 12 de agosto —, pero, dada la situación general, no cabe hacer otra cosa».[124]

El proyecto de invasión de Potiorek preveía asaltar Serbia con tres ejércitos. El 1.º habsburgo avanzaría desde Bosnia hasta el noroeste de Serbia, mientras que el 2.º, formado por tres cuerpos del escalón B, atacaría en el norte, partiendo de Croacia. Mientras estas formaciones atraían a las fuerzas serbias, el 6.º Ejército asestaría el golpe decisivo en el sudoeste, desde Herzegovina y tomaría al enemigo por el flanco.[125] Sobre el papel, parecía un plan brillante. Un examen más detallado, no obstante, revela que la operación,

más que «arriesgada», era temeraria. Las fuerzas de Potiorek carecían de la potencia necesaria para el plan. El contingente que desplegó en agosto de 1914 sumaba un total de 282 000 infantes, 10 000 jinetes y 744 cañones. Por ello, tenía una leve, aunque significativa, ventaja numérica sobre los 250 000 efectivos y 528 cañones, apoyados por milicias, de los serbios. El problema era que esta superioridad solo existiría durante la primera semana de operaciones. Con la partida del 2.º Ejército, el 18 de agosto, Potiorek perdió 60 000 infantes, casi la mitad de su caballería y alrededor de un tercio de sus piezas de artillería. La urgente necesidad de esas unidades en Galitzia impidió atacar por el norte, de modo que Potiorek esperaba que una débil «demostración» en ese sector bastara para distraer a los serbios de la amenaza principal en el oeste. También allí, por otra parte, se impuso un razonamiento fallido. El 5.º y el 6.º Ejércitos no solo tenían que cruzar un terreno en extremo difícil, montañoso y pantanoso, sino que, además, desplegaron demasiado alejados para prestarse apoyo mutuo. La falta de carreteras en esa zona de operaciones dificultó el reabastecimiento de víveres y municiones de las unidades ofensivas. Lo que hizo tan irresponsable el plan de Potiorek fue que todos estos problemas habían sido identificados en juegos de guerra, el último de los cuales en abril de 1914. Estos ejercicios finalizaron, una y otra vez, con victoria de los serbios. Pese a todo, aunque resulte asombroso, no se hizo ningún ajuste al plan de campaña.[126]

La invasión comenzó el 12 de agosto. Ese día, el 5.º Ejército vadeó el Drina, el río que marca la frontera entre Bosnia y Serbia. Para las tropas, la desconexión de la realidad de sus jefes quedó en evidencia desde el principio: Alfred Fiedler, un oficial de batería de obuses que servía en la 42.ª División de Infantería del *Honvéd* (la División del Diablo), en el ala izquierda del ejército, recordó que sus camaradas y él quedaron boquiabiertos «de desesperación» al contemplar «las empinadas montañas, en su mayor parte cubiertas de bosques», que se alzaban al otro lado de la orilla serbia.[127] El asalto inicial tuvo un ligero aire surrealista con el espectáculo de columnas de hombres vadeando el río en paños menores. Una medida necesaria debido a la falta de equipo de pontoneros. Incluso después de que la tropa se pusiera los pantalones y se ciñera los correajes, y de que los jefes de sección indicaran el camino, el avance, como era de esperar, se vio dificultado por la falta de caminos, el calor sofocante y la resistencia de los irregulares serbios, los *komitadjis*. Las líneas de suministro se agotaron en cuestión de días, lo que obligó a los hombres a vivir de lo que podían requisar o robar. Dos días más tarde, el 6.º Ejército inició su ataque más al sur. Sus bosnios y dálmatas, al

contrario que los croatas, checos y germanos del 5.º Ejército, estaban entrenados en guerra de montaña. A pesar de ello, pronto les ralentizaron problemas similares. Solo el 2.º Ejército, más al norte, tuvo algo de éxito. Su «demostración» empezó con fuego artillero la tarde del 11 de agosto, seguido al día siguiente por un corto avance de infantería por territorio serbio. La operación capturó las localidades de Šabac, Mitrovica y Jarak, pero no logró su objetivo de distraer la atención de los serbios.[128]

El avance estuvo acompañado desde el primer momento de violencia contra la población serbia. El 14 de agosto, Fiedler vio columnas de humo elevarse «por doquier» en el lado serbio del Drina: las fuerzas habsburgo quemaban pajares y cabañas de los campesinos en su ofensiva. «Un comienzo sin sentido», observó.[129] Siguieron hechos peores. Durante los trece días de invasión, las unidades habsburgo masacraron entre 3500 y 4000 civiles serbios. Dado que la operación fue tan breve y que los ejércitos no avanzaron más de 20 o 30 kilómetros por el interior de territorio serbio, constituyó un extraordinario derramamiento de sangre. Conocemos algo lo que ocurrió gracias a una investigación realizada los meses inmediatamente posteriores a la invasión por un profesor de la universidad suiza de Lausana, Archibald Reiss, por encargo del Gobierno serbio.[130] Era propaganda dirigida a influir en la opinión pública mundial a favor de un Estado balcánico que, en gran medida, se había buscado su propio destino. Reiss había reunido pruebas de forma exhaustiva. Entrevistó a testigos y víctimas serbias e inspeccionó y fotografió en persona los lugares de las masacres e incluso excavó fosas comunes. También habló con prisioneros de guerra habsburgo con el fin de determinar los motivos de la violencia. Las atrocidades que reveló incluían una amplia variedad de asesinatos. A los hombres se les solía matar por fusilamiento, a golpe de bayoneta o de una paliza. Las mujeres, que sumaban alrededor de un cuarto de las víctimas mortales en los distritos investigados por Reiss, a menudo perecían encerradas en las casas que incendiaban los efectivos imperiales. El profesor creía que se había perpetrado un «número muy alto» de violaciones. «En muchas de las aldeas invadidas —afirmó— casi todas las mujeres, desde las muy jóvenes a las muy viejas, han sido forzadas». También presentó otras pruebas de sadismo y brutalidad, incluidas historias de cadáveres con miembros rotos, rostros mutilados o genitales cercenados. Muchas de estas afirmaciones deben verse con escepticismo. Las historias similares de niños con las manos cortadas y mujeres con los pechos arrancados, que circularon tanto en el frente occidental como en el oriental, eran falsas. Allí donde había cuerpos con heridas graves, estas solían haber

sido causadas por fuego de fusilería o de artillería.[131] Sin embargo, algunos de los relatos más turbadores de Reiss parecen ciertos. El hombre de 75 años que encontraron fusilado con el pene metido en la boca en la aldea de Tchokeshina, por ejemplo, no parece encajar bien en las habituales atrocidades imaginarias de ambos bandos, donde las víctimas de las mutilaciones son mujeres y jóvenes inocentes.[132]

Del mismo modo, la documentación austrohúngara confirmó las masacres más terribles registradas por Reiss.[133] La localidad de Šabac, un núcleo comercial en la orilla sur del Danubio con una población de 14 000 habitantes, fue el escenario de un catálogo de bestialidades. Efectivos habsburgo tomaron el pueblo el 12 de agosto después de superar una ligera resistencia de la tercera leva del Ejército serbio, formada por reservistas mayores sin uniforme. El primer día, los invasores emplearon a las mujeres de Šabac como escudos humanos para contener la resistencia de los alrededores. Toda la tarde, las fuerzas imperiales marcharon por la localidad con ellas por delante; cuando hallaban defensores serbios, ordenaban a las mujeres tumbarse y devolvían el fuego. Muchas de ellas fueron recluidas cinco días en un hotel, donde solo les daban agua y les interrogaban por el paradero de sus maridos soldados y las posiciones del Ejército serbio. Hubo palizas y violaciones. Los hombres que seguían en Šabac fueron encerrados en una iglesia. Los días siguientes, los contraataques serbios aumentaron y la disciplina de los Habsburgo empezó a decaer. Casas y tiendas fueron saqueadas. En la noche del 16 al 17 de agosto, las unidades austrohúngaras se atacaron entre sí de forma fortuita, lo cual provocó pánico y enormes bajas.[134] A la mañana siguiente, con la tensión en su punto álgido y los serbios a las afueras de la ciudad, un general ordenó inspeccionar a los cautivos varones de la iglesia, separar a los búlgaros y acabar con el resto. Hubo al menos 60 muertes, si bien la mayoría de los contemporáneos da cifras más altas, de entre 100 y 200. También internaron a unos 1500 habitantes de la localidad.[135]

El derramamiento de sangre en los Balcanes, aunque compartía algunas causas con las crueldades germanas, surgió de una cultura castrense diferente y de unas condiciones distintas en el campo de batalla. El trauma central de la oficialidad de los Habsburgo se remontaba a 1848, cuando las revoluciones de Viena y Praga y las guerras de secesión en el norte de Italia y Hungría estuvieron a punto de desmembrar el imperio. La experiencia imprimió a esta fuerza, muy conservadora, una desconfianza y aversión permanente hacia la sociedad civil y hacia cualquier acción armada de los civiles. Los oficiales

habsburgo no solo despreciaban a Serbia por ser un *parvenu* y un advenedizo, sino por ser un Estado pirata que había democratizado y nacionalizado la violencia en contra de la legislación internacional. Su rey, Pedro Karadjordjević, llegó al poder en 1903 gracias a un regicidio, sus mandatarios convertían a los paisanos en asesinos armados y fomentaban un credo rebelde entre sus compatriotas en territorio austrohúngaro. Los mandos imperiales observaron con reprobación el uso de milicias civiles serbias durante las guerras balcánicas. En un informe presentado en julio de 1914, el jefe de la inteligencia militar de los Habsburgo, el coronel Oskar von Hranilović-Czvetassin, expuso los métodos de combate de los *komitadjis* y abogó por severas contramedidas. «La protección más efectiva contra esas bandas —argumentó— es considerar que están fuera de la legislación internacional». Las partidas irregulares debían eliminarse por completo y aconsejó emprender «expediciones punitivas […] con máxima energía y dureza, contra las localidades que apoyen de cualquier modo a las bandas. Debe ponerse gran cuidado en dar amplia difusión al conocimiento de tales acciones implacables».[136]

El año 1914 no fue la primera vez que el Ejército de los Habsburgo se enfrentó a una guerrilla. En 1882 se emprendieron operaciones de contrainsurgencia en Bosnia-Herzegovina, en las cuales el Ejército dio caza sin piedad a los rebeldes, si bien se abstuvo de medidas de represalia contra los civiles.[137] Por tanto, la insistencia de Hranilović en el uso del terror contra la población en general era algo nuevo. En parte, el cambio pudo deberse a la creciente agresividad del cuerpo de oficiales, que trataba de compensar las carencias materiales del Ejército con implacable fuerza de voluntad y el culto a la acción «más enérgica».[138] Sin embargo, y en esto se diferenciaba de su aliado germano, también era un reflejo de la tendencia creciente a ver a sus enemigos como colectivos raciales. En 1914, las fuerzas armadas del Imperio austrohúngaro creían estar inmersas en lo que el historiador Oscar Jászi denominó una «doble guerra», librada no solo contra Estados externos, sino también contra grupos étnicos en el interior de las fronteras imperiales.[139] En los Balcanes, el Ejército no solo atacó a los militares y a la población del reino serbio, sino también a los serbios de su lado de la frontera, pues creía que estaban participando en las hostilidades. «Todos los habitantes de las zonas de despliegue no eran de fiar, porque eran serbios» era la reveladora opinión del brigadier Aurel le Beau, jefe de la 61.ª Brigada de Infantería, una formación del 2.º Ejército.[140] Como ya se ha relatado, en el sur de Hungría el arresto de serbios comenzó antes incluso del

estallido de la contienda. Esta represión aumentó con el inicio de la invasión. Con el fin de disuadir ataques insurgentes, emplearon como escudos humanos a los líderes de la comunidad serbia del imperio en estaciones de tren, edificios de la gendarmería y puestos de mando militares. A algunos incluso los ataron a postes cerca de oficinas gubernamentales o embalses.[141] Cuando ya no se les necesitaba, no eran puestos en libertad. Por el contrario, hacia mediados de septiembre de 1914, estaban internados en el este de Hungría 2584 súbditos imperiales «políticamente sospechosos» de esas regiones.[142]

Los oficiales habsburgo consideraban que tales medidas eran del todo legales. Las ordenanzas de servicio de las fuerzas armadas austrohúngaras, redactadas mucho antes de la guerra, ordenaban tratar los alzamientos civiles «con la máxima severidad». Las medidas para contener a una población «enemiga o poco fiable» incluían la justicia sumaria y la toma de rehenes.[143] Conforme al *Kriegsnotwehrrecht*, cuya traducción más aproximada sería «Derecho de defensa en una emergencia bélica», los mandos estaban autorizados a ordenar ejecuciones sin juicio cuando sus unidades estaban bajo amenaza. La Oficina de Supervisión de la Guerra y el AOK alentaban la aplicación de este procedimiento.[144] Los jefes de formación, por su parte, consideraban que la situación justificaba su uso generalizado. El comandante del IX Cuerpo, una unidad que operaba en las inmediaciones de Šabac, advirtió a sus hombres de que la población serbia «profesaba un odio fanático» y los conminó a mostrar «una actitud de extrema severidad, extrema dureza y extrema desconfianza […] hacia todo el mundo». Los combatientes no uniformados debían ser «ajusticiados sin excusa» y los rehenes ejecutados si estallaban tiroteos en sus pueblos. Se aplicaba a todos la presunción de culpabilidad: «Todo habitante hallado en el campo, en particular en los bosques, ha de ser considerado el miembro de una banda que ha escondido las armas —ordenó el general—. Esa gente debe ser ejecutada, aunque solo parezcan un poco sospechosos».[145]

Tales órdenes, y la sangrienta conducta de los soldados imperiales, deben examinarse en el contexto de las expectativas del Ejército y de la realidad del combate en Serbia. Antes incluso de que se iniciase la campaña, los altos mandos, como evidencia el informe de Hranilović, esperaban enfrentarse a un furioso alzamiento popular. El entrenamiento previo a la marcha hacia el teatro bélico de los reservistas incluía instrucciones relacionadas con la forma de distinguir un pozo limpio de uno envenenado y advertencias acerca de los *komitadjis*. La descripción que les proporcionaron era preocupantemente vaga: hombres con ropa de campesinos y cartucheras.[146] Una vez entablado

el combate, los serbios cumplieron algunas de esas expectativas. La más obvia del Estado serbio, en contravención de la Convención de La Haya, de la que no era signatario, fue el despliegue de numerosos soldados sin uniforme. Aunque la mayoría —pero no todos— de hombres de la primera leva, los soldados más jóvenes, de entre 21 y 31 años, estaban uniformados, muchos de los efectivos de la segunda leva, de 31 a 38, y todos los de la tercera leva, aún más viejos, fueron a la guerra con indumentaria de campesino.[147] Por ello, es muy explicable la confusión de los soldados habsburgo a la hora de identificar al enemigo. En Serbia, la diferencia entre paisanos y militares se difuminaba, lo cual produjo una guerra más «total» que la que se libró en el oeste. Este combate era tenso en extremo. Como explicó un combatiente imperial:

> Aquí, cada campesino portaba un fusil, y los soldados —es de suponer que era una treta— vestían ropas de campesino, y circulaban historias de que incluso las mujeres y los niños perpetraban actos hostiles y crueles contra nuestros heridos tendidos sobre el campo de batalla. En cada operación la sorpresa se mezclaba con la traición, siempre había que esperar fuego, celadas y asaltos. Nunca tuvimos una noche tranquila. Esta tensión mental era más difícil de soportar que el hambre y la sed.[148]

Las implacables órdenes de represión, que, al atacar a pueblos enteros y prescindir de juicios, contravenían la legislación internacional y en ocasiones las ordenanzas militares imperiales, fueron la causa principal de lo que un oficial denominó la «exorbitante» crueldad y saña de aquel teatro de operaciones.[149] Las advertencias y avisos desde el alto mando, que incluía la extraña prohibición de beber o bañarse en el Drina, pues los serbios habían envenenado de algún modo todo el río, sumados al caos del combate y la escasez de suministros, alentaron una histeria masiva entre la tropa. Desde el punto de vista de los soldados, potenciado por el fracaso total de su plan de operaciones, la astucia y la barbarie de los serbios no parecía tener límite. Estaban convencidos de que los paisanos serbios enviaban mensajes a los de su bando con luces y humo. Una fantasía particularmente imaginativa sostenía que los granjeros de gansos delataban los efectivos de los Habsburgo; cada ganso que llevaban al río representaba un batallón austrohúngaro.[150] Es posible que las brutales órdenes de los mandos y la predisposición a matar de la tropa provocara la reacción serbia y una espiral de violencia. Entre las filas imperiales corrían historias, algunas verídicas, otras evidentes exageraciones,

de que los soldados serbios castraban y destripaban prisioneros y cadáveres, que les sacaban los ojos y que los despellejaban.[151]

La invasión duró menos de dos semanas porque, al contrario que las fuerzas habsburgo, los serbios tenían mandos inteligentes. También demostraron una considerable pericia, resistencia y dureza, que compensó de sobra su pobre equipo. Su comandante, el voivoda Radomir Putnik, adoptó en primera instancia un dispositivo defensivo y cubrió la frontera con fuerzas ligeras. Sus tres contingentes se movilizaron en el norte-centro de Serbia. Una vez identificó la dirección de ataque, marchó con ellos hacia la frontera, donde se concentró en particular contra el 5.º Ejército imperial, punto clave de la invasión, contra el que logró acumular una superioridad de 3 a 2.[152] La batalla decisiva tuvo lugar la noche del 16 de agosto; las divisiones del 2.º Ejército serbio emboscaron a la 21.ª División *Landwehr* en la meseta de Ĉer. Los veteranos serbios jugaron sucio: hicieron bajar la guardia a los centinelas checos diciéndoles que eran croatas del *Honvéd* y, a continuación, abrieron fuego a quemarropa. En la consiguiente melé, las unidades imperiales perdieron casi un tercio de su infantería y la mitad de la artillería de campaña. Se produjo una caótica retirada. No solo la 21.ª División *Landwehr*, sino también la 9.ª División de Infantería, su unidad hermana del VIII Cuerpo, abandonó sus posiciones. El otro cuerpo del 5.º Ejército, el XIII, también se batió en retirada. El IV Cuerpo del 2.º Ejército trató de intervenir, pero solo sirvió para retrasar su partida hacia Galitzia. El 6.º Ejército, cuyo avance en el sur se había estancado, fue retirado. Hacia la noche del 24 de agosto, ninguna unidad de los Habsburgo permanecía en Serbia. En trece días, Potiorek perdió 28 000 hombres, 30 ametralladoras y 46 piezas de artillería. Las pérdidas militares serbias ascendieron a 16 000 efectivos.[153]

La derrota supuso una impresionante humillación para el Ejército austrohúngaro. Se esfumó cualquier posibilidad de que Rumanía o Bulgaria entraran en guerra en el bando de las Potencias Centrales. La segunda invasión de noviembre, que capturó Belgrado por un breve tiempo, pero que a mediados de diciembre se saldó con una segunda retirada, solo sirvió para acrecentar el bochorno habsburgo.[154] Para la tropa, la derrota tuvo un profundo efecto desmoralizador. En la unidad de Fiedler, de vuelta al otro lado del Drina, ya a finales de agosto corrían rumores de cuarteles de invierno. Otros oficiales rezaban: «¡Dios, por favor, concédenos un alto mando mejor o más suerte!». Los mandos achacaron injustamente la responsabilidad del desastre a las unidades checas y eso inició una pauta que se prolongó toda la guerra y que provocó profundas divisiones en el imperio.

[155] Lo mejor que se puede decir de la operación es que fue breve. En el momento en que finalizó, empezaba a desarrollarse un desastre aún peor para la fuerza principal de los Habsburgo en Galitzia.

Si el fracaso en Serbia fue humillante, la derrota de los Habsburgo en Galitzia fue una catástrofe. El grueso del Ejército imperial, 1 200 000 efectivos, incluidos la mayor parte de la caballería y alrededor de 2000 cañones, desplegó en este teatro.[156] Se enfrentaron a unos contingentes rusos que eran un tercio mayores. La indecisión y los errores de Conrad durante la movilización, que debilitó su fuerza de forma innecesaria, fueron rematados por un plan de batalla poco realista y mal concebido. En menos de un mes, los rusos hicieron huir en desbandada a su contingente. Para la población de Galitzia, la campaña también fue una tragedia. Los temores y prejuicios de los oficiales habsburgo, y la tensión y el desconcierto de una retirada traumática, combinados con la feroz pugna de nacionalidades en un área de operaciones multiétnica, dieron lugar a la masacre de civiles más sangrienta perpetrada en Europa durante 1914. Galitzia, el territorio donde operó el Ejército, era un centro de efervescentes ambiciones y conflictos nacionales. En 1914, la pugna por el poder entre la administración bajo dominio polaco y la intelectualidad nacionalista rutena, a pesar de las recientes concesiones, todavía estaba fresca y enconada. Una vez estalló la guerra, de hecho, entró mucho más en juego en la competición política, pues los representantes de ambos pueblos trataron de ganar favor imperial e influencia política con el reclutamiento de contingentes militares: las Legiones Polacas y los Fusileros de Sich. La mayoría de ambos pueblos eran leales al Estado de los Habsburgo, en buena medida porque necesitaban que los apoyara en su lucha. Entre los polacos, incluso Ignacy Daszyński y sus camaradas socialistas contactaron con el Gobierno de Viena a primeros de agosto y les prometieron, con optimismo, un alzamiento en la Polonia del Congreso bajo dominio ruso, pues afirmaban disponer de decenas de miles de revolucionarios preparados y estar en espera del momento de atacar al opresor zarista.[157] Solo los nacional-demócratas con base en el este de Galitzia eran prorrusos por motivos tácticos, pero incluso ellos permanecieron inmóviles en el verano de 1914. Los rutenos, como pueblo más débil, dependían del apoyo de Viena aún más que los polacos. En 1914, los ucrainófilos mayoritarios —los nacionalistas— proclamaron con fervor su lealtad al esfuerzo bélico imperial. No obstante, la imagen pública de esta nación quedó manchada por los escándalos de espionaje de preguerra y las

acusaciones de rusofilia, injustas para todos salvo para una pequeña parte de la población.[158] A medida que se acercaba la guerra con Rusia, la administración civil polaca introdujo medidas represivas. A principios de agosto, el estatúder, el jefe de la administración de Galitzia, advirtió a la policía y a los administradores del distrito de que, dado que el movimiento rusófilo podía «ejercer una desastrosa influencia en una situación grave sobre la acción de nuestras fuerzas armadas», debían «aplastar con energía este movimiento, con todos los medios disponibles». El lenguaje era violento: los funcionarios recibieron orden de «actuar sin piedad contra los culpables».[159] Hacia mediados de mes, 147 personas «políticamente sospechosas» habían sido arrestadas y la administración preveía trasladar desde las Tierras de la Corona a 800 presos políticos rusófilos más.[160]

El Ejército de los Habsburgo completó su concentración en Galitzia entre los días 19 y 23 de agosto. Conrad planeaba atacarla desde las Tierras de la Corona en dirección noroeste con dos contingentes. El 1.er Ejército, cubierto por un pequeño «grupo de ejércitos» por su izquierda, estaba estacionado al oeste, en la confluencia del Vístula con el San; y el 4.º Ejército desplegó en el centro de Galitzia, en la ciudad fortaleza de Przemyśl. Esas formaciones, con tres y cuatro cuerpos respectivamente, eran más reducidas de lo esperado, si bien se enfrentaban a un adversario con efectivos similares. El 3.er Ejército cubría su flanco izquierdo y, por debajo de este, el Grupo de Ejércitos Kövess, el núcleo de lo que se convertiría en el 2.º Ejército una vez llegara desde los Balcanes el escalón B. En conjunto, esta guardia oriental comprendía cuatro cuerpos. El plan de Conrad fue mal concebido y el fracaso estaba casi garantizado. Dos problemas clave lo sentenciaban. Primero, Conrad no tenía efectivos suficientes para cubrir 280 kilómetros de frontera. Ante la ausencia de las unidades del escalón B, su cobertura oriental se enfrentaba a unidades rusas que casi le duplicaban en número. Segundo, no estaba claro en absoluto lo que se suponía que debía conseguir el avance del 1.er y 4.º Ejércitos en dirección nordeste. En los años de preguerra hubo algunas conversaciones vagas en torno a una ofensiva concéntrica conjunta, en la que las unidades germanas atacarían en dirección sudeste desde Prusia Oriental y las fuerzas habsburgo llegadas de Galitzia coparían la Polonia rusa. Sin embargo, la debilidad alemana en el este hacía improbable tal cosa y Moltke lo descartó categóricamente el 3 de agosto de 1914. La decisión de Conrad de avanzar a pesar de todo significaba que la ofensiva imperial sería un zarpazo al aire.[161]

Las posibilidades del plan se redujeron aún más antes incluso del inicio de la operación principal. Conrad empezó malgastando toda su caballería al

enviar a sus diez divisiones en una misión de reconocimiento 100 kilómetros al interior del territorio ruso. Algunas formaciones hicieron viajes de ida y vuelta de 400 kilómetros, pues, debido a la descarga prematura de las unidades en el centro de Galitzia, habrían tenido que cabalgar grandes distancias para alcanzar la frontera. La misión fue un fracaso total. Los jinetes no pudieron penetrar más allá de los efectivos de cobertura de los rusos. Aún peor: la nueva silla de montar, diseñada para que los soldados estuvieran erguidos en los desfiles, despellejaba el lomo de las monturas, de modo que, hacia la tercera semana de agosto, la mitad de los animales estaba fuera de combate.[162] El 22 de agosto, fecha de inicio de la ofensiva principal, las fuerzas imperiales se lanzaron adelante a ciegas. El 1.er y el 4.º Ejércitos también participaron y, a finales de mes, el 2.º estuvo cerca de cercar al Quinto Ejército ruso en Komarów, donde capturó 20 000 prisioneros y casi 100 cañones. Sin embargo, el avance en dirección nordeste extendió el flanco oriental de Conrad, lo cual hizo todavía más imposible la misión del debilitado 3.er Ejército, que había cedido de forma temporal tres divisiones en apoyo del 4.º. Cuando empezaron a marchar al oeste las fuerzas rusas, muy superiores, el 3.er Ejército carecía de efectivos para detenerlas. En torno al 30 de agosto, los rusos los habrían barrido.[163]

Estos primeros choques revelaron la excesiva ambición del plan de Conrad, pero también los fallos de la doctrina táctica que impartió a su ejército. La mayor deficiencia era en tácticas interarmas: el jefe del 32.º Regimiento de Artillería de Campaña de Leópolis no fue el único en admitir que «la cooperación de la artillería con la infantería era endeble en nuestro bando». Los mandos a todos los niveles no lograban coordinarse, las armas no se comunicaban entre sí y los artilleros elegían sus propios blancos.[164] La infantería, pese a que su intensivo entrenamiento en marchas había dado fruto, también fue superada por los rusos, que habían aprendido mucho de su derrota, nueve años antes, en la Guerra Ruso-Japonesa. A finales de septiembre, el AOK animaba a los soldados a imitar la construcción de trincheras de sus adversarios y remarcaba la necesidad del reconocimiento previo a atacar y desplegar en «líneas muy dispersas de tiradores» en el avance, con el fin de limitar las pérdidas causadas por el fuego artillero.[165] El diario de Josef Gamst, jefe de sección en el Regimiento n.º 9 de *Landwehr* de Moravia, encuadrado en el 4.º Ejército, da una buena impresión del gran caos y el terror de estos primeros combates. El regimiento de Gamst entró en acción el 29 de agosto en un patatal a unos 50 kilómetros al sur de Komarów. Los rusos desplegaban a 800 pasos de distancia, al borde de un bosque, y era

difícil verlos y aún más matarlos. Sobre la cabeza de los soldados volaban granadas de artillería y, cuando una batería enemiga abrió fuego por la derecha, también empezaron a caer entre ellos. El fuego de armas ligeras fue *in crescendo*: «El fuego de ametralladora es particularmente desagradable». Las balas silbaban procedentes de retaguardia, pues las reservas austrohúngaras situadas más atrás, ignorantes de que los hombres del *Landwehr* se ocultaban entre las plantas de patatas, empezaron a disparar. La unidad encajó bajas. «Los gritos de los que son alcanzados y los quejidos y gemidos de los heridos te destrozan los nervios». Gamst fue uno de los infortunados. Una bala le rozó y le arrancó la gorra de la cabeza. La sangre manó por su rostro y perdió la consciencia. Varias horas después, se despertó; su unidad se había esfumado, le habían arrojado un muerto encima y una patrulla rusa le encañonaba con los fusiles.[166]

Las fantasías de resistencia civil no fueron menos pronunciadas en el frente oriental que en el resto de frentes. Había cierta verdad en la convicción de los imperiales de estar enfrentándose a traición y hostilidad. Los rusos habían establecido una pequeña red de espionaje en la provincia.[167] Incluso sus defensores admitieron que en el nordeste de Galitzia, de simpatías rusófilas, es posible que algunos campesinos rutenos dispararan contra las tropas habsburgo.[168] No obstante, los temores fueron exagerados, pues los rusos no tenían precedentes de organizar unidades como los *komitadjis* serbios y la gran mayoría de los pueblos minoritarios a ambos lados de la frontera no tenía intención de arriesgarse a favor del opresivo régimen zarista. Los rutenos, que eran objeto de casi todas las sospechas, resultaron ser en su aplastante mayoría leales a la dinastía y al Estado de los Habsburgo, según las investigaciones llevadas a cabo tras la ocupación rusa.[169] Sin embargo, las reglas de conflicto austrohúngaras al encontrar una población que se le suponía hostil se caracterizaban por una extrema dureza. El 19 de agosto, el Grupo de Ejércitos Kövess, que operaba en el sudeste de Galitzia, emitió una característica advertencia a sus soldados:

> En las operaciones de nuestras tropas hasta el momento, se han dado repetidos casos en que han sido tiroteados por la población, o por soldados rusos vestidos con ropas civiles de hombre o de mujer […] También se ha verificado que la población rusófila de diversos puntos de nuestro territorio trabaja en cooperación con el enemigo, y, al transmitirle información —con frecuencia por medio de señales— están traicionando a sus propias tropas.

Semejante conducta ilegal, subrayó Kövess, exigía de mandos y tropa una respuesta «enérgica en extremo». Todo individuo encontrado con un arma, o incluso si guardaba una en casa, debía ser fusilado de inmediato si estaba en territorio enemigo, o sometido a consejo de guerra y sentenciado si estaba en tierras del imperio. Aldeas y granjas desde donde les dispararan debían ser rodeadas, incendiadas y los culpables ejecutados. Cuando las unidades debían alojarse en una aldea habitada por posibles «elementos rusófilos», su vanguardia debía tomar como rehenes a los habitantes más influyentes del pueblo y anunciar que «el más mínimo acto hostil» resultaría en su «ejecución pública e inmediata». Las aldeas también responderían de las líneas de telégrafo de sus inmediaciones. Si eran cortadas, los rehenes serían ejecutados igualmente. A Kövess no le bastó hacer leer esta orden a la tropa. Era necesario explicar a los hombres «en los términos más enérgicos, que debían despojarse de los hábitos de paz lo antes posible y comprender que nos enfrentamos a un enemigo cruel y traicionero, contra el cual es necesario y urgente emprender acciones meticulosas y despiadadas».[170]

Cayeron víctimas de la violencia de los Habsburgo civiles de todas las etnicidades residentes en las tierras fronterizas de Austria y Rusia. En la Galitzia occidental, de predominio polaco, solía observarse al menos una somera legalidad. Los acusados, si tenían suerte, eran juzgados por uno de los tribunales divisionarios del *Landwehr*, organismos permanentes y dotados de personal profesional. Las sentencias dictadas eran extremadamente duras porque las Tierras de la Corona estaban incluidas en el «área del ejército en campaña» y, por tanto, bajo ley marcial. Hasta qué punto podían ser implacables estos tribunales lo ilustra el caso de Michał Św., un pintor interiorista de la aldea montañosa de Lachowice, condenado a muerte en septiembre de 1914 por hacer comentarios insultantes acerca del emperador. Fue ejecutado en menos de dos horas y se colocaron en la vecina Cracovia pósteres que anunciaban su destino, a modo de pública advertencia.[171] Las unidades del frente, sin embargo, en el mejor de los casos celebraban breves juicios y evitaban farragosas y lentas investigaciones para demostrar la culpabilidad. También tomaron rehenes en las zonas fronterizas de la Galitzia occidental. Jan Słomka, alcalde desde hacía muchos años de Dzików, una aldea de la zona de concentración del 1.er Ejército, fue arrestado después de que el cigarrillo de un soldado provocara un incendio en unos establos cercanos en el que perecieron dos caballos del Ejército. Los mandos, antes que aceptar que el culpable era uno de sus hombres, prefirieron creer que había sido un sabotaje deliberado. Retuvieron como rehenes a Słomka, de 72

años, y a otros cuatro más durante ocho días y les prometieron que, si se repetía, los fusilarían y prenderían fuego al pueblo. Otros alcaldes polacos fueron internados o sentenciados a la horca de forma arbitraria.[172]

En territorio ruso, las minucias legales eran consideradas menos necesarias, tal y como indica la orden de Kövess. La desconfianza innata del Ejército de los Habsburgo hacia los civiles, sus severos procedimientos de respuesta a la resistencia no militar y el impacto de la batalla, más que el racismo, bastaron para impulsar la mayor parte de actos violentos. La 12.ª División de Infantería es prueba de esto. Esta división estaba acantonada en Cracovia en época de paz y los polacos constituían el mayor contingente en sus regimientos y, aún así, al comienzo de la contienda asesinó a su paso por la Polonia del Congreso.[173] El 1.er Ejército, el contingente al que pertenecía la división, se convenció de que se estaban usando señales, e incluso teléfonos secretos, para informar de los movimientos de las unidades imperiales, algo en todo punto improbable en la atrasada Polonia. Se emitieron órdenes de que todo civil que cooperara con el adversario o incluso se limitara a tolerar puntos de observación enemigos o líneas telefónicas en casa debían ser «muertos de inmediato y sin contemplaciones».[174] La 12.ª División de Infantería, a pesar de su composición polaca, no tuvo escrúpulos para actuar de ese modo. Los imperiales sospechaban que la gente de Kłodnica, una pequeña aldea a unos 60 kilómetros al oeste de Lublin, orientaban el tiro de la artillería enemiga con señales de fuego. El general Paul Kestřanek, jefe de la 12.ª División de Infantería, ordenó el arresto del alcalde y de un segundo funcionario municipal; si no podían identificar al responsable de las señales de fuego, debían ser fusilados.[175] Un informe de que la población de la cercada Chodel había emboscado a efectivos imperiales provocó una respuesta de igual brutalidad: «Saquen al alcalde, al cura, al sacristán, [todos los cuales eran católicos] y a algunos más, sobre todo judíos, y fusílenlos de inmediato. Luego, quemen el pueblo e intenten derribar el campanario de la iglesia». Aunque el alcalde y el cura habían tenido el buen sentido de huir antes de que las tropas de la 12.ª División de Infantería cumplieran la orden, estas consiguieron capturar y ahorcar al sacristán y eligieron a cinco judíos para ejecutarlos. Solo dejaron intactas tres casas en la aldea, debido a que acogían a heridos habsburgo.[176] Otras formaciones se dedicaron a aprovechar la etnicidad común de sus hombres con los civiles enemigos. Una unidad equipó a un soldado, presumiblemente un polaco, con ropas de campesino y rublos y lo envió entre la población a hacer de agente provocador.[177]

Es indudable que el racismo tuvo un papel parcial en la exacerbación de la violencia. Primero, el elemento más brutal del Ejército habsburgo fue, de forma significativa, también el más nacionalista: el *Honvéd* magiar. En cuestión de días después de su llegada a Galitzia, la fuerza se ganó una nefasta reputación. Los campesinos se quejaban de que «los rusos son malos, los alemanes son malos, pero los soldados del *Honvéd* son las peores bestias».[178] Los magiares procedían de una sociedad que despreciaba a los eslavos desde hacía mucho tiempo y aplicaba intrusivas políticas de asimilación. El antisemitismo estaba en auge y las disputas políticas de la década anterior a las hostilidades agudizaron el nacionalismo húngaro.[179] Las tropas del *Honvéd*, por tanto, solían mirar con desprecio a polacos, rutenos y judíos. La mala disciplina del contingente intensificó la violencia. Los oficiales profesionales del Imperio austrohúngaro condenaron a los magiares en Galitzia por «cobardes e indisciplinados» y calificaron al *Honvéd*, en particular a la caballería, de ser «el mayor mal de todos».[180] Había un tercer factor que hacía que las unidades magiares fueran particularmente propensas a atacar civiles. Los estudios modernos de neurología subrayan la importancia de la «otrificación» a la hora de cometer atrocidades. Los estereotipos, las dinámicas de grupos internos y externos, la sensación de peligro y la desorientación en un nuevo entorno contribuyen a crear una distancia crucial entre el perpetrador y su víctima.[181] Los soldados magiares eran muy propensos a basarse en prejuicios y estereotipos y malinterpretar su entorno porque estaban muy mal preparados para comunicarse con la población. Las tropas eslavas, al menos podían entender parte de lo que decían los polacos y rutenos de la región. El alemán, además, podía servir de lengua franca; era el idioma de mando del Ejército común y bastante conocido en las localidades conectadas por el ferrocarril con el mundo exterior, por lo que lo habitual era encontrar a alguien que sirviera de intérprete. Más allá de las líneas de tren, los judíos de habla yidis podían actuar de intermediarios. Por el contrario, en Galitzia nadie hablaba húngaro. Una vez los magiares decidían, o les decían que los habitantes eran hostiles, su aislamiento lingüístico limitaba su capacidad de comprender mejor su entorno y revisar su opinión.[182]

El otro factor que hacía importante la raza fue el violento ataque contra un grupo concreto, la población rutena de Galitzia. En todos los niveles del Ejército de los Habsburgo existía la convicción inamovible de que todo este pueblo, no meros individuos de este, eran traidores. Conrad habló con franqueza de los asesinatos que esto propició: «Combatimos en territorio propio como si estuviéramos en tierra hostil —le explicó al político y jurista

Josef Redlich—. Por doquier están ejecutando a rutenos conforme a la ley marcial».[183] La intelectualidad menor, entre ellos numerosos sacerdotes uniatas, sufrió con especial severidad. Según la queja de un indignado parlamentario: «La gente más leal, personas respetadas y dignas, fue atada con grilletes y maltratada en las calles y en las estaciones de tren, golpeada con culatas, porras y palos hasta hacerle sangrar, retenida durante días sin comida, bajo la lluvia, entre el frío y la suciedad, maldecida y escupida, amenazada con revólveres y con la soga, tratada como el espía más despreciable».[184] Campesinos y curas fueron colgados junto a los caminos por orden de los mandos habsburgo, deseosos, como siempre, de presentar una disuasión visible contra la deslealtad. Nunca se aclarará por completo la cantidad total de muerte y sufrimiento. Hacia noviembre de 1914, más de 7000 rutenos estaban recluidos en sórdidas condiciones en los campos de internamiento de Thalerhof y Theresienstadt, en el interior del imperio. Muchos otros, habitantes de aldeas consideradas poco fiables, fueron evacuados a la fuerza.[185] Un gran número de rutenos fue ejecutado sin más sobre el terreno. Las estimaciones más probables dan una cifra de 25 000 a 30 000 rutenos masacrados.[186]

Los rutenos de Galitzia se convirtieron en el foco de la violencia castrense por tres motivos, dos de los cuales tenían un componente racial o racista. Primero, los juicios de espías y los escándalos de conversiones habían manchado a todo este pueblo con la sospecha de traición y rusofilia, a pesar de que el número de implicados era ínfimo y el apoyo en las elecciones a los partidos nacionalistas ucranianos proaustriacos abrumador.[187] Por tanto, este grupo étnico fue prejuzgado: a su llegada, recordó un oficial, se advirtió a la tropa de que debían ser «en extremo cuidadosos y poco comunicativos, pues la población de Galitzia no era amistosa y había enjambres de espías por todas partes».[188] Segundo, la pugna nacionalista de preguerra entre las autoridades polacas de las Tierras de la Corona y los intelectuales nacionalistas ucranianos contribuyó a engrosar la cifra de cadáveres. Los funcionarios civiles polacos fueron responsables de redactar listas de personas poco fiables que debían ser internadas. Estudios posteriores del Ejército y del Ministerio de Exteriores reveló que muchos aprovecharon la ocasión para deshacerse de rivales. El barón Leopold von Andrian-Werburg, experto en los territorios polaco-ucranianos del Ministerio de Exteriores de los Habsburgo, remarcó la importancia de los «motivos personales y, sobre todo, el rencor de influyentes agentes polacos locales» en la deportación de sacerdotes uniatas leales.[189] Por otra parte, los representantes rutenos achacaron al «partidismo extremo de

las autoridades civiles de Galitzia» el que indujeran a los mandos a creer que todos los rutenos eran traidores. Con harta frecuencia, afirmaban, ignoraban a rusófilos peligrosos mientras que nacionalistas ucranianos leales al imperio, pero enemigos del control polaco de Galitzia, eran denunciados o deportados.[190]

El tercer factor que hizo tan sangrienta la experiencia de la invasión para los civiles rutenos fue la retirada del Ejército de los Habsburgo, que se inició en Galitzia oriental. El 26 de agosto, el 3.er Ejército, encargado de proteger el flanco derecho de Conrad, atacó torpemente a un contingente zarista que le duplicaba en tamaño y fue rechazado. Aunque se prepararon posiciones defensivas en el siguiente río, el Gniła Lipa, el 30 de agosto las unidades rusas aplastaron a los austrohúngaros y el 3 de septiembre tomaron la capital de Galitzia, la ciudad no fortificada de Leópolis. El 2.º Ejército llegó desde los Balcanes justo a tiempo de participar en el desastre, no de evitarlo. La respuesta de Conrad a la amenaza oriental, intentar copar a los atacantes rusos, demostró su total aislamiento de la realidad. Sus soldados estaban exhaustos tras semanas de marchas y, después de haber malgastado su caballería al inicio de la campaña, apenas tenía una difusa noción de los movimientos rusos.[191] En el frente era el caos. El capitán Karl Lauer, oficial de Estado Mayor destacado con la 17.ª División de Infantería, 2.º Ejército, describió que, ya el 26 de agosto, se apoderó de la tropa un miedo «indescriptible e incomprensible» a los rusos. Supo de oficiales que saltaron de un primer piso para escapar de atacantes zaristas imaginarios y en el Gniła Lipa vio a la caballería habsburgo asaltar a sus aterrorizados transportes, en un intento de impedirlos huir a retaguardia.[192] «Hay una gran falta de disciplina —observó preocupado un segundo oficial del 2.º Ejército, el comandante Artur Hausner, a primeros de septiembre—. Al parecer, mandos y tropa volvieron a Stryj [una ciudad al sur de Leópolis] separados de sus unidades, todos desanimados, extenuados y relatando terribles relatos de los combates. La localidad está repleta de rezagados […] todos los carros traen a habitantes fugitivos entremezclados con soldados sin armas y sin equipo».[193] Con el desorden, los saqueos aumentaron. La indisciplina y la derrota exacerbaron los desmanes contra los rutenos, pues oficiales y soldados concluyeron que la traición de los habitantes era la causa de la catástrofe. La violencia contra los civiles alcanzó el cénit durante la retirada de ese otoño, aunque se prolongó hasta el comienzo del verano de 1915.[194]

El 11 de septiembre, Conrad ordenó una retirada general, primero al río Dniéster, que dividía de norte a sur la Galitzia oriental, y luego al San, que separaba las mitades occidental y oriental de las Tierras de la Corona. Sin

embargo, los rusos hicieron retroceder a sus fuerzas mucho más lejos, hasta las puertas de Cracovia en el oeste y los Cárpatos al sur. Su campaña inaugural destruyó casi por completo al Ejército imperial de los Habsburgo. Las pérdidas de oficiales profesionales fueron tan elevadas que en octubre fue necesario volver a examinar y certificar para el servicio en primera línea a los mandos no aptos o en situación de retiro.[195] Perdieron 100 000 soldados y oficiales muertos, 220 000 heridos, 100 000 prisioneros y abandonaron 216 piezas de artillería; en conjunto, alrededor de un tercio de la fuerza.[196] La epidemia de cólera que acompañó el avance ruso reforzó el horror y la muerte de la retirada; a partir de la segunda mitad de septiembre, se hizo habitual ver en las cunetas a soldados moribundos hacinados.[197] No menos grave fue el destrozo moral provocado por la catástrofe. Con el derrumbamiento del frente en septiembre, tropas sanas desertaban a hospitales y trenes postales.[198] Hubo una oleada de heridas autoinfligidas, en particular entre los soldados rumanos.[199] Un «número considerable de unidades» huyó sin más, como reconoció la historia oficial austrohúngara del conflicto, una obra redactada con el propósito específico de ensalzar sus triunfos.[200] A base de disciplina draconiana se logró evitar la disolución total. A los mandos se les recordó su deber de fusilar de inmediato a desertores y escaqueados.[201] Pese a ello, el estado de ánimo estaba por los suelos. Los contingentes del emperador iniciaron, con el «corazón sangrante», según las palabras del capitán Lauer, una larga marcha hacia el oeste.[202]

En 1914, los planes ofensivos de las Potencias Centrales fracasaron. No habría una contienda breve. Para cada uno de los jefes de Estado Mayor General la campaña fue una tragedia personal. Moltke sufrió un colapso nervioso y lo destituyeron de su puesto. Conrad perdió a su hijo Herbert, oficial caído en septiembre en el frente oriental. Para los Estados a los que servían, el fracaso tuvo consecuencias de gran alcance. El general Erich von Falkenhayn trató de corregir la situación —aunque reemplazó *de facto* a Motlke desde el 14 de septiembre, el nombramiento no se hizo oficial hasta el 1 de noviembre para ocultar la derrota del Marne y no inquietar a la opinión pública—. Se inició en el frente occidental una sucesión de batallas, siempre desplazándose en dirección norte, en la que ambos bandos trataba en vano de flanquear al adversario antes de alcanzar el mar. Estas finalizaron con la ofensiva germana en Ypres de octubre y noviembre de 1914, en la que se enviaron al combate a muchos de los voluntarios que se habían alistado en

agosto. El Ejército alemán sufrió 80 000 nuevas bajas sin obtener avances reales, hasta que, por fin, el agotamiento y la falta de munición artillera puso fin a la batalla. Con la consolidación de líneas de trincheras a todo lo largo del frente, era imposible ignorar el hecho de que las Potencias Centrales estaban empeñadas en una contienda muy larga contra enemigos cuya voluntad y moral habían subestimado, así como que disponían de una gran superioridad material. Falkenhayn dudaba de poder ganar la guerra contra las tres potencias de la Entente y quería hacer la paz por separado con Francia o Rusia con la promesa de no anexionar territorios. Como le comentó con sagacidad al canciller, «si Rusia, Francia e Inglaterra se mantienen juntos, no podremos derrotarlos de modo que podamos lograr unas condiciones de paz aceptables. Es más probable que nos agoten poco a poco».[203]

Las campañas de 1914 no solo condujeron a una larga guerra de agotamiento, sino que también determinaron las condiciones en las que se libraría esta pugna extenuante. Las derrotas de Austria-Hungría debilitaron su prestigio internacional, le negaron al año siguiente posibles aliados balcánicos y fueron ruinosas para su Ejército. El sometimiento del Imperio bajo la dominación germana, que se hizo cada vez más evidente durante las hostilidades, había comenzado. En su interior, la campaña pregonó el creciente conflicto étnico y el desencanto con el Estado que acabó dominando el frente bélico interior. Con su tratamiento brutal, los militares provocaron el distanciamiento de los rutenos. Conrad también agravió a las élites polacas con su insistencia en el reemplazo, en julio de 1915, del estatúder de Galitzia, que solía ser un polaco, por un general «neutral». En Galitzia, las relaciones entre las dos etnicidades y los judíos se agriaron aún más.[204] Con todo, aunque la campaña encajó un golpe muy fuerte y más bien innecesario causado por la extraña mezcla de indecisión y ambición poco realista de Conrad, también reveló, al igual que la respuesta popular al estallido de la contienda, las reservas de vigor del venerable Imperio. A pesar del mando desastroso y las bajas horrorosas, el Ejército no se derrumbó. Al contrario, siguió combatiendo con determinación en la retirada y soportó terribles batallas invernales en el oeste de Galitzia y los Cárpatos, en las que, a la conclusión de 1914, acumuló unas bajas totales de 189 000 muertos, 490 000 heridos y 278 000 prisioneros.[205]

Para los alemanes, el balance de la campaña inaugural en el oeste fue más favorable. Motlke no ganó su guerra corta, pero su ejército consiguió que, durante los cuatro años siguientes, los combates devastaran el territorio de Francia y Bélgica, no el de Alemania. En el sur, las unidades germanas se

apuntaron el logro, a menudo olvidado, de rechazar la invasión francesa. No está claro qué habría ocurrido si el Ejército de la república hubiera tenido más éxito en su ofensiva. Es indudable que, una vez recuperadas, no habrían devuelto Alsacia-Lorena. En el otoño de 1914, algunos miembros de las fuerzas armadas galas elevaron aún más sus objetivos bélicos, pues exigieron empujar al Reich al otro lado de sus «fronteras naturales», al este del Rin, y situar su orilla izquierda bajo control militar de Francia.[206] Aún más importante: en el norte, la invasión germana asestó un golpe catastrófico a la capacidad gala de librar la guerra total. El corazón de la industria pesada del país, así como ciertas tierras agrícolas de gran fertilidad, pasaron al control germano. De un golpe, la producción francesa de acero fundido cayó al 42 por ciento y la de hierro fundido al 36 por ciento con respecto a las cifras de los años de paz. Francia perdió una sexta parte de toda su industria manufacturera.[207] Las pérdidas agrarias tampoco fueron desdeñables. Los alemanes capturaron unos 3,33 millones de hectáreas, tres cuartas partes de las cuales estaban cultivadas y contenían algunos de los suelos más fértiles de Francia, que, en 1913, suministraban una décima parte de las patatas de la república, un quinto del trigo, un cuarto de todos los cereales y la mitad de la cosecha nacional de remolacha azucarera.[208]

No obstante, no estaba claro en absoluto que las conquistas germanas y la resiliencia habsburgo bastaran para imponerse en la guerra de agotamiento que se avecinaba. La campaña inicial germana, así como la «carrera hacia el mar» y los combates de Ypres, costaron 500 000 oficiales y clases de tropa muertos o con heridas permanentes.[209] La invasión y las atrocidades de Bélgica causaron daños de gravedad a la reputación del Reich entre los neutrales. También garantizó la fatal y temprana entrada de Gran Bretaña en las hostilidades. A largo plazo, esto supondría el mayor peligro para las dos Potencias Centrales. No obstante, en 1914 existía una amenaza más acuciante. La incapacidad germana de lograr una victoria decisiva en el oeste y el desastre sufrido en Galitzia por el Ejército habsburgo dejó a ambas potencias en una situación de profunda vulnerabilidad. En 1914, y hasta bien entrado 1915, Austria-Hungría y Alemania se enfrentaron a una invasión rusa en el este.

4

GUERRA DEFENSIVA

Invasión

«En esta hora, el pueblo alemán puede afirmar con toda honestidad, una vez más, que no quería esa guerra […] aunque no tolerará que el suelo de la patria sea invadido y devastado por los regimientos rusos».[1] Con estas desafiantes palabras, el principal diario liberal del Reich, *Berliner Tageblatt*, explicó, en el momento del estallido de las hostilidades, por qué tantos alemanes de a pie consideraban que no tenían otra opción que luchar. En los últimos años de paz, tanto en Austria-Hungría como en Alemania había aumentado la convicción de la inevitabilidad del choque con el despótico imperio del este. El frenético rearme ruso, su beligerancia en los Balcanes, las insistentes reivindicaciones oficiosas de la Galitzia oriental de su prensa paneslava, el proselitismo ortodoxo en las Tierras de la Corona, la oleada de espías enemigos; todo ello atizó el temor a sus intenciones hostiles. En agosto de 1914, la pesadilla de la invasión se hizo realidad. Las tropas zaristas cargaron contra las fronteras de las Potencias Centrales y se desencadenó el caos y el pánico en las provincias invadidas, Prusia Oriental en el Reich y en la Galitzia de los Habsburgo. El primer año de la guerra de Alemania y Austria-Hungría

en el frente oriental estuvo protagonizado por la invasión, las atrocidades y por la desesperada pugna por liberar los territorios perdidos y repeler una amenaza mortal.[2]

El Ejército del zar desplegó al inicio de la Primera Guerra Mundial conforme al «Plan 19», un dispositivo defensivo concebido en 1910 que, una vez estalló la contienda, se convirtió en un ambicioso plan de ataque. Las unidades rusas en Europa se dividían en dos «Frentes»: el Frente del Noroeste, compuesto por el Primer y Segundo Ejércitos, con 16 divisiones de infantería, 8 y media de caballería y 1230 cañones, tenía la misión de entrar en Prusia Oriental. Su ofensiva debía empezar temprano, hacia el decimoquinto día tras la movilización, con el fin de extraer unidades germanas de la campaña del oeste y, de ese modo, aliviar la presión que soportaba su aliado francés. El Frente del Sudoeste, formado por el Tercer, Cuarto, Quinto y Octavo Ejércitos, que, hacia finales de agosto, disponía de 45 divisiones de infantería y 18 y media de caballería, tenía la misión de aniquilar a las fuerzas habsburgo en las Tierras de la Corona de Galitzia. La captura de las regiones de Prusia Oriental y de Galitzia, las cuales formaban sendos salientes en territorio zarista en torno a la Polonia rusa, afianzaría los flancos derecho e izquierdo del Ejército ruso y prepararía el camino para la invasión del corazón de Alemania. Una vez empezó la contienda, el alto mando ruso, la *Stavka*, descubrió que sus enemigos habían enviado a otros teatros más unidades de las previstas, lo cual, en contra de lo esperado, dejó sus fronteras orientales mal defendidas. En consecuencia, añadieron un cambio adicional a su dispositivo. Seguros de su superioridad en el norte y en el sur, y en respuesta a las angustiadas peticiones francesas de ayuda urgente, los rusos establecieron un nuevo contingente en su centro, el Noveno Ejército. Con esto, estarían preparados de inmediato, una vez los Frentes del Noroeste y del Sudoeste cumplieran su misión, para flanquear las formidables posiciones defensivas germanas en el río Vístula y atacar Posen, para, de este modo, como dijo el mismo zar, abrir «la ruta de Berlín con la mayor rapidez posible».[3]

Muy pocos historiadores actuales son conscientes del peligro que representaban los rusos para las Potencias Centrales en 1914. El primer asalto del Ejército zarista contra Prusia Oriental, en agosto y septiembre, aunque mal ejecutado y rechazado de inmediato, invadió por un breve tiempo dos tercios de la provincia y debía constituir un paso preliminar para la invasión en profundidad de Alemania. En Galitzia, los rusos obtuvieron al principio unas espectaculares victorias, en las que capturaron la capital de las Tierras de la

Corona, Leópolis, obligaron a batirse en retirada a todo el Ejército de los Habsburgo y cercaron la piedra angular de la defensa de Hungría, la fortaleza de Przemyśl. Comenzado noviembre, cuando las unidades rusas alcanzaron los arrabales de Cracovia y un nuevo ejército, el Décimo, a las órdenes del general Sievers, lanzó la segunda invasión de Prusia Oriental, los comandantes alemanes experimentaron cierto pánico. Por un corto espacio de tiempo, antes de que los rusos fueran detenidos en el norte y forzados a retroceder en Galitzia, pareció que Posen, la puerta de entrada de la principal ruta de invasión del Reich, se enfrentaba a un inminente asedio.[4] Había mucho en juego, pues los mandatarios rusos y sus militares tenían grandes ambiciones territoriales. Hacia el otoño de 1914, voces influyentes en San Petersburgo presionaban a favor de la anexión permanente de, al menos, las regiones más septentrionales de Prusia Oriental. Para la Galitzia, los planes rusos iban mucho más allá de la mera conquista. Las fuerzas zaristas contemplaban esta campaña como una pugna por la unidad racial y formularon planes radicales para remodelar el este del territorio, que debería ser una tierra rusa, no solo en lo político, sino también en lo étnico. Este sueño presagiaba el sangriento designio racial, el *Generalplan Ost*, en el que se embarcaron los nazis en esa misma región apenas un cuarto de siglo más tarde. Si bien los planes zaristas no compartían la intención genocida de los nazis, situaron las consideraciones raciales en el núcleo del futuro del territorio, contravinieron las leyes internacionales e infligieron un tremendo sufrimiento a centenares de miles de personas en 1914-1915.[5]

Hoy, las penurias de los pueblos de las Potencias Centrales durante las invasiones orientales del inicio de la Primera Guerra Mundial están olvidadas, sepultadas bajo el recuerdo de los horrores mucho mayores perpetrados en esas mismas tierras a mediados del siglo XX. Pese a ello, las invasiones fueron consideradas una experiencia definitoria; ningún otro acontecimiento contribuyó más a perfilar la visión de los habitantes de Centroeuropa de lo que estaba en juego en esta guerra o la capacidad de sus Estados de combatirla. El impacto de la invasión reverberó mucho más allá del campo de batalla. Las noticias de los ataques y atrocidades rusas en Prusia Oriental horrorizaron y movilizaron a la población de todo el Reich. Las dos Potencias Centrales, de forma mucho más acuciante Austria-Hungría, se enfrentaron a crisis humanitarias causadas por la llegada al oeste de oleadas de personas desplazadas. Sin embargo, los que se quedaron en las zonas invadidas fueron los que más padecieron. La ambición de los militares zaristas, sorprendentemente moderna, que no se limitaban a conquistar Galitzia, sino

también a remodelar su población, impactó de diversas maneras, desde la asimilación cultural intrusiva a la deportación en masa. Su miedo a los espías y su paranoia por la seguridad generó una brutalidad contra los civiles que, al contrario de la desaparición de la violencia germana en el oeste, muy rápida, se radicalizó en el transcurso de la campaña y produjo cada vez más sufrimiento y acciones violentas. Es más, toda invasión es siempre traumática, incluso en las mejores circunstancias, cuando es breve y los invasores se comportan bien. Mucho después de la marcha de las tropas de ocupación persisten fuertes sentimientos de miedo, ira y humillación. Un examen detallado de una ciudad de Prusia Oriental, Allenstein, durante la invasión rusa de agosto, ilustra lo muy profundas que podían ser esas cicatrices.

Allenstein

La ciudad de Allenstein, de 33 000 habitantes, pasaba por ser una conurbación importante en la agraria Prusia Oriental. Fundada a mediados del siglo XIV por los Caballeros Teutones, acumulaba una larga historia de asedios, saqueos y ocupación. El habitante más célebre de la localidad, el astrónomo Nicolás Copérnico, tuvo que sacar tiempo de sus estudios para organizar su defensa durante la Guerra Polaco-Teutónica de 1519-1521. A principios del siglo XVIII, bandas de merodeadores suecos capturaron y medio quemaron Allenstein y las tropas rusas la ocuparon durante la Guerra de los Siete años de 1756-1763. Los franceses también tomaron y saquearon sin misericordia la ciudad en 1807. Napoleón escapó por poco a un intento de asesinato en la plaza del mercado.[6] Sin embargo, durante el resto del siglo XIX, Allenstein experimentó un largo y desacostumbrado periodo de paz y, en sus décadas finales, un rápido desarrollo. Se convirtió en un activo nudo ferroviario y la población creció con rapidez. Se cuadruplicó hasta pasar de 4800 en 1864 a 19 136 en 1890 y durante los veinte años siguientes se duplicó. En los comienzos del siglo XX era indudable que Allenstein estaba en ascenso. En 1905 se convirtió en capital de su región, en 1910 fue designada ciudad autónoma y en 1912 los militares prusianos eligieron establecer allí la base del recién creado XX Cuerpo de Ejército. Cuando estalló la contienda, dos años más tarde, la ciudad estaba atareada en la construcción de un gran

ayuntamiento, diseñado, como era de rigor, en el estilo arquitectónico del Renacimiento alemán, símbolo de su nueva importancia.[7]

Situada a apenas 50 kilómetros de la frontera sudeste de Prusia Oriental, Allenstein sería, sin duda, una de las primeras víctimas de una invasión rusa de Alemania. Sus ciudadanos, conscientes de su vulnerabilidad, siguieron la crisis internacional de julio con un profundo temor y las noticias de las hostilidades entre Austria-Hungría y Serbia impulsaron a marcharse a algunos de los más cautos.[8] Cuando Alemania le declaró la guerra a Rusia, el 1 de agosto, más habitantes decidieron huir a lugar seguro. Los ricos, con dinero para viajar y contactos sociales más allá de Prusia Oriental, fueron los primeros en marcharse. Aceleró tal partida un rumor inventado y propagado por la esposa de un alférez de la guarnición, que decía que los oficiales del XX Cuerpo habían recibido orden de enviar a su familia al interior, pues el Ejército se disponía a retirarse detrás del Vístula, muy al oeste de Allenstein. La mayoría de la población de la ciudad, la clase media y la trabajadora, se quedó donde estaba hasta mediados de mes, cuando llegaron desde los distritos fronterizos refugiados traumatizados que contaban terribles historias de atrocidades rusas. Los cosacos desbocados incendiaban granjas y aldeas y los contingentes zaristas devastaban ciudades en su rápido avance. Se hablaba de asesinatos, violaciones y de sádica brutalidad: decían que los rusos clavaron en las puertas de los graneros a algunas mujeres o que las obligaban a mirar mientras crucificaban a sus hijos.[9] La inquietud y el nerviosismo de la población fue en aumento. Muchos más habitantes hicieron las maletas y marcharon al oeste en ferrocarril, en calesas, en bicicletas e incluso a pie. Preocupado por el éxodo creciente, el alcalde de la ciudad publicó un cartel el 22 de agosto en el que desmentía los «insensatos rumores» e hizo un llamamiento a la calma. «Según me informan las autoridades responsables, nuestra situación es del todo favorable —tranquilizó a los ciudadanos—. No hay motivo para la alarma».[10]

En consecuencia, el choque fue mayúsculo, cuando, la noche del domingo 23 de agosto, los funcionarios civiles del Estado abandonaron de repente Allenstein. Para la población, este acto de traición indicaba que los rusos estaban cerca y daba más credibilidad a los rumores de su barbarie. Se desató el pánico y la gente corrió a escapar. «Miles de personas con sus pertenencias han tomado al asalto la estación de tren —anotó en su diario un maestro local, *Herr* Rittel—. Muchos permanecen día y noche en las plataformas abarrotadas sin lograr partir».[11] Sus vecinos estaban tan nerviosos por huir que dejaron encerrada en el apartamento a su frágil abuela de 94 años. A

primera hora de la mañana del martes 25 de agosto, los militares anunciaron su intención de dejar la ciudad. Advirtieron a los habitantes de que no dispararan al enemigo y los confortaron diciendo que su retirada evitaría todo riesgo de un tiroteo y les permitiría permanecer en casa, donde «estarían mejor».[12] Casi nadie quiso creerlos. Pocas horas después, a las 10:45 h de la mañana, partió de Allenstein el último tren de evacuación puesto a disposición del público. Ofrecía una estampa turbadora: «Un tren de inmensa longitud compuesto por vagones de pasajeros, ganado y mercancías, abarrotado hasta los topes de personas, que iban incluso en las plataformas, techos y en el furgón de frenos». Los pasajeros se creían afortunados, pero un falso reporte de victoria hizo que el tren se detuviera tras haber recorrrido 90 kilómetros y recibió orden de regresar. Los agotados refugiados desembarcaron en Allenstein el miércoles por la mañana, justo a tiempo de ser testigos de la entrada de las primeras tropas rusas.[13]

En ese momento, Allenstein estaba casi vacío. Quedaban no más de 3000 personas, menos de una décima parte de la población.[14] Entre ellas estaban algunas de las más pobres. El martes, una vez evacuada la estación, aprovecharon la oportunidad, primero para saquear la cantina y el almacén de mercancías y luego las tiendas y apartamentos cercanos.[15] El resto esperó con nerviosismo en casa; «un silencio inquietante» se enseñoreó de la ciudad esa noche.[16] El destino de la ciudad seguía sin estar claro. Los optimistas se animaron el miércoles por la mañana con rumores de grandes derrotas rusas y por el regreso de los refugiados a la estación de tren. Los tranvías urbanos restablecieron el servicio, lo cual contribuyó a dar un aire de normalidad.[17] No obstante, muchos residentes se prepararon para lo peor. Paul Hirschberg, un hotelero acomodado y concejal de la ciudad, enterró sus libros de cuentas y pólizas de seguros en la bodega de vino.[18] La esposa de Rittel, incapaz de exponer a sus hijos a las penurias de la huida, decidió permanecer con su marido. Adquirió dos botellas de vino espumoso barato, salchichas y jamón y lo colocó todo en el recibidor con intención de apaciguar a los soldados rusos que forzaran la casa.[19] Los altos dignatarios del Ayuntamiento que habían optado por no escapar también hicieron planes para la llegada del enemigo. En la mejor tradición prusiana de civismo funcionarial y paternalismo, el alcalde Zülch y su adjunto, *Herr* Schwarz; los sacerdotes católicos y protestantes de más alto rango, el padre Weichsel y el superintendente Hassenstein; y el jefe de policía decidieron permanecer al lado de sus angustiados ciudadanos. Estos hombres desempeñaron un papel esencial para

lograr que Allenstein y sus habitantes superaran prácticamente indemnes las siguientes cuarenta y ocho horas de peligro.

Los primeros rusos que entraron en Allenstein fueron tres soldados de una patrulla de caballería y un mando que llegó a la ciudad alrededor de las cinco en punto de la tarde del miércoles, 26 de agosto. Estaban nerviosos. Uno de ellos gritó en polaco que no debían hacerles nada; no causarían daño a nadie. Tras buscar por el centro indicios de soldados germanos, los jinetes volvieron grupas, pero entonces fueron rodeados de una muchedumbre de civiles; entre ellos había algunos borrachos. Volaron piedras contra la patrulla y uno de los soldados alzó su fusil, pero el oficial le impidió disparar. La confrontación quedó desbaratada por el jefe de policía local, que, por fortuna, había visto pasar al jinete desde su ventana y corrió tras él con algunos de sus hombres. Dispersaron con rapidez al gentío y los rusos se marcharon. No obstante, al salir de la ciudad les siguió un destacamento de ulanos alemanes que desmontó a tiros al oficial y lo hicieron prisionero.[20] El primer contacto podría haber sido desastroso para Allenstein. Si los rusos hubieran concluido que había *francs-tireurs*, o incluso que la ciudad contaba con defensas en estado de alerta, podrían haber sufrido represalias o un bombardeo. Por el contrario, ambos bandos actuaron con inteligencia y moderación. Dado que no estaban seguros de las unidades acantonadas en la ciudad, los rusos esperaron hasta la mañana antes de enviar nuevas patrullas. Mientras tanto, las autoridades municipales trabajaron para evitar más confrontaciones. Había en la ciudad soldados alemanes rezagados que habían decidido, por separado o en grupos reducidos, emprender una imposible defensa; esa tarde, el jefe de policía los reunió a todos y los mandó al oeste. A los ciudadanos se les informó de que debían entregar cualquier elemento de uniforme militar o armas de fuego en su posesión y les ordenaron que no deberían, en ninguna circunstancia, disparar ni hostigar de cualquier modo a las tropas del enemigo. A primera hora del jueves, cuando volvieron los jinetes rusos, habían desplegado policías de paisano en el puente hacia el sur para comunicarles que no quedaba en la ciudad ni un solo soldado alemán.[21]

A las 10:30 h de esa mañana, el XIII Cuerpo ruso, encuadrado en el Segundo Ejército del general Samsónov, inició su entrada en Allenstein.[22] No hubo desfile de la victoria, sino un cauto avance por un territorio que, era evidente, consideraban hostil. Los jinetes se desplegaron y avanzaron hacia el centro urbano, sin perderse de vista entre sí. La vanguardia, un destacamento de treinta soldados de caballería, llegó a la plaza del mercado alrededor de mediodía y su capitán exigió ver al alcalde. Tuvo lugar una negociación en la

que los representantes de la ciudad recibieron garantías de que se observaría la legislación internacional. Más tarde, esta misma promesa fue anunciada en público por un oficial de Estado Mayor, junto con la advertencia de que los civiles no debían disparar. A las 15:00 en punto de esa tarde, la fuerza rusa principal, quizá un total de 40 000 hombres, recorrió Allenstein. La infantería llegó primero, «figuras recias y robustas vestidas con uniformes gris-amarillo, la mayoría cubiertos por completo de sudor y polvo» seguidos de jinetes a lomos de poderosos caballos y, por último, la artillería y las columnas de suministros.[23] Su disciplina impresionó a los observadores germanos. Delante de casi todas las tiendas colocaron centinelas para evitar saqueos y se prohibió el alcohol. Cuando los soldados querían algo, lo pedían con educación y pagaban en efectivo. La recepción que les dio la población tampoco fue hostil. Ansiosos por apaciguar a sus conquistadores, los habitantes les regalaban comida, té y cigarrillos y sacaron taburetes para que los centinelas pudieran sentarse. Para escándalo de la policía, algunas mujeres flirtearon incluso con la tropa. Sin embargo, la tensión y el recelo persistían. Paul Hirschberg, al servir la cena en su hotel a los oficiales del Estado Mayor General ruso, recibió reiteradas órdenes de probar las bebidas que les había preparado, para demostrar que no estaban envenenadas.[24]

Esa tarde, el alcalde Zülch, su adjunto y otros seis notables de la ciudad fueron convocados al hotel central, donde habían establecido su puesto de mando el comandante en jefe ruso, el general Kluyev y su estado mayor. Tras las presentaciones, un coronel ruso explicó en mal alemán que los efectivos necesitaban suministros con urgencia. La ciudad recibió orden de entregar, antes de las 08:00 en punto de la mañana siguiente, 120 000 kilogramos de pan, 6000 de azúcar, 5000 de sal, 3000 de té, 15 000 de sémola o arroz y 160 de pimienta.[25] Si no cumplían sus exigencias, los castigarían.[26] Para el alcalde y sus acompañantes, reunir esa enorme cantidad de comida era una empresa abrumadora. La ciudad solo disponía de harina y sal en sus depósitos, por lo que tendrían que requisar los otros bienes en las tiendas y almacenes abandonados por los propietarios. Hirschberg quedó a cargo de la misión y el alcalde pidió voluntarios para ayudarlos, a los que advirtió de la amenaza rusa de represalias: «Mis queridos conciudadanos —les imploró—, ayúdenme en la hora más difícil de mi vida».[27] La tarea se reveló peligrosa. Los centinelas rusos tenían orden de impedir los saqueos e intervinieron cuando vieron a civiles alemanes llevarse bienes de las tiendas cerradas. A un policía le colocaron una bayoneta en el pecho unos soldados que pensaban que estaba saqueando. Otros voluntarios fueron obligados por los rusos a

servir de conductores de carros para reforzar el transporte; dos funcionarios municipales que asistieron a Hirschberg esa tarde fueron requisados y nunca más volvieron a saber de ellos. Sin embargo, con el temor a las requisas o represalias que planeaba sobre la ciudad, los voluntarios no podían hacer otra cosa salvo seguir buscando, hasta que, a las 02:00 de la madrugada, de forma inesperada, les dijeron que los rusos habían decidido que ya habían reunido suficiente.[28]

Fue la exigencia de pan lo que causó más dificultades a la ciudad. El peso que habían ordenado los rusos equivalía a unas 60 000 hogazas, una cantidad extraordinaria que había que reunir en menos de veinticuatro horas. Es más, al contrario que el resto de bienes, los rusos insistieron en que entregaran la cuota completa. Una parte fue tomada en tiendas. La gente fue de puerta en puerta implorando que les dieran lo que tuvieran. Se llegó incluso a forzar y registrar apartamentos privados. Aun así, seguía faltando una cantidad enorme. Por tanto, para satisfacer a los rusos, los ciudadanos tuvieron que hornear pan. Entraron a la fuerza en panaderías cerradas para dar con voluntarios que trabajaran en ellas. *Herr* Rittel participó en este esfuerzo cívico; se puso al frente de dos panaderías cercanas a su casa con ayuda de algunos vecinos, entre ellos su esposa y su hija, y cuatro soldados enviados por los rusos. Dado que la mayoría de panaderos de Allenstein había huido, necesitaron tiempo para hallar a alguien que supiera encender los hornos de vapor. Por fin, alrededor de medianoche ambos estaban en funcionamiento, si bien las primeras hogazas producidas resultaron ser, en palabras de Rittel, «apenas comestibles» debido a la falta de levadura o masa madre. Con la ayuda de una escolta armada rusa, encontraron un poco en el almacén de mercancías de la estación y, ahora con todos los ingredientes necesarios, la producción pudo empezar a pleno rendimiento. Las mujeres y las muchachas de Allenstein pasaron toda la noche amasando pan relevándose entre sí a intervalos de una hora. Otras hornearon pan en su propia casa. El pan recién hecho fue apilado junto con las demás mercancías en el cuartel de bomberos de la ciudad, donde el alcalde esperó a los rusos.[29]

En la madrugada del viernes 28 de agosto, mucho antes de la hora acordada, un capitán ruso se presentó en el cuartel con carros. La fuerza rusa principal ya se había marchado y había dejado solo un par de batallones, por lo que necesitaban los alimentos con urgencia. A pesar del tremendo esfuerzo de la noche, Allenstein no había logrado alcanzar las cuotas. Habían reunido algo menos de la mitad del azúcar y la sal exigidas, menos de un tercio de la sémola y arroz, una pequeña cantidad de té y nada de pimienta. En lugar de

los 120 000 kilogramos de pan que el oficial había venido a recoger, la ciudad solo tenía 25 096.[30] Durante las horas siguientes, el alcalde Zülch vivió momentos de gran inquietud. El capitán discutió el peso del pan entregado de la ciudad y solo consintió entregar un recibo después de una feroz discusión. Poco después, llegó un general para quejarse de la calidad del pan y amenazar con represalias por el incumplimiento. Una vez más, Zülch se mantuvo firme, explicó que la ciudad había hecho todo lo posible por cooperar y logró convencer al ruso de que una acción punitiva sería injusta.[31] Cuando por fin se marchó el general, el agotado alcalde se fue a casa a dormir, pero le hicieron volver de inmediato para saldar el pago de los suministros. Esto supuso una nueva discusión acerca de la cantidad y valor de los bienes, que duró varias horas. A mediodía, tras haber llegado a un compromiso, se oyó un disparo y la reunión fue cortada por la irrupción del comandante ruso de la ciudad. Este, agitando una mano vendada delante del alcalde, gritó: «Su gente me ha disparado».[32]

En realidad, el tiro que hirió al oficial no procedía de un *franc-tireur* civil, sino de las tropas del 8.º Ejército alemán, que se acercaban rápidamente a la ciudad. Desde el tejado de su panadería, Rittel y sus ayudantes vieron llegar por el este a soldados de gris formados en líneas de tiradores. Desde los arrabales urbanos volvían corriendo los sorprendidos rusos. Algunos tomaron posiciones en jardines y cruces de caminos, pero el avance de la infantería alemana pronto los obligó a huir. Los combates, aunque breves, alternaron momentos de brutalidad; los soldados del general Paul von Hindenburg, muchos de ellos oriundos de las tierras fronterizas de Prusia Oriental, querían venganza contra los invasores de su tierra.[33] En la panadería, la hija de Rittel fue abordada por dos fusileros germanos. Echaron abajo las puertas cerradas y, armas en ristre, exigieron saber el paradero de los rusos que les habían ayudado a hornear pan. La aterrorizada muchacha fue incapaz de decírselo. Después de un frenético registro, hallaron a sus enemigos escondidos en la carbonera, los golpearon con la culata y los sacaron al exterior a empellones. En otros lugares, los libertadores fueron aún más violentos: las tropas germanas pusieron contra la pared del hotel de Hirschberg a tres prisioneros rusos y los fusilaron en presencia de la familia del primero. Hacia las 15:30 h de esa tarde, la resistencia rusa en Allenstein estaba rota. Pocas horas más tarde, el antiguo comandante de la ciudad yacía muerto en un campo de batalla situado a 10 kilómetros al sur y el oficial que había negociado el pago con el alcalde Zülch, pero que nunca llegó a entregar dinero alguno, había sido hecho prisionero junto con muchos de sus hombres. La población recibió

con júbilo a los soldados libertadores, les arrojaban flores y les entregaban cigarrillos y la comida que les quedaba. Aunque continuaron hasta el domingo los tiroteos con rusos rezagados, que provocaron cierta alarma, pronto se difundió la noticia de la gran victoria del 8.º Ejército alemán, que reforzó la confianza en que el Ejército zarista no volvería. El calvario de Allenstein había terminado.[34]

Es indudable que Allenstein salió bien librada de la ocupación. No hubo crueldades contra su población, los rusos fueron expulsados de forma tan rápida e inesperada que no tuvieron oportunidad de destruir ninguna infraestructura de importancia y la propia liberación solo costó las vidas de tres soldados, un oficial y una civil, esta última alcanzada por un disparo durante los combates.[35] Sin embargo, sería erróneo concluir que la ciudad nunca corrió peligro. Los rusos temían la resistencia civil y su ocupación tuvo lugar en un momento de particular tensión, durante la batalla de Tannenberg. Aunque los jefes rusos actuaron con moderación y sus unidades fueron disciplinadas, el día de la liberación de la ciudad hubo masacres en dos pequeños pueblos vecinos, Soldau y Ortelsburg.[36] Los funcionarios municipales que tuvieron la valentía de quedarse en Allenstein mientras otras autoridades se marchaban merecen que se les reconozca el esfuerzo por evitar el derramamiento de sangre; el jefe de policía, que desactivó la tensión entre el gentío y la primera patrulla rusa, tuvo el buen sentido de retirar de la ciudad a los soldados alemanes y destacó hombres en las entradas para informar al invasor de que no estaba defendida; Hirschberg y otros funcionarios menores como Rittel, que reunieron los suministros exigidos por la fuerza de ocupación; y, por encima de todo, el alcalde Zülch, que negoció con el alto mando ruso, organizó a la ciudadanía para que cumpliera sus órdenes y recibió una merecida Cruz de Hierro por sus esfuerzos.[37]

La invasión, aun breve e incruenta, causó una profunda impresión a los moradores de la ciudad. Como observó el diario local, «nadie que no haya vivido aquellos “días rusos” de Allenstein puede comprender la profunda ignominia que sintieron los que se quedaron, al ver a nuestra ciudad alemana bajo dominio ruso».[38] La ocupación causó un miedo extremo. La hija de Rittel, por ejemplo, quedó muy afectada por la experiencia. En noviembre de 1914, cuando los efectivos germanos volvieron a retroceder en el frente oriental y evacuaron suministros y heridos de Allenstein, ella obligó a la familia a escapar. Muchos de los que vivieron la primera invasión pensaban de igual modo, pues el éxodo de la ciudad fue aún mayor que en agosto.[39] Las intensas emociones suscitadas por la invasión, miedo, humillación,

aunque también orgullo por la solidaridad cívica desplegada bajo la ocupación, no solo dejó una marca en la psique colectiva de la localidad, sino que pasó a formar parte, en el sentido literal, de su fisonomía. Una vez pasó el peligro, se modificaron los planos del nuevo Ayuntamiento de Allenstein. Se añadieron relieves esculpidos de la invasión en un saledizo que se proyectaba del edificio principal.[*] Incluían «la negociación con el enemigo por el destino de la ciudad» y «el horneado de pan durante la tiranía». El rencor de la ciudad hacia el enemigo quedó inmortalizado en piedra. Mucho tiempo después de la guerra podían verse gárgolas en los soportes de piedra de los marcos de las ventanas inferiores. Cada una representaba a un inglés, un francés, un ruso, un italiano, un serbio, un japonés y un indio.[40]

Atrocidades rusas

En otros puntos de Prusia Oriental, la invasión no fue ni tan breve ni tan poco sangrienta como en Allenstein. Las historias que narraban los aterrorizados refugiados que llegaron a la ciudad a principios de agosto tenían una sólida base de verdad. Desde los primeros días de la contienda, las incursiones zaristas fusilaron habitantes y quemaron aldeas y granjas por toda la frontera. Tan pronto como el Primer Ejército del general Paul von Rennenkampf invadió el este de la provincia, el 15 de agosto, seguido cinco días más tarde en el sur por el Segundo Ejército del general Aleksandr Samsónov, la violencia fue mucho peor.[41] Hasta los militares germanos estaban consternados. El teniente coronel Max Hoffmann, primer oficial del Estado Mayor del Octavo Ejército, encargado de la defensa del territorio, exclamó horrorizado el 23 de agosto que «nunca ha habido una guerra como esta y nunca volverá a haberla […] librada con una furia tan bestial. Los rusos lo queman todo a su paso».[42] Es cierto que la destrucción fue inmensa. Aunque las escasas ciudades de Prusia Oriental escaparon relativamente indemnes, tres quintas partes de las poblaciones y más de un cuarto de sus aldeas y granjas sufrieron daños o quedaron arrasadas. Los rusos destruyeron o dañaron más de 100 000 edificios. Lo peor fue la pérdida de vidas humanas. Unos 1491 habitantes de Prusia Oriental perecieron a manos de efectivos rusos, la mayoría durante la primera invasión de agosto-septiembre de 1914. Algunos fueron ejecutados, otros asesinados durante los saqueos o bien

perdieron la vida en masacres provocadas por el pánico o producto de represalias ordenadas por el mando. La escala de la violencia, en proporción a la población de Prusia Oriental, mucho menor, no fue muy diferente a la de las atrocidades germanas más célebres en Bélgica y Francia de la misma época.[43]

El Ejército ruso invadió Prusia Oriental convencido de que encontrarían resistencia civil. La fuerza tenía una larga experiencia en guerra de contrainsurgencia, pero, al contrario que sus adversarios alemanes, su desconfianza hacia los súbditos enemigos no provenía del trauma de los *francs-tireurs*. Al contrario, procedía de los estereotipos étnicos. En preparación del próximo conflicto, los comandantes zaristas encargaron estudios etnográficos de la población de los territorios en los que combatirían. Estos trabajos establecían una relación explícita entre raza y fiabilidad política y consideraban a los alemanes los más peligrosos de los pueblos fronterizos. Prusia Oriental, donde cuatro quintas partes de sus 2 064 175 habitantes eran germanos y el resto lituanos y masurianos de habla polaca leales a la corona prusiana, solo podía ser considerada, por tanto, un territorio en extremo hostil.[44] Tan pronto como el Primer Ejército ruso se adentró en la provincia, el general Rennenkampf trató de disuadir la oposición esperada mediante una cruda advertencia. Prometió no hacer daño a civiles pacíficos, pero impuso penas draconianas a quienes atacaran a sus tropas. «Toda resistencia de los habitantes contra el Ejército imperial ruso será castigada sin piedad, sin tener en cuenta ni género ni edad», advirtió. También obvió la legislación internacional al amenazar con castigos colectivos: prometió que «los lugares donde se perpetre el más mínimo ataque contra el Ejército ruso […] serán de inmediato completamente incendiados».[45]

La violencia del Ejército ruso durante la invasión estuvo motivada en gran parte por la convicción de que los civiles desobedecieron tal advertencia. Como explicó más tarde el intendente general Yuri N. Danilov, tercero en el mando del Ejército zarista, los oficiales que sirvieron en Prusia Oriental rindieron tributo, «de forma unánime», a la organización del «excelente apoyo que la población germana prestó a las tropas [enemigas]». El miedo a los espías se apoderó del Ejército. Las unidades reportaron que se usaban molinos de viento para monitorizar su avance. Se decía que la gente revelaba los movimientos de unidades con señales de luz y tañidos de las campanas de las iglesias. Incluso creían que los habitantes eran lo bastante fanáticos como para prender fuego a su propia casa y crear una señal de humo para los de su bando; un caso curioso, en el que el desasosiego ruso se proyectaba contra las

víctimas de su propia violencia. También hubo acusaciones paranoicas de resistencia armada. Se rumoreaba que había *francs-tireurs* recorriendo el campo en bicicleta y moto, militares alemanes vestidos de paisano entremezclados entre la población y civiles de aspecto inofensivo que planeaban envenenar a los desprevenidos soldados zaristas.[46]

Al igual que las historias que circulaban en ese mismo momento en el Ejército del káiser en Bélgica y Francia, no eran más que fantasías. Investigaciones alemanas posteriores solo hallaron casos aislados de tiroteos de insensatos en Prusia Oriental; la gran masa de la población obedeció las advertencias de las autoridades de no hostilizar al invasor.[47] El mayor temor de los rusos, el espionaje, también fue poco común. Al inicio de la invasión, valerosos funcionarios de correos y telégrafos corrieron grandes riesgos para avisar a las fuerzas germanas de la llegada del enemigo. En un célebre incidente, el jefe de la oficina postal de la aldea fronteriza de Eydtkuhnen entretuvo a los rusos hablando en la planta inferior del edificio mientras, escaleras arriba, su personal telegrafiaba a toda prisa a las autoridades militares y civiles prusianas para avisar de su llegada y luego destruyeron el equipo. En muchos lugares, valientes teleoperadoras garantizaron que la noticia llegara al Ejército alemán. *Fraülein* Moritz, de la oficina de correos de Memel, es un ejemplo; cuando llegaron los rusos, saltó a su bicicleta y, bajo fuego de fusilería, pedaleó hasta el vigía alemán más cercano para advertirle del peligro. Sin embargo, el espionaje rara vez fue más allá de estos actos de heroísmo espontáneo. No hubo redes de espías ni intrincadas conspiraciones. El jefe de la oficina de correos de la aldea de Kolletzischken es, probablemente, un caso único: tras dar con una línea telefónica que todavía funcionaba, transmitió heroicamente informes de movimientos de efectivos rusos al otro lado del frente, hasta que descubrieron su línea, a primeros de septiembre.[48]

Al igual que en el oeste, los primeros combates, móviles y muy confusos, atizaron entre los invasores el miedo y la expectativa de resistencia civil. Las escaramuzas con pequeñas y bien camufladas patrullas alemanas llevaban a los nerviosos rusos a concluir de inmediato que estaban siendo atacados por la población y a tomar represalias. En unas cincuenta ocasiones, los soldados zaristas, tras recibir fuego de las fuerzas germanas en una aldea o sus inmediaciones, no hacían investigación alguna, sino que incendiaban sin más algunas o todas las casas vecinas.[49] La violencia fue más intensa en los puntos de crisis, si bien no se limitó en absoluto a estos. En el sur de Prusia Oriental, la fase más sangrienta fue durante los últimos y confusos días del

avance de Samsónov, mientras su Segundo Ejército era copado por los defensores alemanes. En el este, los asesinatos se dispararon en septiembre, durante la apresurada retirada del contingente de Rennenkampf. Su logística y disciplina se medio derrumbaron y sus soldados, asustados, frustrados y hambrientos, se dejaron llevar aún más por las fantasías de espías y *francs-tireurs* y desfogaron su ira contra los civiles.[50] El derramamiento de sangre fue exacerbado por la poco firme disciplina de las fuerzas militares zaristas. Esto hizo que algunas unidades fueran propensas al pánico y a la violencia y también que los saqueos, a menudo acompañados de asaltos y asesinatos, fuera un elemento omnipresente en esta campaña. Aunque algunas formaciones rusas fueron elogiadas por el estricto control que los mandos ejercían sobre ellas, las columnas de suministros fueron tachadas de bandas de ladrones. De igual modo, se reportó que las rápidas y móviles patrullas de caballería sin supervisión de un oficial tuvieron una conducta particularmente atroz. Como resumió la Iglesia evangélica de Prusia Oriental tras entrevistar a sus sacerdotes, estos «hurtaron, robaron y asesinaron hasta la saciedad». Los cosacos, los indómitos jinetes ligeros de élite del Ejército ruso, inspiraban particular temor.[51]

En agosto y septiembre de 1914, la suma de los estereotipos raciales de los rusos, la mediocre disciplina y la desorientación de los fluidos combates convirtió la campiña de Prusia Oriental en un lugar muy expuesto. Los hombres eran los que más peligro corrían. Muchas víctimas atrajeron sin querer la atención de los invasores. Vestir o incluso poseer cualquier elemento de ropa militar era un grave error, pues los rusos estaban convencidos de que entre la población local se ocultaban soldados vestidos de paisano. Por desgracia, los reservistas alemanes se llevaban a menudo el resistente calzado militar, una gorra o una chaqueta a su retorno del servicio militar obligatorio, como recuerdo o para usarlo en el campo, lo que daba mucho espacio para la confusión. En 1914, la posesión de un par de botas militares o de una cartilla militar le podía costar la vida a un hombre.[52] La hipersensibilidad de los rusos al espionaje también hizo peligrosos otros artículos. Daban por hecho que los granjeros que vestían pantalones con polainas eran oficiales prusianos y telescopios, silbatos e incluso cuadernos de notas eran considerados pruebas de actividades traicioneras. Para un individuo, la posesión de un atlas escolar era motivo suficiente para buscarse problemas. Los ciclistas figuraron entre los grandes perjudicados de la invasión. Una de cada veinte de las víctimas mortales de los rusos montaba en bicicleta. En el mísero imperio zarista, las bicicletas de propiedad privada eran una rareza, de ahí que mandos y tropa

tendieran a verlas como máquinas bélicas y a los ciclistas como combatientes disfrazados. En general, los juicios eran considerados superfluos. Como reportó un gendarme de Prusia Oriental, «cuando [los rusos] encontraban un ciclista, le rompían la bicicleta sin más ceremonia, y a la mayoría los fusilaban».[53]

Los rusos no solo ejecutaban individuos. También castigaban sin piedad a pueblos enteros cuando percibían resistencia. El 2 de septiembre, el gran duque Nikolái Nikoláyevich, comandante en jefe del Ejército zarista, ordenó que toda localidad desde donde dispararan a sus soldados debía sufrir una «completa destrucción».[54] Esto, en realidad, solo legitimó una práctica que se llevaba aplicando desde hacía semanas. El 22 de agosto, la pequeña localidad de Neidenburg sufrió un bombardeo punitivo de artillería tras un informe erróneo de que sus ciudadanos habían disparado contra unos cosacos en misión de reconocimiento. Las aldeas se convirtieron en escenarios de masacres en circunstancias similares. Entre la larga lista de asentamientos donde hubo derramamiento de sangre, merecen mención algunos de los que más sufrieron. En la aldea de Santoppen, los rusos asesinaron el 28 de agosto a 21 personas, entre ellas dos mujeres y un cura católico, puede que en represalia por los tiros recibidos por dos cosacos en las inmediaciones de la aldea ese mismo día. Lo más probable es que los disparos procedieran de una patrulla alemana. Otra explicación es la obsesión rusa por las señales, pues las campanas de la aldea sonaron esa tarde; lo irónico es que tocaban a difuntos por un hombre que había sido fusilado por los rusos el día anterior.[55] El 29 de agosto, en Bischofstein, tras un tiroteo con una patrulla de seis alemanes que luego se dispersó a toda prisa, los rusos ejecutaron a 36 hombres de la localidad y sus inmediaciones.[56] Ese mismo día se perpetró en Abschwangen la matanza más sangrienta de la invasión. Jinetes alemanes abatieron a tiros a un alto mando ruso que pasó en vehículo por la aldea. Tropas zaristas irrumpieron en el pueblo, mataron a algunos de los habitantes varones y prendieron fuego a la localidad. Los hombres restantes fueron reunidos en dos grupos a ambos extremos de la aldea. Un grupo fue ejecutado, pero el otro fue perdonado después de que un concejal llamado Graap mostrara una nota que había dejado un mando zarista acantonado en la aldea que testificaba su buena conducta. La masacre, el incendio y la ejecución masiva costaron 61 vidas.[57]

Para los habitantes de Prusia Oriental, fue una época terrorífica. El caso de Anna S., esposa de un granjero acaudalado del distrito meridional de Rössel, ilustra la terrible rapidez con la que la suerte de una familia podía cambiar durante la invasión. Conocemos su historia porque, a mediados de

septiembre, Anna la relató en las oficinas del condado de Allenstein, donde acudió a solicitar ayuda. «El 31 de agosto, una patrulla cosaca entró en nuestra granja», contó. Los cosacos habían combatido una escaramuza con soldados alemanes, que, inferiores en número, se retiraron. Entonces llegó la infantería rusa, que, al parecer, no había visto el tiroteo de la patrulla, pero habían oído los disparos y estaban convencidos de que procedían de la granja. Amenazaron a todos los presentes con bayonetas y exigieron que les dijeran «dónde se escondían los soldados alemanes». Entonces sucedió la tragedia, explicó Anna:

> Mi esposo se había escondido en el pajar. Los soldados rusos les prendieron fuego. Mi marido salió, y los soldados le pidieron que les diera todo su dinero. Mi marido les dio 200 marcos y les imploró que le dejaran vivir por sus ocho hijos. Los rusos le dijeron, después de que les diera el dinero, que no tenían nada que temer, y que podía marcharse; no iban a hacerle nada. Sin embargo, apenas dio unos pasos, dispararon a mi marido.

Tras herir de muerte al granjero, los rusos quemaron toda la granja, excepto una sola cabaña. Uno de los hijos de Anna, Josef, de 6 años, pereció en las llamas junto con una niñera, una trabajadora de la granja y todo el ganado. Dispararon e hirieron a su hijo de 14 años y mataron a uno de los trabajadores de la familia. Anna huyó descalza con sus siete hijos restantes.[58]

Los mandos zaristas autorizaron y ordenaron ejecuciones y matanzas. Esto no fue así ni en los saqueos sañudos ni en las violaciones. Cuando se reportaban agresiones sexuales, los rusos llevaban a cabo investigaciones exhaustivas y, si el culpable podía identificarse, imponían severos castigos.[59] Pese a ello, las mujeres eran muy vulnerables en la zona de guerra. Requisas y registros daban numerosas oportunidades de entrar en las viviendas e incluso, si las víctimas informaban de una violación, era difícil seguir el rastro de los violadores en el caos del campo de batalla. Nunca se ha determinado con seguridad la cifra de ataques sexuales durante las invasiones. Las autoridades de Prusia Oriental recopilaron 338 casos, pero no todos los distritos informaron de ello y, dado que las víctimas eran notoriamente reacias a denunciar las agresiones, esta cifra es, sin lugar a dudas, demasiado baja.[60] Es posible obtener una estimación más fiable si extrapolamos el número de embarazos provocados por las violaciones. Dos años y medio después de las invasiones, 37 «niños rusos» estaban recibiendo ayudas del Estado y las autoridades provinciales tenían conocimiento de otros 11 que nacieron

muertos o que ya habían fallecido. Si las conclusiones de la obstetricia moderna de que el 5 por ciento de violaciones da lugar a embarazos son aplicables a las condiciones de principios del siglo XX, esto sugeriría que los invasores cometieron casi un millar de agresiones sexuales en la provincia.[61]

Esas estadísticas ocultan horrendos sufrimientos humanos. Un solo testimonio, el de Anna N., una mujer de 21 años en el séptimo mes de embarazo en el momento en que fue violada, en octubre de 1914, nos servirá de ejemplo de este calvario. El relato de lo que le hicieron no es sensacionalista, ni siquiera emocional. Y, sin embargo, es aún más poderoso al mostrarlo con el tono desapasionado que las víctimas de violación de todas las nacionalidades adoptan ante la autoridad:

> Tres soldados rusos entraron a pie en nuestra aldea de Wysockem, distrito de Lyck, y registraron nuestra casa. Buscaron hombres en todas las habitaciones, pero no encontraron a nadie. Mi madre y yo permanecimos en el recibidor mientras esto sucedía. Uno de los soldados rusos me llevó a empellones del recibidor a una habitación y me exigió que me entregara a él. Me resistí y entonces el soldado me arrojó al suelo con violencia. Cuando terminó conmigo, un segundo soldado, que estaba esperando en la puerta e impedía entrar a mi madre, pasó a la habitación. Este me arrojó sobre la cama y también me forzó para que me diera a él. Después de que este acabó conmigo, los dos salieron de casa y se marcharon. El tercer soldado se había ido antes. Es obvio que se oponía a entrar, pues les dijo a sus camaradas que debían dejarme en paz.

Este terrible episodio duró solo diez minutos, pero sus efectos fueron duraderos. El hijo de Anna nació muerto y, en enero de 1915, ella seguía débil a causa de la agresión.[62]

La herramienta de opresión más característica del Ejército ruso, y la que más empleaba, era la deportación. Las nuevas ordenanzas de campaña publicadas a finales de julio de 1914 concedían al Ejército zarista autoridad ilimitada sobre la población en las zonas de guerra, incluida la potestad de trasladarla. La legalidad de esta medida con arreglo a la legislación internacional era más ambigua, pues su uso no estaba previsto. Durante la primera invasión de Prusia Oriental, arrestaron y deportaron a miles de hombres. La mayoría estaba en edad militar y fueron trasladados para impedirles incorporarse al Ejército germano, una medida que a las autoridades prusianas les pareció legítima.[63] Otros fueron obligados, junto con sus carros

de granja, a servir en las columnas de suministros del Ejército zarista, en una clara violación de la Convención de La Haya de 1907. Legales o no, los arrestos y deportaciones causaron angustia en los hombres y su familia. Un padre expresó su descarnado dolor en una carta a las autoridades prusianas en las que solicitaba ayuda para recuperar, vivo o muerto, a su hijo de 17 años. El 29 de agosto, comunicó a los funcionarios, cuarenta cosacos cayeron de repente sobre su granja disparando las carabinas. La familia quedó aterrorizada:

> Mi esposa, mi único hijo, Josef, un robusto muchacho de 17 años, y yo huimos de una habitación a otra y, por fin, en la última cámara nos postramos de rodillas y rezamos juntos. Los salvajes se abalanzaron sobre nosotros como un gato o una bestia salvaje saltaría sobre una familia de pájaros en su nido. Nos golpearon, empujaron y maltrataron sin piedad. Mi esposa gritaba, la dejaron medio muerta de un puñetazo, la cachearon. A mí me empujaban de un lado a otro con los fusiles y se llevaron sin piedad a mi hijo único. El muchacho gritaba […] «padre, sálveme, padre, sálveme». Yo supliqué, imploré, lloré como solo puede hacerlo un padre por su hijo único. No sirvió de nada.

El padre siguió a los soldados y a su hijo hasta la linde con el pueblo vecino, a pesar de las amenazas y los golpes para que se fuera. Por fin, escribió, «tenía que volver; me habían robado a mi hijo. Fue a plena luz del día. ¡Dios mío, Dios mío!».[64]

Después de que los rusos entraran en Prusia Oriental por segunda vez, en noviembre de 1914, y que ocuparan los distritos orientales de la provincia, las deportaciones se radicalizaron de forma drástica. La obsesión por los espías no desapareció con la misma rapidez que el espejismo germano de los *francs-tireur*, sino que, por el contrario, ese otoño alcanzó nuevas cotas. El jefe del Estado Mayor General ruso, Nikolái Yanushkevich, decidió en octubre hacer pleno uso de su potestad para deportar y ordenó que las zonas del frente fueran vaciadas de súbditos enemigos para así mantener el secreto de las operaciones y proteger a las unidades de espías o emboscadas.[65] Primero los súbditos enemigos y después, en el invierno de 1914-1915, centenares de miles de súbditos rusos de etnia germana fueron deportados de las regiones occidentales del imperio del zar. Algunos prusianos orientales se vieron atrapados en estos enormes traslados. El frente estático en la provincia ayudó a este nuevo proyecto ruso, pues permitió consolidar unas líneas de

suministro que, a su vez, facilitaban el traslado de grandes cantidades de personas, así como beneficiarse de un saqueo organizado y sistemático. Ahora ya no solo se trasladaban hombres como antes, sino también mujeres y niños. Un total de 13 000 prusianos orientales fue enviado por la fuerza al interior ruso.[66]

La cifra de deportados habría sido mucho mayor de no ser porque el jefe de la administración civil de Prusia Oriental, Adolf von Batocki, junto con algunas autoridades provinciales y los militares, no hubiera organizado la evacuación ante el avance ruso. A primeros de noviembre, ayudaron a unas 200 000 personas de zonas en peligro a ponerse a salvo; la mayoría fue alojada en el norte y centro de Alemania. Unos 50 000 escaparon por su cuenta al corazón del país y unas 100 000 personas desplazadas viajaron a los distritos del oeste de Prusia Oriental.[67] Aunque se negaron a ser evacuados y asumieron el gran riesgo de quedarse, la confusión y mala coordinación de los rusos les sirvió a veces para salvarse. En contra de la orden del jefe de Estado Mayor, el comandante zarista en Prusia Oriental, general Sievers, les dijo a sus unidades que expulsaran a los varones germanos hacia las líneas enemigas. Los oficiales de menor rango, además, tenían preocupaciones y soluciones de seguridad propias y, en consecuencia, las deportaciones fueron aleatorias. En algunos lugares se llevaron a todo el mundo, mientras que en otros solo capturaron a los hombres en edad de combatir y en otras zonas la población no fue molestada.[68] Así y todo, según el responsable del condado de Gumbinnen, en sus distritos invadidos los rusos deportó a más del 30 por ciento de la población que no había sido evacuada.[69] Algunos prusianos orientales, en su desesperación, buscaron refugio en los densos bosques de la provincia. Un hombre huyó de su aldea a mediados de diciembre, cuando llegaron los rusos. Excavó un agujero en la ladera de una quebrada remota y pasó allí todo el invierno; se alimentó de harina mezclada con agua fría y centeno sin trillar. En febrero de 1915 no se enteró de la liberación y no lo descubrieron hasta principios de abril, cuando, debilitado por el hambre, decidió regresar a casa para entregarse.[70]

La gente que ni escapó ni fue evacuada vivió una odisea de penurias y peligros.[71] La mayoría fue transportada con gran ineficiencia y en condiciones terribles a través de millares de kilómetros. Niños pequeños y ancianos, muy numerosos entre los deportados, perecieron en el trayecto. A la mayoría la descargaron en el río Volga, o entre el Volga y los Urales. En el otoño de 1915, la embajada estadounidense en Rusia, los representantes neutrales, encargados de velar por su bienestar, manifestaron su alarma por las

condiciones de los deportados. En ninguna región las autoridades civiles rusas tenían una idea precisa del paradero de estos, ni se sentían responsables de atenderlos. No había apoyo financiero oficial y, para empeorar aún más la situación, ciertas autoridades prohibieron a los prisioneros acceder a trabajo remunerado. En algunas regiones, por tanto, se vieron obligados a permanecer en una inactividad y penuria obligadas. En otros lugares les enviaron a trabajos forzados. Los funcionarios estadounidenses que visitaron el Volga observaron «un sufrimiento muy real» y «falta de alimentación suficiente». Como era de esperar, dadas las duras condiciones de transporte de los deportados y las privaciones que soportaron durante su internamiento, muchos murieron. Alrededor de un tercio de los deportados, más de 4000 personas, no vivió para volver a ver su patria.[72]

Las invasiones y la violencia que las acompañó causaron un profundo sufrimiento a los habitantes de Prusia Oriental y, aunque resulte contradictorio, potenció el esfuerzo bélico germano. El Reich perdió poco de valor económico, pues la provincia era pobre con respecto a los estándares nacionales, agraria y poco poblada. Solo su capital, la ciudad portuaria de Königsberg, tenía importancia y, por fortuna, nunca fue conquistada. Con todo, las invasiones dotaron de dos enormes refuerzos psicológicos a la movilización del Reich. El primer factor, y el más célebre, la victoria contra el Segundo Ejército ruso en Tannenberg, en los últimos días de agosto de 1914, proporcionó una poderosa inyección de moral a la preocupada opinión pública. En Berlín, la llegada de refugiados desde la frontera oriental a primeros de mes provocó mucha inquietud. Las noticias de la batalla victoriosa, en la que se tomaron 92 000 prisioneros y 400 cañones, fue acogida, en palabras del editor del *Berliner Tageblatt*, con «increíble entusiasmo».[73] El jefe de las fuerzas defensoras del 8.º Ejército, Paul von Hindenburg, se hizo célebre de la noche a la mañana. El káiser, consciente del enorme capital político que conllevaba ser considerado el libertador de Prusia Oriental, se apresuró a entrar en la provincia la segunda vez que fue liberada, a mediados de febrero de 1915, pero, para entonces, era tarde. Hindenburg ya había cimentado su reputación de «salvador» de la patria. La fama y popularidad que tanto él como su jefe de Estado Mayor, Erich Ludendorff, ganaron gracias a la defensa de la provincia les llevó a un ascenso meteórico que les condujo, dos años más tarde, a asumir la jefatura del Ejército germano y, en última instancia, al liderazgo bélico *de facto* de Alemania.[74]

Hubo un segundo factor, no tan bien reconocido, pero aún más significativo: las invasiones rusas sirvieron a la opinión pública alemana,

desde el mismo comienzo de las hostilidades, de terrorífico recordatorio de las consecuencias de la derrota. Estas invasiones fueron un trauma formativo que no solo experimentaron los habitantes de Prusia Oriental, sino también, por delegación, toda la nación germana. Los alemanes que vivían a centenares de kilómetros de los combates leyeron en los diarios vívidas, aterradoras y en su mayor parte fidedignas crónicas de las atrocidades zaristas. Las unidades que combatían en la provincia, buena parte de las cuales procedía de otras regiones del Reich, añadieron credibilidad a las noticias periodísticas con sus propios relatos, a menudo exagerados, de la brutalidad del enemigo. El elemento más importante que transmitió el trauma de Prusia Oriental al resto del país fue la oleada de refugiados. Durante el ataque veraniego de los rusos, 800 000 refugiados, más de un tercio de la población de Prusia Oriental, abandonó su casa y se encaminó al oeste. La segunda invasión del otoño produjo menos desplazamientos, aunque estos llegaron más lejos gracias a la mejor organización de la evacuación oficial. Se fletaron trenes que llevaron a 34 000 personas a Pomerania, 21 000 a Schleswig, 20 000 a Luneburgo, 12 000 a Potsdam y muchos otros a diferentes destinos repartidos por todo el Reich. Otros 80 000 habitantes de Prusia Oriental marcharon con familiares, en su mayoría en Berlín y Westfalia. Esa gente hizo que los alemanes del centro y el oeste del país afrontaran las consecuencias de la invasión. Su número se hinchó con los evacuados militares; en noviembre, el Ejército, temeroso de una invasión del interior del Reich, trasladó a miles de hombres jóvenes de otras provincias de la frontera oriental. El propósito de esta medida era protegerlos de la deportación, aunque, según la rumorología popular, era necesario porque los rusos les cortaban las manos a todos los varones germanos aptos. La medida, y los mitos que le acompañaron, recordaron a todos los alemanes el gran peligro al que se enfrentaba el Reich.[75]

Las invasiones no solo inflamaron sentimientos generalizados de miedo, sino que unieron al pueblo germano, casi en el sentido literal de la palabra, y cimentaron la solidaridad nacional establecida al inicio de las hostilidades. En la fase de la destrucción y las crueldades, tanto las verdaderas como las exageradas, difícilmente podía cuestionarse que combatían por una causa buena y justa. Incluso los socialdemócratas, los más escépticos de todos los grupos políticos alemanes, consideraban la campaña zarista en Prusia Oriental un «símbolo flamígero de un método bélico profundamente bárbaro».[76] Con independencia de que muchos refugiados de Prusia Oriental fueran lituanos o masurianos de habla polaca, todos fueron agasajados como hermanos alemanes y se rindió público tributo a su «sacrificio por la sagrada causa».[77]

El símbolo más poderoso de la solidaridad que sentía todo el país, y signo de la fuerte identificación de los alemanes con los atribulados pobladores de la zona de invasión, fue el éxito espectacular de la campaña de recaudación de fondos para aliviar sus sufrimientos y reparar los daños. De todos los confines del Reich llegó una lluvia de donaciones. Hacia mayo de 1916, alcanzó la impresionante cifra de 12 millones de marcos.[78] El trauma infligido por esta invasión, y las intensas emociones de miedo, inquietud e ira que le acompañaron, no se olvidó con facilidad. Durante el resto del conflicto, Prusia Oriental siguió siendo un terrible aviso de las consecuencias de permitir la entrada de tropas enemigas en suelo alemán. La memoria y los mitos de las invasiones conservaron su capacidad de movilizar y unir al pueblo germano mucho tiempo después de que se disipara el peligro ruso.

Guerra racial

En Galitzia, la campaña rusa de 1914-1915 tuvo unas circunstancias y resultados muy diferentes en relación con los ataques de más al norte. Las Tierras de la Corona de los Habsburgo, de 77 300 kilómetros cuadrados, duplicaba con creces el tamaño de Prusia Oriental. Con sus 8 025 675 habitantes, el 15 por ciento de la población de Austria-Hungría, y un sector agrario grande pero pobre, tenía una importancia económica mucho más significativa. Pese a que tanto Galitzia como Prusia Oriental eran regiones multiétnicas, entre los pueblos del territorio habsburgo la competición y el conflicto eran mucho más marcados. Las aspiraciones de los polacos a una mayor autonomía o a la independencia chocaban con las esperanzas ucrainófilas de establecer unas Tierras de la Corona independientes. La burocracia vienesa ansiaba, en vano, que todos los pueblos se identificaran más con la idea del Estado austriaco. Por su parte, los rusos también tenían planes para el territorio. La anexión de Galitzia era uno de sus principales objetivos de guerra. Aquí, la campaña del zar se caracterizó por una retórica idealista ausente en Prusia Oriental. El despliegue caótico del Ejército de los Habsburgo en agosto de 1914, sumado a su inferioridad en número y equipo, dio a los rusos una excelente posibilidad de victoria.

La ambición rusa y sus objetivos ideológicos en Galitzia quedaron patentes desde el principio de la invasión. El Ejército del zar, instrumento del

Estado más autocrático de Europa, creía combatir una guerra de liberación. Consideraba «pueblo ruso» a los ucranianoparlantes y aspiraba a reunificar su tierra ancestral, el este de Galitzia, con la madre Rusia. El 16 de septiembre de 1914, el comandante en jefe, el gran duque Nikolái Nikoláyevich, emitió una proclama a los habitantes de Galitzia escrita en un lenguaje idealista:

> En nombre del gran zar ruso, os manifiesto que Rusia, la cual, una vez más ha derramado su sangre para emancipar a los pueblos de los yugos extranjeros, no busca nada que no sea el restablecimiento del derecho y la justicia. A vosotros, pueblos de Austria-Hungría, Rusia os trae la libertad y la consumación de vuestras aspiraciones nacionales.[79]

El contraste con la nerviosa advertencia de Rennenkampf a los habitantes de Prusia Oriental de que no se resistieran a su entrada no podía ser mayor. Los mandos y etnógrafos del Ejército ruso albergaban grandes esperanzas de que los 3,2 millones de rutenos del territorio, o «pequeños rusos», como los llamaban, les darían una amistosa bienvenida. No confiaban tanto en la acogida de los 3,8 millones de polacos. La élite polaca de Galitzia estaba en su mayor parte satisfecha con su autonomía bajo los Habsburgo y, además, aún dolía la brutal represión zarista del alzamiento de la Polonia del Congreso de 1863 y la que siguió a la revolución de 1905-1906. Las diferencias confesionales seguían siendo notables. Los etnógrafos militares rusos atribuían la hostilidad polaca al «fanatismo católico».[80] Con intención de ganarse a esta gente, el gran duque Nikolái les dirigió un manifiesto público el 14 de agosto de 1914 en el que prometía la reunificación de la nación polaca, «unida en una sola bajo el cetro del emperador ruso».[81] La postura conciliadora del alto mando zarista determinó la conducta de sus soldados. Así, por ejemplo, Jan Słomka, alcalde de la aldea de Dzików, descubrió en septiembre de 1914 que, mientras estaban sobrios, los militares rusos se mostraban educados y amistosos.[82]

Por tanto, el principio de la invasión rusa de Galitzia no estuvo tan dominada por las veleidades de resistencia civil y los castigos y represalias militares que caracterizaron su conducta en Prusia Oriental. No obstante, hubo violencia, dirigida contra los dos pueblos menos numerosos de las Tierras de la Corona: sus 872 000 judíos y 90 000 germanos. La oficialidad zarista consideraba a ambos grupos étnicos influencias foráneas malignas en una tierra eslava. Si a los alemanes se les temía, los judíos eran agredidos debido a lo que un observador contemporáneo —el trabajador humanitario

Shloime Anski (pseudónimo de Solomon Seinwil Rapoport), que recorrió toda Galitzia durante la ocupación— denominó «el antisemitismo bestial que impregnaba a todo el Ejército».[83] Más que como una amenaza, los estudios etnográficos de preguerra presentaban a los judíos como gente poco de fiar: los materialistas «zhids»,[**] coincidían todos los oficiales, eran demasiado egoístas, cobardes y estaban demasiado ocupados amasando dinero para oponer resistencia. Como mucho, podían ser espías a sueldo al servicio de ambos bandos.[84] Con todo, a veces algunas unidades rusas se convencían de que los judíos los habían emboscado y reaccionaban con violencia. El 29 de agosto, en el nordeste, en la aldea fronteriza de Liwcze, las tropas zaristas encerraron en una casa y masacraron a diecisiete hombres y una mujer, entre ellos algunos hebreos, en represalia por unos disparos que decían haber recibido desde el asentamiento.[85] Sin embargo, en general, los ataques rusos contra la población judía de Galitzia solían ser pogromos descontrolados motivados por los prejuicios y la indisciplina y menos letales que los castigos militares de Prusia Oriental, pues su intención principal no era matar, sino humillar, robar y violar. Cuando había muertes, lo habitual es que fueran consecuencia de agresiones sexuales violentas o maltratos brutales, no de ejecuciones ordenadas por un mando.[86]

El primer pogromo ruso en suelo de Galitzia tuvo lugar a mediados de agosto de 1914 en Brody, una localidad de la frontera nordeste donde los judíos formaban más de dos terceras partes de sus 18 000 residentes. Los cosacos, las fuerzas más antisemitas del Ejército y perpetradores de muchos de los peores desmanes, entraron en la localidad, saquearon casas y tiendas y prendieron fuego a 162 residencias, fábricas y molinos de los judíos. Como excusa para la destrucción, alegaron, cosa muy improbable, que una muchacha judía les había disparado, lo cual era un insulto, pues implicaba que los varones judíos no eran lo bastante hombres para proteger su casa. Mataron a tres hombres y dos mujeres hebreas y a una cristiana.[87] Las fuerzas zaristas cometieron crueldades similares durante su avance por las Tierras de la Corona. Robos y violaciones formaron parte integral de la violencia. Los hebreos de la pequeña localidad de Jaryczów Nowy, al este de Leópolis, testificaron que «no cesaron en tres meses». El 29 de septiembre, en Zabłotów, a 200 kilómetros al sur de Brody, los rusos robaron a los aldeanos y violaron a tres judías. En Nadwórna, 60 kilómetros al oeste, violaron y asesinaron a seis mujeres judías y una se suicidó más tarde. El experto en legislación internacional asignado al cuartel general ruso conformó que hubo muchos otros casos similares y que en algunos las víctimas fueron niñas.[88]

También hubo asesinatos. En la localidad de Głogów, en el oeste de Galitzia, por ejemplo, los cuatro miembros de una familia hebrea perecieron cuando el padre trató de proteger a su hija de una agresión. Otras personas fallecieron a causa de palizas o incendios.[89] Los rusos cometieron su atrocidad más notoria y sangrienta el 27 de septiembre en la capital de Galitzia, Leópolis, tres semanas después de su entrada en la ciudad. Sonaron tiros, echaron la culpa a los judíos y los cosacos recorrieron a caballo el barrio hebreo disparando. Nunca se supo la cifra exacta de muertos, pero las estimaciones más verosímiles indican unas 47 víctimas mortales. Unos 300 judíos fueron arrestados.[90]

A pesar de que algunos altos mandos zaristas impartieron órdenes poco enérgicas de detener los pogromos, los efectivos que perpetraban los agravios sabían que no se les castigaría por ello. Hubo oficiales que incluso aplaudían tal violencia, pues, además de causar dolor a los despreciables judíos, cumplían la pragmática labor de ganarse a los campesinos polacos o rutenos, a los que a menudo se les animaba a participar en los saqueos. Numerosos judíos sufrieron robos y palizas a manos de sus vecinos.[91] Sin embargo, esto no era así en todas partes. Joachim Schoenfeld recordó que, cuando los cosacos irrumpieron en su *shtetl*, Śniatyn, en agosto de 1914, numerosos judíos hallaron refugio entre las familias cristianas.[92] Mucho dependía del ejemplo que dieran los líderes locales. En Jesierna, una localidad de 7000 habitantes del distrito de Zborów, los sacerdotes, uno polaco y el otro ruteno, ayudaron al alcalde judío a proteger a sus feligreses. Ambos previnieron a su grey en contra de causar daño a sus vecinos judíos. El cura católico acogió judíos desesperados en sus propios alojamientos y distribuyó ayuda material. Las unidades rusas entraron en las tiendas de los judíos y arrojaron la mercancía a la calle; el sacerdote uniata disolvió una multitud que pretendía llevarse una parte del botín, reunió los bienes y los hizo custodiar en las oficinas del Ayuntamiento.[93]

La población judía de Galitzia recibió cierto aviso del peligro, pues, antes de la intensificación de los combates, en la segunda mitad de agosto, comenzaron a llegar del otro lado de la frontera súbditos judío-rusos, que huían de la furia de las fuerzas del zar durante su concentración para la campaña. Al igual que en Prusia Oriental, los más acaudalados fueron los primeros en marcharse. Una vez comenzó la invasión, los habitantes más pobres de la región también escaparon y colapsaron los caminos en su huida hacia el oeste. Los rusos inspiraban tal terror que se marchó la mitad de la población judía de Galitzia, alrededor de 400 000 personas.[94] Los alemanes,

el otro grupo en peligro, también se echó a la carretera. A menudo, viajaban juntas localidades enteras. Georg Faust, el pastor de Dornfeld, una aldea germana 6 kilómetros al sur de Leópolis, describió la sorpresa y alarma de su congregación ante la velocidad del avance ruso. Pensaban que su región sería defendida con firmeza, dada la proximidad de la capital de las Tierras de la Corona, al norte, y la cabeza de puente de Mikołajów sobre el Dniéster, al sur. No fueron conscientes del poco tiempo que tenían hasta que los soldados de los Habsburgo se retiraron a través de su aldea, gritándoles que huyeran:

> ¿Qué hacemos ahora? […] Todo aquel que haya experimentado las últimas horas de incertidumbre atormentadora nunca las olvidará. Lo que supone abandonar casa y granja, ceder al enemigo la cosecha recién recogida, renunciar a tu propia parcela […] resulta difícil de comprender […] a las ocho de la mañana del 1 de septiembre, una larga procesión partió de la aldea. Los viejos, debilitados por la edad, los enfermos [y] las mujeres con niños de pecho [se sentaban] en los carros de los granjeros, que iban cargados de comida, forraje y ropa de cama. Entre ellos marchaba el mugiente ganado.

En total, la columna se componía de 1000 personas, 500 cabezas de ganado, 200 caballos y 80 carros. Los habitantes de Dornfeld viajaron durante semanas. Debido al mal tiempo, «al cabo de pocos días perecieron varios niños pequeños y los viejos les siguieron poco a poco».[95]

La reticencia del Ejército de los Habsburgo a avisar a las autoridades civiles de sus retiradas no fue algo único: los comandantes alemanes adoptaron el mismo secretismo equívoco durante la primera invasión de Prusia Oriental, lo cual imposibilitó la cooperación cívico-militar y causó mucho pánico innecesario entre la población. A pesar de ello, los civiles de Galitzia sufrieron más a causa de la falta de liderazgo civil. En Alemania, los *Landräte* o administradores civiles, figuras clave del gobierno local, y los funcionarios de rango inferior estaban obligados, en cumplimiento de las ordenanzas promulgadas en 1891, a quedarse en su puesto en caso de invasión. Aunque en las invasiones de 1914 esta norma se aplicó de forma menos estricta, y algunos funcionarios provocaron un escándalo al huir antes de tiempo, se siguió poniendo mucho énfasis en quedarse en el puesto y guiar a la infortunada población.[96] En Austria-Hungría, puede que a causa de la mayor distancia entre las autoridades imperiales y su pueblo, se aplicaron normativas muy diferentes. Los *Bezirkshauptleute*, los administradores de distrito de Galitzia, y otros funcionarios civiles tenían orden de evacuar justo

antes de la llegada de las tropas enemigas. La cooperación con el invasor, subrayaban las instrucciones, entraba en contradicción al juramento de fidelidad al káiser y al Estado y los beneficios de proporcionar a los civiles una administración funcional debían «quedar supeditadas a tales consideraciones».[97]

Las instrucciones habsburgo a las autoridades civiles tuvieron un resultado predecible: los funcionarios huyeron y dejaron a la población sin directrices. Algunos pueblos abandonados se dejaron llevar por el pánico y, al igual que los moradores de Dornfeld, se echaron al camino sin hacer preparativos adecuados. Los que se quedaron perdieron el respeto por la administración habsburgo. A principios de septiembre, el doctor Alfons Regius, funcionario judicial de la ciudad de Czernowitz, expresó el disgusto y amargura que sentían muchos habitantes de los territorios invadidos de Galitzia y Bucovina. «El directorio de correos, el presidente del territorio, pero también el directorio de la policía, los representantes parlamentarios, la mayoría de concejales, el rector (de la Universidad de Czernowitz), con casi todos los profesores y, como es natural, todos los judíos ricos han huido», se quejó en su diario. Todas estas figuras de autoridad, observó con enojo, se habían marchado sin «considerar, ni por un momento, que era su deber resistir al lado de la ciudadanía».[98]

La oleada de refugiados que escapaban del este de Galitzia y Bucovina aumentó con las personas obligadas a evacuar las grandes ciudades fortificadas de Przemyśl y Cracovia. El Ejército de los Habsburgo expulsó a los residentes por su propia protección, en el caso de los rutenos por su seguridad, si bien el principal motivo era preservar las reservas de víveres de las guarniciones. También dejó sin casa a numerosos habitantes del campo circundante, pues demolió aldeas para despejar los campos de tiro de los fuertes. La evacuación de Przemyśl comenzó el 4 de septiembre de 1914, momento en que se evacuó a todos sus 57 000 habitantes a excepción de 18 000 personas. En torno a la ciudad, los militares vaciaron veintiuna localidades, a pesar de las protestas de sus habitantes.[99] Cracovia presentaba más dificultades, pues, pese a que su cinturón fortificado, de 50 kilómetros, solo era un poco mayor que el de Przemyśl, la población de la ciudad y los suburbios sumaba 183 000 personas.[100] La primera evacuación tuvo lugar a mediados de septiembre, justo después de que las fuerzas habsburgo ordenaran retirada general. En un principio, solo estaban obligados a marcharse los civiles enemigos, mientras que los súbditos austriacos que no hicieran labores esenciales solo eran animados a marcharse. A los que

decidían quedarse se les ordenó acumular suministros para tres meses y se les advirtió de que, si se descubría, antes de un asedio, que tenían provisiones inadecuadas, serían «expulsados a la fuerza».[101] Los ánimos en la ciudad se ensombrecieron a causa de los rumores de catástrofe militar que circularon a principios de septiembre y empeoraron mucho cuando los residentes comprendieron que las unidades zaristas se acercaban. Jan Dąbrowski, un historiador residente en la ciudad, observó que «un pesimismo creciente» se apoderó de sus vecinos. «La gente ya da por hecha la posibilidad de un gobierno ruso».[102] Hacia el 18 de septiembre, 50 000 personas se habían marchado, alrededor de un tercio de la población de Cracovia. Para desesperación de las autoridades municipales, entre los que se fueron figuraban muchos líderes de la numerosa comunidad hebrea de la ciudad. Huyeron el presidente, vicepresidente y numerosos miembros del Consejo Judío local, así como los administradores del hospital y hospicio de enfermos terminales de la comunidad judía, sin dejar fondos para asistir a sus conciudadanos más pobres y vulnerables. El respetado rabino liberal y responsable de la sinagoga del Templo de Cracovia, el doctor Osias Thon, también abandonó la ciudad y sumió en la indignación al barrio hebreo de Kazimierz.[103]

El avance austrohúngaro y el levantamiento del asedio de Przemyśl, el 9 de octubre, puso fin a la emergencia, aunque solo por un tiempo. A primeros de noviembre, los rusos volvieron a presionar y esta vez llegaron a menos de 12 kilómetros de Cracovia.[104] El pánico se apoderó de la ciudad: «La gente está nerviosa por un asedio —observó Dąbrowski a mediados de mes—. Es posible ver el miedo incluso entre los hombres más respetados». Los preparativos defensivos incrementaron el desasosiego. Columnas interminables de soldados atravesaban cabizbajos Cracovia y, al igual que en Przemyśl, se excavaron nuevos emplazamientos frente a los fuertes y se incendiaron las aldeas del perímetro.[105] El comandante de la fortaleza de Cracovia, el general Karl Kuk, presionó a la ciudadanía para que se fuera. Los pobres, entre los cuales corrían rumores de horrendos campos de refugiados, resistieron con firmeza. Ignoraron los llamamientos y la mayoría de trenes de evacuación gratuitos partía vacíos.[106] Esta vez, sin embargo, la evacuación fue obligatoria. Los militares planeaban trasladar entre 80 000 y 90 000 personas fuera de la ciudad.[107]

El 6 de noviembre aparecieron por las calles de toda Cracovia carteles de aviso: todos los habitantes que no tuvieran provisiones para tres meses tenían cinco días para marcharse. Veinte comisiones recorrieron las viviendas para

comprobar las reservas de víveres de los ciudadanos. Se organizaron trenes de evacuación, cada uno de ellos con capacidad para 1500 personas.[108] Tres días más tarde, los soldados empezaron a llevar pobres a la estación de tren. Aun así, era imposible garantizar que se marchasen. Una vez la escolta militar los dejaba en el andén, los evacuados forzosos daban media vuelta y regresaban a casa. Algunos se escondieron o encerraron en sus apartamentos. Otros engañaron a las comisiones encargadas de comprobar las reservas. Presentaron a los inspectores barriles, cajas y sacos que contenían un puñado de azúcar, harina o patatas sobre un relleno de cartón.[109] Los vecinos agrupaban sus recursos; se intercambiaban las reservas para demostrar que sus «propietarios» podían alimentarse durante tres meses. Una vez les concedían autorización para quedarse, enviaban estos mismos recursos a otra familia para que los presentara ante las comisiones.[110] Desesperado por reducir la población de la ciudad a solo 40 000, Kuk recurrió a la violencia. El 12 de noviembre reunió a funcionarios municipales, policías y seis compañías de soldados para expulsar a los pobres «por la fuerza de las armas». Los efectivos tenían orden de «proceder sin contemplaciones» y asegurarse de dejar fuera de las murallas de la fortaleza a todos los que no tuvieran permiso para quedarse.[111] Ni siquiera esto dio resultado. El comandante de la fortaleza admitió desanimado que «serían necesarios regimientos enteros» para despejar la ciudad. La mayoría de evacuados tendría que caminar y, como predijo con fatalismo, la operación sería, «sin lugar a dudas, una gran calamidad».[112]

Por fortuna, el avance del Ejército ruso se detuvo en las afueras de Cracovia. La población oyó con inquietud el tronar de la artillería durante toda la segunda mitad de noviembre, pero a primeros del mes siguiente una ofensiva de los Habsburgo al sur de la ciudad obligó a los rusos a retirarse. Hacia finales de 1914, el frente seguía el río Dunajec 70 kilómetros en dirección este y los Cárpatos, en la frontera con Hungría.[113] Los habitantes de Cracovia pudieron exhalar un suspiro de alivio. A pesar de un nuevo pánico en marzo de 1915, tras la caída en poder de los rusos de la fortaleza de Przemyśl, su ciudad no volvería a ser amenazada durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, para los súbditos habsburgo que languidecían bajo la ocupación zarista, el calvario estaba muy lejos de haberse terminado. De hecho, para los judíos de Galitzia, la vida estaba a punto de ser mucho mucho peor.

La vida en la Gran Rusia

En abril de 1915, el zar ruso Nicolás II visitó la ciudad sometida de Leópolis. Allí hizo una proclamación que, aunque para él era una verdad incontestable, era, de hecho, una visión radical del nuevo orden: «No existe Galitzia, solo existe la Gran Rusia, que se extiende hasta los Cárpatos».[114] El gobernador general, el conde Georgui Bobrinski, y el régimen de ocupación militar instaurado bajo sus órdenes en septiembre de 1914, tenía la misión de cerrar la brecha existente entre la realidad multiétnica de los Habsburgo y el futuro ruso que el zar imaginaba para las Tierras de la Corona. El gobernador general era un moderado, al menos en comparación con los estándares extremistas de la oficialidad paneslavista de la Rusia imperial. Su primer discurso, ocho días después de asumir el cargo, prometió tolerancia religiosa a la población de Galitzia y mostró su predisposición a cooperar con las élites locales, aunque solo fuera para asegurar una administración fluida. El régimen de Bobrinski era cualquier cosa salvo benigno. El territorio ocupado, para desgracia de sus pobladores, fue reorganizado conforme al modelo administrativo del imperio zarista, con tres provincias en Leópolis, Tarnopol y Czernowitz y una cuarta en la región de Przemyśl, tras su captura en marzo de 1915. Desde el inicio, el gobernador general dejó claro que el este de Galitzia y la región de Lemko eran «tierras rusas nativas que deberán ser gobernadas con arreglo a principios rusos».[115]

Bobrinski optó por un cauto proceso de construcción estatal en Galitzia. Se impondría el control ruso, pero los habitantes no debían ser hostigados durante la guerra con iniciativas más drásticas. Los ministros del Gobierno, temerosos de suscitar mala prensa en sus liberales aliados de la Europa occidental, de cuyo sostén financiero dependía su imperio, se mostraron de acuerdo. Sin embargo, los mandos militares, y sobre todo su jefe de Estado Mayor, un notorio antisemita, el general Nikolái Yanushkevich, fueron mucho más radicales. La *Stavka*, el Alto Mando ruso, consideraba la guerra una oportunidad única de aplicar cambios espectaculares bajo la ley marcial, antes de que, con la paz, volviera la supervisión civil y un mayor escrutinio internacional. El punto de vista de los generales era importante, pues detentaban un poder considerable en Galitzia. El intendente general del Frente del Sudoeste, el teniente general A. Zabelin, era el superior de Bobrinski. Es más, el gobernador general no ejercía autoridad absoluta sobre el territorio ocupado, pues los jefes del Tercer y del Octavo Ejércitos controlaban sus

propias áreas de retaguardia, disponían de jerarquías independientes que solo respondían ante ellos y a menudo emitían órdenes que afectaban a la población civil. Los patriotas extremistas de la Benevolente Sociedad Galitziano-Rusa, con contacto en la corte del zar y en la *Stavka*, presionaban incansables a favor de medidas asimilistas radicales. Los funcionarios de bajo rango enviados a la administración del territorio ocupado compartían a menudo el chovinismo granruso y el antisemitismo de los mandos militares. En consecuencia, incluso en aquellas ocasiones en las que Bobrinski trataba de evitar o contener el tratamiento agresivo hacia los civiles, sus órdenes no siempre eran obedecidas.[116]

Los rusos se embarcaron con entusiasmo en su proyecto de rehacer o, como los funcionarios preferían definirlo, de devolver al este de Galitzia a su estado ruso «primigenio». Tras la caída de Leópolis, el 3 de septiembre, los ocupantes se dedicaron a borrar toda incómoda evidencia de su pasado habsburgo o de su inconveniente multiculturalismo. El reloj del Ayuntamiento de la ciudad pasó dar la hora de San Petersburgo y se introdujo el calendario juliano, símbolo del fin de la era austropolaca. Los rusos arrancaron las águilas de los Habsburgo de los edificios públicos y los tenderos recibieron orden de colocar carteles en cirílico. Los rótulos callejeros en polaco fueron cubiertos con nuevos carteles en ruso, si bien las autoridades municipales polacas paralizaron esta medida durante muchos meses. También se impusieron las festividades rusas. El 19 de diciembre de 1914, onomástica del zar, la policía militar fue de casa en casa para asegurarse de que todas estaban engalanadas con los colores pertinentes.[117] Bobrinski hizo algunas concesiones. Permitió que el consistorio municipal de la ciudad, de dominio polaco, continuara funcionando bajo la autoridad de su vicepresidente, Tadeusz Rutowski. Conforme a la legislación internacional, la administración civil austropolaca, incluidos tribunales y policía, siguieron funcionando y aplicando la ley austriaca, si bien ahora «en el nombre del emperador de Rusia».[118] Las oficinas estatales siguieron empleando el idioma polaco, como con los Habsburgo, pero solo «de forma temporal» y el clero católico pudo oficiar rogatorias públicas por «el emperador» sin tener que especificar si se referían al monarca Habsburgo o al zar Románov. Ciertos miembros de la élite polaca buscaron congraciarse con el ocupante. Algunos nobles, temerosos de perder sus propiedades, se volvieron más amistosos una vez los rusos empezaron a requisar las fincas de aristócratas ausentes. Los líderes del Partido Nacional Demócrata polaco (*Stronnictwo Demokratyczno-Narodowe*, SDN) ofrecieron su apoyo, si bien en este caso por motivos ideológicos:

creían en la promesa de una Polonia unida y autónoma en caso de una victoria zarista. Sin embargo, muy pocos militantes estaban convencidos de ello: durante la ocupación, la circulación del órgano oficial del partido se desplomó de 13 000 a 3000 ejemplares. Para la mayoría de polacos instruidos, era evidente que los rusos suponían una amenaza mortal para su hegemonía política en el este de Galitzia.[119]

Los rutenos se jugaban mucho, pues bajo el dominio ruso se arriesgaban a la aniquilación cultural. El régimen zarista negaba por completo la existencia del pueblo ucraniano y llevaba esforzándose desde hacía mucho tiempo por suprimir toda agitación nacionalista entre su propia minoría ucraniana. En el este de Galitzia empezó la ocupación con el encarcelamiento de los líderes ucrainófilos, cuyas filas ya habían sido diezmadas por el internamiento de las autoridades polacas de la provincia y la equívoca y obsesiva persecución del Ejército de los Habsburgo contra supuestos traidores en el momento del estallido de la contienda. Los rusos llevaron a unos 173 rehenes rutenos a Rusia, entre ellos 45 sacerdotes uniatas, además de directores de escuelas e instituciones económicas rutenas. El recluso más destacado fue el respetado e influyente arzobispo metropolitano greco-católico de Leópolis, Andréi Sheptitskyi, cuya activa lucha contra los misioneros ortodoxos rusófilos en Galitzia y su proselitismo secreto en la Ucrania rusa lo convertían en un objetivo prioritario para el Ejército zarista. El jefe de Estado Mayor, Yanushkevich, prometió traerlo «vivo o muerto». En septiembre de 1914 fue arrestado en persona por el general Brusílov, comandante del Octavo Ejército, y deportado al otro lado de la frontera, a Kiev.[120]

Deportados los intelectuales nacionalistas y los sacerdotes hostiles, el régimen de Bobrinski pudo embarcarse en remodelar a los rutenos y convertirlos en rusos. El proyecto recibió cierto apoyo de los intelectuales rusófilos de Galitzia y de los popes ortodoxos, una minoría que, en esta tierra de identidades nacionales fluidas, se consideraba parte del pueblo ruso.[121] Atacaron dos fuentes clave de identidad. La primera fue la lengua ucraniana, que en Rusia estaba vetada de la vida pública. Clausuraron las librerías ucranianas y se prohibió la publicación de libros y diarios en ese idioma. A la prensa polaca se le llegó incluso a denegar imprimir la palabra «ruteno»; debían usar la palabra «ruso» en su lugar.[122] El elemento más importante fue la reforma educativa. Todas las escuelas de Galitzia se cerraron tras la invasión y, aunque a finales de 1914 a algunos centros polacos se les permitió reabrir, las escuelas rutenas quedaron clausuradas permanentemente. Las autoridades de ocupación, en un pensamiento a largo plazo, planeaban

convertir a Galitzia en una parte orgánica de la Gran Rusia mediante la educación en ruso de los niños rutenos. En el invierno de 1914-1915 se organizaron cursos especiales en Galitzia y San Petersburgo para formar maestros en la lengua del conquistador. No obstante, la participación fue decepcionante, pues solo aceptaron presentarse 250 profesores, una décima parte del total. Mientras proseguían los combates y el destino de la región seguía sin decidirse, el régimen de ocupación militar tenía limitaciones para implementar su programa de rusificación.[123]

También atacaron el segundo pilar de la identidad rutena: su fe y su Iglesia uniata. A diferencia de la campaña contra el idioma ucraniano, esto no solo fue inefectivo, sino también contraproducente. Al principio, los militares zaristas cortejaron con éxito al campesinado ruteno. Para estos últimos, la vida durante la ocupación fue mejor que bajo el dominio de la nobleza terrateniente polaca. Los rusos animaron a los rutenos a saquear fincas y ajustar cuentas con sus vecinos judíos. Los ocupantes les ofrecieron a precios de saldo simiente, alimentos y otros bienes, a menudo saqueados a los judíos. Su popularidad aumentó todavía más cuando corrió el rumor de que el zar tenía intención de despojar de la tierra a nobles y judíos y distribuirla entre el campesinado.[124] Sin embargo, esta buena relación comenzó a esfumarse una vez los rusos empezaron a interferir en la vida confesional de los granjeros. El mismo zar es el responsable de este mal paso, pues fue él quien nombró al arzobispo Evlogii, con intención de defender los intereses de la Iglesia ortodoxa en Galitzia. Era un clérigo militante que había ganado fama luchando con uñas y dientes para contener la influencia católica en las tierras de la frontera occidental de Rusia. Desde su llegada, en diciembre de 1914, se condujo de un modo insultante. Su primer acto fue celebrar la onomástica del zar con sendas misas, en contra de los deseos de su clero, oficiadas en dos de las catedrales uniatas de Leópolis. Pronunció un beligerante sermón, en el que hizo un llamamiento a todos los sacerdotes de la «Rus galitziana» a guiar a su pueblo hacia «la unidad orgánica con la Gran Rusia» y obrar «la unión histórica con la Iglesia ortodoxa rusa».[125]

Aunque Bobrinski y Yanushkevich chocaban a menudo, Evlogii logró ponerles de acuerdo gracias a su celo proselitista, que los dos temían que animase la resistencia en la retaguardia del Ejército. En la primavera de 1915, estos temores desembocaron en su destitución. A pesar de ello, la prédica misionera continuó implacable. Con frecuencia, ignoraban la norma de Bobrinski de que no debían enviar a popes ortodoxos a reemplazar a los titulares uniatas de una parroquia sin contar con el voto favorable de tres

cuartas partes de la población. A menudo, los sacerdotes uniatas eran obligados a compartir e incluso a ceder sus iglesias al clero ortodoxo ruso. Algunos vieron cómo parte de su tierra, de la que dependían para su sustento, se transfería a sus rivales. Unos pocos fueron asesinados. También coaccionaron a los parroquianos. A los campesinos se les amenazaba con la confiscación de la tierra o se les decía que les quitarían a sus hijos si no se convertían a la ortodoxia.[126] De igual modo, también emplearon métodos más sutiles; mediante la celebración de misas ortodoxas en iglesias uniatas, algunos de los sacerdotes de Evlogii intentaron hacer conversiones furtivas, aunque su éxito fue muy limitado. Tenían poco tiempo y la lealtad de los campesinos a su Iglesia era fuerte. Los sacerdotes titulares resistieron y aconsejaron a sus feligreses que acudieran a misa en una iglesia católico-romana si no disponían de un sacerdote uniata. Hacia el final de la ocupación, a pesar de la presión ejercida por los funcionarios zaristas, solo se habían pasado a la ortodoxia rusa entre 50 y 100 de las cerca de 1500 parroquias de la Iglesia uniata en Galitzia.[127]

Las grandes víctimas de la ocupación rusa fueron los judíos de Galitzia. El trato que se les dio, tal y como reveló un informe de los Habsburgo redactado tras la invasión, fue «mucho más severo que todos los demás grupos de población y en algunos lugares verdaderamente inhumano».[128] Los oficiales zaristas pronto se convencieron, tal y como habían vaticinado los estudios etnográficos, de que los judíos espiaban y trabajaban para socavar la ocupación rusa, por lo que los trataron con particular dureza. Eligieron entre los judíos a una cifra desproporcionada de rehenes, cuyo número aumentó con rapidez a partir de octubre de 1914. Pese a que los hebreos apenas constituían un octavo de los habitantes del este de Galitzia, sumaban más de la mitad —1160— de los 2130 rehenes deportados por el Ejército ruso hasta mediados de 1915.[129] De igual modo, también padecieron la mayoría de sanciones económicas. Los rusos multaron con 50 000 coronas a Stanisławów, una ciudad del sudeste de las Tierras de la Corona, en castigo por un supuesto sabotaje; se estipuló que los residentes judíos debían pagar 36 000. Para echar sal sobre la herida, los hebreos pagaron íntegra la suma, mientras que a los polacos y rutenos de la localidad los eximieron de pagar las 14 000 coronas restantes. De igual modo, los rusos responsabilizaron a los judíos de los daños sufridos por las líneas telefónicas de los alrededores de Kołomyja y los conminaron a pagar una costosa multa si no querían que los expulsaran de la ciudad.[130]

Los funcionarios civiles zaristas asignados a supervisar las localidades eran aún peores que los mandos militares. Eran la escoria de la burocracia imperial. Mal instruidos, antisemitas y corruptos, abusaron sin piedad de los judíos. El gobernador de la ciudad de Leópolis, Yevstafiy Nikoláyevich Skalon, es un buen ejemplo. Como relató el bien informado Shloime Anski, le precedía fama de corrupto de su época de comisario de la policía de Kiev. En Galitzia, «aceptó sobornos abiertamente, trasquiló a vivos y muertos y explotó tanto a individuos como al conjunto de la comunidad». A base de redadas, arrestos y amenazas «de colgar un judío de cada diez», extorsionó un millar de rublos a los hebreos de la ciudad.[131] Para vergüenza de los mandatarios austriacos, numerosos funcionarios de la policía y de los tribunales habsburgo colaboraron con los rusos y algunos aprovecharon el antisemitismo del régimen de ocupación para dar rienda suelta a su odio a los hebreos. Estos funcionarios civiles polacos, se dijo, «se dedicaban a la persecución sistemática de los judíos, su represión, pauperización y humillación ante las autoridades y la población».[132] El jefe de la policía de Przemyśl, Eugen Wierzbowski, que fue sentenciado a un año y diez meses de trabajos forzados por colaboracionista, fue objeto de acerbas críticas. Los hebreos estaban convencidos, a pesar del desmentido de los funcionarios de Galitzia, de que Wierzbowski enviaba a oficiales rusos en busca de alojamiento a los apartamentos de judíos pudientes, que asignó a los judíos más respetados trabajos duros y denigrantes como limpiar las calles o construir fortificaciones y que delataba a varones hebreos en edad militar para que los deportaran.[133]

Perseguidos, desprotegidos por la ley, y a merced de los prejuicios de los jefes militares de las ciudades y de la codicia de funcionarios civiles zaristas, colaboradores henchidos de odio y soldados violentos, la ocupación sometió a los judíos a una especie de purgatorio. Las epidemias que los efectivos rusos llevaron a Galitzia acentuaron aún más su sufrimiento. El tifus, la viruela y sobre todo el cólera devastaron a toda la población. Los daños en viviendas e infraestructuras —durante la invasión fueron destruidos 188 981 edificios— afectaron a todo el mundo, aunque los judíos, cuyos *shtetl* eran incendiados con frecuencia por los soldados rusos, estaban particularmente expuestos.[134] Unos 200 hebreos murieron en la localidad de Zaleszczyki, 300 en Nadwórna y otros 300 en Horodenka. En Jaryczów Nowy, las 140 víctimas mortales por enfermedades epidémicas representaban alrededor de una sexta parte de la población judía del pueblo.[135] Para Manès Sperber, en aquella época un niño del *shtetl* de Zabłotów, el fin de la noche era el momento álgido de las

defunciones, pues en ese momento le despertaban muchas veces los gemidos de los afligidos. «En la quietud de la noche» se podían oír «los llantos de la familia tratando de retener al moribundo». Los cadáveres de los muertos ofrecían una estampa terrible, de rostros deformados. «Algunos yacen ahí, como si su terrible agarrotamiento solo se hubiera relajado en ese preciso instante».[136]

Para el alto mando zarista, y en particular para su jefe de Estado Mayor, Nikolái Yanushkevich, un notorio antisemita, los judíos no tenían cabida en el futuro ruso de Galitzia. Encendidos debates acerca de la mejor manera de «exterminarlos» animaban las comidas y cenas en el cuartel general.[137] Sin embargo, en la práctica, la *Stavka* no tenía intenciones genocidas; solo se proponía erradicar a los judíos de Galitzia mediante la destrucción de sus medios de vida. El primer paso fue exigir la confiscación del 8 por ciento de las tierras de Galitzia de propiedad judía. Contra las objeciones tanto de Bobrinski como del Gobierno, Yanushkevich argumentó con cinismo que si se concedía a las víctimas la ciudadanía rusa, en ese caso, el plan no contravendría la ley internacional. En el invierno de 1914-1915 se elaboró un catastro de tierras de propiedad judía y en febrero de 1915 el zar firmó la «ley de liquidación», que autorizaba la expropiación de fincas de hebreos alemanes y austrohúngaros situadas a menos de 160 kilómetros del frente. En febrero de 1915 los militares impusieron a los judíos medidas restrictivas aún más perjudiciales y, tras las quejas de Yanushkevich, en marzo despidieron a casi todos los trabajadores judiciales judíos de Galitzia. La limitación al movimiento fue un golpe muy duro, pues, aunque motivada sobre todo por cuestiones de seguridad, su efecto principal fue económico. A los judíos se les prohibió entrar en Galitzia y desplazarse entre distritos y, como Bobrinski predijo con acierto, esto impidió el acceso a los mercados a los comerciantes judíos y dificultó al Ejército la adquisición de bienes que necesitaba. Esto, a su vez, llevó a los mandos a afirmar que los judíos estaban saboteando el esfuerzo bélico al negar a las fuerzas rusas las mercancías que ahora no tenían.[138]

La obsesión paranoica por la seguridad del Ejército zarista, que se disparó durante el otoño de 1914, les llevó a aplicar en Galitzia, como en otros lugares, la deportación en masa. Los judíos fueron víctimas tardías de esta medida. Los primeros afectados, en verano, fueron los súbditos enemigos de las tierras de la frontera occidental de Rusia y los hombres en edad militar de los territorios conquistados. En el invierno de 1914-1915, la práctica se radicalizó; entonces, el objetivo del Ejército ruso eran los alemanes como

grupo étnico. Los millares de habitantes de Prusia Oriental deportados al Volga resultan una insignificancia en comparación con los centenares de miles de alemanes étnicos expulsados de las regiones del oeste de Rusia. Los judíos, que seguían siendo considerados un colectivo menos peligroso que los germanos, no empezaron a sufrir deportaciones masivas y centralizadas hasta enero de 1915. Es interesante observar que la medida fue concebida en un principio como respuesta a las atrocidades de los Habsburgo. Se trata de un primer ejemplo de estereotipo racial producto de la interacción entre los regímenes autocráticos de la región, que causó una escalada de sufrimiento y derramamiento de sangre a su población multiétnica.[139] Después de que el Ejército habsburgo retomara Czernowitz, capital de Bucovina, en octubre de 1914, llegaron a los mandos militares rusos preocupantes informes de brutales castigos, que incluían la ejecución en la horca de campesinos rusófilos. Los judíos de la región fueron acusados de delatar a los simpatizantes de Rusia. A finales de enero de 1915, cuando, tras ser vuelta a tomar por los rusos, parecía que Czernowitz estaba a punto de volver al control de las fuerzas austrohúngaras, Yanushkevich ordenó la toma de rehenes y deportaciones «con objeto de prevenir atrocidades contra la población que nos es afecta».[140]

La obsesión de Yanushkevich con los espías alimentó en todo el Ejército una histeria colectiva que pronto les llevó a ampliar las deportaciones a todo el frente de Galitzia.[141] El comandante en jefe, el gran duque Nikolái, aplicó una medida que se había sugerido primero contra los varones alemanes. El 12 de marzo de 1915 ordenó la expulsión de los judíos hacia las posiciones austrohúngaras. La orden se ejecutó en menos de una semana, aunque, al igual que en Prusia Oriental, de forma irregular. La localidad de Tyśmienica fue una de las afectadas. El 17 de marzo, las fuerzas rusas empujaron a unos 2000 judíos hacia la línea de fuego. Como método de expulsión, la medida fue del todo inefectiva: al cabo de un tiempo, los rusos permitieron el retorno de los infortunados. En su ausencia, no obstante, los funcionarios locales y los soldados pudieron saquear sus viviendas. En otros lugares, los judíos fueron enviados al este, no al oeste. La población hebrea de Mościska tuvo que caminar 35 kilómetros, sin tener en consideración ni edad ni estado de salud, hasta Gródek y a algunas personas las obligaron a recorrer 65 kilómetros hasta Leópolis. Los rusos afirmaron que las actividades de espionaje de esa gente impidieron la captura de la ciudad sitiada de Przemyśl.[142] Alrededor de 10 000 sufrieron expulsiones similares. Quince días más tarde, la ciudad fortificada capituló ante las fuerzas zaristas. Tras la caída hubo más deportaciones. Desde finales de marzo, los rusos expulsaron a 17 000 judíos

de Przemyśl, muchos de los cuales quedaron hacinados en Leópolis. Bobrinski, que no aprobaba tales medidas, se enfrentó a una crisis humanitaria. Entre las personas expulsadas había ancianos, enfermos y niños pequeños. No se hizo previsión alguna para abastecerlos y darles refugio y muchos perecieron a causa del hambre, el agotamiento y los elementos. Para su horror, el Gobierno imperial no tuvo noticia de las acciones de la *Stavka* hasta que los superiores castrenses de Bobrinski le ordenaron trasladar a los judíos deportados a gubernaturas rusas de más al este. A pesar de sus enérgicas protestas, las deportaciones continuaron en abril.[143]

Al inicio del mes siguiente, la exitosa ofensiva de las Potencias Centrales e n Gorlice-Tarnów inclinó la balanza estratégica del frente oriental. En la consiguiente y caótica retirada rusa a través de Galitzia se produjo una dramática escalada de los ataques contra los judíos. Shloime Anski observó que, por la noche, se veían claramente, a lo largo de la ruta de las tropas en retirada, los «anillos de fuego», que indicaban las aldeas y localidades incendiadas. Los barrios judíos fueron saqueados y sus gentes apaleadas, asesinadas y ejecutadas. Otra vez hubo numerosas violaciones. Los rusos se llevaron como rehenes a los líderes de las comunidades a Rusia.[144] Aunque los judíos fueron las víctimas principales, los gentiles de Galitzia también corrían peligro. Jan Słomka, alcalde polaco de la aldea de Dzików, describió que, durante este periodo, su distrito «fue despojado a fondo de todo». Además de los hebreos, también se llevaron rehenes a germanos y polacos como garantía de que el Ejército de los Habsburgo no castigara a los rusófilos.[145] Según crecía la desesperación de la *Stavka*, esta dio órdenes cada vez más despiadadas. Primero, las unidades recibieron el mandato de arrestar a todos los hombres de entre 18 y 50 años. Luego, el 12 de junio, diez días antes de la caída de Leópolis, se emitió una nueva directiva para evacuar a toda la población de la zona del frente. Como concesión al Gobierno ruso, los judíos fueron excluidos de la medida; en lugar de ello, los expulsarían hacia el enemigo. Algunos habitantes de la provincia lograron huir cuando llegaron los rusos. Otros sobornaron a comandantes corruptos para que los ignoraran. La cifra de personas desplazadas fue sobrecogedora. Los rusos trasladaron de un lado a otro de Galitzia, dolorosa e inútilmente, a unos 50 000 judíos y expulsaron a Rusia a entre 20 000 y 50 000, muchos de los cuales acabaron en Siberia o en el Turquestán. En el verano de 1915 también deportaron o evacuaron a unos 50 000 gentiles en condiciones lamentables.[146]

El intento de los militares zaristas de convertir Galitzia en una tierra rusa resultó un desastre. Personas que antaño simpatizaban con los objetivos

paneslavistas del zar se distanciaron a causa de la brutalidad e intolerancia religiosa de su Ejército. Aunque resulte sorprendente, los dirigentes habsburgo no supieron capitalizarlo; por el contrario, tras su reconquista de las Tierras de la Corona no tardaron en enemistarse con todos y cada uno de los grupos de población. El emperador Francisco José cometió el grave error de escuchar el consejo de su jefe de Estado Mayor, Conrad von Hötzendorf, y reemplazar al estatúder polaco, al jefe de la administración del territorio, por un militar, el general Hermann von Colard. Conrad atribuía a las autoridades polacas la, en su opinión, ubicua traición rutena del otoño de 1914. Los polacos, adujo, empujaron a los rutenos al campo ruso en época de paz con su represión de los nacionalistas ucranianos y al favorecer a rusófilos que les parecían una amenaza menos peligrosa contra su hegemonía política local. Aunque este argumento tenía cierta razón, retirar el control de las Tierras de la Corona a los conservadores polacos tuvo la consecuencia inevitable de turbar y distanciar a estas élites de tradición lealista.[147] También era improbable que los rutenos aprobaran el nombramiento de un general. Seguían traumatizados por el derramamiento de sangre de las fuerzas de los Habsburgo del otoño anterior. Temerosos de volver a encontrárselos de nuevo, muchos miles escaparon con los rusos en retirada. Como le explicó un refugiado a Shloime Anski, todavía tenían miedo a los magiares: «¡Dondequiera que vayan, se llevan a los hombres jóvenes y sanos y masacran a todos los demás!».[148]

De igual modo, la alegría de la liberación del resto de los habitantes no duró mucho. Se impuso a Leópolis una administración militar habsburgo incompetente y represiva y la ciudad padeció una grave crisis de abastecimiento alimentario en los meses posteriores a su liberación. Hacia finales de 1915, había quejas de que lo único que mantenía con vida a la población era el contrabando con Hungría, que las autoridades pasaban por alto.[149] Aún peor: el Ejército emprendió una caza de brujas contra los colaboradores, prueba de lo poco que habían aprendido desde el otoño. Solo en Leópolis arrestaron a centenares. En las aldeas de la Galitzia occidental ahorcaron a campesinos polacos acusados de colaborar con el enemigo.[150] Los militares provocaron aún más hostilidad con los métodos depredadores que usaban para captar reclutas que reemplazaran a los soldados desperdiciados en las primeras campañas de la guerra y en las infructuosas ofensivas invernales en los Cárpatos. Capturaban nueva carne de cañón mediante redadas al amanecer y puntos de control móviles. Más generalmente, la población de Galitzia se distanció a causa del trato cruel y

despreciable que les daban las tropas de los Habsburgo, pues creían que todos eran rusófilos. Leópolis ilustra la hostilidad que surgió entre los civiles de la provincia y los militares habsburgo. En la ciudad, la situación degeneró de tal modo que hubo disturbios contra la guarnición. Los detestados soldados húngaros fueron retirados, aunque los checos que los sustituyeron no eran mucho mejores. «Rara vez se ha visto una administración tan odiada», comentó un observador de la época. Los partidarios de los austriacos bromeaban con amargura que los rusos deberían dar una medalla al Ejército de los Habsburgo: «Ha comprendido a la perfección cómo distanciar a la población de Leópolis».[151]

«Bocas indeseables»

La invasión rusa de Galitzia tuvo un profundo impacto sobre Austria-Hungría. La brutalidad de las fuerzas militares de los Habsburgo y del zar no solo socavó la credibilidad de ambos regímenes imperiales entre los pueblos de las Tierras de la Corona, sino que, al igual que en Prusia Oriental, los efectos de la invasión reverberaron a distancias mucho mayores. Sin embargo, al contrario que en el Reich, todos estos efectos fueron negativos. La invasión sembró las semillas del desmoronamiento del Imperio de los Habsburgo. En lo económico, Galitzia era, a diferencia de la provincia invadida del Reich, una región crucial. Era indispensable para el suministro de alimentos de Austria, pues contenía alrededor de un tercio de las tierras arables de la mitad occidental del imperio. La invasión desorganizó su agricultura, destruyó infraestructura y agotó el ganado. En el este de las Tierras de la Corona la cifra de caballos y vacas descendió en más del 40 por ciento y el de puercos en un catastrófico 70 por ciento.[152] Este daño a las granjas se lamentó muy pronto en las cocinas de toda Austria y fue una causa clave de la escasez y malnutrición que dieron lugar a las perturbaciones sociales y políticas de años bélicos posteriores. Además, Galitzia era la principal fuente de petróleo de las Potencias Centrales. Su industria petrolífera sufrió daños de importancia: ardieron dos tercios de sus torres de perforación, prendieron fuego a algunos pozos y se perdió alrededor de un millón de toneladas de crudo a causa de daños en los depósitos e interrupciones de la producción. En esto, no obstante, el Ejército zarista en retirada dejó escapar una oportunidad decisiva.

Demasiado ocupado apaleando judíos para pensar en la importancia estratégica de los pozos petrolíferos, no emprendió ningún sabotaje sistemático e incluso dejó en los tanques de almacenamiento 480 000 toneladas de petróleo. Galitzia llegó a suministrar durante la contienda tres quintas partes de la gasolina y el diésel de las Potencias Centrales. Sin esto, las conocidas campañas submarinas de Alemania de las fases posteriores del conflicto no hubieran sido posibles.[153]

La invasión de Galitzia no solo causó daños económicos a Austria-Hungría, sino que también deshizo su frágil sociedad. Al igual que en Prusia Oriental, las oleadas de refugiados llegadas de las Tierras de la Corona transmitieron el trauma y la consternación hasta regiones distantes del imperio. El desastre humanitario fue aún mayor que en el Reich, porque los rusos llegaron muy adentro y hubo que evacuar varias ciudades relevantes. En 1914-1915, más de un millón de personas huyó de casa y buscó refugio en el oeste, en el corazón austriaco del imperio.[154] Impusieron una inmensa carga financiera al Estado habsburgo. En total, se dedicaron 2243,1 millones de coronas a ayudar a los refugiados de guerra, esto es, el 2,36 por ciento de los gastos bélicos directos de Austria-Hungría.[155] Los daños sociales fueron más dañinos. En época de paz, el imperio apenas podía asumir las disputas internas entre pueblos vecinos por el poder local y los recursos. La llegada repentina de centenares de miles de pobladores de Galitzia al oeste del imperio sometió a la infraestructura del vasto imperio multiétnico a tensiones enormes y reveló su debilidad en guerra. La solidaridad experimentada en toda la nación alemana hacia los refugiados de Prusia Oriental no se vio en Austria, donde germanos, checos, eslovacos, eslovenos y magiares consideraban forasteros indeseables a los recién llegados: judíos, polacos y rutenos empobrecidos. Los grandes movimientos poblacionales no tardaron en inflamar las pugnas raciales y, a causa del alto número de judíos entre los refugiados, un violento antisemitismo.

Las desgracias de los refugiados empezaron en la misma Galitzia, donde la hostilidad de las autoridades se sumó a las miserias de la huida. El Ejército de los Habsburgo no había previsto que grandes masas de población huirían al oeste y mostró escasa simpatía hacia estas. En el mejor de los casos, los refugiados eran considerados una molestia antipatriótica que bloqueaba con egoísmo carreteras que se necesitaban con urgencia para el transporte militar. En el peor, los militares, poseídos, como sus adversarios, por la paranoia antiespías, los trataban con temor y desconfianza. Los histéricos mandos afirmaban que entre los refugiados había oficiales zaristas disfrazados. Se

decía que algunos estaban en misión de reconocimiento tras las líneas austriacas y que otros iban de camino a las grandes ciudades imperiales a contactar con los prisioneros de guerra rusos.[156] Más justificado era el temor a que los refugiados portaran enfermedades, que podían propagar la epidemia del cólera o el tifus al corazón de Austria-Hungría. La burocracia civil, aunque también quedó sorprendida en un principio por el éxodo masivo, actuó de forma implacable. El ministro del Interior austriaco, el barón Karl Heinold von Udynski, intentó a primeros de octubre reducir la velocidad con que los desgraciados podían escapar de las Tierras de la Corona. Redujo el número de trenes especiales de evacuación y las autoridades de Galitzia recibieron orden de dejar de dar billetes de tren gratuitos a los refugiados.[157]

Las autoridades imperiales, además de tratar de ralentizar el torrente, tomaron medidas para dirigirlo y controlarlo. La intención inicial de dar un trato diferente a los evacuados que se marchaban por orden militar que a los refugiados que partían por propia iniciativa resultó impracticable, pues ambos grupos se entremezclaban en los trenes procedentes de Galitzia.[158] Por el contrario, otros criterios definieron las experiencias de los refugiados. La riqueza y la posición social tuvieron extrema importancia. Los que podían pagar sus gastos podían ir allí donde quisieran. La mayoría empobrecida, sin embargo, quedó atrapada en una enorme maquinaria burocrática. Siempre que fuera posible, les impedían viajar en trenes regulares y se les agrupaba en transportes especiales de refugiados. Con el fin de supervisarlos, la policía abordaba los transportes en tres de las denominadas «estaciones de embarque»: Wadowice, Ujzsolna y Oświęcim. Muchos de los desdichados refugiados judíos que pasaron por esta última en 1914 y 1915 encerrados en vagones de ganado regresaron en transportes similares tres décadas más tarde, cuando, con su más conocido nombre germano, Auschwitz, se convirtió en el centro de exterminio del Holocausto más infame. Desde las estaciones de embarque, los trenes de vapor procedían a las «estaciones de inspección». Las dos más grandes estaban situadas en Prerau y Ungarisch-Hradisch —hoy Přerov y Uherské Hradiště, en la República Checa—. Allí, los refugiados eran desembarcados, registrados y divididos según etnia y religión. A continuación, superaban un periodo mínimo de dos semanas de cuarentena. El alojamiento era malo y hacinado, la comida mala y los baños obligatorios con agua fría hicieron enfermar a numerosas personas. En consecuencia, estos lugares, en lugar de aislar, eran criaderos de enfermedades epidémicas. Si los refugiados sobrevivían a esta etapa los distribuían entre campos o comunidades designadas para albergarlos. Los rutenos eran enviados a

Carintia, mientras que los polacos fueron repartidos, en una proporción aproximada de 3 a 1, entre Bohemia y Carniola —en la actualidad una región de Eslovenia—. Los refugiados judíos eran transportados a Moravia.[159]

En lugar de huir al oeste, algunos refugiados de Galitzia optaron por encaminarse al sur, al interior de Hungría. Sin embargo, en un primer ejemplo de la falta de solidaridad que arruinó el esfuerzo bélico habsburgo hasta 1918, el Gobierno magiar decidió que las personas desplazadas eran un problema exclusivo de Austria y se negó a asistirlas. Detenían a muchos en los puestos fronterizos, aunque estos solo tenían que entrar por otros puntos. Decenas de millares fueron expulsados de tierras magiares. Otros permanecieron, pero no fueron bien recibidos. En noviembre de 1914, un grupo de estos desgraciados remitió una petición al Ministerio del Interior austriaco, donde explicaban su trágica situación:

> Ya han pasado cuatro meses desde que nosotros, refugiados de Galitzia, fuimos expulsados de nuestra región, dejando atrás todos nuestros bienes y posesiones. [Nos hallamos] en una tierra (Hungría) donde nadie nos comprende y nosotros no les comprendemos a ellos[.] No hay piedad[,] nos tratan como a animales […] estamos pobres y desnudos, nuestros hijos mayores están en el campo de batalla, nuestros hijos pequeños lloran pidiendo pan, estamos entumecidos por el frío y nadie nos atiende.

Implorando su ayuda, los refugiados solicitaron al ministro «que se apiade de nosotros y nos proporcione pan para mantenernos con vida, o bien nos haga fusilar a todos, pues el hambre es mucho peor que la muerte».[160]

La suerte de los refugiados en Austria no solía ser mucho mejor. Los enviados a campos de barracones, unos 200 000 hacia mediados de 1915, fueron los que más sufrieron. Los campos se construyeron a toda prisa en los primeros meses de guerra con intención de alojar a los refugiados y, no menos importante, de separarlos de la población del corazón austriaco del imperio. Eran prisiones. Incluso con las leyes de emergencia de Austria, excepcionalmente draconianas, era ilegal la reclusión indefinida de sujetos a los que no se acusara de ningún delito. El ministro del Interior así lo reconoció, pero priorizó con premeditación lo que denominó «importantes intereses del Estado» por encima de la ley, con la torpe pretensión de justificar la medida en el futuro. Tal vez no cabía esperar otra cosa de un Gobierno que, desde la clausura del Reichsrat, en marzo de 1914, gobernaba de forma inconstitucional. Las condiciones de vida en los campos eran

espantosas. El campo de Chotzen, en Bohemia, construido para confinar a 22 000 refugiados polacos, es un ejemplo típico de sus miserias. En cada uno de sus 37 barracones, de 878 metros cuadrados cada uno, debía alojar a 530 personas. Cada familia tenía asignada una pequeña habitación con paredes de madera en tres lados y una cortina de lona en el cuarto. Las habitaciones que daban a una pared exterior tenían luz, pero estaban demasiado lejos de las dos estufas del centro del barracón para ser cálidas. Las salas del interior estaban caldeadas, pero no tenían luz. Un periodista que visitó el campo tachó las condiciones de «horrendas». El aire, escribió, «es pútrido, maloliente y húmedo». Apenas había privacidad: «Los llantos de los niños enfermos, muchachos que juegan con armónicas y el ruido de mujeres que discuten […] junto con las órdenes vocingleras y amenazadoras del jefe del barracón llenan el aire y se unen en una sinfonía tan discordante que toda persona querría escapar de este terrible lugar de miserias a la mayor rapidez posible». A consecuencia de las condiciones de vida insalubres y la falta de atención médica, se propagaron numerosas epidemias. Un tercio de los refugiados polacos encerrados en Chotzen pereció.[161]

A pesar de que en principio pretendían internar en campos a todos los refugiados, el aluvión de personas llegadas de Galitzia y, más tarde, de la frontera con Italia, fue tan grande que no se pudo acoger a más de una quinta parte.[162] La mayoría se alojó en pequeñas poblaciones de todo el territorio o logró llegar por sus medios a alguna de las grandes ciudades del oeste del imperio. Las oleadas de refugiados dejaron intactos muy pocos confines de Austria. En noviembre de 1914 había 90 000 personas desplazadas en Bohemia, 6000 en Carniola y 4000 en la Alta Austria. Moravia y Estiria tenían 25 000 cada una, Salzburgo 5000 y Carniola otras 5000. A pesar de los tardíos intentos de prohibir la entrada, Viena, con 140 000 refugiados, fue un destino de particular importancia.[163]

Estas grandes cifras no reflejaban el más mínimo entusiasmo de las Tierras de la Corona para acoger refugiados de Galitzia. Aunque el Ministerio del Interior austriaco decretó que los refugiados no podían superar el 2 por ciento de los habitantes de una localidad, a fin de contener los costes de ayudar a esta gente, solo las zonas con falta de mano de obra expresaron interés en acogerlos.[164] La hostilidad con que burócratas y ciudadanos acogieron a los refugiados de Galitzia presenta un marcado contraste con la gran simpatía que los refugiados de Prusia Oriental suscitaron en Alemania. En gran medida, esto refleja los endebles vínculos entre los pueblos de un imperio multiétnico, a diferencia de la sólida «comunidad imaginada» de un

Estado nación moderno. Prusia Oriental, con su pasado de Caballeros Teutones, castillos y escaramuzas fronterizas, ocupaba una posición central en la mitología nacional germana y era considerada una parte integral del Reich. Por el contrario, los austriacos no sentían una afinidad semejante hacia Galitzia. La tierra era una posesión imperial periférica. Ninguna historia romántica vinculaba a sus pueblos con los demás dominios de Francisco José. Para sus súbditos del oeste más desarrollado, el conservadurismo y la pobreza de Galitzia recordaba más a la bárbara Asia, que a Austria o a Europa.[165]

Acentuaron esta ausencia de un fuerte vínculo entre las dispares tierras de los Habsburgo tres factores circunstanciales que generaron hostilidad hacia los refugiados. Primero, el relato propagado por Gobiernos y diarios para explicar la situación de estos infortunados atizó el miedo y la desconfianza. En notable contraste con Alemania, donde los prusianos orientales recibieron grandilocuentes elogios, en Austria los habitantes de Galitzia sirvieron de chivo expiatorio de las primeras y catastróficas derrotas de las fuerzas de los Habsburgo. Los periódicos propagaron por todo el imperio las mismas historias de deslealtad rutena que corrían por el frente y la segregación de los refugiados en campos, algo que no se vio en el Reich, envió el inequívoco mensaje de que los recién llegados eran unos criminales. Se impuso la desconfianza y el miedo. Miecisław Schwestek, uno de los 3000 empleados de ferrocarril evacuados de Galitzia y Bucovina al Tirol, encontró una actitud hostil de la población incluso a finales de septiembre de 1914. No distinguían entre polacos y ucranianos y, se quejó, «sospechan que somos traidores».[166]

En segundo lugar, en el otoño de 1914, coincidiendo con la llegada en masa de refugiados al oeste, se comenzaron a sentir en Austria las primeras escaseces e inflación de precios alimentarios. Como es natural, los recién llegados fueron responsabilizados. Los rechazaban, en palabras de un responsable de las Tierras de la Corona, por ser «bocas indeseables». Hacia abril de 1915, la policía vienesa advirtió con clarividencia de que, si no se aliviaba la escasez de alimentos, cabía esperar que la población atacara a los refugiados.[167] Sobre todo en la capital, pero también en Bohemia y otros lugares, estos agravios económicos estaban estrechamente ligados a un tercer factor: el antisemitismo. Los judíos sumaban dos quintas partes de los refugiados en Austria, pero constituían la gran mayoría de los 200 000 acogidos en Viena. Muchos se dirigieron a la capital con intención de quedarse con familiares o amigos. Otros fueron enviados allí por las autoridades, que esperaban que la gran comunidad judía de la urbe ayudara a sostener a sus empobrecidos correligionarios de Galitzia. La hostilidad fue

inmediata: ya a mediados de septiembre se oían quejas de que Viena estaba «rebosante» de refugiados, a pesar de que habían llegado menos de 50 000 a esta metrópoli de un millón de almas. Un mes más tarde, aparecieron carteles en la ciudad que conminaban a los refugiados a regresar a casa.[168]

Los refugiados judíos fueron objeto en Viena de un odio especial a causa de su número y también porque la ciudad tenía una historia de antisemitismo, que se remontaba a oleadas anteriores de inmigración de hebreos ortodoxos. Desde el crac bursátil de 1873, muchos vieneses de clase media consideraban a los judíos expertos en la práctica de un capitalismo particularmente egoísta y despiadado y este prejuicio encajó a la perfección con sus nuevos agravios económicos de los años de la guerra.[169] Muy pronto, los refugiados fueron acusados abiertamente de parásitos y vividores, unas quejas que fueron en aumento a medida que se reducían los suministros de alimentos y artículos de uso doméstico. Muchos creían los rumores más descabellados. Una representativa historia sostenía que un solo judío había logrado acumular todas las reservas de cerillas de Budapest, para así disparar los precios. En realidad, en contra de lo que se infiere de tales relatos, los judíos refugiados no disponían de inmensas riquezas, sino que la mayor parte vivía en la más abyecta miseria. Las autoridades municipales, aterradas por la posibilidad de que los refugiados se quedaran, se esforzaron por hacer la vida insoportable a estos invitados indeseables negándoles permisos de trabajo y urgiéndoles en repetidas ocasiones a volver a casa a la menor oportunidad. La ayuda estatal a los refugiados, 70 hellers, solo cubría un tercio del coste mínimo de la vida. Para poder llegar a fin de mes, las familias de refugiados se apiñaban en una misma habitación, lo cual contribuyó al incremento de las enfermedades epidémicas en la primera mitad de 1915. Tanto el Ministerio del Interior como el de Finanzas reconocían la insuficiencia patente de esta ayuda, pero las apuradas finanzas estatales descartaban todo incremento a niveles realistas. Los refugiados que se quejaban corrían el peligro de que les suprimieran incluso esta magra asignación.[170]

Para ser justos, debe señalarse que las actitudes austriacas hacia los refugiados no se caracterizaron en exclusiva por la indiferencia y la hostilidad. Hubo individuos y organizaciones privadas que trabajaron de modo incansable para aliviar los sufrimientos e intercedieron ante el Gobierno a favor de los refugiados. Entre estas organizaciones la principal fue la Oficina Central para el Bienestar de los Refugiados de Guerra de Galitzia y Bucovina [*Zentralstelle der Fürsorge für die Kriegsflüchtlinge aus Galizien und der Bukowina*], con sede en Viena. Este organismo, fundado por el

Ministerio del Interior, pagaba ayudas y distribuía ropa de abrigo, ayudaba a los refugiados a encontrar alojamiento, empleo y asistencia sanitaria y gestionaba maternidades, escuelas e incluso una biblioteca. Las entidades benéficas también contribuyeron. Las organizaciones de judíos asimilistas y sionistas se esforzaron por asistir y hacer proselitismo entre las personas desplazadas.[171] Pese a ello, esta asistencia tuvo un impacto limitado. Los refugiados eran demasiado numerosos y la generosidad y competencia del Estado adolecía de severas limitaciones. La sociedad civil necesitaba implicarse con urgencia, pero existía un conocimiento muy escaso de los padecimientos de los refugiados, una situación que la censura austriaca, muy estricta, no mejoró, pues trataba de suprimir toda noticia que insinuara la debilidad del Estado. Se vetaron los reportes en torno a las penurias de los refugiados. La división de los refugiados por nacionalidad y fe reconoció de forma implícita el tenue vínculo entre los pueblos del imperio. El desastre militar de Galitzia no contribuyó a unirlos. Por el contrario, las oleadas de personas de la periferia al centro exacerbaron en buena medida las tensiones sociales y el antagonismo racial y eso tuvo consecuencias muy negativas para el Estado y su esfuerzo bélico. El jefe de la Oficina Central para el Bienestar resumió el decepcionante resultado de forma incisiva: «En lugar de la esperada profundización de la idea común de la gran Austria y de Austria en su conjunto, los conflictos se han acrecentado —observó—, el resentimiento crece a diario».[172]

Las invasiones rusas de Alemania y Austria no reciben mucha atención en los libros de historia actual. Las víctimas han sido olvidadas, sus sufrimientos y los agravios recibidos han sido obviados. Con todo, no es exagerado destacar la importancia de los ataques rusos. Las invasiones del Ejército zarista en el este, mucho más que el simultáneo ataque alemán y las «atrocidades» en el oeste, nos presentan el vínculo más cercano entre las campañas de 1914 y los horrores genocidas de mediados del siglo XX. Estas operaciones se caracterizaron por la ideología racial, el antisemitismo y por unos ambiciosos planes para remodelar y excluir poblaciones, todas señas de identidad de las futuras acciones nazis en esa misma región. El uso militar de la etnicidad como indicador de lealtad política y su predisposición radical a trasladar comunidades enteras volvió a verse con Iósif Stalin y a una escala mucho mayor. La pérdida de vidas de súbditos habsburgo y hohenzollern en 1914 fue relativamente modesta. Sin embargo, la violencia rusa, y los motivos que la

impulsaron, presagiaban la futura conversión de la Europa centrooriental en las «tierras de sangre» de la centuria.

Las invasiones tuvieron resultados inversos para Austria-Hungría y Alemania. La pérdida de Galitzia fue una catástrofe para el Estado habsburgo. Los rusos destruyeron infraestructura y desplazaron a la población. Muy pronto fue evidente que, sin la agricultura de esas menospreciadas Tierras de la Corona, los austriacos padecerían un hambre terrible. No menos desastrosa fue la marea de refugiados, pues reveló lo muy endeble que era la solidaridad entre los pueblos del imperio multiétnico. La llegada al interior de centenares de miles de desesperados refugiados, polacos, ucranianos y sobre todo judíos suscitó conflicto racial y antisemitismo. Por el contrario, el ataque ruso contra Prusia Oriental incrementó la capacidad germana de hacer la guerra. La indignación por la violación del territorio nacional y las crueldades zaristas potenciaron la solidaridad alemana, cimentaron la convicción en la justicia de la causa nacional y sirvió de terrible y duradera advertencia del precio que pagar por la derrota. Las victorias contra los rusos provocaron nuevos héroes salvadores, Hindenburg y Ludendorff, y elevó la moral de la opinión pública. Este refuerzo de la confianza popular y de la solidaridad serían muy necesarios. A la conclusión de las ofensivas iniciales y las desesperadas batallas defensivas, con el resultado todavía en el filo de la balanza, las Potencias Centrales se enfrentaban ahora a un nuevo y muy diferente tipo de conflicto, una lucha de aguante para la que estaban muy mal preparadas para ganar.

5

EL CERCO

La larga guerra

Cuando 1914 dejó paso a 1915 era evidente, tanto para los mandatarios como para los pueblos, que la guerra había entrado en una nueva fase. El comandante Artur Hausner, que a mediados de diciembre de 1914 seguía destinado en el frente oriental, reflexionó sorprendido acerca de su inesperada duración. Cuando dejó a su mujer en el hogar a finales de julio nadie, recordó, «esperaba una separación tan prolongada. Al fin y al cabo, solo íbamos a la guerra contra Serbia y confiábamos en liquidar enseguida a esa chusma asesina. Sin embargo, de la pequeña guerra en los Balcanes nació una conflagración mundial de duración incalculable». En el oeste, la apuesta germana por una victoria rápida falló y la ofensiva de otoño de Erich von Falkenhayn en Flandes no pudo reanudar el avance. Desde la frontera suiza a la costa belga, sobre una línea de 750 kilómetros de largo, las unidades se atrincheraron y se impuso el estancamiento. En otros frentes, los primeros meses de lucha tampoco trajeron resultados decisivos. Serbia permanecía invicta, para bochorno del mando habsburgo. La profunda penetración en Galitzia de los contingentes del zar no logró expulsar a Austria-Hungría de las

hostilidades y las derrotas que les infligió Paul von Hindenburg en verano y comienzos del otoño frustraron la «mejor oportunidad» rusa de invadir el Reich. Además, la entrada en guerra del Imperio otomano, en noviembre de 1914, reforzó a las Potencias Centrales. En este contexto de incremento del número de beligerantes, ejércitos enormes e indecisión militar, Hausner tenía razón al contemplar el futuro con inquietud. «En realidad, no es imposible —reflexionó— que pase mucho tiempo antes de que volvamos a tener paz de nuevo».[1]

La naturaleza de la contienda también cambió, y a peor, para las Potencias Centrales. Fue la entrada en guerra de Gran Bretaña lo que marcó la diferencia. Con un imperio que abarcaba la quinta parte de la superficie terrestre, aportó inmensos recursos financieros e industriales a la alianza de la Entente. Gran Bretaña posibilitó una contienda larga al ayudar a Francia a sobrevivir a la pérdida de su corazón industrial bajo ocupación germana, además de proporcionar una ventaja enorme a la coalición. La Triple Entente disponía de tres veces más Producto Interior y cinco veces más población que Austria-Hungría y Alemania, con lo que podía permitirse encajar reveses militares severos y se impondrían con toda probabilidad en un conflicto largo.[2] Es más, Gran Bretaña radicalizó la guerra, pues combatió de forma diferente a los beligerantes continentales. Como potencia naval principal del mundo, con control sobre las rutas marítimas, estaciones de carboneo y cables telegráficos submarinos, libró una guerra económica proactiva como medio para estrangular a sus adversarios. Con la implicación de Gran Bretaña, el conflicto dejó de ser un asunto puramente militar. Se convirtió en una agotadora pugna de desgaste que atacó a comunidades enteras y convirtió a los civiles en blancos. Antes incluso de su nombramiento como jefe del Estado Mayor General prusiano, Helmuth von Moltke predijo este nuevo modelo de hostilidades, que le inspiraba un gran temor. La próxima guerra, escribió en 1905, será «una larga y ardua pugna». Ningún Estado capitulará «hasta que todo su vigor nacional esté roto» y el vencedor quedará igualmente «exhausto por completo». Este nuevo conflicto de pesadilla sería, vaticinó, «una guerra popular».[3]

Las Potencias Centrales respondieron a esta nueva amenaza con la mejora gradual de sus economías de asedio. En cooperación con las grandes empresas, se adoptaron medidas para controlar los recursos económicos y encauzarlos hacia el esfuerzo bélico. Muy pronto, el 13 de agosto de 1914, por requerimiento de dos industriales de la firma eléctrica AEG, el Ministerio de la Guerra prusiano estableció el Departamento de Materias Primas de

Guerra (*Kriegsrohstoffabteilung*), cuya misión era el control de materias primas primordiales. A partir del otoño de 1914 se creó en Alemania la «Corporación Central de Materias Primas de Guerra» (*Kriegsrohstoff-Gesellschaften*) y en Austria las denominadas «Centrales» (*Zentralen*), a las que se confió la tarea de adquirir y distribuir con eficiencia un recurso concreto. Dirigidas por empresarios, en un principio solo se encargaban del metal, lana y productos químicos en el Reich y de algodón, lana y metal en Austria, si bien durante la contienda se establecieron otras, de modo que, hacia el fin de esta, existían 91 centrales y casi 200 corporaciones.[4] Desde el otoño de 1914, la escasez de munición artillera obligó a los ministros de la Guerra de ambos países a buscar nuevos fabricantes para contratos con el Ejército y la industria fue pasando de forma gradual a la producción bélica. También se movilizó a la fuerza laboral. La crisis de desempleo precipitada por el estallido de las hostilidades, que tanto preocupó a los jefes militares por la posibilidad de provocar disturbios internos, amainó a partir de finales del otoño de 1914 y hacia la primavera de 1915 ambas economías padecían graves problemas de falta de mano de obra.[5] El indicio más significativo del cambio de prioridades fue el licenciamiento de trabajadores cualificados llamados a filas. En 1914, un cuarto de los mineros de Austria-Hungría fue movilizado y algunas firmas germanas cruciales para el esfuerzo bélico, como la compañía eléctrica Bosch y la química Bayer, tuvieron que ceder al Ejército la mitad de su plantilla. A partir de ese momento se instauró un sistema de exenciones que tuviera en cuenta las necesidades de recursos humanos de la industria, no solo las de los militares.[6]

La conversión de la contienda en una pugna económica contra adversarios mejor financiados y más numerosos incrementó la importancia de los civiles en el esfuerzo bélico de las Potencias Centrales, pero también los expuso a penalidades nuevas y cada vez peores. El estallido de las hostilidades causó tensiones de gravedad en el interior. Además de la separación familiar a causa de la marcha de los hombres a la guerra, el cierre de negocios y la repentina oleada de desempleo, el coste de los alimentos y artículos básicos se disparó debido a las alteraciones del suministro provocadas por las compras militares y los movimientos de efectivos, el derrumbamiento de las importaciones procedentes de países que ahora eran enemigos y el acaparamiento civil. También tuvo importancia «comer para consolarse», una de las formas con las que la gente sobrellevaba el desbarajuste.[7] Incluso las zonas agrarias se vieron afectadas. En la rural Thorn, un distrito del este de Alemania, el coste de una libra de sémola de cebada aumentó en más de un cuarto, el del tocino

en un quinto y las patatas, el alimento base, subió de precio un octavo entre finales de agosto y diciembre de 1914.[8] En las regiones urbanas e industriales la inflación de precios fue aún mayor y las reservas de algunos alimentos básicos empezaron a faltar. El pan escaseó en Berlín y Viena desde el otoño de 1914 y las patatas a primeros de 1915.[9] El embargo naval británico contra las importaciones alimentarias a Alemania, anunciado solo tres semanas después de la entrada del país en la contienda, y, para Austria, la invasión rusa de su granero de Galitzia hicieron que las Potencias Centrales no pudieran recuperarse de estas dificultades de abastecimiento y las exacerbaron en gran medida. Los medios de vida de los civiles estaban ahora bajo asalto: los combatientes sufrieron penurias materiales cada vez más severas, hambre y agotamiento. Este padecimiento venía acompañado por la constante angustia por sus seres queridos en el frente y por el duelo, según iban muriendo más y más soldados. Hacia finales de 1914 las personas de luto ya eran numerosas; en esta época, habían caído 189 000 militares austrohúngaros y 250 000 germanos.[10]

Los esfuerzos bélicos de Alemania y Austria-Hungría dependían de la capacidad de sus sociedades de adaptarse y afrontar las nuevas condiciones. El nuevo modo de conflicto se caracterizaba por la exigencia creciente de armas y suministros para los ejércitos de masas y por los esfuerzos de privar a las economías de bienes alimentarios e industriales. Esta convirtió los territorios nacionales en «frentes interiores» bajo asedio, esenciales para apoyar a los soldados en los teatros de operaciones, tanto material como emocionalmente. No era una «guerra popular» en su acepción antigua, en la que los civiles se alzaban en armas, sino de un modo nuevo, en la que sociedades enteras contribuían de manera menos violenta, aunque indispensable, en determinar el resultado final. El apoyo y consentimiento de la población era crucial. Los planes militares de preguerra se centraban en mover contingentes, en la concentración de soldados en el frente. Ahora era necesario conmover el corazón y la mente del interior. Aunque los Estados dieron algunas directrices, las sociedades demostraron una capacidad extraordinaria de automovilización. Intelectuales, periodistas, clero y políticos, con escasos estímulos gubernamentales, interpretaron para el público la larga guerra. Las organizaciones locales y las iglesias organizaron actos voluntarios de apoyo al esfuerzo bélico. Las nuevas condiciones y penurias de la guerra desencadenaron un proceso de adaptación en la forma en que las personas pensaban y actuaban. Las «culturas bélicas», formuladas

en los niveles medios e inferiores de la comunidad, priorizaban el sacrificio y la unidad y consolidaron el aguante de esas sociedades bajo asedio.

Una guerra de amor

En los frentes interiores, una mezcla de cálculo y emociones motivó a los civiles a contribuir al esfuerzo bélico estatal. La beligerancia de Rusia provocó indignación y rabia, aunque también había mucho miedo e interés propio; la devastación de Prusia Oriental y Galitzia sirvieron de espeluznantes ejemplos de los peligros de la invasión. De igual modo, se profesaba odio al enemigo, si bien este no era en absoluto generalizado, y, en particular en el Reich, resultó ser una espada de doble filo, pues el odio fue considerado muchas veces un elemento central de sus «culturas guerreras».[11] Aunque suene extraño, en Austria-Hungría y Alemania el amor tuvo una importancia mucho más central en la movilización y apoyo popular.[12] El amor predominaba en la retórica de la guerra. Su expresión más pura se hallaba en el horror de los campos de batalla. La predisposición del soldado a combatir y morir se consideraba, de forma idealista, como un acto de amor superior. Tal y como le dijo un sacerdote a su parroquia en octubre de 1914: «El amor es lo principal en todas las cosas: sin él, nadie puede hacer nada. Si nuestros valerosos hermanos que combaten por nosotros al este y al oeste no estuvieran animados por un amor superior a nuestra patria, de la guerra solo saldría asesinato y llamas».[13] Se consideraba que estos soldados ofrecían un «sacrificio», un ideal muy emotivo y reconocible al instante en estas sociedades cristianas. Los caídos eran venerados como mártires, que sucumbían «por la patria en el campo del honor, como héroes». En los primeros años de la contienda, algunos hombres, de clase media en particular, expresaron su calvario y sus sufrimientos en términos sublimados similares.[14]

Las comunidades locales devolvían el gesto con actos que también se entendían como expresiones de amor, si bien de un tipo más amable y sanador, que los contemporáneos asociaban con el ideal maternal de la feminidad. La kaiserina alemana dictó la pauta en los primeros días de la contienda con el llamamiento a sus súbditas a asumir «la sacra obra de amor» necesaria para apoyar a los maridos, padres e hijos movilizados y ayudar a la patria en su «lucha decisiva».[15] Los niveles inferiores de la sociedad se

hicieron eco de inmediato de su llamamiento. El alcalde de la localidad sureña de Heilbronn, por ejemplo, retrató en sus declaraciones la imagen precisa, de fuerte carga de género, de toda una comunidad en guerra: «Detrás del ejército de las armas, debe agruparse ahora el ejército del amor».[16] En Alemania y en Austria, el trabajo voluntario para la comunidad en guerra pasó a denominarse *Liebestätigkeiten* —«actividades de amor»—, mientras que los paquetes que los civiles enviaban a los soldados en el frente fueron bautizados *Liebesgaben*, en el sentido literal, «regalos de amor».[17]

El amplio alcance de esta retórica es fácil de comprender, pues el mensaje de amor llegaba a todo aquel que tuviera un familiar en el frente. La familia es el elemento básico de la comunidad en guerra y se desvivía por ayudar a los soldados. Los trabajos de una mujer de Hamburgo, Anna Kohnstern, por ayudar, con la asistencia de sus cuatro hijas, a su hijo Albert, que servía en el Regimiento de Infantería n.º 76, formado por reclutas de la ciudad, sirve para ilustrar lo muy adecuado que es el término «regalos de amor». Al igual que millares de otras muchas familias, la de Albert economizaba, ahorraba, hacía colas durante horas, mendigaba e intercambiaba para conseguir dulces o ingredientes para hornear un pastel para enviárselo al frente occidental. Cuando los huevos y la mantequilla fueron demasiado caros, Anna experimentó con una receta de pastel de miel que no necesitaba ni lo uno ni lo otro. A veces, la familia añadía recortes de diario en los paquetes de Albert para que pudiera saber lo que ocurría en el país. Sus cartas, y los regalos que las acompañaban, eran expresiones materiales de su profundo afecto, preocupación constante e intenso anhelo de que Albert retornara a casa sano y salvo. Todo retraso en la respuesta, ya fuera porque Albert estaba demasiado cansado o atareado para escribir, o porque había interrupciones en la entrega del correo de campaña, causaba una profunda inquietud. Una de sus hermanas le advirtió de que fuera puntual en su réplica «para ahorrarnos la terrible espera entre un envío y el siguiente». El miedo era aún peor las veces en que la familia sabía que el regimiento de Albert estaba en acción. Después de que la unidad participara en un ataque a lo largo de las Côtes de Meuse, en abril de 1915, el alivio de su madre al tener noticias suyas es palpable:

> ¡Mi querido Albert!
>
> Recibí tus dos postales del 26/4 y 30/4. No puedo expresar lo felices que fuimos cuando llegó tu primera tarjeta, pues sabía que estabas en el ataque, y cuando llegó el parte del Senado de H[amburgo] donde informaban de que el regimiento de Hamburgo había combatido con gran distinción, no tuve paz hasta que por fin

llegó tu postal. Recé muchas veces a nuestro amado Dios para que te proteja.

Tras recordar a su hijo que le habían enviado chocolate y otro pastel, Anna se despidió con un último deseo, que «el Dios amado siga cuidando de ti, para que puedas volver con nosotros sano y salvo. Tu madre, que siempre estará contigo».[18]

La cultura bélica propagó este amor más allá de los límites de la familia biológica y fomentó la solidaridad entre círculos más amplios. Albert no solo recibió *Liebesgaben* de su familia. En la Navidad de 1914, la dirección del Comerz-und Disconto-Bank de Hamburgo, donde trabajaba como administrativo en época de paz, le remitió un paquete «en señal de nuestro recuerdo».[19] Tales gestos fueron comunes en los primeros años de la contienda. Las asociaciones, fueran socialistas, religiosas o de aficionados, mandaban regalos y boletines a sus miembros destinados en el Ejército. Las parroquias, en especial las de áreas rurales, constituyeron redes centrales de cuidado y apoyo a los soldados y a su familia. Los sacerdotes organizaban rezos comunitarios por las tropas y reuniones en las que se leía en voz alta las cartas de los hombres del pueblo destacados en el frente. Estos informaban a sus congregaciones de las últimas noticias de la guerra y transmitían peticiones de dinero o regalos para los soldados y los heridos de guerra. Algunos intercedían ante las autoridades para solicitar la concesión de permisos individuales. Cuando las autoridades declaraban desaparecido a un hombre, los sacerdotes ayudaban a las familias a buscar información acerca de lo que había sido de ellos. Como es natural, los religiosos eran figuras clave para ayudar a la sociedad a soportar el dolor de masa.[20] También hubo atenciones, menos personales, pero más influyentes, a nivel de municipio y región. Las identidades locales tenían fuerza tanto en Alemania como en Austria-Hungría y las localidades hicieron denodados esfuerzos por cuidar de los suyos. En Hamburgo, en octubre de 1914, partieron de la plaza del mercado central 34 carros cargados de presentes con destino al frente; Anna Kohnstern, siempre atenta al bienestar de su hijo, escribió para asegurarse de que Albert hubiera recibido algo. Los concejales municipales, deseosos de expresar la gratitud de sus comunidades, acompañaban a menudo estos convoyes y entregaban los regalos en persona a los regimientos de sus ciudades.[21]

Tanto el Estado alemán como el austrohúngaro trataron de guiar esas redes de amor y formar parte de ellas. Se establecieron organismos centralizados de asistencia. El Ministerio de la Guerra de los Habsburgo

alojaba la «Oficina de Asistencia de Guerra» (*Kriegsfürsorgeamt*), mientras que en Alemania una organización similar de «Asistencia de Guerra» (*Kriegsfürsorge*) ayudaba al sostenimiento de las familias de los militares. Las entidades de beneficencia semioficiales también tuvieron un importante papel de ayuda social. La Cruz Roja y la Fundación Imperial de Socorro a Viudas y Huérfanos de Austria-Hungría (*Kaiser Franz Josef Stiftung für Versorgung der k. k. Offiziers-Witwen und Waisen*) fueron las más importantes. Otras causas específicas recibieron el patronazgo real. En Alemania, por ejemplo, se creó, a instancias de la kaiserina, el «Comité de guerra de ropa interior de abrigo» (*Kriegsausschuß für warme Unterkleidung*), con sede en el Reichstag.[22] A pesar de los altos contactos y la supervisión de las autoridades, todas estas organizaciones dependían de redes de activistas locales y del apoyo de las élites regionales o municipales. Los funcionarios alemanes y austrohúngaros pronto comprendieron que la gente estaba más dispuesta a donar por causas locales y regionales que nacionales o imperiales: la estrecha identificación con la entidad común no estaba tan avanzada como en otros Estados más antiguos y de composición étnica más homogénea. Por tanto, en Austria, el Estado trató de extender y explotar la «doble movilización», tan exitosa al inicio de las hostilidades, y puso en manos de los nacionalistas la gestión de su organización de bienestar de guerra. En Bohemia se cedió el control a los activistas alemanes y checos muy pronto, ya en junio de 1915, y durante el año siguiente esta política incluyó a organizaciones nacionalistas de otras regiones de la mitad occidental del imperio. Esto tuvo profundas consecuencias para el esfuerzo bélico de los Habsburgo. Es indudable que fue una buena medida para recaudar fondos. El Estado incorporó a las eficientes organizaciones de activistas nacionalistas. Las voluntarias de clase media que hacían la mayor parte del trabajo preferían, en Bohemia en particular, dedicar su tiempo y trabajo a causas nacionales y no imperiales. Sin embargo, visto a largo plazo, esta delegación era problemática. Dividir la asistencia bélica entre nacionalidades conllevaba un reconocimiento implícito de la endeblez de la solidaridad imperial. El Estado no animaba a sus habitantes a apoyarse entre sí, sino a replegarse en la protección de sus propios grupos nacionales.[23]

Todas estas iniciativas tuvieron un éxito inmenso para movilizar a la población femenina en apoyo no solo de sus familiares consanguíneos, sino también a regimientos locales e incluso al esfuerzo bélico nacional e imperial. El jefe de policía de Berlín observó asombrado en octubre de 1914 que «casi todas las mujeres están ocupadas en la producción de calcetines, brazales,

chalecos, fajas y otros artículos de lana para nuestras tropas».[24] Este mismo comentario se repitió un par de meses más tarde y cientos de kilómetros al sudoeste, en la austriaca Salzburgo, donde la Oficina de Asistencia de Guerra de la localidad manifestó con orgullo que «en todas las escuelas, conventos, casas, granjas y cabañas del país, el elemento femenino de nuestra población se ocupa afanosamente de las necesidades de nuestros guerreros».[25] Las cifras de Viena nos dan cierta idea del alcance extraordinario del trabajo voluntario. Hacia marzo de 1917, la Oficina de Asistencia de Guerra de la ciudad había enviado a las unidades 257 972 pares de guantes, 636 388 gorros de lana y 2 708 180 pares de calcetines como *Liebesgaben*. Las más de treinta delegaciones de la Oficina dispersas por toda Austria asumieron un trabajo similar, al igual que la Cruz Roja y diversas organizaciones femeninas.[26]

No obstante, los civiles consideraban que su deuda con las tropas era tan grande que incluso este enorme apoyo material les parecía un reconocimiento insuficiente a sus sacrificios. La burguesía alemana en particular decidió al comienzo de las hostilidades que también debía ofrecer solidaridad espiritual. La solemnidad era su seña de identidad: la frivolidad les parecía inmoral y censurable mientras los hombres morían en el frente. En consecuencia, los teatros retiraron de la cartelera las comedias ligeras y escenificaron clásicos de temática marcial como *Wallensteins Lager* [El campo de Wallenstein] de Schiller u obras bélicas escritas a toda prisa. Algunas ciudades prohibieron la música en vivo y los bailes en bares y cafeterías.[27] Se crearon nuevas formas de entretenimiento para los tiempos bélicos. Durante los primeros meses gozaron de popularidad las «veladas patrióticas» en las que se recitaban poemas de guerra escritos por autores locales y se cantaban temas adecuados a la «sagrada guerra». Las asociaciones culturales, eclesiásticas y femeninas que las organizaban donaban los beneficios a causas bélicas como la Cruz Roja.[28] Las «conferencias de guerra» de los académicos también atrajeron en esta época asistencias masivas: alrededor de 10 000 personas atendieron una serie de charlas celebradas en la ciudad de Münster entre septiembre de 1914 y febrero de 1915.[29] Varias ponencias de alto nivel dictadas en Berlín fueron incluso llevadas a imprenta con el objetivo de hacer llegar a las personas que residían lejos de la capital los análisis de los profesores universitarios acerca de la culpabilidad de la Entente y la virtud de la causa germana. Estaba en juego, se le decía al lector, «nuestra existencia nacional, libertad y desarrollo».[30]

Ni siquiera la ferviente y patriótica clase media germana pudo soportar mucho tiempo esta estricta dieta intelectual: hacia finales de 1914, muchos

decidieron que, al fin y al cabo, la risa podía ayudar a soportar las penurias de la contienda y las obras ligeras volvieron a los escenarios teatrales.[31] Para la clase trabajadora, que siempre había sido hostil a la campaña de seriedad de la clase media, y cuyo entretenimiento era el principal objetivo, solo supuso un alivio limitado. Los libros «baratos», las «imágenes indecentes» y las festividades como el *Fastnacht*, el carnaval de primavera tan querido por los alemanes del sudoeste, siguieron suscitando la reprobación del clero y de los moralistas de clase media.[32] En Austria, algunos hallaron el modo de subvertir la circunspección patriótica de los burgueses. Los beodos se divertían mucho exigiendo una y otra vez en los establecimientos que tocaran el himno imperial. Nadie podía negarse sin arriesgarse a que lo insultaran, en el mejor de los casos, o, en el peor, de ser acusado de un crimen de lesa majestad. En un caso que llegó a los tribunales, hicieron sonar el himno en rápida sucesión en cuatro ocasiones. Un invitado que se levantó de la silla las cuatro veces, a la quinta decidió que ya había tenido suficiente y no se puso en pie. Los presentes lo cubrieron de insultos y, a continuación, lo entregaron a la policía. En 1916, casos similares seguían colapsando los tribunales militares del Imperio austrohúngaro.[33]

Otro aspecto de la «cultura de guerra», menos exaltado, pero no menos revelador, fueron las manifestaciones comerciales. Firmas y fabricantes se adaptaron al espíritu de los tiempos y comprendieron que el patriotismo vendía, por lo que lo usaron para defender sus intereses y, de este modo, contribuir al ánimo de unidad. Las multinacionales de propiedad extranjera fueron castigadas con entusiasmo por sus competidores, que las tachaban de corporaciones «financiadas con dinero inglés, que trabajan con capital inglés y son gestionadas en exclusiva por ingleses nativos», cuyos «beneficios afluyen a Inglaterra».[34] En Alemania, con el beneplácito de la Administración, dejaron de usar palabras foráneas para enfatizar el carácter germano de sus productos. En la ardorosa atmósfera patriótica de 1914 y 1915, los «keks» se vendían mejor que los «cakes» [pasteles] y el internacional «cigarette» no podía ser tan satisfactorio como el más teutónico «Zigarette».[35] De igual modo, adaptaron los bienes a los gustos más patrióticos y militaristas de los años de guerra. ¿Por qué comprar un reloj despertador cuando se podía adquirir un «reloj despertador de guerra», coronado por una batería de mortero, con los retratos de los káiseres Guillermo y Francisco José pintados en el dial y la garantía de que producían «un ruido aterrador»? Se fabricaban armónicas con la forma de célebres buques de la marina como el U9 o el Emden, que se incluían en los paquetes

de regalo para la tropa.[36] Otra efectiva estrategia de ventas fue poner el nombre del héroe del momento, Hindenburg, a ciertos productos; no menos de 150 firmas vendían un «cigarro Hindenburg».[37] Esa misma estrategia se intentó en varias regiones del imperio, si bien en este caso, como es natural, el héroe variaba; en Galitzia, por ejemplo, era Józef Piłsudski, presente en los envoltorios de chocolate.[38] Las empresas jugueteras destacaron por encima del resto en la adaptación y promoción imaginativa de la «cultura de guerra». Steiff, la compañía de ositos de peluche, producía tiernos soldados prusianos que marcaban el paso de la oca para aquellos padres de clase media que buscaban para sus retoños algo más excitante que los sempiternos soldados de plomo y los trajes de marinero. Unos pocos niños afortunados con pudientes y amorosos progenitores recibían el conjunto de transporte de prisioneros, que incluía prisioneros de guerra franceses, guardias alemanes y un hospital. Las firmas jugueteras, hasta que se lo impidió la falta de materiales, se adaptaron con rapidez a las condiciones de la época de guerra. Una vez se empezaron a racionar los alimentos, los accesorios de las muñecas incluían una cartilla de racionamiento.[39]

El entretenimiento ingenuo y patriótico de los años bélicos eran en su mayoría expresiones burguesas de una cultura de guerra de valores más profundos y universales. Su dogma central era la *Burgfrieden* solidaria, un concepto asumido incluso por los trabajadores: en 1915, a pesar del retorno del pleno empleo, solo 14 000 obreros germanos hicieron paros, lo cual apenas causó la pérdida de 42 000 días de trabajo.[40] Más allá del cumplimiento generalizado, dos tipos de conducta definían la «cultura de guerra» centroeuropea. El bloqueo naval británico, se advirtió a la opinión pública, buscaba provocar el hambre, pero se podía frustrar si se trataba la comida con cuidado: «Tenemos suficiente maíz en el país para alimentar a nuestra población hasta la siguiente cosecha. *Bastará con no malgastar nada*». Con el fin de fomentar la frugalidad, se conminaba a los civiles a «pensar siempre en nuestros soldados en campaña, que en primera línea se contentarían con tener el pan que usted desperdicia».[41] Como técnica de persuasión, era muy efectiva. No solo apelaba a la conciencia de los que seguían en casa, sino que les daba la oportunidad de demostrar que ellos también podían hacer sacrificios, aunque estuvieran muy por debajo del padecimiento y el martirio de los soldados. Anna Kohnstern nos ofrece un buen ejemplo de esta mentalidad. En una carta a su hijo Albert donde le explica la subida de precios y la creciente falta de alimentos en Hamburgo a principios de 1915, empleó la retórica del sacrificio firme pero subordinado.

«No te preocupes por eso, nosotros todavía no pasamos hambre —le reconfortó—. Aquí en casa lo superaremos sin dudarlo, pues debemos, al fin y al cabo, mantenernos dignamente a vuestro lado. Tú y los que estáis en primera línea tenéis que soportar mucho más».[42]

La «guerra del hambre» de los británicos preocupó al Gobierno alemán lo suficiente para impulsarlo a lanzar su primera campaña organizada de propaganda. El 24 de enero de 1915, el ministro del Interior de Prusia anunció que varios centenares de oradores públicos serían entrenados para «ilustrar» al pueblo acerca de la «política de inanición británica». No solo los maestros y el clero, las élites comunitarias tradicionales en las que se apoyaba el Gobierno participaron en estos cursos. También lo hicieron, en reflejo de la *Burgfrieden*, activistas de los sindicatos de clase trabajadora y de organizaciones femeninas. Esas personas fueron cruciales para dar al mensaje la credibilidad que le faltaba al Gobierno en su comunicación directa con la población, en particular con los obreros socialistas.[43] Además de sermones, también se daban consejos prácticos para ahorrar comida y cocinar con ingredientes de guerra. Las localidades de Alemania y Austria-Hungría organizaban cursos de cocina y establecieron servicios de asesoramiento nutricional.[44] Estos trabajos los apoyaba el Servicio Femenino Nacional (*Der Nationale Frauendienst*, NFD), cuyo personal recorría el Reich instruyendo a las mujeres en economía doméstica. Demostraron un considerable ingenio para inventar nuevas recetas que sortearan la falta de grasas, si bien algunos de los platos eran de lo más extraño. Las clases de cocina impartidas en marzo de 1915 en la ciudad de Thorn enseñaron a los ciudadanos a hacer «albóndigas de queso fresco batido», «miel artificial» y «sopa de chocolate falso». El inquietante «puré de nabos», también figuraba entre las innovaciones culinarias. A modo de recordatorio, y para aquellos que no podían asistir a los cursos, se distribuían recetarios de cocina bélica; en 1915, se publicaron en Alemania no menos de sesenta y nueve ediciones diferentes.[45] Los planes dietarios sugeridos por los recetarios ilustran la dieta modesta, repetitiva pero rica en calorías, que los activistas de clase media y los funcionarios aún consideraban realista en el primer año de la contienda:

Primer día

Mañana: gachas con leche desnatada y azúcar

Desayuno: una rebanada de pan con mantequilla o mermelada para cada uno

Mediodía: caldo de cebada con ternera y patatas

Tarde: una rebanada de pan con mantequilla o mermelada para cada uno
Noche: café con leche y azúcar, pan (dos piezas por persona) con salchicha
(9665 calorías [para cuatro personas, esto es, 2416,25 por adulto])

Segundo día
Mañana: café con leche y azúcar, dos rebanadas de pan con mermelada para cada uno
Desayuno: una rebanada de pan con mantequilla o mermelada para cada uno
Mediodía: macarrones con fruta desecada
Tarde: una rebanada de pan con mantequilla o mermelada para cada uno
Noche: ensalada de patata y arenque ahumado
(10 227 calorías [para cuatro personas, esto es, 2556,75 por adulto])

Tercer día, «día de ahorro de pan»
Mañana: avena cocida con leche y azúcar
Desayuno: una rebanada de pan con mantequilla o mermelada para cada uno
Mediodía: patatas con zanahorias y carne
Tarde: una rebanada de pan con mermelada para cada uno
Noche: patatas hervidas con la piel, arenques, mantequilla y cebollas
(9920 calorías [para cuatro personas, esto es, 2480 por adulto])[46]

Puede que la dieta no pareciera demasiado apetitosa, el consejo de masticar más tiempo y mantener la comida calentada en contenedores aislados era razonable pero ya sabida, pues se consideraba un deber sagrado la necesidad de conservar alimentos. A las amas de casa alemanas les dictaron diez «Mandamientos de Guerra» que incluían consejos como «solo ingerir lo necesario», «considerar sagrado el pan», «comer un montón de frutas y verduras» y «reservar los desperdicios de cocina no aptos para consumo humano como pienso de ganado». Con tales medios, las germanas estaban armadas para «rescatar a nuestra patria».[47]

Acumular era la segunda conducta central de la cultura de guerra. La recolección, a cargo de los civiles, de comida y ropa de abrigo para enviar a las unidades solo era una parte, aunque importante, de una esfera de actividades mucho más grande. Los valores centrales de «unidad» y «sacrificio» también requerían ayudar a las víctimas de la guerra en el frente interior, como los refugiados o aquellos cuyos medios de vida habían sido destruidos por la contienda. La recolección podía combinarse con otros

motivos de la cultura de guerra para maximizar su atractivo. La campaña más espectacular en ayuda de las víctimas bélicas del frente interior fue el llamamiento de 1914 «Di oro a cambio de hierro», emprendido tanto en Austria como en Alemania. La idea, que se inspiró en una colecta similar en las guerras de liberación germanas de 1813, era que la gente donara joyas de oro por el bien de la comunidad en guerra y, a cambio, recibía una insignia o anillo de hierro. La campaña cautivó la imaginación popular. En septiembre de 1914, 90 000 austriacos ya habían entregado metales preciosos, muchas veces las alianzas.[48] En Alemania la campaña también ganó popularidad. Los ciudadanos de Fráncfort del Meno, por sí solos, donaron en 1914 plata, oro y platino por valor de 303 403 marcos. Es indudable que el éxito del llamamiento se debió, en buena medida, a que se entregaba una prenda material de patriotismo a todo aquel que se sacrificara. Para muchas personas, era el acto de entregar —y de ser visto haciéndolo— lo que importaba; la causa en sí era menos importante. Los periódicos hablaron de la «frecuente incertidumbre» del público en torno a la causa que apoyaban las donaciones de la campaña de «oro por hierro». En Fráncfort, algo menos de una décima parte de los ingresos sirvió para cubrir el coste de las joyas de hierro, entregaron 10 000 marcos al «Comité de Apoyo a los Artistas Necesitados» y cerca de un tercio fue para suplementar los ingresos de familias que ya recibían la «Ayuda Familiar» del Gobierno, un beneficio bélico para los dependientes de soldados, y el resto se asignó a aquellos que estaban en circunstancias desfavorables, pero que no cumplían los requisitos para obtener ayuda oficial.[49]

Los niños eran los colectores más numerosos, entusiastas y exitosos. Mientras que las mujeres implicadas en el voluntariado de guerra apenas sumaban unos pocos centenares de miles, se movilizó entre 6 y 7 millones de escolares alemanes para ayudar en las diversas campañas. La predisposición de la juventud austriaca a trabajar por el esfuerzo bélico no fue menos impresionante: los voluntarios «exceden con creces la demanda», comentó un funcionario en Carintia.[50] Las primeras «colectas» en las que se emplearon niños fueron agrícolas: en el mismo 1914 se sacó a los alumnos de clase para recoger la cosecha. Al poco tiempo, los enviaron en expediciones al campo para recolectar leña, setas, bayas y hojas para infusiones de frutas. Más adelante, cuando el bloqueo se hizo más hermético, recogían en las ciudades desechos de cocina, papel, metal, botellas e incluso cabello humano para su reciclaje y uso en el esfuerzo bélico. Los Estados combatientes aprovecharon igualmente la reconocida habilidad e insistencia de los niños para sacar dinero

a sus mayores. Desde finales del otoño de 1914, los alumnos alemanes se sumaron a la tarea de potenciar las reservas de metales preciosos del Reichsbank; convencían a la gente para que cambiara monedas de oro de 10 y 20 marcos por billetes de papel.[51] Las escuelas austriacas siguieron el ejemplo. La táctica obtuvo considerables elogios, pues, solo en 1915, las escuelas de Alemania recaudaron más de 150 millones de marcos en metálico. «La infancia es la mejor propagandista de la compra de oro —observó en 1918 un funcionario comercial del este del país—. Nunca dejan en paz a sus padres y, en casos donde todo anuncio y publicidad es inútil, niños y niñas consiguen lo que parece imposible».[52]

El papel esencial de niños y niñas era el de colectores y propagandistas de los bonos de guerra del Estado, de los cuales tanto Alemania como Austria-Hungría dependían en gran medida para financiar su esfuerzo bélico. Muy pronto, este trabajo se organizó a fondo para garantizar que incluso las felices parejas sin descendencia no descansaran en paz. Cada escuela tenía asignada una zona de recolecta. Los escolares formaban, se equipaban con libros de cuentas y se enviaban a recorrer sistemáticamente la manzana hasta visitar todas las casas. El entusiasmo del alumnado por la tarea no solo se debía a su amor por la patria o el emperador. Julia, hija de Anna Kohnstern —conocida en la familia como Lulu— informó a su hermano, el soldado Albert, de que cada vez que convencía a alguien para que donara un artículo de oro, su escuela le daba 10 *pfennings*. Sus hermanas mayores recibían un día libre por cada 50 marcos recaudados. El profesorado fomentaba la competición entre aulas, de nuevo con la promesa de recompensas. Los colectores más diligentes y exitosos, así como los de las familias más pudientes, recibían medallas, placas e incluso veían su nombre publicado en la prensa local. Tan importante fue el papel de la infancia para atraer suscriptores al Tercer Empréstito de Guerra en el otoño de 1915 que, en agradecimiento, el propio káiser decretó un día de fiesta escolar.[53]

Aunque los esfuerzos de los niños no eran en absoluto altruistas, chicos y chicas eran los más comprometidos con el esfuerzo bélico. Los llamamientos a ser «soldados del frente interior» y ayudar a acortar el conflicto eran particularmente eficaces entre los que tenían hermanos mayores y padres en la guerra. Las muchachas tejían de forma obsesiva calcetines, guantes y bufandas para los paquetes de *Liebesgaben*, no solo en las clases de costura, sino también a la hora de comer y en casa. Hermine Gerstl, una niña de 12 años que residía en la Baja Austria en 1915, recordó cómo «las chicas tejíamos con tal entusiasmo para los pobres soldados que los días que no

teníamos escuela no jugábamos […] todas querían producir lo máximo posible».[54] Recaudar, tejer y empaquetar *Liebesgaben*: todo esto les ayudaba a combatir el miedo por sus familiares en el Ejército. Tales actividades, además, les permitían sentirse parte de una comunidad de guerra que se definía por el amor, la unidad y el sacrificio.[55] Ellos mismos hacían mucho por reforzar esa comunidad. Los alumnos menores que seguían en la escuela servían de conductos a través de los cuales la propaganda podía alcanzar a sus desprevenidos progenitores. También se les empleó con gran efectividad para reforzar la conexión entre el frente y la patria. Sus «regalos de amor» a los soldados no eran enviados de forma anónima; incluían una postal o carta del muchacho o muchacha que había confeccionado las prendas de punto o empaquetado el regalo. Se ponía especial énfasis en que los soldados sin familia también recibieran esos envíos.[56] De ese modo, la nación o el mismo imperio se convertían en el sustitutivo familiar para tales hombres. Una carta infantil podía ejercer un poderoso impacto emocional en el frente; era un recordatorio conmovedor para los combatientes de la gente a la que defendían y reforzaban su predisposición a soportar los peligros y las penurias del servicio activo. Numerosos niños, para su satisfacción y orgullo, recibían misivas de gratitud, que a veces iniciaba una correspondencia regular. Se preocupaban por «sus» soldados. Piete Kuhr, de 13 años de edad, por ejemplo, quedó «abrumada por el miedo» cuando supo que «Emil, mi soldado de paquetes de regalos», como le llamaba, había recibido en el frente una puñalada en el pecho.[57]

Las expresiones más dramáticas y simbólicas de la cultura de guerra, reveladora de todos sus temas recurrentes y virtudes, eran las «figuras de clavos» que se erigieron en 1915-1916 por toda Europa central. Se trataba de estatuas o escudos, por lo general esculpidas en madera blanda de tilo, expuestas en lugares públicos. La gente pagaba por remachar clavos en ellas. Los beneficios de la venta de los clavos, así como de artículos asociados como tarjetas postales y álbumes, se empleaban en apoyar a las familias de soldados caídos. Las figuras, poco a poco, quedaron recubiertas de una «coraza» de hierro que las convirtió en símbolos y santuarios de la unidad, sacrificio y firmeza de las comunidades. La tendencia comenzó en Viena, inspirada en la tradición local: la capital imperial tenía la «Barra de Hierro» (*Stock im Eisen*), un tronco de árbol festoneado de clavos de siglos de antigüedad que, según cuenta la leyenda, los artesanos itinerantes remachaban a martillazos para ahuyentar al demonio. En 1915, el Comité Central de Viena del «Fondo de Ayuda a Viudas y Huérfanos» decidió movilizar esta

costumbre para combatir nuevos males. El 6 de marzo, en una ceremonia en la que estuvieron presentes miembros de la casa real y el ministro presidente de Austria, el conde Stürgkh, todo su gabinete, el alcalde de Viena y los embajadores de Alemania y del Imperio otomano, descubrieron la primera figura de clavos de la contienda: el «Guerrero de Hierro» (*Wehrmann in Eisen*). Un caballero acorazado, con la estatura de un hombre y medio, que empuñaba una espada desenfundada y miraba resuelto al frente. El alcalde inauguró la ceremonia de claveteado con un discurso que remarcaba que la voluntad de victoria procedía de la unidad del pueblo. Acto seguido, se remachó el primer clavo, hecho de oro, en nombre del emperador Francisco José; martillearon el segundo y el tercero el embajador alemán y el otomano en representación de sus monarcas. Una vez finalizaron los dignatarios, la figura quedó abierta a los habitantes de la capital. Hacia el fin de la guerra, estaba recubierta de medio millón de clavos.[58]

El «Guerrero de Hierro» suscitó una admiración generalizada e inspiró imitaciones de las comunidades germanas de todo el Imperio de los Habsburgo, hasta la lejana Sibiu, en Transilvania. Los germanos del Reich también adoptaron la idea con entusiasmo. La llevaron al extremo en su capital, con un «Hindenburg de Hierro» de 12 metros de alto, erigido justo debajo de la *Siegessäule*, el monumento berlinés a la victoria de 1870-1871, e inaugurado el 4 de septiembre de 1915. Aunque los críticos de arte tacharon la enorme estatua de «bárbara» y «de mal gusto», fue un éxito entre la opinión pública. Solo el primer día, 20 000 personas subieron al pórtico que la rodeaba para remachar clavos. La figura era demasiado grande, incluso para una ciudad tan populosa como Berlín, para quedar cubierta por completo. Al igual que otras empresas germanas, su ambición fue mayor que las reservas de material disponible, o, en este caso, su determinación. Pese a ello, es indudable que la respuesta fue impresionante: al final quedó tachonada con más de 30 toneladas de clavos, lo cual dobló con creces su peso.[59] Es más, fue la mayor de las 700 figuras de clavos erigidas por todo el Reich, que, en conjunto, reunieron más de 10 millones de marcos para las viudas de guerra y sus hijos. Constituyen poderosos recordatorios de la relevancia de las comunidades locales y su implicación en el esfuerzo bélico de la nación. Aunque un comité central integrado en la «Fundación Nacional de Dependientes Supervivientes de Soldados Caídos» anunciaba y ofrecía consejo acerca de la erección de figuras de clavos, la decisión de encargar una, y la forma que debía adoptar, dependía de las autoridades municipales. Los símbolos patrióticos como la Cruz de Hierro eran populares, como

también lo eran los caballeros, soldados y héroes de la mitología germánica. Algunas ciudades, como Dresde y Zwickau, siguieron el ejemplo de Berlín y dedicaron sus figuras de clavos al nuevo salvador Hindenburg. No obstante, con mucha frecuencia la imagen elegida se hacía eco explícito de la identidad y del orgullo local. Düsseldorf, sede del gran duque de Berg, erigió un león de madera inspirado en las armas heráldicas del ducado. El «Isern Hinnerk» de Altona conmemoraba al conde guerrero que en el siglo XIV gobernó en la región vecina de Holstein. En la zona industrial del Ruhr, las figuras reflejaban a menudo la conexión de las localidades con las industrias del carbón o del metal. Recklinghausen se enorgullecía de su «Columna de los Mineros», Essen, Hagen y Bochum colocaron «Herreros Metalúrgicos» y algunas otras de la zona optaron por «Espadas de Hierro».[60] Se solía encargar a artesanos locales el diseño de las figuras y, en contra de los deseos del Comité Central, los beneficios de los clavos no iban a un fondo nacional, sino que se remitían a las afligidas familias de la comunidad.[61]

Los rituales coreografiados en las figuras de clavos celebraban y reforzaban una visión conservadora de una sociedad unida, pero jerárquica. Lo habitual era que alcaldes y altos funcionarios provinciales celebraran ceremonias de inauguración, mientras que los dignatarios locales, y en las grandes ciudades la realeza de la región, siempre eran los primeros en manejar el martillo. No todos los clavos eran iguales: el vulgo podía darse la satisfacción de blindar la figura con un clavo de hierro por la módica cantidad de 50 *pfennings* o un marco. Los ciudadanos más acaudalados mostraban su estatus y patriotismo con la compra de clavos de color plateado por 2 o 5 marcos. Para las élites, los clavos eran de oro y costaban de 50 a 100 marcos. Las ceremonias afirmaban los vínculos de la comunidad con la nación y con el frente: el alcalde de Wiesbaden, por ejemplo, se dirigió en los siguientes términos a su audiencia con ocasión de la inauguración del «Sigfrido de Hierro» de la ciudad, el 26 de septiembre de 1915: «¡Hombres y mujeres de Alemania! […] Cada clavo en la coraza de Sigfrido —proclamó a los ciudadanos congregados— es […] un saludo a las tumbas solitarias de nuestros héroes en tierra enemiga y un modo de apaciguar el dolor de sus esposas, de sus padres y madres».[62] El núcleo de las ceremonias, sin embargo, seguía siendo la comunidad local. Las asociaciones de artesanos y profesionales, los grupos religiosos, las organizaciones femeninas y de aficionados expresaban su unidad y solidaridad con municipio y nación con la participación e incluso con la celebración de sus propias ceremonias.[63]

También se movilizó a la juventud para rendir homenaje a esos altares de solidaridad comunitaria. En Wiesbaden, una ciudad de 109 000 habitantes, 12 000 niños desfilaron junto a la efigie de Sigfrido en octubre de 1915 y oyeron un discurso del inspector de escuelas municipales en el que enaltecía las virtudes germanas de verdad y lealtad y el vínculo entre el pueblo y el káiser. Además de adquirir un clavo de oro en nombre de todos los chiquillos, se hicieron donaciones para garantizar que, hasta el último de ellos, por más pobre que fuera, pudiera clavar su propio clavo de hierro en la estatua.[64] Por descontado, los menores no tenían otra alternativa que asistir. Las muchedumbres que se congregaron en torno a dichas estatuas durante las semanas y meses posteriores a su inauguración, y las elevadas sumas de dinero que se reunieron, testifican que no satisfacían una necesidad psicológica. El remachado de clavos permitía a los civiles pagar una parte de la deuda que muchos creían tener con el frente mediante una demostración de amor a los familiares de soldados caídos. Les hacía sentir que podían contribuir, aunque fuera de forma simbólica, a «blindar» su sociedad contra la adversidad compartida. La expansión de la «coraza» de metal por la superficie de madera de las estatuas, además, les proporcionaba una prueba reconfortante de una gran unidad y de la predisposición al sacrificio y podía entenderse como una metáfora de la resiliencia comunal. Todas las evidencias apuntan a que las figuras de clavos fueron extremadamente exitosas para reforzar la predisposición popular a resistir, elevar la solidaridad comunitaria y vincular las sociedades locales al esfuerzo bélico nacional de Alemania.[65]

La popularidad de las figuras de clavos no quedó confinada al mundo de habla germana. Los austropolacos también adoptaron con entusiasmo la nueva costumbre. Unas 77 localidades de Galitzia erigieron monumentos de clavos, aunque, dado que esas localidades eran en general más pequeñas y pobres que las de Alemania, solían preferir modestos escudos en lugar de grandiosas esculturas. Sin embargo, hubo algunas excepciones. La primera y más importante de las «figuras de clavos» de Polonia fue la «Columna de las Legiones» (*Kolumna Legionów*) de Cracovia. De 5,5 metros de altura e inaugurada el 16 de agosto de 1915, tenía mucho en común con la efigie de clavos de Viena y con las de Alemania. Expresaba un orgullo y una inclusividad municipal similar: su pedestal exhibía las armas de Cracovia y las de los importantes distritos de Podgórze y Kleparz y del barrio judío de Kazimierz. Al igual que sus primas germanas, la columna se alzaba en el centro de la población. La erigieron en la plaza principal del mercado de Cracovia, frente a la célebre iglesia de Santa María (*Kościół Mariacki*). Las

autoridades ciudadanas apoyaron públicamente la iniciativa. No dirigieron la ceremonia de inauguración, pero el vicealcalde estuvo presente junto con buena parte del consistorio de la ciudad y numerosos funcionarios. El 29 de noviembre, en una segunda gran celebración, el alcalde en persona, el doctor Juliusz Leo, remachó sendos clavos en la columna, uno valorado en 50 coronas, como donativo personal, y otro en nombre de la ciudad, de un valor de 1000 coronas. Las redes e instituciones educativas, profesionales y sociales pertenecientes al municipio también participaron: representantes de la Universidad, sociedades, instituciones financieras, asociaciones femeninas, gremios y veteranos del alzamiento de 1863, todos enarbolando sus estandartes, asistieron a la misa que inauguró las festividades e hicieron generosos donativos. También estuvieron presentes miles de ciudadanos particulares. Eran tantos los que querían asistir al oficio previo al remachado de clavos que se cubrió todo el aforo de Santa María y un gran número de personas quedó de pie fuera, en la plaza del mercado.[66]

Por otra parte, en Cracovia el significado de estas celebraciones con clavos de 1915 tuvo un significado muy diferente al de las ceremonias germanas. En el Reich, los rituales subrayaban el apoyo unido de la comunidad local a la lucha armada de su Estado nación. Las efigies de clavos de Galitzia, por el contrario, encarnaban la desconexión entre el esfuerzo de guerra local e imperial. El Comité Supremo Nacional polaco (*Naczelny Komitet Narodowy*, NKN), la unión política que impulsó las Legiones Polacas, se encargó de erigir la columna de Cracovia y los escudos de menor tamaño de otras localidades de esas Tierras de la Corona. La «Columna de la Corona», rematada por un águila polaca de plata de 90 centímetros de alto, era un símbolo nacional explícito: proclamaba la pertenencia de Cracovia a la nación polaca, no al Imperio de los Habsburgo. La ceremonia de presentación reforzó el mensaje nacional de la Columna, a pesar de la prohibición policial de pronunciar discursos. La lista de invitados, por sí sola, es reveladora: se animó a las localidades polacas de Galitzia, la Silesia austriaca y la Polonia del Congreso, recién liberadas del dominio ruso, a que enviaran representantes. Inaugurada el día del primer aniversario de la fundación del Comité Nacional Supremo, la Columna, y más tarde todos los escudos, fue dedicada a las Legiones Polacas. Las comunidades que las albergaban tenían muchos más hombres sirviendo en el Ejército común de los Habsburgo que en las Legiones; la misma Cracovia era una ciudad guarnición, sede del I Cuerpo austrohúngaro, en el cual combatían muchos de sus ciudadanos.[67] A pesar de ello, el dinero recaudado por los clavos, al contrario que el percibido por el

Wehrmann vienés, no estaba destinado a los afligidos familiares de los soldados habsburgo muertos en acción, sino a ayudar a las familias de los legionarios polacos caídos. Esta campaña de donativos no iba dirigida contra la dinastía —la mayoría de funcionarios del Comité Nacional Supremo se habrían conformado, sin duda, con una Polonia unida integrada en un imperio triple—, aunque su indiferencia hacia el Estado austrohúngaro era llamativa y un mal presagio. Los funcionarios municipales electos que con tanto entusiasmo apoyaron la iniciativa en todas las Tierras de la Corona estaban priorizando su identidad nacional sobre la lealtad imperial. Es evidente que este llamamiento a una solidaridad exclusiva y específicamente polaca fue bien recibido por buena parte de la población de Galitzia occidental. La prensa difundió con orgullo que los campesinos acudían con su familia a participar en las ceremonias de remache de clavos. Las comunidades más pequeñas, pese a estar todavía recuperándose de la invasión, solían reunir miles de coronas por medio de sus escudos. La Columna de Cracovia generó la impresionante suma de 115 047 coronas y 53 hellers.[68]

Las «culturas de guerra» que surgieron en la Europa central en el primer año de hostilidades generaron una profunda fortaleza para sus pueblos. Todos podían identificarse con un credo basado en el amor. Las culturas establecieron una jerarquía de sacrificio, en cuya cúspide estaban los soldados, pero también era muy inclusiva, pues animaba a mujeres y niños a recaudar, ahorrar y esforzarse por la victoria. Se valoraba la unidad y el patriotismo. Como ya ocurrió con la movilización del verano de 1914, los líderes comunitarios locales desempeñaron un papel clave. En las tierras donde las identidades regionales y municipales eran mucho más fuertes que cualquier otra lealtad central, esas élites convocaron a las adhesiones locales y las canalizaron al servicio del esfuerzo bélico del conjunto del Estado. Esto funcionó bien en el joven Estado nación germano. Fue menos exitoso en Austria-Hungría, donde los peligros de apoyarse en tales figuras, muchas de ellas nacionalistas, ya eran evidentes en 1915. Sin embargo, no había alternativa. El amor familiar, extendido para abarcar a las comunidades locales, formó la base necesaria para una solidaridad más extensa y blindó al Estado y a sus gentes para una larga guerra.

Alemania contra Gran Bretaña

La cultura de guerra centroeuropea tenía dos rostros. Si bien hacia el interior predicaba el amor, al mundo exterior ofrecía una faz contorsionada por el odio y el miedo. Los sociólogos dedicados al estudio de la propaganda y la movilización bélica han enfatizado desde la Primera Guerra Mundial la importancia de cultivar la animadversión: «No puede haber ambigüedad acerca de quién debe odiar la opinión pública».[69] Sin embargo, en Alemania y Austria-Hungría el odio resultó ser una emoción muy problemática. En un principio, quizá sirvió para fomentar la solidaridad ante la amenaza bélica. No obstante, en ambos Estados, este sentimiento acabó por volverse al interior y consumir a las mismas comunidades nacionales e imperiales que se suponía que debían movilizar. Este proceso se desarrolló de forma diferente en cada una de las Potencias Centrales. Los alemanes enfocaron su odio contra un enemigo concreto. Comenzaron el conflicto dirigiendo su ira contra Rusia. La mayoría responsabilizó al zar por convertir la disputa balcánica en una conflagración europea y por movilizarse de inmediato; de igual modo, la invasión rusa de Prusia Oriental, y las atrocidades que conmovieron a todo el país, invocaron poderosos sentimientos de solidaridad, unificaron al pueblo y cimentaron la *Burgfrieden*. Antes incluso de que Hindenburg expulsara a los invasores rusos por primera vez del territorio de Prusia Oriental, la atención del público germano empezó a dirigirse contra un adversario aún más peligroso. Ya hacia mediados de septiembre, la opinión de la mayoría de las columnas de los diarios del Reich empezó a considerar a «Inglaterra» nuestro «adversario más brutal».[70]

El Gobierno alemán, pese a que tuvo un papel en impulsar este cambio, no fue el único responsable. De hecho, en 1914, su capacidad y pretensión de dirigir y manipular el relato público eran más bien limitadas. Es indudable que, en el momento del estallido de la contienda, los mandatarios vieron la importancia de la opinión pública, pero su primera prioridad era mantener la paz interior, no atizar el odio. Moltke marcó la pauta al reconocer en fecha muy temprana, el 13 de agosto de 1914, el rol esencial que desempeñó la «actitud unida de los partidos y la, hasta ahora, posición unánime de la prensa a favor de la guerra» en la creación, «del espíritu de devoción y unidad para la gran misión de Alemania». Advirtió que «suceda lo que suceda, esto debe continuar mientras dure la contienda».[71] Se estableció un servicio de prensa a las órdenes del comandante Walter Nicolai, jefe de Inteligencia de Moltke, y celebraron de inmediato reuniones diarias con representantes de la prensa berlinesa, que, con el tiempo, pasaron a ser conferencias de prensa, dos o tres por semana, a las que acudían, según fuera necesario, funcionarios de los

ministerios civiles. Sin embargo, hubo dos factores que obstaculizaron la formulación de una estrategia de prensa coordinada. Primero, en esta etapa inicial de la guerra, la preocupación principal no era guiar a la opinión pública, sino impedir la publicación de cualquier información que pudiera perjudicar los intereses militares o la *Burgfrieden*. Ya el 31 de julio de 1914, el día en que se anunció el Estado de Sitio, el canciller presentó una lista de veintiséis temas, todos relacionados con cuestiones técnicas o la movilización del Ejército y la Marina, cuya mención en prensa estaba prohibida. Resulta revelador que se encargara la censura al Ejército, una institución con limitada experiencia en la gestión de periodistas. Segundo, el carácter fragmentario del ejecutivo guillermino era un gran obstáculo para una estrategia unificada de prensa. Los Ministerios de Exteriores, Marina y Postal aplicaron políticas independientes por medio de sus propios departamentos de prensa, mientras que el canciller, el principal funcionario público, no tuvo representante de prensa hasta agosto de 1917. La censura quedó dividida entre los veinticuatro mandos regionales. En febrero de 1915 comenzó sus trabajos la Oficina Suprema de Censura (*Oberzensurstelle*), encargada de su coordinación. Hasta octubre de ese mismo año no se creó en el departamento de Nicolai, una Oficina de Prensa de Guerra (*Kriegspresseamt*) específica, encargada de suministrar información controlada a los periodistas y facilitar la cooperación entre el liderazgo militar y el civil. Es más, hasta febrero de 1918 los influyentes puestos de director del Departamento de Prensa del Ministerio de Exteriores y jefe de prensa del canciller no se fundieron en el «Departamento Unido de Prensa del Gobierno del Reich (*Vereinigten Presseabteilung der Reichsregierung zusammengeschlossen*)».[72]

La vehemencia y rapidez con que la opinión pública pasó a considerar Gran Bretaña como su enemigo principal, por tanto, no fue obra del hábil aparato propagandístico estatal, pues semejante maquinaria no existía en 1914. Es más, este cambio de opinión es sorprendente por otro motivo: en época de paz, a pesar de la rivalidad comercial y el antagonismo provocado por la carrera naval de preguerra, los alemanes instruidos, por norma, respetaban e incluso simpatizaban con los británicos. Tenían mucho en común. En la cúspide de su jerarquía social, aunque sus monarcas se detestaran, seguían siendo familia y muchos de los funcionarios gubernamentales principales de Alemania, entre ellos el canciller Bethmann Hollweg, tenían hijos que habían estudiado en Oxford. Gran Bretaña también servía de inspiración a una muestra diversa y muy amplia de la sociedad germana. En un extremo del espectro político guillermino, los imperialistas

envidiaban su marina y sus colonias; en el otro, los liberales de izquierdas admiraban su sistema parlamentario y los socialdemócratas el reconocimiento que se daba a los sindicatos en Gran Bretaña, al contrario que en Alemania. En lo cultural, los alemanes consideraban que los logros musicales de su nación eran muy superiores y también confiaban en su herencia literaria. Sin embargo, la mayor cantidad de incondicionales de Shakespeare fuera del Reino Unido estaba en el Reich. De igual modo, las dos naciones compartían historia gloriosa y reciente: apenas un siglo antes, los prusianos del mariscal Blücher habían salvado a los británicos en Waterloo y ambas potencias rescataron juntas a Europa de la tiranía francesa de Napoleón.[73]

El veneno vertido contra Gran Bretaña, por ello, no estuvo motivado por ningún odio arraigado, sino más bien por un profundo sentimiento de traición y despecho. Entre los eruditos germanos, notables formadores de la opinión pública en 1914, había una intensa decepción porque «Inglaterra», en palabras de los prestigiosos filósofos Ernst Haeckel y Rudolf Eucken, se hubiera unido al bando «de una potencia eslava semiasiática en contra de la cultura germana», así como expresaron su consternación porque hubiera elegido combatir «no solo del lado de la barbarie, sino del mal moral».[74] Intelectuales de todos los colores políticos, enardecidos por las recriminaciones de sus homólogos del otro lado del canal contra la brutalidad y la agresividad alemana en Bélgica, se movilizaron en defensa del Reich. Los académicos organizaron manifiestos para negar las acusaciones, entre ellos uno en nombre de «las universidades del Reich germano». La «Declaración de los Profesores Universitarios del Reich alemán» fue firmada por más de 3000 docentes.[75] El más famoso «¡Llamamiento al mundo civilizado!», del 4 de octubre, fue redactado a propuesta de la Oficina Naval del Reich (*Reichsmarineamt*), uno de los ministerios gubernamentales más duchos en cuestiones de publicidad. Escrito por dos celebrados autores, recibió el respaldo de noventa y tres destacados académicos, artistas y escritores. Aunque torpe y políticamente ingenuo, el texto expresaba las fuertes convicciones de los intelectuales. Los signatarios negaron indignados las acusaciones de barbarie lanzadas contra Alemania e insistieron en que las verdaderas crueldades habían sido cometidas en Prusia Oriental, donde «la tierra está empapada con la sangre de mujeres y niños masacrados por las hordas rusas». «¡Créannos! —exhortaron los hombres de letras—. Créannos cuando decimos que libraremos esta batalla hasta el final como un pueblo civilizado».[76]

La inmensa mayoría de la intelectualidad germana atribuía la enemistad de Gran Bretaña a su poco escrupuloso interés económico. El reino de los mercaderes, aducían, consideraba el ascenso de Alemania una amenaza a su dominio del comercio global. Interpretaron la diplomacia británica de la década anterior como un retorno a la tradicional política de «equilibrio de poder». Del mismo modo que, en siglos pasados, España y Francia tuvieron que enfrentarse a coaliciones hostiles organizadas por Gran Bretaña en su pugna por la hegemonía continental, ahora Alemania, la más fuerte y dinámica de las potencias continentales, estaba siendo asfixiada por el «cerco» orquestado por Gran Bretaña.[77] La sospecha de que los mandatarios británicos aprovecharon la agitación balcánica para intentar eliminar a su peligroso competidor aumentó tras la publicación, en agosto, de la correspondencia oficial anglogermana, que mostraba que, en vísperas de la guerra, el Gobierno del káiser se mostró dispuesto a abstenerse de combatir en el oeste si Gran Bretaña se mantenía al margen y garantizaba la neutralidad de Francia. Los informes de las conversaciones navales anglorusas de preguerra proporcionaron pruebas adicionales de la hipocresía y malas intenciones de los británicos contra el Reich; y, en octubre, la publicación de unos documentos capturados, y ligeramente editados, indicaban que, en fecha tan temprana como 1906, hubo conversaciones anglobelgas para una posible acción contra el Reich en caso de conflicto francogermano.[78] Algunos intelectuales consideraban que el cinismo y la duplicidad de los británicos no era una mera cuestión de política reciente, sino que estaba profundamente arraigado en el carácter utilitario y materialista de su pueblo. El economista Werner Sombart hizo una célebre y más controvertida interpretación, incluso para Alemania. Sombart presentó el conflicto como el choque entre dos pueblos con ideologías diametralmente opuestas: los «mercaderes» anglosajones, mercantilistas y codiciosos, se enfrentaban a los idealistas y altruistas «héroes» germanos en una «guerra de creencias».[79]

El cambio del foco de la opinión pública alemana, de Rusia a Gran Bretaña, fue también un síntoma de temor; la superpotencia imperial era, con mucho, el más temible de todos los adversarios del Reich. Se consideraba que la amenaza de Gran Bretaña era mucho más difícil, y de una calidad muy diferente, al reto militar planteado por los vecinos continentales de Alemania. Los nerviosos columnistas de la prensa, así como los intelectuales, no veían a los británicos como combatientes, sino más bien como unos consumados titiriteros, capaces de manipular a los pueblos europeos para obtener un beneficio rápido. Tal y como alegó el diario conservador *Kölnische Zeitung* el

30 de octubre, «Inglaterra» había «por mero egoísmo, empujado a los pueblos del continente a esta guerra terrible», en la que alemanes, franceses y rusos se dejaron engañar para «despedazarse entre sí, para que así Inglaterra pudiera robar y hurtar sin ser molestada».[80] Es más, los alemanes consideraban que los británicos utilizaban su vasto imperio y posición internacional para poner al mundo en contra de Alemania. El 23 de agosto, Japón le declaró la guerra al Reich; responsabilizaron a Gran Bretaña de ello y la toma por unidades japonesas de la base naval alemana de Tsingtao, en China, suscitó gran indignación, en particular en la derecha política. Un exasperado funcionario sugirió en público que, en señal de protesta, los diarios reemplazaran durante una quincena las palabras «inglés» o «japonés» por «asesino» y «ladrón homicida» en las columnas.[81] Aunque el público general no participó de semejante histeria, los acontecimientos en este hemisferio no pasaron inadvertidos. Los éxitos del buque corsario Emden, estacionado en Tsingtao, fueron seguidos con entusiasmo. La historia del tenaz crucero, que hundió un buque de guerra francés, uno ruso y dieciséis vapores británicos antes de que le dieran caza fuerzas de la Entente muy superiores, fue seguida con atención por un público que se consideraba el luchador en desventaja en la pugna contra la potencia hegemónica global.[82]

La particular animadversión de la opinión pública germana contra Gran Bretaña estuvo garantizada por el bloqueo de la Royal Navy: de largo alcance, cada vez más estricto y, conforme a la legislación internacional de la época, ilegal. En el momento de entrar en guerra, Gran Bretaña restringió el acceso al mar del Norte e instauró controles sobre el tráfico mercante que atravesaba el canal de la Mancha, además de destacar una fuerza, el Escuadrón de Cruceros X, a patrullar entre las islas Shetland y Noruega. El comercio marítimo germano quedó confinado al Báltico. El 20 de agosto de 1914, los británicos avisaron de que no se limitarían a detener los buques con destino a los puertos germanos, sino también toda nave neutral que transportara el denominado «contrabando condicional», alimentos incluidos, si sospechaban que su destino último era el Reich. Esto suponía una grave amenaza para Alemania, pues en época de preguerra el 19 por ciento de las calorías consumidas por la población dependía de las importaciones. El país tenía una necesidad aún mayor de fuentes externas de proteínas y grasas; el 27 por ciento y 42 por ciento, respectivamente, procedía del extranjero.[83] Dos meses y medio después, el 5 de noviembre, el Almirantazgo británico adoptó una medida todavía más radical. Ordenó que todo comercio pasara por el estrecho de Dover, donde podía controlarse con facilidad, y declaró todo el mar del

Norte como zona de guerra. En febrero de 1915, la insensata respuesta alemana de anunciar que sus sumergibles hundirían el tráfico mercante en los mares que bañaban las islas británicas solo consiguió hostilizar a los neutrales y dar a sus enemigos una excusa para estrechar todavía más el bloqueo. El 11 de marzo, todos los bienes alemanes, con independencia o no de que fueran considerados contrabando, así como exportaciones que hasta entonces estaban exentas, pasaron a ser susceptibles de ser requisadas.[84]

La legalidad del bloqueo británico era dudosa por dos motivos. Primero, la Declaración de París de 1856, todavía en vigor en 1914, permitía los bloqueos, aunque con la condición de que «para ser lícitos, [estos] debían ser efectivos». Esto solía interpretarse en el sentido de que dicho bloqueo debía estar constituido por un cordón de buques frente a un puerto o litoral enemigo. En consecuencia, los bloqueos distantes como el que aplicó Gran Bretaña durante la contienda y que buscaban cerrar un mar entero eran inadmisibles. Segundo, el bloqueo británico violó normas más recientes en cuanto al tipo de artículos que podían confiscarse y las circunstancias en las que esto se permitía. La Declaración de Londres de 1909, resultado de unas conversaciones convocadas por los británicos, dividió las mercancías en tres categorías: «contrabando absoluto», de carácter indiscutiblemente militar; «contrabando condicional» de varios usos, que incluía los alimentos; y una lista libre. Gran Bretaña defendió durante mucho tiempo la doctrina del viaje continuo, que insistía en el derecho de los beligerantes a detener buques que transportaran bienes a un puerto neutral si tales mercancías podían ser reexportadas al enemigo. Sin embargo, bajo las premisas del acuerdo de Londres, los británicos abandonaron esta política y adoptaron el «contrabando condicional». La Royal Navy nunca estuvo obligada a cumplir la normativa de 1909, dado que el Parlamento británico se negó a ratificar la declaración. Pese a ello, la decisión de reinstaurar la doctrina del viaje continuo, adoptada menos de tres semanas después del inicio de las hostilidades, parecía un acto de hipocresía y situó a Gran Bretaña fuera del consenso moral de preguerra acerca de la conducción de la guerra marítima. Visto desde este punto de vista, cabe perdonar a los alemanes cierto escepticismo acerca de la pregonada preocupación de sus adversarios por el derecho internacional.[85]

El bloqueo radicalizó el conflicto más que ninguna otra acción. Si bien el acto de restringir el acceso a todo el mar del Norte, y por tanto a puertos enemigos y neutrales de todo el norte de Europa, ya era drástico de por sí, aún más dañina fue la erosión que el bloqueo produjo en la diferencia entre combatientes y no combatientes. En un primer momento, los británicos

trataron de limitar tal erosión. En general, siguieron las indicaciones de la Declaración de Londres relacionadas con el trato diferente de bienes en función de su uso civil o militar. Sin embargo, ya el 26 de agosto de 1914 la Royal Navy recibió orden de detener a todas las naves que transportaran comida a Róterdam, el principal puerto de la Europa continental, bajo la asunción de que, salvo que el Gobierno neerlandés no garantizara lo contrario, el destino de su cargamento era Alemania. En marzo de 1915, con la imposición del bloqueo sin restricciones se abandonó la distinción entre contrabando «absoluto» y «condicional». Además, se introdujeron nuevos mecanismos para estrangular un poco más a los militares y civiles germanos. Se presionó a los neutrales del continente para que aceptaran cuotas de importación suficientes para sus propias necesidades, pero no para reexportar a las Potencias Centrales. Más tarde, se les chantajeó para que vendieran parte de su producción nacional excedente a la Entente a un precio inferior al que ofrecía la hambrienta Alemania. Los británicos explotaron su control de las estaciones de carboneo del mundo para negar combustible a las naves que comerciaran con el Reich. En 1916, un nuevo sistema, «navicert», aceleró la inspección de naves y se redactó una lista negra de firmas consideradas agentes de las Potencias Centrales. Aquellos que figuraran en esa lista no podían hacer negocio con compañías británicas y sus naves eran detenidas de inmediato.[86]

Los alemanes reaccionaron con rabia furibunda contra tales medidas y acusaron a los británicos de librar una «guerra de inanición». A principios de 1915, un grupo de científicos liderados por un experto en nutrición, el profesor Paul Eltzbacher, publicó un estudio muy influyente con el llamativo título «El suministro alimentario del pueblo alemán y el plan inglés de hambruna», el cual retrataba en términos dramáticos la amenaza a la que se enfrentaban los habitantes de Alemania. La intención del enemigo, dijeron a sus lectores, era «sellar [al Reich] herméticamente del resto del mundo […] y derrotar a nuestro pueblo por hambre». El eminente profesor no escatimó las palabras: «Los campos de concentración de la guerra bóer son la prueba final de que el *gentleman* inglés no desdeña combatir contra mujeres y niños. Ahora, quiere utilizar este método probado a la escala más grande y absoluta posible y convertir a toda Alemania en un gran campo de concentración».[87] Palabras explosivas, incluso en un mundo en el que el término «campo de concentración» todavía no había quedado asociado al genocidio nazi. Catorce años antes, 28 000 mujeres y niños bóers habían perecido de malnutrición, negligencia y epidemias en los campos británicos de Sudáfrica. La estrategia

antiguerrilla del Ejército británico de quemar sus granjas y concentrar a las familias en campos de detención, donde la causa de mortandad masiva fue la incompetencia administrativa y la indiferencia, más que la intención genocida, causó una profunda conmoción en la Europa continental. En Alemania, la prensa condenó su brutalidad, millares acudieron a manifestaciones de protesta y circularon pasquines contra «el infierno» de Sudáfrica. La sugerencia de Eltzbacher de que el Reich podía sufrir padecimientos similares resultaba terrorífica.[88]

Resultaba terrorífico porque el alarmante aumento del coste de los alimentos y la desaparición de artículos básicos de las tiendas en las grandes urbes hacía creíble la propaganda. En realidad, en un primer momento el bloqueo no logró impedir la importación de bienes a Alemania. El Foreign Office británico trató de evitar contrariar a los neutrales con medidas demasiado draconianas, la Marina tenía difícil determinar el destino final de los cargamentos de las naves y, aunque los Gobiernos neutrales garantizaban que los bienes eran solo para consumo doméstico, a menudo era imposible prevenir su reexportación a Alemania. Las cifras de importación de Dinamarca nos dan cierta indicación de la magnitud de esta práctica: en el último año de paz, el país importó por valor de 178 millones de coronas danesas. Para finales de 1915, la cifra se disparó hasta los 487 millones.[89] De hecho, las primeras dificultades de suministro de alimentos del Reich se debieron más al estallido de la contienda y a la movilización, a la falta de acumulación de reservas en época de paz y la mala gestión gubernamental. El Ministerio del Interior estaba advertido de la inadecuada base agraria de Alemania y del riesgo de un bloqueo naval, pero este descartó los avisos y los tachó de alarmistas. Ignorantes de la fuerte dependencia del país de los fertilizantes importados, adujeron con complacencia que sería muy fácil incrementar la producción de cereal en época de guerra. Pasaron por alto las necesidades de alimentos. El Ministerio no supo ver que, con el descenso de las reservas domésticas, y el declive de las importaciones extranjeras, tendrían que competir por su nutrición humanos y animales.[90]

Después del estallido de la contienda, las intervenciones de las autoridades germanas en el mercado fueron reticentes, poco firmes y reflejaban una completa incomprensión de las complejidades de la economía doméstica. En un primer momento, los generales al mando de los veinticuatro Distritos de Cuerpo de Ejército del Reich, o los funcionarios civiles bajo sus órdenes, impusieron precios locales. Las diferencias de precio entre regiones impulsaron de inmediato a los granjeros a llevar su producto allí donde se les

permitiera cobrar más, lo que provocó escasez en otros lugares. En octubre de 1914 se introdujo un control general de precios para remediar este problema; primero los cereales panificables, pero, durante ese mismo año, las patatas, azúcar y pienso de ganado y, en 1915, mantequilla, pescado, leche, cerdo, frutas y verduras. Sin embargo, la forma gradual en que se introdujeron tales medidas añadió sin querer incentivos perversos a la producción agrícola y empeoró la escasez. Los granjeros emplearon un grano necesitado con urgencia para hacer pan para alimentar a su ganado, pues su venta a los molinos o a mayoristas a precio fijo era menos provechosa que comerciar con carne de cerdo, que en 1915 no tenía un precio fijo. La célebre *Schweinemord* [masacre de los cerdos], la matanza de 9 millones de puercos, un tercio de la población porcina de Alemania —ordenada por el Gobierno en la primavera de 1915, siguiendo los consejos de los expertos de Eltzbacher, para desviar el consumo de grano de los animales a los humanos—, solo sirvió para fomentar esta conducta, pues, tras una breve superabundancia, la carne se tornó aún más escasa y cara. Cuando por fin, en noviembre de 1915, la carne de cerdo quedó sometida al control centralizado de precios, los productores retiraron los puercos del mercado oficial y empezaron a venderlos por canales ilegales. Los pasos en falso y la falta de coordinación plagaron la administración alimentaria germana durante toda la contienda, a pesar de los intentos de imponer unidad y orden, primero con el establecimiento de un comité supervisor de precios, en septiembre de 1915, y más tarde con la creación, el 22 de mayo de 1916, de la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra (*Kriegsernährungsamt*).[91]

La retórica de la «guerra de inanición» ayudó a ocultar la ineficiencia de las autoridades y preparó a la opinión pública a aceptar medidas necesarias pero difíciles de digerir, en el sentido literal de la palabra, para estirar las menguantes reservas alimenticias de Alemania. Los expertos de Eltzbacher aducían que la amenaza británica a su suministro de alimentos, aunque grave, podía superarse con medidas de ahorro. En enero de 1915 se introdujo en Berlín el racionamiento del pan y la harina, que autorizaba a cada adulto a consumir una porción diaria de 250 gramos, y más tarde se extendió a todo el Reich. En primavera se prohibió hornear pasteles y los martes y viernes fueron declarados «días sin carne».[92] Además de prohibiciones y controles, también hubo innovación, hasta cierto punto. En octubre de 1914 se comercializó uno de los alimentos más simbólicos de la guerra, el *K-Brot*. Nunca se aclaró si la «K» quería decir *Krieg* —guerra— o *Kartoffel* —patata —, pues este pan, en su primera versión de octubre de 1914, se componía de

cebada o «gris» —cebada y trigo— con un 5 por ciento de harina de patata. La proporción de patata no tardó en aumentar al 10 por ciento a causa de la creciente escasez de grano y, en enero de 1915, se introdujo el llamado *KK-Brot*, con un 20 por ciento de harina de patata.[93] El ataque a un elemento tan fundamental en la vida cotidiana como el pan recordaba cada día a los alemanes que «¡el anhelo más grande y ferviente de Inglaterra es matarnos de hambre!», como anotó en su diario Hilde Götting, de 16 años de edad, en febrero de 1915.[94]

La guerra terrestre también contribuyó a esta animadversión particular contra los británicos. Esto es sorprendente, dado que el Ejército británico, a pesar de su importante contribución a la batalla del Marne en septiembre y a la defensa de Ypres en octubre y noviembre de 1914, resultaba diminuto en comparación con los grandes contingentes de masas de Francia y Rusia. En 1915 apenas perecieron 20 090 soldados germanos en combate contra los británicos en el frente occidental, esto es, menos del 10 por ciento de las bajas mortales sufridas ese año por todo su Ejército.[95] Sin embargo, desde el inicio de la contienda, en parte en respuesta a las acusaciones británicas de barbarie en Bélgica, los británicos fueron presentados a la opinión del Reich como adversarios poco honorables. En primer lugar, se publicaron informes del uso de balas explosivas, o dumdum, a las que se hacía un corte en la punta de modo que se expandían al impactar y ocasionaban espantosas heridas. Es posible que el origen de esta historia fuera la impresión causada por los daños terribles que infligen al cuerpo humano las modernas balas de alta velocidad. No obstante, el Estado Mayor prusiano le dio pábulo. A primeros de septiembre reportó a la prensa que las tropas hallaban «constantemente» tales balas en posesión de prisioneros de guerra británicos y franceses, al parecer todavía en el «envoltorio de fábrica». No había ninguna verdad en tal afirmación, pero en 1914 muchos la creyeron.[96] En otoño, el despliegue de unidades del Ejército indio en el frente occidental causó aún más ira entre la población alemana. Aunque resulte irónico, dadas las condiciones del frente, se acusó a las unidades coloniales de tez oscura de llevar el salvajismo a los campos de batalla de Europa. El Gobierno alemán presentó una protesta formal contra su participación, que calificó de crimen contra la civilización.[97]

Como es natural, las autoridades germanas insistieron mucho en las genuinas violaciones de la legislación internacional perpetradas por fuerzas británicas. El crimen más notorio de los anglosajones, que en la época supuso un escándalo internacional, fue el hundimiento del submarino germano U27 y el asesinato de su dotación por el HMS Baralong. El 19 de agosto de 1915,

el U27 detuvo a un vapor británico, el Nicosian, que transportaba mulas desde Estados Unidos para el Ejército británico, 70 millas náuticas al sur de Irlanda. El sumergible, tras permitir a la tripulación del Nicosian abandonar el buque en botes salvavidas, estaba disparando al carguero abandonado en el momento en que llegó el Barco-Q Baralong, una nave-trampa antisubmarina fuertemente armada y camuflada como una nave de carga estadounidense. El Baralong ondeaba la bandera de las barras y estrellas y solicitó permiso para recoger a los marinos a la deriva. Los germanos autorizaron a acercarse al buque de guerra británico, el cual, una vez estuvo frente al submarino, dejó caer las pantallas que ocultaban su armamento, abrió fuego e izó la enseña de la Royal Navy. Toda la tripulación del U27, excepto 11 hombres, se hundió con la nave. Seis de los supervivientes fueron abatidos a tiros en el agua. El resto logró nadar hasta el Nicosian, donde los infantes de Marina del Baralong les dieron caza sin piedad, pues tenían órdenes del capitán de «no hacer prisioneros». Uno de los cinco restantes, el comandante del U27, el capitán de corbeta Bernd Wegener, se lanzó al mar de nuevo y, según los miembros estadounidenses de la dotación del Nicosian que hablaron a su regreso a Estados Unidos, lo mataron mientras alzaba los brazos para rendirse.[98] El Gobierno de Alemania presentó una queja formal basada en el testimonio jurado de los estadounidenses y los diarios condenaron indignados el «bestial salvajismo» del enemigo. Los británicos «se han situado fuera de la humanidad civilizada […] con los indios, los salvajes, los hunos», decía el comentario de prensa. El argumento era diáfano: «Sus actos demuestran quiénes son los verdaderos hunos».[99]

Las acusaciones de que «Inglaterra» planeó el cerco del Reich, los informes de los métodos desleales y brutales de sus fuerzas armadas y la «guerra de inanición» dirigida contra los civiles suscitaron en Alemania un odio muy público. Antes de que finalizara el mes de agosto de 1914, los patriotas fervorosos ofrecían recompensas por golpes exitosos contra los británicos, en particular la captura o hundimiento de un gran buque británico. Individuos particulares y empresas ofrecían premios de miles de marcos por tales triunfos. Un anónimo ciudadano germano-estadounidense ofreció nada menos que 6000 marcos.[100] Tales gestos, como es evidente, solo se los podían permitir los muy ricos. Entre la amplia clase media el odio se manifestó con el eslogan: *Gott strafe England!* [¡Dios castigue a Inglaterra!], que por un breve tiempo llegó a convertirse en una salutación. Como anotó en febrero de 1915 Hilde Götting en su diario, «sientes una terrible sed de sangre […] el saludo favorito es “Dios castigue a los ingleses!” […] a lo que se

responde “¡Y pronto!”».[101] Que este lema alcanzara mucha popularidad entre los niños como Hilde no es motivo de sorpresa, pues en las escuelas se fomentaba el odio con fervor. Los profesores, con el estallido de las hostilidades, recibieron orden del ministro de Educación prusiano de «hacer sitio en cualquier parte y aprovechar los grandes acontecimientos de nuestro tiempo para la educación e instrucción». Asumieron nuevos métodos de pedagogía bélica y pedían a los alumnos que escribieran trabajos relacionados con temas como «¿Por qué odiamos a Inglaterra?» o «La envidia de Inglaterra».[102] Por su parte, los adultos también participaron en este odio. Los patriotas más celosos pegaban en los sobres etiquetas con las palabras *Gott strafe England*, hasta el punto de que las autoridades postales suizas advirtieron de que no gestionarían cartas con tales inscripciones. Los soldados, incluso los que se dirigían al frente oriental, escribían con tiza el eslogan en los vagones de tren.[103] También se publicaron obras teatrales y poemas, el más notorio de los cuales fue el «Canto de odio a Inglaterra» (*Hassgesang gegen England*), de Ernst Lissauer:

> Franceses y rusos poco importan,
> golpe por golpe, disparo por disparo […]
> Un único odio tenemos,
> amamos como uno, odiamos como uno,
> solo tenemos un enemigo, uno solo:
> ¡Inglaterra![104]

Incluso en la época muchos veían que esto era profundamente estúpido. La revista satírica británica *Punch* lo ridiculizó con una caricatura del desayuno de una familia ceñuda, en la que no podía faltar un *dachshund* [perro salchicha] con malas pulgas, con el título: «Estudio de un hogar prusiano tomando su odio matutino». No obstante, en algunas ocasiones este oprobio adquiría un carácter violento. En el otoño de 1914, cuando llegaban prisioneros de guerra a las estaciones de tren de Alemania, en particular cautivos británicos, a menudo eran abordados por civiles furiosos y excitados que los insultaban, los escupían e incluso les arrojaban agua u orina. Unos pocos eran atacados. Hasta qué punto estos incidentes reflejan el odio de toda la sociedad es debatible. Las muchedumbres que acudían a las estaciones en los primeros meses de la contienda solían estar muy emocionadas: acababan de despedir a sus familiares movilizados o de recibir a hijos, maridos y padres heridos de regreso del frente. Es posible que la presencia en los trenes de soldados alemanes heridos de gravedad junto con los prisioneros suscitara la

agresividad de los paisanos.[105] Aun así, bajo esta hostilidad subyacía el deseo, muy extendido en la sociedad alemana en 1914-1915, de encontrar algún modo de responder a un enemigo que sometía al Reich a un despiadado asedio, pero que se mantenía alejado de los horrores de la guerra. Según informó el jefe de policía de Berlín a primeros de octubre de 1914, había «una exigencia generalizada de ataques alemanes contra los ingleses, en suelo de Inglaterra».[106]

Las fuerzas armadas del Reich satisficieron, en parte, este anhelo popular. En los últimos meses de 1914, la Armada bombardeó Great Yarmouth, Hartlepool y Scarborough y mató e hirió a centenares de civiles. Los ataques tenían el objetivo estratégico de atraer a la flota británica hacia campos de minas recién fondeadas, si bien para algunos alemanes lo importante era su función retributiva. «¡Me habría encantado ver el horror y la rabia de los ingleses!», exclamó satisfecha la enfermera auxiliar Elisabeth Stempfle cuando circuló la noticia de la incursión de Yarmouth.[107] En Año Nuevo, la primera incursión de los zepelines contra la costa este de Inglaterra fue aplaudida, aunque no por todo el mundo. Theodor Wolff, editor del *Berliner Tageblatt*, diario de izquierda liberal, supo ver con claridad que matar niños y otros civiles solo reforzaría la reputación de barbarie de Alemania entre la opinión internacional. Las incursiones fueron, en su opinión, «un sinsentido».[108] Con todo, para aquellos que anhelaban llevar el combate a las costas británicas fueron los submarinos los que ofrecían las posibilidades más excitantes. En 1914, el sumergible era un arma nueva —el primer buque de este tipo fue botado con el cambio de siglo—, pero, menos de dos meses desde el estallido de la contienda, el U9 logró echar a pique a tres cruceros británicos en poco más de una hora, con lo que se ganó la atención del público. El Ejército no había respondido a las expectativas de una victoria rápida, aunque no importaba: los alemanes habían descubierto un arma revolucionaria.[109]

Las exageradas esperanzas que la opinión pública germana puso en las posibilidades de los *U-Boote* no eran menos elevadas que la soberbia de la Marina y la cuestión de cómo emplear los submarinos no tardó en ser una fuente de acritud que minó por igual al Gobierno y a la *Burgfrieden*. El debate comenzó a finales de 1914, cuando el almirante Alfred von Tirpitz, secretario de Estado de la Oficina de la Marina Imperial, y —a pesar de la dura competencia por el título— posiblemente la figura más controvertida de la historia de la Alemania imperial, reflexionó acerca de la posibilidad de una campaña submarina contra el tráfico mercante en una entrevista concedida a

un periodista estadounidense. «Inglaterra quiere rendirnos por hambre —explicó al enviado de United Press International—. Podemos jugar al mismo juego. Embotellarla [a Gran Bretaña] y destruir toda nave que intente romper el bloqueo».[110] No estaba autorizado a mencionar esta cuestión. El canciller quedó horrorizado y los jefes de operaciones de la Armada indignados de que se revelara esa estrategia a la Entente. Sin embargo, la opinión pública, en particular la derecha, recibió la sugerencia con entusiasmo. Políticos conservadores, nacional-liberales y centristas no tardaron en exigir el uso sin restricciones del arma submarina contra el comercio británico. El anhelo estaba mal planteado por dos razones. Primero, el Reich, simple y llanamente, carecía de fuerzas para romper las vitales líneas marítimas de Gran Bretaña. Un estudio de la Marina alemana realizado en la primavera de 1914 concluyó que serían necesarios 222 sumergibles para emprender una campaña efectiva contra el tonelaje mercante británico. En el momento en que comenzó la primera ofensiva submarina, en febrero de 1915, Alemania apenas disponía de 37 *U-Boote* y muchos de estos estaban en reparaciones, en pruebas de mar o necesitaban entrenamiento. El principal motivo que llevó a los jefes de la Armada a abogar por una campaña submarina fue la incapacidad de la Flota de Alta Mar (*Hochseeflotte*), demostrada en el transcurso de 1914, de arrebatar a los británicos el control marítimo. Sus recomendaciones no se basaron en ningún análisis claro de las posibilidades de éxito naval, riesgos políticos e intereses nacionales, sino, como se vio en repetidas y desastrosas ocasiones en el transcurso de la contienda, solo buscaban justificar la existencia de la Armada.[111]

La segunda razón por la cual una ofensiva submarina contra el tráfico mercante era una mala idea a principios de 1915 era que esta, de forma inevitable, tensionaría las relaciones con las potencias neutrales. Con el frente occidental inmóvil, parte de Prusia Oriental y la mayoría de Galitzia todavía bajo ocupación, dificultades económicas crecientes y la posibilidad cada vez mayor de hostilidades con su antiguo aliado italiano no era el momento de crearse nuevos enemigos. Bethmann Hollweg reconoció de inmediato los riesgos diplomáticos y estratégicos. En los años siguientes fueron estos, no los escrúpulos humanitarios o legales, los que motivaron su resistencia a la adopción de la guerra submarina sin restricciones. A primeros de febrero de 1915, se vio que el canciller estaba en lo cierto; en esa fecha, el nuevo jefe de la Flota de Alta Mar, el almirante Hugo von Pohl, consiguió que el káiser declarara los mares que bañaban Gran Bretaña una zona de guerra donde las naves neutrales eran susceptibles de ser atacadas. Estados Unidos respondió

advirtiendo al Gobierno germano de que «lo someterían a una estricta rendición de cuentas» por las acciones de sus submarinos. Una vez comenzó la campaña, hubo choques con naves neutrales en primavera. No obstante, aunque resulte irónico, la gran crisis diplomática estuvo desencadenada por el hundimiento de un buque británico, el transatlántico Lusitania, el 7 de mayo de 1915. Lusitania era una nave enemiga y se sabe con certeza que portaba un cargamento de municiones de armas ligeras, así como una posible carga de alto explosivo, pero en su hundimiento perecieron ahogados 1198 civiles, incluidos 128 ciudadanos estadounidenses, lo cual hizo estallar un escándalo público al otro lado del Atlántico. El Gobierno de Estados Unidos protestó y, por un momento, pareció existir la posibilidad real de una ruptura diplomática. En un principio, los alemanes trataron de evitar detener la guerra submarina, pero, el 27 de agosto, un segundo buque de pasaje británico, el Arabic, fue torpedeado, con la pérdida de 44 vidas, entre ellas algunos estadounidenses. Bethmann, con apoyo del Ejército, insistió en que se prohibiera a los submarinos nuevos ataques contra transatlánticos sin previo aviso. El 18 de septiembre, el recién nombrado jefe del Estado Mayor del Almirantazgo, Henning von Holtzendorff, suspendió a efectos prácticos la campaña y puso fin a las acciones de los *U-Boote* contra el tonelaje mercante en el canal de la Mancha y al oeste de las islas británicas, además de ordenar que en el mar del Norte se aplicara a todas las naves el reglamento naval de detención e inspección, en lugar de ataques indiscriminados por sorpresa.[112]

No obstante, una vez estimulado, resultó muy difícil calmar el apetito de la opinión pública por un método bélico que creían que podría castigar a los ingleses y dar un fin rápido y victorioso a las hostilidades. El canciller, con el apoyo socialdemócrata en el Reichstag, temía, y con razón, provocar la entrada en las hostilidades de Estados Unidos en lo que denominó «un juego d e *va banque* donde nos apostamos la existencia como gran potencia y nuestro futuro como nación».[113] Pese a ello, no podía admitir en público el verdadero punto débil de la fuerza submarina. Ni tampoco era probable que fueran bien recibidos los argumentos a favor de la necesidad de respetar los derechos de los neutrales. Los alemanes sabían muy bien que las fábricas de Estados Unidos manufacturaban enormes cantidades de armamento para la Entente. Sus diarios informaban de las piezas de artillería, armas ligeras y explosivos que se producían en este país neutral, listos para enviarse a Europa, donde matarían y mutilarían a los padres, hijos y hermanos de los lectores.[114] El carácter fragmentario de la máquina publicitaria oficial y, por encima de todo, la incapacidad de la élite guillermina de acordar y seguir una

política, impidió la transmisión de un mensaje claro acerca de la necesidad de cautela en la guerra submarina. Tirpitz, que hasta marzo de 1916 controló el aparato propagandístico de la Oficina de la Marina Imperial, abogó, con el apoyo de mandos de la Armada, políticos de derechas y grupos de presión, a favor de retomar una implacable acción ofensiva de los sumergibles. Circulaban cifras fantásticas: se rumoreaba que seis semanas de operaciones submarinas sin restricciones bastarían para hacer hincar la rodilla a Inglaterra.

El resultado fue que la campaña de odio hacia Inglaterra, en un principio una efectiva herramienta de movilización, en particular de la clase media, se desvió hacia el interior con efectos desastrosos. El debate público, cada vez más enconado, en torno a cómo emplear los submarinos dejó de enfocarse en el enemigo al que tenían que combatir, Gran Bretaña, y pasó a envilecer a quienes Tirpitz y sus aliados consideraban obstáculos para la conducción implacable de la guerra, con el canciller el primero de todos. La confianza de la opinión pública en el Gobierno quedó gravemente dañada. Hacia marzo de 1916, la política calificó el estado de ánimo de la capital berlinesa de «extremadamente feo». Las clases instruidas en particular, pero también algunos trabajadores, sostenían «la opinión de que Inglaterra sigue siendo nuestro enemigo más peligroso que solo puede ser derrotado mediante el uso sin contemplaciones de todos los medios bélicos a nuestro alcance, en particular los submarinos y los zepelines». Los que así pensaban, decía el reporte, «no vacilan en expresar las críticas más enérgicas a los dirigentes del Reich».[115]

Las guerras locales de Austria-Hungría

El Imperio de los Habsburgo nunca alcanzó la unidad de propósito de su aliado alemán, ni su odio concentrado contra un solo enemigo. Los pueblos del imperio eran demasiado diversos, sus historias muy diferentes y sus territorios demasiado distantes para compartir una visión única de la guerra. Los políticos y el clero nacionalista, cuyo respaldo a la causa habsburgo fue tan crucial durante la «doble movilización» de agosto de 1914, y en modelar la opinión pública después, tenían objetivos de guerra propios y contrapuestos. Entre la intelectualidad austrogermana predominaba la idea de que de la prueba de fuego surgiría un imperio fuerte y centralizado bajo

liderazgo germánico. Por el contrario, sus homólogos magiares creían combatir por preservar su posición de privilegio dentro de la Monarquía dual, la integridad de sus territorios y el acceso al mar. Los políticos y los religiosos nacionalistas croatas y polacos tenían visiones diferentes y en todo punto incompatibles. Para ellos, el significado de la contienda era, en gran medida, una pugna por el establecimiento de un triple Estado, en el cual las tierras eslavas del sur, o Galitzia sumada a la Polonia del Congreso, formarían una tercera entidad en pie de igualdad con Austria y Hungría.[116] No se desarrolló la narrativa oficial de los Habsburgo, según la cual la pequeña guerra en los Balcanes creció hasta convertirse en un conflicto europeo, en el cual Austria-Hungría no solo se enfrentaba a Serbia, sino también a Montenegro, Rusia, Francia y Gran Bretaña. En consecuencia, los súbditos de Francisco José libraron numerosos conflictos locales, no una gran conflagración imperial.

La desunión del propio Gobierno de los Habsburgo fue, en buena parte, responsable de la falta de un relato bélico imperial claro. La gran autonomía de las dos mitades del imperio, Austria y Hungría, excluía toda posibilidad de una política de prensa unificada. Además, el hecho de que numerosos organismos de la Administración —entre ellos el Ministerio de la Guerra, el de Exteriores, las oficinas de los ministros-presidentes húngaro y austriaco y los ejecutivos regionales y de distrito— gestionaran sus propias secciones de prensa dificultó aún más la coordinación. De todos modos, ni el liderazgo civil ni los jefes militares de Austria-Hungría mostraron demasiado interés por cultivar el apoyo de la opinión pública en 1914. Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor General, en marcado contraste con Moltke, ignoraba el necesario mantenimiento de la unidad. «La opinión pública, la idea del pueblo, todos los problemas inmateriales de la política moderna son cuestiones desconocidas para él», criticó un sagaz contemporáneo.[117] La estrategia de relaciones públicas de Austria, mucho más que la de Alemania, se centraba en la supresión, más que en la gestión de información y debate en el momento del inicio de las hostilidades. La Oficina de Vigilancia de Guerra (*Kriegsüberwachungsamt*) supervisaba la censura en las partes de Austria designadas como «núcleo interno», donde se incluía Viena. Una organización paralela, la *Hadifelügyeleti Bizottság*, cumplía la misma función en Hungría. Los censores castrenses habsburgo, al contrario que el Ejército germano y sus conferencias de prensa regulares, se mostraron al principio poco dispuestos a hablar con la prensa de los acontecimientos. A las quejas contra la férrea y caprichosa censura de 1914 respondían con arrogancia: «La misión del pueblo

en época de guerra es callar y obedecer».[118] En la zona del frente, la *Kriegspressequartier*, una «Oficina de Prensa de Guerra», gestionaba a los corresponsales bélicos. Aunque esta oficina tuvo en el futuro un papel importante en las campañas de sostenimiento de la moral de civiles y efectivos, en esta primera etapa su misión principal era controlar, más que asistir, a los periodistas en busca de noticias de la guerra. En consecuencia, la Oficina estaba situada a distancia del alto mando y, dado que durante el primer año de combates hubo poco bueno que reportar desde el frente, los militares preferían restringir el acceso a la información y no arriesgarse a que este socavara, en lugar de reforzar, la determinación del pueblo habsburgo.[119]

Los súbditos multinacionales del imperio no eran del todo dispares. La dinastía Habsburgo reinaba en la mayoría de sus territorios desde hacía siglos; una longevidad que les otorgaba una gran legitimidad. En las zonas rurales en particular, el afecto al venerable Francisco José unía a las personas. Además, la Iglesia católica proporcionaba un relevante punto adicional de unidad imperial, pues casi cuatro quintas partes de la población era de confesión católica.[120] Los obispos eran fervientes partidarios de la Monarquía y en el momento del estallido de la guerra estaban en la cúspide de su influencia y predicaban en abarrotadas iglesias acerca de la justicia de su lucha. En octubre de 1914, el cardenal vienés Piffl proclamó orgulloso a su grey: «Combatimos por la verdad y la justicia, combatimos por Dios y nuestra sagrada fe, combatimos por nuestro emperador y nuestra tierra. ¡En esta contienda por lo que nos es más sacro, Dios está con nosotros!».[121] Aunque el clero de toda Austria-Hungría se hizo eco de tales sentimientos, el mensaje presentó en cada región ligeras pero significativas diferencias. Sacerdotes y obispos tenían identidades regionales, y a menudo nacionales, además de sus lealtades imperiales y confesionales, de modo que ajustaron el mensaje a las fidelidades de sus congregaciones. Al igual que los políticos electos, contribuyeron de este modo a la doble movilización de la Monarquía, nacional e imperial. Así, por ejemplo, el obispo polaco de Przemyśł recordó a sus feligreses en febrero de 1915 que en esta guerra no solo estaba en juego «la integridad y honor de la Monarquía austrohúngara, sino también el futuro de Polonia y del catolicismo, amenazados por la Iglesia ortodoxa y la francmasonería».[122]

A falta de directrices gubernamentales, los pueblos habsburgo enfocaron su enemistad hacia diferentes adversarios. Determinó su elección la experiencia bélica, sus prioridades nacionales y, con gran frecuencia, animadversiones históricas. En el núcleo imperial, la intelectualidad y la

prensa burguesa de Viena se obsesionaron al principio por la «expedición de castigo» contra Serbia y las batallas con Rusia. No obstante, poco después, en octubre de 1914, los diarios de la capital siguieron el ejemplo de los medios del Reich germano y redirigieron su ira contra la Entente occidental.[123] Esto tenía cierta lógica localista. Viena estaba lejos de todos los frentes de batalla y, dado que los combates no iban bien en ningún teatro, la censura era estricta. La falta de alimentos iba en aumento, por lo que era más probable que las noticias al respecto llamaran la atención de los lectores de la capital. Es más, el censor aceptaba, siempre y cuando se diera a la historia una óptica aprobada por el Gobierno, publicar artículos relacionados con la escasez, lo cual limitaba el número de desconcertantes espacios en blanco que quedaban cuando se retiraban textos sin preaviso. Al igual que en Alemania, el desabastecimiento inicial se debió al caos del comercio y del transporte ocasionado por la movilización, así como las enormes e irresponsables compras de alimentos del Ejército, que no tuvo en cuenta las necesidades civiles. Empeoró la escasez la pésima actuación de las fuerzas de los Habsburgo en Galitzia, que resultó en la pérdida del granero de Austria. La delicada situación de Viena también se debió, en parte, a la terquedad de los húngaros. En los primeros meses de la contienda, el Imperio no levantó los aranceles sobre los alimentos y, en consecuencia, perdió una oportunidad crucial de atraer grandes cantidades de importaciones, porque el Gobierno magiar, preocupado por los beneficios de sus partidarios entre la nobleza, vetó la medida. A partir de enero de 1915, además, los húngaros limitaron sus exportaciones a Austria, lo cual empeoró aún más la situación de la capital austriaca.[124] Como es natural, nada de esto podía ponerse por escrito. La displicente y poco imaginativa respuesta de la burocracia austriaca al desabastecimiento era más susceptible de ser atacada. Hasta abril de 1915 no se distribuyeron cartillas de racionamiento en Viena y solo para harina y pan. El azúcar, la leche, el café y la manteca fueron racionados a partir de 1916, las patatas y la mermelada en 1917 y no se racionó la carne hasta 1918. Sin embargo, en 1915, para la mayoría de diarios, así como para el Gobierno austriaco, la explicación favorita del desabastecimiento era el bloqueo británico. Este útil chivo expiatorio ofrecía un relato convincente de inhumanidad del adversario, además de evitar informar de la derrota militar en el este, la desunión interna y la incompetencia administrativa. Los titulares de la prensa vociferaban: «¡Guerra por hambre!».[125]

Para los pueblos de más al este, Rusia era el archienemigo. Las actitudes con respecto a la guerra de los intelectuales húngaros y polacos se

caracterizaron por una extraña combinación de romanticismo y ajuste de cuentas. Ambos pueblos sostenían que la misión histórica de su nación era la defensa de la civilización europea contra la tiranía. Como expresó en líricos términos el novelista Zsigmond Móricz en diciembre de 1915, la «labor de mil años» de los magiares era ser «el primer escollo donde se estrellan las tempestades del terrible oriente».[126] Gran parte de la nobleza magiar también tenía ganas de ir a por los rusos. Un oficial expresó el pensamiento de muchos al afirmar que «le encantaría hacer pagar a los rusos por el 48»; se refería al año en que las fuerzas zaristas aplastaron a los rebeldes húngaros en lucha por su independencia. Dado que el alzamiento de 1848 fue contra los Habsburgo, esta era una base para la movilización no exenta de problemas: «La próxima guerra —insistió ese mismo oficial—, a la que iremos con un entusiasmo aún mayor, será contra los austriacos».[127] Las lealtades polacas eran menos complicadas. En 1913 se conmemoró el cincuentenario de la «insurrección de enero», el alzamiento de la nobleza polaca de la Polonia del Congreso bajo dominio ruso, que fue aplastado con brutalidad. El aniversario fue celebrado con entusiasmo militante por toda Galitzia.[128] La represión rusa contra los revolucionarios polacos en 1905-1906 sumó nuevos agravios. Como si no tuvieran pruebas suficientes, la ocupación e intento de rusificación de Galitzia e n 1914-1915 ilustró la amenaza que suponían las ambiciones rusas sobre unas tierras que las élites polacas consideraban suyas. No obstante, a los polacos no solo les impulsaba el miedo. Muchos de los más formados se inspiraban en ideas de liberación. El brigadier Jan Edward Romer, comandante de un regimiento de artillería austriaco estacionado en Leópolis, presenta un ejemplo típico. Anhelaba que la guerra pudiera «romper los grilletes moscovitas que aprisionan con fuerza a gran parte de la nación [polaca]».[129] En el verano de 1915, los contingentes de las Potencias Centrales pasaron a la ofensiva y, el 5 de agosto, tomaron Varsovia. Una tremenda excitación se propagó por toda Galitzia. El Comité Nacional Supremo emitió de inmediato una proclamación, que, aunque resulte extraño, el censor autorizó, en la que exigían la reunificación de Galitzia y de la Polonia del Congreso y la resurrección del Estado polaco. Los polacos de a pie también se regocijaron: «Me siento muy feliz —escribió en Cracovia Aleksandra Czechówna—. Doy gracias a Dios nuestro señor por este gran favor».[130]

Los judíos habsburgo compartían el ideal de liberación de los polacos. Sus correligionarios eran los que más sufrían bajo la opresión zarista. En la Zona de Asentamiento[*], la discriminación legal empobreció a los judíos y

soportaban estallidos puntuales de violencia extrema. En 1881 hubo pogromos en el sur de la zona y en 1903-1906 en todas las regiones del oeste del imperio ruso. En el más célebre, el de Kishinev, hubo 47 judíos asesinados y 424 heridos y suscitó la condena internacional.[131] El antisemitismo del Ejército ruso en Galitzia, en 1914-1915, reforzó el odio, aunque se debate si ese sentimiento aumentó la predisposición de los judíos a combatir. Los antisemitas austriacos insistieron en que, al igual que en época de paz, los judíos eludían servir.[132] Los altos mandos militares, además, sospechaban que los varones hebreos empleaban documentos médicos falsificados, pasaban hambre e incluso que alteraban las fechas de nacimiento en los archivos locales para escapar del servicio militar obligatorio. El jefe de Estado Mayor del I Cuerpo, el general de brigada Demus-Moran, abogó, por fortuna sin éxito, por separar a los judíos de Galitzia y someterlos a controles médicos con independencia de lo que dijera su documentación y enviar a los que estuvieran demasiado débiles para combatir a los nuevos «batallones de trabajadores civiles de judíos de Galitzia».[133] Por otra parte, es evidente que muchos judíos sirvieron con distinción en todos los frentes. Motivaban a los soldados hebreos la lealtad a Francisco José, mal recordado con gratitud como el autor de su emancipación, o un deseo infructuoso de acallar a los antisemitas con demostraciones de lealtad y valentía. También les impulsaba una visión del conflicto en el este como una lucha entre el bien y el mal. Los rabinos la elevaron a la categoría de «guerra santa».[134]

En su conflicto con Italia, el Imperio austrohúngaro estuvo cerca de una genuina guerra imperial, que atrajo el compromiso de todos sus pueblos. Francisco José condenó la declaración de guerra de su antiguo aliado, el 23 de mayo de 1915, con unas palabras que recibieron amplia difusión: «Una perfidia sin igual en la historia». Resultaba difícil no simpatizar con su causa, visto el impresionante cinismo y beligerancia del Gobierno italiano. El primer ministro, Antonio Salandra, retrató con gran franqueza su política al llamarla «sacro egoísmo». Había vendido los servicios de su país a la Entente. Conforme al Tratado de Londres, firmado el 26 de abril de 1915, los italianos acordaron iniciar las hostilidades antes de un mes. A cambio, se les prometió en secreto las tierras del Tirol del Sur, Trieste y su zona de influencia, Gorizia, la mitad norte de Dalmacia, algunas islas del Adriático, el norte de Albania y Valona. Algunos de esos territorios pertenecían a los Habsburgo desde hacía más de medio milenio. Con su anexión, los italianos no se limitarían a culminar el *Risorgimento*, la unificación de los pueblos de habla italiana en un solo Estado nación, sino que anexionarían tierras pobladas por una aplastante

mayoría de eslavos del sur e impondrían la hegemonía italiana sobre el Adriático.[135]

Nadie, fuera de los líderes de la Entente, tenía conocimiento en 1915 de este acuerdo, pero los observadores de los Habsburgo tenían sospechas justificadas de la codicia italiana. La indignación del emperador contra un descarado robo de tierras perpetrado por un país que durante treinta y tres años había sido un aliado resonó en todos sus dominios. La *Neue Freie Presse* de Viena condenó al agresor italiano por ser «peor que un ladrón».[136] La reacción de agravio llegó hasta la lejana Cracovia. Cómo podía ser, se preguntaba el principal diario liberal de la ciudad, *Nowa Reforma*, que «Italia y Francia combatan codo con codo con un antiguo enemigo de Polonia y de la civilización europea occidental; con esa Rusia, que todavía no se ha limpiado la sangre fresca de sus propios hijos». Italia era tierra sagrada para los polacos, dado que fue allí donde las legiones de Dąbrowski habían combatido cien años antes. La lucha italiana por la unificación también inspiró a los liberales que aspiraban a la resurrección de la Polonia independiente. En consecuencia, era una gran decepción ver en el campo enemigo a este país tan admirado: «Nosotros, los polacos, cuyo Estado perdió su independencia política a causa de la codicia y de la avaricia de sus vecinos, a pesar de todos los servicios que hicimos a la cultura de Europa occidental y la idea de libertad, debemos sentir este golpe insidioso más profundamente que ningún otro».[137]

Como era de esperar, la reacción más firme se dio entre aquellos pueblos expuestos al ataque italiano. Los eslovenos y los tiroleses de habla germana e italiana ya habían combatido en los frentes de Serbia y Galitzia. Dado que la mayoría eran campesinos católicos conservadores, marcharon obedientes a defender el honor del emperador, aunque nadie pensaba realmente que aquella era su guerra.[138] El conflicto con Italia era diferente. El semanario católico esloveno *Domoljub* captó el ánimo popular con el titular «Nuestra Guerra» e hizo un llamamiento a favor de la defensa del «suelo y la fe eslovena» contra la «mano avariciosa» del Estado italiano, liberal y anticatólico. El príncipe-obispo Jeglič, principal líder espiritual de los eslovenos, recurrió igualmente al lenguaje de la guerra santa para movilizar a sus fieles. Austria, afirmó, se había granjeado la enemistad de la Italia liberal y sin Dios por ser «la única defensa firme del Santo Padre y de la Santa Iglesia católica».[139] La respuesta a las hostilidades italianas fue aún más impresionante en el Tirol, donde las lealtades imperiales y locales se combinaron en un notable esfuerzo defensivo. En mayo de 1915, la frontera meridional estaba indefensa casi del

todo. Con el Ejército de los Habsburgo concentrado en Galitzia, todo lo que se pudo destinar a la defensa de los 350 kilómetros de frontera tirolesa fueron unos míseros veintiún batallones. El emperador, en su desesperación, llamó a las armas a la *Schießstände*, las venerables asociaciones de tiro del Tirol y de la región vecina de Vorarlberg, algunas de las cuales remontaban sus orígenes a la milicia medieval.

Los más jóvenes de los *Standschützen*, nombre que se daba a los miembros de las *Schießstände*, ya habían sido movilizados por el ejército regular. Las fuertes bajas de Galitzia requirieron elevar la edad de servicio a los 50 años, lo cual significaba que muchos hombres de más edad partieron hacia el frente oriental. Por tanto, respondieron el angustiado llamamiento del emperador en mayo de 1915 unos 18 000 fusileros, muchos de ellos ancianos venerables sin apenas entrenamiento de combate. Hasta abril no les entregaron uniformes y fusiles militares. Las unidades de las *Standchützen* eran muy poco ortodoxas. Todos se conocían entre sí y los mandos, dos tercios de los cuales superaban la cuarentena, eran elegidos por la tropa. No obstante, esto no era tan progresista como parece, pues el fuerte conservadurismo de la región garantizaba que casi siempre se eligiera a los notables del pueblo para los puestos de mando. Con todo, esto convertía a las unidades en una genuina expresión de las comunidades en guerra y la transferencia de las jerarquías civiles a su estructura garantizó a sus comandantes una autoridad instantánea. Los hombres estaban muy motivados, conocían a fondo la frontera y eran expertos tiradores. Sus unidades comprendían más de la mitad de los recursos humanos disponibles en un principio para la defensa de la frontera. Las formaciones del Ejército regular se encargaron de los sectores más peligrosos, aunque los *Standschützen* proporcionaron un servicio de incalculable valor vigilando las cimas montañosas. Muchos patrullaron a altitudes iguales o superiores a los 3000 metros, donde soportaban condiciones extremas de frío, lluvia y nieve, y, dada la falta de artillería, se dedicaban a despeñar rocas sobre las tropas italianas emplazadas más abajo.[140]

En 1915, Austria-Hungría tenía tantos enemigos que para la mayoría de los pueblos y regiones del imperio era fácil encontrar algún interés particular en combatir, ya fuera por idealismo nacional, lealtades locales o enemistades históricas, además de fidelidad al emperador o a su religión. La falta de un relato bélico imperial dominante y aceptado por todos tenía su importancia. En primer lugar, como vieron los refugiados de Galitzia, y más tarde los italianos y los eslovenos, tal carencia exacerbó la falta de sentimiento

comunitario entre los pueblos del imperio. Esta fue responsable en parte de la hostilidad con la que le recibían en tierras distantes unas poblaciones, que, aunque de diferente etnicidad, también eran súbditos habsburgo como ellos. Segundo, el mayor compromiso de los pueblos con las guerras locales que con el conflicto imperial común afectó a las operaciones militares. El AOK, al contrario que otros altos mandos, tenía que tener en cuenta la etnicidad, no solo las necesidades militares, al desplegar a sus soldados. Polacos y judíos combatían mejor en el frente oriental, pero los croatas y los bosnio-musulmanes combatían más duro contra Serbia, motivados por antiguas enemistades históricas. Eslovenos y dálmatas, dispuestos a defender sus patrias respectivas, eran más efectivos en el frente italiano. De igual modo, las unidades de los Habsburgo de habla italiana suscitaban sospechas, a menudo injustas, cuando servían en sus propias regiones, pero cuando los trasladaron en masa al frente oriental se ensalzó su carácter «valeroso y fiable».[141] Hubo unas pocas minorías en las que no se confiaba. Los serbios habsburgo solían encuadrarse en batallones de trabajo. No obstante, no solo se daba importancia a la identidad étnica, sino también a la regional. A los serbios del alto Danubio, considerados leales, se les destinaba a unidades de combate bosnias.[142]

Tercero, y muy importante, la incapacidad de las autoridades habsburgo de comprometer con el esfuerzo bélico del conjunto del imperio e inspirar odio a sus enemigos limitó la gestión de aquellas nacionalidades que no tenían una «guerra local» que librar. En la minoría rumana de Transilvania había escaso interés por la causa de los Habsburgo: un informe reveló que, por el contrario, «la aspiración a una gran Rumanía es muy fuerte entre la población, en particular entre la intelectualidad». Las deserciones y la evasión del servicio militar iban en aumento ya a principios de 1915.[143] En Austria, el principal ejemplo de un pueblo sin causa eran los checos. Pese a que esta nacionalidad no estaba tan marginada como los rumanos de Transilvania, muchos creían, con razón, que la estructura dualista del imperio los discriminaba y en algunos sectores influyentes de la población existían sentimientos paneslavos que profesaban cierta simpatía a los rusos. Durante la contienda, la distancia de la patria checa con respecto a cualquiera de los campos de batalla hacía difícil sentir que el destino de la nación estaba en juego. En julio de 1914, los hombres checos respondieron obedientes a la llamada a las armas contra Serbia, para sorpresa de los militares habsburgo, pero nunca fueron movilizados con efectividad para combatir un largo conflicto por la Monarquía. Los ánimos en Bohemia empezaron a agriarse en

la segunda mitad de septiembre de 1914, cuando empezaron a regresar soldados heridos, una fuente de información contra la que nada podía el censor castrense, con historias de los fiascos de los frentes de Serbia y Galitzia. Muy pronto, los hombres corrieron a eludir el servicio. Los doctores se quejaban de que, en algunas localidades, tres cuartas partes de los checos movilizados contraían de repente males debilitantes.[144]

Aún más preocupante para los militares fue el aumento de la insubordinación y las protestas en las unidades bohemias que partían hacia el frente. El primer incidente tuvo lugar el 22 y el 23 de septiembre de 1915. Batallones de los Regimientos de Infantería n.º 8 y 28 partieron con los colores nacionales en la gorra, enarbolando tres banderas con el rojo-blanco-azul del paneslavismo y una enseña roja con la siguiente leyenda: «Marchamos contra los rusos y no sabemos por qué».[145] Soldados de otros regimientos repitieron ese mismo eslogan el mes siguiente. El 20 de octubre, soldados checos borrachos del 60.º de *Landsturm* de Písek lo corearon durante su marcha hacia la estación de tren de la localidad.[146] Efectivos pertenecientes a los Regimientos de Infantería n.º 21, 36 y 98 que viajaban a Galitzia, más o menos por la misma época, escribieron en sus vagones de tren «carne de exportación» y, de nuevo, «Marcho contra los rusos y no sé por qué».[147] Tales signos de descontento fueron seguidos, muy poco después, por el desplome del Ejército en el frente. En el otoño de 1914, en Galitzia, se acusó de pasarse al enemigo a soldados checos del Regimiento de Infantería n.º 36 de Königgratz y del Regimiento de Infantería *Landwehr* n.º 30 de Jungbunzlau. En abril de 1915, sucedió el desastre militar más notorio de la contienda: el Regimiento de Infantería n.º 28, la unidad que causó los primeros disturbios en Praga en septiembre, capituló en los Cárpatos ante los rusos.[148]

El AOK, que ya desconfiaba de las unidades checas por sus protestas lingüísticas y sus huelgas de 1898, 1908 y 1912, buscó las raíces de la indisciplina, animado por los comandantes de los distritos del contigente interior, en la agitación política.[149] En verdad, existía un pequeño pero bien conocido grupo de políticos checos que aspiraba a derribar el imperio. Václav Klofáč, líder de los nacionalsocialistas checos, una fuerza política de radical carácter anti-Habsburgo, ofreció sus servicios al Estado Mayor zarista antes de la contienda. En septiembre de 1914 lo encerraron en prisión, pero los demás políticos contrarios a la Monarquía permanecieron en libertad. Los más importantes eran Tomáš G. Masaryk, líder y solitario diputado en el Reichsrat del Partido Realista (*Česka strana pokrokova*); y Karel Kramář, líder de los

Jóvenes Checos (*Mladočeši*), mucho más influyentes. Masaryk es una de las figuras más interesantes de la Europa central de principios del siglo XX. Profesor de filosofía en la Universidad Carolina de Praga, y futuro primer presidente de la Checoslovaquia independiente, entró en la escena política bohemia en 1891, año en que fue elegido diputado del Reichsrat austriaco. Era un hombre de convicciones: valoraba la tolerancia, la libertad de conciencia y la educación cívica y consideraba la democracia la mejor forma de institucionalizar tales virtudes en una sociedad. Su decepción por la inercia de los Habsburgo y su negativa a reconocer la soberanía checa le impulsaron a abogar por una monarquía checa independiente, la forma de gobierno que consideraba que recibiría sostenes más amplios. Sin embargo, carecía de apoyos de masas y en diciembre de 1914 marchó al exilio con el propósito de convencer a la Entente occidental para que sustentara sus planes.[150] Kramář, un rusófilo militante, permaneció en el país, convencido de que en cualquier momento el Ejército del zar se abriría paso y pondría fin victorioso a la guerra en Praga. Su visión del futuro checo era muy diferente: tenía la ingenua aspiración de una confederación eslava liderada por el zar. A primeros de 1915, Kramář y algunos otros miembros de los Jóvenes Checos se unieron a un grupo conspirativo, conocido por los iniciados como la *Maffie* (Mafia), establecido por el sucesor de Masaryk en la secretaría del Partido Realista, Přemysl Šámal, y su asociado Edvard Beneš. La diminuta célula, cuyo núcleo estaba formado por solo cinco activistas, no disponía ni de los recursos ni del apoyo para incitar la resistencia en el Ejército o la revolución en Chequia. Su efectividad era cuestionable incluso para su objetivo principal, el apoyo a los exiliados que trataban de influir la opinión extranjera a favor de la causa nacional checa.[151]

En realidad, todos los partidos y los políticos checos, con las excepciones mencionadas, compartían la idea de que los proyectos de independencia eran planes lunáticos que solo provocarían represión. Todos rechazaron los acercamientos de la *Maffie*. La agitación política no convirtió en traidora a la tropa. En realidad, la ineptitud militar de los Habsburgo fue, en buena medida, responsable del derrumbe de las unidades checas. En el caso de la conocida rendición del Regimiento de Infantería n.º 28, en abril de 1915, la mala instrucción, el agotamiento, el desabastecimiento y haber sido atacado en una posición indefendible por una fuerza rusa muy superior explican de sobra su capitulación.[152] Por otra parte, aunque la desafección política no era un problema, las protestas y disturbios de los regimientos camino del frente indican la incomprensión de los soldados checos de la necesidad del combate.

Las unidades eran muy francas al respecto: en sus protestas, afirmaron en repetidas ocasiones: «Marchamos contra los rusos y no sabemos por qué». Esto no debe sorprendernos, pues el conjunto de la sociedad checa empezó a hacerse la misma pregunta cuando corrió la noticia de las derrotas y elevadas pérdidas. A primeros de 1915, circulaba en Bohemia una canción infantil que decía lo siguiente:

> Manzanita roja,
> gira y gira sin cesar.
> El emperador combate,
> ¿por qué? No lo sabe.
> María Teresa apostó Silesia y perdió,
> el emperador se lo ha jugado todo. ¡Oh, eso le costará caro![153]

En tales circunstancias, donde la causa de las protestas fue un déficit de motivación ideológica, no la mera desafección, una campaña propagandística podría haber incrementado el apoyo a la causa imperial. Sin embargo, ni el alto mando de los Habsburgo ni el ministro presidente austriaco Stürgkh se plantearon la persuasión. La burda respuesta del Estado y de las fuerzas armadas, como al inicio de la contienda en las tierras eslavas del sur, fue la represión. En Bohemia se arrestó a 950 personas y, a finales de 1914, condenaron a muerte a 18 que habían expresado sus simpatías por Rusia. En la vecina Moravia, 500 personas fueron procesadas por los llamados delitos políticos y 7 sentenciadas a muerte antes del verano de 1915.[154] En una población checa que sumaba 6,5 millones esas cifras eran pequeñas, aunque tuvieron un impacto desproporcionado. En parte, esto se debió a que todo el mundo, incluso los menores, podían ser castigados por cosas triviales: hacia mediados de 1917, entre los arrestados en Bohemia por actos de traición, lesa majestad y conducta antipatriótica había 75 niños de habla checa de entre 6 y 16 años, algunos por cantar cancioncillas infantiles como *Manzanita roja*.[155] Esto tuvo un fuerte impacto sobre todo porque el objetivo principal fueron las élites políticas. En la pequeña localidad checa de Radnice, las autoridades investigaron y pusieron bajo custodia militar a dieciséis miembros del consistorio municipal por perderse las misas conmemorativas del aniversario o la onomástica de Francisco José, en agosto y octubre de 1914.[156] Gracias a la facilidad con que los militares excedían su autoridad e ignoraban a las autoridades civiles con más criterio político, también se encarceló a figuras nacionales. El Ejército arrestó a Kramář en marzo de 1915 bajo la sospecha de alta traición. Declarado culpable, lo sentenciaron a muerte en junio de

1916, aunque más tarde lo amnistiaron. El cargo estaba justificado, pues Kramář había conspirado con los rusos, pero el largo proceso legal y la sentencia draconiana lo convirtieron en un mártir. Tras la persecución de los representantes eslovenos y croatas en 1914, y más tarde de los diputados de habla italiana, el arresto de Kramář, escribió un sagaz comentarista político, tuvo un impacto negativo «incontestable».[157]

Los desaires, humillaciones y evidente desconfianza de las autoridades hacia los checos hicieron que estos pasaran de la duda a la rabia. Consideraban que el Ejército daba a los checos un trato sumamente injusto: mientras que a las otras nacionalidades les permitían marchar a la guerra con sus banderas nacionales, un checo que enarbolara la enseña de Bohemia era considerado un traidor.[158] La más dudosa denuncia podía impulsar a los comandantes a registrar las pertenencias personales de los efectivos checos en busca de pruebas de traición.[159] El 60.º de *Landsturm* ilustra bien el distanciamiento que provocó la desconfianza de sus superiores. Se envió a gendarmes a escoltarlos a la estación de tren de Písek, lo cual provocó la protesta de los soldados. Hasta ese momento habían sido obedientes, por lo que consideraban que la presencia de la gendarmería estaba fuera de lugar, por humillante y provocadora. Un oficial de la gendarmería relajó la tensión y les pidió dar vivas al káiser: la tropa y sus familiares respondieron con entusiasmo.[160] De igual modo, también se humilló a la sociedad civil checa. Antes del fin de 1914, las autoridades cerraron 46 diarios y disolvieron a la fuerza a numerosas secciones del Sokol, que el Ejército consideraba centros de nacionalismo. Se impusieron medidas simbólicas, aunque hirientes. Los rótulos de las calles de Praga fueron repintados, por ejemplo, porque sus colores rojo-blanco-azul se asociaban al paneslavismo. Los burócratas de habla checa sufrieron una discriminación más tangible, cuando los funcionarios locales, con cierto apoyo del estatúder de Bohemia, insistieron en que solo se utilizara el alemán en su lugar de trabajo. Lejos de dar a la guerra un sentido para los checos, el Ejército y la Administración los convirtieron en parias, atacaron sus símbolos culturales y, en consecuencia, convirtieron en descontento de la población en resentimiento contra el Estado.[161]

El AOK fue en gran medida responsable de esta represión dañina, a pesar de que Bohemia formaba parte del «núcleo imperial» situado fuera de su jurisdicción. La errónea suposición de que la agitación política estaba socavando la disciplina de las unidades checas impulsó al AOK a solicitar medidas aún más duras: quería más registros domiciliarios, la prohibición de toda organización que no tuviera un explícito carácter patriótico y ordenar a

los civiles entregar las cartas abiertas en las oficinas postales para facilitar la censura. Además, el AOK tenía escasa fe en la administración civil de Bohemia, pues la consideraba infiltrada y corrompida por los intereses nacionales. Por tanto, solicitó al emperador extender sus poderes a estas Tierras de la Corona. En un principio, Conrad von Hötzendorf, la fuerza impulsora del AOK, quería autoridad directa sobre la administración y los tribunales militares de Bohemia. Hacia comienzos de diciembre de 1914, no obstante, exigió nada menos que la purga de su burocracia y la sustitución por un general de su estatúder, el príncipe Thun, considerado checófilo por muchos. Este intento de control del poder fracasó. Al AOK le negaron la autoridad que buscaba y, aunque Thun fue reemplazado en marzo de 1915, se nombró a un civil para sucederle. El ministro presidente de Austria, Stürgkh, objetó, con razón, contra esta intromisión militar, pues consideraba que sus reformas suscitarían protestas en Bohemia.[162]

La intervención del AOK en Bohemia solo fue otro aspecto de la más dañina de las «contiendas locales» de Austria-Hungría: la guerra de las fuerzas armadas de los Habsburgo contra sus propios pueblos y su administración civil. Durante la primera mitad de las hostilidades, los militares lanzaron un esfuerzo sostenido, pero nada coordinado, para extirpar el odiado sentimiento nacional y la deslealtad entre los pueblos no germanos y no magiares. La represión comenzó en las tierras eslavas del sur en julio y agosto de 1914, con arrestos masivos, ordenados por jefes militares individuales y por la gendarmería. Esto vino seguido ese mes de otoño por las extraordinariamente sangrientas represalias contra la supuesta traición de los rutenos. Esa misma paranoia contra la agitación nacionalista motivó la presión del AOK a favor de medidas severas contra los checos en Bohemia y su posterior discriminación contra los italoparlantes en el sur de la Monarquía. Conrad consideraba que la expansión del control militar era el medio más efectivo para combatir la omnipresente traición. Solicitó en reiteradas ocasiones al emperador instalar militares en la jefatura de las Tierras de la Corona, no solo en Bohemia, sino también en Galitzia, Bucovina, Croacia, Eslavonia y Dalmacia. También requirió que se aplicara la ley marcial en toda la mitad austriaca del imperio. El alto mando se mostró incluso dispuesto a respaldar una intriga para destituir al ministro presidente Stürgkh en el otoño de 1915. Aunque Stürgkh era considerado, no sin cierta justicia, poco efectivo en la gestión del esfuerzo bélico, su éxito a la hora de frustrar casi todas las peticiones de los militares de poderes extra también pudo granjearle su enemistad.

La intromisión del Ejército en la esfera gubernamental reflejaba en parte la disolución de los límites entre los asuntos castrenses y civiles en una etapa de guerra total; la agitación doméstica, si minaba el rendimiento de combate del ejército ciudadano, era un evidente motivo de preocupación para el alto mando. Sin embargo, ya en 1914, la agenda del AOK iba mucho más allá de garantizar la eficiente gestión del esfuerzo bélico; aspiraba a una reforma drástica del Estado habsburgo. La visión de cambio de Conrad, más que un plan maestro, era más bien una lista de deseos en evolución. En noviembre de 1914, su aspiración principal era usar el estado de guerra para imponer medidas que permitieran supeditar los intereses nacionales a los militares. Sus exigencias incluían un cuerpo de oficiales más grande y mejor pagado, más reclutas en época de paz y, algo que, sin duda, provocaría una fuerte reacción en Hungría: la incorporación del *Honvéd* y la *Landwehr* a un único ejército unificado. En la aspiración de Conrad de «combatir implacablemente» la agitación contra el Estado y los militares, así como la «regeneración del funcionariado civil estatal, fragmentado por naciones», había un primer indicio de lo que vendría después.[163] Diez meses más tarde, tras convencerse de «la mentalidad poco fiable y antipatriótica de una gran parte de la población», las reformas del AOK llegaron más lejos. Como explicó en una nota al emperador firmada por el superior de Conrad, el archiduque Federico, era necesaria una «consolidación interna» de la Monarquía. Las escuelas debían servir para inculcar lealtad a Austria, se tendría que reconstruir la burocracia para excluir las influencias nacionalistas y todo movimiento hostil al Estado había de ser aplastado. Sería necesario un ejecutivo dinámico que rompiera la resistencia de los pueblos e impusiera la nueva constitución.[164]

El Ejército tenía razón al considerar a la preferencia de los intereses nacionales sobre los imperiales y a la estructura fragmentada del imperio como obstáculos a la conducción de la guerra total. En todo lo demás, sin embargo, estaba equivocado. El emperador hizo bien al conceder a los militares muy pocos de los poderes que solicitaban sobre la autoridad civil y al no intentar implementar la mayor parte de sus reformas, pues estas habrían alienado a un gran número de sus súbditos. El Gobierno austriaco también lo vio de igual modo y se resistió: Stürgkh criticó el «distanciamiento de la realidad» (*Weltfremdheit*) del AOK.[165] Sus acciones causaron un grave perjuicio al esfuerzo bélico del imperio. Los constantes asaltos de Conrad contra la administración civil tuvieron como resultado inevitable la desconfianza mutua y la acritud. Es más, el Ejército ostentaba poder suficiente en las zonas de guerra y se excedió en su autoridad en el núcleo

imperial lo suficiente para infligir un verdadero daño al compromiso de la población con el Estado austriaco y con la guerra. El AOK no comprendió en absoluto la «doble movilización» que sostenía la voluntad de lucha de los pueblos habsburgo. Es indudable que las lealtades e intereses nacionales que atacaba a veces adoptaban formas traicioneras y a menudo debilitaban la solidaridad interétnica y alentaban preocupaciones particularistas por guerras locales, no por el conflicto imperial común. Sin embargo, cuando se las canalizaba de forma correcta, las lealtades nacionales complementaban, no contradecían, la fidelidad al imperio, como reveló la exitosa llamada a las armas de 1914. La estrecha concepción militar de la inevitable contraposición entre los intereses nacionales y los imperiales solo fue cierta a partir del momento en que su represión inepta y desproporcionada empezó a separarlos. La paranoia de los militares y su odio hacia los intereses nacionales ignoró las realidades de librar una guerra con una sociedad multiétnica, dañó la legitimidad del Estado y socavó uno de los dos pilares que sostenían el esfuerzo bélico de los Habsburgo.

La cultura de guerra que creció por toda la Europa central en 1914 y 1915 fue una respuesta, de gran adaptabilidad, a la mutación del conflicto en una larga pugna de desgaste. Surgió del interior de las sociedades, no fue impuesta por los Gobiernos. El amor era su núcleo central, manifestado por medio del apoyo de las familias, la solidaridad comunitaria y una jerarquía de sacrificio, en cuya cúspide estaban los soldados de primera línea. Era una cultura inclusiva: mujeres y niños podían participar en colectas y ahorros, sacrificando y recogiendo para las tropas y las víctimas bélicas de la comunidad. Las lealtades regionales o, de forma más efectiva, las municipales tenían una importancia crucial, pues permitieron a las élites locales salvar la distancia entre el individuo y el Estado. En Alemania, alcaldes, maestros, sacerdotes y periodistas en las ciudades y parroquias fueron figuras clave a la hora de mediar en la movilización y canalizar las lealtades locales en aras de la causa nacional. En Austria-Hungría, estas mismas personalidades tenían muy a menudo simpatías nacionales, pero en 1915 siguieron sosteniendo la doble movilización nacional-imperial. Por más peligroso que esto fuera a largo plazo para el Estado multiétnico era inevitable: en este singularmente brutal y omnipresente conflicto, la resiliencia nacional e imperial dependían del amor familiar y de millares de movilizaciones locales.

El odio, la emoción que se suele asociar más a menudo con la cultura de guerra, resultó ser destructivo. Es indudable que una idea clara de quién era el enemigo ayudó a los Estados contendientes a movilizar a sus poblaciones. La incapacidad del Imperio austrohúngaro de proporcionar un relato bélico imperial perjudicó al compromiso y unidad de sus pueblos, así como el vigor y propósito de su esfuerzo de guerra. Sin embargo, el odio, en el mejor de los casos, era un arma de doble filo. Se volvió contra el interior y atacó la solidaridad de las sociedades de ambas Potencias Centrales. En Alemania, el odio contra Gran Bretaña, inflamado por el cerco y el bloqueo, evolucionó, gracias a la falta de moderación de las élites conservadoras anexionistas y la conducta poco realista de la Marina, en una agria disputa interna por los submarinos que socavó la confianza en el Gobierno nacional y la *Burgfrieden*. En Austria, el odio patológico de los militares hacia los nacionalistas y el temor a la subversión política les condujo a emprender guerras contra grupos étnicos de los que desconfiaba, como eslavos del sur, rutenos, italianos y checos, lo cual atizó la animosidad y dañó la estabilidad y reputación del imperio. Las divisiones que se abrieron no dejarían de ampliarse y las preguntas de por qué se combatía la guerra y cómo se podría conseguir la victoria se hicieron aún más acuciantes en 1916, año que trajo una nueva intensidad al combate y, a los civiles, penurias inimaginables.

6

SEGURIDAD PARA SIEMPRE

Mitteleuropa

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, resonaron eslóganes idealistas en los territorios de los Hohenzollern y los Habsburgo. Líderes, políticos, clero, académicos y prensa movilizaron a sus pueblos para luchar contra el regicidio criminal y una pérfida conspiración internacional. Estaban en juego grandes principios. La Monarquía austrohúngara tomó las armas con el fin de preservar su «honor» y sus «derechos». Los germanos combatían «por los frutos de nuestra pacífica industria, por la herencia de un pasado grandioso y por nuestro futuro».[1] En Prusia Oriental y en Galitzia, la brutalidad y barbarie de las hordas cosacas revelaron la condición de sangrienta amenaza contra la civilización europea del imperio «asiático» del zar. En el oeste, según la intelectualidad germana, el egoísta materialismo inglés y el perverso individualismo francés se enfrentaban a la pura y heroica comunidad de la cultura alemana. Los mandatarios de Alemania y Austria-Hungría siempre insistieron en que su guerra tenía un carácter «puramente defensivo». «No nos mueve la sed de conquista —proclamó el káiser—. Nos inspira la

inquebrantable determinación de preservar, para nosotros y para las futuras generaciones, el lugar que Dios nos ha dado».[2]

¿Hasta qué punto encajaron en 1914-1916 los objetivos oficiales de las Potencias Centrales dentro de esta retórica de guerra honorable y defensiva? ¿Por qué combatían y morían sus hombres en realidad? Los mandatarios germanos entraron en el conflicto sin objetivos firmes, pero el rápido avance de su Ejército a través de Bélgica y el norte de Francia pronto les hizo centrarse en los frutos de la victoria. En fecha muy temprana, el 9 de septiembre de 1914, el canciller Bethmann Hollweg aprobó el primer programa de objetivos de guerra, de alto secreto, aunque todavía provisional. Escrito por su asistente principal, Kurt Riezler, este documento afirmaba con audacia que «el objetivo general de la guerra» era «la seguridad del Reich alemán en el oeste y el este, por todo el tiempo concebible». Este objetivo, de apabullante sencillez, sería la base de la política germana en el transcurso de las hostilidades. Aunque defensivo en su concepción, el propósito de alcanzar una seguridad perenne tenía una extraordinaria ambición. Sumado a una visión del mundo que consideraba la seguridad un juego de suma cero que debía ganarse por medio del dominio, no de la cooperación, pronto derivó en agresión. Dar seguridad a Alemania «por todo el tiempo concebible» no podía limitarse, ni desde el punto de vista de Bethmann, ni por descontado desde el de las élites belicistas que lo rodeaban, a volver al inestable *statu quo* de los últimos años de paz. Por el contrario, esto requería el control permanente de las rutas de invasión y el sometimiento de vecinos peligrosos: «Francia debe quedar tan debilitada que le resulte imposible para siempre resurgir como gran potencia. Se deberá hacer retroceder a Rusia lo más lejos posible de la frontera oriental de Alemania y romperse su dominio sobre los pueblos vasallos no rusos».[3]

El memorando de septiembre era una lista de exigencias maximalistas para imponer si el Ejército germano lograba infligir una derrota decisiva al francés en el oeste. El documento tenía dos líneas maestras. La primera era la seguridad. Francia quedaría bajo eterna amenaza de invasión por medio de ciertos ajustes fronterizos en los Vosgos, la ocupación de la fortaleza de Belfort en dicha región y la demolición de otras defensas fronterizas. Eliminarían su potencial militar mediante una indemnización de guerra, «lo bastante elevada para impedirle gastar ninguna suma considerable en armamentos durante los próximos 15-20 años». Bélgica quedaría reducida a la condición de «Estado vasallo» y, al igual que Francia, debilitada por la confiscación de la fortaleza y ciudad de Lieja, que al Ejército germano tanto

le había costado derrotar un mes antes. El memorando pretendía establecer, junto con la seguridad duradera de la frontera occidental del Reich, una base para la continuación de la guerra contra su adversario más formidable, Gran Bretaña. La ocupación de los puertos belgas negaría a esa potencia marítima la pérfida influencia que ejercía sobre el continente. La ocupación del litoral francés, desde Dunkerque a Boulogne, a la que podría sumarse un nuevo Estado belga más amistoso, permitiría al káiser desplegar su marina frente a Dover y así ejercer una amenaza permanente sobre la costa meridional del Reino Unido.

La segunda inquietud del memorando de septiembre era económica. El documento ponía énfasis y ampliaba las aspiraciones imperiales germanas de preguerra de establecer «un imperio colonial continuo en África central». Sin embargo, el documento rompió con el pasado al centrarse menos en las posesiones de ultramar que en la expansión económica, oficial y oficiosa, por Europa. Los alemanes planeaban arrebatar a sus enemigos ciertos recursos económicos valiosos. Las minas de Longwy-Briey, que producían el 81 por ciento del mineral de hierro francés y que ya estaban en poder de los germanos, serían anexionadas de forma permanente. Con avaricia, el memorando del canciller también preveía ocupar el gran centro comercial de Amberes. Se establecería un corredor de propiedad alemana en dirección sudeste desde esta urbe hasta Lieja, que adoptaría el nombre germano de Lüttich. Con todo, la piedra angular del programa de septiembre era una más sutil «asociación económica centroeuropea basada en tratados arancelarios comunes, que incluiría a Francia, Bélgica, Países Bajos, Dinamarca, Austria-Hungría, Polonia y quizá Italia, Suecia y Noruega». Aquí radicaban los inicios del tristemente célebre proyecto de la *Mitteleuropa* de Bethmann-Hollweg. No era una idea nueva. Desde hacía décadas circulaban propuestas a favor de una integración económica europea más estrecha. Walther Rathenau, director de la gran firma eléctrica AEG, propuso en una fecha muy reciente, en 1913, una asociación económica que aplacara la rivalidad europea y contuviera la competencia estadounidense.[4] Sin embargo, el plan trazado durante la guerra era mucho más inexorable, pues no le impulsaba el idealismo paneuropeo, sino una ideología nacionalista: esta unión estaría «bajo liderazgo alemán y consolidaría la dominación económica de Alemania sobre *Mitteleuropa*». Garantizaría los mercados europeos a los bienes alemanes en cualquier paz futura, con independencia de posibles rencores bélicos. El proyecto también debía ser un arma contra Gran Bretaña. Como explicó Riezler, la asociación establecería un «bloqueo europeo» y así

ganar tiempo para que los alemanes —una idea más bien optimista— pudieran alentar la revolución en la India británica y en Afganistán.[5]

El programa de septiembre enunció las grandes aspiraciones germanas de hegemonía económica y seguridad y un Estado vasallo belga siguió teniendo un papel central en ambas. No obstante, los objetivos oficiales de guerra evolucionaron durante las hostilidades. Las prioridades de Bethmann cambiaron con las vicisitudes de la contienda. Además, el canciller no era en absoluto el único árbitro de los objetivos en el Gobierno: a principios de septiembre, por ejemplo, el káiser quería anexionar Bélgica, mientras que el secretario de Exteriores, Gottlieb von Jagow, consideraba deseable su partición.[6] Por su parte, la opinión pública tenía sus propias ideas. Pese a que a mediados de octubre de 1914 se prohibieron los debates acerca de los objetivos de la guerra con la excusa de que podría perjudicar la *Burgfrieden*, los conservadores presionaron al Gobierno a favor de ambiciosas anexiones. Bethmann no exageraba mucho al quejarse de los «codiciosos nacionalistas que quieren anexionar medio mundo».[7] Los nacionalistas más extremos del Reich, la diminuta pero influyente asociación pangermánica, así como los industriales y la élite intelectual exigían enormes extensiones de territorio. La «petición de las seis asociaciones económicas», presentada el 20 de mayo de 1915 por clubes de clase media agrarios e industriales, fue solo la más notoria de las muchas solicitudes de conquista presentadas. En el oeste, abogaba por la total subordinación de Bélgica, la anexión de la costa francesa hasta el río Somme, extensos ajustes fronterizos, las minas de hierro de Briey y las cuencas carboníferas de los departamentos del Nord y Pas-de-Calais. Los activos económicos serían transferidos a manos alemanas. En el este se formularon planes igualmente ambiciosos y se exigía un gran imperio colonial. Colocando una hoja de parra sobre su codicia descarnada, la petición argumentaba que solo el debilitamiento de los adversarios del Reich, no los tratados, podría garantizar una paz permanente. También justificó sus exigencias con una asociación que ganaría creciente importancia en el impulso de los objetivos expansionistas de una conflagración cada vez más total. «Nuestras experiencias en esta guerra demuestran —argumentó—, que nuestros objetivos militares, en particular en una contienda prolongada, y su explotación posterior dependen, en gran medida, de la fortaleza y la capacidad económica de nuestro pueblo». Las exigencias económicas, insistían las seis asociaciones, «deben ser consideradas desde el punto de vista de la necesidad urgente del incremento más grande posible de nuestra fuerza nacional y también desde un punto de vista militar».[8]

La gran mayoría de los intelectuales de Alemania, así como empresarios y terratenientes, apoyaban las anexiones a gran escala. Siete semanas después de que las seis asociaciones económicas remitieran su petición, le llegó al canciller un llamamiento similar firmado por 1347 eruditos, entre los que se contaban muchos de los catedráticos más respetados del país. Una contrapetición organizada por el historiador Hans Delbrück, que tuvo el buen sentido de advertir de los peligros de anexionar pueblos independientes, solo recibió el apoyo de 141 liberales.[9] De igual modo, en el Reichstag predominaba la Mayoría por los Objetivos de Guerra (*Kriegszielen*), que anhelaba la expansión, si bien los partidos burgueses que la conformaban tenían diferentes puntos de vista con respecto a lo que debían tomar: los progresistas querían añadir territorios que reforzaran la seguridad de Alemania, pero la mayoría de diputados de partidos a su derecha aspiraba a cuantiosas ganancias económicas.[10] Solo los socialdemócratas (SPD) se mantuvieron al margen de este consenso. El partido se mantuvo en su línea oficial de interpretar la guerra como una lucha de estricto carácter defensivo.

Bethmann era consciente de que los alemanes de clase trabajadora no estaban dispuestos a morir o a trabajar por una guerra de conquista; fue el principal factor que le impidió comprometerse abiertamente con los objetivos anexionistas. Los diputados del SPD, a pesar de la línea oficial del partido, resultaron ser un impedimento menos efectivo. Las corrientes partidistas dominantes, las de centro y derecha, dieron prioridad a preservar la *Burgfrieden*, por lo que durante el primer año de contienda evitaron enfrentarse a los propagandistas de la anexión. Hasta agosto de 1915 el SPD no acordó una lista propia de objetivos de guerra. Esta rechazaba las anexiones y exigía el restablecimiento de Bélgica, si bien también mostraron una poco socialista preocupación por la conservación del territorio nacional, al oponerse de forma categórica a las reclamaciones francesas sobre Alsacia-Lorena. En octubre de 1916, el portavoz del SPD en el Reichstag, Philipp Scheidemann, resumió la actitud patriótica y moderada del SPD: «Lo que es francés debe seguir siendo francés, lo que es belga debe seguir siendo belga, lo que es alemán debe seguir siendo alemán». Por otra parte, aunque la mayoría de parlamentarios del SPD defendían con firmeza el *statu quo* en el oeste, ansiaban cambios radicales en el este, pues consideraban que allí se libraba una guerra para liberar de la opresión zarista a los pueblos sometidos y a los rusos de clase trabajadora. En la minoría izquierdista del SPD existía una creciente frustración y distanciamiento por la negativa de los líderes del partido a exigir al Gobierno, a cambio de su apoyo, el compromiso explícito

de que no habría anexiones. En diciembre de 1914, Karl Liebknecht fue el primer diputado del Reichstag que votó en contra de nuevos empréstitos de guerra. En el transcurso de 1915, casi un tercio de los diputados del partido, entre ellos uno de los portavoces del SPD, Hugo Haase, siguió su ejemplo. En un voto al final de ese año, 22 de los 110 diputados del partido se abstuvieron y 20 se opusieron a la aprobación de más créditos de guerra. El desacuerdo por los objetivos bélicos y la relación con el Gobierno se fue agriando cada vez más y en 1917 provocó la escisión del SPD.[11]

Además de la presión parlamentaria socialista, muy limitada, las consideraciones estratégicas también ejercieron cierta contención sobre los objetivos oficiales de guerra de Alemania. Sin duda, los socialdemócratas de izquierda se habrían sorprendido, dado el antagonismo existente entre el Ejército y el SPD en los años de preguerra, de que su mayor aliado contra las anexiones era el jefe del Estado Mayor, el general Erich von Falkenhayn. En noviembre de 1914, tras la derrota de Moltke en el Marne y su fracasado intento de restablecer la situación con una ruptura en Flandes, Falkenhayn advirtió con preocupación a Bethmann de que el Ejército no podría derrotar a toda la Entente. Aconsejó firmar una paz independiente con Francia o, a ser posible, con Rusia, con el fin de poder concentrar sus recursos en la derrota de Gran Bretaña. Para tentar a Rusia a conversar, Falkenhayn estaba dispuesto a renunciar a sus ideas de anexión y solicitar solo reparaciones. De Francia no deseaba nada salvo una compensación y la destrucción de la fortaleza de Belfort. Estos fueron los objetivos más moderados de los militares durante la contienda. Sin embargo, no fueron a ninguna parte por dos motivos. Primero, Gran Bretaña, Francia y Rusia acordaron a primeros de septiembre de 1914 no hacer la paz por separado y, como revelaron los intentos de mediación de los neutrales del año siguiente, no estaban menos decididos que Alemania a proseguir las hostilidades. Segundo, Bethmann consideró la evaluación estratégica de Falkenhayn demasiado negativa e imposible desde el punto de vista político. Las pasiones populares estaban encendidas. Bethmann estimaba que toda paz independiente en el este o en el oeste sería difícil de justificar ante un público al cual no se podía informar, sin arriesgarse a un completo abatimiento de su moral, de la gravedad de la derrota del Marne. Además, era reacio a abandonar la pretensión de obtener grandes ganancias continentales.[12]

Bethmann, con arreglo a los estándares de la época, era un anexionista moderado. Para mantener de su lado a los socialistas, remarcó una y otra vez el propósito defensivo de la guerra, al tiempo que insistía en que «la defensa no es un objetivo poco ambicioso, que se limita al mantenimiento del *statu*

quo». Estaba decidido a crear «una Alemania fuerte e intocable».[13] La preservación de las valiosas minas de Briey, tal vez a cambio de algunas aldeas alsacianas de nulo valor que consolaran el orgullo galo, era una constante en su lista de objetivos bélicos deseables. Antes bien, el núcleo de su visión, y el único punto que consideraba no negociable del programa de septiembre, era la *Mitteleuropa*, el proyecto de asociación económica de la Europa central.[14] La dominación informal se lograría por medio de tratados aduaneros y, en algunos casos, de pactos militares. Un «Estados Unidos de Europa» bajo control germano le permitirían, a largo plazo, competir con los otros grandes bloques económicos del mundo: Estados Unidos y los imperios británico y ruso. Es más, se lograría la neutralización de Bélgica como vía de invasión, sin tener que anexionar el país y diluir la homogeneidad étnica del Estado nación germano. Esto era una preocupación importante, pese a que habían sido las fuerzas del káiser, no las francesas, las que habían empleado Bélgica como conducto de invasión en 1914. La estrategia de la *Mitteleuropa* seguía las sendas «en diagonal», tan del gusto de Bethmann, entre los objetivos enfrentados de la derecha y la izquierda de Alemania: ofrecía sustanciales beneficios económicos y políticos a la nación para satisfacer a la primera, mientras que, en apariencia, evitaba una guerra de conquista que la segunda estimaba inaceptable. Finalmente, la *Mitteleuropa* era interesante para sobornar no solo a los adversarios continentales del Reich, sino también a sus aliados. La federación aduanera con Austria-Hungría mencionada en septiembre se acabaría convirtiendo en la pieza maestra del plan.[15]

El ideal de la *Mitteleuropa*, aunque desarrollado a puerta cerrada en la cancillería del Reich, recibió una publicidad considerable. En Alemania, el liberal progresista Friedrich Naumann generó interés por el concepto con su obra superventas *Mitteleuropa*, que vendió más de 100 000 ejemplares tras su publicación, en octubre de 1915.[16] Sin embargo, fue entre los nacionalistas austrogermanos donde la idea ganó mayores apoyos. Para ellos, un vínculo más estrecho con el Reich mejoraría su posición con respecto a las demás nacionalidades de Austria y reforzaría el Imperio de los Habsburgo. El historiador Heinrich Friedjung, que formuló la versión austriaca más influyente del proyecto, preveía una Alemania que actuaría «como una pesada piedra que mantendría unidos los elementos centrífugos de nuestra Monarquía». Una unión aduanera con el aliado septentrional eliminaría las tediosas negociaciones con Hungría cada diez años. Los tratados militares detendrían las maniobras magiares para socavar el Ejército común. Complementaría el plan la reorganización imperial, engrandecida con la

anexión de Serbia y de la Polonia bajo dominación rusa. El nuevo y extenso territorio polaco de los Habsburgo tendría un parlamento propio para cuestiones internas y en el resto de Austria los alemanes gobernarían sobre los checos y eslavos del sur.[17] Bethmann quedó impresionado por las ideas de Friedjung. Podía ser una solución al dilema de qué hacer con los territorios polacos capturados aquel verano y parecían contar con apoyo popular en Austria, pues la oficina del canciller quedó inundada de sugerencias de organizaciones germano-austriacas y de ciudadanos individuales de una unión económica más estrecha. La visión de la *Mitteleuropa* de Bethmann, concebida en septiembre de 1914 como un medio de dominar Europa occidental y combatir a Gran Bretaña, creció hasta convertirse en un plan aún más ambicioso, cuyo punto central estaría más al este, en una unión aduanera austrogermana. El 10 y el 11 de noviembre de 1915, Bethmann planteó al barón István Burián, sucesor de Berchtold en el cargo de ministro de Exteriores austrohúngaro, una alianza aduanera de treinta años con tarifas preferenciales como precondición para aceptar que los territorios polacos del zar pasaran al control de los Habsburgo.[18]

El plan *Mitteleuropa* permitió a Bethmann maniobrar entre las élites germanas sedientas de conquistas y la clase trabajadora de mentalidad defensiva. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos, no dio ningún resultado concreto. En el seno del Gobierno alemán existían dudas acerca de los aspectos económicos de algo que era, sobre todo y ante todo, un proyecto político. El ministro del Interior del Reich, Clemens Delbrück, consideraba improbable que el Reichstag apoyara una unión aduanera. Se temía que, sin tarifas, la agricultura germana no pudiera competir la barata producción del Imperio austrohúngaro. También preocupaba que la firma del acuerdo, aunque fuera una versión diluida, como un tratado de comercio preferencial, provocara medidas de represalia de otras potencias.[19] Los líderes austrohúngaros eran reacios a comprometerse. Tisza, en particular, el ministro presidente de Hungría, desconfiaba, y con razón, de los proyectos de la *Mitteleuropa* y tachó el libro de Naumann de «ofrecimiento de vasallaje muy bien camuflado». Por su parte, el emperador rechazó toda limitación a su poder. En noviembre de 1915, Burián dio respuesta a la propuesta de Bethmann. Aunque en apariencia positiva, su réplica subrayó con cuidado que unos lazos económicos más estrechos no debían alterar la soberanía, advertía de los probables inconvenientes y mostró una estudiada vaguedad con respecto a la posible fecha de inicio de las negociaciones. En todo caso, el acuerdo económico decenal entre Austria y Hungría debía renovarse en breve

y la insistencia húngara en reducir su contribución al presupuesto imperial común provocó una larga discusión y retrasó el retorno a las conversaciones con los alemanes. Hasta octubre de 1918 no se acordaron las líneas básicas de un acuerdo de aranceles y comercio y la guerra terminó antes de que pudiera presentarse a los Parlamentos de Alemania, Austria y Hungría. [20]

Los objetivos de guerra de Alemania en Europa occidental y central, por tanto, eran extensos, pero no ilimitados. El Gobierno del Reich codiciaba las minas francesas de Longwy-Briey. Tras una victoria germana, fuera del tipo que fuera, Bélgica perdería buena parte de su independencia. Pese a ello, Bethmann, que en los primeros años de la contienda fue la figura más influyente en cuanto a los objetivos de guerra del Reich, prefería ejercer un dominio indirecto. La *Mitteleuropa* era el elemento central de su proyecto de hegemonía germana en Europa. Constituía una política de compromiso. Aplacó los anhelos de las élites del Reich de seguridad absoluta y ganancia económica mediante el reconocimiento de que Austria-Hungría debía aceptar una alianza y que era indeseable la integración en Alemania de un gran número de extranjeros hostiles. En el ámbito doméstico, permitía al Gobierno del Reich establecer un precario equilibrio entre las furibundas exigencias de grandes conquistas de la derecha política y la predisposición de la izquierda, y del público en general, a combatir solo una guerra defensiva. Con todo, en el este se impusieron cálculos diferentes. Allí, los estrategas germanos, al igual que otros beligerantes, imaginaron planes mucho más radicales. En las multiétnicas tierras fronterizas del este, todos los proyectos incluían anexiones, asentamientos y movimientos de población.

Utopías del este

En 1914, las tierras del este no eran el punto natural de expansión germana. Las energías imperialistas del periodo de preguerra se dirigieron hacia África y China. En sus fronteras orientales, en la región que hoy forma parte de Polonia, los funcionarios alemanes se sentían a la defensiva. En Posen y en Prusia Occidental, dos provincias en las que los polacos eran mayoritarios, el Estado gastó 400 millones de marcos desde mediados de la década de 1880 en asentar alemanes, además de introducir descaradas medidas asimilistas, todo ello para reforzar su carácter germánico. Sin embargo, a pesar de los enormes

esfuerzos y del gasto, se logró poca cosa salvo agudizar el antagonismo racial. La perspectiva de expandirse al este, hacia la Polonia del Congreso bajo dominación rusa, y atraer al Reich a más polacos todavía, así como un segundo grupo detestado, los judíos ortodoxos, habría hecho palidecer a quienquiera que estuviese en el Gobierno.[21] En el inicio de la contienda, el káiser tenía la esperanza de que esos polacos se liberaran por sí solos en un alzamiento contra el zar y consideró vagamente establecer un Estado satélite polaco.[22] No obstante, no hubo ninguna revolución polaca y los dirigentes germanos siguieron indecisos. Sería la misma guerra la que llevaría su política hacia sendas nuevas y radicales.

En un principio, la experiencia negativa de Alemania en sus fronteras orientales, combinada con factores internacionales, impulsó a los mandatarios a adoptar una actitud moderada en el este. El ministro de Exteriores de los Habsburgo en 1914, el conde Leopold von Berchtold, tenía firmes ideas acerca del futuro de Polonia y actuó con rapidez para reclamar el territorio en nombre de su monarca. El 12 de agosto, apenas tres semanas y media después de que Berchtold y otros líderes habsburgo prometieran a Tisza que no habría anexiones de importancia, el ministro de Exteriores empezó a presionar a favor de la incorporación de la Polonia del Congreso a Galitzia. Ni la solución austropolaca de Berchtold ni el establecimiento de un Estado satélite eran opciones de particular interés para los mandatarios alemanes, aunque al menos les ofrecían el medio más posible de cumplir su objetivo del programa de septiembre de «hacer retroceder a Rusia lo más lejos posible». Sin embargo, en el otoño de 1914 todo estaba en el aire y, después de que Falkenhayn anunciara en privado que era posible derrotar a la suma de las potencias de la Entente, la opción de devolver a Rusia las tierras ocupadas a cambio de una paz independiente ganó atractivo. Era del todo posible que Alemania terminara la guerra contra Rusia con las manos vacías.[23]

En todo caso, los planes bélicos alemanes para el este asumieron ideas radicales de anexión y asentamiento. Esto no se debió a que, según el célebre argumento del historiador Fritz Fischer, existía una agresividad intrínseca en el tejido del Estado y de la sociedad del Reich; ni tampoco, como han asumido estudiosos más recientes, fue el resultado de la conquista y la ocupación. La radicalización comenzó antes del verano de 1915, con anterioridad a la ocupación de los territorios fronterizos bálticos y polacos del imperio ruso. El avance inicial, por el contrario, fue defensivo: la radicalización de los planes del este fue una reacción a la traumática experiencia defensiva de rechazar la invasión rusa.[24] El ataque contra Prusia

Oriental del verano de 1914 impulsó a los intelectuales de derechas a reclamar anexiones en los territorios del este. Sin embargo, no fue hasta principios de diciembre cuando el Gobierno empezó a considerar en serio esta cuestión. El 6 de diciembre, Bethmann pidió a Hindenburg que propusiera reajustes fronterizos para mejorar la defensa de las provincias orientales del Reich. Esta solicitud se hizo justo después de la crisis militar, una vez que el Ejército zarista emprendió su segunda invasión de la provincia y después de que alcanzaran por un breve periodo los arrabales de Cracovia. Existió la posibilidad, real y aterradora, de un ataque contra la región industrial clave de Silesia y un avance sobre Posen, la puerta de acceso a Berlín. Este peligro mortal, esquivado por poco, fue lo que les llevó a centrarse en cómo asegurar en el futuro la frontera oriental de Alemania.[25]

En este contexto, era inevitable que el primer plan detallado y oficial para la creación de una franja fronteriza fuera obra del presidente de la provincia sitiada de Prusia Oriental, Adolf von Batocki. Su memorando «Sobre la paz mundial 1915. De un prusiano oriental», finalizado el 20 de diciembre de 1914 y remitido a la cancillería del Reich, ilustra hasta qué punto los temores defensivos, no las ambiciones agresivas, pueden impulsar acciones radicales. Batocki estaba convencido de que la reciente invasión demostraba la necesidad de una frontera más sólida. Su solución era trasladar la frontera al este, a líneas fluviales de fácil defensa. El glacis defensivo que proyectaba no era grande: con unos 36 000 kilómetros cuadrados, cubría solo dos terceras partes de la extensión de territorios que Alemania tendría que ceder en el este a Polonia, Lituania y la Sociedad de Naciones, una vez finalizada la guerra.[26] La radicalidad del plan de Batocki se debía a lo que proponía hacer con los 2,4 millones de habitantes del territorio anexionado. La mayoría, 1,3 millones, eran polacos, mientras que el resto comprendía 300 000 lituanos, 230 000 judíos, 130 000 alemanes y 40 000 rusos. Para Batocki, ninguna de estas personas, salvo la pequeña minoría germana, serían bienvenidas en el Reich. Por el contrario, defendía que el intercambio de poblaciones era la mejor manera de garantizar la estabilidad regional. De modo escalofriante, argumentó que las personas de razas indeseables debían ser expulsadas y sus tierras colonizadas por los súbditos germánicos de Rusia, que, en aquella época, estaban siendo deportados por el Ejército zarista desde las sensibles provincias del oeste hacia lo más profundo del imperio ruso.[27] La solución racial tenía una atractiva simetría que ocultaba el inmenso sufrimiento individual que podía causar. Batocki se anticipó a las posibles objeciones morales al insistir en que el traslado podía llevarse a cabo con humanidad. «El

hombre —adujo engañosamente—, incluso el más apegado a la tierra, se siente más vinculado a la comunidad de personas que al lugar». Si aldeas y distritos podían permanecer juntos, estaba seguro de que el traslado no debería implicar sufrimientos. De hecho, las personas podrían incluso salir beneficiadas si eran enviadas a regiones más fértiles.

No es ninguna coincidencia que esta propuesta procediera del presidente de Prusia Oriental. Batocki no solo se sentía vulnerable a causa de los ataques rusos; la misma experiencia de las invasiones inspiró su idea de trasladar poblaciones, que con tanta brutalidad aplicaron Hitler y Stalin en esta misma región treinta años después. Batocki argumentó que la huida en masa de los prusianos ante las fuerzas rusas demostraba que era posible trasladar comunidades enteras con escasos perjuicios: «Si en Prusia Oriental en agosto de 1914 una cifra muy superior a 100 000 habitantes en carros, con caballos y ganado, pudieron viajar por tierra, sin posibilidad alguna de organización oficial, de treinta a cuarenta millas en una dirección, y la misma distancia en el retorno de seis semanas de duración sin daños sustanciales ni a personas ni ganado, esto demuestra que con la preparación correcta, es posible un reasentamiento a gran escala sin perjudicar a la población rural». La población urbana, escribió con total seguridad en sí mismo, sería aún más fácil de trasladar. Es indudable que su certeza se basaba en su propia experiencia administrativa. En noviembre organizó la evacuación exitosa de 200 000 civiles de Prusia Oriental de las fronteras a centenares de kilómetros al interior de Alemania. No obstante, el plan de Batocki pasó por alto que estas personas estaban desesperadas por marcharse, mientras que la población de la franja fronteriza se resistiría con toda probabilidad a ser expulsada de su hogar con destino desconocido.[28]

Si la defensa de Prusia Oriental contra las invasiones zaristas del verano y otoño de 1914 fue el primer impulso de acciones nuevas, extremas y raciales, el avance y conquista en el este, a partir de los comienzos del verano de 1915, proporcionó el segundo ímpetu y disparó las ambiciones de ambas Potencias Centrales. La ofensiva conjunta de Gorlice-Tarnów, a primeros de mayo, no solo causó un desplome militar ruso en el sur, con la liberación de la mayor parte de Galitzia, sino que forzó una retirada general de entre 250 y 400 kilómetros del territorio bajo dominación rusa conocido como la Polonia del Congreso. El 5 de agosto, Varsovia cayó en poder de las tropas germanas. Más al norte, hacia el otoño, Lituania y Curlandia estaban en poder de los alemanes. Es probable que la llegada de los invasores fuera un alivio para la mayoría de la población, en especial para los judíos. Los rusos ejecutaron una

feroz política de tierra quemada, que la prensa de la Entente occidental celebró sin ningún tacto como una «obra maestra de estrategia». Se llevaron el ganado, despojaron a las ciudades de todo elemento de valor y las prendieron fuego. En Polonia, casi el 20 por ciento de todos los daños ocasionados por la guerra fue infligido por el Ejército del zar en este breve periodo.[29] Lo peor fue la deportación de habitantes, en particular hombres en edad militar y miembros de etnicidades consideradas poco fiables, que fueron enviados a una miserable marcha al este con las fuerzas rusas. En total, los rusos se llevaron a 3,3 millones de civiles en su catastrófica retirada, sin hacer preparativo alguno para alimentarlos o alojarlos. Los soldados germanos, en su avance por este territorio devastado con deliberación, hallaban habitantes desposeídos, desesperados y desperdigados. Ya no podía quedarles ninguna duda de que se enfrentaban a un imperio del mal.[30]

La captura de este territorio oriental encendió la imaginación de los líderes de Alemania y del Imperio de los Habsburgo. Para Austria-Hungría, la conquista de la Polonia del Congreso les ofrecía una gran oportunidad de implementar la reforma estructural, tan necesaria y demorada por tanto tiempo. En agosto de 1915, con la caída de Varsovia, los alemanes parecían inclinarse por conceder el territorio a su aliado, si bien a cambio de concesiones económicas y una franja fronteriza.[31] Los mandatarios habsburgo estaban dispuestos. Mientras que el problema de qué hacer con Serbia una vez derrotada provocó agrios debates, tan pronto como Rusia entró en la guerra todos estuvieron de acuerdo en que se debía anexionar la Polonia del Congreso. La pregunta era, ¿cómo? Aún más que otros aspectos imperiales de la política exterior, la necesidad de mantener un frágil equilibrio doméstico en el interior de su territorio era lo que definía sus objetivos de guerra. Se propusieron planes para reemplazar la estructura dual de los Habsburgo por una triple. El ministro de Finanzas, Leon Biliński, y el Comité Nacional Supremo polaco querían que Galitzia y la Polonia del Congreso se fusionaran en un nuevo Estado habsburgo. Conrad von Hötzendorf, que sentían menos entusiasmo por la anexión en el norte, preveía un tercer Estado diferente, formado con las posesiones eslavas de sur de los Habsburgo y la recién anexionada Serbia.

El ministro presidente Tisza vetó ambos proyectos, pues su prioridad era preservar la influencia de Hungría en el sistema dualista. En lugar de ello, en agosto de 1914 se optó por una clásica contorsión habsburgo. Con el espíritu del conde Taaffe, antiguo ministro presidente austriaco que, en cierta ocasión, describió que su trabajo era mantener a los revolucionarios pueblos de

Francisco José en un estado «jovial», se acordó una solución que satisfacía a medias a todas las partes.[32] Los polacos austriacos se unirían con sus compatriotas de más al norte, pero el precio que pagar sería el este de Galitzia, de predominio ruteno, que sería retirada de su control. Unida a Bucovina y a otros territorios ucranianos anexionados de Rusia, se satisfaría la aspiración rutena de unas Tierras de la Corona propias. Los alemanes de Austria, entre ellos el ministro presidente Stürgkh, acogieron de buen grado la idea, pues, con la excusa de dar a los polacos completa autonomía en los asuntos domésticos en su nuevo territorio de composición étnica más homogénea, se retiraría a los diputados polacos del Reichsrat austriaco, con lo que los germanos podrían superar a los molestos checos. Los húngaros también se adaptarían a la nueva estructura. Galitzia, agrandada pero dividida, no aspiraría a ser un Estado triple, sino que ocuparía una posición subordinada dentro de Austria. Con objeto de mantener el equilibrio entre las dos mitades de la Monarquía, Hungría crecería con la anexión de la Dalmacia austriaca y de Bosnia-Herzegovina, lo cual resolvería el antiguo dilema de qué hacer con este territorio huérfano.[33]

La desastrosa actuación de los mandos militares de los Habsburgo en Galitzia y Serbia durante 1914 tornó irrelevantes tales ambiciones. En lugar de conquistar territorios, los ministros y diplomáticos de Francisco José pasaron los primeros meses de 1915 rechazando peticiones alemanas de comprar la neutralidad italiana o rumana con la entrega del Trentino austriaco o de parte de la Transilvania magiar.[34] Sin embargo, las victorias orientales del verano de 1915 revirtieron la situación estratégica y volvieron a poner sobre la mesa las ganancias territoriales y la reforma. Esto era cierto no solo en Austria, sino también en Hungría, donde las peticiones del belicoso Parlamento croata, el Sabor, a favor de la unión de Croacia, Dalmacia y Bosnia-Herzegovina, añadieron urgencia. Tisza, a pesar de sus instintos imperialistas magiares, comprendía la necesidad de satisfacer al menos en parte las aspiraciones de los eslavos del sur para así neutralizarlas, por lo que adoptó poco a poco una estrategia dual. El primer brazo de esta estrategia fue mantener su oposición a la anexión de Serbia, que temía que condujera a un bloque de eslavos del sur que amenazaría la posición de privilegio de Hungría en el seno imperial. Tras la conquista final de Serbia con ayuda de alemanes y búlgaros, en el otoño de 1915, Tisza abogó por una franja fronteriza para Austria-Hungría, donde la población del noroeste de Serbia, Belgrado incluido, sería reemplazada por magiares y germanos leales. Al igual que la extensión de territorio que los alemanes planeaban para el norte, que debía

servir de defensa, pero tenía el propósito secundario de aislar a los polacos prusianos de sus compatriotas del este, la franja de Tisza pretendía anular el irredentismo mediante la separación entre los eslavos del sur del Imperio austrohúngaro y los restos de Serbia.

Tisza también vio que los avances en el este ofrecían una oportunidad para complacer al Sabor. La segunda parte de su estrategia se basó en esta idea y buscó dar cierta satisfacción a las ambiciones de los eslavos del sur. En octubre de 1915 propuso en Viena la transferencia a Hungría de Bosnia-Herzegovina y Dalmacia. Su sugerencia, y con esto cierta reducción del descontento sudeslavo, no salió adelante por dos motivos. Primero, Stürgkh era reacio a entregar Dalmacia. Segundo, el acuerdo dependía de la implementación de la solución austropolaca y cuando Tisza movió ficha, los alemanes se estaban replanteando si era buena idea ceder el territorio polaco conquistado bajo las condiciones relativamente generosas discutidas en agosto. En noviembre, decidido a cimentar el control político austrogermano en el interior del imperio, y el predominio económico del Reich sobre el primero, Bethmann comunicó a István Burián, ministro de Exteriores austrohúngaro, la mala noticia de que solo se debatiría la cuestión de Polonia si Viena aceptaba primero unirse al proyecto de la *Mitteleuropa*.[35]

Más al norte, en el frente oriental, Lituania y Curlandia fueron designadas, desde el mismo momento de su ocupación, en el verano de 1915, áreas de inequívoca expansión germana. Los planes para estas regiones tenían parecidos con las transferencias de población y anexiones previstas para la vecina franja fronteriza polaca, si bien a una escala mucho mayor: el *Ober Ost*, nombre que recibía el Estado militarizado establecido en esta región durante la contienda, abarcaba 108 808 kilómetros cuadrados.[36] El proyecto también podía presentarse en términos humanitarios, gracias a la brutal deportación, por obra del régimen zarista, de millares de súbditos rusos de etnia germana de la región, en el invierno de 1914-1915. Si el Gobierno del Reich nunca mostró gran interés por los denominados *Volksdeutsche* antes de la contienda, ahora se arrogó el derecho, ominosamente basado en su etnicidad común, de proteger a esos «compatriotas torturados y perseguidos», que asumieron de inmediato un papel central en los planes de colonización del Báltico.[37] Max Sering, catedrático de Agronomía de la Universidad de Berlín y principal experto alemán en asentamientos, dio inicio, con su influyente informe en otoño de 1915, a las propuestas para la anexión y germanización del territorio. Se estimó que Curlandia, en la actualidad parte de Letonia occidental, sería fácil de asimilar debido a que alemanes étnicos

formaban sus barones terratenientes y la pequeña burguesía urbana. La gran mayoría del 90 por ciento restante de la población eran campesinos letones analfabetos. Con la educación adecuada y un influjo de colonos, se estimaba posible germanizarlos en menos de dos generaciones. Sering consideraba a Lituania, de mayor densidad poblacional, un desafío mayor. Así y todo, una vez deportada su aristocracia polaca nativa, y con una administración ejemplar, consideraba con optimismo que sería posible lograr que los lituanos aceptaran el dominio germano.[38]

El general Erich Ludendorff, jefe de Estado Mayor del Frente Oriental, regía *Ober Ost* como si fuera su feudo personal. Al igual que Sering, también creía que debían quedarse los territorios bálticos. A finales de abril de 1916 empezó a preparar la colonización; ordenó la elaboración de informes acerca de la etnicidad y religión de la población indígena, la propiedad de la tierra y la calidad del suelo.[39] Sus acciones se explican en parte por su darwinismo social y supremacismo germánico, creencias que compartía con la colérica derecha política del Reich. Sin embargo, en la primavera de 1915 Ludendorff rechazaba las, en su opinión, «exageradas demandas» que circulaban por la patria. Además de las minas de Briey, Lieja y una franja fronteriza, la anexión del Congo y reparaciones, lo cual, en conjunto, suponían unos objetivos mucho más modestos que los establecidos por el programa de Bethmann de septiembre, en el este solo quería «correcciones fronterizas menores». Hasta octubre no comenzó a abogar por la anexión y colonización de Curlandia y Lituania. Su cambio de opinión se debió, en buena medida, al oportunismo: con el Báltico en poder de Alemania y Rusia batida a todo lo largo del frente oriental, ahora eran factibles los proyectos, no solo los sueños, de conquista. Con todo, aunque por lo general no se reconozca, este cambio se debió también a que Ludendorff se convenció de que la naturaleza de la guerra había cambiado. Ya en abril de 1915, sus cartas a Moltke, ahora jefe del Estado Mayor Adjunto en Berlín, encargado del contingente del interior, reflejan su preocupación por el suministro de alimentos del Reich. Durante 1915, a medida que el desabastecimiento empeoró de forma drástica, comprendió que el conflicto no era un choque tradicional en el campo de batalla, sino una nueva pugna por los recursos. Ludendorff no solo se centraba en alcanzar una victoria total en este nuevo tipo de conflicto; también estaba pensando en la próxima guerra. Sacó dos conclusiones. Primero, consideraba que el control y la extracción implacable de recursos era el medio de competir con la superioridad material de la Entente. El *Ober Ost* se convirtió en un brutal experimento de explotación extrema. Segundo, para

que Alemania pudiera sobrevivir a largo plazo, Ludendorff consideraba indispensable la conquista. El país debía expandirse o perecer. Tal y como advirtió a finales de 1915, «solo debemos confiar en nosotros y en nuestro poder. ¡Todo lo demás no importa!».[40]

En el transcurso de los años siguientes, los planes germanos de conquista y colonización progresaron. La justificación de la franja fronteriza pronto fue más allá de las consideraciones defensivas del principio. El Gobierno envió a trabajar en el proyecto a Friedrich von Schwerin, un funcionario pangermanista y fundador de la Sociedad para el Fomento de la Colonización Interna (*Gesellschaft zur Förderung der inneren Kolonisation*). Schwerin consideraba que la conquista y colonización era la panacea de los problemas internos del Reich. El asentamiento de alemanes étnicos de Rusia resolvería, de una vez y para siempre, la competición entre polacos y alemanes por el dominio de las marcas orientales. Ofrecería un contrapeso agrario a la creciente industria del Reich y el voto de los obedientes campesinos ralentizaría el ascenso de los socialdemócratas que tanto inquietaban a los conservadores prusianos como Schwerin. Los nuevos territorios, argumentó, podían incluso proporcionar una base estable para las aspiraciones germanas de llegar a ser una potencia mundial. El 13 de julio de 1915 se celebró una reunión en la cancillería del Reich; para entonces, el Gobierno optaba inequívocamente por la anexión y las autoridades de ocupación en Polonia recibieron orden verbal de empezar a asentar con discreción a alemanes de Rusia en la zona designada y, allí donde fuera posible, expulsar a judíos y polacos. Sin embargo, no se decidió una expulsión forzosa masiva y en los años centrales de la contienda la administración civil rechazó esta idea, si bien en los círculos castrenses, liderados por Ludendorff, se siguió proyectando la deportación y colonización del Báltico.[41]

Tales planes señalaban el camino hacia el futuro nazi. El nuevo foco de los planes expansionistas más ambiciosos de Alemania, que pasaron de ultramar a Europa oriental, el afán por la fiabilidad racial, el uso de estadísticas poblacionales y la predisposición a considerar opciones radicales como la expulsión y el reasentamiento forzoso eran todos amenazadores precursores del *Generalplan Ost* hitleriano. El plan nazi de 1941 pretendía la limpieza étnica de 45 millones de eslavos de Polonia, el Báltico y el oeste de la Unión Soviética y su reemplazo por soldados-campesinos germanos.[42] Sin embargo, debemos tener en cuenta dos salvedades. Primero, al contrario que e l *Generalplan Ost*, los designios de expansión oriental de la Alemania imperial no eran genocidas. De hecho, a medida que se prolongó la contienda,

las dudas de los dirigentes civiles en torno a la expulsión fueron en aumento e incluso los implacables militares declararon que la deportación masiva era innecesaria.[43] Segundo, los planes germanos no son excepcionales si se comparan con los proyectos de otras potencias imperiales, a menudo más radicales y avanzados, para los territorios fronterizos en disputa. El líder húngaro Tisza también quería una franja fronteriza de reasentamiento en el norte de Serbia. De forma más significativa, Francia ya había empezado a trasladar gente sospechosa de la delgada franja de Alsacia-Lorena que había capturado. Aún peor, una vez finalizada la contienda, Francia expulsó a 200 000 habitantes que no tuvieran al menos un abuelo francés.[44] Probablemente, los mejores elementos de comparación son un adversario de Alemania, Rusia y una de sus aliadas, la Turquía otomana. Los planes del Ejército ruso de reorganización étnica de Galitzia, aunque no fueran planificados con tanto cuidado como los proyectos germanos para los países bálticos y la franja fronteriza polaca, no eran menos radicales. Es más, mientras que los mandatarios germanos, como han señalado los historiadores, «durante la guerra nunca se decidieron a romper abiertamente con la legislación internacional mediante una anexión», el zar no dudó en anunciar su intención de quedarse con el este de Galitzia y sus unidades empezaron a deportar judíos y alemanes, así como la campaña de asimilación de los rutenos, en el primer año del conflicto.[45]

Los actos del Ejército ruso en Galitzia, las regiones occidentales de su imperio y el Cáucaso fueron brutales, pero el Estado otomano sometió a genocidio a su minoría armenia. En las dos décadas anteriores, el Estado musulmán había autorizado sangrientos pogromos contra su minoría cristiana, que en 1914 sumaba alrededor de 1,3 millones de personas y poseía la mayoría de tierras de la Anatolia oriental. Tras la toma del poder en 1908 por los Jóvenes Turcos (*Jöntürkler*), una organización modernizadora y nacionalista, la minoría corrió un peligro aún mayor. Al año siguiente fueron masacrados entre 15 000 y 20 000. La desconfianza de los nuevos líderes otomanos hacia los armenios aumentó durante las guerras balcánicas de 1912-1913 y alcanzó su paroxismo durante la Primera Guerra Mundial. Al igual que los rutenos de las fronteras habsburgo, toda la comunidad armenia era sospechosa de colaborar con los rusos, si bien en este caso era el Estado, no solo el Ejército, quien consideraba traidores a esta minoría, lo cual permitió que las medidas y masacres locales se radicalizaran hasta dar lugar al exterminio de un pueblo entero. En febrero de 1915, los contingentes armenios del Ejército otomano fueron desarmados y al mes siguiente se tomó

la decisión de deportar a la minoría. La excusa oficial que se dio tiempo después fue que era una medida de seguridad, de hecho, las principales deportaciones, a partir del 23 de mayo, comenzaron tras un alzamiento en la ciudad de Van, en el frente del Cáucaso. Con todo, es evidente que esta explicación es incompleta, dado que los líderes armenios de la lejana Constantinopla fueron los primeros en ser arrestados y se deportó a otras comunidades alejadas de la zona de operaciones bélicas. Las deportaciones buscaban matar. Algunos armenios, tras ser obligados a dejar la mayor parte de sus posesiones, viajaron hacinados por el ferrocarril otomano de fabricación alemana en vagones de ganado sellados. La mayoría, no obstante, fue obligada a marchar por una ruta tortuosa que no llevaba a ninguna parte. A menudo, los guardias los mataban a tiros o a sablazos al cabo de unos pocos días y robaban a los desgraciados las escasas pertenencias que llevaban encima. Otros fueron conducidos a marchas de la muerte de centenares de kilómetros hacia el río Éufrates, a través del desierto de Siria. A los misioneros extranjeros se les prohibió ayudarlos y los militares y el personal diplomático alemán, que quizá podrían haber detenido la violencia, se abstuvieron de intervenir. La brutalidad de los guardias, la ausencia de preparativos para recibir a los deportados y la frecuente negativa a proporcionar alimento, agua o cobijo cuando estaban disponibles atestiguan que el propósito de la acción no era deportar, sino asesinar. Algunas mujeres escaparon al convertirse al islam, otras mediante matrimonios forzados con hombres musulmanes. El Estado otomano acogió a algunos huérfanos armenios en hogares donde les dieron una nueva identidad turca, aunque fueron una reducida minoría. Un millón de personas pereció víctima de la sed, el hambre, las enfermedades, el agotamiento y las matanzas.[46]

Los proyectos germanos de reorganización poblacional —y, al contrario que los proyectos de otros Estados continentales, no pasaron de ser planes— no eran, por tanto, únicos, sino que forman parte de un *continuum* de barbarie europea continental. De igual modo, los planes más convencionales del Reich de anexión no fueron tan irracionales o inflexibles como a menudo se ha afirmado. Para Bethmann, en no menor medida que para otros mandatarios germanos, la seguridad perpetua equivalía a hegemonía continental y el Gobierno germano soportaba una presión considerable de los conservadores, a los que consideraba sus apoyos naturales, para obtener vastas extensiones de territorio. La predisposición del canciller de buscar grandes objetivos maximalistas suscitó una honda indignación moral entre los historiadores germanos de la década de 1960. Pese a ello, en el contexto estratégico de

1915, esto no solo era una política realista, pues el retorno al *statu quo* era inaceptable para todos los principales beligerantes. En los ocho primeros meses de 1915 presentaron a los rusos tres propuestas independientes de paz y, pese a que Bethmann ofreció el uso militar y económico de los estrechos turcos, el principal objetivo bélico de Rusia, el zar las rechazó en cada ocasión.[47] La Entente occidental no era menos intransigente. A los franceses solo les interesaba la victoria.[48] Por el contrario, los líderes británicos consideraron a principios de 1916 una paz de compromiso por mediación estadounidense, debido a sus dificultades para reajustar a la realidad sus expectativas de una guerra breve y una participación limitada. Aun así, seguían aspirando a ser los vencedores. El memorando redactado entre el coronel Edward House, consejero de Política del presidente estadounidense Woodrow Wilson, y el secretario de Exteriores británico, sir Edward Grey, pretendía una paz de compromiso basada en el restablecimiento de Bélgica, en la cesión de Alsacia-Lorena a Francia y una salida al mar para Rusia. A Alemania se le ofrecerían territorios coloniales franceses y la amenaza de intervención de Estados Unidos si lo rechazaba.[49] El acuerdo, de haber sido implementado, difícilmente podría haber logrado la aquiescencia de las Potencias Centrales, pues desdeñaba tanto los sentimientos del adversario como la realidad estratégica. Para los dirigentes de Alemania, la cesión de todo territorio nacional habría sido una clara admisión de derrota. En un momento en el que sus contingentes estaban asentados en suelo francés y belga y que acababan de conquistar grandes extensiones de territorio ruso, conceder tanto no solo habría sido inaceptable, sino también inexplicable para una opinión pública germana que, en su mayoría, seguía apoyando la guerra. Habría provocado una inevitable desestabilización del régimen imperial.

La búsqueda de objetivos bélicos maximalistas en 1915 quizá no sitúa a los líderes alemanes y habsburgo en un plano de superioridad moral, pero, a falta de toda posibilidad de paz independiente o de una paz generalizada aceptable, no es posible tildarla de irracional. Ambos Gobiernos consideraban esencial obtener ganancias territoriales para apuntalar sus posiciones domésticas. Es más, en Alemania en particular, se rechazó la seguridad colectiva. Bethmann y los militares estaban de acuerdo en que, tras el, en su opinión, cerco deliberado de los años de preguerra, solo una fuerza aplastante podía garantizar la seguridad. Los límites entre defensa y agresión se difuminaron en su búsqueda de la hegemonía continental. Con todo, era inevitable que este camino condujera a problemas. Los grandes avances, las declaraciones oficiales ambiguas y la agitación de los anexionistas, censurada

por oficiales de ideas similares con mucha menos mano dura que las opiniones de la izquierda, suscitaron entre los socialistas el temor a que el pueblo estaba siendo engañado. Ya en septiembre de 1914, el agitador radical Karl Liebknecht acusó al Gobierno de emprender una «guerra capitalista de expansión» y, en diciembre de 1915, Liebknecht y otros diecinueve diputados del SPD justificaron su negativa a aprobar nuevos empréstitos bélicos por su rechazo a los planes de conquista.[50] El creciente antagonismo entre la derecha anexionista y la cautelosa izquierda socavó en esta época la *Burgfrieden* política. Entre los pueblos también creció la sospecha de que se estaba librando una guerra de conquista. En Austria, la población checa se mostraba cada vez más descontenta. En los comienzos de 1916, algunas tropas germanas llegaron incluso a calificar la contienda de «estafa».[51] Era un mal presagio, pues civiles y militares pronto tendrían que afrontar nuevas penurias y sacrificios sin precedentes. Los años centrales de la contienda se caracterizaron en el frente por un nuevo tipo de batalla nueva, intensa y terrorífica, la *Materialschlacht* [batalla de material], y en el interior por la extraordinaria hambruna que alcanzó el cénit con la miseria y las espantosas privaciones del «invierno del nabo».

7

CRISIS EN EL FRENTE

Sangre

El año 1916 trajo nuevas crisis a las Potencias Centrales. Los mandatarios alemanes y habsburgo sabían desde hacía mucho tiempo que, en un conflicto extenso, sus fuerzas corrían el peligro de ser aplastadas bajo el peso de contingentes superiores. Después de un año y medio de combates, a pesar de las enormes conquistas en el este, había abundantes indicios de que ese momento se acercaba. El reclutamiento británico y ruso proseguía a buen ritmo, el antiguo aliado de las Potencias Centrales, la voluble Italia, lanzó contra estas un ejército de un millón de efectivos, con lo que ahora la Entente superaba a sus adversarios por 356 a 289 divisiones.[1] La Entente, además, había hecho grandes progresos para superar las carencias materiales que habían dificultado sus campañas desde finales de 1914. Hacia el otoño de 1915, las factorías francesas montaban 100 000 proyectiles diarios para sus temibles piezas de 75 mm. Los rusos, a su vez, movilizaron su pequeña base industrial y expandieron la producción de munición de artillería de campaña hasta las 50 000 granadas diarias. Para indignación de la opinión pública germana, informada de ello por los diarios, Estados Unidos, una potencia

neutral, suministraba armas y equipo por valor de millones de libras a los Nuevos Ejércitos de Gran Bretaña, reclutados durante la guerra para asestar el victorioso golpe final.

Los generales de la Entente no se limitaron a acumular una enorme superioridad material; también estaban aprendiendo a emplearla con efectividad. Alemania se benefició durante todo 1915 de la incapacidad de sus adversarios al este y al oeste de coordinar las ofensivas. El comandante en jefe francés, el general Joffre, no estaba dispuesto a repetir ese error. En su cuartel general de la localidad de Chantilly, en una reunión celebrada los días 6-8 de diciembre de 1915, convenció a los representantes militares británicos, rusos, italianos, belgas y serbios de la necesidad de lanzar durante el año siguiente «una ofensiva simultánea y combinada». Los ejércitos germanos y austrohúngaros serían desbordados por asaltos en todos los frentes, que impondrían la paz a la conclusión de 1916.[2]

Los mandatarios germanos también deseaban poner fin a la contienda, aunque, si la Entente albergaba esperanzas, ellos eran pesimistas. Erich von Falkenhayn, el hombre designado jefe del Estado Mayor General tras el fracaso de Moltke en el Marne, calculó agorero que los aliados de Alemania no sobrevivirían más allá del otoño y, tal y como informó a Bethmann Hollweg en enero de 1916, las «condiciones económicas y de política interna» del propio Reich, hacían «deseable en extremo» una rápida conclusión del conflicto.[3] Era fácil decir que se hacía necesario poner fin a la guerra de inmediato, pero mucho más difícil saber cómo lograrlo. El frente occidental, el teatro decisivo de la contienda, estaba muy bien fortificado. Desde el otoño de 1914, los ejércitos se atrincheraron a lo largo de 750 kilómetros, desde la frontera suiza a la costa de Flandes. Los alemanes descubrieron en Ypres en octubre y noviembre de 1914, y de nuevo en la primavera de 1915, que era muy difícil abrirse paso, aunque fuera contra reductos muy rudimentarios. El fracaso de los reiterados asaltos franceses en Artois y Champaña, a pesar del derroche de millones de proyectiles y centenares de miles de vidas, proporcionó una sangrienta confirmación. Algunos generales llegaron a la conclusión de que era inútil siquiera intentarlo. «No habrá una batalla decisiva como en otras épocas —argumentó en junio de 1915 el futuro comandante en jefe galo, el general Philippe Pétain, en esa época jefe del 2.º Ejército en Artois—. El éxito coronará al bando que tenga el último hombre. El único objetivo al que debemos aspirar es acabar con el mayor número posible de alemanes y minimizar nuestras bajas».[4]

Las nuevas dificultades impuestas por la guerra de trincheras impulsaron a los comandantes de ambos bandos a centrarse en el recuento de cadáveres, no en el territorio. Es más, la opinión pesimista de Pétain acerca de la posibilidad de abrirse paso siguió siendo minoritaria. Los combates de 1915 demostraron que, con suficiente artillería pesada, era posible penetrar incluso trincheras fuertes y bien defendidas. El problema para los líderes de la Entente reunidos en Chantilly era cómo transformar el éxito táctico en una victoria operacional decisiva. Hacia finales de año, los alemanes trazaron segundas y terceras líneas detrás de sus posiciones frontales. Toda brecha abierta iba seguida de una carrera desigual para acumular refuerzos. La defensa contaba con una ventaja natural, pues, al ser empujada más cerca de sus terminales ferroviarios, en general podía sumar efectivos con más rapidez para cerrar la brecha o retomar posiciones perdidas. Por el contrario, el refuerzo de los atacantes se veía ralentizado por la necesidad de transportar suministros y municiones a través de terreno devastado, en el que estaban expuestos al fuego de la artillería enemiga. En Chantilly, la Entente resolvió no intentar ganar esta carrera, sino suprimirla mediante la liquidación de las reservas del adversario. Para lograr una auténtica ruptura, sería primero necesaria una fase de «agotamiento», eufemismo para designar un periodo de carnicerías preparatorias. Durante el verano, los británicos emprendieron un análisis serio de los recursos humanos y las bajas de los alemanes. En diciembre de 1915, los mandos militares de la Entente establecieron una cuota mensual de 200 000 soldados germanos muertos, mutilados o fuera de combate. Solo se emprendería la gran ofensiva combinada una vez se hubiera completado tal baño de sangre.[5]

Falkenhayn, por su parte, también asumió una estrategia de desgaste, aunque una versión más astuta y compleja que la de la Entente. Al contrario que su homólogo habsburgo, Conrad von Hötzendorf, Falkenhayn ya no creía en la ruptura decisiva o en la victoria total. No consideraba el desgaste el preludio de una ofensiva que devolvería el movimiento al campo de batalla, sino como una herramienta estratégica, capaz de llevar a la mesa de negociaciones, como mínimo, a uno de los adversarios de Alemania. Consideraba que Gran Bretaña era demasiado fuerte para derrotarla. Rusia tampoco ofrecía muchas posibilidades: a pesar de sufrir más de dos millones de bajas y la pérdida de la Polonia del Congreso en 1915, el zar mostró una decepcionante falta de receptividad a sus ofertas de paz independiente. La mirada de Falkenhayn, por tanto, se fijó en Francia, a la que consideraba la potencia de la Entente más vulnerable, aunque también «la mejor espada de

Inglaterra» en el continente. El plan que Falkenhayn formuló a finales de 1915 para sacar a Francia de la guerra no era menos despiadado que la idea de sus enemigos de «agotar» las reservas germanas, pero en el plano táctico era mucho más inteligente. El Ejército alemán explotaría la ventaja defensiva del frente occidental. Elegiría un punto que los franceses no pudieran ceder —se consideraron por igual las fortalezas de Belfort y de Verdún— y, con una superioridad artillera masiva y un uso limitado de la infantería, avanzaría a escaso coste a una posición ventajosa. A continuación, explicó Falkenhayn, los franceses «se desangrarían». La catástrofe inevitable, esperaba, impulsaría a los británicos a lanzar una ofensiva prematura con su bisoño Nuevo Ejército[*] en socorro de su aliado y derrocharían sus efectivos contra la bien fortificada línea germana. Si las pérdidas calamitosas y el fracaso británico no forzaban la salida de Francia de la guerra, entonces el contingente de Falkenhayn pasaría a la ofensiva, asestaría el golpe final a los agotados franceses y expulsaría a los británicos del continente.[6]

Estos planes modelaron la guerra de los dos bandos europeos en 1916. Tres grandes batallas definieron el año: la ofensiva alemana de Verdún y las dos campañas principales de la Entente al este y al oeste, la ofensiva de Brusílov y el Somme. Los alemanes atacaron primero. Falkenhayn despreciaba a sus aliados habsburgo y no les informó de su plan y mucho menos les pidió su apoyo. En consecuencia, las Potencias Centrales dispersaron sus esfuerzos justo en el momento en que sus enemigos empezaban a operar al unísono. La «expedición de castigo» de Conrad, la ofensiva en el Trentino contra los italianos, comenzó tres meses después de Verdún y en cuestión de semanas quedó superada por el inicio del asalto combinado de la Entente. La ofensiva de Brusílov de los rusos inició su avance en junio y fue seguida en julio por la ofensiva anglofrancesa en el Somme. Los ataques secundarios de los galos en Verdún y, en agosto, de los italianos y de otro antiguo aliado, Rumanía, dispersaron los recursos materiales y humanos de las Potencias Centrales entre frentes distantes. En el verano y otoño de 1916, la supervivencia de Alemania y Austria-Hungría pendió de un hilo.

Grognards

Al comenzar 1916, los contingentes de las Potencias Centrales ya no eran las fuerzas que habían marchado a la guerra en 1914. Eran mucho mayores. El Ejército de los Habsburgo no solo había reemplazado las horrendas pérdidas de los primeros años del conflicto, sino que había casi triplicado sus efectivos: en 1916 desplegó una media de 4 880 000 hombres. A principios de año, su aliado germano duplicó sus unidades hasta los 6 791 733 soldados.[7] Ambos Ejércitos, además, eran mucho menos profesionales que antes. Los soldados de carrera quedaron diluidos en la expansión y sus filas diezmadas por las fuertes bajas. La mayoría de la tropa se componía de civiles de uniforme, algunos con experiencia militar de preguerra, pero un número cada vez mayor eran hombres instruidos a toda prisa durante las hostilidades. Contrariamente a las afirmaciones de algunos historiadores que tratan de excusar el pésimo rendimiento de británicos y franceses en el Somme, ni la fuerza de los Habsburgo ni la alemana estaban «en la cúspide de su moral y efectividad física». En realidad, las bajas de los Ejércitos, la necesidad de integrar a millones de nuevos hombres y la presión acumulada de dos años de guerra intensiva dificultaron aún más el reto de adaptarse a las condiciones desconocidas del combate, diluyeron en gran medida su pericia y generaron nuevos e inesperados problemas.[8]

El golpe más devastador sobre la efectividad combativa de las fuerzas de Alemania y del Imperio de los Habsburgo fueron las pérdidas que acumularon los mandos profesionales en las campañas iniciales. Pese a que los historiadores británicos tienden a pasarlas por alto, en realidad fueron escalofriantes. Finalizado 1915, habían muerto casi uno de cada ocho oficiales habsburgo en activo y uno de cada seis alemanes.[9] Muchos más —las estadísticas sanitarias alemanas sugieren casi el doble— habían caído heridos. El Ejército de Austria-Hungría perdió numerosos mandos de rangos inferiores, capturados en las derrotas de Serbia y Galitzia. Alrededor del 30 por ciento de las bajas de la oficialidad eran desaparecidos o capturados; en el cuerpo de oficiales de Alemania, la cifra equivalente era del 5,2 por ciento.[10] La creación de nuevas unidades, una medida obligada a causa del crecimiento exponencial de las unidades enemigas, elevó la presión sobre una reserva cada vez más reducida de oficiales de carrera. El Ejército alemán fue a la guerra con 92 divisiones de infantería y hacia las postrimerías de 1915 había creado 70 más. Todas necesitaban profesionales para cubrir los puestos de mando superiores.[11] Se retiró a numerosos oficiales de carrera de puestos en primera línea para asumir trabajos de estado mayor en retaguardia. Los oficiales de la reserva formados en época de paz también sufrieron fuertes

bajas y había muy pocos reemplazos; incluso con la movilización de agosto de 1914 ningún contingente disponía de suficientes mandos de reserva entrenados en época de paz y hubo que recurrir a oficiales retirados, cadetes y suboficiales ascendidos a «oficial adjunto» (*Offizierstellvertreter*) para cubrir las vacantes de la estructura de mando.[12] Con el fin de proporcionar mandos a los ejércitos en expansión y sustituir a los oficiales reservistas caídos, heridos y capturados, el Ejército germano formó 220 000 «oficiales de guerra» (*Kriegsoffiziere*), mientras que los austrohúngaros crearon casi 200 000. Estos mandos bélicos entrenados a toda prisa, muchos de ellos jóvenes y procedentes de estratos de la clase media inferiores a los de sus elitistas antecesores, cargaron a la espalda el peso del mando en primera línea durante 1916.[13]

Los suboficiales profesionales experimentaron un ciclo similar, aunque menos drástico, de pérdidas y reemplazos. Los 148 229 suboficiales regulares y reservistas del contingente de campaña germano tras la movilización de agosto de 1914 le daban ventaja sobre el adversario, pues estaban mejor entrenados y eran más numerosos que los suboficiales de otras unidades. El conservadurismo innato de las fuerzas armadas germanas contribuyó al mantenimiento de su calidad. A la mayoría de suboficiales alemanes se le impedía ascender al cuerpo de oficiales a causa de su elevada exigencia educativa; una distinción importante con respecto a la práctica francesa, en la cual los suboficiales eficientes solían recibir un despacho de oficial, de modo que los menos competentes seguían con los galones en la bocamanga. Aunque algunos soldados con largos años de servicio no encajaban de buen grado esta práctica, en particular cuando tenían que obedecer las órdenes de oficiales de guerra jóvenes y menos capaces, lo cierto es que preservó el prestigio y la eficiencia del cuerpo de suboficiales de Alemania.[14] No obstante, con 362 304 suboficiales en el ejército de campaña en enero de 1916, y las elevadas bajas de los combates anteriores, la influencia de los profesionales se redujo, aunque menos que en la mayoría de otras fuerzas. El Ejército de los Habsburgo estaba en una posición mucho peor. El cuerpo de suboficiales profesionales de preguerra apenas sumaba 18 000 hombres y, aunque la fuerza era más pequeña que la de su aliado, las bajas habían sido mucho mayores. Las pérdidas definitivas de los primeros doce meses de hostilidades, infladas por las epidemias y las bajas por congelación, ascendían a 2 738 500 soldados, suboficiales y mandos.[15]

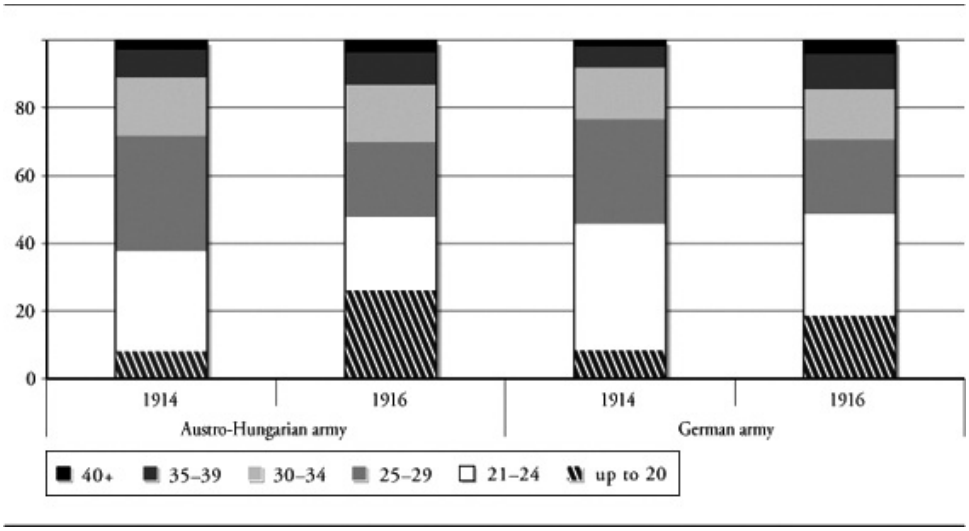
Asimismo, la calidad de las clases de tropa de las Potencias Centrales descendió. Los hombres entrenados en época de paz se gastaron con rapidez.

A la conclusión de 1914, los 1,3 millones de hombres que necesitaba el Ejército alemán para cubrir bajas y formar nuevas unidades casi igualó al 1 398 000 reservistas entrenados que no fueron movilizados de inmediato en agosto. También aquí la fuerza habsburgo estaba en desventaja, pues el bajo porcentaje de movilización en época de paz significaba que casi todos los reservistas entrenados se destinaron a completar unidades durante la movilización y cuando estas fueron malgastadas en la torpe campaña veraniega de Conrad en Galitzia y Serbia su conocimiento de preguerra se perdió casi por completo.[16] Los soldados reclutados en época de guerra, en general, fueron menos efectivos que sus predecesores por tres razones. Primero, solían ser menos aptos físicamente. Para cubrir la necesidad urgente de recursos humanos, el Ejército alemán redujo drásticamente los requerimientos médicos a finales de 1914 y movilizó incluso a aquellos con discapacidad parcial, enfermos mentales y sordos. Como era de esperar, eran malos soldados, con lo que en la primavera de 1915 las condiciones médicas para el servicio volvieron a elevarse y se introdujo un nuevo sistema que clasificaba a los hombres según fueran aptos para servir en el frente, en unidades de trabajo o en guarniciones. Segundo, los reemplazos de los años bélicos solían ser o demasiado jóvenes o demasiado mayores para ser óptimos soldados. En 1915, tanto el Ejército de los Habsburgo como el germano redujeron a 18 años la edad de llamada a filas. Los austrohúngaros, además, elevaron la edad máxima para el servicio de 42 a 50.[17] La cambiante composición de edad de las unidades de combate de las fuerzas se reflejó en las estadísticas de bajas mortales. El contingente de veinteañeros que asumió el peso de los combates de las primeras campañas quedó comprimido entre hombres de mayor edad y, en particular en la fuerza de los Habsburgo, entre soldados muy jóvenes (*vid*. Figura 2). A esos grupos de edad les resultaba difícil sobrellevar las penurias físicas y la privación de sueño en el frente. Los psiquiatras reportaron que ambos grupos eran propensos en particular al colapso histérico, un diagnóstico de la época que abarcaba estados de extrema agitación nerviosa y manifestaciones somáticas de angustia mental tales como temblores compulsivos, calambres, marcha anormal, parálisis, sordera y pérdida del habla.[18]

Por último, esos nuevos soldados recibieron una somera instrucción castrense. En época de paz, los reclutas cumplían dos años. En guerra, los reclutas del Ejército germano recibían ocho semanas de instrucción básica en campamentos de Alemania y cuatro más en depósitos de campaña, donde los veteranos les enseñaban las últimas lecciones del frente.[19] En el Ejército

habsburgo, se completaron los regimientos con los llamados *Ersatzreservisten* y con reclutas que recibían cursos acelerados de instrucción militar elemental de solo seis u ocho semanas.[20]

Figura 2: Bajas mortales en los Ejércitos austrohúngaro y alemán por edad, 1914 y 1916 (en porcentajes).



Fuentes: Alemania: Bessel, R., 1993: *Germany After the First World War*, Oxford, Clarendon Press, 9. Austria-Hungría: porcentajes calculados con arreglo a estadísticas publicadas en Winkler, W., 1919: *Die Totenverluste der öst.-ung. Monarchie nach Nationalitäten. Die Altersgliederung der Toten. Ausblicke in die Zukunft*, Wien, L. W. Seidl & Sohn, 47-54.

Los cambios de composición de las fuerzas, combinados con el inicio del desabastecimiento material y las circunstancias peculiares de la guerra de posiciones, trajeron nuevos problemas de disciplina y moral. En el Ejército germano, las relaciones entre los oficiales y los soldados, en general armoniosas durante los dos primeros años de hostilidades, empezaron a deteriorarse a principios de 1916: un crítico comentarista describió con hipérboles el «odio irreconciliable» de la tropa hacia sus mandos.[21] Los liberales de izquierda y los socialistas interpretaron el descontento como una manifestación de clase: el Ejército, donde los hombres de clase trabajadora

tenían vetado el acceso al cuerpo de oficiales a causa de sus elevadas exigencias formativas, operaba sobre un «modelo militar obsoleto». Este argumento no tenía mucho sentido, pues la enemistad entre rangos comenzó justo en el momento en que el liderazgo del Ejército se hizo menos elitista y un número creciente de oficiales de clase media-baja reemplazó a los superiores sociales y, como todos reconocían, a profesionales populares.[22] El «odio a los mandos», como se denominó en la época, era en realidad una amalgama de dos agravios diferentes. El primero era el creciente antagonismo entre los de primera línea y los de Estado Mayor; un fenómeno que no era exclusivo de los alemanes, sino que se dio en todos los ejércitos empeñados en la guerra de posiciones. Los críticos germanos remarcaron que los objetivos principales de las críticas de la tropa eran los oficiales de Estado Mayor de rango medio hasta jefes de batallón, no los mandos de rango inferior.[23] El personal que planificaba las operaciones y enviaba a los soldados a situaciones de peligro extremo vivía a salvo, más allá del alcance de la mayoría de las piezas de artillería y fuego de armas ligeras. Los soldados de combate los acusaban de vivir al margen de la realidad del campo de batalla y les irritaba su paga superior, su mejor alojamiento y sus permisos más generosos. En particular, consideraban muy injusta la mejor calidad de su rancho y la preferencia que se les daba en el reparto de medallas.[24]

Pese a ello, en el Ejército germano los oficiales de guerra de inferior rango fueron el segundo objeto de las críticas. En parte, esto se debió a las pesadas exigencias que tuvieron que soportar estos nuevos mandos. Muchos se vieron de repente en cabeza de compañías de 150 hombres y no todos pudieron hacer frente a esa responsabilidad. Paradójicamente, dada la interpretación socialista de las carencias sociales del Ejército, el origen de clase modesto de esos mandos en comparación con los profesionales de preguerra pudo exacerbar la hostilidad de la tropa, pues los nuevos hombres carecían de los instintos y mentalidad paternalista de sus predecesores. Con todo, lo crucial es que operaron en condiciones mucho más difíciles. La escasez de alimentos que empezó a padecer el Ejército germano en la primavera de 1916 fue particularmente dañina, pues hizo que los privilegios de la oficialidad, antes indiscutibles, pasaran a motivar un amargo resentimiento. La lenta respuesta militar tampoco contribuyó a aliviar la rabia. Hasta finales de año no se establecieron comisiones formadas por hombres de todos los rangos para asegurar la distribución equitativa de los víveres. La única solución efectiva, que los mandos comieran con la tropa, se descartó

con el argumento de que la disciplina dependía de mantener la separación entre los rangos.[25]

Las críticas contra los oficiales de guerra también se debían al cambio generacional en el seno del Ejército. Los hombres de mayor edad eran muy reacios a obedecer a los jóvenes oficiales de guerra de reciente creación. Esos «chicos de 19 años —se quejaban— no entienden nada del mundo, son unos bocazas y se embolsan grandes sueldos».[26] En ocasiones, los «chicos» inflamaban el resentimiento al actuar sin tacto para reafirmar su autoridad. Al alto mando le llegó una avalancha de quejas de que los oficiales gritaban a la tropa y de que, en las fuerzas del interior, incluso la maltrataban.[27] No obstante, por fortuna para el Ejército, las tensiones eran mucho más pronunciadas en la retaguardia que en las formaciones de combate. Los hombres de mayor edad estaban concentrados en retaguardia, en unidades de seguridad, logística y trabajo y las raciones que recibían eran inferiores a las de las unidades de primera línea, lo cual, como es inevitable, exacerbaba las envidias contra los privilegios de los mandos. En las cruciales unidades de combate, los soldados acostumbraban a ser más jóvenes, la comida más abundante y el peligro compartido reducía la distancia entre rangos. Además, los porcentajes de bajas de los oficiales en esas unidades eran mucho más elevados que los de sus hombres, lo cual parecía justificar mejor sus privilegios materiales. Las cartas remitidas a casa desde el frente demuestran que, incluso hacia el final de la contienda, cuando las relaciones entre mandos y efectivos en la retaguardia estaban rotas por completo, en el frente solían seguir siendo buenas.[28]

El Ejército de los Habsburgo experimentó algunos problemas similares. Los jóvenes oficiales de guerra y los hombres de mayor edad en las clases de tropa también chocaron.[29] Sin embargo, la principal preocupación de la fuerza era la deslealtad nacional. Las clases instruidas de las que se podían extraer oficiales eran los más propensos a profesar las lealtades nacionales que eran anatema en el Ejército imperial. El general Alfred Krauß, jefe de Estado Mayor del Frente del Sudoeste hasta 1917, explicó el peligro extremo que suponían los oficiales desleales: «Los hombres eran soberbios en todas partes —incluso los checos, que tan mala reputación tenían— si estaban en las manos adecuadas, si los mandos estaban en su lugar. Sin embargo, donde elementos desleales al Estado llegaban a posiciones de mando como oficiales de reserva, y allí donde los mandos en activo estaban infectados de sentimientos nacionales o eran neutralizados, tales condiciones provocaban las experiencias bélicas más lamentables».[30] El Ejército de los Habsburgo, en

consecuencia, elegía con cautela a quién ascender. El influjo de oficiales de guerra diluyó la mayoría germana del mando, aunque solo de forma marginal al principio. Los germanos continuaron formando la mayoría del cuerpo de reserva: su porcentaje solo experimentó un modesto descenso, del 60,2 por ciento antes de la contienda al 56,8 en 1915. Húngaros y polacos, dos nacionalidades consideradas fieles al imperio, se beneficiaron, pues incrementaron su participación del 23,7 al 24,5 por ciento y del 2,8 al 3,3 por ciento. Los checos también aumentaron entre la oficialidad de reserva, pues, aunque se los miraba con desconfianza, tenían, conforme a los estándares habsburgo, una clase media grande y bien instruida. El porcentaje de checo hablantes en el cuerpo de reserva subió del 9,7 al 10,6 por ciento (*vid*. Tabla 5).

Tabla 5: Composición étnica del Ejército austrohúngaro, 1915 (por idioma).

Nacionalidad	**Porcentajes**		
	De oficiales en activo	Oficiales de reserva	Otros rangos
Alemanes	76,1	56,8	24,8
Húngaros	10,7	24,5	23,3
Checos	5,2	10,6	12,6
Eslovacos	0,1	0,1	3,6
Rutenos	0,2	0,5	7,8
Polacos	2,7	3,3	7,9
Eslovenos	0,5	0,8	2,5
Serbocroatas	2,7	1,9	9,2
Rumanos	1,0	0,7	7,0
Italianos	0,8	0,8	1,3

Fuente: Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., 1974: *Innere Front: Militärassistenz, Widerstand und Umsturz in der Donaumonarchie 1918. Erster Band.*

Zwischen Streik und Meuterei, 2 vols., München, Verlag für Geschichte und Politik, vol. I, 35.

El conservadurismo de la fuerza en el reclutamiento de oficiales de reserva hizo que, en la primera mitad de la contienda, la incomprensión, mucho más que la subversión nacionalista, fuera un impedimento serio en su rendimiento. Al contrario que los políglotas mandos profesionales de preguerra, los oficiales de reserva solo acostumbraban a hablar una lengua. La gran diferencia entre los orígenes étnicos del cuerpo de oficiales reservistas y el de las clases de tropa hacía que muchos acabaran encabezando soldados a los que a duras penas podían hablar y mucho menos subvertir. El cuerpo en sí, además, se hizo menos homogéneo y unido. Cuando la oficialidad de un regimiento tenía orígenes étnicos diversos podía haber tensiones. Un capitán entrenado antes de la guerra descubrió el problema en abril de 1916, durante un almuerzo con los oficiales multiétnicos del 20.º *Jäger*. Escandalizado por el debate político en la cantina del regimiento, concluyó apesadumbrado que «después de la paz, el Parlamento austriaco no mejorará ni un ápice».[31]

La desaparición del frente de oficiales profesionales, el influjo de nuevos hombres, incluidos algunos de más edad con mujer e hijos, y la tensión de los duros combates y el agravamiento de la escasez dio a los ejércitos de las Potencias Centrales una impronta más improvisada y menos marcial que a los del estallido de la guerra. Los civiles en uniforme que ocupaban las filas germanas se quejaban de su poco apetecible comida, pero siguieron combatiendo. En sus canciones, se referían a sí mismos como el «querido, querido ejército de mermelada». La ironía era mucho más importante que el militarismo en su coraza mental. Los orgullosos versos de los himnos del Ejército como «El soldado, el soldado/él es el mejor hombre en todo el Estado» eran parodiados por las tropas en época de guerra como «Mermelada, mermelada/es el único rancho en todo el Estado».[32] Los valores e identidades civiles reforzaban su resiliencia. En cierta ocasión, un psicólogo preguntó a una muestra de soldados del sudoeste de Alemania qué pensamientos les ayudaban a afrontar los peligros del frente. Pocos mencionaron la disciplina o el patriotismo. El humor y el fatalismo ocupaban puestos elevados de la lista; las emociones sociales y saber que sus camaradas de confianza estaban cerca ocupaban el tercer lugar de ideas más útiles. Las dos respuestas más populares fueron «el recuerdo del hogar» y, por encima de todo, «sentimientos religiosos».[33]

La tropa expresó estos mismos sentimientos en diarios y cartas. Ante la omnipresente muerte, buscaban refugio en la fe en la que habían sido educados. Los escritos de los soldados transmiten gratitud a Dios por haber sobrevivido hasta ese momento, la esperanza o creencia de que Él seguiría ejerciendo de protector en el futuro y un fatalismo o calma certidumbre de que el buen Dios «lo guía todo para bien».[34] En el Ejército austrohúngaro, de predominio católico, la religión era muy importante. Esta fuerza multiétnica no podía recurrir a la ideología nacionalista para motivar a sus efectivos, de ahí que dedicara denodados esfuerzos a fomentar y apoyar su fe. Las divisiones habsburgo contaban con un máximo de veinticuatro capellanes, cuatro veces más que las divisiones alemanas. La mayoría de los efectivos de los Habsburgo eran rurales, conservadores y piadosos. Muchos soldados eslovenos, por ejemplo, portaban rosarios y libros de oraciones, abrazaban con fervor el culto mariano y eran, como afirmó un capellán castrense, «dados a rezar […] con toda la frecuencia que pueden».[35] La piedad podía motivar algunas conductas opuestas a la efectividad militar: «Ya me he acostumbrado a los disparos —relató a su familia un soldado checo destacado en el frente—, pero hasta ahora no he disparado ni un solo tiro con mi fusil, pues no quiero violar el quinto mandamiento y tener un asesinato sobre mi conciencia».[36] La fe era un factor poderoso para ayudar a la tropa a superar las penurias de la vida en el frente. En las formaciones germanas, la profundidad de la fe era más variable. Los hombres del piadoso sur obtenían una gran fortaleza de la fe cristiana, mientras que el ateo proletariado industrial berlinés era indiferente. Sin embargo, era habitual ver incluso a los no creyentes, después de sobrevivir a una acción sangrienta, entonar con los demás el himno *Nun danket alle Gott* (Ahora, demos todos gracias a Dios).[37]

El deseo de proteger su hogar y su familia era otro factor que sostenía la resiliencia y motivación de los soldados-ciudadanos alemanes y austrohúngaros. «La “Patria” ya no es la gran nación germana, con sus 70 millones de almas —argumentaba un segundo estudio psicológico—. La patria es el hogar de cada individuo; es Prusia, Baviera, Sajonia, Baden, etc.; en realidad, ya ni siquiera es eso, sino algo menos […] la “Patria” es el hogar, es la familia de cada individuo, es la esposa e hijos, el padre, la madre, los hermanos y hermanas».[38] El lugar central que ocupaban los familiares y viviendas de los combatientes germanos se transmitía de muchas maneras. Una expresión eran las canciones que entonaban. *Argonnerwaldlied* (La canción del bosque de Argonne), una de las más populares de los años centrales de la guerra, conmovía a muchos hombres porque combinaba los

sentimientos hacia los seres queridos del hogar con la determinación de contener al enemigo a cualquier precio. La tonada explica la historia de un soldado durante un ataque nocturno en uno de los sectores disputados con más ferocidad en 1915:

> Bosque de Argonne a medianoche.
> Un zapador monta guardia.
> Una estrellita en lo alto del cielo
> le manda saludos del hogar lejano
>
> Empuña su pala,
> pues así lo exigen las cosas.
> Con añoranza piensa en su amor,
> ¿podrá verla una vez más?
>
> Desde retaguardia tira la artillería,
> hacemos frente a la infantería;
> los proyectiles se estrellan a nuestro alrededor,
> los franchutes quieren tomar nuestra trinchera.
>
> Que venga el enemigo y ataque con denuedo,
> nosotros, alemanes, no les tenemos miedo.
> No importa con cuántas fuerzas vengan,
> ¡no entrarán en nuestra trinchera![39]

En ocasiones, los hombres expresaban abiertamente a su familia lo que les motivaba: «Vivo y lucho por ti», escribió apasionadamente un soldado a su esposa.[40] Incluso cuando se mostraban más reticentes, el ansia con que esperaban la llegada del correo revela la importancia que tenía el hogar para ellos. Durante la Primera Guerra Mundial, el Servicio Postal de Alemania de campaña gestionó 28 700 millones de tarjetas postales, cartas y paquetes entre el frente y el interior. El instante del reparto era, como explicó un segundo hombre a su familia, «los mejores momentos en campaña […] deberías ver con qué interés todo el mundo atiende por si leen su nombre».[41] La preocupación de los soldados por defender a su familia les vinculaba a esfuerzos bélicos más comunes, ya fueran nacionales o imperiales. El panorama del frente, con sus árboles despedazados y la tierra horadada, reforzaba aún más su determinación. Un soldado concluyó tras describir la

devastación de Verdún: «¡Podemos estar muy contentos de no tener al enemigo en nuestra tierra!».[42]

Sin embargo, la interminable guerra erosionó la capacidad de resistencia de la tropa. Ya fuera chapoteando en el lodo de Flandes, tiritando en una cumbre alpina o languideciendo en los espacios abiertos del este, los hombres ansiaban que finalizara el calvario. Las noticias que llegaban en 1916 del hogar, donde los civiles se enfrentaban a problemas de desabastecimiento alimentario mucho más serios que los ejércitos, también eran peores y la familia ya no solo era fuente de fortaleza, sino también de preocupaciones. Las autoridades solicitaban en vano a los civiles que escribieran mensajes alegres para los soldados del frente y que hicieran de cada carta un «talismán» que irradiara «fortaleza y determinación».[43] Dado que la mayoría de la tropa solo recibía un permiso anual de quince días, las relaciones se tensaban y a veces se rompían. Podemos imaginar la infelicidad del soldado austriaco que recibió la siguiente carta mientras combatía en las montañas del frente italiano:

> Mi querido, mi buen Josef:
>
> Te escribo para decirte que he cometido un error. Ahora ya no puedo hacer nada para remediarlo. Perdóname por todo lo que te explicaré. Me he dejado seducir por otro […] él me convenció y me dijo que no volverías del frente. Y se aprovechó de mis horas de soledad. Conoces la debilidad femenina y lo mejor que puedes hacer es perdonarme. Ya está hecho y pensaba que te había pasado algo, pues no me habías escrito en tres semanas. Quedé muy impresionada cuando recibí tu carta y [descubrí] que sigues con vida. Quizá el niño morirá y entonces todo estará bien de nuevo. Ya no me gusta ese tipo, pues tú sigues vivo. Aquí todo es muy caro y es bueno que estés lejos, en el frente. Allí al menos la comida no cuesta nada. El dinero que envías me es muy necesario. Ahora debo concluir esta carta, pues ya no me queda espacio. Con mis sinceros saludos, tu Frieda.[44]

La infidelidad, por supuesto, no se limitaba a las mujeres. En realidad, los soldados tenían más oportunidades y acostarse con otra recibía una censura social mucho menor. Algunos establecían relaciones con civiles enemigas en retaguardia. Otto Steinhilber, suboficial del Regimiento bávaro de Infantería n.º 12 destacado en el frente occidental, sospechaba que su esposa Lina se mostraba demasiado amistosa con el herrero del pueblo. Le advirtió de que

podría tomar represalias y buscarse «una robusta moza francesa». En su caso fue una amenaza hueca, aunque no era algo inconcebible: «Algunas mujeres de por aquí tienen un soldado con el que cohabitan como si fuera su marido —le contó a su mujer—. Algunas ya están preñadas». Ya fuera por relaciones estables o, de forma más habitual, a causa de relaciones esporádicas, nacieron en la Francia ocupada unos 10 000 niños hijos de padres-soldado alemanes.[45]

En la zona de guerra, el sexo era mera mercancía. Las mujeres de los territorios ocupados se vendían para obtener sustento, en particular en la Polonia rusa y en el Báltico, que, al contrario que Bélgica y el noroeste de Francia, no recibía ayuda alimentaria de las potencias neutrales. Los ejércitos, temerosos de una epidemia de enfermedades venéreas, trataron de limitar este comercio a burdeles bajo control oficial, donde las prostitutas eran sometidas a controles ginecológicos regulares. Eran lugares extraños y perturbadores. Las consideraciones disciplinarias —ningún mando quería ser visto por sus hombres con los pantalones bajados— determinaban que debía haber una separación estricta entre los lupanares exclusivos para oficiales y los destinados a las clases de tropa. Para los soldados, las muchachas de las casas para oficiales eran otro de los privilegios que reforzaba el «odio a los mandos». Se rumoreaba que eran las más atractivas y lo cierto es que ganaban mucho más; hasta veinte veces la paga de las trabajadoras de los burdeles militares regulares. Estas últimas vivían en la miseria. Las mujeres recibían muy poco, a menudo 2 marcos por cliente, tenían que pagar a la madama hasta 20 marcos diarios por la comida y el alojamiento y no se les permitía salir del local. Los hombres hacían cola, vigilados por centinelas encargados de mantener el orden, ante la casa. A veces había un sanitario en la planta baja para comprobar que no tuvieran enfermedades venéreas y entregarles ungüentos protectores o condones de tripa o de goma. Un soldado describe lo que solía suceder a continuación:

> Esperábamos encontrar un burdel como los de las grandes ciudades, donde uno elige en un salón a la muchacha y esta da su consentimiento. Aquí no había nada parecido. Después de ser informados de que ninguna mujer podía estar ocupada más de diez minutos, teníamos que esperar en una habitación. De vez en cuando sonaba una voz:
>
> «¡Siguiente!».
>
> Al cabo de tres cuartos de hora de espera, llegó mi turno.
>
> «¡Habitación número seis!», gritó el cabo después de que él y yo subiéramos por los escalones. Medio temblando por

sentimientos encontrados, abrí la puerta.

Me golpeó un repugnante tufo a cloruro de mercurio y pachulí. Vi la silueta de un cuerpo dentro de un negligé negro. Una mujer permanecía en pie en la penumbra de la habitación, con el rostro en la ventana. Con un movimiento reposado se giró y se dejó caer en el borde del lecho, con el negligé remangado […][46]

A pesar del reparto de profilácticos, de que se ordenaba a los hombres desinfectarse los genitales después de la cópula y de los intentos de controlar la prostitución, las fuerzas militares eran incapaces de erradicar las infecciones venéreas. Los médicos militares germanos trataron 713 491 casos; poco más de un 5 por ciento de los efectivos de la fuerza. Los porcentajes más elevados se daban en las unidades destacadas en el interior, no en las del frente. Las unidades de los Habsburgo tenían problemas aún más graves, pues registraron un total de 1 275 885 casos en los tres primeros años de la contienda. Las tropas húngaras tenían dos veces más posibilidades de infectarse que las austriacas. Las poco estrictas medidas preventivas explican en parte el elevado porcentaje del Ejército habsburgo, al igual que los territorios en los que combatían, pues las enfermedades venéreas estaban muy extendidas en los frentes de los Balcanes y del este.[47]

Aunque la tensión bélica castigó a los contingentes de las Potencias Centrales, estos también adquirieron valiosas lecciones de combate gracias a esta experiencia. Desde 1914 se identificó la importancia crucial de la potencia de fuego y se mejoró el armamento. Los alemanes expandieron a gran escala su artillería pesada, que demostró ser un arma capaz de ganar batallas: de 148 baterías en el estallido de la guerra a 1380 en agosto de 1916. La artillería de los Habsburgo casi se triplicó y pasó de 2790 a 8300 bocas de fuego. Ambos Ejércitos invirtieron mucho en ametralladoras. En 1916, cada batallón de infantería germano contaba con una compañía orgánica de ametralladoras y los austriacos incrementaron su producción en 1915 en un tercio, hasta alcanzar una producción mensual de 400 armas automáticas.[48] Nuevos armamentos, como el gas, y algunos viejos dispositivos reinventados, como el mortero y la granada de mano, ocupaban un lugar relevante en el arsenal de las Potencias Centrales. De igual modo, también hubo progresos tácticos. Los alemanes, y, a principios de 1916, los Habsburgo, perfeccionaron el arte de la guerra de asedio con fortificaciones bien preparadas que servían de multiplicador de fuerzas. El ideal táctico de ambos Ejércitos se componía de tres líneas defensivas, profundos refugios y la convicción de que la línea de frente debía resistir a cualquier precio.

Asimismo, en el Ejército alemán se hicieron experimentos más radicales. Durante 1915 los efectivos de asalto evolucionaron: un nuevo tipo de soldado que, en lugar de combatir en línea y bajo supervisión, operaba en pequeños pelotones independientes con una combinación de distintos armamentos y formados en tácticas orientadas a la iniciativa individual, la flexibilidad y el trabajo en equipo. En 1916 esos nuevos métodos de combate seguían limitados a un reducido grupo de especialistas y a algunas unidades que desarrollaron por separado tácticas similares. La experiencia de enfrentarse al poder de la gran ofensiva combinada de la Entente aceleró su propagación y aceptación como doctrina oficial. Tal revolución táctica transformó al Ejército germano y a algunas formaciones de su aliado austrohúngaro.[49]

Los contingentes de las Potencias Centrales seguían siendo sólidos a principios de 1916. La fuerza alemana, a pesar de la devastación de la oficialidad profesional y el agotamiento de los suboficiales de carrera, todavía era un oponente formidable. Las fuerzas armadas de los Habsburgo experimentaron una destacable regeneración después de sus derrotas iniciales. Ambos contingentes eran más grandes, y estaban mejor equipados, que en 1914. No obstante, también empezaban a padecer el desgaste de un año y medio de duros combates. El material humano de ambos contingentes era diferente, lo cual suscitó nuevos problemas, y vinculó la moral, de un modo más estrecho que nunca, al sufrido frente interior. Sus formaciones de combate, aquellas que experimentaban una rotación más intensa, recibían un entrenamiento más apresurado que las del estallido de la contienda. Ninguna de ambas fuerzas se había adaptado del todo a las nuevas y difíciles condiciones del campo de batalla moderno. Su capacidad de resistir, y aún menos de vencer, en las intensas «batallas de material» previstas para el año que comenzaba estaban lejos de estar asegurada. En 1916, la supervivencia de Alemania y del Imperio de los Habsburgo estaba en el fiel de la balanza y dependía de la pericia de los profesionales que todavía quedaban, así como de la resiliencia y resolución de sus ciudadanos-soldados, que lucharían en gran inferioridad numérica.

Verdún

El comienzo de 1916 permitió a las Potencias Centrales tomar la iniciativa, algo que Falkenhayn aprovechó; decidió que la ciudad y complejo fortificado francés de Verdún sería el punto desde donde lanzaría su apuesta para dar un fin rápido y favorable a la guerra. El lugar estaba bien escogido. Durante dos siglos y medio, Verdún, en el departamento del Mosa, en el nordeste, había sido el bastión que había protegido a Francia de las invasiones. Sitiada en la Guerra de los Treinta Años, volvió a serlo un centenar de años más tarde, durante las Guerras de Coalición, y en 1870 fue la última gran fortaleza francesa que se rindió. En 1914 era uno de los más modernos y formidables complejos defensivos de Europa. Con 20 fuertes principales y 40 de menor entidad desplegados en cinturones concéntricos sobre las crestas del terreno, planteaba un obstáculo aterrador. Pese al papel esencial de Verdún en el comienzo de las hostilidades, cuando sirvió de pivote para la contraofensiva de la Entente en el Marne, el alto mando galo condenó a la obsolescencia a las defensas de cemento y la despojó de todos los armamentos móviles. Durante 1915, Verdún transfirió al ejército de campaña el equivalente a 43 baterías pesadas y 11 de campaña, además de 128 000 tiros. Sin embargo, nada de esto fue hecho público, de ahí que el complejo siguiera constituyendo un poderoso símbolo de la seguridad nacional francesa. Perderlo, cuando el nordeste del país estaba bajo ocupación germana, habría sido un golpe devastador para el prestigio del Estado y la moral de la opinión pública.[50]

Falkenhayn no solo eligió Verdún porque ningún Gobierno francés pudiera permitirse abandonarlo. Desde el punto de vista operacional, el área era adecuada para su «batalla de sangría» (*Ausblutungschlacht*). El plan no era tomar Verdún, sino solo amenazarla. Si la infantería germana podía tomar el terreno elevado al este de la ciudad, estaría en una posición perfecta, con el respaldo de una masa artillera, para destripar los inevitables contraataques franceses. El emplazamiento de Verdún en un saliente ayudaría al avance inicial y posterior carnicería, pues podrían tirar contra el sector desde tres lados. La densa red ferroviaria del sector lo hacía igualmente atractivo, pues Falkenhayn planeó una batalla de artillería y, en consecuencia, necesitaba una infraestructura que le permitiera suministrar cantidades enormes de munición a sus bocas de fuego.[51] La artillería germana concentrada en la zona comprendía 3 piezas navales de 38 cm, 26 obuses superpesados de 42 cm, 416 obuses pesados, 209 cañones pesados y 550 de campaña. Los complementarían 202 morteros de trinchera que abrirían paso para la infantería hasta las alturas. Con el fin de posibilitar el bombardeo pesado inicial, 213 trenes se dedicaron a transportar munición. A partir de entonces,

llegó durante la ofensiva una media diaria de 333 trenes de municionamiento. Los demás preparativos de ataque de los alemanes no fueron menos metódicos: el Estado Mayor, la única parte del Ejército bien protegida de las bajas, todavía conservaba su pericia operacional. La aviación reconoció a fondo las defensas francesas. Las nueve divisiones de infantería de élite designadas para la ofensiva marcharon a sus sectores de noche para mantener el secreto. El golpe fue ensayado en trincheras simuladas. Algunas unidades establecieron destacamentos de asalto armados con granadas de mano y entrenadas en las nuevas tácticas. Se excavó en la línea de frente unos refugios llamados *Stollen*, capaces de acomodar un total de 10 000 hombres, para albergar a los efectivos de asalto.[52]

Sin embargo, todos esos metódicos preparativos no podían compensar ciertos defectos graves del plan de ataque. La preocupación de Falkenhayn por limitar las pérdidas, y su decisión de mantener una reserva estratégica para combatir a los británicos, le llevó a restringir la ofensiva a un frente estrecho de 14 kilómetros en la orilla este del Mosa, el río que pasa por Verdún. El jefe de Estado Mayor del 5.º Ejército, el general Von Knobelsdorf, encargado de trazar el plan detallado de operaciones, y cuyos hombres lo ejecutarían, estaba muy preocupado. Veía, con razón, que atacar solo en el este expondría a los hombres al fuego de enfilada de la artillería francesa de la orilla oeste. Falkenhayn ignoró sus protestas y proporcionó dos cuerpos extra para ampliar el ataque, aunque se negó a cedérselos de inmediato.[53] Hubo otros dos factores que reducían las posibilidades de éxito de la ofensiva. En primer lugar, el mando del 5.º Ejército no compartía el concepto de Falkenhayn y priorizó tomar el complejo fortificado de Verdún, no infligir pérdidas al Ejército francés. La confusión conceptual provocó dudas en toda la cadena de mando en torno a lo que la ofensiva buscaba y qué tácticas se debían emplear. El otro gran problema fue la meteorología. La ofensiva estaba prevista para el 12 de febrero, pero ese día nevó copiosamente. Dado que los artilleros no podían ver, el ataque fue pospuesto. En principio se esperaba que el retraso solo durara veinticuatro horas, pero nevó y llovió sin cesar durante nueve días. Desertores alsacianos alertaron a los franceses, que sabían que se preparaba un ataque, pero no habían sabido determinar con exactitud dónde sería. Cuando se despejó el tiempo, los galos habían reforzado el frente, con lo que se perdió buena parte del elemento sorpresa.[54]

Por fin, el 21 de febrero, a las 08:12 de la mañana, los cañones alemanes abrieron fuego y bombardearon las líneas francesas durante nueve horas. Para un oficial de las trincheras alemanas del otro lado sonaba «como si cabalgaran

los jinetes del Apocalipsis». No sonaba un rugido continuo, sino una cacofonía en la que un calibre elevaba el tono hasta que las otras piezas ahogaban el sonido; a veces sonaba «como un tren expreso, luego como una cascada, después resonaban tonos altos, seguidos de tonos graves». Los lanzaminas, que se unieron al bombardeo a las 10:00 de la mañana, aplastaban los reductos galos con «un estampido terrible que sacudía las estructuras de los refugios».[55] Se usaron granadas de gas para suprimir la artillería enemiga; un artillero que respiraba con dificultad a causa de las máscaras antigás no podía cargar con rapidez su pieza. A las 17:00 h, patrullas de infantería y zapadores germanos armados con lanzallamas saltaron a la tierra de nadie y capturaron buena parte de la primera línea enemiga. Allí donde los bosques ocultaban las posiciones francesas a la observación, los atacantes tuvieron que superar una firme resistencia. El resto de posiciones fueron martilleadas con efectividad y sus defensores, conmocionados, se rindieron aliviados.[56]

La ofensiva alemana tuvo un éxito asombroso durante la primera semana. El ataque principal comenzó el 22 de febrero. Efectivos del VII Cuerpo de Reserva avanzaron por la derecha con notable rapidez a lo largo del Mosa. Finalizado el tercer día, toda la primera posición francesa había caído y los alemanes empezaron a adelantar su artillería para el siguiente asalto. El triunfo más espectacular fue la captura del fuerte Douaumont, que, con un tercio de kilómetro de ancho, era la más grande y moderna de las fortalezas de Verdún. En circunstancias normales, debería haber sido inexpugnable. Su techado de hormigón armado, de 2,5 m de espesor, estaba construido de forma ingeniosa, con una capa de arena de un metro en la mitad y no menos de 5 metros de tierra por encima. La arena actuaba de colchón y posibilitaba que el fuerte resistiera el impacto de las piezas germanas más pesadas. Torretas retráctiles de artillería y ametralladoras, galerías de flanqueo con artillería ligera y focos, dos campos de alambre espinoso, barandillas con púas y un foso de 8 metros de profundidad hacían inútil cualquier intento de asalto de la infantería. Sin embargo, al igual que los demás fuertes, en 1915 le habían retirado la mayoría de sus cañones. Como si esto no fuera suficiente, en febrero de 1916 los comandantes descuidaron desplegar una guarnición. Nunca se remitió orden de ocupar las posiciones. En consecuencia, un sargento de zapadores y dos pequeños grupos de soldados a las órdenes de oficiales del 24.º Regimiento de Brandeburgo asestaron uno de los golpes más notables de toda la guerra. Entraron en el fuerte sin hallar resistencia y capturaron sin pérdidas a una guarnición testimonial de 57 efectivos. El fuerte

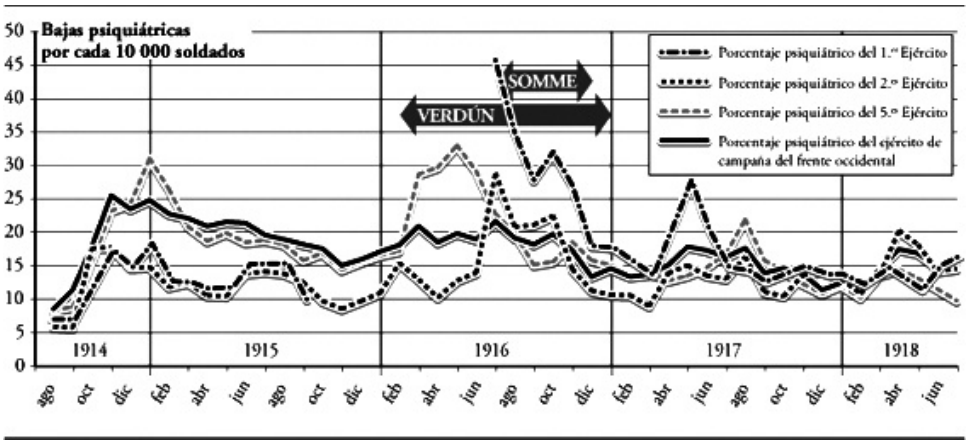
se convirtió en refugio clave y centro logístico y médico del asalto germano para el resto de la batalla. Los esfuerzos para su reconquista, que no se logró hasta octubre, le costó al Ejército francés una cifra estimada de 100 000 bajas.[57]

Las victorias hicieron creer a Falkenhayn que todo marchaba según el plan previsto. En realidad, incluso en esta primera fase hubo problemas. Como había previsto el mando del 5.º Ejército, el fuego de enfilada de la intacta orilla oeste del Mosa provocó graves bajas ya desde el segundo día de la ofensiva. Además, la resistencia gala en la orilla izquierda se estaba endureciendo. El 25 de febrero, Pétain recibió el mando de la Región Fortificada de Verdún. Pese a que su primera orden, «retomar de inmediato todo pedazo de tierra», encajaba con el plan alemán, lo cierto es que logró galvanizar la defensa. Es más, al día siguiente, nueve cuerpos franceses estaban en el sector o de camino hacia este. El 27 de febrero, la ofensiva se detuvo. Los atacantes avanzaron un máximo de 8 kilómetros y capturaron a 216 oficiales y 14 534 clases de tropa, pero habían perdido 25 000 hombres. Para alcanzar la seguridad de las alturas del Mosa, cuya captura era tan esencial para su plan de desgaste, Falkenhayn admitió que sería necesario un asalto contra la orilla oeste del río. Este comenzó el 6 de marzo, contra unidades galas alertadas y dispuestas. Esta vez no habría ninguna victoria rápida. La batalla degeneró en una aniquilación mutua. Los alemanes no alcanzaron el terreno elevado, sino que sus unidades quedaron desplegadas en posiciones expuestas al intenso bombardeo procedente de los flancos y, en algunos casos, incluso desde retaguardia. Hacia finales de marzo, las bajas germanas ascendían a 81 607 hombres.[58]

El rendimiento del Ejército germano en Verdún sorprendió a los franceses. El comandante Raynal, jefe de la defensa del fuerte Vaux, en cuyos oscuros corredores se libraron algunos de los combates más feroces de la batalla en junio de 1916, se maravilló del valor, disciplina y tenacidad de los soldados enemigos. «Sea cual sea el contenido de la orden, el alemán la cumple, aunque tenga la certeza de que, al hacerlo, caerá», recogió en su diario.[59] Sin embargo, los combatientes del káiser eran humanos y el intenso cañoneo, la dificultad de llevar agua y comida hasta primera línea y vivir durante semanas entre fango y cadáveres pusieron a prueba su resistencia. Las bajas psiquiátricas ascendieron con rapidez a partir del inicio de la batalla y en mayo alcanzaron una incidencia un tercio superior a las del Ejército en campaña en el frente occidental. Los funcionarios médicos informaron con inquietud de una epidemia de trastornos nerviosos digestivos (*vid*. Figura 3).[60] Los soldados germanos no eran tan abnegados ni tan autómatas como se

desprende de la descripción de Raynal. El diario de Max Wittmann, soldado en el Regimiento de Infantería de Reserva n.º 207, nos da un vívido correctivo con su sincera descripción del caos, la confusión y los compromisos que definen la realidad del combate.

Figura 3: Bajas psiquiátricas germanas en el 2.º Ejército y el 1.er Ejército (que combatieron en el Somme en la segunda mitad de 1916), en el 5.º Ejército (que combatió en Verdún en 1916) y en todo el ejército de campaña del frente occidental, 1914-1918.



Fuente: Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934: *Sanitätsbericht über das Deutsche Heer (Deutsches Feld-und Besatzungsheer) im Weltkriege 1914/1918 (Deutscher Kriegssanitätsbericht 1914-18). Die Krankenbewegung bei dem deutschen Feld-und Besatzungsheer im Weltkriege 1914-1918*, 3 vols., Berlin, Verlag von E. S. Mittler & Sohn, vol. III, 6* y 42*.

El 24 de mayo de 1916, el batallón de Wittmann recibió orden de sumarse al ataque contra la célebre altura Le Mort Homme [el hombre muerto] en la orilla oeste del Mosa. La artillería llevaba desde mediodía martilleando las líneas francesas y Wittmann pasó unas horas de inquietud agazapado en el fondo de la trinchera, sin apenas atreverse a echar un vistazo sobre el parapeto. Toda la tropa estaba ensordecida por el cañoneo. Esperaba la orden

de saltar la trinchera. A las 18:00 h comenzó el asalto. La 8.ª Compañía, la unidad de Wittmann, permaneció en reserva mientras atacaba el resto del batallón. La compañía recibió orden de pasar a la derecha, pero al instante quedó sometida a un intenso fuego en cuanto lo intentó, por lo que Wittmann y algunos de sus camaradas se apartaron sin que se les hubiera ordenado. «Justo a tiempo —anotó en su diario—, porque al cabo de diez minutos todo el mundo se retiró porque cayeron impactos directos en las trincheras, que enterraron y mataron a varios hombres». A las compañías de asalto no les fue mejor. El ataque se demoró porque el jefe de batallón quedó herido de gravedad y su adjunto cayó muerto mientras se dirigía a la zapa avanzada, donde se suponía que debía empezar la operación. Los soldados, aterrorizados o aliviados, «retrocedieron, pues no había mandos». El fuego de ametralladora segó los primeros pelotones enviados al frente y entonces ya nadie quiso avanzar.

La primera debacle y la negativa a hacerse masacrar sin sentido definieron el resto del turno en primera línea. Después de «dos duros días» en el frente, Wittmann anotó que «tantos de nuestra compañía se han escondido y han escurrido el bulto que ahora sumamos unos 45-50 de 170 hombres». Tras pasar una noche agazapado en un cráter en la tierra de nadie bajo el fuego de la artillería, Wittmann también decidió que lo más sensato era retirarse con discreción y él también retornó a las líneas germanas en busca de un refugio más profundo. Al día siguiente, su compañía se retiró. Al reincorporarse, no hubo reproches, solo alegría de que los soldados volvieran «uno tras otro». Les embargaba el alivio por dejar el campo de batalla, aunque solo fuera por un tiempo. «Alabado sea Dios —escribió Wittmann cuando llegó a su zona de descanso, donde pudo comer, dormir, lavarse y afeitarse—, por fin un lugar donde uno puede llamarse humano». Se consideraba afortunado por haber sobrevivido. «Todo mi pelotón ha desaparecido —anotó en su diario—, dos han muerto y seis están heridos, solo quedo yo».[61]

La ofensiva de Verdún prosiguió con furia a pesar de que la rápida captura de las alturas, el prerrequisito del éxito del plan original, había fracasado. Falkenhayn, aunque inquieto por el progreso de la ofensiva, persistió, en parte porque sobrestimó el porcentaje de bajas: «Se anotó y comparó con todo cuidado las pérdidas del enemigo con las nuestras […] por cada dos alemanes fuera de combate, cinco franceses tuvieron que verter su sangre».[62] Aunque esa información era incorrecta. El sistema de relevos de Pétain, la denominada *noria*, hizo pasar por el frente a 259 de los 330 batallones de infantería de Francia. Los alemanes lo malinterpretaron, pues creyeron que

demostraba la rápida aniquilación de las fuerzas del enemigo. En realidad, los franceses retiraban a las unidades para descansar y cubrir bajas una vez estas alcanzaban el 50 por ciento.[63] Era una buena práctica, pues preservaba cuadros veteranos con los que reconstruir las formaciones y daba a los soldados del frente cierta esperanza de salir de la batalla con vida. Por el contrario, los contingentes alemanes estaban condenados a permanecer en línea hasta que estaban tan desgastados que ya no podían aguantar. Esta política se debía al deseo de Falkenhayn de mantener una reserva intacta para un contraataque decisivo una vez que las fuerzas de la Entente se hubieran desgastado. Para los hombres de las 48 divisiones germanas que combatieron en Verdún fue una experiencia terrible. Tal y como lamentó la historia oficial del Ejército, esta práctica destrozó a sus unidades: «Algunas divisiones alemanas quedaron tan extenuadas en la batalla sobre el Mosa que tardaron muchos meses en volver a estar en condiciones de combatir».[64]

La ofensiva también prosiguió porque, en una terrible ironía, a medida que se vertía más sangre, los alemanes, al igual que los franceses, empezaron a considerar Verdún como algo prestigioso. Para poder finalizarla sin agitar la moral de la opinión pública era necesario presentar algún logro tangible. Para el propio Falkenhayn, el resultado de la batalla quedó ligado a su reputación y autoridad. Es más, el 5.º Ejército, que asumió el objetivo de desangrar a los franceses, aconsejó continuar el ataque. Dado que, llegado el verano, las posiciones de las tropas estaban muy expuestas, habría sido suicida detenerse y la única alternativa, volver a la línea de partida de la ofensiva, era impensable después de tantas bajas. El Alto Mando germano, el OHL, no detuvo los ataques en Verdún hasta mediados de julio, tras el inicio de la ofensiva del Somme. Pese a ello, los combates prosiguieron con una intensidad menor, pues los franceses trataban de recuperar el terreno perdido. Por fin, en octubre y noviembre, los franceses volvieron a tomar Douaumont y Vaux, los dos fuertes capturados por los alemanes.[65] En lo que respecta a la ratio de pérdidas infligidas, la prioridad de Falkenhayn al inicio de la ofensiva, la campaña también fue un completo fracaso. Los germanos, lejos de sufrir pocas bajas, perdieron 310 231 hombres entre el 21 de febrero y el 9 de septiembre. De estos, 241 860 resultaron heridos, 41 632 muertos y 26 739 desaparecidos. Aunque se ha afirmado con frecuencia que las pérdidas francesas, 377 231, fueron superiores, en realidad esta cifra abarca hasta diciembre de 1916. Las bajas del 2.º Ejército galo, que se enfrentó en la batalla al 5.º alemán, sumaban un total de 309 998 hasta el final de agosto, con lo que el derramamiento de sangre fue casi idéntico en ambos bandos.[66]

La ofensiva Brusílov

El AOK, el Alto Mando del Ejército de los Habsburgo, comenzó el año 1916 con buen ánimo. Desde el verano anterior se había logrado liberar Galitzia, conquistar la Polonia rusa y aplastar por fin a Serbia, si bien tales éxitos solo pudieron conseguirse en operaciones combinadas con sus aliados. Además, el Ejército austrohúngaro no solo se había recuperado de sus fuertes pérdidas, sino que, por fin, parecía haber encontrado la manera de hacer frente a los rusos. En el año nuevo lograron aplastar una poderosa ofensiva zarista en Bucovina. A cambio de 20 000 bajas propias, el 7.º Ejército habsburgo infligió 70 000 pérdidas a una fuerza atacante apoyada por abundante artillería y que les duplicaba en número y todo ello sin recibir ninguna ayuda de los alemanes.[67] Ante semejante rendimiento, Conrad von Hötzendorf veía con optimismo las posibilidades de una ofensiva en Italia. Es cierto que Falkenhayn reaccionó de forma negativa cuando se le planteó la posibilidad en diciembre de 1915. Estaba demasiado ocupado con los preparativos de su ofensiva en Verdún y no veía muy útil asestar un mazazo en el sur; los enemigos que decidirían la contienda estaban el frente occidental. Sin embargo, no consideraban el apoyo alemán un prerrequisito para esta operación. Con Rusia a raya y las unidades de Conrad completadas con nuevos reemplazos, el jefe del Estado Mayor General de los Habsburgo creía con optimismo que sus unidades serían capaces de lograr una gran victoria.

Todo relato de la catástrofe que se precipitó sobre Austria-Hungría en el frente oriental durante el verano de 1916 debe comenzar con la ofensiva italiana de Conrad, porque esta operación tuvo una importancia fundamental en el debilitamiento de la posición estratégica imperial. Con su incapacidad de llegar a un acuerdo, Falkenhayn y Conrad demostraron una increíble irresponsabilidad, pues los destinos de las dos Potencias Centrales estaban vinculados y sus enemigos concentraban contra ellos efectivos aplastantes. Con la atención centrada en los frentes del oeste y del sudoeste, el teatro oriental padeció un desastroso descuido. Falkenhayn es responsable, en gran parte, a causa de su secretismo insultante y del desprecio que sentía por su aliado. Aun así, su batalla de Verdún fue al menos el producto de una estrategia razonada para poner fin a la contienda, mientras que, por el contrario, la campaña de Conrad fue autocomplaciente. No pensaba con la cabeza, sino con el corazón. La ofensiva que planeaba emprender desde el Trentino no podía ser más diferente a la de Verdún. Mientras que el asalto de

Falkenhayn era un nuevo intento de superar la guerra de posiciones, Conrad se comportaba como si todavía estuviera en 1914, por lo que preparó un cerco a la vieja usanza. Verdún fue el producto de un frío cálculo, análisis estadístico y recuento de cadáveres. La «expedición de castigo» del Trentino estaba alimentada por la emoción. Desde hacía mucho tiempo, Conrad profesaba un odio patológico a Italia, que se intensificó más aún por la «traición» de su antiguo aliado en 1915. Tuvo una visión romántica: sus fuerzas descenderían desde el Trentino, desde las sierras montañosas al mar, cortarían las líneas de suministro italianas y obtendrían un glorioso triunfo.[68]

La planificación de la campaña del Trentino fue igualmente fantasiosa. Conrad nunca visitó el frente; emitió las órdenes desde su cuartel general de Teschen, a más de 1200 kilómetros de distancia, en la frontera septentrional del imperio. Su imaginación, aunque gráfica, no alcanzaba a prever los problemas predecibles de terreno y meteorología. Fue necesario posponer la ofensiva tres veces porque las montañas por las que debían avanzar los efectivos estaban cubiertas de un manto de nieve de 4 metros de espesor. Tampoco pensó mucho en el frente oriental y en las posibles consecuencias de retirar efectivos. Falkenhayn se llevó 8 divisiones a Verdún. Conrad transfirió 4 más, junto con 15 baterías y casi todas las piezas pesadas de los Habsburgo. Tras superar todos los obstáculos logísticos, se concentró en el Trentino un contingente de 157 000 soldados bien apoyados por artillería. El 15 de mayo, después de un bombardeo de dos horas, las tropas se lanzaron adelante. El éxito del asalto sorprendió por igual a amigos y enemigos; las unidades habsburgo tomaron las líneas avanzadas del 1.er Ejército italiano en un frente de 20 kilómetros. En las semanas siguientes continuaron presionando, pero a finales de mayo se impuso la guerra de posiciones, favorable al defensor. Las líneas de suministro de los Habsburgo quedaron peligrosamente estiradas. Los italianos vertieron reservas a un ritmo imposible de igualar. El 6 de junio contraatacaron y las fuerzas austrohúngaras tuvieron que ceder la mayor parte del terreno que habían ganado con tanto esfuerzo.[69]

Los italianos no solo fueron enérgicos a la hora de defenderse. También unieron su voz a la de los franceses para reclamar ayuda al frente oriental. En marzo de 1916, los rusos intentaron una ofensiva contra los alemanes en el lago Naroch. A pesar de que desplegaron cuatro veces más hombres y tres veces más bocas de fuego que el enemigo, la operación se saldó con un bochornoso y sangriento fracaso, con 100 000 bajas ante las 20 000 de los defensores.[70] A mediados de abril, la *Stavka* convocó a la plana mayor de sus ejércitos para debatir un nuevo ataque. Muy pocos mostraron entusiasmo.

Solo el general Alekséi A. Brusílov, comandante del Frente del Sudoeste, se ofreció a atacar en verano y asestar el primer golpe de la contraofensiva combinada de la Entente. El jefe del Estado Mayor General de Rusia, Mijáil Alekséyev, le advirtió que solo podía contar con los hombres y los cañones que tenía; no le concederían grandes refuerzos. Para la mayoría de sus colegas, parecía estar precipitándose al fracaso. Mientras que ellos no habían logrado penetrar las líneas de las Potencias Centrales mediante concentraciones de fuego artillero y masas de infantería en frentes estrechos, Brusílov proponía atacar sin apenas ventajas materiales una línea bien fortificada, de más de 300 kilómetros de longitud, situada en el extremo meridional del frente oriental. Brusílov apenas disponía de una ventaja numérica de 132 000 hombres ante los 500 000 efectivos, en su mayoría habsburgo, a los que se enfrentaba. Con 1770 piezas ligeras y 168 pesadas contra los 1301 cañones ligeros y 545 cañones medios y pesados de su adversario, no gozaba de superioridad artillera.[71] Brusílov ni siquiera podía contar con la sorpresa para avanzar. Los cinco contingentes austrohúngaros objetivo de la ofensiva sabían desde hacía meses que se preparaba un golpe. El reconocimiento aéreo detectó que los rusos construían nuevas trincheras y grandes refugios para acoger sus reservas. Las unidades de primera línea identificaron piezas enemigas ajustando el tiro y detectaron a la infantería excavar zapas a menos de 75 pasos de sus posiciones, ambos preludios evidentes de un asalto. Hacia mediados de mayo, los mandos predijeron con precisión dónde sería el foco del ataque. A primeros de junio, algunos desertores rusos explicaron que les habían repartido cizallas y ropa interior de repuesto; con ello, comprendieron que el asalto era inminente.[72]

El 4 de junio de 1916, a la intempestiva hora de las cuatro de la madrugada, comenzó el bombardeo ruso. Su primer gran ataque tuvo lugar en el sector más septentrional, contra los 117 800 efectivos del 4.º Ejército habsburgo. Aquí, la defensa, al igual que en el resto del frente, estaba pensada para frustrar las habituales y torpes tácticas de los rusos, que despreciaban la sorpresa: tras un bombardeo artillero de gran intensidad, lanzaban a la infantería en un desmañado asalto en masa. La «práctica óptima» de los Habsburgo consistía en excavar una línea de frente, con una segunda línea 10 metros por detrás, bien conectada con la primera por medio de trincheras de comunicación defendibles. A veces establecían una tercera línea de reserva, unos 100 metros a retaguardia. Se acometieron denodados esfuerzos para hacer inexpugnable la línea de frente. Por delante de esta, erigieron obstáculos de alambre espinoso y en la línea construyeron emplazamientos de cemento

para ametralladoras, morteros y lanzallamas. En algunos puntos atrincheraron piezas de artillería de campaña que diera apoyo de fuego directo. Los refugios eran un elemento clave. Conocidos en el Ejército de los Habsburgo como «madrigueras de zorros» (*Fuchslöcher*), estaban situados a tres o cuatro metros bajo tierra y podían resistir el impacto directo de una granada de 15 cm.[73] El general prusiano Alexander von Linsingen, responsable del 4.º Ejército habsburgo y del Ejército del Bug, situado más al norte, había inspeccionado en persona, quince días antes del ataque, las posiciones de la 2.ª División de Infantería, una unidad repleta de polacos y rutenos que estaría en el centro del bombardeo de la ruptura inicial de los rusos. Para el evidente alivio del jefe divisionario —todos los mandos habsburgo tenían miedo a Linsingen— incluso el puntilloso prusiano declaró estar «convencido de que [los defensores] rechazarían cualquier ataque».[74]

El primer día de la ofensiva Brusílov, pero solo ese, esa confianza quedó plenamente justificada. Aunque el bombardeo ruso causó ciertos daños, la 2.ª División de Infantería y sus formaciones vecinas rechazaron las patrullas y los tanteos del adversario. A finales de la tarde, los regimientos divisionarios informaron con orgullo de que no solo habían frustrado los ataques, sino que también habían fracasado los intentos rusos de confundir a la defensa con el envío de soldados germanoparlantes con las oleadas de asalto. Las unidades habsburgo mantuvieron el buen ánimo y, aunque la mayoría de reservas había desplegado justo detrás de la primera posición, no habían hecho falta.[75] También rechazaron con facilidad los asaltos nocturnos. La defensa austrohúngara no empezó a perder el control de la batalla hasta la mañana siguiente. Al amanecer del 5 de junio, la artillería rusa retomó el bombardeo y, alrededor de las 09:00 h de la mañana, este pasó a ser fuego de tambor. Los hombres de la 2.ª División de Infantería se refugiaron en sus trincheras, tal y como les habían enseñado. Permanecieron allí demasiado tiempo. Los rusos, de repente, desplazaron el tiro de la primera línea hasta más allá y entonces lanzaron a sus tropas de asalto, que, gracias a las zapas excavadas en la tierra de nadie, no tuvieron que recorrer mucha distancia. Los defensores perdieron la carrera hacia los parapetos. Como explicaron dos oficiales de la 2.ª División de Infantería:

> En los refugios de la primera trinchera, en el Regimiento de Infantería n.º 82, los hombres tenían el rugido de la descarga resonando en sus oídos, pese a que hacía cinco segundos que ya no tiraban contra su trinchera. En el sexto segundo, algún individuo de mente rápida debió de gritar: «¡A las trincheras!». En el séptimo segundo, este chocó con

> alguien en la escalera, que, entre vigas destrozadas y astillas, le arrojó una granada de mano. Y, en el octavo segundo, una voz llamó desde fuera del refugio conminando a la gente del refugio a que se entregara. Toda resistencia sería inútil.[76]

Las reservas, conforme a la doctrina defensiva de las fuerzas habsburgo, estaban posicionadas justo detrás del frente, con el resultado no buscado de que se empeñaron en el combate demasiado pronto para lanzar un contraataque organizado. La 13.ª División *Landwehr*, la reserva del 4.º Ejército más a retaguardia, debería haber intervenido, pero esta no recibió la orden porque su jefe y plana mayor, desplazados por el fuego artillero ruso, estaban ilocalizables. Lo que quedaba de la 2.ª División de Infantería, menos de 100 de sus 3500 efectivos, recibió orden de retirarse a la rudimentaria tercera posición, junto a la 13.ª División *Landwehr*. Más abajo, la 70.ª División *Honvéd* perdió el centro de su primera línea y, dadas sus escasas posibilidades de restablecer la situación a causa de la pérdida del 40-50 por ciento de sus hombres, también se batió en retirada.[77]

Esas retiradas iniciaron un derrumbe espectacular que arrastró al día siguiente a todo el 4.º Ejército. La infantería de primera línea soportaba la presión constante de los rusos y su artillería pasó más tiempo galopando a retaguardia que proporcionando apoyo de fuego. Los artilleros afirmaban que les faltaba munición. En realidad, había proyectiles en abundancia, pero a menudo las baterías se dejaban llevar por el pánico, abandonaba las reservas y las columnas de municionamiento enviadas a reabastecerles a menudo encontraban las posiciones abandonadas. Aún peor: después de enviar a la brecha a todas menos dos de las ocho divisiones de reserva a disposición del ejército, faltaban efectivos para contener el golpe y existía una completa falta de coordinación a todos los niveles de mando. El X Cuerpo, la formación a la que pertenecía la 2.ª División de Infantería, decidió por propia iniciativa retirar sus efectivos poco después del mediodía del 6 de junio. El mando del 4.º Ejército no anuló a tiempo esta orden, de modo que, al comienzo de la tarde, no le quedo otra opción que tocar retirada a lo largo de los 81 kilómetros de su sector de frente. A media tarde, los restos de la 70.ª División *Honvéd* se derrumbaron y escaparon hacia el río Styr. Las unidades se entremezclaron y cundió el pánico; las tropas agotadas dejaron de obedecer la orden de formar líneas defensivas y desbordaron la retaguardia. El ejército abandonó su principal base de suministro, la ciudad de Lutsk, el 7 de junio. Tal era el estado de desintegración que ni siquiera fue posible restablecer la línea en el río Styr, una posición de fácil defensa. Esa misma noche, los rusos

empezaron a cruzar a la orilla oeste, en muchos lugares sin resistencia, y siguieron avanzando hasta situarse a 75 kilómetros de sus puntos de partida. El 4.º Ejército habsburgo estaba roto. En apenas cuatro días, los efectivos se desplomaron de 117 800 a 35 000 hombres, un descenso de casi el 70 por ciento.[78]

Cuando el 4.º Ejército se derrumbó, el 7.º Ejército de los Habsburgo en el extremo sur de la línea también se desmoronó. Este contingente, formado por fiables efectivos húngaros y croatas a las órdenes de un jefe digno de confianza, el general Karl von Pflanzer-Baltin, recibió al sur del río Dniéster el bombardeo de 200 piezas, que tiraron 100 000 proyectiles. «Nuestros valerosos soldados del *Honvéd* quedaron literalmente enterrados», recordó su jefe de Estado Mayor, el coronel Theodor von Zeynek. Los rusos, gracias a su diligente labor de zapa, apenas tenían que recorrer cuarenta pasos, y en algunos puntos solo veinte, para alcanzar las trincheras de los Habsburgo. En consecuencia, al igual que contra el 4.º Ejército, pudieron adentrarse en las posiciones del enemigo con sorprendente rapidez y, «cuando se detuvo el fuego de tambor y comenzó el de barrera [dirigido tras las líneas para impedir la llegada de reservas habsburgo], se pudieron ver columnas que marchaban al cautiverio en Rusia».[79] Con el fin de contener el éxito ruso principal cerca de la aldea de Okna, Pflanzer-Baltin cometió el error de empeñar todas sus reservas; en consecuencia, cuando, el 7 de junio, el 9.º Ejército zarista lanzó un ataque repentino al norte del río Dniéster que rompió toda la línea, no pudo hacer nada para impedirlo. Dos días después, ordenó una retirada en dirección sudoeste, hacia Bucovina, pero las protestas germanas de que tal cosa expondría el flanco del *Südarmee*, situado a la izquierda del 7.º, le obligaron a retirarse en dirección oeste. Este cambio de dirección, unido a la constante presión rusa, quebró al contingente. Hacia el 8 de junio, había perdido 76 200 de sus 194 200 soldados. Cuatro días después, tras apenas cuatro días de acción, las fuerzas de Brusílov habían capturado un tercio de los efectivos habsburgo en el frente oriental, esto es, 2992 mandos y 190 000 clases de tropa, además de 216 piezas de artillería. Si se suman los muertos y heridos, las pérdidas totales de los Habsburgo equivalían a alrededor de la mitad de los efectivos de sus unidades terrestres.[80]

¿Por qué la fase inicial de la batalla fue tan desastrosa para las fuerzas austrohúngaras? Brusílov, el hombre que concibió y dirigió la ofensiva, merece buena parte del mérito, por dar un sistema y una efectividad única a la planificación ofensiva de los rusos.[81] Brusílov estudió asaltos zaristas recientes para comprender qué había fallado. Ordenó a sus cuatro ejércitos

atacar en un frente de un mínimo de 30 kilómetros cada uno, pues vio que un frente inferior a esa distancia expondría a las fuerzas atacantes al fuego de flanco. Sus preparativos ofensivos se caracterizaron por un método concienzudo sin precedentes en el frente oriental. Por orden suya, los aviones fotografiaron las posiciones de los Habsburgo, se trazó un detallado programa de tiro para la artillería y se acumularon municiones; construyeron refugios para albergar a la infantería de asalto y zapas para permitirles cruzar con seguridad la tierra de nadie. Lo más importante: Brusílov no se apoyó en el material o en el número para avanzar, en parte porque no podía. En lugar de ello, aprovechó la inteligencia de sus efectivos y les inculcó ideas claras para que actuaran con rapidez. El general asignó a su artillería misiones bien definidas y ajustadas a su capacidad; las piezas pesadas recibieron orden de bombardear las líneas de retaguardia y desplegar un telón de fuego tras la primera ruptura, las piezas ligeras se dedicarían al tiro de contrabatería. A la infantería también se le explicó con todo detalle la misión. Se excavaron a retaguardia copias del sistema de trincheras de los Habsburgo donde la tropa podía entrenarse para el golpe. Brusílov estaba decidido que, en la confusión del combate, sus soldados debían conocer su objetivo y saber cómo alcanzarlo.[82]

Por el contrario, los preparativos del Ejército austrohúngaro para el ataque inminente estaban mal planteados. En gran medida, esto se debió al eterno problema de su fuerza: la incompetencia del alto mando. El 4.º Ejército, que por sí solo tuvo que enfrentarse casi a la mitad de la artillería ligera de Brusílov, bien abastecida, tenía un mando particularmente desafortunado. El archiduque José Fernando, su comandante, dirigía un Estado Mayor del todo disfuncional. No toleraba a su jefe de Estado Mayor, el general Otto Berndt, que le había sido impuesto tras una derrota anterior, no aceptaba bien las críticas y detestaba que un oficial prusiano tuviera el mando del Grupo de Ejércitos por encima de él. El 7.º Ejército tenía un poco más de suerte con Pflanzer-Baltin y su jefe de Estado Mayor Zeynek, quienes, a primeros de año, habían ganado laureles al repeler una ofensiva rusa. No obstante, la victoria reforzó sus convicciones tácticas y operacionales, lo que condujo al desastroso dispositivo de junio de 1916: dos tercios de sus efectivos estaban desplegados en, o justo detrás, de la, en teoría, inexpugnable línea de frente y, por tanto, enseguida se perdieron cuando atacaron los rusos. Tampoco ayudó que, en el inicio de la ofensiva, Pflanzer-Baltin estuviera en cama con gripe.[83]

A pesar de todo, los problemas del mando de los Habsburgo iban más allá. Como observó un general alemán que pasó un largo tiempo de servicio al lado

de oficiales de Estado Mayor habsburgo, su deficiencia principal era la distancia, tanto psicológica como física, con respecto a sus hombres. Conrad y su plana mayor, a salvo y acompañados por sus esposas en el AOK, en Teschen, a casi 500 kilómetros del frente oriental, es el ejemplo modelo, pero esa misma mentalidad era común a otros oficiales de Estado Mayor. Los comentarios de Zeynek, por ejemplo, son reveladores: se quejó de que los jefes del frente habían construido sus posiciones de forma incompetente. Es evidente que jamás le había pasado por la cabeza la idea de que alguien del cuartel general del 7.º Ejército fuera a inspeccionar las obras antes de su finalización.[84] Este distanciamiento, junto con las sobradas pruebas de incompetencia en dos años de combates, les costó a los jefes el respeto de sus subordinados. El disgusto de la tropa con los comandantes se refleja en la jerga del frente: los característicos gorros de los oficiales de Estado Mayor recibían el nombre de «cerebros postizos». El derrumbamiento de la autoridad llegó tan lejos que ni el mando del 4.º ni el del 7.º pudieron hacer que los soldados actuaran contra las zapas rusas. Ambos reconocían el peligro evidente que suponían los tentáculos enemigos desplegados hacia sus líneas, pero sus órdenes de detenerlos no fueron apenas obedecidas. Se emprendieron con desgana algunas incursiones en la tierra de nadie, pero la mayoría acabó de mala manera. Unas pocas unidades sugirieron atrasar las líneas, en lugar de provocar un feo choque con los rusos por sus zapas. La 2.ª División de Infantería intentó hacer que sus efectivos las atacaran: al principio remolonearon y, más tarde, los oficiales de bajo rango se resistieron. Se ordenó un asalto contra una peligrosa zapa, que fue cancelado con la pobre excusa de que se acercaba el amanecer. El X Cuerpo, formación superior de la división, no se dejó convencer y ordenó un segundo intento. También agregó la advertencia de que los jefes de compañía que se escabulleran alegando enfermedad o los líderes de sección que pensaran que podrían escapar con intentos de suicidio tendrían que responder ante un consejo de guerra.[85]

Los intentos de los oficiales de rango inferior por eludir la incursión de la 2.ª División de Infantería son sintomáticos de la existencia, hacia mediados de 1916, de una falta general de espíritu combativo entre las fuerzas de los Habsburgo. Todavía no había terminado la debacle de junio y corrían rumores que la atribuían a la deslealtad eslava. A mediados de mes, las clases influyentes de Viena propagaban la historia, es probable que inspirada por la desintegración de la 2.ª División de Infantería, de que las tropas rutenas y polacas se habían rendido a los rusos sin necesidad.[86] Otros no lo veían de igual modo, pues sostenían que fue la deserción en masa de los checos del

Regimiento de Infantería n.º 8 de Moravia lo que había desencadenado el desmoronamiento del 4.º Ejército.[87] En julio, con el empeoramiento de la crisis, los judíos también fueron objeto de escrutinio. La Oficina de Inteligencia del Estado Mayor General advirtió de la «deserción en masa» de los judíos alemanes, polacos y magiares. Esto no solo se debía al denominado «inherente temor a la tensión bélica» de los hebreos, sino también a la agitación sistemática de misteriosas fuerzas sionistas de Inglaterra.[88] Realmente, la nacionalidad era un mal elemento para predecir la resistencia de las unidades habsburgo en el verano de 1916. El 7.º Ejército, por ejemplo, tenía a finales de junio cinco divisiones eslavas: una polaco-rutena, una rutena, una croata y dos checas. Las grandes unidades croatas y la medio polaca, cuyas poblaciones eran consideradas leales, fueron las que sufrieron las peores pérdidas relativas, prisioneros incluidos, mientras que las formaciones checas, los habituales chivos expiatorios en todas las derrotas, fueron las que menos soldados perdieron. Igualmente, las unidades de etnia germana acumularon un alto número de cautivos. La mayor parte de los 13 000 mandos y soldados vieneses de la 13.ª División *Landwehr* se rindió cuando los rusos ocuparon sus posiciones, en la primera semana de junio. Solo 1714 soldados huyeron para seguir el combate.[89]

La hipersensibilidad del Ejército de los Habsburgo a la deslealtad de los pueblos subordinados del imperio, un rasgo que le costó la vida a muchos civiles en Galitzia y Serbia, y que causó un profundo daño a la reputación del régimen en 1914 y en 1915, socavó su rendimiento combativo en 1916. Primero, porque les hizo ignorar las verdaderas causas del mal rendimiento. Al responsabilizar a la tropa, toda la cadena de mando de los Habsburgo, hasta Conrad, eludió una autocrítica que habría favorecido un proceso de aprendizaje y mejora. Segundo, fomentó la adopción de malas tácticas. La investigación realizada tras la debacle del verano de 1916 observó con acierto que las unidades «habían excavado en exceso y entrenado demasiado poco», aunque pasó por alto el punto clave: un ejército que desconfiaba de la mitad de sus soldados tenía escaso interés en entrenarlos en la iniciativa o la independencia. Era mucho mejor buscar la seguridad de unos reductos sólidos, donde fuera fácil controlar a los efectivos.[90] En realidad, esto solo servía para exacerbar la debilidad de la fuerza. Mandos y soldados, cuya autoconfianza no podía ser muy elevada, dado su entrenamiento apresurado y la desconfianza de sus jefes, tenían una ilusión de seguridad, no menos reconfortante pero muy peligrosa, en sus «inexpugnables» fortificaciones. En consecuencia, preferían no abandonar la aparente seguridad de sus reductos

para disputar la tierra de nadie y eliminar las zapas rusas. Aún peor: una vez cayó esa fuerte línea de frente, en junio de 1916, aquellos soldados carecían de la pericia, cohesión e independencia para reaccionar con efectividad. Así pues, era inevitable que el caos y el derrumbe engulleran al contingente.[91]

Al desplome del 4.º y 7.º Ejércitos habsburgo en la primera mitad de junio le siguieron intensos combates, pánico y retirada. Todo el frente retrocedió. Los rusos se lanzaron en su persecución, pero las líneas de suministro estiradas y la falta de caballería lo dificultó. Brusílov golpeó a los alemanes del Ejército del Bug en su flanco derecho. Sin embargo, ni sus ataques, ni una ofensiva de mucha mayor entidad 260 kilómetros al norte, lanzada a primeros de julio cerca de Baranovitchi por el enorme contingente zarista a las órdenes del general Everth, tuvieron éxito. La presión contra los defensores no cesó. En los fluidos combates de más al sur, los soldados de los Habsburgo vieron que el soldado ruso, contrariamente a su imagen de campesino indolente, resultó ser un adversario imaginativo. Así, por ejemplo, un grupo de 300 rusos emboscó a un escuadrón de caballería habsburgo; los rusos se aproximaron de noche haciendo sonar cencerros, un engaño que solo podría haber funcionado en el frente oriental. Cuando salió el sol, las «vacas» emitieron «un salvaje rugido» y atacaron por tres lados. La mitad de los austriacos huyó. El resto cayó muerto o prisionero.[92] Conrad, que en un principio consideró que la ofensiva no era una amenaza seria, se dejó llevar por el pánico y tomó la absurda decisión de intentar evacuar a su esposa Gina de su remoto puesto de mando en Teschen. Luego tomó una decisión más racional: se tragó su orgullo y el 8 de junio viajó a Berlín para implorar refuerzos a un escéptico Falkenhayn. Este envió en un principio cuatro divisiones, la primera el 6 de junio, pero hizo que Conrad suspendiera su ofensiva en Italia para liberar efectivos con destino al frente oriental. Hacia el 20 de junio, habían despachado diez divisiones y media para contener la ruptura. Con todo, esas tropas solo pudieron impedir el derrumbe total, no revertir la situación. Llegaron de forma gradual y las enviaron al combate poco a poco. Es más, las bajas del desmoralizado Ejército habsburgo no dejaron de crecer. Hacia finales de junio, la fuerza había perdido 6740 mandos y 319 500 clases de tropa, de las cuales 186 850 eran «desaparecidos». Un mes más tarde, las pérdidas totales alcanzaban los 475 138 hombres y de ellos 265 931 desaparecidos o capturados.[93]

Los soldados austrohúngaros no eran los únicos desmoralizados. El avance de las unidades zaristas también hizo cundir el terror entre los civiles habsburgo de la zona de combate. En Galitzia, los rusos obtuvieron modestas

ganancias, pues la línea apenas avanzó 20 o 30 kilómetros. En la vecina Bucovina, donde llegaron a mediados de junio los restos derrotados del 7.º Ejército, las consecuencias fueron más graves. El doctor Alfons Regius, funcionario judicial de la capital de las Tierras de la Corona, Czernowitz —hoy Chernovtsi, en el sudoeste de Ucrania—, que ya había vivido la ocupación rusa de 1914-1915, habló en nombre de muchos cuando, ya el mismo 6 de junio, afirmó estar «MUY preocupado». Había aprendido a leer entre líneas los partes oficiales y el telegrama donde se informaba de la batalla «estaba redactado en términos tan ambiguos que podía asumirse que habían hecho retroceder toda nuestra línea unos cinco o seis kilómetros, hasta el Styr». En los días siguientes, el inquietante silencio de las calles de Czernowitz fue sustituido primero por el eco de los pasos de aquellos que huían y después por el estallido del fuego de artillería, una vez que las baterías de los Habsburgo tomaron posición en la ciudad. El 17 de junio, Regius pudo observar con unos anteojos de ópera el asalto de la infantería rusa a las afueras de la localidad. En ese momento, comprendió que la segunda ocupación era inevitable: «Sentí como si una mano fría me oprimiera el corazón —escribió— y comprendí que nuestros pobres soldados, en parte *hors de combat* por la capacidad destructiva del fuego artillero, SIN AMETRALLADORAS no podrían rechazar al enemigo que los desbordaba en masas dispersas». No hubo que esperar mucho. Esa noche, a las 01:45 h, cuatro soldados rusos borrachos armados con fusiles y bayonetas echaron abajo la puerta de su casa y la saquearon. A pesar de este comienzo, el Ejército zarista se condujo de forma más humana que en su visita anterior. Las atrocidades perpetradas en 1914 y 1915, sobre todo contra la población judía, no se repitieron. La ocupación, sin embargo, fue larga: Czernowitz no fue liberada hasta el 3 de agosto de 1917. Su pérdida supuso un nuevo golpe contra el menguante prestigio de la Monarquía de los Habsburgo.[94]

El Somme

La aguda crisis de las Potencias Centrales del verano de 1916 se inició en el este, pero se propagó a otros frentes una vez la Entente occidental implementó su plan de ofensivas simultáneas. En diciembre de 1915, los franceses propusieron por primera vez lanzar un ataque en el río Somme, en el noroeste

de Francia, y los primeros meses de 1916 los generales Haig y Joffre acordaron emprender en la región una ofensiva combinada anglofrancesa. En un principio, la zona debía ser el escenario de un asalto preparatorio a mediados de abril para desgastar las reservas germanas. A mediados de febrero se abandonó esta idea y se optó por una operación de mucha mayor envergadura, en la que operarían al norte y al sur del río 25 divisiones británicas y un mínimo de 40 francesas. La fecha de inicio se fijó para el 1 de julio. Sin embargo, poco después de esta decisión, Falkenhayn inició su batalla de desgaste en Verdún y las fuerzas de Joffre sufrieron pérdidas tan duras que este se vio forzado a reducir su contribución a la ofensiva de la Entente.[95] En consecuencia, el Somme pasó a ser una campaña liderada por los británicos. Dentro del contexto de las victorias rusas contra las fuerzas de los Habsburgo al este, la exitosa, aunque costosa, defensa francesa de Verdún y, en agosto, el inicio de la ofensiva italiana y la entrada de Rumanía en la guerra del bando aliado, una victoria anglofrancesa en el Somme permitiría asestar un golpe mortal a las Potencias Centrales, agotadas y en franca inferioridad numérica.

Si la ofensiva del Somme no cumplió las expectativas fue responsabilidad, en buena medida, del jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, el general sir Douglas Haig. La redacción del primer plan de ataque corrió a cargo del general sir Henry Rawlinson, designado por Haig comandante del 4.º Ejército, la formación que ejecutaría la ofensiva. El plan se caracterizaba por un realismo admirable, pues estableció objetivos limitados. Durante 1915, Rawlinson preparó asaltos de menor entidad, lo cual le permitió conocer las dinámicas operativas del frente occidental. Tras la batalla de Neuve-Chapelle, en marzo, vio que «siempre será posible, mediante una cuidadosa preparación y adecuado apoyo de art[illería] de obuses pesados, penetrar la línea del adversario», aunque solo si las piezas de campaña podían cortar el alambre enemigo. En Neuve-Chapelle desplegó un cañón por cada 5 metros de trinchera alemana y obtuvo un éxito inicial. Los experimentos de acciones posteriores con apoyo artillero más débil fracasaron.[96] Su plan para el Somme se basó en esta lección, pues ajustó la escala y objetivos de la ofensiva según los cañones y hombres disponibles. Se estimó que las 10 divisiones y 200 obuses del 4.º Ejército serían suficientes para un frente de 18 kilómetros. Rawlinson prefería un avance en dos fases. Tras un bombardeo de entre cincuenta y sesenta horas, los efectivos se limitarían a capturar la posición avanzada y los puntos tácticos clave de los alemanes. Con una idea similar al concepto de Falkenhayn, Rawlinson diseñó este método de «morder

y agarrar» con objeto de «matar al mayor número posible de alemanes con las menores pérdidas posibles».[97]

A primeros de abril le mostraron el plan a Haig y amplió de inmediato los objetivos de la ofensiva. Al hacerlo, no solo desestimó los consejos de Rawlinson, sino también las opiniones de todos sus jefes de cuerpo. En su respuesta al borrador, el comandante en jefe insistió en que el 4.º Ejército debería capturar de un solo golpe toda la segunda línea alemana más allá de Pozières, en el norte del campo de batalla, además de avanzar más en el sur. Duplicó el avance medio de unos 2 kilómetros previsto por Rawlinson. Luego, la imaginación de Haig no se detuvo ahí. Habló de objetivos distantes; mencionó Douai, 110 kilómetros por delante del 4.º Ejército. Hacia junio, el objetivo del ataque era «quebrar el sistema defensivo del enemigo».[98] Pese a que lo disimularía con sus futuros comentarios relativos a que la ofensiva buscaba una «batalla de agotamiento», en realidad, el comandante británico pretendía una ruptura decisiva. No obstante, con el fin de salir a campo abierto, primero sería necesario romper las líneas germanas. Al avanzar sus objetivos, Haig estaba ignorando la lección principal de 1915: era necesario saturar las defensas con alto explosivo. La cantidad de bocas de fuego pesadas y de munición disponible era, simple y llanamente, insuficiente para bombardear a conciencia el territorio que Haig pretendía conquistar. Se ha calculado que, con su plan modificado, el bombardeo preparatorio de la ofensiva solo lanzaría una libra de alto explosivo por cada 10 yardas cuadradas [8,5 m] de línea alemana.[99]

Por otra parte, solo puede afirmarse que los recursos británicos eran inadecuados en 1916 dentro del contexto de la excesiva ambición de su comandante. En realidad, la imagen consolidada de los británicos y su aliado como el bando inferior en el Somme, un relato victimista que todavía aparece de vez en cuando en los libros de historia, tiene escaso fundamento real. Bastará un vistazo a las fuerzas en presencia al inicio de la ofensiva para comprender la difícil situación a la que se enfrentaban los alemanes a cargo de la defensa de 40 kilómetros de frente anglofrancés (*vid*. Tabla 6).

Tabla 6: Efectivos de las fuerzas enfrentadas en el Somme, 1 de julio de 1916.

	Entente	**Alemanes**
Divisiones de infantería	19 (+10 en reserva)	7

Aeroplanos	386	129
Cañones pesados	393	18
Cañones medios	933	372
Cañones ligeros	1655	454

Fuente: Herwig, H. H., 1997: *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, London, Arnold, 199.

La superioridad material a disposición de la Entente debería haber sido aplastante. El que no lo fuera suele atribuirse a dos causas, además de los defectos del plan. La primera fueron las defensas germanas. El 2.º Ejército del general Fritz von Below llevaba veintiún meses fortificando la zona a ambos lados del río Somme. A finales de junio de 1916 disponía de dos posiciones defensivas, además de una tercera que había sido trazada, pero no construida. La primera línea era formidable. Por delante tenía dos cinturones de alambre espinoso, cada uno de ellos con una anchura de 4,5 a 9 metros. Los alemanes integraron y conectaron en la línea defensiva las aldeas fortificadas Beaumont-Hamel, Thiepval, Ovillers, La Boisselle y Fricourt, todas ellas con sólidas casas de piedra. En la trinchera, el suelo pizarroso de la región permitió excavar refugios de hasta 12 metros de profundidad, que solían estar conectados y disponían de múltiples salidas, para evitar que los soldados quedaran atrapados. Tenían camas, estufas y cocinas. Algunos disponían de raíles en las escaleras por los que poder empujar una ametralladora en caso de emergencia.[100] La segunda línea, situada entre 2 y 3,5 kilómetros por detrás de la primera, era más débil, tenía menos refugios, aunque también disponía de intimidantes puntos fuertes, dispuestos para defenderse en todas direcciones.[101]

Estas posiciones estaban bien construidas, aunque no eran inexpugnables. Se habían cometido errores. El más grave fue que, cuando se eligió el frente, en 1914, el pensamiento táctico todavía no había sabido reconocer el valor del otro lado de la colina. El frente alemán estaba desplegado a plena vista del enemigo, en las colinas frontales, lo cual le daba un excelente campo de tiro sobre la tierra de nadie, pero facilitaba cañonear con precisión esas trincheras. En su primera visita al sector, en febrero de 1916, Rawlinson se sintió

animado. Era, comentó, «un territorio óptimo en el que emprender una ofensiva […] pues la observación es excelente y con cañones y munición en abundancia podremos evitar las duras pérdidas que la infantería siempre ha sufrido en ocasiones anteriores».[102] Sin embargo, la segunda línea alemana permanecía oculta a la vista al otro lado de las alturas, lo cual reforzaba el argumento a favor de un asalto paso a paso. Al sur del frente de ataque, el general francés Marie-Émile Fayolle, jefe del 6.º Ejército de la República que daría apoyo a los británicos, adoptó justo ese enfoque sistemático. Aunque la primera línea era su objetivo principal, hizo preparativos para avanzar con rapidez la artillería, con el objetivo de lanzar un veloz asalto contra la segunda línea mientras los defensores siguieran desorientados. Pese a que los británicos contaban con menos apoyo de artillería pesada que sus aliados al sur, Haig, presionado por Joffre, les impulsó a lanzar una penetración en profundidad y, de ese modo, se extenderían en exceso. Con una planificación más realista y un avance más limitado y sistemático como en el sur, las defensas del frente germano no habrían supuesto ningún obstáculo insuperable.[103]

El segundo factor que suele citarse para explicar los resultados decepcionantes del asalto inicial de la Entente fue la inexperiencia de la Fuerza Expedicionaria Británica. Se trataba de un contingente improvisado, en un grado muy superior al de los franceses o germanos, pues Gran Bretaña no tenía servicio militar obligatorio en época de paz. En tan solo dos años, las fuerzas armadas británicas pasaron de una fuerza profesional de 247 432 efectivos apoyados por 245 779 territoriales a tiempo parcial a un ejército de masas de 1,25 millones de soldados.[104] Aunque sus altos mandos militares suelen recordarse hoy con escasa simpatía, estas apabullantes cifras los situaban ante una perspectiva desalentadora. En 1916, los cinco ejércitos británicos del frente occidental, cada uno de los cuales desplegaba centenares de miles de efectivos, eran comandados por hombres que en 1914 dirigían divisiones de 20 000 hombres. Los jefes de cuerpo, con 40 000 efectivos, mandaban brigadas de apenas 4000. Aprender a gestionar semejantes masas de hombres, mientras se adaptaban a las condiciones difíciles e inesperadas de la moderna guerra de posiciones, planteaba un reto inmenso. El hecho de que todos los mandos de cuerpo de ejército respaldaran el plan inicial de Rawlinson de objetivos limitados atestigua realismo y conciencia de sus carencias. Sin embargo, esto no significa que les faltara imaginación o ambición. Hubo una innovación considerable a todos los niveles de mando. El cuidado con el que los jefes de batallón británicos eligieron las tácticas para el

ataque en el Somme del 1 de julio de 1916, y la diversidad de métodos elegidos, nos ofrecen un claro ejemplo de ello. Las historias de hombres sobrecargados que caminaban poco a poco hacia las trincheras alemanas y se dejaban segar por el fuego de ametralladora son en su mayoría leyendas. Se arrastraron por la tierra de nadie 53 de los 80 batallones del primer asalto para asaltar las posiciones enemigas y otros 10 corrieron al asalto desde su parapeto. Entre los 12 que marcharon poco a poco, varios lo hicieron porque su avance iba precedido de barreras móviles de artillería que buscaban mantener al enemigo en sus refugios y tuvieron mucho éxito.[105]

La mayoría de crónicas del Somme ha puesto el foco sobre la infantería británica. El hecho de que los hombres fueran casi todos voluntarios de guerra, el vínculo sentimental de los nombres de las unidades con los condados ingleses y las Tierras Altas de Escocia y la encantadora ingenuidad de los «batallones de camaradas», como los Fusileros de la Oficina Postal, los Zapadores del Ferrocarril del Nordeste o los Amigos de Grimsby, han inspirados relatos muy empáticos. Ciertas obras de referencia los han presentado como «inocentes de uniforme» que entraron en liza contra un adversario duro y bien atrincherado.[106] En realidad, se trata de una hipérbole disfrazada de hecho. Los británicos que atacaron ese verano en el Somme eran, como recordó uno de ellos, «muy diferentes a los novatos que desembarcaron en Francia un año antes».[107] Los hombres llegaban con más de nueve meses de instrucción en Gran Bretaña y luego pasaban un mínimo de seis meses, y a menudo nueve o doce, endureciéndose y adaptándose al servicio en el frente occidental. Sus unidades habían emprendido incursiones y encajado bajas. Hacia mayo de 1916, sus adversarios observaron con sorpresa la gran pericia que habían adquirido en las operaciones interarmas las unidades británicas de infantería, morteros, artillería y reconocimiento aéreo.[108] De hecho, si hay alguien en el campo de batalla del Somme al que se le debe cierta simpatía no son los atacantes, con su superioridad de tres a uno en artillería, el control total del aire y numerosas reservas humanas, sino más bien los defensores germanos del otro lado. Los hombres que hicieron frente al asalto británico del 1 de julio procedían del sur del país y tenían igual propensión a maldecir con su acento cantarín a «los malditos prusianos», a los «Tommy» o a los «Franzmann» [franceses]. Bajo ningún concepto se les podría calificar de profesionales. Al igual que sus oponentes, muchos eran soldados entrenados durante la contienda y la mayoría de sus unidades eran regimientos de reserva que, desde la movilización del estallido de la contienda, apenas disponían de un puñado de oficiales de carrera. Eran el tipo

de soldado que definió al Ejército germano de los años centrales de la guerra. Se quejaban del rancho, rezaban a Dios para que los protegiera un poco más y añoraban a Maria, Ursel o Greta. Tuvieron la mala fortuna de interponerse en el camino del leviatán que, pensaban, se disponía a llevar a su patria la devastación que los rodeaba.[109]

Desde hacía meses se acumulaban en el frente del Somme indicios de la tormenta bélica que se preparaba. A partir de abril, los wurtemburgueses de la 26.ª División de Reserva, al norte del sector, oyeron por la noche el rumor del tráfico y los suministros descargados tras las líneas británicas. La actividad aérea del enemigo aumentó de forma sospechosa. A mediados de junio, los aeroplanos se mostraron más ajetreados y volaban en círculos a todas horas sobre su cabeza y las patrullas de los de Wurtemberg por tierra de nadie se toparon con las llamadas zapas rusas, como las que excavaron los soldados de Brusílov, que se adentraban 90 metros en la tierra de nadie desde las líneas británicas. El 24 de junio de 1916, a las 05:00 de la mañana, un cañoneo por toda la línea anunció el primer día de la batalla del Somme. En las horas siguientes, 3000 piezas pesadas y de campaña y más de 1400 morteros empezaron a bombardear los 40 kilómetros del frente de ataque. Entre las posibles víctimas del ataque, el teniente Adolf Spemann, por ejemplo, ayudante de la 2.ª Sección del 27.º Regimiento de Campaña de Reserva de Wurtemberg, estacionado al norte de la aldea de Ovillers, esperaba en un principio que solo fuera una demostración. El bombardeo era continuo, aunque no parecía coordinado. Sin embargo, por la tarde, la intensidad aumentó con más de 900 proyectiles aterrizando en su sector en una hora. Solo entonces aceptó «que, realmente, va a ser algo grande».[110]

Nadie en el lado germano de la línea supo ver lo muy «grande» que sería. La Entente preveía un bombardeo de seis días, pero el mal tiempo del 26 y 27 de junio hizo que se extendiera a una semana entera, durante la cual se dispararon 2,5 millones de proyectiles contra las posiciones de los defensores. También lanzaron gas a intervalos irregulares, de día y de noche. El bombardeo fue más intenso y efectivo en el sector del 6.º Ejército francés, al sur del Somme. En el área de ataque del 4.º Ejército británico, en el norte en especial, los resultados fueron, en general, más decepcionantes. Existen diversas razones para esta diferencia. La primera es muy simple: los tres cuerpos franceses recibieron mejor apoyo. Contaban con casi 100 cañones pesados más que los cinco cuerpos británicos de su derecha. Segundo, su

munición funcionaba mucho mejor. Los expertos alemanes elogiaban las sensibles espoletas de las granadas francesas, que activaban la carga antes de que el proyectil se enterrara demasiado en el suelo y amortiguase la explosión. Por el contrario, tres cuartas partes de los proyectiles que tiraba la artillería británica eran de mediocre manufactura estadounidense. Según observaciones hechas por los germanos justo antes de la batalla, tres quintas partes de las balas de calibre medio y casi todas las granadas de metralla no estallaban. Esta elevada proporción de fallos exacerbó el problema inherente al plan de la ofensiva: no había suficientes cañones y munición para cubrir todos los objetivos en la extensa zona de ataque de Haig. Los británicos solo pudieron dedicar 180 piezas a la misión crucial de contrabatería. Sus 188 500 proyectiles pesados, los únicos capaces de penetrar en los profundos refugios germanos, eran demasiado pocos. Es más, los británicos no dispararon alrededor de dos tercios de las municiones disponibles contra las trincheras enemigas, pues también se las necesitaba para despejar los densos cinturones de alambre espinoso que tenían delante.[111]

A pesar de todas estas deficiencias, la enorme cantidad de metal lanzada sobre las líneas germanas causó una destrucción considerable. Incluso en el norte, donde el bombardeo fue menos efectivo, los wurtemburgueses reportaron al cabo de tres días daños de gravedad en trincheras, pañoles de munición alcanzados y alambradas arrancadas. No obstante, lo decisivo fue que casi todos los refugios sobrevivieron, por lo que la defensa de la posición seguía siendo posible.[112] También protegió al 2.º Ejército de encajar fuertes bajas. En los diez últimos días de junio, la fuerza solo registró 2478 muertos y desaparecidos y 4482 heridos. Dos quintas partes de los muertos y desaparecidos pertenecían a la 121.ª División, que se enfrentaba a los franceses, bien armados.[113] No obstante, aunque la tropa estaba en relativa seguridad, soportar un bombardeo de siete días era agotador y, como admitió con franqueza un soldado, «extremadamente aterrador».[114] El diario del teniente Adolf Spemann describió el calvario vivido. La tensión aumentó el 25 de junio cuando su regimiento de artillería quedó cegado por el derribo de sus globos de observación. Al día siguiente, encajó sus primeras bajas de oficiales. Hacia el 27 de junio, escribió preocupado, aunque con escasa precisión, «las posiciones de infantería han quedado enterradas por completo, los obstáculos barridos del todo, los refugios derrumbados […] el [Regimiento de Infantería] 99 de Thiepval envía constantes peticiones desesperadas de ayuda».[115]

Spemann no era un hombre que se inquietara fácilmente; llevaba combatiendo en el frente occidental desde agosto de 1914 y finalizó la contienda con la Cruz de Hierro de 1.ª y 2.ª clase, así como con la Cruz de Caballero de la Orden del Mérito Militar de Wurttemberg.[116] Aun así, el quinto día de bombardeo británico el pánico comenzaba a invadir su diario. «La superioridad [del enemigo] es inmensa», confesó. Al día siguiente tuvo buenos motivos para sentirse más nervioso, pues un proyectil impactó contra el conducto de aire de su refugio. Hubo «una horrible sacudida y un estallido», las velas se apagaron y el refugio se llenó de humo, polvo y el olor a ácido cianhídrico de los gases explosivos, lo que obligó a los ocupantes a ponerse las máscaras antigás. Parte del techado se desmoronó y la entrada quedó bloqueada, pero de arriba parecía surgir un tenue rayo de luz. El refugio estaba construido bajo una letrina y el proyectil había abierto un conducto. Spemann, temeroso de asfixiarse o de que se hundiera el resto del techo, sin casco y con solo una bota, gateó entre heces hasta la superficie; una vez llegó, Spemann y sus camaradas se dispersaron y trataron de ponerse a cubierto para huir de la observación de los aviadores que todo lo veían desde las alturas.[117]

El prolongado bombardeo puso a prueba la resistencia de los hombres. Los comandantes hacían lo que podían para mantener a sus efectivos en disposición de combatir. La comida era fundamental. En situación de estrés, los soldados ingieren más. Se ordenó a las unidades que, en cada pausa de los bombardeos, debían aprovechar para llevar comida caliente a las guarniciones del frente y no solo para mantener su fortaleza física, sino también porque «cuanta más comida se les lleve, mejor aplacará la tropa los nervios».[118] La necesidad de permanecer en constante alerta por los asaltos con gas y, en el frente, por un repentino cambio en el cañoneo que anunciara el inicio de un ataque ocasionaba un severo desgaste. Tanto duró su calvario que algunos llegaron a creer que el bombardeo era un fin en sí mismo. «Esos cabrones quieren agotarnos y desintegrarnos solo con sus medios técnicos», tronó Spemann. Circulaba una historia, casi seguro apócrifa, pero que ilustra bien el pensamiento de los defensores: «En Beaumont [Hamel, una aldea recorrida por el frente germano] un oficial inglés saltó de la trinchera y voceó al otro lado: "¡Cerdos! ¿Creéis que vamos a atacar? ¡Os mataremos a cañonazos con nuestra artillería!"». Al cabo de cinco días bajo asedio esto les parecía del todo factible a los combatientes germanos. Spemann lamentó su participación en esta nueva forma «lunática» de hacer la guerra, creada por el dinero y América, que se limitaba a arrasarlo todo sin avanzar ni un solo hombre.[119]

Esta idea asustaba más a los defensores que ningún ataque. A finales de junio, las formaciones de infantería informaban de que todos sus hombres «solo tienen un deseo: que se acabe por fin el interminable bombardeo y que el enemigo ataque».[120]

El deseo les fue concedido a las 08:30 de la mañana del 1 de julio, momento en el que 55 000 soldados de la Entente salieron de las trincheras para golepar las líneas germanas.[121] Los defensores estaban preparados. Cuatro horas antes, el Regimiento de Infantería de Reserva n.º 110, estacionado frente a La Boisselle, interceptó mensajes de radiotelégrafo que conminaban a los soldados enemigos a defender tenazmente todo terreno ganado. Aunque no se dio la hora de ataque, dedujeron con acierto que esto indicaba una acción inminente y se transmitió de inmediato la noticia a todas las unidades alemanas del frente. A las 06:30 de la mañana, el bombardeo de la Entente, que había martilleado sin cesar toda la noche, alcanzó una nueva intensidad. Veinte minutos después, los centinelas reportaron que las trincheras de enfrente se estaban llenando de hombres.[122] Sin que los alemanes se dieran cuenta, los británicos habían estado excavando durante los meses anteriores un túnel bajo la tierra de nadie, en el que colocaron 18 400 kilogramos de alto explosivo bajo una posición de particular fortaleza, custodiada por el Regimiento de Infantería de Reserva n.º 119. A las 08:20 h, diez minutos antes del ataque, los británicos detonaron la mina. De repente, el terreno entró en erupción, todo el sector de la 26.ª División de Reserva pareció tambalearse y se abrió en el suelo un cráter de 50 metros de ancho por 15 de profundidad. Una sección y media quedaron sepultadas. Sin embargo, a pesar de la conmoción, los wurtemburgueses reaccionaron con rapidez. Dos compañías corrieron desde la segunda y la tercera línea hacia la posición devastada. Alcanzaron el cráter antes de que llegaran los destacamentos de asalto británicos que corrían en dirección opuesta y pudieron abatir a la mayoría de atacantes. La artillería enemiga en el sector elevó el tiro para que pudiera comenzar el asalto, lo cual permitió al resto de hombres del Regimiento de Infantería de Reserva n.º 119 salir sin problema de su refugio y ocupar de nuevo posiciones de combate. Diez minutos después, cuando la 29.ª División británica lanzó su asalto principal, la recibieron con un chaparrón de fuego. La 29.ª División perdió 5000 hombres en esta primera acción y en las subsiguientes y fracasadas del 1 de julio. Las bajas del Regimiento de Infantería de Reserva n.º 119 ese día, y durante la semana de bombardeos precedente, ascendieron a 144 clases de tropa y 7 mandos muertos y 274 heridos.[123]

El relato fue similar en casi todo el norte del campo de batalla. Los defensores germanos evitaron el error de sus aliados en Lutsk un mes antes; subieron a tiempo las escaleras de los refugios y avisaron a la artillería por línea telefónica, y cuando no había mediante bengalas rojas o mensajes preestablecidos con ráfagas de ametralladora, para que tirara una barrera defensiva. Con frecuencia, las alambradas frente a las posiciones alemanas no se habían cortado del todo, de modo que, con independencia de la innovadora formación táctica que hubieran adoptado al inicio del avance, los efectivos británicos se apelotonaban y ofrecían blancos ideales a los artilleros germanos. En las ocasiones en las que las unidades de asalto lograron penetrar la línea avanzada lo hicieron en número tan reducido, y las dificultades para reforzarlas eran tan grandes, que tarde o temprano les desbordaban los contraataques.[124] Sin embargo, más al sur el sistema defensivo germano no funcionó tan bien. La 28.ª División de Reserva de Baden, vecina de la 26.ª de Reserva, sufrió una derrota parcial. La artillería desplegada contra esta era más temible, dado que los cañones británicos habían recibido el apoyo de las piezas del sector francés adyacente. Los refugios eran menos robustos que en el norte y en su gran mayoría solo estaban en la primera línea. La infantería quedó aislada de su apoyo artillero, que, además, fue devastado por el fuego de contrabatería. Con ayuda de tres pequeñas minas, los británicos arrebataron la aldea fortificada de Fricourt al Regimiento de Infantería de Reserva n.º 111. Menos de veinte minutos después del inicio del ataque, el regimiento había cedido partes de su línea de frente. Al este, sus homólogos del Regimiento de Infantería de Reserva n.º 109 también fueron expulsados de la primera línea y hacia la tarde habían cedido la aldea de Mametz. Después de haber perdido 1200 de sus 2492 efectivos y haber gastado casi toda su munición y granadas de mano en feroces combates cuerpo a cuerpo, el Regimiento de Infantería de Reserva n.º 111, tras pedir refuerzos, también se retiró al amparo de la oscuridad.[125]

Los hombres de Baden estaban al borde de una emergencia mucho mayor que se estaba produciendo en el sur. La 12.ª División de Silesia, reforzada por bávaros encajonados entre ellos y el Somme, perdió la primera línea contra los asaltos de británicos y franceses. Al sur del río, el ataque del 6.º Ejército francés, que empezó dos horas después del asalto en el norte, había sido tremendamente exitoso. Hacia las 12:30, las unidades coloniales francesas habían tomado toda la primera línea germana y 2000 prisioneros a cambio de bajas mínimas. La victoria debía mucho al apoyo artillero de los *poilus*, superior al de las fuerzas británicas de más al norte. El que esto reflejara una

mayor pericia táctica de la infantería francesa, como afirmó con orgullo Joffre, ya es más debatible.[126] De hecho, los hombres de Fayolle en la orilla sur del Somme tuvieron la suerte de enfrentarse a un enemigo más débil que en el norte. Falkenhayn, convencido de que los galos estaban clavados en Verdún, negó que estos tuvieran reservas para una ofensiva, por lo que solo dejó delante de ellos tres grandes unidades, mientras que al norte del río desplegó dos veces más divisiones.[127] Por su parte, la 121.ª División, que recibió el golpe concentrado de los franceses, era una unidad mucho más frágil que ninguna de las que se enfrentaban a los británicos. Al revés que las formaciones del norte, esta división era veterana y víctima de Verdún. Seis semanas de servicio en la «trituradora del Mosa», en marzo y abril, le habían costado alrededor de un tercio de sus efectivos: 5690 soldados y 96 oficiales. Algunos de sus regimientos de infantería perdieron casi la mitad de sus fuerzas. La unidad todavía se estaba recuperando de este trauma y, dado que llegó a sus posiciones defensivas en la segunda mitad de mayo, no conocía el terreno tan bien como los hombres de Wurtemberg y Baden del otro lado del Somme.[128] Al ser golpeada por fuerzas abrumadoras, rápidamente perdió 5000 combatientes y retrocedió. Los alemanes solo pudieron detener a los galos frente a la segunda línea al lanzar reservas a toda prisa.[129]

El primer día de la ofensiva combinada de la Entente occidental se saldó con una clara victoria para los germanos. A pesar de la enorme inversión de hombres y material, la Entente perdió su oportunidad de precipitar a los defensores en una crisis real. Los comandantes alemanes solo temían una ruptura en el sur, donde el bombardeo fue muy efectivo y sus unidades eran más débiles. Los franceses progresaron en todo su frente de 15 kilómetros y, hacia la tarde, habían avanzado 3 kilómetros. Los británicos solo tuvieron éxito al norte del Somme, donde avanzaron 1,5 kilómetros en un frente de 6 y tomaron la primera línea germana. Sin embargo, más allá de este punto, los efectos perjudiciales de la ambición de Haig y la dispersión de recursos artilleros se hicieron sentir. Los asaltos británicos en el norte fueron rechazados con bajas muy cuantiosas. En total, el 4.º Ejército encajó ese día pérdidas sobrecogedoras: 57 470 hombres. Unos 19 240 soldados cayeron muertos o perecieron por las heridas, 35 493 resultaron muertos, hubo 2152 desaparecidos y 585 prisioneros. No existen cifras concretas de las pérdidas francesas, aunque un cálculo estima que estas apenas sumaron 1590 hombres. Los alemanes perdieron alrededor de 13 000 defensores. De estas bajas, unas 8000 tuvieron lugar al norte del Somme, de las cuales 2200 fueron prisioneros en poder de los británicos.[130] Su sacrificio no había sido en vano. Aunque

habían perdido parte de la línea de frente, la valentía y firmeza de las unidades germanas protegieron de la catástrofe a su ejército —mucho menos numeroso—, frustraron la mejor oportunidad de la Entente para abrir una brecha importante y desorganizaron la ambiciosa ofensiva combinada occidental.

La Entente no explotó de inmediato los avances limitados obtenidos el 1 de julio. En el frente principal de ataque, el norte, los británicos necesitaban tiempo para reorganizarse después de sus elevadas pérdidas. La más exitosa operación francesa en el sur solo buscaba ser un mero apoyo, por lo que las reservas necesarias para explotarla no estaban disponibles de inmediato. Mientras tanto, los alemanes reforzaron sus castigadas defensas. Hacia el 5 de julio habían llegado al sector 11 divisiones, 37 baterías pesadas y 15 ligeras y 30 aeroplanos.[131] Una vez contenido el primer peligro, se dispusieron a una feroz defensa. El 3 de julio, el comandante del 2.º Ejército, el general Von Bulow, advirtió a sus agotadas tropas de lo que estaba en juego: «De la victoria del Segundo Ejército en el Somme depende el resultado de la guerra. Debemos ganar esta batalla, a pesar de la superioridad momentánea del enemigo en artillería e infantería […] por ahora, todo depende de aguantar a cualquier precio en nuestras posiciones y en mejorarlas con pequeños contraataques. Prohíbo la evacuación voluntaria de posiciones […] el enemigo solo podrá marchar adelante sobre cadáveres».[132]

Y así fue como se libró la batalla. Constantes y estériles ataques británicos en la primera mitad de julio, seguidos el 14 de julio por un asalto más grande y mejor planificado en un frente de 5500 metros. La provisión de abundante artillería permitió descargar un bombardeo cinco veces más intenso que el del 1 de julio y la infantería británica demostró su pericia, al arrastrarse por la tierra de nadie cobijada por la oscuridad para sorprender a los defensores a primera hora de la mañana. Hacia mediodía, los británicos habían tomado toda la segunda línea germana entre Ovillers y Hardecourt, más o menos la zona que los hombres de Baden habían defendido a primeros de mes, y eliminaron así un incómodo saliente.[133] Después de esto, los combates volvieron al constante desgaste. El alférez Ernst Klasen, jefe de compañía del Regimiento de Granaderos n.º 12, una formación de élite, dejó una buena descripción del suplicio de los defensores. A finales de julio, se hallaba estacionado en el bosque de Delville, el punto de máximo avance del ataque del 14 de julio; era una posición clave, donde la línea cambiaba de dirección,

de oeste a sur. Los «Tommies» que combatieron allí lo apodaron «Bosque del Demonio»,[**] pero este juego de palabras no funcionaba tan bien en alemán, por lo que Klasen se limitó a llamarlo «el infierno». Este había vivido el frenético avance de agosto de 1914, luchó en la feroz guerra de posiciones de 1915 y sobrevivió a la fase inicial de Verdún, donde vio «grandes horrores» y perdió de forma temporal sus «nervios […] algo destrozados». Así y todo, esos cinco días y noches en el frente del Somme fueron, según le contó a su familia, «los peores de toda la guerra».[134]

Con el objetivo de alcanzar la expuesta línea de frente, Klasen y sus hombres tuvieron que saltar de cráter en cráter. El aire, escribió, estaba «lleno de hierro». Una vez llegaron, el enemigo los bombardeó y atacó de inmediato. La primera experiencia marcó la pauta de los días siguientes. La unidad de Klasen recibía un «mortífero fuego de tambor» de cañones pesados, seguido de ataques de infantería. Solo una vez pudieron llegar los de intendencia con comida y bebida. Los hombres compartían las provisiones que tenían. «En ocasiones como esas —observó Klasen—, uno conoce la verdadera camaradería». El último día fue el peor. Una descarga de extraordinaria violencia anegó durante tres horas las trincheras y en su compañía casi todo el mundo quedó enterrado o con heridas leves. El propio Klasen fue alcanzado dos veces por esquirlas de metralla que, por fortuna, solo le rasgaron el uniforme y le causaron hematomas. De pronto, el fuego se detuvo y los efectivos británicos se lanzaron al asalto. Los alemanes abrieron fuego con ametralladoras y fusiles, aunque hizo falta un feroz combate cuerpo a cuerpo con granadas de mano para rechazarlos. De los mandos de su batallón, solo salieron ilesos Klasen, que fue condecorado con la Cruz de Hierro de 1.ª clase, y otros dos oficiales. Como jefe de compañía, su deber en la zona de retaguardia incluía escribir cartas de condolencia a la familia de los 130 muertos, heridos y desaparecidos de su unidad.[135]

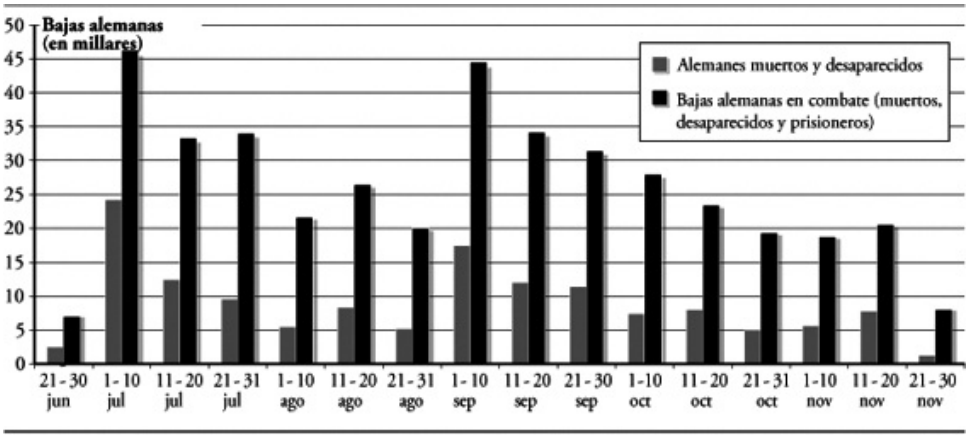
La Entente desplegó recursos inigualables durante toda la batalla del Somme. La alianza tenía unas reservas humanas muy superiores a las del enemigo: a mediados de agosto, 106 divisiones británicas y francesas habían combatido contra 57 grandes unidades y media germanas. Los británicos, por sí solos, dispararon 7,8 millones de proyectiles en los dos meses posteriores a mediados de julio. Se adoptó nueva tecnología con entusiasmo. Por ejemplo, en la batalla de Flers-Courcelette, en septiembre, desplegaron los primeros carros de combate de la historia; torpes monstruos de 28 toneladas que escupían fuego desde cañones y ametralladoras montados en barbetas. Los británicos, de igual modo, emplearon la aviación de forma innovadora y a

gran escala en misiones de reconocimiento para dirigir el tiro de la artillería e incluso para bombardear y ametrallar las posiciones de los defensores.[136] Los jefes divisionarios germanos, en su desesperación, solicitaron más cañones, mucha más munición, aviones, equipo de transmisiones, trabajadores para construir fortificaciones y más tiempo para entrenar a las tropas. «¿De dónde sacar todo eso?», se preguntó el general Max von Gallwitz, jefe del nuevo 2.º Ejército formado al sur del río, una vez el viejo 2.º Ejército había quedado dividido entre este y el nuevo 1.er Ejército, más al norte.[137] No obstante, gracias a la mala planificación y coordinación, así como al sacrificio de hombres como Klasen, los enormes recursos de la Entente obtuvieron unos resultados notablemente modestos hasta noviembre, cuando por fin se detuvo la batalla. La ruptura que Haig anhelaba nunca tuvo lugar. Se capturó un territorio muy escaso que, a finales de agosto, apenas abarcaba 8 kilómetros de profundidad por 25 de ancho. Dadas las limitaciones que imponía el campo de batalla del frente occidental, esto no era ninguna sorpresa. Sin embargo, si el mando hubiera concentrado sus unidades, en lugar de malgastarlas en ataques deslavazados a nivel de batallón, podría haber logrado este territorio a un coste de sangre menor.[138] Aún más grave: en contra de lo que dijo Haig en su despacho exculpatorio de la batalla, la Entente no logró fijar a las fuerzas germanas en el frente del Somme. Durante la campaña, se transfirieron desde el oeste 15 divisiones alemanas para encarar amenazas más urgentes en otros frentes. Aunque es indudable que la presión fue intensa, las Potencias Centrales mantuvieron reservas suficientes para apagar fuegos urgentes y sobrevivir.[139]

El argumento más común que se ha aducido para justificar los resultados de la Entente en el Somme es que infligió un daño letal al Ejército alemán. Haig argumentó, *a posteriori*, que los combates constituyeron la primera fase de una extensa «batalla de agotamiento». Después de la guerra tuvo lugar un acalorado debate que, aunque resulte extraño, apenas recurrió a las fuentes alemanas, acerca de qué bando había perdido más hombres. Británicos y franceses reconocieron en el Somme unas pérdidas de 419 654 y 204 253 hombres, respectivamente: en total, 623 907 soldados de la Entente. En su historia oficial, el Ejército alemán afirmó que sus bajas casi alcanzaron los 500 000 hombres.[140] Los autores de la historia militar oficial británica cuestionaron con premeditación esta cifra y así dar una imagen más favorable de Haig y su contingente. Sin embargo, este número no solo era preciso, sino más bien cauto e incluso conservador. Las unidades germanas remitían sus estadillos de efectivos cada diez días, en los que reportaban bajas

permanentes —muertos, desaparecidos y heridos—, así como enfermos y heridos leves que podían reincorporarse. Las listas compiladas por el 2.º y 1.er Ejércitos en el Somme presentan una cifra de 416 802 muertos, heridos —incluidos los leves— y desaparecidos. Si se añaden las bajas por gas —3053 en ambos contingentes— y trastornos psiquiátricos —la cifra oficial es de 9354 hombres, aunque los alemanes, al igual que el resto de fuerzas de la época, infravaloraban y diagnosticaba erróneamente estas afecciones—, entonces el total de bajas alemanas en combate alcanza los 429 209.[141]

Figura 4: Bajas en combate encajadas por el 1.er y 2.º Ejércitos alemanes en el Somme en periodos de diez días, de junio a noviembre de 1916.



Fuente: Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934: *Sanitätsbericht über das Deutsche Heer (Deutsches Feld- und Besatzungsheer) im Weltkriege 1914/1918 (Deutscher Kriegssanitätsbericht 1914-18). Die Krankenbewegung bei dem deutschen Feld-und Besatzungsheer im Weltkriege 1914-1918*, 3 vols., Berlin, Verlag von E. S. Mittler & Sohn, vol. III, 52-53.

Por tanto, la Entente infligió terribles pérdidas a las 103 divisiones germanas que combatieron en esa batalla, aunque no logró asestar un golpe mortal al Ejército alemán. Sus efectivos no dejaron de crecer: en junio de 1917 alcanzó el punto álgido, con tres cuartos de millón más que un año

antes, en el inicio del ataque francobritánico.[142] La impresión de que la Entente fracasó en lo que se suponía que sería su año de desgaste, 1916, se confirma por las estadísticas de bajas. A pesar de la enorme superioridad numérica y material del enemigo, y del hecho de que, al menos en teoría, estaban siguiendo una estrategia deliberada de desgaste, en 1916 las unidades germanas acumularon 1 393 000 muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros —de los cuales, 336 000 muertos—, es decir, 311 000 menos que en 1915.[143] Incluso si enmarcamos estas cifras en una batalla de desgaste, es evidente que el combate del Somme fue mal dirigido. Los primeros diez días de julio de 1916, que los británicos, con razón, recuerdan como una catástrofe, fue también la fase de mayores pérdidas para los alemanes (*vid*. Figura 4). Nunca más, en el transcurso de la batalla, los atacantes lograron causar bajas semejantes a su adversario. Visto en proporción a las fuerzas totales, solo una vez, a principios de septiembre, las cifras de pérdidas fueron superiores. Los feroces ataques británicos y franceses del 3 y 4 de septiembre eliminaron el 13 por ciento de los efectivos del 1.er y 2.º Ejércitos, en contraste con el, aproximadamente, 10 por ciento de los diez primeros días de julio, o entre el 6 y el 8 por ciento en una semana y media de deslavazadas acciones a pequeña escala en el Somme.[144]

El impacto más dañino de la batalla del Somme sobre el Ejército germano, de hecho, no fue material, sino psicológico. Un primer signo de que esta batalla fue diferente a los choques anteriores, más terrible e intensa, fue la repentina triplicación de las bajas psiquiátricas en las unidades desplegadas contra los británicos en julio de 1916 (*vid*. Figura 3). Puede que el combate fuera menos sangriento que la batalla móvil, pero era mucho más estresante. Como descubrió el príncipe Ruperto de Baviera, un reflexivo militar, jefe desde el 28 de agosto del grupo de ejércitos a cargo de la batalla del Somme, «el efecto del aplastante fuego artillero del enemigo, de vivir en cráteres, de no disponer de víveres suficientes, el hedor de los cadáveres y todas las demás dificultades de una batalla prolongada enseguida consumen los nervios de mandos y tropa».[145] El carácter impredecible de la muerte entre fuego de artillería y la indefensión que sentían los soldados bajo los intensísimos bombardeos les causaban una profunda turbación. Algunos perdían la fe religiosa: entre todo ese sufrimiento y caos resultaba muy difícil creer en la mano rectora de un Dios de amor. Los capellanes de campaña reportaron que la asistencia al culto se desplomó.[146] En otoño, la tensión empezó a alterar el rendimiento de ciertas unidades. El general Gallwitz anotó a mediados de septiembre que cada vez más hombres se declaraban enfermos y la deserción

y las heridas autoinfligidas aumentaron.[147] Circulaban rumores de que los renanos, hombres que preocupaban al Ejército debido a sus orígenes proletarios y a sus frecuentes simpatías socialistas, estaban liquidando a sus oficiales.[148] De forma más sustancial, a medida que se alargaba la campaña del Somme el porcentaje de prisioneros y desaparecidos en relación con la cifra de muertos se incrementó, un indicio de que la tropa empezaba a optar cada vez más por rendirse. Hacia octubre, en el Somme, pero también en Verdún, donde los franceses habían vuelto a tomar las fortalezas de Douaumont y Vaux, hubo informes de unidades germanas enteras que huían o capitulaban.[149]

La Entente perdió una oportunidad en el Somme en 1916. Una ruptura inicial a todo lo largo del frente de 40 kilómetros no solo estaba dentro de lo posible y, aun siendo superficial, al Ejército alemán le habría costado mucho cerrarla al estar empeñado en el duro combate de Verdún y obligado a sostener a su aliado en el otro extremo de Europa. La incapacidad británica de concentrar fuerzas y, con unas pocas excepciones, de planificar asaltos grandes y sistemáticos, derrochó una superioridad material sin precedentes y permitió a los alemanes transferir efectivos a otros puntos. Se ha exagerado mucho el éxito de la ofensiva como batalla de desgaste. Aunque cobró fama como *Materialschlacht* —batalla de material— su principal impacto fue psicológico. Las horrendas condiciones del combate y la obvia y enorme inferioridad material de su bando afectaron a los efectivos alemanes. Gallwitz mantuvo que la mayoría de soldados seguía convencido de la «necesidad de aguantar».[150] El deber de defender el hogar todavía se mantenía fuerte: *In der Heimat, In der Heimat* —En casa, en casa/nos volveremos a ver— cantaban los hombres que regresaban del combate del Somme.[151] Sin embargo, no solo los generales, sino también sus hombres, supieron lo muy poderoso que era su enemigo y lo muy cerca que habían estado de ser desbordados. Por primera vez, surgieron dudas de si Alemania ganaría esta guerra.

Consecuencias

En diciembre de 1916, todos los frentes estaban en calma. La Entente, pese a sus planes y esfuerzos, apenas había obtenido resultados. En el Somme, los británicos habían tomado en noviembre Beaumont-Hamel, un objetivo

previsto para el primer día de la ofensiva. Los franceses recuperaron la mayor parte de la tierra que habían perdido en la primera mitad del año en Verdún. Los italianos lograron algo más con la captura de los objetivos de prestigio de Gorizia y Mont-Saint-Michel en su ofensiva de agosto. Sin embargo, a continuación, extenuaron a sus efectivos en el Isonzo, en tres batallas mal planificadas y ejecutadas —la séptima, octava y novena del Isonzo—. La ofensiva de Brusílov, después de una etapa de guerra de desgaste, se detuvo en noviembre. Mucho más significativa que estas «victorias sangrientas» fue la rápida campaña de las Potencias Centrales contra Rumanía, que finalizó con la ocupación de la mayor parte del país y la captura de Bucarest a primeros de diciembre.[152]

Sin embargo, los combates de 1916, en contra de lo que pudieran indicar los modestos cambios en el mapa europeo, tuvieron un profundo efecto sobre ambas Potencias Centrales. Austria-Hungría tuvo un año particularmente desastroso. La ofensiva de Brusílov no solo le costó a las fuerzas de los Habsburgo casi 500 000 bajas; también tuvo un impacto mucho más amplio sobre el imperio. El territorio invadido por los rusos era valioso. La pérdida de Czernowitz supuso un gran golpe para su prestigio y la caída de la mina de Jakobeny en Bucovina, la principal fuente de manganeso del imperio, tuvo graves consecuencias para el esfuerzo bélico. Pese a que las minas bosnias podían compensar en parte su producción, la pérdida obligó a Austria-Hungría a reducir el porcentaje de manganeso en su acero.[153] Aún más importante: al solicitar la ayuda alemana para rechazar el ataque ruso, los mandatarios habsburgo subordinaron el Imperio a Alemania, por lo que renunciaban así a su independencia militar y a buena parte de su política exterior. El 6 de septiembre se creó en el este el «Mando Supremo Unido» (*Vereintes Oberkommando der Streitkräfte*) a las órdenes de Guillermo II y, a finales de julio, la mayor parte del frente oriental estaba bajo mando germano. Una serie de cambios en la jerarquía castrense de los Habsburgo cimentó el poder alemán. Generales germanos ocuparon puestos clave de la cadena de mando habsburgo e incluso se insertó a mandos alemanes como jefes de batallón o compañía en unidades de los Habsburgo, mientras que sus homólogos eran enviados a formaciones alemanas a aprender el arte de la guerra. Aunque esas medidas estrecharon la alianza de las Potencias Centrales, ahora Austria-Hungría asumía de forma explícita el rol de socio menor de la coalición.[154]

En Alemania, las crisis de 1916 precipitaron un cambio en el mando del Ejército. El mariscal de campo Paul von Hindenburg, el héroe de Tannenberg,

fue nombrado jefe del Estado Mayor General el 29 de agosto de 1916, con Erich Ludendorff como primer intendente general. La estrella de Falkenhayn se apagó con el fracaso de su estrategia en Verdún; sus relaciones con el canciller eran malas y el káiser perdió confianza en él tras la declaración de guerra de Rumanía. Los nuevos jefes de las fuerzas armadas, el Tercer OHL, trabajaron de acuerdo con la idea, como más tarde explicó Ludendorff, de que «hombres, material de guerra y resolución moral son cuestiones de vida o muerte para el Ejército».[155] Se tomaron medidas inmediatas para preservar recursos humanos. Introdujeron en el Somme un sistema metódico de rotaciones quincenales para conservar efectivos. Se rescindieron las órdenes de no ceder territorio, consideradas un despilfarro innecesario de vidas. En su lugar, se aplicó una defensa «elástica» flexible.[156] Más tarde se introdujeron medidas más radicales. Finalizada la batalla del Somme, Hindenburg y Ludendorff optaron por una retirada estratégica. A retaguardia del campo de batalla, 65 000 obreros, muchos de ellos trabajadores forzosos o prisioneros de guerra franceses y belgas, empezaron a construir la Línea Sigfrido, una posición inmensamente fuerte que reforzó el frente alemán y lo acortó en 50 kilómetros, lo que liberaba así a diez divisiones. Los nuevos comandantes, inspirados por la devastación que habían presenciado en la gran retirada rusa de 1915, pero con el añadido del sistema y la planificación germánica, ordenaron la destrucción sistemática del territorio abandonado, con el nombre en clave de Operación Alberich. A mediados de marzo de 1917, cuatro ejércitos alemanes se retiraron 20-40 kilómetros a sus nuevas posiciones en condiciones de máximo secreto. Dejaron atrás 1500 kilómetros cuadrados de tierra quemada y despoblada.[157]

El Tercer OHL aportó al método bélico de Alemania un carácter radical e implacable. La sociedad sería movilizada de nuevo al servicio del Ejército. Hindenburg y Ludendorff identificaron la necesidad urgente de que el frente interior enviara nuevas armas y máquinas de guerra; el Somme demostró lo muy atrasado que estaba el Reich a este respecto. Con todo, la lección primordial que el nuevo alto mando germano extrajo de los combates fue que, aunque el material era importante, el factor humano, la pericia y la motivación de los soldados eran superiores. «En esta guerra —exponía un análisis militar de la batalla del Somme—, que parece ser dominada por tecnología y número, en realidad, el factor decisivo es la fuerza de voluntad de cada persona».[158] En las etapas finales de la campaña, reducidos grupos de combatientes, apenas protegidos por cráteres artilleros y su ingenio, paralizaron con éxito a los contingentes británicos y franceses. El Somme

proporcionó experiencia en este nuevo tipo de combate, antes asociado a las fuerzas de asalto de élite, así como el impulso para institucionalizar sus métodos en toda la fuerza. Con Hindenburg y Ludendorff, el Ejército germano adoptó la «defensa elástica», reformó su estructura de mando, delegó la autoridad hacia abajo y sustituyó la compañía de 200 efectivos por el pelotón de 8 hombres como unidad táctica básica. Las consignas del entrenamiento eran el trabajo en equipo, la iniciativa y la independencia: «Los soldados con nervios duros como el acero, explicaban los manuales, eran el sostén principal del combate». Aquí es donde radica la paradoja del Somme: el Ejército alemán sangró profusamente y quedó muy afectado por la batalla. La fuerza que surgió de esta batalla era más frágil, como reveló al año siguiente el aumento de la indisciplina y las deserciones. Sin embargo, en el transcurso de aquel calvario, se adaptó y emprendió una revolución táctica. En 1917, la Entente se enfrentaría a un adversario más flexible, hábil y peligroso.[159]

8

PRIVACIONES

Sufrimiento y penurias

Para los civiles centroeuropeos, el año 1916 no fue menos siniestro que para sus soldados. El interior y el frente estaban íntimamente conectados y era inevitable que las sangrientas luchas al este y oeste repercutieran mucho más allá del campo de batalla. Con siete millones de alemanes y casi cinco de austrohúngaros en los cuarteles o en el frente, casi todas las familias tenían a alguien de quien preocuparse. Conforme aumentaban las bajas —el total de muertes militares de Alemania y Austria-Hungría desde el inicio de la guerra superó el millón en el transcurso de 1916— también crecían el número de los que guardaban luto en la patria.[1] Además, esas sociedades, aparte de padecer una tristeza inconsolable, inquietud y estrés, también estaban cada vez más exhaustas y empobrecidas. La canalización de recursos hacia las fuerzas armadas, el bloqueo cada vez más asfixiante, el agotamiento del suelo y la mala gestión burocrática conllevaron terribles penurias. Para el frente interior, el rasgo definitorio de ese año fue el desabastecimiento alimentario.

Los habitantes de las ciudades alemanas y austrohúngaras, y sobre todo los de las grandes metrópolis, se enfrentaron, a partir de los años centrales de

la contienda, a una lamentable lucha por encontrar comida. Podemos entrever en las cartas de Anna Kohnstern a su hijo-soldado Albert los problemas que atravesaban su madre y otros ciudadanos de Hamburgo, la segunda urbe más grande de Alemania. En marzo de 1916 le contó que se formaban colas de 600 a 800 personas ante las tiendas cada vez que llegaba un envío de mantequilla. Sus cartas de abril evidencian que el frente interior se estaba convirtiendo en un campo de batalla para el consumidor: según le explicó, en un tumulto para comprar carne, fallecieron dos mujeres y dieciséis tuvieron que ser hospitalizadas. Tanto la mantequilla como la carne habían sido escasas y caras durante buena parte del año anterior. Lo que empeoró 1916 fue que se consumió el grano de la última cosecha antes del nuevo año y que en primavera las patatas empezaron a agotarse. La familia perdió peso, Anna en particular, pues enviaba a su hijo en el frente una parte de su insuficiente ración. Con el verano se produjeron en Hamburgo los primeros disturbios de importancia por el hambre, en el que millares de mujeres y jóvenes de clase trabajadora gritaron pidiendo pan, saquearon panaderías y pelearon contra la policía. El otoño frío y húmedo creó las condiciones para que un hongo destruyera la mitad de la cosecha anual de patatas. Esto hizo inevitable un invierno terriblemente difícil, el peor, desde el punto de vista nutricional, de los que Alemania experimentó durante la contienda. En noviembre, Anna, desesperada, escribió a Albert: «Comprar comida está cada vez peor. Una se pasa todo el día de un lado a otro y no consigue nada». La madre y sus cinco hijas cerraron casi toda la casa y se apiñaron en una sola habitación para ahorrar combustible de calefacción, que también era caro y escaso. Al igual que otras familias en toda Centroeuropa, las Kohnstern subsistieron ese invierno a base de nabos, un alimento para ganado que el Estado obligó a los granjeros a ceder. Las cartas de Anna empezaron a transmitir una franca desesperación. «No podremos superar el invierno —recogió el primer día de diciembre, cuando todavía les esperaba la peor parte de su calvario—. Ya hace mucho que debería haber finalizado la guerra».[2]

En los pueblos y ciudades de Alemania y Austria-Hungría, millones compartían los apuros de las Kohnstern. La búsqueda de los escasos bienes esenciales como jabón, combustible, ropa y, por encima de todo, alimentos, dominó cada vez más la vida de los civiles. El *Berliner Tageblatt* informó, en mayo de 1916, de lo mucho que había cambiado el panorama urbano. La compra diaria, antes tan simple, se había convertido en una competición despiadada con el vecino:

> Aquel que quiera dar un paseo por las calles de la ciudad en esas frescas noches de primavera verá, antes de la medianoche, figuras cargadas con todo tipo de enseres domésticos, arrastrándose aquí y allá frente a los mercados, a veces delante de los diversos almacenes y tiendas de abastos. Primero solo hay unos pocos, pero con las campanadas de medianoche los grupos crecen hasta devenir muchedumbres. Las mujeres son mayoría. Al principio, se apoyan en los escalones de las tiendas o en las barandillas de hierro de los parques. Sin embargo, al cabo de poco tiempo una coloca un saco de heno cerca de la entrada y se pone cómoda. Esta es la señal de un movimiento general. Tras la afortunada propietaria del saco de heno, una segunda mujer saca una tumbona. Cerca de esta, una dama menos exigente toma posición sobre un simple asiento de cestería, que ha traído —Dios sabe desde qué distancia— desde su apartamento […] Entre, y detrás de los afortunados, se forman filas cada vez más largas, con de cinco a ocho personas cerca de cada mujer, hombres en un número más modesto e incluso algunos niños.
>
> En las filas comienza una animada charla.
>
> Al cabo de un tiempo, las conversaciones cesan. La mujer con el saco de heno se estira para una breve cabezada. La mujer de la tumbona sigue su ejemplo. Los otros permanecen allí apáticos, algunos duermen de pie y la luz de la luna da a sus pálidos rostros un aspecto aún más cerúleo. La policía se presenta y se pasea parsimoniosa de un lado a otro. Despunta el alba. Nuevas muchedumbres llegan […] por fin, empieza la venta. El resultado: apenas media libra o, si uno tiene mucha suerte, una libra entera de carne, manteca o mantequilla para la mitad de los compradores, mientras que el resto tiene que irse sin nada.[3]

Los berlineses no fueron los únicos que bailaban «la polonesa», apodo que se dio durante la guerra a hacer cola, porque uno se ponía en la fila y empezaba a temblar. Esa misma danza de privaciones se escenificaba, día y noche, en las ciudades de toda Centroeuropa. Los vieneses sufrieron más que la mayoría. En la primavera de 1917, un cuarto de millón de personas, aproximadamente el 12 por ciento de la población urbana, hacía al menos una de las casi 800 colas que se formaban en la ciudad. Más de una quinta parte de esos compradores se iban con las manos vacías y las fuerzas malgastadas. En algunos distritos de clase trabajadora se formaban filas delante de las

panaderías poco después de las 10 de la noche. Todo el que acudiera después de las 3 de la madrugada no era probable que llegara al mostrador antes de que se agotase la harina en venta.[4]

La compradora exitosa —pues las colas eran en su gran mayoría femeninas, dado que muchos hombres estaban en el Ejército o la industria bélica y, por tanto, tenían acceso a una provisión independiente de alimentos — no solo necesitaba saber dónde estaría la siguiente e irregular entrega de alimentos y estar allí con suficiente antelación para alcanzar la cabeza de la fila antes de que los limitados suministros se acabaran, también debía tener poder adquisitivo para comprar los bienes. Aunque los controles oficiales mantuvieron bajo el precio de ciertos bienes básicos, también esto era todo un reto a causa de la rápida inflación. Los precios de la alimentación en las ciudades germanas, ya a finales de 1915, eran una vez y media superiores a los de época de paz. El nuevo desabastecimiento desencadenó un súbito repunte de la inflación, que en la primavera de 1916 llegó a duplicar los niveles de preguerra, donde permaneció el resto del año. En Austria, que carecía de medios financieros para sostener una gran guerra, la inflación se disparó: el coste de la vida era dos veces y media superior al de preguerra, ya a finales de 1915, y en diciembre de 1916 estaba más de seis veces por encima.[5] Aunque los ingresos también aumentaron, estos no igualaron el rápido ascenso de los costes. En Alemania, los ingresos reales de la mayoría de personal obrero manual, masculinos y femeninos, valían en marzo de 1916 el 75 por ciento de su valor de preguerra y solo el 60 por ciento hacia septiembre de ese mismo año. Incluso en industrias bélicas como municiones, metalurgia, productos químicos y eléctricos, donde la paga era muy superior a la media, los ingresos reales de los obreros cayeron en un 8 por ciento para las mujeres y en más del 20 para los hombres.[6] A los trabajadores austriacos les fue peor, no solo debido a la inflación, más elevada, sino también porque se les forzaba a rendir más que al proletariado de la Alemania en guerra. Las fábricas austriacas que producían para el Ejército estaban sujetas a la «Ley de Rendimiento de Guerra» (*Kriegsleistungsgesetz*) de 1912, que suspendía el derecho de los trabajadores a dejar su puesto o de organizar protestas colectivas. Así, en la industria del metal, que en el Reich era uno de los sueldos más elevados y duraderos, todos los obreros austriacos, excepto los más cualificados, vieron cómo sus ganancias reales caían a la mitad del nivel de preguerra ya en marzo de 1916. En 1918, los salarios reales de los trabajadores de Bohemia, la principal región industrial del imperio, apenas tenían el 35 por ciento de su valor de preguerra.[7]

Los administrativos lo tenían más difícil aún. Los salarios alemanes fueron reducidos durante los primeros dieciocho meses de contienda. Con posterioridad, los trabajadores de oficina recibieron subidas de sueldo y más emolumentos. Aun así, a la conclusión de 1917 sus ganancias nominales solo eran un 18 por ciento superiores a las que recibían en el momento del estallido de las hostilidades, mientras que los obreros manuales de las fábricas que no producían para la guerra habían recibido aumentos del 40 por ciento y muchos de los trabajadores de la industria bélica incrementaron sus ingresos en un 100 por ciento. Los funcionarios civiles no estaban más protegidos que los administrativos de los negocios privados; hacia 1917, sus salarios habían perdido alrededor de la mitad de su valía. En ese momento, muchos oficinistas ganaban menos que los obreros de las municiones, un cambio que les supuso una profunda humillación.[8] También en Austria la inflación devoró el sueldo de los burócratas. Su descontento era un peligro de particular importancia, pues la Administración era el «pegamento» indiferente al nacionalismo, que mantenía unido el Imperio de los Habsburgo.[9] La burguesía que vivía de un ingreso fijo como una pensión, o de sus ahorros, también padeció severas penurias, tanto en Viena como en las periferias del imperio. Aleksandra Czechówna, en absoluto una de las ciudadanas más desfavorecidas de Cracovia, se lamentó en septiembre de 1916 de lo que ella denominó «dinero caro» y se quejó de tener que «arreglárselas sin muchas de las cosas a las que estaba acostumbrada» e incluso «pasar hambre de vez en cuando».[10]

Como si no fuera suficiente el aumento del desabastecimiento y el coste de los alimentos, la calidad de estos también menguó. El centeno y las patatas que se añadían desde 1914 a la harina de trigo empezaron a escasear, lo cual obligó a sustituirlos por alternativas menos apetitosas. Se utilizó maíz molido, lentejas, guisantes, nueces, granos de soja, tréboles y salvado para «estirar» el pan. También usaban arena y serrín, aunque esto era ilegal. El grano legítimo se molía con una textura menos fina que en preguerra, con lo que entraban cáscaras en el pan y lo hacía más difícil de digerir. El gusto del pan de guerra de 1914 no era malo del todo, cuando se usaba cebada y patata; la peor queja era que carecía de la textura crujiente del pan blanco. Más adelante, sin embargo, el pan de guerra se hizo repugnante: «No podías cortarlo en rebanadas —recordó con asco un habitante de Cracovia décadas más tarde—, tenías que romperlo con las manos. Era amarillo, pegajoso, nada bueno».[11] Algunas hogazas hechas con harina podrida y malos ingredientes tenían efectos alarmantes sobre el organismo. «He estado vomitando —le explicó

una mujer a sus familiares en abril de 1918, cuando vivía del pan de mala calidad de la ración en Bulgaria—. Siento ardor desde la boca al pecho, como si hubiera fuego, y pesadez como si tuviera una piedra dentro».[12]

Con la desaparición gradual de los alimentos habituales de las tiendas empezó la búsqueda de sustitutivos. Los historiadores rastrearon los libros en busca de indicios de lo que comían sus antepasados en tiempos de carestía. Los químicos trataron de extraer aceites de las semillas de mostaza, uva y amapola.[13] La empresa privada participó con entusiasmo. Hacia el final de la guerra se vendían en Alemania más de 11 000 productos *ersatz* (sucedáneos), incluidos 33 sustitutivos del huevo y 837 tipos diferentes de sucedáneo de salchicha. Antes de mediados de 1916 no estuvieron regulados, por lo que los fabricantes engañaron con descaro a los hambrientos compradores. Ciertos «sucedáneos de huevo» no eran más que maíz o harina de patata con colorantes. Un «sucedáneo de pimienta» contenía un 85 por ciento de ceniza. En Austria, un artículo etiquetado «café azucarado» resultó tener arena como uno de sus ingredientes principales. Algunos productos *ersatz* eran peligrosos. La «harina» hecha de yeso fue uno de los comistrajos más letales que se vendieron.[14] Incluso cuando se hacía un intento honesto de simular el producto original el resultado solía ser desagradable. Las salchichas *ersatz*, por ejemplo, eran pequeños tubos de mucosidad. La ley autorizaba un contenido de agua de hasta el 70 por ciento, dado que no solo escaseaba la carne, sino también la harina necesaria para rellenarlas. La bebida predilecta de los centroeuropeos, el café, también experimentó un drástico deterioro. Antes de 1914, solo los ricos consumían café de granos puros; los menos pudientes lo bebían mezclado con achicoria, cereales o bellota molida. El desabastecimiento de guerra, sin embargo, impulsó a los productores a experimentar con otros ingredientes. Hacia 1918, se fabricaba sucedáneo de café con cáscaras de nuez, huesos de ciruela e incluso tallos y cortezas de nabo.[15]

Los individuos lucharon contra la privación. Incrementar los ingresos era una estrategia obvia, pues para aquellos que pudieran pagar en efectivo siempre era posible obtener comida fuera de los conductos oficiales. En Alemania, al contrario de lo que se ha asumido durante mucho tiempo, durante las hostilidades no hubo una avalancha de mujeres que accedieron a su primer empleo y con ello dieron un primer paso hacia la emancipación. En conjunto, el empleo femenino se mantuvo en niveles similares a los de preguerra. Lo que sí cambió fue *dónde* trabajaban las mujeres. Centenares de miles dejaron puestos poco remunerados en la industria textil, el servicio

doméstico y, a pesar de los intentos de la Administración por retenerlas, en la agricultura a cambio de los emolumentos superiores que ofrecían las industrias bélicas. Esto también sucedió en Austria-Hungría, aunque a una escala menor, debido a la menor base industrial del país. En el oeste del imperio, las mujeres constituían alrededor del 40 por ciento de la mano de obra de la industria de guerra en 1916. En la mitad magiar, las industrias manufactureras pasaron de la mitad de mujeres trabajadoras al 65 por ciento, de 137 075 a 209 833, entre diciembre de 1914 y mayo de 1916. Otras ocuparon los puestos de su marido movilizado. Hacia el otoño de 1915, un quinto de las 14 000 trabajadoras de las compañías tranviarias alemanas, por ejemplo, eran esposas de obreros del tranvía llamados a filas. Para las mujeres de soldados con niños pequeños, el trabajo doméstico, como coser sacos terreros o montar máscaras antigás, podría proporcionar un pequeño, aunque útil, suplemento a las ayudas estatales.[16]

Los miembros de las familias trabajaban juntos por la supervivencia. En los primeros años de la contienda, los víveres fluían desde el interior al frente, pero esto se revirtió en parte en 1916, toda vez que los soldados compraban comida en los territorios ocupados y se los enviaban a su familia. Anna Kohnstern tenía la suerte de tener un hijo en la retaguardia militar de Bélgica. Este, tras volver de permiso y ver cómo vivía, empezó a enviarle judías, mantequilla y carne. Los combatientes de primera línea como su hijo Albert tenían menos oportunidad de adquirir alimentos, pero muchos enviaban dinero.[17] Los vástagos adolescentes también aportaban a los ingresos comunes de la familia. Las muchachas tenían escasas oportunidades de ganar un sueldo alto, por lo que asumían labores domésticas como cocinar, limpiar, cuidar de hermanos menores y hacer colas mientras sus hermanos o madres estaban en el trabajo. Para los chicos adolescentes, por el contrario, el trabajo de guerra era interesante y, para los mayores de 16 años, obligatorio, una vez se aprobó la Ley de Servicios Auxiliares en diciembre de 1916. La proporción de puestos industriales ocupados por adolescentes pasó del 16 por ciento de preguerra a más del 25 por ciento en 1916. Aprovechaban la falta de mano de obra de la economía bélica, pues cambiaban de trabajo una media de tres o cuatro veces al año para conseguir el sueldo más elevado posible. En las factorías de municiones sus sueldos no solo subían con más rapidez que los de sus madres; hacia 1918 llegaron a superarlos.[18] Hombres, mujeres y niños de las fábricas trabajaban jornadas extremadamente largas. En época de paz, en las factorías metalúrgicas lo normal para los varones era una semana laboral de 57 horas, con seis jornadas de 11,5 horas, que incluía dos horas de

descanso obligatorio aunque no remunerado. Estas jornadas extenuantes se alargaron aún más durante la guerra; algunos obreros estaban en sus puestos 15 o incluso 18 horas diarias, mientras que las mujeres de la industria de municiones tenían semanas laborales de 54-60 horas. Los trabajadores no cualificados eran los que más trabajaban para compensar su bajo salario con horas extra. Los que trabajaban de noche, domingos o festivos podían obtener incentivos extra del 40 o 50 por ciento.[19]

Una vez cobrado el sueldo semanal, los trabajadores salían a toda prisa del trabajo en busca de comida. En las ciudades, primera línea de esta guerra del hambre, las tiendas estaban desprovistas y las colas eran largas, por lo que la gente iba al campo para saltarse el sistema oficial de abastos y comprar directamente a los granjeros. Durante la segunda mitad del conflicto, muchísimos alemanes hicieron «el hámster» (*Hamstern*), nombre que se daba a estas excursiones ilegales de suministro. En 1917, los viajeros en las líneas rurales de los domingos, el único día de descanso, eran tan numerosos que en ciertas regiones la intervención policial fue imposible. Se desplegó en las estaciones a personal de seguridad y se prohibió llevar sacos al campo, pero los «hámsteres» eludían con decisión todos los obstáculos. Utilizaban caminos forestales para esquivar los controles policiales de las carreteras principales o viajaban al amparo de la oscuridad. Las mujeres se cosían bolsillos en la ropa interior y engañaban así a la policía, que carecía de personal femenino para cachearlas. Otras se enviaban la comida por correo a sí mismas, hasta que las autoridades se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo y empezaron a comprobar los paquetes. Algunas utilizaban ingeniosos disfraces o fingían estar embarazadas y se ceñían quesos y mantequilla en el vientre. En un extraño giro de las sospechas del inicio de la contienda de que los agentes enemigos se disfrazaban de monjas, algunas «hámsteres» vestían hábitos y tocas monjiles con la esperanza de pasar los controles de comida sin que las molestaran.[20]

Hacer el «hámster» marcó los límites de la solidaridad bélica de alemanes y austriacos. Con el aumento del hambre, el cambio hacia la preservación individual —o familiar— era comprensible, pero socavó el sistema oficial de suministro y con este la *Burgfrieden*. Las entregas de leche en Stuttgart ofrecen un llamativo ejemplo de lo muy dañino que era el contrabando para el suministro oficial de alimentos. A causa de los «hámsteres» de fin de semana, la ciudad recibía los domingos y los lunes una sexta parte de la leche que llegaba otros días. Cuando alteraban el horario de trenes, de forma que se imposibilitaba llegar a una región granjera vecina después de las horas de

trabajo, el sistema de abastos oficial recibía de inmediato 500 litros adicionales de esa zona.[21] Para ser justos, debe decirse que los hambrientos buscadores de comida no eran los únicos responsables. El contrabando era un gran negocio llevado a cabo por redes criminales profesionales. Los alimentos de mercado negro en el sur de Alemania, más pudiente en relación con el resto, costaban el doble que el precio oficial y cuatro o cinco veces más de lo que se habría pagado por ese artículo antes de la guerra. En Austria, donde el desabastecimiento era extremo, las diferencias eran aún mayores: la harina blanca, por ejemplo, se vendía en 1917 en el mercado negro de Galitzia occidental a casi seis veces el precio oficial y a más de quince veces el precio de preguerra.[22] Las autoridades, pese a que perseguían a los hambrientos «hámsteres» y a los contrabandistas profesionales, también ignoraron los precios oficiales. El Ministerio de la Guerra de los Habsburgo y otros organismos centrales pagaban por encima, ya en 1916, por la sencilla razón de que no había otra forma de obtener ciertos productos en cantidades suficientes. Algunos municipios compraban víveres a precios ilegales.[23] Grandes firmas armamentísticas como Thyssen y Krupp hicieron enormes adquisiciones ilegales de comida con la connivencia de funcionarios militares. Los nutrientes se repartían en las cantinas fabriles o se entregaban a los «sindicatos amarillos» controlados por los dueños, para mantener a los obreros sanos y obedientes, lo cual, sin duda, beneficiaba la producción de municiones. No obstante, estas compras significaban penurias para todos los demás.[24] El mercado negro floreció en 1916 y hacia 1918 entre un tercio y un quinto de la producción agraria germana se vendía por cauces ilegales: esto incluía la octava y la séptima parte de las patatas y el pan, de una cuarta a una tercera parte de la mantequilla, leche y queso y entre un tercio y la mitad de toda la carne y los huevos.[25]

Alemanes y austriacos no solo buscaban nutrientes adicionales en las zonas agrarias, sino que también producían su propia comida. El desabastecimiento alimentario fomentó en ambos países el entusiasmo por los huertos urbanos. En el distrito vienés del Prater se parcelaron 200 000 metros cuadrados de tierra. Hacia el otoño de 1918, 157 300 residentes de la ciudad cultivaban sus propios «huertos de guerra».[26] La cría de pequeños animales también captó el interés de la gente desesperada. Se abandonaron perros y gatos, reemplazados por mascotas comestibles: conejos, patos, gallinas y ocas. Las cabras en particular se hicieron muy populares. Mientras que los rebaños de otros tipos de ganado se desplomaron durante las hostilidades, en Alemania la cifra de cabras creció en casi un millón durante los cuatro años

de guerra. Eran una fuente de leche, fáciles de cuidar y requerían tan poco pasto que circulaban historias apócrifas de algunas personas que criaban cabras en los balcones de los apartamentos.[27] Mientras algunas personas cultivaban huertos, otras trataron de incrementar su poder adquisitivo sumándose a cooperativas de compra de alimentos. A menudo estas se organizaban en el trabajo y muchas se basaban en iniciativas de antes de la guerra. Los trabajadores ferroviarios de Galitzia, muy activos en este campo, daban a sus asociaciones de compra de alimentos nombres tan respetables como «Solidaridad» o «Ahorro». Grupos de clase media con dificultades como los maestros establecieron organizaciones similares. También hubo iniciativas informales y a menor escala: la Facultad de Derecho de la Universidad de Praga, por ejemplo, cada semana de 1917 distribuyó entre su personal una ternera, adquirida por medio de contactos en la Administración.[28] Otras actividades cooperativas eran más explotadoras. Anna Kohnstern, por ejemplo, incapaz de permitirse comprar la carne a la que le daba derecho su cartilla de racionamiento, intercambiaba los cupones con otra mujer a cambio de dulces. Esta utilizaba la carne adquirida para suplementar su dieta o para venderla con un alto margen de beneficio. En opinión de Anna, su cartilla, de otro modo inservible, al menos le daba «algo —según explicó— con lo que esquivar el hambre».[29]

Con independencia de lo que hicieran, ya fuera cultivar huertos, «hacer el hámster» o trabajar largas horas extra para obtener dinero con el que comprar comida en el mercado negro, los civiles centroeuropeos sufrieron terriblemente a causa del desabastecimiento de alimentos. Perdieron peso y quedaron debilitados, agotados y más vulnerables a las enfermedades. Ilustra la magnitud del problema de Alemania el que incluso los soldados, la parte de la población mejor provista —o al menos la menos mal alimentada—, también pasaran hambre. A finales de 1916, una inspección médica de los reclutas del acuartelamiento del Regimiento de Infantería n.º 46, en la región rural de Posen, determinó que, después de un mes de entrenamiento, un 15 por ciento había perdido peso y algunos hasta 7 kilogramos. La causa era la infraalimentación: las tropas recibían cuatro quintas partes de carbohidratos, la mitad de las proteínas y alrededor de un cuarto de las grasas que les correspondían. El doctor militar a cargo de la investigación advirtió de que los organismos de los jóvenes soldados y su rendimiento militar se resentirían si no incrementaban las raciones.[30] Los civiles, que experimentaban la malnutrición prolongada que temía el doctor, justificaban tal advertencia. La falta de alimentos ocasionó daños terribles, en particular en grupos

vulnerables como niños y adolescentes. En Múnich, los doctores vieron en 1916-1917 que, en comparación con la altura y peso de antes de la guerra, niños y niñas eran 2-3 centímetros más bajos y pesaban entre 2 y 3,5 kilogramos menos.[31] En Austria, las privaciones también marcaron a los más jóvenes. Durante el último año de hostilidades, los que tenían entre 6 y 13 años, simple y llanamente, dejaron de crecer y la infancia vienesa de 12 a 14 años tenía el aspecto de criaturas enfermizas de 8-10. En las remotas tierras alpinas, algunos niños y niñas presentaban tal malnutrición que ni siquiera podían caminar.[32]

El que los civiles padecieran inanición fue, y sigue siendo, un asunto muy controvertido. Tras la contienda, las autoridades germanas afirmaron que la población civil acumuló 763 000 fallecimientos extra. Los recientes trabajos del historiador Avner Offer han cuestionado esta cifra. La alimentación fue adecuada, argumenta, a excepción del «invierno del nabo» de 1916-1917 y el verano de 1918. También ayudó el que, al adelgazar, la necesidad de calorías de la población se redujera. En apoyo de su argumento cabe alegar que la mortalidad infantil del Reich apenas se alteró, de hecho, fue ligeramente más baja durante la mayor parte de la contienda que antes de la guerra (*vid*. Tabla 7).

Sin embargo, los más pobres y hambrientos no están bien representados en los estudios, elaborados en época de guerra, en los que se apoya la obra de Offer. Todas las investigaciones, además, coinciden en que, aunque las personas no se estaban muriendo de hambre, sí que padecían una peligrosa malnutrición que las hacía vulnerables a las enfermedades. En consecuencia, las muertes civiles aumentaron en un tercio e incluso más si se cuentan las víctimas de la epidemia de gripe de 1918. Resulta significativo que la tendencia al alza de los fallecimientos femeninos se iniciara en 1916, justo cuando se agravó la crisis alimentaria. Los ancianos, al igual que los más jóvenes, eran muy vulnerables. La tuberculosis, la neumonía y otras afecciones pulmonares mataban mucho. En consecuencia, una cifra revisada de 424 000 fallecimientos extra, sumados a las 209 000 muertes de la gripe de 1918, parece del todo posible.[33]

En Austria-Hungría, la crisis de salud pública fue aún peor. No obstante, mientras que tras la guerra las bajas civiles germanas suscitaron un apasionado debate y simbolizaron los agravios ocasionados por los aliados, los muertos no combatientes del Imperio de los Habsburgo provocaron escasa discusión, indicio del mayor valor que, en el transcurso del siglo XX, se dio a las vidas occidentales en comparación con las del este. Una estimación

extrapolada de los fallecimientos en Bohemia sitúa las pérdidas civiles imperiales en 467 000 a lo largo de la contienda.[34] La población habsburgo sumaba tres cuartos de la de su aliado, con lo que esta figura implica un porcentaje similar de decesos civiles en ambas Potencias Centrales. No obstante, existen buenas razones para creer que esto subestima el conjunto de la mortalidad civil. Primero, Bohemia era la región más fértil de Austria y, con Galitzia, uno de sus centros agrarios más importantes. Además de las regiones vecinas de Silesia y Moravia, Bohemia cultivaba tres quintas partes de la cebada de la mitad oeste del imperio y más de un tercio de las patatas y el trigo antes de la contienda. Por tanto, era más probable que el abastecimiento fuera mejor allí que en otros lugares. El segundo motivo, que refuerza al primero, es la innegable variedad de las diversas Tierras de la Corona. La estimación no puede calcular la mortalidad asociada a la invasión de Galitzia, cuya población, mal alimentada y alojada, quedó devastada en 1915 por epidemias de cólera, tifus y disentería.[35] Aunque su precisión es cuestionable, también hubo noticias de hambruna en el sur de Estiria y de inanición en Croacia.[36]

Tabla 7: Mortalidad infantil, 1914-1918 (en relación con el porcentaje de niños nacidos con vida).

	Alemania	**Austria***
1913	15,1	18,0
1914	16,4	16,9
1915	14,8	21,1
1916	14,0	19,8
1917	14,9	18,8
1918	15,8	19,5

*Solo incluye el territorio de la futura República de Austria.

Fuentes: Meerwarth, R., 1932: «Die Entwicklung der Bevölkerung in Deutschland während der Kriegs-und Nachkriegszeit», en R. Meerwarth, A. Günther y W. Zimmermann, *Die Einwirkung des Krieges auf Bevölkerungsbewegung, Einkommen und Lebenshaltung in Deutschland*, Stuttgart/Berlin/Leipzig/New Haven, Deutsche Verlagsanstalt, 65; y Helly, K., 1926: «Statistik der Gesundheitsverhältnisse der Bevölkerung der Republic Österreich in und nach dem Kriege», en

C. Pirquet (ed.), *Volksgesundheit im Kriege*, 2 vols., Wien/New Haven, Hölder-Pichler-Tempsky A.-G./Yale University Press, vol. I, 20.

De igual modo, las raciones asignadas indican que la vida era más dura en el este del Imperio austrohúngaro, a pesar de que estaba mejor abastecido que el oeste. En abril de 1917, la ración diaria de carne, manteca, harina y patatas en Alemania sumaba 615 gramos por cabeza, las regiones húngaras productoras de patatas recibían 595 gramos, otros distritos magiares 331 gramos y una cantidad inferior en la mitad austriaca de imperio.[37] Las estadísticas fragmentarias que se conservan de las tierras austriacas sugieren una crisis de proporciones inigualables. Los bebés alemanes en su primer año de vida, al contrario que los niños pequeños, escaparon de lo peor de las privaciones porque se alimentaban de leche materna y porque la tasa de natalidad experimentó un descenso drástico, mientras que en la parte austriaca del imperio la mortalidad infantil se incrementó durante la guerra (*vid*. Tabla 7). Para otros grupos de edad, la tendencia al alza de los fallecimientos civiles empezó en 1915, antes que en el Reich.[38] La peor situación se dio en Viena. Allí, las muertes se producían por inanición, no solo por mera malnutrición. Los doctores estimaron que la falta de alimentos fue la causa directa de alrededor del 10 por ciento de los decesos en época de guerra y un factor interviniente en un 20-30 por ciento de defunciones. Durante la segunda mitad de la contienda, Alemania estuvo al borde de la inanición. En las tierras de los Habsburgo, algunas regiones de Austria superaron ese límite.[39]

Las causas del desabastecimiento

Nada, ni siquiera las graves bajas, la intervención de nuevos enemigos o los objetivos de guerra anexionistas hicieron tanto por desestabilizar las sociedades centroeuropeas como la falta de alimentos. El «invierno del nabo» d e 1916-1917 fue el punto de inflexión; acabó con la paciencia de los pueblos. El descontento y las protestas previas al invierno no fueron más que un preludio de la agitación ubicua, más violenta y cada vez más politizada en las calles y en la industria que definió la vida urbana en 1917. Su importancia hace que valga la pena profundizar en las causas de ese desabastecimiento y en la respuesta de las autoridades. ¿Cómo empeoraron tanto las condiciones

de vida? ¿Eran conscientes los mandatarios de las Potencias Centrales de la amenaza que suponían las carencias nutricionales y no solo para las vidas de sus súbditos, sino para la propia existencia de sus Estados? ¿Cómo de efectivas fueron sus contramedidas?

El problema de fondo de los alemanes era que su país, incluso en época de paz, no tenía una producción agraria autosuficiente. Con anterioridad a 1914, un cuarto del grano y dos quintas partes de las grasas que consumían su población y sus animales eran importados.[40] La guerra dañó esta base agraria insuficiente. La producción alimentaria, que en 1914 y 1915 descendió en un 11 y un 15 por ciento en relación con los niveles de 1913, se desplomó en un 35 por ciento en 1916 y en un 40 por ciento en 1918.[41] Hubo dos causas. Primero, la falta de mano de obra. El Ejército movilizó a granjeros y obreros, lo cual despojó a las haciendas del país de los gestores más experimentados y de los hombres en mejor forma física. Hacia 1916, más de un cuarto de los trabajadores agrarios alemanes tenía menos de 16 años y casi un sexto superaba los 60. También se movilizó un tercio de los caballos de granja de la nación. Esos animales, acostumbrados al trabajo duro, eran ideales para tirar de los cañones y los suministros del Ejército, pero su ausencia impidió a las granjas arar y cosechar toda la tierra que cultivaban en preguerra. El segundo factor, y el más importante, fue la falta de fertilizante. Los fertilizantes artificiales que empleaban los agricultores, muy especialmente los nitratos, que en su mayoría se importaban desde el extranjero antes de la guerra, cayeron en alrededor de dos tercios. Los granjeros solo disponían de cerca de la mitad del estiércol natural de época de paz, porque su ganado había experimentado un declive catastrófico, tanto en número como en peso. La cabaña vacuna de Alemania descendió en más de un décimo, de 11 320 000 en 1913 a 9 528 000 en 1918 y los cerdos en más de la mitad, de 25 659 000 a 10 270 000.[42] La mala alimentación hizo que esos animales pesaran justo la mitad que los de preguerra y que produjeran menos abono para los campos. Esto, a su vez, significaba menos cosechas y un círculo vicioso de constante reducción de suministros. Adolf von Batocki, presidente de la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra (*Reichsernährungsamt*), establecida en mayo de 1916, no estaba del todo equivocado cuando se quejó de que «es la falta de suministros, no el sistema, la causa responsable de nuestra actual situación».[43]

Antes de 1914, Austria-Hungría, una sociedad mucho menos industrializada, era, al contrario que Alemania, autosuficiente en los principales productos alimentarios. En consecuencia, el hecho de que las privaciones de guerra fueran mayores que en Alemania, y que la mitad

austriaca de la Monarquía dependiera en ocasiones de la ayuda alimentaria del Reich, requiere una explicación. Hubo tres factores que negaron la ventaja de los Habsburgo del inicio. Primero, los cimientos del desastre se pusieron en 1914, con la invasión rusa de Galitzia y Bucovina. Esas Tierras de la Corona tenían una extraordinaria importancia para el suministro alimentario de la mitad austriaca del imperio, pues antes de la guerra criaban casi un tercio del ganado y cultivaban más de un tercio del trigo y cerca de la mitad de las patatas. Las invasiones devastaron ambas regiones. La población fue desplazada, se destruyó la infraestructura agropecuaria y se llevaron los animales de tiro. En 1915, la zona de sembrados de centeno cayó al 35,3 por ciento, el trigo al 18,4 y los campos de cebada y avena a solo el 5 por ciento de la extensión cultivada en los últimos años de preguerra. El territorio nunca se recuperó durante el conflicto. En 1917, el rendimiento de esas cosechas era de un 25 por ciento o, en el caso del centeno, del 35 por ciento de la producción de los años de paz.[44]

Segundo, la agricultura del resto del imperio atravesó problemas similares a los que padecieron los granjeros de Alemania, lo cual no solo imposibilitó reemplazar la producción de Galitzia, sino que dio lugar a un déficit de alimentos aún mayor. Hubo la misma escasez de recursos humanos y animales: con la movilización, el Ejército de los Habsburgo se llevó 814 000 caballos, aproximadamente una quinta parte del total del país. Se movilizó a millones de hombres. El estiércol y los fertilizantes necesarios para regenerar el suelo también escaseaban.[45] Las estadísticas de producción alimentaria de la región, que tras la guerra se convirtió en la República de Austria, ilustran la severidad con que la contienda afectó incluso a territorios fuera del alcance de las operaciones bélicas (*vid*. Tabla 8).

La agricultura de Hungría sufrió menos daños. Paradójicamente, esto se debió a su profundo subdesarrollo. Antes de la guerra, el uso de fertilizantes artificiales era limitado y que desaparecieran del mercado durante los años de guerra tuvo un impacto menor sobre los rendimientos que sobre los métodos agropecuarios más modernos e intensivos empleados en la mayor parte de Austria y Alemania. Hacia 1916, numerosas cosechas habían caído a tres cuartos o menos del nivel de 1913. En el último año del conflicto, la mayoría de cultivos rindió algo por debajo de los del último año completo de paz (*vid*. Tabla 9).

El tercer factor, que explica la profunda severidad de la escasez en Austria, fue la falta de solidaridad entre las dos mitades del imperio. Incluso en tiempo de paz, Austria solo cubría dos tercios del consumo de harina de la

población, un tercio de la carne de vaca y poco menos de la mitad de carne de porcino. Hungría, que producía grandes excedentes agrícolas a pesar del atraso de sus granjas, proporcionaba más del 90 por ciento de las importaciones necesarias. Viena dependía en buena medida del comercio magiar, pues la mayor parte de la carne que se consumía en la ciudad antes de 1914 venía del otro lado de la cercana frontera.[46] Para la población austriaca, por tanto, fue una catástrofe que, hacia 1916, las importaciones húngaras cayeran a cerca de la mitad de la leche y la carne, a menos de un tercio de las grasas y solo a un 3 por ciento de los cereales que proporcionaba antes de la guerra (*vid*. Tabla 10).

Tabla 8: Rendimiento de las cosechas austriacas, 1913-1917 (solo incluye el territorio de la República de Austria posterior a 1918).

Cultivo (en kg)	1913	1914	1915	1916	1917
	Cifras de referencia 1913=100				
Trigo	1 089 600 000	95	71	54	47
Centeno	2 087 300 000	91	62	46	43
Cebada	1 351 100 000	94	48	52	29
Avena	1 907 200 000	101	44	54	25
Patatas	7 697 100 000	101	82	51	-
Remolacha azucarera	6 780 800 000	100	68	66	43

Fuente: Grebler, L. y Winkler, W., 1940: *The Cost of the World War to Germany and to Austria-Hungary*, New Haven, Yale University Press, 151.

Tabla 9: Rendimiento de las cosechas húngaras, 1913-1918.

Cultivo (en kg)	1913	1914	1915	1916	1917	1918
	Cifras de referencia 1913=100					
Trigo	4 119 100 000	70	98	74	81	63
Centeno	1 274 400 000	85	91	75	80	65
Cebada	1 738 000 000	82	73	65	46	51
Avena	1 448 700 000	87	81	85	53	46
Patatas	4 875 300 000	109	119	89	61	64
Remolacha azucarera	4 775 800 000	84	53	42	33	45
Maíz	4 624 800 000	95	88	51	57	52
Colinabo	5 984 700 000	101	92	68	49	64

Fuente: Grebler, L. y Winkler, W., 1940: *The Cost of the World War to Germany and to Austria-Hungary*, New Haven, Yale University Press, 153.

Hungría asumió, a partir de mediados de 1916, la responsabilidad exclusiva del aprovisionamiento militar, lo cual explicaría, en parte, el hundimiento de sus exportaciones a Austria. Los 500 millones de kilogramos de harina y grano entregados al Ejército durante el año siguiente se aproximaban a la cantidad enviada a la mitad oeste del imperio durante 1915. Sin embargo, dado que ya en 1915 el cereal exportado a Austria apenas sumó el 37 por ciento de la cantidad que recibió en 1913, no era una justificación muy sólida. Es más, los civiles austriacos no se beneficiaron de la nueva organización, pues, a pesar de las promesas húngaras, no se logró cubrir las necesidades de los soldados. El Ejército tuvo que requisar 290 millones de kilogramos de grano rumano asignado al consumo de la población austriaca. Austria, a pesar de su acuciante situación, suministraba la mayor parte del azúcar de las fuerzas armadas y 4 100 000 cabezas de ganado, bastante más de la mitad del total proporcionado.[47]

Hungría, como bien sabían tanto la clase política como la opinión pública de Austria, no contribuía de forma equitativa al esfuerzo de guerra de los Habsburgo. Sin embargo, el sistema dual privaba a Austria de capacidad de presión. El ministro presidente Tisza, no contento con negarse a igualar el racionamiento en todo el imperio, aprovechó la inusual posición de fuerza de Hungría en las negociaciones decenales para la renovación del compromiso en 1917. Su defensa de los mezquinos intereses magiares fue obtusa y funesta, pues ignoró el hecho de que el destino de Hungría dependía de la supervivencia de su famélico vecino austriaco. No obstante, también se debía

a un problema más hondo: la podredumbre del Estado húngaro. El Gobierno de Tisza carecía de una sólida legitimidad, a causa de la restringida base electoral de la Cámara de Representantes, y también porque en 1910 tuvo que recurrir a la intimidación y a la corrupción para conseguir la mayoría. Los llamamientos a la población a aceptar mayores sacrificios provocaban, de forma inevitable, escepticismo y peticiones indeseables de un incremento recíproco de la democracia. Ya en la sesión parlamentaria de la primavera de 1915 Tisza tuvo que desestimar una propuesta para conceder derecho a voto a todos los veteranos del frente de más de 20 años, por temor a que tal cosa abriera la puerta al sufragio universal. Mantener el suministro alimentario de Hungría, al menos a un nivel por encima del de Austria, era esencial tanto para evitar la agitación popular, como para los llamamientos a favor de las reformas políticas.[48]

Tabla 10: Importaciones alimentarias de Austria a Hungría, 1914-1917.

Alimentos (en kg)	Media de 1909-1913	1914	1915	1916	1917
Cifras de referencia 1913=100					
Cereales	1 392 810 000	73	37	3	2
Harina	731 610 000	77	29	8	3
Legumbres	14 710 000	197	162	48	4
Verduras	151 970 000	68	106	81	37
Ganado (cabezas)	327 000	108	43	13	29
Leche	70 450 000	93	66	45	17
Mantequilla	19 270 000	104	80	31	32
Tocino y manteca	19 270 000	104	80	31	32
Carne	15 290 000	112	79	57	52

Fuente: Loewenfeld-Russ, H., 1926: *Die Regelung der Volksernährung im Kriege*, Wien/New Haven, Hölder-Pichler-Tempsky A.-G./Yale University Press, 61.

Aún más importante: toda alteración de la agricultura o del suministro alimentario conllevaba el peligro de irritar a la aristocracia y la nobleza terrateniente que dominaban la política húngara. Tisza, él mismo un gran terrateniente, puso mucho esfuerzo en no perjudicar sus intereses materiales en los primeros años de hostilidades, aun a costa del esfuerzo bélico imperial. El Ministerio de la Guerra de los Habsburgo recomendó, ya a principios de

agosto de 1914, suspender los aranceles a la importación de grano, pero Tisza, temeroso de que esto redujera el precio de los alimentos, bloqueó la medida hasta octubre, con lo que se perdió la oportunidad de importar reservas de Rumanía e Italia antes de que estos países restringieran las importaciones. En años posteriores, el Gobierno húngaro se negó a seguir el ejemplo austriaco de imponer control de precios a los bienes agrícolas y, con ello, reducir los beneficios de su principal apoyo político. Es más, insistieron incluso en que las entregas debían ser de harina perecedera en lugar de grano más robusto para sostener el negocio de los molinos húngaros, no los austriacos. En diciembre de 1915, el homólogo austriaco de Tisza, Stürgkh, pidió a los magiares aplicar medidas más estrictas para controlar los alimentos; alegó que no podrían ser más difíciles de introducir que el reciente y exitoso decreto para incrementar la edad del servicio militar a 42. No entendía el problema. Mientras que la primera medida afectaba a una población de abrumadora mayoría rural y sin derechos políticos, la segunda dañaría el crucial apoyo de la clase privilegiada, la cual, de todos modos, sentía escasas simpatías por la Austria de los Habsburgo o incluso le era hostil. Para Stürgkh, se trataba de una pugna directa entre los «intereses del pienso» de Hungría y la «nutrición humana» de Austria. El ministro de Agricultura magiar, el conde Hadik, dejó muy clara la posición de su Gobierno al respecto: comunicó a los negociadores austriacos que «la cabaña húngara de vacas y puercos debe salir indemne de la guerra».[49]

Pese a que la propaganda de las Potencias Centrales achacaba las privaciones a la despiadada «guerra de hambre» de los británicos, las causas eran más complejas. El bloqueo naval británico, más que provocar la falta de alimentos, en realidad limitó a alemanes y austrohúngaros a emplear su base de recursos en constante reducción. Al principio, el cierre no era en absoluto hermético, pero se fue reforzando poco a poco, en particular tras el establecimiento en Gran Bretaña, en febrero de 1916, de un nuevo Ministerio del Bloqueo. Para privar a Alemania y al Imperio austrohúngaro de suministros no bastaba con enviar patrullas navales al canal de la Mancha y al mar del Norte, o estacionar buques frente al litoral dálmata. En la interrupción del flujo de bienes desde los neutrales a las Potencias Centrales tenían igual importancia la coerción despiadada y la diplomacia imaginativa. En febrero se hicieron públicas «listas negras» de empresas de las que se tenía constancia que comerciaban con el enemigo. Las compañías británicas tenían prohibido hacer negocios con tales firmas, a sus buques se les negaba combustible — una medida posibilitada por el monopolio de Gran Bretaña sobre las

estaciones de carboneo— y, si lograban entrar en aguas europeas, podían ser detenidos por patrullas de la Royal Navy. La medida era un poderoso elemento disuasorio para aquellos empresarios tentados de comerciar con las Potencias Centrales. Gran Bretaña fue aún más agresiva: a partir de junio de 1916 reemplazó el fracasado plan de racionamiento voluntario por el racionamiento forzoso de los países neutrales. Los británicos retenían los bienes llegados por mar que superaran las necesidades de preguerra de los neutrales, con el fin de impedir la reexportación masiva de productos de todo el mundo que tuvo lugar entre los neutrales y Alemania y Austria-Hungría durante el primer año de la contienda. También se puso atención en limitar el flujo de bienes producidos por los neutrales hacia los enemigos de Gran Bretaña. Una de las soluciones a las que se llegó fue la imposición de acuerdos de compra a las potencias neutrales, que garantizaba a la Entente el derecho a adquirir un porcentaje de su producción. Con frecuencia, estos tratados eran menos lucrativos que vender a los alemanes, desesperados por obtener suministros. No obstante, las amenazas británicas de emplear su control de las rutas marítimas para reducir las raciones o detener a los buques de los neutrales del continente solían bastar para imponer su cumplimiento. Desde una perspectiva humanitaria, esto provocó unos resultados muy perversos. Mientras que los civiles europeos padecían malnutrición, los británicos dejaban pudrirse el arenque noruego que compraban con el único objetivo de impedir su venta al enemigo.[50]

A medida que se multiplicaban los enemigos de las Potencias Centrales, se reducían sus opciones para importar alimentos. La declaración de guerra de Italia a Austria-Hungría, en mayo de 1915, cerró un mercado. La entrada en las hostilidades de la fértil Rumanía del lado de la Entente, en agosto de 1916, asestó un golpe aún más duro. En el otoño de 1915, la derrota de Serbia reabrió la ruta fluvial del Danubio durante medio año, lo cual permitió a Alemania y Austria-Hungría importar 2,5 millones de toneladas de cereal de Rumanía. Las Potencias Centrales desarrollaron un eficiente sistema de adquisición, al menos en comparación con el de la Entente. El primer año de guerra trajo el caos, pues no solo los representantes del Estado alemán y Habsburgo, sino también los de las grandes ciudades, empresas, municipios y otros compradores particulares subieron los precios de los alimentos en el mercado libre. No obstante, en septiembre de 1915, más de dos años antes de que sus adversarios adoptaran medidas similares, los Estados centralizaron sus compras al extranjero mediante la concesión del monopolio al organismo germano, la Corporación Central de Adquisiciones

(*Zentral-Einkaufsgesellschaft*).[51] Aunque no era exclusivo —en los últimos años de la guerra, otras autoridades estatales asumieron más responsabilidad sobre las importaciones de alimentos—, las estadísticas de importaciones de esta entidad ilustran los dramáticos efectos del estrechamiento del bloqueo británico, la entrada en guerra de Rumanía y, por último, el inicio de las hostilidades con Estados Unidos en abril de 1917 sobre la capacidad de las Potencias Centrales de hallar fuentes externas de suministros (*vid*. Tabla 11).

Tabla 11: Importaciones alemanas por medio de la Corporación Central de Materias Primas de Guerra (en miles de toneladas).

Alimentos	**1916**	**1917**	**1918**
Grano y pienso	1040,93	9,03	45,04
Legumbres	75,23	0,08	0,64
Frutas, verduras, mermelada	82,35	82,20	88,89
Azúcar	18,98	29,59	41,09
Huevos	40,40	37,19	16,39
Leche	10,12	23,17	16,82
Queso	48,78	36,29	11,81
Mantequilla	73,85	36,32	7,40
Manteca	6,61	1,78	0,06
Carne	102,89	115,41	50,77
Pescado	12,35	54,81	22,16

Fuente: Skalweit, A., 1927: *Die deutsche Kriegsernährungswirtschaft*, Stuttgart/Berlin/Leipzig, Deutsche Verlagsanstalt, 24.

El declive de la producción doméstica de las Potencias Centrales y el cierre de fuentes externas de abastecimiento a causa del cerco y el bloqueo naval dieron una importancia aún mayor a la gestión eficiente. En los primeros años de la guerra, al pueblo alemán y al habsburgo se les garantizó

que habría suficiente comida, si se consumía con moderación, y de esto surgió la expectativa, razonable aunque errónea, de que sus dirigentes garantizarían la provisión de un sustento adecuado. De acuerdo con los valores centrales de la «cultura de guerra», no solo debía haber suficiente, sino que la distribución de los recursos escasos tenía que ser equitativa. Hacia 1916, la capacidad de los Gobiernos de cumplir tales expectativas se convirtió en una prueba decisiva de su legitimidad.

La (mala) gestión de la escasez

Los intentos de gestión de los alimentos de los dirigentes alemanes y austrohúngaros durante los dieciocho primeros meses de la guerra fueron un desastre. Controles locales no coordinados, el énfasis en que los consumidores pudieran pagar la comida más que en incentivar la producción y una completa incomprensión del complejo sistema agrario perjudicaron la producción y crearon nuevos desabastecimientos. La creciente carestía de alimentos y la furia en aumento de la opinión pública impulsó a los líderes de las Potencias Centrales a hacer reformas. Alemania actuó primero, con el establecimiento, el 22 de mayo de 1916, de la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra (*Kriegsernäherungsamt*), integrada en el Ministerio de la Guerra. La nueva entidad proyectaba una imagen de directorio dinámico e imparcial para el pueblo y por el pueblo. Su consejo, en la mejor tradición de la *Burgfrieden*, estaba formado por representantes del Partido Socialdemócrata, sindicatos, ciudades y grupos de mujeres burguesas. Se eligió para dirigirlo al antiguo presidente de Prusia Oriental, Adolf von Batocki. Tras enfrentarse a la invasión rusa de 1914-1915, se esperaba que también pudiera superar esta nueva amenaza vital contra Alemania.

La prensa, entusiasmada, recibió a Batocki con el título de «Dictador de la comida», lo cual suscitó exageradas expectativas entre la opinión pública. Su Oficina Imperial Alimentaria de Guerra, de hecho, no ejercía control centralizado sobre el aprovisionamiento. El suministro del Ejército quedaba fuera de la jurisdicción de la Oficina y su autoridad se limitaba a Prusia, no al conjunto de Alemania. Aún peor: los ministerios prusianos de Agricultura e Interior siguieron ejerciendo su influencia sobre cuestiones alimentarias, lo cual provocó disputas competenciales. La Oficina logró anotarse algunos

logros. Impuso mejor coordinación entre los estratos inferiores de la burocracia e introdujo algo muy necesario: una regulación estricta sobre más alimentos. También ayudó a que se tomara al fin la decisión de prohibir a los generales al mando de las regiones que emitieran órdenes que afectasen al suministro y precios de los alimentos sin antes consultarlo con el Ministerio de la Guerra. No obstante, la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra no tenía autoridad para coordinar el aprovisionamiento en Alemania. De todos modos, aunque se la hubieran concedido, el descenso de la producción, el bloqueo británico y los graves errores de la política alimentaria anterior suponían obstáculos insuperables para alimentar a la población del Reich.[52]

Aunque la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra no cumplió en absoluto las esperanzas que los alemanes habían puesto en ella, a los súbditos habsburgo, desesperados por los torpes intentos de gestión de sus líderes, les parecía un modelo de eficiencia. Dada la acuciante situación alimentaria de Austria tras la invasión de Galitzia, y la reticencia del Gobierno húngaro a prestar ayuda, la apatía del ejecutivo de Stürgkh resultaba escandalosa. El pan no empezó a racionarse en Austria hasta abril de 1915, dos meses después de que los alemanes dieran ejemplo. A medida que la comida escaseaba cada vez más, las críticas contra la inacción gubernamental ganaron en intensidad. En comparación con el impresionante título de «Dictador de la comida» del Reich, la Comisión Interministerial establecida en Austria una semana más tarde, el 30 de mayo de 1916, para mejorar las políticas de abastos parecía endeble; no era más que un nuevo estrato burocrático sobre una administración indolente. A primeros de octubre se fundó, en el Ministerio del Interior, la «Oficina de la Comida» (*Ernährungsamt*), pero esta no era más que el producto de una reorganización de competencias, en vez de una revisión radical de los aprovisionamientos. Tres semanas más tarde, el 26 de octubre, los húngaros eclipsaron a la administración de Stürgkh con el establecimiento en su mitad del imperio de la Oficina Popular de Alimentos (*Stelle für städtische Lebensmittelversorgung*), responsable de centralizar y gestionar el abastecimiento público. Por fin, con el pueblo clamando más que por un dictador de la comida por un «mesías», por usar la expresión de un informe, el Gobierno austriaco se sintió obligado a actuar de forma más decisiva. El 1 de diciembre de 1916, entró en funcionamiento, después de apenas tres semanas de preparativos apresurados, la nueva Oficina de Alimentación del Pueblo (*Amt für Volksernährung*), cuyo jefe reportaba directamente al ministro presidente. Al igual que la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra de los alemanes, incorporaba un consejo. Entre los

siete miembros había representantes de agricultura, industria y fuerzas armadas, además de políticos, entre ellos el socialdemócrata Karl Renner. Se trató de garantizar la composición étnica mixta de los designados, con la esperanza de que la implicación de todos los grupos interesados restableciera la deteriorada legitimidad del imperio.

En última instancia, reconstruir la legitimidad dependería del éxito de la nueva organización para llenar los buches austriacos y ello dependería, por encima de todo, de imponer a Hungría la entrega de más suministros. A la conclusión de 1916 existía en cada una de las dos mitades del imperio dos administraciones alimentarias, bastante centralizadas pero independientes. La cooperación entre ambas seguía siendo tibia. El AOK, que cuidaba con gran celo de preservar la independencia del abastecimiento alimentario de los militares mientras se quejaba preocupado de la inminente catástrofe del aprovisionamiento civil, consideró, como siempre, que ellos lo podrían hacer mejor y propuso una autoridad alimentaria unificada dirigida por un general. Tisza se negó en redondo. El Comité Común de Alimentos (*Gemeinsamer Ernäherungsausschuß*), establecido por fin el 27 de febrero de 1917 y dirigido por el general Ottokar Landwehr von Pragenau, era un vehículo para facilitar la comunicación entre los dos Gobiernos, no el órgano ejecutivo ideado por Conrad von Hötzendorf, con potestad para distribuir comestibles por todo el imperio. Un segundo intento, a finales de año, de coordinar de forma más efectiva las necesidades militares y civiles en ambas mitades del imperio experimentó el mismo problema. Hungría siguió estando mejor aprovisionada que Austria durante toda la contienda.[53]

El racionamiento fue el instrumento principal al que recurrieron los Estados para cumplir las expectativas populares de una distribución de comida equitativa y suficiente. En Alemania, este comenzó en Berlín con la harina en enero de 1915 y, durante el mes siguiente, se fue extendiendo al resto del país. En un presagio amenazador, ya en marzo se redujo la ración de 225 gramos de pan por persona y día a 200 gramos. Los austriacos distribuyeron cartillas de racionamiento para la harina y el pan en abril de 1915. Los húngaros, gracias a su mayor riqueza agraria, evitaron esta medida hasta enero de 1916. A medida que escaseaban los artículos, la lista de bienes racionados se fue alargando. En el Reich, las patatas fueron racionadas a partir de la primavera de 1916 y la asignación local de carne empezó alrededor de la misma época, si bien hasta el otoño no se distribuyeron por toda la nación cupones de racionamiento. Las grasas se restringieron desde julio y la leche a partir de finales de agosto. Hacia el invierno de 1916, solo se

podían adquirir de forma legal comestibles con las cartillas de racionamiento. Los austriacos tardaron más en organizarse. El azúcar pasó a estar racionado casi un año después del pan y las cartillas de harina se repartieron en marzo de 1916. Esto fue seguido, a partir de entonces, de más controles. En mayo se introdujeron cupones para la leche, en junio para el café y en septiembre para las grasas. El racionamiento no incluyó a las patatas hasta octubre de 1917.[54]

El racionamiento parecía un instrumento de ahorro de alimentos a la medida del ideal *Burgfrieden*. En teoría, repartía los sacrificios de forma equitativa y garantizaba el bienestar hasta del más humilde de todos los súbditos. En la práctica, aplicar las restricciones de forma correcta resultó extremadamente difícil. Los cupones eran más efectivos cuando se aplicaban a bienes escasos como mantequilla, azúcar, harina o sopa, donde los tenderos se limitaban a servir de distribuidores. Sin embargo, los artículos que necesitaban procesamiento en la tienda antes de entregarse al público ofrecían abundantes oportunidades para los abusos, celos y enemistades personales. La carne es un buen ejemplo. Los carniceros recibían reses que despiezaban, repartían y vendían entre los consumidores con cupones de racionamiento. Si las autoridades centrales eran demasiado generosas con la porción asignada, el carnicero tendría carne sobrante, que vendería bajo mano a clientes preferenciales a precios superiores al máximo legal. Si recibía demasiada poca carne, entonces esta se agotaría antes de satisfacer las necesidades de todos los consumidores con derecho a adquirirla. Otra complicación adicional era que no toda la carne era de la misma calidad. Los cortes más selectos solían reservarse para los clientes de preferencia o se guardaban para la venta privada ilegal.[55]

Dos problemas integrales socavaron la fe pública en el sistema de racionamiento. El primero fue la frecuente falta de los bienes que prometía la cartilla de racionamiento. Esto explica por qué había colas para todo. Si las tiendas se quedaban sin comida, entonces, como sugería con ácido sarcasmo una tarjeta postal satírica de 1917, la gente no tendría otro remedio que comerse las cartillas:

Asado dominical, 1917

> Tome el cupón de la ración de carne, báñelo en el cupón de huevo y fríalo con el cupón de la mantequilla hasta que tenga un agradable color dorado. Haga al vapor la cartilla de patatas y verduras hasta que adquiera una placentera textura blanda y espésela con el cupón de harina. De postre, hierva la cartilla del

café, añada las cartillas de leche y azúcar y moje en él el cupón del pan. Tras la colación, lávese las manos con el cupón de jabón y séqueselas con la cartilla de racionamiento.

¡Pero nosotros, los alemanes, resistiremos!

¡Lo hacemos con mucho gusto![56]

Lo deprimente era que incluso para las personas que tenían el dinero y lograban reunir toda la comida a la que tenían derecho este ejercicio de supervivencia era en vano, pues la ración era insuficiente. Los nutricionistas de la época estimaban que una persona adulta necesitaba 3000 calorías diarias —las estimaciones modernas sugieren 2500—. En teoría, la ración diaria básica del Reich ofrecía al principio 1985 calorías, pero no tardó en bajar a 1336 y, en el verano de 1917, a 1100 calorías. Los húngaros recibían 1273 calorías, monto inferior, según señaló un experto de la época, a lo que necesita de por vida una persona durmiendo.[57] Los austriacos, y los vieneses en particular, estaban peor alimentados. En la capital de los Habsburgo, la ración básica comenzó por 1300 calorías y descendió hasta las 830,9 en el momento del armisticio.[58] Un nutricionista que intentó vivir solo de la ración del Reich perdió un cuarto de su peso corporal en siete meses. La opinión pública no necesitaba tales experimentos para ver lo obvio: una mujer de Alta Silesia resumió con ironía el dilema de los alemanes. Se quejó de que la ración oficial era «demasiado escasa para vivir y demasiado grande para morir».[59]

El sistema de raciones tampoco logró garantizar que el hambre se repartiera de forma equitativa. Consensuar qué era justo e igualitario también resultaba difícil. Desde el principio quedó claro que asignar la misma cantidad de comida a cada individuo no era la respuesta. Cuando los funcionarios del grano imperial alemán establecieron que las raciones para la infancia de entre 1 y 8 años debían ser la mitad que las de una persona adulta, hubo en la opinión pública protestas por lo que les parecía despilfarro de las autoridades. La hostilidad pública se centró en las madres, a las que se acusaba de beneficiarse injustamente de las raciones excesivas de la prole.[60] La población fue dividida en categorías, bien con respecto a las necesidades de cada individuo, o bien a los servicios que prestara al Estado el ciudadano o ciudadana. Al menos al principio hubo el consenso generalizado de que

ciertas personas tenían necesidades especiales. En el verano de 1916 se racionó la leche y las madres lactantes, inválidos y bebés recibieron máxima prioridad, tanto en Austria como en Alemania. En las grandes urbes en particular el suministro de leche experimentó un descenso catastrófico; en Viena, en el transcurso de 1915 se desplomó a la mitad del nivel de preguerra. En Berlín, ya a primeros de año, el suministro cayó a apenas el 20 por ciento. Solo los privilegiados podían conseguir lo que empezó a denominarse «oro blanco».[61]

Mucho más controvertida fue la división de la población en función de su actividad. La diferencia básica era entre productores y consumidores. Los granjeros eran designados *Selbstversorger*, o «autoalimentados», y, con el objetivo de animarlos a producir, sus raciones eran mucho más abundantes que la del urbanita medio: en Alemania recibían más pan y ración doble de carne. Una parte sustancial de la población quedaba incluida en esta categoría: en Austria, sumaba más de un tercio de la población. Sin embargo, existían profundas diferencias entre regiones: mientras que en los territorios rurales de Bucovina y Galitzia más de la mitad de las personas eran «autoalimentados», solo el 12 por ciento de la Baja Austria, de mayoría étnica germana, recibía tal denominación, así como menos del 10 por ciento de los habitantes de Dalmacia e Istria.[62]

Los administradores de los años de guerra también dividieron a los consumidores, con lo cual crearon un conjunto nuevo y heterogéneo de grupos de interés cuyas lealtades y pertenencias variaban con los cambios en los sistemas distributivos. La división más notable se daba entre receptores de la ración estándar y el «trabajador pesado» que realizaba trabajos duros y esenciales para el esfuerzo bélico, al cual se le asignaba un suplemento. Esta distinción fue introducida en ciertas ciudades austriacas y alemanas durante 1915. En junio de 1916, la práctica abarcó a toda la nación germana y se introdujo una categoría nueva, la de «trabajador más pesado». Estas personas tenían derecho a suplementos sustanciales. Los «trabajadores pesados» recibían 100 gramos diarios de pan extra además de su ración estándar de 200 gramos, mientras que los «trabajadores más pesados» obtenían 600 gramos y doble porción de patatas. Al principio, estas codiciadas categorías solo incluyeron a hombres, pero, a finales de octubre de 1916, una vez empezó la campaña de nuevos armamentos del Tercer OHL, la lista pasó a incluir a trabajadoras de la industria de guerra. Al mismo tiempo se recortó la ración al resto. Las crecientes quejas contra la injusticia del sistema impulsaron a las autoridades germanas y austriacas a reducir los privilegios de esos obreros a

principios de 1917 y a instituir nuevos suplementos para ayudar a los más desfavorecidos.[63] Sin embargo, ser designado «trabajador pesado» o «trabajador de municiones» continuó ofreciendo ventajas nutricionales a amplias secciones de la población. En Düsseldorf, uno de los centros industriales más importantes de Alemania, hacia 1918 alrededor de un tercio de la población entraba dentro de esas categorías. En Austria, aunque menos industrializada que su aliado, 5 millones de personas, alrededor de un tercio de todos los no autoalimentados, acabaron recibiendo privilegios de «trabajador pesado»; en ese momento, se justificaba a diario la necesidad de mantener fuerzas de seguridad leales, pues los mercados repletos de compradores hambrientos y los centros urbanos eran lugares de creciente agitación. En Viena, al contrario que en Berlín, los funcionarios públicos se procuraron sus propios privilegios con la apertura, en 1916, de economatos exclusivos para su personal. Dado que la opinión pública atribuía la falta de comida a la incompetencia de la Administración, esta medida no buscaba ni incrementar su autoridad ni la legitimidad del régimen.[64]

La incapacidad del sistema de racionamiento de garantizar un suministro de alimentos constante o equitativo animó a las autoridades a buscar otras soluciones. Esto dio lugar a una de las instituciones más características de la Centroeuropa en guerra: la cocina pública, también conocida en Alemania como «cocinas populares». Estas utilizaron y ampliaron las cantinas municipales de auxilio social de la preguerra, si bien estaban inspiradas en ideales muy diferentes. Pretendían atender a toda la comunidad nacional —o, en el caso de Austria-Hungría, a toda la comunidad multinacional—. Ofrecían un nuevo modelo de alimentación de masas para la era de la *Burgfrieden*. Se esperaba que fueran muy eficientes. Agilizarían el suministro: era más fácil garantizar entregas regulares a un número limitado de grandes centros de alimentación que a millares de tiendas y establecimientos en competencia. Se ahorrarían cantidades de valioso combustible, pues cocinar al por mayor consumía menos carbón o gas que millones de hogares calentando porciones individuales. Los nuevos centros también eliminarían la necesidad de colas, pues los consumidores cancelarían las cartillas de racionamiento con una semana de adelanto, por lo que los proveedores podrían saber cuántas porciones debían cocinar. Se eliminaría el riesgo de disturbios de furiosos compradores con las manos vacías. La población civil se ahorraría tener que hacer cola durante la noche, estaría mejor alimentada y menos agotada, lo cual tendría un impacto positivo sobre la producción bélica. Era una jugada maestra que parecía ofrecer la solución a todos los problemas de abastos,

salud y orden público, al tiempo que reafirmaba el compromiso de los Gobiernos con la *Burgfrieden*. Las autoridades prusianas actuaron con entusiasmo. A mediados de abril de 1916, el Ministerio del Interior ordenó a las grandes ciudades integrar y expandir su red de cantinas. Hacia octubre, operaban en toda Alemania 1457 cocinas populares, capaces en conjunto de preparar casi dos millones de porciones diarias.[65]

Para decepción de los defensores del suministro de comida bélico de masas, pronto se vio que a la población no le apetecía este sistema. El problema no era que las «cocinas populares» sirvieran mala comida. En Austria, en particular, algunas de las descripciones de las primeras colaciones son apetecibles. La primera cantina de Praga vendía pastel de carne, panceta y patatas y, de postre, tarta de manzana. El comedor de Salzburgo, que abrió sus puertas en noviembre de 1916, es probable que fuera más estándar, pues ofrecía alimentos más modestos, pero baratos y nutritivos. Por 60 *heller*, los comensales recibían tres cuartos de litro de sopa y medio litro de verduras y patatas. Los domingos, festivos, y cada vez que fuera posible, se añadía una pequeña porción de morcilla de sangre o de pastel de carne.[66] Incluso en Alemania, donde la población se quejaba de la reiterada inclusión en el menú de un viscoso estofado, conocido en la jerga de esos años como «vaca a granel», las cocinas públicas eran al menos una fuente de vacuno en un país donde escaseaban la carne, los productos lácteos y, en última instancia, cualquier otro tipo de sustento. En realidad, todo el que pudiera comer en otros lugares rechazaba las «cocinas populares» por la sencilla razón de que recordaban demasiado al auxilio social de pobres. Antes de la guerra, la clase media-baja apenas ganaba más que los trabajadores cualificados y durante la contienda sus salarios eran, con frecuencia, inferiores a los de los obreros de la industria bélica. La identidad de clase, por tanto, dependía en gran parte de mantener una apariencia de estilo de vida burgués. Comer en los salones comunitarios o hacer cola en la calle para adquirir una ración de estofado en uno de los «cañones de *gulasch*» ambulantes del Ejército, era una forma segura de perder prestigio en el vecindario: un sacrificio excesivo, aunque fuera por la *Burgfrieden*. Para superar esta resistencia, se establecieron cocinas independientes para la «clase media» en las que la comida costaba el doble. Esta respuesta no solo fracasó, sino que minó el ideal igualitario que, en teoría, sostenía este plan, además de desprestigiar a las cocinas entre los trabajadores, los cuales también tenían su orgullo y rechazaban toda insinuación, por más inexacta que fuera, de que vivían de la beneficencia. En

Berlín, donde la resistencia a usar las salas era más fuerte, muchas habían cerrado en agosto de 1917.[67]

A pesar de todo, las «cocinas populares» proporcionaron una indispensable red de seguridad a la población empobrecida, cuyo número no dejó de aumentar con la duración de las hostilidades. En Alemania, su uso llegó al máximo en los terribles meses invernales de principios de 1917, pero, incluso dos años más tarde, cuando acabó la guerra, casi un 9 por ciento de los habitantes de las metrópolis germanas comía en ellas con regularidad. Fuera de Berlín, la cifra de comedores se duplicó entre 1914 y el fin de la contienda. En la capital habsburgo, donde la falta de alimentos fue mucho peor, el servicio de comida de masas tuvo un papel aún más importante para mantener con vida a la población. En 1916, Viena tenía 28 cocinas de guerra, que complementaban una extensa red de comedores de auxilio social. Hacia el último año de hostilidades, 68 cocinas de guerra daban de comer a una media de 150 000 personas diarias. Los comedores nutrían a 134 000 al día y las instituciones privadas de beneficencia entregaban pan, sopa tibia o bebidas calientes a otras 120 000 personas. En total, 404 000 residentes, alrededor de una quinta parte de la población de la ciudad.[68] La cantidad de comidas gratis nos sirve de índice del creciente empobrecimiento de la ciudadanía durante la contienda (*vid*. Tabla 12). En las ciudades de Galitzia, región devastada por la guerra, la privación alcanzó niveles extraordinarios. En Leópolis, que nunca se recuperó de los daños que la invasión causó en sus redes de transporte y suministro, más del 70 por ciento de sus ciudadanos necesitaba algún tipo de ayuda alimentaria en enero de 1918.[69]

Tabla 12: Comidas gratis dispensadas en los comedores sociales de Viena, 1914-1918.

Periodo	**Comidas gratis**
Octubre 1914-diciembre 1915	15 500 000
1916	20 000 000
1917	33 000 000
1918	41 000 000

Fuente: Loewenfeld-Russ, H., 1926: *Die Regelung der Volksernährung im Kriege*, Wien/New Haven,

Hölder-Pichler-Tempsky A.-G./Yale University Press, 354.

Los Gobiernos centrales no eran capaces de llevar a término sus planes de proporcionar una alimentación equitativa y adecuada, pero no era solo por su culpa. La competición surgida en los niveles inferiores de la Administración hizo su labor más difícil. Los funcionarios provinciales y municipales, conscientes de estar en un juego de suma cero en el que alguien tendría que quedarse con menos, formaron alianzas y presionaron sin cesar. La Städtetag, la dieta de los principales municipios de Alemania, defendió con tal éxito su acceso a la comida —un hecho que, sin duda, a numerosos ciudadanos les habría sido difícil de creer— que, en mayo de 1916, los distritos rurales del país se unieron en agrupaciones similares con objeto de salvaguardar sus intereses. Los administradores regionales y municipales viajaban a Berlín y Viena, donde recorrían las numerosas oficinas de alimentos e importunaban a su personal para que incrementara las raciones asignadas a su pueblo o ciudad.[70] En Austria llegaron incluso a hacer trampas para mejorar su abastecimiento. Las autoridades falseaban las reservas y obstruían los intentos de retirar comida de sus áreas, lo cual entorpeció los intentos de centralizar el sistema de distribución en el oeste del imperio. Un informe de noviembre de 1916 presenta una inquietante imagen de hasta qué punto la tensión de la falta de alimentos y la presión pública habían fragmentado la Administración imperial. Había, se quejaba, «desconfianza mutua y falta de disponibilidad […] a lo largo de toda la cadena. […] Un Estado no confía en el otro [se refiere a Austria y Hungría], dentro de los Estados ni las Tierras de la Corona ni los comités confían entre sí y en estos ni distritos ni municipios y así sucesivamente. Cada uno trata de obtener su propio suministro alimenticio, oculta sus reservas y se aísla del resto, con el fin de no perder nada».[71]

No obstante, sin el trabajo de los funcionarios locales, muchos de los cuales buscaban incansablemente soluciones imaginativas, el desabastecimiento habría sido mucho peor. Los municipios recurrieron a la autoayuda para resolver sus problemas de abastos y roturaron la tierra excedente. El más brillante fue Ulm, en el sur de Alemania, donde, con impresionante previsión, sus dirigentes ordenaron, ya en 1914, plantar patatas en los campos municipales. La medida protegió a la población de las peores carencias de dos años después. Otras ciudades compraban al por mayor para suplementar las dietas de sus ciudadanos más pobres. Berlín, por ejemplo, gastó más de 14 millones de marcos para acumular una reserva de carne

ahumada y en salazón.[72] Los consistorios intervinieron en la distribución, una medida inimaginable antes de la contienda. En Leópolis, por ejemplo, la mitad de todo el azúcar vendido en 1916 pasó por establecimientos de venta municipal. La ciudad germana de Friburgo adoptó políticas aún más innovadoras e intervencionistas. Suspendió a los tratantes de leche por aprovechar la escasez para elevar los precios e intervino para garantizar suministro de leche a precios razonables a los habitantes mediante la compra de una participación en la mayor cooperativa láctea de la ciudad. Para incrementar la producción, también abrió al pastoreo un campo de drenaje de alcantarillado. Casi un 4 por ciento de la leche de la ciudad procedía de 177 vacas alimentadas con su hierba.[73] Los administradores de los años bélicos necesitaban buena cabeza para los negocios y seguridad para actuar más allá de los límites de la gobernanza normal de los años de paz. Otras cualidades necesarias eran el tacto y un poco de flexibilidad en los tratos con los mercaderes, que eran conscientes de que sus escasos bienes les daban una capacidad negociadora sin igual. Un buen ejemplo de esto es Thorn, una ciudad de la frontera oriental de Alemania, a 170 kilómetros del mar, cuyo municipio llegó un acuerdo con un comerciante de pescado de Hamburgo para establecer una tienda y vender arenque en salazón a precios reducidos y proporcionar así a sus ciudadanos una alternativa nutritiva a la escasa carne de cerdo. Después de seis semanas de exitosas ventas, la propietaria anunció que los costes de mano de obra requerían subir el precio del pescado. Cundió la desesperación. Tras conversar con ella, se vio lo que quería en realidad. Daba la casualidad de que su marido era un soldado en la guarnición de la fortaleza de Thorn. El consistorio consiguió que lo licenciasen. *Frau* Frisch, la astuta propietaria, anunció de inmediato que los problemas laborales estaban solucionados y los buenos ciudadanos de Thorn pudieron seguir llevándose a la boca salazón barata de pescado.[74]

La respuesta más imaginativa a la falta de alimentos, pese a que sugería cierta desesperación, fue la introducción de vacaciones en el campo para la juventud de la ciudad. De igual modo que, una generación más tarde, se evacuaron niños y niñas de las principales conurbaciones para escapar de los bombardeos aliados, en la segunda mitad de la Primera Guerra Mundial la infancia alemana y austriaca subió a trenes con destino al campo para huir del hambre. En ambos países, al principio fue una iniciativa de la beneficencia privada. En Austria, las entidades caritativas de Estiria enviaron al campo a más de un millar de criaturas durante 1917. Esta acción atrajo el interés del Estado. A finales de marzo de 1918, la *Kaiser Karl Wohlfahrtswerk*, la

organización benéfica del emperador, estableció los programas *Kinder aufs Land* [Niños en el campo] y *Kinder zu Gast* [Niños invitados]. En 1918, estos organizaron el envío a Hungría de 64 805 malnutridos niños y niñas de Austria. El campo austriaco también puso de su parte: 26 542 niños y niñas urbanos de Bohemia viajaron a granjas de Bohemia, Moravia y la Alta Austria para su alimentación.[75] El programa germano, gestionado por la entidad *Landaufenthalt für Stadtkinder* (Estancias campestres para niños urbanos) fue mayor y comenzó antes; el hecho de que lo gestionara una organización privada atestigua, una vez más, la fortaleza de la sociedad civil de Alemania. El programa empezó en 1916 con el envío de 60 000 criaturas malnutridas a recuperarse al campo. En 1917 también se movilizó a las autoridades escolares y eclesiásticas, lo cual resultó en el envío de al menos 575 000 niños y niñas en 1917, y de otros 300 000 en 1918, a vacaciones alimenticias de uno a cinco meses. Los anfitriones recibían una remuneración monetaria nominal y se suponía que los críos debían llevar a cabo trabajos «ligeros» en los campos. El plan fue un completo éxito. No solo ayudó a mitigar el impacto de la escasez y del bloqueo sobre la infancia, el grupo más vulnerable de la sociedad, sino que también ayudó algo a reparar la tensión creciente entre el campo y la ciudad.[76]

Muy pocos, ya fuera durante la contienda o después de esta, han hallado muchos motivos para elogiar a la administración alimentaria alemana o de los Habsburgo. Los austriacos estaban sentenciados, en particular tras la pérdida de Galitzia, por el sistema dual y la intransigencia húngara. Su Gobierno también es culpable a causa de su lenta respuesta a la evidente crisis en ciernes. Los administradores austriacos emprendieron escasas iniciativas; en lugar de ello, miraron al norte y copiaron a los alemanes una vez les presionó su indignada opinión pública. Los gestores de la alimentación del Reich merecen algo más de reconocimiento. La centralización fue incompleta y tardía, hubo una ineficiencia enorme y errores desastrosos provocados por la ignorancia y por las medidas mal concebidas. La presión de la opinión pública, no la planificación, impulsó las reformas burocráticas. No obstante, el hecho de que la ración oficial de Alemania, a pesar de la base alimenticia inicial menos favorable, fuera durante toda la guerra superior a la de Austria y, más significativo aún, a la de Hungría, habla a favor de los administradores. Si se evitó la inanición masiva también se debió, en no menor medida, a las iniciativas del funcionariado local. Aunque no fue suficiente. En ambas potencias, los comestibles no se distribuyeron ni de forma igualitaria, ni en cantidades adecuadas. La malnutrición, el agotamiento y la enfermedad

quebraron cuerpos humanos y la consiguiente ira y desilusión popular erosionó la legitimidad de los Gobiernos y arrasó las sociedades.

Sociedades devastadas

No hubo nada que minara tanto la solidaridad, fomentada con tanto esmero en 1914 y 1915, como la falta de alimentos. El hambre volvía a las personas irritables, envidiosas y propensas al nerviosismo y a caer con facilidad en las veleidades tan características de la mentalidad bélica. El que la comida se convirtiera en el bien más preciado revirtió el orden social de preguerra. Para la clase media en particular, esto fue traumático. Durante la contienda, tener una carrera, estudios o una profesión servía de poco. Un buen trabajo de despacho era una carga para competir por los alimentos contra sus inferiores sociales de las fábricas de armamento. Entonces, los tipos sofisticados de ciudad se doblegaban ante los rústicos, que antes de la guerra eran ignorados u objeto de mofa. El desabastecimiento alimentario socavó la *Burgfrieden* de forma espectacular. En marcado contraste con las comunidades cohesivas presentadas por la propaganda inicial, alemanes y austrohúngaros se dividieron en grupos de interés en competición, todos en busca de aliviar su hambre.

La primera división, y la más profunda, era la que separaba a productores de comida del campo y a consumidores urbanos. A la conclusión de 1916, los mandos militares del interior de Alemania advertían de la «agudización del conflicto entre la ciudad y el campo —que consideraban— una de las manifestaciones de la guerra más perceptibles e inquietantes».[77] Aunque los granjeros estaban mejor alimentados que nadie, tenían buenos motivos para sentirse agraviados. En época de paz, las políticas económicas de Alemania y Hungría favorecían a los productores agrícolas. El aprovisionamiento bélico trastocó de arriba abajo las prioridades del Estado. Enfrentado a la necesidad de alimentar grandes contingentes militares y a una frustrada población urbana, se centró en proteger a los consumidores. En los primeros dos años de guerra, se impusieron precios máximos para lograr ese objetivo, lo que tenía la gran ventaja de que contenía la inflación, pero no ofrecía incentivo a los granjeros para producir más y rara vez tenía en cuenta la subida de los costes de producción. La introducción descoordinada y desigual de controles

provocó una batalla de ingenio entre granjeros y funcionarios, en la cual el perjudicado fue el consumidor urbano. En 1915, en respuesta al encarecimiento del pienso, buena parte del cual se importaba antes de la guerra, los bajos precios oficiales de cereales y patatas, y la ausencia de controles sobre la carne, los productores retiraron cereales y patatas del mercado y los dedicaron a la alimentación del ganado. Los funcionarios trataron de reequilibrar la producción mediante sacrificios de puercos, imposición de controles sobre la carne y manipulación de otros precios máximos. Se introdujeron de forma gradual las cuotas de producción y en 1917 y 1918 se registraban granjas en busca de reservas no declaradas de ganado y productos agrícolas. Solo en la segunda mitad de la contienda las autoridades optaron por los incentivos. Sin embargo, para entonces la economía había pasado a producción bélica a gran escala y los campesinos ya no podían comprar apenas nada con el efectivo adicional, de modo que su efecto fue limitado. Por el contrario, las medidas oficiales fomentaron sin querer un floreciente mercado negro, en particular de productos lácteos y cárnicos. Aunque los granjeros solían ir un paso por delante, rechazaban un sistema que consideraban arbitrario y contrario a sus intereses.[78] La sensación de persecución creció e inflamó por igual tanto el deseo de paz como la desconfianza hacia las autoridades. En el otoño de 1916, el Reich anunció su quinto empréstito de guerra, pero los granjeros retiraron su dinero de las cuentas de ahorro, pues circulaban rumores de que el Gobierno lo podría confiscar para financiar el esfuerzo bélico.[79]

El Gobierno germano era consciente del peligro inmenso que suponía distanciarse del campo. Como advirtió el 22 de febrero de 1917 el ministro de Agricultura: «Una firme influencia sobre la población rural parece […] tanto más necesaria, toda vez que la victoria final de Alemania depende de […] nutrir a nuestro pueblo, tanto como de que el Ejército y la flota derroten a nuestro enemigo».[80] Se emprendió una ofensiva propagandística para animar a los granjeros a entregar comida en el mercado a precios oficiales. La Oficina de Prensa de Guerra tuvo una idea imaginativa: organizó viajes a las ciudades para que vieran por sí mismos la privación urbana.[81] En el invierno de 1916, el mariscal de campo Paul von Hindenburg hizo un llamamiento personal a la entrega de alimento extra, en particular de grasas para los «trabajadores pesados» de las factorías de munición. Pese a ello, ni siquiera el héroe del pueblo logró conmover los duros corazones de los granjeros: en Baviera, la apelación apenas aportó a cada obrero industrial un cuarto de libra extra de carne.[82]

La negativa de la población agraria a cooperar, además de reflejar su rabia hacia las autoridades, también mostraba su distanciamiento con la población urbana. Las historias de sufrimiento de los habitantes de las ciudades suscitaban escasa simpatía, pues la vida de los granjeros también era difícil. Hacia 1916, casi la mitad de las granjas de Alemania las gestionaban mujeres, que no solo tenían que continuar con sus labores, sino que también tenían que asumir las responsabilidades, de fuerte carga física, de sus maridos y jornaleros movilizados. En el periodo de más actividad del año, la cosecha, era habitual que las mujeres estuvieran en el campo de 3 de la madrugada a 9 de la noche. La plaga de «hámsteres» urbanitas que caía sobre el campo cada fin de semana, los cuales corrían por los campos o dañaban o perjudicaban las cosechas, tampoco fomentó la compasión. Las transacciones del mercado negro, de igual forma, agriaron las relaciones entre ambas partes. Para los habitantes de las urbes, estas demostraban que sus compatriotas rurales estaban engañando al sistema. Por el contrario, los granjeros concluyeron, a juzgar por los elevados precios que les ofrecía la población urbana, que esta no estaba tan mal como decían. A veces se produjeron enfrentamientos. Hubo amenazas o asaltos a granjeros que no deseaban vender. En otras ocasiones, la población rural recurría a la violencia para deshacerse de las hambrientas oleadas de población urbana. A los habitantes de la capital austriaca en busca de comida les arrojaban piedras y los ahuyentaban al grito de: «¡Chusma vienesa! ¡Volved a vuestra casa, os lo estáis comiendo todo!».[83]

Los consumidores urbanos coincidían sin excepción en que la avaricia y especulación de los granjeros estaba arruinando el país. En Alemania, a finales de 1916, la población achacaba la falta de patatas a que los productores las estaban guardando hasta la primavera, cuando podrían obtener mejores precios. En Austria, los vieneses abrigaban sospechas similares. Circulaban historias de puercos alimentados de cebada de calidad, mientras que a la población de las ciudades les daban cáscaras y pienso.[84] Sin embargo, esto era lo único que unía a los habitantes de las ciudades. La falta de alimentos inflamó los antagonismos entre clases urbanas. La clase media se quejaba, con razón, de soportar una carga bélica desigual. En agosto de 1916, la sección de Wiesbaden de la «Asociación de Clase Media del centro de Alemania» (*Mittelsstandsvereinigung für Mitteldeutschland*), una organización con 7000 miembros por toda la nación, aprobó por unanimidad una resolución que expresaba muy bien la ira y frustración de los trabajadores administrativos de todo el Reich y Austria-Hungría. «Estamos todavía muy lejos del suministro alimentario igualitario de la población del que se oyen

tantas alabanzas y encomios», se lamentaban sus miembros. El Estado fijó los precios, afirmaban de forma errónea, para el exclusivo beneficio de granjeros y terratenientes. Los administrativos comentaron con amargura que mientras «las mujeres muy pobres y los miembros de la clase media y trabajadora» aguantaban horas de cola bajo cualquier condición meteorológica, los «diez mil de arriba» no parecían necesitar hacer cola. Era obvio que el verdadero enemigo estaba en el interior: «No son los ingleses, sino los especuladores, los productores y los traidores a la patria quienes hacen pasar hambre a nuestro pueblo».[85]

La clase trabajadora tenía sentimientos similares, pero estaba mucho menos unida que la burguesía. Se mantenían las viejas divisiones por sexo y cualificación y además durante la guerra los trabajadores se separaron de acuerdo con nuevas distinciones, en particular entre sectores industriales y las categorías oficiales de raciones. Los elevados sueldos de los obreros de armamento causaban resentimiento tanto entre la clase media como los trabajadores de otras industrias. No obstante, lo que les irritaba de verdad eran sus grandes raciones. Al principio, los «trabajadores más pesados» de Alemania recibían suplementos muy superiores a los que necesitaban para compensar su esfuerzo: se estimaba que quemaban casi 800 calorías más que los demás obreros, pero recibían a diario 2000 calorías extra. La ira compartida, en particular de las obreras de la industria de municiones que trabajaban al lado de sus colegas masculinos, los «trabajadores más pesados», sin derecho a recibir los mismos suplementos, llevó en 1917 a las autoridades a suprimir las diferencias a escala nacional y a conceder a fábricas enteras, no solo a cierta plantilla, un nuevo suplemento menos generoso.[86] Los trabajadores de la industria alemana de armamento, con sus raciones superiores y acceso a cantinas fabriles bien provistas de alimentos ilegales, eran unos privilegiados en comparación con la población del Reich y con sus colegas austriacos, empobrecidos y sometidos a estricto control, aunque esto no les impedía señalar a los acaudalados especuladores bélicos. En gran medida, este era un grupo imaginario. Es indudable que ciertas empresas de los sectores de la metalurgia, la maquinaria y químicas obtuvieron un incremento sustancial de beneficios en la segunda mitad de la contienda gracias a la campaña de rearme de Hindenburg. Sin embargo, en conjunto, los beneficios de las industrias bélicas cayeron a un 82 por ciento del nivel de preguerra. A la minería en particular le fue mal, pues sus beneficios declinaron en 1917 al 39 por ciento de su nivel de preguerra. A pesar de las sospechas de los obreros industriales germanos, la guerra no se combatió a

expensas de los pobres. No se redistribuyó la riqueza a los ricos. Por el contrario, toda la población pagó la contienda.[87]

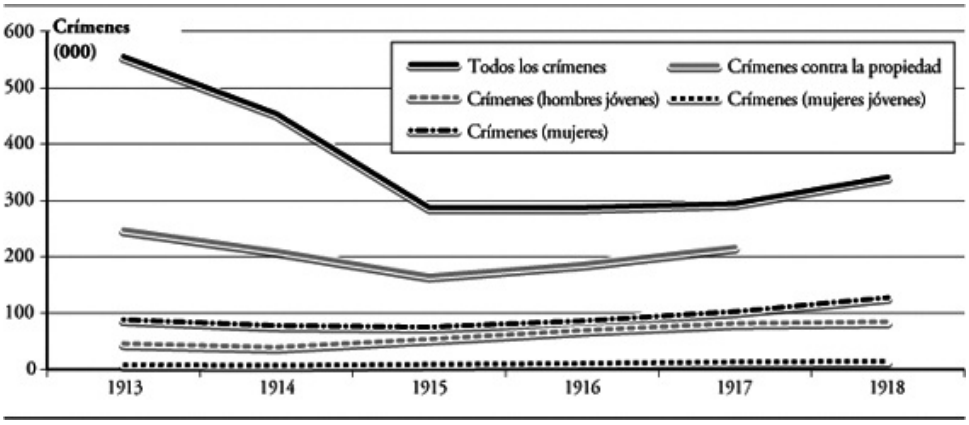
Las sociedades de Alemania y Austria-Hungría no se limitaron a dividirse en función de clases; por el contrario, se fragmentaron de formas mucho más caóticas y básicas. En cuanto a la interacción cotidiana, se perdió la sociabilidad básica. El hambre sacaba lo peor de la gente e hizo crecer la irritabilidad, la impaciencia, la paranoia y la envidia. Una de las manifestaciones de esto fue el creciente antagonismo entre compradores y vendedores en los mercados. Los consumidores sospechaban que tenderos y granjeros acaparaban suministros para crear desabastecimientos artificiales y subir los precios. Creían, a menudo con razón, que los estaban timando: aguaban la leche o reservaban los cortes más selectos para los clientes preferentes. En Viena, se denunciaba cada semana a unos 320 vendedores por exceder los precios oficiales. La prensa atizó esta rabia con la publicación de reportajes acerca de las últimas tretas de los comerciantes para robar al consumidor:

> Se ha descubierto en Fráncfort del Meno […] un caso típico de timo de venta en cadena. Una factoría de fuera de la ciudad entregó una gran cantidad de miel artificial a 38 *pfennings* la libra a un mayorista de Fráncfort. El agente lo pasó a otro agente por 58 *pfennings* y este los vendió a 75 a un viajante. Este cargó a un pequeño mayorista 80 *pfennings* y el consumidor obtuvo finalmente el artículo por 1 marco. Se han presentado cargos para asegurar que cese el trabajo de estos caballeros, que han convertido la patria en una guarida de ladrones.[88]

De igual modo, también había amargas quejas por la rudeza de los tenderos. Con tanta gente queriendo comprar, la buena atención al cliente pasó a ser algo superfluo. Por otra parte, tratar a diario con compradores cansados, hambrientos e indisciplinados que se quejaban constantemente del coste y la calidad inferior de los bienes a la venta requería un nivel de santa paciencia que no todo el mundo tenía. Algunos vendedores perdían los estribos: «¡Pues unten el pan con mierda!», le gritó un chacinero berlinés a una muchedumbre que criticaba el elevado precio de su manteca. Ambas partes tenían los nervios a flor de piel y muy poco temple, con lo que semejantes insultos podían provocar violencia. En octubre de 1915 estallaron los primeros disturbios por la mantequilla en Berlín. Según la policía, se debieron en parte a la conducta malcarada e insultante de los vendedores hacia la clientela.[89]

Las tasas de crimen nos proporcionan un índice de cohesión social. En los dos primeros años de la guerra, el crimen disminuyó (*vid*. Figura 5). De las estadísticas policiales germanas —las austriacas son desiguales y menos fiables— se desprende que en 1915 se redujo casi a la mitad de su porcentaje de preguerra. Aunque la principal causa fue la llamada a filas de millones de hombres, es probable que la oleada de solidaridad comunal que recorrió el país en esos años también contribuyera, pues los porcentajes de crimen femenino descendieron en un 12 por ciento en 1914, a pesar de las penurias del estallido de la contienda, y en 1915 alcanzaron su cifra más baja desde que existían registros. Sin embargo, el crimen creció en la segunda mitad del conflicto. Con el aumento de las privaciones y la desesperación, la gente sintió un progresivo desencanto con un Estado que ni cumplía su parte del contrato de la *Burgfrieden*, ni obedecía sus propias leyes. El fraude se hizo endémico: en diciembre de 1916, se comprobó que la cifra de personas apuntadas al racionamiento en Alemania duplicaba la población del país. Había un animado negocio de cartillas falsificadas. Los hombres cometían la mayoría de crímenes, a pesar de que muchos estaban fuera con las fuerzas armadas. Sin embargo, la tasa de criminalidad femenina aumentó con rapidez a partir de 1916 y en 1918 llegó a su punto álgido, con un tercio por encima de su nivel de antes de la guerra. Este incremento se debió sobre todo a delitos contra la propiedad y, con 72 974 sentencias, constituyó casi un cuarto de todos los crímenes femeninos en 1917. También fue notable la subida de amenazas y ataques a funcionarios. En 1916 fueron sentenciadas por este delito 1224 mujeres, en su mayoría casadas y de 30 a 60 años. Aunque los criminólogos varones, conforme a las teorías en boga de la época, temían con sinceridad que las alteraciones que la guerra provocaba en la libido femenina contribuyeran a los robos y a los desórdenes, incluso ellos estaban dispuestos a admitir que las frustraciones de las mujeres también se debían a las inmensas penurias y a las grandes pero inefectivas intervenciones de las autoridades en la vida de los años bélicos.[90]

Figura 5: El crimen en Alemania, 1913-1918.



Fuente: Liepmann, M., 1930: *Krieg und Kriminalität in Deutschland*, Stuttgart/Berlin/Leipzig/New Haven, Deutsche Verlags-Anstalt, 15, 56, 98 y 134.

El incremento del crimen juvenil fue aún más espectacular. En Alemania, las condenas a menores de 18 años se duplicaron entre 1914 y 1918. Esto también es válido para la capital de Austria. El aumento no se debió en exclusiva a la escasez, pues, tras una caída en 1914, las sentencias a adolescentes alemanes crecieron en unos 7000 casos extra en relación con el último año de paz, hasta alcanzar la cifra de 63 126 en 1915. Al año siguiente hubo 17 000 casos extra más y luego otros 15 000, lo cual hace un total de 95 651 sentencias a menores de edad en 1917.[91] La tasa de criminalidad de los chicos era siempre seis o siete veces superior a la de las chicas, en parte porque los mayores iban al trabajo mientras que ellas se quedaban en casa. La insuficiente vigilancia de los adultos facilitó la delincuencia entre los más jóvenes. La movilización de más de un tercio de los padres alemanes, y puede que una proporción similar en Austria-Hungría, eliminó la estricta influencia paterna en los hogares. Muchas madres, después de trabajar largas jornadas en las fábricas o en los campos o de pugnar por conseguir comida, no tenían ni tiempo ni energía para vigilar a sus hijos. Pese a que en 1918 ciertas fábricas de armamento introdujeron un servicio limitado de guardería, una de cada siete mujeres trabajadoras de la industria bélica del sur de Alemania no tenía otra opción que dejarlos solos en casa. De igual modo, las escuelas prestaban cada vez menos ayuda. Desde la primavera de 1915 solo estaban abiertas entre la mitad y un tercio del día, pues no era posible reemplazar a los profesores movilizados y las aulas requisadas por los militares. En invierno, con frecuencia cerraban por completo a causa de la falta de combustible de calefacción. Por tanto, el alumnado tenía ocasión de hurtar o importunar, en

especial después de que llegara el gran desabastecimiento a partir de 1916, entonces había un gran motivo para ello. Después del «invierno del nabo» se disparó el absentismo escolar, en parte animado por los agobiados progenitores, que necesitaban a los hijos en casa para cocinar o cuidar de hermanos menores mientras ellos hacían cola o trabajaban para conseguir comida. Otros, abandonados por el mundo adulto, formaron bandas con nombres fantasiosos como «La Mano Negra» o «Los Apaches» y robaban de carros de pan o carboneras para sobrevivir.[92]

La población adulta no solo se sentía inquieta por la rebeldía de la juventud o por su mayor visibilidad pública, sino también porque consideraban que estaba teniendo lugar un cambio de poder. Los elevados sueldos que los adolescentes varones de más edad podían ganar en las industrias bélicas los convertían en la principal fuente de ingresos de su familia y la forma en que estos adolescentes varones utilizaban sus nuevos ingresos reforzó la preocupación de los adultos. Bebían en bares, iban al cine a ver películas de baja calidad, compraban literatura barata y se divertían ruidosamente en público con chicas adolescentes. Desde el punto de vista de funcionarios y numerosos adultos, esta «inmoralidad», combinada con la oleada de crímenes, provocó una impresión generalizada de epidemia de delincuencia juvenil. En Alemania a partir del otoño de 1915, y en Austria, donde el debate público en torno a la delincuencia empezó más tarde y llegó, en cierta medida, importado desde el norte, a partir del verano de 1916, se promulgaron decretos que prohibían a los adolescentes entrar de noche en bares o cafeterías, fumar en público, apostar o ver películas no aprobadas para niños. En Berlín, Cassel y, por un breve tiempo, en Hannover, los jefes de distrito militar emitieron decretos de ahorro obligatorio que restringían el gasto de los menores de 18 años. Se les ingresaba el sueldo en cuentas especiales y si querían gastar más de 18 marcos a la semana, ellos o su familia debían pedir permiso a la administración municipal. En Berlín, esta medida dio lugar al depósito forzoso de una enorme suma, casi 84 millones de marcos, en 104 000 cuentas de ahorro. Durante la contienda se pagaron unos 3,5 millones de marcos. El resto quedó a disposición de sus descontentos propietarios solo después del armisticio.[93]

La ola de crímenes no solo reflejó la quiebra del suministro alimentario de las sociedades centroeuropeas; también reflejó una pérdida de confianza, que tuvo numerosas manifestaciones. Una de las más destacadas, surgidas del hambre, del cansancio y de la necesidad de hacer trampas para sobrevivir, eran las paranoicas «fantasías de la comida». Las personas imaginaban que

sus vecinos acaparaban fabulosas cantidades de alimentos y las denuncias inundaban las oficinas policiales. Por petición popular, la policía de Viena empezó a llevar a cabo registros domiciliarios. También había controles para asegurar que la población respetara los «días sin carne» impuestos por ley. Otras ciudades habsburgo instituyeron medidas similares que, para algunos habitantes, eran actos arbitrarios impuestos desde el centro, no por las autoridades locales. En Cracovia, por ejemplo, Aleksandra Czechówna anotó con inquietud en su diario en marzo de 1917 la llegada de «una comisión de Viena que va por las casas y se lleva reservas privadas y deja solo una pequeña cantidad».[94] Si los vecinos eran deshonestos, entonces los ciudadanos estaban seguros de que las personas de otros lugares eran aún peores. Los periódicos avivaban el resentimiento. Cinco meses antes de que Czechówna escribiera la entrada de su diario, *Welt-Blatt*, una de las publicaciones de la prensa amarilla vienesa, informó, precisamente, de las inspecciones que tanto le preocupaban, aunque no por una comisión de Viena, sino por la policía de Cracovia. «Los controles —publicó el diario en un artículo con el provocador título "Cómo se vive en Cracovia los días sin carne"—, presentaron "un resultado muy interesante"»:

> Resulta que en el medio, en los, en apariencia, estratos menos pudientes de la población, incluso durante los «días prohibidos» —lunes, miércoles y viernes— se consume carne […] y, es más, en grandes cantidades […] los controles policiales, que serán continuados, han demostrado igualmente que las partes más ricas de la población […] disponen de reservas considerables y no solo les falta de nada, sino que en la actualidad, a pesar del precio de los alimentos, viven mucho mejor que en época de paz.[95]

Las identidades locales, que tan importantes fueron en 1915 para apoyar el esfuerzo bélico nacional e imperial, empezaron a atizar las rencillas regionales. En Alemania, los hamburgueses estaban convencidos de que los berlineses tenían preferencia para escoger la comida disponible. Los habitantes de Wiesbaden creían que «es un hecho que Wiesbaden tiene el pan peor y más ligero».[96] Todos los germanos del norte miraban con envidia a los del sur. Era sabido que Baviera, territorio rico en ganado, había prohibido la exportación privada de comida al resto del Reich y que repartía entre la población una ración de carne que duplicaba, e incluso triplicaba, a la habitual en otros lugares. El particularismo bávaro también resurgió. La afluencia de visitantes a este territorio con intención de compartir su botín, o las

actividades de hámsteres o contrabandistas que se llevaban comida a otras partes del país provocaron resentimiento en Baviera. A partir de 1916, aumentaron las quejas por tener que combatir la «guerra de Prusia». El hecho de que las raciones se diferenciaran de verdad a medida que se prolongaba la guerra avivó aún más tales tensiones. Las autoridades, en un reconocimiento implícito de la imposibilidad de detener el «hamsterismo», hicieron que las raciones individuales dependieran del tamaño de las comunidades. Los habitantes de las grandes ciudades recibían un cupo de carne relativamente grande, pues sus habitantes no tenían acceso a los granjeros. Las ciudades de entre 50 000 y 100 000 personas recibían menos y las poblaciones por debajo de esa cantidad eran las que menos recibían. Pese a ello, los esfuerzos de la Oficina Imperial Alimentaria de Guerra fueron en vano, pues lo único que lograron fue crear la ilusión de que las grandes ciudades recibían un trato de privilegio, cuando en realidad estaban mal abastecidas. Los centros más afectados, llenos de conflictivos socialdemócratas, fueron los municipios industriales de Renania, Westfalia y Sajonia.[97]

El Imperio austrohúngaro también empezó a fragmentarse bajo tensiones regionales aún más severas. La primera división se dio entre los austriacos de todas las etnias y los húngaros. Los primeros estaban indignados por el cierre de su vecino y por los informes, algunos ciertos, otros exagerados, de que los magiares tenían mejores raciones. Los políticos locales agitaron esta rabia para eludir su responsabilidad en las raciones de miseria. Weiskirchner, alcalde de Viena, comparó provocador al «rollizo» Johann Hadik, ministro de Abastos Alimentarios de Hungría, con la «almendra reseca» que ejercía el mismo cargo en Austria. Los húngaros, le dijo a su ciudadanía, «por rencor […] tienen más interés en matarnos de hambre que los ingleses».[98] El odio fue en aumento. Pronto circularon exacerbados rumores de que los húngaros preferían vender sus patatas a la Silesia prusiana que a sus compatriotas habsburgo de Austria. Algunos deseaban justa venganza: «Los rusos deberían entrar en Hungría —anhelaba en 1916 un austrogermano—, [¡]tendrían que comerse toda la carne de cerdo de los miserables húngaros[!]».[99]

No obstante, el sentimiento antimagiar no derivó en solidaridad panaustriaca. Al contrario, la falta de alimentos reabrió y exacerbo las enemistades nacionales de preguerra. En Bohemia, los germanos responsabilizaron de la escasez a los granjeros checos. Los checos, por su parte, estaban convencidos de que la exportación de las cosechas bohemias al Reich germano causaba el desabastecimiento. El consulado alemán en Praga recibía cartas amenazadoras y ya en la primavera de 1916 circuló el rumor de

que las Potencias Centrales perderían la guerra y que se establecería un reino bohemio independiente bajo la protección de Rusia o Gran Bretaña.[100] En otras regiones se expresó un resentimiento similar. En Tirol, por ejemplo, los austrohúngaros italoparlantes se quejaban de que sus vecinos germanos estaban mejor aprovisionados. Los activistas nacionalistas trabajaron con ahínco para aprovechar el descontento y mostrar a la población que la nación era la única solución para estos problemas sociales. La guerra del Estado de los Habsburgo era la causa originaria de las privaciones. Entidades benéficas y organizaciones de voluntarios de predominio nacionalista prestaban ayuda material y, con ello, ganaban reclutas para sus aspiraciones ideológicas.[101]

La fractura en la sociedad germana y austrohúngara también se caracterizó por un ascenso del antisemitismo. En el Reich, tuvo un carácter sobre todo político; en Austria, fue un fenómeno más social. En ambos Estados las acusaciones eran similares. Los judíos eran presentados como los archienemigos de una cultura bélica basada en el sacrificio y la comunidad. Los acusaban de los dos pecados capitales de esta cultura: especular y eludir el servicio militar. A menudo, los dos cargos iban juntos: en agosto de 1915, un diputado del católico Partido de Centro hizo una de las primeras críticas a los judíos, en la que afirmó, por ejemplo, que dominaban el Comité de Cereales del Reich y usaban sus cargos para librarse del servicio activo. En Alemania, el antisemitismo no estuvo relacionado en un principio con las privaciones. Por el contrario, fue, y siguió siendo, un instrumento de la extrema derecha, que temía que la *Burgfrieden* conciliatoria de Bethmann Hollweg llevara a Prusia la democracia y una pérdida de poder de los conservadores. Muy pronto, en 1915, la extrema derecha trató de desprestigiar las posibles reformas, con el argumento de que se hacían en beneficio de los judíos. A medida que aumentaban los sacrificios y el escrutinio de la conducta de sus compatriotas se tornó más obsesiva, otros se sumaron a las peticiones de los racistas de que se comprobara si los semitas cumplían con sus deberes nacionales. En octubre de 1916, Matthias Erzberger, influyente diputado del Partido de Centro, reclamó que el Comité Presupuestario de Abastos Alimentarios del Reich llevara a cabo un estudio del personal de las corporaciones de guerra para determinar el sexo, ingresos, religión y número de los que estaban en edad militar. El propósito de la medida era elucidar la verdad de los rumores de sobrerrepresentación judía en tales instituciones económicas clave. Sin embargo, se topó con la oposición de los diputados socialistas y los funcionarios imperiales.[102]

Es probable que la iniciativa de Erzberger se inspirara en un notorio censo encargado a principios de ese mes por el Ministerio de la Guerra prusiano, con objeto de contar cuántos judíos servían en el frente, en la retaguardia y en el interior y cuántos se habían presentado voluntarios, habían muerto y ganado distinciones. El que este censo fuera una medida de simple antisemitismo, o el producto de otras cuestiones relacionadas con la eficiencia, es motivo de disputa.[103] Las actitudes antisemitas en el seno del mando militar eran innegables: el cuerpo de oficiales prusianos rechazaba antes de 1914 tener oficiales judíos y el ascenso al poder del Tercer OHL, en agosto de 1916, llevó cerca del centro de poder a antisemitas radicales, entre los que destacaban el coronel Max Bauer, mano derecha de Erich Ludendorff.[104] Por otra parte, el otoño de 1916 fue una etapa de intensa presión sobre los recursos humanos. El Ejército estaba acumulando numerosas bajas en el Somme y el Tercer OHL planificaba una removilización económica que requeriría un elevado número de nuevos trabajadores y no estaba claro dónde obtenerlos. La suma de factores que impulsaron el censo fueron las denuncias contra la evasión del servicio militar de los judíos, los tradicionales prejuicios antisemitas de los mandos y la campaña de eficiencia. Las exhaustivas investigaciones estadísticas de organizaciones hebreas realizadas durante la posguerra evidenciaron que las acusaciones de que los judíos se libraban del servicio carecían de fundamento. También demostraron que, bajo la dirección del Tercer OHL, el pragmatismo se impuso al racismo ideológico. Si antes de la contienda no había oficiales semitas, la necesidad urgente de hombres formados que sirvieran en posiciones de liderazgo hizo que hacia el final de esta el Ejército concediera despachos de oficial a 2022 judíos, lo cual hizo que estos estuvieran ligeramente sobrerrepresentados en la oficialidad de los años bélicos.[105] Sin embargo, la filtración de la noticia del censo y la posterior negativa del Ministerio de la Guerra a publicar sus resultados dio munición a los antisemitas y suscitó entre el público la sospecha de que los judíos eludían sus responsabilidades. Esto fue desastroso, pues, con el empeoramiento de las privaciones, circularon siniestros rumores de que los mayoristas y empresarios judíos inflaban los precios. En vista de las señales que venían del centro, no es sorprendente que algunos mandos militares del interior reportaran, hacia finales de 1916, un incremento del antisemitismo entre la población germana.[106]

En Austria, al contrario que en Alemania, ni el Gobierno ni las fuerzas armadas sucumbieron a las presiones a favor de discriminar a los judíos. En su sociedad el antisemitismo era más fuerte y generalizado desde hacía más

tiempo que en el Reich. Mientras que en Alemania los enemigos de los judíos nunca lograron buenos resultados electorales, en Viena el Partido Social Cristiano (*Christlichsoziale Partei*, CS) y su líder, el antisemita Karl Lueger, dominaban la política municipal desde hacía dos décadas.[107] Los judíos eran más numerosos en Austria —4,6 por ciento, en contraste con menos del 1 por ciento de la población de Alemania— y más visibles, pues muchos, en particular los hebreos ortodoxos de Galitzia y Bucovina, continuaban sin asimilarse.[108] Es más, el antisemitismo se radicalizó durante la contienda en reacción a la marea de judíos sucios, enfermos y desesperados que llegaron en 1914 desde el este a las principales ciudades occidentales del imperio. A principios de 1915, Viena acogía reticente a 185 000 refugiados. Otras ciudades se enfrentaron a oleadas menores: 20 000 judíos de Galitzia se refugiaron en Budapest y unos 15 000 en Praga.[109] Estos no tardaron en ser asociados a la especulación y el contrabando. En febrero de 1915, la prensa vienesa, e incluso el alcalde Weiskirchner, los criticaron por inflar los precios.[110] Las acusaciones tenían cierta base de verdad, pero no porque los refugiados judíos fueran, como sostenían los antisemitas, de natural materialista y sin principios, sino porque las autoridades no les dejaron más opciones. En 1914, las ayudas estatales solo alcanzaban a cubrir un tercio del coste de la vida y hacia el verano de 1917 la inflación galopante redujo la proporción a un octavo. Aún peor: las autoridades municipales de Viena, temerosas de que esos judíos orientales se establecieran en la ciudad, entorpecían de forma ilegal sus intentos de trabajar. En lugar de una cartilla de trabajo, prerrequisito para encontrar un trabajo legal, las autoridades les exigían presentar toda la documentación, que las autoridades municipales y la policía sabían que les sería imposible a la mayoría de refugiados. Hasta noviembre de 1916 no pusieron fin a esta política, obligados por la falta de mano de obra. Para entonces, el estereotipo de refugiado judío maleante y alérgico al trabajo suscitaba un intenso resentimiento popular. En 1915, la policía vienesa predijo que, si no mejoraba el suministro de alimentos, los refugiados serían objeto de violencia. Algo que se hizo realidad dos años después. En 1917, hubo saqueos de tiendas y palizas a comerciantes judíos en Viena y Bohemia.[111]

La privación no solo dañó a la sociedad. También socavó dos relaciones clave sobre las que descansaban los esfuerzos bélicos de las Potencias Centrales. Primero, la jerarquía de sacrificio de aceptación universal de los primeros años de guerra quedó en entredicho, una vez los civiles empezaron a preguntarse si sus sufrimientos no serían, después de todo, peores que los de

los soldados, que estaban mejor alimentados. Hacia octubre de 1917, la Asociación para la Protección de Madres e Infantes del Reino de Bohemia (*Spolek Ochrana matek a kojenců v královstvím Českém*) hizo una severa advertencia al Ministerio del Interior austriaco: «Las condiciones provocadas por la guerra ejercen una carga tan pesada sobre la población que las víctimas de retaguardia amenazan con superar a los sacrificios de sangre».[112] Semejante cuestionamiento del valor relativo de los padecimientos del interior y del frente eran raros. No obstante, si se lee entre líneas en las cartas aparecen indicios de que los civiles habían empezado a creer que, como mínimo, desde el frente deberían darles las gracias. En la familia Kohnstern, Anna aseguró en repetidas veces a Albert que, por más mala que fuera la vida en Alemania, su calvario era peor. Sus hermanas, sin embargo, no estaban tan seguras. En enero de 1917, por ejemplo, su hermana Gerda le escribió una misiva que comenzó con la noticia de que la familia le había remitido esa mañana un paquete, que contenía un pastel casero y «unas pocas pastillas de chocolate Gartmann». A principios de 1917, conseguir esta modesta cantidad de chocolate y los ingredientes para un pastel era una labor hercúlea, que, sin duda, requirió muchas horas de colas, considerables renuncias y quizá regatear con estraperlistas. Gerda no entró en detalles, aunque le insinuó lo muy agradecido que debería estar de un modo más sutil, aunque de una efectividad devastadora, con una mención de pasada a la dieta de la familia: «Ahora, cada día tenemos nabos, nabos y más nabos».[113]

La segunda relación que quedó maltrecha, en este caso de modo mucho más amenazador y decisivo, fue la que unía a la sociedad civil y al Estado. Hacia el invierno de 1916-1917 hubo un cambio decisivo en la opinión pública: pasó de atribuir el desabastecimiento al bloqueo británico a achacarlo a los Gobiernos de las Potencias Centrales. Hubo críticas feroces contra su incapacidad de organizar una distribución alimentaria inteligente, adecuada y justa. Las poblaciones estaban frustradas por las colas y el laberinto imposible de normativas y furiosas por los rumores de despilfarro, incompetencia y corrupción. La inviolabilidad de la ley, y con esto la legitimidad del Estado, quedó en entredicho, pues obedecerlas significaba pasar hambre. A la ciudadanía le exasperaba que, aunque ambos regímenes habían introducido medidas antiespeculación, no parecían ser capaces de controlar a los «verdaderos» criminales: los supuestos «traidores» domésticos, esto es, los grandes terratenientes, granjeros avariciosos, mayoristas alimentarios timadores y, en Austria, los refugiados judíos. El anhelo de paz creció, al

igual que el rencor. Como expresó con dramatismo un checo, «el Estado está asesinando a nuestros hijos».[114]

La consecuencia de la desesperación y el distanciamiento fue una agitación creciente. Las huelgas aumentaron. En Alemania, de apenas 14 000 huelguistas y 42 000 días perdidos en 1915, se pasó al año siguiente a 129 000 huelguistas y 245 000 días perdidos.[115] En las grandes urbes, los desórdenes también aumentaron, toda vez que las colas para obtener alimentos derivaron en protestas y los hambrientos manifestantes desfilaron hasta los ayuntamientos para exigir a los funcionarios locales raciones más elevadas. Los disturbios del hambre en los suburbios de Hamburgo de agosto de 1916 ejemplifican estas tensiones. Los desórdenes comenzaron la tarde del 18 de agosto en el distrito de clase obrera de Barmbek, donde muchedumbres de mujeres, adolescentes y niños rodearon las panaderías e intentaron obtener pan sin cupones. No cabe sorprenderse de que se sintieran con derecho a una ración suplementaria, pues los meses precedentes habían sido de una extraordinaria dureza. Durante todo junio y julio no hubo patatas. De repente, a finales de julio, llegaron tantas que no fue posible entregarlas todas y muchas se pudrieron. Entonces, el esquivo tubérculo volvió a desaparecer de los establecimientos de Hamburgo. Esa noche, la frustración acumulada se manifestó en forma de violencia: rompieron los escaparates de las panaderías y saquearon las existencias. El día siguiente fue testigo de nuevos desórdenes, no solo en Barmbek, sino también en un segundo suburbio, Hammerbrook. La policía se enfrentó con sables a los saqueadores y se hizo venir a unidades militares para restablecer el orden. Fueron saqueadas 60 tiendas, hubo 13 heridos graves y 37 arrestados. El general adjunto al mando, en reacción al papel de los menores en los disturbios, prohibió a los de menos de 14 años dejarse ver por las calles después de las 8 de la tarde sin ir acompañados de un adulto.[116]

Escenas similares se vieron con creciente frecuencia, no solo en Alemania, sino también por todo el Imperio de los Habsburgo. En Bohemia, por ejemplo, los disturbios por la comida se duplicaron, de 35 en 1915, a 70 en 1916 y se expandieron aún más en los años siguientes, con 252 y 235 manifestaciones públicas en 1917 y 1918, respectivamente. También aumentaron en tamaño: 40 tuvieron más de 1000 participantes y a algunas, como la que tuvo lugar en Königgratz, acudieron más de 10 000.[117] Por otra parte, las peores privaciones, el carácter más represivo del régimen bélico y la ausencia de válvula de seguridad a causa del cierre permanente del Parlamento y la estricta censura de prensa dio a la expresión de rabia austriaca

un carácter político más explícito. La ira acumulada de los contrarios a la guerra se manifestó dramáticamente el 21 de octubre de 1916. Ese día, Friedrich Adler, pacifista radical, socialista e hijo del venerable líder socialdemócrata Viktor Adler, disparó en público al ministro presidente Stürgkh en el restaurante de un hotel del centro de Viena. El asesino era un lobo solitario. Dentro de su partido era un crítico, acérrimo pero aislado, de la colaboración de los socialistas con el régimen belicista. Friedrich Adler estaba frustrado porque la censura prohibiera sus escritos en contra de la guerra y porque el Ejército hubiera movilizado a camaradas de ideas similares. Su protesta violenta fue un acto de depresión y de desesperación. No obstante, en su declaración durante el juicio, acusó con razón a los líderes imperiales de librar la guerra no con el consentimiento de los pueblos, sino por medio de la represión. Friedrich adujo que había cometido el mismo crimen que el Gobierno: matar sin el consentimiento del pueblo. El ejecutivo inconstitucional de Stürgkh y la falta de cualquier otro modo de protesta, daban legitimidad a su acto:

> El Ministerio ha despedazado la constitución; el Ministerio ha renunciado a su legalidad; el Ministerio ha renunciado a su labor de consagrarse a las leyes de Austria […] todo el mundo tiene derecho de usar la fuerza cuando las leyes son destruidas […] cuando todos los métodos constitucionales fallan […] cuando no hay Parlamento, donde no hay garantía de justicia, donde todo eso ha sido arrebatado. [118]

En un mal presagio para el régimen de los Habsburgo, hubo una llamativa ausencia de simpatía pública por la víctima. Friedrich Adler fue condenado a muerte pero, por mediación del emperador, le conmutaron la pena por dieciocho años de trabajos forzados. La decisión de no convertirlo en un mártir era juiciosa, pues dentro y fuera de la clase trabajadora vienesa lo celebraron como un héroe. Un año después del asesinato, incluso los estudiantes de la Universidad de Viena, en otro tiempo conservadores, marcharon a favor de la paz y el indulto para el asesino.[119]

La escasez de alimentos era, a finales de 1916, tal y como confirmaron los mandos militares del interior, la influencia decisiva sobre el ánimo popular. [120] La debilidad y el hambre socavaron las fuerzas y el apoyo a la contienda. La solidaridad sobre la que se asentaba el esfuerzo bélico quedó erosionada debido a que la competición por la comida fragmentaba a la sociedad. Nuevos y transitorios grupos de interés competían entre ellos. El Estado perdió

legitimidad y su maraña de leyes resultó imposible de seguir, así como sus intentos de suministrar una ración adecuada y equitativa fracasaron. No fue ninguna coincidencia que, en diciembre de 1916, el canciller alemán presentara a la Entente la oferta de paz más sincera hasta la fecha. Con los Ejércitos de ambas Potencias Centrales gravemente dañados en un año de intensos combates, con sus civiles hambrientos y exhaustos, parecía muy cuestionable que pudieran sostener mucho tiempo sus esfuerzos bélicos. Hindenburg y Ludendorff, los nuevos líderes en ascenso que comandaron primero las fuerzas de Alemania y después, *de facto*, los contingentes de las Potencias Centrales, aspiraban a una victoria total y absoluta. Pese a que se acercaba el «invierno del nabo», dio inicio una nueva campaña de removilización.

9

REMOVILIZACIÓN

El tercer OHL

Los nombramientos, el 29 de agosto de 1916, del mariscal de campo Paul von Hindenburg para el mando del Ejército alemán y de su jefe de Estado Mayor, Erich Ludendorff, como primer intendente general de la fuerza abrió una nueva fase en la guerra de las Potencias Centrales. Los dos militares habían alcanzado la cúspide de su profesión por su pericia bélica, bastante suerte y altas dosis de intriga. Gracias a sus victorias en el frente oriental y una cuidada imagen, gozaban de la fe del pueblo. En un momento en que el káiser Guillermo II prefería no aparecer en público y la mayoría de las instituciones de Reich perdían credibilidad, esto les proporcionaba una influencia inmensa. Su programa era la victoria, fuera cual fuese el coste. Con su dirección, el esfuerzo bélico de Alemania se caracterizó por una nueva crueldad. Para ambos, la necesidad militar estaba por encima de cualquier escrúpulo humanitario. Tal y como admitió Ludendorff con franqueza al rememorar su etapa del Tercer OHL (*Oberste Heeresleitung*), el Alto Mando Germano, «en todas las medidas que tomamos, las exigencias de la contienda siempre eran el factor decisivo».[1]

El mariscal de campo Paul von Hindenburg tenía 68 años cuando se convirtió en jefe del Estado Mayor General y en 1916 era el personaje más reverenciado en el mundo de habla germana. Para la mayoría de los habitantes del Reich, era el hombre que, sin ayuda de nadie, había salvado al país del azote de las hordas zaristas en agosto de 1914. Con la victoria de Tannenberg, se convirtió, de la noche a la mañana, en un tesoro nacional. En 1915, la inmortalización de su persona en Berlín, con una enorme figura de clavos, es un hito imponente de hasta qué punto había usurpado al káiser la condición de símbolo del esfuerzo bélico de Alemania. Se depositó una enorme fe en el hombre: «Nuestro Hindenburg —se repetía el público alemán en tiempos de crisis— pondrá solución a esto». Su nombre, que invocaba imágenes de un alcázar medieval de recios muros que resisten inamovibles todos los asaltos, encajaba bien con su corpulencia física. Con 195 centímetros de estatura, era un hombre muy alto, con una cabeza cuadrada como un bloque de mampostería encastrado sobre unos anchos hombros. Parecía como si nada pudiera alterarlo, una impresión amplificada por su legendaria calma y resolución. Esta, además, se vio reforzada por la propaganda: Hindenburg se tomaba muchas molestias en cuidar su imagen pública. Se invitaba a su cuartel general a renombrados artistas y escultores para promocionar su fama y mantenía estrechas relaciones con la prensa. Su vanidad era indudable, pero también tenía muy presente el poder que le otorgaba su popularidad. No era un mero símbolo o figura decorativa, sino un general muy político, seguro de lo que quería lograr, que dejaba los detalles en manos de sus competentes subordinados. El capital político que había ganado gracias a su culto a la personalidad le dio una ocasión única de imponer cambios radicales en la forma de librar la guerra, no solo del Ejército de Alemania, sino en el conjunto de su sociedad.[2]

Erich Ludendorff, primer intendente general y mano derecha de Hindenburg, era una personalidad muy diferente. Maestro del detalle y adicto compulsivo al trabajo. Mientras que su jefe podía ser una compañía agradable, que cautivaba a los visitantes del cuartel general del Ejército en campaña con su gesto sereno y su seco ingenio, Ludendorff era frío, estirado y carecía por completo de sentido del humor. Desde su ingreso en una institución de cadetes a la tierna edad de 13 años, en 1877, el Ejército era su vida y tuvo que esforzarse para superar la desventaja de sus orígenes burgueses hasta convertirse en uno de los oficiales del Estado Mayor General de la fuerza más respetados, aunque no queridos. Su preocupación por aprovechar los recursos humanos de Alemania para las necesidades militares

halló una primera expresión en 1912-1913, cuando, junto con Moltke —por aquel entonces jefe del Estado Mayor General—, presionó a favor de un enorme aumento de tamaño del Ejército. Moltke, por aquel entonces influido por Ludendorff, insistió en que «nuestra posición política y geográfica hace necesario preparar todas las fuerzas disponibles para una lucha que determinará la existencia, o la desaparición, del Reich alemán». En el verano de 1916, mientras se combatía con furia en todos los frentes, el mismo pensamiento obsesionaba a Ludendorff. El vasto despliegue de hombres y material de la Entente en la ofensiva del Somme le convenció, con «claridad despiadada», de la necesidad urgente de una drástica removilización. El nuevo primer intendente general no sentía ningún respeto por la separación acostumbrada entre las esferas «política» y «militar» en el seno del Gobierno del Reich, incapacitado sin remedio para los condicionantes omnímodos de una extenuante guerra de desgaste. Con el káiser incapaz de coordinar y el gobierno civil atacado por la derecha, y cada vez más desacreditado a causa de la falta de alimentos, el Ejército, con su prestigio todavía intacto, era la institución con más posibilidades de dar cierta unidad a un esfuerzo bélico fragmentado.[3] No obstante, el limitado enfoque militar de Ludendorff y sus instintos archiconservadores no le permitían comprender la complejidad de la sociedad germana o conciliar sus intereses en competencia. Lo que transmiten sus memorias, además de arrogancia, exculpación descarada y una ceguera persistente a su gran responsabilidad en la derrota de su nación, no es una sensación de poder, sino más bien su frustración e incomprensión ante el hecho de que la realidad política malograba, una y otra vez, los planes del Tercer OHL.[4]

Como cabía esperar, el punto de partida del programa de removilización del nuevo OHL era el Ejército. Con el fin de contrarrestar la superioridad material del enemigo, sería necesario mejorar la fuerza. Ludendorff descubrió en septiembre de 1916 las tropas de asalto de élite. Impresionado, un mes más tarde ordenó el establecimiento de batallones similares en cada ejército y, en diciembre, se distribuyeron nuevas instrucciones tácticas para operaciones defensivas, basadas en sus técnicas y en un análisis de las recientes campañas. Para los veteranos del Somme y Verdún, esas instrucciones tenían poco de novedoso: las enseñanzas extraídas fueron diseminadas entre la fuerza durante el combate y numerosas unidades ya habían adoptado las técnicas del combate en pequeños grupos fruto de la necesidad, pues hacia el final de las batallas las sólidas líneas fortificadas estaban perdidas o destruidas y las formaciones tenían que defenderse en cráteres de artillería.[5] Por otra parte,

para hacer frente a esos nuevos retos, la fuerza no solo necesitaba la institucionalización del énfasis en el trabajo en equipo y en la iniciativa individual. También necesitaba un rearme extensivo.

El Tercer OHL quería triplicar la producción de artillería y ametralladoras, así como duplicar la cifra de morteros de trinchera, armas que proporcionaban a los grupos de combate su propio apoyo cercano. Con el recuerdo fresco de las peticiones angustiosas de las unidades de primera línea del Somme de más proyectiles, también se decidió duplicar la producción de municiones. Todo esto debería estar hecho para mayo de 1917, momento en que se esperaba una nueva ofensiva de la Entente. Con objeto de completar tales objetivos, y su visión militar, los nuevos líderes militares de Alemania tendrían que intervenir a fondo en la industria y sociedad de su país. La subsiguiente campaña industrial y propagandística recibió el nombre de «Programa Hindenburg».[6]

El programa Hindenburg

El Tercer OHL inició de inmediato la movilización total de las fuerzas germanas para el esfuerzo bélico. Muy pronto, el 31 de agosto de 1916, el coronel Max Bauer, experto en suministro de armas que trabajaba en estrecho contacto con Ludendorff, completó un memorando para el Ministerio de la Guerra. Presentó un resumen de la posición de desventaja, en material y recursos humanos, del Ejército del Reich, y remarcó que «los hombres […] deben ser sustituidos cada vez más por máquinas».[7] Dos semanas más tarde, el Tercer OHL remitió propuestas concretas al canciller Bethmann Hollweg. Para acelerar la producción, Ludendorff y Hindenburg consideraban esencial una reforma administrativa. Había que centralizar la gestión de la economía bélica. Lo fundamental, tal y como los industriales insistían a los nuevos dirigentes, era que todo incremento en la producción de armamentos dependía de llevar trabajadores a las factorías de armas. El Ejército estaba dispuesto a licenciar obreros especializados que contribuyeran a la campaña de armamentos. Sin embargo, era necesario hallar y movilizar nuevas fuentes de mano de obra.[8]

La gran innovación administrativa introducida por el Tercer OHL en aras de la removilización económica fue la Oficina Suprema de Guerra

(*Kriegsamt*), encabezada por un afable experto en ferrocarriles oriundo del sur de Alemania, el general Wilhelm Groener. El nuevo organismo comenzó su existencia el 1 de noviembre de 1916. En parte, era el producto de una disputa burocrática. Ludendorff y Hindenburg desdeñaban al Ministerio de la Guerra, cuyas agencias se encargaban de la provisión de armas y municiones. Aunque la Oficina Suprema de Guerra estaba integrada en el Ministerio de la Guerra, en la práctica, Groener respondía ante Ludendorff. No obstante, la reorganización también fue un intento sincero de avanzar hacia una economía dirigida funcional. La nueva entidad estaba, en sus niveles superiores, organizada según el modelo castrense de toma de decisiones determinantes, mientras que por debajo operaba una estructura burocrática más convencional, con seis departamentos principales. Pasaron bajo su jurisdicción las responsabilidades del Ministerio de la Guerra en cuanto a mano de obra, armas y provisión de armas, las secciones de Materias Primas Bélicas y Alimentación, así como las importaciones y exportaciones. Su personal técnico se componía de eminentes científicos, industriales y expertos económicos, que se encargaban de la planificación y de asesorar a su jefe. El nuevo derecho a impartir órdenes a los generales prusianos al mando de los distritos militares del interior facilitó sobremanera la capacidad de la Oficina Suprema de Guerra de coordinar la economía del Reich. Este derecho, concedido al Ministerio de la Guerra, quedó delegado en un nuevo ministro de la Guerra, representante del Tercer OHL en el seno de la Oficina Suprema de Guerra. Por fin sería posible la planificación y centralización racional de la distribución de recursos humanos y materiales para las fuerzas armadas y la industria, en lugar de estar sujeta al capricho de los comandantes militares regionales sin ninguna formación en economía y sometidos a las presiones locales.[9]

Sin embargo, la Oficina Suprema de Guerra no fue la institución coordinadora que pretendían Ludendorff y Groener. Pese a que el nuevo ministro de la Guerra, Hermann von Stein, era un hombre de Ludendorff, la presencia en su ministerio de la todopoderosa entidad de Groener activó sus instintos burocrático-territoriales, con lo que resistió todos los intentos de recortar las competencias de los generales de los distritos interiores. También hubo conflictos con las autoridades civiles, en particular con el Ministerio del Interior prusiano, que defendía sus jurisdicciones administrativas. Baviera, Sajonia y Wurtemberg se negaron a subordinar sus instituciones a ningún órgano administrativo prusiano y, en consecuencia, establecieron oficinas de guerra paralelas dentro de sus ministerios de la guerra. Es más, la Oficina

Suprema de Guerra tampoco era un parangón de eficiencia. Su extraña estructura, mitad castrense, mitad burocrática, causó mucha confusión y duplicación de esfuerzos. Tan grande fue el torrente de directivas contrapuestas emitidas por sus jefes de equipo y cabezas de departamento que, en cierto momento, Groener estimó necesario imponer una moratoria de dos semanas. Sin embargo, incluso si la Oficina de Guerra hubiera tenido una organización racional y no estuviera en el centro de la pugna burocrática, nunca habría podido promover un resurgimiento industrial capaz de cumplir los fantásticos objetivos del Tercer OHL.[10]

El Programa Hindenburg estaba condenado a causa del carácter completamente arbitrario de sus objetivos. Ludendorff y otros subrayaron con posterioridad el elemento propagandístico del plan: es indudable que la orden de duplicar o, en algunos casos, de triplicar la producción de armamentos añadió espectacularidad a la creación del Tercer OHL. Pese a ello, tal y como reflexionó Groener, esta no era forma de dirigir una economía bélica.[11] El Ministerio de la Guerra, cuyos trabajos de provisión de municiones eran vistos con desdén por el tercer OHL, tuvo el buen criterio de basar su planificación de armamentos en la producción de pólvora. Tras el primer desabastecimiento del otoño de 1914, estableció un programa de aumentos graduales de la fabricación de pólvora, con un primer incremento hasta las 3500 toneladas. En febrero de 1915 se aumentó la cuota objetivo a 6000 toneladas mensuales, una producción que no se logró hasta julio de 1916. La batalla del Somme llevó al Ministerio de la Guerra a elevar aún más el objetivo hasta una cantidad mensual de 10 000 toneladas de pólvora, que debería lograrse en mayo de 1917. Sin embargo, a cambio de 2000 toneladas extra y un puñado de llamativos titulares de prensa, el Tercer OHL desbarató esos planes calibrados con gran cuidado. El resultado, como era de esperar, fue un desastre. El programa de Hindenburg, al contrario que el plan del Ministerio de la Guerra, necesitaba crear nueva capacidad para cumplir los objetivos y, en consecuencia, asignó parte de los escasos materiales y recursos humanos a la construcción de fábricas, algunas de las cuales no pudieron acabarse. El programa tensionó en exceso la red ferroviaria del Reich y su suministro de carbón. Combinado con los gélidos inviernos que helaban los canales, el programa contribuyó de este modo al desabastecimiento y la miseria de la población germana durante el «invierno del nabo». También atizó la inflación y eso reforzó los males de la población civil: el Tercer OHL recortó las exportaciones de acero al extranjero, lo cual le permitía obtener divisas foráneas y, en un intento de incentivar una mayor producción,

abandonó la cuidadosa contabilidad del Ministerio de la Guerra y ofreció a los fabricantes de armamento generosos beneficios. El papel moneda circulante proliferó.[12] Cabe observar, sin embargo, que pólvora y armas de fuego no estaban equilibrados en este programa, por lo que, si los objetivos se hubieran alcanzado, se habría producido un descuadre. De todos modos, el desbarajuste productivo hizo que la producción nunca se acercara a los objetivos. De hecho, en febrero de 1917, la producción de acero era inferior a la de seis meses antes. La fabricación de pólvora también sufrió. Hasta octubre de 1917 Alemania no llegó a producir 10 000 toneladas de pólvora al mes. Al OHL le habría ido mejor si se hubiera ceñido al plan escalonado del Ministerio de la Guerra.[13]

Sin lugar a dudas, el rasgo más característico del Programa Hindenburg era su pretensión de cambiar la base moral del esfuerzo bélico de Alemania. Se necesitaba mano de obra con desesperación. Incluso con el plan de armamento del Ministerio de la Guerra había un déficit de 300 000 a 400 000 obreros. La campaña del Tercer OHL elevó tal carencia a entre 2 y 3 millones de hombres extra.[14] El Ejército licenció del frente a 125 000 obreros especializados. Se emprendió un recorte implacable de las industrias que no produjeran de forma directa para el esfuerzo de guerra para asignar sus recursos humanos al sector armamentístico. En 1917 hubo un cierre a gran escala de las factorías más pequeñas y menos eficientes. En Prusia, las 75 012 plantas registradas en 1913 se redujeron a 53 583 en 1918.[15] Sin embargo, un objetivo fundamental del plan de Ludendorff y Bauer era su pretensión de obtener un control total sobre la fuerza laboral. Hasta ese momento, la *Burgfrieden* perfiló la política de las autoridades hacia el trabajo. El Gobierno y los generales al mando de las regiones militares lograron, a cambio de concesiones menores, la cooperación voluntaria de los socialistas y los sindicatos. A partir de ese momento, se adoptaron métodos mucho más coercitivos. En una carta al canciller, con fecha 13 de septiembre, el Tercer OHL propuso, entre otras medidas, extender el límite máximo para el servicio militar de los 45 a los 50 años —un aumento que los austrohúngaros ya habían aplicado a principios de 1915— y que sería necesaria una nueva ley de rendimiento bélico que permitiera el traslado de obreros entre fábricas de armamento, además de hacer obligatorio el trabajo para la guerra, mujeres incluidas. Sería necesario, alegó, clausurar todos los departamentos universitarios excepto el de medicina. El grado de radicalismo de los nuevos mandos militares se resume en la escalofriante exhortación de Hindenburg:

había que organizarse sobre la base de que «el que no trabaje, no debería comer».[16]

No está nada claro que, de haber logrado sus objetivos el Tercer OHL, el rendimiento económico de Alemania habría mejorado. Austria también quedó integrada en el Programa Hindenburg: el artículo 4 de su Ley de Guerra de 1912 permitía la movilización de todos los individuos sanos que no estuvieran en las fuerzas armadas y el 6 obligaba a los trabajadores a permanecer en su puesto laboral. A pesar de esta legislación coercitiva, y el gasto de 454 millones de coronas para la construcción o expansión de factorías, la producción armamentística austriaca descendió durante la segunda mitad de 1917.[17] En el Reich, los líderes civiles se opusieron del todo a los planes del OHL de movilización obligatoria de los civiles. El secretario de Estado del Interior, Karl Helfferich, objetó que obligar a trabajar a la población femenina era superfluo, pues ya había más mujeres en busca de trabajo que puestos disponibles. Todo intento de introducir la obligatoriedad, temía con razón, sería ruinoso para la «colaboración entusiasta y voluntaria» con la *Burgfrieden* de la gran mayoría de obreros. El Ministerio de la Guerra también se mostró hostil al plan. Cuestionaba que elevar la edad de servicio militar a los 50 años aportara diferencias significativas y subrayó que lo que debía motivar a los trabajadores era la convicción interna, no la coerción. En respuesta, Ludendorff se limitó a elevar sus exigencias y argumentó que todos los hombres de 50 a 60 años debían cumplir una función militar. Más notable, y problemática, era la insistencia del Tercer OHL en que las medidas debían adquirir rango de ley y, por tanto, estar legitimadas por el Reichstag. El Gobierno prusiano, consciente de la división de los diputados a causa de la ineptitud de la gestión alimentaria de las autoridades, de los abusos de la Ley de Estado de Sitio por parte de los jefes de las regiones militares, y sabedor de lo muy controvertidas que serían las disposiciones de la ley, lo consideró un grave error. Aun así, Hindenburg y Ludendorff desdeñaron ciegamente todas las objeciones. «El Reichstag —afirmaron— no se negará a aprobar esta propuesta cuando se explique con claridad que no es posible ganar la guerra sin ayuda de una ley de esas características».[18]

La futura Ley de Servicio Auxiliar Patriótico sería redactada por Groener, cuya Oficina Suprema de Guerra controlaría y asignaría la mano de obra cautiva de la nación. Groener era un hombre razonable. Al contrario que Hindenburg y Ludendorff, había trabajado en el frente interior y conocía su terrible situación. Estaba dispuesto a llegar a compromisos con los representantes del proletariado, pues comprendía que «nunca podremos ganar

esta guerra si peleamos contra los trabajadores».[19] Su borrador tuvo en cuenta las críticas de los civiles. La ampliación del servicio militar de los 50 a los 60 años de edad mutó en una nueva obligación, el Servicio Auxiliar Patriótico (*Vaterländischen Hilfsdienst*), que comprendía todo tipo de trabajos para el esfuerzo bélico en las oficinas gubernamentales, la agricultura o la industria de guerra. Solo los hombres estaban sujetos a esta nueva prestación; se abandonó la exigencia de Hindenburg de incluir a las mujeres. De acuerdo con las preferencias del Tercer OHL, el borrador fue breve y general, aunque implícito en su declaración de que «por orden del ministro de la Guerra», los varones de 50 a 60 podrían ser «llamados a prestar el Servicio Auxiliar Patriótico», estaba el nuevo y radical poder de transferir mano de obra y restringir su libre movimiento. Aunque Ludendorff presionaba a favor de su implementación inmediata, obtener la aprobación del Reichstag para un cambio semejante requería extensas consultas. Las autoridades civiles no estaban dispuestas a ceder todo el control y añadieron cláusulas que garantizaba al Bundesrat, la cámara representativa de los estados federales de Alemania, la capacidad de supervisar los decretos emitidos por la Oficina Suprema de Guerra con objeto de implementar la ley, así como la potestad de revocarlos. Los ministros, por otra parte, rechazaron la previsión de entrenamiento militar obligatorio para adolescentes de más de 15 años y rebajaron a los 17 el límite mínimo de servicio obligatorio en el Servicio Auxiliar Patriótico. Después de reunirse con representantes de la industria y los sindicatos se agregaron guías de uso, que detallaban la forma como se debería implementar la ley. Con el fin de tranquilizar a la izquierda, estas preveían crear tribunales arbitrales con representación de los trabajadores, que intermediarían cuando un empleado quisiera dejar el puesto de trabajo pero su patrón no quisiera darle un «certificado de finalización». Se pretendía aprobar la ley en el Bundesrat y de ahí llevarla al Comité de Dirección del Reichstag, donde los representantes de los partidos regatearían a puerta cerrada los contenidos con Groener y Helfferich. Cuando se alcanzara un acuerdo, se esperaba que la propuesta fuera aprobada por aclamación en el Reichstag. Con ello, se enviaría un poderoso mensaje de unidad y voluntad de seguir la lucha y daría al esfuerzo bélico alemán una nueva base, más eficiente y controlada.[20]

Hindenburg y Ludendorff se llevarían una desagradable sorpresa. Los diputados socialdemócratas, de centro y progresistas del Reichstag, y su Comité de Dirección, no compartían la visión del Tercer OHL de una economía dirigida y subordinada y no estaban dispuestos a confiar sin

condiciones en los militares o en el Gobierno. El Parlamento, tras someterla a profundas revisiones, aprobó la propuesta el 2 de diciembre y el káiser la ratificó tres días después. Era muy diferente a las pretensiones de los generales. En contraste con el conciso y general borrador inicial de Groener, su largo texto estaba repleto de concesiones a los obreros y a sus instituciones; Ludendorff denunció más tarde que «la forma en que se aprobó la ley […] equivalía a un fracaso». Decepcionado, Helfferich se expresó en términos similares: «Casi podría decirse que hicieron la ley los socialdemócratas, los polacos, alsacianos y los secretarios sindicales».[21] Para los militares y estadistas conservadores era muy preocupante que el Reichstag impusiera el establecimiento de un comité especial de quince diputados encargados de supervisar la aplicación de la Ley de Servicio Auxiliar y aún más que sus reglamentos generales requirieran su aprobación. Numerosos industriales, deseosos de tener a su disposición una fuerza laboral cautiva, lo cual facilitaría la planificación y socavaría la capacidad de los empleados de negociar sueldos más altos, quedaron desencantados al ver que toda factoría de más de cincuenta trabajadores debería tener comités obreros y organismos conciliatorios. Los sindicatos estaban ahora más cerca de su antiguo objetivo de obligar a los empresarios a reconocerlos y negociar con ellos. Quizá la peor consecuencia de todas fue que se frustró en buena medida el objetivo principal de reducir la movilidad de la mano de obra, un prerrequisito de la gestión centralizada de los recursos humanos. La izquierda supo ver la posibilidad de enormes beneficios para los empresarios e insistió en que los obreros debían tener también una oportunidad de mejorar sus condiciones. En consecuencia, aunque en teoría los obreros de la industria bélica no podían moverse de su puesto, se reconoció de forma explícita que la posibilidad de «una mejora notable de las condiciones laborales» era una justificación válida para cambiar de trabajo.[22]

El intento del Tercer OHL de removilizar Alemania sobre nuevas bases de obligatoriedad y control se saldó, por tanto, con un sonoro fracaso. Ludendorff demostró una gran ingenuidad al creer que se aceptaría una ley que limitara las libertades de los trabajadores sin exigir concesiones a cambio. Repudió la ley final del Servicio Patriótico Auxiliar, que calificó de «no solo insuficiente, sino positivamente dañina». Era, afirmó autocomplaciente, una manifestación de la debilidad de las autoridades civiles y la avaricia de la izquierda política que, en última instancia, le costó la victoria al Reich.[23] No obstante, para Ludendorff la verdadera cuestión era que le habían frenado y que las fuerzas de la democracia y el socialismo habían salido reforzadas.

Para los conservadores, que el comité del Reichstag supervisara la ley, la cooperación entre el SPD y los partidos burgueses de centro, la imposición de tribunales arbitrales en los cuales los trabajadores decidían junto a sus patrones eran hechos profundamente turbadores. Sus afirmaciones, respaldadas por algunos historiadores, de que la Ley de Servicios Auxiliares socavó el esfuerzo bélico carecen en general de una base sólida. El aumento de las huelgas durante 1917 fue una respuesta al deterioro de las circunstancias sociales, no a la alteración de las condiciones de empleo bajo la nueva normativa y la queja de que esta incrementó el movimiento de personal parece dudosa. Por el contrario, la legislación fue extremadamente exitosa a la hora de liberar efectivos militares, pues sustituyó trabajadores aptos por hombres llamados a prestar el servicio auxiliar. Lo crucial fue que las concesiones hechas lograron mantener a los sindicatos del lado del régimen imperial y garantizaron su cooperación; un logro de incalculable valor, vistas las convulsiones de 1917. Tratar de militarizar la fuerza laboral sin tener en cuenta el resto de intereses habría conducido a un inevitable desastre. En una guerra que solo podía librarse con el consentimiento del pueblo, el compromiso y las concesiones de la Ley de Servicio Auxiliar Patriótico eran la mejor esperanza que tenía Alemania de poder resistir.[24]

Trabajos forzosos

El Tercer OHL fracasó en 1916 en su intento de cambiar los fundamentos del esfuerzo bélico de Alemania y pasar del consentimiento al control. No obstante, la coerción siguió siendo una importante herramienta de movilización económica. La policía, los empresarios o los generales al mando de los distritos interiores podían intimidar y obligar a obedecer a los trabajadores alemanes, aunque la imposición más dura y descarada en el suelo del Reich se aplicó a súbditos del enemigo. Hoy rara vez se recuerda lo mucho que dependía Alemania de la mano de obra extranjera durante la Primera Guerra Mundial. Hacia 1918, alrededor de un séptimo de su fuerza laboral, 2,5 millones de personas en total, procedía del extranjero. En su mayoría eran, en cierto modo, trabajadores forzosos. Formaban la mayoría de esta fuerza laboral alrededor de 1,5 millones de prisioneros de guerra, que podían ser empleados, de forma legal, en tareas no relacionadas con la guerra.

Sin embargo, también había un elevado número de civiles. Los alemanes retuvieron a centenares de miles de jornaleros de la Polonia rusa en extensas fincas agrarias, llevaron a la fuerza a Alemania a decenas de miles de civiles belgas para trabajar en la industria e incluso entre los muchos extranjeros que firmaron un contrato de empleo, la coerción tuvo a menudo un papel en su decisión. Pese a ello, resulta llamativo, y tal vez contradictorio, dado el uso extensivo que dieron los nazis a la mano de obra esclava en la Segunda Guerra Mundial, la lección principal del conflicto de 1914-1918 fue que los trabajadores forzosos no se desempeñaban demasiado bien. Cuanto más violenta fuera la imposición, más reticentes y miserables eran los obreros y menos se conseguía.[25]

Antes de la contienda, la expansión económica germana atrajo a numerosa mano de obra inmigrante. Había medio millón de foráneos en la agricultura y 700 000 en la industria. Cuando estallaron las hostilidades, 350 000 trabajadores temporales de la Polonia rusa quedaron atrapados en el lado equivocado de la frontera. Al principio, se limitaron a impedir la incorporación a los Ejércitos del zar a los que estuvieran en edad militar. Los demás solo podían quedarse para la cosecha de tubérculos y a continuación se les expulsaría. Sin embargo, en octubre de 1914, los secretarios prusianos del Interior y Agricultura cayeron en la cuenta de que esa gente sería crucial para el sector agropecuario y el suministro alimenticio del Reich en una contienda prolongada. En consecuencia, se les prohibió volver a casa o abandonar el trabajo. Los súbditos polacos de Rusia que trabajaban en la industria germana no tardaron en ser sometidos a restricciones similares. Los generales al mando de las regiones militares del interior aceptaron la responsabilidad de imponer disciplina a esos polacos. Les prohibieron hacer huelga, cometer actos de insubordinación y viajar fuera de la localidad asignada sin el permiso previo del general. Con el objetivo de dar una pátina de legalidad a la detención de personas no aptas para el servicio militar se les presionó para que firmaran «por propia voluntad» contratos de empleo.[26] Cabe destacar dos puntos. Primero, con la detención de esas personas, el Estado alemán demostró, desde el mismo inicio de las hostilidades, que estaba dispuesto a actuar de forma implacable y contra el espíritu de la legislación internacional en beneficio del esfuerzo bélico. Segundo, su tratamiento de lo que consideraban rústicos orientales fue diferente al que se dio a los ciudadanos de los «civilizados» estados occidentales. A las mujeres británicas, por ejemplo, se les permitió regresar a su país al inicio de la conflagración, mientras que a los 4000 hombres en edad militar se les prohibió salir y en noviembre los internaron en

un campo bastante confortable, Ruhleben, a las afueras de Berlín. Al contrario que los individuos de la Polonia rusa, nunca los obligaron a trabajar para el esfuerzo bélico germano. La mayoría de los varones civiles de nacionalidad francesa y belga solo fueron obligados a trabajar a partir de 1916.[27]

El Tercer OHL, por tanto, no fue el pionero del trabajo forzoso en Alemania, pero su necesidad urgente de obreros para el Programa Hindenburg lo impulsó a extender la práctica por una senda nueva y más despiadada. Con la mano de obra germana a plena capacidad, el alto mando dirigió su codiciosa mirada sobre la Bélgica ocupada, una tierra industrializada con mano de obra cualificada, pero en su gran mayoría en el paro. La idea de reclutar a esos trabajadores circulaba desde hacía un tiempo. Los grandes fabricantes del Reich, antes del ascenso al poder de Hindenburg y Ludendorff, se dirigieron al Ministerio de la Guerra prusiano, el cual, a su vez, solicitó al general Moritz von Bissing, jefe de la administración del Gobierno General Imperial Alemán de Bélgica (*Kaiserliches Deutsches Generalgouvernement Belgien*), primero en marzo de 1916 y de nuevo en verano, que movilizara los recursos humanos belgas a favor del esfuerzo bélico de Alemania. El reclutamiento voluntario tuvo escaso éxito: se presentaron menos de 30 000 trabajadores y, dado que el Ministerio de la Guerra necesitaba al menos diez veces más para su programa de armamentos, se propuso usar trabajadores forzosos. El gobernador general vetó la sugerencia. Incluso bajo presión, solo se comprometió a un decreto, promulgado a mediados de mayo de 1916, en el que permitía la deportación al otro lado de la frontera de trabajadores desempleados o que se hubieran negado a trabajar para los intereses alemanes en Bélgica. Las objeciones de Bissing se debían, en parte, al pragmatismo. Dudaba, con razón, de la efectividad económica del trabajo forzoso y temía que este causara agitación en Bélgica y provocara una reacción internacional negativa. Bissing también pensaba en términos estratégicos: aspiraba a la integración de Bélgica en el Reich y, por ello, prefería dar a su población un trato «razonable». Finalmente, algo del paternalismo inherente al antiguo cuerpo de oficiales prusianos influyó en sus acciones. Consideraba que su papel era el de «administrador de la tierra» y se sentía obligado a oponerse a las formas de explotación más rapaces. «Soy de la opinión de que un limón exprimido no tiene valor y de que una vaca muerta no da más leche —manifestó un año antes, en junio de 1915—. Por esta razón, es tan importante y necesario que una tierra, que, en un sentido económico, y también en otros aspectos, tiene tanta significación para Alemania, siga siendo viable y que las heridas de la guerra, hasta donde sea posible, sanen de nuevo».[28]

En última instancia, Ludendorff y Hindenburg, los cuales daban la mayor prioridad a la introducción de la mano de obra forzosa, rompieron la resistencia de Bissing. Apenas una semana y media después de su nombramiento para la jefatura del Ejército germano, se reunieron con el gobernador general para tratar los recursos belgas. Cinco días más tarde, el 13 de septiembre, le ordenaron proporcionar mano de obra para las necesidades germanas, con independencia de escrúpulos legales o sociales. Bissing se resistió. Consultó con el canciller y, a continuación, viajó a Pleß, a más de 1000 kilómetros de su sede de Bruselas, a hablar con el alto mando. El 19 de septiembre, rechazó en persona la exigencia de Ludendorff de usar en Alemania mano de obra forzada belga. No fue hasta el 6 de octubre, tras una conferencia en la cual los representantes del Gobierno General de Bélgica se quedaron solos ante los delegados militares y civiles en su negativa categórica al trabajo forzoso y tras apelar sin éxito al canciller, Bissing, a regañadientes, aceptó organizar la deportación de obreros industriales belgas a Alemania.[29]

Hubiera sido difícil tomar una decisión peor, pues las deportaciones fueron un fiasco a todos los niveles. Una vez cedió Bissing, el 26 de octubre de 1916, los alemanes capturaron y transportaron al primer grupo de desempleados y «reacios a trabajar», 729 en conjunto. Hasta la suspensión de las deportaciones, el 10 de febrero de 1917, se realizaron 115 acciones similares. En un principio, el OHL esperaba transportar 20 000 obreros a la semana, pero, ante los problemas considerables, el principal de todos un sistema ferroviario sobrecargado y la falta de alojamientos adecuados en Alemania, fue necesario revisar la cifra a la baja, primero a 12 000-13 000 y después a 8000. Hacia el 10 de diciembre, el Ejército pretendía deportar a 2000 trabajadores belgas a la semana, aunque, en la práctica, pese a que en algunas semanas de noviembre se transportó a 10 000, o incluso a 12 000, ni siquiera se pudo alcanzar esta cifra a la conclusión del año. En total, los alemanes deportaron a 60 847 belgas. La burda estrategia del Ejército era llevarlos a campos de Alemania, donde, por medio de maltrato deliberado, nutrición insuficiente y malas condiciones higiénicas, se les obligaría, para mejorar su situación, a firmar contratos de empleo con la industria bélica germana y, de ese modo, se convertirían en trabajadores «voluntarios». Una medida de lo pésimos que eran estos campos de tránsito era su mortalidad: en cuestión de meses perecieron 1316 internos. Así y todo, solo 13 376 deportados belgas, menos de un cuarto del total, cedió y firmó un contrato. El trato despiadado fomentaba el resentimiento y el odio, no la obediencia.[30]

La deportación de unos pocos millares de precarios obreros no aportó ningún cambio en la campaña de armamentos de Hindenburg, pero desencadenó un desastre internacional de relaciones públicas solo comparable a las masacres y destrucciones provocadas por el espejismo de los *francs-tireurs* de agosto de 1914. El clero católico belga y el Gobierno en el exilio protestaron. También lo hizo la Entente. La reputación de barbarie de los alemanes quedó consolidada. En los países neutrales hubo un escándalo público. El papa condenó la práctica de la deportación en masa. La consecuencia más dañina fue la reacción de Estados Unidos. Hubo una oleada de condena de los intelectuales, la prensa y manifestaciones masivas en las principales urbes del país. La indignación popular, atizada por la facción belicista, socavó los intentos del presidente Wilson de orquestar una paz negociada de inspiración estadounidense. En el invierno de 1916-1917, a causa de las deportaciones, Alemania perdió sin discusión lo que su embajador en Washington denominó «la lucha por el alma estadounidense». [31]

Los alemanes, así como sus aliados habsburgo, tuvieron más éxito con la utilización de prisioneros militares como mano de obra. Como observó Ludendorff tiempo después, estos tuvieron «máxima importancia» para la economía bélica del Reich.[32] Su número excedía con creces a los civiles obligados a trabajar. A la conclusión de 1914, los alemanes habían capturado 219 364 soldados franceses, 19 316 británicos y alrededor de 300 000 rusos. Sus cautivos aumentaron a 1,5 millones en 1915 y casi a 2,5 al final de la guerra. Los austrohúngaros custodiaban unos 2 millones de soldados enemigos.[33] Al principio, no se obligó a trabajar a esos hombres, languidecían hacinados en campos de prisioneros, donde se declaró una epidemia de tifus en la primera mitad de 1915 que requirió un estricto aislamiento de las poblaciones civiles.[34] Sin embargo, pronto se trazaron planes para explotar la mano de obra de los internos. A partir de mediados de año, se les envió en masa a destacamentos de trabajo en Austria y Alemania, lo que no tenía nada de ilegal. La ley internacional solo prohibía emplear a los cautivos militares en actividades vinculadas «a operaciones de la guerra».[35] Al inicio, los austriacos propusieron emplear a los prisioneros en ambiciosos proyectos estatales de recuperación de suelos y vías ferroviarias. En Alemania, les asignaron al principio a trabajos similares, pero muy poco después se les empezó a enviar a la industria del hierro o a las minas, donde con gran rapidez se convirtieron en un sólido componente de la fuerza laboral.

Hacia agosto de 1916, el mes del ascenso de Hindenburg y Ludendorff, representaban alrededor del 14 por ciento de la mano de obra de la industria carbonífera del Ruhr.[36]

Fue en la agricultura donde los reclusos militares fueron más numerosos y tuvieron un inestimable valor. Alrededor de dos tercios de los prisioneros de guerra de Alemania trabajaron en labores agrícolas. En Austria, su asignación a las granjas también se consideraba «una necesidad de Estado de primera magnitud».[37] Al principio solo trabajaron en grandes fincas, porque los Ejércitos de las Potencias Centrales, preocupados por la seguridad, insistían en que las empresas privadas que quisieran usar mano de obra cautiva debían acoger a un mínimo de treinta. Custodiar a menos resultaba antieconómico. No obstante, según las prioridades económicas resultaban más acuciantes, los militares adoptaron una actitud más flexible. A partir de octubre de 1915 permitieron que prisioneros de guerra se alojaran en granjas de forma individual y permanente. Desde ese momento, fue muy habitual que los prisioneros fueran distribuidos de uno en uno o por parejas. Al final de la guerra, había 1,5 millones de cautivos repartidos entre 750 000 granjas y empresas germanas.[38] Los hombres asignados a granjeros campesinos podían sentirse afortunados. Los enviados a trabajar en áreas industriales estaban mal pagados, mal alimentados y corrían el riesgo de contraer enfermedades epidémicas. Aún peor era la suerte de los retenidos por los contingentes para trabajar detrás de las líneas. Estos sumaban el 16 por ciento de los prisioneros de Alemania y más del 20 de los de Austria-Hungría. Las raciones criminalmente insuficientes, las palizas y la sobreexplotación definían la vida de estos prisioneros en las compañías de trabajo. Una gran parte de los quizá 140 000 y 230 000 hombres que perecieron en cautiverio alemán y austrohúngaro, respectivamente, pertenecían a estos contingentes.[39] Por el contrario, los prisioneros asignados a pequeños granjeros rurales solían recibir buen trato. Las propietarias valoraban la mano de obra, había comida y, dado que los prisioneros vivían a menudo en la casa, las barreras de idioma y enemistad nacional se rompieron y muchos llegaron a ser tratados como uno más de la familia. Esta forma de trabajo forzoso, un modelo muy lejano de la brutal servidumbre que suele asociarse con el término, fue el gran éxito con el trabajo extranjero de Alemania y Austria-Hungría durante la guerra. Los hombres, en su mayor parte rusos de zonas rurales, sabían que tenían suerte y, al contrario que los prisioneros en la industria o en las compañías de trabajo del frente, proporcionaban un elevado nivel de productividad.[40]

El uso exitoso de apenas uno o dos prisioneros en las granjas no pasó inadvertido a los pequeños empresarios. Para unos negocios con dificultades en un país donde los hombres mejores y más brillantes habían sido llamados a filas, los prisioneros parecían la salvación. Helene Grus, propietaria de un salón de peluquería de Posen, por ejemplo, escribió a su comandante militar local en abril de 1918 para solicitar que le asignaran un prisionero hábil con las tijeras. Su marido había sido movilizado en septiembre de 1916 y encontrar personal sustituto era una pesadilla. Su único asistente alemán, se quejó, «era tan limitado y su formación profesional tan deficiente que, en lugar de atender a la clientela como es debido, menosprecia y ahuyenta la clientela del negocio con su conducta y su desorden».[41] No sabemos si le concedieron su solicitud, pero esta ilustra hasta qué punto los trabajadores prisioneros se convirtieron en una parte normal del tejido de la sociedad en guerra.

Por otra parte, el uso de trabajo forzoso, aunque fuera en su forma más benevolente, nunca estuvo exento de problemas. La presencia durante la contienda de soldados rusos en el corazón de la sociedad germana tuvo dos consecuencias negativas. La primera fue que causó una considerable inquietud social. Algunas mujeres mantuvieron relaciones con prisioneros y unos pocos centenares se quedaron embarazadas. La prensa exageró esos casos y los convirtió en una crisis moral de alcance nacional. La preocupación por la sexualidad femenina se combinó con la xenofobia bélica. Los generales de las regiones militares prohibieron tener relaciones con el enemigo. Las mujeres que osaran desafiar estas limitaciones eran presentadas en los diarios como traidoras y se las castigaba, a veces con meses de prisión. Para los derechistas, estas relaciones eran una prueba más del egoísmo del frente interior, que dejaba en la estacada a los supuestos héroes abnegados de las trincheras.[42]

Más seria fue la paranoia de las autoridades, inflamada por la presencia de centenares de miles de soldados enemigos apenas supervisados en la sociedad y economía germana. En las ciudades estaban considerados una amenaza para el orden público. Los temores obsesivos llegaron al cénit en el verano de 1917, cuando el ministro de la Guerra prusiano advirtió de que agentes británicos y franceses estaban coordinando los preparativos de un alzamiento masivo de los prisioneros, cuya señal de inicio se emitiría por medio de partes meteorológicos remitidos desde Suiza. Con el fin de frustrar la amenaza imaginaria, se intensificó la censura, la policía fue puesta en máxima alerta y los guardias recibieron orden de usar sus armas ante el primer indicio de

amotinamiento de los prisioneros.[43] Aunque el temido alzamiento nunca se materializó, había un temor constante, y más justificado, a que los prisioneros sabotearan la producción de guerra. Incendios, explosiones y aparentes accidentes en fábricas al servicio del esfuerzo bélico alimentaban las sospechas de los comandantes de los distritos interiores. La postura que se asumió por defecto fue que los prisioneros que trabajaban allí eran culpables. Tal y como advirtió a mediados de 1917 el general al mando del distrito del XVII Cuerpo de Ejército, «la sospecha de sabotaje de prisioneros de guerra solo puede descartarse si se identifica de forma concluyente otro causante u otra causa».[44]

Sin embargo, lo que más atemorizaba a los funcionarios era que la supervivencia de Alemania, paradójicamente, dependía por completo de los centenares de miles de soldados enemigos sin vigilancia que trabajaban en sus granjas. De su trabajo dependía el frágil suministro alimentario del país. No debe sorprendernos, por tanto, que el descubrimiento de que la inteligencia francesa exhortaba a sus compatriotas en el cautiverio a cometer actos de sabotaje sumiera en el pánico a las autoridades germanas. A los prisioneros les remitían instrucciones y equipo para dañar patatas y ganado. Hallaron los denominados «extirpadores», instrumentos diseñados para arrancar los brotes de las patatas, así como dispositivos incendiarios de acción retardada ocultos con gran ingenio en pasteles, tubos de pasta de dientes y latas con falso fondo en los paquetes de Cruz Roja. Según la inteligencia alemana, los franceses llegaron incluso a experimentar la guerra bacteriológica mediante el suministro a los prisioneros de pastillas para infectar de ántrax al ganado alemán.[45] El peligro, que fue muy sobrestimado, llevó a los mandos de los distritos interiores a emitir histéricas proclamas. Los cautivos, explicaron a la población rural, cooperaban con un diabólico designio del enemigo: «Conforme a un plan premeditado y a gran escala, los prisioneros de guerra destruirán nuestra próxima cosecha». A la población se le exigió «desconfiar y vigilar a todos los prisioneros de guerra […] aunque les parezca que son amistosos con los alemanes». Se solicitó al clero, maestros y alcaldes que alertaran a la población de la operación francesa de sabotaje y a los granjeros se les conminó a vigilar de cerca a sus prisioneros. También les ordenaron no entregarles cartas o paquetes, pues de hacerlo tendrían que responder al cargo de traición.[46] En los niveles superiores arraigó la teoría conspirativa de que los prisioneros eran responsables de los sufrimientos del país. El Estado Mayor adjunto del Ejército del interior del Reich difundió entre los mandos la

historia, fantástica pero terrorífica, de que los prisioneros, al destruir las patatas de siembra, provocaron el «invierno del nabo» de 1916-1917.[47]

El uso de trabajos forzados en el interior reveló la dificultad y los costes de la coerción. El uso de esta, el intento del Tercer OHL de transportar a la fuerza a obreros belgas al Reich, fracasó por completo y suscitó una enérgica condena internacional. Los civiles polacos detenidos ilegalmente con el estallido de la contienda y explotados en las grandes fincas del este tuvieron un valor aún más limitado. Eran trabajadores mal motivados con elevados niveles de fuga.[48] El uso de los prisioneros de guerra en la agricultura fue mucho más exitoso. Estos hombres solían recibir un buen trato y resultaron indispensables para el esfuerzo bélico del Reich. Incluso en este caso, el uso de mano de obra forzada requería el pago de un fuerte precio moral y social, pues su utilización fomentó una espiral de paranoia, desconfianza y racismo. Tales experiencias no desacreditaron por completo las posibilidades económicas de la coerción más severa, si bien demostraron que no eran adecuadas para una sociedad relativamente libre, dotada de prensa y parlamento y sometida al escrutinio internacional. En los territorios ocupados por las Potencias Centrales, donde tales condiciones no existían, había más margen para la brutalidad y el maltrato. No obstante, también allí la explotación coercitiva de recursos materiales y humanos tuvo severos costes.

Los territorios ocupados

Las Potencias Centrales conquistaron vastas extensiones de territorio enemigo en la primera mitad de la guerra. A la conclusión de 1916, ocupaban una zona de 525 500 kilómetros cuadrados, cuyos recursos, si se podían movilizar, ayudarían a aliviar el asedio y potenciar de forma notable sus economías bélicas.[49] Vivían bajo ocupación germana 21 millones de súbditos extranjeros, el equivalente a un tercio de la población del Reich. Había unos 6 millones de personas en la Bélgica ocupada, 300 000 en Luxemburgo, 2,5 millones en el nordeste de Francia, 6 millones en el norte de la Polonia del Congreso, que los alemanes denominaban Gobierno General Imperial Alemán de Varsovia (*Kaiserlich Deutsche Generalgouvernement Warschau*), y casi 3 millones en el denominado *Ober Ost*, que comprendía Curlandia, Lituania y Białystock-Grodno. Unos 3,4 millones de rumanos, conquistados a finales de

año, eran gobernados por un régimen gestionado por los alemanes, aunque también estaban bajo la influencia de las otras Potencias Centrales. Austria-Hungría ocupó territorios más modestos que los de su aliado, pero igualmente extensos. Las fuerzas de los Habsburgo controlaban 45 000 kilómetros cuadrados en el sur de la Polonia del Congreso, que cubrían los distritos de Piotrków, Kielce, Radom y Lublin, hogar de alrededor de 4,5 millones de personas, así como Serbia, cuya población devastada por la guerra sumaba 1,4 millones. Montenegro y Albania también estaban bajo dominio austrohúngaro.[50]

Las Potencias Centrales impusieron diversos regímenes de ocupación en estos territorios. Bélgica y Polonia tenían las típicas y confusas cadenas de mando germanas, con un gobernador general que reportaba en exclusiva al káiser, apoyado por una burocracia civil supervisada por el canciller del Reich. La mayoría del resto de áreas quedó bajo el control exclusivo de los militares. En 1915 se invadieron territorios en el Báltico. Ludendorff y Hindenburg, por ese entonces comandantes de los contingentes germanos del frente oriental, resistieron con determinación las interferencias civiles y crearon su propio estado militar, el *Ober Ost*. El nordeste de Francia bajo ocupación, un área de 21 000 kilómetros cuadrados, fue designado, junto con la esquina oeste de Bélgica, zona de retaguardia, dividida en seis regiones dirigidas por los ejércitos que operaban en el frente occidental.[51] En el momento en que se ocupó la mitad de Rumanía, la falta de personal apto imposibilitó instalar una administración civil, de modo que los militares también gestionaron este territorio en combinación con sus aliados y las élites locales dispuestas a colaborar. Los territorios conquistados por los Habsburgo estaban todos bajo la autoridad suprema del Alto Mando del Ejército austrohúngaro (*Armeeoberkommando*, AOK). Los territorios más extensos, como el sur de Polonia, Serbia y Montenegro estaban dirigidos por un gobernador militar. Las regiones más pequeñas, como Albania o las tierras italianas capturadas más tarde, quedaron a las órdenes de mandos de cuerpo de ejército. Todas estas administraciones tenían tareas similares. La primera prioridad de todo régimen de ocupación era pacificar el territorio. Este era el prerrequisito del segundo objetivo, el principal: la explotación económica. El antagonismo que esto provocó entre los habitantes socavó un tercer objetivo a largo plazo para muchos territorios: cimentar el dominio permanente germano o de los Habsburgo mediante el soborno a la población o la atracción de las élites locales.[52]

El rasgo definitorio de los regímenes de ocupación de las Potencias Centrales era su naturaleza explotadora. Los administradores admitían con toda franqueza su objetivo: como lo expresó el comandante Von Kessler, jefe del equipo económico germano en Rumanía, la principal tarea de las autoridades de ocupación era «sacar de la tierra lo que se pueda».[53] Los expertos de la década de 1940 cuestionaron el éxito de las Potencias Centrales en 1914-1918. Estimaron que Alemania extrajo de sus tierras conquistadas un beneficio bruto de 5700 marcos oro, lo cual cubría poco más del 5 por ciento de su gasto total durante la contienda. Una vez restados los gastos de ocupación, estas tierras parecían tener un valor aún menor.[54]

No obstante, las cifras de la época apuntan a una conclusión diferente. Se extrajeron de los territorios ocupados grandes cantidades de recursos diversos (*vid*. Tabla 13). Es más, los mandatarios de las Potencias Centrales, en particular los militares, le atribuyeron una importancia que contradice estas sumas modestas. Los alimentos allí producidos, en particular, aunque no valían mucho en términos monetarios, tuvieron un valor incalculable para defender del asedio a Alemania y Austria-Hungría. Ludendorff insistió en sus memorias en que «los territorios ocupados nos ayudaron con sus suministros de víveres» e incluso llegó a afirmar que, después de 1916, «no podríamos haber existido y aún menos continuar la guerra, sin el maíz y el petróleo de Rumanía».[55] El general Franz von Wandel, ministro adjunto de la Guerra de Prusia, también valoró mucho su contribución forzosa; en marzo de 1916 comunicó al Reich que, gracias a los comités económicos encargados de la extracción de recursos en las regiones conquistadas, «nuestros hombres están tan bien alimentados», así como que «es posible trasladar grandes reservas desde los territorios ocupados a la patria».[56] Los comandantes habsburgo no estaban menos convencidos del valor de los territorios extranjeros, mucho más reducidos, que estaban bajo su control. Para el jefe adjunto del Estado Mayor de los Habsburgo, el general Von Höfer, constituyeron «el pilar de esperanza» en los días desesperados de finales de 1916. Sin ellos, consideró, «es imposible aguantar hasta el comienzo de la nueva cosecha».[57] En opinión del coronel Von Zeynek, jefe de la sección de Intendencia del AOK, estos «nos ofrecieron medios muy importantes para mantener vivo al Ejército».[58]

Tabla 13: Recursos escogidos extraídos por Alemania de los territorios ocupados, 1914-1918.

	Bélgica	*Ober Ost*	Polonia	Rumanía
Grano (toneladas)	-	-	1 228 200	711 157
Caballos (cabezas)	150 000	90 000	-	-
Ganado (cabezas)	900 000	140 000	1 816 000	9877
Puercos (cabezas)	-	767 000	1 363 000	29 337
Ovejas/cabras (cabezas)	-	-	1 520 000	1208
Carbón (toneladas)	59 900 000*	-	14 500 000* **	-
Petróleo (toneladas)	-	-	-	803 218
Metal reciclado (toneladas)	376 000	-	153 000	4550
Madera (m^3)	-	3 850 000*	7 300 000*	*ca.* 44 030

*Total minado (no solo para uso germano) **Alemania y Austria-Hungría.

Fuentes: Bélgica: Liberman, P., 1996: *Does Conquest Pay? The Exploitation of Occupied Industrial Societies*, Princeton, Princeton University Press, 75 y 77; Henry, A., 1920: *Études sur l'occupation allemande en Belgique*, Bruxelles, Office de publicité, 194; y Solanský, A., 1928: «German Administration in Belgium», tesis doctoral inédita, Columbia University, 115. Polonia y *Ober Ost*: Liulevičius, V. G., 2000: *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*, Cambridge/New York/Melbourne, Cambridge University Press, 73; Ihnatowicz, I., 1965: «Gospodarka na ziemiach polskich w okresie I Wojny Światowej» [Economía en suelo polaco durante la Primera Guerra Mundial], en B. Zientara, A. Maczak, I. Ihnatowicz y Z. Landau, *Dzieje Gospodarcze Polski do 1939 r.* [Historia económica de Polonia hasta 1939], Warszawa, Wiedza Powszechna, 457; Molenda, J., 1985: «Social Changes in Poland during World War I», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes/New York, Columbia University Press, 189-190; Czerep, S., 2007: «Straty polskie podczas I wojny światowej» [Pérdidas polacas durante la Primera Guerra Mundial], en D. Grinberg, J. Snopko y G. Zackiewicz (eds.), *Lata wielkiej wojny.*

Dojrzewanie do niepodległości, 1914-1918 [Años de la Gran Guerra. Mayoría de edad para la independencia, 1914-1918], Białystok, Wydawn. Uniwersytetu w Białymstoku, 188; y Bemann, M., 2007: «"…kann von einer schonenden Behandlung keine Rede sein". Zur forstund landwirtschaftlichen Ausnutzung des Generalgouvernements Warschau durch die deutsche Besatzungsmacht, 1915-1918», *Jahrbücher für Osteuropas, Neue Folge* 55(1), 10 y 24. Rumanía: Abteilung V. des Wirtschaftsstabes des O. K. M., «Ausfuhr aus Rumänien und Bessarabien bis zum 20. September 1918». AVA Wien: MdI, Präsidium 22/Bukowina 1900-1918, (Karton 2096): Akte 37818.

Un examen más detallado indica que los recursos agrícolas de los territorios ocupados ayudaron a aliviar el desabastecimiento alimentario de las Potencias Centrales sitiadas. La población de Alemania, antes de la guerra, consumía 13,3 millones de toneladas de grano al año. Si se añade el consumo animal, sus necesidades superaban los 25 millones de toneladas. De esta cantidad, un quinto se importaba del extranjero. La media de 500 000 toneladas anuales extraídas de los territorios ocupados durante los años de guerra, por tanto, compensaron entre un décimo y un sexto de las importaciones perdidas. La cría de animales en las tierras ocupadas fue aún más importante para las Potencias Centrales. Mientras que la cabaña porcina del Reich se desplomó de más de 25 millones a unos 10, los más de 2 millones tomados en el este contribuyeron de modo sustancial a aliviar el hambre de los alemanes.[59] La conquista de Rumanía fue especialmente significativa. Ludendorff exageró al afirmar que «en el año 1917 solo Rumanía permitió a Alemania, Austria-Hungría y Constantinopla mantener la cabeza a flote».[60] El comercio pacífico, que entre el otoño de 1915 y agosto de 1916 permitió a las Potencias Centrales importar 2,5 millones de toneladas de grano, fue mucho más efectivo que la dominación militar para obtener suministros alimentarios.[61] Así y todo, la captura del granero rumano en diciembre de 1916, en mitad del enorme desabastecimiento del «invierno del nabo», llegó en un momento oportuno. Mediante una explotación rigurosa, durante los años siguientes Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y los

otomanos extrajeron grandes recursos a cambio de la divisa sin valor ni respaldo que introdujeron en el país ocupado (*vid*. Tabla 14).

Tabla 14: Recursos escogidos exportados desde Rumanía por las Potencias Centrales, 1916-1918.

Producto	**Cantidad**
Grano (toneladas)*	1 871 546
Avena (toneladas)	21 093
Heno (toneladas)	72 276
Verduras frescas (toneladas)	4580
Frutas frescas (toneladas)	15 712
Huevos/huevo en polvo (toneladas)	2074
Ganado (toneladas)	91 387
Puercos (cabezas)	105 347
Ovejas/cabras (cabezas)	488 168
Metal (toneladas)	53 129
Petróleo (toneladas)	1 036 595

*Trigo, centeno, maíz, cebada, harina y harina de maíz.

Fuente: Abteilung V. des Wirtschaftsstabes des O. K. M., «Ausfuhr aus Rumänien und Bessarabien bis zum 20. September 1918». AVA Wien: MdI, Präsidium 22/Bukowina 1900-1918 (Karton 2096): Akte 37818.

Es más, las cifras oficiales de exportación no explican toda la historia. Los ejércitos vivían en parte sobre el terreno. Las fuerzas germanas en Rumanía, por ejemplo, consumieron 267 879 toneladas de comida y forraje de la zona de ocupación, entre 1916 y 1918.[62] El consumo de las fuerzas armadas de los Habsburgo fue aún más significativo, pues se caracterizaba por su reticencia a compartir el botín con su propia población. Los Ejércitos de Alemania y de Austria-Hungría tenían concepciones muy diferentes de la guerra que libraban y de la relación con su patria. Las fuerzas armadas germanas, en particular a

partir de la toma del mando de Ludendorff, en 1916, comprendieron que la nueva guerra industrial exigía la fusión de Estado, sociedad y Ejército. Por el contrario, los mandos habsburgo se mantenían firmes en su anticuada visión de que el Ejército estaba en un plano independiente y superior a los civiles y actuaban como si el frente interior apenas importase. No compartían en absoluto la preocupación urgente de sus homólogos germanos por aliviar con alimentos los sufrimientos de la patria. Al contrario, defendían con vigor su acceso exclusivo a la agricultura de las tierras ocupadas. A los compradores civiles se les prohibió entrar en los territorios conquistados; si los descubrían, eran arrestados y deportados. El monopolio del AOK sobre la comida de los territorios ocupados permitió a los oficiales mantener un desmesurado tren de vida en 1917 y 1918, indiferente al hambre desesperada de su propio pueblo. Otros rangos se beneficiaron también: las unidades de entrenamiento de los Habsburgo fueron transferidas a Serbia y Polonia con el único propósito de alimentarlas. El Ejército estimó que cubría el 15 por ciento de sus necesidades de cereales con recursos procedentes de los territorios ocupados.[63]

Además de las exportaciones oficiales y del consumo militar, también se remitieron a la patria cantidades relevantes de alimentos por medios privados, lo cual garantiza que las estadísticas militares nunca representen todos los recursos tomados de los territorios conquistados. Los soldados de las fuerzas de ocupación alemanas estaban autorizados a enviar paquetes de comida de 5 kilogramos a amigos y familiares e hicieron un uso extensivo de este privilegio. En 1916-1917, en apenas ocho meses, las tropas de Rumanía enviaron a casa alimentos suficientes para llenar 1002 vagones. Los hombres de permiso llevaron 18 000 toneladas más. El Ejército de los Habsburgo tomó medidas similares; los soldados de permiso podían traer consigo 25 kilogramos de provisiones de las tierras ocupadas.[64] Las acuciadas familias de los militares recibían con alegría estos periódicos suplementos de su insuficiente ración oficial. En Hamburgo, Anna Kohnstern se regocijaba cada vez que el tío Friedrich llegaba de la retaguardia belga «sobrecargado» de mantequilla, tocino, manteca, judías e incluso conejos vivos.[65] Por otra parte, esta adquisición masiva de alimentos por parte de los soldados de las Potencias Centrales no les granjeó las simpatías de los civiles de los territorios ocupados, ni para ellos ni para el régimen. Los soldados inundaban los territorios conquistados como una nube de langostas. El poder adquisitivo del marco alemán los convirtió en los clientes preferentes de los granjeros, pero garantizó que los precios se elevaran a niveles abominables para el resto. Ya en 1915, los habitantes de las ciudades, tanto de los países enemigos como

aliados, responsabilizaban con amargura a los soldados alemanes de la rápida inflación y del hambre. Incluso en el campo, los campesinos acabaron hartos de las visitas de soldados extranjeros que buscaban comprar para ellos o en misiones oficiales de requisa. Los granjeros empezaron a ocultar su grano. A medida que las exigencias iban en aumento, recurrieron a tretas más elaboradas para mantener los alimentos fuera del alcance de las fuerzas de ocupación. En Rumanía, algunos campesinos llegaron incluso a esconder comida en féretros y oficiar falsos funerales.[66]

Aunque la explotación económica fuera el objetivo más prioritario de los regímenes de ocupación de las Potencias Centrales, los medios adoptados y el estilo de gobierno variaron entre los territorios conquistados. Las regiones gestionadas en exclusiva por las fuerzas armadas recibían un trato diferente a las dirigidas por autoridades híbridas cívico-militares. La cultura, los prejuicios y los procedimientos que estos administradores trajeron consigo conformaron su forma de gobernar y tratar a los habitantes. También tuvo importancia lo que encontraron a su llegada a las regiones ocupadas. La legislación internacional de la época preveía que las autoridades locales podrían continuar sus funciones bajo la ocupación. Sin embargo, en el este los contingentes invasores hallaron que los funcionarios zaristas se habían retirado y que habían dejado tras de sí territorios devastados y sin gobierno. Cabía la posibilidad de ignorar o negociar con las élites locales y las fuerzas de ocupación debían decidir cómo equilibrar los intereses multiétnicos contrapuestos. Los planes a largo plazo de las Potencias Centrales para los territorios conquistados influyeron sobre sus decisiones. Los proyectos de germanización del Báltico o de la franja de territorio polaco que sería anexionada al Reich parece apuntar hacia la reorganización del este a gran escala, racial y genocida que intentarían los nazis un cuarto de siglo más tarde. No obstante, los planes grandiosos y utópicos no fueron, en general, una característica de las prácticas de ocupación alemanas o austriacas de la Primera Guerra Mundial. Hubo algo de construcción de Estado y mucha más confusión y caos. Esto, sumado a la necesidad perentoria de saquear recursos para el esfuerzo bélico, dificultó la formulación e implementación de grandes y nuevos designios.[67] El régimen más notable de la Primera Guerra Mundial, y el más claro antecedente de los métodos nazis de dominación de la Europa oriental, fue el *Ober Ost* del Báltico. Ludendorff fundó este Estado militar en 1915; su personalidad dominante y la cultura marcial de sus

soldados-administradores dejaron su impronta en este. El *Ober Ost* fue un campo de pruebas para una nueva forma de movilización más total. Fue allí donde el futuro primer intendente general desarrolló y llevó a la práctica sus ideas de esfuerzo bélico centralizado y dirigido mediante ordeno y mando. Esto, además, era el principal objeto de las ambiciones colonizadoras a largo plazo del general. Su dominación se caracterizó por un cierto idealismo; Ludendorff describió la ocupación como una «obra civilizadora» que «benefició al Ejército y a Alemania, así como al país y a sus habitantes».[68]

Los mandatarios del *Ober Ost* se consideraban a sí mismos transmisores de cultura. El «trabajo germano», imbuido de los más elevados motivos morales, domarían la tierra salvaje y rescataría a sus pobladores de la pereza y la ignorancia. La sección de prensa de las autoridades castrenses anunciaba sus logros a bombo y platillo. No se limitaron a reparar la infraestructura dañada por los rusos durante su retirada de «tierra quemada», sino que construyeron con notable velocidad carreteras, ferrocarriles y líneas telegráficas. A finales de 1915, habían tendido 434 puentes, incluido uno que franqueaba el gran río Bug, en lo que sería la provincia de Białystok, la más meridional del *Ober Ost*. Los funcionarios intervinieron en la agricultura y asumieron la gestión de fincas abandonadas, además de traer nuevas industrias a la región: construyeron factorías de mermelada, centros de productos lácteos e instalaciones de desecado de patatas y setas. Invirtieron 12 millones de marcos en la instalación de aserraderos, plantas de procesado de madera y talleres de carpintería donde explotar los densos bosques que cubrían el sur del territorio. El Ejército, además de promover entre la población la ética de trabajo, que consideraba muy necesaria, también fomentó la higiene y la educación; bajo su custodia, la cifra de escuelas se duplicó con creces hasta sumar más de 1350. Ludendorff y sus subordinados soñaban en convertir esta tierra atrasada y desatendida en una región productiva que pudiera contribuir a la seguridad de Alemania. El *Ober Ost* devendría un granero que, en futuras contiendas, protegería al Reich de las privaciones que ahora padecían los habitantes. Es más, esperaban que los trabajos emprendidos prepararan el camino hacia el asentamiento de alemanes étnicos que formarían una barrera viviente para el Reich contra el este bárbaro.[69]

En realidad, bajo este utopismo subyacía un régimen militar extremadamente opresivo. Ludendorff cubrió su personal burocrático con oficiales y expertos uniformados y excluyó toda influencia civil. El principio sobre el que se construyó la ocupación, explicitado en lo más cercano que este

Estado castrense tenía a una constitución, la «Orden de Mandato» del 7 de junio de 1916, sostenía que «los intereses del Ejército y del Reich alemán siempre estarán por encima de los intereses del territorio ocupado».[70] Los mandatarios militares impusieron un sistema de control represivo y obsesivo. Todos los habitantes de más de 10 años de edad fueron registrados, fotografiados y provistos de un carnet de identidad, por el cual tuvieron que abonar un marco. Durante 1915-1917, 1,8 millones de personas, casi dos tercios de su dispersa población, tuvieron que someterse a este procedimiento obligatorio. Se emprendió un catastro de propiedades que lo abarcaba todo, desde tierras y ganado a utensilios domésticos. Las autoridades de ocupación, temerosas de la propagación de enfermedades y espías, restringieron la libertad de movimiento de las personas. El *Ober Ost* no solo estaba aislado del mundo exterior por cadenas de puestos fronterizos; el nuevo Estado quedó dividido de forma arbitraria en distritos entre los cuales sus habitantes no estaban autorizados a desplazarse sin el permiso de los comandantes locales. Incluso dentro de sus propias regiones el viaje en caballo, carro, barca o esquíes también requería de un pase. La documentación de la población local, el censo de sus bienes y las restricciones de sus movimientos, así como el «trabajo germano» de construcción de carreteras y ferrocarriles, sentaron los cimientos de una explotación muy efectiva. En contra de las conclusiones de los expertos que trataron en la década de 1940 de calcular los beneficios de la ocupación, los germanos recuperaron con creces el gran gasto inicial en infraestructura y administración: aunque se importaron al *Ober Ost* materiales valorados en 77 308 000 marcos, los bienes que se llevaron valían casi cinco veces más, 338 606 000 marcos. Los alemanes impusieron pesados tributos a la población. Además de un impuesto individual y cargos progresivos sobre tierras, alojamiento y beneficios, también aplicaron impuestos indirectos por medio de estancos sobre cigarrillos, licores, cerveza, sal, azúcar, sacarina y cerillas. Con las licencias de pesca extraían ingresos extra, así como la tasa, motivo de fuerte rechazo, impuesta a los propietarios de perros. Estas cargas sometieron a los pobres a una presión tributaria desproporcionada.[71]

El principal foco, por encima de todo, de las autoridades de ocupación era la explotación de los recursos agrarios y humanos de *Ober Ost*. En un principio, las depredaciones del Ejército ruso hicieron difícil recolectar alimentos. Ludendorff, siempre desdeñoso a lo que denominaba «falsas razones humanitarias», admitió en sus memorias que, para evitar la inanición, su ejército tuvo que compartir las provisiones con la población urbana de *Ober Ost* en el invierno de 1915-1916. Es evidente que, a pesar de los

paralelismos remarcados por la historiografía reciente, seguía existiendo una distancia considerable entre las prácticas de ocupación de la Alemania imperial y el «plan hambre» genocida que los nazis trataron de aplicar a la región un cuarto de siglo más tarde.[72] No obstante, cuando la nueva cosecha de 1916 estuvo dispuesta, las requisas fueron más sistemáticas y extremas aún. Se impuso a los granjeros unas cuotas muy elevadas. Aunque solo hubo una producción suficiente de heno, trébol, semillas de colza y linaza, el Ejército se llevó grano, tubérculos y verduras, no solo para su propio uso, sino también para alimentar a Alemania (*vid*. Tabla 15). Los militares explotaron el territorio de forma especialmente implacable en busca de carne. Un tercio de toda la consumida por los 1-2 millones de soldados alemanes del frente oriental procedía de *Ober Ost*.[73]

Tabla 15: Alimentos seleccionados tomados de la cosecha de 1916 en Lituania* por el Ejército germano (toneladas).

	Trigo	Centeno	Cebada	Patatas
Para el Ejército	2965	5630	3231	32 801
Para Alemania	22	61	3160	149

*Al principio, Lituania era una de las seis provincias de *Ober Ost*. En julio de 1916 se le sumó la provincia de Vilna, de modo que Lituania pasó a abarcar un tercio de toda la extensión territorial dominada por el Estado militar.

Fuente: Strazhas, A., 1993: *Deutsche Ostpolitik im Ersten Weltkrieg. Der Fall Ober Ost, 1915-1917*, Wiesbaden, Harrasowitz Verlag, 47, n. 203.

El otro recurso de gran valor para las autoridades militares de ocupación era la mano de obra. La construcción de ferrocarriles y carreteras, la explotación agropecuaria y forestal que la propaganda ensalzaba como «trabajo germano» era, en gran medida, producto del trabajo forzoso de lituanos, letones, bielorrusos, polacos y judíos. Los administradores militares que dirigían el Estado *Ober Ost* aplicaban sin problema los hábitos de mando y su exigencia de obediencia incondicional a los civiles indefensos bajo su control. Se justificó el trabajo obligatorio con el argumento paternalista de impartir a esos orientales, alérgicos a trabajar, una lección moral: el valor de la labor honesta. De inmediato, desde el mismo otoño de 1915, aplicaron

medidas locales tales como enviar a los desempleados a construir carreteras u ordenar a los campesinos trabajar fincas abandonadas. En enero de 1916, las autoridades centrales, incapaces de atraer suficiente mano de obra con sueldos de miseria para sus ambiciosos proyectos, se plantearon una organización más sistemática del trabajo obligatorio. Poco después, aparecieron columnas de trabajadores en las que los habitantes se movilizaban de forma temporal para tareas específicas cerca de casa. La «Orden de Mandato» publicada en verano definía los trabajos a los cuales los habitantes de ambos sexos podían ser obligados a realizar y establecía duras penas, con multas de 10 000 marcos o sentencias de cárcel de cinco años, para quienes se negaran.[74]

En octubre de 1916, ahora con Ludendorff exigiendo desde el OHL la extensión del trabajo obligatorio a todas partes en apoyo de la nueva campaña industrial, la administración de *Ober Ost* dio un paso final: decretó que los trabajadores movilizados a la fuerza podían ser enviados fuera de su lugar de residencia. Esto abrió el camino a los Batallones de Trabajadores Civiles (*Zivil-Arbeiter-Bataillone*, ZAB), la variante de trabajos forzados más implacable practicada por Alemania durante la Primera Guerra Mundial. La vida de las personas esclavizadas en tales unidades fue en verdad miserable. La paga era una décima parte de lo que cobraban los jornaleros libres no cualificados; las raciones, con 250 gramos diarios de pan, insuficientes para el trabajo pesado; los alojaban en campamentos de barracones a merced de las corrientes de aire y rodeados de alambradas. Las palizas eran frecuentes, las enfermedades endémicas y los prisioneros —pues eso es lo que eran— tenían poco o ningún contacto, por escrito o de cualquier otro modo, con su familia. En teoría, los batallones fueron disueltos en septiembre de 1917, pero, en la práctica, siguieron existiendo con nombres diferentes y su personal, tras ser obligado a firmar contratos, reclasificado como «voluntarios». Se desconoce el número exacto de personas enviadas a trabajos forzosos. Hubo cinco ZAB en *Ober Ost*, cada uno de los cuales disponía sobre el papel de 2000 hombres, aunque las fugas, muertes y la enfermedad erosionaron esa cifra. Los reclutados de forma voluntaria por las columnas de trabajo, compuestas por mujeres y hombres por igual, fueron mucho más numerosos. Los judíos, vulnerables en particular tanto al desempleo que servía de justificación y excusa de las columnas como a los prejuicios de los mandos, sufrieron de forma desproporcionada. Según una estimación fiable, solo en la provincia lituana de *Ober Ost*, 130 000 de sus habitantes tuvieron que soportar este abuso.[75]

A corto plazo, el régimen coercitivo de *Ober Ost* logró saquear a conciencia los recursos materiales y humanos del territorio. Sin embargo, tuvo costes de gravedad: era un despilfarro y muy contraproducente en relación con los objetivos a medio y largo plazo. La recogida acelerada de la mayor cantidad posible de comida en 1916 agotó de forma desastrosa la cabaña animal de las granjas de Lituania y Letonia y dejó cantidades insuficientes de simiente para la cosecha de 1917.[76] Por encima de todo, el recurso estatal a la intimidación y a la violencia descarnada para asentar su autoridad, además de ser inmoral e ilegal, tampoco logró fomentar la producción. La población no se sentía motivada, sino distanciada; las frecuentes palizas y humillaciones a manos de los gendarmes, las multas punitivas por no comprender decretos mal traducidos o anunciados únicamente en alemán, repentinas e indiscriminadas cacerías de trabajadores forzosos y el pago con «marcos orientales» sin ningún valor no dieron a los habitantes el menor motivo para respaldar a *Ober Ost*. Los trabajadores forzados laboraban con reticencia y lentitud. La resistencia abierta era peligrosa: los aldeanos del distrito de Girkalnis, por ejemplo, se negaron a entregar los bienes exigidos. En represalia, quemaron las casas, les dieron una brutal paliza, los encadenaron y les hicieron marchar por la región como advertencia para los demás. Solo en la provincia lituana de *Ober Ost*, más de 1000 personas fueron ejecutadas.[77]

Por otra parte, lejos de intimidar a los habitantes, la represión provocó una resistencia que, en último término, desestabilizó al Estado. Un número cada vez mayor de funcionarios y policías alemanes fueron asesinados y se prendían fuego a almacenes repletos de bienes confiscados. Los hombres que se echaban al bosque para escapar del trabajo obligatorio recurrieron al bandolerismo y la guerra partisana, que aterrorizó a la población y socavó el control germano del territorio. En 1917, después de la Revolución rusa, los tibios intentos de los gobernantes militares de captar a las élites locales no engañaron a nadie. Nadie creyó que fueran a tomar en serio las preferencias de la población. En Curlandia, en el norte de *Ober Ost*, se ignoró al resto de pueblos y solo convocaron a los barones germanos del Báltico a la nueva asamblea territorial. En el sur se permitió en otoño la convocatoria del consejo lituano, el Taryba. Un acto insensato, pues los líderes germanos no estaban dispuestos a hacer concesiones reales a las aspiraciones nacionalistas lituanas y sobrestimaron con arrogancia su capacidad para coaccionarlos. El Taryba, de hecho, se negó a dar mayor legitimidad a la ocupación, trabajó para frustrar los planes cada vez más estrictos de control alemán y, en última instancia, declaró la independencia de Lituania el 16 de febrero de 1918. A

pesar de las fuertes presiones, se mantuvo firme en esta postura durante los meses de verano y en otoño, después de que se derrumbara el esfuerzo bélico alemán, tuvo un papel decisivo en la formación de un Gobierno nacional lituano.[78]

El nacionalismo y las ambiciones militaristas de Ludendorff impulsaron el utopismo retorcido del régimen germano de *Ober Ost*. Sin embargo, la brutalidad extrema y el control obsesivo que allí se ejerció no se debían a él en exclusiva; tenían raíces más profundas en la cultura marcial alemana. En el nordeste de Francia, los regímenes de ocupación de los ejércitos del frente occidental presentan llamativos parecidos con el de *Ober Ost*. El más obvio fue que compartían la obsesión del citado régimen por el control y utilizaron muchas de las mismas herramientas para conseguirlo. Las fuerzas militares germanas fotografiaron a todos los ciudadanos franceses y repartieron carnés de identidad que debían llevar encima en todo momento. A la gente no le permitían viajar fuera de su municipio sin solicitar un pase y sin un buen motivo. Se eliminó la privacidad: toda casa debía presentar una lista de residentes y los alemanes pasaban lista con regularidad para asegurarse de que todos estaban presentes. Además, tenían orden de dejar las puertas abiertas. La población masculina, considerada la más propensa a resistir, era controlada con especial cuidado. En enero de 1915, todos los varones en edad militar que vivían en Lille, la ciudad principal de la zona de ocupación, recibieron orden de registrarse, so pena de encarcelamiento. Algunos fueron internados en Alemania. Los hombres en edad militar que permanecieron en la zona de ocupación recibieron un carné de identidad rojo —se supone que por su peligrosidad—, en lugar de la cartilla blanca de los otros civiles y se les obligaba a reunirse una vez al mes para hacer recuento.[79] En justicia, para los ejércitos germanos estas áreas francesas situadas justo tras las líneas eran muy sensibles. La resistencia, por más improbable que fuera, podía causar un peligroso desbarajuste en las líneas de suministro de las fuerzas y los agentes o civiles franceses llevaban a cabo actos hostiles de espionaje o de asistencia a prisioneros de la Entente fugitivos. Los contingentes allí desplegados tenían motivos válidos para temer por la seguridad, aunque reaccionaron con excesiva mano dura.[80]

De más difícil justificación, pero indicio de mentalidades similares a las de *Ober Ost*, fue el control que los ocupantes ejercían sobre la población francesa. Los civiles podían ser desplazados con arreglo a las necesidades de

los militares. El ejemplo más llamativo tuvo lugar en abril de 1916: para resolver una falta de mano de obra agraria y facilitar los problemas de suministro de alimentos de las ciudades, el intendente general del 6.º Ejército ordenó sin más retirar entre 24 000 y 30 000 personas, en su mayoría mujeres, de Lille, Roubaix y Tourcoing y enviarlas al campo. Al igual que en *Ober Ost*, los trabajos forzosos fueron una característica de la ocupación. Desde muy pronto, ya en 1914, se formaron columnas temporales de trabajo para labores de campaña o construcción de fortificaciones. La radicalización adicional de tales prácticas no se debió a una iniciativa local, sino al nombramiento de Hindenburg y Ludendorff para la jefatura del Ejército germano. Con arreglo a sus experiencias en el este, el Tercer OHL ordenó la introducción de los Batallones de Trabajadores Civiles. Entre octubre de 1916 y la primavera de 1918, se establecieron veinticinco batallones en las zonas de retaguardia. Alrededor de unos 30 000 civiles franceses estaban en todo momento esclavizados en tales unidades de trabajo, si bien el agotamiento, las enfermedades y las muertes facilitadas por el duro trabajo, la comida insuficiente y las palizas de los guardias hicieron que pasaron por ellas muchos más hombres.[81]

La gran diferencia entre el régimen germano de *Ober Ost* y el de la Francia ocupada fue que los segundos carecían del idealismo brutal de los primeros. No había planes de asentamiento alemán en la Francia ocupada, ni existía el anhelo de propagar el mantra del «trabajo germano». Los denominados «comités económicos» de los ejércitos alemanes solo eran organizaciones de saqueo, no de producción. Las zonas de retaguardia de las fuerzas alemanas contenían un tercio de la industria metalúrgica y de las minas de Francia y, antes de la guerra, producían la mitad de su carbón. Sin embargo, los daños a sus instalaciones, el desplazamiento de su fuerza laboral y la proximidad del frente imposibilitaron ponerlas a trabajar para el Reich. En lugar de ello, los ocupantes militares saquearon las instalaciones y desindustrializaron la región mediante el desmantelamiento o transferencia de su maquinaria a Alemania. Dejaron tras de sí una devastación abrumadora. Las 24 grandes plantas metalúrgicas, 10 factorías de vehículos, bicicletas y armas, 205 de 209 acerías, plantas de laminado y fundiciones, 106 de 110 fábricas de ingeniería y 492 de 500 establecimientos metalúrgicos menores resultaron dañados o destruidos.[82] La tierra también fue devastada, no mejorada. Cuatro quintas partes de la cosecha de grano de la Francia ocupada fueron enviadas a Alemania y su cabaña porcina descendió de 356 000 en 1914 a tan solo 25 000 en 1919.[83]

No todos los regímenes de ocupación germanos tuvieron la brutalidad intrínseca de *Ober Ost* y los contingentes en el nordeste de Francia. Los gobernadores generales, el general Bissing en Bélgica y el general Hans Hartwig von Beseler en Polonia, mandatarios de dos importantes regiones ocupadas, simpatizaban con sus territorios y querían actuar con moderación, posturas que cuestionan que la cultura militar alemana estuviera tan predeterminada a la violencia como a veces se ha afirmado. Sus actitudes fueron reforzadas, no determinadas, por sus administraciones civiles, en general más alertas que los militares a los costes de saltarse la legislación internacional. La aspiración de vincular a largo plazo a Polonia y Bélgica al Reich, lo más probable que como Estados satélites de soberanía limitada, también favoreció la conducta conciliatoria. No obstante, con tales presiones bélicas era difícil mantener la línea de moderación. La necesidad perentoria de extraer recursos, las exigencias de las autoridades de fuera de las zonas de ocupación y la dificultad de motivar a unas poblaciones indiferentes e incluso hostiles a trabajar por el esfuerzo bélico germano impulsaron a los regímenes hacia un uso extensivo de la coerción. El saqueo a gran escala implementado por las Potencias Centrales para satisfacer las necesidades inmediatas de la contienda tendría costes inevitables sobre sus objetivos a largo plazo.

La Bélgica de Bissing nos presenta un buen ejemplo de algunos de estos problemas. El gobernador general aspiraba a que Bélgica quedara en el futuro bajo el control permanente del Reich, de ahí que trató de no provocar la enemistad de los belgas. Estaba incluso dispuesto a usar a los separatistas flamencos para reducir la influencia francesa y vincular al Estado de un modo más estrecho con Alemania. No pretendía destruir la industria belga, sino ponerla a trabajar para el esfuerzo bélico alemán.[84] Pero su plan fue frustrado desde dos lados. Primero, las élites militares, políticas y económicas de Alemania se opusieron. El ministro de la Guerra prusiano era reacio a conceder contratos a firmas belgas y los empresarios germanos, con buenos contactos en las fuerzas armadas y los administradores civiles del Gobierno General de Bélgica, también presionaron en contra de un programa que aspiraba a revivir a un relevante competidor. Tanto ellos como el Gobierno del Reich preferían aprovechar el conflicto bélico para eliminar a la competencia e introducir capital alemán en la industria belga. Segundo, los civiles belgas, con su resistencia a colaborar, arruinaron el designio de Bissing. Pese a que medio millón de obreros belgas, la mitad de la fuerza laboral del país, quedaron desempleados a consecuencia de la guerra,

opusieron una resistencia pasiva y generalizada a participar en el esfuerzo bélico germano. Las canteras se negaron a suministrar piedra triturada a la administración militar y las fábricas rechazaban pedidos que sabían que procedían de fuentes germanas. El personal de los ferrocarriles belgas, desde peones a directivos, se negó a trabajar para los ocupantes.[85] Igualmente, los belgas mostraron escaso interés por trabajar en Alemania. El reclutamiento solo ganó impulso en 1917, en parte a causa del temor a las deportaciones forzosas del invierno de 1916-1917, pero, sobre todo, gracias a unos mayores incentivos, que incluían primas, ayudas familiares e igualdad oficial entre obreros belgas y germanos. Cerca de 160 000 belgas firmaron contratos para trabajar en el Reich.[86]

La sostenida resistencia pasiva de los belgas a la ocupación germana fue un caso excepcional, que solo fue posible gracias a que recibían los alimentos de la Comisión de Auxilio a Bélgica (*Commission for Relief in Belgium*, CRB). Organizada por el ingeniero de minas, millonario y futuro presidente estadounidense Herbert Hoover, la Comisión proporcionó durante la Primera Guerra Mundial más de 5 millones de toneladas de alimentos a Bélgica y al nordeste de Francia.[87] Los británicos permitían que atravesara el bloqueo con la condición de que los alemanes se abstuvieran de requisar esta comida o su equivalente en producción local. En julio de 1915, un acuerdo adicional reservó todo el grano panificable de Bélgica para consumo doméstico. En abril de 1916, los alemanes detuvieron por completo todas sus compras y requisas de alimentos en el territorio. Los acuerdos llegaron demasiado tarde para prevenir la completa destrucción de la agricultura del país; en 1919, Bélgica apenas tenía 327 332 cerdos, cuando antes de la guerra sumaban 1,5 millones.[88] Pese a ello, la ayuda alimentaria de la Comisión mantuvo con vida a los belgas y, al liberarles de la necesidad de ganarse el sustento, posibilitó una huelga de cuatro años de duración que saboteó las aspiraciones de Bissing de movilización industrial. Mientras que antes de la guerra Bélgica fabricaba cada año 1,5 millones de toneladas de hierro en lingotes y 900 000 toneladas de acero, los ocupantes solo lograron obtener 100 000 toneladas anuales en 1915 y en 1916. En febrero de 1917, el Tercer OHL ordenó el cierre de todas las plantas «no esenciales». Unas 151 factorías belgas quedaron fuera de servicio, 24 000 máquinas fueron transportadas al Reich y se almacenaron otras 12 000.[89] La única industria que mantuvo una producción significativa fue la minería de carbón. La Comisión no proporcionaba este combustible esencial y, a falta de otra fuente de suministro, los belgas tuvieron que elegir entre minar o pasar frío. Aunque las

minas nunca igualaron los 22,8 millones de toneladas anuales que producían antes de la guerra, excavaron 16,9 millones en 1916 y 13,9 en 1918. Cerca de la mitad de este carbón se vendía en Bélgica, una cantidad minúscula se exportaba y el resto era para el Ejército y los ferrocarriles germanos. Proporcionó un suplemento útil, aunque no esencial, a una nación que, en época de paz, producía 277,2 millones de toneladas anuales.[90]

La ocupación de la mitad septentrional de la Polonia del Congreso bajo el gobernador general Von Beseler era otro régimen que debería haber sido moderado. En 1915, Bethmann Hollweg y Falkenhayn rescataron de las garras de Ludendorff al Gobierno General Imperial Alemán de Varsovia, nombre que recibía esta región, que fue organizada sobre el modelo belga. Beseler, conquistador de las fortalezas de Amberes y Novogeorgievsk, recibió el cargo a pesar de su limitada experiencia política y su falta de conocimientos de la compleja política de la cuestión polaca. Sin embargo, en una demostración de que la oficialidad prusiana no era del todo incapaz de empatía y amplitud de miras, se preparó para sus nuevas responsabilidades leyendo historia de Polonia, consultando por igual con polacos y germanos y haciendo extensos viajes por sus dominios. En marcado contraste con Ludendorff, cuyo interés por la población de *Ober Ost* no iba más allá de lo que pudiera contribuir al esfuerzo bélico germano, los estudios de Beseler le inspiraron cierta simpatía por los polacos. La población, consideró, «tiene sin duda talento y buenas cualidades». Su actitud recuerda a la de los colonialistas más benévolos de su época, que justificaban la dominación de los pueblos extranjeros como un ejercicio pedagógico de autogobierno. El dominio germano del Gobierno General de Varsovia asumió la forma de un acto de equilibrio, en el cual las autoridades imperiales trataban de asegurar el control permanente sobre Polonia, al tiempo que cedían cada vez más competencias de autogobierno a las élites polacas locales.[91]

Dos factores, además de la buena voluntad inicial de Beseler, limitaron la dureza de la ocupación en el Gobierno General de Varsovia. Primero, al igual que en Bélgica, había una administración civil que respondía al canciller y trabajaba a las órdenes del gobernador general. Esta se estableció en enero de 1915 a propuesta de Bethmann y, en contra de los deseos de Hindenburg y Ludendorf, en lo que entonces era una delgada franja de territorio ocupado y su jurisdicción se expandió con la creación, en agosto, del Gobierno General de Varsovia.[92] El otro factor que restringió los excesos contra la población

del Gobierno General de Varsovia fue la importancia de los polacos, tanto en el interior de Alemania y Austria-Hungría, como internacionalmente. Las grandes minorías polacas de las Potencias Centrales tenían un ferviente interés en el bienestar de sus compatriotas del otro lado de la frontera. El funcionariado prusiano, por ejemplo, era consciente de las grandes sumas que los polacos de las marcas orientales de Alemania donaban al «Comité Para los Afectados de las Partes de la Polonia Rusa Ocupadas por las Tropas Alemanas». Se reportaron abusos y los representantes de la minoría exigieron satisfacción en el Reichstag, con el respaldo de, al menos, algunos socialistas germanos.[93] Es más, el ejercicio de construcción del Estado polaco emprendido por los alemanes en el Gobierno General de Varsovia requería la colaboración de las élites locales y, por tanto, sirvió para restringir las conductas más brutales. El punto álgido de tales esfuerzos fue la proclamación de los monarcas alemán y austriaco del 5 de noviembre de 1916, que prometía la creación, después de la guerra, de una Polonia independiente.[94]

Sin embargo, las exigencias del bloqueo y la guerra contra potencias más fuertes hicieron que las prioridades inmediatas del régimen del Gobierno General de Varsovia fueran las mismas que las de otros ocupantes germanos. El responsable de su administración civil, Wolfgang von Kries, definió su misión del siguiente modo: «Mantener la paz y el orden de la zona de administración, garantizar la conexión de la patria con el frente de combate y, en toda el área de asistencia económica de la Administración, apoyar la economía bélica [del Reich], sobre todo con comida».[95] El último objetivo, la explotación económica, era el más importante. Aun cuando el Gobierno General de Varsovia contenía dos grandes ciudades, Varsovia y Łódź, y que su cosecha cerealista se derrumbó al 35 por ciento del nivel de preguerra, los alemanes tomaron enormes cantidades de alimentos. Las granjas del norte de Polonia proporcionaron, además de 1,2 millones de toneladas de grano, 220 000 toneladas de patatas, 26 000 de avena y 40 000 de remolacha azucarera al Reich o a sus soldados. Se compraron o requisaron millones de animales.[96] Los ocupantes civiles del Gobierno General de Varsovia superaron a sus homólogos castrenses de *Ober Ost* en su implacable explotación de los bosques del país, pues talaron casi 8000 hectáreas. En 1917, los funcionarios admitieron que, a consecuencia de ello, «el futuro Estado polaco tendrá dificultades para cubrir sus necesidades de madera».[97] Hubo una fuerte presión fiscal. Al igual que en *Ober Ost*, el Estado impuso provechosos monopolios sobre todo tipo de bienes, desde el grano, la sal, el

azúcar y la carne, a las cerillas, los cigarrillos y el petróleo. Solo un tercio de esos fondos se reinvirtieron en el territorio y el resto fue a parar al esfuerzo bélico germano.[98]

Las cargas impuestas por los ocupantes aliviaron los problemas de abastecimiento de Alemania a costa de la vida de la población judía y polaca del Gobierno General de Varsovia, en particular en las ciudades. En Varsovia, la ración oficial a mediados de 1916 se fijó en solo dos tercios de los niveles, ya de por sí del todo insuficientes, del Reich. En la primavera de 1918, con 891 calorías, apenas constituía la mitad. Aún peor: los habitantes de Varsovia, empobrecidos y desempleados, tenían menos posibilidades que los alemanes de adquirir nutrientes extra en el mercado negro, unos suplementos de extrema importancia para estos últimos. El Partido Socialista de Polonia llegó a la estimación posible de que la población de Varsovia ingería el 39 por ciento de la comida que consumían los alemanes. Se desconoce cuántos fallecieron de inanición, pero es indudable que la malnutrición, el frío provocado por la gran escasez de combustible y ropa de abrigo y la falta del jabón esencial para la higiene les hizo más vulnerables a las enfermedades. En conjunto, la tasa de mortalidad de la ciudad se duplicó entre 1914 y 1917. Entre las víctimas, ancianos y niños eran particularmente numerosos.[99]

En consecuencia, el régimen del Gobierno General de Varsovia no fue mucho menos despiadado y explotador que *Ober Ost*. También ejerció la opresión: internó a millares de personas y, al igual que en el oeste, obligó a las ciudades a pagar elevadas «contribuciones» que, en el caso de Polonia, sumaron un total de 6 millones de rublos.[100] El principal argumento a favor de la humanidad del régimen radica en el menor uso de la coerción dentro de sus fronteras. El trabajo forzoso fue introducido, y por un periodo muy breve, en octubre de 1916, principalmente a instancias de Ludendorff. El «decreto para combatir la ociosidad» promulgado el 4 de octubre le proporcionó base jurídica. Poco después, los alcaldes recibieron orden de presentar listas de desempleados. Alrededor de 5000 trabajadores, la mitad de Łódź, fueron encuadrados a la fuerza en los Batallones de Trabajadores Civiles y enviados a *Ober Ost*, donde muchos fueron obligados a aceptar trabajo temporal en sus zonas de residencia. La aplastante mayoría de las personas reclutadas eran judíos, un burdo y poco exitoso intento de Beseler de limitar la indignación polaca. Esta política fue detenida de inmediato después de la proclamación del 5 de noviembre de las Potencias Centrales, en la que prometieron una Polonia autónoma.[101]

El control de los recursos humanos de Polonia en beneficio del esfuerzo bélico germano fue un elemento central del régimen del Gobierno General de Varsovia. No obstante, las principales herramientas empleadas fueron la persuasión y, a veces, las trampas, no la fuerza, y con un éxito considerable. Polonia era una fuente indispensable de mano de obra inmigrante. En marzo de 1915, antes de los grandes avances en el este, las autoridades alemanas empezaron a reclutar trabajadores de territorio polaco que reemplazaran a alemanes movilizados.[102] Los agentes comerciales estaban activos desde el inicio de 1915, pero en verano las autoridades de ocupación concedieron un monopolio casi total a la «Central Alemana de Trabajadores» (*Deutsche Arbeiterzentrale*, DAZ), una agencia de colocación de jornaleros polacos a empresas germanas establecida antes de la guerra. Los polacos acogieron de buena gana las ofertas de trabajo en Alemania: a consecuencia del caos económico de la guerra, los combates y los daños en factorías e infraestructura ocasionados por el Ejército ruso en retirada había 200 000 desempleados en el Gobierno General de Varsovia. Sin embargo, los hombres y mujeres que firmaban para trabajar se encontraron con el incumplimiento, o inmediata reducción, de la paga y las condiciones prometidas. Lo peor de todo fue que la Central Alemana de Trabajadores hizo todo lo que pudo por ocultar que aceptar empleo en Alemania era un viaje solo de ida; los obreros no tenían derecho a regresar. Cuando el conocimiento de este hecho se propagó entre los polacos, su predisposición a firmar contratos con los empleadores del Reich desapareció.[103]

La administración del Gobierno General de Varsovia desempeñó un papel inicuo en el suministro constante de obreros para Alemania. La amenaza del trabajo forzoso pendía sobre la cabeza de la población. En octubre de 1916, cuando este fue introducido por breve tiempo, el jefe de la policía alemana en Varsovia, Ernst Reinhard von Glasenapp, informó a la ciudadanía de que la única forma de detener la medida era que se presentaran suficientes voluntarios para trabajar.[104] Más importante fue la presión económica despiadada. Las agencias de materias primas de guerra saquearon la economía del Gobierno General de Varsovia. Estas entidades, que trabajaban a las órdenes del Ministerio del Interior del Reich, redujeron los estándares de vida y dejaron a los desempleados sin otra opción de emigrar o pasar hambre. La industria de la Polonia del Congreso fue destruida. La manufactura textil se desplomó: de 39 000 telares en 1914 se pasó a 33 000 en 1916; más tarde, una vez las autoridades de ocupación incrementaron sus requisas de maquinaria para usarlas en Alemania o convertirlas en chatarra, apenas sumaban 12 000

en 1918.[105] Los molinos polacos también sufrieron, pues los alemanes no permitían moler grano en el país; debía remitirse al Reich. A otras industrias no les fue mucho mejor: un testigo polaco de la época describió horrorizado cómo «las factorías eran desmanteladas, se llevaban calderos de cobre, correas de transmisión y maquinaria». Las medidas beneficiaron a los empresarios germanos: además de eliminar potenciales competidores, se llevaron equipamiento a poco o ningún coste. Las autoridades del Gobierno General de Varsovia, aunque en un principio se opusieron a la depredación, se esforzaron por asegurar que los industriales también obtuvieran obreros. Varsovia y Łódź, los principales centros industriales, recibieron orden de suspender todas las obras de emergencia y comidas gratis para los desempleados, con la evidente intención de obligar a los desesperados a emigrar. Tales medidas tuvieron, desde la perspectiva germana, un gran éxito. Hacia la primavera de 1916 apenas quedaban trabajadores cualificados en el Gobierno General de Varsovia. En conjunto, se reclutó para trabajar en Alemania entre 200 000 y 240 000 polacos durante la guerra. Esta cifra, sumada a los 300 000 polacos atrapados en el país en agosto de 1914, los convirtieron, con mucha diferencia, en los trabajadores civiles extranjeros más numerosos del Reich.[106]

Puede que los alemanes lograran movilizar mano de obra y arrancar sin piedad los recursos de Polonia, pero esta descarnada explotación económica y su mal disimulado anhelo de dominación política truncó su ambición de rehacer el este de Europa. Los líderes del Reich compitieron con su aliado habsburgo para decidir el futuro de Polonia. Bethmann no tardó en lamentar su oferta de noviembre de 1915 de cederla a Austria a cambio de participar en el proyecto *Mitteleuropa* y, en abril de 1916, en una segunda reunión con el ministro de Exteriores de los Habsburgo, István Burián, retiró este acuerdo y lo sustituyó por la exigencia de un Estado colchón vinculado a Alemania. Le animó a ello el gobernador general Beseler, que ya se había embarcado en una labor limitada de construcción estatal, además de intervenir en el gobierno municipal y en la enseñanza. El acto más poderoso y simbólico de la Administración germana fue autorizar el restablecimiento de la Universidad de Varsovia en el otoño de 1915. El régimen zarista había rusificado la institución y las élites locales recibieron con entusiasmo su retorno como sede de la erudición polaca. El apoyo germano podía entenderse como muestra de su superioridad cultural sobre los rusos y su predisposición a consentir la formación de un liderazgo polaco capaz, dentro de ciertos límites, de gestionar sus cuestiones nacionales.[107]

Burián seguía queriendo adquirir toda la Polonia del Congreso para los Habsburgo y quedó decepcionado por el cambio de idea de Bethmann. El bloqueo entre las dos Potencias Centrales podría haberse mantenido de forma indefinida de no ser por la ofensiva combinada de la Entente de ese verano. Primero, la ofensiva Brusílov dejó tan dañado, política y militarmente, al imperio de los Habsburgo que los alemanes pudieron imponer su idea de un Estado colchón polaco. En agosto, Burián aceptó a regañadientes un reino independiente de Polonia con monarca hereditario y constitución. Dicho Estado no sería instaurado hasta el fin de la contienda y no se tomó ninguna decisión en firme acerca de su tamaño. Los alemanes conseguirían su franja fronteriza y se acordó que la política exterior y el Ejército del nuevo Estado permanecería en poder de las Potencias Centrales, aunque en este último aspecto los alemanes ejercerían un papel primordial.[108]

Segundo, los intensos combates del verano de 1916 impulsaron una búsqueda frenética de nuevas fuentes de recursos humanos militares. Los polacos ya habían sido considerados con anterioridad como posibles soldados. Falkenhayn planteó la posibilidad de reclutar en la Polonia del Congreso muy pronto, en septiembre de 1915, pero Bethmann cuestionó tanto la legalidad como la viabilidad de semejante medida. A mediados de julio, Falkenhayn y Ludendorff, preocupados por el derrumbe militar austrohúngaro en la ofensiva Brusílov e impresionados por la Legión Polaca, una de las escasas formaciones que salió bien parada de la debacle, pidieron con urgencia extraer reemplazos de Polonia. Esto llevó a primer plano la cuestión del futuro del país. Tal y como señaló el gobernador general Beseler, era muy improbable que el reclutamiento tuviera éxito mientras no se tomara una decisión relativa a la independencia polaca. Calculó con optimismo que, si se les ofrecía a los polacos un mínimo de libertad, se podrían formar primero tres divisiones de 30 000 efectivos y más adelante un contingente de 100 000 soldados. Bethmann prefería dejar la cuestión en suspenso, pues era consciente de los inconvenientes de establecer un nuevo Estado polaco y no quería cerrar la posibilidad de una paz independiente con Rusia. Pese a que la ofensiva Brusílov amainaba, el nombramiento del radical Tercer OHL mantuvo la presión sobre Bethmann. El cálculo de Ludendorff era simple: «Todo se reduce al poder y necesitamos hombres».[109]

El manifiesto de las Potencias Centrales del 5 de noviembre de 1916 fue damnificado por los diferentes planes de alemanes y los Habsburgo para la Polonia del Congreso y por la intención secreta de los líderes del Reich de anexionar una gran franja fronteriza y estaba acotado por las prioridades

militares que lo habían impulsado. El manifiesto no ofreció cambios inmediatos y, dado que las Potencias Centrales no se ponían de acuerdo, solo contenía vagos compromisos para el futuro. Este incluía un «Estado autónomo con monarquía hereditaria y régimen constitucional», aunque sin ninguna indicación clara de quién podría ser ese monarca o dónde alcanzarían las fronteras de ese Estado. Lo que sí dejó claro era que la prioridad del nuevo reino era la creación de un Ejército polaco. Con el fin de subrayar su mensaje central, los gobernadores generales alemán y austrohúngaro publicaron una segunda proclamación apenas cuatro días después para iniciar el reclutamiento. «La lucha con Rusia prosigue y todavía no ha finalizado —observaron los generales—, por tanto, acudid a nuestro lado a servir como voluntarios y ayudadnos a completar nuestra victoria sobre vuestro opresor». Para los polacos, los motivos interesados de la oferta no podían ser más obvios y su cinismo político reforzó aún más la desconfianza provocada por la voracidad económica de los ocupantes. En menos de veinticuatro horas, aparecieron junto a los llamamientos pósteres con el siguiente eslogan: «¡Sin Gobierno polaco, no habrá Ejército polaco!». El reclutamiento fue un completo fracaso: antes de fin de año, Beseler se quejó de que toda esta empresa había sido «una gran decepción». En lugar del mínimo esperado de tres divisiones, en febrero de 1917 apenas habían acudido 3200 hombres.[110]

Los alemanes se extralimitaron en Polonia. La proclamación de noviembre fue un momento histórico: la primera promesa concreta, hecha por jefes de Estado, de restablecer al país después de más de 120 años de partición. Bethmann pudo volver a hablar el idioma de la libertad. En abril de 1916 se comprometió ante el Reichstag a que Alemania y Austria-Hungría «resolverían» la cuestión polaca. El Reich, prometió, nunca «entregaría, por propia voluntad, a la dominación de la Rusia reaccionaria a los pueblos […] entre el Báltico y los pantanos de Volhynia, que ellos y sus aliados habían liberado».[111] Sin embargo, la pretensión de control político de los alemanes era demasiado descarnada y su explotación económica distanció sin remedio a los polacos, con lo que la proclamación no les granjeó muchos amigos.[112] Por el contrario, el Tercer OHL, Bethmann y Beseler, pronto descubrieron que habían creado una vara con la que fustigarse a sí mismos. La proclamación del 5 de noviembre inauguró una pugna internacional por el corazón y la mente de los habitantes del centro y este de Europa. Una vez el presidente Wilson de Estados Unidos comenzó a tomar partido, en enero de 1917, y en particular tras la Revolución rusa de la primavera siguiente, las Potencias Centrales no tenían la menor posibilidad de ganar esta pugna ideológica. La

proclamación, además, socavó la estabilidad del régimen de ocupación del Gobierno General de Varsovia. Los alemanes, una vez comprendieron la patente insuficiencia de la oferta del 5 de noviembre, se apresuraron a autorizar un Consejo de Estado provisional. Pese a que no tenía competencias y que no logró satisfacer las aspiraciones nacionales polacas, este y su sucesor, el Consejo de Regencia formado en el otoño de 1917, aun siendo débiles, sirvieron de fuente de autoridad alternativa al gobernador general. Józef Piłsudski, fundador de las Legiones Polacas, ejercía de secretario de su Comisión Militar y usó su posición para agitar a favor de un gobierno y ejército nacional. El Tercer OHL no aprendió nada de este fiasco. La insistencia de Ludendorff en que las Legiones Polacas, transferidas al Gobierno General de Varsovia como base del Ejército polaco, prestaran juramento de fidelidad al káiser germano destruyó la poca credibilidad que le restaba a las Potencias Centrales y a sus planes de convertir a la Polonia ocupada en un aliado militar.[113]

El Tercer OHL aportó un carácter nuevo y despiadado, pero no eficiencia, a los esfuerzos bélicos de las Potencias Centrales. Ludendorff y Hindenburg trataron de imponer centralización, control y racionalización, pero buscaron objetivos que eran auténticas fantasías: su plan de rearme fue una respuesta emotiva y propagandística al poder material de la Entente, no el producto de una evaluación razonada de las capacidades del Reich. También trataron de cambiar el fundamento sobre el que se asentaba el esfuerzo bélico del país. La imposición reemplazaría el consentimiento que llevó por el buen camino a Alemania durante la primera mitad de la conflagración. La mejor expresión de lo mucho que ambos ansiaban subordinar sociedad y economía a su esfuerzo de guerra fue la exigencia de Hindenburg de que «el que no trabaje, no debería comer». La inspiración de este modelo de hacer la guerra provenía de su creación oriental, el Estado castrense de *Ober Ost*. Allí, los humanos eran esclavizados y la tierra despojada de su riqueza, todo en beneficio de la máquina bélica germana.

Los alemanes no fueron los únicos en recurrir a la explotación despiadada e imponer programas de trabajos forzosos a los súbditos enemigos. Las autoridades militares de los Habsburgo gustaban de presentarse como un ocupante benevolente, en contraste con los brutales teutones o los codiciosos búlgaros, pero, en la práctica, tenían la misma obsesión por extraer recursos de sus territorios ocupados. Como descubrieron los aldeanos de la Polonia del

Congreso, las tropas del *Honvéd* en misión de requisa «no estaban abiertas a negociar. A la más mínima protesta o súplica echaban mano del sable o del revólver». En Polonia, el Ejército austrohúngaro introdujo el trabajo forzoso civil antes que su aliado germano. Formaron unas 122 divisiones de trabajadores civiles forzosos que encuadraban un total de 30 000 hombres para reparar carreteras y trabajar en los ríos. Sin embargo, los disturbios rurales que esto provocó detuvieron la práctica hacia julio de 1916.[114] Los alemanes, por el contrario, ampliaron el uso de mano de obra forzada, que culminó con los terroríficos Batallones de Trabajadores Civiles que recorrían *Ober Ost* y la retaguardia del frente occidental. La necesidad urgente de recursos hizo que incluso los más moderados regímenes de ocupación de los alemanes fomentaran la imposición. Esta, a pesar del sufrimiento humano, fue efectiva para el saqueo a corto plazo. No obstante, incluso en el extranjero, era una pésima manera de gestionar el esfuerzo bélico. La explotación despiadada y coercitiva no podía movilizar la producción y, tal y como descubrieron en 1916 las Potencias Centrales en Polonia, también podía conllevar significativos costes políticos y estratégicos.

Los planes del Tercer OHL para Alemania eran, sin duda, menos violentos y coercitivos que los de los territorios ocupados. Aunque el nivel de imposición que pretendía hubiera bastado para deshacer el frágil consenso de l a *Burgfrieden*. A pesar de la decepción de Ludendorff, el que socialdemócratas y sindicatos controlaran la Ley de Servicios Auxiliares fue, probablemente, el mejor resultado para el esfuerzo bélico del Reich. Pese a que se frustró el intento del OHL de controlar la fuerza laboral, su campaña armamentística sometió a profundas tensiones a la sociedad alemana y, dado que los Habsburgo participaron en esta, la sociedad austrohúngara también tuvo que soportarlas. Se impuso a la población nuevos sacrificios: durante al menos un tiempo, la escasa comida quedó a disposición de los obreros de armamento, no de los más vulnerables, y se impusieron las jornadas de trabajo extenuantes. Se requisaron las últimas reservas de metal. Incluso las campanas de las iglesias fueron sacrificadas a Marte; en 1917, estas contribuyeron con más de tres cuartas partes de aleación de cobre a disposición del esfuerzo bélico de los Habsburgo.[115] A pesar de todas las penurias adicionales, el Programa Hindenburg no aportó ningún incremento a la producción de armas. Con las privaciones del frente interior, el rápido agotamiento del Ejército y sin ningún indicio del salto esperado en la producción de armamentos, el OHL recurrió a otros medios de intensificar la

violencia. Para poner fin a la contienda, lo apostó todo al arma más popular, controvertida y arriesgada de Alemania: el submarino.

10

U-BOOTE

La peor decisión de la guerra

Con el paso de 1916 a 1917 una crisis moral y material se apoderó de las Potencias Centrales. Sus ateridas poblaciones soportaban un invierno de privaciones y sus Ejércitos estaban agotados por los extenuantes combates del verano. Una paz negociada que finalizara la contienda en condiciones favorables parecía muy distante; la Entente rechazó categóricamente, por «vacía e hipócrita», la propuesta de paz que presentó en diciembre el canciller germano Bethmann Hollweg.[1] El Tercer OHL, aunque conmocionado por las batallas estivales, estaba dispuesto a seguir luchando. Sin embargo, su masiva campaña de rearme no solo no estaba produciendo los resultados esperados, sino que empeoró la situación al sobrecargar los ferrocarriles y, en consecuencia, alterar los ritmos de producción y el abastecimiento alimenticio de las ciudades. Con el Ejército a la defensiva en el oeste, no había perspectivas de victoria por tierra; solo se preveían más sangrientos combates estáticos. En una mezcla de desesperación y determinación, los mandatarios de Alemania acudieron a su Marina. Desde finales de 1914, se debatía con intensidad la posibilidad de saltarse la ley internacional y lanzar sus

submarinos en una implacable campaña «sin restricciones» para someter por hambre a las islas británicas. Solo el temor a Estados Unidos, que insistía en el derecho de sus naves y ciudadanos a viajar indemnes donde quisieran, contenía a los líderes germanos. El 9 de enero de 1917, el canciller jugó lo que llamó «la última carta»: los dirigentes, dejando de lado objeciones legales y diplomáticas, decidieron lanzar una campaña submarina sin restricciones.[2]

Fue la peor decisión de la guerra. Sin que lo supieran los alemanes, los esfuerzos del año anterior habían dejado a los británicos al borde de la bancarrota. El pago de alimentos y materias primas como el acero, así como de armamentos semiacabados o terminados, le costaba al Tesoro 2 millones de libras diarias y las reservas de oro y valores del país se agotarían en marzo de 1917.[3] Por su parte, el Ejército francés estaba aún más desmoralizado que su adversario germano tras el baño de sangre de Verdún y el Somme. Su decepción con los jefes estalló en una huelga multitudinaria durante la primavera y verano de 1917. Aunque había una amenaza mayor: el imperio ruso estaba al borde de la revolución. Apenas un mes después del inicio, el 1 de febrero, de la campaña submarina sin restricciones, un alzamiento popular derrocó al zar, hecho que podría haber dado un vuelco a la situación estratégica y concedido a las Potencias Centrales una oportunidad real de triunfo. En lugar de ello, mientras se derrumbaba un gran enemigo, un segundo entró en las hostilidades gracias a la campaña submarina. El 6 de abril, un par de semanas después del hundimiento de los primeros buques estadounidenses, la poderosa potencia del otro lado del Atlántico puso su formidable riqueza y recursos al servicio de la Entente y declaró la guerra al Reich.

¿Cómo podían ser tan extraordinariamente estúpidos los mandatarios de Alemania? ¿Fue su decisión el resultado del militarismo desatado? ¿Reflejaba una visión arrogante, provinciana y nacionalista de su nuevo poder naval? ¿O fue la respuesta lógica a una situación estratégica que parecía casi imposible? Las afirmaciones del jefe del Estado Mayor del Almirantazgo, Henning von Holtzendorff, acerca de lo que los sumergibles podían conseguir eran de una gran audacia. «Puedo afirmar sin titubear —escribió en un memorando fechado 22 de diciembre de 1916, que se repartió a los dirigentes antes del decisivo Consejo de la Corona del 9 de enero de 1917— que podemos, en las circunstancias actuales, obligar a Inglaterra a hacer la paz en cinco meses mediante la guerra submarina irrestricta».[4] No era una fanfarronada impulsiva. Con el fin de investigar el modo de derrotar a Gran Bretaña, el Departamento B-1 del Estado Mayor del Almirantazgo reclutó a un

impresionante grupo de expertos en finanzas, industria, comercio y agricultura. El enemigo adopta extrañas formas en una guerra popular y las dos figuras centrales en los planes para la devastación de Gran Bretaña fueron un exdirector bancario, el doctor Richard Fuss, y un catedrático de economía de Heidelberg, el doctor Hermann Levy. Fuss se encargó, desde marzo de 1915, de acumular datos relativos al comercio británico. Muy pronto, en agosto de 1915, Levy identificó el suministro de trigo como el punto débil de Gran Bretaña. Observó que, al contrario que las potencias continentales, Gran Bretaña ni cultivaba ni almacenaba grandes reservas de trigo, sino que alimentaba a su población por medio de constantes importaciones. Un ataque decidido contra su suministro marítimo, en consecuencia, tenía excelentes posibilidades de forzar a pedir la paz al adversario más peligroso de Alemania. Durante los dieciséis meses siguientes, el Departamento B-1 redactó para el Estado Mayor del Almirantazgo una serie de memorandos que desarrollaron y reforzaron este argumento. Los documentos, provistos de abundantes estadísticas, tablas y gráficos, «demostraron» que la guerra submarina sin restricciones conduciría a la inevitable victoria germana.[5]

El memorando de Holtzendorff del 22 de diciembre de 1916 fue la culminación de esta serie de documentos del Estado Mayor del Almirantazgo. Para justificar su afirmación principal de que era posible vencer a la mayor potencia marítima del mundo hacia el 1 de agosto de 1917 el memorando analizó el tráfico mercante y la economía de Gran Bretaña de acuerdo con estudios anteriores. El documento estimó que los británicos disponían de 10,75 millones de toneladas de carga, después de deducir alrededor de 10 millones de toneladas dedicadas al transporte militar, en reparación, al servicio de otras potencias de la Entente o empleadas en exclusiva en el tráfico de cabotaje. De este tonelaje mercante, unos 6,75 millones eran británicos, poco menos de un millón pertenecían a otras potencias de la Entente y los 3 millones restantes eran propiedad de países neutrales. Extrapolando experiencias anteriores, el memorando alegó que una campaña submarina sin restricciones podría hundir 600 000 toneladas al mes y ahuyentar de los mares a 1,2 millones de toneladas de cargueros neutrales, alrededor del 40 por ciento del total. Tras cinco meses, el tonelaje del que dependía el abastecimiento británico quedaría reducido en un 39 por ciento, a poco más de 6,5 millones de toneladas. «Inglaterra no podría soportar eso», insistió Holtzendorff. No estaría dispuesta a perder la flota mercante de la que dependía su prosperidad en época de paz y, por tanto, no podría seguir combatiendo.

El documento preveía que la principal causa de la derrota de Gran Bretaña sería la interrupción durante cinco meses del suministro de trigo. El país estaba mal equipado, estimaron los expertos de la Armada germana, para superar la repentina interrupción de las entregas de este recurso crucial. Al contrario que el Reich, Gran Bretaña no disponía de otros granos con los que «estirar» su harina y no tendría tiempo de reunirlos. No poseía ni la maquinaria administrativa ni, se pensaba, el consentimiento popular para introducir medidas de ahorro de alimentos. El momento era oportuno, pues la mala cosecha estadounidense de 1916 requería que los buques graneleros británicos tuvieran que viajar más lejos, a India, Argentina y Australia, lo cual tensionaría aún más el valioso tonelaje. Para desgracia de los británicos, aislar a Gran Bretaña de los Países Bajos y Dinamarca provocaría una escasez de grasas. Romper sus vínculos con Escandinavia reduciría las reservas de madera, cruciales para estibar minas, y de mineral, lo cual reduciría la producción de carbón, acero y municiones. La campaña submarina debería comenzar no más tarde del 1 de febrero para que ejerciera su efecto antes de la siguiente cosecha, en agosto. Para entonces, Gran Bretaña estaría pasando hambre, su población aterrorizada por la escasez y los precios disparados, su Tesoro vacío y sus industrias de guerra paralizadas por las huelgas y por la falta de materias primas clave.[6]

El prerrequisito para hacer realidad este escenario apocalíptico, insistía la Marina germana, era la aplicación de una guerra submarina libre de las cortapisas de la legislación internacional. Las reglas de contacto de los sumergibles fueron alteradas en repetidas ocasiones durante la contienda, a medida que los escrúpulos diplomáticos contrarrestaban el anhelo de la Armada de mayor agresividad. Se debatió en el seno del liderazgo del Reich si se debía atacar a los buques de pasajeros y cuándo había que hundir en el acto a los cargueros. Durante la fase de guerra «agudizada» de marzo-abril de 1916, los alemanes echaron a pique sin previo aviso a los mercantes armados del enemigo en todas partes y los mercantes desarmados corrían la misma suerte si los encontraban dentro de una zona de guerra designada. Sin embargo, durante la mayor parte de la contienda, los *U-Boote* combatieron ciñéndose más o menos a las tradicionales «reglas de presa». El procedimiento estándar de los submarinos era detener a un buque mercante y permitir desembarcar a la tripulación. Si la nave pertenecía a una nación enemiga, entonces lo hundían. Si era neutral, comprobaban sus papeles para determinar si llevaba «contrabando» a un puerto del enemigo. De ser así, también lo echaban a pique. Esta práctica era más abrupta y destructiva que la

de las naves de superficie, que llevaban a los mercantes sospechosos o del enemigo a su base, donde un tribunal de presas dictaminaba su destino final.[7] Se aceptaba, aunque a regañadientes, que los sumergibles no tenían sitio para dotaciones de presa ni tampoco podían volver con una nave por mar abierto, cuya superficie, al menos de momento, seguía bajo dominio de Gran Bretaña. La última campaña submarina acometida bajo estas normas tuvo un gran éxito. Entre octubre de 1916 y el último día de enero de 1917 hundió una media de 326 000 toneladas mensuales y, no menos crucial, sin provocar gratuitamente a los estadounidenses.[8]

No obstante, Holtzendorff y sus expertos consideraban insuficientes tales cifras. La guerra submarina ejecutada conforme a las normas toleradas por la comunidad internacional, estimaban, solo podría destruir un máximo del 18 por ciento del tonelaje mercante británico en un plazo de cinco meses. Sin duda, un golpe doloroso, pero insuficiente para obligar al archienemigo de Alemania a sentarse en la mesa de paz. Una campaña ilegal de hundimientos sin preaviso, por el contrario, permitiría a los sumergibles evitar arriesgados ataques en superficie, donde se exponían a los cañones de mercantes armados o podían ser sorprendidos por un Barco-Q —un buque de guerra británico camuflado de carguero—. Permitiría a los comandantes olvidarse de la cautela y elevar de ese modo el ritmo de destrucciones. Con la posibilidad de ser torpedeados sin previo aviso también se buscaba infundir terror a los marinos británicos y, aún más importante, entre los neutrales. La guerra submarina sin restricciones de Holtzendorff fue una innovación más de la guerra total; se concibió como una campaña de terror y su capacidad de provocar «pánico y miedo» era considerada de forma explícita «un prerrequisito indispensable para el éxito». Por supuesto, el almirante reconoció que este modo despiadado de hacer la guerra provocaría una inevitable declaración de guerra de los estadounidenses. Sin embargo, pese a que reconocía su preocupación por «una cuestión tan seria», en realidad no consideraba a Estados Unidos una amenaza relevante. Esta podría proporcionar a la Entente un poco de tonelaje extra, pero, sin barcos, ningún soldado estadounidense podría intervenir en los campos de batalla de Europa. Con toda probabilidad, vaticinó, una vez Gran Bretaña pidiera la paz, Estados Unidos también se apresuraría a parlamentar.[9]

Por desgracia para los mandatarios germanos, las ambiciosas afirmaciones, convincente lenguaje e intimidantes estadísticas del memorando disfrazaban numerosas veleidades. Holtzendorff y el personal del Departamento B-1 subestimaron la robustez de las economías modernas: «La

economía de un país recuerda a una obra maestra de la mecánica de precisión —incidía el memorando de diciembre—. Una vez se precipita en el desorden, las interferencias, fricción y roturas continúan sin cesar». Esta interpretación es comprensible, pues refleja la experiencia bélica de la economía germana. La intervención de las autoridades se demostró inútil para resolver el desabastecimiento alimentario y la manipulación del mercado dio lugar a frustrantes e inesperadas distorsiones de la producción y la desaparición de bienes de los establecimientos legales de venta. Para los líderes y burócratas del Reich, bajo feroces críticas de la opinión pública, les parecía indudable que el «bloqueo por hambre» de Gran Bretaña había sumido a la economía de su país en un ciclo de «desorden, interferencias, fricción y roturas». Sin embargo, la insistencia de los planificadores en que Gran Bretaña no podría contener la amenaza submarina era una clara exageración. Su afirmación, sin más, de que sería incapaz de «estirar» la comida o de implementar medidas de ahorro subestimaba de un modo temerario a un adversario formidable.[10]

Holtzendorff y los especialistas del Departamento B-1 también hicieron otras afirmaciones gratuitas. El almirante desdeñó los convoyes, que tachó de «gran oportunidad para nuestros *U-Boote*», porque su tamaño y lentitud convertiría a los buques en blancos fáciles. Más adelante se demostró que estaba en un craso error.[11] A pesar de su tono confiado, los planificadores, en realidad, desconocían la cantidad de tonelaje que Gran Bretaña dedicaba al transporte de grano. También estaban haciendo conjeturas acerca de la capacidad destructiva de la guerra submarina sin restricciones: una estimación inicial, en febrero de 1916, postuló que sería tres veces más efectiva que las operaciones bajo reglas de presa; diez meses más tarde, misteriosamente, esta estimación se redujo a solo dos veces más efectiva.[12] Para ser justos, diremos que el Almirantazgo británico compartía las dudas germanas en torno a los convoyes y las estimaciones de la cantidad de tonelaje que los submarinos podían hundir resultaron ser notablemente precisas. Sin embargo, había demasiados factores desconocidos y demasiados juicios sesgados o defectuosos para fundamentar la confianza y ambición de la Marina germana. El memorando era un documento muy peligroso, pues, bajo un reconfortante barniz de certezas científicas, apostaba por una estrategia de alto riesgo cuyo fracaso garantizaba consecuencias devastadoras. Bethmann definió con exactitud la guerra submarina sin restricciones como «una partida de *va banque* donde está en juego nuestra existencia como gran potencia y nuestro futuro nacional».[13]

El canciller del Reich, Bethmann, se opuso con firmeza a los cantos de sirena de los expertos de la Armada imperial partidarios de apostarlo todo a la guerra submarina sin restricciones. No tenía escrúpulos humanitarios con respecto a torpedear buques mercantes; tan solo dudaba de que esto pudiera derrotar a Gran Bretaña y temía provocar a Estados Unidos. En su interpretación, que sin duda parecía menos convincente después del enérgico rechazo de la Entente a la oferta de paz alemana de diciembre de 1916, el agotamiento mutuo ofrecía la mejor posibilidad de lograr un acuerdo satisfactorio. La beligerancia estadounidense sería desastrosa, pues fortalecería la resolución de la Entente de alcanzar la victoria total. En 1915, en respuesta a la presión de los neutrales, logró forzar a la Marina a modificar sus agresivas reglas de contacto, de modo que no atacaran a los neutrales y a todos los buques de pasajeros. Durante todo 1916 se opuso a las presiones constantes de la Marina de desencadenar la guerra submarina sin restricciones. En esto recibió la ayuda de otros ministros civiles, que abrigaban profundas reticencias hacia los planes de la Armada. En agosto, durante el debate de una posible campaña submarina sin restricciones, el vicecanciller Karl Helfferich cuestionó las cifras de Holtzendorff y advirtió de que semejante operación traería «una catástrofe». El secretario de Exteriores, Gottlieb von Jagow, se mostró de acuerdo y remarcó que pondría contra el Reich a toda la comunidad internacional.[14] Incluso el 9 de enero de 1917, en una reunión entre Bethmann, Hindenburg y Ludendorff previa al Consejo de la Corona este argumentó durante una hora en contra de la guerra submarina sin restricciones. Sin embargo, esta vez no logró detener la campaña. El Tercer OHL y el Almirantazgo se unieron para apoyarla y el káiser, de quien dependía la decisión final, ya había decidido la tarde anterior, según el jefe de su gabinete naval, el almirante Georg von Müller, «que estaba definitivamente a su favor».[15]

En enero de 1917 Bethmann fracasó en su intento de detener la guerra submarina sin restricciones debido a cambios de poder que tuvieron lugar durante el verano y otoño precedentes. La derecha llevaba clamando a favor de la guerra submarina sin restricciones desde hacía mucho tiempo, pero, en ese momento, incluso los centristas la querían y Bethmann se vio aún más presionado. En agosto de 1916 tuvo que conjeturar en el Bundesrat —la cámara de representación de los Estados— acerca de la posible fecha de inicio de semejante campaña y mencionó febrero de 1917. La posición del canciller quedó aún más amenazada en octubre, con la formación en el Reichstag de una mayoría favorable a la guerra submarina sin restricciones.

El Partido de Centro de los católicos (*Deutsche Zentrumspartei*, DZP), cuyo miembro más conocido, Matthias Erzberger, se había opuesto hasta este momento, se sumó a la exigencia de los partidos de derechas de dar rienda suelta a los sumergibles. «En caso de que se decida a favor de emprender la guerra submarina sin restricciones, el canciller puede estar seguro de contar con el apoyo del Reichstag», le aseguró Erzberger. Bethmann estaba recibiendo presiones para ceder ante el poder ascendente del Tercer OHL.[16]

Hindenburg y Ludendorff rehusaron apoyar al Almirantazgo a finales de agosto de 1916. Con los fuertes combates que se libraban en el Somme y en Verdún, su endeble aliado oriental y la nueva necesidad de defenderse contra Rumanía, los recursos humanos del Ejército estaban ocupados por completo. El mariscal de campo y su primer intendente general temían que no quedaran soldados para defender las fronteras si los submarinos provocaban la entrada de Dinamarca o de los Países Bajos en la guerra contra el Reich. Sin embargo, los líderes germanos no rechazaron del todo la guerra submarina sin condiciones; al contrario, pospusieron la decisión final en torno a la campaña submarina hasta después de la eliminación de la amenaza rumana. Bethmann también salió de esas conversaciones con su autoridad debilitada. Había concedido de modo explícito que el Tercer OHL tenía la última palabra con respecto al inicio de la guerra submarina sin restricciones. Desde el punto de vista táctico, mostró una extraordinaria astucia, pues, de ese modo, al refugiarse tras la negativa del inmensamente popular Hindenburg, pudo reducir parte de la presión que recibía del Parlamento y la industria pesada a favor de la campaña. Por otra parte, de haberse echado atrás Bethmann, esa misma presión popular le habría empujado en brazos de los militares. Cuando Hindenburg y Ludendorff pasaron a apoyar la campaña submarina sin restricciones, el canciller no estaba en disposición de negarse.[17]

La oposición del Tercer OHL a la guerra submarina sin restricciones siempre fue temporal. Hindenburg estimó a finales de agosto de 1916 que el futuro era «más negro que nunca». Poco después, en septiembre, tanto él como su intendente general dieron un apoyo condicional a la petición de Holtzendorff de iniciar una campaña a mediados de octubre. La completa conversión del OHL a la guerra submarina sin restricciones llegó a consecuencia del aplastamiento de Rumanía, en octubre. La situación estratégica seguía siendo preocupante, aunque la victoria liberó los hombres necesarios para proteger a Alemania de una guerra contra neutrales enfurecidos y parecía que valía la pena probar la guerra de los *U-Boote*. Los motivos que Ludendorff enumeró a Bethmann el 9 de enero de 1917 en apoyo

del plan de Holtzendorff indican una grave preocupación, más que agresividad. Por encima de todo, su prioridad era liberar de presión al Ejército: «Debemos evitar a las fuerzas una segunda batalla del Somme». Ludendorff esperaba que los sumergibles dañaran la producción de municiones de la Entente. Hindenburg se mostró más beligerante, pues afirmaba que Alemania podía resistir mucho tiempo, pero no sus aliados. Pese a ello, aceptó que «se debe poner fin rápido a la guerra».[18]

Hubo otro factor, más emotivo que racional, que influyó en la decisión de los mandatarios germanos de emprender la guerra submarina sin restricciones. Tanto si temían como si desdeñaban a Estados Unidos, los líderes del Reich sentían hacia ese país un resentimiento amargo y en gran parte justificado. El presidente Woodrow Wilson, hijo de un pastor presbiteriano y un hombre que había dedicado su vida política a las causas progresistas, solía adoptar un tono moralizante y paternalista al dirigirse a los europeos en guerra. Sus santurronas prédicas «en hombre de la humanidad» irritaban a los dirigentes germanos, que sabían muy bien que los buques que navegaban desde Estados Unidos a Gran Bretaña transportaban armas y municiones de la industria estadounidense destinadas a matar a sus súbditos.[19] Por una vez, Ludendorff tenía razón al quejarse de que «la actitud de Estados Unidos en relación con el asunto del suministro de municiones no deja la menor duda de su parcial concepto de neutralidad».[20] Hindenburg también sacó la cuestión de las municiones estadounidenses en el Consejo de la Corona del 9 de enero y esperaba que los sumergibles redujeran las entregas.[21] Estados Unidos estaba obteniendo enormes beneficios por ayudar a Europa a despedazarse entre sí. Durante el periodo de neutralidad, el beneficio neto de su comercio exterior osciló entre 4,5 y 5000 millones de dólares.[22] Esta explotación de las miserias del viejo mundo activó la animosidad inherente hacia todo lo mercantil que caracterizaba a la aristocracia que dirigía el Kaiserreich. Más que a ningún otro, esto era aplicable al propio káiser, en cuyas manos residía la autoridad final para lanzar a los submarinos. Para él, como explicó en enero de 1917, «la guerra es la pugna entre dos visiones del mundo: la teutónico-germana de moralidad, derecho, lealtad y fe, genuina humanidad, verdad y libertad real, contra [la visión] anglosajona, el culto de Mammón, el poder del dinero, los placeres, la codicia de tierras, la mentira, la traición, el engaño y, por último, pero no menos importante, ¡el asesinato a traición!».[23]

La campaña submarina sin restricciones

La Marina alemana era el proyecto favorito del káiser y una fuente de intenso orgullo nacional antes de la Primera Guerra Mundial. En un país que apenas llevaba unido unas décadas en una estructura federal, donde el Ejército seguía compuesto de cuatro fuerzas distintas, aunque estrechamente vinculadas —las de Prusia, Baviera, Sajonia y Wurtemberg— la Armada era una rara institución de genuino carácter alemán. Su expansión, y en particular su número creciente de *dreadnoughts*, fue considerada, tanto doméstica como internacionalmente, un signo de las aspiraciones de potencia mundial del Reich. Sin embargo, en la guerra, las celebradas naves de superficie de la Flota de Alta Mar (*Hochseeflotte*) tuvieron un rendimiento mediocre. La Armada lanzó algunas incursiones en 1914 y en Jutlandia, en el verano de 1916, entró por fin en batalla contra la fuerza para la que había sido construida, la Gran Flota (Grand Fleet) británica. Se desempeñó bien, pues hundió 14 buques a cambio de 11 naves propias, aunque la batalla no alteró el equilibrio estratégico. La flota permaneció encerrada en sus puertos y en el Báltico; la superioridad de su adversario le impedía salir a cortar las líneas de suministro británicas o aplastar el bloqueo contra Alemania.[24]

Ya en 1914, las espectaculares incursiones de los sumergibles de Alemania ofrecían un notorio contraste con la aparente inactividad de la flota de superficie. En el transcurso de los años siguientes, no solo se convirtieron en los favoritos del público, sino que también adquirieron una posición mucho más importante en el orden de batalla y los planes de operaciones de la Armada. Sus efectivos habían aumentado desde una cifra irrisoria, 37, en febrero de 1915, en el momento del primer y abortado intento de guerra submarina sin restricciones, a 105 embarcaciones dos años después. Estaban encuadrados en la Flota de Alta Mar 46 *U-Boote* y 23 buques de menor porte servían con la Flotilla de Flandes (*U-Flottille Flandern*). Todos estos submarinos operaban alrededor del Reino Unido y frente a las costas francesas. Otros 23 sumergibles estaban estacionados en las bases austrohúngaras de Pola y Cattaro, en el Mediterráneo, 3 operaban en el mar Negro desde Constantinopla y los 10 restantes patrullaban el Báltico.[25] Esos barcos permitieron a la Marina salir de la sombra del Ejército y al menos demostrar su importancia dentro del esfuerzo bélico germano. El 31 de enero de 1917, un día antes de la entrada en vigor de las nuevas reglas de contacto, el almirante Reinhard Scheer, jefe de la Flota de Alta Mar, informó con

orgullo a sus hombres de que «la confianza de la nación» y la «responsabilidad de ejercer la presión decisiva sobre nuestro principal enemigo, recaen ahora sobre la Marina».[26]

Es indudable que los *U-Boote* eran armas formidables. Las naves modernas que conformaban el núcleo principal de la fuerza podían alcanzar en superficie velocidades superiores a los 16 nudos con sus motores diésel, de 9 a 10 nudos bajo el agua con las baterías y tenían un radio de acción de al menos 7500 millas náuticas, que, en algunos casos, podía llegar hasta las 11 500. La mayoría armaba 6 tubos lanzatorpedos, 4 a proa y 2 a popa y 1 cañón de cubierta, de 8,8 o de 10,5 cm. Los sumergibles de menor porte desplegados con la Flotilla de Flandes y en el Mediterráneo, aunque menos poderosos, eran igualmente peligrosos. Algunos, los denominados UC, eran de tipo minador; para esto, su velocidad algo más baja en superficie, 12 nudos, no era una gran desventaja. Las naves UB, cuyo armamento principal eran los torpedos, eran más rápidas, pues alcanzaban los 8 nudos bajo el agua y 14 en superficie. A partir de mayo de 1917, la Marina puso en servicio los grandes cruceros U, cuyo desplazamiento de 1510 toneladas casi duplicaba la de los submarinos ordinarios y era casi tres veces superior al porte de los tipos UB y UC, más grandes y modernos. Los Cruceros-U fueron diseñados en un principio como cargueros sumergibles capaces de evadir el bloqueo británico y uno de ellos, el Deutschland, hizo en 1916 dos viajes en esa misión a Estados Unidos, donde provocó un enorme revuelo público a su llegada a Baltimore. Tras ser reequipado para el combate, montaba sendas piezas de 15 cm y tubos lanzatorpedos. Pese a que eran muy poco ágiles, su apabullante radio de acción, de hasta 13 500 millas náuticas, y su capacidad de permanecer en alta mar durante tres meses y medio, permitió a la Marina proyectar fuerza a aguas hasta entonces inalcanzables.[27]

Desde el inicio de la campaña submarina sin restricciones, los comandantes navales germanos remarcaron la necesidad de ser siempre rápidos e implacables. El jefe de los submarinos de la Flota de Alta Mar, el capitán de fragata Hermann Bauer, decidió operar sus fuerzas a un ritmo frenético para lograr la victoria final. Los comandantes de submarinos recibieron orden de hacer patrullas breves y agresivas: las operaciones no deberían durar más de catorce días, durante los cuales deberían gastar todos los torpedos. «Ningún buque cuyo hundimiento sea autorizado deberá permanecer a flote», advirtió Bauer. Para maximizar el tiempo pasado en los cazaderos principales del Atlántico, los *U-Boote* recibieron orden de dejar de rodear la costa de Escocia. En su lugar, deberían seguir la ruta más directa y

peligrosa, el canal de la Mancha. El mantenimiento de los sumergibles se reduciría al mínimo necesario para no malgastar tiempo en puerto. También se restringirían los permisos de las dotaciones y, siendo la Armada, se redoblaron las advertencias a los marineros acerca de los peligros de las enfermedades venéreas. Los comandantes recibieron instrucciones de remarcar a sus tripulaciones que la campaña debía «decidir toda la guerra».[28] Es evidente que estas instrucciones, junto con las nuevas reglas de operaciones, dejaron su impronta, pues, en febrero de 1917, los hundimientos aumentaron en un 50 por ciento con respecto a los del mes precedente, hasta casi 500 000 toneladas. Esto estaba por debajo de lo prometido por Hotzendorff, pero era excusable porque durante la primera mitad del mes hubo cierta contención para permitir a la navegación neutral en el mar volver a su país una vez se declaró la zona de bloqueo. A primeros de marzo, la Flotilla de Flandes estaba eufórica. Los buques neutrales permanecían en puerto y, según informaron, las contramedidas del adversario eran inefectivas. Los submarinistas se sentían invencibles.[29]

Las operaciones de los meses siguientes justificaron este optimismo. Los hundimientos de marzo ascendieron a casi 550 000 toneladas. En abril, la cifra fue espectacular: 841 118 toneladas. El Almirantazgo recibió informes de inteligencia esperanzadores acerca del fuerte impacto de la campaña sobre el esfuerzo de guerra del enemigo. Al parecer, los suministros a los Ejércitos de Francia e Italia habían sufrido una abrupta interrupción y la marinería británica, indignada ante la incapacidad de su flota de protegerlos, estaba al borde de la revuelta.[30] La insistencia de la Marina en la guerra sin restricciones parecía justificada. En realidad, un examen más detallado de las cifras nos indica justo lo contrario.[31] Si la nueva e implacable táctica de «hundir en el acto» hubiera sido la causa del éxito, entonces cada *U-Boot* se habría anotado una media diaria de hundimientos mucho más elevada. Sin embargo, durante los cinco primeros meses de la campaña, los de mayor éxito, este porcentaje apenas subió una mísera media de 54 toneladas al día. En el Mediterráneo, de hecho, la tasa de hundimientos por submarino descendió. El éxito germano no se debió a las nuevas tácticas, sino al gran aumento de la cifra simultánea de sumergibles de patrulla. La Marina no solo tenía muchas y mejores naves que antes, dado que los encargados en 1915 habían entrado en servicio, sino que también las empleó con mucha mayor intensidad. La orden de atravesar el canal de la Mancha dio sus frutos, pues las defensas británicas se revelaron bastante inefectivas y la ruta más corta ahorraba seis días por misión. La reducción del mantenimiento, el ritmo de las

operaciones y el escaso tiempo concedido para descanso y reparaciones incrementaron aún más el porcentaje de destrucciones. Los hundimientos de abril se lograron en buena medida porque se llevó al límite de resistencia a los mandos y a las dotaciones del arma submarina. El éxito de ese mes nunca más volvió a igualarse, ni en la Primera Guerra Mundial, ni, a pesar del mucho mayor número de naves y del equipo sofisticado, en la Segunda Guerra Mundial.[32]

Los submarinos germanos, de líneas puras cuales escualos, un triunfo de la tecnología de principios del siglo XX, han cautivado la imaginación de más de un autor. No obstante, a menudo se olvida a los oficiales y marinería que los operaban; los submarinos son retratados surcando las aguas, causando muerte y destrucción casi a voluntad. En realidad, un sumergible era tan bueno como su dotación y su comandante. Esos marineros soportaban condiciones de extrema dureza. Un submarinista prisionero que pasó tres años con la infantería de Marina en el frente occidental antes de incorporarse al arma submarina explicó a sus interrogadores británicos que prefería las trincheras a la vida en un *U-Boot*.[33] El servicio en un submarino no solo implicaba la falta total de privacidad personal, sino de ningún espacio personal en absoluto. El típico sumergible de la Flota de Alta Mar medía alrededor de 70 metros de eslora y apenas 6,5 en su punto más ancho. En este espacio claustrofóbico se apiñaba una tripulación de unos 40 hombres y todo lo que necesitaban para una patrulla de un mes de duración. El comandante tenía un camarote diminuto y los demás oficiales compartían un pequeño alojamiento doble, al igual que los suboficiales. La marinería dormía en hamacas en las salas de torpedos y a menudo restringían su espacio los torpedos extra que complementaban la limitada reserva de 10, 12 o un máximo de 16 dispositivos. El equipo solía incluir una ametralladora, un foco y cientos de tiros para la artillería de cubierta. También cargaban de 7 a 12 toneladas de agua potable.[34] La comida para el viaje ocupaba todos los espacios vacios. «Hasta el último rincón y espacio está repleto de provisiones —escribió un capitán de submarino—. El cocinero […] debe hurgar debajo de todo lugar concebible en busca de su verdura y su carne. Esta última se almacena en los lugares más frescos, cerca de la munición. Las salchichas se guardan junto a las granadas rojas [incendiarias], la mantequilla bajo las hamacas de la marinería y en ocasiones la sal y la pimienta van a parar al camarote del comandante».[35]

No era fácil sobrellevar semejantes condiciones de vida, en particular debido a que las penalidades del servicio activo aumentaban aún más las incomodidades. Con mar gruesa, los submarinos arfaban bruscamente, lo cual tenía efectos fatales en el sistema digestivo de la dotación. Martin Niemöller recordó que, en su viaje inaugural como segundo oficial de guardia en el U73, la mitad de los marineros estaban mareados a todas horas, mientras la otra mitad tenía que dedicarse a limpiar lo que dejaban los primeros. Era posible evitar estas sacudidas al sumergirse, pero esto acarreaba otro tipo de problemas. En condiciones ideales, se ventilaba el submarino antes de sumergirse, pero a menudo no había tiempo, por lo que los marineros tenían que faenar en un ambiente sofocante de aceite de motor, cocción de alimentos y sudor. Aunque las dotaciones disponían de compuestos de potasio que absorbían el dióxido de carbono, después de varias horas bajo el agua el aire se tornaba «muy denso y viciado». La temperatura subía a unos incómodos 30 ºC y a unos casi insoportables 40 ºC en la sala de motores.[36] Cuanto más duraba una patrulla, mayor era el hedor. Para ahorrar agua, los marineros solo podían lavarse una vez a la semana y la arena y piedra pómez eran sustitutivos insuficientes para el jabón que escaseaba en toda Alemania. Muchos padecían una afección cutánea llamada «enfermedad del petróleo», que provocaba la aparición de pequeñas llagas por todo el cuerpo y que solía atribuirse al diésel de mala calidad de Galitzia que consumían los motores de las naves.[37]

La principal característica de la vida a bordo de un *U-Boot* era el peligro. El mar era traicionero. Niemöller se incorporó al U73 después de que una gran ola barriera en el mar del Norte a todo el personal del puente y en su primera patrulla el submarino perdió a otro hombre en las profundidades. El adversario también era peligroso. Combatir en un sumergible no solo suponía cazar, sino también ser cazado. Para los submarinistas, todo el mar les parecía un «barril de pólvora». «Minas, redes, dispositivos explosivos, granadas y las aceradas quillas de los buques son nuestros enemigos —escribió en 1916 un comandante de submarino—. En cualquier momento podemos ser arrojados cien metros al aire, o cien metros bajo la superficie».[38] Las pérdidas solo pueden calificarse de horrorosas: perecieron durante la contienda 5132 hombres, la mitad de los que sirvieron en submarinos. El año 1916, en comparación, fue bastante seguro, con 23 naves hundidas de una fuerza con una media mensual de 67 sumergibles. En 1918, el año más costoso, se perdieron 102 de unos efectivos mensuales medios de 124 submarinos. La pauta de bajas era muy diferente a la de las fuerzas de tierra. Mientras que las

unidades de infantería sufrían un goteo de pérdidas alternadas con la devastación en las ofensivas periódicas, en los *U-Boote* las pérdidas eran o muy ligeras o totales. Cuando una nave se iba a pique, casi siempre se llevaba al fondo a toda la tripulación.[39]

Por otra parte, las posibilidades de supervivencia no eran iguales para todos los tripulantes de un submarino. Los hombres destinados en la vela tenían una ligera ventaja sobre los camaradas atrapados en las entrañas del barco. El comandante del UC65, el capitán de corbeta Claus Lafrenz, esquivó la muerte cuando su buque fue torpedeado por un submarino británico: la explosión lo arrancó de la vela y lo lanzó por los aires. De igual modo, los tres supervivientes del UB72, una nave costera hundida en mayo de 1918 también por un ataque de torpedos, eran dos serviolas y un marinero con mucha suerte que había subido a la vela a tirar mondas de patata y se había quedado a fumarse un cigarrillo. Este hombre, no el vigía, vio la estela del torpedo y saltó al mar justo antes de que impactara. Los dos serviolas se hundieron con el *U-Boot*, pero una burbuja de aire los hizo volver a la superficie. Otra burbuja salvó al suboficial de máquinas Karl Eschenberg, el único superviviente del UB104, en abril de 1918. Mientras su nave, alcanzada por una carga de profundidad, se precipitaba al abismo, logró abrir la escotilla de un torpedo y el aire en fuga de la nave lo impulsó por el tubo. Como ilustra su calvario, incluso si alcanzaban la superficie, la supervivencia no estaba garantizada en absoluto. Eschenberg se quitó la ropa y tuvo que permanecer tres horas a flote hasta que le rescató un buque de guerra británico. Por suerte para él era primavera, pues en otoño o invierno los marineros que caían al Atlántico no tardaban en sucumbir a la hipotermia y morían ahogados.[40]

La huida más notable de la guerra fue probablemente la del UB81, que chocó con una mina en el canal de la Mancha el 2 de diciembre de 1917. Los supervivientes explicaron que hubo una explosión y que el submarino tuvo una sacudida; entonces, llegaron corriendo dos marineros gritando que la popa se inundaba. Cerraron de inmediato las escotillas estancas que separaban los compartimentos, pero el peso del agua arrastró al submarino al lecho marino. La dotación trató de salir a superficie, pero los tanques de lastre de popa estaban dañados, por lo que solo se elevó la proa. Con la popa posada en el fondo, el buque quedó suspendido en diagonal en el agua, incapaz de recuperar el asiento. La calamidad de los hombres apelotonados en el interior aumentó aún más cuando por el segundo compartimento se empezó a filtrar agua helada, que elevó la presión del aire y dificultó la respiración.

Solo había una pequeña posibilidad de escapar. El UB81 operaba en aguas poco profundas y su comandante, el popular y exitoso teniente Reinhold Saltzwedel, estimó que la proa estaría sobresaliendo de la superficie. Con el buque clavado en un ángulo de 53º, la dotación trabajó durante horas para retirar un torpedo armado de uno de los tubos delanteros. Una vez lo consiguieron, metieron dentro a tres marineros, uno encima del otro, y abrieron con cautela el tubo. Milagrosamente, descubrieron aliviados que la proa estaba un pie [33 cm] por encima del agua, con lo que los del interior del tubo pudieron gatear al exterior y liberar a sus camaradas. Aunque los problemas no habían terminado. El gélido frío había obligado a algunos a retornar al submarino. Según uno de los supervivientes, los que volvieron dijeron que «preferían morir abajo que allá arriba». Los marineros que se quedaron dispararon bengalas para llamar la atención. Sin embargo, cuando llegó un patrullero británico, el oleaje azotó al maltrecho submarino y envió al fondo a la nave, esta vez para siempre. De los 35 hombres de la dotación solo los 7 que habían salido por el tubo y optaron por aguantar la meteorología fueron rescatados; uno de ellos falleció de hipotermia antes de llegar a puerto. Saltzwedel, que había tenido la idea de escapar por el tubo y se negó a dejar la nave hasta que todos sus hombres hubieran salido, pereció con ellos.[41]

Para hacer frente al elevado riesgo de una muerte desagradable, los submarinistas desarrollaron una amplia gama de supersticiones. La primera regla cardinal del servicio era que un comandante jamás debía cambiar de submarino. Esta creencia tenía cierta lógica, pues no había dos sumergibles iguales y un comandante podía explotar mucho mejor una nave que conociera bien que una con la que no estuviera familiarizado. La segunda norma, más difícil de explicar, pero en la que insistían mucho en todo el servicio, era que traía muy mala suerte iniciar una patrulla en viernes. El U93 zarpó en su misión inaugural el viernes 13 de abril de 1917 y su comandante tuvo que tranquilizar a su nerviosa dotación diciéndoles que el viernes y el trece se anulaban entre sí.[42] Ciertas formaciones tenían sus propias supersticiones. Las tripulaciones de la Flotilla de Flandes expusieron una curiosa creencia acerca del comandante del UB40, el teniente Emsmann. Aunque lo consideraban un «caballero», también pensaban que era gafe. Estaban convencidos de que aquella nave que saliera de puerto el mismo día que el barco de Emsmann estaba sentenciada. Para incrementar sus posibilidades de supervivencia, los marineros de la flotilla empezaron a pintar ojos en los *U-Boote*, convencidos de que era un encantamiento oriental que traía buena suerte.[43]

Es difícil saber si a los submarinistas les preocupaba el dilema moral de hundir buques mercantes. Un marinero del U48 capturado en noviembre de 1917 afirmó que «a una gran mayoría de los hombres […] no les gusta torpedear mercantes», pero, dado que estaba siendo interrogado, y es posible que quisiera apaciguar a sus interlocutores, su opinión debe tratarse con cautela. Las minorías desafectas eran más propensas a mostrar un genuino desacuerdo. Un capitán mercante británico prisionero a bordo del U55 oyó a un ametrallador polaco criticar la campaña por «no ser más que un asesinato» y susurrar «gracias a Dios» cuando un torpedo falló el blanco.[44] En una fase posterior de la campaña, los hombres la censuraron por motivos pragmáticos, más que por escrúpulos morales. En julio de 1918, los marineros del UB124 censuraron la campaña por estar «sentenciada al fracaso» porque Alemania no tenía sumergibles suficientes.[45] Es probable que los comandantes reflexionaran más acerca de cuestiones morales; al fin y al cabo, eran ellos los que ordenaban lanzar torpedos contra buques civiles. Muchos excusaron este despiadado método de hacer la guerra como respuesta al bloqueo británico, una forma, según manifestó uno, «de saldar cuentas contra su intención criminal de matar de hambre a todo nuestro pueblo, a nuestras mujeres, a nuestros niños».[46]

Sin embargo, asumir que todos los comandantes eran iguales y sin moral sería un error. Los altos mandos en tierra urgían a actuar de forma implacable. El jefe del arma submarina, temeroso de socavar el efecto de terror del que, en parte, dependía la campaña, condenó y prohibió toda piedad, pues advirtió que «da a las tripulaciones de los vapores una idea equivocada de la severidad de la guerra submarina».[47] Algunos capitanes así lo hicieron. El capitán de corbeta Gerlach del U93, por ejemplo, se negaba a llevar prisioneros a bordo de su nave, pues eran «bocas inútiles» que reducían el tiempo que podían pasar de patrulla. No obstante, muchos comandantes optaron por ignorar las instrucciones de sus jefes. Continuaron deteniendo naves neutrales y permitieron desembarcar a las tripulaciones incluso después de que entrara en vigor la guerra submarina sin restricciones y la orden de hundirlos en el acto. Hubo casos de capitanes que detenían sus submarinos para informar a marineros neutrales en botes salvavidas a qué distancia estaban de tierra e incluso recogían a hombres cuando no había espacio en las lanchas. El barón Edgard von Spiegel, predecesor de Gerlach en el mando del U93, se destacó por su carácter caballeroso en relación con los estándares de brutalidad de la guerra del siglo XX. Tras echar a pique la goleta danesa Diana el 28 de abril de 1917, llevó a remolque los botes salvavidas de la tripulación para

acercarlos a tierra. Incluso mostró una atención inusual por el bienestar de los marineros enemigos. Poco después, en esa misma patrulla, el U93 hundió el vapor británico Horsa. Se apiadó de los catorce supervivientes, algunos de los cuales carecían de ropas o estaban malheridos. Los llevaron a los reducidos espacios del submarino, les dieron atención médica y, ese mismo día, los entregaron a una bricbarca finlandesa.[48]

En vista de todas las penurias, peligros y la dudosa moralidad de la guerra que libraban, ¿cómo pudieron los submarinistas soportarlo y, además, combatir con tanta dedicación? Pocos eran voluntarios; la Marina prefería asignar a la sección submarina a hombres de probada capacidad técnica. A juzgar por su conducta durante los interrogatorios de prisioneros, los submarinistas tampoco destacaban por su patriotismo. Muchos hablaban con libertad a sus captores. Al suboficial Fritz Marsal, único superviviente del UC63, hundido en octubre de 1917, lo consideraron inusual en extremo por «lamentar no poder seguir combatiendo por su país».[49] En realidad, la resiliencia de las dotaciones de los *U-Boote* se basaba en factores militares. Primero, los hombres recibían un entrenamiento a fondo, al menos hasta 1918. En contraste con las escasas doce semanas de entrenamiento que recibían los infantes, los submarinistas tenían un mínimo de dieciséis y a menudo hasta veintiséis semanas en cursos de marinería, transmisiones, torpedos, ingeniería eléctrica y de submarinos. El entrenamiento de los suboficiales era aún más concienzudo, pues se prolongaba de ocho a nueve meses. Una vez completados los cursos, los nuevos submarinistas eran asignados tres meses como personal supernumerario a un *U-Boot* veterano, con el que participaban en una patrulla operativa y en los preparativos previos y posteriores a la salida. Cuando entraban en servicio nuevos submarinos, siempre se les proporcionaba un núcleo de veteranos que mantuviera la moral y la pericia técnica y se dedicaba tiempo para que la nueva dotación entrenara junta. Esta considerable inversión de tiempo y recursos garantizaba que los submarinistas, todos ellos hombres elegidos de menos de 32 años, conocieran a fondo sus misiones y confiaban en poder extraer el máximo rendimiento a los sumergibles en servicio activo.[50]

Segundo, el trato dispensado a los submarinistas contribuyó a inculcarles la idea de pertenecer a una élite. Los hombres, además de recibir un entrenamiento exhaustivo, también eran bien cuidados. Siempre se les daba mejores raciones que a los soldados e incluso mejores que las de los marineros de los acorazados, a los que miraban con desdén como «culíes friegasuelos».[51] A la conclusión de 1917 mantenían un privilegio casi único:

eran los únicos que recibían café de verdad. Los permisos también eran relativamente generosos. Incluso después del inicio de la campaña sin restricciones, con todas sus presiones inherentes, los submarinos seguían obteniendo pases cada seis a ocho meses. Los hombres también agradecían sus buenos sueldos, que eran engrosados por numerosos suplementos. Además de los bonos de especialista, también recibían extras para cubrir la inflación de precios y por sus angostos alojamientos. En puerto, la marinería cobraba un extra por trabajar en la nave y en el mar recibía «paga de inmersión» de 1,50 marcos por cada día en que el *U-Boot* se sumergía.[52] No menos valioso era el prestigio de servir en un sumergible. Llovían las condecoraciones. Todos los miembros del U58, por ejemplo, poseían la Cruz de Hierro de 1.ª o de 2.ª clase.[53] El personal también gozaba de una inmensa popularidad entre el público. El *U-Boot-Spende* —un llamamiento a los submarinistas y su familia lanzado en febrero de 1917— recaudó más de 20 millones de marcos hacia el final de la contienda.[54] Los comandantes más exitosos eran héroes célebres al mismo nivel que los ases del aire y, al igual que sus homólogos de los cielos, ostentaban la distinción más alta del Reich, la *Pour le Mérite*. Lothar von Arnauld de la Perière, máximo as submarino de la guerra con 453 716 toneladas hundidas, no era menos famoso en la época que los pilotos de caza, mejor recordados en la actualidad, como Oswald Boelcke o Manfred von Richthofen. De la Perière y su nave, el U35, llegaron incluso a protagonizar una película, *El cinturón mágico*[*], que narraba sus triunfos en el Mediterráneo.[55]

Una última razón de la resiliencia del arma submarina era la fuerte cohesión de sus dotaciones. Las tripulaciones de submarinos tenían una elevada estabilidad; la naturaleza del combate hacía que tuvieran menos erosión gradual o la necesidad de reorganizarse después de fuertes bajas, tan habitual en las unidades terrestres. Los largos periodos pasados juntos durante el entrenamiento, el mantenimiento de la nave y las operaciones fomentaban la confianza recíproca, que, a su vez, reforzaba la motivación individual y el trabajo armonioso en equipo. Además, en marcado contraste con la tensión entre rangos de los grandes buques de superficie de la Armada germana en 1917, los submarinistas y los mandos solían mantener buenas relaciones. Uno de los signos distintivos del *esprit* de la sección eran los apodos cariñosos que recibían muchos capitanes: El Chico en el U34, Botas de Agua en el UB103 y *Hein Schiefelig*, un mote que sugiere una dudosa higiene personal, en el UC77. Los submarinistas elogiaban a menudo el carácter amistoso y atento de sus oficiales. El comandante del UB104, por ejemplo, era considerado un

«hombre de sentimientos» y su homólogo del UB72, el teniente Traeger, era «muy popular entre sus hombres, los trataba con consideración y amabilidad y no menoscababa su dignidad».[56] Como correspondía a un cuerpo de élite, las dotaciones no solo juzgaban a sus líderes por su atención paternalista, sino también por su habilidad y agresividad en la batalla. Como expresó la tripulación del UB103, preferían siempre a un *Draufgänger* —un capitán animoso y agresivo— antes que un comandante nervioso o mediocre. El exceso de confianza de Traeger no disminuyó su popularidad a bordo del UB72, pese a que desempeñó un papel en la pérdida de su nave y de su vida. Por el contrario, la marinería del U48 y del UB85 expresaron su frustración por la mala puntería de sus comandantes con los torpedos. La Armada también incidía en la habilidad y agresividad de sus capitanes de submarinos, que podían estar seguros de que perderían su puesto si no se anotaban suficientes hundimientos. En la cultura competitiva del arma submarina, donde los *U-Boote* rivalizaban por destruir la máxima cantidad de tonelaje, contribuyeron a sus logros y resistencia el entrenamiento a conciencia de las dotaciones, el prestigio y los privilegios recibidos y la buena relación entre mandos y marinería, que, en parte, se debía al estrecho contacto y el trabajo en equipo de sus condiciones de trabajo.[57]

Ya en abril de 1917, pese a que ese mes los submarinos alcanzaron su mayor tasa de hundimientos, parte de la jerarquía de la Armada empezó a tener dudas con respecto a la campaña sin restricciones. El cuerpo de infantería de Marina, formación superior de la Flotilla submarina de Flandes, advirtió a final de mes de que, pese a los éxitos, no había evidencias de que Gran Bretaña fuera a caer derrotada en agosto. Se estaba llevando al límite a dotaciones y barcos y solo la llegada de nuevas naves incrementaría el tonelaje destruído.[58] Es evidente que los infantes de Marina no estaban solos en su escepticismo, pues en mayo, el jefe de las fuerzas submarinas de la Flota de Alta Mar, el capitán de fragata Hermann Bauer, emitió una orden condenatoria contra todo aquel que tuviera reservas. Las estadísticas, afirmó, demostraban la viabilidad de la campaña. Todos los informes de inteligencia indicaban que Gran Bretaña se encaminaba a la catástrofe. Debían desechar todo juicio pesimista. «Solo si […] asumimos en nuestro interior, y propagamos la convicción inquebrantable en la necesidad natural, y, con la bendición de un poder superior, de proseguir el uso decisivo de nuestra arma,

podremos entonces lograr el objetivo que se nos ha marcado —el mayor jamás exigido a una sola arma— la salvación de nuestra Patria».[59]

Es indudable que los británicos estaban en una situación complicada; tres meses de guerra submarina sin restricciones les habían costado 1,9 millones de toneladas. Pese a ello, demostraron adaptabilidad y resiliencia. Su respuesta a la amenaza submarina fue triple. Primero, el Ministerio de Alimentos y el Departamento de Producción Alimentaria dependiente del Comité de Agricultura, dos organismos establecidos entre finales de 1916 y principios de 1917, trataron de reducir las importaciones mediante cultivos y una mejor gestión de los recursos domésticos. En 1916-1918 se hicieron esfuerzos denodados por incrementar la producción cerealista nacional, con la conversión en suelo arable de 30 300 kilómetros cuadrados de pastos. Esto llevó a una reducción de la producción cárnica, cuyo impacto en la disponibilidad de calorías era limitado, aunque logró un espectacular éxito en la producción de alimentos básicos cruciales: las cosechas de patatas y trigo excedieron las de 1904-1913 en un 40 por ciento. Aún más importante: los británicos, al igual que los alemanes dos años atrás, estiraron sus reservas de harina con farfolla y la mezcla con otros cereales, en particular cebada. La calidad de las hogazas británicas nunca descendió a las profundidades a las que se hundió el «pan de guerra» germano. El pan, a pesar de los afanes de los *U-Boote*, nunca fue racionado en el Reino Unido. No se distribuyeron cartillas de racionamiento de carne hasta febrero de 1918.[60] Los submarinistas germanos capturados observaban con desesperación la relativa abundancia de comida del adversario. «Aquí apenas se nota la guerra, no hay cartillas de ningún tipo, ni siquiera para el pan —redactó en una carta a su esposa el comandante del U93 Edgar von Spiegel, capturado por los británicos a finales de abril de 1917—. Es muy triste, pero es cierto».[61]

Segundo, los británicos actuaron sin contemplaciones para seguir disponiendo de tonelaje mercante. Los cálculos de la campaña submarina sin restricciones contaban con ahuyentar de alta mar a los buques neutrales. Los británicos respondieron con algo aterrador: advirtieron a los neutrales del continente de que, si no permitían navegar a sus barcos, cortarían el acceso de sus suministros. Era una amenaza en todo punto creíble debido al control británico de las estaciones de carboneo y de los accesos al canal de la Mancha y el mar del Norte. Reforzaron esto con la introducción de una política de «barco por barco»: los buques neerlandeses y escandinavos eran retenidos como rehenes —a todos los efectos— en los puertos británicos y solo les permitían regresar a su país cuando llegaban para sustituirlos naves de similar

porte que navegaran bajo la misma bandera. A otros barcos neutrales solo les permitían marcharse si sus capitanes prometían dirigirse a un puerto de la Entente o regresar con un cargamento aprobado.[62] También se dio nueva prioridad a la construcción naval. Las 53 000 toneladas mensuales que Gran Bretaña producía en 1916 se duplicaron a 102 000 en 1917. Tal esfuerzo quedaba eclipsado por el de Estados Unidos, que triplicó con creces el tonelaje mercante a su disposición, de 2,75 millones de toneladas en abril de 1917 a la colosal cifra de 9,5 millones en septiembre de 1918. Aun así, los aliados atravesaron una crisis de transporte marítimo durante el último año de la contienda. Lo paradójico fue que esto no se debió a los sumergibles germanos, sino a la nueva misión impuesta a las flotas mercantes de abastecer a millones de soldados estadounidenses. En absoluto la crisis que Henning von Holtzendorff quería o esperaba.[63]

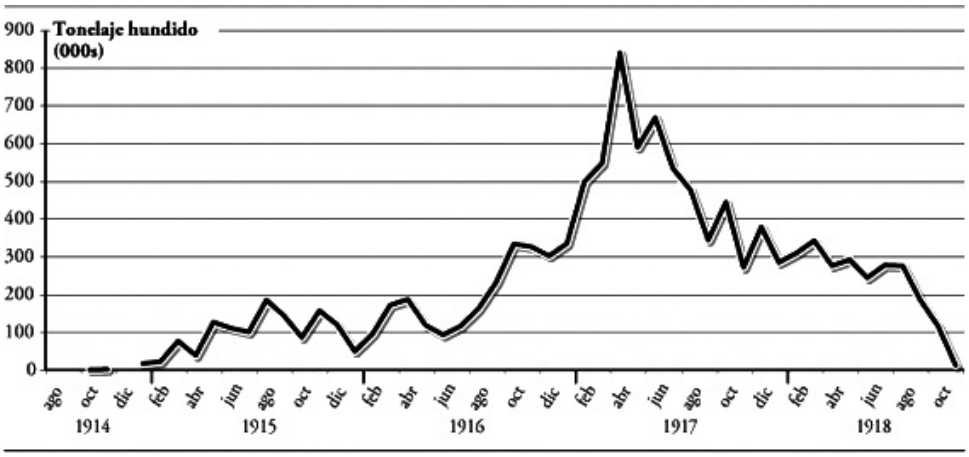
La tercera respuesta británica a la campaña submarina sin restricciones, y la más peligrosa para las dotaciones de los *U-Boote*, fue la introducción de los convoyes, en particular tras el éxito inicial de la campaña. Con anterioridad, los aliados escoltaban transportes de efectivos y suministros durante el paso del canal de la Mancha, una táctica que se empleó con éxito para proteger el tráfico mercante de ciertas rutas hacia los Países Bajos, Escandinavia y, en el caso del comercio de carbón, a Francia. Pese a ello, los almirantes británicos eran reticentes a su introducción generalizada. Un gran convoy, razonaban, atraería la atención de los submarinos por el humo que producía y les presentaría más blancos. No creían que los mercantes fueran capaces de mantener la formación. Además, la cantidad de mercantes que habría que proteger era tan grande que los convoyes no parecían factibles: las estadísticas de salidas y llegadas a los puertos británicos sugerían que sería necesario dar escolta cada día a más de 300 naves.[64] En realidad, estas estadísticas portuarias contaban dos veces a los buques, pues anotaban tanto la salida como la llegada, y tampoco diferenciaban entre tráfico de cabotaje y cargueros oceánicos. Cuando los éxitos de los *U-Boote* obligaron a un análisis más detallado, se descubrió que, en un único día, rara vez llegaban a los puertos británicos más de veinte buques de carga del otro lado del Atlántico. Esta era una cantidad mucho más manejable, si bien la cifra de destructores disponibles para darles escolta seguía siendo insuficiente. La Royal Navy estimó que disponía de 40 para misiones de convoy, pero necesitaba 72. El aliado estadounidense proporcionó de forma gradual estos buques; los seis primeros llegaron a aguas británicas a principios de mayo. En ese momento, las horrendas pérdidas mercantes del mes precedente provocaron la

intervención del War Cabinet británico, que obligó al Almirantazgo a repensar su estrategia. El primer ministro David Lloyd George presionó a finales de abril para llevar a cabo un ensayo con convoyes. El 10 de mayo, el primer grupo de 16 naves con escolta armada partió de Gibraltar. Fue un rotundo éxito.[65]

La introducción de los convoyes no quebró de inmediato la campaña submarina. De hecho, como revelan las cifras de tonelaje mercante hundido (*vid*. Figura 6), en junio de 1917 las tripulaciones de los sumergibles lograron su segunda máxima cifra de la guerra, con el hundimiento de casi 670 000 toneladas de cargueros enemigos y neutrales. Los aliados —nombre que adoptó la Entente tras la entrada en guerra de Estados Unidos— necesitaban tiempo para implementar el nuevo sistema y el Departamento de Marina estadounidense se mostró reacio al principio a asignar grandes fuerzas a la protección de mercantes. Aunque desde mediados de junio partían convoyes regulares desde Hampton Roads, Virginia, a través del Atlántico, medida que se extendió a otros puertos de Estados Unidos en las semanas siguientes, hasta finales de julio no zarparon de Gibraltar convoyes regulares. Y, aunque se introdujeron ciertas escoltas locales, en el Mediterráneo solo se instauró un sistema organizado de convoyes a mediados de octubre.[66] Los *U-Boote*, además, supieron encontrar mellas en la nueva coraza de los aliados. Durante el verano, se elevó la proporción de naves hundidas durante el viaje de retorno a América, que navegaron sin escolta hasta agosto de 1917. Los Cruceros-U atacaron el desprotegido tráfico de la zona de Madeira, las Azores y las islas de Cabo Verde, donde se declaró en noviembre una nueva zona de exclusión. Los sumergibles del Mediterráneo, ayudados por la estrechez de sus aguas y también por la mala coordinación aliada, siguieron siendo más peligrosos que los de los mares septentrionales.[67] Aún más importante: en el norte, los submarinos pasaron de operar en alta mar a patrullar la costa británica, donde todavía había abundantes cargueros que navegaban sin escolta hasta el punto previsto de reunión de un convoy, o a descargar en puerto una vez disuelto su grupo. Si entre febrero y julio de 1917 solo un 20 por ciento de las naves echadas a pique fue atacado a menos de 10 millas náuticas del litoral, esta proporción casi se triplicó, hasta el 58 por ciento, durante la segunda mitad del año. Los hundimientos mensuales, tras su vertiginosa caída desde las alturas de la primavera, fluctuaron entre las 270 000 y las 450 000 toneladas en otoño e invierno y desde el comienzo de 1918 hasta los meses postreros de la guerra se estabilizaron en unas 300 000 toneladas. Aunque ya no bastaba para plantear una amenaza mortal a Gran

Bretaña, era una cifra muy superior a ninguna de las obtenidas antes de octubre de 1916 y suponía una severa carga sobre el tráfico mercante aliado. [68]

Figura 6: Tonelaje mercante hundido por los submarinos alemanes.



Fuente: Schröder, J., 2000: *Die U-Boote des Kaisers. Die Geschichte des deutschen U-Boot-Krieges gegen Großbritannien im Ersten Weltkrieg*, Lauf a. d. Pegnitz, Europaforum-Verlag, 430.

Por otra parte, aunque los convoyes no eliminaron la amenaza submarina, sí que fueron un factor clave para contenerla de un modo muy significativo. Al concentrar y proteger el tráfico mercante, los convoyes no solo vaciaron los mares de blancos fáciles; a los submarinos les resultaba extraordinariamente difícil localizarlos. Entre octubre y diciembre de 1917, los sumergibles solo pudieron avistar a 39 de los 219 convoyes atlánticos que zarparon. Su bajo porcentaje de detección no solo era consecuencia de la inmensidad de los mares, sino también de la capacidad del Almirantazgo de redirigir las naves para evitar el peligro. Los buques de guerra, al contrario que la mayoría de mercantes, tenían potentes estaciones de radiotelégrafo y podían ser informados desde Londres de la posición de los *U-Boote* por avistamientos o por la intercepción de sus comunicaciones por radio. Los alemanes no hallaron solución a este problema. La táctica empleada en la Segunda Guerra Mundial de interceptar desde tierra los mensajes de

radiotelégrafo de los convoyes aliados y coordinar a los submarinos sobre los objetivos no era practicable en 1917 y 1918 porque las radios de los *U-Boote* eran demasiado primitivas. Los alemanes descartaron un plan de equipar a uno de los grandes Cruceros-U con radiotelégrafo y personal de descifrado y estacionarlo frente a la costa occidental de Inglaterra para identificar la posición de los convoyes y coordinar los ataques de los submarinos. Un solitario submarino perdía la ventaja de la sorpresa tan pronto como disparaba y no era superior a los bien armados barcos de escolta. Hubo quien sugirió, entre ellos el káiser, agrupar a los *U-Boote* en parejas e incluso manadas. Un experimento en mayo de 1918, no obstante, demostró que no había suficientes submarinos para coordinar las operaciones y al tiempo cubrir todas las rutas. Aunque los aliados tenían que soportar los retrasos provocados por la reunión de buques y el largo periodo de descarga en los puertos de grupos de 20, 30 y en un caso de 47 naves, la seguridad que ofrecían los convoyes compensó el resto de desventajas. Entre agosto y octubre de 1917 las naves que aún navegaban en solitario tuvieron un porcentaje de pérdidas del 7,37 por ciento; en los convoyes, la tasa fue de tan solo el 0,58 por ciento. Las escoltas también demostraron su valía para proteger los buques de pasajeros y cargueros reconvertidos que embarcaron a las tropas estadounidenses a través del Atlántico. Los aliados transportaron sanos y salvos a Europa a unos 2 078 880 soldados estadounidenses, la mayoría en 1918. Solo se perdieron 314 efectivos a causa de la acción de los *U-Boote*.[69]

Los convoyes, además de dificultar a los submarinos su misión de hundir naves, también los obligaron a combatir en condiciones muy desventajosas. Las patrullas ofensivas de naves de guerra, hasta entonces la principal táctica antisubmarina de la Royal Navy, y que se siguió usando en los últimos años de la contienda, eran en extremo inefectivas porque los sumergibles no tenían ningún motivo para entrar en combate y el equipo de detección estaba todavía en su infancia.[70] No obstante, una vez se introdujeron los convoyes, los submarinos no tenían otra opción que hacer frente a las corbetas y al pesado armamento de los destructores; como manifestó con tristeza el comandante del UB52, era fácil evadir a las patrullas, pero, con los convoyes, «ahora, cada blanco que encontrábamos está acompañado de su defensor correspondiente».[71] Las mejoras del armamento aliado incrementó aún más el peligro para los submarinos. Las cargas de profundidad que llevaban las naves de escolta, que en 1916 las dotaciones alemanas tildaban de «petardos», apenas un año después se habían convertido en poderosos dispositivos capaces de hundir u obligar a emerger a un *U-Boot* si estallaba a menos de 30 metros. Soportar un

ataque de cargas de profundidad era el equivalente naval a permanecer en un refugio bajo un bombardeo de artillería; los submarinistas capturados explicaron que permanecer sin poder hacer nada bajo un ataque de cargas de profundidad «provocaba una sensación de opresión […] muy difícil de superar».[72] A partir del momento en que las naves germanas empezaron a operar más contra el tráfico costero para encontrar blancos sin escolta, esto les hizo más vulnerables a la intercepción, pues cerca de tierra estaban bajo el radio de acción del reconocimiento aéreo. Muy pronto, ya en junio de 1917, la actividad de los dirigibles causó graves obstáculos a los submarinos posicionados ante la costa oriental de Inglaterra. Hacia el 1 de enero de 1918, los británicos desplegaban 100 dirigibles, 23 aeroplanos y 291 hidroaviones en misiones antisubmarinas. Los aviones destruyeron un máximo de 4 *U-Boote*, pero provocaron un nerviosismo desproporcionado a estos éxitos. Hacia el verano de 1918, muchas naves alemanas habían vuelto a cazar mar adentro con el fin de evitarlos.[73] El nuevo peligro planteado por las tácticas de convoy y la mejora del armamento se reflejó en el porcentaje de pérdidas de submarinos: durante los seis primeros meses de 1917, la acción del enemigo echó a pique 20 naves, pero más del doble, 43 en total, en la segunda mitad del año. Las pérdidas en 1918 fueron peores aún, con 102 embarcaciones perdidas por todas las causas.[74]

Los campos de minas también hicieron una contribución significativa, aunque tardía, a la lucha contra los *U-Boote*. Durante la mayor parte de la contienda, las minas británicas fueron en extremo inestables. En octubre de 1917, un comandante de submarino UC [minador], seguro de que no estallarían, hizo pescar dos durante una misión y ordenó convertirlas en poncheras a su regreso a la base. Los británicos no empezaron a tener éxitos hasta que desistieron de diseñar una mina de contacto propio y copiaron el fiable modelo alemán. Entre finales de 1917 y principios de 1918, sus nuevas minas H2 fueron fondeadas en tal cantidad, y se mostraron tan letales, que las tripulaciones de los sumergibles perdieron su antigua despreocupación y empezaron a tenerles mucho miedo.[75] De los 178 submarinos hundidos durante la guerra a causa de acción enemiga, 34 se perdieron por minas o una combinación de minas y redes submarinas. Sin embargo, las ambiciones de los planificadores de la Marina británica iban más allá de la destrucción. Pretendían usarlas para canalizar, o cuando menos dificultar, el movimiento de los submarinos. Sus intentos de confinar a los *U-Boote* germanos y de los Habsburgo en sus bases del Adriático mediante el despliegue de minas, redes y pesqueros armados en el canal de Otranto, entre el talón de Italia y Albania,

no tuvieron éxito. En los últimos meses de la guerra, los estadounidenses ejecutaron un plan megalómano que fondeó 70 263 minas en una franja de agua de 400 kilómetros de longitud. Con un coste de 40 millones de dólares, esta «barrera del norte» hundió, como máximo, 7 submarinos. No obstante, sí que se consiguió el objetivo, más accesible, de cerrar el estrecho de Calais. El primer intento británico, en diciembre de 1916, se componía de una intrincada combinación de redes y campos de minas entre Goodwin Sands y Dunkerque. Las fuertes corrientes del estrecho no tardaron en dañarlo y quedó completamente inservible: cada mes lo cruzaban, yendo y viniendo de sus cazaderos del oeste, hasta 30 submarinos germanos. A finales de 1917 los británicos lo intentaron de nuevo. Esta vez fondearon un campo de minas más profundo y desplegaron pesqueros con bengalas y focos para iluminar la superficie del agua por la noche. La idea era que el resplandor forzaría a los *U-Boote* que intentaran cruzar a sumergirse en el campo de minas de más abajo y lo cierto es que funcionó. La primera noche que se puso en práctica, el UB56, capturado por los focos, se sumergió y lo destruyó una mina. En los cinco meses siguientes, la nueva barrera destruyó, de media, un submarino cada tres semanas. En consecuencia, las naves germanas volvieron a dar la vuelta a Escocia para alcanzar sus zonas de caza, con lo que perdieron un tiempo valioso, que, a su vez, redujo el porcentaje de mercantes hundidos.[76]

Una de las consecuencias más severas del desgaste y de la lucha cada vez más desfavorable fue la evaporación de la «convicción inquebrantable» que Hermann Bauer, jefe del arma submarina, trató de inculcar a sus tripulaciones en mayo de 1917. Los marineros estaban exhaustos: en los siete primeros meses de la campaña sin restricciones la mayoría pasó más de un tercio del tiempo en el mar y los de la Flotilla de Flandes más del 40 por ciento del tiempo.[77] Hacia noviembre, los hombres del U48 capturados por los británicos atribuían «el reciente incremento de la cifra de pérdidas […] sobre todo a este sistema de “llevar” todo el tiempo a los submarinos a máximo presión».[78] La fuerza también perdió calidad. Mucho se ha hablado de la complacencia de la Marina germana por no construir submarinos suficientes: entre septiembre de 1915 y mayo de 1916 no encargó ninguno y los iniciados a partir de ese momento todavía estaban en construcción a la conclusión de la guerra. No obstante, en 1918 se alistó una cantidad suficiente para mantener un número razonablemente estable, a pesar de las severas pérdidas, de unas 128 naves, los efectivos de la fuerza germana en marzo de 1917.[79] El verdadero problema era encontrar y entrenar dotaciones y comandantes competentes para esos nuevos submarinos. Las tripulaciones de reserva, se

decía, «no eran más que reclutas sin instruir» y los suboficiales veteranos eran cada vez más escasos.[80] El agotamiento, el aumento de bajas y el influjo en el servicio de marinos nuevos e inexpertos bajó la moral. En abril de 1918 la inteligencia británica observó que «las fuertes y recientes pérdidas en submarinos han causado un gran nerviosismo a las dotaciones».[81] Los mandos de la Flotilla de Flandes empezaron a consumir más alcohol en tierra firme y la formación recibió el cáustico apodo de «Mando de Ahogamiento para Antiguos Oficiales de la Marina Mercante», una alusión a que muchos de los oficiales reservistas que ahora mandaban los sumergibles de menor porte procedían de la flota mercante.[82]

El intenso agotamiento, la moral decreciente y el declive de la calidad de las dotaciones tuvieron un inevitable impacto negativo sobre el rendimiento de combate. La falta de pericia, el nerviosismo y las malas decisiones empezaron a causar pérdidas de naves. El hundimiento del U110 en marzo de 1918, por ejemplo, fue atribuido en parte a la «notable […] juventud e inexperiencia» de su dotación, entre la cual solo había cuatro suboficiales veteranos.[83] Al mes siguiente, el UB85, también tripulado por novatos, se rindió tras una patrulla desastrosa en la que todos los torpedos disparados fallaron el blanco. La nave se sumergió, pero la escotilla de la vela no funcionó o la dejaron abierta, de modo que la nave embarcó 15 toneladas de agua, que cortocircuitaron un motor y provocaron gases venenosos en reacción con el ácido de las baterías de a bordo. Por más terrorífico que fuera esto, el submarino podría haber escapado por mar abierto con los motores diésel. De hecho, los interrogadores británicos consideraron que su capitán actuó de modo «algo prematuro» al hacer salir a la dotación a cubierta y ordenarle gritar al unísono «nos rendimos» a un patrullero de la Royal Navy que estaba cerca.[84] En el otro extremo, los comandantes veteranos también empezaron a ponerse nerviosos y a cometer errores no forzados a causa del agotamiento. El capitán de corbeta Robert Moraht, un oficial profesional que servía en submarinos desde 1915 y que estaba en posesión de la *Pour le Mérite*, admitió con franqueza que un error de juicio, causado por su mala salud mental, le costó la pérdida de su barco, el U64, en junio de 1918. Sabía que, tras dos años en el arma submarina, «sus nervios habían empezado a sufrir», aunque se resistió a un traslado a un puesto en tierra firme. Al haber perdido su capacidad de evaluar riesgos con precisión, atacó un convoy bien protegido y sus escoltas lo hundieron. Toda la dotación, excepto él mismo y cuatro hombres más, se fue al fondo con la nave.[85]

La guerra submarina no era, como se ha presentado a menudo, una mera cuestión de número, tecnología o táctica. Al igual que en los combates terrestres, la pericia, aguante y determinación de los hombres tuvieron un papel clave en el desenlace. El incremento de hundimientos posterior a febrero de 1917 no solo se debió al despliegue más eficiente de un número superior de sumergibles, sino también a que se llevó a las dotaciones al límite de su resistencia. La psicología humana siempre fue un elemento central de la guerra submarina sin restricciones. El éxito de la campaña dependía, en gran medida, de su capacidad de infundir terror, pero Holtzendorff y sus expertos sobrestimaron la brutalidad de los capitanes y subestimaron el valor y resiliencia del adversario. Los *U-Boote* no expulsaron del mar ni a los mercantes británicos ni a los neutrales. Al contrario, una vez mejoraron las tácticas y el armamento de sus enemigos, las pérdidas aumentaron y el elevado ritmo de operaciones los agotó, lo que se esfumó fue la voluntad de los comandantes y las dotaciones de los *U-Boote*. Los sumergibles nunca lograron su objetivo de causar pánico y derrumbar a la sociedad británica. Antes bien, fue en Alemania donde se hizo sentir el mayor impacto del fracaso de la campaña submarina.

El triste epílogo de las armas maravillosas

El pueblo germano depositó una gran fe en que los *U-Boote* podrían dar un fin rápido y victorioso a la guerra. En realidad, en febrero de 1917 hubo voces que aconsejaban cautela. Intelectuales moderados como el historiador militar Hans Delbrück y, en Austria, el jurista y político Josef Redlich miraron más allá de las predicciones del Almirantazgo, excesivamente optimistas, y temían, con toda la razón, provocar a Estados Unidos.[86] Sin embargo, estas personas eran minoría. La mayoría de la población recibió la campaña sin restricciones con una esperanza que ni siquiera la inmediata ruptura diplomática con Estados Unidos logró suprimir. El editor del diario liberal *Berliner Tageblatt*, Theodor Wolff, en absoluto amigo de los anexionistas que más insistían en el empleo sin contemplaciones de los sumergibles, bromeó en febrero acerca del «optimismo sin restricciones por los *U-Boote*» que inundaba el país.[87] Los generales al mando de los distritos interiores hicieron observaciones similares en sus informes mensuales de moral. El comandante

del IV Distrito, que cubría la Sajonia prusiana, en el corazón de Alemania, retrató a la perfección el estado de ánimo del país al escribir que «casi ningún otro paso del liderazgo del Reich ha sido recibido con semejante aprobación y tan llamativa unanimidad, hasta los segmentos de la población situados más a la izquierda, que la decisión de emprender la guerra submarina sin restricciones».[88]

El entusiasmo no es difícil de comprender. Tras un invierno de frío y hambre, numerosos alemanes sentían una cierta *Schadenfreude* al pensar que los submarinos someterían a los británicos a la inanición. Tampoco debe subestimarse su animosidad contra Estados Unidos. Llevaban años leyendo reportajes de prensa que detallaban las enormes cantidades de armamentos que los neutrales estadounidenses fabricaban para la Entente. La prensa escrita difundió las noticias del elevado número de millonarios que la lluvia de pedidos bélicos estaba creando al otro lado del Atlántico. Aunque los germano-estadounidenses trataron por todos los medios de imponer un embargo a las exportaciones de armas, tenían prioridad los intereses comerciales y la creciente simpatía del Gobierno hacia la Entente. La Administración de Woodrow Wilson insistía con cinismo en que no podía interferir en el libre comercio.[89] Los envíos de armas provocaron una profunda ira entre la opinión pública alemana. Una de las respuestas más imaginativas surgió del Ejército. En 1915, las tropas desfogaron su irritación con una exposición de arte satírico que tuvo lugar tras las líneas del Somme. La primera pieza exhibida, titulada con gran ironía «Wilson, el neutral», era un busto de tiza del presidente estadounidense que esbozaba una arrogante sonrisa sobre un rostro hecho de proyectiles sin estallar, todos ellos fabricados en Estados Unidos.[90] Los mandos del interior de Alemania atribuyeron la «calma serena» de la población el 3 de febrero de 1917, el día que Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas, al arraigado resentimiento suscitado por las remesas de armamento. Sin embargo, la razón más importante, y con diferencia, que llevó a la agotada población del Reich a apoyar la campaña submarina sin restricciones fue que prometía un rápido fin al conflicto. Muy pocos, al contrario que los conservadores que habían sido sus principales propagandistas, estaban a favor de hacer anexiones. Con todo, tanto si deseaban un rápido fin, o la victoria total, en febrero hubo una confianza generalizada en que la campaña triunfaría. La mayoría de alemanes tenía el firme convencimiento, observaron los generales del interior, «de que el año 1917 traerá a la Patria la paz victoriosa que anhela».[91]

En el transcurso de la primavera de 1917, el pueblo alemán continuó, como observó con satisfacción la Oficina Naval Imperial del Reich, «bajo el hechizo de la guerra submarina sin restricciones».[92] El elevado ritmo de hundimientos reforzó entre el público la convicción optimista de que en menos de un año se restablecería la paz. Pese a que las cifras reales eran de por sí impresionantes, las publicadas por las autoridades navales a la prensa y a los aliados de Alemania tendían, ya fuera por accidente o de forma intencionada, a inflarlas en un tercio. La población leyó que los *U-Boote* habían hundido en febrero 781 500 toneladas —en lugar de la cifra verdadera, 499 430— y una cantidad colosal, 861 000 toneladas —y no 548 817— en marzo.[93] Los diarios estaban sujetos a una estricta censura. Todos los artículos relacionados con los sumergibles tenían que enviarse para una inspección previa a la publicación y la retórica de la campaña fue modelada con habilidad para apelar a las clases trabajadoras socialistas. Se prohibió presentarla como una venganza o una guerra por hambre. Al contrario, se insistió en que la campaña era un medio de finalizar rápidamente las hostilidades.[94] Los editores privados, conscientes de que, incluso en el tercer año de guerra, el patriotismo podía dar beneficio, explotaron y alimentaron la excitación con relatos baratos, sensacionalistas y escritos a toda prisa en los que los submarinistas narraban sus experiencias bélicas. El editor berlinés Ullstein lideró un mercado que publicó en 1917 no menos de nueve «novelas baratas» acerca de submarinos. Proporcionaban un ángulo humano a la campaña submarina al retratar un rostro de viril entereza y heroísmo, perfecto complemento de las impresionantes estadísticas de la Marina.[95]

Aunque el comercio siguió teniendo un papel en la movilización popular, este, así como otras iniciativas privadas, perdió importancia en comparación con los días embriagadores de 1914-1915, debido al agotamiento de la guerra y al desabastecimiento de material. Por otra parte, la propaganda oficial, que también hizo un uso imaginativo de los submarinos, se tornó mucho más organizada e influyente. El eje central de los esfuerzos civiles y militares fueron los llamamientos bianuales a la compra de empréstitos de guerra. El Sexto Empréstito de guerra, anunciado en la primavera de 1917, poco después del inicio de la campaña sin restricciones, atrajo a 7 063 347 suscriptores, casi el doble de los que habían firmado el préstamo de seis meses antes.[96] Su éxito sin precedentes, pues logró atraer a un gran número de pequeñas sumas, lo convirtió en una acción de genuino carácter popular y se debió, en parte, al uso de métodos comerciales de publicidad. Por todo el Reich colgaron casi 1 500 000 pósteres diseñados por artistas profesionales: en tablones de

anuncios, estaciones, oficinas y en el transporte público. Se distribuyeron 12 millones de octavillas que explicaban por qué la población debería contribuir, además de millones de atractivas tarjetas postales ilustradas que buscaban mantener la atención del público en el empréstito de guerra.[97] Los submarinos estaban presentes en la propaganda; a los alemanes se les urgía a «comprar bonos de guerra para los *U-Boote* contra Inglaterra». Un póster iba dirigido al Ejército. En este, se veía al capitán de un submarino. Con el brazo sobre el hombro de un soldado, le señalaba a un barco que se hundía en la distancia. «¡Así es como vuestro dinero os ayuda a combatir! —rezaba el cartel—. ¡Convertido en submarinos, mantiene los proyectiles enemigos lejos de tu cuerpo! Por eso: ¡suscribe el empréstito de guerra!».[98] Por encima de todo, solo la popularidad de los submarinistas y las grandes expectativas suscitadas por la campaña submarina sin restricciones puede explicar la notable predisposición del pueblo a comprar bonos de guerra tras un invierno tan desmoralizante. Con la victoria en apariencia tan cerca, comprar el Sexto Empréstito de guerra del Estado no solo era un acto patriótico; también parecía una inversión segura.

A pesar de este éxito, la confianza popular encajó un brutal primer golpe a primeros de marzo a causa de un acto de extraordinaria estupidez del nuevo secretario de Exteriores germano, Arthur Zimmermann, que ostentaba el cargo desde noviembre de 1916. El día 1, los diarios estadounidenses publicaron un telegrama muy sensible remitido por Zimmermann al embajador alemán en México, que los británicos habían interceptado, descifrado y remitido al Gobierno estadounidense. En este, Zimmermann proponía a México una alianza en caso de guerra con Estados Unidos; le prometía ayuda financiera, además de Texas, Nuevo México y Arizona. Esto era explosivo y causó indignación en todo Estados Unidos. En Alemania, el público apenas podía comprender la incompetencia de su Gobierno. Theodor Wolff, en *Berliner Tageblatt*, se mostró indignado por la temeridad de Zimmermann y calificó con acierto el telegrama de «infinitamente ingenuo». Uno de sus socios de negocio bromeó al respecto: una forma segura de hacerse rico era construir una fábrica de escupideras: «treinta millones de escupideras […] ¡eso satisfaría una necesidad urgente, pues a toda la población le gustaría escupir!».[99] Para los alemanes más reflexivos, la nueva noticia sembró dudas acerca de los reportes de rotundos éxitos en el mar. «Si estamos tan seguros de derrotar a Inglaterra en pocos meses —reflexionó un oficial de primera línea en su diario—, ¡entonces, sin duda, no necesitamos un aliado como México!».[100]

Muy pocos se sorprendieron cuando, poco más de un mes después, el 6 de abril de 1917, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. Algunas personas no se tomaron bien la noticia. En Silesia, Ruth Höfner escribió en su diario un grito de desesperación: «¿Qué crimen ha cometido nuestro pueblo para que tenga que soportar sufrimientos tan terribles?».[101] En el Ejército, la reacción a tener un nuevo enemigo al que combatir fue, como tuvo que reconocer tras la guerra un observador nacionalista, «no del todo alentadora».[102] A mediados de mes también tuvo lugar la primera gran huelga política del Reich: 217 000 obreros dejaron de trabajar en Berlín. Hubo paros en otros centros, sobre todo en Leipzig. Las protestas indican que algunos elementos de izquierda tenían escasa fe en que la campaña submarina pusiera fin rápido a la contienda y muchos más que desconfiaban de los planes para el futuro de Alemania tras la victoria: entre las exigencias de los obreros figuraban una paz sin anexiones, la anulación de las restricciones bélicas sobre los derechos políticos y la introducción del sufragio universal e igualitario.[103] No obstante, aunque la noticia de la hostilidad estadounidense estaba presente de fondo, no fue uno de los factores principales que incitaron los paros. El jefe de policía de Berlín informó de que los habitantes de la capital respondieron con calma al inicio de la guerra con Estados Unidos, así como a las posteriores declaraciones de guerra de los países sudamericanos. Los generales de los distritos interiores coincidían: la población de más allá de la metrópolis reaccionó «con total serenidad». Las clases medias estaban decididas a seguir hasta el fin. Es probable que Elisabeth Stempfle representara a la burguesía al prometer con obstinación en su diario: «¡Resistiremos!».[104]

La moral no se derrumbó de verdad hasta el verano, con la llegada al frente interior de una nueva crisis de abastecimiento. La comida y el carbón se agotaban y, con Gran Bretaña sin mostrar aún signos de estar al borde de la capitulación, pese a los denodados esfuerzos de los *U-Boote*, la población dejó de creer. «¿Dónde deberíamos depositar ahora nuestras esperanzas? —preguntó desde Hamburgo Anna Kohnstern a su hijo soldado Albert a finales de junio—. Todo parece tan horrible. Primero se decía por aquí que la guerra se acabaría en agosto y ahora dicen que durará otro año».[105] A medida que la desesperación se apoderaba del pueblo, los políticos democráticos tomaron nota. La dirección socialdemócrata advirtió al Gobierno del Reich de que la promesa incumplida de una rápida victoria submarina había dejado a los trabajadores al borde de su resistencia.[106] El representante del Partido de Centro Católico, Matthias Erzberger, también comprendió que la guerra submarina sin restricciones había fracasado y la conclusión que extrajo de ello

provocó una crisis política mayúscula. El 6 de julio, ante el Comité de Dirección del Reichstag, Erzberger cuestionó las cifras oficiales de tonelaje a disposición de Gran Bretaña y argumentó, con razón, que se había subestimado la capacidad de respuesta del enemigo a la amenaza submarina. Acusó al Gobierno de haber cometido un error al prometer la victoria en menos de seis meses. Es más, señaló, «todo el maravilloso trabajo de nuestros submarinos no puede conseguir que nos llegue ni un solo barco, mientras que el 90 por ciento de las naves llega a Inglaterra».[107]

El escepticismo del Partido de Centro con respecto a la guerra submarina tenía particular importancia, pues su conversión a favor de la campaña sin restricciones en el otoño de 1916 fue crucial para que el canciller aceptara las exigencias de los mandos de tierra y mar de dar rienda suelta a los sumergibles. Una vez Erzberger reconoció que la jugada había fracasado, pasó a exigir una intervención del Reichstag que condujera a Alemania por una nueva senda. La consiguiente crisis política echó de su cargo a Bethmann Hollweg. El 19 de julio de 1917, apenas quince días después de que Erzberger lo propusiera en un discurso, la mayoría del Reichstag, formada por los diputados socialdemócratas, de centro y progresistas, votó a favor de una Resolución de Paz. Esta rechazaba «la adquisición de territorios por la fuerza» —la política preferida de los conservadores que con más fervor presionaron a favor de la guerra submarina sin restricciones— y en su lugar abogó por una «paz de entendimiento».[108]

Tanto la guerra como la campaña submarina continuaron, pero la esperanza de políticos y opinión pública de que los *U-Boote* podrían finalizar rápidamente los combates fue reemplazada por la apatía e incluso por la rabia. Tras unir por breve tiempo a la población en la esperanza de algún tipo de victoria —para la mayoría una rápida y para una pequeña minoría una victoria total— los sumergibles volvieron a ser fuente de discordia. Al Almirantazgo no le perdonaban su promesa de victoria en cinco meses. Es más, con la movilización de Estados Unidos aumentaron las críticas por la subestimación de este nuevo enemigo. En octubre hubo ruidosas protestas; pese a las promesas hechas en el Reichstag por el secretario de Estado de Marina, el almirante Eduard von Capelle, los transportes de tropas no eran en absoluto fáciles de hundir.[109] La declaración oficial de que se había sobrestimado la cifra de efectivos de Estados Unidos llegados a Francia no consiguió aplacar a la población.[110] Al contrario, circulaban rumores en el Ejército germano de que Estados Unidos estaba siendo tratado con deliberada indulgencia. Estos tenían cierta base de verdad: el káiser había prohibido en un principio atacar a

buques de guerra o mercantes estadounidenses en la zona de bloqueo en torno a Gran Bretaña, así como las operaciones submarinas a gran escala ante la costa estadounidense por temor a que esto dificultase alcanzar una paz negociada. En el Mediterráneo, los buques estadounidenses tampoco fueron atacados durante los once primeros meses de campaña, debido a que Austria-Hungría y Estados Unidos no estuvieron en guerra hasta diciembre de 1917.[111] Nada de esto, sin embargo, explica que la Armada solo fuera capaz de destruir tres transportes cargados de efectivos aliados. En realidad, tal y como expuso con torpeza la respuesta oficial, «el océano es muy grande y, por tanto […] es cuestión de suerte que un *U-Boot* […] encuentre un vapor estadounidense de transporte de tropas».[112] Los sumergibles, que antaño tenían tan buena prensa, en 1918 eran poco menos que motivo de vergüenza para el Gobierno del Reich. Un análisis de la inteligencia británica de la propaganda germana detectó un descenso de los informes relacionados con la guerra submarina. Hacia la primavera, estos estaban en un «eclipse total».[113]

Los *U-Boote* de Alemania infligieron enormes daños al tráfico mercante aliado en el transcurso de la contienda. En un total de 3274 operaciones, echaron a pique 6394 buques, con un arqueo acumulado de 11 948 702 toneladas. En 1917, el año más exitoso de los *U-Boote*, redujeron las importaciones británicas a 37 millones de toneladas, dos tercios del nivel de preguerra.[114] Sin embargo, pese a que en su momento álgido, primavera y verano de 1917, la guerra submarina sin restricciones pareció ejercer por un breve tiempo una amenaza mortal, en última instancia la destrucción causada no bastó para postrar a Gran Bretaña, ni en los cinco meses prometidos ni después. La campaña germana es un ejemplo más de que ignorar la ley internacional y actuar sin contemplaciones es peor que no hacer nada. Al igual que los intentos del Tercer OHL de emplear mano de obra forzosa belga, los retornos fueron irrisorios; la mayor parte del aumento de hundimientos se debió a un incremento del número de sumergibles y a medidas de eficiencia que podrían haberse implementado sin dejar de usar la normativa legal. De igual modo, tuvo un enorme coste para la reputación de Alemania y esta vez el impacto fue decisivo. La desastrosa decisión de iniciar la guerra submarina sin restricciones y la consiguiente e inevitable declaración de guerra de Estados Unidos le costó al Reich la victoria en la Primera Guerra Mundial.

La concluyente huella de Estados Unidos en la guerra se debió en gran parte a los inmensos recursos que aportó al esfuerzo bélico de la Entente. Los

estadounidenses, a partir de mediados de 1917, gastaron 42,8 millones de dólares al día. En comparación, el gasto diario de británicos, franceses y alemanes, 32 millones cada uno, resultaba diminuto. Estados Unidos proporcionó refuerzos navales que ayudaron a escoltar convoyes o reforzar el bloqueo contra Alemania. Su contribución a sustituir mercantes hundidos fue particularmente grande: solo en 1918, los estadounidenses produjeron 2,6 millones de toneladas, casi la mitad del total de 5,4 millones construidos por los aliados. Pese a que Estados Unidos no era ninguna potencia militar —uno de los principales motivos por los que el OHL tendía a desdeñarlo—, se lanzó a expandir con rapidez su pequeño Ejército profesional de 128 000 efectivos y logró enviar a más de 2 millones de soldados al otro lado del Atlántico.[115] No menos importante que su contribución material, y mucho más inmediato, fue el idealismo y el peso moral que aportó a la causa de la Entente. En 1917, el presidente Wilson en occidente, junto con los revolucionarios rusos del este, plantearon a las Potencias Centrales un desafío ideológico nuevo y muy peligroso.

11

IDEAS PELIGROSAS

Regímenes reaccionarios

En la primavera de 1917, el carácter de la guerra experimentó un cambio fundamental. El estallido de la revolución en Rusia y la entrada de Estados Unidos en las hostilidades dieron al conflicto un nuevo ángulo ideológico. Según explicó al Congreso el presidente Wilson, el 2 de abril, a partir de ese momento se combatiría la guerra por la causa de la «democracia» y «los derechos y libertades de las pequeñas naciones».[1] Se estaba haciendo eco del nuevo régimen revolucionario de Rusia, que, a finales de marzo —pese a que nadie lo había votado— se había autoproclamado con orgullo una «democracia rusa» cuyo objetivo de guerra era «el establecimiento de una paz estable fundamentada en la autodeterminación de los pueblos».[2] No eran solo potentes eslóganes dirigidos a complacer a las audiencias domésticas. Tenían un atractivo universal que impactó de lleno en las divisiones internas de Alemania y Austria-Hungría. El Gobierno monárquico, la norma en 1914, ahora parecía anticuado. Esto llegó en un momento peligroso, pues esas ideas de gobernanza popular llegarían a unas poblaciones cada vez más furiosas y decepcionadas por los errores bélicos de sus líderes no electos y, por encima

de todo, por su incapacidad de proporcionar y distribuir alimentos de forma equitativa. La Revolución rusa, en particular, aterraba a los Gobiernos de las Potencias Centrales y sirvió de fuente de inspiración a sus disidentes, al demostrar que un cambio de régimen violento y popular no era una quimera, sino una posibilidad muy real en aquellos tiempos extraordinarios.

El año 1917 se caracterizó en Centroeuropa porque la división entre los pueblos y sus Gobiernos se hizo más profunda. La reforma política era un área contenciosa clave. En 1914, grandes grupos marginales se movilizaron con esperanza de que sus servicios y sacrificios fueran recompensados con una reforma: los socialdemócratas (el SPD) y los polacos en Alemania y las nacionalidades de Austria-Hungría que se sentían postergadas por el Compromiso de 1867, en particular los checos y los eslavos del sur. Sus protestas subieron de tono a causa de las extremas penurias que soportaban en el interior y también de los ideales procedentes del exterior: el llamamiento de Wilson a «un gobierno con el consenso de los gobernados» atraía por igual a demócratas y a nacionalistas.[3] Sin embargo, los intentos de los ejecutivos autocráticos de adaptarse al espíritu de los tiempos en 1917 e implementar cambios fueron poco entusiastas, estuvieron mal organizados y muchas veces chocaron con la oposición insuperable de grupos que se negaban a renunciar a sus posiciones de privilegio.

Una segunda causa de la división creciente entre pueblos y gobernantes era la controversia de los objetivos de guerra. En noviembre de 1916, por insistencia de Ludendorff, se levantó en Alemania la prohibición de debatir en público los objetivos bélicos y en Hungría las discusiones adquirieron un tono cada vez más mordaz en respuesta a la Revolución rusa y a la declaración de guerra de Estados Unidos. Con la privación y la miseria generalizadas, a numerosos austrohúngaros y alemanes les atraía el llamamiento del Sóviet de Petrogrado de primeros de abril de 1917 a favor de una paz internacional alcanzada mediante un acuerdo democrático, «sin anexiones ni indemnizaciones».[4] El fin de la contienda todavía estaba muy lejos, los enemigos se multiplicaban y el desabastecimiento alimentario empeoró, con lo que la población empezó a sospechar que los mandatarios estaban prolongando deliberadamente la conflagración para ganar vastas conquistas. Aunque los conservadores y nacionalistas anexionistas lo celebraban, amplios sectores de la población comenzaron a temer, tal y como publicó el diario de los socialdemócratas, *Vorwärts*, en noviembre de 1917, «que la verdadera y profunda razón que hace tan inmensamente difícil obtener la paz *reside en los triunfos militares de Alemania*».[5] Las causas de la ira y de la desilusión se

entrelazaban entre sí de modo tóxico. Los Gobiernos de las Potencias Centrales, con su negativa a elevar el control del pueblo sobre el Estado y su esfuerzo bélico, no supieron consolidar su legitimidad en declive. Los mandatarios, y las élites reaccionarias que los respaldaban, se jugaron su existencia sobre la falacia de que el compromiso popular conseguido por medio de las reformas, lejos de ser un prerrequisito, podía reemplazarse por la victoria total.

En Austria-Hungría, el año 1917 empezó con una promesa de cambio. El venerable emperador Francisco José había fallecido el mes de noviembre precedente y su sucesor era una personalidad muy diferente. En el momento de su ascenso al trono, el emperador Carlos apenas tenía 29 años de edad, pero él y su joven familia simbolizaban la esperanza para un imperio atormentado y la prensa le recibió con optimismo como un hombre de carácter excepcional: un héroe de guerra benevolente y humano que había pasado tiempo en el frente —o, para ser más precisos, cerca de este— y que conocía las tribulaciones de los soldados. Como sucede con todos los encomios a la realeza, exageraban. En Viena, los críticos del emperador comentaban con sorna: «Uno espera encontrar allí a un hombre de treinta años, pero encuentra a un joven que aparenta veinte y que piensa, habla y actúa como un muchacho de diez».[6] Es incuestionable que Carlos tenía defectos. Era un hombre que lograba combinar terquedad con falta de resolución, que insistía en seguir un rumbo duro y a veces valeroso, pero carecía de voluntad o audacia para seguirlo hasta el fin. Su sentido del honor y su lealtad a su juramento y a sus aliados, cualidades que deberían haber sido virtudes, le impidieron actuar con decisión en beneficio del interés superior de su pueblo. Aunque estaba bien instruido, tenía una preparación insuficiente para las responsabilidades inmensas que había heredado. Lo que sí que tenía Carlos eran buenas intenciones. Era consciente de la necesidad de reformas internas y estaba dispuesto a trabajar para dejar su impronta en el Gobierno. Es más, anhelaba el fin de las hostilidades. El manifiesto del nuevo emperador tras ascender al trono suscitó grandes esperanzas entre los que estaban cansados de la guerra. Entre los lugares comunes de rigor, había una promesa que Carlos en persona insistió en incluir: «Quiero hacer todo lo posible por desterrar los horrores y sacrificios de la guerra a la mayor brevedad posible y recuperar para mi pueblo las tan añoradas bendiciones de la paz».[7]

La primera labor del nuevo emperador fue asumir el control de sus dominios. Durante los seis primeros meses de su reinado, reemplazó en bloque a todos los consejeros de Francisco José por un equipo más joven. El nuevo ministro presidente de Austria, el conde Heinrich Clam-Martinic, y el ministro de Exteriores común, el conde Ottokar von Czernin, recibieron sus nombramientos el 20 y el 23 de diciembre de 1916, respectivamente. Su elección anunciaba la intención de emprender reformas de largo alcance, pues ambos hombres pertenecían antes de la contienda al Círculo de Belvedere de Francisco Fernando y contribuyeron a planificar la restructuración del Imperio de los Habsburgo a la que aspiraba el heredero del trono. En ese momento, la reforma era más perentoria que nunca, pues el poco manejable sistema dualista obstaculizaba el esfuerzo bélico de la Monarquía, en particular en la distribución efectiva y equitativa de alimentos. De un modo u otro, el cambio era casi inevitable, pues toda ganancia o intercambio de territorios alteraría el delicado equilibrio entre las dos mitades del imperio. Cabe destacar que Carlos refrenó la independencia de los militares y su influencia maligna sobre la política austriaca. A primeros de diciembre asumió el mando supremo en persona, en relevo del archiduque Federico, nombrado por Francisco José. Un mes más tarde, anuló los poderes de gobierno e influencia de los militares en áreas muy a retaguardia del campo de batalla. Conrad von Hötzendorff, el jefe de Estado Mayor cuyos fracasos en el campo de batalla e intervenciones en el interior de la Monarquía habían causado tanto daño a su legitimidad, fue destituido a finales de febrero de 1917. En abril, el cambio de personal se completó con el envío del ministro de la Guerra, Alexander von Krobatin, al frente italiano. El general Arthur Arz von Straussenburg, el nuevo jefe del Estado Mayor General y el sustituto del ministro de la Guerra, el general Rudolf Stöger-Steiner, eran militares sin ambiciones políticas.[8]

Sin embargo, la falta de planificación y las malas decisiones obstaculizaron desde el principio los intentos de Carlos de reformar el sistema dualista. El primer día como emperador cometió su error más grave, al aceptar coronarse de inmediato rey de Hungría, en lugar de esperar los seis meses que le autorizaba la ley. El conde Tisza, ministro presidente de Hungría, actuó con rapidez: visitó a Carlos la mañana después de la muerte de Francisco José y le convenció de que la mejor forma de lograr la paz era por medio de la coronación. En realidad, la verdadera preocupación del maquiavélico ministro presidente era garantizar la integridad territorial y posición de privilegio de Hungría. Hacia 1917, se acumulaban las presiones a

favor de una reforma imperial de fondo, que lo transformara de una tierra basada en territorios históricos a un país donde la nueva legitimidad derivara de la organización en territorios nacionales y puede que federales. En particular, los nacionalistas eslavos del sur —y los croatas en particular— anhelaban la unificación del Reino de Croacia, una de las históricas Tierras de la Corona de San Esteban que constituían la Hungría habsburgo, con los territorios austriacos de Dalmacia y Bosnia-Herzegovina. En una etapa inicial de la guerra, esto podría haberse logrado dentro de la Hungría dualista. Sin embargo, la única circunstancia que lo hubiera hecho políticamente factible, esto es, la compensación y expansión de Austria mediante la anexión de la antigua posesión rusa de la Polonia del Congreso, había quedado descartada por las ambiciones de Alemania y el Estado polaco independiente proclamado por las Potencias Centrales. De igual modo, en 1917 también amenazó a las élites magiares la nueva moda de los nacionalistas checos de exigir la unificación con los eslovacos bajo dominación húngara, que, de hacerse realidad, forzaría una drástica revisión del dualismo y de las fronteras históricas. Con el fin de malograr estos planes, Tisza persuadió de inmediato a Carlos para que jurase la corona húngara, pues con ello obligó al nuevo rey a comprometerse a mantener la integridad de las Tierras de la Corona de San Esteban. La programación de la ceremonia para el 30 de diciembre de 1916 no dio tiempo para imponer una reorganización del sistema dualista antes de que prestara juramento. Después de esto, la reforma era casi imposible, pues no podrían anular la oposición del reaccionario Gobierno de Hungría sin renegar de este compromiso.[9]

Una vez bloqueada la reorganización imperial, Carlos ya solo podía tratar de reestructurar Austria. Sin embargo, el plan inicial de su ejecutivo estaba mal planteado. Todos sus ministros clave eran germano-austriacos —solo asignó a un checo el poco relevante Ministerio de Obras Públicas— y su programa se correspondía con la visión de sus compatriotas nacionalistas para el futuro de Austria. El alemán sería el único idioma de la Administración y las tierras checas históricas quedarían divididas, en beneficio de su minoría germana, en distritos independientes de base étnica. Se garantizaría el dominio germano en el Reichsrat gracias a la retirada de los diputados polacos, una medida justificada por el incremento de la autonomía de Galitzia, y la introducción de nuevos reglamentos que prohibirían el obstruccionismo. Los checos serían una minoría sin poder. Tales medidas, que habrían sido anatema para la mayoría de representantes eslavos de Austria, serían impuestas por decreto imperial, el *Oktroi*. Era predecible que unas

medidas tan parciales, impuestas a un territorio ya resentido por tres años de gobernanza opresiva y no representativa, incitaran un considerable descontento y socavaran aún más la posición de la Monarquía entre sus súbditos eslavos.[10]

La Revolución rusa detuvo la marcha de Carlos por esta desastrosa senda. El nuevo emperador estaba muy preocupado por la agitación en el este. Como escribió el 14 de abril a su aliado, el káiser Guillermo, «estamos combatiendo a un nuevo enemigo, mucho más peligroso que la Entente: la revolución internacional».[11] Temeroso de una rebelión entre su hambriento y cada vez más inquieto pueblo, Carlos trató de darle un mayor control sobre el esfuerzo bélico, una medida que condujo a cambios significativos en ambas mitades del imperio. En Hungría, a finales de abril, presionó a Tisza para que empleara su mayoría partidista en la aprobación de medidas sociales y la ampliación del sufragio. Los políticos de la oposición, conscientes de los ánimos caldeados en el país, en febrero volvieron a presentar en el Parlamento la ley del «derecho de voto para los héroes» que había sido rechazada dos años antes. Subrayó la urgencia de la medida una oleada de huelgas iniciadas ese mes entre mineros, obreros de la metalurgia y personal de ferrocarriles que se prolongó toda la primavera. El Primero de mayo de 1917 las numerosas manifestaciones de los trabajadores y las exigencias de los líderes sindicales de sufragio universal dejaron de manifiesto que el esfuerzo bélico de Hungría no podría sostenerse mucho más tiempo sin hacer alguna concesión a la voluntad popular. Ante la negativa de Tisza a aceptar ninguna dilución significativa del poder de la nobleza magiar con medidas de democracia real, el rey-emperador decidió que el ministro presidente, muy impopular y que había dominado la política magiar durante casi década y media, debía dejar el cargo. El 23 de mayo, a petición de Carlos, Tisza presentó su dimisión.[12] Una semana más tarde, el sistema político de Austria experimentó una transformación aún más fundamental. En abril, impresionado por la revolución de Rusia y los disturbios de hambre en Bohemia, Carlos abandonó el plan de reestructurar la mitad occidental del imperio por decreto. En lugar de ello, rompió drásticamente con el pasado autocrático y trató de restablecer la menguante legitimidad de los Habsburgo con la convocatoria de los representantes parlamentarios de Austria. El 30 de mayo de 1917, por primera vez en más de tres años, el Reichsrat reabrió sus puertas.[13]

En Alemania también crecía la presión a favor de la reforma política. La decisión del canciller Bethmann Hollweg, en el momento del estallido de la contienda, de captar a los socialdemócratas para el esfuerzo nacional y combatir mediante el consentimiento, y no con simple coerción, funcionó mucho mejor que la opresiva dictadura burocrático-castrense de Austria. Sin embargo, tenía un precio. Las declaraciones del káiser, al principio de la *Burgfrieden*, de que ya no veía «partidos […] solo alemanes» y la promesa del canciller de una «nueva orientación de la política interna» inflamaron las esperanzas de que se aboliera el detestado sistema de tres clases de sufragio de Prusia, que daba a los ricos una influencia desproporcionada en las elecciones a la cámara baja del Parlamento estatal.[14] Pese a que el SPD y los sindicatos habían colaborado estrechamente con las autoridades del Reich, estas últimas todavía no habían hecho en la primavera de 1917 ninguna concesión real. La paciencia, como todo lo demás en Alemania, se estaba agotando. El ánimo popular, ya frágil tras las penurias del invierno, se tornó aún más hosco con la noticia de la revolución en Rusia. Como observó a finales de marzo Theodor Wolff, el perspicaz editor del diario liberal *Berliner Tageblatt*, había un resentimiento latente «contra el Gobierno, contra los propietarios de fincas que acumulan comida y no la ceden, contra la guerra, contra el conjunto del régimen».[15]

Incluso el káiser, que poseía una notable capacidad de ver solo lo que quería, reconoció que el ánimo de la población era «peligroso».[16] En un primer momento, las autoridades se ciñeron a la idea de que toda reforma debía postergarse hasta después del fin de la guerra y optaron por una campaña de prensa para contener las ideas peligrosas que llegaban del este revolucionario. Sin embargo, pronto fue evidente que esto sería insuficiente. El moderado y patriótico liderazgo del SPD estaba empeñado en un agrio conflicto con una corriente minoritaria de izquierdas, que criticaba ferozmente la cooperación con las autoridades del Reich, consideraba que el conflicto era una guerra de agresión y que le irritaba que se obviaran sus opiniones e influencia. El partido estaba al borde de la ruptura. El liderazgo necesitaba con urgencia alguna concesión que demostrara a la militancia cada vez más agitada que la política de la *Burgfrieden* beneficiaba a los intereses del proletariado. Con el fin de ejercer presión sobre el Gobierno, el 19 de marzo, Philipp Scheidemann, copresidente parlamentario del SPD, publicó un artículo en *Vorwärts* que señalaba amenazador a Rusia como ejemplo de lo que podía ocurrir cuando se demoraban las reformas.[17] Las autoridades sentían preocupación y la idea de una revolución en Alemania asustaba lo

suficiente a los partidos moderados de clase media, a los progresistas y a algunos nacional-liberales como para respaldar en el Reichstag las exigencias del SPD de una mayor democracia.[18]

Durante todo marzo, el canciller trató de seguir un camino intermedio entre rebatir a los conservadores que negaran la necesidad de cambio político y demorar todo compromiso concreto hasta después del fin de la contienda. Sin embargo, a principios de abril, la inminente declaración de guerra de Estados Unidos cambió de repente su punto de vista. Ante la afirmación del presidente Wilson de que los enemigos de Estados Unidos no era el pueblo germano, sino sus autocráticos mandatarios, era esencial demostrar en el interior y en el extranjero que semejante distinción era una fantasía, que el sistema de gobierno contaba con legitimidad popular y que el país libraba una guerra respaldada por el pueblo. Bethmann recomendó un gesto crucial: la adopción inmediata en el Parlamento de Prusia del voto directo y secreto con sufragio igualitario. Sus colegas del Ministerio prusiano del Interior más reaccionarios se mostraron en desacuerdo y eludieron la proposición. En consecuencia, el káiser, en el «Mensaje de Pascua» a su pueblo el 7 de abril de 1917, anunció reformas que preocupaban a los conservadores, pero que eran demasiado débiles para ganarse a los socialdemócratas escépticos. Se comprometió a ampliar el número de miembros de la Cámara de los Lores de Prusia y, en el caso de la cámara baja, abolir el sufragio de tres clases e introducir elecciones directas y secretas. Lo esencial, no obstante, fue que no hubo promesa de sufragio universal y que las reformas solo se promulgarían «inmediatamente después del fin exitoso de la guerra».[19] Ni un comité creado por el Reichstag el 30 de marzo para considerar la reforma constitucional, ni siquiera la promesa hecha en julio de 1917 por el káiser, a instancias de Bethmann, lograron imponer el voto igualitario en el Parlamento prusiano.[20]

No obstante, el sistema político germano estaba evolucionando con rapidez. En época de paz, el káiser, y el canciller que este nombraba, constituían el centro del poder, pero la necesidad perentoria de garantizar la cooperación de la población en una «guerra del pueblo» hizo que los líderes con un mandato popular pasaran a primer plano. Se empujó a la política alemana en dos direcciones opuestas. De un lado, estaban Hindenburg y Ludendorff, paladines de la autocracia y de la victoria total. Estos ya habían demostrado su predisposición a intervenir en la sociedad y la economía y eran muy conscientes del poder que les otorgaba su celebridad. En varias ocasiones, Hindenburg utilizó la amenaza de dimisión para salirse con la

suya, sabedor de que si la aceptaban se produciría un clamor popular. Ambos tampoco se abstenían de injerir en las prerrogativas del káiser de decidir los nombramientos militares y políticos. Durante su etapa en *Ober Ost*, intrigaron contra Falkenhayn y en el Tercer OHL no dudaron en intentar deponer a Bethmann Hollweg, una vez decidieron que su «falta de resolución» lo hacían inadecuado para el mando. La primera vez que los militares exigieron al káiser la destitución de Bethmann fue el día después de que se decidió, pese a la oposición del canciller, dar inicio a la campaña submarina sin restricciones. Aunque no lo lograron, siguieron insistiendo toda la primavera junto con un grupo de aliados conservadores reunidos en torno a la figura del marginado almirante Tirpitz, antiguo jefe de la Oficina Naval Imperial, y en verano contribuyeron a la caída del canciller. Veían en Hindenburg y Ludendorff a los «hombres fuertes» que anhelaban, no solo capaces de lograr la victoria total, sino también de detener el ascenso de la izquierda política.[21]

La segunda tendencia opuesta, y causa principal de los temores conservadores, era el aumento de la influencia y confianza de la institución representativa más importante de Alemania, el Reichstag, en particular la cooperación sin precedentes entre sus partidos de izquierda y de centro. La potestad de los diputados parlamentarios de votar los créditos de guerra reforzó su importancia. Antes de la guerra, el Reichstag revisaba y votaba los presupuestos, pero los empréstitos de guerra eran diferentes porque se solicitaban muy a menudo —no menos de dieciséis ocasiones hasta febrero de 1919— y porque los votos estaban investidos de un fuerte simbolismo.[22] La *Burgfrieden* quedó sellada por primera vez el 4 de agosto de 1914 con el voto casi unánime a favor de los créditos de guerra y, desde ese momento, la predisposición de los socialdemócratas, que antes de la contienda siempre se habían abstenido en bloque en las votaciones presupuestarias, a apoyar los créditos se consideraba la prueba de la continuidad de la unidad germana. A partir del Tercer Empréstito de guerra, en marzo de 1915, casi un tercio de los 110 diputados del SPD se abstuvo. En el quinto voto, en diciembre, veinte, incluido uno de sus secretarios, Hugo Haase, se opusieron a los créditos y veintidós más se abstuvieron.[23] Sin embargo, el que la mayoría del partido siguiera dando su apoyo contribuyó al mantenimiento de la *Burgfrieden* y sostuvo la aquiescencia de la clase obrera del Reich. En consecuencia, aunque los diputados socialistas, que ocupaban alrededor de un tercio de los 397 escaños del Reichstag, no eran lo bastante numerosos para bloquear los empréstitos, el canciller estaba decidido a mantener la cooperación del SPD y

mostraba una inusual predisposición a escuchar sus puntos de vista, aunque no a aplicarlos.[24]

En el fondo, la mayoría burguesa del Reichstag aspiraba a una victoria total y esperaba obtener ganancias para su país una vez conseguida. En el otoño de 1916 ejerció su influencia: sus diputados siguieron el entusiasmo de sus votantes y restringieron del todo la libertad de acción de Bethmann al urgirle a que tuviera en cuenta los consejos del Tercer OHL acerca de emprender la campaña de *U-Boote*. Tras la primavera de 1917, sin embargo, la opinión mayoritaria de la cámara comenzó a desplazarse a la izquierda. En parte, la Revolución rusa fomentó entre los partidos moderados de clase media una mayor predisposición hacia una reforma democrática inmediata. El gran cambio, sin embargo, llegó en verano, cuando Matthias Erzberger, el influyente diputado del Partido de Centro, comprendió que la campaña submarina no derrotaría a Gran Bretaña. Su discurso en el Comité de Dirección del Reichstag del 6 de julio de 1917 aplastó el argumento de la Marina de que la guerra submarina sin contemplaciones podría funcionar e hizo una propuesta radical. El Reichstag debía tomar la iniciativa y preparar el terreno para una paz de entendimiento con Rusia: «Si, en el Reichstag, una inmensa mayoría, o puede que incluso todos los diputados, se pudieran poner de acuerdo en torno al ideal del 1 de agosto de 1914 […] que libramos una guerra defensiva […] luchamos por una paz de reconciliación que reconoce la constelación de poder que ha surgido de la guerra, una paz que no imponga la opresión de los pueblos ni de las regiones fronterizas […] si el Reichstag pudiera comunicar esto al Gobierno del Reich, esa sería la mejor forma de traer la paz».[25]

El discurso de Erzberger cimentó el giro a la izquierda en el Reichstag, iniciado con la cuestión de la reforma, y desencadenó la crisis política más aguda vivida por Alemania hasta ese momento de la guerra. Ese mismo día, los diputados de centro, progresistas, nacional-liberales y socialdemócratas establecieron un comité interpartidos que acordó la necesidad de sufragio universal en Prusia y un gabinete parlamentario formado por representantes de los partidos y decidió emitir en el Reichstag una declaración de «ni anexiones, ni reparaciones».[26] Fue un momento histórico; el acercamiento del centro, progresistas y socialdemócratas en el comité interpartidos se prolongó durante toda la guerra y ayudó a proporcionar al Reich una base alternativa de autoridad a finales de 1918, una vez que los defensores de la guerra total fracasaron y destruyeron la legitimidad del antiguo régimen.

Scheidemann, líder del SPD, lo consideró, con razón, «el primer paso del Parlamento hacia su independencia».[27]

Sin embargo, a corto plazo, a los moderados del Parlamento les salió el tiro por la culata. La víctima principal de su maniobra fue Bethmann, un hombre que, sin ser ningún pacifista, se oponía a las ambiciones anexionistas ilimitadas de los militares y de los conservadores líderes del Reich. Sus contorsiones para mantener su «política en diagonal», entre las exigencias de la izquierda de cambios domésticos y el deseo de conquista de la derecha, le atrajo la hostilidad de los dos extremos del espectro político. Aunque los nacional-liberales, que no tardaron en abandonar el comité interpartidos, estaban a favor de la victoria total y rechazaban la ambigüedad del canciller, el centro y sus aliados de izquierda lo consideraban un obstáculo para la reforma y la paz. En reacción a las maniobras de los diputados, Bethmann urgió al káiser a emprender reformas. Volvió a exigir la inmediata adopción del sufragio universal y, en una drástica ruptura con el pasado, se mostró dispuesto a invitar a su Gobierno a representantes del Reichstag. Aun así, no logró detener la Resolución de Paz. Esta clara prueba de que ya no podía guiar la opinión moderada y de izquierdas del país y del Reichstag permitió a sus enemigos conservadores y militares darle el empujón final. Hindenburg y Ludendorff amenazaron al káiser con dimitir si no destituía a Bethmann. El 13 de julio, dejó el cargo. Los cancilleres posteriores fueron marionetas del OHL; poco más, en palabras de un diputado de izquierdas, que «un hombre anuncio de la omnipotente camarilla militar», sin interés alguno ni en la reforma ni en una paz negociada.[28]

El 19 de julio, El Reichstag aprobó la resolución a favor de la paz por 212 votos contra 126, con 17 abstenciones. Sin embargo, no era todo lo que su nombre implicaba, ni tampoco lo que anhelaban los socialistas. El llamamiento de Erzberger a favor de «una paz de reconciliación, que reconoce la constelación de poder que ha surgido de la guerra» era tan revelador como poco realista; esperaba, de algún modo, persuadir a los enemigos de Alemania para que aceptaran sus ganancias bélicas, dado que pretendía que el voto galvanizara, no socavase, la voluntad de resistir del pueblo. Menos de veinticuatro horas después del voto, aconsejó al nuevo canciller, el antiguo director de Alimentos de Prusia, Georg Michaelis, que sería posible lograr las minas de Longwy-Briey por medio de un intercambio y que Lituania debería convertirse en un ducado encabezado por Guillermo II. El SPD, que en abril aceptó la fórmula de Petrogrado de una paz, «sin anexiones ni reparaciones» y que se comprometió a «presionar al Gobierno para que rechace con claridad

toda política de conquista», trató de presentar la resolución como el equivalente germano del programa del Consejo de Obreros y Soldados rusos. Tal y como Haase se apresuró a señalar en un discurso crítico, la resolución no contenía nada acerca del derecho de autodeterminación nacional y retorcía o diluía las demandas progresistas de los revolucionarios rusos. Solo se excluyeron «las adquisiciones territoriales logradas por la fuerza y violaciones de la integridad política, económica o financiera», no los Estados satélite sometidos y el imperio no oficial que imaginaba Erzberger. El tono de la resolución era iracundo y nacionalista; criticaba al enemigo por amenazar a «Alemania y a sus aliados con conquistas y violaciones territoriales» y finalizaba con la desafiante proclama de que «el pueblo germano es inconquistable».[29] El nuevo canciller garantizó su completa irrelevancia, pues la aceptó con ambigüedad, «tal y como yo la interpreto». No obstatante, esto bastó para que todas las fuerzas políticas implicadas en la redacción votaran a favor de un nuevo crédito de guerra por valor de 15 000 millones de marcos.[30]

Ir a por todas

Desde el estallido de la Primera Guerra Mundial, el Gobierno germano trató de obtener ventajas. El objetivo primordial de Bethmann Hollweg, tal y como detalló en su programa de septiembre de 1914, «la seguridad del Reich alemán en el oeste y el este, por todo el tiempo concebible», siguió siendo el principio rector de su política exterior, incluso en los días más oscuros. Los planes para asegurar la hegemonía económica o la dominación política eran medios de obtener dicho objetivo, así como de ocultar o justificar aspiraciones agresivas mucho más explícitas. El ascenso del Tercer OHL aportó a los objetivos bélicos del Reich inflexibilidad y una megalomanía aún mayor. Hindenburg y Ludendorff estaban interesados en el poder, no en los derechos. El bloqueo de sus adversarios y sus métodos de combate industrial les enseñó la importancia de consolidar una extensa base de recursos. El Gobierno de *Ober Ost* les proporcionó la experiencia en el control implacable de personas y materiales. No solo estaban centrados en ganar el presente conflicto. Al igual que Bethmann, su visión se extendía hacia el futuro, si bien el mundo que moraban, definido por una perpetua y violenta lucha darwinista

entre Estados, era mucho más siniestro que el del canciller. El principal propósito del OHL, como Ludendorff explicó en septiembre de 1917, era alcanzar «una posición económica y militar que nos permita afrontar sin inquietud otra guerra defensiva».[31]

Incluso en los tenebrosos días de diciembre de 1916, cuando Hindenburg y Ludendorff emplearon la difícil situación estratégica para justificar la jugada desesperada de la guerra submarina sin restricciones, su lista de objetivos para anexionar era formidable.[32] Una vez que el OHL impuso la primacía de los objetivos militares sobre los políticos, y después de que la Revolución rusa presentara nuevas alternativas estratégicas, su ambición se tornó problemática. Bethmann estaba dispuesto a una paz independiente con Rusia, pero también era oportunista y muy reacio a comprometerse con un programa inflexible de objetivos bélicos. En marzo de 1917 le explicó a Czernin que, en caso de una victoria total, preveía anexionar grandes extensiones de territorio de Rusia, pero que las reduciría sustancialmente —quizá por unos reajustes fronterizos favorables al Reich— a cambio de asegurar el fin de las hostilidades en el este.[33] Para Hindenburg y Ludendorff, semejante vaguedad y moderación era inaceptable. En abril de 1917, no contentos con presionar al canciller para que detallara los objetivos oficiales, y arrancarle que diera precedencia a las consideraciones militares por delante de las políticas y económicas, también impusieron al káiser que ordenara a Bethmann la redacción de programas de objetivos de guerra máximos y mínimos, en preparación de una posible paz con la Rusia revolucionaria y de las negociaciones con Austria-Hungría para dividirse el botín de la victoria.[34]

El 23 de abril de 1917, se reunieron en Kreuznach, Renania, Hindenburg y Ludendorff, el canciller, el secretario de Exteriores, Arthur Zimmermann, y el jefe de la sección política del Gobierno General Imperial Alemán de Bélgica con el fin de tratar los objetivos de guerra. La OHL, que en ese momento confiaba en que la campaña submarina pondría a Gran Bretaña de rodillas «en un máximo de 2-3 meses», impuso su concepto de una paz de conquistas extensivas.[35] En el oeste, tal y como exigía el programa de septiembre de 1914, el Reich obtendría la valiosa región minera francesa de Longwy-Briey. En el resto de territorios, no obstante, las exigencias de 1914 habían crecido. Bélgica permanecería «bajo control militar germano hasta que estuviera preparada política y económicamente para una alianza defensiva y ofensiva con Alemania». Lieja y la costa flamenca permanecerían bajo ocupación permanente, o arrendada por un periodo de noventa y nueve años, una exigencia que, se remarcó, era innegociable. La esquina sudeste de Bélgica

pasaría al Reich, Luxemburgo se convertiría en un Estado federal alemán y se planteó la posibilidad de compensar a Francia con una pequeña parte de Bélgica y una franja sin valor de la Alsacia germana. En el este, Alemania adquiriría Curlandia y Lituania, la colonia castrense de Hindenburg y Ludendorff. Se establecerían zonas colchón en la Polonia recién establecida para proteger territorios germanos clave, en particular la Silesia alemana, una región densamente industrializada. También se asegurarían los intereses petrolíferos alemanes en Rumanía. Austria-Hungría recibiría parte de Serbia, Montenegro y Albania, así como territorios rumanos de la Valaquia occidental. Aunque Bethmann añadió una minuta confidencial en la que se negaba a considerar tales objetivos vinculantes en ninguna negociación, estos bastaron para frustrar sus esperanzas de ofrecer a Rusia una fácil paz independiente.[36]

Hindenburg y Ludendorff estaban apostando fuerte. Querían dictar la paz a una Rusia derrotada, no parlamentar, por lo que adoptaron una estrategia para desestabilizar al nuevo régimen ruso y precipitar el caos total. Las autoridades civiles tomaron la trascendental decisión de permitir a Vladímir Ilich Uliánov —Lenin—, el revolucionario radical bolchevique exiliado en Suiza, atravesar el Reich en abril de 1917 con destino a Petrogrado.[37] Los militares se concentraron en hundir a las fuerzas rusas con una campaña de guerra psicológica pionera en el frente oriental. Hasta ese momento, ambos bandos habían arrojado octavillas sobre las líneas enemigas, pero nadie había intentado nada similar a la ofensiva propagandística, muy bien planificada y coordinada, de los alemanes. El ministro de Exteriores eligió los temas que emplear: Alemania deseaba, pero no necesitaba, la paz. El nuevo Gobierno ruso era un títere de Inglaterra, que prolongaría el sufrimiento del pueblo en beneficio de los imperialistas occidentales. El Ejército germano y su aliado habsburgo desarrollaron nuevos e innovadores métodos para propagar tal mensaje. Se envió al frente a oficiales de inteligencia que hablaran ruso para que contactasen con las unidades situadas al otro lado. En Pascua, los comandantes autorizaron un alto el fuego y confraternización en todo el frente para transmitir una impresión de buenas intenciones. Más tarde, se introdujeron técnicas más sutiles. Una de las más efectivas fue la distribución de diarios llenos de información en apariencia fidedigna, pero elegida cuidadosamente con intención de desmoralizar.[38]

Para unos soldados rusos desorientados por la agitación de retaguardia, hambrientos y desesperados por obtener información, y que desconfiaban de los mandos, la propaganda de las Potencias Centrales solo reforzó su

incertidumbre y su esperanza de paz. Las unidades prusianas del frente oriental hablaron con entusiasmo del impacto de la guerra psicológica. La 12.ª División de Infantería, por ejemplo, reportó a mediados de abril que «se está extendiendo la desintegración del Ejército ruso mediante la revolución». Las tropas enemigas se movían libremente por campo abierto, recibían de buen grado las octavillas propagandísticas lanzadas en su dirección, participaban sin problema en treguas de «vive-y-deja-vivir» e incluso confraternizaban.[39] La propaganda de las Potencias Centrales reiteraba el mensaje de la agitación bolchevique en el interior y, con ello, no solo ayudó a erosionar la motivación combativa del Ejército ruso durante el verano, sino que también allanó el camino para el cambio de régimen. El 7 de noviembre, Lenin tomó el poder en Petrogrado. Dos semanas más tarde, transmitió por radiotelégrafo a todas las unidades la orden, pasando por encima de sus comandantes militares, de elegir representantes para las negociaciones de armisticio. Los alemanes interceptaron y trasmitieron a su vez la orden para asegurarse de que llegara a la mayor cantidad posible de unidades de primera línea. A corto plazo, la estrategia de las Potencias Centrales logró un éxito espectacular: el 3 de diciembre de 1917 se entablaron negociaciones de armisticio con un adversario ahora impotente.[40]

La lucha del Tercer OHL por objetivos bélicos maximalistas se ha tildado, con justicia, de militarismo desbocado. Sin embargo, detrás de esta postura había mucha más lógica de lo que los críticos de Ludendorff, los de entonces y los de ahora, están dispuestos a admitir. En 1917, nadie pensaba que el resultado de la guerra estuviera decidido. El inminente desmoronamiento de Rusia mejoró mucho las posibilidades de victoria total de las Potencias Centrales y, aunque el largo plazo parecía sombrío a causa de la entrada en las hostilidades de Estados Unidos, el nuevo beligerante carecía de un gran ejército y tardaría algún tiempo en influir sobre la decisiva guerra terrestre.[41] La insistencia de Ludendorff en que en 1917 no era posible ninguna paz de entendimiento es probable que fuera correcta, al menos en lo que respecta al oeste, pese a que la postura inflexible del OHL reforzara el punto muerto.[42] Los estadounidenses antes de entrar en guerra, los austriacos, los socialistas y el papa habrían fracasado en su intento de arbitrar una paz en 1917 a causa de la distancia entre los objetivos de guerra de los beligerantes y de la firmeza con la que se aferraban a ellos. Aun dejando a un lado los objetivos germanos —e incluso Bethmann, un moderado en comparación con los demás miembros de la élite del Reich, no estaba del todo dispuesto a renunciar a Bélgica y quería anexionar Longwy-Briey—, la paz era muy difícil, pues los

franceses insistían inflexibles en recuperar Alsacia-Lorena, un territorio que había formado parte integral del Reich durante cuatro décadas cuya población no tenía una identidad tan indiscutiblemente francesa como afirmaba la Entente.[43]

Es más, las pretensiones en apariencia moderadas de los franceses ocultaban intenciones agresivas, pues los mandatarios galos codiciaban Alsacia-Lorena, aunque no con las fronteras de 1870, sino con las de 1814 o incluso 1790, que incluían la región del Sarre, de indiscutible etnicidad alemana pero gran valor, por sus extraordinarios recursos industriales y minas de carbón, así como planeaban una prolongada ocupación militar de la orilla izquierda del Rin. Tales aspiraciones, de alto secreto, eran comparables a la intención de Bethmann de tomar Longwy-Briey. Es indudable que los alemanes las conocían, pues, junto con consentimiento galo a que Rusia anexionara las tierras de las fronteras orientales del Reich, en 1917 las filtraron a la opinión pública.[44] No menos amenazadores eran los llamamientos franceses a sus aliados para el establecimiento de un bloque económico autosuficiente y la réplica de la Entente a los intentos de mediación estadounidenses de enero de 1917, que exigían «la liberación de italianos, eslavos, rumanos y checo-eslovacos de la dominación extranjera».[45] Es evidente que los enemigos de Alemania pretendían devolverla a lo que sus estadistas consideraban el «cerco» de preguerra. Querían una Alemania debilitada, con una economía aislada y sin aliados o, como mucho, una Austria-Hungría disminuida y reducida. Ningún ministro del Reich, o ni siquiera los parlamentarios que votaron a favor de la «Resolución de Paz» podrían aceptar algo así. Incluso negociar la devolución de Alsacia-Lorena sería considerado, tanto en Alemania como en el extranjero, la admisión de su derrota, con consecuencias desestabilizadoras para el Gobierno del país.[46]

Los objetivos territoriales del Tercer OHL tenían una escala del todo diferente a las demandas del Gobierno francés. No obstante, como revelaron las deliberaciones de la conferencia de paz de París de 1919 y el Tratado de Versalles, ambas compartían, en cierto modo, la misma concepción de suma cero de las relaciones internacionales: las dos buscaban la seguridad a expensas de su adversario.[47] Dado que Alemania tenía tantos enemigos acérrimos, y que la guerra había expuesto su gran vulnerabilidad económica, sus ganancias, razonaba Ludendorff, deberían ser grandes para garantizar su seguridad. Comprender sus motivos requiere mirar más allá de los cansinos estereotipos del militarismo prusiano o de la personalidad del general. Al fin y al cabo, a principios de 1915, Ludendorff estaba en contra de las grandes

anexiones y el este no era el lugar natural donde Alemania debía ejercer sus ambiciones expansionistas. Es evidente que el decisivo cambio de idea llegó en época de guerra, en respuesta al fracaso de la apuesta de 1914 por una ofensiva rápida y victoriosa y al nuevo conflicto económico introducido por los británicos. Los consternados jefes militares germanos se vieron obligados a reconsiderar la adquisición de materias primas como una necesidad militar. «La importancia en la guerra del carbón, el hierro y los alimentos era conocida antes de la guerra —afirmó Ludendorff en sus memorias—, pero solo el transcurso de las hostilidades demostró a todo el mundo lo absolutamente decisivas que son en realidad».[48]

Otros acontecimientos bélicos perfilaron la expansión de los objetivos militares germanos. Con el objetivo de proteger las preciosas regiones industrializadas fronterizas de Silesia, Lorena, Westfalia y Renania de la artillería de largo alcance y la aviación que se había desarrollado con tanta rapidez durante la contienda, sería necesario la formación de barreras protectoras hechas de territorio enemigo. En Kreuznach en primavera, y de nuevo en el Consejo de la Corona del otoño de 1917, Ludendorff exigió someter a Bélgica a la dependencia económica y política y la adquisición de Lieja, con el argumento de que esto bloquearía la ruta de invasión hacia la región industrial renano-westfaliana.[49] Para la Marina Imperial, la preservación del litoral de Flandes era aún más esencial en vista de la experiencia bélica, para contener mejor futuros bloqueos británicos y facilitar el acceso al Atlántico, lo cual, a su vez, permitiría mantener el contacto con los vastos territorios coloniales que esperaba que obtuviera Alemania.[50]

Aún más importante: Ludendorff comprendió, después de tres años de guerra total, que «el maíz y las patatas son poder, del mismo modo que lo son el carbón y el hierro».[51] El «invierno del nabo» de 1916-1917 reveló que las tierras de cultivo del Reich no bastaban para alimentar a la población. La repuesta de Ludendorff a este problema era tomar un imperio en el este, una solución que Hitler intentó un cuarto de siglo más tarde para convertir la Europa bajo dominación alemana en lo que llamó «el territorio más a prueba de bloqueos del mundo».[52] La experiencia de Ludendorff de explotar *Ober Ost* le convenció de la necesidad de retener ese territorio como granero.[53] Al igual que la franja fronteriza polaca que se pretendía sirviera de protección de la frontera oriental del Reich, la consolidarían mediante el desplazamiento de la población nativa y el asentamiento de soldados-granjeros alemanes. Las autoridades civiles del Reich proponían que 20 000 refugiados germanos de la región de Volhynia, en la Ucrania controlada por los rusos, que habían huido

de los combates y vivían en el Reich, serían los colonos ideales. El pensamiento racial que subyace tras estos proyectos era un presagio de los planes nazis. Los colonos deberían ser un «muro humano» que protegería el Reich y la tierra ocupada serviría, esperaba Ludendorff, de «criadero de personas, que serán necesarias para contiendas futuras» en el este bárbaro y amenazador.[54]

Los austrohúngaros se dejaron llevar por Alemania, aunque con muchas reticencias. El manifiesto del emperador Carlos era sincero: él y su nuevo ministro de Exteriores, Ottokar von Czernin, sentían una profunda inquietud por lo que sería de la Monarquía si no ponían fin con rapidez a las hostilidades. Sin que lo supieran los alemanes, Carlos sondeó la paz con la Entente occidental muy pronto, en diciembre de 1916, utilizando como intermediario a un hermano de su esposa, el príncipe Sixto de Borbón-Parma, oficial del Ejército belga. Hacia febrero de 1917, Carlos estaba en contacto indirecto con altos estadistas franceses, quienes le dieron a entender que no sería posible paz alguna en el oeste si Alemania no entregaba Alsacia-Lorena y restablecía la independencia de Bélgica. Con gran secreto, sin informar siquiera a su ministro de Exteriores, escribió el 24 de marzo una carta, dirigida a Sixto, pero en realidad destinada al presidente de Francia, Raymond Poincaré, en la que se comprometía a apoyar «por todos los medios» las «justas reivindicaciones» de Francia sobre la región germana, aceptaba que Bélgica «debe ser restablecida como Estado soberano» e incluso ofrecía a Serbia acceso al mar si esta prometía abandonar su agitación a favor de la Gran Serbia. Una segunda misiva, en mayo, admitía que la reivindicación italiana del Trentino podría satisfacerse mediante un intercambio de territorio.[55]

Sentenciaron el sondeo de paz de Carlos las mismas razones que frustraron otros intentos: la brecha abierta entre los intereses de los dos bandos y la fortaleza de sus alianzas. El emperador en persona, a pesar de su reputación de hombre de paz, no era mucho menos oportunista que otros estadistas de la Primera Guerra Mundial. Pese a que declaró en enero de 1917 que su primordial objetivo de guerra era «preservar la integridad de la Monarquía», también asumió un programa de máximos que incluía la anexión de la Polonia del Congreso, Montenegro y la Mačva serbia, algún territorio de la frontera transilvana y la sustitución de la dinastía serbia de los Karadjordjević.[56] La iniciativa de Sixto en ningún modo comprometía el objetivo de mínimos de Carlos: pretendía rescatar al imperio de una contienda debilitadora por medio de una paz general que no pagaría Carlos, sino los alemanes. El imperio necesitaba con urgencia una paz rápida y de

compromiso, no solo a causa de su delicada situación interna, sino también porque estaba tan débil que una victoria total germana lo convertiría, *de facto*, en un Estado satélite de su poderoso aliado. Czernin trató de acelerar la paz en el este con la pública renuncia, el 26 de abril, a toda ambición de anexionar territorio ruso. Tanto él como el emperador urgieron a los alemanes a moderar sus objetivos de guerra con la esperanza de lograr una paz independiente con Rusia, o, aún mejor, de poner fin a la conflagración mundial. No obstante, al mismo tiempo siguieron regateando con su aliado el posible botín. En una reunión celebrada los días 17 y 18 de mayo de 1917, Czernin no solo recibió garantías germanas acerca de la integridad del Imperio austrohúngaro, sino que también, a cambio de ceder Polonia tras la guerra, adquirió derechos sobre Rumanía y una esfera de influencia en los Balcanes.[57]

Carlos no tenía poder para convencer a su aliado de que cediera Alsacia-Lorena y tampoco tenía intención de sellar una paz independiente con sus enemigos occidentales. Que recurriera a Sixto demuestra su impotencia. De modo más significativo, su iniciativa también demostró que la intransigencia de la Entente no dejaba espacio para ningún tipo de paz de compromiso en 1917. El enfoque de Carlos era extraordinariamente tentador: concedía a Francia y Gran Bretaña sus principales objetivos de guerra y, aunque afirmó que no buscaba una paz independiente, sus interlocutores esperaban que, con algunos compromisos menores, podrían arrebatarle Austria-Hungría a Alemania. Los franceses estaban muy animados: el presidente Poincaré estaba incluso dispuesto a endulzar el acuerdo ofreciendo a Carlos Silesia y Baviera, separadas de una Alemania derrotada. El primer ministro británico David Lloyd George también mostró su interés. No obstante, cuando contactaron con su aliado italiano, el ministro de Exteriores Sidney Sonnino se negó categóricamente a negociar las enormes ganancias que les prometieron en 1915 a cambio de entrar en guerra. Sin el consentimiento italiano, las negociaciones se estancaron, pues Carlos no estaba dispuesto a ceder el sur del Tirol o ninguna zona de Istria y Dalmacia a un enemigo cuyo esfuerzo bélico y sus ejércitos eran objeto del desprecio del emperador y de sus generales. Gran Bretaña y Francia temían que abandonar a su codicioso aliado perjudicaría su pretensión de combatir en defensa de los tratados internacionales, además de dañar la confianza en la alianza de Serbia, Rumanía y puede que Rusia. Este fue otro de los motivos por los que la maniobra de Sixto no llegó a ninguna parte.[58]

En 1917, las Potencias Centrales eligieron ir a por todas. El ascenso del Tercer OHL endureció y expandió los objetivos oficiales de guerra de

Alemania. Hindenburg y Ludendorff, aunque en realidad tampoco estaban interesados en negociar nada, eran más realistas que muchos otros con respecto a la predisposición de la Entente a alcanzar una paz de compromiso. Con Rusia vacilante y Estados Unidos desprovisto de efectivos de importancia, consideraban que tenían una oportunidad de lograr la victoria total. Los austrohúngaros siguieron con reticencia a sus aliados, sobre todo porque carecían de ninguna alternativa estratégica real. Sin embargo, Ludendorff no calculó bien. Además de subestimar a sus adversarios, en particular a Estados Unidos, también ignoró al pueblo germano. Estos se movilizaron en 1914 para combatir una guerra defensiva, con el fin de proteger lo que Bethmann describió en el Reichstag «la herencia que ganamos en 1870».[59] Puede que Ludendorff considerara sus exigencias los mínimos imprescindibles para una seguridad alemana a perpetuidad, pero estos iban mucho más allá de dicha herencia. Pese a que el Gobierno del Reich tuvo el buen sentido de mantenerlos en secreto, los comentarios eufemísticos de las autoridades de «salvaguardias», «rectificaciones fronterizas» y «una paz honorable para la Patria» incitaron un temor generalizado a que sus mandatarios estuvieran derramando la sangre del pueblo en una innecesaria guerra de conquista.[60] En un momento en que el agotamiento de la población, la menguante legitimidad de los regímenes y los desafíos ideológicos de ultramar fomentaban un anhelo popular grande y creciente por escapar de algún modo al sufrimiento, esto suponía un intenso peligro. Czernin se dio cuenta de la consecuencia probable: «Si *los monarcas* de las Potencias Centrales no son capaces de concluir la paz *en los meses siguientes* —advirtió en un memorando del 12 de abril de 1917, redactado para Carlos y remitido a Guillermo II—, en ese caso, los pueblos la harán por encima de su cabeza y entonces las olas de la revolución barrerán todo aquello por lo que, todavía hoy, siguen combatiendo y muriendo nuestros hermanos e hijos».[61]

La oposición

«Vivimos una época terrible —confió con tristeza a su diario la cracoviana Aleksandra Czechówna, a principios de marzo de 1917—. No nos llega nada en absoluto del fin de la guerra, sino que, por el contrario, cada vez hablan más del hambre que nos amenaza».[62] En todo el centro de Europa el ánimo

de la población estaba bajo mínimos. El desabastecimiento alimentario no cesaba. El agotamiento, la desesperación y la rabia crecían. En el mes de abril, la reducción de la ración de pan y harina desencadenó una serie de disturbios en Austria y Alemania. Las huelgas también se multiplicaron, pues la inflación perjudicaba a todo el mundo. En el Reich, el número de obreros que hicieron paros aumentó en más de medio millón con respecto a los doce meses precedentes: a la conclusión de 1917 alcanzó los 650 000.[63] Tan agria era la atmósfera de Viena que Amalie Seidel, líder del movimiento socialista femenino en la capital de los Habsburgo, se sentía «como si estuviéramos sentados sobre un volcán».[64] Más que ninguna otra cosa, había un creciente anhelo de paz. En Alemania, la población esperaba que los *U-Boote* dieran un fin rápido a la guerra, pero allí, y en Austria mucho antes, las ideas del extranjero, la «paz sin victoria» del presidente Wilson, y la fórmula de Petrogrado de un acuerdo «sin anexiones ni indemnizaciones» atraparon la imaginación de la opinión pública. Los socialistas radicales y los nacionalistas, que ofrecían una forma de huir del horror y nuevos proyectos de futuro, capitalizaron la desconfianza popular hacia los Gobiernos y empezaron a ganar partidarios.[65]

En Austria, la convocatoria del Reichsrat ordenada por el emperador Carlos fue un valeroso intento de apuntalar el Estado y restablecer la legitimidad menguante de la dinastía. La reapertura del Parlamento, el 30 de mayo de 1917, debía señalar el inicio de una nueva relación entre los pueblos habsburgo y su emperador. El monarca esperaba la reconciliación y el apoyo público. En un sentido más escéptico, el retorno a la legalidad y a un sistema más representativo de gobierno también abrió la posibilidad de repartir de modo más amplio las desgracias permanentes de sus dominios. La convocatoria de los diputados reveló este objetivo principal de la reapertura, aunque también las limitadas concesiones políticas que ofrecía: declaró que el Reichsrat «se encargaría de la cuestión alimentaria, así como los asuntos económicos, sociales y financieros surgidos de la guerra».[66] La idea era buena, pero su ejecución indica el grado de desconexión de la realidad del ejecutivo de Carlos. Tres años de represiva dictadura burocrático-militar habían dejado profundas cicatrices psicológicas, desconfianza y rencor, simbolizado por la ausencia de 40 de los 516 miembros en la inauguración del Parlamento porque estaban exiliados o en prisión.[67] Además, el ministro presidente Clam-Martinic distanció a la mayoría de diputados eslavos con su plan de reformar a golpe de decreto el imperio en favor de los germano-austriacos. Su intento posterior de reconciliación, mediante

reuniones organizadas apenas una semana antes de la reapertura del Reichstag, fue en todo punto insuficiente para ganar su buena predisposición. Es asombroso que Carlos y su gabinete, al convocar a los representantes del pueblo, permitieran un foro donde expresar agravios reprimidos desde hacía mucho tiempo, pero sin tener ningún plan para gestionarlos o resolverlos.[68]

La sesión inaugural del Reichsrat estuvo dominada por discursos de los grupos nacionales que ilustraron lo tenue que era en ese momento la lealtad al orden de los Habsburgo. El grupo que causó más impacto fue la Unión Checa (*Českého svazu*), un organismo compuesto por todos los partidos checos excepto dos. Se constituyó en noviembre de 1916 a propuesta del secretario del poderoso Partido Agrario checo (*Agrární strana*), Antonín Švehla, con el objetivo de defender sus intereses nacionales. La mayoría de políticos esperaba que los checos leyeran el mismo discurso que llevaban oyendo en todas las inauguraciones del Reichsrat desde 1879, donde reiteraban que el sistema dualista ignoraba los derechos históricos de Bohemia. En lugar de ello, el mensaje que leyó ante la asamblea František Staněk, secretario de la Unión Checa, fue nuevo e impactante, pues tenía una manifiesta inspiración en las peligrosas ideas que habían desencadenado la Revolución rusa y la entrada en guerra de Estados Unidos:

> Los representantes de la nación checa consideran que el presente sistema dualista ha conducido a la creación de nacionalidades dirigentes y nacionalidades subyugadas, que es perjudicial para los intereses de todas ellas. Por tanto, para eliminar toda injusticia nacional y garantizar el desarrollo general de cada nación, en beneficio del imperio y la dinastía en su conjunto, es necesario transformar la Monarquía Habsburgo-Lorena en una unión federal de Estados nacionales libres e iguales.
>
> En este momento histórico, basados en el derecho natural de las naciones a la autodeterminación y el libre desarrollo, en nuestro caso reforzado por derechos históricos inalienables, exigimos la unificación de todas las ramas de la nación checoslovaca en un Estado democrático, que incluya la rama eslovaca, que habita en una unidad contigua a su madre patria checa.[69]

Desde la perspectiva de las autoridades habsburgo, lo único bueno que podía decirse de este discurso es que, al menos, abogaba por una reforma dentro de los límites de la Monarquía. Algo que no estaba garantizado en absoluto; durante la redacción del texto, hubo acalorados debates en la Unión

Checa acerca de si se debía hacer mención alguna a la Monarquía.[70] Por lo demás, era, sin duda, amenazador en los demás aspectos. El llamamiento al «derecho natural de las naciones a la autodeterminación» se hacía eco tanto del idealismo wilsoniano como de la retórica revolucionaria rusa y mostraba la nueva radicalidad que habían asumido las aspiraciones políticas checas. Las esperanzas de 1914-1915 del líder de los Jóvenes Checos, Karel Kramář, de resucitar el reino checo bajo la protección paneslavista del zar de Rusia —una esperanza solo compartida por una reducida banda de conspiradores— había quedado del todo anticuada. En su lugar, la libertad, la democracia y la autodeterminación, los ideales de 1917 asumidos por el discurso de la Unión Checa, atraían a un grupo mucho más amplio al cuestionar la ideología monárquica y la legitimidad histórica que sostenía a la Monarquía de los Habsburgo. Los checos, si bien no abandonaban del todo sus «derechos de Estado» históricos, daban ahora prioridad a una concepción más moderna de la nación basada en la voluntad popular y en la autodeterminación nacional. Al reclamar no solo las tradicionales tierras checas de Austria, sino también los territorios habitados por los eslovacos, que por derecho histórico pertenecían a la Corona húngara de San Esteban, estaban exigiendo la reconstrucción del conjunto imperial. Si los políticos checos se salían con la suya, el Estado debería reflejar un supuesto «derecho natural de las naciones» y su estructura tendría que definirse por raza.

Con respecto a las formaciones políticas del resto de nacionalidades, tampoco había buenas noticias para el imperio. Los eslavos del sur, que dos meses antes habían establecido una alianza con la Unión Checa, se hicieron eco de sus exigencias. En su visión del futuro, eslovenos, croatas y serbios se unirían «en un Estado autónomo […] gobernado de modo democrático y bajo el cetro de la dinastía Habsburgo». Otros grupos nacionales defendían peticiones en conflicto. Los polacos, antaño firmes partidarios de la Monarquía, se sentían ahora agraviados por el incumplimiento de las promesas que les había hecho el Gobierno en noviembre de 1916 y aspiraban a una Polonia independiente con acceso al mar. Sus pretensiones chocaban con las de los diputados rutenos, quienes querían que Galitzia quedara dividida entre dos Tierras de la Corona, una polaca y otra rutena. Los partidos germanos unificados, horrorizados por lo que supondrían las exigencias checas para sus conciudadanos en Bohemia, se comprometieron a oponerse a las ambiciones federalistas, tanto de la Unión Checa como de los eslavos del sur. La división de los diputados entre grupos nacionales unificados, el antagonismo que los enfrentaba y la naturaleza contradictoria de los

programas que propusieron en esa primera sesión indican lo ingenuo de pensar que el retorno del Reichsrat fuera a traer la reconciliación y la estabilidad a la maltrecha Monarquía. El discurso del emperador Carlos del día siguiente fue demasiado vago en relación con cómo reformar la gobernanza de sus dominios. Su negativa a jurar la constitución austriaca, un intento de no repetir el error cometido con Hungría, solo sirvió para incrementar la inquietud de los diputados. Su ministro presidente tampoco ayudó. Aunque la parálisis entre las nacionalidades era del todo previsible, Clam-Martinic no se dignó a responder a los discursos de sus diputados por dos semanas. Cuando replicó en el Reichsrat, el 12 de junio, tildó los planes de las nacionalidades de irreconciliables y, por tanto, irrealizables. En lugar de ello, enunció una proclama vacua: «El programa de mi Gobierno es Austria».[71]

La reapertura del Reichsrat solo fue la más importante de una serie de medidas de cambio de la forma de gobierno de la Austria en guerra. El ejecutivo, consciente, aunque con retraso, de que la continuidad o la caída del esfuerzo bélico de los Habsburgo residía en la voluntad de sus pueblos, trató de captarlos, a ellos y a sus representantes. En los niveles más superiores esta estrategia fracasó. Ernst von Seidler, sucesor del nefasto Clam-Martinic en el cargo de ministro presidente, trató de reconstruir en agosto el gabinete austriaco con representantes de las nacionalidades, pero ningún parlamentario checo aceptó la invitación. Otros políticos eslavos y socialdemócratas también se negaron a establecer un vínculo tan estrecho con el régimen si no había reformas políticas.[72] Sin embargo, en los escalones más bajos de la jerarquía hubo algunos éxitos de doble filo. Se establecieron dos nuevos ministerios, los de Bienestar Social y Alimentación. El primero tenía particular relevancia, pues empleó los conocimientos y experiencia de los activistas nacionalistas y de las grandes organizaciones de ayuda social que estos habían creado para sus propios pueblos. El Estado pretendía reforzar su legitimidad al asociarse con esas organizaciones populares, así como aliviar de manera más efectiva las penurias de la población. Sin embargo, esto no fue un retorno a la «doble movilización» de 1914 y 1915, pues, aunque se canalizó el sentimiento nacional hacia una contienda imperial, ahora los nacionalistas delimitaban su propio territorio. Los orfanatos y centros de asistencia gestionados por los nacionalistas absorbidos en 1917 por el Ministerio de Bienestar Social estaban estrictamente segregados. La participación de los nacionalistas en la asistencia imperial convirtió los problemas sociales en cuestiones nacionales, lo cual aceleró la disolución de

los ya frágiles vínculos entre pueblos, incluso cuando combatían juntos las privaciones y la miseria.[73]

El nuevo espíritu de gobernanza se manifestó también en un descenso de la represión y los intentos conciliadores del emperador. La conducta del Ejército en el interior había provocado profundas divisiones y, en el verano de 1917, se recortaron sus poderes. El Gobierno revocó la legislación de emergencia que permitía a los militares emitir órdenes a los funcionarios civiles de las Tierras de la Corona y el Reichsrat abolió la jurisdicción de los tribunales castrenses sobre los civiles en el interior. En septiembre, a petición del Reichsrat, se disolvió la hermética Oficina de Supervisión de la Guerra, encargada de gestionar la censura y mantener el orden. El Ministerio de la Guerra asumió sus responsabilidades, aunque la presión de los parlamentarios hizo que la información fluyera con mucha mayor libertad que en momentos anteriores de la contienda.[74] La medida más controvertida fue la amnistía del emperador Carlos a todos los crímenes políticos, promulgada el 2 de julio. Karel Kramář, Václav Klofáč y alrededor de un millar de presos checos más fueron puestos en libertad. Pese a ello, al igual que pasó con la reapertura del Reichsrat, no todos los impactos que tuvieron estas medidas eran los que buscaban Carlos o su ejecutivo. Limitar las capacidades represivas del Estado en un momento de descontento popular era peligroso, en particular debido a que la amnistía no suscitó entre los nacionalistas checos la buena predisposición esperada. Se permitió volver a la sociedad tanto a inocentes como a enemigos acérrimos de la dinastía. La opinión germano-austriaca quedó escandalizada. Además, la autoridad estatal quedó afectada. La amnistía era una admisión implícita de la injusticia de buena parte de la represión del pasado y los debates parlamentarios que acompañaron las reformas judiciales revelaron lo muy violenta que había sido la conducta de los militares en Galitzia y en el frente serbio en 1914 y en 1915.[75]

Hacia 1917, los políticos de las diversas nacionalidades del imperio eran reacios a asociarse con el régimen de los Habsburgo. Pero ¿hasta dónde llegaba el distanciamiento de los pueblos? El caso checo es el más interesante. Los checos, gente instruida, industrializada, con enérgicos políticos nacionalistas, tanto en el interior como en el exilio, durante la guerra fueron acusados con frecuencia de traición y empleados como chivos expiatorios de las debacles militares. Y, sin embargo, eran fundamentales para la continuación de la existencia del Estado habsburgo. Por desgracia, su intelectualidad ya había avanzado mucho por la senda del divorcio con ese Estado. Gracias a Jaroslav Kvapil, dramaturgo y director del Teatro Nacional

de Praga, la intelectualidad desempeñó un papel principal al animar a los políticos checos a presentar su contundente declaración en la sesión inaugural del Reichsrat. Kvapil estaba en contacto con exiliados que trabajaban en occidente para ganar apoyos para la causa nacional checa y derribar la Monarquía. Con su sentido del tiempo escénico, consideró que la revolución de Rusia y la entrada en la guerra de Estados Unidos habían creado el momento propicio para un gesto efectista. En consecuencia, organizó un «manifiesto de autores checos» firmado por 222 destacados hombres de letras, el primero de los cuales era un autor de novelas históricas de inmensa popularidad, Alois Jirásek. A las autoridades militares se les escapó por completo la relevancia de este paso y, para asombro de todos los implicados, permitieron su publicación, el 17 de mayo, en el diario agrario *Večer*. Causó conmoción al instante. Advertía de que «una Europa democrática, compuesta por Estados autónomos y libres es la Europa del futuro», urgió a los diputados a exigir el fin de las políticas represivas del Gobierno y los conminó a promover «los derechos y las *desiderata* de los checos» en una época en la que «el destino de los checos va a quedar sellado por siglos».[76]

Las lealtades de la población de habla checa del núcleo bohemio de la nación son más difíciles de determinar. La correspondencia privada recopilada por los censores imperiales atestigua un elevado estado de conciencia nacional en el interior de la comunidad a principios de 1917. Si bien las ideas de autonomía checa eran populares, solo entre una pequeña minoría, en su mayor parte de clase media o intelectuales, se promovía de forma activa la plena independencia.[77] No obstante, la ira y el rencor eran generalizados e iban en ascenso. Bohemia estaba agitada en la primavera de 1917. No había suficiente comida, ni tampoco, consecuencia de lo primero, bastante carbón. En marzo, los mineros del noroeste de las Tierras de la Corona estaban tan mal alimentados y exhaustos que la producción cayó a apenas un 75 por ciento de lo habitual y algunos pozos tuvieron que cerrar. La población respondió con disturbios y huelgas. En Praga, estas últimas comenzaron en febrero, pero muy pronto las manifestaciones agitaron a otras ciudades, en particular desde mediados de abril, cuando las patatas desaparecieron del mercado y se redujo la ración de pan.[78] Los disidentes hicieron todo lo posible por canalizar la ira de las preocupaciones cotidianas de la supervivencia hacia las demandas políticas. La policía reportó pintadas en las calles que exigían un Estado bohemio independiente.[79] En las localidades se colgaban carteles subversivos. Uno que apareció en el distrito

de clase trabajadora de Uhříněves, en los arrabales de Praga, ofrecía a los lectores las siguientes y detalladas instrucciones:

> ¡Al pueblo checo! Una de las principales misiones de los Estados de la Entente es la liberación de checos y eslovacos del dominio extranjero. Es el anhelo de nueve décimas partes de los checos. Tras la victoria de los Estados de la Entente, las tierras bohemias dejarán la unión de Austria y con ellas se formará un Estado checo […] Así pues, tengan presente: 1. Ni un héller para empréstitos de guerra u otras colectas imperiales. 2. No apoyen la guerra. 3. No crean los diarios; mienten […] 4. Grite: «¡Arriba los Estados de la Entente!» y «¡Abajo Austria!».[80]

Este tipo de propaganda de individuos desafectos tenía escasa repercusión. Sin embargo, en el contexto de la Revolución rusa, la entrada de Estados Unidos en la guerra y la reunión del Reichsrat, las manifestaciones no tardaron en adquirir abiertos objetivos políticos. El 30 de mayo, el día de la reapertura del Parlamento, 6000 obreros industriales se declararon en huelga en Praga. Las autoridades la denominaron «manifestación de paz», pero los jóvenes obreros tenían otros objetivos. Su primera exigencia era la liberación del secretario de los nacionalsocialistas checos, el desafecto Václav Klofáč. En época de paz, los nacionalsocialistas apenas lograban atraer el 7 por ciento del voto checo, pero el comportamiento de esta masa de trabajadores no dejaba ninguna duda de que compartían la feroz postura anti-Habsburgo de ese partido. Muchos censuraron a voces la Monarquía y dieron vivas al exiliado checo de la guerra más destacado, Tomáš Masaryk, del Partido Realista y a la independencia. Otros obreros entonaron el himno paneslavo, *Hej Slované* [Oigan, eslavos], con una estrofa modificada: «Los rusos están con nosotros y Francia nos ayuda».[81]

Los obreros industriales checos, hambrientos y furiosos, no monopolizaban el desprecio al Gobierno de los Habsburgo. Las privaciones extremas y la total falta de fe en el liderazgo, de hecho, eran más bien universales, no solo en Bohemia, sino por todo el imperio. En el corazón, Viena, una cáustica broma acerca de la célebre veleta de la catedral de la ciudad retrataba el desencanto general:

> Un soldado alemán camina por las inmediaciones de la catedral de San Esteban. Le pregunta a un policía: «¿Eso es una iglesia católica?». Cuando le dice que sí, expresa su sorpresa de que sobre la

torre haya una veleta con un gallo, no una cruz. El policía le responde: «Así es como funcionan por aquí las cosas. ¡Siempre tenemos encima a un estúpido animal y esa es nuestra cruz!».[82]

Sin embargo, el descontento con los mandatarios no producía de forma inevitable demandas de independencia. Incluso en las tierras checas corrían rumores nostálgicos de que el emperador pronto llegaría a Praga a hacerse coronar rey de Bohemia, una antigua exigencia checa, o que residiría en el castillo de Praga hasta que su esposa diera a luz a un hijo. Historias que atestiguan un afecto latente hacia la dinastía.[83] Puede que algunos checos asumieran la creencia, popular entre los germano-austriacos, de que Carlos no era consciente de los abusos en sus dominios. De manera más significativa, el odio hacia los alemanes del Reich libró a los Habsburgo de alguna fuerte crítica. La agresividad de los alemanes no parecía tener límites. Los acusaban de impedir la paz y algunos checos estaban convencidos de que planeaban invadir Bohemia. Al káiser Guillermo lo consideraban un demente. Una de las historias más extravagantes de las que circulaban por Praga en el verano de 1917 era que la agitación obrera obligó al káiser a huir del Reich y que se ocultaba en un manicomio en Bohemia, donde le entregaban el correo por medio de un zepelín.[84]

Las penurias materiales se prolongaron durante el verano y el otoño. A primeros de agosto, el suministro alimentario de Bohemia se desplomó casi por completo. Ya no solo escaseaba la venta de pan o carne; también faltaban patatas, fruta o verduras. La recogida de la cosecha supuso un respiro temporal, pero en octubre volvió la crisis de suministro. Paradójicamente, la causa fue la mayor victoria de la guerra del Ejército de los Habsburgo, la ofensiva de Caporetto, en la cual se capturó a más de 250 000 soldados italianos. La logística de esta operación austrogermana requirió más de la mitad del material rodante del imperio, lo cual dejó un número insuficiente de vagones para abastecer de comida a las ciudades.[85] Tal y como confirmaban los informes de moral, a nadie le importaba la victoria; la pugna por sobrevivir era mucho más perentoria. Había grandes huelgas. Para imponer disciplina en las fábricas de armamento, las autoridades pusieron a los trabajadores bajo la ley marcial; no obstante, esto empeoró la agitación, pues 30 000 obreros de la importante fábrica de armas de Škoda en Plzeň —también conocida por su nombre alemán de Pilsen— hicieron un paro a finales de junio. Se restableció el orden, aunque la población checa se había aislado sin remedio. El líder socialdemócrata checo Bohumír Šmeral, uno de los pocos que todavía creía en reformar el imperio, supo en agosto que había

perdido el debate. El pueblo, manifestó, ha adoptado «un entusiasmo místico-religioso por la independencia». Alrededor del 95 por ciento aprobaba los intentos de Masaryk de persuadir a la Entente de que apoyara abiertamente la creación de un Estado checoslovaco.[86] Los servicios de seguridad de los Habsburgo también lo creían. Hacia diciembre, el Mando Militar de Praga reportaba con inquietud que el «antagonismo nacional […] ha subido de forma alarmante, la lealtad al conjunto de Austria se ha hundido a mínimos y el estado de ánimo, en consecuencia, es pésimo».[87]

El resto de nacionalidades del imperio también se estaba separando del Estado de los Habsburgo. Un estudio de cartas de militares y civiles a finales de 1917 detectó en ellas un ánimo revolucionario y un profundo distanciamiento. Entre los autores que hablaban de cuestiones nacionales, una minoría del 40 por ciento, o apenas un 28 si se excluyen húngaros y austrogermanos, seguía expresando lealtad a la Monarquía.[88] Fue la opinión popular checa la que se transformó de forma más clara y rápida en acciones políticas. Los representantes populares de la Unión Checa sentían el ánimo rebelde de las calles y, en marcado contraste con el inicio del año, cuando, a insistencia de Czernin, denunciaron las pretensiones de la Entente de ser los libertadores de los «checo eslovacos», ahora se distanciaban del régimen de los Habsburgo. La declaración de la apertura del Reichstag, en mayo, fue solo un primer paso. Durante el verano, los nacionalistas radicales checos se hicieron con el poder en la Unión, que, con la ayuda de los conspiradores de la *Maffie* de Masaryk lograron evitar que el grupo participara en el subcomité de asesoramiento del Reichsrat para la reforma constitucional. Finalmente, con la Declaración de Epifanía del 6 de enero de 1918, la Unión alcanzó un nuevo nivel de desafío y se dio un significativo paso en la lucha por lograr el reconocimiento de la Entente de las aspiraciones nacionales checas. Al contrario que el discurso de mayo de 1917 en el Reichsrat, esta no hizo mención alguna a un futuro bajo los Habsburgo. Al contrario, los diputados checos se hicieron eco de modo aún más explícito del lenguaje del presidente Wilson. Afirmaban formar parte de las «naciones democráticas del mundo» y reafirmaron el derecho de su pueblo «a una vida nacional libre y a la autodeterminación de las naciones». Tales ideales, remarcaron, «deben ser la base de la futura legislación internacional». Cuando el ministro presidente austriaco tuvo noticia de la proclamación, la tachó irritado de «psicosis de guerra». En realidad, estas peligrosas ideas empezaban ya a perfilar el futuro de Centroeuropa.[89]

En Alemania, el ánimo de la opinión pública en la primera mitad de 1917 estaba algo menos deprimido que en Austria. El desabastecimiento era catastrófico, pero nunca descendió a los niveles del otro lado de la frontera. El frente occidental aguantaba con solidez. En primavera, los germanos lograron detener la operación británica en Arrás tras una sangrienta lucha y aplastaron sin mayor problema el ataque en el Chemin des Dames, una ofensiva que se pretendía decisiva, liderada por el nuevo comandante francés, el general Robert Nivelle. Los *U-Boote* todavía parecían ofrecer la promesa de una rápida victoria. No obstante, el pueblo alemán soportaba una pesada carga de sacrificio. El Ejército había perdido 1,6 millones de muertos o desaparecidos, además de 2,8 millones de heridos.[90] En el interior, el suministro alimentario alcanzó su punto más bajo en verano, con una ración oficial de apenas 1100 calorías. Todo material de valor, desde trapos a grasa lubricante, se requisaba para la campaña de rearme de Hindenburg. A partir de mediados de año, llegó incluso a las campanas de las iglesias, una medida que causó tristeza por doquier y cierta resistencia violenta en las piadosas tierras de la frontera oriental del Reich.[91] La mayoría de los alemanes todavía no estaba dispuesta a poner fin a la contienda a cualquier precio, aunque la moral era muy frágil y el ambiente estaba enrarecido. Los comandantes de los distritos interiores advertían de que «el anhelo de paz generalizado se expande entre todos los estratos de la población».[92] El Tercer OHL ignoró por su cuenta y riesgo a la opinión pública. La población, como explicó con sagacidad otro informe militar, «no tenía intención de continuar la guerra para lograr exagerados objetivos bélicos. Desde las clases más bajas hasta algunos segmentos de la burguesía, rechazan en particular tales objetivos de guerra».[93]

El descontento provocado por las penurias materiales, la controversia por la reforma política y las disputas por los objetivos de guerra, todo ello inflamado por la Revolución rusa, alimentó la oposición y el radicalismo izquierdista. La política de la dirección del SPD de apoyar la contienda y cooperar con el Gobierno chocó, ya desde 1916, con una creciente contestación interna. Se intentó acallar la voz de esta minoría que retaba a los líderes del partido, aunque esto solo logró enfurecerlos aún más. La dirección, o los socialistas cercanos a esta, lograron, en connivencia con los militares, hacer que sus adversarios antibelicistas fueran movilizados y arrebataron a la corriente minoritaria el control de la prensa del partido, incluido el principal diario de Berlín, *Vorwärts*. A principios de 1917, tras agrias recriminaciones mutuas, la minoría fue expulsada. En abril fundaron su propio partido, denominado, con toda la intención, Partido Social Demócrata Independiente

(*Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, USPD). Hugo Haase y Georg Ledebour eran sus secretarios. La nueva organización se llevó a 17 diputados socialistas del Reichstag y a 57 de las 357 organizaciones electorales de distrito del SPD mayoritario. Sus miembros eran muy diversos. Solo les unía su oposición a la guerra y al Gobierno. La dirección central estaba dominada por hombres como Haase, contrarios a la contienda, comprometidos con el socialismo internacionalista y que pensaban que el SPD se había vendido. Había veteranos socialistas como Eduard Bernstein y Karl Kautsky que hubieran preferido seguir siendo la voz de la oposición dentro del partido principal. En la extrema izquierda del USPD estaban los espartaquistas, genuinos revolucionarios que tomaron el nombre del esclavo que lideró la célebre revuelta contra los romanos. Sus líderes más conocidos, Karl Liebknecht —el primer diputado socialista que votó en contra de los créditos de guerra— y Rosa Luxemburgo, estaban en prisión. Eran un grupo muy reducido, pero habían sido casi los únicos en oponerse a la guerra y al Gobierno abiertamente y, en consecuencia, habían adquirido una fama que escondía su debilidad.[94]

Muchos proletarios alemanes estaban entusiasmados por la Revolución rusa y los cambios que introdujo la guerra en la economía nacional aceleraron el proceso de distanciamiento. El Programa Hindenburg cerró numerosas pequeñas empresas en aras de la eficiencia, lo cual dejó grandes compañías impersonales en las que las relaciones entre trabajadores y patronos eran distantes o antagónicas. La afluencia de jóvenes varones, que se convirtieron en obreros muy cualificados, acentuó el cambio hacia la militancia obrera. Estos nuevos trabajadores solían estar empleados lejos de la influencia estabilizadora de su familia y, al igual que la masa de obreros no cualificados que entró en las factorías de armamento, carecían de la arraigada disciplina y del respeto de sus antiguos colegas hacia el SPD y los sindicatos. En la industria metalúrgica berlinesa surgió un nuevo poder: los representantes sindicales revolucionarios de Richard Müller. Estos radicales de organización extraoficial influían sobre millares de torneros muy cualificados e indispensables para la economía bélica, mientras que los otros obreros del sector del metal estaban en el ala izquierda del USPD. Si bien el nuevo partido apenas atrajo a una minoría de diputados parlamentarios de su partido de origen, gracias a los cambios estructurales su militancia estaba casi igualada: 120 000 miembros, ante los 150 000 del SPD en el otoño de 1917. Junto con las constantes carestías del «invierno del nabo» y el impacto de la Revolución rusa, la composición más militante de la nueva fuerza laboral y de

sus líderes también explica en parte el incremento de huelgas en los dos últimos años de la contienda. Las dos más grandes y politizadas fueron las de Berlín y Leipzig en abril de 1917 y la huelga por la paz de enero de 1918, que conmocionó a Austria y Alemania.[95]

La chispa que hizo estallar las huelgas de abril de 1917, en las que participaron 300 000 obreros, fue la reducción de la ración de pan. En Berlín, las manifestaciones organizadas del 16 de abril, bajo supervisión sindical, se limitaron a protestar por la falta de comida, si bien también se exigió, con éxito, la puesta en libertad de Richard Müller, que había sido arrestado unos días antes. Sin embargo, en el paro espontáneo que empezó en Leipzig los trabajadores presentaron exigencias abiertamente políticas, que los descontentos obreros berlineses también adoptaron durante los días siguientes. No se limitaban a pedir mejores raciones, sino también la introducción del sufragio universal e igualitario, el compromiso del Gobierno de su predisposición a firmar una paz sin anexiones, la anulación de las leyes de Estado de Sitio, de Servicios Auxiliares y de todas las restricciones contra la prensa y el derecho de reunión. También pedían la liberación de presos políticos. La inspiración de los alzamientos del este es evidente en los panfletos revolucionarios en circulación:

> ¡Trabajadores! Nuestros hermanos, el proletariado ruso, estaban en la misma situación hace cuatro semanas. Sabemos lo que ocurrió en Rusia: la gente trabajadora se alzó y no se limitó a imponer la regulación de la cuestión alimentaria. También obtuvo algo mucho más importante: ganaron la libertad, algo con lo que el obrero alemán aún no se atreve a soñar.
>
> ¿Vamos a seguir aguantando con paciencia la vieja miseria, la explotación, el hambre y el asesinato en masa […] la causa de toda nuestra penuria y sufrimiento? ¡No! ¡No y mil veces no! Abandonad los talleres y fábricas […] ¡Sed conscientes de vuestro poder! ¡Abajo la guerra! ¡Abajo el Gobierno! ¡Paz! ¡Libertad! ¡Pan![96]

La aparición en Leipzig de un consejo de obreros que dirigía la huelga también estaba inspirada en el ejemplo ruso. La escala de los paros era amenazadora, como también lo era el papel de los diputados del USPD, que persuadieron a los berlineses para que adoptaran las demandas politizadas de sus camaradas de Sajonia. No obstante, no debe exagerarse el potencial revolucionario de las huelgas. Su duración fue breve, pues apenas se mantuvieron tres días en Leipzig y una semana en Berlín. Para la mayoría de

los participantes, los principales agravios eran económicos. En Leipzig, donde en un principio parecía que la huelga era más radical, a los obreros se les apaciguó con facilidad con la reducción de la semana laboral a 52 horas y un aumento de sueldo.[97]

Aun así, el general Groener de la Oficina Suprema de Guerra estaba indignado. Estaba decidido a no tolerar ningún desafío contra la autoridad castrense y quiso llamar a filas a 4000 huelguistas como castigo, pero los dueños de las fábricas se lo impidieron, pues temían perder mano de obra cualificada. El general reconoció la necesidad de mantener buenas relaciones con el SPD y los sindicatos, que eran cruciales para contener la agitación obrera.[98] Aprovechando la reputación de ecuánime que se había ganado entre los trabajadores, criticó a los industriales que ignoraban los aspectos de la Ley de Servicios Auxiliares que no les gustaban, así como a los obreros huelguistas. Fue inteligente al aconsejar a los generales de los distritos militares del interior que hicieran una distinción muy clara entre el SPD mayoritario y los socialistas independientes, a los que atribuía la politización. En Berlín, militarizaron a los trabajadores de ciertas factorías que se mostraban particularmente reacios y a los obreros se les advirtió de que, si no volvían al trabajo, serían movilizados, sometidos a disciplina castrense y obligados a trabajar a cambio de la paga, muy inferior, de los soldados. Groener, en una conversación privada con Haase, amenazó con sacar efectivos a reprimir las manifestaciones del Primero de Mayo; al final de la reunión, el socialista independiente aceptó contener a los miembros más radicales de su partido. Además de a la coerción, las autoridades también trataron de apelar al patriotismo y a la conciencia social de los obreros. Un llamamiento de Hindenburg les previno de que todo descenso de la producción de material de guerra a causa de las huelgas era «un debilitamiento irresponsable de nuestra fuerza defensiva y […] un pecado imperdonable contra el Ejército, en particular contra el hombre de la trinchera, que vertería su sangre por ello».[99]

A pesar de los intentos de apaciguar a la fuerza laboral, el verano de 1917 fue muy turbulento. Estallaron huelgas en la región industrial del Ruhr y en las minas de carbón de la Alta Silesia. En Colonia, a primeros de julio, 30 000 obreros metalúrgicos se declararon en huelga; exigían una semana de 51 horas y más paga. El OHL estaba cada vez más inquieto. A mediados de agosto, Groener fue destituido. Ludendorff no veía con buenos ojos su conciliación con los sindicatos y Groener había hecho muchos enemigos entre los grandes empresarios, que estaban en posición de influir al OHL, por tratar de limitar

sus beneficios.[100] Ludendorff, junto con el Gobierno prusiano y numerosos comandantes de distritos interiores, no interpretó la agitación como un indicador del sufrimiento creciente de la sociedad germana. Al contrario, se convencieron a sí mismos de que era fruto de la agitación de traidores y agentes enemigos. Una circular remitida en julio de 1917 por el Ministerio prusiano del Interior especifica este argumento:

> Varios disturbios recientes provocados por la escasez de comida siguen una pauta muy parecida. Paros simultáneos en complejos industriales muy alejados entre sí, a veces a una señal precisa, muchedumbres de manifestantes que se reúnen en un punto claramente predeterminado, la presentación casi por doquier de exigencias idénticas. En caso de amenaza de intervención policial, en todas partes se ponen en primera fila mujeres, jóvenes y niños con la obvia esperanza de que, de este modo, la policía o el ejército no utilicen las medidas más drásticas […] La velocidad con la que la multitud, en la mayoría de los lugares, corre por las calles y el hecho de que haya saqueos de tiendas de alimentos y de otros artículos también apunta a intenciones similares.
>
> Todas esas circunstancias no dejan apenas dudas de que nos enfrentamos a manifestaciones y algaradas propagadas con gran cuidado y transmitidas de boca en boca. No son simples expresiones espontáneas de indignación por el empeoramiento de la crisis alimentaria, sino que, en parte, se deben atribuir a la agitación secreta de alborotadores sin escrúpulos, que debemos buscar entre las filas de los partidarios de la Social Democracia radical, o puede que agentes a sueldo de nuestro enemigo o de sus esbirros.[101]

Los funcionarios, cada vez más nerviosos, se dejaron llevar por fantasías como las del principio de la guerra. Los ansiosos comandantes del interior imaginaban una hueste de enemigos. Ludendorff, puede que pensando en la protección que el Reich había prestado a Lenin, temía que los agentes enemigos reclutaran a socialistas radicales y pacifistas en el interior de Alemania: «En particular desde la entrada de Estados Unidos en la guerra —advirtió— ha podido observarse una ambiciosa acción coordinada».[102] Mormones y adventistas del Séptimo Día suscitaban particulares sospechas. No obstante, en la mente de las autoridades, los agentes subversivos podían adoptar cualquier forma, como advirtió un jefe de distrito: «Llevan a cabo sus actividades traicioneras haciéndose pasar por ciudadanos burgueses,

agitadores políticos, sí, incluso bajo la máscara del soldado de gris campaña».[103] Una manera de pensar peligrosa, pues ampliaba la brecha entre los dirigentes y el pueblo. La paranoia de los mandos superiores y de los altos funcionarios civiles les hacía ver a sus conciudadanos como agitadores en potencia. Es más, su interpretación de las huelgas y protestas como el producto de la subversión los animó a obviar los verdaderos agravios y a tildar a quienes los expresaran de traidores a la patria, ya fuera por propia voluntad o de forma inadvertida.

El OHL no solo temía los desórdenes de motivación política en el frente interior. Le preocupaba aún más que una agitación de similares características socavara la disciplina y el rendimiento del Ejército. El 25 de julio de 1917 se emitió una histérica orden que advertía de la entrada de la propaganda política en las fuerzas armadas, «desde los sectores más diversos». A los socialistas independientes, en particular, se les acusaba de «ejecutar […] actividad subversiva muy dañina para la disciplina de la tropa». Los mandos también temían las ideas peligrosas del oeste. Conscientes del daño que su propaganda estaba causando a los rusos en el frente oriental, en abril, el OHL intentó evitar que los aliados acometieran una campaña comparable en el oeste; anunció que todo piloto enemigo derribado mientras lanzaba octavillas de propaganda sería sometido a consejo de guerra por actuar en contra de las leyes de la guerra.[104] Exacerbó su nerviosismo el dato de que, desde el Somme, la moral del Ejército se había tornado más frágil. La deserción se triplicó con respecto a la tasa de 1916. Finalizado el año, había alcanzado a unos 20 000 hombres. A partir del verano, una sucesión de pequeños motines, indisciplinas y pánicos obstaculizaron a las unidades que combatían en el frente occidental.[105] Existen ciertas evidencias de que el descontento de la tropa tenía un tono izquierdista. Los censores de la correspondencia reportaron quejas de que «todo el Estado no es más que una herramienta del capitalismo y sus explotadores».[106] Por todo el frente se propagó una cancioncilla de resentimiento:

> No combatimos por la patria.
> No combatimos por Dios.
> Combatimos por los ricos.
> A los pobres los disparan.[107]

Llegó incluso a rumorearse que los hombres de permiso y los heridos en los hospitales hablaban de «revolución», aunque solo después de haber derrotado al enemigo.[108] Su actitud es reveladora: su predisposición a

defender país y hogar contra el enemigo externo todavía tenía precedencia en relación con la lucha de clases y limitaba el alcance de la propaganda revolucionaria socialista en el ejército del oeste. La causa del descenso moral y la indisciplina no era la desafección política, sino el agotamiento creciente y la tensión de combatir a un enemigo con superioridad material.[109]

En la Marina se daban más evidencias de subversión política. El 2 de agosto de 1917 hubo un motín que afectó sobre todo a los acorazados Prinzregent Luitpold y Friedrich der Grosse, que los mandos de la Marina Imperial trataron como una insurrección revolucionaria. A su conclusión, los tribunales castrenses dictaron diez sentencias de muerte, dos de las cuales fueron ejecutadas, y penas de prisión que sumaban más de 360 años. Los dos conspiradores ajusticiados, el carbonero Albin Köbis y el marinero Max Reichpietsch, pretendían organizar una huelga de toda la flota para exigir la paz. Reichpietsch, militante del USPD, era un fantasioso que se había convencido de que el partido le había encargado la formación de un movimiento subversivo en la Armada. Se dedicó a distribuir diarios y panfletos del USPD y fomentar el debate entre la marinería del Friedrich der Grosse. También organizó una lista de firmas en apoyo de los trabajos del USPD en la conferencia socialista internacional de Estocolmo a favor de una paz sin anexiones o indemnizaciones. Alrededor de 5000 marineros firmaron.

Pese a ello, no debe exagerarse el potencial revolucionario de la flota en el verano de 1917. Como escribió en la época un marinero en su diario, aunque el espíritu rebelde de sus camaradas debía algo a los «acontecimientos de Rusia […] todavía queda mucho por hacer para justificar esa comparación».[110] La rabia por las condiciones de servicio, no la alienación política, motivaba la insubordinación en la flota. Los marineros de los acorazados estaban más distanciados de los mandos que el personal de submarinos y los soldados de primera línea. Su servicio les parecía inútil, pues el choque contra los británicos en Jutlandia no había cambiado nada y la Flota de Alta Mar no operaba desde octubre de 1916. El principal punto de fricción entre rangos era la comida, mucho peor que el Ejército. El rancho de las dotaciones de acorazados era miserable, mientras que sus superiores todavía comían bien. La Armada postergó durante seis meses aplicar el ejemplo del Ejército e introducir comisiones de revisión del rancho y, aun así, muchos capitanes ignoraron la orden. El verano de 1917 hubo huelgas en varios acorazados, en los que la marinería puso a prueba los límites de la autoridad e intentó, con bastante éxito, reafirmar sus derechos. El «motín» del 2 de agosto que desencadenó por fin la ira de la Armada fue un asunto limitado, no muy

diferente a esos primeros paros. Seiscientos hombres del Prinzregent Luitpold abandonaron el buque y planeaban pasar tres horas en la taberna en una moderada protesta por el arresto de uno de sus camaradas por saltarse el servicio el día antes de que se cancelara una salida. Sin embargo, a pesar de los modestos objetivos de la huelga, esta no dejó de tener impacto político. En el Reichstag, el intento del canciller Michaelis de censurar al USPD por los paros se topó con la firme oposición de la mayoría de centro e izquierda del Parlamento, que consideraron este gesto un ataque a la inmunidad de los diputados. En un nuevo ejemplo del poder de la cámara, su hostilidad forzó la dimisión de Michaelis el 31 de octubre de 1917. Lo sustituyó Georg von Hertling, político del Partido de Centro de Baviera de 74 años. Su larga carrera en el Reichstag y en el Gobierno bávaro, y la decisión de consultar a los líderes de partido antes de nombrarlo, parecía señalar un nuevo paso en dirección a una verdadera democracia germana. Sin embargo, en la práctica, su conservadurismo y su edad le impedían actuar de contrapeso ante el poder del Tercer OHL.[111]

Había en Alemania poderosas fuerzas que temían a la nueva firmeza del Reichstag y al llamamiento de la izquierda a favor de una paz «sin anexiones ni indemnizaciones». La respuesta de la derecha a la resolución pacifista de julio llegó en septiembre de 1917 con la fundación de una nueva formación política, el Partido Alemán por la Patria (*Deutsche Vaterlandspartei*, DVLP). Con el antiguo secretario de Estado de la Oficina Naval Imperial, Alfred von Tirpitz, como figura señera, y financiado con donativos de la industria pesada, el nuevo partido emprendió la labor de unificar a «todas las fuerzas patrióticas» para resistir la democratización y hacer proselitismo en favor de una «paz germana fuerte» con ganancias muy extensas en el oeste y en el este y más allá de Europa. El liderazgo de Tirpitz fue un enorme atractivo para la derecha. Hacia febrero de 1918, el partido sumaba casi 300 000 militantes. En otoño, tras los progresos del Ejército alemán en el frente occidental de la primera mitad del año, su militancia llegó a los 800 000. Pese a que alrededor de la mitad eran miembros de otras organizaciones nacionalistas afiliadas al partido, el resto seguía siendo más numeroso que la suma de los miembros de los partidos socialistas de Alemania. Sin embargo, el Partido de la Patria solo apelaba a una sección muy concreta de la sociedad. Su fortaleza radicaba sobre todo en el este prusiano, el corazón conservador del antiguo reino y la región de etnia mixta cuyos habitantes germanos tenían más que perder en

caso de derrota nacional. Sin embargo, en el sur de Alemania el Partido de la Patria era muy débil. Altos funcionarios, profesionales, académicos y terratenientes estaban muy bien representados en el partido. Pastores y maestros tuvieron un papel clave en su organización descentralizada. El partido, por tanto, era un bastión de la clase media pudiente y respetable. Obreros y comerciantes se mantuvieron bien lejos.[112] Además, la organización era impopular entre la tropa. Muchos se preguntaban por qué el Gobierno no tomaba medidas para ponerle freno. Aunque el Partido de la Patria sostenía que el Ejército no toleraría una paz moderada, en realidad los hombres del frente compartían la concepción defensiva de sus compatriotas del interior.[113]

La Resolución de Paz del Reichstag, así como los temores a la agitación izquierdista y el descenso de la moral en las filas del Ejército impulsaron al Tercer OHL a entrar en acción. Ludendorff, tras haber experimentado el éxito de la propaganda en Rusia, se centró ahora en llegar al corazón y la mente de sus propios soldados. Dos días antes de la resolución, aprobada el 17 de julio de 1917, se introdujo la «Instrucción Patriótica», nombre que recibió su programa. Tal y como explicó él mismo, la instrucción buscaba revivir la «efectividad de combate» de la tropa «y, con ello, la confianza en la victoria», así como «contrarrestar a los agitadores, vagos y pusilánimes, en el interior y en el Ejército».[114] La dirección de este programa recayó en los mandos del Ejército en el frente y en los distritos militares del interior. Cada división de combate nombró a un «oficial de instrucción», que daba directrices a los oficiales del frente en la difusión de propaganda. El programa también incluía entretenimiento y asistencia. Por ejemplo, infraestructuras nuevas, tales como bibliotecas de campaña y hogares de reposo del soldado. Fue un intento pionero de levantar la moral y de adoctrinar a la tropa; un producto de la idea del OHL, tan diferente a sus intentos de imponerse a los despreciables civiles, de que era posible inspirar a combatir a sus ciudadanos-soldados y no solo darles órdenes. El programa también adoptó métodos innovadores. Se dedicó atención a identificar las preocupaciones y agravios de los soldados y a evaluar sus reacciones a la propaganda. Los reportes de la censura postal, conversaciones con los oficiales de compañía y los doctores y capellanes de los regimientos, y la información de las *Vertrauensleute* —soldados encargados de informar del estado de ánimo de sus camaradas— permitieron a los oficiales de instrucción adaptar el material a las inquietudes de la audiencia. Las reacciones también permitían a esos mandos mejorar la comunicación. Cuando vieron que las conferencias eran impopulares y poco

efectivas adoptaron técnicas más imaginativas. Para que los escucharan, algunos oficiales de instrucción daban charlas a las compañías en veladas con cerveza gratis o antes de ir al cine. Los propagandistas castrenses no tardaron en caer en la cuenta de que el esparcimiento en sí podía reforzar la motivación de combate de la tropa: elegían obras que no solo entretuvieran, sino que también educaran. Las películas que mostraban ciudades y paisajes de Alemania gozaban de especial popularidad, pues les recordaban a los soldados por qué debían resistir.[115]

Los socialistas se opusieron al programa porque difundía un mensaje político de victoria total. El OHL buscaba persuadir a los hombres de la necesidad de anexiones. Con el eslogan «¡Más tierras!» los soldados comprendían por qué no era posible una paz sin anexiones. El bloqueo demostraba que, sin más territorio para alimentos, Alemania seguiría siendo vulnerable al poder naval británico.[116] Por otra parte, también aquí, como en el resto de propaganda, los militares se cuidaron mucho de subrayar la agresión de la Entente. A la tropa se le advertía de los objetivos del enemigo: «El Rin será francés, el Óder ruso y el mar del Norte inglés». Con la derrota, los germanos serían esclavizados y oprimidos.[117] El éxito de la instrucción patriótica a la hora de endurecer la voluntad de resistencia de sus fuerzas —y, a pesar de los recursos limitados, cierta reticencia entre los mandos a asumir sus nuevas labores propagandísticas y la apatía de los soldados, existen pruebas que indicarían que tuvo efecto— se debió, ni más ni menos, a que el Ejército reconoció la motivación defensiva de la tropa. Las guías rectoras subrayaban que «todos deben oír, una y otra vez, que en caso de victoria del enemigo no solo se perderá la patria más cercana y la más lejana. El propio soldado y sus familiares también estarán perdidos».[118]

En 1917 la propaganda también hizo mucho para sostener la voluntad de resistencia de los civiles. El activismo y energía de 1914 y 1915, cuando las élites locales encabezaron la movilización pública, se marchitó bajo el peso de las penurias, el cansancio de la guerra y la escasez de alimentos. El Estado ocupó esa vacante motivacional. La organización propagandística, al igual que en 1914, seguía fragmentada. En 1916, la petición de Ludendorff de una agencia centralizada que ideara estrategias de prensa y sincronizara las fragmentadas agencias ministeriales cayó en oídos sordos.[119] No obstante, la Oficina de Prensa de Guerra, subordinada al OHL, suministró cierta coordinación por medio de sus reuniones mensuales con la Oficina Suprema de Guerra, con la de Alimentos de Guerra y con los Ministerios de la Guerra, Obras Públicas y Cultura. Esta guiaba a la prensa y proporcionaba la mayor

parte del material del programa de Instrucción Patriótica del Ejército. También contactó con las cruciales élites locales y formadores de opinión: su *Deutsche Kriegswochenschau*, un noticiero semanal con hechos y cifras de utilidad para perfilar la visión popular de los acontecimientos bélicos recientes, se remitía al clero, maestros, trabajadores sociales, funcionarios de ferrocarril y correos, así como a organizaciones de granjeros y de clases medias. La tirada inicial de 80 000 ejemplares pronto se amplió y en las etapas de propaganda más intensa ascendió a 175 000. También se empleó el nuevo medio cinematográfico. En enero de 1917, el Tercer OHL estableció la Oficina de Cine y Fotografía (*Bild- und Filmamt*) para la producción de imágenes propagandísticas. Con un fondo de más de 200 000 fotografías, suministró a la Oficina de Prensa de Guerra y a otros burós oficiales películas e ilustraciones para sus campañas.[120]

En el ámbito regional —siempre relevante en el Reich federal— también se desarrolló una organización propagandística. La crisis alimentaria espoleó a las autoridades civiles a intervenir en la opinión pública, en lugar de limitarse a dejar que el censor militar eliminara las opiniones negativas. En febrero de 1916, los bávaros fueron los primeros en dar el paso decisivo hacia el modelado activo de la opinión pública, pero pronto les siguieron otros, que recurrieron al clero y las escuelas para controlar e influir en el estado de ánimo de la gente. El gran cambio de 1917, debido a la convicción del Tercer OHL de que la moral constituía el factor decisivo de la guerra, fue que los mandos militares del interior también se implicaron activamente en la propaganda, en estrecha colaboración con las autoridades civiles locales. Los temas principales incluían cuestiones de suministro alimentario, temas militares, ciudadanía y economía. Los propagandistas no se limitaron a emitir apelaciones directas, sino que, al igual que la Oficina de Prensa de Guerra, buscaron la cooperación de las organizaciones judiciales y formadores clave de opinión, cuyo apoyo pudiera reforzar su mensaje. También se reclutó a organizaciones de clase media, sindicatos y comités obreros y, para las mujeres, a la Iglesia. La propaganda era adaptada con habilidad en función del público objetivo. Así, la clase media, considerada por las autoridades del Reich la espina dorsal del pueblo, pero que sufría más que ningún otro estrato de la sociedad a causa de la inflación de precios, era bombardeada con materiales acerca de las consecuencias de la derrota, de la economía de guerra y, algo aterrador en particular para todo aquel que tuviera una propiedad o un negocio, de los peligros del bolchevismo. Pero al dirigirse a los trabajadores se adoptó el lenguaje del movimiento obrero para persuadirles de que una

victoria germana favorecería sus intereses. La guerra contra la mercantilista Inglaterra fue retorcida y convertida en una cruzada contra el capitalismo mundial anglosajón.[121]

La campaña a favor del Séptimo Empréstito de Guerra, en el otoño de 1917, ilustra la gran efectividad que alcanzó la propaganda alemana, así como los temas que empleaba. Los créditos de guerra bianuales, anunciados en la primavera y otoño de cada año, eran el momento álgido del calendario de los propagandistas. La Oficina de Información del Reichsbank lideraba la campaña, si bien recibía el apoyo de la Oficina de Prensa de Guerra, las autoridades civiles, los mandos de los ejércitos y los distritos del interior. La campaña no era una mera colecta de fondos; aunque el empréstito ayudaba a cubrir los inmensos gastos bélicos del Gobierno alemán, sino que más importante era su valor simbólico como plebiscito de la voluntad popular de continuar la guerra. Es más, el impacto de las campañas de créditos sobre la predisposición nacional a resistir no se lograba solo por medio de la persuasión. Los empréstitos de guerra daban a todo suscriptor un interés material en la victoria, pues era inconcebible que el Gobierno del Reich pudiera pagar su inmensa deuda sin imponer una indemnización a sus enemigos. La sexta campaña de créditos de guerra fue la primera en emplear técnicas publicitarias modernas. Su imagen emblemática era un cartel del respetado artista Fritz Erler que mostraba a un veterano de primera línea con casco de acero y una máscara antigás colgada del cuello con el mensaje: «¡Ayúdanos a triunfar! Suscribe créditos de guerra», que fue reproducido en casi 1,5 millones de pósteres y 11 millones de tarjetas postales. Dos octavillas, cada una de una tirada de 12 millones, tres cortometrajes publicitarios y un tema compuesto especialmente para la ocasión titulado «¡Ayúdanos a triunfar!» contribuyeron a garantizar que nadie en Alemania pudiera ignorar el llamamiento.[122] La campaña, lanzada cuando el optimismo de la población en una rápida victoria gracias a los submarinos todavía estaba reciente, fue un tremendo éxito. El empréstito movilizó a los pequeños ahorradores, atrajo a más de 7 millones de suscriptores, casi el doble que el Quinto Empréstito de Guerra, y recaudó 13 122 millones de marcos.[123]

Aunque el Sexto Empréstito de Guerra siempre iba a ser difícil de igualar, las circunstancias en las que se publicitó el séptimo eran muy desalentadoras para todo el que se planteara invertir en la victoria germana. Los *U-Boote* habían decepcionado, Rusia seguía combatiendo y el suministro de alimentos estaba en crisis. La moral se había hundido aún más.[124] Por tanto, fue mucho más impresionante que la campaña sumara 5 530 285 suscriptores y 12 626

millones de marcos; aunque algo por debajo de la precedente, había más signatarios y, en términos nominales, más dinero que en ninguno de los cinco empréstitos de guerra precedentes. El éxito de la campaña, en unas condiciones adversas en extremo, debía mucho al mensaje que la acompañó. Hindenburg, el héroe y «salvador» del pueblo, tuvo un papel protagonista. Un panfleto editado por el Reichsbank instruía a los posibles inversores en que Alemania, en todos los aspectos —tierra, industria, recursos y población— era superior a su archienemigo, «Inglaterra».[125] Sin embargo, la campaña se caracterizó, más que nada, por la propaganda del miedo. Ante el espectro de la derrota, los propagandistas dibujaron una estampa de pesadilla de la posible paz. A los alemanes se les recordó la postura oficial: la envidiosa Gran Bretaña incitó la guerra para aplastar a un competidor de su comercio e industria. Quería, les decían, «¡aniquilarnos para que nunca nos recuperemos!».[126] La «historia mundial» había «probado, una y otra vez, que Inglaterra toma todo cuanto quiere del adversario vencido y trata a los pueblos pobres y despojados como meros esclavos».[127] Se mostraba a alemanes harapientos tirar del arado u obligados a trabajar en las colonias de la Entente bajo la vigilancia de brutales guardias negros. El sufrimiento de Irlanda bajo el dominio británico servía de terrible advertencia del futuro que le esperaría a un Reich derrotado. La historia de la hambruna irlandesa de la década de 1840, más cercana a los coetáneos que la Primera Guerra Mundial a nuestra época, podía, sin duda, hacer efecto sobre las malnutridas víctimas germanas del bloqueo. Los británicos habían convertido a Irlanda, «antaño una tierra floreciente», en un «Estado del hambre» y «habían eliminado a la mitad de sus habitantes por medio del asesinato, el hambre y la deportación forzosa».[128]

En un nivel más emotivo, la propaganda buscó reactivar el trauma nacional de la invasión de 1914. «La tierra alemana, como ocurrió en Prusia Oriental, será devastada y destruida» si el esfuerzo bélico flaquea, se informó a la población. Los publicistas recurrieron a los «robos, asesinatos, incendios y violaciones» que sufrió la provincia del extremo nordeste para ilustrar las consecuencias para el Reich si el enemigo se abría paso.[129] También se rodó un cortometraje sobre la base de esta historia reciente para vender el Séptimo Crédito de Guerra. El drama mostraba a la acomodada y satisfecha familia de un granjero de Prusia Oriental sobresaltada de repente por el grito de «que vienen los rusos». Como narran los subtítulos:

> Cosacos y rusos entraron en la aldea corriendo como animales, quemando y devastando todo a su paso —la aterrorizada población

> quiere salvarse del mar de llamas—, pero los cosacos los arrojan sin misericordia al furioso incendio, sacan a mujeres y niños a la carretera y abaten sin piedad a todo aquel que acuda a implorarlos […] No prestan ninguna atención a las mujeres llorosas, las peticiones de auxilio de sus hijos resuenan sin cesar en los oídos.

Si los alemanes no quieren que tales escenas se repitan en 1917, solo hay una decisión posible: «¡Sí, debemos apoyar a nuestra patria con dinero!».[130]

Hacia el otoño de 1917, los regímenes de Alemania y de los Habsburgo estaban sumidos en una profunda crisis de legitimidad. Los tibios intentos de reforma constitucional de la primera parte del año habían fracasado, saboteados por la reticencia de los mandatarios, los intereses enquistados del *Landtag* prusiano y del Parlamento húngaro y por la red de ambiciones enfrentadas de las nacionalidades de Austria. La paz, la otra exigencia de los pueblos, tampoco estaba más cerca de lograrse. Los líderes germanos se embarcaron en una apuesta a todo o nada. El ascenso del Tercer OHL y la destitución de Bethmann hicieron sus objetivos bélicos aún más expansionistas e inflexibles. Austria-Hungría se dejó arrastrar por su aliado. El emperador Carlos carecía del valor de intentar una paz independiente y, de todos modos, las potencias de la Entente, como demostró la respuesta a sus contactos, no estaban mucho más interesadas que sus adversarios en un acuerdo negociado. Por otra parte, aunque la idea de una paz de compromiso fuera una quimera en 1917, la incapacidad de los Gobiernos de las Potencias Centrales de dar respuesta adecuada a las aspiraciones populares de reforma y mejoras chocó con el nuevo espíritu de los tiempos: el fervor revolucionario ruso y el idealismo wilsoniano. Las ideas que llegaban del este y del oeste de «autodeterminación de los pueblos» y de «paz sin victoria» constituían un peligroso atractivo. Contra estas, el grito vacío de «¡resistid!» de las Potencias Centrales solo podía suscitar la respuesta: «¿para qué?».

Para los líderes militares de Alemania no había otra opción que continuar la guerra. En su visión de suma cero de la política internacional era esencial obtener ganancias extensas; el conflicto les enseñó que, para defender el Reich a perpetuidad, no solo eran necesarias fronteras favorables, sino también, y sobre todo, seguridad alimentaria. En el interior, el poder en ascenso del Reichstag y los llamamientos, cada vez más fuertes, a favor de una mayor democracia potenciaron aún más los objetivos expansionistas. Para las conservadoras élites de Alemania, salvarse de las reformas dependía de

obtener dicha victoria y por lograrla se jugaron toda su legitimidad. En Austria-Hungría, donde la sociedad estaba más enfurecida, las condiciones materiales eran incluso peores y la crisis de legitimidad más aguda, el régimen no logró hallar una salida a la contienda y su destino siguió ligado al de Alemania. La decisión de las Potencias Centrales de continuar la lucha a pesar de las dudas, decepciones y desafección de una proporción creciente de sus pueblos, los encaminó hacia un desastre casi inevitable. Con todo, cuando, a finales de 1917, Lenin y sus seguidores bolcheviques tomaron el control en Rusia y, poco después, sacaron al país de la guerra pareció de repente como si esta estrategia de alto riesgo pudiera triunfar.

12

LA PAZ DEL PAN

Brest-Litovsk

En noviembre de 1917, el golpe de Estado bolchevique en Rusia, seguido pocas semanas más tarde de la petición de un armisticio, revivió los esfuerzos bélicos de las Potencias Centrales. Para los mandatarios germanos era un triunfo. Uno de los motivos principales que movieron al Reich a ir a la guerra en 1914 fue el temor al rearme y a la agresividad de Rusia. El programa de objetivos bélicos del inicio de la guerra sostenía que el leviatán del este debía ser obligado a retroceder «lo más lejos posible […] y romper su dominio sobre los pueblos vasallos no rusos».[1] El caos en el interior de Rusia y la disolución de su Ejército tras la última y fallida ofensiva en Galitzia del verano de 1917 hizo que pareciera factible este objetivo casi utópico. Para Austria-Hungría, la petición de paz de los bolcheviques fue un salvavidas. El emperador Carlos y su ministro de Exteriores, Ottokar von Czernin, esperaban que el cese de las hostilidades en el este condujera a una paz general. Al menos, esperaban que la reanudación del comercio aliviase la catastrófica falta de alimentos del imperio y permitiera la supervivencia del régimen. Sin embargo, en la práctica, la paz que negociaron solo aceleró la

desaparición de su imperio. El Tratado de Brest-Litovsk con Ucrania y Rusia trajo la desafección política y un desastre social a Galitzia y abrió el camino a la propaganda revolucionaria y a nuevos descontentos que, a su vez, debilitaron al Ejército de los Habsburgo.

El armisticio del frente oriental empezó el 15 de diciembre de 1917. Una semana más tarde, se inauguró en el cuartel general del Ejército del Este germano, en la localidad de Brest-Litovsk —hoy en Bielorrusia—, la conferencia de paz entre los bolcheviques y las cuatro Potencias Centrales: Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y el Imperio otomano. Para contentar a la opinión pública, tanto de sus países como del extranjero, el ministro de Exteriores del Reich, Richard von Kühlmann, y su homólogo habsburgo, Czernin, aceptaron de inicio la propuesta bolchevique de una paz sin anexiones o indemnizaciones, aunque con reservas, la más importante de las cuales era que los aliados occidentales debían participar en las negociaciones. Kühlmann, en particular, jugó con astucia. Planeaba subvertir el derecho de autodeterminación nacional y, de ese modo, como explicó él mismo, «Llevarnos […] toda concesión territorial absolutamente necesaria». Los germanos establecieron consejos nacionales en Polonia, Curlandia, Lituania y parte de Estonia. Al animar a esos consejos a promulgar declaraciones de independencia e invitar a las tropas alemanas o proclamar su aspiración a un vínculo más directo con el Reich podrían dar un barniz de legitimidad a despojar a Rusia de esos territorios y arrastrarlos a la órbita de Alemania.[2]

La estrategia era demasiado sutil para el OHL. Ludendorff y Hindenburg estaban indignados, pues temían que, con la aceptación condicional de las propuestas bolcheviques, Kühlmann estuviera renunciando a dictar las condiciones de paz. Los bolcheviques tampoco lo comprendieron, ya que pensaban haber ganado una victoria diplomática, hasta que el general Hoffmann, representante del OHL en la conferencia, les explicó que Rusia iba a perder un montón de territorio. Lo que Kühlmann consideraba una «necesidad absoluta» ocupaba una lista muy larga. Él mismo escribió de «separar enormes regiones de la actual Rusia y convertir tales distritos en efectivos bastiones de nuestra frontera». Además, el OHL no le permitiría irse de las conversaciones sin, como mínimo, los objetivos del alto mando. En diciembre de 1917, Ludendorff quería para el Reich Lituania, Curlandia, Riga y las islas vecinas, «para que puedan alimentar a nuestra gente». Polonia quedaría ligada a las Potencias Centrales. Rusia debería evacuar Finlandia, Estonia, Livonia, Besarabia, Armenia y el extremo oriental de Galitzia, que todavía controlaba. Su economía quedaría bajo la influencia del Reich,

pagaría compensación por los prisioneros rusos custodiados en Alemania, además de proporcionar grano, petróleo y otros materiales a precios reducidos.[3]

Los alemanes impusieron sus exigencias. El 9 de enero de 1918, tras una pausa de once días, se reanudó la conferencia de paz. Los aliados occidentales, tal y como había previsto Kühlmann, no habían replicado, por lo que pudo alegar que la aceptación condicional de diciembre de una paz sin anexiones ni indemnizaciones ya no era válida. León Trotski, llegado para liderar la delegación bolchevique, carecía de un contingente capaz de hacer frente a los germanos. Su única esperanza de escapar de la humillación era el estallido de la revolución en el Reich. El 28 de enero dio inicio en Berlín una enorme huelga por la paz organizada por una nueva fuerza dentro del movimiento obrero, los delegados sindicales revolucionarios (*Revolutionäre Obleute*) dirigidos por Richard Müller. El paro, que atrajo a 400 000 obreros en la capital y a decenas de miles en Hamburgo, Kiel y otros centros industriales, atizó el optimismo bolchevique. Sin embargo, las huelgas fueron reprimidas con rapidez.[4] Tampoco había la menor posibilidad de que los políticos del Reich contuvieran a sus militares. En marzo, se sometió a la aprobación del Reichstag el expansionista tratado con la Rusia bolchevique. Los partidos burgueses que, ocho meses antes, habían apoyado la Resolución de Paz, lo votaron sin titubear e incluso el SPD se abstuvo.[5]

Trotski, con su declaración de «ni paz, ni guerra» y marcharse sin más de la conferencia, favoreció la posición de Ludendorff y Hindenburg. El Tercer OHL quería dar un final definitivo a la guerra en el este y ansiaba lanzar de nuevo al Ejército. Kühlmann se resistía, pues pretendía, con escasas esperanzas, que un acuerdo, por más estricto que este fuera, evitara la ruptura total con Rusia y permitiera una futura cooperación, pero el káiser lo desautorizó. Las fuerzas germanas reemprendieron el avance el 18 de febrero; cubrieron 240 kilómetros en cinco días. El 3 de marzo, Lenin y sus camaradas del Comité Central bolchevique capitularon y firmaron un tratado aún peor que el que habían rechazado con anterioridad. Desde entonces, sus cláusulas serían recordadas por siempre con horror infinito. El imperio ruso perdió alrededor de 2,5 millones de kilómetros cuadrados de territorio, 50 millones de habitantes, el 90 por ciento de sus minas de carbón, el 54 por ciento de su industria y un tercio de su agricultura y ferrocarriles.[6] Sin embargo, es necesario contextualizar tales pérdidas. El Tratado de Brest-Litovsk, de haber seguido en vigor, habría dejado a Rusia algo más grande que en la actualidad. Los bolcheviques merecen poca simpatía, pues, dada su insistencia en la

autodeterminación con la intención de desestabilizar a las Potencias Centrales, paradójicamente, fueron ellos los primeros en salir perdiendo a causa de esta idea: el tratado separó a los pueblos minoritarios, no a los rusos étnicos.[7]

El grueso de la riqueza perdida por el imperio ruso estaba en Polonia y Ucrania, tierras sobre las que los mandatarios de Rusia, a pesar de sus convicciones ideológicas, no tenían ningún derecho moral y cuyos pueblos, los polacos en particular, habían sufrido más de un siglo de persecución religiosa y política zarista.[8] Los alemanes no eran en absoluto idealistas o altruistas; su política en Brest-Litovsk se definió por el interés egoísta y el anhelo de lograr la hegemonía europea. No obstante, para las poblaciones de esos territorios, el cambio de poder trajo una mejora con respecto a su situación anterior. Lo que se creó no fue un precursor del imperio hitleriano de 1941, sino algo más similar a la reorganización soviética en Estados satélites de la Europa centro-oriental que tuvo lugar en 1945. Al contrario que la Rusia zarista, Alemania estaba dispuesta al menos a permitir a estos pueblos crear sus propias instituciones y, de hecho, le resultó difícil controlarlas durante la contienda, en particular en Polonia y Lituania. Por más intrusiva y explotadora que hubiera sido Alemania de haber ganado la Primera Guerra Mundial, si Ucrania hubiera permanecido en su órbita, su situación difícilmente sería peor que el futuro que le aguardaba. En el periodo de entreguerras, bajo el régimen bolchevique, los ucranianos sufrirían guerras, una colectivización brutal y 3,3 millones de muertes en una hambruna provocada.[9]

Mientras que los alemanes tuvieron una buena conferencia de paz, para los austrohúngaros fue mucho menos exitosa. Durante las negociaciones, Carlos remarcó a su ministro de Exteriores que «todo el destino de la Monarquía y de la dinastía depende de obtener la paz, a la mayor brevedad posible».[10] Czernin necesitaba obtener alimentos del este para su famélico imperio. Aspiraba a contener el expansionismo germano, puesto que temía que este prolongara la guerra. También pretendía conseguir Polonia para los Habsburgo, aunque este objetivo era menos importante que detener las hostilidades. Czernin y la desesperación de su señor por obtener la paz limitaron el margen de maniobra de los Habsburgo. «La paz con Rusia *debe* llegar —insistió el ministro de Exteriores a su segundo al comienzo de la conferencia—. *Toda eventualidad es aceptable, salvo la ruptura de las negociaciones por las Potencias Centrales*». Esta postura fue reforzada por los acontecimientos posteriores. El jefe del Comité Común de Alimentos, el

general Ottokar Landwehr von Pragenau, advirtió a principios de enero de 1918 del inminente desplome del suministro de víveres. Las reservas disponibles en Hungría no podían transportarse a Austria debido al notable descenso de las entregas de carbón de la Silesia alemana. El 14 de enero estallaron huelgas en respuesta al anuncio de que la ración de harina se reduciría a la mitad. Empezaron en las afueras de Viena y se expandieron con rapidez por ambas mitades del imperio. Participaron 700 000 trabajadores de todas las nacionalidades y se prolongaron durante diez días. A primeros de febrero, se produjo un motín en los buques de la base naval de Cattaro (Kotor, hoy en Montenegro). Durante tres días, los marineros izaron la bandera roja, exigieron una paz sin anexiones y mataron a un oficial durante el amotinamiento. Para los líderes habsburgo, parecía que el imperio estaba al borde de la revolución.[11]

Los alemanes habían sabido calibrar la debilidad de los bolcheviques y no cederían en sus expansionistas exigencias. Ni siquiera el amago de paz independiente de Czernin logró conducirlos hacia un acuerdo más moderado y rápido. Hoffmann no se dejó impresionar y replicó que una paz independiente permitiría disponer de las veinticinco divisiones alemanas desplegadas en el sector de los Habsburgo del frente oriental. Sin embargo, Czernin tenía una segunda opción. El 16 de diciembre de 1917 llegó a Brest-Litovsk una delegación del Consejo del Pueblo de Ucrania (*Ukraínska Tsentralna Rada*), un gabinete nacionalista establecido después de que la revolución de marzo aplastara a la autoridad zarista, y solicitó participar en la conferencia. Para los alemanes era una buena noticia, pues el grupo ofrecía una ocasión propagandística de separar a Ucrania de Rusia. Para Austria-Hungría, la admisión de los delegados en las conversaciones iba con segundas. Los polacos del Consejo de Regencia de Varsovia (*Rada Regencyjna Królestwa Polskiego*), establecido en octubre de 1917 por las Potencias Centrales para ayudar a gobernar el teórico Estado polaco y dar legitimidad a sus ocupantes, temió que se obviaran sus pretensiones en torno a la región, por lo que también solicitaron representación. Los delegados de checos y eslavos del sur del Imperio austrohúngaro trataron de verificar el compromiso de las Potencias Centrales con el principio de autodeterminación nacional y también exigieron, sin éxito, entrar en las conversaciones. Pese a que era problemático desde un punto de vista ideológico, Czernin aprovechó la oportunidad de conversar con los ucranianos mientras germanos y rusos seguían en desacuerdo. Ucrania, el granero del este, parecía ser la clave que

resolvería los problemas de suministro de alimentos, casi fatales, que aquejaban al imperio.[12]

La predisposición de Czernin a apaciguar a los ucranianos es la evidencia más reveladora de lo muy bajo que había caído el imperio. Los miembros del Consejo del Pueblo ucraniano eran advenedizos, «muchachos de poco más de veinte años de edad, gente sin experiencia, sin propiedad, sin reputación, impulsados por la aventura, tal vez por la megalomanía».[13] Eran miembros de la minúscula intelectualidad del país, que no ejercía influencia alguna sobre el campesinado ucraniano, en su gran mayoría indiferentes a la causa nacional. No estaba claro que el Consejo pudiera cumplir cualquier promesa que hiciera, o ni siquiera que durase lo suficiente para intentarlo: los bolcheviques tenían su propio «Gobierno de Obreros y Campesinos de la República Ucraniana» (*Vremennoye raboche-krest'yanskoye pravitel'stvo Ukrainy*) y en febrero su Ejército entró por breve tiempo en Kiev, con ayuda de los trabajadores de la ciudad, aunque los alemanes los expulsaron poco después.[14] Los representantes del Consejo mostraron una arrogancia inconcebible al exigir a la gran potencia de los Habsburgo la Galitzia oriental y Bucovina, así como la región de Chełm, que hasta 1912 formaba parte de la Polonia del Congreso. Sorprendentemente, Czernin los escuchó. Rechazó la reclamación de territorios de los Habsburgo, pero hizo concesiones humillantes. Entregó Chełm al Consejo Nacional e incluso les permitió interferir en los asuntos internos del imperio al aceptar en secreto la exigencia rutena de preguerra de dividir Galitzia entre dos Tierras de la Corona, la polaca al oeste y la ucraniana al este. Ambas concesiones, una vez se hicieran públicas, distanciarían sin remedio a los polacos de Galitzia, el más leal de todos los pueblos eslavos del imperio, y destruirían cualquier posibilidad que quedara de vincular la Polonia del Congreso a la corona de los Habsburgo. A cambio de este elevado precio, Czernin obtuvo el compromiso secreto de los ucranianos de suministrar al menos un millón de toneladas métricas de grano antes del 1 de agosto. El tratado se firmó el 9 de febrero.[15]

La insensatez de Czernin pronto quedó en evidencia. Los alemanes no tardaron en imponer su fuerza: se establecieron en el centro de poder de Kiev y relegaron a las tropas de los Habsburgo a tres de las nueve provincias del territorio. Como era de esperar, el Consejo Nacional resultó incapaz de cumplir lo prometido. Incluso después de que los alemanes lo destituyeran y lo reemplazaran por un caudillo que contaba con el apoyo de la mayoría de terratenientes ucranianos, el *Hetman* Pavló Skoropadski, apenas se logró sacar nada. En última instancia, solo viajaron al oeste 42 000 vagones ferroviarios

cargados de alimentos, de los cuales 18 000 fueron a Austria-Hungría. El grano entregado a todas las Potencias Centrales solo sumó 113 400 toneladas, de las cuales poco más de la mitad fue al Imperio austrohúngaro y la mayor parte del resto a Bulgaria y el Imperio otomano.[16] Una de las formaciones germanas encargadas de la extracción, la 224.ª División, resumió los problemas a los que se enfrentaron. En primer lugar, reportó tajante que la comida «simplemente, no estaba allí». En Brest-Litovsk, las Potencias Centrales cayeron víctimas de las tretas ucranianas y de sus propias veleidades. Es más, el alimento disponible, informó la división, no era fácil de obtener. El Gobierno ucraniano se veía impotente y los alemanes carecían de efectivos suficientes para organizar una recolección concienzuda y no pudieron convencer a los campesinos para que vendieran. Una queja particular de la división era la necesidad de mostrarse amistosos. «Siendo más estrictos, y sin duda empleando armas, podríamos haber obtenido cantidades muy significativas de suministros», argumentó. No obstante, después del tratado de paz esta conducta ya no era posible.[17] De hecho, el Ejército alemán dio un trato bastante civilizado a los ucranianos. Trabajaban con las autoridades locales y, al contrario que en el momento del estallido de la contienda, se abstuvo de ejercer violencia contra los civiles. Su aliado habsburgo, por el contrario, no había aprendido nada. Carlos ordenó a su Ejército «requisar sin contemplaciones, con violencia incluso». Al revés que los germanos, no estimaba necesario seguir procesos judiciales y, en los comienzos del verano, se multiplicaron las ejecuciones sumarísimas de personas calificadas de «sospechosos de robo» o de «asesinos bolcheviques». Es más, al establecer sus propias agencias de compra en el territorio, el Ejército habsburgo también puso obstáculos a las autoridades civiles encargadas de la compra de alimentos.[18]

El Imperio de los Habsburgo nunca ratificó el Tratado de Brest-Litovsk con los ucranianos, pues presentarlo en el Reichsrat para su aprobación hubiera requerido revelar la cláusula secreta que les prometía Tierras de la Corona en Galitzia oriental. La incapacidad del Consejo Nacional de Ucrania de cumplir su parte del acuerdo con entregas de alimentos, y su sustitución por el *Hetman*, permitió a Austria-Hungría ignorar discretamente esta cláusula. Sin embargo, empezaban a hacerse sentir los efectos perniciosos de la paz firmada en Brest-Litovsk. El tratado de marzo con Rusia puso fin a los duros combates del frente oriental, pero abrió el camino al retorno de los prisioneros, que insuflaron en el Ejército el sutil veneno bolchevique. El tratado de febrero con Ucrania provocó reacciones inmediatas y

espectaculares. Tan pronto como los alemanes publicaron el tratado, todo el Consejo de Regencia de Varsovia dimitió de inmediato en señal de protesta, como también lo hizo el gobernador militar de los Habsburgo de Lublin, el conde Szeptycki. El 15 de febrero, el Cuerpo Auxiliar Polaco (*Polski Korpus Posiłkowy*), los restos de las Legiones Polacas que habían ido a la guerra en 1914 con Piłsudski, se amotinó. El combate contra las fuerzas austrohúngaras dejó numerosos muertos, aunque 1600, entre ellos su comandante, el general Józef Haller, lograron pasar a las líneas rusas. En el futuro, este contingente sería uno de los núcleos centrales del nuevo Ejército polaco que combatió en Francia junto con los aliados occidentales.[19] Lo peor de todo, no obstante, fue la reacción en la Galitzia austrohúngara. El desprecio del ministro de Exteriores Czernin por los intereses nacionales polacos en Brest-Litovsk llevó a la sociedad polaca al divorcio definitivo con la causa de los Habsburgo.

Adiós a Galitzia

El compromiso de la población polaca de Galitzia con los Habsburgo había menguado con respecto a los entusiastas días de 1914 y 1915, cuando los partidos políticos polacos establecieron su Comité Nacional Supremo y la sociedad se unió en apoyo de las Legiones Polacas. En noviembre de 1916, la proclamación de los emperadores del Reino independiente de Polonia fue bien recibida.[20] Sin embargo, los ánimos se agriaron. Durante el verano de 1917 se produjo una crisis política cuando dos tercios de los legionarios polacos, transferidos bajo control alemán en la Polonia del Congreso ocupada, se negaron a prestar el juramento de lealtad exigido por las Potencias Centrales a un desconocido rey de Polonia y a prometer «leal camaradería de armas con los Ejércitos de Alemania y Austria-Hungría». Piłsudski, a quien los alemanes consideraban, y con razón, el impulsor de la negativa fue encarcelado y los legionarios rebeldes internados.[21] En Galitzia, el pobre trato dado a una formación con la cual se identificaban de manera muy visible grandes sectores de la población polaca desmoralizaría sin duda a la población. No obstante, muy pocos salieron a protestar en contra del arresto de Piłsudski.[22] Según el censor de los Habsburgo, para la mayoría las cuestiones sociales eran más importantes. Hacia el otoño de 1917, las cartas estaban repletas de quejas en torno a las «insoportables condiciones de vida»

y expresaban una «impaciencia creciente» por «una rápida liberación de la miseria de la guerra». Galitzia quedó paralizada por las huelgas en enero de 1918. En primavera, las autoridades desviaron alimentos desde Galitzia hacia la hambrienta Viena. Con esta torpe medida, garantizaron que los agravios económicos de Galitzia alcanzaran su punto álgido al mismo tiempo que el choque político del tratado con Ucrania.[23]

La noticia de que Chełm pertenecería a Ucrania causó indignación en la sociedad de Galitzia. Los políticos del círculo polaco del Reichsrat denunciaron con vehemencia el tratado. Los nacional-demócratas y los socialistas se mostraron particularmente agresivos. Ignacy Daszyński, principal eminencia socialista, declaró que «la estrella de los Habsburgo [ha] desaparecido del firmamento polaco». Al principio, los conservadores se mostraron más reacios a una ruptura total con la Monarquía, pero la revelación del acuerdo secreto para la división administrativa de Galitzia entre rutenos y polacos también los distanció. Tras cincuenta años de lealtad, la catastrófica diplomacia de Czernin empujó a los políticos polacos hacia la oposición.[24] En marcado contraste con lo que se consideraba la traición de los Habsburgo, los aliados reforzaron su apuesta ideológica en apoyo de los polacos. Un mes antes, el presidente estadounidense, Woodrow Wilson, había exigido en los «catorce puntos», su influyente manifiesto para el mundo de posguerra, «el establecimiento de una Polonia independiente que incluya los territorios habitados por poblaciones de indiscutible carácter polaco, que deberán tener garantizado un acceso libre y seguro al mar y cuya independencia política y económica e integridad territorial habrá de ser garantizada por una alianza internacional».[25]

También hubo rabia y sensación de deslealtad entre la población polaca de Galitzia. «A cambio de la sangre y los esfuerzos de nuestros soldados, la desesperación y las lágrimas de nuestras hermanas y madres, la agonía, el tormento, el hambre y el empobrecimiento, la muerte de nuestros mejores jóvenes en las Legiones, nos pagan con una *Cuarta Partición de Polonia*», clamaba un llamamiento a la protesta. Un texto que captaba bien el sentimiento generalizado de indignación.[26] Se formó un frente unido de todos los partidos políticos que hizo un llamamiento a favor de la huelga general. El líder campesino polaco, Wincenty Witos, al recordarlo dos décadas más tarde, seguía impresionado por la respuesta del público. «Ese día, todo se paró por completo en Galitzia —escribió en sus memorias—. El trabajo se detuvo en oficinas, factorías, talleres […] en cada ciudad, localidad, aldea, se organizaron reuniones masivas de protesta».[27] En Leópolis, el día empezó

con una misa. La comunidad judía progresista de la ciudad mostró su solidaridad oficiando servicios en las sinagogas. En los puntos simbólicos del centro urbano, el Ayuntamiento y la estatua del poeta nacional de Polonia, Adam Mickiewicz, se colocaron estrados desde los cuales los patriotas arengaban a una muchedumbre de 20 000 personas. Se exigió la puesta en libertad de Piłsudski y de los legionarios internados, el fin del militarismo prusiano y la separación de Austria. Todas las asociaciones relevantes de la sociedad civil de la Galitzia polaca estaban muy bien representadas: los escultistas, las escuelas, los institutos del Sokoł y los ancianos veteranos del alzamiento de 1863 contra Rusia. También tomaron parte altos funcionarios y profesores universitarios. La participación de campesinos de la región circundante fue considerada con entusiasmo la demostración de la unidad de toda la nación polaca.[28]

Particularmente amenazador para el emperador Carlos y su régimen fue la participación generalizada de autoridades en las manifestaciones. En la ciudad fortaleza de Przemyśl estuvieron presentes el jefe de distrito y su equipo y el obispo de la ciudad respaldó las protestas con un sermón. En Cracovia los funcionarios también participaron y en numerosas localidades menores ayudaron a organizar la protesta. Desde el mismo momento en que Galitzia recibió su autonomía *de facto*, en 1869, su administración polaca tuvo una mentalidad nacional, si bien, antes de la guerra esta no fue incompatible con la lealtad dinástica. La presencia de autoridades en protestas de un carácter anti-Habsburgo e independentista tan explícito anunciaba que ahora tales lealtades estaban enfrentadas y que la Administración de las Tierras de la Corona se estaba separando del Estado. Otro indicio del cambio político fundamental fue la retirada de símbolos de los Habsburgo y su sustitución por águilas polacas. Los funcionarios del ferrocarril limaron la corona dinástica de la gorra. La población desatornilló águilas habsburgo de los edificios oficiales y las ahorcaron o quemaron de modo simbólico. En las escuelas empezó una nueva era. Quitaron de las aulas el obligatorio retrato del emperador y lo reemplazaron por imágenes de Piłsudski, el representante del ideal de una Polonia unida e independiente.[29]

En ningún otro lugar las protestas contra Brest-Litovsk fueron tan espectaculares, violentas o estuvieron cargadas de simbolismo como en Cracovia. Corazón tradicional del conservadurismo lealista, y hogar del Consejo Supremo Nacional que desde 1914 intentaba hacer realidad la solución austropolaca a la que aspiraba la dinastía, la ciudad tenía motivos particulares para sentirse traicionada. La noticia del tratado llegó a Cracovia

el mismo día de su firma, el 9 de febrero de 1918. Los estudiantes de la ciudad tenían previsto manifestarse el 10 en la plaza del mercado para protestar por la muerte de un alumno de instituto en los disturbios de Leópolis de primeros de mes. Las noticias de Brest-Litovsk convirtieron la convocatoria en un gran acontecimiento al que asistieron más de 10 000 personas.[30] Durante los dos días siguientes hubo concentraciones de millares de manifestantes y se atacó el consulado alemán en la ciudad. El día 11, unas 500 personas, de las cuales alrededor de un tercio eran estudiantes y alumnos de primaria, intentaron rescatar en la estación de tren de la ciudad a unos legionarios polacos bajo escolta prusiana.[31] El 12 de febrero las muchedumbres se enfrentaron a los efectivos de la unidad rutena enviada a pacificar la ciudad y hubo tiros en la plaza principal, si bien nadie resultó herido.[32] Con la tensión al máximo, las protestas de Cracovia llegaron al clímax los días 13 y 14. Entonces las multitudes fueron tan masivas y violentas que la policía se vio obligada a retirarse. Los rótulos con el águila bicéfala de los Habsburgo fueron vejados, retirados o sustituidos por águilas polacas. La población clavaba las medallas austriacas en árboles para que la gente pudiera escupir sobre ellas o bien se las colgaban al perro. Aparecieron en lugares públicos caricaturas obscenas del káiser ahorcado o desnudo, sin llevar nada encima excepto un casco con punta.[33] El núcleo de las protestas fue el mercado principal. Hasta octubre de 1917, la Columna de las Legiones se había alzado allí, testimonio por igual del nacionalismo polaco y de la lealtad a los Habsburgo de la comunidad. En febrero de 1918, la plaza del mercado se convirtió en el escenario de un simbolismo muy diferente. Se emplazaron tres imágenes. En el centro había un Cristo crucificado, flanqueado por sendas imágenes del káiser Guillermo y del emperador Carlos. Debajo podía leerse: «Jesucristo, jamás estuviste en la Cruz acompañado de semejantes sinvergüenzas».[34]

Brest-Litovsk no solo quebró los últimos vínculos de lealtad de los polacos de Galitzia hacia su monarca. La incapacidad de traer el flujo prometido de alimentos ucranianos también significó la continuación de una crisis de abastecimiento que rompió la multiétnica sociedad centroeuropea. A causa de la guerra, la región se caracterizaría por dos rasgos definitorios: el conflicto nacional y, sobre todo, el violento antisemitismo. Aunque en numerosos lugares esto hundía sus raíces en el periodo de preguerra, su intensificación y embrutecimiento fue la consecuencia de los años de conflagración. En el aspecto político, esto derivó en buena parte de la nueva legitimidad otorgada a la «autodeterminación nacional» y las expectativas y

decepciones que esta alimentó, a partir de 1917. Sin embargo, para la sociedad, las masivas privaciones de la guerra, resultado de la movilización total y del bloqueo británico, ejerció un impacto duradero y decisivo sobre las comunidades étnicas mixtas de la Europa central y oriental. La población se acogió a la protección de su grupo étnico y, a medida que las comunidades se hacían nacionales, los judíos en particular empezaron a considerarse no tanto un vecino indeseable, sino más bien un elemento extranjero maligno sin derecho de pertenencia. Incluso en lugares donde las relaciones étnicas habían sido relativamente armoniosas en época de paz, el entendimiento entre los diversos pueblos se desmoronó.

La ciudad de Cracovia constituye un excelente ejemplo de cómo el conflicto del siglo XX destruyó comunidades multiétnicas en otro tiempo florecientes. En vísperas de la guerra, los judíos formaban un quinto de sus 183 000 habitantes. El pueblo hebreo vivía en la ciudad desde el siglo XIII. Esta larga historia incluía episodios de discriminación y persecución. En 1495, los expulsaron a Kazimierz, al sur del castillo de la ciudad, que pasó a ser conocido como el distrito judío de Cracovia. En el siglo XVII aumentó la intolerancia religiosa y en 1663 quemaron a un judío en la hoguera por blasfemar. Aunque también hubo momentos de unidad. En 1846, cuando la revolución se consolidó en Cracovia, la comunidad envió a 500 «hermanos israelitas» al ejército insurrecto. A comienzos del siglo XX, los judíos de Cracovia solían utilizar más el polaco que sus correligionarios de otros lugares y su liderazgo político era partidario de Polonia y tenía un firme carácter integrador. Seguían siendo ciudadanos distintos, aunque no independientes; pese a que los matrimonios entre judíos y gentiles era algo casi inaudito, vivían codo con codo, comerciaban y compartían la animada prensa popular del municipio. Prueba de sus armoniosas relaciones es el hecho de que, en 1898, cuando Galitzia occidental se vio sacudida por disturbios antisemitas, Cracovia se mantuvo al margen. La ciudad ocupaba un lugar muy especial en el corazón de los judíos. Se identificaban mucho con ella, si bien tenían su propio concilio comunal, que participaba de modo activo en la gobernanza de la ciudad. En 1914, no menos de 20 de sus 87 concejales eran hebreos.[35]

En los primeros años de la contienda, los judíos de Cracovia participaron en la «doble movilización» nacional polaca y lealista a los Habsburgo y varios centenares se incorporaron a la Legión Polaca. En 1915, la inclusión del escudo de armas de Kazimierz, el histórico barrio judío, en la base de la Columna de las Legiones simbolizó la unidad de los ciudadanos de Cracovia

con independencia de su fe y la contribución de sus hebreos.[36] Sin embargo, a medida que la falta de alimentos y la carestía castigaban la ciudad, los ánimos se tornaron menos inclusivos. Los precios de la comida se dispararon: hacia el final del «invierno del nabo», en febrero de 1917, las patatas se vendían por cinco veces más y la harina por catorce veces más con respecto a antes de la guerra. Los judíos, sobrerrepresentados en el pequeño comercio, dominaban industrias alimentarias clave de Galitzia, los molinos en particular, y se sospechaba que se dedicaban al acaparamiento y la especulación.[37] En marzo de 1917 tuvo lugar la primera gran manifestación contra el hambre. Aunque esta y las protestas posteriores iban dirigidas contra las autoridades municipales, el creciente sentir antisemita ya era lo bastante evidente en mayo como para que se propusiera el establecimiento de una guardia judía de autodefensa.[38] A finales de año hubo un primer aviso de lo que vino después: los participantes en las manifestaciones del hambre en el centro de la ciudad decidieron marchar hacia el sur, sobre Kazimiercz. La policía los impidió pasar.[39]

En abril de 1918 ese resentimiento estalló finalmente en abierta violencia racial. Cracovia se hallaba en un estado de agitación militante. Las huelgas y disturbios de enero provocaron daños por valor de 140 000 coronas. Hubo 26 policías heridos y 63 personas arrestadas.[40] Las protestas de febrero contra Brest-Litovsk avivaron aún más los caldeados ánimos. La acción positiva y violenta reemplazó a la legalidad y desapareció toda fe en las autoridades. Se impusieron los agravios étnicos y de clase. Una conversación oída a dos mujeres en el tranvía es reveladora de la actitud de la gente. Si continuaba la falta de pan, decidieron las mujeres, «no iremos al Ayuntamiento o al gobernador, sino que destrozaremos las tiendas donde venden pasteles y panecillos». Detestaban a sus vecinos judíos por monopolizar el suministro de bienes del mercado negro. La harina de la Polonia del Congreso no llegaba porque «los judíos […] la compran a cualquier precio».[41] El desplome final de la sociedad cracoviana, y de su relación con la autoridad política, tuvo lugar, como no podía ser de otro modo, en el mercado de abastos del norte de la ciudad. Los consumidores cristianos, furiosos por los elevados precios, acusaron a los judíos de pagar más para llevarse los escasos bienes disponibles y desencadenaron cinco días de anarquía, en los cuales las dos comunidades chocaron entre sí y contra los servicios de seguridad. La prensa vienesa caracterizó el ataque cristiano, de manera más o menos veraz, de «auténtico pogromo».[42] El 16 de abril, primer día de incidentes, varios centenares de jóvenes manifestantes se molestaron en caminar veinticinco

minutos desde el norte de Cracovia a Kazimierz; por el camino saquearon tiendas de judíos mientras la policía se mantenía al margen. Al día siguiente, prosiguieron los asaltos contra la propiedad de los hebreos y se ordenó a las tropas salir a la calle. Esto apaciguó la ciudad el 18, aunque el día 20 hubo más violencia contra la población judía.[43]

La violencia de Cracovia causó una profunda impresión mucho más allá de los confines de Galitzia, pues los diarios de la capital austriaca no tardaron en hacerse eco de la noticia, que impactó e indignó a la gran e influyente comunidad hebrea de Viena. Este fue uno de los primeros de una serie de pogromos que sacudieron toda Galitzia en el verano y que alcanzaron el punto álgido con el hundimiento de las Potencias Centrales, en el otoño de 1918.[44] Sin embargo, también fue notable por otros motivos. Primero, el resentimiento de los cristianos no fue lo único que se tradujo en violencia racial. El 19 de abril, cuando el norte de la ciudad estaba tranquilo, los judíos de Kazimierz se sublevaron enfurecidos por los saqueos de los días precedentes y por el rumor de que los alborotadores cristianos habían matado a uno de los suyos. Más de un centenar de jóvenes hebreos armados con palos y barras de hierro atacaron a los comerciantes cristianos en un mercadillo.[45] Segundo, a pesar de la animadversión entre las dos comunidades de Cracovia en esta etapa de la contienda, estaban unidos en su odio hacia las fuerzas de seguridad estatales y del municipio. Las turbas cristianas y las judías pelearon contra los soldados: el 16 de abril, unos jóvenes que iban camino de Kazimierz persiguieron a un oficial de reserva. Los agitadores sujetaron a unos soldados que trataron de ayudarle.[46] Al día siguiente, los militares habsburgo abrieron fuego contra una muchedumbre que les arrojaba piedras; mataron a un muchacho de 14 años e hirieron a tres.[47] El 19, en el barrio hebreo, grandes gentíos atacaron a policías y militares; un relato llegó a sugerir que los civiles abrieron fuego.[48]

La destrucción, bajo la presión bélica, de la antaño floreciente comunidad multiétnica de Cracovia solo era el ejemplo más triste del abatimiento provocado por la miseria absoluta. Hacia el verano, Galitzia empezó a ser ingobernable. El Mando Militar de Cracovia acertó de pleno al advertir en mayo de 1918 de que «no puede descartarse que las masas, descontentas por la larga privación, y considerando la defectuosa estructura social y nacional del Estado como la causa de la situación en la que se encuentran, rechacen las citadas bases estatales y anhelen una reforma nacional o social, o una revolución».[49] En las ciudades, se informó, el estado de ánimo era «muy excitable […] antidinástico y antiaustriaco». El respeto por la Monarquía se

había desplomado hasta el punto de que circulaba el rumor de que el emperador Carlos era un borracho y que sus consejeros aprovechaban tal adicción para que promulgara medidas contrarias a los polacos.[50] Decenas de miles de desertores del Ejército campaban por las zonas rurales de Galitzia. Organizados en peligrosas bandas armadas de saqueadores, despreciaban a las débiles fuerzas de seguridad que les hacían frente e intimidaban a la gendarmería. En la puerta de un cuartel policial próximo a la localidad de Jarosław dejaron una nota en polaco con la siguiente advertencia: «Déjennos en paz y nosotros haremos lo mismo. De no ser así, les quitarán la vida». Desesperadas, las autoridades policiales imploraron ayuda para combatir esta «plaga de desertores».[51]

La ruptura del tejido social multiétnico y la rabia contra el régimen, aunque particularmente dramática y violenta, no era exclusiva de Galitzia. En Croacia y Eslavonia, otra zona de alta fragmentación multiétnica, la situación era similar: bandas armadas merodeaban por el campo y, en la primavera y el verano de 1918, se impuso de manera abrumadora la idea de la separación y un deseo universal de paz en sectores influyentes de la población. Incluso en Bohemia y en el corazón austriaco del imperio hubo abundantes signos, aunque no tan anárquicos, de desintegración social y política.[52] Las protestas contra la falta de alimentos y los precios disparados volvieron a sacudir a las grandes urbes imperiales. El antisemitismo era generalizado a causa de la escasez y también porque muchos asociaban a los judíos, tradicionales partidarios de los Habsburgo, con el detestado régimen. En Bohemia, lo único que todavía unía a checos y germanos era lo que un reporte denominó «la actitud antijudía de todas las clases». En mayo de 1918 hubo una pequeña manifestación antisemita en Praga.[53] En la capital del imperio, Viena, la agitación antisemita de los nacionalistas germanos y del Partido Social Cristiano en el Parlamento, en reuniones públicas y en la prensa empezó a aumentar después de la relajación de las leyes de censura, a mediados de 1917, y alcanzó el clímax en el verano de 1918. El blanco ya no solo eran los refugiados de Galitzia, sino todos los hebreos. Tan escalofriantes y frecuentes eran las amenazas de pogromo que, a finales de julio de 1918, el organismo representativo de los semitas de la ciudad, junto con 439 consejos judíos de toda la mitad oeste del imperio, rompieron por fin su largo silencio y protestaron en público. No sirvió de mucho. En Viena, y por toda la Europa central y oriental, la ruptura de las relaciones étnicas y el violento antisemitismo que provocaban el hambre y el sufrimiento perduraron más allá del calvario bélico y se hizo aún más intensa y radical con la derrota.[54]

Las Fuerzas Armadas de los Habsburgo

Sobre el papel, el Tratado de Brest-Litovsk debería haber sido bueno para el Ejército de los Habsburgo. Al inicio de 1918, la fuerza contaba con 63 divisiones. Estaban en el frente ruso 32 de infantería y 12 de caballería. Aunque la mayoría, en lugar de ser relevadas y transferidas, marchó al este, a ocupar Ucrania; los duros combates se habían terminado. No es seguro que el cese de las hostilidades elevara mucho la moral; los checos, por lo menos, temían que sus familiares en el Ejército fueran enviados al frente italiano.[55] Lo que sí es cierto es que permitió resolver de un golpe los problemas de recursos humanos de la fuerza, que se habían agudizado a finales de 1917. Los rusos liberaron unos 2,1 millones de prisioneros de guerra austrohúngaros. Conrad von Hötzendorff, que desde su destitución del cargo de jefe del Estado Mayor General había estado al mando del Grupo de Ejércitos del Tirol Sur (*Heeresgruppe Südtirol*), empezó a bombardear el cuartel general militar de los Habsburgo en Baden con nuevos y ambiciosos planes para derrotar a los italianos.[56]

El general Arthur Arz von Straussenburg, el hombre que reemplazó a Conrad en la jefatura del Estado Mayor General de los Habsburgo en febrero de 1917, trabajó mucho para renovar el Ejército después de su catástrofe del verano de 1916. Estandarizó la organización de la fuerza, de modo que cada división de infantería tuviera cuatro regimientos de tres batallones cada uno. Se reestructuraron los regimientos para que tuvieran más mezcla étnica, una medida que buscaba dificultar las deserciones en masa. También se disponía de nuevo equipo. Ahora, cada división contaba con 24 piezas pesadas y 72 ligeras. Se las había dotado de baterías de morteros y antiaéreos. Las compañías de infantería recibieron ametralladoras ligeras y granadas.[57] También se prestó atención a la moral y al entrenamiento. El Ejército despachó oficiales al frente occidental a estudiar el nuevo método bélico de armas combinadas e iniciativa en el mando. En marzo de 1918, emuló a Ludendorff con el establecimiento de una organización de propaganda, la Agencia de Defensa de la Propaganda Enemiga (*Feindespropaganda-Abwehrstelle*). La nueva organización buscaba combatir el cansancio bélico y los esfuerzos de bolcheviques y occidentales por socavar la lealtad y el rendimiento de las tropas. Al igual que en el Ejército alemán, cada división recibió orden de nombrar a un oficial educador. El mensaje debía ser positivo. Se animaba a los efectivos a sentir agradecimiento por la

«libertad e igualdad» garantizada por el régimen de los Habsburgo. Las disputas de nacionalidad que el Gobierno de Viena era incapaz de resolver no debían mencionarse. Al contrario, se debía cultivar la disciplina, el deber y un difuso patriotismo dinástico.[58]

Pese a que la Agencia de Defensa de la Propaganda Enemiga fue establecida demasiado tarde y que carecía de personal, fondos y del genuino atractivo ideológico necesario para guiar con éxito el pensamiento, no todos los intentos reformistas del Ejército fueron en vano. Hubo formaciones de los Habsburgo cuyas «prácticas óptimas» de entrenamiento y gestión de tropas estaban a la altura de las de su aliado germano. La 9.ª Brigada de Montaña constituye un buen ejemplo. Su jefe, el polaco Jan Romer, halló un malestar generalizado a su llegada, en marzo de 1918. En una de sus unidades, el Regimiento de Infantería n.º 104, muchos de los soldados eran raquíticos productos de la famélica Viena. El otro regimiento, el 117.º de Infantería, se componía de eslovenos en mejor forma, pero incluía en sus filas a numerosos mandos y soldados desafectos. Todo el personal tenía una necesidad urgente de descanso y muchos padecían congelación o bronquitis a causa del servicio en los Alpes italianos. Romer empezó a mejorar su valía militar mediante una combinación de paternalismo tradicional y un exhaustivo régimen de entrenamiento moderno. Dio ejemplo a sus mandos de cuidado paternalista: inspeccionaba las instalaciones de la tropa, conocía sus anhelos y problemas, organizaba entregas de comida extra y mejoró las áreas de descanso. Se fomentaron las canciones, el deporte, charlas motivadoras y una constante atención de los líderes a las necesidades de los hombres, todo con el objetivo de «despertar en el soldado satisfacción y autoconfianza». La instrucción de campaña que Romer organizó para sus hombres estaba a un mundo de distancia de las torpes cargas sin apoyo de los meses inaugurales de la guerra, o de la equívoca confianza en las fortificaciones estáticas de 1916. Los soldados de la 9.ª Brigada de Montaña hacían ejercicios interarmas con morteros, artillería e incluso aeroplanos. Romer, al igual que Ludendorff, se centró en desarrollar en cada individuo la autoconfianza y las habilidades para la vida en campaña. El entrenamiento táctico «se basó, en la medida de lo posible, en experiencias concretas de combate» y se empleó munición real. Practicaban tiro, lanzamiento de granadas, combate a la bayoneta y superaban carreras de obstáculos.[59]

Pese a que el Ejército de los Habsburgo, o al menos algunos de sus elementos, era más capaz de aprender de lo que se ha dicho, seguía enfrentándose a problemas muy serios. Al igual que en el frente interior, había

carencias materiales. La producción de armas y municiones se estaba desplomando. El intento, a principios de 1917, de participar en el Programa Hindenburg se reveló un enorme error, pues, con el fin de cumplir los objetivos fue necesario desviar acero y hierro del mantenimiento del sistema de transporte. Esto exacerbó aún más una escasez ya muy grave de material rodante y provocó cuellos de botella y un descenso de la velocidad y capacidad de carga de los trenes. No era posible entregar carbón a las fábricas de armamento. A esto debía sumarse que la eficiencia de los obreros de los hornos de fundición, agotados y hambrientos, descendió en un tercio. Por tanto, se hizo imposible acumular reservas de munición.[60] Vestir a la tropa también empezaba a ser más difícil. Hubo que suspender la práctica de dar a los soldados un par extra de botas. Guerreras, pantalones y capotes escaseaban. En cuanto al rancho, lo único bueno que podría decirse es que era un poco mejor que el de los civiles. En abril de 1918, la ración individual diaria de harina del Ejército estaba en 283 gramos, cuando un año antes era de 500 gramos. Aunque el sistema de suministros no se hundió por completo hasta la segunda mitad del año, los efectivos ya estaban harapientos y famélicos.[61]

En parte a consecuencia de estas condiciones míseras, el Ejército afrontó una epidemia de deserción a partir del otoño de 1917. Conrad, que informó en septiembre de que las deserciones al enemigo casi se habían triplicado, lo atribuyó a la agitación en el frente interior y al mal ejemplo para la disciplina que supuso la amnistía de presos políticos del emperador Carlos de julio de 1917. Conrad también consideraba que la reforma militar de la disciplina y la organización formaban parte del problema. La disciplina draconiana siempre había sido un pilar clave de la motivación del Ejército de los Habsburgo. Esta fuerza ejecutó a 754 de sus soldados durante la contienda, más que los franceses —600 ejecuciones—, los británicos —346— y muchas más que los alemanes, que solo aplicaron la pena de muerte a 48 hombres.[62] Es más, las fuerzas de los Habsburgo no solo castigaban ofensas de poca entidad atando a los hombres durante horas a un árbol o poste —al igual que los británicos y, hasta 1917, los alemanes—, sino que iban un poco más allá: encadenaban de pies y manos a los que cometieran delitos menores. Por otra parte, en julio de 1917, los tribunales castrenses y los comandantes habsburgo perdieron la potestad de ratificar sentencias de muerte.[63] Se abandonó la práctica de atar y encadenar por orden expresa del káiser, lo cual, afirmó Conrad de manera un poco exagerada, los privó «de todo método efectivo y fiable de castigo». No obstante, el antiguo jefe del Estado Mayor General estaba más en lo cierto al

quejarse de las contraproducentes consecuencias de entremezclar hombres de etnicidades poco fiables con regimientos leales. Aunque esta estrategia permitía que las tropas leales ejercieran una estrecha supervisión de checos, serbios, rutenos y rumanos, se corría el riesgo de empeorar el distanciamiento: «Rodeado de soldados de habla extraña, donde en muchos casos el oficial tampoco es capaz de hablar su idioma, tales elementos, como es natural, se sienten enseguida aislados, hostiles y a la primera oportunidad huyen con el enemigo».[64] La preocupación de Conrad estaba del todo justificada. En el primer trimestre de 1918, los húngaros, solo ellos, estaban buscando a 200 000 soldados emboscados.[65]

El retorno de los prisioneros austrohúngaros cautivos en Rusia dañó aún más la disciplina del Ejército. Estos hombres, durante toda su reclusión, habían sido sometidos a una intensa propaganda. En agosto de 1914, el régimen zarista decidió separar a los prisioneros en función de su etnicidad. Los eslavos, considerados amistosos en potencia, permanecieron en la Rusia europea, mientras que los germanos y húngaros, juzgados irremediablemente hostiles, fueron al exilio siberiano. En años posteriores hubo intentos ilegales, y en gran parte infructuosos, de reclutar unidades nacionales de prisioneros o, en el caso de serbios e italianos, de transferirlos al extranjero para que sirvieran en «sus» contingentes nacionales. Solo en el caso de los checos tuvieron algún éxito: las unidades zaristas emplearon a un reducido número de prisioneros de guerra checos para labores de inteligencia y, tras la primera revolución, el Gobierno provisional de Rusia expandió el reclutamiento. En julio de 1917 disponían en Galizia oriental de una Legión Checa de tres regimientos. Esta alcanzó unos efectivos de 40 000 soldados, lo cual hizo más profunda la desconfianza de las autoridades habsburgo hacia la población y los soldados checos.[66]

Sin embargo, lo que más preocupaba a principios de 1918 a los efectivos de los Habsburgo era el temor a que los prisioneros retornados no trajeran ideales nacionales —que ya circulaban en gran número por el imperio—, sino el bolchevismo. Lenin esperaba lo mismo: «Centenares de miles de prisioneros de guerra —se jactó más tarde— regresaron a Hungría, Alemania y Austria e hicieron posible que el bacilo del bolchevismo penetrara en profundidad en esos países».[67] Los bolcheviques llevaban agitando entre los prisioneros de guerra extranjeros desde la segunda mitad de 1916. Para inquietud del Ejército de los Habsburgo, los prisioneros húngaros y germanos, grupos étnicos que solían considerarse fiables, se mostraron particularmente receptivos a la propaganda, en parte porque las condiciones miserables en las

que les mantenía el Ejército zarista habían engendrado resentimiento. La agitación se intensificó en particular tras la toma del poder por los bolcheviques. Panfletos y diarios publicados en sus idiomas difundieron el ideario leninista entre los prisioneros. Los cautivos de izquierdas colaboraron en la agitación y en enero de 1918 formaron el Comité de Prisioneros de Guerra de Todas las Rusias. El húngaro Béla Kun, que lideró en 1919 un efímero régimen comunista en Hungría, fue uno de los principales agitadores-prisioneros. Pedía a todo camarada que regresara a casa ser «el maestro principal de la revolución en vuestras divisiones. Explicad a vuestros hermanos […] que solo la revolución puede salvarnos de la destrucción».[68]

Los mandos habsburgo estaban decididos a impedir que este mensaje llegara a sus desmoralizados soldados y a las agotadas y furiosas poblaciones del frente interior. La afluencia de prisioneros retornados empezó en diciembre de 1917, poco después del golpe bolchevique, y casi sumaba medio millón a finales de junio, momento de la firma de acuerdo final de intercambio de prisioneros. Para recibirlos, el Ejército austrohúngaro estableció un sistema de cuarentena. Los exprisioneros, una vez liberados en Ucrania, donde había un tercio, o en la frontera, pasaban inspección médica y los desparasitaban. A continuación, se les retenía en un campamento entre diez días y tres semanas donde retomaban la instrucción y el entrenamiento militar. En condiciones ideales, los habrían alimentado bien y les habrían dado uniformes nuevos, pero la carestía hizo que las raciones fueran escasas y la ambición de dar una nueva guerrera a cada retornado tuvo que reducirse a una gorra nueva; más tarde las autoridades militares se vieron limitadas a entregar ropa civil con un brazalete o escarapela. Una vez confirmado su buen estado físico y mental, los prisioneros eran transferidos a unidades de entrenamiento donde se comprobaban las circunstancias de su cautiverio y se separaba a los desertores. Solo después de superar este calvario se le concedía lo que todos deseaban desde hacía años: cuatro semanas de permiso.[69]

El temor del Ejército al bolchevismo era comprensible, pero su reacción fue contraproducente. Como ya ocurrió con los arrestos y encarcelamientos sin juicio de 1914, las sospechas generalizadas e injustificadas provocaron coerción y distanciaron a hombres hasta entonces leales. En realidad, los informes de los censores postales apenas descubrieron socialismo radical. Los prisioneros checos y polacos, los más descontentos con el imperio, solían expresar sus agravios en un plano nacional. La mayoría de los otros cautivos se limitaban a sentirse desgraciados y abandonados.[70] El trato que les dio el Ejército acentuó tales sentimientos. No se les dio la bienvenida: al contrario,

los hombres tuvieron que soportar un procesamiento impersonal y mecánico. Los militares no tenían en cuenta sus sufrimientos y, al volver a encarcelarlos en campos, no hicieron nada por ayudarlos a readaptarse. Durante sus largos años de cautiverio, algunos habían contraído lo que los coetáneos denominaban «enfermedad de la alambrada», un trastorno psiquiátrico cuyos síntomas incluían irritabilidad y problemas de concentración.[71] Otros atravesaron experiencias muy traumáticas. Los retornados que fueron capturados en 1914 tuvieron suerte de sobrevivir a una epidemia de tifus que devastó los campamentos de Rusia en el primer invierno de la guerra. Otros, en su mayoría húngaros y germano-austriacos, fueron enviados a trabajar en el «ferrocarril de la muerte» del zar, construido para transportar suministros de la Entente desde Múrmansk al interior. Alrededor de 25 000 prisioneros, un 40 por ciento de los hombres que trabajó en este proyecto, perecieron víctimas de los elementos y del agotamiento por temperaturas que llegaron a descender a 35 grados bajo cero.[72] Por último, los antiguos prisioneros no estaban preparados para las privaciones de Austria-Hungría. Soñaban con encontrar a su regreso el mundo de preguerra, pero quedaron impactados y desmoralizados al ver el empobrecimiento y agotamiento de su familia. Las sospechas y expectativas de tener que volver pronto al combate también distanciaron a los retornados. Como observó con rabia un exprisionero, aguantar «tanta desconfianza, maltrato y desprecio» era «una decepción y un amargo desengaño».[73]

En realidad, el malestar que recorrió las unidades de entrenamiento de los Habsburgo durante la primera mitad de 1918, más que al adoctrinamiento bolchevique, se debió a la insensibilidad del Ejército y a la reticencia de los agotados exprisioneros a ser devueltos al combate. Entre finales de abril y mediados de junio hubo treinta motines de exprisioneros.[74] En su mayor parte fueron pequeñas acciones espontáneas provocadas por la mala comida, agravios por cuestiones de permisos o resistencia a incorporarse a batallones de marcha con destino al frente. No obstante, también hubo incidentes a mayor escala, que comenzaron por quejas contra el Ejército, pero que no tardaron en manifestar agravios nacionales o sociales y antagonismos raciales. Los soldados eslovenos, considerados desde antiguo los eslavos del sur más fieles al imperio, fueron responsables de tres notables estallidos de violencia. Uno de los más feroces tuvo lugar en Judenburg, Estiria, donde unos prisioneros retornados lideraron a un grupo de 1200 efectivos del batallón de reemplazo del Regimiento de Infantería n.º 17 en una noche de saqueo y destrucción. Provocaron destrozos en la cantina de oficiales y en el

acuartelamiento local, saquearon tiendas, atacaron la estación de tren y amenazaron al cura del pueblo. Perecieron dos amotinados, cuatro soldados y una civil. El hambre, la rabia contra los mandos y la bebida contribuyeron por igual a las algaradas. Los hombres tenían peticiones políticas genuinas, aunque expresadas con torpeza. Uno de los cabecillas explicó sus motivos al comienzo del motín: «Vamos, muchachos, vestíos —les dijo a sus compañeros de cuartel—. Nos vamos a casa. No solo lo hacemos por nosotros, sino por hacerles un favor a los camaradas del frente. Hay que poner fin a la guerra ahora […] quien sea esloveno, ha de venir».[75]

En los comienzos del verano de 1918, el Imperio austrohúngaro debería haberse alzado triunfante. Sobrevivió al régimen autocrático del zar, que, en época de paz, aspiró abiertamente a su derrumbe y desmembración. Además, eliminaron las amenazas irredentistas externas que tanto atemorizaban a los dirigentes austrohúngaros antes de la contienda. Serbia y el sur de Polonia estaban bajo ocupación, en mayo de 1918 se firmó un tratado favorable con Rumanía y los italianos quedaron neutralizados por las fuertes pérdidas sufridas el otoño anterior, en la desbandada de Caporetto. No había motivos para continuar la lucha. Sin embargo, ni el emperador Carlos ni Czernin se plantearon nunca una paz independiente. El ministro de Exteriores de los Habsburgo argumentó más tarde que semejante acto habría hecho que las unidades germanas en el Tirol se volvieran contra el imperio, así como habría provocado una contienda civil en el interior.[76] Es cuestionable que los alemanes dispusieran en 1918 de los hombres necesarios para ocupar Austria-Hungría. Es más, al mantenerse unidos a su aliado, los líderes habsburgo certificaron que cualquier victoria de las Potencias Centrales dejara a su imperio reducido a la condición de mero satélite germano. En mayo dieron otro paso en esa dirección: los franceses revelaron los contactos secretos de paz de un año antes, emprendidos por mediación del príncipe Sixto. Carlos tuvo que apaciguar a sus furiosos aliados y a las indignadas élites germano-austriacas. Su humillante viaje a Spa para postrarse en el Cuartel General del Ejército germano y la firma de un acuerdo provisional de alianza militar, económica y política a largo plazo revelaron al mundo el sometimiento completo del Estado de los Habsburgo.[77]

En consecuencia, la guerra prosiguió, en contra de los intereses del imperio y de la voluntad de sus pueblos. Los polacos se distanciaron de forma irremediable a causa de la predisposición de los Habsburgo a sacrificar la

región de Chełm a sus rivales ucranianos a cambio de una ilusoria «paz del pan». Los checos daban por imposible que el imperio pudiera reformarse. Las huelgas de enero de 1918 demostraron el profundo deseo de paz de todos los territorios del emperador Carlos. La sociedad multiétnica se había fragmentado y el odio racial dividía a los pueblos. Las fuerzas armadas también se desmoronaban. Las ideas bolcheviques y, sobre todo, el profundo descontento de los exprisioneros estaban socavando la disciplina y el éxodo de desertores no se había detenido. El cambio de bases militares, para que los efectivos estuvieran destinados en regiones que les resultaran extrañas, explotó interesadamente la acerba enemistad entre los pueblos del imperio, con el fin de asegurar, de forma temporal, que civiles y soldados, al contrario que en Rusia, no se unieran para hacer la revolución.[78] El fin se acercaba, pero su forma y su horror ya no dependería de la Monarquía de los Habsburgo, sino de los alemanes y de los acontecimientos de más al oeste.

13

EL HUNDIMIENTO

La última oportunidad

Iniciado 1918, a muchos coetáneos todavía les parecía factible una victoria de las Potencias Centrales. El coronel Albrecht von Thaer, un oficial de Estado Mayor próximo a Ludendorff, resumió los motivos para el optimismo en su análisis del nuevo año. «Desde el inicio de la contienda —reflexionó—, nuestra situación nunca había sido tan buena. El coloso militar ruso está totalmente acabado e implora la paz; lo mismo ocurre con Rumanía. Serbia y Montenegro han desaparecido sin más. Italia aún se sostiene, con dificultad, gracias a Inglaterra y Francia y ocupamos su mejor provincia. Inglaterra y Francia continúan en disposición de combatir, aunque muy exhaustas —sobre todo los franceses— y los *U-Boote* someten a los ingleses a una gran presión». La única carta ganadora en manos de los aliados occidentales era Estados Unidos y Thaer tenía serias dudas de que esta potencia, de esencia marítima, fuera capaz de inclinar la balanza en el crucial frente occidental.[1] Sin embargo, ignoró los problemas del Ejército germano, que eran muy graves. Había dejado atrás el punto álgido de su fuerza y el año precedente dio muestras de agotamiento e indisciplina. Por encima de todo, tal y como

sabía el OHL, tenía el tiempo en contra. Al otro lado del Atlántico se entrenaba un poderoso contingente estadounidense y el historial de combate de los submarinos daba escasas esperanzas de que pudieran impedirles cruzar el océano. Era necesario ganar la guerra antes de que los estadounidenses llegaran a Europa. «Lo único que importaba —recordó Ludendorff— era reunir efectivos suficientes para atacar en el oeste».[2]

Se lo jugaban todo. Ante la incapacidad de los mandatarios germanos y austrohúngaros de impulsar tibias reformas políticas, o de hacer la paz en 1917, la legitimidad de los regímenes residía en exclusiva en obtener una victoria rápida y total. La derrota de Rusia les concedió un breve respiro. Para muchos alemanes, seguir combatiendo parecía ofrecer ahora una oportunidad real de lograr una conclusión rápida y satisfactoria.[3] En Austria-Hungría, la población observaba y esperaba los acontecimientos que vinieran del oeste. Pese a que ahora el Ejército germano podía transferir unidades del extinto frente oriental y acumular una superioridad numérica en el oeste, imponer una decisión militar sería difícil. Británicos y franceses no solo eran adversarios formidables; también era difícil hallar la forma de derrotarlos. El socialdemócrata Philipp Scheidemann expresó el problema con gran lucidez en un discurso al Comité de Dirección del Reichstag en enero de 1918. «Supongamos —argumentó— que tomásemos Calais y París […] supongamos que semejante ruptura logra un éxito completo. ¿Significaría eso la paz?». De acuerdo con experiencias pasadas, le parecía muy dudoso. «Hemos invadido Estados enteros y expulsado gobiernos hostiles de su país y, aun así, todavía no tenemos la paz».[4] La tarea primordial del OHL era dar con la solución a este dilema. El fracaso haría caer el último pilar que sostenía a las Potencias Centrales y haría inevitable no solo la derrota, sino también la revolución.

Ludendorff empezó a pensar en una ofensiva en el oeste en octubre de 1917. Los *U-Boote* no habían cumplido las promesas de la Marina y, aunque los dos principales jefes de grupo de ejército del frente occidental, los príncipes herederos Guillermo de Alemania y Ruperto de Baviera, dudaban de que el Ejército germano pudiera lograr una victoria operacional decisiva, el entrenamiento de un gran contingente estadounidense en ultramar hacía que la inactividad no fuera una opción. Tal y como remarcó el 23 de octubre el jefe de operaciones del OHL, el comandante Wetzell, era necesario lanzar una ofensiva si no querían que Alemania fuera aplastada bajo el peso de una

superioridad numérica abrumadora.[5] El desplome del Ejército ruso, la revolución bolchevique y el armisticio de Lenin, a finales de año, hicieron posible transferir efectivos hacia occidente, con lo que mejoraron las posibilidades de lograr una victoria decisiva en el oeste. Según el conde Von der Schulenburg, el coronel al mando del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del príncipe heredero Guillermo, un asalto contra los franceses era su mejor opción de victoria. Los germanos tenían constancia de que, durante el verano anterior, el Ejército de la república había sido sacudido por la desmoralización y los motines. El estado del frente interior galo también era precario: la inflación superaba a la del Reich y la militancia obrera estaba en ascenso.[6] Schulenburg recelaba de que Francia pudiera sobrevivir a otra derrota militar severa. Sin embargo, a Ludendorff y a otros jefes militares los británicos les parecían más vulnerables. Su fuerza era considerada más torpe tácticamente que la de su aliado. Un estudio de inteligencia redactado a principios de 1918 consideraba que el grado de entrenamiento de las unidades británicas era inadecuado para la guerra móvil y exponía que, tras sus reveses de 1917, la confianza de buena parte de sus efectivos había desaparecido: «Hay un gran cansancio de la guerra».[7]

Ludendorff eligió al enemigo adecuado, aunque no enteramente por los motivos correctos. Los británicos cometerían errores tácticos desastrosos en la primavera de 1918 y su estructura de mando, especializada en la guerra de posiciones, se derrumbó ante el entorno cambiante de las operaciones móviles. No obstante, los alemanes subestimaron la dureza de sus efectivos, que compensó en buena medida los fallos y la falta de habilidad táctica del mando.[8] La verdadera vulnerabilidad de la Fuerza Expedicionaria Británica era la logística. Todos los contingentes del frente occidental requerían de extensos sistemas ferroviarios para mantenerse abastecidos, pero la red tras las líneas británicas apenas bastaba. Tenía dos cuellos de botella, los nudos ferroviarios avanzados de las localidades francesas de Hazebrouck y Amiens. Por cada uno de estos pasaba alrededor de la mitad de los suministros enviados desde Gran Bretaña: Hazebrouck, situado a unos 30 kilómetros detrás de la línea, en el norte, canalizaba los materiales que arribaban a los puertos de Boulogne, Dunkerque y Calais. Amiens, 60 kilómetros tras el sector meridional de los británicos, ayudaba a distribuir bienes de Ruan, El Havre y Dieppe, además de gestionar el 80 por ciento del tráfico norte-sur a lo largo de la línea. El avance germano tendría que ser en profundidad, pero el premio por capturar esos nudos ferroviarios clave hubiera sido inmenso. Perder Amiens cortaría dos de las tres líneas de doble vía al otro lado del

Somme y dejaría a los británicos con una capacidad de transporte de tan solo 90 trenes diarios, menos de la mitad de los necesarios para sostener los combates más intensos. Si caía Hazebrouck, la posición británica en el continente sería insostenible. Sus comandantes eran muy conscientes de este peligro. El general sir Henry Rawlinson, uno de los dos planificadores de la ofensiva de 1916 en el Somme, y jefe del 4.º Ejército a partir de julio de 1918, advirtió de que Amiens era «el único [lugar] donde el enemigo puede aspirar a obtener un éxito suficiente que obligue a los aliados a negociar la paz».[9]

El OHL nunca identificó este punto débil y en potencia mortal. La estrategia de Ludendorff se centró en la psicología, más que en el territorio. Se negó a identificar ningún objetivo terrestre final. A los subordinados que le pedían que lo hiciera, y que de este modo aclarara qué se pretendía lograr con la ofensiva, Ludendorff se limitó a replicar: «En Rusia, nos bastaba siempre con determinar un objetivo inmediato y luego descubríamos dónde ir a continuación».[10] Esto es revelador: Rusia no se hundió en 1915 tras perder grandes extensiones de territorio y ciudades importantes como Varsovia y Łódź, sino en 1917, a causa de una crisis de moral. La intención de Ludendorff era romper la cohesión y la voluntad del Ejército británico. Su torpe adversario sería incapaz de adaptarse al rápido ritmo de las operaciones móviles y quedaría despedazado por la constante presión ofensiva. A Ludendorff, por tanto, le importaba la ruptura inicial que restablecería el movimiento, más que adónde se dirigirían las tropas. Por este motivo, la operación se construyó por completo sobre requerimientos tácticos. Tras considerar muchos planes, el primer intendente general optó por atacar al sur de la línea británica, en un frente de 80 kilómetros a ambos lados del Somme. Allí el terreno era firme a principios de la primavera, al contrario que más al norte, en la anegada Flandes, y los británicos acababan de hacerse cargo de las líneas del lado izquierdo del río que la anterior guarnición francesa apenas había fortificado. La falta de efectivos obligó al alto mando de la BEF a tomar decisiones muy duras. Aunque los puertos del canal estaban protegidos por fuertes contingentes, el 5.º Ejército británico que guardaba el sur del área donde Ludendorff había elegido atacar cubría 68 kilómetros con apenas 12 divisiones de infantería y 3 de caballería. El frente de cada división era un tercio más largo que la norma de otros contingentes británicos. El sector estaba maduro para una ruptura, si bien había un problema: los británicos eran débiles allí porque no había objetivos clave que defender. Aunque Ludendorff esperara arrancárselos a los franceses, sus efectivos avanzarían por el páramo

que había dejado la batalla del Somme de 1916 y su retirada de principios de 1917.[11]

El nivel de los preparativos de la gran ofensiva no tuvo precedentes. En el invierno de 1917 a 1918 los alemanes transfirieron al frente occidental 48 divisiones desde otros teatros, sobre todo de Rusia, lo cual elevó sus efectivos en ese sector hasta 191 grandes unidades, ante las 178 de sus adversarios.[12] El 17.º, 2.º y 18.º Ejércitos, los contingentes encargados de ejecutar la Operación Michael, sumaban un total de 67 divisiones. El apoyo artillero de la ofensiva era formidable: descargarían en el bombardeo inicial 6473 cañones y 3532 morteros de trinchera. Para abastecerlos, se crearon enormes depósitos de munición. El 18.º Ejército, por sí solo, acumuló casi 3 millones de proyectiles. Como es natural, dada la posición central de la táctica en el diseño de la acción se dedicó mucha atención al entrenamiento y organización de la tropa. No había recursos para equipar por igual a todas las divisiones, de modo que el ejército se dividió. La mayoría de grandes unidades fueron clasificadas como «divisiones de trinchera», aptas para la guerra posicional. El resto, 56 «divisiones de asalto», se encargaría de encabezar los ataques y les asignaron el mejor armamento, unidades especializadas, caballos y los soldados más jóvenes y vigorosos. Todas estas formaciones fueron retiradas de la línea para recibir cuatro semanas de instrucción. Se distribuyó un nuevo manual, *El ataque en la guerra de posiciones*, para explicar a un contingente acostumbrado a combatir a la defensiva de qué modo la cooperación entre las diferentes armas, la iniciativa y la delegación de autoridad que, desde la batalla del Somme de 1916 se había empleado con tanto entusiasmo en la defensa elástica, también era aplicable a la acción ofensiva.[13]

Se hizo un gran esfuerzo por sorprender y engañar al enemigo. El OHL solo permitía a las tropas llegar de noche al sector de ataque. Se emprendió una compleja y exitosa campaña de desinformación para hacer creer a los franceses que la ofensiva sería contra ellos, al norte de Verdún o en Champaña.[14] Los germanos también hicieron un primer intento de desmoralizar a los británicos. Lanzaron sobre sus líneas un panfleto que preguntaba directamente a los soldados: «¿Para qué combatís?». Los *Tommies*, decía la octavilla, no tenían ningún interés en derramar sangre por volver a tomar «lugares extranjeros que a Inglaterra no le sirven de nada en absoluto». Rusos, rumanos y montenegrinos habían cesado el combate, los «ingratos belgas» esperaban que otros liberaran su país por ellos y «los franchutes», decían los propagandistas alemanes, solo continuaban para tomar Alsacia y Lorena. Falsamente, insistían en que «todo el mundo sabe que los

alemanes nunca pretendieron quedarse región alguna de Francia». De igual modo, tampoco podían esperar ayuda de los imprevisibles estadounidenses, que ahora decían que «tendrían que pasar uno o dos años hasta que el gran ejército prometido […] pueda llegar a Francia». Al ritmo actual, «serán necesarios al menos seis meses para alcanzar Cambrai […] ocho años Mons, dieciséis Bruselas, treinta y dos años Amberes, sesenta y cuatro Colonia y 132 años Berlín». Era, se burlaban los propagandistas, «un camino sin duda mucho más largo que a Tipperary».[*][15]

En vísperas de la ofensiva, la moral de los efectivos germanos era alta, aunque frágil. Tras los duros combates del otoño de 1917, la revolución bolchevique y el armisticio habían elevado los ánimos. Hacia enero de 1918, toda la tropa estaba convencida de que Rusia estaba «acabada» y muchos soldados empezaron a albergar esperanzas del fin de las hostilidades. La mayoría de los hombres del frente censuraron sin paliativos las huelgas de ese mes en Alemania, pues consideraban que prolongarían la contienda y envalentonarían al enemigo. Al contrario, pensaban que el camino de vuelta a casa estaba frente a ellos: el que conducía a las alambradas británicas. Como manifestó el censor postal del 5.º Ejército, las tropas estaban dispuestas «a enfrentarse al enemigo en un gran choque final», aunque su predisposición era muy condicional: el esfuerzo se acometería «como si se pudiera alcanzar la paz tan ansiada».[16] Apenas se consideró qué ocurriría si los golpes no traían la paz, si bien en marzo de 1918, en vísperas de la ofensiva, pocos consideraban posible tal cosa. Las tropas veían impresionadas, en palabras del autor de un diario, «columna tras columna [de suministros], entregas de munición día y noche, emplazamiento de cañones, en particular lanzaminas, camiones […] que traían todo tipo de material».[17] También levantó la moral la entrega de mejores raciones a la fuerza de asalto durante las semanas finales previas a la operación. El ambiente, recordó un oficial, era de «firme confianza en un buen éxito».[18]

El bombardeo preliminar de la ofensiva se inició a las 04:20 h de la madrugada del 21 de marzo. Por espacio de cinco horas, los cañones germanos descargaron 1 160 000 proyectiles sobre las posiciones del 5.º y 3.er Ejércitos británicos, martillearon la línea de frente y suprimieron la artillería adversaria con gas. A las 09:40 h, la infantería de 32 divisiones alemanas se lanzó a la carga bajo una densa bruma, tras una barrera móvil que obligó a mantenerse a cubierto a los pocos efectivos británicos todavía en condiciones de resistir. En el norte los defensores aguantaron con dureza, pero el sector meridional del frente se desmoronó con rapidez. El 5.º Ejército había

organizado sus posiciones en un dispositivo que creía imitar una defensa elástica de estilo germano. Los puestos de la zona avanzada debían causar bajas y contener a los atacantes y así ganar tiempo para ocupar la bien fortificada zona de batalla a retaguardia, fuera del alcance del bombardeo preliminar. Sin embargo, el 21 de marzo, la densa niebla permitió que suficientes tropas de asalto alemanas se infiltraran y rodearan las posiciones avanzadas. Los británicos no acumularon reservas suficientes y las que había permanecieron demasiado atrás, por lo que, sin esperanza alguna de auxilio, las posiciones de primera línea, que debían aguantar dos días, se rindieron enseguida. Solo el primer día, los germanos capturaron 21 000 prisioneros, además de infligir 7512 muertos y 10 000 heridos. Los tres ejércitos asaltantes ocuparon 255 kilómetros cuadrados de terreno, expulsaron a los británicos de su zona avanzada y, en las posiciones del sur, mal fortificadas, expulsaron al 5.º Ejército de la mayor parte de su zona de batalla.[19]

No obstante, la ofensiva no fue según lo planeado. El 17.º Ejército, el contingente alemán de más al norte, debía, en teoría, cargar con el peso principal del ataque. Penetraría hacia Arrás y Albert y, en cooperación con su vecino, el 2.º Ejército, tenía que separar a las fuerzas británicas de las francesas y batir a las primeras en dirección al canal de la Mancha. Pese a empeñar 16 de sus 18 divisiones, apenas logró avanzar de 4 a 5 kilómetros por territorio bien defendido y estaba detenido frente a la zona de batalla del 3.er Ejército británico. El 18.º Ejército, cuya misión era proteger el flanco izquierdo de las unidades de asalto sobre el río Somme, golpeó el punto más débil y fue el que avanzó más lejos. Ludendorff optó por reforzar el éxito y le asignó refuerzos. Fue una decisión funesta. En un primer momento, pareció del todo justificada por los espectaculares progresos de los días siguientes. Hacia el 23 de marzo, el káiser, después de sufrir una depresión a causa de la detención de los progresos en el norte, estaba eufórico. «La batalla está ganada —se jactó—, los ingleses han sido derrotados por completo».[20] Entre la tropa también había euforia, pues fanfarroneaban con amigos y familiares de haber ayudado a «zurrarle el trasero a *Tommy*».[21] El 5 de abril, cuando se canceló la ofensiva, las tropas del 18.º Ejército habían avanzado 60 kilómetros desde el punto de partida, un logro superior a todos los alcanzados en el oeste desde 1914. El 5.º Ejército británico quedó destrozado. Se rindieron unos 90 000 efectivos aliados, de ellos 75 000 británicos, y se capturaron 1300 piezas de artillería.[22]

Por más impresionantes que fueran tales cifras, apenas supuso un cambio marginal de la situación estratégica. Los británicos reemplazaron a la mayor

parte de sus pérdidas: hacia el final de la Operación Michael, habían llegado del otro lado del canal de la Mancha más de 100 000 reemplazos para cubrir las mermadas filas de la BEF.[23] La fatal negativa de Ludendorff a definir un objetivo estratégico perjudicó al Ejército germano, pues permitió una indecisión dañina y un oportunismo equívoco. El 23 de abril, mientras el káiser brindaba por la victoria, Ludendorff dispersó a los efectivos de la fuerza al ordenar a sus tres contingentes atacar al noroeste, al oeste y al sudoeste en un intento, demasiado ambicioso, de separar a franceses y británicos, destruir a los segundos y eliminar las reservas de los primeros. El 26 de marzo repitió de nuevo el error: ordenó dos nuevos ataques más al norte. Amiens podría haber caído si los germanos hubieran reconocido antes su importancia y concentrado efectivos contra esta. Ese día, la ciudad fue al fin designada objetivo del avance; sus vanguardias llegaron a apenas 11 kilómetros, pero los refuerzos galos y la feroz resistencia británica frustraron los intentos de tomarla. Los alemanes no sacaron nada de valor de la Operación Michael. Los 3100 kilómetros cuadrados que ocuparon no servían de nada: el 17.º, 2.º y 18.º Ejércitos estaban establecidos en un páramo, con las líneas de suministro sobreextendidas de mala manera.[24] Habían encajado horrendas pérdidas, casi 240 000 hombres irremplazables, entre muertos, desaparecidos y heridos. Las bajas de oficiales experimentados y de efectivos de las divisiones de asalto, élite de la fuerza, fueron particularmente graves. En ciertas unidades ofensivas, la batalla liquidó dos terceras partes de su infantería.[25]

Ludendorff conservó la iniciativa para mantener a los aliados en la confusión. Entre las alternativas a la Operación Michael, se consideró una ofensiva en Flandes, denominada Operación George [Jorge], y, pese a que se determinó que la región no era apta para un asalto inicial debido a su terreno anegado, los preparativos continuaron todo el mes de enero. El primer intendente general ordenó su inicio. Los fuertes combates de marzo redujeron la escala y como reflejo de esto se le cambió el nombre por Georgette [Jorgito]. A pesar de ello, seguía siendo peligrosa. Los dos ejércitos germanos que recibieron orden de atacar, el 4.º y el 6.º, disponían de 28 divisiones, apoyadas por 1199 piezas de campaña, 971 cañones pesados y 40 piezas superpesadas. Ante ellas solo había 8 divisiones británicas y una división portuguesa agotada y desmoralizada. Al contrario que Michael, la operación buscaba tomar un objetivo de importancia, el centro ferroviario de Hazebrouck. La ofensiva, iniciada a las 04:15 h de la madrugada del 9 de abril, obtuvo un éxito inicial considerable. Tras un fuerte bombardeo, las

tropas de asalto germanas avanzaron bajo una densa bruma y barrieron a la división lusa. Por la tarde, habían ganado 10 kilómetros. El avance prosiguió durante los días siguientes, y el 12 los alemanes llegaron a menos de 6 kilómetros de Hazebrouck, aunque no pudieron tomarla. Ludendorff es el principal responsable, pues, como ya hizo en marzo, dispersó los efectivos de su fuerza al no limitarse a un solo objetivo. El 12 de abril, cuando debería haber orientado todos los esfuerzos hacia Hazebrouck, ordenó a sus formaciones tomar la localidad de Bailleul.[26]

La Operación Georgette no solo fracasó a causa de los errores cometidos por el alto mando. Las tropas estaban exhaustas. De las 36 divisiones participantes, 27 habían combatido en Michael y el resto era formaciones de trinchera.[27] Los efectivos de infantería estaban reducidos: cada gran unidad disponía de unos 6000 hombres. También le faltaban un mínimo de 500 caballos a cada una, lo cual limitaba su movilidad.[28] Más amenazadores eran los claros signos de desesperación entre los combatientes. A la conclusión de abril, el optimismo con que los soldados habían iniciado la ofensiva se había esfumado; desesperados, anhelaban que «esta maldita guerra se termine pronto».[29] Los altos mandos reconocieron el cambio de humor. El general Hermann von Kuhl, Jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Ruperto, el 18 de abril estaba preocupado porque «las tropas parecen haber llegado a su fin».[30] El coronel Thaer, cuyo IX Cuerpo de Reserva participó en Georgette, también estaba preocupado. La causa del abatimiento, desde su punto de vista, eran las exageradas expectativas de la tropa en cuanto al resultado de la ofensiva de primavera. «Habían puesto demasiadas esperanzas en que el gran golpe de marzo ponga fin a la guerra —observó con tristeza—. En consecuencia, empeñaron una vez más todo su valor y energía. Ahora, la decepción está aquí, y es grande. Es la principal razón por la que incluso ataques bien preparados por la artillería se diluyen en cuanto nuestra infantería supera la zona bajo un fuerte bombardeo».[31]

Una vez fracasada la Operación Georgette y el intento de derrotar a los británicos, las ofensivas germanas pasaron a su fase final. Ludendorff pretendía lanzar un nuevo golpe decisivo en Flandes, aunque primero necesitaba atraer las reservas aliadas a otro sector. Para ello, optó por un ataque de distracción contra el Ejército francés en el Chemin des Dames. La nueva acción fue la demostración definitiva tanto del virtuosismo táctico germano, como de su quiebra estratégica. Los alemanes desplazaron en secreto desde Flandes cañones, ingenieros y unidades especializadas, que marcharon de noche para evitar la detección desde el aire. La artillería, sus

1158 baterías, casi cuatro veces más numerosas que las desplegadas ante ellas, hicieron tiros de orientación sin alertar al enemigo, de modo que, cuando abrieron fuego, a las 02:00 de la madrugada del 27 de mayo, la sorpresa fue total. La infantería, hombres del 7.º Ejército, progresó al amanecer y desbordó con rapidez todas las posiciones defensivas hasta avanzar un máximo de 22 kilómetros en un solo día; el mayor de la guerra en el frente occidental.[32] No había manera de que los germanos lograran una victoria decisiva en esta región, pero Ludendorff volvió a optar por ampliar el ataque. Sus efectivos llegaron al Marne y evocaron en la Entente el mal recuerdo de 1914, además de provocar el pánico en París, a apenas 70 kilómetros de distancia. Una segunda ofensiva, en junio de 1918, amplió un poco más el expuesto saliente que los germanos habían creado. Para entonces, sin embargo, la partida se había acabado. Cualquier nuevo avance carecería de importancia estratégica y, además, los aliados habían tomado la medida a las tácticas del adversario. La ofensiva final germana en Champaña, el 15 de julio, fue revelada por prisioneros y detenida apenas cuatro días después de su inicio por una efectiva defensa elástica francesa. El 18 de julio fue el primer día de las contraofensivas aliadas que, en el transcurso del otoño, haría retroceder a los alemanes casi hasta su frontera. Dos ejércitos franceses con 24 divisiones, apoyados por 2000 bocas de fuego y 750 carros, avanzaron de repente. Tres días más tarde se habían rendido 17 000 soldados germanos agotados y sorprendidos y, hacia finales de mes, su ejército evacuó el indefendible saliente. Las tornas habían cambiado.

Derrota

Llegado el verano, el Ejército germano estaba sentenciado. Los comandantes con mayor visión supieron ver que la contraofensiva francesa en el Marne fue, en palabras del general Hermann von Kuhl, «el punto de inflexión de la guerra».[33] El 8 de agosto los británicos lanzaron un segundo gran ataque en las afueras de Amiens, el cual confirmó que la iniciativa había pasado al bando aliado. En una de las mayores batallas coordinadas de la contienda, 10 divisiones de infantería y 552 carros, apoyados por 2060 cañones, sorprendieron y rompieron la línea del 2.º Ejército alemán en los arrabales de Amiens. Los británicos avanzaron casi 13 kilómetros y capturaron 15 000

prisioneros y 450 piezas. En el resto de agosto y la primera mitad de septiembre una sucesión de golpes coordinados por el mariscal Ferdinand Foch, comandante supremo de los ejércitos aliados en el frente occidental, llovió sobre diversos sectores de la línea germana. El 26 de septiembre comenzó una ofensiva aliada generalizada en todo el frente. En el momento del armisticio, el 11 de noviembre, los contingentes aliados habían avanzado un máximo de 160 kilómetros.[34] A la conclusión de la contienda, el Ejército de Alemania era una mera sombra de sí mismo. Desde el inicio de la contraofensiva aliada, a mediados de julio, sus bajas sumaban un total de 800 000 soldados. Apenas quedaban en el frente 750 000 infantes, en lo que un oficial de Estado Mayor denominó «una telaraña de combatientes».[35] Aunque los ametralladores de élite siguieron causando elevadas bajas a los atacantes aliados, todos los informes coincidían en que las unidades de fusileros germanos estaban agotadas, a medio entrenar, exhaustas y desalentadas. Empujados de manera inexorable hacia la frontera del Reich, sin esperanza de recibir relevos o refuerzos, esos hombres no tenían ninguna posibilidad de impedir la invasión de su patria.[36]

Este sorprendente giro de la situación estratégica se debió en buena medida a la superioridad numérica aliada. Los efectivos del Ejército germano descendieron en caída libre en el transcurso de sus ofensivas. Entre marzo y finales de julio, sufrió 977 555 bajas. Algunos se recuperaron de las heridas y volvieron al frente, pero la falta de nuevos reclutas imposibilitó reemplazar a muchos de los muertos y heridos graves, con lo que el contingente de campaña del oeste se redujo en 300 000 hombres.[37] En ese mismo periodo llegó a Europa más de un millón de tropas estadounidenses. A mediados de junio, los efectivos aliados de infantería superaron a los germanos por primera vez en ese año. Iniciado agosto, los aliados alineaban 1 672 000 infantes, 277 000 más que las fuerzas del káiser.[38] Aún peor para los alemanes, sus enemigos gozaban también de una ventaja considerable en armamento. En el momento del inicio de las ofensivas alemanas, los aliados disponían de 18 500 cañones y 4500 aviones ante los 14 000 y 3760 del enemigo. Disponían casi de un monopolio de vehículos acorazados. Franceses y británicos desplegaron centenares de carros en sus ataques del verano de 1918, mientras que los alemanes solo llegaron a construir 20 carros de diseño propio, el torpe y poco potente A7V, además de recuperar 75 vehículos capturados.[39] Ludendorff atribuyó a los blindados aliados la derrota de su ejército. Sin embargo, los carros no eran un arma que pudiera ganar la guerra por sí sola. Lo que hizo tan formidable a franceses y británicos fue su capacidad de combinar esas

armas en un sistema de batalla. Los germanos no tenían respuesta a su hábil coordinación de aviación, artillería e infantería. El temor a los blindados aliados llevó a los comandantes germanos a emplazar su artillería de campaña en primera línea, pero eso debilitaba su capacidad de responder a los bombardeos y los cañones corrían el peligro de ser capturados por el avance enemigo. Muchas de sus divisiones, que en teoría tenían 6750 infantes, a finales de otoño disponían de menos de un millar, lo cual imposibilitaba organizar una moderna defensa en profundidad.[40]

Aun así, la idea de que la victoria de los aliados se debiera en exclusiva a sus recursos industriales, materiales, habilidad logística o pericia marcial desprende un aroma a triunfalismo. Tan o más importante fue la moral del adversario germano: el propio Ludendorff admitió que el «espíritu de las tropas» fue decisivo en la derrota del Ejército del káiser.[41] La destrucción de la fuerza en 1918 se explica mejor como el producto de un desplome psicológico, que empezó con la tropa pero que se expandió con rapidez a los mandos inferiores y, en última instancia, al propio OHL. El malestar comenzó a manifestarse ya en primavera. El entusiasmo con el que los efectivos germanos se lanzaron a la ofensiva dependía de una victoria rápida. Como ya se ha dicho, en abril la ausencia de ese resultado decisivo produjo una abrumadora decepción, que, combinado con el agotamiento, ejerció un impacto muy negativo sobre la motivación combativa de los soldados. La disciplina también era endeble. Durante la Operación Michael, los soldados interrumpían su avance para detenerse a saquear. La tentación de las bodegas francesas de vinos o los almacenes británicos, bien provistos de alimentos como pan blanco o tocino, que apenas habían visto en los últimos cuatro años, eran demasiado irresistibles.[42] Además, una vez se ralentizó la ofensiva y se redujo la posibilidad de saquear depósitos del enemigo, los soldados fueron a por sus propios almacenes. A partir de abril aumentaron los reportes de asaltos de soldados germanos hambrientos contra trenes militares de suministro. Hacia mayo, algunas divisiones equipaban esos convoyes con ametralladoras ligeras. El cansancio, que alcanzó niveles insoportables en algunas unidades lanzadas una y otra vez a nuevas acciones, fomentó delitos castrenses más graves aún. A principios del verano se multiplicaron los motines a pequeña escala. En mayo, los hombres del Regimiento de Infantería n.º 74 se sublevaron y amenazaron con desertar al recibir orden de volver al frente tras encajar fuertes bajas. El mes siguiente, un batallón del Regimiento de Infantería n.º 419 se negó a marchar a primera línea. No fueron incidentes aislados, pues el 12 de junio el jefe del 2.º Ejército avisó de que «los casos de

soldados que rehúsan obedecer órdenes están aumentando de modo alarmante».[43]

Los ejemplos de indisciplina más generalizados y efectistas no fueron perpetrados por los agotados combatientes del frente, sino por hombres descansados que viajaban por sus líneas de comunicación. Los refuerzos despachados desde Alemania desertaban en gran número. En mayo de 1918 era habitual que un quinto de los soldados que subían a los trenes no siguiera a bordo al llegar a la zona de guerra. No existen cifras exhaustivas, pero si la deserción de esos transportes siguió a ese ritmo hasta el fin de la contienda, entonces le costó a la fuerza unos 180 000 efectivos.[44] También hubo protestas ruidosas y alborotadoras. Mandos y suboficiales encargados de mantener la disciplina en los transportes eran atacados y a los jefes de estación los apedreaban. En julio, fue necesario dar orden de confiscar toda la munición a los reemplazos que partían de los depósitos de reclutas con destino al frente, para que no dispararan desde los vagones. Algunos llegaron incluso a arrojar granadas de mano.[45] Incluso cuando no había violencia, el estado de ánimo de la tropa era hosco y contestatario. El jefe de Estado Mayor del Séptimo Distrito Militar (Westfalia) describió lo que solía suceder cada vez que un transporte de tropas se detenía en una estación:

> El tren se vaciaba rápidamente y unas 500 personas entraban ruidosamente en la sala de espera. Muy pronto se hizo habitual que gritaran y alborotaran en la oscuridad. Su grito provocador [y amenaza a los mandos] «¡Luces fuera! ¡Cuchillos fuera! ¡Clavádselos!», pronto se convirtió en una costumbre. Cuando sonaba la señal para volver al tren, apenas nadie se daba por enterado. Poco a poco, se hizo que el tren arrancara lentamente. Solo entonces la sala de espera se vaciaba más o menos rápido y, una vez todo el mundo había embarcado, aceleraba.[46]

En su egoísta autodefensa, Ludendorff acusó al frente interior de corromper al Ejército. Los reclutas de la quinta de 1919 llamados a filas a partir de mediados de 1917, insinuó pesimista, fueron malogrados por la «agitación secreta» de la izquierda radical.[47] El alto mando consideraba a los obreros de la industria de municiones movilizados en castigo por su participación en las huelgas de enero «un veneno para la tropa».[48] Los prisioneros de guerra retornados de Rusia eran un segundo grupo sospechoso. Al igual que sus homólogos habsburgo, se creía que habían recibido influencia bolchevique y eran muy reticentes a retornar al servicio activo. Sin

embargo, causaron menos problemas por la simple razón de que su número era inferior: apenas 26 000 a mediados de mayo, en contraste con los 380 000 exprisioneros de los Habsburgo repatriados a la conclusión de abril.[49] En realidad, la caza de influencias malignas externas que explicaran la desmoralización del ejército en campaña buscaba preservar intacta su reputación y la de sus comandantes. Es más, buena parte de las pruebas que nos han llegado muestra que el mal ánimo viajaba en la dirección opuesta, del frente al interior. Las unidades de entrenamiento solían estar más preocupadas por los veteranos que volvían al frente tras recuperarse de las heridas que por los jóvenes reclutas. Un creciente número de informes alertó de que estos viejos soldados mostraban una creciente «hostilidad y apatía». La constante sucesión de malas noticias que llegaban del frente durante los meses de verano también contribuyó a agriar el ambiente de las unidades. De los nuevos efectivos que se preparaban para el combate no podía esperarse otra cosa que aprensión, pues, hacia septiembre de 1918, en todos los campos de entrenamiento sabían que «el frente ya no cree en la victoria».[50]

La apatía y el agotamiento que atenazaban a la tropa se reveló con gran claridad una vez comenzaron las ofensivas aliadas. Los hombres habían perdido la voluntad de resistir. El 8 de agosto, «día negro del Ejército alemán», en palabras de Ludendorff, el primer intendente general no solo se sorprendió del progreso británico. También quedó muy decepcionado por la conducta de sus soldados:

> Me llegaron relatos de gloriosas hazañas, aunque también de una conducta, que, debo confesar, no creía posible en el Ejército alemán: destacamentos enteros de nuestros hombres se rindieron a jinetes solitarios o a escuadrones aislados. Los efectivos en retirada, al cruzarse con una división de refresco que marchaba con bravura al combate, les gritaban cosas como «esquiroles» y «estáis alargando la guerra», expresiones que volverían a oírse más tarde. En muchos lugares, los mandos perdieron su influencia y se dejaron arrastrar con el resto.[51]

Numerosas evidencias corroboran las memorias de Ludendorff. Los oficiales de la inteligencia británica que interrogaron a prisioneros tras el ataque de Amiens detectaron una «notable depreciación» de la moral del enemigo. Comentaron que «existe en mandos y tropa la convicción generalizada de que Alemania no puede ganar la guerra».[52] El mando de la 41.ª División, una formación en el centro de la brecha, que huyó en

desbandada y cedió 1700 prisioneros a los británicos, también acusó a sus hombres de combatir mal. La densa niebla, la efectiva cobertura aérea y el despliegue en masa de carros de combate hicieron formidable el asalto, pero, como explicó el comandante de esa gran unidad, «muchos de los soldados de la división no cumplieron con su deber». El golpe sorpresa fragmentó a la formación y algunos soldados dejaron de resistir y buscaron la seguridad de la retaguardia. Los peores eran los que «arrojaban las armas para así escapar más rápido y para que no les volvieran a mandar al combate».[53]

La pobre motivación combativa de las tropas germanas fue un elemento clave que permitió los avances aliados sin precedentes del verano y otoño de 1918. Es más, la relación fue recíproca, pues, con cada éxito del enemigo, la moral de las fuerzas del káiser se hundió cada vez más. La cohesión de las unidades germanas sufría tanto a causa de los feroces ataques aliados como por la retirada de su Ejército. Ciertos regimientos de infantería se desintegraron en el campo de batalla. Tras la primera contraofensiva encabezada por los franceses, a mediados de abril, los descontentos artilleros germanos se quejaban con amargura de que la infantería de protección se había desmoronado y que había dejado tan solo «rezagados, escaqueados, etc.» que «corrían de inmediato detrás de nuestras líneas». El Ejército respondió con el establecimiento de una extensa red de patrullas y puntos de recogida de rezagados a retaguardia de las posiciones de combate.[54] Ante lo desesperado de la situación, un número creciente de efectivos trató de escabullirse de servir en el frente. A primeros de agosto, Ludendorff criticó el aumento de soldados ausentes sin permiso desde la intensificación de los combates.[55] Otros hombres, oficiales incluso, emplearon métodos más sutiles para escapar del servicio en primera línea. Algunos se hacían los enfermos: un doctor afirmó que cuatro quintas partes de los oficiales ingresados en un hospital de reserva que inspeccionó a finales de septiembre eran aptos para el frente.[56] La gripe veraniega, que privó al Ejército, de forma temporal, de medio millón de soldados, sirvió a algunos de pretexto para ir a retaguardia. Otros emplearon métodos ingeniosos para engañar a los desconfiados médicos del batallón. En mayo de 1918 había ya un intenso comercio entre los soldados de equipos diseñados para provocar forúnculos en las piernas. Para los menos pudientes, pero desesperados, inhalar una pequeña cantidad de gas podía proporcionar el anhelado relevo del servicio en el frente.[57]

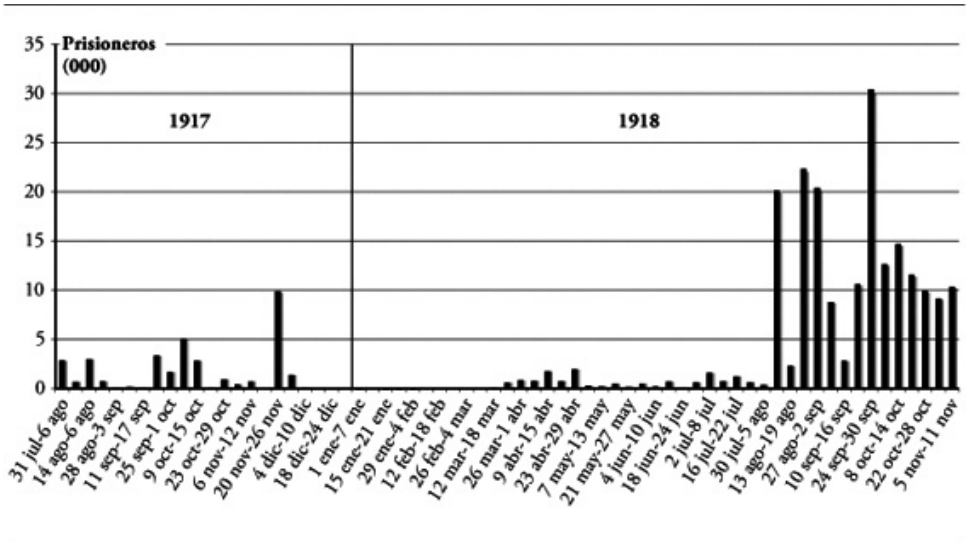
No obstante, la disciplina del ejército de campaña se mantuvo bastante, al menos hasta que el Gobierno germano hizo pública su «nota de paz» del 3 de octubre. Los motines de comienzos del verano de los exhaustos efectivos se

detuvieron una vez empezaron las ofensivas aliadas. Los desertores y evasores del servicio iban en aumento, pero se mantenían dentro de límites manejables: la idea, lanzada a la conclusión del conflicto por la oficialidad conservadora, y que todavía se repite hoy, de que un millón de desertores y evasores debilitaron la fuerza, fue una mentira dirigida a responsabilizar de la derrota a las tropas.[58] No han sobrevivido las estadísticas de deserción de todo el Ejército, aunque las monografías de divisiones refutan toda idea de un éxodo masivo. En la 11.ª División de Baviera, formación compuesta por 10 852 soldados al comienzo de mayo de 1918, los casos sospechosos de ausencia sin permiso o deserción se triplicaron en la segunda mitad de 1918 en comparación con los seis meses precedentes; aun así, apenas sumaron 71 hombres. Su formación hermana, la 2.ª de Baviera, registró cifras similares, mientras que la 4.ª División de Baviera, con más de 200 casos sospechosos de deserción o ausencia sin permiso entre julio y diciembre de 1918, experimentó problemas más graves, aunque no incapacitantes.[59] Los archivos de los puntos de recogida de rezagados cuentan una historia muy similar. Estos tuvieron mucho trabajo durante la retirada, pero solo en las tres últimas semanas de la contienda quedaron desbordados por decenas de miles de soldados perdidos o desertores. De hecho, a finales de septiembre, se redujo la cifra de evadidos arrestados en trenes de permiso.[60] Las razones que explican por qué los soldados no solían desertar en el frente y por qué este crimen era mucho más común en las líneas de comunicación, son simples. Desertar de un transporte mal vigilado cuando todavía estaba en Alemania era mucho más fácil que evadirse de una unidad de combate, eludir las patrullas y controles de documentos tras las líneas y tratar de volver a casa a través de territorio extranjero. Desertar del frente significaba muchas veces dejar en la estacada a camaradas y oficiales de confianza. Además, se imponían castigos mucho más severos, aunque, hasta el mismo fin de la guerra, los tribunales castrenses rara vez emplearon la pena capital. Las sentencias más duras solían ser años en una prisión civil o ser enviado a una compañía de castigo a realizar trabajos peligrosos en primera línea.[61]

Después de las bajas por combate o enfermedad, las rendiciones en masa, no la deserción o la evasión del servicio, fueron la principal sangría de recursos humanos del Ejército germano en el verano de 1918. La fuerza encajó pérdidas de prisioneros devastadoras en esta fase final del conflicto: en cuatro meses, los aliados capturaron 385 500 soldados alemanes, poco más de la mitad de los 712 000 germanos capturados en el frente occidental en cuatro años y medio de combates.[62] Las cifras detalladas del Ejército británico, que

hizo 186 053 prisioneros en los meses posteriores a su primer contraataque de Amiens, el 8 de agosto, ilustran el repentino y sorprendente aumento de la predisposición a rendirse de las tropas germanas (*vid*. Figura 7). La pérdida súbita de tantos hombres causó una profunda inquietud en los comandantes. Por ejemplo, el general Von Einem, jefe del 3.er Ejército, se desesperaba a mediados de septiembre por las elevadas pérdidas de prisioneros. «Si esto continúa, el Ejército alemán morirá de agotamiento […] no puede ganarse ninguna guerra con hombres que se entregan».[63] Su sospecha de que la tropa capitulaba antes de tiempo la corroboran los interrogatorios de prisioneros en el lado británico del frente. A principios de septiembre, los oficiales de inteligencia británicos observaron divertidos que los prisioneros «expresaron su deseo de que se capturara a todo el Ejército alemán, para que así la guerra pueda acabar enseguida». Los hombres de la 1.ª División de Guardias «no solo se mostraron muy satisfechos por ser hechos prisioneros, sino que llegaron incluso a urgir a los nuestros a seguir atacando y capturar el mayor número posible de germanos, para, de este modo, acabar la guerra con rapidez. Cada nueva remesa de prisioneros que traían al campo provisional se acogía con evidente deleite ante nuestro éxito».[64]

Figura 7: Prisioneros alemanes capturados por semana en el sector británico del frente occidental, 31 de julio 1917-11 de noviembre de 1918.



Fuente: War Office (ed.), 1922: *Statistics of the Military Effort of the British Empire during the Great War,*

1914-1920, London, H. M. Stationery Office, 632.

El enorme incremento de prisioneros se debió en buena parte a la mejora de las tácticas aliadas, que les permitió romper las líneas defensivas del enemigo y tomar a unidades por el flanco e incluso cercarlas, lo cual provocaba capitulaciones en masa. Es posible que la propaganda aliada también ayudara. Los británicos, por sí solos, lanzaron 4 millones de octavillas sobre las líneas germanas entre mayo y julio de 1918 y, una vez comenzaron las contraofensivas, los aliados arrojaron entre 4 y 5 millones de panfletos al mes.[65] Parte de este material buscaba exacerbar las divisiones que habían aparecido entre el pueblo alemán y sus mandatarios, pues cuestionaban tener que «combatir por el káiser, los *junkers* [aristócratas terratenientes] y los militaristas». Otra propaganda explotó el antagonismo entre los germanos del norte y del sur. Se compadecían de los bávaros por ser los esclavos de Prusia y les decían que estaban sufriendo de forma desproporcionada para pagar sus ambiciones megalómanas. El llamamiento más efectivo fue, probablemente, las apelaciones al estómago de la tropa. El Ejército estadounidense lanzó más de un millón de ejemplares de una «octavilla de prisionero» que incluía una lista de las generosas raciones que se servían en sus campos de prisioneros.[66] Esta propaganda dio en el blanco. Hacia finales del verano de 1918, se oía a los soldados alemanes prometerse unos a otros que «tan pronto como [los ataques] empiecen de nuevo, desertarían al enemigo; entonces, todo se habría acabado, y al menos tendrían para comer».[67]

Sin embargo, el factor que más facilitó las rendiciones en masa fue la conducta de los mandos germanos en el frente. En el verano de 1918, la crisis psicológica del Ejército alcanzó también a los oficiales de rango inferior. Las ofensivas de la primera mitad del año les dejó agotados y mermó las filas: sus bajas, en proporción, duplicaban a las de sus hombres.[68] Su calidad se redujo mucho. El inicio de las ofensivas aliadas los hundió: como recordó uno, una vez quedó claro que todos sus sacrificios habían sido en vano, «la desesperación caló hondo en el cuerpo de oficiales».[69] Hacia septiembre, la mayoría de mandos del 17.º Ejército consideraba que la guerra no duraría más allá de finales del otoño o del invierno.[70] Los soldados notaron el cambio. Tal y como escribió un combatiente del 6.º Ejército en una carta a casa: «Nuestros oficiales también han tenido suficiente. No están autorizados a decirlo abiertamente, pero de vez en cuando lo insinúan».[71] En consecuencia, quizá

no deba sorprendernos que los mandos estuvieran bien representados en los campos de prisioneros. Los británicos capturaron 4727 durante su contraofensiva. Algunos estaban allí porque carecieron de la voluntad o de la autoridad para hacer resistir a sus efectivos. Bajo presión aliada, las unidades podían desplomarse súbita y repentinamente. El alférez de reserva Mechow, oficial del Regimiento de Infantería n.º 145, supo describirlo bien. El 8 de octubre de 1918, su unidad fue atacada. Los británicos sorprendieron al batallón de su derecha y su compañía se vio asaltada de repente a retaguardia por unidades francesas. Mechow explica lo que ocurrió: «¡Parte de mis hombres seguían en sus pozos de tiradores, otros ya levantaban las manos, algunos huían! "¡Disparen, disparen!", aullé y yo mismo empuñé una ametralladora. Fue en vano. Se armó un barullo caótico; todo entremezclado, amigos y enemigos. ¿Dónde tirar? Cada vez llegaban más y más enemigos; es inútil, la masa nos desborda. Los hombres se entregan, ya nadie lucha».[72]

No obstante, con mucha frecuencia los oficiales germanos mantuvieron la autoridad sobre sus soldados y las rendiciones se hacían por orden suya. El príncipe heredero Ruperto, jefe del grupo de ejércitos que hacía frente a los británicos, confirmó este extremo, al quejarse, a mediados de octubre, de que los mandos de grandes unidades se habían rendido en repetidas ocasiones.[73] Es indudable que el rápido avance y los cercos aliados situó a numerosas unidades en posición desesperada, lo cual legitimaba a los comandantes para capitular. Por otra parte, los mandos nerviosos y desalentados también se rendían antes de tiempo. En uno de los ejemplos más tempranos y celebrados, durante la segunda batalla del Marne, a mediados de julio, un comandante alemán y más de un centenar de efectivos se rindieron a los doce estadounidenses que los habían emboscado.[74] No fue un caso excepcional en absoluto. Otros oficiales, convencidos de que la guerra estaba perdida, impresionados por la potencia de fuego de los aliados y reacios a sacrificar inútilmente a sus hombres, los «aconsejaban —como dijo uno— rendirse […] si les presionaban con fuerza». En ocasiones, el interés paternalista de los mandos por el bienestar de sus soldados les impulsó a asumir riesgos extremos para negociar la capitulación. En el otoño de 1918 un oficial germano demostró una notable valentía: se arrastró por la tierra de nadie, entró en las trincheras británicas, se rindió a los sorprendidos defensores y, a continuación, pidió permiso para volver a por sus hombres, que también deseaban rendirse. Tal y como atestiguan las cartas de la tropa, en el frente, al contrario que en las formaciones de retaguardia, no existía una estricta separación entre mandos y soldados. Las estadísticas británicas revelan que la

ratio de oficiales y hombres entre los cautivos germanos era la misma que en el conjunto del ejército de campaña, lo cual confirmaría que los soldados no solían desafiar a sus líderes y se entregaban sin ellos, sino que marchaban al cautiverio como unidades cohesionadas. La participación de los oficiales era crucial para hacer atractiva la rendición. Una capitulación colectiva organizada por un mando tenía más posibilidades de ser reconocida por el enemigo y proporcionaba cierta seguridad ante la posibilidad de ser asesinado por sus captores. También eliminaba toda ocasión de que en su propio bando los acusaran de ser un *Überläufer*: un desertor que se pasa al enemigo. Esto era importante, pues el castigo contra este delito era muy severo: pérdida de ciudadanía, confiscación de propiedad y muerte a su retorno a Alemania.[75]

Según el diagnóstico de un psiquiatra militar alemán, todo el ejército de campaña germano padeció en los últimos meses de la guerra un estado de «agotamiento neurasténico».[76] Esta crisis psicológica, que empezó en las clases de tropa a finales de primavera y se apoderó de los mandos de combate hacia el verano de 1918, se siguió expandiendo hasta alcanzar el OHL. El general Ludendorff no soportaba una presión menor que los soldados que comandaba. Llevaba dos años dirigiendo todo el esfuerzo bélico germano. Tenía en mente el fracaso de las ofensivas de la primera mitad de 1918, pues él mismo había defendido, planificado y dirigido en persona las operaciones, que lo condujeron a una tragedia personal. En el tercer día de la Operación Michael, su hijastro mejor, Erich, un piloto de caza, cayó abatido sobre el frente occidental. Podemos entrever el profundo impacto emocional que la muerte del muchacho causó en aquel hombre hierático y arrogante en su decisión de no enviar el cuerpo a Berlín. En lugar de ello, organizó un enterramiento en los terrenos de su cuartel general. «Quería tenerlo aquí —le explicó Ludendorff a su esposa—. Voy a verlo a menudo».[77] El general, en consecuencia, estaba en un pobre estado psicológico para asumir la derrota de todo aquello por lo que había luchado y se había sacrificado. El contraataque francés en el Marne de mediados de julio le causó un gran nerviosismo, pero no fue capaz de reconocer el cambio de equilibrio estratégico. Solo con la ofensiva británica a las afueras de Amiens, el 8 de agosto, aceptó que se había producido una catástrofe. Una semana después de iniciarse, el coronel Thaer lo encontró serio y deprimido. Ludendorff había visto en su contingente la pérdida generalizada de la fe: «Es indudable que considera que nuestras tropas están más o menos rotas».[78]

La secuencia de ofensivas aliadas contra diferentes sectores de la línea, el agotamiento de las reservas del Ejército y las constantes retiradas de los

meses de agosto y septiembre hicieron recaer una presión aún mayor sobre Ludendorff. Ante el káiser y el gobierno civil del Reich se mostró agresivo. El 14 de agosto, Guillermo II, convencido de que «debe ponerse fin a la guerra», convocó un Consejo de la Corona. Ludendorff garantizó a su monarca, al príncipe heredero, al canciller y al secretario de Exteriores que «una defensa estratégica con periódica acción ofensiva» ofrecía «buenas posibilidades de quebrar por fin la voluntad de combate del enemigo». Hasta finales de agosto persistió en su exigencia de que Alemania conservara Bélgica en todo acuerdo de paz.[79] Sin embargo, su Estado Mayor era muy consciente de la turbación psicológica de su jefe. Estaba asumiendo la realidad de que, tal y como admitió en privado a Hindenburg y Wetzell a principios de septiembre, «ya no tenemos ninguna posibilidad de ganar la guerra».[80] Su Estado Mayor buscó el modo de ayudar al general derrotado. Le asignaron un oficial para aliviar la carga de trabajo y se despachó al OHL a un psicólogo berlinés que le proporcionara tratamiento profesional. El doctor Hochheimer, el hombre enviado a curar a Ludendorff, halló a su paciente exhausto y sobrecargado de trabajo. Se había convertido en poco menos que una caricatura del militarista prusiano, con uniforme, monóculo y un sempiterno tono de voz estridente, como el que se usa para dar órdenes. «Ludendorff —escribió el doctor el 5 de septiembre—, después de los duros años de trabajo y agitación emocional por su inmensa responsabilidad y, sobre todo, a causa de la impresión de las últimas ocho semanas, sufre una profunda depresión mental».[81]

El tratamiento psicológico de Ludendorff se prolongó las cuatro semanas siguientes de crisis. Hochheimer ordenó un estricto régimen de reducción del estrés, con paseos, respiración regulada, canto, masajes y más sueño que de las una a cinco horas que el general solía permitirse. El doctor creó un espacio de seguridad y tranquilidad en el que Ludendorff pudo refugiarse. Lo más llamativo del relato del psicólogo es la docilidad del general. Es evidente que Ludendorff acogió de buen grado liberarse de responsabilidades. Siguió las instrucciones del médico como si fueran órdenes militares y se jactaba de ser su «paciente obediente». En una ocasión, escribió Hochheimer, el general se durmió «literalmente entre mis manos». El tratamiento tuvo cierto éxito. El doctor consideró que Ludendorff experimentó una «maravillosa recuperación» a primeros de octubre. Los oficiales de su plana mayor también observaron una mejora.[82] Sin embargo, fuera de la seguridad artificial que le proporcionaba Hochheimer, el mundo del general siguió derrumbándose. La segunda mitad de septiembre fue una fase de crisis aguda. En el este, los

aliados atacaron el 14 de septiembre e hicieron huir en desbandada al Ejército búlgaro y en menos de una quincena Bulgaria se vio obligada a solicitar un armisticio. Cuando esta noticia llegó al OHL, los líderes del Ejército germano también se enfrentaban al desastre en el oeste. El 26 de septiembre, Foch inauguró su ofensiva general para finalizar la contienda. La posición más sólida que poseían los alemanes, la Línea Hindenburg, sufrió un furioso bombardeo. El Estado Mayor del OHL, saltándose a Ludendorff, advirtió al secretario de Exteriores del Reich, el almirante Paul von Hintze, de lo desesperado de la situación y le pidieron que acudiera al cuartel general militar. En la tarde del 28 de septiembre, Ludendorff cedió a sus temores e informó a Hindenburg de la necesidad inmediata de solicitar un armisticio.[83]

La crisis psicológica que surgió en los soldados del Ejército germano se expandió hacia arriba a principios del verano hasta la oficialidad y facilitó los avances aliados de la segunda mitad de 1918, que culminó en el colapso nervioso del primer intendente general. Puede que Ludendorff, en contra de lo que insinuaron sus enemigos, no lo padeciera completamente en la tarde del 28 de septiembre, pero su decisión fatal de exigir un armisticio inmediato desprendía un indudable olor a pánico irracional.[84] Es más, tenía una estrecha relación con la crisis psicológica de su ejército. La salida de Bulgaria de la guerra ofrecía una cómoda excusa para finalizar la contienda sin asumir responsabilidades personales. Es más, como reveló el día 1 de octubre en una franca conversación con sus confidentes en el OHL, las prisas del general por finalizar las hostilidades era la respuesta a la inminente embestida aliada en el oeste y a la desmoralización y pobre rendimiento combativo de la tropa alemana. «El OHL y el Ejército alemán están acabados —manifestó ante sus oficiales de Estado Mayor—. Ya no podemos confiar en las tropas. Desde el 8 de agosto, estas se han hundido con rapidez. Una y otra vez, las unidades se han mostrado tan poco fiables que era necesario retirarlas a toda prisa del frente». No podía «operar con divisiones en las que ya no se puede confiar».[85]

La tardía admisión de Ludendorff de que «la derrota final es inevitable e inminente» puso a la élite de Alemania frente a un problema existencial.[86] La legitimidad del régimen imperial, en ese momento, residía exclusivamente en lograr una victoria rápida y total. Como le explicó con preocupación el secretario de Exteriores Hintze a Hindenburg y a Ludendorff cuando le dieron la noticia el 29 de septiembre, la repentina admisión de la derrota «causará tal choque a la nación que difícilmente el Reich y la dinastía podrán sobrevivir». Los tres hombres buscaron una solución. Ninguno creía, vista la ausencia de cualquier posibilidad de victoria, en instaurar a un dictador que movilizara a

las masas. Al contrario, todos coincidieron en la necesidad de iniciar una «revolución desde arriba». Al presidente Wilson, el mandatario enemigo con más probabilidad de ofrecer condiciones menos severas, lo tentarían con una oferta de paz basada en sus catorce puntos. Con el objetivo de consolidar el deslegitimado régimen y finalizar favorablemente las hostilidades se llamaría a formar parte del Gobierno a los «círculos más amplios posibles».[87]

Revolución

La derrota de las Potencias Centrales tuvo lugar en el frente occidental, pero fueron las poblaciones y los políticos del interior quienes determinaron las consecuencias. La miseria de los civiles y su conocimiento de lo que estaba sucediendo en el campo de batalla fue el telón de fondo crucial del desmoronamiento del Estado. Austria-Hungría, no solo Alemania, era vulnerable a los reveses irreversibles sufridos a mil kilómetros de distancia, en el frente occidental, porque en 1918 la política interna de los Habsburgo estaba ligada sin remedio al equilibrio internacional. Los dos regímenes de las Potencias Centrales sabían que la derrota hacía impara ble la reforma, de modo que trataron de controlarla mediante revoluciones dirigidas desde arriba. El fracaso de estos intentos a la desesperada de escapar al desplome total aceleró el fin de los combates, que cesaron el 4 de noviembre en el frente italiano y el 11 de noviembre de 1918 en el oeste. Antes incluso de la firma de esos armisticios, el mundo de posguerra empezaba a tomar forma. Dinastías centenarias habían caído. La revolución se apoderó de varias regiones del centro de Europa y el viejo continente de los imperios dejó paso a una Europa de Estados nación imperfectos. No es posible explicar los radicales cambios de 1918 sin antes conocer la desesperación que sentían los habitantes de toda Centroeuropa. Ruth Höffner, una silesiana de 18 años de edad, lo expresó en términos conmovedores. «¡Esta guerra, oh, esta guerra! ¡Ojalá se acabe de una vez!», escribió con furia en su diario a principios de abril de 1918:

> Durante cuatro años completos, hemos tenido guerra. Alguna gente dice que nos hemos acostumbrado. Puede que alguna vez yo haya dicho algo así: pero no, ¡no es cierto! Los que alguna vez conocimos la paz, jamás nos acostumbraremos a la guerra. Nosotros, que durante

> la guerra hemos pasado de ser niños a adultos, nos habituaremos al hambre y a la ropa de mala calidad, pero nunca a la tristeza de la guerra, que destruye toda felicidad incipiente, igual que la helada mata las primeras flores en las noches de primavera. Está por doquier, esta pesadumbre constante. Dondequiera que vayas… ¡Santo Dios, cuándo se acabará![88]

Esta misma desesperación, que Ruth expresó con palabras de inusual belleza, le resultaría familiar a todas las gentes de la Europa central. Hacia la primavera de 1918, la mayoría vivía sumida en una profunda miseria y las condiciones empeoraron, pues en el verano de 1918 hubo un descenso del suministro alimentario a los niveles del «invierno del nabo», así como la propagación de la epidemia de gripe que acabaría en todo el mundo con un mínimo de 20 millones de personas. La sociedad estaba afligida, exhausta y ansiaba la paz.[89]

Los pueblos de las Potencias Centrales eran conscientes de que el tipo de paz —y su inminencia, el punto más importante para muchos en ese momento — se decidiría en las grandes batallas del oeste. Seguían con mucha atención los progresos de sus ejércitos. La idea, expresada a menudo, de que los civiles ignoraban la gravedad de la situación de Alemania en el verano y otoño es un mito. Tras cuatro años de conflicto, la gente había aprendido a leer entre líneas los partes oficiales. Comprendían lo que significaba que los reportes dejaran de hablar de avances y sabían identificar una retirada en un repliegue heroico. El Gobierno imperial hizo que estos reveses no fueran difíciles de detectar. Richard von Kühlmann, predecesor de Hintze como secretario de Exteriores, admitió en el Reichstag a finales de junio que «difícilmente podía esperarse un fin absoluto [de la contienda] mediante puras decisiones militares y sin negociación diplomática alguna».[90] A partir de agosto, la prensa empezó, con retraso, a preparar a la opinión pública germana para la retirada en el oeste.[91] Más importante aún: durante el verano y el otoño, los soldados no eran en absoluto reacios a hablar de los desastres en el frente. En contra de la acerba acusación de Ludendorff de que el frente interior desmoralizó al Ejército, la verdad era justo lo contrario. Los funcionarios civiles observaron consternados que los hombres de permiso contaban a la población «historias de horror» acerca del frente. Circulaban rumores de hombres que se pasaban en masa al enemigo.[92] En sus cartas al hogar, la tropa hablaba con franqueza de la situación desesperada en el frente. La correspondencia del soldado de primera Fritz Schlamp, destinado en la 21.ª Compañía de Zapadores de Baviera, constituye un buen ejemplo. A

mediados de septiembre, les contó a sus padres que tanto sus camaradas como él estaban seguros de que la guerra se terminaría ese año. «Nosotros ganamos las batallas, pero Inglaterra gana la guerra. Creo que podemos estar contentos si conservamos lo que tenemos y no tenemos que pagar nada». Un amigo hecho prisionero, «al menos ha salvado el cuello». Según se acercaba el fin, Schlamp intentó eludir al censor y transmitir una advertencia explícita. Al final de una inocente nota en la que agradecía a sus padres que le mandaran cigarrillos, escribió una extraña serie de números. Era un simple código para hacerles llegar un mensaje secreto: «La situación es mala. Todo el mundo está huyendo. Si no hay armisticio, consigue todo el efectivo que puedas».[93]

Durante las ofensivas germanas de 1918, el Imperio de los Habsburgo se mantuvo paralizado en un estado de derrumbe inminente. Para el pueblo, las alternativas, al menos, estaban más claras. La victoria alemana significaría un imperio dualista, cuya mitad occidental quedaría bajo el dominio centralizado de los austrogermanos, con estatus de satélite de su poderoso vecino del norte. Después de que los franceses publicaran los comprometedores intentos de paz del emperador de un año antes, en los que reconoció las «justas reclamaciones» de Francia sobre Alsacia-Lorena, Carlos ligó su imperio a esta idea. En mayo hizo un humillante viaje a Spa, sede del OHL, para aceptar l a *Mitteleuropa* y, con ello, renunciar por escrito a la independencia de su imperio. Hacia las postrimerías del verano, las consecuencias de la derrota imperial estaban igual de claras. La posición aliada se endureció. En enero de 1918, el presidente estadounidense abogó en sus catorce puntos por una Austria-Hungría federal, a cuyos pueblos «se les ha de conceder la oportunidad de un desarrollo autónomo en la mayor libertad». Sin embargo, en junio, tras el compromiso de Carlos con la Europa de posguerra del Reich, Wilson optó por defender que «todas las ramas de la raza eslava (sic) se liberen por completo del dominio germano y austriaco». Sus aliados, seguros de que no habría una paz independiente con los Habsburgo, empezaron a trabajar para destruirlos. A primeros de junio, británicos, franceses e italianos respaldaron el apoyo que Wilson había dado en enero a una «Polonia unida e independiente con acceso al mar». Aún peor: a finales de ese mes, los franceses reconocieron como representantes legales de la nación checoslovaca al Comité Nacional Checoslovaco de Tomáš Masaryk. Los británicos hicieron lo propio el 9 de agosto y los estadounidenses el 3 de septiembre. En otoño,

mientras el Ejército germano retrocedía en el frente occidental, era evidente que los últimos días del Imperio austrohúngaro estaban próximos.[94]

El Ejército de los Habsburgo era impotente para configurar los acontecimientos. En junio, trató de apoyar las ofensivas germanas con un ataque en el frente italiano. Incluso en el caso de que hubiera sido un éxito, no habría habido diferencia alguna en el resultado de la contienda, pero se saldó con un sangriento fracaso. La causa, en parte, fue el perenne problema de los Habsburgo de la mediocridad en el alto mando. El emperador Carlos, que asumió el mando supremo poco después de ascender al trono, recibió sendos planes, los dos igualmente malos, de los comandantes sobre el terreno: el antiguo jefe de Estado Mayor General, Conrad von Hötzendroff, en Tirol; y el mando del frente del Isonzo, el general Svetozar Boroević. Con su típica indecisión, dividió sus fuerzas a partes iguales entre ambos, con lo que garantizó que ninguno tuviera efectivos suficientes para vencer.[95] El estado material y psicológico del Ejército debería haber cuestionado la idoneidad de emprender cualquier tipo de ofensiva, sobre todo una mal planeada y en un frente de 80 kilómetros. La munición acumulada para el asalto, más de 6 millones de proyectiles, no pudo subir a las montañas a tiempo porque los caballos disponibles estaban mal alimentados, famélicos y eran demasiado pocos. Los soldados de la fuerza estaban en condiciones similares. En relación con 1917, los efectivos de campaña de los Habsburgo se habían reducido en 550 000, en gran parte a causa de las deserciones endémicas y por la asignación de siete divisiones a tareas de seguridad en el interior del imperio.[96] Las unidades que permanecían en servicio activo recibían raciones que eran poco más de la mitad de las recibidas un año antes y estaban mal vestidas y desmoralizadas por la propaganda italiana. El 15 de junio, tras un débil bombardeo, las tropas se lanzaron hacia adelante. Algunas fueron detenidas en seco. Otras emplearon su entrenamiento de estilo germano para avanzar, aunque pronto encontraron un sistema de defensa elástica que les detuvo con contraataques lanzados en el momento más vulnerable, cuando estaban exhaustas. Hacia el final del segundo día, los suministros de los atacantes se agotaron y Conrad se batió en retirada. El 20 de junio, cancelaron la ofensiva y abandonaron el terreno ganado en la orilla derecha del Piave. Esta inútil operación costó 142 550 hombres.[97]

La derrota de junio asestó al emperador, como comandante del ejército, un severo golpe en su reputación. Los diputados del Parlamento magiar y del Reichsrat austriaco condenaron la ofensiva, que calificaron de «insensata e irresponsable». Algunos exigieron incluso que se juzgara a quienes la habían

autorizado.[98] En Viena, los chistosos comenzaron a referirse a su monarca como Carlos el Último.[99] La campaña de insinuaciones contra la emperatriz Zita, esposa de Carlos, era un indicio evidente de la desconfianza del pueblo en sus dirigentes, similar a la que había soportado un año antes la zarina Alejandra. Zita era de ascendencia francesa e italiana y hablaba con acento extranjero, suficiente prueba para la xenofobia bélica para tildarla de traidora. Se rumoreaba que había avisado a los aliados de la ofensiva de junio. Algunos afirmaron que la habían recluido en un castillo húngaro para impedirle causar más daños.[100] No cabe duda de que la paranoia inducida por el hambre contribuyó a la popularidad de tales teorías conspirativas. La situación del suministro alimentario de Viena era en todo punto desastrosa. En abril, solo se pudo evitar la inanición masiva con la medida desesperada de confiscar a su paso por el Danubio barcazas cargadas de grano rumano propiedad de Alemania.[101] Ese estío hubo una grave falta de pan en la mayor parte del imperio y, aunque la recolección de la cosecha proporcionó cierto alivio, este fue breve. A principios de octubre, el jefe de la Oficina de Alimentos de Austria, Hans Loewenfeld-Russ, calificó la situación del país de «completamente desesperada».[102]

Pese a que el emperador mantenía a duras penas las riendas de sus dominios, perdió buena parte de su poder para gobernar sobre ellos. Las autoridades de las Tierras de la Corona, muchos de los cuales desempeñaron un papel fundamental en el éxito de la doble movilización de 1914, priorizaban en esta época las lealtades nacionales y anteponían los intereses locales por encima de los imperiales. Por una infortunada coincidencia, los dos pueblos con los cuales el imperio más se distanció en 1918, checos y polacos, vivían en las dos regiones con mayores excedentes alimenticios de Austria: Bohemia y Galitzia. En ambas Tierras de la Corona los funcionarios de distrito y empleados del ferrocarril, impulsados por la prensa y la opinión pública local, obstaculizaban la exportación de suministros a otras regiones.[103] De todos modos, los desertores, encuadrados en bandas de forajidos y «cuadros verdes» bolcheviques, habían arrancado al control del Estado grandes extensiones de territorios de esas Tierras de la Corona y de más al sur. Los núcleos de población también vivían violencia y revueltas. Las periferias eslavas estaban llenas de odio hacia los alemanes y los judíos. Viena era un centro de antisemitismo. Por todas partes había disturbios por la comida, protestas y huelgas debilitadoras.[104] Los intentos de promover una «idea de Estado austriaco» multinacional y dinástica se habían abandonado hacía mucho tiempo. En una demostración de su total bancarrota, el régimen

de los Habsburgo solo pudo conservar un mínimo de control mediante la explotación de las enemistades nacionales de su fragmentada sociedad. De forma deliberada, situaba fuerzas de seguridad en zonas donde eran forasteros, en las que no podían comunicarse y a menudo eran hostiles a la población local. Soldados magiares vigilaban a los checos y personal militar checo mantenía el orden en Hungría. Efectivos germano-austriacos controlaban a los civiles eslovenos y polacos, los bosnios a los alemanes y los polacos a los rutenos. El imperio se había convertido finalmente en aquello que sus enemigos habían criticado de modo tan injusto durante mucho tiempo: «una prisión de pueblos».[105]

El primer indicio claro de que la gobernanza de los Habsburgo se desmoronaba fue el llamamiento de paz de Carlos del 14 de septiembre. Su ministro de Exteriores, el conde István Burián, anhelaba esta medida desde agosto, pero los alemanes la bloquearon y, en lugar de ello, abogaban por la mediación de una potencia neutral. La nota, por ello, fue remitida sin la aprobación germana, lo cual indica que, a pesar del declive de Austria-Hungría durante los años de guerra, el emperador todavía tenía margen para actuar con independencia. Sin embargo, en esta fase terminal no logró nada salvo agriar aún más las relaciones con los alemanes. Los líderes franceses y británicos consideraron este mensaje una treta para dividir su coalición y la respuesta estadounidense, remitida tres días más tarde, señalaba que Estados Unidos ya había comunicado sus condiciones de paz, por lo que las conversaciones estaban fuera de lugar.[106] Pese a la respuesta negativa, los mandatarios habsburgo volvieron a intentarlo apenas dos semanas después. El catalizador fue el hundimiento bélico de Bulgaria. Esto le inquietaba mucho más a Austria-Hungría que a Alemania, pues abría la ruta hacia la Serbia bajo ocupación de los Habsburgo. Además, tal y como advirtió Burián en el Consejo de la Corona del 27 de septiembre, la noticia de que Bulgaria pidiera un armisticio supuso «un impacto en los nervios de nuestra población». Burián predijo que esto sería «la gota que colmaría el vaso». «Debemos tomar decisiones —urgió a la asamblea de líderes austriacos y húngaros— si queremos evitar que los pueblos asuman el control de su destino y tomen decisiones de futuro pasando por encima de los responsables de sus Gobiernos».[107]

Iniciado el mes de octubre de 1918, las élites germanas y habsburgo adoptaron estrategias similares para poner fin al conflicto. En la noche del 3

de octubre, remitieron sendos llamamientos al presidente Wilson. Proponían negociaciones de paz con arreglo a los catorce puntos y solicitaban un armisticio inmediato. Ambos regímenes también eran conscientes de que la derrota hacía inevitable la reforma política, demorada durante largo tiempo. Las «revoluciones desde arriba» iniciadas en Alemania y en el Imperio de los Habsburgo pretendían pacificar a sus resentidas poblaciones y prevenir un alzamiento violento. También buscaban impresionar al presidente estadounidense, que había especificado con claridad que la democracia debía ser la piedra angular sobre la que sustentar una paz duradera. Ambos objetivos fracasaron. No habría una paz fácil y las monarquías centroeuropeas no sobrevivirían a la derrota.

En Austria-Hungría, el emperador Carlos intentó impedir la revolución mediante una hoja de ruta de reforma acelerada, publicada el 16 de octubre, mientras esperaba la réplica estadounidense. El «Manifiesto a los Pueblos» (*Völkermanifest*), como lo llamaron esperanzados sus promotores, prometía reorganizar el imperio sobre una base federal, «conforme a los deseos de su pueblo». Carlos preveía territorios germanos, checos, eslavos del sur y ucranianos, cada uno de ellos con instituciones propias. Los territorios polacos de los Habsburgo podrían separarse y formar el Estado polaco independiente, «que debía establecerse» según los catorce puntos de Wilson. Dado que, en las consultas celebradas cuatro días antes de su publicación, los políticos checos y eslavos del sur habían dejado claro su rechazo, el manifiesto no era más que una maniobra propagandística condenada a nacer muerta. Es más, en lugar de restablecer la fe en el imperio reveló de la dolorosa incapacidad de los dirigentes habsburgo de ofrecer ninguna reforma satisfactoria. Aún más notable: la única mención del manifiesto a las Tierras de la Corona húngara remarcó que estas quedaban fuera de su autoridad. El ministro presidente magiar, Sándor Wekerle, no solo se negó a permitir ninguna promesa de reforma federal en su territorio, sino que llegó incluso a amenazar con interrumpir las entregas de alimentos si el manifiesto no los excluía de forma explícita. Por tanto, las aspiraciones de los nacionalistas eslavos del sur de unificar Croacia con Bosnia-Herzegovina, Dalmacia y Eslovenia no serían satisfechas. El manifiesto, publicado a la conclusión de una guerra perdida y promulgado por un monarca vano y desacreditado, no tenía ninguna posibilidad de competir con la plena independencia que ofrecían a sus pueblos los enemigos del imperio. No obstante, fue importante, pues esta demostración pública de debilidad aceleró el desplome de los Habsburgo.[108]

La perdición del régimen austrohúngaro quedó sellada el 20 de octubre, el día que llegó la respuesta de Wilson a la nota remitida dos semanas y media antes. Los catorce puntos que el Gobierno de Carlos había propuesto como base de negociación dejaban abierta la posibilidad de un futuro de posguerra para Austria-Hungría al exigir la posibilidad de un «desarrollo autónomo». La respuesta de Wilson borró toda esperanza de supervivencia: al haber reconocido al Comité Nacional Checoslovaco como ejecutivo *de facto*, así como la justicia de las aspiraciones nacionales de los eslavos del sur, la autonomía para esos pueblos ya no podía ser la base de la paz. Este pronunciamiento fue el pistoletazo de salida de la disolución. Los políticos nacionales estaban en espera de hacerse con el control. Ya en julio, las facciones políticas checas se agruparon en el Comité Nacional Checoslovaco, el *Národní výbor československý*.[109] A principios de octubre, otros pueblos dieron pasos similares. Dos días después de que las Potencias Centrales emitieran sus notas de paz, se formó a toda prisa en Zagreb el Consejo Nacional de Serbios, Croatas y Eslovenos (*Narodno vijeće Slovenaca, Hrvata i Srba*). Al día siguiente, 7 de octubre, el Consejo de Regencia de Polonia, el órgano consultivo establecido por los alemanes en Varsovia, proclamó la «Polonia libre e independiente» de la cual Galitzia formaría parte.[110]

Resulta paradójico que fueran alemanes y húngaros, los pueblos más favorecidos por la Monarquía, quienes emprendieran los primeros actos revolucionarios. El día después de la réplica de Wilson, los partidos germano-austriacos acordaron formar un Comité Nacional de veinte miembros que asumiría el gobierno.[111] En Hungría, donde la supresión de la oposición y la resistencia a las reformas había permitido acumular una presión mayor, el cambio de poder fue más turbulento. El Gobierno conservador de Wekerle intentó primero aislar a Hungría de las reformas federalistas de Carlos mediante el anuncio, el 16 de octubre, de que ya no se consideraba obligado a cumplir el Compromiso de 1867. Pero esto no pudo detener las fuertes demandas de autodeterminación nacional de eslovacos y rumanos que llegaban del otro lado de las fronteras de Hungría. Los políticos opositores magiares, encabezados por el «conde rojo», Mihály Károlyi, también aumentaron sus demandas. El 26 de octubre, tras exigir en vano la transferencia del poder, y después de que Carlos se negara a nombrarle ministro presidente magiar, Károlyi, los socialdemócratas y los radicales húngaros fundaron un Comité Nacional que se arrogó el derecho exclusivo de «hablar y actuar en el nombre de la nación húngara». Su programa de veinte puntos exigía la abolición del sistema gubernamental, sufragio universal

masculino y femenino, independencia, paz y repudiar la alianza con Alemania. Al ofrecer las libertades nacionales que defendía Wilson, tenían la ingenua esperanza de que permitirían a Hungría preservar todo su territorio y su mezcolanza de pueblos.[112]

El pueblo, o al menos sus grupos más visibles y activos en política, tuvo un papel determinante en la toma del poder de los Comités Nacionales. El 24 de octubre comenzó la revolución: miles de estudiantes marcharon por las calles de Budapest. Exigían paz, independencia y el gobierno de Károlyi. El día siguiente hubo gritos de «¡Viva la República!» y los primeros choques con las fuerzas de seguridad. Con la formación del Comité Nacional, las protestas se multiplicaron. El 27 de octubre, una muchedumbre de 30 000 personas se concentró frente al Parlamento en apoyo del Comité y, al día siguiente, la revolución tuvo sus primeros mártires. La policía abrió fuego contra los manifestantes que intentaban romper el cordón policial que cerraba el Puente de las Cadenas sobre el Danubio. Perecieron 3 y 50 resultaron heridos.[113]

Llegados a este punto, los días del viejo orden estaban contados. Oficiales magiares leales al Comité Nacional formaron un Consejo de Soldados que agitó la guarnición de Budapest y preparó la destitución del Mando Militar de la ciudad. El 30 de octubre, oficiales y soldados revolucionarios hicieron público juramento de lealtad en el cuartel general del Comité. La gente también estaba en la calle y arrancaba las águilas bicéfalas de los Habsburgo de los edificios. El símbolo de esta revolución nacional no fue la bandera roja, sino la tricolor rojo, blanco y verde de Hungría. El general Lukachich, jefe del Mando Militar local, trató de resistir, pero su capacidad de desplegar tropas por Budapest quedó muy mermada debido a que la centralita telefónica de la urbe se había pasado al bando revolucionario. La tropa se negó a cumplir la orden de disparar contra los manifestantes. Incluso los antaño fieles bosnios de la guarnición se amotinaron y emborracharon; hallaron a sus oficiales encerrados en una habitación por miedo a que los lincharan. Lukachich pidió al emperador que le enviara un regimiento fiable más, pero Carlos le contestó sereno que «ya se ha derramado suficiente sangre». En la mañana del 31 de octubre Károlyi fue nombrado ministro presidente y el ejecutivo del Comité Nacional se convirtió en el gobierno. Lukachich fue arrestado. Un puñado de soldados decidió que era necesario obrar un último acto que eliminara por completo el viejo orden: esa tarde, entraron en la villa de Tisza en los arrabales de la ciudad y asesinaron al antiguo ministro presidente, en venganza por su papel en el desencadenamiento de cuatro años de miseria, hambre y muerte. Por lo demás, fue una jornada de celebración. La tricolor

nacional ondeó por todo Budapest y centenares de miles de personas llenaron de regocijo las plazas de la ciudad. Había nacido la república húngara.[114]

En ese momento, la revolución se propagaba por el imperio: el catalizador fue la admisión de la derrota de los Habsburgo. El 24 de octubre, los italianos emprendieron una ofensiva de último minuto en el frente del sudoeste para posicionarse mejor en las inminentes negociaciones de paz. Al cabo de tres días, los defensores de todas las nacionalidades se negaron a ir al frente y el 28 las autoridades imperiales solicitaron un armisticio incondicional.[115] En Praga, la noticia originó una genuina revolución popular. La población salió a la calle y se concentró en la plaza de Wenceslao para celebrarlo. Gritos de «¡Viva Masaryk!» y «¡Viva Wilson!» resonaron por toda la ciudad. El tono, al igual que en Budapest y en la mayoría de grandes urbes del imperio, fue nacional, no socialista o bolchevique. Los políticos burgueses que dominaban los comités nacionales se aseguraron de que su ideología predominase. El 14 de octubre, los socialistas checos convocaron una huelga general con la intención de crear una oportunidad para la proclamación de la república, aunque fracasaron ante las contramedidas militares y la falta de apoyo del Comité Nacional Checoslovaco. En Liubliana, la Revolución rusa del año precedente sirvió de advertencia, no de ejemplo. El mismo día de la revolución de Praga se conminó a los revolucionarios eslovenos a respetar la propiedad y manifestarse en pro de la libertad yugoslava. Asimismo, en Zagreb, el 21 de octubre, los revolucionarios enarbolaron banderas croatas, eslovenas y serbias, no la enseña roja de la lucha izquierdista. También se celebró la democracia. Como proclamó con júbilo al día siguiente uno de los líderes croatas, Stjepan Radić: «Los pueblos se alzan para entregar la libertad con su sangre y los principios de Wilson vencen en todo el mundo».[116]

Una segunda característica de las revoluciones de los Habsburgo, que contradice la afirmación de Radić, fue su carácter relativamente incruento. Debe reconocerse al emperador Carlos que fomentara la moderación, aunque esto también fue consecuencia del carácter ambiguo de los comités nacionales. El manifiesto de Carlos prometió que Austria se federalizaría sobre bases nacionales, lo cual parecía conferir legitimidad a tales organizaciones, como futuribles ejecutivos regionales. Esta impresión fue reforzada el 25 de octubre con el nombramiento de un nuevo ministro presidente, el profesor Heinrich Lammasch, un catedrático pacifista que albergaba la sincera, aunque fútil, esperanza de dirigir el gabinete austriaco y también un «Comité Ejecutivo de Gobiernos Nacionales Unidos». Es indudable que esto facilitó el acceso al poder del Comité Nacional

Checoslovaco, pues sus miembros pudieron alegar ante el mando militar que, al tomar el control del decisivo suministro de alimentos, no hacían sino cumplir los designios del emperador.[117] Otra razón de esta serena transición fue que las revoluciones se limitaron a formalizar la fragmentación nacional del imperio que ya había tenido lugar durante la contienda. En Bohemia y Moravia, los funcionarios de distrito checo priorizaban desde hacía mucho tiempo el abastecimiento de su población por encima de la solidaridad panaustriaca. El 28 de octubre, cuando se proclamó el Estado checoslovaco independiente, era natural que esos funcionarios se pusieran a las órdenes de su Comité Nacional.[118]

Los funcionarios habsburgo no se limitaron a desertar tras las revoluciones; en algunos lugares cumplieron un papel fundamental en el cambio de régimen. La ciudad de Cracovia ilustra con claridad el cambio de bando de unas autoridades que fueron decisivas en el éxito de la «doble movilización» de 1914 y 1915. Su nacionalismo polaco, en todo punto compatible con la lealtad imperial al inicio, evolucionó, a causa de la experiencia bélica, hacia una oposición irreconciliable. El consistorio municipal manifestó su abierta deslealtad por primera vez el 28 de octubre, al confiscar unos transportes de alimentos destinados al Ejército de los Habsburgo. El 30 de octubre, funcionarios del municipio se reunieron en la Universidad de Cracovia y decidieron que debían lealtad al nuevo Estado polaco que se estaba formando al norte. Al día siguiente, comenzó la revolución. Las tropas polacas de la guarnición, alertadas en secreto, sorprendieron y desarmaron a sus camaradas germano-moravos a primera hora de la mañana. Sacaron armas de las armerías de los cuarteles y se las entregaron a los estudiantes. El jefe de policía de la ciudad formaba parte de la conspiración y sus hombres estaban en la calle portando águilas polacas y escarapelas rojiblancas en las gorras. En el Ayuntamiento, Bolesław Roja, brigadier de los legionarios polacos, nombrado jefe militar por los revolucionarios, negoció la rendición de la ciudad fortaleza con su desorientado comandante habsburgo mientras afuera los soldados desatornillaban las águilas de los Habsburgo de los muros. El cambio fue rápido y ordenado, «sin revolución ni tumulto alguno», como observó asombrada Aleksandra Czechówna, habitante de Cracovia.[119] Se colocaron carteles por toda la ciudad para informar a la población de la nueva situación. Una guardia polaca relevó a la guardia austriaca en la torre del antiguo Ayuntamiento, que se alza sobre la plaza principal de Cracovia.[120]

El Estado de los Habsburgo, vencido y despojado de toda legitimidad, cayó con muy poca resistencia. Sin embargo, esto no significó que la sustitución de un imperio multinacional por Estados nación fuera directa y sin fisuras. En esta tierra con tantas etnicidades entremezcladas, donde la guerra había inflamado las enemistades raciales y en las cuales el principio rector wilsoniano de autodeterminación nacional suscitó la competición entre pueblos en una pugna a todo o nada por la supervivencia nacional, era inevitable que tales cambios conllevaran derramamiento de sangre. Todo lugar donde la población estuviera entremezclada y cuya propiedad estuviera en disputa fue testigo de choques o de la supresión del grupo más débil. El norte y el oeste de Bohemia, poblado por germanos, se declaró por breve tiempo parte de la Austria alemana, hasta principios de noviembre, cuando efectivos checos ocuparon el territorio. En Fiume, una muchedumbre de 15 000 italianos se concentró a finales de octubre al grito de «¡Abajo los croatas!». Hubo desmanes antisemitas en ciertas regiones como la campiña rumana de la zona de Czernowitz y en la Galitzia occidental. Una de las confrontaciones interétnicas más sangrientas, los choques y el pogromo que tuvo lugar en la antigua capital de Galitzia, Leópolis, a primeros de noviembre, sirve de ejemplo concluyente e ilustrativo de la animadversión entre las etnias y la nueva violencia que la Primera Guerra Mundial legó a Centroeuropa.[121]

Leópolis había sufrido mucho durante la contienda. La ocupación rusa, la falta de alimentos y la torpe diplomacia de los Habsburgo agudizaron las tensiones entre sus tres grupos étnicos principales: polacos, rutenos y judíos. Hacia las postrimerías de la guerra, los polacos que dominaban el consistorio, y que sumaban poco más de la mitad de la población, buscaban la forma de unirse al nuevo Estado polaco independiente. Sin embargo, los ucranianos nacionalistas anhelaban convertir la ciudad en la capital de un nuevo Estado ucraniano que se extendiera hasta el río San. Si bien apenas sumaban un quinto de la población, contaban con dos ventajas importantes. Primero, el territorio que circundaba la ciudad era de abrumadora mayoría rutena. Segundo, gracias a las políticas de seguridad de los Habsburgo, la mayoría de soldados destacados ese otoño en Leópolis eran rutenos. La noche del 1 de noviembre de 1918, las tropas rutenas lanzaron un golpe que tomó el centro de la ciudad e izó la bandera azul y oro sobre el Ayuntamiento. Esto abrió un periodo de enconado conflicto. Los habitantes polacos resistieron y pronto recibieron la ayuda de refuerzos llegados de Galitzia occidental. Los polacos sufrieron 439 bajas; se desconocen las pérdidas ucranianas, aunque el 22 de

noviembre los efectivos ucranianos fueron expulsados de la ciudad. Como si este derramamiento de sangre no bastara, las exultantes unidades polacas fueron a por los judíos de Leópolis, que habían formado una milicia de autodefensa pero que habían mantenido una escrupulosa neutralidad. En los tres días de pogromo saquearon tiendas y casas, violaron a mujeres, asesinaron a 73 judíos e hirieron a varios centenares. Esta violencia entre grupos étnicos y el furioso antisemitismo de Leópolis no auguraba nada bueno para el nuevo orden nacional de la Europa centro-oriental. Los habitantes más sabios eran conscientes de ello. «¿Ve estos pequeños agujeros?». Le preguntó uno de ellos a un visitante estadounidense en 1919. «Aquí los llamamos "puntos de Wilson". Están hechos con ametralladoras; los huecos grandes son granadas de mano. Ahora estamos empeñados en la autodeterminación y solo Dios sabe cómo y cuándo se acabará».[122]

La «revolución desde arriba» de Alemania del último mes de la guerra, aunque no nació muerta, tampoco tuvo mucho más éxito que la de Austria-Hungría. En la hora de su derrota, los mandatarios del Reich decidieron que sería más conveniente repartir responsabilidades. El 30 de septiembre, el decreto del káiser, promulgado en nombre del OHL, anunció su deseo de que «el pueblo alemán cooperase de modo más activo que hasta entonces en la determinación de los destinos de la Patria». Ahora, en el momento en que dicho destino ya estaba sellado, «los hombres que cuenten con la confianza del pueblo deberían tener una mayor participación en los derechos y deberes del Gobierno».[123] Se nombró jefe de la nueva Administración al príncipe Max von Baden, de 51 años de edad. Aunque heredero de la realeza del sur de Alemania, tenía reputación de liberal y creían que podría ganar la confianza de la mayoría del Reichstag. El ejecutivo que formó era muy diferente a todos los que el Reich había conocido. Entre los ministros había diputados del Reichstag de los partidos progresista, de centro y socialdemócrata. Podía esperarse que estos hombres aportaran credibilidad al inminente armisticio, pues sus partidos habían sido los impulsores de la Resolución de Paz del Reichstag de julio de 1917.[124]

La nueva Administración recibió de inmediato fuertes presiones de Ludendorff para entablar negociaciones con los aliados y poner fin a los combates. El primer intendente general sentía un intenso temor a que su Ejército se desmoronase por completo sin un armisticio y esperaba ingenuamente que el nuevo gabinete estuviera en marcha y remitiera una nota

a Wilson antes del 1 de octubre. Cuando Max le preguntó si era de verdad necesario pedir un armisticio con tanta urgencia, lo cual les dejaría en una posición negociadora muy débil ante los enemigos del Reich, Ludendorff insistió en «despachar *con la mayor premura posible*» una nota y Hindenburg advirtió de una «catástrofe» inminente. El Ejército inquietó también a los líderes de los partidos con el texto aprobado por Ludendorff, que les fue remitido el 2 de octubre. En este, el primer intendente general dio una explicación muy diferente a la necesidad de un armisticio con respecto a la que había comentado a sus oficiales un día antes en el cuartel general. Hizo recaer la responsabilidad del desplome militar sobre Bulgaria, un conveniente infortunio que no era posible achacar a ninguno de los integrantes del OHL. Si bien admitió que había problemas en el frente occidental, estos tenían un carácter exclusivamente material: el enemigo contaba con un arma invencible, el carro de combate, y reservas inigualables de material humano. Es evidente que Ludendorff buscaba preservar el prestigio de los militares, pues, al contrario que en su conversación del cuartel general, no insistió en la poca fiabilidad de las tropas. Al contrario, aseguró a los políticos que «el viejo espíritu heroico no ha desaparecido». Mandos y tropa, afirmó, «rivalizaban entre sí». Lo más revelador de la intención de los mandos castrenses de eludir toda responsabilidad son las contradicciones evidentes de su discurso. «El Ejército germano —aseguraron a los líderes de los partidos—, sigue siendo lo bastante fuerte para resistir durante meses al enemigo», aunque, al mismo tiempo, les advertían de que «no hay tiempo que perder. Cada veinticuatro horas pueden empeorar la situación».[125]

El príncipe Max y la mayoría de políticos del Reichstag estaban dispuestos a continuar la lucha. Esperaban unir a los alemanes en la defensa de la nación y así galvanizar la resistencia y obtener un mejor tratado de paz.[126] Ante el pánico de los militares, y tras ser advertido por el káiser de que «no le habían nombrado […] para crear dificultades al mando supremo», Max cedió. En la tarde del 3 de octubre, despachó por mediación de Suiza una nota que solicitaba al presidente Wilson «dar pasos hacia el restablecimiento de la paz» y organizar un armisticio inmediato.[127] En un primer momento, pareció correcto apelar al presidente estadounidense en lugar de a Francia e Inglaterra, enemigos acérrimos de Alemania. La réplica de Wilson, recibida el 8 de octubre, fue cauta, aunque no hostil. Pedía que se aclarase si el Gobierno germano representaba ahora la voluntad popular y si aceptaba los catorce puntos. Sin embargo, su tono se endureció seis días más tarde, en respuesta a una segunda nota germana. En parte, se debió a las presiones de los

descontentos aliados del presidente y de los estadounidenses de línea dura. También fue el resultado de un ataque submarino. El 11 de octubre, con impecable inoportunidad, el UB123 hundió el buque británico de pasajeros Leinster y se perdieron 450 vidas, incluidas las de 135 mujeres y niños y algunos estadounidenses. La segunda nota de Wilson desbarató las ilusiones en las que se basaban los contactos alemanes. Enfatizaba la necesidad de conceder «salvaguardias y garantías satisfactorias» para mantener la presente ventaja militar de los contingentes aliados, clamaba contra la continuación de las «prácticas ilegales e inhumanas» de las fuerzas germanas y, lo más amenazador, trataba de explotar y ensanchar las divisiones, ya muy marcadas, entre la población del Reich y sus mandatarios. Wilson condenó al «poder arbitrario» que, en su opinión, todavía detentaba el poder en Alemania, por ser un impedimento para la paz. La solución residía en el pueblo: «La decisión de cambiarlo está en manos de la nación alemana».[128]

La evidencia de que Wilson no concedería a Alemania un armisticio fácil y que buscaba interferir en su política interior enardeció la resistencia. Es irónico que Ludendorff fuera una fuente de oposición. Tras recuperarse de su pánico de finales de septiembre, seguía esperando un armisticio, pero a mediados de octubre solo quería una pausa temporal que permitiera a su Ejército retirarse sin impedimentos y establecer sólidas posiciones en la frontera germana.[129] El 17 de octubre, en una reunión con el Gobierno, le comunicó al príncipe Max que las condiciones de Wilson eran «demasiado duras». Si los adversarios de Alemania pretendían imponerlas, declaró desafiante, «debemos decirles que tendrán que combatir». En contraste con los avisos alarmantes del OHL de primeros de ese mes, Ludendorff consideraba que los alemanes conseguirían mejores condiciones de paz si combatían hasta el año siguiente. Un derrumbamiento militar era «posible, aunque no probable». La clave era aguantar un mes más. «Si llegamos hasta el invierno —afirmó—, habremos "salido del bosque"».[130] Resulta difícil elucidar en qué se basaba este nuevo entusiasmo. Ludendorff comenzó la reunión con optimismo y es indudable que este aumentó cuando el nuevo ministro de la Guerra, el general Heinrich Scheüch, le ofreció 600 000 efectivos más. Sin embargo, si de verdad creía que estaban disponibles, se engañaba a sí mismo. La única forma de movilizar esa cantidad de hombres era despojar la minería y los ferrocarriles y, en consecuencia, desmantelar la capacidad industrial de Alemania de hacer la guerra.[131]

En el frente, la situación tampoco había mejorado. Es cierto que la ofensiva general de los aliados de finales de septiembre, que tanto atemorizó

al OHL, no precipitó la temida desbandada y empezó a ralentizarse.[132] Sin embargo, los aliados habían roto la Línea Hindenburg. Aún peor: la nota de armisticio que Ludendorff insistió en remitir socavó la escasa motivación combativa que pudiera quedarle al Ejército y, de modo todavía más desastroso, su disciplina. Hacia mediados de octubre, los censores del correo de campaña informaban de que los soldados exigían «paz a cualquier precio».[133] Algunos se rendían con el argumento de que ya se había firmado un armisticio. Aún peor: la cifra de rezagados y desertores en las zonas de retaguardia se multiplicó tras la publicación de la nota de armisticio, que la mayoría interpretó como la admisión de la derrota. Los mandos comprendían bien las razones de esta indisciplina. Los hombres habían decidido, reportó a mediados de mes el jefe de un ejército, «que serían unos estúpidos si se dejaban matar ahora».[134]

La oposición de Ludendorff desencadenó una lucha por el poder entre el OHL y el gobierno civil. Las posiciones se habían invertido de manera extraña. Ahora, el príncipe Max estaba decidido a llevar hasta el fin los contactos con Wilson. La primera nota del 3 de octubre suscitó en la opinión pública unas expectativas de paz que no podían ser defraudadas sin arriesgarse a desencadenar una peligrosa oleada de ira y Ludendorff no supo justificar de qué modo seguir luchando garantizaría una paz mejor. Max desconfiaba del general; temía que su soberbia y vanidad provocaran una invasión devastadora del Reich.[135] Amenazó con dimitir para superar la oposición militar y obligó al káiser a respaldar su decisión de aceptar la exigencia de Wilson de detener la guerra submarina. La tensión alcanzó el punto álgido el 23 de octubre, cuando llegó la tercera nota del presidente estadounidense. Juzgaba insuficientes las reformas del Gobierno germano y advertía de que «Estados Unidos solo puede negociar con los verdaderos representantes del pueblo germano […] Si tiene que tratar con los amos militares y los autócratas monárquicos de Alemania […] entonces no debe exigir negociaciones de paz, sino la rendición».[136]

El alto mando castrense respondió a la nota de Wilson con una orden del día a las tropas en la que se les comunicaba que el presidente estadounidense exigía la capitulación, una imposición inaceptable para las fuerzas armadas. En contradicción con la política del canciller, la orden advertía de que la única opción posible era «combatir hasta el fin». Al día siguiente, 25 de octubre, Hindenburg y Ludendorff viajaron a Berlín a toda prisa, en contra de los deseos expresos de Max. Pretendían que el káiser destituyera al canciller, que rompiera las negociaciones con Wilson y que volviera a poner al país en pie

de guerra total. En épocas anteriores del conflicto, sus amenazas de dimisión asustaban a Guillermo II y le forzaban a seguir sus directrices. Ahora, las circunstancias habían cambiado. El OHL había perdido prestigio. Hindenburg mantenía su relevancia como figura señera, pero las derrotas militares habían dañado gravemente la reputación de Ludendorff. No menos importante era el hecho de que el káiser temía por su trono. Las notas de Wilson transmitieron un claro desdén hacia los mandatarios del Reich y el último mensaje parecía ofrecer a los alemanes unas condiciones más favorables a cambio de una revolución. Las autoridades imperiales eran conscientes de que Guillermo II era tan impopular entre su población que esta lo sacrificaría sin titubear a cambio de una paz más favorable. «En la prensa germana, se exige sin empacho alguno la destitución de la dinastía Hohenzollern y la abdicación del káiser», observó el 22 de octubre un informe oficial. Los defensores de esta medida ya no estaban confinados en las filas de los socialistas independientes; ahora abarcaban buena parte de la clase media.[137]

Ante esta desesperada situación, el káiser se mostró dispuesto a respaldar a su canciller. Max aplicó los métodos de Ludendorff y amenazó con dimitir si no se despojaba de su cargo al primer intendente general. La convicción, inducida por el jefe de su gabinete privado, Clemens von Delbrück, de que lo que Wilson quería en realidad era la cabeza de Ludendorff, no la suya, fue decisiva para ganar al monarca.[138] En la mañana del 26 de octubre, el káiser convocó en audiencia a Ludendorff y Hindenburg en el palacio de Bellevue, al oeste de Berlín. Su actitud fue severa. Reprochó a los dos militares su reciente conducta y declaró que había perdido confianza en el Estado Mayor General, pues le habían llevado «a una situación terrible». Criticó que, apenas tres semanas antes, el OHL había exigido un armisticio, pero que ahora deseaba seguir combatiendo y rechazaba el ofrecimiento de Wilson. De igual modo, censuró la orden, dada sin autorización, de proseguir los combates. La reunión finalizó con la destitución de Ludendorff. Hindenburg recibió orden de continuar, pues el Gobierno temía que su salida causara en el Ejército una desmoralización fatal.[139]

La Armada fue una segunda fuente de oposición, y la más decisiva, a la política de paz de Max. El almirante Reinhard Scheer, jefe del Almirantazgo, estaba muy descontento con las maniobras para poner fin a la guerra. Temía que Ludendorff entregara la Armada para obtener un armisticio en tierra y que el giro pacifista interrumpiera su proyecto estrella: una gran campaña de rearme naval, que pretendía producir 450 nuevos *U-boote*, llamado Programa Scheer.[140] El descontento del almirante aumentó todavía más tras la segunda

nota de Wilson, cuando el Gobierno ordenó poner fin a la guerra submarina sin restricciones. El mando de la flota tenía una visión extraña y distante de la situación en que se hallaba Alemania. «La Marina no necesita un armisticio», sostenía un documento de estrategia del 16 de octubre, como si la Marina pudiera seguir combatiendo cuando el resto de la nación dejara de hacerlo. Incluso después de que el Ejército concediera que la derrota era inevitable y que el Gobierno decidiera no romper las negociaciones de paz, el mando de la flota buscó una respuesta apropiada. El cese de la guerra submarina permitía que los acorazados de la Flota de Alta Mar volvieran a estar operativos, de modo que el Mando de la Armada decidió lanzar una última operación a la desesperada contra su archienemiga, la Gran Flota británica. «Aunque no cabe esperar que esto provoque un giro decisivo en los acontecimientos —mostraba un documento de estrategia naval con fecha 16 de octubre—, desde una perspectiva moral, para el honor y la existencia de la Armada es fundamental que esta lo dé todo en la batalla final».[141]

El Mando de la Armada mantuvo en secreto sus intenciones. Salvo una breve y críptica alusión a que ahora la flota tenía libertad operacional, ni el káiser ni el canciller fueron consultados acerca de la inminente misión. Solo Ludendorff fue informado y se le dijo que no lo compartiera con nadie. El Mando no pretendía sabotear las maniobras de paz del Gobierno y, de todos modos, una acción naval no aliviaría en modo alguno la presión que sufría el Ejército. Más bien se trató de un nuevo ejemplo de la miopía que los llevó a impulsar la guerra submarina sin restricciones: los jefes de la Marina solo pensaban en el prestigio y en los intereses de la Armada. Su honor de oficiales exigía una demostración de fuerza antes de la capitulación nacional. También les motivaban consideraciones más pragmáticas. En 1914, se demostró la falsedad de la justificación, dada en época de paz, para construir una flota de superficie: disuadir a Gran Bretaña de entrar en las hostilidades contra Alemania. Aún peor, los caros buques de guerra sirvieron de poco durante la contienda, pues no eran suficientes para infligir una derrota decisiva a la poderosa Royal Navy e impotentes contra el bloqueo británico.[142] Con el fin de salvaguardar el prestigio de la Armada y su futura financiación, sus jefes consideraban que sería necesario una acción espectacular antes del fin de la guerra. El jefe de Estado Mayor de Scheer, el contraalmirante Von Trotha, empezó a trabajar a primeros de octubre en una operación a la desesperada, el plan de operaciones número 19. Este preveía un ataque nocturno de toda la Flota de Alta Mar en el Hoofden, el brazo de mar que separa Gran Bretaña de los Países Bajos. Buques de menor porte hostigarían el tráfico marítimo en el

litoral de Flandes y en la embocadura del Támesis con el objetivo de hacer salir a la Gran Flota británica. Campos de minas fondeados en su ruta y submarinos erosionarían sus fuerzas y daría a los alemanes, que solo sumaban la mitad de sus buques, la oportunidad de causar más daño. El que muy pocas naves alemanas pudieran volver, si es que lo lograba alguna, no inquietaba a los oficiales, pues habían elegido la muerte antes que el deshonor. Para la marinería, sin embargo, era una «salida suicida».[143]

Era imposible que las dotaciones participaran en semejante operación. La moral de la Flota de Alta Mar estaba en su punto más bajo. La marinería seguía dolida por la represión de los motines del verano de 1917, las relaciones con la oficialidad eran distantes en el mejor de los casos —y a menudo hostiles— y el mejor personal había sido transferido hacía tiempo a los submarinos.[144] Los que se quedaron eran rebeldes y deseaban que llegara la paz. A finales de septiembre de 1918 se rumoreó que los hombres dejarían los buques si no se concluía un tratado a mediados de octubre. La tarde del 29 de octubre corrió la noticia de que los jefes de escuadrón de la flota estaban convocados en el alto mando para recibir las órdenes de una operación programada para el día siguiente. La reacción fue inmediata. A las 10:00 h de la mañana, los marineros de tres de los cinco acorazados del tercer escuadrón anunciaron que opondrían resistencia pasiva a cualquier operación. La insubordinación se propagó a otras naves y la misión fue cancelada. El comandante de la flota cometió entonces un error terrible: decidió dispersar sus escuadrones rebeldes y repartió a los acorazados entre el Elba, Kiel y Wilhelmshaven.[145]

El hundimiento final de la Alemania imperial comenzó en Kiel. El tercer escuadrón arribó a dicho puerto el 31 de octubre. El gobernador naval de la ciudad, el vicealmirante Wilhelm Souchon, recién llegado al cargo, no estaba preparado en absoluto para recibir a miles de marineros amotinados. Los oficiales de los acorazados no hicieron nada para ayudarlo, pues, deseosos de librar a sus naves de personal rebelde, les concedieron generosos permisos en tierra. Primero, los hombres se limitaron a protestar para pedir la liberación de camaradas arrestados, pero las autoridades trataron de impedir las reuniones y se negaron a llegar a ningún acuerdo, de modo que la rebeldía se extendió. Los obreros del astillero y la guarnición del puerto se pusieron del lado de las dotaciones. De repente, Souchon se encontró con que apenas disponía de unidades leales con las que controlar una multitud cada vez mayor. El 3 de noviembre, 6000 personas se manifestaron a favor de la puesta en libertad de los marineros arrestados. Algunos entraron por la fuerza en los

acuartelamientos del Ejército y, sin que los centinelas opusieran resistencia, se armaron y liberaron a los marineros. Una patrulla de suboficiales y mandos abrió fuego contra la muchedumbre y se produjo un breve tiroteo, con 7 muertos y 29 heridos. La sangre vertida hizo estallar la revolución. A la noche siguiente, se formaron consejos de soldados y marineros en todos los cuarteles y en todas las naves atracadas en Kiel. La revuelta adquirió un carácter político más explícito. Los marineros, siguiendo el guion de la Revolución rusa, empezaron a llamarse entre sí «camarada bolchevique». Exigían abiertamente un cambio de régimen. Los revolucionarios querían la abdicación de los Hohenzollern, sufragio universal para hombres y mujeres y una paz basada en el principio de autodeterminación, sin anexiones ni indemnizaciones.[146]

Durante los días siguientes, los marineros propagaron la revolución desde Kiel a otras regiones de Alemania. Las ciudades del litoral norte fueron las primeras en unirse. El 5 de noviembre, 500 marinos rojos tomaron Lubeca sin derramamiento de sangre. Hamburgo, Bremen y Wilhelmshaven cayeron al día siguiente. El 7 de noviembre, la revolución se trasladó tierra adentro, con la toma de Hannover, Oldemburgo y Colonia. En Múnich, 50 000 personas acudieron a la manifestación conjunta del SPD y el USPD, que ocupó los cuarteles y edificios públicos de la ciudad. En las primeras horas del 8 de noviembre, Kurt Eisner, del USPD, proclamó la República Socialista de Baviera.[147] No obstante, el verdadero premio y la clave del éxito de la revolución era la capital alemana, Berlín. El Gobierno del príncipe Max tuvo constancia de la gravedad de la revuelta de Kiel del 5 de noviembre cuando Gustav Noske, el diputado del SPD enviado al puerto a restablecer el orden, informó de lo sucedido. Ese mismo día, Wilson remitió su nota final, en la que comunicaba a los alemanes que el mariscal Foch, comandante supremo aliado en el frente occidental, había sido autorizado a transmitir las condiciones del armisticio a sus representantes. Una vez se hizo pública la rápida extensión de la revolución, el nuevo primer intendente general, Wilhelm Groener, aconsejó aceptar de inmediato las condiciones aliadas. La paz parecía ser la única oportunidad que le restaba al Reich de detener la revolución.[148]

Mientras tanto, el Gobierno trató de ralentizar la propagación de los revolucionarios. Los militares hicieron lo que pudieron para proteger Berlín. El jefe militar de la ciudad, el general Alexander von Linsingen, prohibió las manifestaciones del USPD y destacó tropas en las estaciones de ferrocarril para detener a los marineros revolucionarios.[149] Sin embargo, la presión de

Wilson y el anhelo de ambiciosas reformas de una gran parte de la población los desbordaron. Friedrich Ebert, portavoz del SPD, temía a la revolución bolchevique tanto como el príncipe Max y estaba dispuesto a continuar la labor de contener a las masas que el partido había emprendido durante la guerra. Sin embargo, ante el aumento de la radicalización y la ira, los socialdemócratas moderados solo podían mantener su credibilidad y atractivo haciéndose eco de las peticiones populares. El 7 de noviembre, Ebert advirtió al canciller de que «si el káiser no abdica, la revolución social es inevitable». Ese mismo día, el SPD presentó un ultimátum al Gobierno en el que conminaban al káiser y al príncipe heredero a abdicar antes del mediodía del 8 de noviembre. La publicación del ultimátum hizo que el SPD ganara apoyos en Berlín e impidió que los obreros se sumaran a grupos más revolucionarios para dar rienda suelta a su descontento. El 8 de noviembre, el káiser, que estaba en el cuartel general de Spa, se negó. Esa noche, comunicó en conversación telefónica a su frustrado canciller que tenía intención de restablecer el orden en cabeza de sus ejércitos.[150]

El 9 de noviembre se le agotó el tiempo al káiser, a Max y la Alemania imperial. La presión decisiva llegó de los dos centros de poder rivales surgidos durante la contienda: el Ejército y el SPD. En el frente occidental, Groener convocó a 39 jefes de rango medio para recabar su opinión acerca de la predisposición de la tropa a combatir por el káiser y contra el bolchevismo.[151] Solo uno consideró que sus hombres seguirían al monarca, una prueba palmaria de la pérdida de legitimidad del régimen, tanto entre los soldados como entre los civiles. La noticia impulsó al káiser a aceptar la abdicación, si bien trató de aguantar: esa noche propuso renunciar al trono alemán, pero no al prusiano. Sin embargo, en este punto, los acontecimientos le habían superado por completo. En Berlín, los socialistas independientes convocaron una gran manifestación a las 09:00 h de la mañana. El SPD no podía permitirse aparentar ser parte del viejo régimen y abandonó al Gobierno. Max, convencido de que la dilación no hacía sino incrementar el peligro, anunció, por propia iniciativa, la abdicación del káiser al mediodía. Acto seguido, cedió a Ebert el cargo de canciller. Las calles estaban ocupadas por decenas de miles de obreros fabriles alentados por los delegados sindicales. Por toda la capital, las unidades militares se amotinaron. Un Consejo de Soldados ocupó el Ministerio de la Guerra.[152] Adelantándose a los socialistas independientes, a las 14:00 h el líder del SPD, Philipp Scheidemann, salió al balcón de la sala de lectura del Reichstag y proclamó el nacimiento de la república. Aseguró al gentío que Guillermo II había abdicado y que los dos

partidos socialistas del Reich formarían el nuevo gabinete. Con el fin de limitar el radicalismo popular, dejó claro que esta debía ser una revolución muy germánica: «¡Calma, orden y seguridad es todo lo que necesitamos ahora!». En un emotivo llamamiento que buscaba derivar algún logro de cuatro años de horror, presentó la ruptura entre los alemanes y sus deslegitimados y derrotados dirigentes como una especie de victoria. «El pueblo alemán ha triunfado por doquier. El viejo y podrido régimen se ha desmoronado. ¡El militarismo está acabado!».[153]

La delegación del armisticio, encabezada por el diputado del Partido de Centro Matthias Erzberger, cruzó el frente occidental la tarde del 7 de noviembre de 1918. El 11 de noviembre, a las 05:20 h de la mañana, sus cuatro miembros, junto con el comandante supremo aliado, Ferdinand Foch, y el primer lord del Almirantazgo de Gran Bretaña, el almirante sir Rosslyn Wemyss, estamparon su firma sobre el acuerdo de armisticio, que entró en vigor menos de seis horas más tarde, a las 11 de la mañana, y puso fin de ese modo a los combates. Quizá con justicia, dada la intención que impulsó a los militares germanos a dar pasos hacia la paz, las condiciones fueron severas. El Ejército alemán debía entregar grandes reservas de armamento, material y equipo ferroviario e iniciar la evacuación inmediata de todo el territorio invadido en el oeste. La flota también debería hacerse internar. El territorio germano de la orilla izquierda del Rin sería ocupado y tendrían que renunciar a Alsacia y Lorena. Menos justa, y sin duda el golpe más duro para los delegados alemanes, fue la continuación del bloqueo naval británico. Aunque se comprometieron, a regañadientes, a entregar algunas provisiones, el Reich debería seguir hambriento e indefenso. En el momento de la firma, Erzberger leyó una protesta formal en la que advertía que sus condiciones sumirían a los alemanes en la anarquía y el hambre. Aunque humillado, concluyó desafiante: «Una nación de setenta millones sufre, pero no muere».[154]

Para los alemanes, y sin duda para la mayoría de centroeuropeos, el armisticio no fue el punto final que recordarían más al oeste. No hubo un retorno a la «paz» como en Francia o Gran Bretaña. La «normalidad» fue una víctima permanente de la guerra. Era cierto que la matanza masiva de la *Materialschlacht* había terminado, pero la miseria, las privaciones y la escasez continuaron y se prolongaron más allá del verano de 1919, momento en que se levantó el bloqueo. La violencia tampoco finalizó. Aunque a una escala más pequeña, se trasladó a los países que los hombres habían tratado

de proteger. Las brechas políticas y étnicas que la contienda ahondó pasaron a ser los nuevos «frentes» del periodo posterior al armisticio. Durante los años siguientes, revoluciones radicales de izquierdas y golpes derechistas sacudieron al debilitado Estado germano. En el este, la minoría polaca se levantó y luchó por la secesión. Una de las víctimas de la violencia de posguerra fue el propio Erzberger. En agosto de 1921, extremistas de derechas lo asesinaron mientras daba un paseo… por haber firmado el armisticio. La Primera Guerra Mundial había terminado, pero su legado de sufrimiento y violencia perduraría mucho más tiempo.[155]

EPÍLOGO

El nuevo y desconocido mundo surgido de los rescoldos agonizantes de la guerra quedó fijado y formalizado en los meses posteriores a los armisticios del otoño de 1918. Mientras los mandatarios de las potencias aliadas victoriosas debatían en París el futuro del continente, los nuevos Estados nación de Europa central cimentaban el control de su territorio y obtenían por la fuerza territorios en disputa, a menudo a expensas de las repúblicas de Alemania, Austria y Hungría. El 28 de junio de 1919 se firmó con Alemania el tratado que ponía fin a la guerra en el oeste. Para remarcar la humillación del enemigo, los franceses eligieron el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, el mismo lugar donde, medio siglo antes, se proclamó la Alemania unificada. Casi de pasada, también se firmó en Saint-Germain, en septiembre de 1919, un tratado con la nueva Austria. A causa de la revolución bolchevique, y la posterior y brutal contrarrevolución, el Tratado de Trianon con Hungría no se firmó hasta junio de 1920.[1]

Para entonces, el viejo orden había desaparecido hacía mucho. La mayor parte de sus integrantes no sufrió mucho. El káiser Guillermo II entró en los Países Bajos el 10 de noviembre de 1918 y oficializó su abdicación el 28. Es indudable que sus primeros dieciocho meses de exilio fueron angustiosos. Escaseaba el dinero y su futuro era incierto. Se dejó barba para que lo reconocieran con menos facilidad y, a principios de 1919, se rebajó a simular locura para eludir la extradición. Pese a ello, tuvo un final feliz. Con reticencias, los neerlandeses lo protegieron. Con el tiempo, se desvaneció la pretensión internacional de llevarlo a juicio, conforme a lo que el artículo 227 del Tratado de Versalles describía con vaguedad como «una ofensa suprema contra la moralidad internacional y la inviolabilidad de los tratados». Guillermo adquirió una bella mansión con foso a las afueras de la población neerlandés de Doorn, a cuyos vecinos aterrorizó con sus modales imperiales. Su esposa falleció en abril de 1921. Un año más tarde, a los 63 años de edad, se casó por la princesa Herminia de Schönaich-Carolath, de 35. El káiser falleció, disgustado, pero no descontento, el 4 de junio de 1941.[2] El destino del emperador Carlos fue más extraño. Al renunciar al control de sus ejércitos para no tener que estampar su nombre en el armisticio con Italia, el 11 de

noviembre de 1918 desistió a todo derecho a participar en la gobernanza del Estado austriaco. Nunca presentó su abdicación formal. Tras dos intentos en 1921 de reclamar la Corona húngara de San Esteban, los aliados decidieron que era una amenaza para la estabilidad europea y lo trasladaron, a él y a su familia, del exilio suizo a la distante Madeira. Allí falleció de gripe el 1 de abril de 1922, a la edad de 34 años. Este hombre, débil y poco valeroso, es el único mandatario de las Potencias Centrales que dejó cierto buen recuerdo, posiblemente gracias a que, al contrario que la mayoría, nunca tomó papel y pluma para dejar un lamentable relato exculpatorio de su guerra. Pese a que durante las hostilidades no logró obrar el milagro de liberar a su pueblo de la miseria y el derramamiento de sangre, algunos afirman que hizo uno tras el conflicto: la gesta menor de sanar, después de muerto, a una monja brasileña que padecía de varices. En octubre de 2004, el papa Juan Pablo II beatificó al último emperador de los Habsburgo.[3]

El resto de mandatarios bélicos de las Potencias Centrales no sufrió, a pesar de la intención declarada de los aliados de castigar a los supuestos responsables de los horrores del conflicto. Algunos de los hombres que los habían llevado a la guerra ya estaban muertos en 1918. Los ministros presidentes de Austria y de Hungría en 1914, Stürgkh y Tisza, perecieron asesinados durante la contienda. El jefe del Estado Mayor General prusiano, Helmuth von Moltke, falleció en 1916; era un hombre destrozado. Bethmann Hollweg, el antiguo canciller, sobrevivió y fue el único entre los líderes de todas las potencias que se mostró dispuesto a defender sus actos y a responder por ellos. En junio de 1919, al tener conocimiento de que los aliados pretendían juzgar al káiser, tomó la honorable decisión de escribir al primer ministro francés Georges Clemenceau para solicitarle que lo juzgasen a él en lugar de su amo imperial. «Conforme a las leyes constitucionales del imperio —argumentó—, detento la plena responsabilidad de los actos políticos del emperador durante mi mandato como canciller». Su ofrecimiento quedó sin respuesta.[4] La interpretación aliada, cómoda y simplista, de que el conflicto fue un crimen germano hizo que ignoraran a los dirigentes habsburgo supervivientes. El conde Berchtold, ministro de Exteriores austrohúngaro en 1914, el hombre sobre el que recaía mayor responsabilidad de todos los mandatarios, pudo retirarse sin mayor problema a sus posesiones de Csepreg, en Hungría, donde falleció en 1942. Leon Biliński, ministro de Finanzas, aunque mucho menos culpable, también estuvo presente en el conspiratorio Consejo Común Ministerial de julio de 1914 donde se planeó la guerra contra

Serbia, ejerció el mismo cargo en 1919 para la nueva aliada de Francia, la Polonia independiente.[5]

Aún más importante: ningún responsable militar respondió ante los tribunales. El jefe del Estado Mayor de los Habsburgo hasta 1917, Franz Conrad von Hötzendorf, hubiera sido hoy un candidato indiscutible a responder por crímenes de guerra, tanto por su papel en el desencadenamiento del conflicto, como por ser el comandante de un Ejército que masacró a decenas de miles de civiles ucranianos en 1914. No obstante, los aliados tenían escaso interés por el régimen de los Habsburgo y aún menos por un montón de campesinos muertos de la Europa oriental. Le dejaron en paz, hizo una fortuna con sus memorias y murió en el placentero balneario de Bad Mergentheim, en el sur de Alemania, en agosto de 1925.[6] Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff formaron parte durante un breve tiempo de una lista de sospechosos de crímenes de guerra, hasta que los aliados lo repensaron. El dúo castrense que dirigió Alemania durante los dos últimos años de la guerra tenía características muy diferentes. Tras su fracaso, Ludendorff presentaba una figura patética. A mediados de noviembre de 1918 huyó de Berlín, temeroso de que lo lincharan o juzgaran si se quedaba. Pasó a Suecia, donde vivió sin llamar la atención y se dedicó a escribir unas memorias autocompasivas hasta que la revolución amainó. A su retorno a Alemania, su paranoia aumentó y decidió convertir a los judíos en el chivo expiatorio de su caída. Participó en actividades políticas de extrema derecha y en 1923 formó parte de la conspiración del *putsch* nazi de Múnich, si bien su candidatura de 1925 a la presidencia se saldó con un vergonzoso fracaso.[7] Por el contrario, Hindenburg finalizó la guerra con su reputación intacta. En noviembre de 1918 volvió a asumir la jefatura del Ejército alemán, donde se esforzó, con éxito, por hacer recaer la responsabilidad de la derrota militar del Tercer OHL sobre los civiles y un Gobierno que, supuestamente, había «apuñalado por la espalda» a los leales militares. Aprovechó su popularidad de los años bélicos para volver a ser la figura señera de Alemania. En 1925, tras la muerte de su primer titular, Friedrich Ebert, se presentó y ganó la presidencia de la república alemana. En 1933, en mitad de una profunda crisis económica y política, estaba en su segundo mandato cuando nombró canciller a Adolf Hitler.[8]

Los Estados de Alemania y Austria-Hungría, como ya debería estar claro ahora, no tuvieron el monopolio de la conducta brutal e ilegal durante la Primera Guerra Mundial. Incluso conforme a los poco desarrollados estándares de la legislación internacional de la época, habían cometido

crímenes terribles. Entre ellos la invasión alemana del Estado neutral de Bélgica, la guerra submarina sin restricciones, la despiadada explotación de civiles como mano de obra esclava, sobre todo en *Ober Ost*, y la deportación de belgas en 1916, así como la matanza de no combatientes en 1914. No obstante, los hombres responsables de tales acciones, y de las atrocidades mucho más graves cometidas por la aliada de las Potencias Centrales, la Turquía otomana, el genocidio armenio, quedaron casi todos impunes. Para ser justos, tras el armisticio otomano del 30 de octubre, el sultanato instaurado por los británicos investigó, a instancias de los aliados. Tribunales castrenses especiales acumularon abundantes pruebas de la intención de eliminar a los armenios y condenaron a muerte a los líderes del imperio durante los años de la guerra, pero, dado que todos fueron juzgados *in absentia*, las sentencias no se cumplieron.[9] Debido a la negativa alemana a extraditar a los sospechosos de crímenes de guerra, los aliados impusieron una serie de juicios al Estado alemán que se celebraron en 1921 en la corte suprema de Leipzig. Se presentaron 45 casos, de los que solo 17 llegaron a juicio. Los acusados eran personajes menores: personal del Ejército, en su mayor parte oficiales que habían ordenado el fusilamiento de prisioneros de guerra o que desatendieron en los campos, otros que habían atacado civiles y comandantes de *U-Boote* acusados de hundir barcos hospital. Solo se declaró culpables a cuatro acusados.[10] La ley internacional, violada por los bloqueos navales de ambos bandos y su conducta brutal hacia los ciudadanos enemigos de los territorios ocupados, quedó aún más desacreditada ante la incapacidad de juzgar y castigar crímenes graves, aunque solo fueran los cometidos por los vencidos. Esto tendría una importancia terrible. Hitler extrajo la enseñanza adecuada en agosto de 1939 cuando se disponía a emprender una guerra racial contra Polonia. Instó a sus generales a emprender «la destrucción física del enemigo» y desechó sus escrúpulos con una alusión al pasado: «¿Quién, después de todo, habla hoy de la aniquilación de los armenios?».[11]

El orden de posguerra no tardó en dejar descontento a todo el mundo en la Europa centro-oriental. La reorganización de la región sobre líneas nacionales se hizo sobre el terreno antes de que los dirigentes de las potencias victoriosas iniciaran las conversaciones de paz en París, en enero de 1919. Con toda probabilidad, estas eran la única opción de estabilidad, pero las posibilidades de éxito no eran buenas. Las etnias de la región, simple y llanamente, estaba demasiado entremezcladas para poder crear Estados-nación fuertes y

homogéneos. En Polonia, Checoslovaquia y en la nueva Rumanía expandida con territorio húngaro, alrededor de un tercio de sus poblaciones eran minorías étnicas. El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos era, como su nombre indica, una mezcolanza de pueblos que, al contrario de sus élites, no abrazaron el nuevo ideal yugoslavo, sino que continuaron alimentando antiguos agravios históricos.[12] Se ha dicho, a favor de los acuerdos de posguerra, que la reorganización política de Europa redujo a la mitad a sus minorías, que pasaron de 60 a 30 millones y los tratados impuestos a los nuevos Estados debían garantizar los derechos de las minorías.[13] Sin embargo, esto pasa por alto el factor crucial de que la propaganda wilsoniana de la «autodeterminación de los pueblos» y la guerra en sí misma llevaron las aspiraciones nacionales a un paroxismo febril. El estatus de minoría en un continente construido sobre la base de los Estados nación era mucho menos atractivo o aceptable que bajo los antiguos imperios. Se ha estimado que, pese al descenso del número de minorías, los conflictos étnicos en los territorios de la antigua Austria-Hungría casi se duplicaron después de 1918, de 9 a un mínimo de 17. Los antiguos antagonismos, como el que enfrentaba a los checos y a los germanos de Bohemia, se sumaron a nuevas pugnas nacionales entre checos y polacos en Teschen, alemanes y croatas en Yugoslavia y rumanos y alemanes en Rumanía, todos enfrentados entre sí.[14]

El presidente Wilson cometió el fatal error de emplazar la «autodeterminación de los pueblos» en el centro de su visión de posguerra. El eslogan sirvió de efectiva propaganda durante la contienda y contribuyó a su popularidad y autoridad moral, pero también desautorizó de inmediato su orden de posguerra a ojos de muchas personas. La razón es simple: los pueblos de la Europa centro-oriental estaban tan entremezclados que no era posible permitir a todo el mundo ejercitar este nuevo derecho. No habría ganadores, pero sí que habría perdedores y la *Realpolitik* dictaminó que estos últimos fueron los dos grupos étnicos supeditados por la derrota, los germanos y los magiares. Ambos tenían justos motivos para sentirse muy agraviados con Wilson. En sus discursos y respuestas a las notas de paz de las Potencias Centrales de 1918, el presidente estadounidense señaló que hacía la guerra a los autócratas, no a sus pueblos. Como advirtió el 23 de octubre, si bien exigía la «rendición» a los viejos regímenes imperiales, un gobierno de genuina representatividad podía esperar «negociaciones de paz» sobre la base de los catorce puntos. En consecuencia, los alemanes se rebelaron, pero medio año después no hubo negociaciones, sino un mero «Diktat», que sus representantes solo fueron autorizados a comentar antes de la decisión final de

los vencedores. La experiencia de los húngaros fue más turbulenta y menos del gusto de Wilson, pues incluyó una revolución moderada, un golpe bolchevique y una autocracia de derechas liderada por un antiguo almirante de los Habsburgo. Aun así, los aliados les dieron un trato similar. Los términos impuestos a ambas potencias fueron, como reconocieron incluso algunos miembros de las delegaciones aliadas, devastadores. El ministro de Exteriores de Alemania, el conde Ulrich von Brockdorff-Rantzau, dijo, tras leer la voluminosa lista de exigencias, condiciones y pérdidas a las que debía plegarse su país bajo amenaza de invasión, que Wilson y sus asociados podrían haber ahorrado su tiempo. Hubiera bastado una sola cláusula: «L'Allemagne renonce a son existence» [Alemania renuncia a su existencia].[15]

Versalles y Trianon construyeron el orden de posguerra a expensas de germanos y húngaros, un hecho que explica por qué los Gobiernos de ninguno de los dos países nunca los aceptaron. La no aplicación a los perdedores de su principio organizativo central, la autodeterminación nacional, se confirmó cuando los vencedores prohibieron a los germano-austriacos incorporarse a Alemania, cosa que pretendían hacer desde octubre de 1918. En Versalles, negaron a Alemania acceder a la Sociedad de Naciones, el organismo internacional que se suponía que debía unir al nuevo mundo de posguerra, además de quitarle el 13 por ciento de su territorio y el 10 por ciento de su población. A Hungría le fue peor, pues le despojaron nada menos que el 67,3 por ciento de su territorio y el 73,5 por ciento de sus habitantes.[16] Por descontado, la mayoría de súbditos transferidos eran rumanos, eslovacos, alsacianos, loreneses, daneses o polacos que cabía suponer de forma probable, aunque no siempre correcta, que deseaban formar parte de Rumanía, Checoslovaquia, Francia o Polonia. En zonas más ambiguas como Masuria y la Alta Silesia, al este de Alemania, se celebraron plebiscitos para determinar la voluntad de los habitantes. Sin embargo, hubo notables injusticias, en particular la transferencia a la Sociedad de Naciones de la ciudad de Danzig, de indudable carácter germano, con estatus de Estado libre —esto se hizo para dar a Polonia una salida al mar—. Las transferencias de territorios y la negativa a permitir a los germano-bohemios la «autodeterminación» y unirse a Austria, o la unión de Austria con Alemania, dejaron a 13 millones de germanos fuera de las fronteras del Reich. En el exterior de la Hungría de entreguerras había minorías magiares que sumaban un total de 3,23 millones de personas.[17] La ira que se sentía en el corazón del Reich por las pérdidas territoriales no era nada comparado con el rencor de los compatriotas con propiedades y modos de vida en tales regiones que fueron expulsados u

obligados a saldar sus posesiones. En el corredor polaco, la franja de antiguo territorio germano asignado a Polonia que separaba Prusia Oriental del resto de la Alemania de entreguerras, 575 000 de los 1,1 millones de alemanes que allí residían en 1919 se habían mudado seis años más tarde a la nueva República de Alemania.[18] En el oeste, no menos de 200 000 de los 300 000 germanos de Alsacia-Lorena se marcharon o fueron expulsados.[19] Hacia 1924, unos 426 000 húngaros habían huido de los territorios tomados por Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y Austria. El gran número de personas que se marchó subraya que las pérdidas territoriales provocadas por la derrota y por el nuevo orden wilsoniano no eran meras manchas en el honor nacional, sino que destruyeron las vidas de numerosas personas comunes.[20]

Los tratados, además de la pérdida de territorios impuesta o confirmada por Versalles y Trianon, también impusieron reparaciones. El artículo 231 de Versalles, donde se detallaban las bases legales de dicha reclamación, afirmaba que «los Gobiernos aliados y asociados declaran y Alemania reconoce que ella y sus aliados son responsables, por haberlos causado, de todas las pérdidas y todos los perjuicios que han sufrido los Gobiernos aliados y asociados y sus nacionales a consecuencia de la guerra que les ha sido impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados».[*] Los historiadores han remarcado que la cifra de 132 000 millones de marcos oro que los aliados acordaron con Alemania en 1921 era más bien teórica y buscaba satisfacer a su vengativa opinión pública. La cifra a la que realmente aspiraban, 50 000 millones de marcos oro a pagar en 36 años, era del todo factible.[21] La opinión pública alemana quedó consternada por la enorme cifra. La hiperinflación, causada por la mala gestión económica de su Gobierno, pero atribuida a las reparaciones, borró el valor de sus ahorros y sus bonos de guerra e incrementó su rabia. Las reparaciones se convirtieron en una fuente particular de acritud por dos motivos adicionales. Primero, la delegación alemana que compareció en 1919 en París trató de desacreditar la base legal de los pagos al tachar al artículo 231 de «cláusula de culpabilidad de la guerra». Aunque, en realidad, los aliados no exigieron ninguna admisión de culpabilidad, el término se popularizó y convirtió una transacción financiera en una emotiva cuestión moral. Segundo, en enero de 1923, después de repetidos impagos del Estado alemán, franceses y belgas, que, junto con los británicos, ocupaban la orilla izquierda del Rin, invadieron la región industrial del Ruhr. La propaganda del miedo difundida por las autoridades imperiales en 1917 pareció en ese momento increíblemente premonitoria. La invasión enemiga, obreros alemanes obligados a trabajar para el odiado opresor e

incluso el uso, con deliberada intención de humillar, de efectivos franceses negros para vigilar el embarque de carbón en vagones de tren con destino a Francia; todo esto era la consecuencia de la derrota. Hubo violencia. Las unidades francesas y belgas mataron a 132 civiles alemanes, encarcelaron a 4124 y expulsaron a 172 000. El Ejército del Reich, reducido por Versalles a tan solo 100 000 hombres, se veía impotente para responder.[22]

Todo esto recayó sobre una población que, al igual que todas las sociedades de la Europa central y oriental, sufría un profundo trauma. Los pueblos centroeuropeos se habían comprometido a fondo con la guerra y, en consecuencia, el impacto psicológico fue enorme. Algunos han atribuido el embrutecimiento de la sociedad y la política de entreguerras a los largos años de matanzas masivas.[23] No obstante, la violencia paramilitar que sacudió la región después de la guerra fue perpetrada por tan solo una pequeña minoría de hombres. Como atestigua la velocidad con que se desmovilizó el Ejército germano a finales de 1918, la mayoría de soldados solo quería volver a casa.[24] Por el contrario, el sufrimiento fue un factor clave que perfiló el legado emocional del conflicto. Por toda la Europa central y oriental, había aflicción por doquier. Era muy visible en las ruinas humanas que dejó la contienda, en los millones de veteranos discapacitados y de familiares de víctimas. En Alemania, sobrevivieron a los caídos en combate 533 000 viudas y 1 192 000 huérfanos de guerra.[25] Checoslovaquia, cuya población sumaba una quinta parte de la del Reich y cuyos soldados fueron acusados de no combatir bien, pagaba pensiones a 121 215 viudas y 238 000 huérfanos de guerra.[26] Por otra parte, la conflagración dejó un exceso de padecimientos de múltiples causas. Además del combate y del dolor por los seres queridos, el hambre y el frío en los frentes interiores causó un intenso pesar. Sufrieron los prusianos orientales bajo la invasión y los judíos de Galitzia deportados, sufrieron las personas que perdieron su casa a causa del desplazamiento de las fronteras posterior a la contienda.

Este sufrimiento, y los recelos, prejuicios y violencia que engendró, o exacerbó, fueron muy destructivos y duraderos. Podemos establecer un vínculo específico y revelador entre el padecimiento germano de la Primera Guerra Mundial y los crímenes contra la humanidad perpetrados un cuarto de siglo después. Los alemanes que residían en zonas fronterizas de etnicidad mixta, donde las privaciones de la guerra inflamaron las rivalidades raciales, fueron, en proporción, más propensos a participar en el genocidio nazi contra los judíos. Aquellos que, además, perdieron su casa a causa de los cambios fronterizos del final del conflicto fueron seis veces más numerosos entre los

perpetradores del Holocausto.[27] Más en general, el sufrimiento bélico del interior fragmentó las sociedades en función de diferencias de clase y de raza. Estas se hicieron más profundas aún debido a los combates paramilitares entre etnias, las revoluciones de izquierdas y las sangrientas represalias de la extrema derecha que surgieron a la conclusión del conflicto. El sufrimiento de los años de guerra formaba parte de las raíces de lo que un intelectual de izquierdas describió amenazador en 1929 como «la atmósfera salvaje brutal de odio y venganza que sigue siendo la corriente predominante de Europa oriental».[28]

El otro legado importante del sufrimiento de los años de guerra fue la búsqueda desesperada de un sentido. En la cúspide del sistema de valores de la cultura bélica centroeuropea se erigía el concepto de sacrificio: la entrega voluntaria a la muerte, al sufrimiento o el dolor en aras de una causa superior. Las sociedades de Alemania y Austria-Hungría sacrificaron una cifra sobrecogedora de hombres en 1914-1918: perecieron 2 036 897 soldados alemanes.[29] Las bajas austrohúngaras, aunque nunca fueron computadas de manera adecuada, oscilaban entre 1 100 000 y 1 200 000. Los que más sufrieron fueron los germano-austriacos y los húngaros, seguidos de cerca por eslovenos y checos de Moravia.[30] La derrota de los Habsburgo no devaluó, al menos de forma oficial, los sacrificios de soldados checos, polacos o yugoslavos. Los nuevos Estados optaron por reinterpretar la muerte de esos hombres como caídos por la causa de la independencia. No había espacio público para visiones alternativas.[31] Al contrario, la derrota trajo a los alemanes una gran disonancia cognitiva. Ruth Höfner espetó el dilema tan pronto como tuvo noticia del armisticio. «¿Para qué han sacrificado a sus hijos las madres alemanas?», se preguntó.[32] Para Anna Kohnstern, la mujer de Hamburgo que durante cuatro años remitió con devoción cartas y regalos de amor a su hijo Albert, soldado del frente, esta pregunta, sin duda, estuvo acompañada de un inmenso dolor. Albert cayó el 26 de octubre de 1918, apenas dos semanas antes de que cesaran al fin los combates.[33] Con saña, el Gobierno francés negó hasta 1925 a los alemanes corrientes visitar tumbas de guerra en su suelo, lo cual dificultó aún más el duelo de los progenitores y tornó su vida más vacía aún.[34]

Las personas de toda la Europa central y oriental y más allá se esforzaron por dar sentido a la muerte en masa de 1914-1918. El dilema de cómo justificar el sacrificio de sus queridos hijos, hermanos y padres en una guerra perdida dio un carácter e intensidad únicos al culto germano a los caídos del periodo de entreguerras. Las redes municipales, eclesiásticas y locales que

apoyaron a los soldados en vida volvieron a movilizarse para honrarlos en la muerte. Numerosos individuos se consolaban pensando en los caídos como mártires semejantes a Cristo o que reposaban en un profundo sueño. De igual modo, la idea de que los difuntos los observaban y que, al igual que Cristo o un durmiente, volverían a alzarse de nuevo, permeó la conciencia nacional. Las cuestiones de por qué habían muerto y qué querían dividieron a los alemanes de todo el espectro político, pues incluso los republicanos imaginaban a los difuntos exhortando a los vivos a resucitar la patria. La extrema derecha, que pugnó por erigirse en la voz de los veteranos y los guardianes de la memoria de los soldados caídos, asumió una interpretación literal y militante de ese anhelo. Para sus adeptos, la derrota de 1918 era, en realidad, una traición que debía ser vengada y borrada.[35]

La Primera Guerra Mundial fue una catástrofe para la Europa central y oriental. A su vez, las nuevas repúblicas que reemplazaron a los viejos y desacreditados imperios quedaron debilitadas por el amargo legado de la contienda. Empobrecidas, inseguras y a menudo con grandes minorías resentidas, la mayor parte experimentó inestabilidad. La guerra había desgastado el tejido de sus sociedades multiétnicas y exacerbó de modo desastroso las divisiones raciales, además de legar antagonismos duraderos, en particular contra la vieja minoría judía, y contra las nuevas minorías germanas. En menos de una década, apenas quedaría nada del nuevo orden democrático wilsoniano, pues la mayor parte del este europeo cayó bajo el dominio de hombres fuertes autocráticos. Alemania también quedó sumida en la ruina. La unidad nacional de 1914 se transformó en acritud durante la contienda y las divisiones entre la izquierda y la derecha antisemita crecieron y ganaron en furia a la conclusión de esta. La lucha había sido una guerra popular. El sufrimiento y el sacrificio fueron inmensos. Los que sobrevivieron al calvario tuvieron que enfrentarse a la pregunta de para qué había servido todo aquello.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas

AA *Archiwum Archidiecezjalne* (Archivo Arzobispal)
AN *Archiwum Narodowe* (Archivo Nacional)
AOK *Armeeoberkommando* (Alto Mando del Ejército)
AP *Archiwum Państwowe* (Archivo Estatal)
A V A *Allgemeines Verwaltungsarchiv* (Archivo de la Administración General)
BA *Bundesarchiv* (Archivo Federal)
BA-MA *Bundesarchiv Militärarchiv* (Archivo Federal Militar)
BfZ *Bibliothek für Zeitgeschichte* (Biblioteca de Historia Contemporánea)
BN *Biblioteka Narodowa* (Biblioteca Nacional)
C A H J P *The Central Archives for the History of the Jewish People* (Archivos Centrales de la Historia del Pueblo Judío)
DTA *Deutsches Tagebucharchiv* (Archivo del Diario alemán)
GGB *Generalgouvernement Belgien* (Gobierno General de Bélgica)
GGW *Generalgouvernement Warschau* (Gobierno General de Varsovia)
GLA *Generallandesarchiv* (Archivo General Regional)
GStA PK *Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz* (Archivos Estatales Secretos de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano)
HHStA *Hessisches Hauptstaatsarchiv* (Archivo Estatal Principal de Hesse)
H I T D *Honved-Infanterietruppendivision* (División de Infantería del Honvéd)
HStA *Hauptstaatsarchiv* (Archivo Estatal Principal)
ITD *Infanterietruppendivision* (División de Infantería)

IWM *Imperial War Museum* (Museo Imperial de la Guerra)
k. k. *Kaiserlich-koniglich* (Imperial-real)
k. u. k. *Kaiserlich und koniglich* (Imperial y real)
KA *Kriegsarchiv* (Archivo de la Guerra)
KÜA Kriegs überwachungsamt (Oficina de Supervisión de la Guerra)
LITD Landwehr-Infanterietruppendivision (División de Infantería del Landwehr)
OHL Oberste Heeresleitung (Alto Mando del Ejército alemán)
ÖULK Bundesministerium für Heereswesen und Kriegsarchiv, Österreich-Ungarns letzter
Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938: *Krieg*, 7 vols., Wien, Verlag der Militarwissenschaftlichen Mitteilungen, 1930-1938 (La historia militar oficial de Austria de la Primera Guerra Mundial)
Sanitätsbericht über das deutsche Heer (Deutsches Feld-und Besatzungsheer) im Weltkriege 1914/1918 (Deutscher KriegsSanitätsbericht 1914/18), 3 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn (La historia médica militar oficial alemana de la Primera Guerra Mundial)
SPD *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (Partido Socialdemócrata de Alemania)
TNA *The National Archives* (Archivos Nacionales)
USPD *Unabhangige Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania)
ZAB *Zivilarbeiterbataillon* (Batallón de Trabajadores Civiles)
Cuando en el texto o en las notas a pie de página se han citado documentos personales en poder del Bundesarchiv-Militärarchiv, Deutsches Tagebucharchiv y Bibliothek für Zeitgeschichte se han utilizado pseudónimos para proteger la identidad de los autores.

Archivos

Alemania
Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart
Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde

Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg
Deutsches Tagebucharchiv, Emmendingen
Geheimes Staatsarchiv Preußischer Kulturbesitz, Berlin
Generallandesarchiv Karlsruhe
Hauptstaatsarchiv Dresden
Hauptstaatsarchiv Stuttgart
Hessisches Hauptstaatsarchiv, Wiesbaden

Austria

Österreichisches Staatsarchiv
Allgemeines Verwaltungsarchiv
Kriegsarchiv

Israel

The Central Archives for the History of the Jewish People, Jerusalén

Polonia

Archiwum Archidiecezjalne w Poznaniu
Archiwum Narodowe w Krakówie
Archiwum Państwowe w Katowicach: Oddzia, w Raciborzu
Archiwum Państwowe w Olsztynie
Archiwum Państwowe w Poznaniu
Archiwum Państwowe w Toruniu
Biblioteka Narodowa, Varsovia (Microfilm Collection)

Reino Unido

Imperial War Museum, Londres
The National Archives, Londres

Fuentes primarias publicadas

Periódicos

Berliner Tageblatt
Czas
Deutsche Kriegszeitung
Frankfurter Zeitung und Handelsblatt
Illustrierte Geschichte des Weltkrieges 1914/15. Allgemeine Kriegszeitung
Illustrierte Ostdeutsche Kriegs-Zeitung
Kurjer Lwówski

Liegnitzer Tageblatt
Nowa Reforma
Pester Lloyd
Reichspost
Wiener Bilder. Illustriertes Familienblatt
Zusammenbruch. Dezemberheft 1918 der Süddeutschen Monatshefte

Libros

Afflerbach, H. (ed.), 2005: *Kaiser Wilhelm II. als Oberster Kriegsherr im Ersten Weltkrieg. Quellen aus der militärischen Umgebung des Kaisers 1914-1918*, München, R. Oldenbourg.

Altrichter, F., 1933: *Die seelischen Krafte des deutschen Heeres im Frieden und im Weltkriege*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Altrock, C. von (ed.), 1922: *Vom Sterben des deutschen Offizierkorps*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Ansky, S., 2002: *The Enemy at his Pleasure: A Journey through the Jewish Pale of Settlement during World War I*, J. Neugroschel (trad. y ed.), New York, Metropolitan Books.

Antipa, G., 1929: *L'Occupation Ennemie de la Roumanie et ses Consequences Economiques et Sociales*, Paris/New Haven, Les Presses Universitaires de France/Yale University Press.

Arz von Straussenburg, A., 1924: *Zur Geschichte des Grossen Krieges 1914-1918*, Wien/Leipzig/München, Rikola.

Auge-Laribe, M. y Pinot, P., 1927: *Agriculture and Food Supply in France during the War*, New Haven/London, Yale University Press/Humphrey Milford-Oxford University Press.

Auswärtiges Amt, 1915: *Greueltaten russischer Truppen gegen deutsche Zivilpersonen und deutsche Kriegsgefangene*, Berlin, Deutsches Reich.

Auswärtiges Amt, 1916: *Der Baralong-Fall*, Berlin, Heymann.

Ayres, L. P., 1919: *The War with Germany: A Statistical Summary*, Washington, G. P. O.

Bachelin, E. y Geiger, W., 1937: *Das Reserve-Infanterie-Regiment Nr. 111 im Weltkrieg 1914 bis 1918*, Karlsruhe, Sudwestdeutsche Druck-und Verlagsgesellschaft.

Bachtold, H., 1917: *Deutscher Soldatenbrauch und Soldatenglaube*, Strassburg, Karl J. Trubner.

Baden, M. von, 2011 (1927): *Erinnerungen und Dokumente*, Hamburg, Severus.

Baedeker, K., 1911: *Austria-Hungary with Excursions to Cetinje, Belgrade, and Bucharest: Handbook for Travellers by Karl Baedeker*, 11t^{h} ed., Leipzig/London/New York, Karl Baedeker/T. Fischer Unwin/Charles Scribner's Sons.

Barac, F., 1919: *Croats and Slovenes, Friends of the Entente in the World War: A Few Official Documents Derived from the Archives of the Imperial and Royal Military Commands*, Paris, Lang, Blanchong & Co. Printing.

Baumgart, W. (ed.), 1971: *V o n Brest-Litovsk zur deutschen Novemberrevolution. Aus den Tagebüchern, Briefen und Aufzeichnungen von Alfons Paquet, Wilhelm Groener und Albert Hopman März bis November 1918*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Bayern, Kronprinz R. von, 1929: *In Treue fest. Mein Kriegstagebuch*, 3 vols., München, Deutscher National Verlag A.-G.

Bell, J. (ed.), 1927: *Volkerrecht im Weltkrieg. Dritte Reihe im Werk des Untersuchungsausschusses*, 5 vols., Berlin, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte.

Bethmann Hollweg, T. von, 1920: *Reflections on the World War*, G. Young (trad.), London, Thornton Butterworth.

Biliński, L., 1924-1925: *Wspomnienia i dokumenty* [Memorias y documentos], 2 vols., Warszawa, F. Hoesicka.

Bittner, L., 1931: «Österreich-Ungarn und Serbien», *Historische Zeitschrift 144(1)*, 78, 104.

Bittner, L. y Uebersberger, H. (eds.), 1930: *Österreich-Ungarns Aussenpolitik von der bosnischen Krise 1908 bis zum Kriegsausbruch 1914*, Wien/Leipzig, Österreichischer Bundesverlag für Unterricht, Wissenschaft und Kunst.

Blücher, princesa E., 1920: *An English Wife in Berlin, A Private Memoir of Events, Politics and Daily Life in Germany throughout the War and the Social Revolution of 1918*, New York, E. P. Dutton.

Bonhoeffer, K. (ed.), 1922: *Geistes- und Nervenkrankheiten*, 2 vols., Leipzig, Barth.

Bókay, J. von y Juba, A., 1926: «Ernährungszustand der Kinder in Ungarn», en C. Pirquet (ed.), *Volksgesundheit im Kriege*, 2 vols., Wien/New Haven, Hölder-Pichler-Tempsky/Yale University Press.

Boraston, J. H. (ed.), 1919: *Sir Douglas Haig's Despatches (December 1915-April 1919)*, London/Toronto/New York, J. M. Dent.

Bruntz, G. G., 1938: *Allied Propaganda and the Collapse of the German Empire in 1918*, Stanford, Stanford University Press.

Brusílov, A. A., 1930: *A Soldier's Note-book, 1914-1918*, London, Macmillan.

Buchner, E. (ed.), 1914-1915: *Kriegsdokumente. Der Weltkrieg 1914/15 in der Darstellung der zeitgenossischen Presse*, 9 vols., München, Albert Langen.

Bundesministerium für Heereswesen und Kriegsarchiv, 1930-1938: *Österreich-Ungarns letzter Krieg*, 7 vols., Wien, Verlag der Militarwissenschaftlichen Mitteilungen.

Carnegie Endowment for International Peace (ed.), 1917: *Official Communications and Speeches Relating to Peace Proposals, 1916-1917*, Washington, D. C., Carnegie Endowment for International Peace.

Child, C. J., diciembre de 1938: «German-American Attempts to Prevent the Exportation of Munitions of War, 1914-1915», *The Mississippi Valley Historical Review 25(3)*, 351.68.

Clark, J. M., 1931: *The Costs of the World War to the American People*, New Haven/London, Yale University Press/Humphrey Milford-Oxford University Press.

Conrad von Hötzendorf, F., 1923: *Aus meiner Dienstzeit 1906-1918. Vierter Band: 24 Juni 1914 bis 30-September 1914. Die politischen und militärischen Vorgänge vom Fürstenmord in Sarajevo bis zum Abschluß der ersten und bis zum Beginn der zweiten Offensive gegen Serbien und Rußland*, 4 vols., Wien, Rikola.

Conventions and Declarations between the Powers Concerning War, Arbitration and Neutrality, (Declaration of Paris, 1856-of St Petersburg, 1868-of The Hague, 1899-Convention of Geneva, 1906-2d Peace Conference, The Hague, 1907-Declaration of London, 1909). English-French-German, 1915: Den Haag, Martinus Nijhoff.

Cron, H., 1923: *Die Organisation des deutschen Heeres im Weltkriege*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Cron, H., 1926: *Infanterie-Regiment Markgraf Karl (Nr. 60)*, Berlin/Oldenburg, Stalling.

Cron, H., 2002: *The Imperial German Army, 1914-18: Organization, Structure, Orders of Battle*, C. F. Colton (trad.), Solihull, Helion.

Czernin, O., 1920: *In the World War*, New York/London, Harper & Brothers.
Dąbrowski, J., 1977: *Dziennik 1914-1918* [Diario 1914-1918], J. Zdrara (ed.), Kraków, Wydawnictwo Literackie.
Daszyński, I., 1957: *Pamiętniki* [Memorias], 2 vols., Warszawa, Książka i Wiedza.
Deist, W. (ed.), 1970: *Militar ünd Innenpolitik im Weltkrieg 1914-1918*, 2 vols., Düsseldorf, Droste.
Deuerlein, E. (ed.), 1973: *Briefwechsel Hertling-Lerchenfeld 1912-1917. Dienstliche Privatkorrespondenz zwischen dem bayerischen Ministerpräsidenten Georg Graf von Hertling und dem bayerischen Gesandten in Berlin Hugo Graf von und zu Lerchenfeld*, 2 vols., Boppard am Rhein, Harald Boldt.
Die Russenherrschaft in Ostpreußen und ihr Ende. Dargestellt in 275 Abbildungen, Bildnissen, Karten u. Urkunden, 1915: München, F. Bruckmann.
Einem, K. von, 1938: *Ein Armeeführer erlebt den Weltkrieg. Persönliche Aufzeichnungen des Generalobersten v. Einem*, J. Alter (ed.), Leipzig, v. Hase/Koehler.
Eisenmenger, A., 1932: *Blockade: The Diary of an Austrian Middle-Class Woman, 1914-1924*, London, Constable & Co.
Eltzbacher, P. (ed.), 1915: *Die deutsche Volksernährung und der englische Aushungerungsplan*, Braunschweig, Friedr. Vieweg & Sohn.
Emin, A., 1930: *Turkey in the World War*, New Haven/London, Yale University Press/Oxford University Press.
Erzberger, M., 1920: *Erlebnisse im Weltkrieg*, Stuttgart/Berlin, Deutsche Verlags-Anstalt.
Everth, E., 1915: *Tat-Flugschriften 10. Von der Seele des Soldaten im Felde. Bemerkungen eines Kriegsteilnehmers*, Jena, Eugen Diederich.
Exner, F., 1927: *Krieg und Kriminalitat in Österreich. Mit einem Beitrag über die Kriminalitat der Militarpersonen von Prof Dr G. Lelewer*, Wien/New Haven, Holder-Pichler-Tempsky/Yale University Press.
Falkenhayn, E. von, 1920: *The German General Staff and Its Decisions, 1914-1916*, New York, Dodd, Mead & Company.
Faust, G., 1915: *Kriegsnöte der deutschen Gemeinden in Galizien und der Bukowina*, Leipzig, Paul Eger.
Felger, F., 1936: «Frontpropaganda bei Feind und Freund», en W. Jost (ed.), *Was wir vom Weltkrieg nicht wissen*, Leipzig, H. Fikentscher,

440-459.
Foerster, W., 1952: *Der Feldherr Ludendorff im Unglück. Eine Studie über seine seelische Haltung in der Endphase des ersten Weltkrieges*, Wiesbaden, Limes.
Fontaine, A., 1926: *French Industry during the War*, New Haven/London, Yale University Press/Humphrey Milford-Oxford University Press.
Forstner, G. G. von, 1917: *The Journal of Submarine Commander von Forstner*, R. Codman (trad.), Boston/New York, The Houghton River Side Press.
Gallwitz, M. von, 1929: *Meine Führertätigkeit im Weltkriege 1914/1916. Belgien-Osten-Balkan*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn.
Gallwitz, M. von, 1932: *Erleben im Westen 1916-1918*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn.
Gaupp, R., 1922: «Schreckneurosen und Neurasthenie», en K. Bonhoeffer (ed.), *Geistes- und Nervenkrankheiten*, 2 vols., Leipzig, Barth.
Gause, F., 1930: «Die Quellen zur Geschichte des Russeneinfalls in Ostpreußen im Jahre 1914», *Altpreußische Forschungen 7(1)*, 82-106.
Gause, F., 1931: *Die Russen in Ostpreußen 1914/15. Im Auftrage des Landeshauptmanns der Provinz Ostpreußen*, Königsberg Pr., Gräfe und Unzer Verlag.
Geiss, I. (ed.), 1967: *July 1914: The Outbreak of the First World War: Selected Documents*, London, B. T. Batsford.
Gide, C. y Ovalid, W., 1931: *Le Bilan de la Guerre pour la France*, Paris/New Haven, Les Presses Universitaires de France/Yale University Press.
Glaise-Horstenau, E. von, 1930: *The Collapse of the Austro-Hungarian Empire*, I. F. D. Morrow (trad.), London/Toronto, J. M. Dent and Sons.
Goeldel, H., 1917: *Grundlagen des Wirtschaftslebens von Ostpreußen. Denkschrift zum Wiederaufbau der Provinz. Fünfter Teil. Wohlstandsverhältnisse in Ostpreußen*, 6 vols., Jena, Gustav Fischer, 1917).
Göhre, P., 1917: *Tat-Flugschriften 22. Front und Heimat. Religiöses, Politisches, Sexuelles aus dem Schützengraben*, Jena, Eugen Diederich.
Golovin, N., junio de 1926: «The Great Battle of Galicia (1914): A Study of Strategy», *The Slavonic Review 5(13)*, 25-47.
Golovin, N., abril de 1936: «The Russian War Plan of 1914», *The Slavonic and East European Review 14(42*), 564-584.

Golovin, N., julio de 1936: «The Russian War Plan: II. The Execution of the Plan», *The Slavonic and East European Review 15(43)*, 70-90.

Gothein, G., 1919: *Warum verloren wir den Krieg?*, Stuttgart/Berlin, Deutsche Verlags-Anstalt.

Gourko, B., 1919: *War and Revolution in Russia, 1914-1917*, New York, Macmillan.

Gratz, G. y Schüller, R., 1930: *Der wirtschaftliche Zusammenbruch Österreich-Ungarns. Die Tragodie der Erschopfung*, Wien/New Haven, Holder-Pichler-Tempsky A.-G./Yale University Press.

Grebler, L. y Winkler, W., 1940: *The Cost of the World War to Germany and to Austria-Hungary*, New Haven, Yale University Press.

Groener, W., 1957: *Lebenserinnerungen. Jugend, Generalstab, Weltkrieg*, F. F. Hiller von Gaertringen (ed.), Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Guttry, A. von, 1916: *Galizien. Land und Leute*, München/Leipzig, Georg Muller.

Hämmerle, C. (ed.), 1993: *Kindheit im Ersten Weltkrieg*, Wien, Köln/Weimar, Böhlau.

Hansch, J. y Weidling, F., 1929: *Das Colbergsche Grenadier-Regiment Graf Gneisenau (2. Pommersches) Nr. 9 im Weltkriege 1914-1918*, Oldenburg i. O./Berlin, Gerhard Stalling.

Hansen, J., 1916: *Grundlagen des Wirtschaftslebens von Ostpreußen. Denkschrift zum Wiederaufbau der Provinz. Zweiter Teil. Die Landwirtschaft in Ostpreußen*, 6 vols., Jena, Gustav Fischer.

Hanssen, H. P., 1973 (1955): *Diary of a Dying Empire*, O. Osburn (trad.), R. H. Lutz, M. Schofield y O. O. Winther (eds.), Port Washington/London, Kennikat Press.

Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934: *Sanitätsbericht über das Deutsche Heer (Deutsches Feld-und Besatzungsheer) im Weltkriege 1914/1918 (Deutscher Kriegssanitätsbericht 1914/18). III. Band. Die Krankenbewegung bei dem deutschen Feld-und Besatzungsheer im Weltkriege 1914/1918*, 3 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1938: *Sanitätsbericht über das Deutsche Heer (Deutsches Feld-und Besatzungsheer) im Weltkriege 1914/1918 (Deutscher KriegsSanitätsbericht 1914/18). II. Band. Der Sanitatsdienst im*

Gefechts-und Schlachtenverlauf im Weltkriege 1914/1918, 3 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Helly, K., 1926: «Statistik der Gesundheitsverhältnisse der Bevölkerung der Republic Österreich in und nach dem Kriege», en Pirquet (ed.), *Volksgesundheit im Kriege*, 2 vols., Wien/New Haven, Hölder-Pichler-Tempsky/Yale University Press.

Henning, K. L., 1915: *Die Wahrheit über Amerika*, Leipzig, Julius Klinkhardt.

Henry, A., 1920: *Études sur l'occupation allemande en Belgique*, Bruxelles, Office de Publicité, Anciens établissements J. Lebègue & Cie, Éditeurs Société Cooperative.

Herzog, R., 1915: *Ritter, Tod und Teufel. Kriegsgedichte von Rudolf Herzog*, Leipzig, Quelle u. Meyer.

Hesse, A. y Goeldel, H., 1916: *Grundlagen des Wirtschaftslebens von Ostpreußen. Denkschrift zum Wiederaufbau der Provinz. Dritter Teil. Die Bevölkerung von Ostpreußen*, 6 vols., Jena, Gustav Fischer.

Hirschberg, P., 1918: *Die Russen in Allenstein. Die Besetzung und Befreiung der Stadt am 27., 28. und 29. August 1914*, 2nd ext. ed., Allenstein, Druck und Verlag der Volksblatt-Druckerei.

Hirschfeld, G., 2006: «Die Somme-Schlacht von 1916», en G. Hirschfeld, G. Krumeich e I. Renz (eds.), *Die Deutschen an der Somme 1914-1918*, Essen, Klartext.

Hirschfeld, M. y Gaspar, A. (eds.), *ca*. 1970: *Sittengeschichte des Ersten Weltkrieges*, Hanau am Main, Karl Schustek.

Hobohm, M., 1929: *Soziale Heeresmißtände als Teilursache des deutschen Zusammenbruches von 1918. Die Ursachen des deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918. Zweite Abteilung. Der innere Zusammenbruch. Elfter Band. Erster Halbband*, 12 vols., Berlin, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte.

Hofmann, H., 1926: «Die deutsche Nervenkraft im Stellungskrieg», en F. Seeselberg, *Der Stellungskrieg 1914-18*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn,

Hoffmann, M., 1929: *War Diaries and Other Papers*, 2 vols., London, Martin Secker.

Holsten, H. (ed.), 1938: *Landwehr-Infanterie-Regiment 76 im Weltkriege*, Stade, Stelzer.

Holtz, G. vom, 1922: *Das Württembergische Reserve-Inf.-Regiment Nr. 121 im Weltkrieg 1914-1918*, Stuttgart, Belser.

Horn, D. (ed.), 1969: *The Private War of Seaman Stumpf: The Unique Diaries of a Young German in the Great War*, London, Leslie Frewin.

Huber, M., 1931: *La Population de la France pendant la Guerre*, Paris/New Haven, Les Presses Universitaires de France/Yale University Press.

Hupka, J., 1937: *Z czasów wielkiej wojny. Pamiętnik nie kombatanta* [De los tiempos de la Gran Guerra. Diario de un no combatiente], Lwów, Księgarnia A. Krawczyński.

Jacobson, W., 1934: *Z armią Klucka na Paryż* [Con el ejército de Kluck en París], Toruń, Nakład autora.

Jaworski, W. L., 1997: *Diarusz 1914-1918* [Diarios 1914-1918], Warszawa, Oficyna Naukowa.

Joffre, M., expríncipe heredero de Alemania, mariscal Foch y mariscal (sic) Ludendorff, 1927: *The Two Battles of the Marne*, London, Thornton Butterworth.

Johann, E. (ed.), 1968: *Innenansicht eines Krieges. Bilder, Briefe, Dokumente 1914-1918*, Frankfurt am Main, Heinrich Scheffer.

Jürgensen, W., 1925: *D a s Füsilier-Regiment «Königin» Nr. 86 im Weltkriege*, Oldenburg i. O./Berlin, Gerhard Stalling.

Kantorowicz, H., 1919: *Der Offiziershas im deutschen Heer*, Freiburg im Breisgau, J. Bielefelds Verlag.

Kawczak, S., 1991: *Milknące echa. Wspomnienia z wojny 1914-1920* [Ecos silenciosos. Recuerdos de la guerra 1914-1920], Warszawa, Libra.

Keiser, J. von, 1921: *Geschichte des Inf.-Regts. v. d. Marwitz (8. Pomm.) Nr. 61 im Weltkriege 1914-1918*, Berlin, Offizierverein des früheren Inf.-Regts. v. d. Marwitz (8. Pomm.) Nr. 61 E. V.

Kellen, T., 1936: «Von der Unbekannten Materialnot. Was im Kriege alles gesammelt wurde», en W. Jost (ed.), *Was wir vom Weltkrieg nicht wissen*, Leipzig, H. Fikentscher, 366-383.

Kerchnawe, H., 1921: *Der Zusammenbruch der Österr.-Ungar. Wehrmacht im Herbst 1918. Dargestellt nach Akten des Armee-Ober-Kommandos und andere amtlichen Quellen*, München, J. F. Lehmanns Verlag.

Kerchove de Denterghem, C. de, 1927: *L'Industrie Belge pendant l'Occupation Allemande 1914-1918*, Paris/New Haven, Les Presses Universitaires de France/Yale University Press.

Kirchenberger, S., 1926: «Beiträge zur Sanitätsstatistik der österreichisch-ungarischen Armee im Kriege 1914-1918», en

C. Pirquet (ed.), *Volksgesundheit im Kriege*, 2 vols., Wien/New Haven, Holder-Pichler-Tempsky/Yale University Press, vol. I, 47-77.
Klemperer, V., 1996: *Curriculum Vitae. Erinnerungen 1881-1918*, vol. II, W. Nowojski (ed.), 2 vols., Berlin, Aufbau Taschenbuch Verlag.
Knox, A., 1921: *With the Russian Army, 1914-1917: Being Chiefly Extracts from the Diary of a Military Attache*, London, Hutchinson.
Köhler, L. von, 1927: *Die Staatsverwaltung der besetzten Gebiete. Belgien*, Stuttgart/Berlin/Leipzig/New Haven, Deutsche Verlags-Anstalt/Yale University Press.
Krasicki, A., 1988: *Dziennik z kampanii rosyjskiej 1914-1916*, Warszawa, Instytut Wydawniczy PAX.
Krauß, A., 1923: *Die Ursachen unserer Niederlage. Erinnerungen und Urteile aus dem Weltkrieg*, 3.ª ed., München, J. F. Lehmanns Verlag.
Kreisler, F., 1915: *Four Weeks in the Trenches: The War Story of a Violinist*, Boston/New York, Houghton Mifflin Company.
Krüger-Franke, J., 4 de enero de 1915: «Über truppenärztliche Erfahrungen in der Schlacht», *Berliner klinische Wochenschrift 1*, 7-9.
Kuhl, H. von, 1929: *Der Weltkrieg 1914-1918 dem deutschen Volke dargestellt*, 2 vols., Berlin, Verlag Tradition Wilhelm Kolk.
Kuhn, A., 1914: *Die Schreckenstage von Neidenburg in Ostpreußen. Kriegserinnerungen aus dem Jahre 1914*, Minden, Wilhelm Köhler.
Kühr, P., 1998: *There We'll Meet Again: The First World War Diary of a Young German Girl*, W. Wright (trad.), Gloucester, Walter Wright.
K. u. k. Ministerium des Äussern, 1915: *Sammlung von Nachweisen für die Verletzungen des Völkerrechts durch die mit Österreich-Ungarn Krieg führenden Staaten*.
Abgeschlossen mit 31. Janner 1915, Wien, K. k. Hof-und Staatsdruckerei.
K. u. k. Ministerium des Äussern, 1916: *Sammlung von Nachweisen für die Verletzungen des Völkerrechts durch die mit Österreich-Ungarn Krieg führenden Staaten. III. Nachtrag. Abgeschlossen mit 30. Juni 1916*, Wien, K. k. Hof-und Staatsdruckerei.
Kwaśny, E., 1917: *«Krakowskie dzieci» (Trzynasty Pułk) na polu chwały 1914-1915* «Niños de Cracovia» (Decimotercer Regimiento) en el campo de la gloria 1914-1915], Kraków, Nakład autora.
Laeger, A., 1934: *Das I. Westpreußische Fußartillerie-Regiment Nr. 11 im Weltkriege 1914/18*, Zeulenroda-Thüringen, Bernhard Sporn.
Langsdorff, W. von (ed.), 1937: *U-Boote am Feind. 45 deutsche U-Boot-Fahrer erzählen*, Gutersloh, C. Bertelsmann.

Lasswell, H. D., 1927: *Propaganda Technique in the World War*, London/New York, Kegan, Paul, Trench, Trubner & Co./Alfred A. Knopf.

Lelewer, G., 1927: «Die Militärpersonen», en F. Exner, *Krieg und Kriminalitat in Österreich. Mit einem Beitrag über die Kriminalitat der Militarpersonen von Prof Dr G. Lelewer*, Wien/New Haven, Holder-Pichler-Tempsky/Yale University Press.

Lewin, K., 1917: «Kriegslandschaft», *Zeitschrift für angewandte Psychologie 12(5-6)*, 440-447.

Liepmann, M., 1930: *Krieg und Kriminalitat in Deutschland*, Stuttgart/Berlin/Leipzig/New Haven, Deutsche Verlags-Anstalt/Yale University Press.

Lipp, A., 2003: *Meinungslenkung im Krieg. Kriegserfahrungen deutscher Soldaten und ihre Deutung, 1914-1918*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Loewenfeld-Russ, H., 1926: *Die Regelung der Volksernährung im Kriege*, Wien/New Haven, Holder-Pichler-Tempsky A.-G./Yale University Press.

Ludendorff, E. (ed.), 1920: *The General Staff and its Problems: The History of the Relations Between the High Command and the German Imperial Government as Revealed by Official Documents*, F. A. Holt (trad.), 2 vols., London, Hutchinson.

Ludendorff, E., 2005 (1919): *My War Memories, 1914-1918*, 2 vols., Uckfield, The Naval and Military Press.

Ludwig, W., 1920: «Beiträge zur Psychologie der fürcht im Kriege», en W. Stern y O. Lipmann (eds.), *Beihefte zur Zeitschrift für angewandte Psychologie. 21. Beiträge zur Psychologie des Krieges*, Leipzig, Johann Ambrosius Barth, 125-172.

Lutz, R. H. (ed.), 1932: *The Fall of the German Empire, 1914-1918*, 2 vols., Stanford/London, Stanford University Press/Humphrey Milford-Oxford University Press.

Lutz, R. H. (ed.), 1969: *The Causes of the German Collapse in 1918: Sections of the Officially Authorized Report of the Commission of the German Constituent Assembly and of the German Reichstag, 1919-1928, the Selection and the Translation Officially Approved by the Commission*, W. L. Campbell (trad.), Hamden, Archon Books.

Majkowski, A., 2000: *Pamiętnik z wojny europejskiej roku 1914* [Diario de la guerra europea de 1914], T. Linkner (ed.), Pelplin/Wejherowo,

Bernardinum.

Małłek, K., 1967: *Z Mazur do Verdun. Wspomnienia, 1890-1919* [De Masuria a Verdún. Recuerdos, 1890-1919], Warszwa, Czytelnik.

Meyer, W., 1929: *Das Infanterie-Regiment von Grolman (1. Posensches) Nr. 18 im Weltkriege*, Oldenburg i. O./Berlin, Gerhard Stalling.

Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959: *Ursachen und Folgen. Vom deutschen Zusammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart. Eine Urkunden-und Dokumentensammlung zur Zeitgeschichte. Erster Band. Der Wende des ersten Weltkrieges und der Beginn der innerpolitischen Wandlung 1916/1917*, 29 vols., Berlin, Dokumenten-Verlag Dr Herbert Wendler & Co.

Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959b: *Ursachen und Folgen. Vom deutschen Zusammenbruch 1918 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart. Eine Urkunden-und Dokumentensammlung zur Zeitgeschichte. Zweiter Band. Der militärische Zusammenbruch und das Ende des Kaiserreichs*, 29 vols., Berlin, Dokumenten-Verlag Dr Herbert Wendler & Co.

Mikułowski Pomorski, J. (ed.), 1991: *Kraków w naszej pamięci* [Cracovia en nuestra memoria], Nowy Wiśnicz, Wydawnictwo i Drukarnia «Secesja».

Ministère de l'Intèrieur, 1912: *Annuaire statistique de la Belgique et du Congo belge. Quarante-deuxième année-1911. Tome XLII*, Bruxelles, Imprimerie A. Lesigne.

Molnár, F., 2012: *Galicja 1914-1915. Zapiski korespondenta wojennego* [Galicia 1914-1915. Notas de un corresponsal de guerra], Á. Engelmayer, Warszawa, Most.

Moltke, E. von (ed.), 1922: *Generaloberst Helmuth von Moltke. Erinnerungen-Briefe-Dokumente 1877-1916. Ein Bild vom Kriegsausbruch, erster Kriegsführung und Persönlichkeit des ersten militärischen Führers des Krieges*, Stuttgart, Der Kommende Tag A.-G.

Müller, G. A. von, 1961: *The Kaiser and his Court: The Diaries, Note Books and Letters of Admiral Georg Alexander von Müller, Chief of the Naval Cabinet, 1914-1918*, W. Gorlitz (ed.) y M. Savill (trad.), London, Macdonald.

Münchner Ostpreußenhilfe, 1915: *Ostpreußennot und Bruderhilfe. Kriegsgedenkblatter*, München, Knorr & Hirth.

Nass, K. O. (ed.), 2006: *Ein preußischer Landrat in Monarchie, Demokratie und Diktatur. Lebenserinnerungen des Walter zur Nieden*, Berlin, Berliner Wissenschafts-Verlag.

Neymann, C. A., julio de 1917: «Some Experiences in the German Red Cross», *Mental Hygiene 1(3)*, 392-396.

Nicolai, W., 1920: *Nachrichtendienst, Presse und Volksstimmung im Weltkrieg*, Berlin, Ernst Siegfried Mittler und Sohn.

Niemöller, M., 1939: *From U-Boat to Concentration Camp*, London/Edinburgh/Glasgow, William Hodge.

Nowak, K. F., 1921: *Der Sturz der Mittelmächte*, München, Georg D. W. Callwey, Verlag für Kulturpolitik.

Ostdeutsche Volkszeitung (ed.), 1914: *Beiträge zum Einfall der Russen in Ostpreußen 1914 aus der Russenzeit in Insterburg*, Insterburg, Ostdeutsche Zeitung.

Palmer, S. y Wallis, S. (eds.), 2003: *A War in Words: The First World War in Diaries and Letters*, London/Sydney/New York/Toronto, Pocket Books.

Pawlowski, E. (ed.), 1915: *Tilsit unter russischer Herrschaft. 26. August bis 12. September 1914*, Tilsit, Ostpr., Eduard Pawlowski.

Pfeilschifter, G., 1916: «Seelsorge und religiöses Leben im deutschen Heere», en G. Pfeilschifter (ed.), *Kultur Katholizismus und Weltkrieg. Eine Abwehr des Buches La Guerre Allemande et la Catholicisme*, Freiburg im Breisgau, Herdersche Verlagshandlung, 235-268.

Pirenne, H., 1928: *La Belgique et la Guerre Mondiale*, Paris/New Haven, Les Presses Universitaires de France/Yale University Press.

Pirenne, J. y Vauthier, M., 1925: *La Legislation et l'Administration Allemandes en Belgique*, Paris/New Haven, Les Presses Universitaires de France/Yale University Press.

Pirquet, C., 1926: «Ernährungszustand der Kinder in Österreich während des Krieges und der Nachkriegszeit», en C. Pirquet (ed.), *Volksgesundheit im Kriege*, 2 vols., Wien/New Haven, Holder-Pichler-Tempsky/Yale University Press, vol. I, 151-179.

Pirscher, F. von, 1926: *Das (rheinisch-westfälische) Infanterie-Regiment Nr. 459*, Oldenburg i. O., Gerhard Stalling.

Plaut, P., 1920: «Psychographie des Kriegers», en W. Stern y O. Lipmann (eds.), *Beihefte zur Zeitschrift für angewandte Psychologie. 21.*

Beiträge zur Psychologie des Krieges, Leipzig, Johann Ambrosius Barth, 1-123.

Pogge von Strandmann, H. (ed.), 1985: *Walther Rathenau, Industrialist, Banker, Intellectual, and Politician: Notes and Diaries, 1907-1922*, C. Pinder-Cracraft (trad.), Oxford, Clarendon Press.

Redlich, J., 1929: *Austrian War Government*, New Haven/London, Yale University Press/Humphrey Milford-Oxford University Press.

Redlich, J., 1953: *Schicksalsjahre Österreichs 1908-1919. Das politische Tagebuch Josef Redlichs*, F. Fellner (ed.), 2 vols., Graz/Köln, Hermann Böhlau.

Reichsarchiv, 1925: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 1. Die Grenzschlachten im Westen*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv 1925b: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 2. Die Befreiung Ostpreußens*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv, 1929: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 5. Der Herbst-Feldzug 1914. Im Westen bis zum Stellungskrieg. Im Osten bis zum Rückzug*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv, 1929b: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 6. Der Herbst-Feldzug 1914. Der Abschlus der Operationen im Westen und Osten*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv, 1931: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 7. Die Operationen des Jahres 1915. Die Ereignisse im Winter und Frühjahr*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv, 1936: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 10. Die Operationen des Jahres 1916 bis zum Wechsel in der Obersten Heeresleitung*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv, 1938: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 11. Die Kriegsführung im Herbst 1916 und im Winter 1916/17. Vom Wechsel in der Obersten Heeresleitung bis zum Entschlus zum Ruckzug in die Siegfried Stellung*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichsarchiv, 1944: *Der Weltkrieg 1914 bis 1918. Band 14. Die Kriegsführung an der Westfront im Jahre 1918*, 14 vols., Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Reichskanzlei, 1919: *Vorgeschichte des Waffenstillstandes. Amtliche Urkunden*, Berlin, Reimar Hobbing.

Reiss, R. A., 1916: *Report upon the Atrocities Committed by the Austro-Hungarian Army during the First Invasion of Serbia Submitted*

to the Serbian Government, London, Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent & Co.

Reiter, M. M., 1994: *Balkan Assault: The Diary of an Officer, 1914-1918*, S. Granovetter (trad.), London, The Historical Press.

Roeder, C. von, 1936: «Vom verhängnisvollen Einfluß der Sabotageakte auf die Kriegführung», en W. Jost (ed.), *Was wir vom Weltkrieg nicht wissen*, Leipzig, H. Fikentscher, 139-154.

Roesle, J., 1928: «Die Geburts-und Sterblichkeitsverhältnisse», en F. Bumm (ed.), *Deutschlands Gesundheitsverhältnisse unter dem Einfluss des Weltkrieges*, Stuttgart/Berlin/Leipzig/New Haven, Deutsche Verlags-Anstalt/Yale University Press, 3-61.

Romer, J. E., 1921: *Pamiętniki* [Memorias], Warszawa, Muzeum Historii Polski/Bellona.

Rubenbauer, F., 1932: «Der Sturm auf Ypern, Freiwillige vor!», en F. Solledor (ed.), Vier Jahre Westfront. Geschichte des Regiments List R. I. R. 16, München, M. Schick.

Schauwecker, F., 1921: *Im Todesrachen. Die deutsche Seele im Weltkriege*, Halle, Heinrich Diekmann.

Scheidemann, P., 1921: *Der Zusammenbruch*, Berlin, Verlag für Sozialwissenschaft.

Schierbrand, W. von, enero de 1917: «The Food Situation in Austria-Hungary», *The North American Review 205(734)*, 46-52.

Schierbrand, W. von, 1917: *Austria-Hungary: The Polyglot Empire*, New York, Frederick A. Stokes.

Schlenther, P., 1915: *Zwischen Lindau und Memel während des Krieges*, Berlin, G. Fischer.

Schoenfeld, J., 1985: *Shtetl Memories: Jewish Life in Galicia under the Austro-Hungarian Empire and in the Reborn Poland, 1898-1939*, Hobeken, Ktav Publishing House.

Scholz, L., 1920: *Seelenleben des Soldaten an der Front. Hinterlassene Aufzeichnungen des im Kriege gefallenen Nervenarztes*, Tübingen, J. C. B. Mohr.

Schuhmacher, W., 1928: *Leben und Seele unseres Soldatenlieds im Weltkrieg*, Frankfurt am Main, Moritz Diesterweg.

Schulz, D., 1928: *Infanterie-Regiment Graf Bülow von Dennewitz (6. Westfälisches) Nr. 55 im Weltkriege*, Detmold, Verlag der Meyerischen Hofbuchhandlung [Max Staecke].

Schwarte, M., 1920: *Die Technik im Weltkriege*, Berlin, Ernst Siegfried Mittler und Sohn.

Ściskała, D., 1926: *Z dziennika kapelana wojskowego 1914-1918* [Del diario de un capellán militar 1914-1918], Cieszyn, Nakład autora.

Segall, J., 1922: *Die deutschen Juden als Soldaten im Kriege 1914-1918*, Berlin, Philo-Verlag.

Skalweit, A., 1927: *Die deutsche Kriegsernährungswirtschaft*, Stuttgart/Berlin/Leipzig, Deutsche Verlags-Anstalt.

Słomka, J., 1941: *From Serfdom to Self-Government: Memoirs of a Polish Village Mayor, 1842-1927*, W. J. Rose (trad.), London, Minerva.

Sombart, W., 1915: *Händler und Helden. Patriotische Besinnungen*, München, Duncker & Humblot.

Sosnowski, J. J., 1925: *Prawda dziejowa, 1914-1917* [Verdad histórica, 1914-1917], Warszawa, Wolffa.

Sperber, M., 1987: *God's Water Carriers*, J. Neugroschel (trad.), New York/London, Holmes & Meier.

Spiegel, E. von, 1916: *Kriegstagebuch «U202»*, Berlin, August Scherl.

Sprawozdanie c. k. Namiestnictwa, Centrali krajowej dla gospodarczej odbudowy Galicyi za czas od czerwca 1916 do lutego 1917 [Informe de los Virreyes, Sede Nacional para la Reconstrucción Económica de Galicia para el periodo comprendido entre junio de 1916 y febrero de 1917], 1917: Kraków, Drukarnia Eug. i Dr Kaz. Koziańskich.

Springer, J., 1840: *Statistik des österreichischen Kaiserstaates*, 2 vols., Wien, F. Beck.

Stein, gen. von, 1920: *A War Minister and his Work: Reminiscences of 1914-1918*, London, Skeffington & Son.

Stenographische Protokolle über die Sitzungen des Hauses der Abgeordneten des österreichischen Reichsrates im Jahre 1917. XXII. Session. 1. (Eröffnungs-) bis 21. Sitzung. (S. 1 bis 1155). I. Band, 1917: 4 vols., Wien, K. k. Hof-und Staatsdruckerei.

Strug, A., 1957: *Odznaka za wierną służbę* [Insignia por servicio fiel], Czytelnik, Warszawa.

Tăslăuanu, O. C., 1918: *With the Austrian Army in Galicia*, London, Skeffington & Son.

Thaer, A. von, 1958: *Generalstabsdienst an der Front und in der O. H. L. Aus Briefen und Tagebuchaufzeichnungen 1915-1919*, S. A. Kaehler (ed.), Göttingen, Vandenhoeck & Rupprecht.

The New York Times, 1918: *The New York Times Current History: The European War. July–August–September 1918*, 20 vols., New York, New York Times Company.

Tisza, S., 1991: *Count Stephen Tisza, Prime Minister of Hungary: Letters (1914-1916)*, C. de Bussy (trad.), New York/San Francisco/Bern/Frankfurt am Main/Paris/London, Peter Lang.

Twain, M., diciembre de 1897-mayo de 1898: «Stirring Times in Austria», *Harper's New Monthly Magazine*, 530-540.

Ulrich, B. y Ziemann, B. (eds.), 1994: *Frontalltag im Ersten Weltkrieg. Wahn und Wirklichkeit*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch.

United States War Office, 1989 (1920): *Histories of Two Hundred and Fifty-One Divisions of the German Army which Participated in the War*, London, London Stamp Exchange.

Verhandlungen des Reichstags. XIII Legislaturperiode. II. Session. Band 306. Stenographische Berichte. Von der Eröffnungssitzung am 4. August 1914 bis zur 34. Sitzung am 16. März 1916, 1916: Berlin, Druck und Verlag der Norddeutschen Buchdruckerei und Verlags-Anstalt.

Vischer, A. L., 1919: *Barbed Wire Disease: A Psychological Study of the Prisoner of War*, London, John Bale & Sons and Danielsson.

Vit, J., 1995: *Wspomnienia z mojego pobytu w Przemyślu podczas rosyjskiego oblężenia 1914-1915* [Recuerdos de mi estancia en Przemyśl durante el asedio ruso de 1914-1915], L. Hofbauer y J. Husar (trads.), Przemyśl, Południowo Wschodni Instytut Naukowy.

Volkmann, E. O., 1929: *Soziale Heeresmißtände als Mitursache des deutschen Zusammenbruches von 1918. Die Ursachen des deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918. Zweite Abteilung. Der innere Zusammenbruch. Elfter Band. Zweiter Halbband*, 12 vols., Berlin, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politikund Geschichte.

VV. AA., 1915: *New York Times Current History: The European War from the Beginning to March 1915. Vol 1, No. 2, Who Began the War, and Why?*, New York, New York Times Company.

[British] War Office (ed.), 1922: *Statistics of the Military Effort of the British Empire during the Great War, 1914-1920*, London, HMSO.

Wehrhan, K., 1915: *Gloria, Viktoria! Volkspoesie an Militärzügen*, Leipzig, Wilhelm Heims.

Weiler, K., 1933: *Arbeit und Gesundheit. Sozialmedizinische Schriftenreihe aus dem Gebiete des Reichsministeriums. Heft 22. Nervöse und*

seelische Störungen bei Teilnehmern am Weltkriege, ihre ärztliche und rechtliche Beurteilung. Erster Teil: Nervöse und seelische Störungen psychogener und funktioneller Art, Leipzig, G. Thieme.

Why Germany Capitulated on November 11, 1918: A Brief Study Based on Documents in the Possession of the French General Staff, 1919: London/New York/Toronto, Hodder and Stoughton.

Wicker, K., 1936: «Der Weltkrieg in Zahlen. Verluste an Blut und Boden», e n W. Jost (ed.), *Was wir vom Weltkrieg nicht wissen*, Leipzig, H. Fikentscher, 515-524.

Wiehler, R., 1922: *Deutsche Wirtschaftspropaganda im Weltkrieg*, Berlin, E. S. Mittler und Sohn.

Wild von Hohenborn, A., 1986: *Briefe und Tagebuchaufzeichnungen des preußischen Generals als Kriegsminister und Truppenführer im Ersten Weltkrieg*, H. Reichold (ed.), Boppard am Rhein, Harald Boldt.

Winkler, W., 1919: *Die Totenverluste der öst.-ung. Monarchie nach Nationälitaten. Die Altersgliederung der Toten. Ausblicke in die Zukunft*, Wien: L. W. Seidl & Sohn.

Witkop, P. (ed.), 1928: *Kriegsbriefe gefallener Studenten*, München, Albert Langen/Georg Müller.

Witos, W., 1978: *Moje wspomnienia* [Mis recuerdos], Warszawa, Ludowa Spółdzielnia Wydawnicza.

Wolff, T., 1984: *Tagebücher 1914-1919. Der Erste Weltkrieg und die Entstehung der Weimarer Republik in Tagebüchern, Leitartikeln und Briefen des Chefredakteurs am «Berliner Tageblatt» und Mitbegründers der «Deutschen Demokratischen Partei»*, B. Sösemann (ed.), 2 vols., Boppard am Rhein, Harald Boldt.

Wrisberg, E. von, 1921: *Heer und Heimat 1914-1918*, Leipzig, K. F. Koehler.

Wrisberg, E. von, 1922: *Wehr und Waffen 1914-1918*, Leipzig, K. F. Koehler.

Zache, H., 1936: «Weshalb der schonungslose U-Boot-Krieg geführt wurde und weshalb er nicht zum Ziele führte», en W. Jost (ed.), *Was wir vom Weltkrieg nicht wissen*, Leipzig, H. Fikentscher, 253-256.

Zeynek, T. *Ritter von, 2009: Ein Offizier im Generalstabskorps erinnert sich*, P. Broucek (ed.), Wien/Köln/Weimar, Böhlau.

Fuentes secundarias impresas

Achleitner, W., 1997: *Gott im Krieg. Die Theologie der Österreichischen Bischöfe in den Hirtenbriefen zum Ersten Weltkrieg*, Wien/Köln/Weimar, Böhlau.

A. F. B. D., octubre 1919-marzo 1920: «Some Military Causes of the German Collapse», *The United Service Magazine 60*.

Afflerbach, H., 1994: «"Bis zum letzten Mann und letzten Groschen?" Die Wehrpflicht im deutschen Reich und ihre Auswirkungen auf das militärische Führungsdenken im Ersten Weltkrieg», en R. G. Foerster (ed.), *Die Wehrpflicht. Entstehung, Erscheinungsformen und politisch-militärische Wirkung*, München, R. Oldenbourg, 71-90.

Afflerbach, H., 1994b: *Falkenhayn. Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich*, München, R. Oldenbourg.

Afflerbach, H., octubre de 1998: «Wilhelm II as Supreme Warlord in the First World War», *War in History 5(4)*, 427-449.

Afflerbach, H., 2000: «Planning Total War? Falkenhayn and the Battle of Verdun, 1916», en R. Chickering y S. Forster (eds.), *Great War, Total War: Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Washington, D. C./Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 113-131.

Afflerbach, H., 2007: «The Topos of Improbable War in Europe before 1914», en H. Afflerbach y D. Stevenson (eds.), *An Improbable War: The Outbreak of World War I and European Political Culture Before 1914*, New York/Oxford, Berghahn Books, 161-182.

Afflerbach, H., 2010: «Das Wilhelminische Kaiserreich zwischen Nationalstaat und Imperium», en L. Höbelt y T. G. Otte (eds.), *A Living Anachronism? European Diplomacy and the Habsburg Monarchy: Festschrift für Francis Roy Bridge zum 70. Geburtstag*, Wien/Köln/Weimar: Böhlau, 223-238.

Albrecht, C., 2001: «The Rhetoric of Economic Nationalism in the Boycott Campaigns of the Late Habsburg Monarchy», *Austrian History Yearbook 32*.

Alder, D. D., octubre de 1978: «Friedrich Adler: Evolution of a Revolutionary», *German Studies Review 1(3)*, 260-284.

Alexander, A., junio de 2007: «The Genesis of the Civilian», *Leiden Journal of International Law 20(2)*, 359-376.

Allen, K., invierno de 1998: «Sharing Scarcity: Bread Rationing and the First World War in Berlin, 1914-1923», *Journal of Social History 32(2)*, 371-393.

Anderson, M. L., abril de 2004: «German Way of War?», *German History 22(2)*, 254-258.

Angress, W. T., 1976: «Das deutsche Militär und die Juden im Ersten Weltkrieg», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 19*, 77-146.

Ashworth, T., 2000 (1980): *Trench Warfare, 1914-1918: The Live and Let Live System*, London, Pan.

Audoin-Rouzeau, S. y Becker, A., 2002: *1914-1918: Understanding the Great War*, C. Temerson (trad.), London, Profile Books.

Ay, K.-L., 1968: *Die Entstehung einer Revolution. Die Volksstimmung in Bayern während des Ersten Weltkrieges*, Berlin, Duncker & Humblot.

Bachmann, K., 2001: *«Ein Herd der Feindschaft gegen Rußland». Galizien als Krisenherd in den Beziehungen der Donaumonarchie mit Rußland (1907-1914)*, Wien/München, Verlag für Geschichte und Politik/R. Oldenbourg.

Bairoch, P., 1982: «International Industrialization Levels from 1780 to 1980», *Journal of European Economic History 11(2)*.

Bąk-Koczarska, C., 1990: «Władze miejskie Krakówa w latach wojny» [Autoridades de la ciudad de Cracovia durante la guerra], en Towarzystwo Miłośników Historii i Zabytków Krakowa [Sociedad de Amantes de la Historia y los Monumentos de Cracovia] (ed.), *Kraków w czasie I wojny światowej. Materiały sesji naukowej z okazji dni Krakówa w roku 1988* [Cracovia durante la Primera Guerra Mundial. Materiales de la sesión científica con motivo de las Jornadas de Cracovia en 1988], Kraków, Towarzystwo Miłośników Historii i Zabytków Krakowa [Sociedad de Amantes de la Historia y los Monumentos de Cracovia], 69-96.

Balderston, T., mayo de 1989: «War Finance and Inflation in Britain and Germany, 1914-1918», *Economic History Review 42(2)*, 222-244.

Balogh, E. S., 1977: «The Turning of the World: Hungarian Progressive Writers on the War», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort*, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 185-201.

Barth-Scalmani, G., 2005: «“Kriegsbriefe”. Kommunikation zwischen Klerus und Kirchenvolk im ersten Kriegsherbst 1914 im Spannungsfeld von Patriotismus und Seelsorge», en K. Brandstatter y J. Hörmann (eds.), *Tirol-Österreich-Italien. Festschrift für Josef Riedmann zum 65. Geburtstag*, Innsbruck, Universitätsverlag Wagner, 67-76.

Bartov, O., 1992: *Hitler's Army: Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press.

Baten, J. y Schulz, R., febrero de 2005: «Making Profits in Wartime: Corporate Profits, Inequality, and GDP in Germany during the First World War», *The Economic History Review, New Series 58(1)*, 34-56.

Batowski, H., 1970: «Nationale Konflikte bei der Entstehung der Nachfolgestaaten», en R. G. Plaschka y K. Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches. Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Wien, Verlag für Geschichte und Politik.

Becker, J.-J. y Krumeich, G., 2010: *Der Grosse Krieg. Deutschland und Frankreich im Ersten Weltkrieg 1914-1918*, Essen, Klartext.

Beckett, I. F. W. y Simpson, K. (eds.), 1985: *A Nation in Arms: A Social Study of the British Army in the First World War*, Manchester, Manchester University Press.

Beller, S., 1999: «The Tragic Carnival: Austrian Culture in the First World War», en A. Roshwald y R. Stites (eds.), *European Culture in the Great War: The Bibliography Arts, Entertainment and Propaganda, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 133.

Bemann, M., 2007: «“…kann von einer schonenden Behandlung keine Rede sein”. Zur forst-und landwirtschaftlichen Ausnutzung des Generalgouvernements Warschau durch die deutsche Besatzungsmacht, 1915-1918», *Jahrbucher für Osteuropas, Neue Folge 55(1)*, 1-33.

Belzyt, L., 1998: *Sprachliche Minderheiten im preußischen Staat 1815-1914. Die preußische Sprachenstatistik in Bearbeitung und Kommentar*, Marburg, Herder-Institut.

Benvindo, B. y Majerus, B., 2010: «Belgien zwischen 1914 und 1918: ein Labor für den totalen Krieg?», en A. Bauerkämper y E. Julien (eds.), *Durchhalten! Krieg und Gesellschaft im Vergleich 1914-1918*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 127-148.

Berger, S., 2007: «Germany», en R. Gerwarth (ed.), *Twisted Paths: Europe 1914-1945*, Oxford, Oxford University Press, 184-209.

Berger, S., 2006: «Germany: Ethnic Nationalism par Excellence?», en T. Baycroft y M. Hewitson (eds.), *What is a Nation? Europe 1789-1914*, Oxford/New York, Oxford University Press, 42-60.

Berghoff, H., 1997: «Patriotismus und Geschäftssinn im Krieg: Eine Fallstudie aus der Musikinstrumentenindustrie», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, D. Langewiesche y H.-P. Ullmann (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial-und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 262-282.

Bergien, R., 2011: «Paramilitary Volunteers for Weimar Germany, "Wehrhaftmachung". How Civilians were Attracted to Serve with Irregular Military Units», en C. G. Kruger y S. Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times: From the French Revolution to the Second World War*, Basingstoke/New York, Palgrave Macmillan, 189-210.

Bessel, R., 1993: *Germany After the First World War*, Oxford, Clarendon Press.

Bessel, R., 1993b: «Die Heimkehr der Soldaten: Das Bild der Frontsoldaten in der Offentlichkeit der Weimarer Republik», en G. Hirschfeld, G. Krumeich e I. Renz (eds.), *«Keiner fuhlt sich hier mehr als Mensch…» Erlebnis und Wirkung des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 221-239.

Bessel, R., 2000: «Mobilizing German Society for War», en R. Chickering y S. Forster (eds.), *Great War, Total War: Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Washington, D. C./Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 437-452.

Best, G., 1980: *Humanity in Warfare: The Modern History of the International Law of Armed Conflicts*, London, Weidenfeld and Nicolson.

Bieniarzówna, J. y Małecki, J. M., 1979: *Dzieje Krakówa. Tom 3. Kraków w latach 1796-1918* [Historia de Cracovia. Volumen 3. Cracovia en los años 1796-1918], 4 vols., Kraków, Wydawnictwo Literackie.

Binder, H., 2003: «Making and Defending a Polish Town: "Lwów" (Lemberg), 1848-1914», *Austrian History Yearbook 34*, 57-81.

Binder, H., 2005: *Galizien in Wien. Parteien, Wahlen, Fraktionen und Abgeordnete im Übergang zur Massenpolitik*, Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften.

Biskupski, M. B., mayo de 1990: «Re-Creating Central Europe: The United States "Inquiry" into the Future of Poland in 1918», *The International*

History Review 12(2), 249-279.

Blanke, R., 1993: *Orphans of Versailles: The Germans in Western Poland, 1918-1939*, Lexington, University Press of Kentucky.

Blobaum jr, R., mayo de 2013: «Going Barefoot in Warsaw during the First World War», *East European Politics and Societies and Cultures 27(2)*, 187-204.

Bloxham, D., 2011: «The First World War and the Development of the Armenian Genocide», en R. G. Suny, F. M. Göçek y N. M. Naimark (eds.), *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*, Oxford, Oxford University Press.

Bobić, P., 2012: *War and Faith: The Catholic Church in Slovenia, 1914-1918*, Leiden/Boston, Brill.

Boff, J., 2012: *Winning and Losing on the Western Front: The British Third Army and the Defeat of Germany in 1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

Böhler, I., 2006: «Ernährungskrise und Mangelwirtschaft im Ersten Weltkrieg am Beispiel der Textilstadt Dornbirn (Vorarlberg)», en H. J. W. Kuprian y O. Überegger (eds.), *Der Erste Weltkrieg im Alpenraum*. Erfahrung, Deutung, Erinnerung. *La Grande Guerra nell'arco alpino. Esperienze e memoria*, Innsbruck, Universitätsverlag Wagner, 213-227.

Boswell, L., invierno de 2000: «From Liberation to Purge Trials in the "Mythic Provinces": Recasting French Identities in Alsace and Lorraine, 1918-1920», *French Historical Studies 23(1)*, 129-162.

Boyer, J. W., 1995: *Culture and Political Crisis in Wien: Christian Socialism in Power, 1897-1918*, Chicago/London, University of Chicago Press.

Boyer, J. W., 2003: «Silent War and Bitter Peace: The Revolution of 1918 in Austria», *Austrian History Yearbook 34*, 1-56.

Brandt, S., 2004 (2003): «Kriegskochbuch», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, I. Renz y M. Pöhlmann (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh.

Brandt, S., 2004: «*Nagelfiguren: Nailing Patriotism in Germany, 1914-1918*», en N. J. Saunders (ed.), *Matters of Conflict: Material Culture, Memory and the First World War*, London/New York, Routledge, 62-71.

Broadberry, S. y Harrison, M., 2005: «The Economics of World War I: An Overview», en S. Broadberry y M. Harrison (eds.), *The Economics of*

World War I, Cambridge/New York/Melbourne/Madrid/Cape Town/Xīnjīapō/São Paulo, Cambridge University Press, 3-40.

Brocks, C., 2008: «"Unser Schild muss rein bleiben". Deutsche Bildzensur und Propaganda im Ersten Weltkrieg», *Militärgeschichtliche Zeitschrift 67(1)*, 25-51.

Brown, I. M., 1998: *British Logistics on the Western Front, 1914-1919*, London, Praeger.

Browning, R., 1992: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, New York, HarperCollins.

Bruckmüller, E., 2006: «Was There a "Habsburg Society" in Austria-Hungary?», *Austrian History Yearbook 37*, 1-16.

Bruckmüller, E., 2007: «Patriotic and National Myths: National Consciousness and Elementary School Education in Imperial Austria», en L. Cole y D. L. Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy*, New York/Oxford, Berghahn Books, 11-35.

Bruendel, S., 2003: *Volksgemeinschaft oder Volksstaat. Die «Ideen von 1914» und die Neuordnung Deutschlands im Ersten Weltkrieg*, Berlin, Akademie.

Bruendel, S., 2010: «Vor-Bilder des Durchhaltens. Die deutsche Kriegsanleihe-Werbung 1917/18», en A. Bauerkämper y E. Julien (eds.), *Durchhalten! Krieg und Gesellschaft im Vergleich 1914-1918*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 81-108.

Bry, G., 1960: *Wages in Germany, 1871-1945*, Princeton, Princeton University Press.

Bucholz, A., 1985: *Hans Delbrück and the German Establishment: War Images in Conflict*, Iowa City, University of Iowa Press.

Bundgård Christensen, C., 2009: *Danskere på Vestfronten 1914-1918* [Daneses en el frente occidental 1914-1918], København, Gyldendal.

Burk, K., 1985: *Britain, America and the Sinews of War, 1914-1918*, Boston/London/Sydney, George Allen & Unwin.

Burleigh, M., octubre de 1988: «Albert Brackmann (1871-1952) Ostforscher: The Years of Retirement», *Journal of Contemporary History 23(4)*, 573-588.

Buschnell, J., octubre de 1981: «The Tsarist Officer Corps, 1881-1914: Customs, Duties, Inefficiency», *The American Historical Review 86(4)*, 753-780.

Buszko, J., 1970: «Die polnischen Politiker über die Ereignisse des Jahres 1918 in Österreich-Ungarn», en R. G. Plaschka y K. Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches. Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Wien, Verlag für Geschichte und Politik.

Carrington, C. E., marzo de 1978: «Kitchener's Army: The Somme and After», *Journal of the Royal United Services Institution for Defence Studies 123(1)*.

Cattaruzza, M., 1988: «Nationalitätenkonflikte in Triest im Rahmen der Nationalitätenfrage in der Habsburger Monarchie 1850-1914», en R. Melville, C. Scharf, M. Vogt y U. Wengenroth (eds.), *Deutschland und Europa in der Neuzeit. Festschrift für Karl Otmar Freiherr von Aretin zum 65. Geburtstag. 2. Halbband*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag Wiesbaden GMBH, 709-726.

Chickering, R., 2003: «Sore Loser: Ludendorff'fs Total War», en R. Chickering y S. Forster (eds.), *The Shadows of Total War: Europe, East Asia, and the United States, 1919-1939*, Washington, D. C./Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 151-178.

Chickering, R., 2004: *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918*, 2nded., Cambridge, Cambridge University Press.

Chickering, R., 2007: *The Great War and Urban Life in Germany: Freiburg, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

Chickering, R. y Forster, S., 2005: «Are We There Yet? World War II and the Theory of Total War», en R. Chickering, S. Forster y B. Greiner (eds.), *A World at Total War: Global Conflict and the Politics of Destruction, 1937-1945*, Washington, D. C./Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 1-16.

Chickering, R. y Forster, S., 2007: *The Great War and Urban Life in Germany: Freiburg, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cisek, J., 2003: «"Kolumna Legionów" w Krakowie» [«Columna de la Legión» en Cracovia], *Krakowski Rocznik Archiwalny 9*, 157-178.

Clapham, J. H., 1968 (1936): *Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, 4.ª ed, Cambridge, Cambridge University Press.

Clark, C., 2013: *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, New York, Harper [ed. en esp.: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014].

Cohen, G. B., junio de 2007: «Nationalist Politics and the Dynamics of State and Civil Society in the Habsburg Monarchy, 1867-1914», *Central European History 40(2)*, 241-278.

Cole, L., 2007: «Military Veterans and Popular Patriotism in Imperial Austria, 1870-1914», en L. Cole y D. L. Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy*, New York/Oxford, Berghahn Books, 36-61.

Conze, V., 2004: «Die Grenzen der Niederlage. Kriegsniederlagen und territoriale Verluste im Grenz-Diskurs in Deutschland (1918-1970)», en H. Carl, H.-H. Kortum, D. Langewiesche y F. Lenger (eds.), *Kriegsniederlagen. Erfahrungen und Erinnerungen*, Berlin, Akademie, 163-184.

Conze, W., 1958: *Polnische Nation und deutsche Politik im Ersten Weltkrieg*, Köln/Graz, Böhlau.

Cooper jr, J. M., mayo de 1976: «The Command of Gold Reversed: American Loans to Britain, 1915-1917», *The Pacific Historical Review 45(2)*.

Cornwall, M., febrero de 1992: «News, Rumour and the Control of Information in Austria-Hungary, 1914-1918», *History 77(249)*, 50-64.

Cornwall, M., 1997: «Morale and Patriotism in the Austro-Hungarian Army, 1914-1918», en J. Horne (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge/New York/Oakleigh, Cambridge University Press, 173-191.

Cornwall, M., 1998: «Austria-Hungary», en H. Cecil y P. H. Liddle (eds.), *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918*, Barnsley, Leo Cooper, 285-300.

Cornwall, M., 2000: *The Undermining of Austria-Hungary: The Battle for Hearts and Minds*, Basingstoke/New York, Macmillan/St Martin's.

Cornwall, M., 2002: «Disintegration and Defeat: The Austro-Hungarian Revolution», en M. Cornwall (ed.), *The Last Years of Austria-Hungary: A Multi-National Experiment in Early Twentieth-Century Europe*, rev. and exp. ed., Exeter, University of Exeter Press.

Cornwall, M., 2002b: *The Last Years of Austria-Hungary: A Multi-National Experiment in Early Twentieth-Century Europe*, rev. and exp. ed., Exeter, University of Exeter Press.

Cornwall, M., 2006: «The Habsburg Monarchy: “National Trinity” and the Elasticity of National Allegiance», en T. Baycroft y M. Hewitson (eds.), *What is a Nation? Europe 1789-1914*, Oxford/New York, Oxford University Press, 171-191.

Cornwall, M., 2010: «The Habsburg Elite and the Southern Slav Question, 1914-1918», en L. Höbelt y T. G. Otte (eds.), *A Living Anachronism? European Diplomacy and the Habsburg Monarchy: Festschrift für Francis Roy Bridge zum 70. Geburtstag*, Wien/Köln/Weimar, Böhlau, 239-270.

Craig, G. A., septiembre de 1965: «The World War I Alliance of the Central Powers in Retrospect: The Military Cohesion of the Alliance», *The Journal of Modern History 37(3)*, 336-344.

Cramer, K., junio de 2006: «A World of Enemies: New Perspectives on German Military Culture and the Origins of the First World War», *Central European History 39(2)*, 270-298.

Crampton, R., 2007: «The Balkans», en R. Gerwarth (ed.), *Twisted Paths: Europe 1914-1945*, Oxford, Oxford University Press, 237-270.

Crampton, R., 1998: «Deprivation, Desperation and Degradation: Bulgaria in Defeat», en H. Cecil y P. H. Liddle (eds.), *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918*, Barnsley, Leo Cooper, 255-265.

Crampton, R., 1983: *Bulgaria, 1878-1918: A History*, Boulder/New York, East European Monographs/Columbia University Press.

Creutz, M., 1994: *Die Pressepolitik der kaiserlichen Regierung während des Ersten Weltkriegs. Die Exekutive, die Journalisten und der Teufelskries der Berichterstattung*, Frankfurt am Main, Peter Lang.

Creveld, M. van, 1977: *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge/London/New York/Melbourne, Cambridge University Press. Ed. en esp.: *Los abastecimientos en la guerra*, D. Mayoral Dávalos (trad.), Madrid, Ediciones del Ejército, 1985].

Crim, B. E., diciembre de 2011: «“Our Most Serious Enemy”: The Specter of Judeo-Bolshevism in the German Military Community, 1914-1923», *Central European History 44(4)*, 624-641.

Czerep, S., 2007: «Straty polskie podczas I wojny światowej» [Pérdidas polacas durante la Primera Guerra Mundial], en D. Grinberg, J. Snopko y G. Zackiewicz (eds.), *Lata wielkiej wojny. Dojrzewanie do niepodległości 1914-1918* [Años de la Gran Guerra. Mayoría de

edad para la independencia 1914-1918], Białystok, Wydawnictwo Uniwersytetu w Białymstoku, 180-197.

Czubiński, A., 1988: *Powstanie Wielkopolskie 1918-1919. Geneza-charakter-znaczenie* [Levantamiento de la Gran Polonia 1918-1919. Origen-carácter-significado], Poznań, Kurpisz.

Dabrowski, P. M., 2004: *Commemorations and the Shaping of the Polish Nation*, Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press.

Dadrian, V. N. y Akçam, T., 2011: *Judgement at Istanbul: The Armenian Genocide Trials*, New York/Oxford, Berghahn Books.

Damianov, S., 1985: «Bulgaria's Decision to Enter the War: Diplomatic Negotiations, 1914-15», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 157-169.

Daniel, U., 1997: *The War from Within: German Working-Class Women in the First World War*, Oxford/New York, Berg.

Danilov, Y., 1927: *La Russie dans la Guerre Mondiale (1914-1917)*, A. Kaznakov (trad.), Paris, Payot.

Davies, N., 2005: *God's Playground: A History of Poland*, rev. ed., 2 vols., Oxford/New York, Oxford University Press.

Davis, B. J., 2000: *Home Fires Burning: Food, Politics and Everyday Life in World War I Berlin*, Chapel Hill/London, University of North Carolina Press.

Deák, I., 1985: «The Habsburg Army in the First and Last Days of World War I: A Comparative Analysis», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 301-312.

Deák, I., 1990: *Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918*, New York/Oxford, Oxford University Press.

Dedijer, V., 1967: *The Road to Sarajevo*, London/Fakenham/Reading, MacGibbon & Kee.

Deist, W., octubre de 1966: «Die Politik der Seekriegsleitung und die Rebellion der Flotte Ende Oktober 1918», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte 14(4)*, 341-368.

Deist, W., 1980: «Zur Geschichte des preussischen Offizierkorps 1888-1918», en H. H. Hofmann (ed.), Das deutsche Offizierkorps

1860-1960, Boppard am Rhein, Harald Boldt, 39-57.
Deist, W., 1986: «Der militärische Zusammenbruch des Kaiserreichs. Zur Realität der "Dolchstoßlegende"», en U. Büttner (ed.), *Das Unrechtsregime. Internationale Forschung über den Nationalsozialismus. Band I. Ideologie-Herrschaftssystem-Wirkung in Europa*, Hamburg, Christians, 101-129.
Deist, W., 1995 (1992): «Verdeckter Militärstreik im Kriegsjahr 1918?», en W. Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes: Eine Militärgeschichte von unten*, München/Zürich, Piper, 146-167.
Deist, W., abril de 1996: «The Military Collapse of the German Empire: The Reality Behind the Stab-in-the-Back Myth», *War in History 3(2)*, 186-207.
Deist, W., 1997: «The German Army, the Authoritarian Nation-State and Total War», en J. Horne (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 160-172.
Dewey, P. E., diciembre de 1918: «Food Production and Policy in the United Kingdom, 1914-1918», *Transactions of the Royal Historical Society 30*.
Diers, M., 1997: *Schlagbilder. Zur politischen Ikonographie der Gegenwart*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch.
Dietrich, E., 1995: «Der andere Tod. Seuchen, Volkskrankheiten und Gesundheitswesen im Ersten Weltkrieg», en K. Eisterer y R. Steininger (eds.), *Tirol und der Erste Weltkrieg*, Innsbruck, Österreichischer Studien Verlag, 255-275.
DiNardo, R. L. y Hughes, D. J., abril de 2001: «Germany and Coalition Warfare in the World Wars: A Comparative Study», *War in History 8(2)*, 166-190.
Donson, A., 2010: *Youth in the Fatherless Land: War Pedagogy, Nationalism, and Authority in Germany, 1914-1918*, Cambridge/London, Harvard University Press.
Dornik, W. y Lieb, P., marzo de 2013: «Misconceived *Realpolitik* in a Failing State: The Political and Economical Fiasco of the Central Powers in the Ukraine, 1918», *First World War Studies 4(1)*, 111-124.
Doughty, R. A., abril de 2003: «French Strategy in 1914: *Joffre's Own*», *The Journal of Military History 67(2)*, 427-454.
Doughty, R. A., 2005: *Pyrrhic Victory: French Strategy and Operations in the Great War*, Cambridge/London, Harvard University Press.

Dowling, T. C., 2008: *The Brusilov Offensive*, Bloomington, Indiana University Press.

Dudek, L., 1985: «Polish Military Formations in World War I», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 454-470.

Dülffer, J., 1992: «Kriegserwartung und Kriegsbild in Deutschland vor 1914», en W. Michalka (ed.), *Der Erste Weltkrieg. Wirkung, Wahrnehmung, Analyse*, München, Piper, 778-798.

Dunin-Wąsowicz, K., 1974: *Warszawa w czasie pierwszej wojny światowej* [Varsovia durante la Primera Guerra Mundial], Warszawa, Państwowy Instytut Wydawniczy.

Dupuy, T. N., 1977: *Genius for War: The German Army and General Staff, 1807-1945*, London, MacDonald and Jane's.

Dwyer, P. G., noviembre de 2009: «"It Still Makes Me Shudder": Memories of Massacres and Atrocities during the Revolutionary and Napoleonic Wars», *War in History 16(4)*, 381-405.

Eichenberg, J., agosto de 2010: «The Dark Side of Independence: Paramilitary Violence in Ireland and Poland after the First World War», *Contemporary European History 19(3)*, 231-248.

Eichenberg, J., 2011: *Kämpfen für Frieden und Fürsorge. Polnische Veteranen des Ersten Weltkriegs und ihre inernationalen Kontakte, 1918-1939*, München, R. Oldenbourg.

Eichenberg, J. y Newman, J. P., agosto de 2010: «Introduction: Aftershocks: Violence in Dissolving Empires after the First World War», *Contemporary European History 19(3)*, 183-194.

Eisterer, K., 1995: «"Der Heldentod muß würdig geschildert werden". Der Umgang der Vergangenheit am Beispiel Kaiserjäger und Kaiserjägertradition», en K. Eisterer y R. Steininger (eds.), *Tirol und der Erste Weltkrieg*, Innsbruck, Österreichischer Studien Verlag, 105-137.

Engelstein, L., verano de 2009: «"A Belgium of Our Own": The Sack of Russian Kalisz, August 1914», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 10(3)*, 441-473.

Erickson, E. J., 2001: *Ordered to Die: A History of the Ottoman Army in the First World War*, Westport/London, Greenwood Press.

Erickson, E. J., 2003: *Defeat in Detail: The Ottoman Army in the Balkans, 1912-1913*, Westport/London, Greenwood Press.

Etschmann, W., 1999: «Österreich-Ungarn zwischen Engagement und Zurückhaltung. K. u. k. Truppen an der Westfront», en J. Duppler y G. P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung. Beiträge zur Militärgeschichte. Herausgegeben vom Militärgeschichtlichen Forschungsamt. Band 53*, München, R. Oldenbourg, 97-105.

Evans, R. J. W., agosto de 1992: «Essay and Reflection: Frontiers and National Identities in Central Europe», *The International History Review 14(3)*, 480-502.

Evans, R. J. W., 2007: «The Successor States», en R. Gerwarth (ed.), *Twisted Paths: Europe 1914-1945*, Oxford, Oxford University Press, 210-236.

Farcy, J.-C., 1995: *Les Camps de concentration francais de la première guerre mondiale (1914-1920)*, Paris, Anthropos.

Farrar jr, L. L., 1976: «Separate Peace-General Peace-Total War: The Crisis in German Policy during the Spring of 1917», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 20*, 51-80.

Farrar jr, L. L., invierno de 1982: «Reluctant Warriors: Public Opinion on War during the July Crisis 1914», *East European Quarterly 16(4)*, 417-446.

Feldman, G. D., 1992 (1966): *Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918*, Providence/Oxford, Berg.

Feldman, G. D. (ed.), 1972: *German Imperialism, 1914-1918: The Development of a Historical Debate*, New York/London/Sydney/Toronto, John Wiley & Sons.

Fellner, F., 1984: «Die "Mission Hoyos"», en W. Alff (ed.), *Deutschlands Sonderung von Europa 1862-1945*, Frankfurt am Main/Bern/New York, Peter Lang, 283-316.

Fellner, F., 1989: «Der Krieg in Tagebüchern und Briefen. Überlegungen zu einer wenig genützten Quellenart», en K. Amann y H. Lengauer (eds.), *Österreich und der Große Krieg 1914-1918. Die andere Seite der Geschichte*, Wien, Christian Brandstatter, 205-213.

Fellner, F., 1998 (1995): «Austria-Hungary», en K. Wilson (ed.), *Decisions for War*, London, UCL Press, 9-25.

Feltman, B. K., noviembre de 2010: «Tolerance as a Crime? The British Treatment of German Prisoners of War on the Western Front, 1914-1918», *War in History 17(4)*, 435-458.

Ferguson, N., febrero de 1994: «Public Finance and National Security: The Domestic Origins of the First World War Revisited», *Past & Present 142*, 141-168.

Ferguson, N., 1995: *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation, 1897-1927*, Cambridge/New York/Oakleigh, Cambridge University Press.

Ferguson, N., 1998: *The Pity of War*, London, Allen Lane/The Penguin Press.

Fiebig von Hase, R., 1994: «Der Anfang vom Ende des Krieges: Deutschland, die USA und die Hintergründe des amerikanischen Kriegseintritts am 6. April 1917», en W. Michalka (ed.), *Der Erste Weltkrieg. Wirkung, Wahrnehmung, Analyse*, München/Zürich, Piper, 125-158.

Ferguson, N., abril de 2004: «Prisoner Taking and Prisoner Killing in the Age of Total War: Towards a Political Economy of Military Defeat», *War in History 11(2)*, 148-192.

Figes, O., 1997 (1996): *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, London, Pimlico [ed. en esp.: *La Revolución rusa. La tragedia de un pueblo (1891-1924)*, C. Vidal (trad.), Madrid, Taurus, 2021].

Fischer, F., 1967: *Germany's Aims in the First World War*, London, Chatto & Windus.

Fischer, F., 1975: *War of Illusions: German Policies from 1911 to 1914*, London, Chatto & Windus.

Fischer, F., 1977: «German War Aims 1914-1918 and German Policy before the War», en B. Hunt y A. Preston (eds.), *War Aims and Strategic Policy in the Great War*, London, Croom Helm, 105-123.

Fischer, C. J., 2010: *Alsace to the Alsatians? Visions and Divisions of Alsatian Regionalism, 1870-1939*, New York/Oxford, Berghahn Books.

Flasch, K., 2000: *Die geistige Mobilmachung. Die deutschen Intellektuellen und der Erste Weltkrieg*, Berlin, Alexander Fest.

Fletcher, R. (ed.), 1978: *Bernstein to Brandt: A Short History of German Social Democracy*, London/Victoria/Baltimore, Edward Arnold.

Foley, R., 2010: «From Victory to Defeat: The German Army in 1918», en A. Ekins (ed.), *1918: Year of Victory*, Wollombi, Exisle Publishing.

Foley, R. T., abril de 2003: «The Origins of the Schlieffen Plan», *War in History 10(2)*, 222-232.

Foley, R. T., octubre de 2004: «Preparing the German Army for the First World War: The Operational Ideas of Alfred von Schlieffen and Helmuth von Moltke the Younger», *War & Society 22(2)*, 1-25.

Foley, R. T., invierno de 2005: «Easy Target or Invincible Enemy? German Intelligence Assessments of France Before the Great War», *The Journal of Intelligence History 5*, 1-24.

Foley, R. T., 2005: *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916*, Cambridge, Cambridge University Press.

Foley, R. T., invierno de 2006: «What's in a Name? The Development of Strategies of Attrition on the Western Front, 1914-1918», *The Historian 68(4)*, 722-746.

Foley, R. T., abril de 2011: «Learning War's Lessons: The German Army and the Battle of the Somme 1916», *The Journal of Military History 75(2)*, 471-504.

Fong, G., abril de 2000: «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», *War in History 7(2)*, 225-235.

Förster, J., julio de 2003: «Ludendorff and Hitler in Perspective: The Battle for the German Soldier's Mind, 1917-1944», *War in History 10(3)*, 321-334.

Förster, S., 1995: «Der deutsche Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914. Metakritik eines Mythos», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 54(1)*, 61-95.

Forstner, F., 1997: *Przemyśl. Österreich-Ungarns bedeutendste Festung*, 2nd ed., Wien, ÖBV Padagogischer Verlag.

Franc, M., 2011: «Bread from Wood: Natural Food Substitutes in the Czech Lands during the First World War», en I. Zweiniger-Bargielowska, R. Duffett y A. Drouard (eds.), *Food and War in Twentieth-Century Europe*, Farnham/Burlington, Ashgate, 73-84.

Frank, A. F., 2005: *Oil Empire: Visions of Prosperity in Austrian Galicia*, Cambridge/London, Harvard University Press.

Freifeld, A., 2007: «Empress Elisabeth as Hungarian Queen: The Uses of Celebrity Monarchism», en L. Cole y D. L. Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy*, New York/Oxford, Berghahn Books, 138-161.

French, D., abril de 1988: «The Meaning of Attrition, 1914-1916», *English Historical Review 103(407)*, 385-405.

Frevert, U., 2004: *A Nation in Barracks: Modern Germany, Military Conscription and Civil Society*, Oxford/New York, Berg.

Frey, M., 1994: «Deutsche Finanzinteressen an den Vereinigten Staaten und den Niederlanden im Ersten Weltkrieg», *Militärgeschichtliche Mitteilung 53(2)*, 327-353.

Führ, C., 1968: *Das k. u. k. Armeeoberkommando und die Innenpolitik in Österreich 1914-1917*, Graz/Wien/Köln, Hermann Böhlaus Nachf.

Fuller jr, W. C., 1985: *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914*, Princeton, Princeton University Press.

Funk, A., 1955: *Geschichte der Stadt Allenstein von 1348 bis 1943*, Leer, Gerhard Rautenberg.

Galántai, J., 1989: *Hungary in the First World War*, Budapest, Akadémiai Kiadó.

Gałas, M. y Polonsky, A., 2011: «Introduction», en M. Gałas y A. Polonsky (eds.), *Polin: Studies in Polish Jewry. Vol. 23: Jews in Kraków*, Oxford/Portland, The Littman Library of Jewish Civilization.

Gat, A., 1992: *The Development of Military Thought: The Nineteenth Century*, Oxford, Oxford University Press.

Gatrell, P., A., 1999: *Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press.

Gatrell, P., A., noviembre de 2007: «Displacing and Re-Placing Population in the Two World Wars: Armenia and Poland Compared», *Contemporary European History 16(4)*, 511-527.

Geinitz, C. e Hinz, U., 1997: «Das Augusterlebnis in Südbaden: Ambivalente Reaktionen der deutschen Öffentlichkeit auf den Kriegsbeginn 1914», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, D. Langewiesche y H.-P. Ullmann (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial-und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 20-35.

Geiss, I., 1960: *Der polnische Grenzstreifen 1914-1918. Ein Beitrag zur deutschen Kriegszielpolitik im Ersten Weltkrieg*, Lübeck/Hamburg, Matthiesen.

Geiss, I., julio de 1966: «The Outbreak of the First World War and German War Aims», *Journal of Contemporary History 1(3)*, 75-91.

Geiss, I., 1978: *Das deutsche Reich und der Erste Weltkrieg*, München/Wien, Carl Hanser.

Geppert, D. y Gerwarth, R. (eds.), 2008: *Wilhelmine Germany and Edwardian Britain: Essays on Cultural Affinity*, Oxford/New York, German Historical Institute/Oxford University Press.

Gersdorff, U. von, 1969: *Frauen im Kriegsdienst 1914-1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.

Gerwarth, R., agosto de 2008: «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present 200*, 175-209.

Gerwarth, R. y Horne, J., agosto de 2010: «The Great War and Paramilitarism in Europe, 1917-23», *Contemporary European History 19(3)*, 267-273.

Gerwarth, R. y Malinowski, S., junio de 2009: «Hannah Arendt's Ghosts: Reflections on the Disputable Path from Windhoek to Auschwitz», *Central European History 42(2)*, 279-300.

Geyer, M., 1984: *Deutsche Rüstungspolitik 1860-1980*, Frankfurt am Main, Sührkamp.

Geyer, M., 1986: «German Strategy in the Age of Machine Warfare, 1914-1945», en P. Paret (ed.), *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*, Oxford, Clarendon Press, 527-597.

Geyer, M., septiembre de 2001: «Insurrectionary Warfare: The German Debate about a Levee en Masse in October 1918», *The Journal of Contemporary History 73(3)*, 459-527.

Geyer, M., 2006: «Rückzug und Zerstörung 1917», en G. Hirschfeld, G. Krumeich e I. Renz (eds.), *Die Deutschen an der Somme, 1914-1918*, Essen, Klartext Verlag.

Glettler, M., 2001: «Die slowakische Gesellschaft unter der Einwirkung von Krieg und Militarisierung 1914-1918», en H. Mommsen, D. Kováč, J. Malíř y M. Marek (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen*, Essen, Klartext, 93-108.

Godsey jr., W. D., 1999: *Aristocratic Redoubt: The Austro-Hungarian Foreign Office on the Eve of the First World War*, West Lafayette, Purdue University Press.

Goebel, S., octubre de 2004: «Re-Membered and Re-Mobilized: The "Sleeping Dead" in Interwar Germany and Britain», *Journal of Contemporary History 39(4)*, 487-501.

Goebel, S., 2004: «Forging the Industrial Home Front: Iron-Nail Memorials in the Rühr», en J. Macleod y P. Purseigle (eds.),

Uncovered Fields: Perspectives in First World War Studies, Leiden/Boston, Brill, 159-178.

Goebel, S., 2007: «Schools», en J. Winter y J.-L. Robert (eds.), *Capital Cities at War: Paris, London, Berlin 1914-1919*, vol. 2, *A Cultural History*, 2 vols., Cambridge/New York, Cambridge University Press, 188-234.

Golczewski, F., 1981: *Polnische-Jüdische Beziehungen 1881-1922. Eine Studie zur Geschichte des Antisemitismus in Osteuropa*, Wiesbaden, Franz Steiner.

Goltz, A. von der [publicado como Menge, A.], julio de 2008: «The Iron Hindenburg: A Popular Icon of Weimar Germany», *German History 26(3)*, 357-382.

Goltz, A. von der [publicado como Menge, A.], 2009: *Hindenburg: Power, Myth, and the Rise of the Nazis*, Oxford/New York, Oxford University Press.

Good, D. F., 1984: *The Economic Rise of the Habsburg Empire, 1750-1914*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press.

Grady, T., 2011: *The German-Jewish Soldiers of the First World War in History and Memory*, Liverpool. Liverpool University Press.

Grandner, M., 1992: *Kooperative Gewerkschaftspolitik in der Kriegswirtschaft: Die freien Gewerkschaften Österreichs im ersten Weltkrieg*, Wien/Köln/Weimar, Böhlau.

Granier, G., 2003: «Pirat oder Kriegsmann? Die active Teilnahme von Handelsschiffen am Seekrieg von 1914 bis 1918 und die Fälle der Kapitäne Fryatt und Blaikie», *Militärgeschichtliche Zeitschrift 62(2)*, 459-469.

Granier, G., 2000: «Kriegführung und Politik am Beispiel des Handelskriegs mit U-Booten 1915-1918», en K. Oldenhage, H. Schreyer y W. Werner (eds.), *Archiv und Geschichte. Festschrift für Friedrich P. Kahlenberg*, Düsseldorf, Droste, 595-640.

Greenhalgh, E., 2011: *Foch in Command: The Forging of a First World War General*, Cambridge/New York, Cambridge University Press.

Gregory, A., 2007: «Railway Stations: Gateways and Termini», en J. Winter y J.-L. Robert (eds.), *Capital Cities at War: Paris, London, Berlin, 1914-1919*, vol. 2, *A Cultural History*, 2 vols., Cambridge/New York. Cambridge University Press, 23-56.

Griffith, P., 1994: *Battle Tactics of the Western Front: The British Army's Art of Attack, 1916-18*, London/New Have, Yale University Press.

Groß, G. P., 2006: «Im Schatten des Westens. Die deutsche Kriegführung an der Ostfront bis Ende 1915», en G. P. Groß (ed.), Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 49-64.

Groß, G. P., 2006b: «There was a Schlieffen Plan: Neue Quellen», en H. Ehlert, M. Epkenhans y G. P. Groß (eds.), *Der Schlieffenplan. Analysen und Dokumente*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 117-160.

Groß, G. P., 1999: «Eine Frage der Ehre? Die Marineführung und der letzte Flottenvorstoß 1918», en J. Duppler y G. P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung. Beiträge zur Militärgeschichte. Herausgegeben vom Militärgeschichtlichen Forschungsamt. Band 53*, München, R. Oldenbourg, 349-365.

Gross, S., junio de 2009: «Confidence and Gold: German War Finance, 1914-1918», *Central European History 42(2)*, 223-252.

Groth, O., 1928: *Die Zeitung. Ein System der Zeitungskunde (Journalistik), I*, 4 vols., Mannheim/Berlin/Leipzig, J. Bensheimer.

Gudmundsson, B. I., 1995 (1989): *Stormtroop Tactics: Innovation in the German Army, 1914-1918*, Westport/London, Praeger.

Gumz, J. E., 2009: *The Resurrection and Collapse of Empire in Habsburg Serbia, 1914-1918*, Cambridge/New York, Cambridge University Press.

Gygi, F., 2004: «Shattered Experiences-Recycled Relics: Strategies of Representation and the Legacy of the Great War», en N. J. Saunders (ed.), *Matters of Conflict: Material Culture, Memory and the First World War*, London/New York, Routledge, 72-89.

Hadley, M. L., 1995: Count Not the Dead: The Popular Image of the German Submarine, Ville de Québec, McGill-Queen's University Press.

Hadley, T., julio de 2010: «Military Diplomacy in the Dual Alliance: German Military Attache Reporting from Wien, 1906-1914», *War in History 17(3)*, 294-312.

Hagen, M. von, 2007: *War in a European Borderland: Occupations and Occupation Plans in Galicia and Ukraine, 1914-1918*, Seattle, REECAS, University of Washington.

Hagen, W. W., 1980: *Germans, Poles, and Jews: The Nationality Conflict in the Prussian East, 1772-1914*, Chicago/London, University of Chicago Press.

Hagenlücke, H., 1997: *Deutsche Vaterlandspartei. Die nationale Rechte am Ende des Kaiserreiches*, Düsseldorf, Droste.

Hall, R. C., verano de 2011: «Bulgaria in the First World War», *The Historian 73(2)*, 300-315.

Halliday, J. D., julio de 1988: «Censorship in Berlin and Wien during the First World War: A Comparative View», *The Modern Language Review 83(3)*, 612-626.

Halpern, P. G., 1994: *A Naval History of World War I*, Annapolis, Naval Institute Press.

Hamilton, R. F. y Herwig, H. (eds.), 2003: *The Origins of World War I*, Cambridge/New York/Melbourne/Madrid/Cape Town, Cambridge University Press.

Hamlin, D., septiembre de 2009: «"Dummes Geld": Money, Grain, and the Occupation of Romania in WWI», *Central European History 42(3)*, 451-471.

Hämmerle, C., junio de 1996: «Zur Liebesarbeit sind wir hier, Soldatenstrümpfe stricken wir… Anmerkungen zu einer besonderen Form weiblicher *Kriegsfürsorge* im Ersten Weltkrieg», *Austriaca. Cahiers Universitaires d'Information sur l'Autriche 42*, 89-102.

Hämmerle, C., 2004: «Die k. (u.) k. Armee als "Schule des Volkes"? Zur Geschichte der Allgemeinen Wehrpflicht in der multinationalen Habsburgermonarchie (1866-1914/18)», en C. Jansen (ed.), *Der Bürger als Soldat. Die Militärisierung europäischer Gesellschaften im langen 19. Jahrhundert: ein internationaler Vergleich*, Essen, Klartext, 175-213.

Hämmerle, C., 2011: «"…dort wurden wir dressiert und sekiert und geschlagen…" Vom Drill, dem Disziplinarstrafrecht und Soldatenmisshandlungen im Heer (1868 bis 1914)», en L. Cole, C. Hämmerle y M. Scheutz (eds.), Glanz-Gewalt-Gehorsam. Militär und Gesellschaft in der Habsburgermonarchie (1800 bis 1918), Essen, Klartext, 31-54.

Hanák, P., 1970: «Die Volksmeinung während des letzten Kriegsjahres in Österreich-Ungarn», en R. G. Plaschka y K. Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches. Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Wien, Verlag für Geschichte und Politik, 58-66.

Hanebrink, P. A., 2006: *In Defense of Christian Hungary: Religion, Nationalism, and Anti-Semitism, 1890-1944*, Ithaca/London, Cornell

University Press.
Hankel, G., 2003: *Die Leipziger Prozesse. Deutsche Kriegsverbrechen und ihre strafrechtliche Verfolgung nach dem Ersten Weltkrieg*, Hamburg, Hamburger Edition.
Hardach, G., 1977: *The First World War, 1914-1918*, London, Allen Lane/The Penguin Press.
Harris, J. P. y Barr, N., 1998: *Amiens to the Armistice. The BEF in the Hundred Days' Campaign, 8 August-11 November 1918*, London, Brassey's.
Harris, R., noviembre de 1993: «The "Child of the Barbarian": Rape, Race and Nationalism in France during the First World War», *Past & Present 141*, 170-206.
Hartungen, C. von, 1995: «Die Tiroler und Vorarlberger Standschützen-Mythos und Realität», en K. Eisterer y R. Steininger (eds.), *Tirol und der Erste Weltkrieg*, Innsbruck, Österreichischer Studien Verlag, 61-104.
Harvey, D. A., octubre de 1999: «Lost Children or Enemy Aliens? Classifying the Population of Alsace after the First World War», *Journal of Contemporary History 34(4)*, 537-554.
Haselsteiner, H., 1985: «The Habsburg Empire in World War I: Mobilization of Food Supplies», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 87-102.
Hautmann, H., 1986: «Prozesse gegen Defätisten, Kriegsgegner, Linksradikale und streikende Arbeiter im Ersten Weltkrieg», en K. R. Stadler (ed.), *Sozialistenprozesse. Politische Justiz in Österreich 1870-1936*, Wien/München/Zürich, Europaverlag, 153-179.
Havránek, J., 2001: «Politische Repression und Versorgungsengpässe in den böhmischen Ländern 1914 bis 1918», en H. Mommsen, D. Kováč, J. Malíř y M. Marek (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen*, Essen, Klartext, 47-66.
Healy, M., 2007 (2004): *Wien and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press.
Heiss, H., 1995: «Andere Fronten. Volksstimmung und Volkserfahrung in Tirol während des Ersten Weltkrieges», en K. Eisterer y R. Steininger

(eds.), *Tirol und der Erste Weltkrieg*, Innsbruck, Österreichischer Studien Verlag, 139-177.

Herbert, U., 1984: «Zwangsarbeit als Lernprozeß. Zur Beschäftigung ausländischer Arbeiter in der westdeutschen Industrie im Ersten Weltkrieg», *Archiv für Sozialgeschichte 24*, 285-304.

Herbert, U., 1990: *A History of Foreign Labor in Germany, 1880-1980: Seasonal Workers/Forced Laborers/Guest Workers*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.

Herrmann, D. G., 1996: *The Arming of Europe and the Making of the First World War*, Princeton, Princeton University Press.

Herwig, H. H., septiembre de 1972: «Admirals versus Generals: The War Aims of the Imperial German Navy, 1914-1918», *Central European History 5(3)*, 208-233.

Herwig, H. H., 1980: *«Luxury» Fleet: The Imperial German Navy, 1888-1918*, London/Boston/Sydney, George Allen & Unwin.

Herwig, H. H., octubre de 1983: «Tunes of Glory at the Twilight Stage: The Bad Homburg Crown Council and the Evolution of German Statecraft, 1917/1918», *German Studies Review 6(3)*, 475-494.

Herwig, H. H., 1988: «The Dynamics of Military Necessity: German Military Policy during the First World War», en A. R. Millett y W. Murray (eds.), *Military Effectiveness*, vol. I, *The First World War*, 3 vols., Boston/London/Sydney/Wellington, Allen & Unwin, 80-115.

Herwig, H. H., julio de 1990: «Disjointed Allies: Coalition Warfare in Berlin and Wien, 1914», *The Journal of Military History 54(3)*, 265-280.

Herwig, H. H., 1997: *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918*, London/New York/Sydney/Auckland, Arnold.

Herwig, H. H., 2000: «Total Rhetoric, Limited War: Germany's U-Boat Campaign, 1917-1918», en R. Chickering y S. Forster (eds.), *Great War, Total War: Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Washington, D. C./Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 189-206.

Herwig, H. H., julio de 2002: «Germany and the "Short-War" Illusion: Toward a New Interpretation?», *The Journal of Military History 66(3)*, 681-693.

Herwig, H. H., 2003: «Germany», en R. F. Hamilton y H. Herwig (eds.), *The Origins of World War I*, Cambridge/New

York/Melbourne/Madrid/Cape Town, Cambridge University Press, 151-187.

Herwig, H. H., 2003b: «Why Did It Happen?», en R. F. Hamilton y H. Herwig (eds.), *The Origins of World War I*, Cambridge/New York/Melbourne/Madrid/Cape Town, Cambridge University Press, 443-468.

Herwig, H. H. y Trask, D. F., agosto de 1971: «The Failure of Imperial Germany's Undersea Offensive Against World Shipping, February 1917-October 1918», *The Historian 33(4)*, 611-636.

Heumos, P., 2001: «"Kartoffeln her oder es gibt eine Revolution", Hungerkrawalle, Streiks und Massenproteste in den böhmischen Ländern 1914-1918», en H. Mommsen, D. Kováč, J. Malíř y M. Marek (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen*, Essen, Klartext, 255-286.

Hewitson, M., enero de 2004: «Images of the Enemy: German Depictions of the French Military, 1890-1914», *War in History 11(1)*, 4-33.

Hirschfeld, G., Krumeich, G., Renz, I. y Pöhlmann, M. (eds.), 2004 (2003): *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh.

Hirschfeld, G., Krumeich, G., Renz, I. y Pöhlmann, M. (eds.), 2006: «Die Somme-Schlacht von 1916», en G. Hirschfeld, G. Krumeich e I. Renz (eds.), *Die Deutschen an der Somme 1914-1918*, Essen, Klartext.

Hirschfeld, G., Krumeich, G. y Renz, I. (eds.), 2006: *Die Deutschen an der Somme, 1914-1918. Krieg, Besatzung, Verbrannte Erde*, Essen, Klartext-Verlag.

Höbelt, L., 2002: «"Well-Tempered Discontent": Austrian Domestic Politics», en M. Cornwall (ed.), *The Last Years of Austria-Hungary: A Multi-National Experiment in Early Twentieth-Century Europe*, rev. and exp. ed., Exeter, University of Exeter Press, 47-74.

Hoeres, P., 2004: *Krieg der Philosophen: Die deutsche und britische Philosophie im Ersten Weltkrieg*, Paderborn, Ferdinand Schoningh.

Hoeres, P., 2006: «Die Slawen. Perzeptionen des Kriegsgegners bei den Mittelmächten. Selbst- und Feindbild», en G. P. Groß (ed.), Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 179-200.

Hoffmann, C., 1997: «Between Integration and Rejection: The Jewish Community in Germany, 1914-1918», en J. Horne (ed.), *State, Society*

and Mobilization in Europe during the First World War, Cambridge, Cambridge University Press, 89-104.

Hoffmann, H., 1997: «"Schwarzer Peter im Weltkrieg": Die deutsche Spielwarenindustrie 1914-1918», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, D. Langewiesche y H.-P. Ullmann (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial-und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 323-335.

Hoffmann-Holter, B., 1995: «Abreisendmachung». Jüdische Kriegsflüchtlinge in Wien 1914 bis 1923, Köln/Weimar, Böhlau.

Hoffrogge, R., 2009: «Räteaktivisten in der USPD: Richard Müller und die Revolutionären Obleute in Berliner Betrieben», en U. Plener (ed.), *Die Novemberrevolution 1918/1919 in Deutschland. Für bürgerliche und sozialistische Demokratie. Allgemeine, regionale und biographische Aspekte. Beiträge zum 90. Jahrestag der Revolution*, Berlin, Karl Dietz, 189-199.

Holmes, T. M., abril de 2001: «The Reluctant March on Paris: A Reply to Terence Zuber's "The Schlieffen Plan Reconsidered"», *War in History 8(2)*, 208-232.

Holmes, T. M., enero de 2002: «The Real Thing: A Reply to Terence Zuber's "Terence Holmes Reinvents the Schlieffen Plan"», *War in History 9(1)*, 111-120.

Holmes, T. M., noviembre de 2003: «Asking Schlieffen: A further Reply to Terence Zuber's», *War in History 10(4)*, 464-479.

Holmes, M. M., Resnick, H. S., Kilpatrick, D. G. y Best, C. L., agosto de 1996: «Rape-Related Pregnancy: Estimates and Descriptive Characteristics from a National Sample of Women», *American Journal of Obstetrics & Gynecology 175(2)*.

Holquist, P., 2001: «To Count, to Extract, and to Exterminate: Population Statistics and Population Politics in Late Imperial and Soviet Russia», en R. G. Suny y T. Martin (eds.), *A State of Nations: Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin*, Oxford/New York, Oxford University Press, 111-144.

Holquist, P., 2010: «Les Violences de l'Armée Russe à l'Encontre des Juifs en 1915: Causes et Limites», en J. Horne (ed.), *Vers la Guerre Totale: Le Tournant de 1914-15*, Paris, Tallandier, 191-219.

Holquist, P., 2010b: «The Role of Personality in the First (1914-1915) Russian Occupation of Galicia and Bukovina», en J. Dekel-Chen, D. Gaunt, N. M. Meir e I. Barton (eds.), *Anti-Jewish Violence:*

Rethinking the Pogrom in European History, Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press, 52-73.

Holzer, A., 2008: *Das Lächeln der Henker. Der unbekannte Krieg gegen die Zivilbevölkerung 1914-1918*, Darmstadt, Primus.

Horn, D., 1969: *Mutiny on the High Seas: The Imperial German Naval Mutinies of World War One*, London, Leslie Frewin.

Horne, A., 1962: *The Price of Glory: Verdun 1916*, London, Macmillan.

Horne, J. y Kramer, A., 2001: *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven/London, Yale University Press.

Horne, J. y Kramer, A., marzo de 1994: «German "Atrocities" and Franco-German Opinion, 1914: The Evidence of German Soldiers' Diaries», *The Journal of Modern History 66(1)*, 1-33.

Houlihan, P. J., 2010: «Was There an Austrian Stab-in-the-Back Myth? Interwar Military Interpretations of Defeat», en G. Bischof, F. Plasser y P. Berger (eds.), *From Empire to Republic: Post-World War I Austria*, New Orleans, University of New Orleans Press, 67-89.

Howard, M., verano de 1984: «Men against Fire: Expectations of War in 1914», *International Security 9(1)*, 41-57.

Hristov, H., 1957: *Revolutsionnata Kriza v Bulgaria prez 1918-1919* [La crisis revolucionaria en Bulgaria en 1918-1919], Sofiya, Bŭlgarska komunisticheska partiya.

Hull, I. V., 1982: *The Entourage of Kaiser Wilhelm II, 1888-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

Hull, I. V., 2005: *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca/New York/London, Cornell University Press.

Hürten, H., 1994: «Die katholische Kirche im Ersten Weltkrieg», en W. Michalka (ed.), *Der Erste Weltkrieg. Wirkung, Wahrnehmung, Analyse*, München/Zürich, Piper, 725-735.

Ihnatowicz, I., 1965: «Gospodarka na ziemiach polskich w okresie I Wojny Światowej» [Economía en suelo polaco durante la Primera Guerra Mundial], en B. Zientara, A. Mączak, I. Ihnatowicz y Z. Landau, *Dzieje Gospodarcze Polski do 1939 r.* [Historia económica de Polonia hasta 1939], Warszawa, Wiedza Powszechna, 455-465.

Ingenlath, M., 1998: *Mentale Aufrüstung. Militarisierungstendenzen in Frankreich und Deutschland vor dem Ersten Weltkrieg*, Frankfurt/New York, Campus.

Jackman, S. D., enero de 2004: «Shoulder to Shoulder: Close Control and "Old Prussian Drill" in German Offensive Infantry Tactics, 1871-1914», *Journal of Military History 68(1)*, 73-104.

Jäger, H., 2001: *German Artillery of World War One*, Ramsbury, Crowood Press.

Jahn, H., 2006: «Die Germanen. Perzeptionen des Kriegsgegners in Russland zwischen Selbst-und Feindbild», en G. P. Groß (ed.), *Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 165-177.

Jahn, P., 2005: «"Zarendreck, Barbarendreck"-Die russische Besetzung Ostpreußen s 1914 in der deutschen Offentlichkeit», en K. Eimermacher y A. Volpert (eds.), *Verführungen der Gewalt. Russen und Deutsche im Ersten und Zweiten Weltkrieg*, München, Wilhelm Fink, 223-241.

Jahr, C., 1998: *Gewöhnliche Soldaten. Desertion und Deserteure im deutschen und britischen Heer 1914-1918*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

James, L., agosto de 2003: «War and Industry: A Study of the Industrial Relations in the Mining Regions of South Wales and the Rühr during the Great War, 1914-1918», *Labour History Review 68(2)*, 195-215.

Jarausch, K. H., marzo de 1969: «The Illusion of Limited War: Chancellor Bethmann Hollweg's Calculated Risk, July 1914», *Central European History 2(1)*, 48-76.

Jarausch, K. H., 1973: *The Enigmatic Chancellor: Bethmann Hollweg and the Hubris of Imperial Germany*, New Haven/London, Yale University Press.

Jászi, O., 1966 (1929): *The Dissolution of the Habsburg Monarchy*, Chicago/London, University of Chicago Press.

Jelavich, B., 1992: «Clouded Image: Critical Perceptions of the Habsburg Empire in 1914», *Austrian History Yearbook 23*, 23-35.

Jeřábek, R., 1991: *Potiorek. General im Schatten von Sarajevo*, Graz/Wien/Köln, Styria.

Jeřábek, R., 2002: «The Eastern Front», en M. Cornwall (ed.), *The Last Years of Austria-Hungary: A Multi-National Experiment in Early Twentieth-Century Europe*, rev. and exp. ed., Exeter, University of Exeter Press, 149-165.

Jessen-Klingenberg, M., noviembre de 1968: «Die Ausrufung der Republik durch Philipp Scheidemann am 9. November 1918», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht 19(11)*, 649-656.

Johnson, D., 1977: «French War Aims and the Crisis of the Third Republic», en B. Hunt y A. Preston (eds.), *War Aims and Strategic Policy in the Great War*, London, Croom Helm, 41-54.

Johr, B., 2005: «Die Ereignisse in Zahlen», en H. Sander y B. Johr, *Befreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigung, Kinder*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch, 46-73.

Joll, J., 1992 (1984): *The Origins of the First World War*, 2nd ed., London/New York, Longman.

Joly, W., 1998: *Standschützen. Die Tiroler und Vorarlberger k. k. Standschützen-Formationen im Ersten Weltkrieg. Organisation und Einsatz*, Innsbruck, Universitätsverlag Wagner.

Jones, D. R., 1988: «Imperial Russia's Forces at War», en A. R. Millett y W. Murray (eds.), *Military Effectiveness*, vol. I, *The First World War*, 3 vols., Boston/London/Sydney/Wellington, Allen & Unwin, 249-328.

Jones, H., 2005: «Encountering the "Enemy": Prisoner of War Transport and the Development of War Cultures in 1914», en P. Purseigle (ed.), *Warfare and Belligerence: Perspectives in First World War Studies*, Leiden/Boston, 133-162.

Jones, H., julio de 2008: «The German Spring Reprisals of 1917: Prisoners of War and the Violence of the Western Front», *German History 26(3)*, 335-356.

Jones, H., 2011: «Imperial Captivities: Colonial Prisoners of War in Germany and the Ottoman Empire, 1914-1918», en S. Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing*, Cambridge/New York, Cambridge University Press, 175-193.

Jones, H., 2011b: *Violence Against Prisoners of War in the First World War: Britain, France and Germany, 1914-1920*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kann, R. A., 1974: *A History of the Habsburg Empire, 1526-1918*, Berkeley/Los Angeles/London, University of California Press.

Kann, R. A., 1977: «Trends in Austro-German Literature during World War I: War Hysteria and Patriotism», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the*

Habsburg War Effort, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 159-183.

Kapp, R. W., 1983: «Bethmann-Hollweg, Austria-Hungary and Johannes Kaempf, 1914-1915», *Austrian History Yearbook 19*, 215-236.

Kapp, R. W., junio-septiembre de 1984: «Divided Loyalties: The German Reich and Austria-Hungary in Austro-German Discussions of War Aims, 1914-1916», *Central European History 17(2/3)*, 120-139.

Kappeler, A., 2001: *The Russian Empire: A Multi-Ethnic History*, Harlow, Longman.

Kargol, T., 2007: «Ziemiaństwo wobec sytuacji gospodarczej Galicji w czasie I wojny światowej» [La nobleza terrateniente y la situación económica de Galicia durante la Primera Guerra Mundial], en D. Grinberg, J. Snopko y G. Zackiewicz (eds.), *Lata wielkiej wojny. Dojrzewanie do niepodległości 1914-1918* [Años de la Gran Guerra. Mayoría de edad para la independencia 1914-1918], Białystok, Wydawnictwo Uniwersytetu w Białymstoku, 215-228.

Kargol, T., 2012: *Odbudowa Galicji ze zniszczeń wojennych w latach 1914-1918* [Reconstrucción de Galicia a partir de la destrucción de la guerra en 1914-1918], Kraków, Towarzystwo Wydawnicze «Historia Iagellonica».

Kauffman, J., marzo de 2013: «Warsaw University under German Occupation: State Building and Nation Bildung in Poland during the Great War», *First World War Studies 4(1)*.

Keegan, J., 1983 (1976): *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*, London, J. Cape [ed. en esp.: *El rostro en la batalla*, J. Narro Romero (trad.), Madrid, Turner, 2021].

Kennan, G. P., 1979: *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations, 1875-1890*, Princeton, Princeton University Press.

Kennedy, P., 1980: *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914*, London, Allen & Unwin.

King, J., 2011: «The Municipal and the National in the Bohemian Lands, 1848-1914», *Austrian History Yearbook 42*, 89-109.

Kirk, D., 1946: *Europe's Population in the Interwar Years*, New York, Gordon and Breach, Science Publishers.

Kitchen, M., 1968: *The German Officer Corps, 1890-1914*, Oxford, Clarendon Press.

Kitchen, M., septiembre de 1975: «Militarism and the Development of Fascist Ideology: The Political Ideas of Colonel Max Bauer, 1916-1918», *Central European History 8(3)*, 199-220.

Kitchen, M., 1976: *The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff*, London, Croom Helm.

Kitchen, M., 2001: *The German Offensives of 1918*, Stroud, Tempus.

Klein, H.-D., 1993: «Zwischen Burgfrieden und Komintern. Die Unabhangige Sozialdemokratie in Halle-Merseburg 1917-1920», en H. Grebing, H. Mommsen y K. Rudolph (eds.), *Demokratie und Emanzipation zwischen Saale und Elbe. Beiträge zur Geschichte der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung bis 1933*, Essen, Klartext, 181-195.

Kluge, U., 1975: *Soldatenräte und Revolution. Studien zur Militärpolitik in Deutschland 1918/19*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Kluge, U., 1985: *Die deutsche Revolution 1918/1919. Staat, Politik und Gesellschaft Zwischen Weltkrieg und Kapp-Putsch*, Frankurt am Main, Sührkamp.

Knoch, P., 1993: «Erleben und Nacherleben: Das Kriegserlebnis im Augenzeugenbericht und im Geschichtsunterricht», en G. Hirschfeld, G. Krumeich e I. Renz (eds.), *«Keiner fuhlt sich hier mehr als Mensch…» Erlebnis und Wirkung des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 199-219.

Koch, E., 1997: «"Jeder tut, was er kann fürs Vaterland": Frauen und Männer an der Heilbronner "Heimatfront"», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, D. Langewiesche y H.-P. Ullmann (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial-und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 36-52.

Knoch, P., 1989: «Kriegsalltag», en P. Knoch (ed.), *Kriegsalltag. Die Rekonstruktion des Kriegsalltags als Aufgabe der historischen Forschung und der Friedenserziehung*, Stuttgart, J. B. Metzlersche Versbuchhandlung, 222-251.

Kocka, J., 1984: *Facing Total War: German Society, 1914-1918*, Leamington Spa, Berg.

Kocka, J., enero de 1988: «German History before Hitler: The Debate about the German Sonderweg», *Journal of Contemporary History 23(1)*, 3-16.

Kolata, G., 2001: *Flu: The Story of the Great Influenza Pandemic of 1918 and the Search for the Virus that Caused it*, New York. Touchstone.

Kossert, A., 2001: *Preußen, Deutsche oder Polen? Die Masuren im Spannungsfeld des ethnischen Nationalismus 1870-1956*, Wiesbaden, Harrassowitz.

Kossert, A., 2005: *Ostpreußen. Geschichte und Mythos*, München, Siedler.

Koszyk, K., 1968: *Deutsche Pressepolitik im Ersten Weltkrieg*, Düsseldorf, Droste.

Kramer, A., 1997: «Wackes at War: Alsace-Lorraine and the Failure of German National Mobilization, 1914-1918», en J. Horne (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 105-121.

Kramer, A., 2006: «Italienische Kriegsgefangene im Ersten Weltkrieg», en H. J. W. Kuprian y O. Überegger (eds.), *Der Erste Weltkrieg im Alpenraum*. Erfahrung, Deutung, Erinnerung. *La Grande Guerra nell'arco alpino. Esperienze e memoria*, Innsbruck, Universitätsverlag Wagner, 247-258.

Kramer, A., 2007: *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford/New York, Oxford University Press.

Kramer, A., 2010: «Combatants and Noncombatants: Atrocities, Massacres, and War Crimes», en J. Horne (ed.), *A Companion to World War I*, Malden/Oxford/Chichester, Wiley-Blackwell, 188-201.

Kratoska, P. H. (ed.), 2006: *The Thailand-Burma Railway, 1942-1946: Documents and Selected Writings*, vol. 1, *Summary Accounts*, 6 vols., Abingdon/New York, Routledge.

Křen, J., 2000: *Die Konfliktgemeinschaft. Tschechen und Deutsche 1780-1918*, P. Heumos (trad.), München, R. Oldenbourg.

Kröll, U., 1973: *Die internationale Buren-Agitation, 1899-1902*, Münster, Regensberg.

Kronenberg, M., 2010: *Die Bedeutung der Schule für die «Heimatfront» im Ersten Weltkrieg. Sammlungen, Hilfsdienste, Feiern und Nagelungen im deutschen Reich*, Norderstedt, GRIN.

Kronenbitter, G., 1998: «Die Macht der Illusionen. Julikrise und Kriegsausbruch 1914 aus der Sicht des deutschen Militärattachés in Wien», *Militärgeschichtliche Mitteilung 57(2)*, 519-550.

Kronenbitter, G., 2003: *«Krieg im Frieden». Die Führung der k. u. k. Armee und die Großmachtpolitik Österreichs-Ungarns 1906-1914*, München, R. Oldenbourg.

Kronenbitter, G., 2006: «Die militärische Planung der k. u. k. Armee und der Schlieffenplan», en H. Ehlert, M. Epkenhans y G. P. Groß, *Der Schlieffenplan. Analysen und Dokumente*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 205-220.

Kruse, W., 1991: «Die Kriegsbegeisterung im deutschen Reich zu Beginn des Ersten Weltkrieges», en M. van der Linden y G. Mergner (eds.), *Kriegsbegeisterung und mentale Kriegsvorbereitung. Interdisziplinäre Studien*, Berlin, Duncker und Humblot, 73-87.

Kruse, W., 1993: *Krieg und nationale Integration. Eine Neuinterpretation des sozialdemokratischen Burgfriedensschlusses 1914/15*, Essen, Klartext.

Kruse, W., 1996: «Krieg und Klassenheer. Zur Revolutionierung der deutschen Armee im Ersten Weltkrieg», *Geschichte und Gesellschaft. Zeitschrift für Historische Sozialwissenschaft 22(4)*, 530-561.

Kruse, W. (ed.), 1997: *Eine Welt von Feinden. Der Große Krieg 1914-1918*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch.

Kulischer, E. M., 1948: *Europe on the Move: War and Population Changes, 1917-1947*, New York, Columbia University Press.

Kundrus, B., 2002: «Gender Wars: The First World War and the Construction of Gender Relations in the Weimar Republic», en K. Hagemann y S. Schuler-Springorum (eds.), *Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford/New York, Berg, 159-179.

Kuprian, H. J. W., 1995: «Flüchtlinge, Evakuierte und die staatliche Fürsorge», en K. Eisterer y R. Steininger (eds.), *Tirol und der Erste Weltkrieg*, Innsbruck, Österreichischer Studien Verlag, 277-305.

Kwan, J., enero de 2011: «Nationalism and All That: Reassessing the Habsburg Monarchy and its Legacy», *European History Quarterly 41(1)*, 88-108.

Lambroza, S., 1992: «The Pogroms of 1903-1906», en J. D. Klier y S. Lambroza (eds.), *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History*, Cambridge, Cambridge University Press.

Larsen, D., diciembre de 2012: «War Pessimism and an American Peace in Early 1916», *The International History Review 34(4)*, 795-817.

Latzel, K., 1998: *Deutsche Soldaten-nationalsozialistischer Krieg? Kriegserlebnis-Kriegserfahrung 1939-45*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh.

Lawrence, J., 1997: «The Transition to War in 1914», en J. Winter y J.-L. Robert (eds.), *Capital Cities at War: Paris, London, Berlin, 1914-1919*, Cambridge/New York/Melbourne, Cambridge University Press, 135-163.

LeCaine Agnew, H., 2007: «The Flyspecks on Palivec's Portrait: Franz Joseph, the Symbols of Monarchy, and Czech Popular Loyalty», en L. Cole y D. L. Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty: Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy*, New York/Oxford, Berghahn Books.

Lee, J., 1975: «Administrators and Agriculture: Aspects of German Agricultural Policy in the First World War», en J. M. Winter (ed.), *War and Economic Development*, Cambridge/London/New York/Melbourne, Cambridge University Press, 229-238.

Lehnstaedt, S., 2014: «Fluctuating between "Utilisation" and Exploitation: Occupied East Central Europe during the First World War», en J. Böhler, W. Borodziej y J. von Puttkamer (eds.), *Legacies of Violence: Eastern Europe's First World War*, München, R. Oldenbourg, 89-112.

Lehnstaedt, S., 2014b: «Imperiale Ordnungen statt Germanisierung. Die Mittelmachte in Kongresspolen, 1915-1918», *Osteuropa 64(2.4)*, 221-232.

Leidinger, H., 2006: «Der Kieler Aufstand und die deutsche Revolution», en V. Moritz y H. Leidinger (eds.), *Die Nacht des Kirpitschnikow. Eine andere Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Wien, Deuticke, 206-241.

Leidinger, H., 2011: «Suizid und Militär. Debatten-Ursachenforschung-Reichsratsinterpellationen 1907-1914», en L. Cole, C. Hämmerle y M. Scheutz (eds.), Glanz-Gewalt-Gehorsam. Militär und Gesellschaft in der Habsburgermonarchie (1800 bis 1918), Essen, Klartext, 337-358.

Lein, R., 2011: *Pflichterfullung oder Hochverrat? Die tschechischen Soldaten Österreich-Ungarns im Ersten Weltkrieg*, Wien/Berlin, Lit.

Lerner, P., 2003: Hysterical Men: War, Psychiatry, and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930, Ithaca/London, Cornell University Press.

Leslie, J., 1993: «The Antecedents of Austria-Hungary's War Aims: Policies and Policy-Makers in Wien and Budapest before and during 1914», *Wiener Beiträge zur Geschichte der Neuzeit 20*, 307-394.

Leslie, J., 1988: «Österreich-Ungarn vor dem Kriegsausbruch. Der Ballhausplatz in Wien im Juli 1914 aus der Sicht eines österreichisch-ungarischen Diplomaten», en R. Melville, C. Scharf, M. Vogt y U. Wengenroth (eds.), *Deutschland und Europa in der Neuzeit. Festschrift für Karl Otmar Freiherr von Aretin zum 65. Geburtstag. 2. Halbband*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag Wiesbaden GMBH, 661-684.

Levsen, S., 2006: *Elite, Männlichkeit und Krieg. Tübinger und Cambridger Studenten 1900-1929*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Liberman, P., 1996: *Does Conquest Pay? The Exploitation of Occupied Industrial Societies*, Princeton, Princeton University Press.

Lieven, D. C. B., 1983: *Russia and the Origins of the First World War*, London, Macmillan.

Lindemann, A. S., 1997: *Esau's Tears: Modern Anti-Semitism and the Rise of the Jews*, Cambridge, Cambridge University Press.

Linke, H. G., 1982: «Rußlands Weg in den Ersten Weltkrieg und seine Kriegsziele 1914-1917», *Militärgeschichtliche Mitteilung 32(2)*, 9-34.

Lipkes, J., 2007: *Rehearsals: The German Army in Belgium, August 1914*, Leuven, Leuven University Press.

Lipták, L., 2001: «Soldatenrevolten und die Spaltung der Nationälitaten in Ungarn 1918», en H. Mommsen, D. Kováč, J. Malíř y M. Marek (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen*, Essen, Klartext, 287-292.

Little, B., 2011: «Humanitarian Relief in Europe and the Analogue of War, 1914-1918», en J. D. Keene y M. S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies*, Leiden/Boston, Brill, 139-158.

Liulevičius, V. G., 2000: *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*, Cambridge/New York/Melbourne, Cambridge University Press.

Liulevičius, V. G., 2005: «Precursors and Precedents: Forced Migration in Northeastern Europe during the First World War», *Nordost-Archiv. Zeitschrift für Regionalgeschichte. Neue Folge XIV*, 32-52.

Liulevičius, V. G., 2009: *The German Myth of the East: 1800 to the Present*, Oxford, Oxford University Press.

Ljuben, B., 1985: «The Bulgarian Economy during World War I», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in*

World War I, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 170-183.

Loch, T., 2003: «"Aufklärung der Bevölkerung" in Hamburg. Zur deutschen Inlandspropaganda während des Ersten Weltkrieges», *Militärgeschichtliche Zeitschrift 62(1)*, 41-70.

Lohr, E., julio de 2001: «The Russian Army and the Jews: Mass Deportation, Hostages, and Violence during World War I», *Russian Review 60(3)*, 404-419.

Lohr, E., 2003: *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I*, Cambridge/London, Harvard University Press.

Lohr, E., 2010: «1915 and the War Pogrom Paradigm in the Russian Empire», en J. Dekel-Chen, D. Gaunt, N. M. Meir e I. Barton (eds.), *Anti-Jewish Violence: Rethinking the Pogrom in European History*, Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press, 41-51.

Loidl, T., 2004: *Andenken aus Eiserner Zeit. Patriotische Abzeichen der österreichischungarischen Monarchie von 1914 bis 1918*, Wien, Verlag Militaria.

Lowry, B., 1996: *Armistice 1918*, Kent/London, Kent State University Press.

Lyon, J. M. B., julio de 1997: «"A Peasant Mob": The Serbian Army on the Eve of the Great War», *The Journal of Military History 61(3)*, 481-502.

Macartney, C. A., 1968: *The Habsburg Empire, 1790-1918*, London, Weidenfeld and Nicolson.

MacMillan, M., 2001: *Peacemakers: Six Months that Changed the World*, London, John Murray.

Mai, G., 1976: «Burgfrieden und Sozialpolitik in Deutschland in der Anfangsphase des Ersten Weltkrieges (1914/15)», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 20*, 21-50.

Mai, G., 1977: «"Aufklarüng der Bevölkerung" und "Vaterländischer Unterricht" in Württemberg 1914-1918. Struktur, Durchführung und Inhalte der deutschen Inlandspropaganda im Ersten Weltkrieg», *Zeitschrift für Wurttembergische Landesgeschichte 36 (1977)*, 199-235.

Mai, G., 1983: *Kriegswirtschaft und Arbeiterbewegung in Wurttemberg 1914-1918*, Stuttgart, Klett-Cotta.

Majchrowski, J. M., 2004: *Pierwsza Kompania Kadrowa. Portret Oddziału* [Primera Compañía de Cuadros. Retrato de rama], Kraków, Dundacja Centrum Dokumentacji Czynu Niepodległościowo, Księgarnia Akademicka.

Małecki, J. M., 1997: «Crakow Jews in the 19th Century: Leaving the Ghetto», *Acta Poloniae Historica 76*, 85-96.

Małecki, J. M., 1990: «Życie gospodarcze Krakowa w czasie wielkiej wojny 1914-1918» [La vida económica de Cracovia durante la Gran Guerra 1914-1918], en Towarzystwo Miłośników Historii i Zabytków Krakowa [Sociedad de Amantes de la Historia y los Monumentos de Cracovia] (ed.), *Kraków w czasie I wojny światowej. Materiały sesji naukowej z okazji dni Krakówa w roku 1988* [Cracovia durante la Primera Guerra Mundial. Materiales de la sesión científica con motivo de las Jornadas de Cracovia en 1988], Kraków, Towarzystwo Miłośników Historii i Zabytków Krakowa [Sociedad de Amantes de la Historia y los Monumentos de Cracovia], 53-68.

Mamatey, V. S., 1977: «The Union of Czech Political Parties in the Reichsrat 1916-1918», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort*, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 3-28.

Manela, E., 2007: *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford/New York, Oxford University Press.

Mann, M., 2005 (2004): *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press.

Marin, I., 2013: «World War I and Internal Repression: The Case of Major General Nikolaus Cena», *Austrian History Yearbook 44 (2013)*, 195-208.

Marks, S., septiembre de 1978: «The Myths of Reparations», *Central European History 11(3)*, 231-255.

Marks, S., junio de 1983: «"My Name is Ozymandias": The Kaiser in Exile», *Central European History 16(2)*, 122-170.

Marquis, A. G., julio de 1978: «Words as Weapons: Propaganda in Britain and Germany during the First World War», *Journal of Contemporary History 13(3)*, 467-498.

Marshall, A., octubre de 2004: «Russian Military Intelligence, 1905-1917: The Untold Story behind Tsarist Russia in the First World War», *War in History 11(4)*, 393-423.

May, A. J., 1966: *The Passing of the Hapsburg Monarchy, 1914-1918*, 2 vols., Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Mayerhofer, L., 2008: «Making Friends and Foes: Occupiers and Occupied in First World War Romania, 1916-1918», en H. Jones, J. O'Brien y C. Schmidt-Supprian (eds.), *Untold War: New Perspectives in First World War Studies*, Leiden/Boston, Brill, 119-149.

Mayerhofer, L., 2010: *Zwischen Freund und Feind-Deutsche Besatzung in Rumänien 1916-1918*, München, Martin Meidenbauer.

Mazower, M., primavera de 1997: «Minorities and the League of Nations in Interwar Europe», *Daedulus 126(2)*, 47-63.

McMeekin, S., 2011: *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge/London, Belknap Press.

McNeal, R. H., 1987: *Tsar and Cossack, 1855-1914*, Basingstoke/London, Macmillan-St Antony's College/Oxford.

McPhail, H., 2001 (1999): *The Long Silence: Civilian Life under the German Occupation of Northern France, 1914-1918*, London/New York, I. B. Tauris.

McRandle, J. H. y Quirk, J., julio de 2006: «The Blood Test Revisited: A New Look at German Casualty Counts in World War I», *The Journal of Military History 70(3)*, 667-701.

Meier, K., 1994: «Evangelische Kirche und Erster Weltkrieg», en W. Michalka (ed.), *Der Erste Weltkrieg. Wirkung, Wahrnehmung, Analyse*, München/Zürich, Piper, 691-724.

Mende, R., 1993: «Arbeiterschaft und Arbeiterbewegung in Halle im Ersten Weltkrieg», en H. Grebing, H. Mommsen y K. Rudolph (eds.), *Demokratie und Emanzipation zwischen Saale und Elbe. Beiträge zur Geschichte der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung bis 1933*, Essen, Klartext, 171-180.

Meteling, W., 2010: *Ehre, Einheit, Ordnung. Preußische und französische Städte und ihre Regimenter im Krieg, 1870/71 und 1914/19*, Baden-Baden, Nomos.

Mick, C., 2010: *Kriegserfahrungen in einer multiethnischen Stadt: Lemberg 1914-1947*, Wiesbaden, Harrowitz.

Middlebrook, M., 1978: *The Kaiser's Battle, 21 March 1918: The First Day of the German Spring Offensive*, London, Allen Lane/The

Penguin Press.
Middlebrook, M., 1984 (1971): *The First Day on the Somme, 1 July 1916*, London, Allen Lane/The Penguin Press.
Milewska, W., Nowak, J. T. y Zientara, M., 1998: *Legiony Polskie 1914-1918. Zarys historii militarnej i politycznej* [Legiones polacas 1914-1918. Un esbozo de la historia militar y política], Kraków, Księgarnia Akademicka Wydawnictwo Naukowe.
Miller, S., 1974: *Burgfrieden und Klassenkampf. Die deutsche Sozialdemokratie im Ersten Weltkrieg*, Düsseldorf, Droste.
Mleczak, J., 1988: *Akcja werbunkowa Naczelnego Komitetu Narodowego w Galicji i Królestwie Polskim w latach 1914-1916* [Campaña de reclutamiento del Comité Nacional Supremo en Galicia y el Reino de Polonia en 1914-1916], Przemyśl, Polskie Towarzystwo Historyczne.
Mócsy, I. I., 1983: *The Effects of World War I. The Uprooted: Hungarian Refugees and their Impact on Hungary's Domestic Politics, 1918-1921*, New York, Brooklyn College Press.
Moeller, R. G., junio de 1981: «Dimensions of Social Conflict in the Great War: The View from the German Countryside», *Central European History 14(2)*, 142-168.
Molenda, J., 1985: «Social Changes in Poland during World War I», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 187-201.
Moll, M., 2001: «Österreichische Militärgerichtsbarkeit im Ersten Weltkrieg-"Schwert des Regimes?" Überlegungen am Beispiel des Landwehrdivisionsgerichtes Graz im Jahre 1914», *Mitteilungen des Steiermärkischen Landesarchivs 50*, 301-355.
Moll, M., 2001b: «"Verräter und Spione überall". Vorkriegs- und Kriegshysterie in Graz im Sommer 1914», *Historisches Jahrbuch der Stadt Graz 31*, (2001), 309-30.
Moll, M., 2003: «Erster Weltkrieg und Ausnahmezustand, Zivilverwaltung und Armee: Eine Fallstudie zum innerstaatlichen Machtkampf 1914-1918 im steirischen Kontext», en S. Beer, E. Marko-Stöckl, M. Raffler y F. Schneider (eds.), *Focus Austria: vom Vielvölkerreich zum EU-Staat. Festschrift für Alfred Ableitinger zum 65. Geburtstag*, Graz, Institut für Geschichte der Karl-Franzens-Universität Graz, 383-407.

Moll, M., 2006: «“Heimatfront Steiermark”. Ein gemischtsprachiges Kronland im ersten totalen Krieg», en H. J. W. Kuprian y O. Überegger (eds.), *Der Erste Weltkrieg im Alpenraum. Erfahrung, Deutung, Erinnerung. La Grande Guerra nell’arco alpino. Esperienze e memoria*, Innsbruck, Universitätsverlag Wagner, 181-196.

Mombauer, A., octubre de 1999: «A Reluctant Military Leader? Helmuth von Moltke and the July Crisis of 1914», *War in History 6(4)*, 417-446.

Mombauer, A., 2001: *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mommsen, H., 1997: «Militär und zivile Militarisierung in Deutschland 1914 bis 1938», en U. Frevert (ed.), *Militär und Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Klett-Cotta, 265-276.

Mommsen, W. J., noviembre de 1968: «Die deutsche öffentliche Meinung und der Zusammenbruch des Regierungssystems Bethmann Hollweg im Juli 1917», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht 19(11)*, 656-671.

Mommsen, W. J., 1981: «The German Revolution, 1918-1920: Political Revolution and Social Protest Movement», en R. Bessel y E. J. Feuchtwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany*, London/Totowa, Croom Helm/Barnes & Noble, 21-54.

Mommsen, W. J., 1981b: «The Topos of Inevitable War in Germany in the Decade before 1914», en V. R. Berghahn y M. Kitchen (eds.), *Germany in the Age of Total War*, London/Totowa, Croom Helm/Barnes & Noble, 23-45.

Mommsen, W. J., 1990: *Der autoritäre Nationalstaat. Verfassung, Gesellschaft und Kultur im deutschen Reich*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch.

Mommsen, W. J., 1997: «German Artists, Writers and Intellectuals and the Meaning of War, 1914-1918», en J. Horne (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 21-38.

Morgan, D. W., diciembre de 1982: «Ernst Daumig and the German Revolution of 1918», *Central European History 15(4)*, 303-331.

Moritz, V. y Leidinger, H., 2005: *Zwischen Nutzen und Bedrohung. Die russischen Kriegsgefangenen in Österreich (1914-1921)*, Bonn, Bernard & Graefe.

Mosse, G. L., 1990: *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, New York/Oxford, Oxford University Press.

Müller, A., 2001: *Zwischen Annaherung und Abgrenzung. Österreich-Ungarn und die Diskussion um Mitteleuropa im Ersten Weltkrieg*, Marburg, Tectum.

Müller, S., 2008: «Toys, Games and Juvenile Literature in Germany and Britain during the First World War: A Comparison», en H. Jones, J. O'Brien y C. Schmidt-Supprian (eds.), *Untold War: New Perspectives in First World War Studies*, Leiden/Boston, Brill, 233-257.

Müller, S. O., 2002: *Die Nation als Waffe und Vorstellung. Nationalismus in Deutschland und Großbritannien im Ersten Weltkrieg*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Mulligan, W., 2010: *The Origins of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press.

Münch, P., 2009: *Bürger in Uniform. Kriegserfahrungen von Hamburger Turnern 1914 bis 1918*, Freiburg im Breisgau/Berlin/Wien, Rombach.

Nachtigal, R., 2006: «Die Repatriierung der Mittelmächte-Kriegsgefangenen aus dem revolutionären Rußland. Heimkehr zwischen Agitation, Bürgerkrieg und Intervention 1918-1922», en J. Oltmer (ed.), *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkriegs*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 239-266.

Nachtigal, R., 2006b: «Privilegiensystem und Zwangsrekrutierung. Russische Nationalitätenpolitik gegenüber Kriegsgefangenen aus Österreich-Ungarn», in J. Oltmer (ed.), *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkriegs*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 167-193.

Nachtigal, R., 2007: *Die Murmanbahn, 1915-1919-Kriegsnotwendigkeit und Wirtschaftsinteressen*, Remshalden, Greiner.

Nachtigal, R., 2008: «Zur Anzahl der Kriegsgefangenen im Ersten Weltkrieg», *Militärgeschichtliche Zeitschrift 67(2)*, 345-384.

Naimark, N. M., 1995: *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge/London, The Belknap Press.

Naimark, N. M., 2001: *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge/London, Harvard University Press.

Narskij, I., 2006: «Kriegswirklichkeit und Kriegserfahrung russischer Soldaten an der russischen Westfront 1914/15», en G. P. Groß (ed.), *Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 249-261.

Nebelin, M., 2010: *Ludendorff. Diktator im Erstern Weltkrieg*, München, Siedler.

Nelson, K. L., diciembre de 1970: «The "Black Horror on the Rhine": Race as a Factor in Post-World War I Diplomacy», *The Journal of Modern History 42(4)*, 606-627.

Nelson, K. L., 2002: «German Comrades-Slavic Whores: Gender Images in the German Soldier Newspapers of the First World War», en K. Hagemann y S. Schuler-Springorum (eds.), *Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford/New York, Berg, 69-85.

Nelson, K. L., 2010: «From Manitoba to the Memel: Max Sering, Inner Colonization and the German East», *Social History 35(4)*, 439-457.

Newman, J. P., agosto de 2010: «Post-Imperial and Post-War Violence in the South Slav Lands, 1917-1923», *Contemporary European History 19(3)*.

Newman, J. P., julio de 2011: «War in the Balkans, 1914-1918», *War in History 18(3)*, 386-394.

Nipperdey, T., 1998: *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 vols., München, C. H. Beck.

Nofi, A. A., 1985: «Comparative Divisional Strengths during World War I: East Central European Belligerents and Theaters», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 263-270.

Nowak, J. T., 1998: «Działania I Brygady Legionów Polskich 1914-1915» [Actividades de la 1.ª Brigada de las Legiones Polacas 1914-1915], en W. Milewska, J. T. Nowak y M. Zientara (eds.), *Legiony Polskie 1914-1918. Zarys historii militarnej i politycznej* [Legiones polacas 1914-1918. Un esbozo de la historia militar y política], Kraków, Księgarnia Akademicka Wydawnictwo Naukowe, 13-78.

Nowak, J. T., 2006: *Tarcze Legionów Polskich 1915-1917 w zbiorach Muzeum Historycznego Miasta Krakowa* [Escudos de las legiones

polacas 1915-1917 en las colecciones del Museo Histórico Ciudad de Cracovia], Kraków, Muzeum Historyczne Miasta Krakówa.

Nübel, C., 2008: *Die Mobilisierung der Kriegsgesellschaft. Propaganda und Alltag im Ersten Weltkrieg in Münster*, Münster/New York/München/Berlin, Waxmann.

O'Driscoll, B., 2007: *Zmów Zdrowaśkę. Historia Marii i Jędrzeja Giertychów* [Rezar un Ave María. La historia de María y Jędrzej Giertych], Radom, Polskie Wydawnictwo Encyklopedyczne.

Offer, A., 1989: *The First World War: An Agrarian Interpretation*, Oxford, Clarendon Press.

Offer, A., marzo de 1989: «Economic Interpretation of War: The German Submarine Campaign, 1915-18», *Australian Economic History Review 29(1)*, 21-41.

Okey, R., 2001: *The Habsburg Monarchy c. 1765-1918: From Enlightenment to Eclipse*, Basingstoke/London, Macmillan.

Okey, R., 2007: *Taming Balkan Nationalism*, Oxford, Oxford University Press.

Olt, R., 1981 (1980): *Krieg und Sprache. Untersuchungen zu deutschen Soldatenliedern des Ersten Weltkriegs*, 2 vols., Gießen, Wilhelm Schmitz.

Oltmer, J., 1998: «Zwangsmigration und Zwangsarbeit-Ausländische Arbeitskräfte und bäuerliche Ökonomie im Ersten Weltkrieg», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte 27*, 135-168.

Oppelt, U., 2002: *Film und Propaganda im Ersten Weltkrieg. Propaganda als Medienrealität im Aktualitäten-und Dokumentarfilm*, Stuttgart, Franz Steiner.

Orton, L. D., 1983-1984: «The Formation of Modern Crakow (1866-1914)», *Austrian History Yearbook 19-20*, 105-117.

Orzoff, A., 2004: «The Empire Without Qualities: Austro-Hungarian Newspapers and the Outbreak of War in 1914», en T. R. E. Paddock (ed.), *A Call to Arms: Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War*, Westport, Praeger, 161-199.

Orzoff, A., 2009: *Battle for the Castle: The Myth of Czechoslovakia in Europe, 1914-1948*, Oxford/New York, Oxford University Press.

Osborne, E. W., 2004: *Britain's Economic Blockade of Germany, 1914-1919*, London/New York.

Ostertag, H., 1990: *Bildung, Ausbildung und Erziehung des Offizierkorps im deutschen Kaiserreich 1871-1918. Eliteideal, Anspruch und*

Wirklichkeit, Frankfurt am Main, Peter Lang.

Ostpreußisches Landesmuseum Luneburg (ed.), 2006: *Die Ostpreußen hilfe im Ersten Weltkrieg. Zur Ausstellung «Zum Besten der Ostpreußen h i l f e » (23.9.2006-28.1.2007)*, Husum, Husum Druck-und Verlagsgesellschaft.

Overmans, R., 2004: «Kriegsverluste», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, I. Renz y M. Pöhlmann (eds.), *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, 2.ª ed., Paderborn, Schöningh.

Paddock, T. R. E., julio de 1998: «Still Stuck at Sevastopol: The Depiction of Russia during the Russo-Japanese War and the Beginning of the First World War in the German Press», *German History 16(3)*, 358-376.

Paddock, T. R. E., 2010: *Creating the Russian Peril: Education, the Public Sphere, and National Identity in Imperial Germany, 1890-1914*, Rochester, Camden House.

Paddock, T. R. E., 2004: «German Propaganda: The Limits of Gerechtigkeit», en T. R. E. Paddock (ed.), *A Call to Arms: Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War*, Westport, Praeger, 115-160.

Pamuk, Ş., 2005: «The Ottoman Economy in World War I», en S. Broadberry y M. Harrison (eds.), *The Economics of World War I*, Cambridge/New York/Madrid/Cape Town/Xīnjīapō/São Paulo, Cambridge University Press, 112-136.

Papp, T., 1987: «Die Königlich Ungarische Landwehr (Honvéd) 1868 bis 1914», en A. Wandruszka y P. Urbanitsch (eds), *Die Habsburgermonarchie 1848-1918. Band V. Die Bewaffnete Macht*, 5 vols., Wien, Verlag der Österreichische Akademie der Wissenschaften, 634-686.

Pastor, P., 1985: «The Home Front in Hungary, 1914-18», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 124-134.

Pearson, R., 1996: «Hungary: A State Truncated, a Nation Dismembered», en S. Dunn y T. G. Fraser (eds.), *Europe and Ethnicity: World War I and Contemporary Ethnic Conflict*, London/New York, Routledge.

Peball, K., 1967: «Um das Erbe. Zur Nationalitätenpolitik des k. u. k. Armeeoberkommandos während der Jahre 1914 bis 1917», *Österreichische Militärische Zeitschrift Sonderheft 2*, 28-39.

Peden, G. C., 2009: *Arms, Economics and British Strategy: From Dreadnoughts to Hydrogen Bombs*, Cambridge, Cambridge University Press.

Penslar, D., septiembre de 2011: «The German-Jewish Soldier: From Participant to Victim», *German History 29(3)*, 423-444.

Pfalzer, S., 1993: «Der "Butterkrawall" im Oktober 1915. Die erste größere Antikriegsbewegung in Chemnitz», en H. Grebing, H. Mommsen y K. Rudolph (eds.), *Demokratie und Emanzipation zwischen Saale und Elbe. Beiträge zur Geschichte der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung bis 1933*, Essen, Klartext, 196-201.

Philipp, A. (ed.), 1928: *Die Ursachen des Deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918. Zweite Abteilung. Der innere Zusammenbruch*, 10 vols., Berlin, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte.

Philpott, W., 2009: *Bloody Victory: The Sacrifice on the Somme and the Making of the Twentieth Century*, London, Little, Brown.

Pichlík, K., 1970: «Der militärische Zusammenbruch der Mittelmächte im Jahre 1918», en R. G. Plaschka y K. Mack (eds.), *Die Auflösung des Habsburgerreiches. Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Wien, Verlag für Geschichte und Politik, 249-265.

Pichlík, K., 2001: «Europa nach dem Krieg in den Vorstellungen T. G. Masaryks im Exil», en H. Mommsen, D. Kováč, J. Malíř y M. Marek (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen*, Essen, Klartext, 67-80.

Planert, U., 2000: «Zwischen Partizipation und Restriktion: Frauenemanzipation und nationales Paradigma von der Aufklärung bis zum Ersten Weltkrieg», en D. Langewiesche y G. Schmidt (eds.), *Föderative Nation. Deutschlandkonzepte von der Reformation bis zum Ersten Weltkrieg*, München, R. Oldenbourg, 387-428.

Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., 1974: *Innere Front. Militärassistenz, Widerstand und Umsturz in der Donaumonarchie 1918. Erster Band. Zwischen Streik und Meuterei*, 2 vols., München, R. Oldenbourg.

Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., 1974b: *Innere Front. Militärassistenz, Widerstand und Umsturz in der Donaumonarchie 1918. Zweiter Band. Umsturz*, 2 vols., München, R. Oldenbourg.

Plaschka, R. G., 1977: «Contradicting Ideologies: The Pressure of Ideological Conflicts in the Austro-Hungarian Army of World War I», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg*

Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 105-119.

Plaschka, R. G., 1985: «The Army and Internal Conflict in the Austro-Hungarian Empire, 1918», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 338-353.

Porch, D., 1981: *The March to the Marne: The French Army, 1871-1914*, Cambridge/New York/Melbourne, Cambridge University Press.

Porch, D., 1988: «The French Army in the First World War», en A. R. Millett y W. Murray (eds.), *Military Effectiveness*, vol. I, *The First World War*, 3 vols., Boston/London/Sydney/Wellington, Allen & Unwin, 190-228.

Prassnigger, G., 1995: «Hunger in Tirol», en K. Eisterer y R. Steininger (eds.), *Tirol und der Erste Weltkrieg*, Innsbruck, Österreichischer Studien Verlag, 179-210.

Prete, R. A., diciembre de 1985: «French Military War Aims, 1914-1916», *The Historical Journal 28(4)*, 887-899.

Prior, R. y Wilson, T., 2004 (1992): *Command on the Western Front: The Military Career of Sir Henry Rawlinson, 1914-1918*, Barnsley, Pen & Sword.

Prior, R. y Wilson, T., 2005: *The Somme*, New Haven/London, Yale University Press.

Prusin, A. V., 2002: «The Russian Military and the Jews in Galicia, 1914-15», en E. Lohr y M. Poe (eds.), *The Military and Society in Russia, 1450-1917*, Leiden/Boston/Köln, Brill, 525-544.

Przeniosło, M., 2007: «Postawy chłopów Królestwa Polskiego wobec okupanta niemieckiego i austriackiego (1914-1918)» [Actitudes de los campesinos del Reino de Polonia hacia los ocupantes alemanes y austriacos (1914-1918)], en D. Grinberg, J. Snopko y G. Zackiewicz (eds.), *Lata wielkiej wojny. Dojrzewanie do niepodległości 1914-1918* [Años de la Gran Guerra. Mayoría de edad para la independencia 1914-1918], Białystok, Wydawnictwo Uniwersytetu w Białymstoku, 198-214.

Prusin, A. V., 2005: *Nationalizing a Borderland: War, Ethnicity, and Anti-Jewish Violence in East Galicia, 1914-1920*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Pyta, W., 2009 (2007): *Hindenburg. Herrschaft zwischen Hohenzollern und Hitler*, München, Pantheon.

Rachamimov, A., 2000: «Imperial Loyalties and Private Concerns: Nation, Class and State in the Correspondence of Austro-Hungarian POWs in Russia, 1916-1918», *Austrian History Yearbook 31*, 87-105.

Rachamimov, A., 2002: *POWs and the Great War: Captivity on the Eastern Front*, Oxford/New York, Berg.

Raithel, T., 1996: *Das «Wunder» der inneren Einheit. Studien zur deutschen und französischen Öffentlichkeit bei Beginn des Ersten Weltkrieges*, Bonn, Bouvier.

Rauchensteiner, M., 1993: *Der Tod des Doppeladlers. Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg*, Graz/Wien/Köln, Styria.

Rawe, K., 2005: *«… wir werden sie schon zur Arbeit bringen!» Ausländerbeschäftigung und Zwangsarbeit im Rührkohlenbergbau während des Ersten Weltkrieges*, Essen, Klartext,

Read, J. M., 1972 (1941): *Atrocity Propaganda, 1914-1919*, New York, Arno Press.

Rechter, D., 1997: «Galicia in Wien: Jewish Refugees in the First World War», *Austrian History Yearbook 28*, 113-130.

Reed Winkler, J., julio de 2009: «Information Warfare in World War I», *The Journal of Military History 73(3)*, 845-867.

Rees, H. L., 1992: *The Czechs during World War I: The Path to Independence*, Boulder/East European Monographs.

Reimann, A., 2000: *Der große Krieg der Sprachen. Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext.

Remak, J., septiembre de 1971: «1914-The Third Balkan War: Origins Reconsidered», *The Journal of Modern History 43(3)*, 353-366.

Remak, J., junio de 1969: «The Healthy Invalid: How Doomed the Habsburg Empire?», *The Journal of Modern History 41(2)*, 127-143.

Renzi, W. A., abril de 1983: «Who Composed "Sazonov's Thirteen Points?" A Re-Examination of Russia's War Aims of 1914», *The American Historical Review 88(2)*, 347-357.

Reynolds, M. A., 2011: *Shattered Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*, Cambridge/New York, Cambridge University Press.

Rich, D. A., 2003: «Russia», en R. F. Hamilton y H. Herwig (eds.), *The Origins of World War I*, Cambridge/New

York/Melbourne/Madrid/Cape Town, Cambridge University Press, 188-226.

Ritschl, A., 2005: «The Pity of Peace: Germany's Economy at War, 1914-1918 and Beyond», en S. Broadberry y M. Harrison (eds.), *The Economics of World War I*, Cambridge/New York/Melbourne/Madrid/Cape Town/Xīnjīapō/São Paulo, Cambridge University Press, 41-76.

Ritter, G. A. y Tenfelde, K., 1992: *Arbeiter im deutschen Kaiserreich 1871 bis 1914*, Bonn, J. H. W. Dietz Nachf.

Rhode, G., 1966: «Das Deutschtum in Posen und Pommerellen in der Zeit der Weimarer Republik», en *Senatskommission für das Studium des Deutschtums im Osten an der Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn*, Köln/Graz, Böhlau.

Roesler, K., 1967: *Die Finanzpolitik des deutschen Reiches im Ersten Weltkrieg*, Berlin, Dunker & Humblot.

Rohde, G., 1966: «Das Deutschtum in Posen und Pomerellen in der Zeit der Weimarer Republik», en die Senatskommission für das Studium des Deutschtums im Osten an der Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn (ed.), *Die deutschen Ostgebiete zur Zeit der Weimarer Republik. Studien zum Deutschen im Osten*, Köln/Graz, Böhlau, 88-132.

Rohkrämer, T., 1992: «August 1914-Kriegsmentalität und ihre Voraussetzungen», en W. Michalka (ed.), *Der Erste Weltkrieg. Wirkung, Wahrnehmung, Analyse*, München/Zürich, Piper, 759-777.

Rohkrämer, T., 1992b: «Der Gesinnungsmilitarismus der "gkleinen Leute" im deutschen Kaiserreich», en W. Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten*, München/Zürich, Piper, 95-109.

Röhl, J. C. G., diciembre de 1969: «Admiral von Müller and the Approach of War, 1911-1914», *The Historical Journal 12(4)*, 651-673.

Röhl, J. C. G., 1984: «Die Generalprobe. Zur Geschichte und Bedeutung des "Kriegsrates" vom 8. Dezember 1912», en W. Alff (ed.), *Deutschlands Sonderung von Europa 1862-1945*, Frankfurt am Main/Bern/New York, Peter Lang, 149-224.

Röhl, J. C. G., 1998 (1995): «Germany», en K. Wilson (ed.), *Decisions for War*, London, UCL Press, 27-54.

Röhl, J. C. G., 1999 (1994): *The Kaiser and his Court: Wilhelm II and the Government of Germany*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rojahn, J., 1991: «Arbeiterbewegung und Kriegsbegeisterung: Die deutsche Sozialdemokratie 1870-1914», en M. van der Linden y G. Mergner (eds.), *Kriegsbegeisterung und mentale Kriegsvorbereitung. Interdisziplinare Studien*, Berlin, Duncker und Humblot, 57-71.

Rollet, C., 2007: «The Home and Family Life», en J. Winter y J.-L. Robert (eds.), *Capital Cities at War: Paris, London, Berlin, 1914-1919*, vol. 2 , *A Cultural History*, 2 vols., Cambridge/New York, Cambridge University Press, 315-353.

Roshwald, A., 2001: *Ethnic Nationalism and the Fall of Empires: Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923*, London/New York, Routledge.

Rössler, E., 2001 (1981): *The U-Boat: The Evolution and Technical History of German Submarines*, London/New York, Cassell.

Rothenberg, G. E., 1967: «The Habsburg Army and the Nationality Problem in the Nineteenth Century, 1815-1914», *Austrian History Yearbook 3*, 70-87.

Rothenberg, G. E., abril de 1989: «The Austro-Hungarian Campaign against Serbia in 1914», *The Journal of Military History 53(2)*, 127-146.

Rothenberg, G. E., 1998 (1976): *The Army of Francis Joseph*, West Lafayette, Purdue University Press.

Rothschild, J., 1978: *East Central Europe Between the Two World Wars*, Washington, D. C., University of Washington Press.

Rozenblit, M. L., 2001: *Reconstructing a National Identity: The Jews of Habsburg Austria during World War I*, Oxford/New York, Oxford University Press.

Rozenblit, M. L., 2005: «Sustaining Austrian "National" Identity in Crisis: The Dilemma of the Jews in Habsburg Austria, 1914-1919», en P. M. Judson y M. L. Rozenblit (eds.), *Constructing Nationalities in East Central Europe*, New York/Oxford, Berghahn Books, 178-191.

Rudin, H. R., 1944: *Armistice 1918*, New Haven, Yale University Press.

Rudnytsky, I. L., 1982: «The Ukrainians in Galicia under Austrian Rule», en A. S. Markovits y F. E. Sysyn (eds.), *Nationbuilding and the Politics of Nationalism: Essays on Austrian Galicia*, Cambridge, Harvard, 23-67.

Rudolph, H., 1997: «Kultureller Wandel und Krieg: Die Reaktion der Werbesprache auf die Erfahrung des Ersten Weltkriegs am Beispiel

von Zeitungsanzeigen», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, D. Langewiesche y H.-P. Ullmann (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial-und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 283-301.

Rüdt von Collenberg, L., 1922: *Die deutsche Armee von 1871 bis 1914*, Berlin, E. S. Mittler & Sohn.

Rüger, J., 2007: *The Great Naval Game: Britain and Germany in the Age of Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rüger, J., primavera de 2009: «Laughter and War in Berlin», *History Workshop Journal 67*, 23-43.

Ryder, A. J., 1967: *The German Revolution of 1918: A Study of German Socialism in War and Revolt*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sammartino, A. H., 2010: *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922*, Ithaca/London, Cornell University Press.

Samuels, M., 1995: *Command or Control? Command, Training and Tactics in the British and German Armies, 1888-1918*, London, Frank Cass.

Saul, K., 1983: «Jugend im Schatten des Krieges. Vormilitärische Ausbildung-Kriegswirtschaftlicher Ersatz-Schulalltag in Deutschland 1914-1918», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 34*, 91-184.

Schaepdrijver, S. de, 2010: «Belgium», en J. Horne (ed.), *A Companion to World War I*, Malden/Oxford/Chichester, Wiley-Blackwell, 386-402.

Scheck, R., 1996: «Der Kampf des Tirpitz-Kreises für den uneingeschränkten U-Boot-Krieg und einen politischen Kurswechsel im deutschen Kaiserreich 1916-1917», *Militärgeschichtliche Mitteilung 55(1)*, 69-91.

Scheer, T., 2009: «Typisch Polen: Facetten Österreichisch-ungarischer Besatzungspolitik in Polen (1915-1918)», en Heeresgeschichtliches Museum (ed.), *Polnischösterreichische Kontakte sowie Militärbündnisse 1618.1918. Symposium und Abendvortrag 11. und 12. September 2008*, Wien, Bundesministerium für Landesverteidigung und Sport/Heeresdruckerei, 233-255.

Scheer, T., 2009b: *Zwischen Front und Heimat. Österreich-Ungarns Militärverwaltungen im Ersten Weltkrieg*, Frankfurt am Main, Peter Lang.

Schindler, J. R., abril de 2002: «Disaster on the Drina: The Austro-Hungarian Army in Serbia, 1914», *War in History 9(2)*, 159-195.

Schindler, J. R., enero de 2003: «Steamrollered in Galicia: The Austro-Hungarian Army and the Brusilov Offensive, 1916», *War in History 10(1)*, 27-59.

Schindler, J. R., septiembre de 2004: «Defeating Balkan Insurgency: The Austro-Hungarian Army in Bosnia-Herzegovina, 1878-82», *The Journal of Strategic Studies 27(3)*, 528-552.

Schlegelmilch, A., 2001: «Massenprotest in der Burgfriedengesellschaft. Deutschland 1914-1918», en H. Mommsen, D. Kováč, J. Malíř y M. Marek (eds.), *Der Erste Weltkrieg und die Beziehungen zwischen Tschechen, Slowaken und Deutschen*, Essen, Klartext, 293-305.

Schmidt-Richberg, W., 1968: «Die Regierungszeit Wilhelms II», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Handbuch zur deutschen Militärgeschichte 1648-1939. Band V. Von der Entlassung Bismarcks bis zum Ende des Ersten Weltkrieges (1890-1918)*, 10 vols., Frankfurt am Main, Bernard & Graefe, 9-156.

Schmitz, M., 2008: «Verrat am Waffenbruder? Die Siedlice-Kontroverse im Spannungsfeld von Kriegsgeschichte und Geschichtspolitik», *Militärgeschichtliche Zeitschrift 67(2)*, 385-407.

Schneider, G., 1999: «Zur Mobilisierung der "Heimatfront": Das Nageln sogenannter Kriegswahrzeichen im Ersten Weltkrieg», *Zeitschrift für Volkskunde 95*, 32-62.

Schneider, J. R., septiembre de 2004: «Defeating Balkan Insurgency: The Austro-Hungarian Army in Bosnia-Herzegovina, 1878-82», *The Journal of Strategic Studies 27(3)*.

Schönberger, B., 2002: «Motherly Heroines and Adventurous Girls: Red Cross Nurses and Women Army Auxiliaries in the First World War», en K. Hagemann y S. Schuler-Springorum (eds.), *Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford/New York, Berg, 87-113.

Schröder, J., 2000: *Die U-Boote des Kaisers. Die Geschichte des deutschen U-Boot-Krieges gegen Großbritannien im Ersten Weltkrieg*, Lauf an der Pegnitz, Europaforum-Verlag.

Schroeder, P. W., septiembre de 1972: «World War I as Galloping Gertie: A Reply to Joachim Remak», *The Journal of Modern History 44(3)*, 319-345.

Schroeder, P. W., 2007: «Stealing Horses to Great Applause: Austria-Hungary's Decision in 1914 in Systematic Perspective», en H. Afflerbach y D. Stevenson (eds.), *An Improbable War: The*

Outbreak of World War I and European Political Culture Before 1914, New York/Oxford, Berghahn Books, 17-42.

Schulze, M.-S., 2005: «Austria-Hungary's Economy in World War I», en S. Broadberry y M. Harrison (eds.), *The Economics of World War I*, Cambridge/New York/Melbourne/Madrid/Cape Town/Xīnjīapō/São Paulo, Cambridge University Press, 77-111.

Schuster, F. M., 2004: *Zwischen allen Fronten. Osteuropaische Juden während des Ersten Weltkrieges (1914-1919)*, Köln, Böhlau.

Schwalbe, K., 1969: *Wissenschaft und Kriegsmoral. Die deutschen Hochschullehrer und die politischen Grundfragen des Ersten Weltkrieges*, Göttingen/Zürich/Frankfurt, Musterschmidt.

Schwendinger, C., 2011: *Kriegspropaganda in der Habsburgermonarchie zur Zeit des Ersten Weltkriegs. Eine Analyse anhand funf ausgewählter Zeitungen*, Hamburg, Diplomica.

Scianna, B. M., 2012: «Reporting Atrocities: Archibald Reiss in Serbia, 1914-1918», *Journal of Slavic Military Studies 25(4)*, 596-617.

Seipp, A. R., 2009: *The Ordeal of Peace: Demobilization and the Urban Experience in Britain and Germany, 1917-21*, Farnham/Burlington, Ashgate.

Sevela, M., 2007: «Chaos versus Cruelty: Sakhalin as a Secondary Theater of Operations», en R. Kowner (ed.), *Rethinking the Russo-Japanese War, 1904-5*, vol. I, *Centennial Perspectives*, 2 vols., Folkestone, Global Oriental, 93-108.

Sharp, A., 1996: «The Genie that would not Go Back in the Bottle: National Self-Determination and the Legacy of the First World War and the Peace Settlement», en S. Dunn y T. G. Fraser (eds.), *Europe and Ethnicity: World War I and Contemporary Ethnic Conflict*, London/New York, 10-29.

Sheffield, G., 2001: *Forgotten Victory: The First World War. Myths and Realities*, London, Headline.

Sheldon, J., 2005: *The German Army on the Somme*, Barnsley, Pen & Sword.

Showalter, D. E., 1991: *Tannenberg: Clash of Empires*, Hamden, Archon Books.

Showalter, D. E., julio de 2000: «From Deterrence to Doomsday Machine: The German Way of War, 1890-1914», *Journal of Military History 64(3)*, 679-710.

Siebrecht, C., 2013: *The Aesthetics of Loss: German Women's Art of the First World War*, Oxford, Oxford University Press.

Siedler, R., 2005 (1988): «Behind the Lines: Working-Class Family Life in Wartime Vienna», en R. Wall y J. Winter (eds.), *The Upheaval of War: Family, Work and Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 109-138.

Silberstein, G. E., diciembre de 1970: «The High Command and Diplomacy in Austria-Hungary, 1914-1916», *The Journal of Modern History 42(4)*, 586-605.

Simkins, P., 1988: *Kitchener's Army: The Raising of the New Armies, 1914-1916*, Manchester, Manchester University Press.

Sked, A., 2010: «Austria and the "Galician Massacres" of 1846: Schwarzenberg and the Propaganda War. An Unknown but Key Episode in the Career of the Austrian Statesman», en L. Höbelt y T. G. Otte (eds.), *A Living Anachronism? European Diplomacy and the Habsburg Monarchy: Festschrift für Francis Roy Bridge zum 70. Geburtstag*, Wien/Köln/Weimar, Böhlau, 49-118.

Sked, A., 2001: *The Decline and Fall of the Habsburg Empire 1815-1918*, 2nd ed., Harlow/London, Pearson Education.

Smith, L. V., 1994: *Between Mutiny and Obedience: The Case of the French Fifth Infantry Division during World War I*, Princeton, Princeton University Press.

Snyder, J., 1984: *The Ideology of the Offensive: Military Decision-Making and the Disasters of 1914*, Ithaca/London, Cornell University Press.

Snyder, T., 2010: *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*, New York, Basic Books [ed. en esp.: *Tierras de Sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, J. de Cos (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011].

Sondhaus, L., 2000: *Franz Conrad von Hotzendorf: Architect of the Apocalypse*, Boston, Humanities Press.

Sondhaus, L., 2011: *World War One. The Global Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.

Speckmann, T., 206: «Der Krieg im Alpenraum aus der Perspektive des "kleinen Mannes". Biographische Studien am Beispiel der Aufzeichnungen von Hugo Dornhofer», en H. J. W. Kuprian y O. Überegger (eds.), *Der Erste Weltkrieg im Alpenraum. Erfahrung, Deutung, Erinnerung. La Grande Guerra nell'arco alpino. Esperienze e memoria*, Innsbruck, Universitätsverlag Wagner, 101-116.

Spence, R. B., 1985: «The Yugoslav Role in the Austro-Hungarian Army, 1914-18», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 354-365.

Spoerer, M., julio de 2006: «The Mortality of Allied Prisoners of War and Belgian Civilian Deportees in German Custody during the First World War: A Reappraisal of the Effects of Forced Labour», *Population Studies 60(2)*, 121-136.

Stachelbeck, C., 2010: *Militärische Effektivität im Ersten Weltkrieg. Die 11. Bayerische Infanteriedivision 1915 bis 1918*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh.

Stambrook, F., 2004: «National and Other Identities in Bukovina in Late Austrian Times», *Austrian History Yearbook 35*, 185-203.

Steffen, D., enero de 2004: «The Holtzendorff Memorandum of 22 December 1916 and Germany's Declaration of Unrestricted U-boat Warfare», *The Journal of Military History 68(1)*, 215-224.

Steiner, Z. S., 1977: *Britain and the Origins of the First World War*, London/Basingstoke, Macmillan.

Stephenson, S., 2009: *The Final Battle: Soldiers of the Western Front and the German Revolution of 1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

Stevenson, D., diciembre de 1979: «French War Aims and the American Challenge, 1914-1918», *The Historical Journal 22(4)*, 877-894.

Stevenson, D., 1988: *The First World War and International Politics*, Oxford, Oxford University Press.

Stevenson, D., marzo de 1991: «The Failure of Peace by Negotiation in 1917», *The Historical Journal 34(1)*, 65-86.

Stevenson, D., 1996: *Armaments and the Coming of War: Europe 1904-1914*, Oxford, Clarendon Press.

Stevenson, D., 1998: «French War Aims and Peace Planning», en M. F. Boemeke, G. D. Feldman y E. Glaser, *The Treaty of Versailles: A Reassessment after 75 Years*, Washington, D. C./Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 87-110.

Stevenson, D., verano de 1997: «Militarization and Diplomacy in Europe before 1914», *International Security 22(1)*.

Stevenson, D., febrero de 1999: «War by Timetable? The Railway Race before 1914», *Past & Present 162*, 163-194.

Stevenson, D., 2005: *1914-1918: The History of the First World War*, London, Allen Lane.
Stevenson, D., 2011: *With Our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918*, London, Allen Lane.
Stevenson, D., diciembre de 2012: «The First World War and European Integration», *The International History Review 34(4)*, 841-863.
Stiasny, P., 2009: *Das Kino und der Krieg. Deutschland 1914-1929*, München, edition text+kritik.
Stibbe, M., 2001: *German Anglophobia and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
Stibbe, M., 2008: *British Civilian Internees in Germany: The Ruhleben Camp, 1914-18*, Manchester/New York, Manchester University Press.
Stone, N., abril de 1966: «Army and Society in the Habsburg Monarchy, 1900-1914», *Past and Present 33*, 95-111.
Stone, N., 1974: «Die Mobilmachung der Österreichisch-ungarischen Armee 1914», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 16(2)*, 67-95.
Stone, N., 1998 (1975): *The Eastern Front, 1914-1917*, London/New York, Penguin.
Stoneman, M. R., julio de 2001: «The Bavarian Army and French Civilians in the War of 1870-71: A Cultural Interpretation», *War in History 8(3)*, 271-293.
Strachan, H., 1996: «The Morale of the German Army, 1917-18», en H. Cecil y P. H. Liddle (eds.), *Facing Armageddon: The First World War Experienced*, London, Leo Cooper, 383-398.
Strachan, H., marzo de 1998: «The Battle of the Somme and British Strategy», *The Journal of Strategic Studies 21(1)*, 79-95.
Strachan, H., 2001: *The First World War*, vol. I, *To Arms*, 3 vols., Oxford, Oxford University Press.
Strachan, H., 2002: «Ausbildung, Kampfgeist und die zwei Weltkriege», en B. Thos y H.-E. Volkmann (eds.), *Erster Weltkrieg, Zweiter Weltkrieg. Ein Vergleich*, Paderborn, Ferdinand Schoningh, 265-286.
Strachan, H., abril de 2006: «Training, Morale and Modern War», *Journal of Contemporary History 41(2)*, 211-227.
Strazhas, A., 1993: *Deutsche Ostpolitik im Ersten Weltkrieg. Der Fall Ober Ost, 1915-1917*, Wiesbaden, Harrassowitz.
Strohn, M., 2011: *The German Army and the Defence of the Reich: Military Doctrine and the Conduct of the Defensive Battle, 1918-1939*, Cambridge, Cambridge University Press.

Stubbs, K., 2002: *Race to the Front: The Material Foundations of Coalition Strategy in the Great War*, Westpoint/London, Praeger.

Süchtig-Hänger, A., 2002: *Das «Gewissen der Nation». Nationales Engagement und politisches Handeln konservativer Frauenorganisationen 1900 bis 1937*, Düsseldorf, Droste.

Sukiennicki, W., 1984: *East Central Europe during World War I: From Foreign Domination to National Independence*, 2 vols., Boulder, East European Monographs.

Szabó, D. I., 1985: «The Social Basis of Opposition to the War in Hungary», en B. K. Király y N. F. Dreisziger (eds.), *East Central European Society in World War I*, Boulder/Highland Lakes, Social Science Monographs/Atlantic Research and Publications, 135-144.

Szarkowa, J., 1994: «Obchody rocznic narodowych w działalności propagandowej Naczelnego Komitetu Narodowego (1914-1917)» [Celebración de aniversarios patrios en las actividades propagandísticas del Jefe del Comité Nacional (1914-1917)], *Rocznik Biblioteki Polskiej Akademii Nauk w Krakówie 39* [Anuario de la Biblioteca de la Academia Polaca de Ciencias en Cracovia 39], 181-195.

Szlanta, P., 2006: «Der Erste Weltkrieg von 1914 bis 1915 als identitatsstiftender Faktor für die moderne polnische Nation», en G. P. Groß (ed.), *Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nackwirkung*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 153-164.

Szlanta, P., 2011: «“Najgorsze bestie to są Honwedy”. Ewolucja stosunku polskich mieszkańców Galicji do monarchii habsburkiej podczas I wojny światowej» [“Las peores bestias son los Honvedas”. Evolución de la actitud de los habitantes polacos de Galicia hacia la Monarquía de los Austrias durante la Primera Guerra Mundial], en U. Jakubowska (ed.), *Galicyjskie spotkania 2011* [Encuentros gallegos 2011], Zabrze, Wydawnictwo Inforteditions, Instytut Badań Literackich PAN, 161-179.

Szymczak, D., 2010: «Die Rolle des “militärischen Faktors” im Österreichisch-deutschen Konflikt in der polnischen Frage während des Ersten Weltkrieges», en Heeresgeschichtliches Museum Wien (ed.), *Österreichische-polnische militärische Beziehungen im 20. Jahrhundert. Symposium 6. November 2009*, Wien:

Bundesministerium für Landesverteidigung und Sport/Heeresdruckerei, 51-66.

Tampke, J., 1979: *The Rühr and Revolution: The Revolutionary Movement in the Rhenish-Westphalian Industrial Region, 1912-1919*, London, Croom Helm.

Taylor, K. E., julio-septiembre de 2006: «Intergroup Atrocities in War: A Neuroscientific Perspective», *Medicine, Conflict and Survival 22(3)*, 230-244.

Theiner, P., 1984: «"Mitteleuropa": Pläne in Wilhelminischen Deutschland», *Geschichte und Gesellschaft. Sonderheft 10*, 128-148.

Thiel, J., 2007: *«Menschenbassin Belgien». Anwerbung, Deportation und Zwangsarbeit im Ersten Weltkrieg*, Essen Klartext.

Thompson, M., 2008: *The White War: Life and Death on the Italian Front, 1915-1919*, London, Faber and Faber.

Thompson, W. C., diciembre de 1978: «The September Program: Reflections on the Evidence», *Central European History 11(4)*, 346-354.

Tiepolato, S., 2006: «Reports of the Delegates of the Embassy of the United States of America in St Petersburg on the Situation of the German Prisoners of War and Civil Persons in Russia», *DEP-Deportate, esuli, profughe. Rivista telematica di studi sulla memoria femminile 4*.

Tobin, E. H., septiembre de 1985: «War and the Working Class: The Case of Düsseldorf, 1914-1918», *Central European History 18(3-4)*, 257-298.

Todd, L. M., junio de 2011: «"The Soldier's Wife Who Ran Away with the Russian": Sexual Infidelities in World War I Germany», *Central European History 44(2)*, 257-278.

Tooze, A., 2006: *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, London, Allen Lane.

Tooze, A., 2011: «The German National Economy in an Era of Crisis and War, 1917-1945», en H. Walser Smith (ed.), *The Oxford Handbook of Modern German History*, Oxford, Oxford University Press, 400-422.

Traba, R., 2005: *«Wschodniopruskość». Tożsamość regionalna i narodowa w kulturze politycznej Niemiec* [«Prusia Oriental». Identidad regional y nacional en la cultura política de Alemania], Poznań/Warszawa, Wydawnictwo Poznańskiego Towarzystwa Przyjacioł Nauk [Editorial de la Sociedad de Amigos de las Ciencias de Poznań].

Travers, T., 1992: *How the War was Won: Command and Technology in the British Army on the Western Front, 1917-1918*, London, Routledge.

Trumpener, U., marzo de 1976: «War Premeditated? German Intelligence Operations in July 1914», *Central European History 9(1)*, 58-85.

Tucker, S. C. (ed.), 2005: *The Encyclopedia of World War I: A Political, Social and Military History*, Santa Barbara, ABC-CLIO.

Tunstall jr., G. A., 1996: «The Habsburg Command Conspiracy: The Austrian Falsification of Historiography on the Outbreak of World War I», *Austrian History Yearbook 27*, 181-198.

Tunstall jr., G. A., 2003: «Austria-Hungary», en R. F. Hamilton y H. Herwig (eds.), *The Origins of World War I*, Cambridge/New York/Melbourne/Madrid/Cape Town, Cambridge University Press, 112-149.

Tunstall jr., G. A., primavera de 2008: «Austria-Hungary and the Brusilov Offensive of 1916», *The Historian 70(1)*, 30-53.

Tunstall jr., G. A., 2010: *Blood on the Snow: The Carpathian Winter War of 1915*, Lawrence, University Press of Kansas.

Turner, L. C. F., enero de 1968: «The Russian Mobilization in 1914», *Journal of Contemporary History 3(1)*, 65-88.

Überegger, O., 2003: «Auf der Flucht vor dem Krieg. Trentiner und Tiroler Deserteure im Ersten Weltkrieg», *Militärgeschichtliche Zeitschrift 62(2)*, 355-393.

Ullrich, V., 1982: «Entscheidung im Osten oder Sicherung der Dardanellen: das Ringen um den Serbienfeldzug 1915», *Militärgeschichtliche Mitteilung 32(2)*, 45-63.

Ullrich, V., 1994: «Kriegsalltag. Zur inneren Revolutionierung der Wilhelmischen Gesellschaft», en W. Michalka (ed.), *Der Erste Weltkrieg. Wirkung, Wahrnehmung, Analyse*, München/Zürich, Piper, 603-621.

Ullrich, V., 1999: *Vom Augusterlebnis zur Novemberrevolution. Beiträge zur Sozialgeschichte Hamburgs und Norddeutschlands im Ersten Weltkrieg*, Bremen, Donat.

Ulrich, B., 1989: «Kriegsfreiwillige. Motivationen-Erfahrungen-Wirkungen», en Berliner Geschichtswerkstatt (ed.), *August 1914. Ein Volk zieht in den Krieg*, Berlin, Dirk Nishen, 232-241.

Ulrich, B., 1989b: «Feldpostbriefe im Ersten Weltkrieg-Bedeutung und Zensur», en P. Knoch (ed.), *Kriegsalltag. Die Rekonstruktion des*

Kriegsalltags als Aufgabe der historischen Forschung und der Friedenserziehung, Stuttgart, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 40-83.

Ulrich, B., 1992: «Die Desillusionierung der Kriegsfreiwilligen von 1914», en W. Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten*, München/Zürich, Piper, 110-126.

Ulrich, B., 1997: *Die Augenzeugen. Deutsche Feldpostbriefe in Kriegs-und Nachkriegszeit 1914-1933*, Essen, Klartext.

Ulrich, B., 1999: «Die umkämpfte Erinnerung. Überlegungen zur Wahrnehmung des Ersten Weltkrieges in der Weimarer Republik», en J. Duppler y G. P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung. Beiträge zur Militärgeschichte. Herausgegeben vom Militärgeschichtlichen Forschungsamt. Band 53*, München, R. Oldenbourg, 367-375.

Ungern-Sternberg, J. von y Ungern-Sternberg, W. von, 1996: *Der Aufruf «An die Kulturwelt!». Das Manifest der 93 und die Anfänge der Kriegspropaganda im Ersten Weltkrieg. Mit einer Dokumentation*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

Üngor, Ü. Ü., abril de 2012: «Orphans, Converts, and Prostitutes: Social Consequences of War and Persecution in the Ottoman Empire, 1914-1923», *War in History 19(2)*, 173-192.

Unowsky, D. L., 2005: *The Pomp and Politics of Patriotism: Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*, West Lafayette, Purdue University Press.

Unowsky, D. L., julio de 2010: «Peasant Political Mobilization and the 1898 Anti-Jewish Riots in Western Galicia», *European History Quarterly 40(3)*, 412-435.

Unruh, K., 1986: *Langemarck. Legende und Wirklichkeit*, Koblenz, Bernard & Graefe.

Verhey, J., 2000: *The Spirit of 1914: Militarism, Myth, and Mobilization in Germany*, Cambridge, Cambridge University Press.

Vermes, G., 1977: «Leap into the Dark: The Issue of Suffrage in Hungary during World War I», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort*, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 29-44.

Verosta, S., 1977: «The German Concept of *Mitteleuropa*, 1916-1918, and its Contemporary Critics», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort*, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 203-220.

Volgyes, I., enero-junio de 1973: «Hungarian Prisoners of War in Russia, 1916-1919», *Cahiers du Monde Russe et Sovietique 14(1/2)*, 54-85.

Volkmann, H.-E., 2006: «Der Ostkrieg 1914/15 als Erlebnis-und Erfahrungswelt des deutschen Militärs», en G. P. Groß (ed.), *Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 263-293.

Vondung, K., 1976: «Deutsche Apokalypse 1914», en K. Vondung (ed.), *Das wilhelminische Bildungsbürgertum. Zur Sozialgeschichte seiner Ideen*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 153-171.

Vucinich, W. S., 1977: «Mlada Bosna and the First World War», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort*, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 45-70.

Wade, R. A., 1969: *The Russian Search for Peace, February-October 1917*, Stanford, Stanford University Press.

Wagner, W., 1987: «Die k. (u.) k. Armee-Gliederung und Aufgabenstellung 1866 bis 1914», en A. Wandruszka y P. Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1848-1918. Band V. Die Bewaffnete Macht*, 5 vols., Wien, Verlag der Österreichische Akademie der Wissenschaften, 142-633.

Wandruszka, A. y Urbanitsch, P. (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1848-1918. Band III. 1. Teilband. Die Völker des Reiches*, Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften.

Wandycz, P. S., 1974: *The Lands of Partitioned Poland, 1795-1918*, Seattle/London, University of Washington Press.

Wandycz, P. S., 1982: «The Poles in the Habsburg Monarchy», en A. S. Markovits y F. E. Sysyn (eds.), *Nationbuilding and the Politics of Nationalism: Essays on Austrian Galicia*, Cambridge, Harvard University Press, 68-93.

Wank, S., 1965: «Some Reflections on Conrad von Hotzendorf and His Memoirs Based on Old and New Sources», *Austrian History Yearbook 1*, 74-88.

Wank, S., 1967: «Foreign Policy and the Nationality Problem in Austria-Hungary, 1867-1914», *Austrian History Yearbook 3*, 37-56.

Wank, S., septiembre de 1993: «Desperate Counsel in Wien in July 1914: Berthold Molden's Unpublished Memorandum», *Central European History 26(3)*, 281-310.

Wank, S., 1997: «Some Reflections on the Habsburg Empire and its Legacy in the Nationalities Question», *Austrian History Yearbook 28*, 131-146.

Wank, S., 2009: *In the Twilight of Empire: Count Alois Lexa von Aehrenthal (1854-1912), Imperial Habsburg Patriot and Statesman*, vol. 1, *The Making of an Imperial Habsburg Patriot and Statesman*, 2 vols., Wien/Köln/Weimar, Böhlau.

Wargelin, C. F., noviembre de 1997: «A High Price for Bread: The First Treaty of Brest-Litovsk and the Break-Up of Austria-Hungary, 1917-1918», *The International History Review 19(4)*, 757-788.

Wargelin, C. F., septiembre de 2000: «The Economic Collapse of Austro-Hungarian Dualism, 1914-1918», *East European Quarterly 34(3)*, 261-288.

Wargelin, C. F., septiembre de 2008: «The Austro-Polish Solution: Diplomacy, Politics and State Building in Wartime Austria-Hungary, 1914-1918», *East European Quarterly 42(3)*, 253-273.

Watson, A., enero de 2005: «"For Kaiser and Reich": The Identity and Fate of the German Volunteers, 1914-1918», *War in History 12(1)*, 44-74.

Watson, A., abril de 2006: «Self-Deception and Survival: Mental Coping Strategies on the Western Front, 1914-18», *Journal of Contemporary History 41(2)*, 247-268.

Watson, A., noviembre de 2007: «Junior Officership in the German Army during the Great War, 1914-1918», *War in History 14(4)*, 429-453.

Watson, A., junio de 2008: «Culture and Combat in the Western World, 1900-1945», *The Historical Journal 51(2)*, 529-546.

Watson, A., 2008: *Enduring the Great War: Combat, Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

Watson, A., octubre de 2011: «Fighting for Another Fatherland: The Polish Minority in the German Army, 1914-1918», *The English Historical*

Review 126(522), 1137-1166.

Watson, A., 2011: «Voluntary Enlistment in the Great War: A European Phenomenon?», en C. Kruger y S. Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times: From the French Revolution to the Second World War*, Basingstoke/New York, Palgrave Macmillan, 163-188.

Watson, A., 2014: «Morale», en J. Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, vol. II, *The State*, 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 174-195.

Watson, A., diciembre de 2014: «"Unheard of Brutality": Russian Atrocities against Civilians in East Prussia, 1914-15», *The Journal of Modern History 86(4)*, 780-825.

Watson, A. y Porter, P., febrero de 2010: «Bereaved and Aggrieved: Combat Motivation and the Ideology of Sacrifice in the First World War», *Historical Research 83(219)*, 146-164.

Wawro, G., 1996: «Morale in the Austro-Hungarian Army: The Evidence of Habsburg Army Campaign Reports and Allied Intelligence Officers», en H. Cecil y P. H. Liddle (eds.), *Facing Armageddon: The First World War Experienced*, London, Leo Cooper, 399-412.

Weber, F. C., 2000: «"Wir wollen nicht hilflos zu Grunde gehen!". Zur Ernährungskrise der Steiermark im Ersten Weltkrieg und ihren politisch-sozialen Auswirkungen», *Blätter für Heimatkunde 74(3)*, 96-131.

Weber, T., 2010: *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War*, Oxford, Oxford University Press.

Wegs, J. R., 1977: «Transportation: The Achilles Heel of the Habsburg War Effort», en R. A. Kann, B. K. Király y P. S. Fichtner (eds.), *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political and Economic Aspects of the Habsburg War Effort*, Boulder/New York, East European Quarterly/Columbia University Press, 121-134.

Wehler, H.-U., 1985: *The German Empire, 1871-1918*, Leamington Spa/Dover, Berg.

Welch, D., 2000: *Germany, Propaganda and Total War, 1914-1918: The Sins of Omission*, London, The Athlone Press.

Wendland, A. V., 2003: «Post-Austrian Lemberg: War Commemoration, Interethnic Relations, and Urban Identity in L'viv, 1918-1939», *Austrian History Yearbook 34*, 83-102.

Westerhoff, C., 2012: *Zwangsarbeit im Ersten Weltkrieg. Deutsche Arbeitskräftepolitik im besetzten Polen und Litauen 1914-1918*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh.

Wette, W., 1986: «Die militärische Demobilmachung in Deutschland 1918/19 unter besonderer Berücksichtigung der revolutionären Ostseestadt Kiel», *Geschichte und Gesellschaft 12(1)*, 63-80.

Whalen, R. W., 1984: *German Victims of the Great War, 1914-1939*, Ithaca/London, Cornell University Press.

Wieland, L., 1984: «Der deutsche Englandhass im Ersten Weltkrieg und seine Vorgeschichte», en W. Alff (ed.), *Deutschlands Sonderung von Europa 1862-1945*, Frankfurt am Main/Bern/New York, Peter Lang, 317-353.

Wilcox, V., 2009: «Generalship and Mass Surrender during the Italian Defeat at Caporetto», en I. F. Beckett (ed.), *1917: Beyond the Western Front*, Leiden/Boston, Brill, 25-46.

Wilcox, V., 2005: «Discipline in the Italian Army, 1915-1918», en P. Purseigle (ed.), *Warfare and Belligerence: Perspectives in First World War Studies*, Leiden/Boston, Brill, 73-100.

Wildman, A. K., 1980: *The End of the Russian Imperial Army: The Old Army and the Soldiers' Revolt (March-April 1917)*, vol. I, 2 vols., Princeton/Guildford, Princeton University Press.

Wilke, J. (ed.), 2008: *Massenmedien und Spenden-kampagnen. Vom 17. Jahrhundert bis in die Gegenwart*, Köln/Weimar/Wien, Böhlau.

Williamson jr., S. R., junio de 1974: «Influence, Power, and the Policy Process: The Case of Franz Ferdinand, 1906-1914», *The Historical Journal 17(2)*, 417-434.

Williamson jr., S. R., 1991: *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*, Basingstoke/London, Macmillan.

Williamson jr., S. R., 2007: «Aggressive and Defensive Aims of Political Elites? Austro-Hungarian Policy in 1914», en H. Afflerbach y D. Stevenson (eds.), *An Improbable War: The Outbreak of World War I and European Political Culture Before 1914*, New York/Oxford, Berghahn Books, 61-74.

Williamson jr., S. R. y May, E. R., junio de 2007: «An Identity of Opinion: Historians and July 1914», *The Journal of Modern History 79(2)*, 335-87.

Wilson, A., 2002: The Ukrainians: Unexpected Nation, 2nd ed., New Haven, Yale Nota Bene.

Wilson, K., 2007: «Hamlet-With or Without the Prince: Terrorism at the Outbreak of the First World War», *The Journal of Conflict Studies 27(2)*.

Wilson, K. M., diciembre de 1994: «Understanding the "Misunderstanding" of 1 August 1914», *The Historical Journal 37(4)*, 885-889.

Winkle, R., 2007: *Der Dank des Vaterlandes. Eine Symbolgeschichte des Eisernen Kreuzes 1914 bis 1936*, Essen, Klartext.

Winter, J., 1995: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press.

Wittmann, K., 1997: «Firmenerfolg durch Vermarktung von Nationalbewußtsein? Die Werbestrategie des Markenartiklers Bleyle vor und im Ersten Weltkrieg», en G. Hirschfeld, G. Krumeich, D. Langewiesche y H.-P. Ullmann (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial-und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 302-322.

Wolff, L., 2010: *The Idea of Galicia: History and Fantasy in Habsburg Political Culture*, Stanford, Stanford University Press.

Wood, N. D., 2002: «Becoming a "Great City": Metropolitan Imaginations and Apprehensions in Crakow's Popular Press, 1900-1914», *Austrian History Yearbook 33*, 105-129.

Wróbel, P., 1993: «Przed Odzyskaniem Niepodległości» [Antes de recuperar la independencia], en J. Tomaszewski *et al. (ed.)*, Najnowsze Dzieje żydów w Polsce w zarysie (do 1950 roku) *[Resumen de la historia más reciente de los judíos en Polonia (hasta 1950)]*, *Warszawa, Wydawnictwo Naukowe PWN, 13-39.*

Wróbel, P., 1994: «The Jews of Galicia under Austro-Polish Rule, 1869-1918», *Austrian History Yearbook 25*, 97-138.

Wurzer, G., 2006: «Die Erfahrung der Extreme. Kriegsgefangene in Rußland 1914-1918», en J. Oltmer (ed.), *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkriegs*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 97-125.

Xu, G., 2011: *Strangers on the Western Front: Chinese Workers in the Great War*, Cambridge, Harvard University Press.

Yanikdağ, Y., enero de 1999: «Ottoman Prisoners of War in Russia, 1914-22», *Journal of Contemporary History 34(1)*, 69-85.

Zabecki, D. T., 2006: *The German 1918 Offensives: A Case Study in the Operational Level of War*, Abingdon/New York, Routledge.

Zabecki, D. T., 2011: «Railroads and the Operational Level of War in the German 1918 Offensives», en J. D. Keene y M. S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies*, Leiden/Boston, Brill, 161-186.

Zahra, T., 2008: *Kidnapped Souls: National Indifference and the Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900-1948*, Ithaca/London, Cornell University Press.

Zahra, T., mayo de 2008: «The "Minority Problem" and National Classification in the French and Czechoslovak Borderlands», *Contemporary European History 17(2)*,137-165.

Zahra, T., primavera de 2010: «Imagined Noncommunities: National Indifference as a Category of Analysis», *Slavic Review 69(1)*, 93-119.

Zechlin, E., 1969: *Die deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Zechlin, E., octubre de 1970: «Ludendorff im Jahre 1915. Unveroffentlichte Briefe», *Historische Zeitschrift 211(2)*, 316-353.

Zeman, Z. A. B., 1961: *The Break-Up of the Habsburg Empire, 1914-1918: A Study in National and Social Revolution*, London/New York/Toronto, Oxford University Press.

Zgórniak, M., 1988: «Polacy w armii austro-węgierskiej w czasie I Wojny Światowej» [Polacos en el Ejército austrohúngaro durante la Primera Guerra Mundial], *Studia i materiały do historii wojskowości 30* [Estudios y materiales de historia militar 30], 227-246.

Ziemann, B., 1996: «Fahnenflucht im deutschen Heer 1914-1918», *Militärgeschichtliche Mitteilungen 55*, 93-130.

Ziemann, B., 1996b: «Verweigerungsformen von Frontsoldaten in der deutschen Armee 1914-1918», en A. Gestrich (ed.), *Gewalt im Krieg. Ausübung, Erfahrung und Verweigerung von Gewalt in Kriegen des 20. Jahrhunderts*, Münster, Lit, 99-122.

Ziemann, B., 1997: *Front und Heimat. Ländliche Kriegserfahrung im südlichen Bayern 1914-1923*, Essen, Klartext.

Ziemann, B., 1999: «Enttäuschte Erwartung und kollektive Erschöpfung. Die deutschen Soldaten an der Westfront 1918 auf dem Weg zur Revolution», en J. Duppler y G. P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung. Beiträge zur Militärgeschichte. Herausgegeben vom Militärgeschichtlichen Forschungsamt. Band 53*, München, R. Oldenbourg, 165-182.

Ziemann, B., 2011: «Germany 1914-1918: Total War as a Catalyst of Change», en H. Walser Smith (ed.), *The Oxford Handbook of Modern German History*, Oxford, Oxford University Press, 378-399.

Ziemann, B., 2013: *Gewalt im Ersten Weltkrieg. Töten-Überleben-Verweigerung*, Essen, Klartext.

Zimmerer, J., 2003: «Holocaust und Kolonialismus. Beitrag zu einer Archäologie des genozidalen Gedankens», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft 51(12)*, 1098-1119.

Zimmerer, J., 2003b: «War, Concentration Camps and Genocide in South-West Africa: The First German Genocide», en J. Zimmerer y J. Zeller (eds.), *Genocide in German South-West Africa: The Colonial War (1904-1908) in Namibia and its aftermath*, Monmouth, The Merlin Press, 41-63.

Zsuppán, F. T., 2002: «The Hungarian Political Scene», en M. Cornwall (ed.), *The Last Years of Austria-Hungary: A Multi-National Experiment in Early Twentieth-Century Europe*, Exeter, University of Exeter.

Zuber, T., 2006: «Der Mythos vom Schlieffenplan», en H. Ehlert, M. Epkenhans y G. P. Groß (eds.), *Der Schlieffenplan. Analysen und Dokumente*, Paderborn/München/Wien/Zürich, Ferdinand Schoningh, 45-78.

Zuber, T., julio de 1999: «The Schlieffen Plan Reconsidered», *War in History 6(3)*, 262-305.

Zuber, T., 2009 (2007): *The Battle of the Frontiers: Ardennes 1914*, Stroud, The History Press.

Zunkel, F., 1970: «Die ausländischen Arbeiter in der deutschen Kriegswirtschaftspolitik des 1. Weltkrieges», en G. A. Ritter (ed.), *Entstehung und Wandel der modernen Gesellschaft. Festschrift für Hans Rosenberg zum 65. Geburtstag*, Berlin, Walter de Gruyter & Co., 280-311.

Tesis doctorales inéditas

Beach, J. M., 2005: «British Intelligence and the German Army, 1914-1918», University College London.

Brennan, C., 2012: «Reforming Austria-Hungary: Beyond his Control or Beyond his Capacity? The Domestic Policies of Emperor Karl I, November 1916-May 1917», London School of Economics.

Dammelhart, T., 2001: «Kleine Stadt im Großen Krieg. Kriegswirtschaft im 1. Weltkrieg, dargestellt am Beispiel der Stadt Retz», Universität Wien.

Hammerle, C., 1996: «“Zur Liebesarbeit sind wir hier, Soldatenstrümpfe stricken wir…”. Zu Formen weiblicher *Kriegsfürsorge* im Ersten Weltkrieg», Universität Wien.

Hecht, R., 1969: «Fragen zur Heeresergänzung der gesamten bewaffneten Macht Österreich-Ungarns während des Ersten Weltkrieges», Universität Wien.

Houlihan, P. J., 2011: «Clergy in the Trenches: Catholic Military Chaplains of Germany and Austria-Hungary during the First World War», University of Chicago.

Jeřábek, R., 1982: «Die Brussilowoffensive 1916. Ein Wendepunkt der KoalitionsKriegführung der Mittelmächte», 2 vols., Universität Wien.

Kauffman, J. C., 2008: «Sovereignty and the Search for Order in German-Occupied Poland, 1915-1918», Stanford University.

Mentzel, W., 1997: «Kriegsflüchtlinge in Cisleithanien im Ersten Weltkrieg», Universität Wien.

Pryor, K., 2010: «The Mobilization of Memory: The Battle of Waterloo in German and British Memory, 1815-1915», Southern Illinois University Carbondale.

Rice, A. K., 2004: «Morale and Defeatism in the Bavarian “Heer und Heimat” in the First World War (1916-18)», University of Oxford.

Solanský, A., 1928: «German Administration in Belgium», Columbia University.

Teicht, A., 1978: «Die Offiziersausbildung in Bayern während des I. Weltkriegs», Pädagogik Diplomarbeit, Hochschule der Bundeswehr München.

Wassermeier, O., 1968: «Die Meutereien der Heimkehrer aus russischer Kriegsgefangenschaft bei den Ersatzkörpern der k. u. k. Armee im Jahre 1918», Universität Wien.

Wegs, J. R., 1970: «Austrian Economic Mobilization during World War I: With Particular Emphasis on Heavy Industry», University of Illinois.

Zroka, R. E., 2013: «If Only this War would End: German Soldiers in the Last Year of the First World War», University of California San

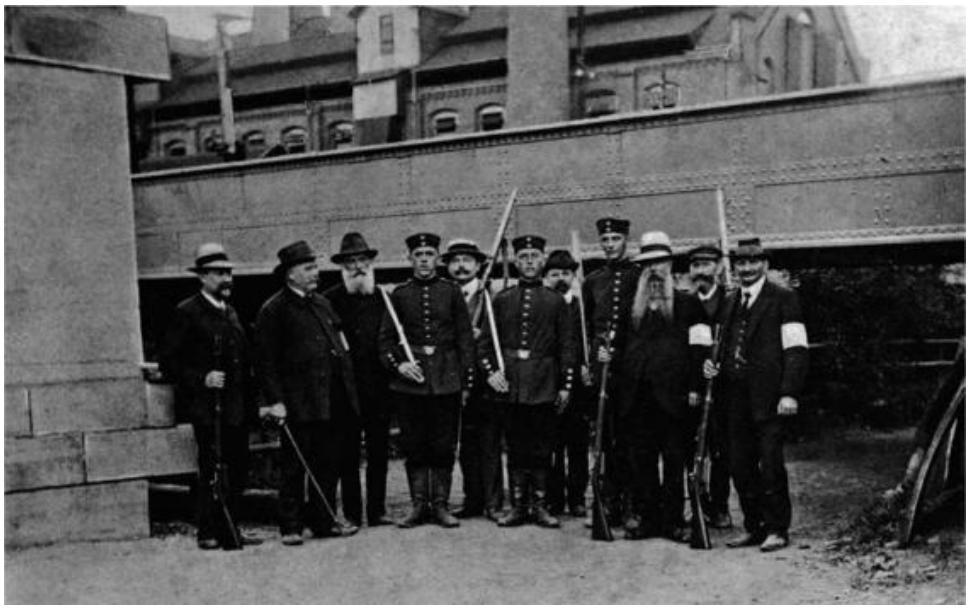
Diego.

Nota de la editorial: Este libro se envió a imprenta a mediodía del 28 de julio de 2024, 110 años después del consejo de ministros conspirativo que desencadenó cuatro años de muerte, miseria y sangre.

Galeria de imágenes

1. «¡YO NO QUERÍA ESTO!»: El káiser Guillermo II niega su responsabilidad en la guerra. En época de paz, Guillermo gustaba de emplear retórica beligerante y es el autor último

de las desastrosas decisiones de su Gobierno en julio de 1914. Sin embargo, la conflagración mundial le atemorizaba y responsabilizó a la conducta agresiva de Rusia de forzarlo a intervenir. Postal, colección del autor.



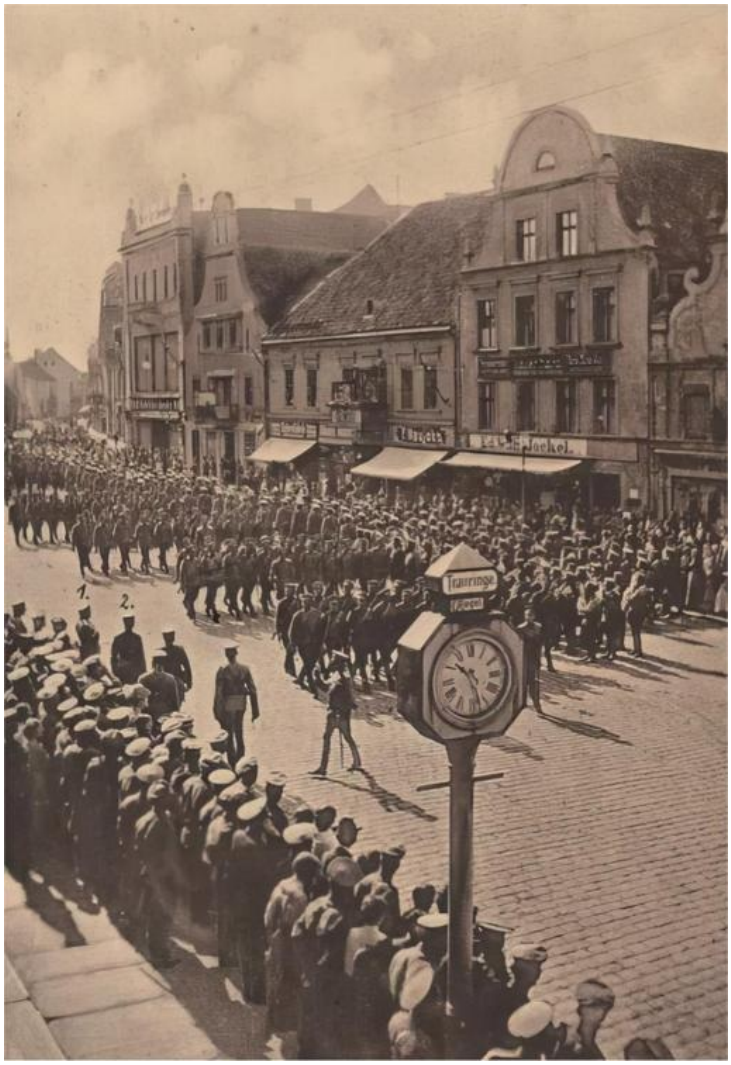
2. UNA GUERRA POPULAR: Ancianos vigilantes civiles del ferrocarril y voluntarios de guerra en la ciudad germana de Gotinga, 5 de septiembre de 1914. Los ancianos, que se han presentado voluntarios para proteger el ferrocarril de espías y saboteadores, están equipados con brazaletes y fusiles obsoletos. Para los voluntarios de guerra, parece ser que las bayonetas eran las únicas armas que quedaban. Postal, colección del autor.

3. ATROCIDADES (1): «La campaña de 1914. El castigo de Marianne». Esta propaganda alemana pretende ser un comentario humorístico acerca de la capacidad del Ejército del káiser de derrotar a la república francesa —personificada por una descocada Marianne—, aunque más bien parece un incómodo retrato de la voracidad sexual de los invasores. Postal, colección del autor.

4. ATROCIDADES (2): «Primeros de agosto de 1914. Deportación de *francs-tireurs*» —pie de foto original—. La indefensión de las mujeres belgas o francesas presenta un marcado contraste con la fuerte complexión y las bayonetas caladas de los soldados alemanes que las escoltan. Fotografía, Bundesarchiv-Militärarchiv Freiburg: MSg 200/2072.

5. ATROCIDADES (3): Soldados austrohúngaros ahorcan a un civil en Galitzia, 1914. El Ejército de Francisco José excedió con creces los asesinatos de sus aliados alemanes y sus enemigos. En 1914-1915 masacró a entre 25 000 y 30 000 de su propia población rutena —ucranianos— por actos de traición, en su mayor parte imaginarios. Fotografía de T. A. Innes e I. Castle, *Covenants with Death*, London, Daily Express Publications, 1934.

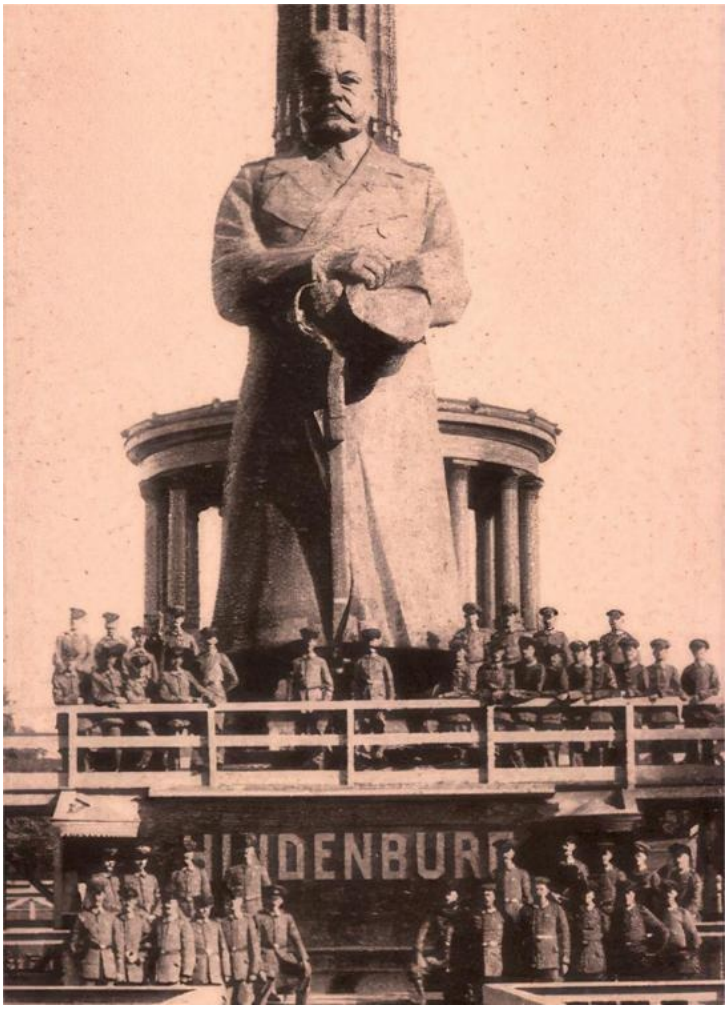
6. ATROCIDADES (4): Deportación forzosa de rutenos hacia el oeste. Obsérvese a los soldados que rodean el grupo. Probablemente otoño de 1914 o principios de 1915. Fotografía, Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Vienna: Pk 3002, 7833.



7. LA INVASIÓN DE ALEMANIA (1): Desfile del Ejército ruso en Insterburg, Prusia Oriental, 3 de septiembre de 1914. Las figuras indicadas con los números 1 y 2 son el general Rennenkampf, al mando del Primer Ejército, y el gran duque Nikolái, comandante en jefe del Ejército del zar. Postal, colección del autor.

8. LA INVASIÓN DE ALEMANIA (2): Refugiados se apresuran hacia la estación de tren de Allenstein, verano de 1914. Unas 800 000 personas huyeron de su casa durante la primera invasión rusa de Prusia Oriental y 500 000 durante la segunda. Fotografía de *Die Russenherrschaft in Ostpreußen und ihr Ende*, München, F. Bruckmann, 1915, 239.

9. LA INVASIÓN DE ALEMANIA (3): Civiles alemanes, junto con algunos muertos militares, masacrados por el Ejército ruso durante su sangrienta incursión contra la ciudad prusiana de Memel, marzo de 1915. Fotografía de L. Stallings, *The First World War. A Photographic History*, London, Daily Express Publications, 1933, 58.



10. FIGURAS DE CLAVOS (1): «El Hindenburg de Hierro» de Berlín. Las figuras de clavos fueron las expresiones materiales de la cultura de guerra de los germanos de Austria y del Reich más llamativas. Representaban y reforzaban el orgullo, solidaridad y patriotismo de la comunidad. Ninguna tan imponente como el «Hindenburg de Hierro» berlinés. Hecha de hierro y de madera de aliso de Rusia, la figura

medía 12 metros de altura y pesaba 33 300 kilogramos. Alrededor de 20 000 personas remacharon clavos el día de su inauguración, el 4 de septiembre de 1915. Postal, colección del autor.

11. FIGURAS DE CLAVOS (2): «El Caballero de Hierro» de Hermannstadt (Sibiu). Todas las comunidades germanas hasta muy al este, hasta Transilvania, erigieron figuras de clavos. Fotografía, Muzeul National Brukenthal, Sibiu.

12. FIGURAS DE CLAVOS (3): La «Columna de las Legiones» de Cracovia. Los polacos de Galitzia imitaron con entusiasmo las figuras de clavos de los alemanes, aunque las utilizaron para potenciar sus objetivos nacionalistas. Mientras que en las regiones germánicas del Imperio de los Habsburgo el dinero de los clavos era destinado a causas imperiales, los fondos reunidos por la Columna de Cracovia eran entregados a las familias de las Legiones Polacas de Piłsudski, de ideología nacionalista. Pintura de Stanisław Tondos, 1915, Muzeum Historyczne Miasta Krakowa: 3787/III.

13. «DIOS CASTIGUE A INGLATERRA»: El odio como motivación para combatir. Los niños eran los que odiaban con más vehemencia. También figuraban entre los miembros de la comunidad de guerra más entusiastas, pues ayudaban con la cosecha, recolectaban artículos para causas bélicas y servían al Estado como medio por el que llegar a sus padres. Postal, colección del autor.

14. «REGALOS DE AMOR»: El amor, no el odio, era la

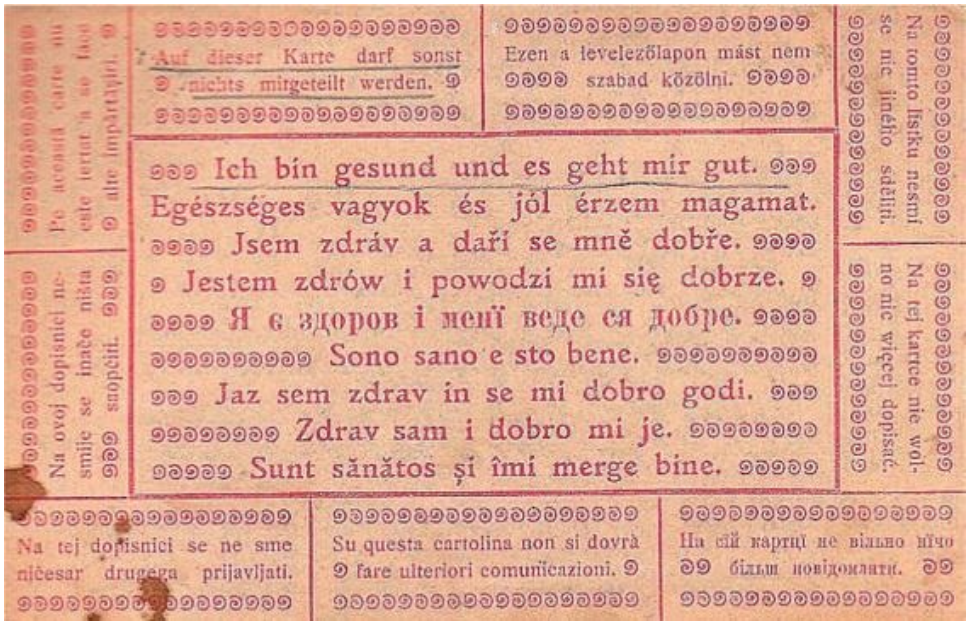
emoción que sostenía el apoyo popular a la guerra: amor a la patria, amor a la comunidad local de cada uno y, por encima de todo, amor a los maridos, padres e hijos en el Ejército. En esta imagen de 1914 vemos a auxiliares de Cruz Roja entregar alimentos a soldados germanos camino del frente. Postal, colección del autor.

15. «LA FORTALEZA PAZ»: Imagen idealizada del proletariado ofreciendo con resolución sus servicios a la protección de Germania. El eslogan del escudo es la célebre frase del káiser: «Ya no veo partidos». Postal, colección del

autor.

16. HAMBRE: Personas hacen cola para adquirir comida en Cracovia en 1916. Dos policías se llevan arrestado a alguien que había intentado saltarse la fila, mientras otros agentes mantienen el orden entre la muchedumbre. Pintura de K. Bąkowski, 1916, Muzeum Historyczne Miasta Krakowa: 2459/III.

17. LA GUERRA TERRESTRE (1): Soldados austrohúngaros ocupan una de sus complejas trincheras en el frente oriental, junio de 1916. La profundidad de la trinchera ofrece protección del fuego de artillería y estacas y brezo impermeabilizan los altos muros. Sin embargo, los soldados necesitaban tiempo para salir de los refugios y acceder a las plataformas de tiro de la parte superior; un punto débil que sería fatal durante la ofensiva Brusílov. Fotografía, Archive of Modern Conflict, London: 4464.



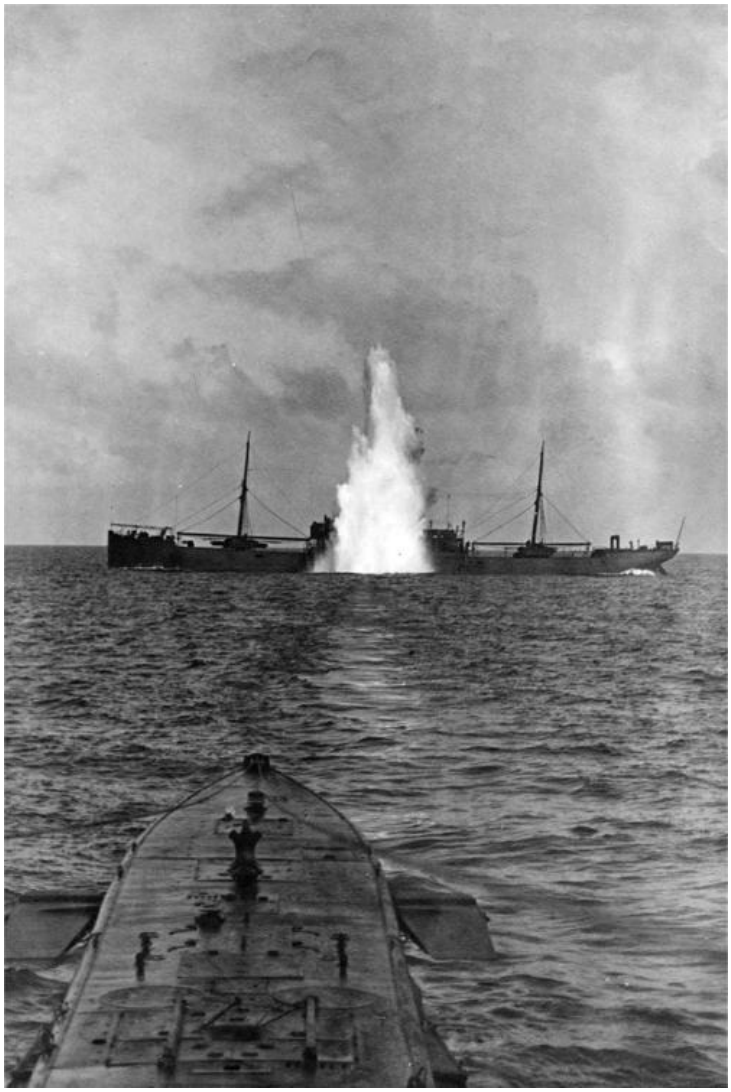
18. LA GUERRA TERRESTRE (2): Tarjeta postal estándar de campaña del Ejército austrohúngaro. El soldado podía elegir entre nueve lenguajes diferentes, pero solo se le permitía enviar un obligatorio y optimista mensaje: «Gozo de buena salud y me va bien». Postal, colección del autor.

19. LA GUERRA TERRESTRE (3): Tropas alemanas llevan a cabo un realista ejercicio de asalto detrás del frente oriental, primavera de 1916. La confianza del Ejército germano en la inteligencia de sus hombres y su predisposición a cultivar la iniciativa en el entrenamiento lo diferenciaban de su aliado y explica, en gran medida, su impresionante rendimiento de combate. Fotografía del álbum de Alfred Hammer, soldado del 4.º Batallón *Jäger* de Magdeburgo, colección del autor.

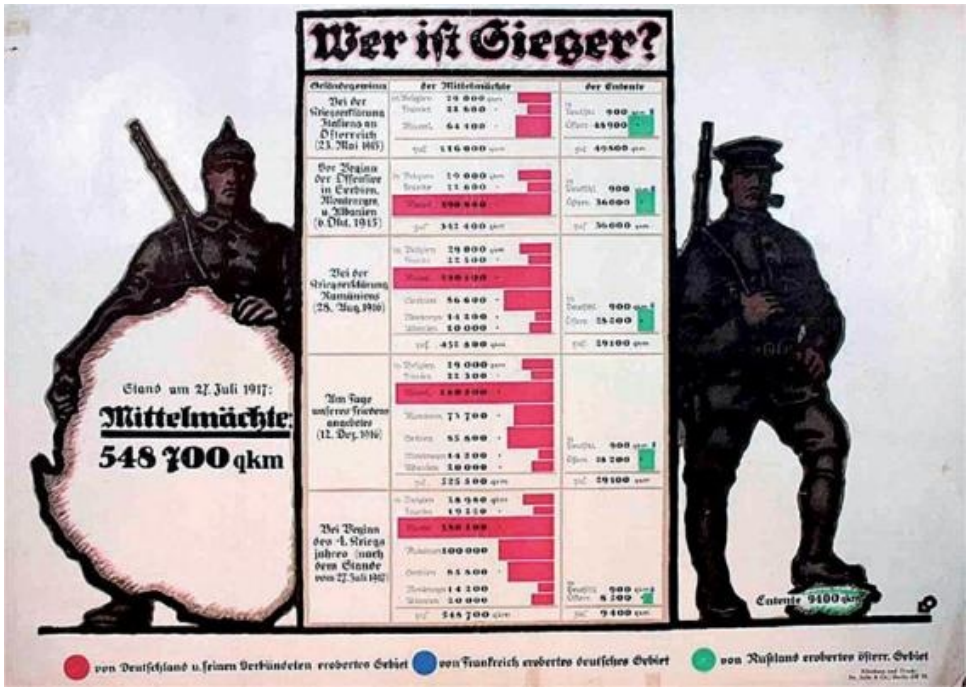
20. LA GUERRA TERRESTRE (4): «Lo muy decisiva que es la "ración de hierro" en campaña». Broma militar alemana: el soldado de la derecha está atado a un árbol por haberse comido su «ración de hierro» [ración de emergencia] sin permiso; este castigo, conocido como *Anbinden*, se practicó hasta 1917. El soldado de la izquierda huye de una «ración de hierro» muy diferente, en este caso disparada por el enemigo. Postal, colección del autor.

21. LA GUERRA EN EL MAR (1): Dotación de un *U-Boot* alemán en alta mar. Un proyectil ha estallado prematuramente en el cañón de cubierta y ha destruido el tubo; es solo uno más de los muchos peligros a los que se enfrentaban los submarinistas. Fotografía, Archive of Modern Conflict, London: 14515.

22. LA GUERRA EN EL MAR (2): Marineros mercantes aliados se rinden en las lanchas de salvamento. Ahora, su destino depende del comandante del submarino que había hundido su barco. Algunos mandos abandonaban a la deriva a sus enemigos, pero otros desobedecían la orden de actuar sin piedad y ayudaban a los heridos e incluso remolcaban a los náufragos hacia tierra. Fotografía, Archive of Modern Conflict, London: 14500.



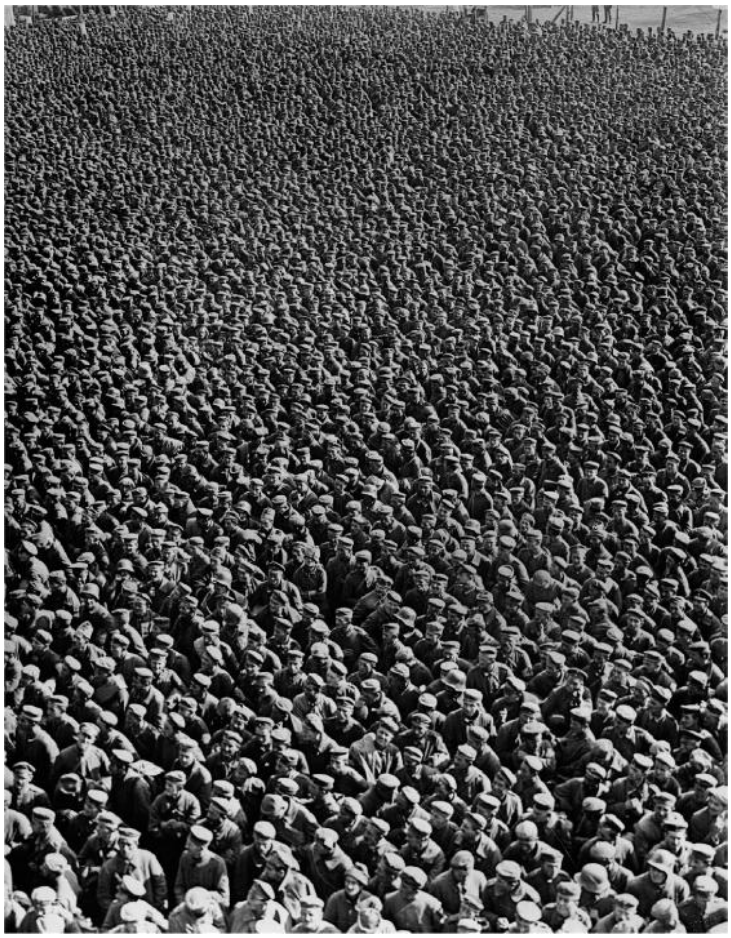
23. LA GUERRA EN EL MAR (3): Impacto directo. Un *U-Boot* torpedea a un carguero aliado. La guerra submarina solía librarse a una distancia tan corta como esta. Fotografía, Archive of Modern Conflict, London: 14515.



24. CONQUISTADORES (1): «¿Quién es el vencedor?». Un cartel propagandístico ilustra las enormes conquistas de las Potencias Centrales y las contrasta con las míseras ganancias de la Entente, finales de 1917. Póster, Archiwum Państwowe w Poznaniu: Polizei-Präsidium 5024: fo. 196.

25. CONQUISTADORES (2): «El pequeño enemigo come y dice, / ¡Ustedes, alemanes, no son bárbaros en absoluto!».

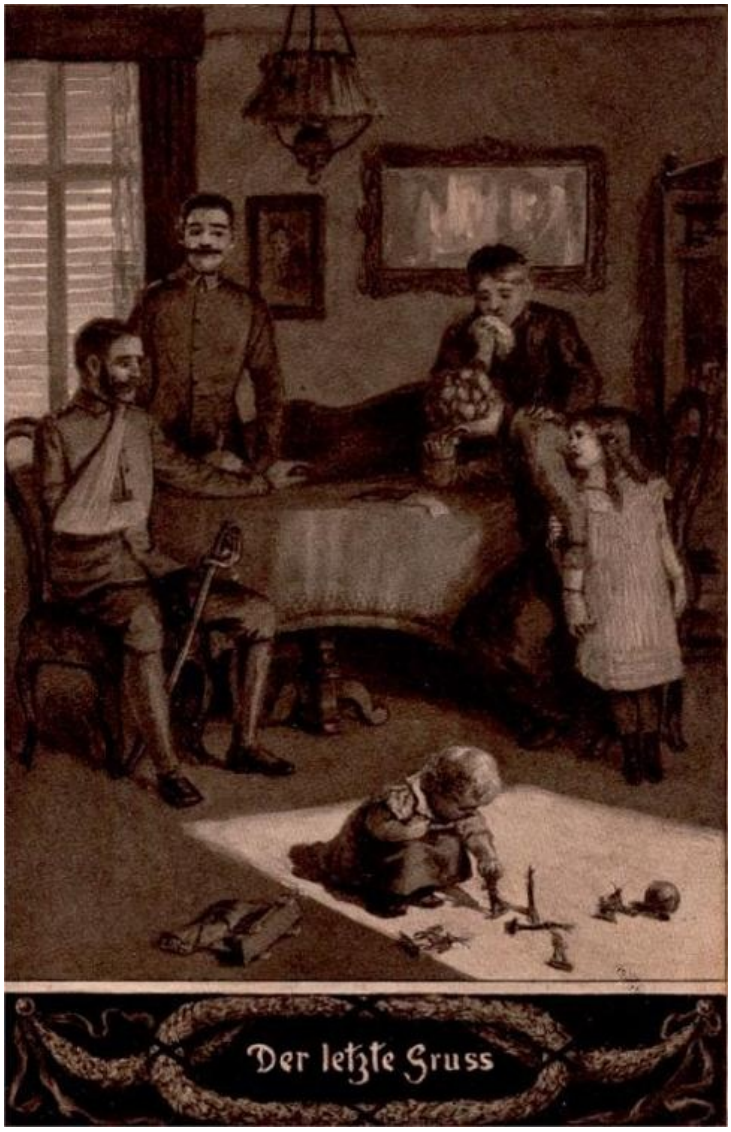
Los germanos se imaginaban como amables portadores de cultura en las zonas ocupadas. Sin embargo, en drástico contraste con esta propaganda, se dedicaron a acumular y exportar al interior de Alemania sin piedad toda la comida a la que podían echar mano. Postal, colección del autor.



26. EL FIN (1): Prisioneros alemanes capturados en la batalla del canal de San Quintín, 2 de octubre de 1918. En los cuatro meses finales de la contienda se rindieron 385 500 soldados germanos, una pérdida devastadora de recursos humanos que hizo perder los nervios a Ludendorff y deshizo la capacidad combativa de su ejército. Fotografía, Imperial War Museum, London: Q 9353.

27. EL FIN (2): Cadáveres en el frente italiano. Fotografía, colección del autor.

28. EL FIN (3): ¡Revolución! Insurgentes leales a los consejos revolucionarios de obreros y soldados toman el control de las calles de Berlín, 9 o 10 de noviembre de 1918. Fotografía, Imperial War Museum, London: Q 52732.



29. «LA ÚLTIMA DESPEDIDA»: Una mujer llora a su marido caído junto con dos de sus camaradas heridos. En el momento del armisticio, en noviembre de 1918, había en Alemania 533 000 viudas y 1 192 000 huérfanos de guerra. Postal, colección del autor.

Alexander James Watson (Reino Unido, 1979) es profesor de Historia en Goldsmiths, University of London. Especialista en los conflictos europeos de comienzos del siglo XX, especialmente en Europa central y oriental, ha profundizado en los aspectos sociales, culturales y militares de la «guerra total», así como en la historia de la violencia, el surgimiento de las conciencias nacionales y las limpiezas étnicas previas al Holocausto.

Es autor de *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I*, galardonado con los premios Wolfson de Historia y Guggenheim-Lehrman de Historia Militar, *Enduring the Great War*, ganador del Premio Fraenkel, y *La fortaleza. Przemyśl, la ciudad que desafió a Rusia en la Primera Guerra Mundial*, ganador del Society for Military History's Distinguished Book Award, finalista del Gilder Lehrman Prize for Military History y del British Army Military Book of the Year Award y libro del año para *BBC History Magazine* y *Financial Times*.

Notas

[1] Joffre, M., expríncipe heredero de Alemania, mariscal Foch y mariscal (sic) Ludendorff, 1927, 213.

[2] Kennan, G. P., 1979, 3.

[3] Overmans, R., 2004, 664-665.

[4] Bethmann Hollweg, cit. en Jarausch, K. H., 1973, 280.

[5] *Vid*. Watson, A., 2008, 156, así como Gratz, G. y Schüller, R., 1930, 150-151.

[6] Broadberry, S. y Harrison, M., 2005, 8.

[7] M. Dydynski (Cracovia), diario/memorias, 125, 15 de marzo de 1915. AN Cracovia: 645-670.

[8] Führ, C., 1968 y Deist, W. (ed.), 1970.

[9] Nipperdey, T., 1998, vol. II, 47, 51, 182-183 y 188-191 y Kann, R. A., 1974, 326-342.

[10] Para una introducción, *vid*. el trabajo pionero de Lasswell, H. D., 1927.

[1] Redlich, J., 1953, vol. II, 153 (entrada del 3 noviembre de 1916).

[2] Leslie, J., 1988, 675 y 678-680.

[3] Clark, C., 2013, 396-397.

[4] Dedijer, V., 1967, 175-180, 290-301 y 366-381. *Véase también* Clark, C., *op. cit.*, 48-49.

[5] Fellner, F., 1984, 294-295 y 309-311; Clark, C., *op. cit.*, 114-115 y 400-402.

[6] Comentario de Guillermo II acerca de un informe del embajador alemán en Viena, el barón Heinrich von Tschirschky und Bögendorff, a Bethmann Hollweg, 30 de junio de 1914, en Geiss, I. (ed.), 1967, 65.

[7] Szögyényi a Berchtold, 5 julio 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 76-77.

[8] Szögyényi a Berchtold, 6 julio 1914, en *ibid*., 79.

[9] Fellner, F., 1984, 311.

[10] Falkenhayn a Moltke, 5 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 77-78 y Plessen, diario, 5 de julio de 1914, en Afflerbach, H. (ed.), 2005, 641.

[11] Fellner, F., 1984, 312-313 y Jarausch, K. H., 1973, 155-156. Para la visión contraria, pero insostenible de que los alemanes empujaron a Viena a entrar en guerra durante julio, *vid*. Fischer, F., 1967, esp. 57-61.

[12] Minutas del Consejo de Ministros, 7 de julio de 1914, en Bittner, L. y Uebersberger, H. (eds.), 1930, 343-351. Las traducciones se basan en la versión abreviada de Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 80-87. *Véase también* Williamson jr., S. R., 1991, 197-200.

[13] Tschirschky a Jagow, 10 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 107 y Rauchensteiner, M., 1993, 75.

[14] Clark, C., *op. cit.*, 391-397.

[15] *Ibid*., 381-387 y 453-454.

[16] Herrmann, D. G., 1996, 234.

[17] Berchtold a Francisco José, 14 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 103.

[18] Conrad von Hötzendorf, F., 1923, vol. IV, 51 y 53-56.

[19] Tisza, S., 1991, 29-30 (carta del 26 de agosto de 1914).

[20] Clark, C., *op. cit.*, 101-104 y 392.

[21] Tschirschky a Bethmann, 14 de julio de 1914, y Minutas del Consejo de Ministros, 19 de julio 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 116 y 139.

[22] Williamson jr., S. R., *op. cit.*, 200-202.

[23] Berchtold a Giesl, 20 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 142-146. Acerca de la redacción del ultimátum, *vid*. Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 78-79.

[24] Clark, C., *op. cit.*, 452-457.

[25] Docs. 10396, 10399 y 10400 en Bittner, L. y Uebersberger, H. (eds.), *op. cit.*, 518-519 y 522-526.

[26] Szápáry, telegrama, 21 de julio de 1914, en *ibid*., 568. *Véase también* el magistral relato de Clark, C., *op. cit.*, 444-446.

[27] Jagow a Lichnowsky, 18 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 122.

[28] Czernin a Berchtold, 22 de junio de 1914, cit. en Tunstall jr., G. A., 2003, 128. Acerca de las percepciones negativas del Imperio de los Habsburgo entre otros extranjeros, *vid*. Jelavich, B., 1992, 23-35.

[29] Kann, R. A., 1974, 331-334.

[30] Okey, R., 2007, VII-VIII, 26 y 217-223.

[31] Macartney, C. A., 1968, 693, 758-766; Kann, R. A., *op. cit.*, 456-461 y Zsuppán, F. T., 2002, 100-103.

[32] Okey, R., 2001, 305-308 y Macartney, C. A., *op. cit.*, 664-669.

[33] Macartney, C. A., *op. cit.*, 681.

[34] Cattaruzza, M., 1988, 722-723.

[35] Albrecht, C., 2001, 56-61.

[36] Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 130 y Kronenbitter, G., 2003, 215-216.

[37] Bachmann, K., 2001, 29-33.

[38] *Ibid*., 132-138, 173-190 y 219-258 y Rudnytsky, I. L., 1982, 60-67. *Véase también* Zeman, Z. A. B., 1961, 4-5 y Redlich, J., 1929, 32-33.

[39] Clark, C., *op. cit.*, 88-89.

[40] Kann, R. A., *op. cit.*, 446-448 y Macartney, C. A., *op. cit.*, 767-770.

[41] Minutas del Consejo Común Ministerial, 7 julio 1914, en Bittner, L. y Uebersberger, H. (eds.), *op. cit.*, 347.

[42] Okey, R., 2007, 195, 198 y 202-216 y Dedijer, V., *op. cit.*, 235-245. *Véase también* Vucinich, W. S., 1977, 51-55.

[43] Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 34.

[44] Leslie, J., 1993, 309.

[45] Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 37-38.

[46] *Ibid*., 309. *Véase también* Berchtold al Consejo Común Ministerial, 7 de julio de 1914, reproducido en Bittner, L. y Uebersberger, H. (eds.), *op. cit.*, 343-344.

[47] Wank, S., 2009.

[48] Twain, M., diciembre de 1897-mayo de 1898, 530.

[49] Acerca de la imagen y simbolismo de Francisco José, *vid*. Healy, M., 2007 (2004), 216 y 281-282 y Unowsky, D. L., 2005.

[50] Unowsky, D. L., *op. cit.*, esp. 26, 94-101.

[51] Kronenbitter, G., *op. cit.*, 223. *Véase también* Cole, L., 2007, 36-61.

[52] Acerca de la importancia continua de las fronteras históricas, *vid*. Evans, R. J. W., agosto de 1992, 480-502.

[53] LeCaine Agnew, H., 2007, 86-112.

[54] Redlich, J., 1929, 15-24 y 46-51. *Véase también* King, J., 2011, 89-109.

[55] Macartney, C. A., *op. cit.*, 562-563 y 574 y Okey, R., 2001, 198-200.

[56] Cohen, G. B., junio de 2007, esp. 276.

[57] Clark, C., *op. cit.*, 3-31.

[58] Schroeder, P. W., 2007, 17-42. Acerca de las partes influyentes y agresivas de la opinión pública rusa, *vid*. Lieven, D. C. B., 1983, 128-133.

[59] Stevenson, D., verano de 1997, 133-135, Schroeder, P. W., 2007, 35-38 y Clark, C., *op. cit.*, 83-87.

[60] Erickson, E. J., 2003.

[61] Stevenson, D., 1996, 232-239 y 253-265.

[62] Clark, C., *op. cit.*, 281-292. Para las cifras serbias, *vid*. Stevenson, D., 2005, 12.

[63] Leslie, J., 1988, 675.

[64] McMeekin, S., 2011, 22.

[65] Minutas del Consejo de Ministros, 7 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 85.

[66] Wank, S., septiembre de 1993, 308.

[67] Bittner, L., 1931, 97-98.

[68] Expresaron variantes de esta idea Andrian, Hoyos, Molden y también en fecha anterior (*vid. infra*) Tisza. *Vid*. Leslie, J., 1988, 675; Fellner, F., 1984, 314 y Wank, S., septiembre de 1993, 300.

[69] Tisza en marzo de 1914, cit. en Herrmann, D. G., *op. cit.*, 211.

[70] Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 55.

[71] Fellner, F., 1984, 309.

[72] Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 36-37.

[73] Káiser Guillermo II, 8 de diciembre de 1912, cit. en Röhl, J. C. G., 1999 (1994), 173.

[74] Afflerbach, H., 1994b, esp. 150-152 y 155.

[75] Jarausch, K. H., 148-151.

[76] Bairoch, P., 1982, 292.

[77] Cit. procedente de Ferguson, N., 1998, 33. Figuras de Clapham, J. H., 1968 (1936), 5 y Nipperdey, T., 1998, vol. I, 9 y 234-237.

[78] Clark, C., *op. cit.*, 92-93.

[79] Mulligan, W., 2010, 32-34.

[80] Fischer, F., *op. cit.*, 20-22; Mulligan, W., *op. cit.*, 54 y Clark, C., *op. cit.*, 150-152.

[81] Paul W. Schroeder presenta este argumento en Schroeder, P. W., septiembre de 1972, 322-323. Con respecto a la contención militar de los alemanes en comparación con otras potencias continentales en las crisis internacionales, *vid*. Stevenson, D., verano de 1997, 130-147.

[82] Clark, C., *op. cit.*, 155-157 y Mulligan, W., *op. cit.*, 54-58.

[83] Schroeder, P. W., septiembre de 1972, 324-325 y 328-329. *Véase también* Clark, C., *op. cit.*, 158-159.

[84] Herwig, H. H., 1980, 33-92 y Kennedy, P., 1980, 444 y 451.

[85] Peden, G. C., 2009, 43. Royal Navy: 20 *dreadnought* y 10 cruceros de batalla, incluyendo uno australiano; de estos, 26 buques estaban en aguas metropolitanas, 3 cruceros de batalla en el Mediterráneo y uno en el Pacífico. Marina Imperial alemana: 13 *dreadnought* y 5 cruceros de batalla. Todos en aguas germanas excepto un crucero de batalla en el Mediterráneo.

[86] *Vid*. Strachan, H., 2001, vol. I,. 27 y, acerca del llamamiento del embajador francés, Clark, C., *op. cit.*, 540-541.

[87] Mulligan, W., *op. cit.*, 129-130 y Stevenson, D., 1996, 291-298. Acerca de las incorporaciones a filas de 1911, *vid*. Ingenlath, M., 1998, 155, n. 81.

[88] Clark, C., *op. cit.*, 204-210 y Mulligan, W., *op. cit.*, 71-74.

[89] Stone, N., abril de 1966, 107 y Herrmann, D. G., *op. cit.*, 234 y 237.

[90] *Vid*. Herrmann, D. G., *op. cit.*, 183-191.

[91] Acerca del sistema politico alemán, *vid*. Nipperdey, T., op. cit., vol. II, 85-109. Acerca de los censos electorales europeos, *vid*. Ferguson, N., *op. cit.*, 29.

[92] Ferguson, N., febrero de 1994, 153-168 y Herrmann, D. G., *op. cit.*, 190-191.

[93] Ferguson, N., febrero de 1994, 149.

[94] Herrmann, D. G., *op. cit.*, 183.

[95] Stevenson, D., febrero de 1999, 178 y 186.

[96] Káiser Guillermo II al príncipe Enrique de Prusia, 12 de diciembre de 1912, reproducido en Röhl, J. C. G., 1984, 184.

[97] *Vid*. Röhl, J. C. G., diciembre de 1969, 661-662.

[98] *Ibid*., 664.

[99] Acerca de la reunión como punto de inflexión para el káiser, *vid*. en particular Hull, I. V., 1982, 261-265. Para su falta de resultados concretos, *vid*. Strachan, H., 2001, vol. I, 52-55.

[100] Jarausch, K. H., 132-139.

[101] Jarausch, K. H., marzo de 1969, 58.

[102] Acerca de los temores rusos a las consecuencias de la misión militar germana, *vid*. McMeekin, S., *op. cit.*, 31-33. Para los artículos de prensa, *vid*. Jarausch, K. H., 140.

[103] Strachan, H., 2001, vol. I, 62-63.

[104] Bethmann Hollweg, cit. en Jarausch, K. H., marzo de 1969, 48. Para la presión de los militares a favor de una guerra preventiva, *vid*. Mombauer, A., 2001, 172. Con respecto a la pretensión de Falkenhayn de una contienda preventiva, *vid*. Afflerbach, H., 1994b, 101-102.

[105] *Vid*. esp. Mulligan, W., *op. cit.*, 89-90, para el efecto de las conversaciones navales anglo-rusas en torno a las decisiones adoptadas por los alemanes. *Véase también* Jarausch, K. H., 157 y Clark, C., *op. cit.*, 422.

[106] *Vid*., por ejemplo, Strachan, H., 2001, vol. I, 63.

[107] *Vid*. Clark, C., *op. cit.*, 418-419.

[108] Jarausch, K. H., marzo de 1969, 58-61.

[109] Grey, cit. en Steiner, Z. S., 1977, 221-222.

[110] Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 174-175. *Véase también* Rich, D. A., 2003, 218.

[111] Fellner, F., 1989, 209.

[112] Jarausch, K. H., 165.

[113] Clark, C., *op. cit.*, 47-64 y 457-469.

[114] Conversación entre Berchtold y el encargado de negocios ruso, 24 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 173-174.

[115] Minutas del Consejo de Ministros, 19 de julio de 1914, en *ibid*., 140-141. Véase también Williamson jr., S. R., *op. cit.*, 212.

[116] Fischer, F., *op. cit.*, 62-71.

[117] Guillermo II a Jagow y Bethmann Hollweg a Tschirschky, ambas cartas fechadas el 28 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 256-257 y 259-260. *Véase también* Fischer, F., *op. cit.*, 71-72, Clark, C., *op. cit.*, 523 y Herwig, H. H., 2003, 178.

[118] Strachan, H., 2001, vol. I, 78 y 80 y Stone, N., 1974, 73-74 y 78. Fischer es particularmente claro acerca de los problemas que provocó la lenta preparación militar austrohúngara para la política alemana de localización. Fischer, F., *op. cit.*, 74.

[119] Clark, C., *op. cit.*, 481-482.

[120] Williamson jr., S. R. y May, E. R., junio de 2007, 369.

[121] Príncipe Troubetzkoi cit. en Wilson, K., 2007, en [http://journals.hil.unb.ca/index.php/jcs/article/view/10541/11751#no40]. Acerca de la aguda comprensión de Troubetzkoi del conjunto de la política exterior rusa, *vid*. Lieven, D. C. B., *op. cit.*, 91-101.

[122] Lieven, D. C. B., *op. cit.*, 141-142.

[123] *Ibid*., 149-150.

[124] McMeekin, S., *op. cit.*, 54-64. Para detalles acerca del periodo preparatorio de la guerra y una interpretación menos crítica, *véase también* Lieven, D. C. B., *op. cit.*, 144.

[125] Trumpener, U., marzo de 1976, 64.

[126] Afflerbach, H., 1994b, 151-153 y Mombauer, A., 2001, 190-196.

[127] Trumpener, U., *op. cit.*, 65-71. Los militares habsburgo, gracias al interrogatorio de pasajeros llegados en tren desde Rusia, también tuvieron conocimiento de los preparativos masivos. También tuvieron conocimiento del paso de grandes cantidades de artillería de campaña por Varsovia, la censura estricta y rumores de movilización de las tres quintas más recientes en la Polonia rusa. *Vid*. AN Cracovia: DPkr 96: fos. 1577-1578.

[128] *Vid*. esp. Mombauer, A., 2001, 202.

[129] Moltke a Bethmann Hollweg, 29 de julio de 1914 (carta redactada el día anterior), en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 282-284.

[130] *Ibid*., 284.

[131] McMeekin, S., *op. cit.*, 73.

[132] Lieven, D. C. B., *op. cit.*, 146.

[133] Trumpener, U., *op. cit.*, 80.

[134] Afflerbach, H., 1994b, 155-157 y 159, fn 54. *Véase también* Mombauer, A., 2001, 202-204. Aunque los representantes en Berlín de las fuerzas militares bávaras y sajonas fueron testigos de la pública beligerancia de Moltke el 29 de julio, su memorando y consejo privado al canciller y al káiser son mucho más significativos y contradicen la afirmación de Mombauer de que ese día «Afirmó categórico que Alemania necesitaba anunciar la movilización general».

[135] Clark, C., *op. cit.*, 528-529.

[136] *Vid*. Goschen a Grey, 29 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 300-301.

[137] Fischer, F., *op. cit.*, 76-79.

[138] Consejo del Gabinete para Asuntos Comunes, 31 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 318-322 y Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 148-151.

[139] Trumpener, U., *op. cit.*, 79-80.

[140] Afflerbach, H., 1994b, 158-159 y Fischer, F., *op. cit.*, 80-81.

[141] Moltke a Bethmann Hollweg, 29 de julio de 1914, en Geiss, I. (ed.), *op. cit.*, 283.

[142] Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 152.

[143] El comandante Hans von Haeften, ayudante de Moltke, cit. en Mombauer, A., octubre de 1999, 437. Esta idea fue reiterada por Moltke en su texto, de innegable carácter exculpatorio, «Considerations and Reminiscences» de noviembre de 1914. *Vid*. Moltke, E. von (ed.), 1922, 16.

[144] Trumpener, U., *op. cit.*, 80-82.

[145] Hamilton, R. F. y Herwig, H. (eds.), 2003, 516-518.

[146] Herwig, H. H., 1997, 31-32.

[147] Müller, G. A. von, 1961, 11.

[148] Moltke, E. von (ed.), *op. cit.*, 20.

[149] Mombauer, A., 2001, 222.

[150] Kennedy, P., *op. cit.*, 461-462, y Clark, C., *op. cit.*, 529-547.

[151] Redlich, J., 1953, vol. I, 237 (entrada del 15 julio de 1914).

[152] Afflerbach, H., 1994b, 161.

[153] Bethmann, cit. en Jarausch, K. H., marzo de 1969, 59.

[*] N. del T.: SMS, siglas de *Seiner Majestät Schiff*, «Buque de Su Majestad».

[**] N. del T.: En todo el libro, las cursivas en citas son del autor.

[***] N. del T.: En todo el libro, el texto subrayado en citas es del autor.

[1] «Die Ermordung des Thronfolgers und seiner Gemahlin», *Reichspost. XXI. Jahrgang. Nr. 298* (29 de junio de 1914), 1.

[2] «Die Ermordung des Thronfolgerpaares», *Illustrirtes Wiener Extrablatt. 43. Jahrgang. Nr. 178* (29 de junio de 1914), 1 y «Der Thronfolger und seine Gemalin ermordet», *Christlich-soziale Arbeiter-Zeitung. XIX. Jahrgang. Nr. 27* (4 de julio de 1914), 1.

[3] «Feuilleton», *Neue Freie Presse. Nr. 17904* (30 de junio de 1914), 1.

[4] May, A. J., 1966, vol. I, 23-29.

[5] *Reichspost. XXI. Jahrgang. Nr. 308* (4 de julio de 1914), 2-3.

[6] Reiter, M. M., 1994, 3-4 (entrada del 3 de julio de 1914).

[7] *Ibid*., 2 (entrada de junio de 1914).

[8] *Wiener Bilder. Illustriertes Familienblatt. XIX. Jahrgang. Nr. 27* (5 de julio de 1914), 1 y 4-5.

[9] «Sarajevská tragedie» [La tragedia de Sarajevo], *Národní Listy* [Periódicos nacionales] (30 de junio de 1914).

[10] *Wiener Bilder. Illustriertes Familienblatt. XIX. Jahrgang. Nr. 27* (12 de julio de 1914), 1 y 4-5. *Véase también*, por ejemplo, *Die Neue Zeitung. Illustrirtes unabhängiges Blatt. 7. Jahrgang. Nr. 180* (3 de julio de 1914), 1, y *Sport & Salon. Illustrierte Zeitschrift für die vornehme Welt. 17. Jahrgang. Nr. 28* (11 de julio de 1914), 1.

[11] «Ein offizieller Bericht über das Attentat in Sarajevo» y «Volkskundgebungen in Wien», *Reichspost. XXI. Jahrgang. Nr. 300* (30 de junio de 1914), 2 y Nr. *302* (1 de julio de 1914), 3.

[12] *Vid*. *Neue Freie Presse. Nr. 17906* (2 de julio de 1914), p. 6, Nr. *17907* (3 de julio de 1914), 4-5 y Nr. *17908* (4 de julio de 1914), 9-10. *Véase también*, *Reichspost. XXI. Jahrgang. Nr. 306* (3 de julio de 1914), 8, *Nowa Reforma. Wydanie Popołudniowe. Rok XXXIII. Nr. 260* [Nueva Reforma. Edición de la tarde. Año XXXIII. No. 260] (3 de julio de 1914), 1 y *Kurjer Lwowski. Rok XXXII. Nr. 279* [Mensajero Lwowski. Roca XXXII. No. 279] (4 de julio de 1914), 1 y Nr. *281* (5 de julio de 1914), 3.

[13] *Die Neue Zeitung. Illustrirtes unabhängiges Blatt. 7. Jahrgang. Nr. 181* (4 de julio de 1914), 5.

[14] Acerca de esas cifras, *vid*. *Reichspost. XXI. Jahrgang. Nr. 308* (4 de julio de 1914), 9 y *Neue Freie Presse. Nr. 17908* (4 de julio de 1914), 9.

[15] Raithel, T., 1996, 157 y 161, fn 122.

[16] Farrar jr, L. L., invierno de 1982, 419-420.

[17] Daszyński, I., 1957, vol. II, 145.

[18] «Zgon następcy tronu Arcyks. Franciszka Ferdynanda i Jego Małżonki» [Muerte del heredero al trono archid. Francisco Fernando y su esposa], *Czas. Rocznik LXVII. Nr. 251* (29 de junio de 1914).

[19] *Kurjer Lwowski. Rok XXXII. Nr. 271* (29 de junio de 1914), 2-3. Acerca del parque del Prater en Viena, *vid*. Redlich, J., 1953, vol. I, 235 (entrada del 29 de junio de 1914).

[20] Bobić, P., 2012, 7 y 15-17.

[21] Vit, J., 1995, 31.

[22] A. Czechówna, diario, 2 de julio de 1914. AN Cracovia: IT 428/38.

[23] M. Schwestek, diario/memorias, 28 de junio de 1914. KA Viena: NL Schwestek, B/89.

[24] *Neue Freie Presse*. *Nr. 17904* (30 de junio de 1914), 2-3, y *Nr. 17906* (2 de julio de 1914), 3 y 5.

[25] *Ibid*., *Nr. 17909* (5 de julio de 1914), 7, *Nr. 17910* (6 de julio de 1914), 3-4, y *Nr. 17913* (9 de julio de 1914), 5. *Véase también Kurjer Lwowski. Rok XXXII. Nr. 275* (2 de julio de 1914), 1.

[26] *Neue Freie Presse. Nr. 17907* (3 de julio de 1914), 3 y *Nr. 17912* (8 de julio de 1914), 4.

[27] Moll, M., 2001b, 309-315.

[28] Del K. u. k. Festungskommando de Trient al k. u. k. Korpskommando de Innsbruck, 8 de agosto de 1914. KA Viena: Zentralstellen-KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 3: Nr. 1646.

[29] Tăslăuanu, O. C., 1918, 5.

[30] Healy, M., 2007 (2004), 238.

[31] *Nowa Reforma. Wydanie Popołudniowe. Rok XXXIII. Nr. 296* (24 de julio de 1914), 2. *Véase también Neue Freie Presse. Abendblatt. Nr. 17927* (23 de julio de 1914), 4.

[32] *Kurjer Lwowski. Rok XXXII. Nr. 272* (30 de junio de 1914), 4 y *Nr. 282* (6 de julio de 1914), 4 y *Nr. 297* (15 de julio de 1914), 1; *Nowa Reforma. Wydanie Popołudniowe. Rok XXXIII. Nr. 276* (13 de julio de 1914), 2.

[33] Raithel, T., *op. cit.*, 147-154 y 171-177.

[34] Orzoff, A., 2004, 166.

[35] «Die Sitzung des Abgeordnetenhauses», *Pester Lloyd. Abendblatt. 61. Jahrgang. Nr. 167* (24 de julio de 1914), 1; «Wiener Stimmungsbild vom heutigen Abend», *Neue Freie Presse. Abendblatt. Nr. 17928* (24 de julio de 1914), 6.

[36] *Neue Freie Presse. Nr. 17930* (26 de julio de 1914), 4 y *Die Neue Zeitung. Illustrirtes unabhängiges Blatt. 7. Jahrgang. Nr. 203* (26 de julio de 1914), 4. *Véase también* B. de Quidt, diario, 2. IWM: 96/32/1.

[37] Verhey, J., 2000, 26-31 y Raithel, T., *op. cit.*, 228-233.

[38] Verhey, J., *op. cit.*, 35 y 65; Raithel, T., *op. cit.*, 242-277.

[39] *Vid*. *Neue Freie Presse*. *Nr. 17931* (27 de julio de 1914), 2 y *Nr. 17934* (30 de julio de 1914), 7-8.

[40] «Wenn sich der Doppeladler erhebt…», *Reichspost. Extraausgabe. XXI. Jahrgang. Nr. 347* (26 de julio de 1914), 1.

[41] *Neue Freie Presse. Nr. 17930* (26 de julio de 1914), 4. Para las cifras más grandes, *vid*. *Oesterreichische Volks-Zeitung. 60. Jahrgang. Nr. 204* (26 de julio de 1914), 4 y 21.

[42] Baernreither, diario, 28 de julio de 1914, cit. en Fellner, F., 1989, 209. Acerca de Alemania, *vid*. Verhey, J., *op. cit.*, 40-43.

[43] Eisenmenger, A., 1932, 10.

[44] Rohkrämer, T., 1992, 767-773. *Véase también* Raithel, T., *op. cit.*, 235-237.

[45] Levsen, S., 2006, 125, 137-139, 171-174 y 177.

[46] Kawczak, S., 1991, 6.

[47] C. E. Wirth, diario, 11 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 1798,6.

[48] Raithel, T., *op. cit.*, 178 y 242.

[49] *Vid*. los decretos del k. k. Statthaltereipräsidium in Böhmen, 30 de julio de 1914. KA Viena: Zentralstellen-KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 2: Nr. 624. Acerca de Alemania, *vid*. Verhey, J., *op. cit.*, 47-48.

[50] Conrad von Hötzendorf, F., 1923, vol. IV, 34.

[51] El gobernador de Praga al ministro del Interior, 26 de julio de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 1: Nr. 43.

[52] Führ, C., 1968, 17-19.

[53] Cit. en Miller, S., 1974, 44.

[54] Nipperdey, T., 1998, vol. II, 232 y 561. Para las cifras austriacas, *vid*. Macartney, C. A., 1968, 673.

[55] Kruse, W., 1993, 18-29 y 40.

[56] *Hamburger Echo*, 25 de julio de 1914, cit. en Raithel, T., *op. cit.*, 175.

[57] Cit. en Miller, S., *op. cit.*, 39.

[58] Kruse, W., *op. cit.*, 30-42. *Véase también*, Raithel, T., *op. cit.*, 185 y Verhey, J., *op. cit.*, 52-57.

[59] *Vid*. Nipperdey, T., *op. cit.*, vol. I, 269 y Okey, R., 2001, 239.

[60] Heiss, H., 1995, 142.

[61] Sperber, M., 1987, 69-70.

[62] Ściskała, D., 1926, 7.

[63] R. Höfner, diario, 27 de diciembre de 1914 (en referencia al estallido de la guerra). DTA, Emmendingen: 1280,1.

[64] Małłek, K., 1967, 176.

[65] Ziemann, B., 1997, 40-43.

[66] «An meine Völker», impreso en *Reichspost. Morgenblatt. XXI. Jahrgang. Nr. 352* (29 de julio de 1914), 1.

[67] *Vid*. *Neue Freie Presse. Nr. 17932* (28 de julio de 1914), 2-4 y *Pester Lloyd. Morgenblatt. 61. Jahrgang. Nr. 177* (28 de julio de 1914), 3-4. *Cf*. Raithel, T., *op. cit.*, 179-180.

[68] «Ministerpräsident Graf Stephen Tisza über den Zwischenfall bei Temeskubin», *Pester Lloyd. Morgenblatt. 61. Jahrgang. Nr. 177* (28 de julio de 1914), 5.

[69] Stone, N., 1974, 70-71.

[70] «Weltkrieg oder Lokalerkrieg», *Neue Freie Presse. Abendblatt. Nr. 17933* (29 de julio de 1914), 1.

[71] G. Gruber a Cousine E. Hoch, 9 de enero de 1915. DTA, Emmendingen: 138a.

[72] W. Wagner, diario, 30 de julio de 1914 [www.europeana1914-1918.eu].

[73] *Frankfurter Zeitung und Handelsblatt. Abendblatt. 58. Jahrgang. Nr. 209* (30 de julio de 1914). *Véase también* Raithel, T., *op. cit.*, 188-190 y 253-255.

[74] Discurso del káiser Guillermo II del 31 de julio de 1914, reproducido en Lutz, R. H. (ed.), 1932, vol. I, 4.

[75] *Kölnische Zeitung*, cit. en Raithel, T., *op. cit.*, 188-189 y 256-260.

[76] G. Gruber a Cousine E. Hoch, 9 de enero de 1915. DTA, Emmendingen: 138a. *Cf*. W. Wagner, diario, 31 de julio de 1914 (*sic*?) [www.europeana1914-1918.eu] y Raithel, T., *op. cit.*, 265.

[77] E. Stempfle, diario, 1 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 1654.

[78] Káiser Guillermo, 1 de agosto de 1914, cit. en Verhey, J., *op. cit.*, 65-66. Mi descripción de la reacción a la movilización se basa en gran medida en Raithel, T., *op. cit.*, 263-268 y 276-277.

[79] *Volksblatt*, cit. en James, L., agosto de 2003, 202.

[80] *Vid*. Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934, vol. III, 12; Gratz, G. y Schüller, R., 1930, 151 y Reichsarchiv, 1925, vol. I, 38.

[81] A. Hausner, diario, 27 de julio de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[82] Ściskała, D., *op. cit.*, 8. *Cf.* Bobić, P., *op. cit.*, 28-34 y Ziemann, B., *op. cit.*, 50-52.

[83] Wilhelm Eildermann, cit. en Kruse, W., *op. cit.*, 59.

[84] Tăslăuanu, O. C., *op. cit.*, 9 y Kawczak, S., *op. cit.*, 9.

[85] H. Götting, diario, 11 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 700/I.

[86] Verhey, J., *op. cit.*, 93 y Rauchensteiner, M., 1993, 140.

[87] *Vid*. Kocka, J., 1984, 23.

[88] Lawrence, J., 1997, 143. *Véase también* Mai, G., 1983, 65-67.

[89] Daniel, U., 1997, 26.

[90] Informes del Polizeipräsident in Berlin, 25 y 26 de agosto de 1914. BA Berlin Lichterfelde: R43/ 2398: fo. 109 y reverso de fos. 113-114.

[91] «Skutki okonomiczne wojny», 3 de septiembre de 1914. AN Cracovia, DPKr 97: fo. 1063.

[92] K. u. k. Kriegsüberwachungsamt, orden, 8 de agosto de 1914. KA Viena: Zentralstellen-KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 2: Nr. 743.

[93] Raithel, T., *op. cit.*, 449, *véase también*, más en general, 447-454.

[94] Hanssen, H. P., 1973 (1955), 22-23.

[95] Kommandantur Posen, póster, 1 de agosto de 1914. AP Poznań: Polizei-Präsidium Posen: 8975.

[96] 2. Polizei Revier, Telephonische Mitteilung, 3 de agosto de 1914. AP Poznań: Polizei-Präsidium Posen: 8976.

[97] Carta de un Unteroffizier der Reserve anónimo, 8 de agosto de 1914. AP Poznań: Polizei-Präsidium Posen: 8976.

[98] Landrat de Montabaur al Regierungspräsident de Wiesbaden, 6 de agosto de 1914. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2739: fo. 53.

[99] Müller, S. O., 2002, 67-69. *Véase también* Verhey, J., *op. cit.*, 84-86.

[100] Para Alemania, *vid*. Verhey, J., *op. cit.*, 85-86. Acerca de Austria, *vid*. la documentación del Kriegsüberwachungsamt de agosto de 1914 en KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 1: Nr. 538; Karton 3, Nr. 1507; y Karton 4: Nrs. 2278 y 2581. *Véanse también* los telegramas del AN Cracovia: DPKr 96: fos. 1087, 1099, 1105, 1113 y 1115.

[101] Miller, S., *op. cit.*, 51.

[102] Discurso del SPD, 4 de agosto de 1914, reproducido en Lutz, R. H. (ed.), *op. cit.*, vol. I, 16.

[103] Miller, S., *op. cit.*, 41-43 y 50-51.

[104] *Vid*. doc. 77, preußischer Kriegsminister a preußische Generalkommandos, 25 de julio de 1914, en Deist, W. (ed.), 1970, vol. I, 188-192. *Véase también* XLI-XLIV.

[105] *Vid*. la documentación del AP Gdańsk: Regierung Marienwerder (Regencja w Kwidzynie) (10): 10230: fos. 27-43 y Oberpräsident der Provinz Westpreußen al Minister des Innern, GStA PK, Berlín: I. HA Rep 77, Tit. 863a, 17: fo. 2.

[106] Majkowski, A., 2000, 75 (entrada del 7 de agosto de 1914). Acerca del estado de ánimo de la opinión pública y las medidas militares en las tierras fronterizas del este del Reich, *vid*. los informes del Landräte en el AP Gdańsk: Rejencja w Kwidzenie (10): 10229: fos. 94-; AP Opole: Rejencja Opolska-Biuro Prezydialne: 141: 193-237 y Oberpräsident der Provinz Posen, informe, 6 de enero de 1915. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 3748: fo. 100, reverso fo. 103.

[107] Kramer, A., 1997, 108. *Véase también* Statthalter Elsaß-Lothringen a Armee-Oberkommando der 7. Armee, 20 de agosto de 1914. GLA Karlsruhe: 465 F7 Nr. 165 y canciller al ministro de la Guerra de Prusia, 19 de septiembre de 1914 y del obispo de Metz al káiser, 10 de septiembre de 1914. BA Berlín Lichterfelde: R43/2465c: fos. 17 y 25-26.

[108] Bundgård Christensen, C., 2009, 25.

[109] Kruse, W., *op. cit.*, 52-89. *Véase también* Miller, S., *op. cit.*, 46-6 y 51-74.

[110] Discurso de Bethmann del 4 de agosto de 1914, reproducido en Lutz, R. H. (ed.), *op. cit.*, vol. I, 9-13.

[111] Discurso de Kaempf del 4 de agosto de 1914, reproducido en *ibid*., 14-15.

[112] Discurso del SPD, 4 de agosto de 1914, reproducido en *ibid*., 15-16.

[113] Miller, S., *op. cit.*, 39 y 65-68. *Véase también, Verhandlungen des Reichstags. XIII Legislaturperiode. II. Session. Band 306. Stenographische Berichte. Von der Eröffnungssitzung am 4. August 1914 bis zur 34. Sitzung am 16.März 1916 (Berlin, 1916)*, 1-12 y Raithel, T., *op. cit.*, 283-285.

[114] Hanssen, H. P., *op. cit.*, 12 (entrada del 2 de agosto de 1914).

[115] Doctor anónimo, 4 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 1792.

[116] H. Götting, diario, 7 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 700/I. *Cf*. Wehrhan, K., 1915.

[117] Schuhmacher, W., 1928, 150-151. *Véase también* Gregory, A., 2007, vol. II, 29.

[118] W. Wagner, diario, 2-3 de agosto de 1914 [www.europeana1914-1918.eu]

[119] E. Mortler, diario, 7 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 260.

[120] *Vid*. Flasch, K., 2000, esp. 43-44 y 79-80.

[121] Polizeipräsident Berlin a Unterstaatssekretär in der Reichskanzlei, «Fünfter Stimmungsbericht», 5 de septiembre de 1914. BA Berlín Lichterfelde: R43/ 2398: fo. 142.

[122] Cita extraída de Rubenbauer, F., 1932, 4. Para reportajes de prensa que transmiten el mismo mensaje, *vid*., por ejemplo, las ediciones de principios de agosto del *Berliner Tageblatt*.

[123] *Vid*., por ejemplo, el diario de un voluntario de guerra anónimo. BA-MA Friburgo Msg 2/65. Acerca de los voluntarios en un contexto comparativo, *vid*. Watson, A., 2011, 163-188.

[124] Kruse, W., *op. cit.*, 76-77.

[125] Watson, A., enero de 2005, 50-56.

[126] *Vid*. Mosse, G. L., 1990, 17-28.

[127] Segall, J., 1922, 18-22. Acerca de las motivaciones, *vid*. Grady, T., 2011, 24-31.

[128] Watson, A., octubre de 2011, 1142-1143.

[129] Plaut, P., 1920, 13. *Cf. también* Watson, A., enero de 2005, 57-62.

[130] Geinitz, C. e Hinz, U., 1997, 29-30.

[131] M. Bäckmann al káiser, 6 de agosto de 1914. HHStA Wiesbaden (405): Nr. 2770: fo. 100. La petición, que fue rechazada, no era única. *Vid*. Buchner, E. (ed.), 1914-1915, vol. II, 134-135, docs 193, 193b y 193c.

[132] Llamamiento de la emperatriz del 6 de agosto de 1914, reproducido en Lutz, R. H. (ed.), *op. cit.*, vol. I, 21-22.

[133] Süchtig-Hänger, A., 2002, 103.

[134] E. Stempfle, diario, 26, 28 y 30 agosto y 4–8 septiembre 1914. DTA, Emmendingen: 1654.

[135] Süchtig-Hänger, A., *op. cit.*, 90107 (cit. en pág. 95), Daniel, U., *op. cit.*, 73, Nipperdey, T., *op. cit.*, vol. I, 73-94 y Planert, U., 2000, 423.

[136] Moltke, cit. en Mombauer, A., 2001, 299.

[137] *Vid*. Chickering, R., 2007, 70 y 371.

[138] *Vid*. Bruckmüller, E., 2007, 11-35.

[139] Zahra, T., primavera de 2010, 93-119.

[140] Con respecto a la carencia de una «sociedad de los Habsburgo» transimperial, *vid*. Bruckmüller, E., 2006, 1-16.

[141] Obispo sufragáneo de Salzburgo, cit. en Barth-Scalmani, G., 2005, 67.

[142] Galántai, J., 1989, 72-79.

[143] Führ, C., *op. cit.*, 17-23 y Redlich, J., 1929, 7786 y 149-150.

[144] Redlich, J., 1953, vol. I, 252 (entrada del 26 de agosto de 1914).

[145] «Allgemeine Mobilisierung, Stimmung der Bevölkerung», 2 de agosto de 1914: KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 1: Nr. 443.

[146] A. Hausner, diario, 1 de agosto de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217. *Véase también* Galántai, J., *op. cit.*, 68.

[147] K. k. Landespräsidium Krain al Minister des Innern, 31 de julio de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 1: Nr. 285/I.

[148] K. u. k. Militärkommando Prag a la k. u. k. Kriegsüberwachungsamt, «Stimmungsberichte», 19 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7626.

[149] «Auszug aus mehreren Rapporten der Nordwestbahndirektion an das Eisenbahnministerium aus Anlaß der Mobilisierung». KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 1: Nr. 229.

[150] Heiss, H., *op. cit.*, 142.

[151] Orden del k. k. Ldw. Inf. Trpen. Div. Kdo. en Zaleszczyki, 9 de agosto de 1914. Kriegsarchiv Viena: NFA. 43. Sch. Division: Karton 2179 (Op. Akten v, August 1914): doc. 8.

[152] Minister des Innern al k. k. Statthalter Lemberg, 8 de agosto de 1914. AN Cracovia: DPKr 96: 2959/14: fo. 495. *Cf.* Witos, W., 1978, vol. II, 12 y, de forma general para Austria-Hungría, Bundesministerium für Heereswesen und Kriegsarchiv, 1930-1938, vol. I, 26.

[153] «Die Kriegsbegeisterung in Oesterreich», *Reichspost. Morgenblatt. XXI. Jahrgang. Nr. 359* (1 de agosto de 1914), 7. *Véase también*, «Meldungen zum freiwilligen Kriegsdienst», *Reichspost. Morgenblatt. XXI. Jahrgang. Nr. 368* (6 de agosto de 1914), 7.

[154] *Vid*. las minutas de la reunión del Ministerrat austriaco, 24 de agosto de 1914. AVA Viena: MR-Prot. 1914-18. Karton 28: Nr. 43.

[155] Hecht, R., 1969, 159.

[156] S. Sperber al Ministerio de la Guerra, a primeros de agosto 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 2: Nr. 864.

[157] Galántai, J., *op. cit.*, 58 y 70.

[158] Josef Redlich, un sagaz comentarista político, estaba convencido de que esto era cierto. *Vid*. Redlich, J., 1929, 98-99.

[159] Stürgkh a Landeschefs, cit. en Führ, C., *op. cit.*, 27.

[160] *Vid*., por ejemplo, *Neue Freie Presse*. *Nr. 17935* (31 de julio de 1914), 9 y *Nr. 17936* (1 de agosto de 1914), 9.

[161] Kwaśny, E., 1917, 30.

[162] Bobić, P., *op. cit.*, 29-30.

[163] *Vid*., *Nowa Reforma. Wydanie Popołudniowe. Rok XXXIII. Nr. 309* (30 de julio de 1914), 2.

[164] Kgl. Grenzpolizeihauptmannschaft Sušak, 16 de octubre de 1916 y k. u. k. Militärkommando Praga a k. u. k. Kriegsüberwachungsamt Wien, 19 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nrs. 7594 y 7626; Bobić, P., *op. cit.*, 28-29; Hupka, J., 1937, 12. Acerca de los medallones, *vid*. el informe al k. k. mährische Statthalterei-Praesidium, 13 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7384.

[165] Rozenblit, M. L., 2001, 28-31 y 43-54.

[166] Póster, 10 de agosto de 1914, reproducido en Sosnowski, J. J., 1925, 19.

[167] K. u. k. Militärkommando Zagreb a k. u. k. Stationskommandanten en Fiume, 17 de septiembre de 1914; Kgl. Grenzpolizeihauptmannschaft en Sušak, 16 de octubre de 1916 y Kgl. kroat. slav. Gendarmeriekmdo, Lt. Dragatin Čanić, 15 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7594.

[168] Conze, W., 1958, 54 y 91.

[169] Hecht, R., *op. cit.*, 99-111.

[170] Bachmann, K., 2001, 65-95 y 119-127. *Véase también* Nowak, J. T., 1998, 13-22.

[171] Majchrowski, J. M., 2004, 18-22.

[172] Cit. en Bachmann, K., *op. cit.*, 127.

[173] Sukiennicki, W., 1984, vol. I, 88-90; Mleczak, J., 1988, 113-117, 125-128, 149-152 y 158-159. *Véase también* Dudek, L., 1985, 454-460 y Nowak, J. T., *op. cit.*, 19-31.

[174] Galántai, J., *op. cit.*, 95-98.

[175] Stürgkh a Landeschefs, cit. en Führ, C., *op. cit.*, 27.

[176] Exner, F., 1927, 26.

[177] Moll, M., 2003, 390 y 395.

[178] «Verzeichnis über Strafsachen betreffend serbo- und russophile Kundgebungen und Aeusserungen», apéndice de k. k. mähr. schles. Oberstaatsanwalt Brünn a k. k. Justizministerium, 12 de agosto de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 4: Nr. 2232.

[179] Moll, M., 2001, 314-343 y 352-353.

[180] Bobić, P., *op. cit.*, 137-139; Moll, M., 2003, 387-388, 390 y 395.

[181] Galántai, J., *op. cit.*, 95-96.

[182] Glettler, M., 2001, 100.

[183] Conrad, cit. en Marin, I., 2013, 195.

[184] «Verhaftung von politisch verdächtigen Personen in allen Teilen der Monarchie», KA Viena: MKSM (1914): 69-11/2.

[185] Tisza a Francisco José, 27 de julio de 1914; «Bericht über die in Sudungarn, Kroatien und Slavonien gepflogenen Erhebungen», en, respectivamente, KA Viena: MKSM (1914): 69-6/12 y 69-11/2-3.

[186] Bolfras a Conrad, 24 agosto 1914; Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 549.

[187] Ministro de la Guerra a Francisco José, 16 de septiembre de 1914; KA Viena: MKSM (1914): 69-11/2.

[188] Tisza a Francisco José, 27 de julio de 1914; KA Viena: MKSM (1-14): 69-6/12; *véase también* Tisza, S., 1991, 49 (telegrama al archiduque Federico, 19 de septiembre de 1914).

[189] A. Hausner, diario, 22 de agosto de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[*] N. del T.: Hoy Maribor, en Eslovenia.

[**] N. del T.: Por motivos ideológicos, el Ejército alemán consideraba que los reclutas de zonas rurales estaban menos expuestos a la «contaminación» de ideas socialistas, al contrario que los obreros industriales y los habitantes de zonas urbanas. De ahí que se diera preferencia al reclutamiento en zonas rurales.

[1] Reichsarchiv, 1925, vol. I, 38-39. Esas cifras hacen referencia a ejércitos de campaña. Algunos efectivos movilizados (*vid*. Capítulo 2 para más detalles) estaban destinados al interior y a entrenamiento.

[2] Broadberry, S. y Harrison, M., 2005, 7 y 10.

[3] Förster, S., 1995, 79.

[4] Herwig, H. H., julio de 1990, 272-277.

[5] Kronenbitter, G., 2006, 216-220; Schmitz, M., 2008, 397-407.

[6] Herwig, H. H., 1997, 45.

[7] La visión de los historiadores del «Plan Schlieffen» ha sido sometida a una revisión radical. Para un punto de partida, *vid*. el innovador trabajo de Zuber, T., julio de 1999, 262-269. La interpretación del plan que aquí presentamos sigue la convincente revisión de las ideas de Zuber y el impresionante análisis de fuentes de Holmes, T. M., abril de 2001, 208-232, Holmes, T. M., enero de 2002, 111-120 y Holmes, T. M., noviembre de 2003, 464-479.

[8] El plan de campaña de Moltke en 1914 se perdió; todavía alto secreto en 1939, estaba custodiado en el archivo militar prusiano y ardió cuando las bombas británicas alcanzaron el edificio hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Los historiadores han llevado a cabo un impresionante trabajo detectivesco para reconstruir sus intenciones. Además de las fuentes citadas en la nota 7, *véase también* Groß, G. P., 2006b, 117-160.

[9] Förster, S., *op. cit.*, 84.

[10] Holmes, T. M., noviembre de 2003, 476-479.

[11] Reichsarchiv, *op. cit.*, 22-23, 69 y 696; Strachan, H., 2001, vol. I, 228-229, Doughty, R. A., 2005, 29, Herwig, H. H., 1997, 59 y Jäger, H., 2001, 23-28.

[12] Herrmann, D. G., 1996, 200-204.

[13] Moltke, 1911, cit. en Mombauer, A., 2001, 229.

[14] *Ibid*., 34-41 y Dupuy, T. N., 1977 esp. 302-305. En relación con la estrechez de miras del Gran Estado Mayor, en particular después de 1890, *vid*. Showalter, D. E., julio de 2000, 679-710.

[15] Foley, R. T., octubre de 2004, 1-25. *Vid*., más en general, Samuels, M., 1995 esp. 10-18, 31-33 y 283-284.

[16] Watson, A., noviembre de 2007, 431-432 y Ostertag, H., 1990, 56-57. Acerca del carácter noble de la oficialidad en época de paz y el cambio que experimentó durante la guerra, *véase también* Deist, W., 1980, 39-57.

[17] Hewitson, M., enero de 2004, 13-16 y 21-23 y Foley, R. T., invierno de 2005, 11-12. Tales evaluaciones, de hecho, tenían cierta base. *Vid*. Porch, D., 1981, 78-79 y 196.

[18] [Preußisches] Kriegsministerium, *Felddienst-Ordnung (F. O.) (Berlin, 1908)*, 10.

[19] Watson, A., noviembre de 2007, 440 y 448. Acerca de las quejas de los socialistas en época de paz, *vid*. Kitchen, M., 1968, 182-185.

[20] «Zum Exerzier-Reglement. Kampfschule. Allgemeines», noviembre de 1916. BA-MA Friburgo: PH 3/28 and [Preußisches] Kriegsministerium, *Felddienst-Ordnung*, 12, Point 4. Para un enfoque más general, Watson, A., 2008, 115-120.

[21] Volkmann, E. O., 1929, XI(2), 35.

[22] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 12.

[23] Samuels, M., *op. cit.*, 79-80 y 224; Schmidt-Richberg, W., 1968, vol. V, 91-95; Herrmann, D. G., 203 y Jones, D. R., 1988, 281.

[24] Hewitson, M., *op. cit.*, 8-10 y 24. Acerca del servicio militar en época de paz, *vid*. Ingenlath, M., 1998, 144-157.

[25] *Vid*. Smith, L. V., 1994.

[26] Hewitson, M., *op. cit.*, 16-18 y 23 y Foley, R. T., invierno de 2005, 9.

[27] Frevert, U., 2004. *Véase también* Ritter, G. A. y Tenfelde, K., 1992, 730-746 y Ziemann, B., 1997, 47-48 y 70-71.

[28] Strachan, H., 2002, 274.

[29] Zuber, T., 2009 (2007), 83-86 y, para una visión más crítica, Jackman, S. D., enero de 2004, 73-104 y Strachan, H., 2001, vol. I., 206 y 237-239. Acerca de las ordenanzas francesas de 1913, *vid*. Doughty, R. A., *op. cit*., 26-28.

[30] Kronenbitter, G., 2003, 115-116.

[31] Stone, N., 1974, 68-77 y 83; *ÖULK*, vol. I, 87 y Stevenson, D., febrero de 1999, 167-168. Los transportes de los Habsburgo de mayor tamaño, con 49 vagones, tenían 100 ejes y pesaban 500 toneladas. Los trenes militares germanos tenían 110 ejes y pesaban 600 toneladas. Los franceses pesaban 480-550 toneladas.

[32] Golovin, N., julio de 1936, 72 y 75.

[33] Stone, N., abril de 1966, 97-98 y Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 74-78.

[34] *ÖULK*, vol. I, 27.

[35] Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 81 y 110-111.

[36] Deák, I., 1990, 99-102 y *ÖULK*, vol. I, 38-40 y 52.

[37] Deák, I., *op. cit.*, 127-138, 161-163 y 169.

[38] *Vid. ibid.*, 178-185. Parte del problema es que no está claro qué pregunta hizo el Ejército austrohúngaro a sus oficiales para la compilación de tales cifras. Es posible que los mandos dieran el idioma que utilizaban con más frecuencia, no su lengua, o lenguas, maternas. Las estadísticas recopiladas de las academias militares sugieren una proporción de germanos mucho menor.

[39] *Ibid*., 174-175. En Alemania, solo el Ejército bávaro aceptaba dar despachos de oficial de reserva a judíos antes de la Primera Guerra Mundial. Para las políticas militares germanas hacia los judíos, *vid*. Angress, 77-146.

[40] Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 83 y Deák, I., *op. cit.*, 98 y 102-103. Acerca de la escasez de suboficiales de carrera de la fuerza de los Habsburgo, *vid*. *ÖULK*, vol. I, 49 y Jones, D. R., *op. cit.*, 281. Acerca de las pésimas relaciones entre rangos en el Ejército ruso, *vid*. Buschnell, J., octubre de 1981, 753-780.

[41] *ÖULK*, vol. I, 56.

[42] Comparación de las ratios entre efectivos de los ejércitos de campaña con el personal entrenado en Reichsarchiv, *op. cit.*, 38-39.

[43] Jahr, C., 1998.

[44] Hämmerle, C., 2004, 202-203 y 213. Acerca de la alfabetización en las diversas regiones del imperio, *vid*. Good, D. F., 1984, 156.

[45] Kageneck a Moltke, 24 de julio de 1914, cit. en Kronenbitter, G., 1998, 537.

[46] Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 174; Lyon, J. M. B., julio de 1997, 491 y Wildman, A. K., 1980, vol. I, 73. El total ruso comprendía 48 piezas de campaña en las divisiones y la mitad de los 24 obuses ligeros que controlaba cada cuerpo de ejército. Cada cuerpo de los Habsburgo tenía 8 obuses pesados de 150 mm. Rusos y serbios agrupaban sus piezas pesadas en el escalón de ejército.

[47] Kronenbitter, G., 2003, 189-194; Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 126-127 y 174-175 y Krauß, A., 1923, 94-95; *véase también* Strachan, H., 2001, vol. I., 285 y 995-998.

[48] Samuels, M., *op. cit.*, 79 y Strachan, H., 2001, vol. I., 206.

[49] *Vid*. la introducción de T. Cave en United States War Office, 1989 (1920), III. *Véase también* Gat, A., 1992, 151-154.

[50] *ÖULK*, vol. I, 28 y 32 y Krauß, A., *op. cit.*, 90-94. *Vid*. detalles del uso en acción de los batallones de marcha en Tunstall jr., G. A., 2010, 13, 88 y 90.

[51] Kronenbitter, G., 2003, 82-99. Para los franceses, *vid*. Doughty, R. A., *op. cit.*, 25-29.

[52] Conrad von Hötzendorf, F., 1923, vol. IV, 290-294.

[53] Wagner, W., 1987, 627.

[54] Hadley, T., julio de 2010, 307-308.

[55] Förster, S., *op. cit.*, 83-95.

[56] Meyer, W., 1929, 2-3.

[57] Reichsarchiv, *op. cit.*, 142 y Strachan, H., 2001, vol. I., 207. Para una descripción de las siete bases de la movilización germana, *vid*. Herwig, H. H., 1997, 56-57 y 75.

[58] Este pasaje se basa en Strachan, H., 2001, vol. I., 211-212 y Herwig, H. H., 1997, 96-97.

[59] Einem, K. von, 1938, 37 (diario, entrada del 11 de agosto de 1914).

[60] Relato de un soldado publicado en *Kölnische Volkszeitung*, 13 de agosto de 1914, reproducido en Buchner, E. (ed.), 1914-1915, vol. I, 203 (doc. 312d).

[61] *Ibid*., 35 (carta y entrada del diario de 8 de agosto de 1914).

[62] Horne, J. y Kramer, A., 2001, 10-123; en particular 14 y 23. Acerca de la *Garde Civique*, *ibid*., 125-129.

[63] Doughty, R. A., *op. cit.*, 56-63 y Strachan, H., 2001, vol. I., 212-216.

[64] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 6*, 82*, 84* y 88* (heridas de fuego, arma blanca y de otro tipo).

[65] *Vid*. la «Kriegschronik» de Josephine y Clara B., 16 de agosto-3 de septiembre de 1914. DTA, Emmendingen: 898.

[66] A. Spemann, diario, 17 de agosto de 1914. HStA Stuttgart: M660/041, nr. 1 ; Armee-Oberkommando Strasburg, telegram al Generalkommando, XIV Reservekorps, 14 de agosto de 1914 y Generalkommando, XIV Reservekorps a l Armee-Oberkommando, 6. Armee, 19 de septiembre de 1914. GLA Karlsruhe: 456 F 7 nr. 165. También más en general, Fischer, C. J., 2010, 102-103, Horne, J. y Kramer, A., 2001, 22.

[67] Becker, J.-J. y Krumeich, G., 2010, 178-179.

[68] Farcy, J.-C., 1995, 51-60. Véase también Armeeoberkommando VII al Generalkommando XIV Reservekorps, 31 de agosto de 1914. GLA Karlsruhe: 465 F7 nr. 165.

[69] Bell, J. (ed.), 1927, vol. I, 161 y 167-169. *Véase también* Zahra, T., mayo de 2008, esp. 138-139 y 149-158.

[70] Ruffey, cit. en Doughty, R. A., *op. cit.*, 75.

[71] Zuber, T., 2009 (2007), esp. 266 y 275-280; Strachan, H., 2001, vol. I., 218-219 y 230.

[72] van Creveld, M., 1977.

[73] Zuber, T., 2009 (2007), 29.

[74] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 136. Para descripciones de las tropas agotadas, *vid*. Münch, P., 2009, 88.

[75] E. Baier, carta a sus padres, 22 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: PH10II/52.

[76] Calculado con arreglo a cifras de Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 36, Tabla 28.

[77] Horne, J. y Kramer, A., 2001, 74 y 76.

[78] Becker, J.-J. y Krumeich, G., *op. cit.*, 176.

[79] Horne, J. y Kramer, A., 2001, 38-42 y 217-218.

[80] *Ibid*., 24-32 y 42-52.

[81] *Ibid*., en particular 175-225 y 249-261. *Véase también* Harris, R., noviembre de 1993, 170-206.

[82] Lipkes, J., 2007, esp. 563-574.

[83] Acerca de anticatolicismo y raza —que consideran factores contributivos, pero no únicos, que impulsaron las atrocidades—, *vid*. Horne, J. y Kramer, A., 2001, 104-107 y 156-158. Para los soldados alemanes católicos, *vid*. Weber, T., 2010, 37 y acerca de Kalisz, *vid*. Engelstein, L., verano de 2009, 441-473.

[84] Browning, R., 1992. Para los procesos cognitivos impulsores de atrocidades, *vid*. Taylor, K. E., julio-septiembre de 2006, 230-244.

[85] Stoneman, M. R., julio de 2001, 272 y Horne, J. y Kramer, A., 2001, 141-142.

[86] E. Baier, carta a sus padres, 10 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: PH10-II/52. La palabra que utilizó era «Freischärler». Para comentarios similares, *vid*. Jacobson, W., 1934, 14.

[87] Resúmenes de prensa de los días 9-18 de agosto de 1914 en Buchner, E. (ed.), *op. cit.*, vol. I, 203 (docs. 312a, b, c, d y h).

[88] E. Baier, carta a sus padres, 13 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: PH10-II/52.

[89] W. Schweiger, diario, 17 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 1386.

[90] *Ibid*., 20 de agosto de 1914.

[91] Hull, I. V., 2005, 119-126.

[92] Artículo 2.º del anexo titulado «Regulations Respecting the Laws and Customs of War on Land» de la «Convention Concerning the Laws and Customs of War on Land. 2d Peace Conference, The Hague, 18 Oct. 1907. IV», en *Conventions and Declarations between the Powers Concerning War, Arbitration and Neutrality, (Declaration of Paris, 1856-of St Petersburg, 1868-of The Hague, 1899-Convention of Geneva, 1906-2d Peace Conference, The Hague, 1907-Declaration of London, 1909). English-French-German*, 1915. También Best, G., 1980, 145-146, 180-181, 185 y 190-200 y Horne, J. y Kramer, A., 2001, 144-145. Esta interpretación de la Convención de La Haya de 1907 se basa en Alexander, A., junio de 2007, esp. 360-365.

[93] *Vid*. Showalter, D. E., *op. cit.*, en particular 690.

[94] Horne, J. y Kramer, A., marzo de 1994, esp. 16, y Horne, J. y Kramer, A., 2001, 132.

[95] Alexander, A., *op. cit.*, 365.

[96] *Vid*. el articulo 50.º del anexo a la «Convention Concerning the Laws and Customs of War».

[97] *Generalleutnant* Kosch, tarjeta postal a su esposa, 20 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: N 754/1.

[98] Horne, J. y Kramer, A., 2001, 18 y 162-167.

[99] Schaepdrijver, S. de, 2010, 388.

[100] Estimación de la población de los territorios invadidos en agosto y principios de septiembre de 1914 basada en las cifras del Ministère de l'Intèrieur, 1912, 4 y Huber, M., 1931, 381, 390 y 394, además de mapas de Horne, J. y Kramer, A., 2001, 10 y 182. Para la cita y una interpretación differente, *ibid*., 165 y 419-431.

[101] Acerca de las masacres napoleónicas, *vid*. Dwyer, P. G., noviembre de 2009, 381-405. Los *Rehearsals* de Lipke son un intento muy explícito de relacionar las atrocidades de 1914 con la violencia genocida de los alemanes de treinta años más tarde, aunque esta implicación también está presente en la obra de Horne, J. y Kramer, A., 2001 y en Hull, I. V., op. cit., l. La lista de publicaciones en torno al Holocausto y las atrocidades del frente oriental de la Segunda Guerra Mundial es demasiado extensa para hacerlas constar aquí, si bien tiene particular relevancia para este argumento el volumen de Bartov, O., 1992. Con respecto a comparaciones con la violencia de otros contingentes de la época, *vid*. las siguientes secciones y el capítulo siguiente.

[102] *Vid*. la tabla y su comentario en Horne, J. y Kramer, A., 2001, 77-78.

[103] *Vid*., por ejemplo, además de los comentarios ya citados de Einem, la carta del *Generalleutnant* Kosch a su esposa del 25 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: N 754/1.

[104] *Generalleutnant* Kosch, carta a su esposa, 26 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: N 754/1. En relación con las atrocidades de la 10.ª División, *vid*. Horne, J. y Kramer, A., 2001, 58-60.

[105] Strachan, H., 2001, vol. I., 224-231 y 242-250; Doughty, R. A., *op. cit.*, 76-82.

[106] van Creveld, M., *op. cit.*, 113, 116-117, 126, 129-132 y 137.

[107] E. Baier, cartas a sus padres, 29 y 30 de agosto de 1914. BA-MA Friburgo: PH10-II/52. En relación con la distancia cubierta por las unidades del 1.er Ejército, *vid*. Münch, P., *op. cit.*, 88.

[108] Strachan, H., 2001, vol. I., 248-261; Herwig, H. H., 1997, 99-105 y Holmes, T. M., noviembre de 2003, 476-477.

[109] E. Baier, carta a sus padres, 8 de septiembre de 1914. BA-MA Friburgo: PH10-II/52.

[110] Krüger-Franke, J., 4 de enero de 1915, 7.

[111] E. Baier, carta a sus padres, 8 de septiembre de 1914. BA-MA Friburgo: PH10-II/52.

[112] Tunstall jr., G. A., 1996, 181-198.

[113] Conrad von Hötzendorf, F., *op. cit.*, vol. IV, 266 y 275.

[114] *Vid*. Clark, C., 2013, 102-105 y Sondhaus, L., 2000, 145-148.

[115] Stone, N., 1974, 79-80 y 86.

[116] Stone, N., 1998 (1975), 76.

[117] Tunstall jr., G. A., 1996, 193-195.

[118] Stone, N., 1974, 79-80 y 86.

[119] Stone, N., 1998 (1975), 84.

[120] Jeřábek, R., 1991, 107, 111-112, 119-120 y 130. *Véase también* Stone, N., 1998 (1975), 79.

[121] Stone, N., 1974, 90-92.

[122] Snyder, T., 2010.

[123] Jeřábek, R., *op. cit.*, 9-15 y 27-32.

[124] *Ibid*., 115-116.

[125] *Ibid*., 113-114.

[126] *Ibid*., 104-105 y 108. Las cifras de efectivos serbios son de Lyon, J. M. B., *op. cit.*, 501.

[127] A. Fiedler, diario, 13 de agosto de 1914. KA Viena: NL Fiedler, B/240, nr. 1.

[128] Jeřábek, R., *op. cit*., 118-122.

[129] A. Fiedler, diario, 14 de agosto de 1914. KA Viena: NL Fiedler, B/240, nr. 1.

[130] Para información acerca de Reiss y su investigación, *vid*. Scianna, B. M., 2012, 597-607.

[131] *Vid*. Horne, J. y Kramer, A., 2001, 200-204. Para ejemplos similares del bando germane, *vid*. el testimonio de Wehrmann August Schult, 24 de enero de 1915, en AP Olsztyn: RP Allenstein: 179: fo. 465 y Auswärtiges Amt, Greueltaten russischer Truppen, esp. Anlagen 35, 39, 40, 41 y 74.

[132] Reiss, R. A., 1916, 33, 42, 60, 103, 142 y 167.

[133] *Vid*. Gumz, J. E., 2009, esp. 54-58 y Holzer, A., 2008,113-144.

[134] A. Hausner, diario, 17 de agosto de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[135] Reiss, R. A., *op. cit.*, 39-40, 45-51, 131-132 y 142. Gumz, J. E., *op. cit.*, 55-58 y Holzer, A., *op. cit.*, 118-123.

[136] Este pasaje se basa en Gumz, J. E., *op. cit.*, en particular 29-30. Acerca de Hranilović y el informe de inteligencia, *vid*. Holzer, A., *op. cit.*, 115.

[137] Schneider, J. R., septiembre de 2004, en particular 541-545 y 547-548.

[138] Acerca de esas características, *vid*. Kronenbitter, G., 2003, 522-523.

[139] Jászi, O., 1966 (1929), 14.

[140] Cit. en Gumz, J. E., *op. cit.*, 39. No está claro si los serbios de la Monarquía de los Habsburgo atacaron a su propio Ejército. Cuando las fuerzas serbias y montenegrinas invadieron Bosnia a finales de agosto y durante el mes de septiembre, las autoridades civiles locales reportaron que la población serbia colaboró con sus compatriotas. Los invasores mataron y violaron a la población musulmana de los territorios que ocuparon. Después de que el Ejército de los Habsburgo retomara la región, ejecutó a más de 120 serbios de la zona. *Vid*. el informe del Landesregierung de Sarajevo, 18 de octubre de 1914, 13-16. KA Viena: KÜA (1914), Karton 15: Nr. 8389 y Zeman, Z. A. B., 1961, 59.

[141] Gumz, J. E., *op. cit.*, 41-42, y Holzer, A., *op. cit.*, 117.

[142] «Belagsziffern der Internierungs- und Unterbringungsorte am 18. September 1914», KA Viena: MSKM (1914) 69-11/1.

[143] Cit. en Gumz, J. E., *op. cit.*, 33. Esa normativa data de 1912.

[144] Holzer, A., *op. cit.*, 78-79.

[145] Reiss, R. A., *op. cit.*, 181-183.

[146] A. Fiedler, diario, 7 de agosto de 1914. KA Viena: NL Fiedler, B/240, nr. 1.

[147] Lyon, J. M. B., *op. cit.*, 487-488 y 497-499.

[148] Cit. en Jeřábek, R., *op. cit*., 127.

[149] A. Hausner, diario, 17 de agosto de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[150] Krauß, A., *op. cit.*, 148-149, n. 1.

[151] K. u. k. Ministerium des Äussern, 1915, 168-169, 176 (docs. 123-125, 134-136). Para historias similares que circulaban por el frente, *vid*. Reiss, R. A., *op. cit.*, 174-175 y A. Hausner, diario, 17 de agosto de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[152] Jeřábek, R., *op. cit.*, 132.

[153] Schindler, J. R., abril de 2002, 171-174 y Jeřábek, R., *op. cit*., 118-132.

[154] Para un resumen de las campañas, aunque un análisis algo anticuado en la actualidad, *vid*. Rothenberg, G. E., abril de 1989, 127-146.

[155] A. Fiedler, diario, 26 de agosto de 1914. KA Viena: NL Fiedler, B/240, nr. 1; A. Hausner, diario, 20 de agosto de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217 y Schindler, J. R., *op. cit.*, 175-177.

[156] Rauchensteiner, M., 1993, 126.

[157] «Telephonischer chiffrierter Bericht der Statthalterei in Lemberg vom 1. August, 12 Uhr 45 früh». KA Viena: Zentralstellen-Kriegsüberwachungsamt (Aktenkartons) 1914: Karton 1: Nr. 252.

[158] Bachmann, K., 2001, 227-233. *Véanse también* capítulos 1 y 2.

[159] Prezydyum c. k. Namiestnictwa, Lwów to wszystkich c. k. Starostów i … c. k. Dyrektorów Policyi we Lwowie i Krakowie, 8 August 1914. KA V i e n a : Zentralstellen-Kriegsüberwachungsamt (Aktenkartons) 1914: Karton 1: Nr. 252.

[160] Statthalterei-Präsidiums en Lemberg a Ministerium des Innern, minuta de una conversación, 18 de agosto de 1914. KA Viena: Zentralstellen-Kriegsüberwachungsamt (Aktenkartons) 1914: Karton 3: Nr. 1842.

[161] *Vid*. en particular Schmitz, M., 385-407. Más en general, Strachan, H., 2001, vol. I., 289-290; Herwig, H. H., 1997, 89.

[162] Stone, N., 1998 (1975), 80 y Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 126-127.

[163] Stone, N., 1998 (1975), 85-89 y Strachan, H., 2001, vol. I., 350-354.

[164] Romer, J. E., 1921, 41. *Cf.* Zeynek, T. *Ritter* von, 2009, 194.

[165] K. u. k. Armeeoberkommando, «Erfahrungen as den bisherigen Kämpfen», 28 de septiembre de 1914. KA Viena: NFA 43. Sch. D. 1914 (Op. Akt. Sept.-Okt.) (Karton 2180): Op. Nr. 2610 (en el legajo del 1 de octubre de 1914).

[166] J. Gamst, diario, 29 de agosto de 1914. DTA, Emmendingen: 1719,2.

[167] *Vid*. Führ, C., 1968, 64. Conrad perdió los nervios cuando capturaron un panfleto del Ejército ruso titulado «Galitzia y el Presente» con una lista de agentes rusófilos en Galitzia. Existe una traducción del panfleto, titulada «Das Galizien der Gegenwart», en KA Viena: MKSM 1914: 69-8/9.

[168] Drjur. Longin Cehelskzj, «Die Wahrheit über den Verrat in Ostgalizien», 8, KA Viena: MKSM (1915) 28-3/2.

[169] *Vid*., por ejemplo, k. k. Statthalter von Galizien a Minister des Innern, 11 de noviembre de 1915, 8. AVA Viena: MdI Präsidiale (1916-17) 22/Galiz. Karton 2117: Nr. 4403.

[170] K. u. k. Armeegruppenkmdo, GdI von Kövess a Kps, JTDionen, KTDionen, Lst. Brigaden u. Kps Trains der Armeegruppe, weiters an die exponierten Gend. Stabsoffz. von Lemberg, Stanislau u. Czernowitz, 19 de agosto de 1914. KA Viena: NFA, 43. Sch. D. Karton 2179 (Op. Akten v. August 1914): doc. 80. El 4.º Ejército, además, emitió el 13 de agosto de 1914 una orden a sus efectivos para que trataran con dureza a los civiles. *Vid*. Stone, N., 1998 (1975), 82 y 312, n. 12. Holzer, A., *op. cit.*, 62, cita una orden similar, del 19 de agosto de 1914, al mando del 3.er Ejército y a otras unidades.

[171] K. u. k. Militärkommando Krakau a k. k. Polizeidirektion Krakau, 11 de septiembre de 1914. AN Cracovia: DPKr 97: (1914) 3518/14: fo. 1867.

[172] Słomka, J., 1941, 221-226.

[173] Acerca de la composición, *vid*. Zgórniak, M., 1988, 237.

[174] K. u. k. 1 Kpskmdo, Op. Nr. 408-18, 31 de agosto de 1914. KA Viena: NFL 12 ID (1914 Op. Nr. v. 2.8-30.9) Karton 719. *Véase también*, en relación con la creencia en dichas historias por todo el Ejército, GdI von Dankl, diario, vol. 1, 105, 31 de agosto de 1914). KA Viena: NL Dankl, B/3: 5/1.

[175] K. u. k. 12 ITD Kmdo, Op. Nr. 70 al 23 Brig. Kmdo., 30 de agosto de 1914. KA Viena: NFL 12 ID (1914 Op. Nr. v. 2.8-30.9) Karton 719.

[176] K. u. k. 12 ITD Kmdo, Op. Nr. 70 a y de Jägerbaon 5, 3 de septiembre 1914. KA Viena: NFL 12 ID (1914 Op. Nr. v. 2.8-30.9) Karton 719.

[177] K. u. k. Traindivision No. 1 a k. u. k. 12 ITD acerca de «Informationsperson», 4 de septiembre de 1914. KA Viena: NFL 12 ID (1914 Op. Nr. v. 2.8-30.9) Karton 719.

[178] Szlanta, P., 2011, 166. Acerca de la percepción generalizada de la brutalidad excepcional de los húngaros, *vid*. Mentzel, W., 1997, 105. Con respecto a su reputación similar en Serbia, *vid*. Reiss, R. A., *op. cit.*, 36-37, 40-41, 60 y 76.

[179] Hanebrink, P. A., 2006, 28-46 y Okey, R., 2001, 325-330.

[180] A. Hausner, diario, 22 de octubre de 1914. *Cf.* la entrada del 20 de octubre de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[181] *Vid*. Taylor, K. E., *op. cit.*, 230-244.

[182] Acerca del uso del alemán en Galitzia en particular, *vid*. Baedeker, K., 1911, 24.

[183] Redlich, J., 1953, vol. I, 265 (entrada del 2 de septiembre de 1914).

[184] Dr. jur. Longin Cehelskzj, «Die Wahrheit über den Verrat in Ostgalizien», 3. KA Viena: MKSM (1915) 28-3/2.

[185] Memorando acerca de los supuestos rusófilos internados, 7 de noviembre de 1914. KA Viena: MKSM (1914) (Karton 1141) 69-11/5. *Véase también* Mentzel, W., *op. cit.*, 86-91. Acerca de los casos de comunidades rutenas enteras deportadas a la fuerza, *vid*. la petición del Ejército de evacuar a los 1200 rutenos de Solotwina y Manasterczany en marzo de 1915. K. u. k. Armeeoberkommando. Etappenoberkommando, «Evakuierung der Bevölkerung von Solotwina und Manasterczany wegen russophiler Gesinnung», 12 de marzo de 1915. KA Viena: AOK-QU.-Abteilung (Karton 1493), Nr. 31187.

[186] Ritter von Semaka, 14. Sitzung der XXII. Session am 4. Juli 1917 y Ritter von Singalewycz, 21. Sitzung der XXII. Session am 15. Juli 1917, en *Stenographische Protokolle über die Sitzungen des Hauses der Abgeordneten des österreichischen Reichsrates im Jahre 1917. XXII. Session. 1. (Eröffnungs-) bis 21. Sitzung. (S. 1 bis 1155). I. Band,* 1917, vol. I, 652 y 1103. También Mick, C., 2010, 72.

[187] *Vid*. Capítulo 1. Acerca de los partidos rutenos en el Reichsrat, *vid*. Höbelt, L., 2002, 58.

[188] Tăslăuanu, O. C., 1918, 37. *Véase también*, Mentzel, W., *op. cit.*, 96-97.

[189] «Bericht des Legationsrates Baron Andrian über seine Informationsreise nach Ostgalizien», 26 de julio de 1915, 19. AVA Viena: MdI Präsidiale (1914-15) 22/Galiz. Karton 2116: Nr. 19644. Para otros reportes y el papel de las autoridades civiles en la confección de las listas de internados, *vid*. Mentzel, W., *op. cit.*, 97 y 104.

[190] Dr. jur. Longin Cehelskzj, «Die Wahrheit über den Verrat in Ostgalizien», 1-2 y 8-10. KA Viena: MKSM (1915) 28-3/2. *Cf*. discurso del Abgeordneter Ritter von Singalewycz en *Stenographische Protokolle*, I (XXII. Session. 21. Sitzung), esp. 1103-1104.

[191] Strachan, H., 2001, vol. I., 353-356.

[192] K. Lauer, diario, 26 y 29 de agosto de 1914. KA Viena: NL Lauer, B/366: Nr. 1.

[193] A. Hausner, diario, 2 de septiembre de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[194] Mentzel, W., *op. cit.*, 92-102 y esp. 104.

[195] K. u. k. Kriegsministerium, orden «Superarbitrierung von Offizieren des Armeestandes, des Ruhestandes und im Verhältnisse außer Dienst, behufs Einteilung bei den Feldformationen», KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7377.

[196] Herwig, H. H., 1997, 94.

[197] *Vid*. K. Lauer, diario, 24 de septiembre de 1914. KA Viena: NL Lauer, B/366: Nr. 1. *Véase también* Dietrich, E., 1995, 258-259. Durante la guerra, el Ejército trató a unos 78 279 enfermos de cólera, de los cuales fallecieron 16 266. Casi todos los casos se contagiaron antes del verano de 1915.

[198] K. u. k. 4. Korpskommando a kgl. ung. 42. LITD, 9 de septiembre de 1914. KA Viena: NFA 43. Sch. D. 1914 (Op. Akt. v. Sept.-Okt.) (Karton 2180): Op. Nr. 36.

[199] *Vid*. K. Lauer, diario, 11 de septiembre de 1914. KA Viena: NL Lauer B/366: Nr. 1 y A. Hausner, diario, 20 de octubre de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217. *Véase también* Krasicki, A., 1988, 42 (diario, entrada del 29 de agosto de 1914).

[200] *ÖULK*, vol. I, 337-338.

[201] K. u. k. 2 Armeekommando, orden, 6 de septiembre de 1914. KA Viena: NFA 43. Sch. D. 1914 (Op. Akt. v. Sept.-Okt.) (Karton 2180): Op. Nr. 447.

[202] *Vid*. K. Lauer, diario, 12 de septiembre de 1914. KA Viena: NL Lauer, B/366: Nr. 1.

[203] Falkenhayn, cit. en Afflerbach, H., 2000, 118. Más en general, *véase también*, *ibid*., 187-210. Acerca de la escasez de munición de artillería, *vid*. Strachan, H., 2001, vol. I., 993-994.

[204] Führ, C., *op. cit.*, 64-71. Para la reacción de los polacos, *vid*. Szlanta, P., *op. cit.*, 168-169, acerca del ascenso del antisemitismo, *vid*. Mick, C., *op. cit.*, 146-153.

[205] Herwig, H. H., 1997, 94 y 120.

[206] Prete, R. A., diciembre de 1985, 889-890 y Stevenson, D., diciembre de 1979, 878.

[207] Fontaine, A., 1926, 270-271 y 405.

[208] Auge-Laribe, M. y Pinot, P., 1927, 55.

[209] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 140*.

[1] *Berliner Tageblatt und Handels-Zeitung. Morgen-Ausgabe* 43, 387 (2 de agosto de 1914).

[2] *Vid*. Mommsen, W. J., 1981b, 23-45. *Véase también* Paddock, T. R. E., 2010. Acerca de la beligerancia rusa en Galitzia previa a la Primera Guerra Mundial, *vid*. Bachmann, K., 2001, capítulo 3.

[3] Del zar al embajador de Francia, cit. en Golovin, N., julio de 1936, 74. Acerca de los planes bélicos rusos, *vid.* Snyder, J., 1984, 157-198 y Strachan, H., 2001, vol. I, 297-316.

[4] *Vid*. «Bericht des Oberpräsidenten der Provinz Ostpreußen an den Minister des Innern», 20 de marzo de 1915, reproducido en Auswärtiges Amt, 1915, anexo 1. Se conserva un ejemplar en BA-MA Friburgo: RM5/2514. Acerca de la preocupación por el ataque de noviembre, *vid*. Stellv. Generalkommando des V. Armeekorps a Erzbischof D. Likowski, 9 de noviembre de 1914. AP Poznań: OA X 39. Acerca de la campaña de Galitzia, *vid*. Stone, N., 1998 (1975), capítulo 4 y Strachan, H., *op. cit.*, vol. I, 347-367 y 371-373.

[5] *Vid*. Hagen, M. von, 2007, 19-42.

[6] *Vid*. Funk, A., 1955, 216-234 y Kossert, A., 2005, 118-119.

[7] Hirschberg, P., 1918, 3-4.

[8] Buena parte de este relato se basa en el informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fos. 16-17.

[9] Pueden encontrarse ejemplos de las historias de atrocidades extendidas por los refugiados en Kühr, P., 1998, esp. 18-19 (entrada del 9 de agosto de 1914) y 42 (entrada del 10 de septiembre de 1914).

[10] Póster, 22 de agosto de 1914. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 1.

[11] Rittel, diario, 25 de agosto de 1914. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[12] *Allensteiner Zeitung, Extra-Ausgabe Nr. 59*, 25 de agosto de 1914.

[13] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 208*, 10 de septiembre de 1914.

[14] Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 40. El diario local calculó que solo 2000 personas permanecieron en la ciudad. *Vid*. «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 208*, 10 de septiembre de 1914.

[15] Las fuentes no coinciden en el momento exacto de este saqueo. El presente libro sigue el relato del maestro, *Herr* Rittel, que se encargó de evaluar los daños que los saqueadores ocasionaron en el bar. *Vid*. Rittel, diario, 26 de agosto de 1914. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[16] Hirschberg, P., *op. cit.*, 9.

[17] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 208*, 10 de septiembre de 1914.

[18] Hirschberg, P., *op. cit.*, 9-10.

[19] Rittel, diario, 30 de septiembre de 1916. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[20] Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 40; «Als die Russen in Allenstein waren», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 204*, 5 de septiembre de 1914. Detalles del choque entre la caballería rusa y la germana en «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 208*, 10 de septiembre de 1914.

[21] Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 40; Rittel, diario, 30 de septiembre de 1916. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[22] Los relatos de la entrada de los rusos en Allenstein concuerdan en líneas generales, si bien presentan ciertas diferencias de tiempo. Las pruebas del presente pasaje proceden del *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 211* y *213*, 13 y 16 de septiembre de 1914; Rittel, diario, 27 de agosto de 1914. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169; Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 40; Telegrama del Oberbürgermeister Allenstein a Regierungspräsident Allenstein, 29 de agosto de 1914. GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3576: fo. 128.

[23] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 211*, 13 de septiembre de 1914.

[24] Hirschberg, P., *op. cit.*, 11-12.

[25] *Ibid*., 15-16. *Cf*. «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung*, *72. Jahrgang*, *Nr. 211*, 13 de septiembre de 1914.

[26] Telegrama del Oberbürgermeister Allenstein al Regierungspräsident Allenstein, 29 de agosto de 1914. GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3576: fo. 128.

[27] Rittel, diario, 30 de septiembre de 1916, sección titulada «Unter russischer Herrschaft». AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[28] Hirschberg, P., *op. cit.*, 19-21.

[29] Rittel, diario, 27 de agosto de 1914 y también en la sección de sus memorias titulada «Das Brotbacken in der Russennacht». AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[30] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 211*, 13 de septiembre de 1914.

[31] *Ibid*., *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 222*, 26 de septiembre de 1914, Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 40. Schroeder estuvo presente en esas conversaciones.

[32] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 223*, 27 de septiembre de 1914.

[33] Las tropas que liberaron Allenstein pertenecían a la 36.ª División de Reserva, una formación reclutada en Prusia Occidental, provincia limítrofe con Prusia Oriental. *Vid*. Showalter, D. E., 1991, 288.

[34] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 223*, 27 de septiembre de 1914; Rittel, diario, 30 de septiembre de 1916, sección titulada «Unsere Befreiung». AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169; Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fos. 39-40; Hirschberg, P., *op. cit.*, 24 y telegrama del Oberbürgermeister Allenstein al Regierungspräsident Allenstein, 29 de agosto de 1914. GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3576: fo. 128.

[35] Hirschberg, P., *op. cit.*, 29, «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung*, *72. Jahrgang*, *Nr. 223*, 27 de septiembre de 1914 y AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169: Rittel, diario, 28 de agosto de 1914.

[36] Gause, F., 1931, 191-192 y 218.

[37] Acerca de la condecoración de Zülch, *vid*. Rittel, diario, 30 de septiembre de 1916, sección titulada «Kleine Erlebnisse». AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169.

[38] «Die Allensteiner Russentage», *Allensteiner Zeitung, 72. Jahrgang, Nr. 213*, 16 de septiembre de 1914.

[39] Rittel, diario, 30 de septiembre de 1916, sección titulada «Unsere Befreiung». AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/169; Informe del Polizeiinspektor Schroeder[?], 15 de abril de 1915. AP Olsztyn: Akta Miasta Olsztyn 259/168: fo. 41.

[40] Hirschberg, P., *op. cit.*, 5.

[41] *Vid*. los «partes de guerra» diarios remitidos por el Regierungs-Präsident del condado de Gumbinnen, esp. 13, 15 y 17 de agosto de 1914 en GStA PK, Berlín: XX HA Rep 2II, 3559.

[42] Hoffmann, M., 1929, vol. I, 40 (entrada del 23 de agosto de 1914).

[43] Acerca de las bajas mortales y destrucción, *vid*. Gause, F., *op. cit.*, esp. 229. La cifra de Gause suele ser controvertida, por lo que cabe señalar que es el resultado de una investigación honesta y de impresionante detalle. Como puede verse en la documentación que ha pervivido, las investigaciones de la Administración de Prusia Oriental durante la contienda concluyeron que el Ejército ruso mató deliberadamente a 1615 civiles en el transcurso de las dos invasiones (*vid*. las tablas correspondientes a los condados de Königsberg y Allenstein en «Besichtigung der durch die Russeneinfällen beschädigten Teile der Provinz Ostpreußen durch die Minister [Staatsministerium]», *ca*. abril 1915 y la tabla de Gumbinnen del 4 de junio de 1915 en, respectivamente, GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 1064 y AP Olsztyn: OP Ostpreußen: 3/529: fos. 72-4). Mediante un examen detallado de crónicas locales escritas poco después de las invasiones, Gause, una vez eliminados los recuentos duplicados y las muertes accidentales, llegó a la conclusión de un total de 1491 víctimas de Prusia Oriental. Para un debate a fondo de las investigaciones y de los muertos, *vid*. Watson, A., diciembre de 2014.

[44] *Vid. ibid.*, 57. Acerca del tamaño y composición étnica de la población de Prusia Oriental, *vid.* Hesse, A. y Goeldel, H., 1916, vol. III, 2 y Belzyt, L., 1998, 17 y 25.

[45] «Bekanntmachung allen Einwohneren Ost. Preussens [*sic*]», firmado por Rennenkampf, 18 de agosto de 1914, en HHStA Wiesbaden: Plakate und Kriegsdocumente: Nr. 3012/3472.

[46] Danilov, Y., 1927, 204. Acerca de los ejemplos, *vid*. Watson, A., *op cit*.

[47] Gause, F., *op. cit.*, 200-211 y 229.

[48] Acerca de Eydtkuhnen, *vid*. «Die Besetzung des Postamts Eydtkuhnen durch die Russen», *Liegnitzer Tageblatt. 79. Jahrgang*, *Nr. 196, 1 Beilage* (22 de agosto de 1914). El resto de individuos recibió premios en metálico por su valentía. *Vid*. la lista compilada por el Geheimer Regierungsrat del Landrat de Memel, 19 de octubre de 1914. GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3670: fos. 28 y 32 y Landrat del Heydekrug al Regierungspräsident de Gumbinnen, 20 de noviembre de 1914. AP Olsztyn: RP Gumbinnen: 1576/14: fos. 83-84.

[49] Gause, F., *op. cit.*, 175. Se trata de un estudio semioficial realizado a la conclusión de la Primera Guerra Mundial. Acerca de su fiabilidad, *vid*. Watson, A., *op cit*.

[50] Gause, F., *op. cit.*, 212-219.

[51] Informe del Königliches Konsistorium der Provinz Ostpreußen a Evangelischer Ober-Kirchenrat in Berlin-Charlottenburg, 23 de octubre de 1914. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 1059, 3. *Véase también* Gouvernement von Königsberg a Kriegsministerium, 25 de septiembre de 1914. GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3587: fo. 42. Acerca del temor a los cosacos, *vid*. Traba, R., 2005, 252-255.

[52] Gause, F., *op. cit.*, 164-169.

[53] Informe del Fußgend. Wachtmeister Sahm I, 14 de septiembre de 1914. AP Olsztyn: Königlicher Regierungs-Präsident zu Allenstein (Rejencja Olsztyńskie) [en adelante, RP Allenstein]: 179: fo. 105, y Gause, F., *op. cit.*, 161-162.

[54] Prusin, A. V., 2005, 29.

[55] Gause, F., *op. cit.*, 152-154 y Oberwachtmeister Meyer, informe de gendarmería, 17 de septiembre de 1914. AP Olsztyn: RP Allenstein: 179: fos. 93-95. Existen varias versiones de lo que sucedió en Santoppen, aunque estas coinciden en la cifra de bajas. El relato de Gause sugiere que solo murió una mujer, aunque menciona que hubo otra mujer entre los prisioneros ejecutados, por lo que hemos optados por el reporte de Meyer, que da su nombre.

[56] Informe de Fußgend. Wachtmeister Sahm I, 11 y 14 de septiembre de 1914. AP Olsztyn: RP Allenstein: 179: fos. 19 y 105-107 y Gause, F., *op. cit.*, 177-178.

[57] Gause, F., *op. cit.*, 183-184.

[58] Anna S., testimonio —y declaraciones acreditativas de otras personas—, 11 de septiembre de 1914. AP Olsztyn: RP Allenstein: 178: fos. 3-4.

[59] *Vid*., por ejemplo, el informe del Oberwachmeister Sadowski de Darkehmen del 4 de marzo de 1915 acerca de las exhaustivas investigaciones emprendidas por el Ejército ruso en torno a un caso de intento de violación y asesinato por parte de uno de sus hombres. AP Olsztyn: OP Ostpreussen: 3/528: fos. 308-10.

[60] *Vid*. «Besichtigung der durch die Russeneinfällen beschädigten Teile der Provinz Ostpreußen durch die Minister [Staatsministerium]», GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 1064.

[61] La información de los nacimientos causados por violaciones está en el informe «Fürsorge für die Russenkinder», acompañado de una carta del Oberpräsident al Minister des Innern, 24 de noviembre de 1916, y también de una carta del Oberpräsident a la Regierungshauptkasse de Königsberg, 5 de mayo de 1917. AP Olsztyn: OP Ostpreußen: 3/530: fos. 290-293 y 391-394 y 399. Para estudios modernos, *vid*. Holmes, M. M., Resnick, H. S., Kilpatrick, D. G. y Best, C. L., agosto de 1996, 320-325.

[62] Anna N., declaración jurada al tribunal, 26 de enero de 1915. *Cf*. el testimonio de su madre que sigue a continuación. AP Olsztyn: RP Allenstein: 184: fos. 81-83. *Cf*. con los testimonios de víctimas francesas de violación en Harris, R., noviembre de 1993, 176-179.

[63] En el condado sur de Prusia Oriental sobrevivió una cifra estimada de 400, más tarde corregida a 1000, donde operó el contingente de Samsonov. En el norte y en el este de la provincial, las fuerzas de Samsónov se llevaron a 704 hombres y 10 mujeres del norte del condado de Königsberg y es probable que un número aún mayor del condado de Gumbinnen, más al este. *Vid*. los informes de los condados de Allenstein y Gumbinnen del 29 de octubre y 25 de septiembre de 1914 en AP Olsztyn: OP Ostpreußen: 3/528: fos. 38-62 y 64-79 y la tabla correspondiente a Königsberg, hacia abril 1915, en GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 1064.

[64] Carta de Bernard F. al Regierungspräsident de Allenstein, 29 de septiembre de 1914. AP Olsztyn: RP Allenstein: 179: fos. 85-87.

[65] Lohr, E., 2003, 17-18 y 124.

[66] Gause, F., *op. cit.*, 142-144. *Véanse también* las listas de deportados de los condados de Königsberg, Allenstein y Gumbinnen de 1916-1917 en GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3578, 3579 y 3580.

[67] Cifras calculadas de informes del Regierungspräsidenten en Allenstein y Gumbinnen, 16 de febrero y 21 de abril de 1915. GStA PK, Berlín: XX. HA Rep 2II, 3560: fo. 158 y I. HA Rep 90A, 1064, 7-8; y reportajes del Landräte de los distritos de Johannisburg (15 de febrero de 1915), Lötzen (18 de febrero de 1915), Sensburg (19 de febrero de 1915) y Lyck (26 de febrero de 1915). AP Olsztyn: RP Allenstein: 177: fos. 21-3, 27-8, 31-5 y 45-47. Acerca de la evacuación, *vid*. Gause, F., *op. cit.*, 69-70.

[68] *Vid*. Lohr, E., *op. cit.*, 124, Auswärtiges Amt, *op. cit.*, anexo 81 y Gause, F., *op. cit.*, 242-243.

[69] Informe del Regierungspräsident en Gumbinnen al Unterstaatssekretär Heinrichs, 21 de abril de 1915. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 1064, 7-8. *Véase también* Gause, F., *op. cit.*, 242-243.

[70] Gause, F., *op. cit.*, 117.

[71] Con respecto a la deportación de los alemanes étnicos y de los enemigos expatriados de Rusia, *vid*. Lohr, E., *op. cit.*, 122-137.

[72] Gause, F., *op. cit.*, esp. 253 y 282. Acerca de las condiciones de internamiento, *vid*. los informes del embajador estadounidense reproducidos en Tiepolato, S., 2006, 185-192.

[73] Wolff, T., 1984, vol. I, 96, entrada del diario del 30 de agosto de 1914. Acerca del periodo anterior, *vid*. el cuarto «Stimmungsbericht» del Polizeipräsident in Berlin, 2 de septiembre de 1914. BA Berlin Lichterfelde: R43/2398: fo. 138.

[74] *Vid*. Goltz, A. von der [publicado como Menge, A.], 2009, 14-27. Con respecto a los intentos del káiser de aprovechar las victorias para aumentar su prestigio, *vid*. Müller, G. A. von, 1961, 65, entrada del 15 de febrero de 1915.

[75] *Vid*. A. Hausner, diario (vol. 2), 16 de noviembre de 1914 (18). KA Viena: Nachläße: B/217 Hausner.

[76] Diputado Stücklein en el Reichstag, 26 de agosto de 1915, cit. en Read, J. M., 1972 (1941), 113-114.

[77] Oberbürgermeister de Múnich, 4 de marzo de 1915, cit. en Münchner Ostpreußenhilfe, 1915, 1.

[78] Ostpreußisches Landesmuseum Luneburg (ed.), 2006, 16. Para más detalles, *vid*. Watson, A., *op cit.*

[79] Hagen, M. von, *op. cit.*, 20.

[80] *Vid*. Holquist, P., 2010b, 57.

[81] Davies, N., 2005, vol. II, 282-283.

[82] Słomka, J., 1941, 215-220.

[83] Ansky, S., 2002, 116.

[84] Holquist, P., *op. cit.*, 57.

[85] Informe del exponierter Stabsoffizier des Landesgendarmeriekommandos 5 en Lemberg, 13 de diciembre de 1915, en K. u. k. Ministerium des Äussern, 1916, 53-54.

[86] Para las diferencias entre la violencia contra los prusianos orientales y la violencia contra los judíos del Imperio autrohúngaro, *vid*. Watson, A., *op cit*.

[87] *Vid*. el informe acerca de Brody del doctor Bernard Hausner, trabajador humanitario judío, en CAHJP, Jerusalem: HM2-9177 (los originales se guardan en el Tsentral'nyi derzhavnyi istorychnyi arkhiv Ukrainy, L'viv: fond 146 opis 4), fos. 23-6, y Ansky, S., *op. cit.*, 68-70.

[88] *Vid*. los reportes acerca de Jaryczów Nowy, Zabłotów y Nadwórna remitidos por Hausner en CAHJP, Jerusalem: HM2-9177, fos. 110, 46-47 y 14, 59, y Holquist, P., *op. cit.*, 54.

[89] «Kriegsschaden in Westgalizien-Gendarmerieberichte», 1 de diciembre de 1914. AVA Viena: MdI (1914) 19 en generl. Akte 45930.

[90] Mick, C., 2010, 105-106. *Véase también* Ansky, S., *op. cit.*, 78.

[91] *Vid*. las quejas de un «Denkschrift» anónimo remitidas al ministro presidente Stürgkh en el otoño de1915 en AVA Viena: MdI, allgemein 28 in gen. (1914-16) (Karton 2231): doc. 57652. Sus protestas contra la hostilidad rutena hacia los judíos se corroboran en k. k. Statthaltereipräsidium a Ministerium des Innern, 24 de noviembre de 1915, 10. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1914-15): 22/Galiz. Karton 2116: doc. 25414, y también los informes de Hauser, en particular los de Horodenka, Delatyn y Gródek. *Vid*. CAHJP, Jerusalem: HM2-9177, fos. 4, 13 y 103. Acerca de las reacciones de los mandos rusos a los pogromos, *vid*. Prusin, A. V., *op. cit.*, 26-29.

[92] Schoenfeld, J., 1985, 135. El reporte de Hausner acerca de *Śniatyn* observa que la población civil no participó en el saqueo ruso de la localidad. *Vid*. CAHJP, Jerusalem: HM2-9177.1: fos. 49-50.

[93] Informes del dr. Hausner y del k. k. Gendarmeriepostenkommando de la localidad, 3 de mayo de 1916. *Vid*. CAHJP, Jerusalem: HM2-9177.1: fos. 31 y 34.

[94] *Vid*. Prusin, A. V., *op. cit.*, 21-23, Mentzel, W., 1997, 31-32 y Hoffmann-Holter, B., 1995, 29.

[95] Faust, G., 1915, 7-10.

[96] Sitzung des königlichen Staatsministeriums, 16 de octubre de 1914. BA Berlin Lichterfelde: R43/2466c: fos. 112-reverso del f. 118. Acerca de un caso escandaloso, *vid*. la documentación del Amtsgericht y del Landrat de la zona, 1 de septiembre de 1914, que trata de la huida del Landrat (prusiano occidental) de Estrasburgo en GStA PK, Berlín: XIV. HA Rep 181, 30307.

[97] KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 4: Nr. 2146.

[98] Landesgerichtsrat A. Regius, diario, 4 de septiembre de 1914. KA Viena: NL Regius B/395.

[99] Forstner, F., 1997, 149 y 160. Acerca de los aspectos de seguridad, *vid*. Mentzel, W., *op. cit.*, 75-77 y de la población, *vid*. Guttry, A. von, 1916, 56.

[100] Bieniarzówna, J. y Małecki, J. M., 1979, vol. III, 360 y 379.

[101] C. i. k. Komenda Twierdzy, «Obwieszczenie», 13 de septiembre de 1914. AN Cracovia: DPKr 104: fos. 847-848.

[102] Dąbrowski, J., 1977, 38-39, entradas del diario correspondientes a los días 5, 16 y 21 de septiembre de 1914.

[103] C. k. Prezydium Dyrekcji policy w Krakowie, «Informacya poufna», 18 de septiembre de 1914. AVA Viena: MdI (1914) 19 in generl. Karton 1921: Nr. 36570.

[104] Para las acciones militares, *vid*. *OÜLK*, vol. I., 370-372, 383-393, 487-488 y 501-517.

[105] Dąbrowski, J., *op. cit.*, 46, entrada del diario del 15 de noviembre de 1914.

[106] Mentzel, W., *op. cit.*, 80.

[107] Mensaje al Kriegsüberwachungsamt, 5 de noviembre de 1914. AVA Viena: MdI (1914) 19 in generl.: Akte 45676.

[108] K. u. k. Festungskommando in Krakau a k. k. Polizeidirektion in Krakau, 6 de noviembre de 1914. AN Cracovia: DPKr 99: 4624/14: fo. 1787.

[109] Mikułowski Pomorski, J. (ed.), 1991, 65-66.

[110] Statthaltereipräsidium, llamada telefónica al Ministerium des Innern, 4 de noviembre de 1914. AVA Viena: MdI (1914) 19 in generl.: Akte 45676.

[111] K. u. k. Festungskommando in Krakau a k. k. Polizeidirektion in Krakau, 10 de noviembre de 1914. AN Cracovia: DPKr 100: 4669/14: fo. 21.

[112] Minuta de las conversaciones entre Festungskommandant Krakau y Kriegsminister, 2 de diciembre de 1914. AVA Viena: MdI (1914) 19 in generl.: Akte 45676.

[113] *Vid*. Strachan, H., *op. cit.*, vol. I, 372-373. Para un relato detallado de las operaciones militares, *Véase también ÖULK*, vol. I, 522-563.

[114] Cit. en Szlanta, P., 2006, 160.

[115] Bobrinski, cit. en Hagen, M. von, *op. cit.*, 32. Acerca del regimen de Bobrinski, *vid*. Mick, C., *op. cit.*, 85-96.

[116] Prusin, A. V., *op. cit.*, 34-35; Hagen, M. von, *op. cit.*, 27-28; y Holquist, P., *op. cit.*, 52-73.

[117] Mick, C., *op. cit.*, 87-92, y Hagen, M. von, *op. cit.*, 25.

[118] Hagen, M. von, *op. cit.*, 25.

[119] «Bericht des Legationsrates Baron Andrian über seine Informationsreise nach Ostgalizien», 26 de julio de 1915, 4-13. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1914-15) 22/Galiz. Karton 2116: doc. 19644. *Véase también* el informe sin fecha titulado «Sekretarz Naczelnego Komitetu Narodowego», en AN Cracovia: NKN 280: fos. 26-32.

[120] Acerca de la toma de rehenes, *vid*. Mick, C., *op. cit.*, 129. Acerca de las actividades y el arresto de Sheptitskyi, *vid*. Hagen, M. von, *op. cit.*, 37-40.

[121] En relación con los rusófilos, *vid*. Bachmann, K., *op. cit.*, 24-28 y capítulo 3.

[122] Mick, C., *op. cit.*, 98 y 111-112 y Hagen, M. von, *op. cit.*, 33.

[123] «Bericht des Legationsrates Baron Andrian», 24-25.

[124] *Ibid*., 17. *Véase también* el reporte de k. k. Statthalter von Galizien, Hermann von Colard, 11 de noviembre de 1915, 9-10. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1916-17) 22/Galiz. Karton 2117: doc. 4403.

[125] Evlogii, cit. en Mick, C., *op. cit.*, 121.

[126] Ansky, S., *op. cit.*, 73-74.

[127] Estos pasajes están basados en Mick, C., *op. cit.*, 111-127. *Cf*. Hagen, M. von, *op. cit.*, 37-42. Para el clero asesinado, *vid*. «Bericht des Legationsrates Baron Andrian», 22. Acerca de las parroquias de Galitzia, *vid*. Springer, J., 1840, vol. I., 341.

[128] «Bericht des Legationsrates Baron Andrian», 14.

[129] Para los rehenes, *vid*. Mick, C., *op. cit.*, 109 y Prusin, A. V., *op. cit.*, 49. En relación con la población de Galitzia oriental, *vid*. Wróbel, P., 1994, 110-111.

[130] Prusin, A. V., *op. cit.*, 42.

[131] Ansky, S., *op. cit.*, 122-123. *Véase también* Prusin, A. V., *op. cit.*, 41-42 y Hagen, M. von, *op. cit.*, 27-28.

[132] Jüdischer Nationalverein in Oesterreich to k. k. Ministerium des Innern, 3 de septiembre de 1915. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1914-15) 22/Galiz. Karton 2116: doc. 19412. *Cf*. «Bericht des Legationsrates Baron Andrian», 13.

[133] *Vid*. la carta anónima titulada «Polnische Politik!», con matasellos del 9 de julio de 1915, y k. k. Bezirkshauptmannschaft Przemysł, Polizeiabteilung, reporte al Statthaltereipräsidium acerca de «Verhalten der Polen in Galizien gegenüber der jüdischen Bevölkerung», 27 de septiembre de 1915. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1914-15) 22/Galiz. Karton 2116: doc. 15635 y Präsidiale (1916-17) 22/Galiz. Karton 2117: doc. 26250.

[134] *Vid. Sprawozdanie c. k. Namiestnictwa, Centrali krajowej dla gospodarczej odbudowy Galicyi za czas od czerwca 1916 do lutego 1917* [Informe de los Virreyes, Sede Nacional para la Reconstrucción Económica de Galicia para el periodo comprendido entre junio de 1916 y febrero de 1917], 1917, 4.

[135] Informes de las comunidades hebreas de Galitzia oriental recopilados por Hausner a principios de 1916. *Vid*. CAHJP, Jerusalem: HM2-9177.1: fos. 37, 14, 3-4, 107 y 110-112.

[136] Sperber, M., 1987, 83.

[137] Holquist, P., *op. cit.*, 59.

[138] Prusin, A. V., *op. cit.*, 37-44.

[139] Acerca de la dinámica, mucho más sangrienta, con los regímenes totalitarios, *vid*. Snyder, T., 2010. En relación con la evolución de las políticas de deportación de Rusia durante la contienda, *vid*. *ibid*. y también Lohr, E., *op. cit.*, 121-165.

[140] Holquist, P., *op. cit.*, 62-65.

[141] Prusin, A. V., *op. cit.*, 27.

[142] Informes de la gendarmería de Mościska, 10 de mayo de 1916, y Tyśmienica, 14 de mayo de 1916, reportes recopilados en ambas localidades por Hausner a principios de 1916 y el atestado de una víctima de Tyśmienica, 2 de junio de 1916. *Vid*. CAHJP, Jerusalem: HM2-9177.1: fos. 9, 51-52, 54 y 56-57.

[143] Prusin, A. V., *op. cit.*, 48-54 y Holquist, P., *op. cit.*, 66-67.

[144] Ansky, S., *op. cit.*, 134-163.

[145] Słomka, J., *op. cit.*, 234, Faust, G., *op. cit.*, 23-24 y «Bericht des Legationsrates Baron Andrian», 13.

[146] *Vid*. Mick, C., *op. cit.*, 130, Prusin, A. V., *op. cit.*, 56 y 62 y Holquist, P., *op. cit.*, 67.

[147] Führ, C., 1968, 63-70. Acerca de la desaprobación de las élites polacas, *vid*. el reporte sin fechar «Sekretarz Naczelnego Komitetu Narodowego» en AN Cracovia: NKN 280: fo. 29.

[148] Ansky, S., *op. cit.*, 114-115. *Cf.* 161. Las estimaciones del número de rutenos que huyeron de los rusos van desde algunos millares a decenas de miles. *Vid*. Hagen, M. von, *op. cit.*, 41 y «Bericht des Legationsrates Baron Andrian», 15-16.

[149] *Vid*. los extractos de dos notas remitidas por el Ministerium des Äußern al k. k. Ministerium des Innern, enero de 1916. AVA Viena: Min. des Innern, Präsidiale 22. Galiz. (1916-17). Karton 2117: doc. 400.

[150] Szlanta, P., 2011, 166, y Mick, C., *op. cit.*, 143-146.

[151] «Die Zustände in Lemberg», 23 de diciembre de 1915, 1-4. AVA Viena: MdI, Präsidiale 22. Galiz. (1916-17). Karton 2117: doc. 400. *Cf*. «Bemerkungen ueber Lemberg nach der Befreiung von der russischen Invasion». AN Cracovia: NKN 280: fos. 33-40. Esto último podría ser una de las fuentes del primer reporte.

[152] Para el suelo, *vid*. Schulze, M.-S., 2005, 92 y para la ganadería, Kargol, T., 2007, 222.

[153] Frank, A. F., 2005, 173 y 188-189.

[154] La cifra comprende 600 000 refugiados sin medios registrados en diciembre de 1914, entre 300 000 y 400 000 personas capaces de mantenerse de forma independiente y otros residentes ilegales en el interior del imperio. *Vid*. Mentzel, W., *op. cit.*, 5.

[155] Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, 49.

[156] K. k. Minister des Innern en Viena al k. k. Statthalter en Galitzia, 5 de octubre de 1914, y k. u. k. Generalstabsabteilung der Festung Krakau a das Präsidium der k. k. Polizeidirektion en Cracovia, 18 de octubre de 1914. AN Cracovia: DPKr 104, fo. 339, y DPKr 99: 4333/14, fo. 971.

[157] Ministerium des Innern en Viena al k. k. Statthalterei en Galitzia, 8 de octubre de 1914. AN Cracovia: DPKr 99: 4258/14, fo. 81.

[158] Mentzel, W., *op. cit.*, 8-13.

[159] «Instruktion betreffend die Beförderung und Unterbringung von Flüchtlingen aus Galizien und der Bukowina». AN Cracovia: DPKr 122: doc. 3894/14. *Véase también* Mentzel, W., *op. cit.*, 236-237 y 242-247.

[160] Carta anónima de queja, noviembre de 1914. AVA Viena: Ministerium des Innern (1914) 19 en generl.: 45827. Para más detalles de los refugiados en Hungría, Mentzel, W., *op. cit.*, 191-207.

[161] Informe traducido del Wiedeński Kuryer Polski, 11 de enero de 1915. AVA Viena: MdI (1914) 19 en generl.: doc. 46124. *Véase también* Mentzel, W., *op. cit.*, 293 y Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, n. 30.

[162] Rechter, D., 1997, 118.

[163] Kuprian, H. J. W., 1995, 285.

[164] Mentzel, W., *op. cit.*, 272.

[165] *Vid*. un ejemplo de tales enfoques en Kuprian, H. J. W., *op. cit.*, 295. Acerca de la visión de Prusia Oriental y Galitzia en el imaginario de la época, *vid*. Kossert, A., *op. cit.* y Wolff, L., 2010.

[166] M. Schwestek, diario/memorias, 29 septiembre 1914. KA Viena: B89.

[167] Statthalter de Vorarlberg, cit. en Kuprian, H. J. W., *op. cit.,* 293. *Véase también* Mentzel, W., *op. cit.*, 171-175.

[168] Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, 35-36 y 40.

[169] Lindemann, A. S., 1997, 194-197.

[170] Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, 47-51 y 79-81.

[171] Rechter, D., *op. cit.*, 116 y 120-124.

[172] Rudolf Schwarz-Hiller, cit. en Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, 74. Para la ayuda humanitaria privada, *véase también* Mentzel, W., *op. cit.*, 347-355.

[*] N. del T.: El edificio todavía existe en la ciudad de Olsztyn/Allenstein, que hoy forma parte de Polonia. Las autoridades comunistas ordenaron retirar los relieves en 1969 a causa de su «contenido no ortodoxo».

[**] N. del T.: *Zhid* [Жид]. En lengua rusa, mote despectivo que alude a los judíos.

[1] A. Hausner, diario, 12 de diciembre de 1914. KA Viena: NL Hausner, B/217.

[2] Broadberry, S. y Harrison, M., 2005, 9.

[3] Moltke, E. von (ed.), 1922, 308 (carta a su esposa, 29 de enero de 1905).

[4] Strachan, H., 2001, vol. I, 1014-1025 y 1042-1043. *Véase también* Pogge von Strandmann, H. (ed.), 1985, 186-191.

[5] Lawrence, J., 1997, 156-157.

[6] Feldman, G. D., 1992 (1966), 64-73; Wegs, J. R., 1970, 181-182.

[7] Davis, B. J., 2000, 24-27.

[8] «Amtliche Preislisten für den Landkreis Thorn: Höchster Verkaufspreis», e n *Kreis-Blatt für den Land- und Stadtkreis Thorn*, 29 de agosto y 5 de diciembre de 1914. AP Toruń: Star. Pow. w Toruniu, 1818-1920: Nr. 1020. *Cf.* los precios de Karlsruhe publicados en Chickering, R., 2004, 43.

[9] Davis, B. J., *op. cit.*, 24-25 y 51; Healy, M., 2007 (2004), 40 y Loewenfeld-Russ, H., 1926, 47-51.

[10] Herwig, H. H., 1997, 119-120 y Bessel, R., 1993, 9.

[11] Acerca del odio, *vid*. Audoin-Rouzeau, S. y Becker, A., 2002, 102-103.

[12] En relación con este tema, *vid*. el trabajo pionero de Hämmerle, C., junio de 1996.

[13] Emmy W., diario, 25 de octubre de 1914. DTA Emmendingen: 586/ I.

[14] Watson, A. y Porter, P., febrero de 2010, 146-154 y 160.

[15] Llamamiento de la emperatriz del 6 de agosto de 1914, reproducido en Lutz, R. H. (ed.), 1932, vol. I, 21-22.

[16] *Neckar-Zeitung*, Heilbronn, 5 de agosto de 1914, 4, cit. en Koch, E., 1997, 41.

[17] Hämmerle, C., *op. cit.*, esp. 104-129 y 159-183 y Hämmerle, C. (ed.), 1993, 283-287.

[18] Cartas a A. Hartmuth; *vid*. en particular las de su madre, 27 de enero, 3 de mayo —datada por error en abril— y 27 de noviembre de 1915, y de su hermana Trudi, 17 de noviembre de 1916. Colección del autor.

[19] Carta a A. Hartmuth del Direktion der Comerz- und Disconto-Bank, Hamburgo, 27 de noviembre de 1914. Coleccion del autor.

[20] Meier, K., 1994, 708-709 y Bobić, P., 2012, 142-145.

[21] Carta a A. Hartmuth de su madre, 26 de octubre de 1914. Coleccion del autor. *Cf*. Chickering, R., *op. cit.*, 111 y 368-369.

[22] *Vid*. la circular de la Kriegs-Ausschuß für warme Unterkleidung, 25 de septiembre de 1914. AP Poznań: Polizei-Präsidium Posen 8979: fo. 5.

[23] Zahra, T., 2008, 98-101.

[24] Polizeipräsident in Berlin al Unterstaatssekretär in der Reichskanzlei, «Zehnter Stimmungsbericht», 5 de octubre de 1914. BA Berlin Lichterfelde: R43/2398: fo. 202 y reverso.

[25] Landes-Kriegshilfsbureau, Salzburgo, a Kriegshilfsbureau des k. k. Ministerium des Innern, Viena, 3 de diciembre de 1914. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1914-15): 19/1. Box 1740: doc. 18224.

[26] Hämmerle, C., *op. cit.*, 90-92.

[27] Chickering, R., *op. cit.*, 372-390.

[28] E. Stempfle, diario, 18 de octubre de 1914. DTA, Emmendingen: 1654. *Véase también* Mai, G., 1977, 202.

[29] Nübel, C., 2008, 56-57.

[30] Stibbe, M., 2001, 60.

[31] Rüger, J., primavera de 2009, 33-35.

[32] Kommandantur von Coblenz und Ehrenbreitstein, «Bekanntmachung», 25 de febrero de 1916. HHStA Hessen: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2775: fo. 164.

[33] K. k. Minister des Innern al k. k. Statthalter en Galitzia, 14 de julio de 1916. AN Cracovia: DPKr 110: 267-268.

[34] En este caso, una acusación pública contra la compañía de neumáticos Dunlop. *Vid*. *Frankfurter Zeitung und Handelsblatt, Zweites Morgenblatt. 59. Jahrgang, Nummer 246* (5 de septiembre de 1914), 6.

[35] Rudolph, H., 1997, 294-300.

[36] Anuncio en *Die Neue Zeitung. Illustriertes unabhängiges Tagblatt. 8. Jahrgang, Nr. 13* (13 de enero de 1915), 8 y Berghoff, H., 1997, 266.

[37] Goltz, A. von der [publicado como Menge, A.], 2009, 26.

[38] *Vid*. el envoltorio de la firma de chocolates Kryształ de Podgórze, en AN Cracovia: Zb. KL 12.

[39] Hoffmann, H., 1997, 231-232.

[40] Ferguson, N., 1998, 275.

[41] Octavilla (*Merkblatt*). *Véase también* la carta adjunta del Minister des Innern in Berlin al Regierungspräsidenten y al Polizeipräsidenten in Berlin, 17 de noviembre de 1914. AP Toruń: Starostwo Powiatowe w Toruniu (Landratsamt Thorn), 1818-1920: Nr. 1021. *Cf*. Healy, M., *op. cit.*, 37-38.

[42] Carta a A. Hartmuth de su madre, 27 de enero de 1915. Coleccion del autor.

[43] Feldman, G. D., *op. cit.*, 105 y 127. *Véase también* Loch, T., 2003, 52-54.

[44] *Vid*., por ejemplo, memorando de la ciudad de Thorn al Regierungs-Präsident Marienwerder, 17 de mayo de 1915. AP Toruń: Akta Miasta Torunia: Nr. C9257, fos. 92-98. Para Austria, *vid*. Dammelhart, T., 2001, 283-284.

[45] Brandt, S., 2004 (2003), 651.

[46] *Fertige Kriegsküchenzettel für den einfachen Haushalt herausgegeben von der königliche Eisenbahndirektion Münster (Westf.). Praktische und verständliche Anleitung von Helene Range*, Münster i. W., s. f., 6-8.

[47] *Ibid*., 5, 37-39 y contraportada.

[48] Healy, M., *op. cit.*, 117.

[49] Recortes del *Frankfurter Nachrichten und Intelligenz-Blatt. Nr. 273* (2 de octubre de 1914) y Nr. *348*, 16 de diciembre de 1914. HHStA Wiesbaden: Preußisches Polizeipräsidium Frankfurt a. M. (407): Nr. 248.

[50] Donson, A., 2010, 108-109 y Hämmerle, C. (ed.), *op. cit.*, 274.

[51] Saul, K., 1983, 117.

[52] Syndikus der Handelskammer zu Elbing al Handelskammer zu Thorn, 26 de abril de 1918. AP Toruń: Akta Miasta Torunia: Nr. C8883, fo. 106.

[53] Kronenberg, M., 2010, 35-36 y 43-44; Donson, A., *op. cit.*, 112-113. *Véase también* carta a A. Hartmuth de «Lulu», 5 de marzo de 1915. Coleccion del autor.

[54] Hämmerle, C. (ed.), *op. cit.*, 125 y 280.

[55] Donson, A., *op. cit.*, 79-81 y 86-88 y Hämmerle, C. (ed.), *op. cit.*, 287-294.

[56] Musketier A. Hartmuth. Carta de su hermana Lulu, 3 de diciembre de 1915. Colección del autor.

[57] Kühr, P., 1998, 112 y 155 (entradas del diario del 11 de febrero y 10 de agosto de 1915).

[58] Diers, M., 1997, 78-84.

[59] Goltz, A. von der [publicado como Menge, A.], *op. cit.*, 27-33 y Brandt, S., 2004, 64 y 69.

[60] Brandt, S., 2004, 66; Diers, M., *op. cit.*, 84-88 y Goebel, S., 2004, 160.

[61] Schneider, G., 1999, esp. 38-42 y 55-62.

[62] «Die Enthüllungsfeier des “Eisernen Siegfried”», recorte de prensa. HHStA Wiesbaden: 408: Nr. 121: fo. 159. Acerca de los precios, *vid*. «invitación» a este acto en *ibid*., fo. 157 y también Diers, M., *op. cit.*, 87.

[63] Chickering, R., *op. cit.*, 393-394.

[64] Recorte de *Wiesbadener Neueste Nachrichten*, 25 de octubre de 1915. HHStA Wiesbaden: 405: Nr. 2778: fo. 167.

[65] Schneider, G., *op. cit.*, 43-53.

[66] Cisek, J., 2003, 162-172. *Véase también* «Uroczystość 16 sierpnia», *Nowa Reforma. Wydanie Popołudniowe. Rok XXXIV. Nr. 412* (16 de agosto de 1914), 1.

[67] Zgórniak, M., 1988, 236-238.

[68] Nowak, J. T., 2006, 36, 49, 54, 64, 67 y 76.

[69] Lasswell, H. D., 1927, 47.

[70] «Unser brutalster Gegner», *Frankfurter Zeitung und Handelsblatt 59. Jahrgang, Nr. 249, Zweites Morgenblatt* (8 de septiembre de 1914), 1. *Véase también* Raithel, T., 1996, 332-333.

[71] Moltke, cit. en Nicolai, W., 1920, 113.

[72] Koszyk, K., 1968, 20-29, 46 y 186-188 y Welch, D., 2000, 24-40.

[73] *Vid*. Geppert, D. y Gerwarth, R. (eds.), 2008. *Véase también* Pryor, K., 2010.

[74] Haeckel y Eucken, 18 de agosto de 1914. Cit. en Hoeres, P., 2004, 122.

[75] Schwalbe, K., 1969, 22-23.

[76] Ungern-Sternberg, J. von y Ungern-Sternberg, W. von, 1996, 163-164.

[77] Schwalbe, K., *op. cit.*, 26-28.

[78] Stibbe, M., *op. cit.*, 49-79.

[79] Sombart, W., 1915.

[80] Buchner, E. (ed.), 1914-1915, vol. IV, 188 (doc. 300).

[81] *Ibid*., 392-393 (doc. 486).

[82] Acerca del Emden, *vid*. Halpern, P. G., 1994, 72-77. *Véase también* E. Schwarz, diario, 28 de octubre, 6 y 11 de noviembre de 1914. DTA Emmendingen: 1654; A. Hartmuth, carta del «Onkel Max», 2 de noviembre de 1914. Colección del autor.

[83] Offer, A., 1989, 25.

[84] Osborne, E. W., 2004, 63, 74 y 87-88.

[85] Best, G., 1980, 211-215 y 244-262.

[86] Osborne, E. W., *op. cit.*, 125-126 y 133.

[87] Eltzbacher, P. (ed.), 1915, 1-2.

[88] Kröll, U., 1973, esp. 51-65 y 112-125. Para las estadísticas de muertes, Hull, I. V., 2005, 152.

[89] Osborne, E. W., *op. cit.*, 95.

[90] Lee, J., 1975, 229-236.

[91] Offer, A., *op. cit.*, 25-28.

[92] Hardach, G., 1977, 115-118; Feldman, G. D., *op. cit.*, 100-102.

[93] Davis, B. J., *op. cit.*, 28-32.

[94] H. Götting, diario, 22 de febrero de 1915. DTA, Emmendingen: 700/ I.

[95] Cálculo basado en las cifras disponibles de febrero-diciembre de 1915 en Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 132 y [British] War Office (ed.), 1922, 359-362.

[96] *Vid*. «Die Dum-Dum Geschosse», *Frankfurter Zeitung und Handelsblatt 59. Jahrgang, Nr. 250, Zweites Morgenblatt* (9 de septiembre de 1914), 1. Acerca de las convicciones de las tropas con respecto a las balas *dumdum* británicas, *vid*. Watson, A., 2008, 69.

[97] Stibbe, M., *op. cit.*, 38-44.

[98] *Vid*. Auswärtiges Amt, 1916, que contiene la correspondencia diplomática y copias de los atestados de los marineros estadounidenses. BAMA Friburgo: RM5/ 2971: fos. 76-110.

[99] Copia de *Bremer Nachrichten* article, 16 de octubre de 1915. BA-MA Friburgo: RM3/5362: fos. 8-9. *Cf.* «Die Ereignisse zur See», *Deutsche Kriegszeitung. Nr. 43* (24 de octubre de 1915), 7.

[100] Staatsekretär des Reichs-Marine-Amts al Reichskanzler, 26 de agosto de 1914. BA Berlín Lichterfelde: R43/ 2398.

[101] H. Götting, diario, 22 de febrero de 1915. DTA Emmendingen: 700/I.

[102] Donson, A., *op. cit.*, 78-83 y 243-244.

[103] Stibbe, M., *op. cit.*, 18 y Unteroffizier Groth, diario, 18 de mayo de 1915. DTA Emmendingen: 1613.

[104] Stibbe, M., *op. cit.*, 22.

[105] Jones, H., 2005, 147-152.

[106] Polizeipräsident in Berlin al Unterstaatssekretär in der Reichskanzlei, «Zehnter Stimmungsbericht», 5 de octubre de 1914. BA Berlin Lichterfelde: R43/2398: fo. 202.

[107] E. Stempfle, diario, 7 de noviembre de 1914. DTA Emmendingen: 1654. Para detalles de las incursiones, *vid*. Strachan, H., *op. cit.*, vol. I, 428-430.

[108] Wolff, T., 1984, vol. I, 150 (entrada del 21 de enero de 1915).

[109] Polizeipräsident in Berlin al Unterstaatssekretär in der Reichskanzlei, «Neunter Stimmungsbericht», 28 de septiembre de 1914. BA Berlin Lichterfelde: R43/2398: fo. 196.

[110] Tirpitz, cit. en Jarausch, K. H., 1973, 272-273.

[111] Schröder, J., 2000, 90-91 y Halpern, P. G., *op. cit.*, 291-295.

[112] Jarausch, K. H., *op. cit.*, 271-280 y Halpern, P. G., *op. cit.*, 295-303.

[113] Bethmann, cit. en Jarausch, K. H., *op. cit.*, 284.

[114] *Vid*., por ejemplo, el recorte de prensa «Amerikanische Kriegsmaterial-Lieferungen», en E. Stempfle, diario, 10 de abril de 1915. DTA Emmendingen: 1654.

[115] Jagow, cit. en Stibbe, M., *op. cit.*, 114.

[116] *ÖULK*, vol. I, 43.

[117] Redlich, J., 1953, vol. I, 271 (9 de septiembre de 1914).

[118] Cit. en Beller, S., 1999, 133.

[119] Halliday, J. D., julio de 1988, 616-626 y Cornwall, M., febrero de 1992, 52-53. *Véase también* Orzoff, A., 2004, 166-169 y 194.

[120] Kann, R. A., 1974, 606.

[121] Achleitner, W., 1997, 266.

[122] Obispo Józef Sebastyan Pelczar, epístola al clero de la diócesis de Przemysł, 17 de febrero de 1915, en *Kronika Dyecezyi Przemyskiej. Rok 15, Zeszyt 1* [Crónica de la diócesis de Przemyśl. Año 15, Número 1] (enero-febrero 1915), p. 1. *Cf*. Bobić, P., *op. cit.*, 34.

[123] Orzoff, A., 2004, 162 y 175-178.

[124] Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 47-52.

[125] Healy, M., *op. cit.*, 36-37 y 43-44.

[126] Balogh, E. S., 1977, 193.

[127] Hupka, J., 1937, 13 (entrada del 17 de agosto de 1914).

[128] Dabrowski, P. M., 2004, 191-198.

[129] Romer, J. E., 1921, 35.

[130] A. Czechówna, diario, 5 de agosto de 1915. AN Cracovia: IT 428/42. *Véase también* Hupka, J., *op. cit.*, 105-106 (entrada del 6 de agosto de 1915).

[131] *Vid*. Lambroza, S., 1992, 200.

[132] Deák, I., 1990, 174.

[133] *Generalmajor* Demus-Moran, «Heranziehung der Juden zur Milit. Dienstleistung», 29 de marzo de 1915. KA Viena. NL Demus-Moran B/225-9. *Véase también* orden de k. k. Statthaltereirat Galszewski, 22 de junio de 1915. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1914-15): 22/Galiz.: Akte 19412.

[134] Rozenblit, M. L., 2001, 28-31 y 43-54.

[135] May, A. J., 1966, vol. I, 170-196.

[136] *Neue Freie Presse. Morgenblatt. Nr. 18230* (25 de mayo de 1915), 2.

[137] «Wobec nowej fazy wojny» [Ante una nueva fase de la Guerra], *Nowa Reforma. Wydanie poranne. Rok XXXIV, Nr. 259* [Nueva Reforma. Edición matutina. Año XXXIV, núm. 259] (25 de mayo de 1915), 1.

[138] *Vid*. Hartungen, C. von, 1995, 64-65 y Bobić, P., *op. cit.*, 45 y 56.

[139] Cit. en Bobić, P., *op. cit.*, 56 y 61.

[140] Hartungen, C. von, *op. cit.*, 61-88 y Joly, W., 1998, 15-49.

[141] Hartungen, C. von, *op. cit.*, 85-88; Führ, C., 1968, 166 y k. u. k. 4. Armeekommando, orden del 30 de mayo de 1916. KA Viena: NFA 2 ID. Box 121: doc. 16000/40.

[142] Spence, R. B., 1985, 356-361.

[143] Galántai, J., 1989, 113.

[144] Kriegsüberwachungsamt al AOK, «Stimmungsbericht über Böhmen und Mähren», 20 de febrero de 1915. KA Viena: AOK Op. Abteilung 18. Op. Akten 1915: Op. Nr. 7389.

[145] Zeman, Z. A. B., 1961, 51-52.

[146] K. k. Stationskommandant en Pisek al k. u. k. Militärkommando en Praga, 20 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7659.

[147] K. k. Bezirkshauptmannschaft en Ungarisch Brod, 23 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 15: Nr. 8345.

[148] Lein, R., 2011, 53-201.

[149] K. u. k. Armeeoberkommando al Militärkommando Krakau y Minister des Innern en Viena, 16 de marzo de 1915. KA Viena: AOK Etappenoberkommando: Box 1943: Op. Nr. 31573.

[150] Orzoff, A., 2009, 25-33 y Pichlík, K., 2001, 67-68.

[151] Zeman, Z. A. B., *op. cit.*, 73-76 y Orzoff, A., 2009, 39-40.

[152] Lein, R., *op. cit.*, 53-201.

[153] Redlich, J., 1953, vol. II, 34 (entrada del 27 de abril de 1915).

[154] Führ, C., *op. cit.*, 30 y Křen, J., 2000, 311.

[155] Zahra, T., *op. cit.*, 88. *Véase también* Hautmann, H., 1986, 153-179.

[156] «Radnitz». AVA Viena: MdI Präsidium, Varia. Erster Weltkrieg. Caja 33.

[157] Redlich, J., 1929, 98.

[158] K. k. Polizeidirektion Praga al k. u. k. Kriegsüberwachungsamten Viena, 20 de octubre de 1914. *Cf*. k. u. k. Militärkommando Praga al k. u. k. Kriegsüberwachungsamt Viena, 19 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nrs. 7640 y 7626.

[159] K. k. Stationskommando Jičin al k. u. k. Militärkommando Leitmeritz, 14 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7345.

[160] K. u. k. Militärkommando Praga al Kriegsüberwachungsamt Viena, 21 de octubre de 1914. KA Viena: KÜA 1914 (Aktenkartons): Karton 13: Nr. 7659.

[161] Havránek, J., 2001, 50-62.

[162] Führ, C., *op. cit.*, 31-47.

[163] Extracto de un documento del Kriegsministerium, 26 de noviembre de 1914. KA Viena: MKSM 1914: 38-2/1.

[164] Führ, C., *op. cit.*, capítulo 6 y 165-167.

[165] *Ibid*., 171.

[*] N. del T.: La «Zona de Asentamiento» (Черта оседлости) era la región del imperio ruso donde se permitía a los judíos residir de forma permanente fuera de la cual tenían prohibido vivir. La zona abarcaba el oeste del imperio zarista: Polonia del Congreso, Lituania, Besarabia, Ucrania y Bielorrusia.

[1] Citas extraídas del Manifiesto de Francisco José «A mi pueblo» (*vid*. Capítulo 2) y del discurso del canciller Bethmann Hollweg ante el Reichstag del 4 de agosto en *New York Times Current History: The European War from the Beginning to March 1915. Who Began the War, and Why?, Volume 1, No. 2*, 1915, 222.

[2] Guillermo II en el salón blanco del palacio de Berlín, 4 de agosto de 1914, reproducido en *ibid*., 210. *Véase también* Berchtold en *ibid*., 227.

[3] Memorando de Bethmann: «Provisional Notes on the Direction of Our Policy on the Conclusion of Peace», 9 de septiembre de 1914, en Feldman, G. D. (ed.), 1972, 125-126 (doc. 26).

[4] Theiner, P., 1984, 128-136.

[5] En relación con las ideas de preguerra de una unión aduanera europea y el programa de septiembre, *vid*. Stevenson, D., diciembre de 2012, 842-846 y con su uso contra Gran Bretaña, *vid*. Jarausch, K. H., 1973, 196. Fischer exagera en general la continuidad entre la política germana de preguerra y la de los años de la contienda, incluidos el proyecto de asociación aduanera de la *Mitteleuropa*. *Vid*. Fischer, F., 1967, 98-106 y 247-256. Acerca de Longwy-Briey, *vid. ibid.*, 257-259.

[6] Stevenson, D., diciembre de 2012, 844.

[7] Jarausch, K. H., *op. cit.*, 192.

[8] «Petition of the Six Economic Associations», 20 de mayo de 1915, en Feldman, G. D. (ed.), *op. cit.*, 16-22 (doc. 4). En relación con los grupos de presión anexionistas, *vid*. en especial Hagenlücke, H., 1997, 49-72.

[9] Bruendel, S., 2003, 77-78.

[10] *Vid*. Fischer, F., 1967, 173-179.

[11] Miller, S., 1974, 75-132 y 190-239.

[12] Afflerbach, H., 1994b, 198-210. Acerca de los intentos de paz en 1915, *vid*. Fischer, F., 1967, 184-214.

[13] Jarausch, K. H., *op. cit.*, 209 y 216.

[14] Acerca de la unión aduanera como objetivo mínimo de la guerra para Bethmann, *vid*. Thompson, W. C., diciembre de 1978, 353.

[15] En relación con esto y el párrafo siguiente, *vid*. Jarausch, K. H., *op. cit.*, 204-221, y Fischer, F., 1967, 247-256.

[16] Stevenson, D., diciembre de 2012, 847-848.

[17] Kapp, R. W., junio-septiembre de 1984, esp. 124-126 y 133-135. *Véase también* Rauchensteiner, M., 1993, 312-315.

[18] Kapp, R. W., 1983, 215-216 y 229-236.

[19] *Ibid*., 217-118 y 223.

[20] Müller, A., 2001, esp. 195-196. *Véase también* Stevenson, D., diciembre de 2012, 848-851. Para el intercambio de notas acerca de *Mittleeuropa*, *vid*. Verosta, S., 1977, 209-214.

[21] Hagen, W. W., 1980, 180-194. Para una visión más general de las visiones germanas sobre el este previas a la Primera Guerra Mundial, *vid*. Liulevičius, V. G., 2009, 1-129.

[22] Fischer, F., 1967, 132-134 y 138-141.

[23] *Vid*. Conze, W., 1958, 60-67.

[24] Para un trabajo más reciente, *vid*. Liulevičius, V. G., 2000 y Sammartino, A. H., 2010, capítulo 1. Fischer desarrolla la versión más extrema de sus argumentos en Fischer, F., 1975.

[25] Geiss, I., 1960, 43 y 70-74. Aunque debe reconocerse a Geiss el mérito por ser el primero en explorar tales planes, sus trabajos son muy engañosos en relación con el contexto en que surgieron, pues sugiere equivocadamente que el Gobierno germano planteó una franja fronteriza después de que los rusos «volvieran a ser expulsados de Prusia Oriental». El miedo, no la agresividad, fue el elemento impulsor del interés alemán por anexionar esta tierra.

[26] Wicker, K., 1936, 521. A la finalización de la contienda, Alemania cedió 50 730 kilómetros cuadrados de territorio, que incluían 46 150 a Polonia, 2660 a Lituania y 1920 al enclave de Danzig, perteneciente a la Sociedad de Naciones.

[27] Lohr, E., 2003, 129-137.

[28] Geiss, I., *op. cit.*, 74-78.

[29] Ihnatowicz, I., 1965, 457.

[30] Gatrell, P., A., 1999, 3 y 211-215. *Véase también* Liulevičius, V. G., 2000, 17. Para un buen relato de primera mano de la devastación provocada por los rusos, *vid*. las cartas del soldado alemán Reinhold Sieglerschmidt, en especial las de los días 10, 14 y 15 de agosto de 1915 [www.europeana1914-1918.eu].

[31] Kapp, R. W., 1983, 230.

[32] Höbelt, L., 2002, 48.

[33] Leslie, J., 1993, 311, 322, 358 y 371-373.

[34] May, A. J., 1966, vol. I, 175-176, 185-194 y 210.

[35] Cornwall, M., 2010, 249-253.

[36] Liulevičius, V. G., 2000, 21.

[37] Sammartino, A. H., *op. cit.*, 32-37. La cita procede del discurso de Bethmann Hollweg ante el Reichstag del 5 de abril de 1916.

[38] Fischer, F., 1967, 273-279. Acerca de Sering y sus planes, *vid*. Nelson, K. L., 2010, esp. 442-453.

[39] Liulevičius, V. G., 2000, 21.

[40] Zechlin, E., octubre de 1970, 335 y 338 (carta del 5 de abril del 1915), 350 (carta del 10 de octubre de 1915) y 353 (carta del 29 de diciembre de 1915). Acerca de la explotación como propósito principal de *Ober Ost*, *vid*. Liulevičius, V. G., 2000, 64-65.

[41] Geiss, I., *op. cit.*, 78-107 y Liulevičius, V. G., 2000, 95-96.

[42] Tooze, A., 2006, 466-476.

[43] Geiss, I., *op. cit.*, 148-149. *Véase también* «Memorandum of the Supreme Command on the Polish Border Strip, July 5, 1918», en Feldman, G. D. (ed.), *op. cit.*, 133-137.

[44] Para los internamientos franceses durante la guerra, *vid*. Capítulo 3. En relación con las expulsiones de Alsacia-Lorena después de la contienda, *vid*. Zahra, Zahra, T., mayo de 2008, esp. 138-139 y 149-158.

[45] *Vid*. Capítulo 4.

[46] Naimark, N. M., 2001, 22-41; Bloxham, D., 2011, 260-275; Üngor, Ü. Ü., abril de 2012, 173-192.

[47] Fischer, F., 1967, 189-197. Acerca del lugar central que ocupaban los estrechos en los objetivos rusos, *vid*. McMeekin, S., 2011, 30-37.

[48] Stevenson, D., 1998, 881.

[49] Larsen, D., diciembre de 2012, 796 y 801-804.

[50] Miller, S., *op. cit.*, 123 y 183-184.

[51] Klemperer, V., 1996, vol. II, 410, 426 y 448. Acerca de los checos, *vid*. Capítulo 5.

[1] Nofi, A. A., 1985, 268-269.

[2] *Vid*. el relato más reciente de la reunión de Chantilly en Philpott, W., 2009, 56-61.

[3] Foley, R. T., 2005, 181-182.

[4] Doughty, R. A., 2005, 172. Para la campaña de 1915 del Ejército francés, *vid. ibid.*, 153-202.

[5] French, D., abril de 1988, 397-404. *Véase también* Beach, J. M., 2005, 141-144.

[6] Foley, R. T., 2005, 154-155 y 187-190. *Véase también* Afflerbach, H., 2000, 118-122.

[7] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 12 y 6-8* (cifra de enero de 1916) y Gratz, G. y Schüller, R., 1930, 151.

[8] Philpott, W., *op. cit.*, 52, 193 y 624-625.

[9] *ÖULK*, vol. I, 56 y Volkmann, E. O., 1929, XI(2), 34.

[10] Para la relación entre muertos y heridos, *vid*. Altrock, C. von (ed.), 1922, las tablas de las páginas 68 y 74. La información de prisioneros austrohúngaros procede de Jeřábek, R., 2002, 158. Durante el conflicto se capturó a 61 100 oficiales austrohúngaros, en comparación con 11 300 mandos germanos. *Vid*. Rachamimov, A., 2002, 39.

[11] Cron, H., 2002, 101-102.

[12] *Vid*. Rüdt von Collenberg, L., 1922, 118.

[13] Watson, A., 2008, 120-122; Deák, I., 1990, 193-195 y Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 193.

[14] *Vid*. Meteling, W., 2010, 228-229. *Véase también* Altrichter, F., 1933, 236-237. Los suboficiales con escasa formación podían ser ascendidos, en el mejor de los casos, a un rango inferior de oficial, el *Fedlwebelleutnant*. En teoría, era posible ignorar esta norma en casos de heroísmo excepcional, pero esto sucedía muy raramente.

[15] Deák, I., 1985, 305. Para suboficiales, *vid*. Jeřábek, R., 1982, vol. II, 576.

[16] *Vid*. Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 12 y 15 y *ÖULK*, vol. I, 28-31.

[17] *Vid*. Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 15-16 y Gratz, G. y Schüller, R., *op. cit.*, 158.

[18] Weiler, K., 1933, 124-125, 129 y 131. *Véanse también* los ensayos de K. Bonhoeffer, R. Gaupp y G. Aschaffenburg, en Bonhoeffer, K. (ed.), 1922, vol. I, esp. 26-27, 89 y 133.

[19] Watson, A., *op. cit.*, 156-158 y 161-162.

[20] *Vid*. Schindler, J. R., abril de 2002, 192 y Jeřábek, R., 1982, 528-529.

[21] Kantorowicz, H., 1919, 11.

[22] Hobohm, M., 1929, XI(1), 373. Las obras modernas han reiterado este argumento erróneo. *Vid*., por ejemplo, Ziemann, B., 1997, 140-163.

[23] Kantorowicz, H., *op. cit.*, 13 y Gothein, G., 1919, 83-86.

[24] *Vid*. el estudio de Hobohm, de impresionante soporte documental, aunque interpretaciones sumamente politizadas: *op. cit.*, XI(1). Acerca del odio a los Estados Mayores en los Ejércitos de Francia y Gran Bretaña, *vid*. Meteling, W., *op. cit.*, 271-272 y Watson, A., *op. cit.*, 134.

[25] Watson, A., *op. cit.*, 124-133.

[26] Postüberwachung der 5. Armee, 12 de julio de 1917, 20. BA-MA Friburgo: W-10/ 50794.

[27] *Vid*. los documentos compilados en Hobohm, M., *op. cit.*, XI(1), 13-79. La carta de la Deutscher Werkmeister-Verband de 12 de agosto de 1918 (doc. 27b) ilustra lo mucho que se generalizó este sentimiento, aunque, como otras fuentes, remarca la edad «madura» de los descontentos. Los soldados más jóvenes, sobre los cuales recaía el peso de los combates, solían estar más satisfechos con sus comandantes.

[28] *Vid*. Anlage 19, «Hilfsgutachten des Oberarchivrates Cron», en Volkmann, E. O., *op. cit.*, XI(2), 135-137.

[29] *ÖULK*, vol. I, 54.

[30] Krauß, A., 1923, 71.

[31] H. Kollenz, diario, 5 de abril de 1916. DTA, Emmendingen: 1844,1. Más en general, *vid*. *OÜLK*, vol. I, 55.

[32] Schuhmacher, W., 1928, 169.

[33] Ludwig, W., 1920, 125-172.

[34] Watson, A., *op. cit.*, 93-96.

[35] Houlihan, P. J., 2011, 75, 81 y 83; *ÖULK*, vol. I, 39 y Bobić, P., 2012, 100-102, 107 y 110-111.

[36] Reservepionnier Ludwig Elšík of Sappeur-Bataillon Nr. 2, cit. en Kriegsüberwachungsamt a Armee-Oberkommando, 20 de febrero de 1915. Viena: AOK-Op.-Abteilung 18-Akten 1915: Op. Nr. 7389.

[37] Göhre, P., 1917, 2-13 y Ziemann, B., *op. cit.*, 246-265.

[38] Plaut, P., 1920, 95.

[39] Schuhmacher, W., *op. cit.*, 36-37. Solo reproducimos las cuatro primeras estrofas.

[40] E. W. Küpper, carta a su esposa, 25 de marzo de 1915. BA-MA Friburgo: MSg 2/5254.

[41] G. Kirchner, carta a su hermana, 21 de octubre de 1914. DTA, Emmendingen, 31 de octubre de 1914.

[42] K. Reiter, diario, 20 de junio de 1916. BA-MA Friburgo: MSg1/161. Acerca del correo militar alemán, *vid*. Ulrich, B., 1997, 40. Para otros ejemplos, *vid*. Watson, A., *op. cit.*, 83 y acerca de la importancia de defender el hogar para los soldados del Imperio de los Habsburgo, *vid*. Capítulo 5.

[43] «Allgemeiner Wegweiser für jede Familie» (Wochenschrift) Jg. 1917. Berlin, 1917, reproducido en Johann, E. (ed.), 1968, 287-288.

[44] Carta a un soldado, copiada en el diario de H. Kollenz, 1 de septiembre [fechada por error en agosto] de 1916. DTA, Emmendingen: 1844,1.

[45] O. Steinhilber, carta a su esposa, 4 de diciembre de 1915. Colección privada (del autor) y McPhail, H., 2001 (1999), 203.

[46] H. O. Henel, *Eros im Stacheldraht*, cit. en Hirschfeld, M. y Gaspar, A. (eds.), *ca*. 1970, 248. Acerca de sexo y prostitución en la zona de guerra, *vid. ibid.*, 231-332.

[47] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 163-168 y Kirchenberger, S., 1926, vol. I, 47, 60 y 69.

[48] Cron, H., 2002, 122 y 145; Wegs, J. R., 1970, 160 y Gratz, G. y Schüller, R., *op. cit.*, 114.

[49] Gudmundsson, B. I., 1995 (1989), 43-53 y 77-88. *Véase también* Stachelbeck, C., 2010, 99. Con respect a las tácticas habsburgo en 1916, *vid*. k. u. k. Korpskommando Szurmay, «Erfahrungen aus der Neujahrschlacht 1916 bei Toporucz-Rarancze». KA Viena: NFA 2 ID. Karton 121: Nr. 143/6.

[50] Horne, A., 1962, 46-50.

[51] Afflerbach, H., 1994b, 363-364, y Foley, R. T., 2005, 190.

[52] Reichsarchiv, 1936, vol. X, 61-64 y Gudmundsson, B. I., *op. cit.*, 58-60.

[53] Foley, R. T., 2005, 194-197.

[54] *Ibid*., 204-205 y 215-217, Afflerbach, H., 1994b, 362 y 369 y Stachelbeck, C., *op. cit.*, 105.

[55] H. von Obergassel, diario/memorias, 2 (21 de febrero de 1916).

[56] Foley, R. T., 2005, 194-197 y 204-205 y Afflerbach, H., 1994b, 369.

[57] El mejor relato de la captura de Douamount es la de Horne, A., *op. cit.*, 105-124.

[58] Foley, R. T., 2005, 218-221 y 227 y Afflerbach, H., 1994b, 369-370.

[59] Cit. en Afflerbach, H., 1994, 80.

[60] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. II, 655.

[61] M. Wittmann, diario, 24-25 de mayo de 1916. DTA, Emmendingen: 926.

[62] Falkenhayn, E. von, 1920, 270.

[63] Foley, R. T., 2005, 259.

[64] Reichsarchiv, 1936, vol. X, 406.

[65] Foley, R. T., 2005, 228-230 y 254-256.

[66] *Vid*. Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 49. Para las cifras francesas, *vid*. Doughty, R. A., *op. cit.*, 309.

[67] Jeřábek, R., 1982, vol. I, 145-148 y Stone, N., 1998 (1975), 227.

[68] Rauchensteiner presenta un buen relato de los preparativos y del ataque en Rauchensteiner, M., 1993, 330-343.

[69] Thompson, M., 2008, 163-165; Dowling, T. C., 2008, 49-50 y Herwig, H. H., 1997, 205-207.

[70] Stone, N., *op. cit.*, 227-231.

[71] *Ibid*., 239.

[72] Jeřábek, R., 1982, vol. I, 209-228.

[73] Acerca de las «técnicas óptimas» de construcción de trincheras en el Ejército de los Habsburgo, *vid*. k. u. k. Korpskommando Szurmay, «Erfahrungen aus der Neujahrschlacht 1916 bei Toporucz-Rarancze», esp. 4. KA Viena: NFA (2. I. D). Karton 121: Nr. 143/6, y k. u. k. 4. Armeekommando, Nr. 1080, titulado «Verschiedenes über Stellungskampf», mayo 1916. KA Viena: NFA (2. I. D). Karton 121. En relación con las posiciones defensivas en el sector del 4.º Ejército, *vid*. Jeřábek, R., 1982, vol. I, 175-178 y 199-200. *Véase también* Dowling, T. C., *op. cit.*, 50-54.

[74] K. u. k. 2.ITD, Op. Nr. 142/5, Reservat Abfertigung, 21 de mayo de 1916. KA Viena: NFA (2. I. D). Karton 121.

[75] Telegramas de «Delta 70» a las 4:10 h, «Kalif 10» a las 6:48 h y «Delta 2» a las 7:30 h, 4 de junio de 1916. KA Viena: NFA (2. I. D.) Karton 121.

[76] *Oberstleutnant* Max Schönowsky-Schönwies y *Leutnant* A. D. August Angenetter, cit. en Jeřábek, R., 1982, vol. I, 259.

[77] *Ibid*., 259-263.

[78] *Ibid*., 264-285. Acerca de la distancia de avance, *vid*. Sondhaus, L., 2011, 220.

[79] Zeynek, T. *Ritter* von, 2009, 246.

[80] Stone, N., *op. cit.*, 252-254 y Jeřábek, R., 1982, vol. I, 292 e *ibid*., vol. II, 522.

[81] Dowling, T. C., *op. cit.*, 175.

[82] Jeřábek, R., 1982, vol. I, 195-200 y Stone, N., *op. cit.*, 237-238.

[83] Jeřábek, R., 1982, vol. I, 159-160 y 293 y Stone, N., *op. cit.*, 239, 242 y 251-252.

[84] Zeynek, T. *Ritter* von, *op. cit.*, 242. El oficial alemán aludido era el general Seekt. Acerca de sus opiniones y el distanciamiento entre los oficiales del Estado Mayor General de los Habsburgo y sus hombres, *vid*. Jeřábek, R., 1982, vol. II, 560-561.

[85] Jeřábek, R., 1982, vol. I, 211-218 e *ibid*., vol. II, 560. Los mínimos porcentajes de bajas también revelan la inactividad de la mayoría de unidades de los Habsburgo los meses previos a la ofensiva. *Vid*. Stone, N., *op. cit*., 240.

[86] Redlich, J., 1953, vol. II, 121 (14 de junio de 1916).

[87] Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 348.

[88] Evidenzbüro des k. u. k. Generalstabes a Generalstabsabteilung des Festungskommandos in Krakau, 23 de julio de 1916. AN Cracovia: DPKr 111: fos. 1735-1736.

[89] J Schindler, J. R., enero de 2003, 46-47.

[90] Rothenberg, G. E., *op. cit.*, 195.

[91] Jeřábek, R., 1982, vol. I, 230-238.

[92] A. Klauser, diario, 6 de julio de 1916. KA Viena: B330.

[93] Jeřábek, R., 1982, vol. II, 523-525. *Véase también* Herwig, H. H., *op. cit.*, 209-211.

[94] Landesgerichtsrat A. Regius, diario, 6-18 de junio de 1916 y 3 de agosto de 1917. KA Viena: NL Regius B/395. Para la conducta rusa durante la ocupación, *vid*. el informe del k. k. Polizeidirektor Czernowitz al k. k. Minister des Innern, 20 de noviembre de 1917. AVA Viena: MdI, Präsidiale 22/Bukowina (1900-18): Karton 2096: Nr. 23741.

[95] Philpott, W., *op. cit.*, 71-72, 77-83 y 121.

[96] Prior, R. y Wilson, T., 2004 (1992), 33, 77, 85 y 111.

[97] Prior, R. y Wilson, T., 2005, 41-43.

[98] *Ibid*., 43, 47 y 50-51.

[99] Acerca de la estimación de explosivos, *vid*. Keegan, J., 1983 (1976), 238-240.

[100] «Notes on German Dug-Outs Located North-West of Serre» (Anexo al resumen del G. H. Q, 26 de noviembre de 1916). TNA: WO 157/15.

[101] Hirschfeld, G., 2006, 79.

[102] Prior, R. y Wilson, T., 2004 (1992), 139.

[103] Philpott, W., *op. cit.*, 106-119.

[104] Para las cifras, *vid*. Sheffield, G., 2001, 95; Simkins, P., 1988, 17 y [British] War Office (ed.), 1922, la tabla enfrentada a pág. 64.

[105] Este pasaje sigue a Prior, R. y Wilson, T., 2005, esp. 114-116.

[106] Keegan, J., *op. cit.*, 226. *Cf.* Middlebrook, M., 1984 (1971).

[107] Carrington, C. E., marzo de 1978, 17.

[108] «Bericht des Reserve-Infanterie-Regiments 111 über die Kämpfe um Fricourt», GLA Karlsruhe: 456 F16 Nr. 123. En relación con el entrenamiento de los nuevos ejércitos británicos, *véase también* Samuels, M., 1995, 120 y para la llegada a Francia de las divisiones británicas, Beckett, I. F. W. y Simpson, K. (eds.), 1985, Apéndice I.

[109] Para el orden de batalla alemán, *vid*. Reichsarchiv, 1936, vol. X, 348-349. Para hacerse una idea del espíritu de los regimientos, *vid.* sus historias de guerra, por ejemplo, Holtz, G. vom, 1922.

[110] A. Spemann, diario, 24 de junio de 1916. HStA Stuttgart: M660/041, Nr. 10.

[111] Philpott, W., *op. cit.*, 167; Prior, R. y Wilson, T., 2005, 61-69; Tooze, A., 2011, 403 y «Bericht des Reserve-Infanterie-Regiments No. 111 über die Kämpfe um Fricourt». GLA Karlsruhe: 456 F16 Nr. 123.

[112] «Gefechtsbericht der 26. Reserve-Division für die Zeit vom 24.6. bis 30.6.1916. (einschl.)». HStA Stuttgart: M43, Bü 60.

[113] Acerca de las bajas del 2.º Ejército, *vid*. Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 51-52.

[114] Karl Eisler, informe de agosto de 1916, reproducido en Hirschfeld, G., Krumeich, G. y Renz, I. (eds.), 2006, 101.

[115] A. Spemann, diario, 24, 25, 26 y 27 de junio de 1916. HStA Stuttgart: M660/041, Nr. 10.

[116] *Vid*. la entrada de Spemann en listado de combatientes del regimiento. HStA Stuttgart: M433/2, Bü 441.

[117] A. Spemann, diario, 28 y 29 de junio de 1916. HStA Stuttgart: M660/041, Nr. 10.

[118] Copia de una orden del XIV Res. Korps distribuida por la división, 28 de junio de 1916. HStA Stuttgart: M43, Bü 60. Acerca del mayor consumo de comida de la tropa bajo bombardeo, *vid*. 28 Reserve-Division, «Gefechtsbericht für die Zeit vom 24.6. bis zum 6.7. 12º mittags», 20 agosto 1916, 14. GLA Karlsruhe: 456 F16 Nr. 64.

[119] A. Spemann, diario, 28 de junio de 1916. HStA Stuttgart: M660/041, Nr. 10.

[120] 51. Res. Inf. Brig. (K. Württ), «Gefechtsbericht. Die Schlacht an der Somme und der Ancre bei der 51. Res. Inf. Brig.», 21 de julio de 1916, 3. HStA Stuttgart: M43, Bü 19.

[121] Philpott, W., *op. cit.*, 175.

[122] 51. Res. Inf. Brig. (K. Württ), «Gefechtsbericht», 3. HStA Stuttgart: M43, Bü 19.

[123] «Gefechtsbericht des Resrve [*sic*] Infanterie Regiments Nr. 119 über die Zeit vom 24.6.-14.7.16», 24 de julio de 1916, 12-21. HStA Stuttgart: M43, Bü 19. Para la perspectiva británica del ataque, *vid*. Prior, R. y Wilson, T., 2005, 70-81.

[124] *Vid*. 51. Res. Inf. Brig. (K. Württ), «Gefechtsbericht», 3. HStA Stuttgart: M43, Bü 19.

[125] «Bericht des Reserve-Infanterie-Regiments 111 über die Kämpfe um Fricourt», Battle Report of 28 Reserve Division, 14 y 20-23 y «Nachweisung der durchschnittlichen Mannschafts-Gefechtsstärken der Infanterie (ohne Radfahrer- und Maschinengewehr-Formationen)-Stand am 21. Juni 1916», GLA Karlsruhe: 456 F16, Nrs. 123 y 64, fos. 35, 61 y 65-66. *Vid*. información adicional de las defensas del sector en Prior, R. y Wilson, T., 2005, 103.

[126] *Vid*. Philpott, W., *op. cit.*, 183-184 y 205.

[127] Herwig, H. H., *op. cit.*, 199.

[128] *Vid*. Reichsarchiv, 1936, vol. X, anexo 2; «Zum Angriff auf Verdun. Verzeichnis der vom 12. Februar bis zum 28. August auf dem Kampffelde von Avocourt bis zu den Côtes Lorraines (sudöstlich von Verdun) eingesetzten Generalkommandos und Divisionen, ihrer Ablösungen, Verschiebungen und Verluste», 6-7, y Cron, H., 1926, 130 y 132-147. En relación con los elogios a los franceses, *vid*. Philpott, W., *op. cit.*, 183-184 y 205.

[129] Reichsarchiv, 1936, vol. X, 350-352. Para las pérdidas de la 121.ª División, *vid. ibid.*, Anlage 3, «Zur Schlacht an der Somme 1916. Verzeichnis der vom 1. Juli bis Ende August auf dem Kampffelde eingesetzten Generalkommandos und Divisionen, ihrer Ablösungen, Verschiebungen und Verluste», 2-3. Es significativo que después de ser relevada en el Somme, la 121.ª División fue transferida al frente oriental, mucho menos exigente.

[130] Middlebrook, M., *op. cit.*, 263-264 y Philpott, W., *op. cit.*, 207. Se ha calculado la cifra de bajas alemanas según las cifras de Middlebrook sumadas a las bajas de la 121.ª División (5148 mandos y clases de tropa) al sur del Somme.

[131] Reichsarchiv, 1936, vol. X, 358-359.

[132] A. Spemann, diario, 3 de julio de 1916. HStA Stuttgart: M660/041, Nr. 11.

[133] Reichsarchiv, 1936, vol. X, 363-364 y Sheffield, G., *op. cit.*, 79-86.

[134] E. Klasen, cartas a sus padres y hermanos, 4 de marzo, 30 y 31 de julio, 9 y 27 de agosto de 1916. BA-MA Friburgo: PH 10II/42. Para un relato enfocado al bando británico de los combates en este sector, *vid*. Prior, R. y Wilson, T., 2005, 141-151.

[135] E. Klasen, cartas a sus padres y hermanos, 31 de julio y 9 y 27 de agosto de 1916. BA-MA Friburgo: PH 10II/42.

[136] *Vid*. Reichsarchiv, 1936, vol. X, 384 y Reichsarchiv, 1938, vol. XI, 109-113.

[137] Gallwitz, M. von, 1932, 115 (entrada de los días 15-18 de septiembre de 1916).

[138] Este argumento queda demostrado en Prior, R. y Wilson, T., 2005, 186-190.

[139] Boraston, J. H. (ed.), 1919, 19-20.

[140] Reichsarchiv, 1938, vol. XI, 103 y Sheffield, G., *op. cit.*, 151.

[141] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 50-51, 53 y 42*. La afirmación de Philpot de que el

Ejército alemán sufrió con probabilidad «más de 500 000 bajas irreemplazables» no la confirma ninguna cifra oficial y debe considerarse una gran exageración. *Vid*. Philpott, W., *op. cit.*, 602.

[142] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 7*.

[143] *Vid*. las cifras de Zentralnachweisamt incluidas en McRandle, J. H. y Quirk, J., julio de 2006, 688, Tabla 10. Las cifras subestiman casi con total seguridad el total de muertos y otras bajas, pero reflejan las pautas de bajas con precisión.

[144] Todo esto se ha calculado con arreglo a Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), *op. cit.*, vol. III, 52-53. Las bajas por gas en el Somme sumaron un total de 3053 hombres. Las bajas nerviosas totalizaron 9354. *Vid. ibid.* 50 y 42*.

[145] Cit. en Foley, R. T., abril de 2011, 486.

[146] Houlihan, P. J., *op. cit.*, 192-195 y Ziemann, B., *op. cit.*, 250-252, para el declive de la religión en 1916. Para la inusualmente extrema carga psicológica del combate en el frente occidental, y en particular las «batallas de material» como el Somme, *vid*., Watson, A., *op. cit.*, 22-34.

[147] Gallwitz, M. von, *op. cit.*, 115-116.

[148] Thaer, A. von, 1958, 92 (entrada del 13 de octubre de 1916).

[149] Watson, A., *op. cit.*, 150-151. Acerca del Somme, *vid*. A. Spemann, diario, 22 de octubre de 1916. HStA Stuttgart: M660/041, Nr. 12. Con respecto a Douaumont, *vid*. Horne, A., *op. cit.*, 314 y H. Fuchs, diario, 29 de octubre de 1916. BA-MA Friburgo, MSg 1/2966. Con respecto a los indicios de problemas de moral en ambos sectores, *vid*. «Summary of Information. GHQ», 12 de enero de 1917. TNA London: WO 157/17.

[150] Gallwitz, M. von, *op. cit.*, 115-116. Para una confirmación, *véase también* el informe de la policía militar ferroviaria al Stellvertrenden Generalstab des Armee IIIb, 1 de septiembre de 1916. GLA Karlsruhe: 456 F8/260.

[151] Thaer, A. von, *op. cit.*, 92 (entrada del 13 de octubre de 1916). Más en general, *vid*. Schuhmacher, W., *op. cit.*, 170.

[152] Para más de Italia y Rumanía, *vid*., respectivamente, Thompson, M., *op. cit.*, 169225 y Stone, N., *op. cit.*, 264-281.

[153] Wegs, J. R., *op. cit.*, 99-101.

[154] *Vid*. Herwig, H. H., *op. cit.*, 213-217; Jeřábek, R., 1982, vol. II, 471-511 y Zeynek, T. *Ritter* von, *op. cit.*, 257.

[155] Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. I, 274.

[156] Reichsarchiv, 1938, vol. XI, 11-12 y 62-63.

[157] *Vid*. Geyer, M., 2006, 163-179.

[158] «Erfahrungen der 1. Armee in der Sommeschlacht (24.6.-26.11.1916)». GLA Karlsruhe: 456 F13, Nr. 10.

[159] *Vid*. Strohn, M., 2011, 49-54. *Véase también* en especial Foley, R. T., abril de 2011, 471-504. Para el incremento de deserciones, *vid*. Jahr, C., 1998, 150.

[*] N. del T.: *New Army* en el original. Ejército formado por voluntarios de guerra y reclutas movilizados. Recibía ese nombre para diferenciarlo del ejército de preguerra, formado por profesionales a tiempo completo.

[**] N. del T.: Delville recuerda a *Devil*, «diablo» en inglés. En alemán, diablo es *Teufel*.

[1] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 6*-7* y 9*; Gratz, G. y Schüller, R., 1930, 151;

Bessel, R., 1993 y Schulze, M.-S., 2005, 81.

[2] A. Hartmuth, cartas de su madre, 13 de marzo, 12 y 29 de abril, 15 de noviembre y 1 de diciembre de 1916, y de su hermana, Trudi, 17 de noviembre de 1916. Colección del autor. Véase también Ullrich, V., 1999, 58-60.

[3] *Berliner Tageblatt*, 19 de mayo de 1916, cit. resumida en Skalweit, A., 1927, 200-222.

[4] Healy, M., 2007 (2004), 75-76 y 82.

[5] Bessel, R., *op. cit.*, 32 y Schulze, M.-S., *op. cit.*, 100.

[6] Bry, G., 1960, 197-202 y 212.

[7] Grandner, M., 1992, 97-99 y 197; Heumos, P., 2001, 272.

[8] Kocka, J., 1984, 84-90 y Mai, G., 1983, 396-397.

[9] Boyer, J. W., 2003, 10-11.

[10] A. Czechówna, diario, 14 de septiembre de 1916. AN Cracovia: IT 428/41. Acerca del empobrecimiento de los funcionarios civiles, *vid*. Stellvertreter des k. u. k. Chefs des Generalstabes a Chef des Generalstabes, 12 de noviembre de 1916 (6). KA Viena: NL Bolfras, B/75C.

[11] Mikułowski Pomorski, J. (ed.), 1991, 62-63. *Cf*. Chickering, R., 2007, 266-267.

[12] Hristov, H., 1957, 188-189. *Véase también* Davis, B. J., 2000, 29; O'Driscoll, B., 2007, 28.

[13] Franc, M., 2011, 76 y 80.

[14] Tampke, J., 1979, 41.

[15] Skalweit, A., *op. cit.*, 53-61. *Véase también* Chickering, R., *op. cit.*, 266-268 y «Juni-Bericht des Gemeinsamen Zentralnachweisebureaus, Auskunftsstelle für Kriegsgefangene, Zensurabteilung über die Stimmung der österreichischen Bevölkerung im Hinterlande», 10. AVA Viena: MdI, Präsidium (1917). 22/gen.: doc. 14234.

[16] Daniel, U., 1997, 38-49 y 54-57; Grandner, M., *op. cit.*, 147-148 y Pastor, P., 1985, 126.

[17] A. Hartmuth, cartas de su madre, 29 de abril, 16 y 26 de mayo, y 24 de octubre de 1916. Colección del autor.

[18] Donson, A., 2010, 146-152.

[19] Tobin, E. H., septiembre de 1985, 275-298; Mai, G., *op. cit.*, 336 y 348; Grandner, M., *op. cit.*, 157.

[20] Ay, K.-L., 1968, 162-168 y Chickering, R., *op. cit.*, 246-249. Acerca de Austria, *vid*. Healy, M., *op. cit.*, 53-54.

[21] Daniel, U., *op. cit.*, 203.

[22] Małecki, J. M., 1990, 63. *Véase también* Ay, K.-L., *op. cit.*, 166.

[23] Davis, B. J., *op. cit.*, 216-217. Acerca de Austria, *vid*. Stellvertreter des k. u. k. Chefs des Generalstabes a Chef des Generalstabes, 12 de noviembre de 1916, 14. KA Viena: NL Bolfras, B/75C y Weber, F. C., 2000, 114-116.

[24] Tampke, J., *op. cit.*, 43.

[25] Offer, A., 1989, 56.

[26] Siedler, R., 2005 (1988), 126-127.

[27] Chickering, R., *op. cit.*, 185-186 y Grebler, L. y Winkler, W., 1940, 83. La cabaña caprina germana pasó de 3 548 000 en 1913 a 4 321 000 en 1918.

[28] Małecki, J. M., *op. cit.*, 65 y Havránek, J., 2001, 64.

[29] A. Hartmuth, carta de su madre, 14 de mayo de 1917. Colección del autor.

[30] Investigación de los hombres del Ersatzbataillon, IR 46 en Jarotschin, finales de 1916. BA-MA Friburgo: PH10II/73.

[31] Donson, A., *op. cit.*, 127. Para una visión más general de la salud civil, *vid*. Offer, A., *op. cit.*, 31-33.

[32] Pirquet, C., 1926, vol. I, 152-153.

[33] Offer, A., *op. cit.*, 34, 38 y 45-53; Roesle, J., 1928, 54-59 y extracto de un memorando del Departamento de Salud del Reich, 16 de diciembre de 1916, reproducido en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 283-288 (doc. 149).

[34] Grebler, L. y Winkler, W., *op. cit.*, 147.

[35] *Vid*. Capítulo 4. Para las epidemias de etapas posteriores de la contienda, *véase también* Hoffmann-Holter, B., 1995, 70.

[36] Loewenfeld-Russ, H., 1926, 7-10 y 147; Bobić, P., 2012, 243 y, para Croacia, los informes de moral de «Oesterreich» en AVA Viena: MdI, Präsidium. Erster Weltkrieg: Karton 33.

[37] Gratz, G. y Schüller, R., *op. cit.*, 81.

[38] *Vid.* Helly, K., 1926, vol. I, 20 y Pirquet, C., *op. cit.*, 153.

[39] Healy, M., *op. cit.*, 41.

[40] Skalweit, A., *op. cit.*, 10-12.

[41] Ritschl, A., 2005, 46.

[42] Grebler, L. y Winkler, W., *op. cit.*, 83-84 y Ziemann, B., 1997, 292 y 308.

[43] Cit. en Moeller, R. G., junio de 1981, 152.

[44] Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 7-9, 28-31 y 134-135.

[45] Gratz, G. y Schüller, R., *op. cit.*, 145 y Weber, F. C., *op. cit.*, 100.

[46] Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 31-34.

[47] Wargelin, C. F., septiembre de 2000, 268-272 y Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 64-65.

[48] Galántai, J., 1989, 119-121.

[49] Gratz, G. y Schüller, R., *op. cit.*, 81, 247 (Stürgkh a Tisza, 17 de diciembre de 1915) y 266 (Stürgkh a Tisza, 29 de febrero de 1916). Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 48, 62, 64 y 110-112.

[50] Osborne, E. W., 2004, 120-132 y Skalweit, A., *op. cit.*, 23.

[51] Skalweit, A., *op. cit.*, 18-22 y Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 363-367.

[52] Davis, B. J., *op. cit.*, 115-117 y Feldman, G. D., 1992 (1966), 110-116.

[53] Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 289-307. *Véase también* Stellvertreter des k. u. k. Chefs des Generalstabes a Chef des Generalstabes, 12 de noviembre de 1916 (4). KA Viena: NL Bolfras, B/75C.

[54] Skalweit, A., *op. cit.*, 211; Davis, B. J., *op. cit.*, 47 y 163; Healy, M., *op. cit.*, 43, Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 344 y Pastor, P., *op. cit.*, 126.

[55] Skalweit, A., *op. cit.*, 199.

[56] Tarjeta postal titulada «Bürgerliches Kochrezept», remitida el 13 de octubre de 1917. Colección del autor.

[57] Bókay, J. von y Juba, A., 1926, vol. I, 184.

[58] Offer, A., *op. cit.*, 29 y Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 335.

[59] Cit. en Daniel, U., *op. cit.*, 205. *Véase también* Offer, A., *op. cit.*, 33.

[60] Davis, B. J., *op. cit.*, 162-165.

[61] Hämmerle, C. (ed.), 1993, 52. *Véase también* Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 222 y Davis, B. J., *op. cit.*, 41.

[62] Skalweit, A., *op. cit.*, 208-209 y Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 330.

[63] Healy, M., *op. cit.*, 44.

[64] Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 337 y 352; Davis, B. J., *op. cit.*, 170, 174, 187-188 y 195 y Tobin, E. H., *op. cit.*, 285.

[65] Skalweit, A., *op. cit.*, 40-43.

[66] «Eine Kriegsküche in Salzburg», *Neuigkeits-Welt-Blatt. Nr. 234* (12 de octubre de 1916), 23. *Véase también* Havránek, J., *op. cit.*, 63.

[67] Davis, B. J., *op. cit.*, 138-146.

[68] Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 354.

[69] Mick, C., 2010, 186. *Véase también* Davis, B. J., *op. cit.*, 138-157 y Chickering, R., *op. cit.*, 458. Hemos calculado la estadística participativa en las metropólis según cifras de Skalweit, A., *op. cit.*, 51. Definimos una metrópoli como una ciudad de más de medio millón de habitantes.

[70] Nass, K. O. (ed.), 2006, 77-79.

[71] Stellvertreter des k. u. k. Chefs des Generalstabes a Chef des Generalstabes, 12 de noviembre de 1916, 14-15. KA Viena: NL Bolfras, B/75C. Para un ejemplo de esta obstrucción localizada, *vid*. Prassnigger, G., 1995, 186 y para una conducta similar en los municipios de Alemania, *vid*. Allen, K., invierno de 1998, 377.

[72] Mai, G., *op. cit.*, 414-415; Skalweit, A., *op. cit.*, 221-222; Davis, B. J., *op. cit.*, 70 y 184, y Siedler, R., *op. cit.*, 126-127.

[73] Chickering, R., *op. cit.*, 176-177 y Mick, C., *op. cit.*, 183. *Cf.* Małecki, J. M., *op. cit.*, 64 y Schierbrand, W. von, enero de 1917, 49.

[74] *Vid*. Thorner Magistrat a Königliches Gouvernement, 14 de mayo de 1915, y el memorando del 26 de mayo de 1915 de concesión de permiso al Landsturmmann Frisch. El Ejército no se negó a renovar su permiso hasta abril de 1916. AP Toruń: Akta Miasta Torunia: Nr. C9257, fos. 99, 101 y 155.

[75] Hämmerle, C. (ed.), *op. cit.*, 328-333.

[76] Saul, K., 1983, 114-115, Donson, A., *op. cit.*, 144-145 y Nass, K. O. (ed.), *op. cit.*, 82.

[77] Informe del XIV Armeekorps, cit. en Kriegsministerium, «Zusammenstellung der Monats-Berichte der stellv. Generalkommandos» de noviembre de 1916, 3 de diciembre de 1916, 6. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685. *Cf*. Kriegsministerium, «Zusammenstellung der Monats-Berichte der stellv. Generalkommandos vom 15.9.16», 26 de septiembre de 1916, *ibid*. (pág. 3 del informe).

[78] Moeller, R. G., *op. cit.*, 147-151; Offer, A., *op. cit.*, 64-68 y Ziemann, B., *op. cit.*, 311-312.

[79] Stellv. Generalkdo, XI Armeekorps, Cassel, 13 de octubre de 1916. HStA Hessen: 405: Nr. 2776: fo. 232.

[80] Ministerium für Landwirtschaft, Domänen und Forsten a sämtliche Regierungspräsidenten, 22 de febrero de 1917. HStA Hessen: 405: Nr. 2777: fo. 174.

[81] Nicolai, W., 1920, 128.

[82] Skalweit, A., *op. cit.*, 204-206.

[83] Hämmerle, C. (ed.), *op. cit.*, 46, Ziemann, B., *op. cit.*, 291-295, 314-318 y 341-344. *Véase también* Bobić, P., *op. cit.*, 159 y Healy, M., *op. cit.*, 54-55.

[84] Kriegsministerium, «Zusammenstellung der Monats-Berichte der stellv. Generalkommandos vom 3.12.16», GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685 (págs. 5-6 del informe) y Healy, M., *op. cit.*, 53.

[85] Resolución de Vorstands- und Vertrauensmännersitzung der Mittelstandsvereinigung für Mitteldeutschland, Sitz Wiesbaden, 18 de agosto de 1916. HStA Hessen: 408: Nr. 121: fos. 143-145.

[86] Davis, B. J., *op. cit.*, 185-189 y 195-196.

[87] Baten, J. y Schulz, R., febrero de 2005, esp. 43-49 y 52-53. *Véase también* Ritschl, A., *op. cit.*, 53-57. Este nuevo estudio contradice y reemplaza la tesis clásica de Jürgen Kocka en Kocka, J., *op. cit.*, según la cual la redistribución de riqueza a favor de los ricos desencadenó la revolución a la conclusión de la guerra.

[88] «Der Kettenhandel», *Die Neue Zeitung. 9. Jahrgang, Nr. 274* (3 de octubre de 1916), 6.

[89] Davis, B. J., *op. cit.*, 80-81, 85 y 89 y Healy, M., *op. cit.*, 65 y 68.

[90] Liepmann, M., 1930, 15, 56, 134, 136 y 139-143. Acerca del fraude en el racionamiento, *vid*. Skalweit, A., *op. cit.*, 199-200. Para la supuesta relación entre libido femenina y tendencias criminales, *vid*. Exner, F., 1927, 147.

[91] Liepmann, M., *op. cit.*, 98 y Exner, F., *op. cit.*, 171.

[92] Donson, A., *op. cit.*, 126, 129, 137-141 y 166. Acerca de Austria, *vid*. Exner, F., *op. cit.*, 172-187.

[93] Donson, A., *op. cit.*, 149-152 y 166-170; Daniel, U., *op. cit.*, 160-170; Healy, M., *op. cit.*, 251-254. En la atrasada Galitzia, el temor a la delincuencia juvenil no parece comenzar hasta el verano de 1917. *Vid*. Prezydym c. k. Namiestnictwa, 6 de agosto de 1917, en AN Cracovia: DPKr 117: 459.

[94] Aleksandra Czechówna, diario (pág. 69), 8 de marzo de 1917. AN Cracovia: IT 428/41. *Véase también* Healy, M., *op. cit.*, 69-71.

[95] «Wie man an fleischlosen Tagen in Krakau lebt», *Neuigkeits-Welt-Blatt. Nr. 234* (12 de octubre de 1916), 25.

[96] Loch, T., 2003, 57, n. 106; relato de Vorstands-und Vertrauensmännersitzung der Mittelstandsvereinigung für Mitteldeutschland, Sitz Wiesbaden, 18 de agosto de 1916. HStA Hessen: 408: Nr. 121: fo. 143.

[97] Skalweit, A., *op. cit.*, 209 y 214; Ay, K.-L., *op. cit.*, 137-148.

[98] Boyer, J. W., 1995, 420-421.

[99] Informe en torno a Rosental, politischer Bezirk Reichenberg, 1916. AVA Viena: MdI, Präsidiale, Varia Erster Weltkrieg: Karton 33. *Véase también* Stürgkh a Tisza, 15 de octubre de 1916, reproducido en Gratz, G. y Schüller, R., *op. cit.*, 305-306.

[100] Informes de Praga, 1916. AVA Viena: MdI, Präsidiale, Varia Erster Weltkrieg: Karton 33.

[101] Zahra, T., 2008, 93-94. *Véase también* Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 333 y Prassnigger, G., *op. cit.*, 186.

[102] Zechlin, E., 1969, 518-519, 524-527.

[103] El general Ernst von Wrisberg, director del departamento general de guerra del Ministerio de la Guerra, afirmó después de la guerra que se hizo el censo en respuesta a las quejas de la opinión pública por la elusión de responsabilidades de los judíos. También publicó sus resultados. *Vid*. Wrisberg, E. von, 1921, 93-95. De modo más general en relación con el célebre «recuento de judíos», *vid*. Angress, W. T., 1976, 77-146 y Zechlin, E., *op. cit.*, 527-539.

[104] Acerca de Bauer, *vid*. Kitchen, M., septiembre de 1975, 199-220.

[105] Segall, J., 1922, esp. 9-17 y 35. Esos 2022 judíos representaban el 9 por ciento de los cerca de 220 000 oficiales nombrados durante la guerra. Antes de la contienda, algunos hebreos recibieron despachos de oficial en contingentes de los Estados germanos meridionales, pero la aplastante mayoría recibió sus galones de oficial durante los años de la guerra. Debe observarse, no obstante, que, dado el nivel superior de educación de los judíos alemanes en comparación con el resto de la población del país, los judíos de clase media estaban infrarrepresentados en el cuerpo de oficiales, también incluso a la conclusión de la guerra. Para las cifras totales de mandos, *vid*. Watson, A., 2008, 121.

[106] Kriegsministerium, «Zusammenstellung der Monats-Berichte der stellv. Generalkommandos vom 3.12.16», GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685 (pág. 10 del informe).

[107] Con respecto al antisemitismo politico en Austria y su mayor actividad y éxito en comparación con el de Alemania, *vid*. Lindemann, A. S., 1997, 334-354.

[108] Rozenblit, M. L., 2001, 15.

[109] Rechter, D., 1997, 114-115 y 119.

[110] Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, 91-92.

[111] Mentzel, W., 1997, 172-173 y Hoffmann-Holter, B., *op. cit.*, 79 y 83-94. Para Bohemia, *vid*. Zahra, T., *op. cit.*, 93. *Véase también* k. u. k. Militärkommando in Prag, «Demonstration in Prag», 2 de junio de 1917, 1 y k. u. k. Stationskommandant in Pilsen, «Unruhen in Pilsen», 13 de agosto de 1917, 2. KA Viena: MKSM 1917 (Karton 1305) 28-2/10-17.

[112] Hämmerle, C. (ed.), *op. cit.*, 304.

[113] A. Hartmuth, carta de su hermana, 19 de enero de 1917. Colección del autor.

[114] Informes de moral, Bukovsko, pol. Bezirk Wittingau. AVA Viena: MdI, Präsidium. Varia Erster Weltkrieg: Karton 33. Más en general, *vid*. Healy, M., *op. cit.*, 64-68 y Davis, B. J., *op. cit.*, esp. 129-135.

[115] Ferguson, N., 1998, 275.

[116] Ullrich, V., *op. cit.*, 58-60.

[117] Heumos, P., *op. cit.*, 256-257.

[118] Alder, D. D., octubre de 1978, 279.

[119] Acerca de Adler y el asesinato, *ibid*. 270-284. Para la recepción pública, *vid*. Healy, M., *op. cit.*, 32 y para la marcha estudiantil, *vid*. los informes de moral de Viena. AVA Viena: MdI, Präsidium. Varia Erster Weltkrieg: Karton 33.

[120] Kriegsministerium, «Zusammenstellung der Monats-Berichte der stellv. Generalkommandos vom 15.12.16». GStA PK Berlín: I. HA Rep Nr. 90A, 2685 (pág. 4 del reporte).

[1] Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. II, 409-410.

[2] Pyta, W., 2009 (2007), 246. Acerca de la imagen pública de Hindenburg, *véase también ibid*. 115-153 y para su ambición política, pp. 246-283. *Véase también* Goltz, A. von der [publicado como Menge, A.], 2009, 14-25 y 33-42.

[3] Nebelin, M., 2010, 35-36 y 81-97.

[4] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, esp. 2-12.

[5] Gudmundsson, B. I., 1995 (1989), 83-84. Foley, R. T., abril de 2011, 472-475 y 487-503.

[6] Wrisberg, E. von, 1922, 96. Más en general, *vid*. Geyer, M., 1984, 98-103.

[7] Cit. en Nebelin, M., *op. cit.*, 246.

[8] Feldman, G. D., 1992 (1966), 169 y Kitchen, M., septiembre de 1975, 202-203.

[9] Feldman, G. D., *op. cit.*, 180-196.

[10] *Ibid*., 194 y 291-300. *Véase también* Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 342.

[11] Groener, W., 1957, 350; Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 339-340; Nicolai, W., 1920, 115.

[12] *Vid*. Gross, S., junio de 2009, 242-243.

[13] Feldman, G. D., *op. cit.*, 152-159, 255-256 y 262-273. *Véase también* Wrisberg, E. von, *op. cit.*, 94 y 285-288.

[14] Thiel, J., 2007, 80 y Feldman, G. D., *op. cit.*, 198-199.

[15] Tampke, J., 1979, 35.

[16] Ludendorff, E., (ed.), 1920, vol. I, 76-79. Para un buen estudio, *vid*. Feldman, G. D., *op. cit.*, 172-173 y 301.

[17] Rauchensteiner, M., 1993, 404-405. Acerca de la ley de guerra de 1912, *vid*. Wegs, J. R., 1970, 11. Acerca del nivel de declive, *vid*. las cifras de Gratz y Schüller en Gratz, G. y Schüller, R., 1930, 109-123. Solo las ametralladoras presentan una tendencia inversa, pero también estas empezaron a descender a partir de principios de 1918.

[18] Feldman, G. D., *op. cit.*, 174-178, 186-188 y 200. Las valoraciones del Tercer OHL en las que se basa su insistencia en que el Reichstag aprobara una ley legitimadora de las medidas coercitivas están detallados en una carta de Hindenburg al canciller de fecha 1 de noviembre de 1916, reproducida en Ludendorff, E., (ed.), *op. cit.*, vol. I, 98-99.

[19] Feldman, G. D., *op. cit.*, 209.

[20] *Ibid*., 190, 197-217. El borrador de la ley de 10 de noviembre, que era el mismo que se presentó ante el Comité de Dirección del Reichstag con la salvedad de que los ministros elevaron la edad obligatoria del servicio patriótico de los 16 a los 17 figura en Deist, W. (ed.), 1970, vol. I, 515-519.

[21] Ludendorff, E., (ed.), *op. cit.*, vol. I, 103, nota al pie y el extracto de las minutas de la reunión del ministro de Estado prusiano del 1 de diciembre de 1916, reproducidos en Deist, W. (ed.), *op. cit.*, vol. I, 527.

[22] Feldman, G. D., *op. cit.*, 217-249.

[23] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 333.

[24] Este pasaje sigue el relato de Mai, G., 1983, 311-315. Feldman presenta argumentos más condenatorios, pero menos convincentes, del impacto de la Ley de Servicios Auxiliares sobre el esfuerzo bélico. *Vid*. su trabajo *op. cit*., 308-316.

[25] Oltmer, J., 1998, 142.

[26] Herbert, U., 1990, 87, 90 y 94-95. *Véase también* Kulischer, E. M., 1948, 167 y, para un ejemplo de los controles, Stellv. Gen Kdo. des XVIII. Armeekorps, orden del 1 de noviembre de 1915. AP Katowice: Oddział w Raciborzu: 18/237/4: 80: fo. 143.

[27] Stibbe, M., 2008, esp. 24-25.

[28] Thiel, J., *op. cit.*, 39 y 79-85. Acerca de los instintos paternalistas de Bissing, *véase también* Nebelin, M., *op. cit.*, 253.

[29] Köhler, L. von, 1927, 151-152 y Thiel, J., *op. cit.*, 105-108, 123-124 y 136-137.

[30] Thiel, J., *op. cit.*, 140-162 y Spoerer, M., julio de 2006, 129.

[31] Thiel, J., *op. cit.*, 202-206 y 220-237.

[32] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 336.

[33] Nachtigal, R., 2008, 349-363 y Jones, H., 2011b, 40.

[34] *Vid*. Jones, H., *op. cit.*, 93-110.

[35] Artículo 6 del anexo titulado «Regulations Respecting the Laws and Customs of War on Land» de la «Convention Concerning the Laws and Customs of War on Land. 2d Peace Conference, The Hague, 18 Oct. 1907. IV», en Conventions and Declarations between the Powers Concerning War, Arbitration and Neutrality, (Declaration of Paris, 1856-of St Petersburg, 1868-of The Hague, 1899-Convention of Geneva, 1906-2d Peace Conference, The Hague, 1907-Declaration of London, 1909). English-French-German, 1915.

[36] Rawe, K., 2005, 75. *Véase también* Herbert, U., *op. cit.*, 90; Nachtigal, R., *op. cit.*, 352 y Moritz, V. y Leidinger, H., 2005, 110-120.

[37] Nachtigal, R., *op. cit.*, 352 y Moritz, V. y Leidinger, H., *op. cit.*, 116.

[38] Oltmer, J., *op. cit.*, 158-166.

[39] Para las cifras de muertos, *vid*. Nachtigal, R., *op. cit.*, 356 y 360-361. Acerca de las condiciones que soportaban los prisioneros en las minas del Ruhr, *vid*. Rawe, K., 2005. Jones, H., *op. cit.*, 127-222 proporciona la mejor descripción de las condiciones de las compañías de trabajo de prisioneros de la zona del frente. El porcentaje de prisioneros alemanes en compañías de trabajo de prisioneros es el correspondiente a agosto de 1916.

[40] Oltmer, J., *op. cit.*, 166-167.

[41] Helene Grus al Stellv. Gen Kdo., V, A. K., 5 de abril de 1918. AP Poznań: Polizei-Präsidium Posen 8991: doc. 30.

[42] Todd, L. M., junio de 2011, 257-278 y Daniel, U., 1997, 144-147.

[43] Kriegsministerium, orden al stellvertretende Generalkommandos titulada «Anstiftung der Kriegsgefangenen zur Meuterei», 20 de mayo de 1917. GLA Karlsruhe: 456 F109: Nr. 1.

[44] Stellv. Gen Kdo. des XVII. Armeekorps Danzig a Landrat Thorn, 29 de junio de 1917. AP Toruń: Starostwo Powiatowe w Toruniu (Landratsamt Thorn): Nr. 1025: fo. 129.

[45] *Vid*. Roeder, C. von, 1936, 149-153. Roeder era el jefe del servicio de contraespionaje («Abwehrdienst») en la sección adjunta IIIB del Estado Mayor General de Alemania. Aunque su relato exagera, proporciona pruebas interesantes y buena parte de lo que afirma lo corrobora la documentación de la época. Para un ejemplo, *vid*. la orden del Chef des Stellvertretenden Generalstab der Armee, Abteilung IIIb Berlin, 8 de abril de 1917. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2739: fo. 200.

[46] La cita procede de un enorme y alarmante póster naranja distribuido por el general Wagner del Stellv. Gen Kdo. des XVII. Armeekorps Danzig, 4 de mayo de 1917. AP Toruń: Starostwo Powiatowe w Toruniu (Landratsamt Thorn): Nr. 1024: fo. 281. *Cf*. Gouvernement der Festung Mainz a Territ. Komm. Mainz; Reg. Präsident Wiesbaden; Militär. Polizeistelle Mainz und Wiesbaden; Geh. Feldpolizei Bingen; Ic und F. G. A, 12 de mayo de 1917. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2739: fo. 207 y Stellv. Gen Kdo. des V. Armeekorps a Erzbischof von Gnesen und Posen Dr. Dalbor, 18 de junio de 1917. AA Poznań: OA X 76.

[47] Regierungs-Präsident Wiesbaden, memorando explicativo de una presentación del stellvertretenden Generalstab der Armee, 27 de enero de 1918. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2739: fo. 244.

[48] Herbert, U., *op. cit.*, 99.

[49] Cifra del póster propagandístico germano «Wer ist Sieger?», AP Poznań: Polizei-Präsidium Posen 5024: doc. 196.

[50] Cifras procedentes de: Benvindo, B. y Majerus, B., 2010, 136; Scheer, T., 2009b, 22; Gumz, J. E., 2009, 6 y Mayerhofer, L., 2010, 40-41.

[51] Para las cifras, *vid*. Huber, M., 1931, 391-392.

[52] Köhler, L. von, *op. cit.*, 6-8; Mayerhofer, L., *op. cit.*, 46-52 y Scheer, T., *op. cit.*, 59-60.

[53] Cit. en Hamlin, D., septiembre de 2009, 457.

[54] Grebler, L. y Winkler, W., 1940, 76 y 97.

[55] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 354 y 287-288.

[56] *Verhandlungen des Reichstags. XIII Legislaturperiode. II. Session. Band 306. Stenographische Berichte. Von der Eröffnungssitzung am 4. August 1914 bis zur 34. Sitzung am 16. März 1916*, 1916, 660.

[57] Stellvertreter des k. u. k. Chefs des Generalstabes a Chef des Generalstabes, 12 de noviembre de 1916, 18-19. KA Viena: NL Bolfras, B/75C.

[58] Zeynek, T. *Ritter* von, 2009, 276.

[59] Skalweit, A., 1927, 10-11; Grebler, L. y Winkler, W., *op. cit.*, 83.

[60] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 354.

[61] Skalweit, A., *op. cit.*, 22.

[62] Mayerhofer, L., *op. cit.*, 214.

[63] Arz von Straussenburg, A., 1924, 189, 193 y 195-196. Acerca de la mentalidad del cuerpo de oficiales del Imperio austrohúngaro y su pelea con los civiles por la comida, *vid*. Gumz, J. E., *op. cit.*, 176-192.

[64] Mayerhofer, L., *op. cit.*, 212 y Zeynek, T. *Ritter* von, *op. cit.*, 314.

[65] A. Hartmuth, carta de su madre, 24 de octubre de 1916. Colección del autor.

[66] *Vid*. BN Warsaw: Microfilm 89065: Jaszczurowscy v. Jaszczórowscy herbu Rawicz: «Wielka wojna światowa – Pamiętnik Tadeusza Alojzego Jaszczurowskiego» [La Gran Guerra Mundial - El diario de Tadeusz Alojzy Jaszczurowski], 105; Romer, J. E., 1921, 97 y Hamlin, D., *op. cit.*, 464.

[67] Para una buena introducción a las prioridades de las Potencias Centrales en el este, *vid* Lehnstaedt, S., 2014b, 221-232.

[68] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 206 y 189.

[69] Liulevičius, V. G., 2000, 71-72, 96-99, 123-125 y 198 y Westerhoff, C., 2012, 171.

[70] Cit. en Liulevičius, V. G., *op. cit.*, 66.

[71] *Ibid*., 65, 92-93, 100-103. *Véase también* Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 198 y 202.

[72] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 198-199. Para una historiografía reciente que subraya las similaridades entre las fuerzas militares de la Alemania imperial y las prácticas nazis, *vid*., por ejemplo, Hull, I. V., 2005, en particular 243-248.

[73] Liulevičius, V. G., *op. cit.*, 72, y Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. I, 197-198. Para la cifra de efectivos, *vid*. Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 7*.

[74] Westerhoff, C., *op. cit.*, 143-177.

[75] *Ibid*., 191-196, 211-221 y 298-303 y Liulevičius, V. G., *op. cit.*, 73-74.

[76] Strazhas, A., 1993, 47.

[77] *Ibid*., 48-49. *Véase también* Liulevičius, V. G., *op. cit.*, 75-76.

[78] Liulevičius, V. G., *op. cit.*, 200-215.

[79] McPhail, H., 2001 (1999), 45-48 y 51. *Véase también* Armee-Oberkommando 1, «Armeebefehl betreffend Ueberwachung der Civilbevölkerung», 16 de mayo de 1917, redistribuida el 10 de enero de 1918. GLA Karlsruhe: 456 f6/250.

[80] Schaepdrijver, S. de, 2010, 391 y McPhail, H., *op. cit.*, 137-139.

[81] Thiel, J., *op. cit.*, 127-129 y Hull, I. V., *op. cit.*, 252-253.

[82] Gide, C. y Ovalid, W., 1931, 175-177 y Fontaine, A., 1926, 16, 109-110 y 405.

[83] Hull, I. V., *op. cit.*, 252 y McPhail, H., *op. cit.*, 48, 93 y 226.

[84] Para Bissing, *vid. supra*. En relación con los factores que moderaron la conducta de su régimen, *vid*. Hull, I. V., *op. cit.*, 230; acerca de su política económica, *vid*. Thiel, J., *op. cit.*, 40-46.

[85] Pirenne, H., 1928, 127 y Kerchove de Denterghem, C. de, 1927, 28.

[86] Thiel, J., *op. cit.*, 88 y 247 y Herbert, U., *op. cit.*, 106.

[87] Little, B., 2011, 141-143 y 146-149 y McPhail, H., *op. cit.*, 61-88.

[88] Henry, A., 1920, 195-196 y 225.

[89] Solanský, A., 1928, 115 y Liberman, P., 1996, 77.

[90] Liberman, P., *op. cit.*, 73, 75 y 84. *Véase también* Thiel, J., *op. cit.*, 42.

[91] Conze, W., 1958, 87-88 y 114-115.

[92] *Ibid*., 70-72 y 102-105.

[93] *Vid*. Westerhoff, C., *op. cit.*, 203 y 233-234. Para documentación del «Komittee den Notleidenden in den von deutschen Truppen besetzten Teilen Russisch-Polen», *vid*. AA Poznań: OA X 40 y el informe del Regierungspräsident Marienwerder al Oberpräsident de Prusia Occidental, 15 de mayo de 1915, en AP Gdańsk: Rejencja w Kwidzynie (10): 10229: fo. 309.

[94] *Vid*. para los trabajos más recientes de la cuestión de la construcción del Estado, Kauffman, J. C., 2008.

[95] Kries, cit. en Conze, W., *op. cit.*, 71.

[96] Ihnatowicz, I., 1965, 457 y Conze, W., *op. cit.*, 132.

[97] *Vid*. la respuesta oficial a un memorando anónimo donde se criticaba la ocupación, remitido al arzobispo de Posen y Gnesen, 7, en AA Poznań: OA IX 204. *Véase también* Bemann, M., 2007, 9.

[98] Conze, W., *op. cit.*, 129 y Czerep, S., 2007, 194. *Véase también* el memorando de 1917 anónimo, pero informado y crítico, 13-18, en AA Poznań: OA IX 204.

[99] Dunin-Wąsowicz, K., 1974, 97, 170-175 y 180 y Blobaum jr, R., mayo de 2013, 188-191. Para una guía acerca de las raciones germanas, *vid*. Offer, A., 1989, 30, fig. 1.1.

[100] Memorando crítico anónimo en torno a la ocupación de Polonia, 1917, 7 y 20. AA Poznań: OA IX 204. En este se afirma que el GGW puso en libertad a 3381 personas entre septiembre de 1915 y febrero de 1917, pero que muchas miles más permanecieron encarceladas.

[101] Westerhoff, C., *op. cit.*, 198-210.

[102] Herbert, U., *op. cit.*, 87 y 93-94. *Véase también* Westerhoff, C., *op. cit.*, 93.

[103] Westerhoff, C., *op. cit.*, 88-89, 114 y 252.

[104] *Ibid*., 201 y 206.

[105] Ihnatowicz, I., *op. cit.*, 459.

[106] Westerhoff, C., *op. cit.*, 65-66, 115, 202, 260 y 332; memorando anónimo crítico de la ocupación de Polonia, 1917, 21 y 31. AA Poznań: OA IX 204.

[107] Con respecto a las actividades de construcción de Estado de Beseler, *vid*. Kauffman, J. C., *op. cit.*, capítulos 2-4. Acerca de la Universidad de Varsovia, *véase también* Kauffman, J., marzo de 2013, 65-79.

[108] Fischer, F., 1967, 239-244.

[109] Conze, W., *op. cit.*, 177-191 y 211 para la cita.

[110] *Ibid*. 226-233 y Sukiennicki, W., 1984, vol. I, 266-271 y 289.

[111] Reproducido en Ludendorff, E., (ed.), *op. cit.*, vol. II, 379-380.

[112] Acerca del efecto distanciador de las medidas económicas y represivas del GGW sobre los polacos, así como de la descarnada intención de dominio visible en la oferta de las Potencias Centrales, *vid*. la carta del conde Von Hutten-Czapski al *General* Von Chelius, 12 de diciembre de 1916, reproducido en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 45-47 (doc. 27).

[113] Wandycz, P. S., 1974, 352-358 y Conze, W., *op. cit.*, 242-306.

[114] Przeniosło, M., 2007, 204 y 206 y Lehnstaedt, S., 2014, 97.

[115] Wegs, J. R., *op. cit.*, 122.

[1] «Entente Reply to the Peace Note of Germany and Her Allies, December 30, 1916», reproducido en Carnegie Endowment for International Peace (ed.), 1917, 40.

[2] «Aufzeichnung über die Besprechung zwischen Reichskanzler von Bethmann Hollweg, Generalfeldmarschall von Hindenburg und General Ludendorff in Pleß am 9. Januar 1917, 11:15 Uhr vorm», en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 147 (doc. 84).

[3] Cooper jr, J. M., mayo de 1976, 219-220.

[4] Chef des Admiralstabes, memorando, 22 de diciembre de 1916, 2. BA-MA Friburgo: RM 5/2971: fo. 281.

[5] Offer, A., marzo de 1989, 25-27 y Herwig, H. H., 2000, 194.

[6] Holtzendorff, memorandum, 22 de diciembre de 1916. BA-MA Friburgo: RM 5/2971: fos. 280-282.

[7] Best, G., 1980, 252-255.

[8] Halpern, P. G., 1994, 335.

[9] Holtzendorff, memorando, 22 de diciembre de 1916. BA-MA Friburgo: RM 5/2971: fos. 280-282 y 295-299.

[10] Offer, A., *op. cit.*, 28-31.

[11] Holtzendorff, memorando, 22 de diciembre de 1916, 24. BA-MA Friburgo: RM 5/2971: fo. 294.

[12] *Vid*. Admiralstab der Marine, «Die englische Wirtschaft und der U-Boot-Krieg», 12 de febrero de 1916, 21. BA-MA Friburgo: RM 5/2971: fo. 152.

[13] Bethmann, cit. en Jarausch, K. H., 1973, 284.

[14] «Protokoll der Beratung über die Aufnahme des rücksichtslosen U-Boot-Krieges vom 31. August 1916», en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 123-127 (doc. 70).

[15] Müller, G. A. von, 1961, 229 (entrada del 8 de enero de 1917).

[16] Granier, G., 2000, 621.

[17] Nebelin, M., 2010, 289-289. *Véase también* Jarausch, K. H., *op. cit.*, 296-297.

[18] «Aufzeichnung über die Besprechung zwischen Reichskanzler von Bethmann Hollweg», en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 147 (doc. 84).

[19] *Vid*. «President Wilson's Address of January 22, 1917», *The American Journal of International Law* 11(4), octubre de 1917, 318.

[20] Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. II, 415.

[21] «Aus den Aufzeichnungen des Chefs des Geheimen Zivilkabinetts v. Valentini über die Kronratssitzung vom 9. Januar 1917», en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 148 (doc. 85).

[22] Clark, J. M., 1931, 24.

[23] El káiser a Houston Stewart Chamberlain, enero de 1917, cit. en Stibbe, M., 2001, 175.

[24] Acerca de la Armada alemana de preguerra y Jutlandia, *vid*. Herwig, H. H., 1980, esp. 95-110 y 178-199. *Véase también* Rüger, J., 2007.

[25] Schröder, J., 2000, 319.

[26] Orden del Kommando des Hochseestreitkräfte, 31 de enero de 1917.

[27] Schwarte, M., 1920, 408-409 y Rössler, E., 2001 (1981), 67.

[28] Leader of Submarines, «Written record of the conference with captains of submarines on 17.1.1917», 27 de enero de 1917. TNA London: ADM 137/3866.

[29] Marine Generalkommando, memorando, 10 de marzo de 1917. BA-MA Friburgo: RM 120/577.

[30] Chef des Admiralstabes, informe de inteligencia, 19 de marzo de 1917. BA-MA Friburgo: RM 86/226.

[31] Este pasaje se basa en Schröder, J., *op. cit.*, 326-327.

[32] Halpern, P. G., *op. cit.*, 408.

[33] «Interrogation of Survivors» del UC65 (noviembre de 1917), 17. TNA London: ADM 137/3060.

[34] Esta descripción se basa en detalles de U97, UB103, UB104 y U110 en «Interrogation of Survivors». TNA London: ADM 137/3872. Para la carga máxima de torpedos, *vid*. la lista del 26 de octubre de 1917 en BA-MA Friburgo: RM 120/576.

[35] Forstner, G. G. von, 1917, 56.

[36] Niemöller, M., 1939, 19, 24-26 y 45. *Véase también* Forstner, G. G. von, *op. cit.*, 7-11.

[37] «Interrogation of Survivors» del UC65 (noviembre de 1917), 17, UC35 (mayo de 1918), 10 y UB85 (mayo 1918), 6. TNA London: ADM 137/3060. *Véase también* interrogatorio a los supervivientes del U64 (junio 1918), 10. TNA London: ADM 137/3903.

[38] Spiegel, E. von, 1916, 27.

[39] Schröder, J., *op. cit.*, 398, 428-429 y 437.

[40] «Interrogation of Survivors» del UB72 (junio 1918), U104 (mayo 1918) y UC65 (noviembre 1917). TNA London: ADM 137/3874, 3872 y 3060.

[41] «Interrogation of Survivors» del UB81 (diciembre 1917). TNA London: ADM 137/3060.

[42] «Information Obtained from Survivors of U93» (mayo 1917). TNA London: ADM 137/3872. El comandante de la nave era Spiegel, cuyo libro se cita *supra*. *Véase también* «Interrogation of Survivors» del UB103 (mayo 1918), 6, en el mismo archivo, y UC65 (noviembre 1917), 13 y U58, 6, en ADM 137/3060.

[43] *Vid*. «Interrogation of Survivors» del UB109 (septiembre 1918), 9 y UC65 (noviembre 1917), 10 en TNA London: ADM 137/3874 y 3060.

[44] «Copy and Portion of a Further Statement by Captain Anthony Starkey of the SS “Torrington”» [*c*. 11 de enero de 1919] e «Interrogation of Machinist Alfred Berner» del U48, 26 de noviembre de 1917. TNA London: ADM 137/4138 y 3902.

[45] UB124 (agosto 1918). TNA London: ADM 137/3901 y ADM 137/3874.

[46] Forstner, G. G. von, *op. cit.*, 69-70. *Cf.* «A Conversation with the Crew of "*UB30*"», traducción de un artículo de *De Telegraaf*, 2 de marzo de 1917. TNA London: ADM 137/3874.

[47] Führer der Unterseeboote, orden y apéndice, 10 de mayo de 1917. BA-MA Friburgo: RM 86/226.

[48] Kriegstagebuch *U93*, 1917. BA-MA Friburgo: RM 97/11034: fos. 7-23 y 92.

[49] «Report of Interrogation of Survivor» del UC63 (noviembre 1917), 3. TNA London: ADM 137/3060.

[50] «German Prize Crew from SS Older» [hombres del U49 y U50], hacia diciembre de 1916, 24-25; «Interrogation of Survivors» del U48 (diciembre 1917), 16; «Interrogation of Survivors» del UB72 (junio 1918), 10-15. TNA London: ADM 137/3902, 3872 y 3874.

[51] «Interrogation of Survivors» del UB103 (junio 1918), 17. TNA London: ADM 137/3872.

[52] «Interrogation of Survivors» del U48 (diciembre 1917), 17, UC63 (noviembre 1917), 9, UC65 (noviembre 1917), 17 y UC35 (mayo 1918), 9. TNA London: ADM 137/3872 y 3060.

[53] «Interrogation of Survivors» del U58 (diciembre 1917), 15. TNA London: ADM 137/3060. *Cf*. «A Conversation with the Crew of "*UB30*"», 1 de marzo de 1917, 1-2. TNA London: ADM 137/3874.

[54] «Aufstellung über den Stand der U-Boot-Spende», 28 de julio de 1919. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 191, 3643.

[55] Puede verse un resumen de la película *Der magische Gürtel* en [http://www.iwm.org.uk/collections/item/object/1060008290]. Consultado el 25 de abril de 2014.

[56] «Interrogation of Survivors» del UB104 (mayo 1918), 7 y UB72 (junio 1918), 7. TNA London: ADM 137/3872 y 3874.

[57] «Interrogation of Survivors» del UB103 (junio 1918), 6, U48 (diciembre 1917), 8, UB85 (mayo 1918), 5 y UB109 (septiembre 1918), 11. TNA London: ADM 137/3872, 3060 y 3874.

[58] Borrador de memorando de Marinekorps, Generalkommando a Chef des Admiralstabes der Marine, 28 de abril de 1917.

[59] *Führer* der Unterseeboote a las I, II, III, IV Uflottille, 10 de mayo de 1917. BA-MA Friburgo: RM 86/226.

[60] Hardach, G., 1977, 50-51 y 125-130 y Dewey, P. E., diciembre de 1918, 82-89.

[61] «Translation of Extract from Letter Written by Freiherr von Spiegel to his Wife», 7 de mayo de 1917. TNA London: ADM 137/3903.

[62] Osborne, E. W., 2004, 155 y Halpern, P. G., *op. cit.*, 341-342.

[63] Stevenson, D., 2011, 335-349. Para el tonelaje británico, *vid*. Hardach, G., *op. cit.*, 44-46.

[64] Schröder, J., *op. cit.*, 370.

[65] Halpern, P. G., *op. cit.*, 351-360.

[66] *Ibid*., 362-365 y 394-395.

[67] Herwig, H. H. y Trask, D. F., agosto de 1971, 628-632. *Véase también* Stevenson, D., *op. cit.*, 315-316.

[68] Stevenson, D., *op. cit.*, 364 y Schröder, J., *op. cit.*, 379.

[69] Schröder, J., *op. cit.*, 372-378 y 383-384 y Stevenson, D., *op. cit.*, 313-315, 325 y 345-346.

[70] Halpern, P. G., *op. cit.*, 343-344 y 366-368.

[71] «Interrogation of Survivors» del UB52 (julio 1918), 7. TNA London: ADM 137/3060.

[72] «Interrogation of Survivors» del U48 (diciembre 1917), 8-12. TNA London: ADM 137/3872. *Cf*. «Interrogation of Survivors» del U64 (junio 1918), 9. TNA London: ADM 137/3903.

[73] *Vid*. Chef des Admiralstabes, orden, «O-Sache» al Hochseekommando, 3 de junio de 1917. BA-MA Friburgo: RM 120/576. *Véase también* Halpern, P. G., *op. cit.*, 425-427.

[74] Herwig, H. H., 1980, 220 y Schröder, J., *op. cit.*, 436.

[75] «Interrogation of Survivors» del UC65 (noviembre de 1917), 17. TNA London: ADM 137/3060. *Véase también* «Interrogation of Survivors» del U110 (abril 1918), 16. TNA London: ADM 137/3872.

[76] Halpern, P. G., *op. cit.*, 159-160, 349-350, 406-407 y 440-441.

[77] Chef des Admiralstabes, memorando al Kommando der Hochstreitseekräfte, 7 de diciembre de 1917. BA-MA Friburgo: RM 120/576.

[78] «Interrogation of Survivors» del U48 (diciembre 1917), 17. TNA London: ADM 137/3872.

[79] Herwig, H. H., 2000, 205 y Schröder, J., *op. cit.*, 429.

[80] «Interrogation of Survivors» del U110 (abril 1918), 7. TNA London: ADM 137/3872.

[81] *Ibid*., 17. *Cf*. «Interrogation of Survivors» del UB103 (junio 1918), 15 en TNA London: ADM 137/3872.

[82] «Interrogation of Survivors» del UB81 (diciembre 1917), 14 y UB109 (septiembre 1918), 8-9. TNA London: ADM 137/3060 y 3874.

[83] «Interrogation of Survivors» del U110 (abril 1918), 7. TNA London: ADM 137/3872.

[84] «Interrogation of Survivors» del UB85 (mayo 1918), 3-5. TNA London: ADM 137/3060.

[85] «Interrogation of Survivors» del U64 (junio 1918), 8. TNA London: ADM 137/3903.

[86] *Vid*. Bucholz, A., 1985, 98-101 Redlich, J., 1953, vol. II, 188-189 (entrada del diario del 5 de febrero de 1917).

[87] Wolff, T., 1984, 478-481 (entradas de los días 5, 11 y 14 de febrero de 1917).

[88] «Zusammenstellung der Monatsberichte der stellv. Generalkommandos an das preußische Kriegsministerium betr. die allgemeine Stimmung im Volke» de febrero de 1917 (3 de marzo de 1917), 3. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685. *Véase también* Scheidemann, P., 1921, 4 (aunque contradice esto en la página 50).

[89] Child, C. J., diciembre de 1938, 351-368. Para la propaganda relacionada con el comercio estadounidense de armas, *vid*., por ejemplo, Henning, K. L., 1915, 20-25 y Buchner, E. (ed.), 1914-1915. A partir del volumen 4, los libros de Buchner reproducen numerosos reportes de prensa en torno al suministro estadounidense de equipo bélico y munición a la Entente.

[90] Gygi, F., 2004, 83 y 85. Para un ejemplo de la indignación de la opinión germana, *vid*. E. Stempfle, diario, 10 de abril de 1915. DTA, Emmendingen: 1654. Junto con recortes de prensa en los que se enumeran los centenares de miles de fusiles, millones de cartuchos y una plétora de armas encargadas en Estados Unidos por Rusia, Francia y Gran Bretaña, la autora del diario anotó con sarcasmo: «¡Así es como América mantiene su neutralidad!».

[91] «Zusammenstellung der Monatsberichte der stellv. Generalkommandos an das preußische Kriegsministerium betr. die allgemeine Stimmung im Volke» para febrero de 1917 (3 de marzo de 1917), 3. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685.

[92] Reich Navy Office cit. en Brocks, C., 2008, 42.

[93] *Vid*. «Die Ereignisse zur Vid.», *Deutsche Kriegszeitung 1917. Illustrierte Wochen-Ausgabe herausgegeben vom Berliner Lokal-Anzeiger. Nr. 12*, 25 de marzo de 1917, 6, y Nr. *16*, 22 de abril de 1917, 6. Para las estadísticas remitidas a los aliados, *vid*. «Vertreter des Admiralstabes der Marine im Großen Hauptquartier to königlich bulgarischer Militärbevollmächtigten im Großen Hauptquartier», 1 de julio de 1917. BA-MA Friburgo: RM 120/576.

[94] Koszyk, K., 1968, 203-204.

[95] Hadley, M. L., 1995, 18 y 36.

[96] Roesler, K., 1967, 207.

[97] Bruendel, S., 2010, 87.

[98] Póster, 6. Kriegsanleihe, 1917. Bibliothek für Zeitgeschichte: 2.5/7 2 a. *Véase también* Welch, D., 2000, 130-131.

[99] Wolff, T., *op. cit.*, 478-481 (entrada correspondiente a los días 2 y 5 de marzo de 1917).

[100] H. Muhsal, diario, 9 de marzo de 1917. BA-MA Friburgo: MSg 1/3109.

[101] R. Höfner, diario, 16 de abril de 1917. DTA Emmendingen: 1280,1.

[102] «Entwicklung der Stimmung im Heere 1916/17». Forschungsarbeit von Obkircher (1936), 37. BA-MA Friburgo: W-10/51507.

[103] Feldman, G. D., 1992 (1966), 337.

[104] Kriegsministerium, «Zusammenstellung der Monats-Berichte der Generalkommandos vom 3.4.17», 3 e *ibid*., «3.5.17.», 5-6, GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, 2685. *Véase también* E. Stempfle, diario, 8 de abril de 1917. DTA, Emmendingen: 1654.

[105] A. Hartmuth, carta de su madre, 27 de junio de 1917. Colección del autor. Más en general, *véase también* Fiebig von Hase, R., 1994, 132.

[106] «Denkschrift der Vorstände der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands und der Sozialdemokratischen Reichstagsfraktion», 28 de junio de 1917, en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 211-216 (doc. 129).

[107] «Rede des Abgeordneten Erzberger im Hauptausschuß des Reichstags. 6.Juli 1917», en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959b, vol. II, 3-7 (doc. 233). *Cf.* con el relato del propio Erzberger: Erzberger, M., 1920, 251-269.

[108] «Die Friedensresolution des deutschen Reichstags vom 19. Juli 1917», en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. II, 37-38 (doc. 241).

[109] Memorando para el Staatssekretär [des Reichsmarineamts], 8 de octubre de 1917. BA-MA Friburgo: RM 5/3818: fos. 2-3.

[110] Koszyk, K., *op. cit.*, 205.

[111] Halpern, P. G., *op. cit.*, 356-357 y Herwig, H. H. y Trask, D. F., agosto de 1971, 613, 618, 627 y 629.

[112] Documentación del Presseabteilung Admiralstab, finales de 1917. BA-MA Friburgo: RM 5/3818: fos. 101 y 103-104. Para la destrucción de transportes de tropas, *vid*. Schröder, J., *op. cit.*, 383. Los alemanes hundieron otros cuatro transportes de tropas que navegaban vacíos de regreso por el Atlántico.

[113] «German Submarine Propaganda», 4, 23 de abril de 1918. TNA London: ADM 137/3872.

[114] Herwig, H. H., 1980, 223 y Hardach, G., *op. cit.*, 48.

[115] *Vid*. Stevenson, D., *op. cit.*, 247, 338-339, 345 y 351.

[*] N. del E.: *Der Magische Gürtel*, documental propagandístico alemán del Bild- und Filmamt en torno a las operaciones del U-35, un *U-Boot*, durante la Primera Guerra Mundial. El equipo de rodaje estuvo a bordo del submarino durante cinco semanas por el Mediterráneo en la primavera de 1917 mientras hundía diez barcos. Todo fue filmado en cubierta, pues las cámaras no eran lo suficientemente sensibles a la luz interior del submarino. La película muestra el trato dispensado a las tripulaciones de los buques capturados, hundidos cuando estas se hallaban en los botes salvavidas. El filme fue aprobado por la censura alemana en agosto de 1917 y se proyectó en los cines con gran éxito. También en Francia y Estados Unidos. Una versión coloreada que cayó en manos británicas después de la guerra sirvió para su restauración en el año 2000 por parte del Imperial War Museums, Londres. El ejemplar original se devolvió a Alemania en 1965 https://www.iwm.org.uk/embed/?id=1060008290&media_id=464026

[1] Manela, E., 2007, 36.

[2] Cit. en Wade, R. A., 1969, 16 y 29.

[3] «President Wilson’s Address of January 22, 1917», *The American Journal of International Law* 11(4), octubre de 1917, 323.

[4] Figes, O., 1997 (1996), 381.

[5] *Vorwärts*, 6 noviembre 1917, cit. en BA-MA Friburgo: RM3/11682b: fo. 49.

[6] Cit. en Cornwall, M., 2002, 169.

[7] Brennan, C., 2012, 16-19, 97-98 y 106-107.

[8] Los cambios de personal detallados en Glaise-Horstenau, E. von, 1930, 14-17. *Véase también* Brennan, C., *op. cit.*, 143-144.

[9] Brennan, C., *op. cit.*, 107-109.

[10] Křen, J., 2000 y Rees, H. L., 1992, 27-29.

[11] Del káiser Carlos I al káiser Guillermo II, 14 de abril de 1917, en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. I, 378-379 (doc. 201).

[12] Galántai, J., 1989, 224-226 y 240-245 y Vermes, G., 1977, 35-37.

[13] Brennan, C., *op. cit.*, 153-229.

[14] Jarausch, K. H., 1973, 310.

[15] Wolff, T., 1984, 495 (entrada del 22 de marzo de 1917).

[16] Müller, G. A. von, 1961, 249 (entrada del 22 de marzo de 1917).

[17] Scheidemann, P., 1921, 40-22. Acerca de la reunión, *vid*. Fischer, F., 1967, 328.

[18] Miller, S., 1974, 285-286. Para el telón de fondo del cisma del partido, *vid. ibid.*, 113-165.

[19] «Mensaje de Pascua» de Guillermo II, J. Verhey y R. Chickering (trads.), en [http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/pdf/eng/922_Wilhelm_Easter_Message_186.pdf]. Para una descripción de los debates que condujeron al «Mensaje de Pascua», *vid*. Jarausch, K. H., *op. cit.*, 327-335.

[20] Miller, S., *op. cit.*, 286 y Fischer, F., *op. cit.*, 397-399.

[21] Pyta, W., 2009 (2007), 161-162 y 256-258.

[22] Roesler, K., 1967, 208.

[23] Ryder, A. J., 1967, 49-58 y 72-73.

[24] Jarausch, K. H., *op. cit.*, 327.

[25] Erzberger ante el Comité de Dirección del Reichstag, 6 de julio de 1917, en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. II 6 (doc. 233).

[26] Miller, S., *op. cit.*, 304.

[27] Scheidemann, P., *op. cit.*, 80-81.

[28] Haase acerca del canciller Hertling, 29 de noviembre de 1917, cit. en Miller, S., *op. cit.*, 331. Acerca de la crisis, *vid*. Mommsen, W. J., noviembre de 1968, esp. 665-671.

[29] Resolución de Paz del Reichstag, 19 de julio de 1917, J. Verhey y R. Chickering (trads.), en [http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/pdf/eng/1007_Reichstag%27s%20Peace%20Resolution_194.pdf].

[30] Fischer, F., *op. cit.*, 401-404; Erzberger, M., 1920, 266-268 y Stevenson, D., marzo de 1991, 72. Acerca de las críticas de Haase y el SPD, *vid*. Miller, S., *op. cit.*, 288 y 311.

[31] Ludendorff en el Consejo de la Corona del 14 de septiembre de 1917, reproducido en Ludendorff, E., (ed.), 1920, vol. II, 494.

[32] Fischer, F., *op. cit.*, 316-317 y 347.

[33] *Ibid*., 342-346.

[34] *Ibid*., 347.

[35] *Vid*. el reporte del Legationssekretärs Freiherr von Lersner al secretario de Exteriores de fecha 5 de mayo de 1917, reproducido en Deist, W. (ed.), 1970, vol. II, 744-746 (doc. 293).

[36] Transcripción de las conversaciones de Kreuznach, 23 de abril de 1917, en Feldman, G. D. (ed.), 1972, 32-33 (doc. 9). *Véase también* Fischer, F., *op. cit.*, 346-351.

[37] Fischer, F., *op. cit.*, 365-369.

[38] Cornwall, M., 2000, 40-59.

[39] Kriegstagebuch, 12. Inf. Div., «Übersicht über die Zeit vom 1. bis 11.4. 17» y entradas de los días 12-15 y 23-30 de abril de 1917. BA-MA Friburgo: PH8I/ 11.

[40] Cornwall, M., 2000, 58-62.

[41] Stevenson, D., 2005, 297.

[42] Ludendorff, E., (ed.), 1920, vol. II, 712-721.

[43] *Vid*. Harvey, D. A., octubre de 1999, 537-554 y Boswell, L., invierno de 2000, 129-162.

[44] Stevenson, D., diciembre de 1979, 879-880 y 883 y Stevenson, D., 1998, 93-101.

[45] *Vid*. «Entente Reply to President Wilson's Peace Note, January 10, 1917», en Carnegie Endowment for International Peace (ed.), 1917, 49-50.

[46] Para un análisis de los problemas de hacer la paz en 1917, con énfasis en las disputas territoriales enquistadas y la solidaridad de alianzas, *vid*. Stevenson, D., marzo de 1991, 65-86.

[47] Acerca de Francia en la conferencia de paz de París de 1919, *vid*. MacMillan, M., 2001, esp. 176-186.

[48] Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. II, 517.

[49] Ludendorff, E., (ed.), 1920, vol. II, 494-497, Feldman, G. D. (ed.), 1972, 32-33 (doc. 9), y Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. II, 517-520.

[50] Herwig, H. H., septiembre de 1972, 214-220.

[51] Ludendorff, E., (ed.), 1920, vol. II, 494.

[52] Adolf Hitler, 17 de septiembre de 1941, cit. en Zimmerer, J., 2003, 1098.

[53] Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. II, 520.

[54] Para la cita, *vid*. Ludendorff, carta al profesor Hans Delbrück, 29 de diciembre de 1915, reproducida en Zechlin, E., octubre de 1970, 352. Para el resto de detalles, *vid*. Liulevičius, V. G., 2000, 94-96 y Sammartino, A. H., 2010, 31-37.

[55] Stevenson, D., marzo de 1991, 67-69; Galántai, J., *op. cit.*, 234-235 y Rauchensteiner, M., 1993, 419 y 553-554.

[56] Galántai, J., *op. cit.*, 234.

[57] Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 487 y Fischer, F., *op. cit.*, 344.

[58] Stevenson, D., marzo de 1991, 67-69 y May, A. J., 1966, vol. I, 486-491.

[59] Bethmann Hollweg, 4 de agosto de 1914, reproducido en Lutz, R. H. (ed.), 1932, vol. I, 13.

[60] Fischer, F., *op. cit.*, 360, 374, y canciller Michaelis, 21 de agosto de 1917. Lutz, R. H. (ed.), *op. cit.*, vol. I, 367.

[61] Czernin, cit. en Fischer, F., *op. cit.*, 351.

[62] Aleksandra Czechówna, diario (pág. 69), 8 de marzo de 1917. AN Cracovia: IT 428/41.

[63] Rees, H. L., *op. cit.*, 37 y Davis, B. J., 2000, 196. Para las huelgas, *vid*. Schlegelmilch, A., 2001, 293.

[64] «Juni-Bericht des Gemeinsamen Zentralnachweisebureaus, Auskunftsstelle für Kriegsgefangene, Zensurabteilung über die Stimmung der österreichischen Bevölkerung im Hinterlande», 1. AVA Viena: MdI, Präsidium (1917). 22/gen. Nr. 14234.

[65] Acerca de Alemania, *vid*. «Zusammenstellung der Monatsberichte der stellv. Generalkommandos an das preußische Kriegsministerium betr. die allgemeine Stimmung im Volke», en GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685. Acerca de Austria, *vid*. «Juni-Bericht des Gemeinsamen Zentralnachweisebureaus, Auskunftsstelle für Kriegsgefangene, Zensurabteilung über die Stimmung der österreichischen Bevölkerung im Hinterlande». AVA Viena: MdI, Präsidium (1917). 22/gen. Nr. 14234.

[66] Cit. en Redlich, J., 1929, 150-151, n. 2.

[67] Glaise-Horstenau, E. von, *op. cit.*, 31.

[68] Brennan, C., *op. cit.*, esp. 273-274 y 279.

[69] Mamatey, V. S., 1977, 16.

[70] Brennan proporciona el examen más detallado de los debates en torno a la redacción del discurso de la Unión Checa. *Vid*. Brennan, C., *op. cit.*, 264-268, 276-279 y 289-293.

[71] Zeman, Z. A. B., 1961, 127-129.

[72] Glaise-Horstenau, E. von, *op. cit.*, 37.

[73] Zahra, T., 2008, 81-82 y 94-95.

[74] Redlich, J., *op. cit.*, 150 y 156-157 y Cornwall, M., 2000, 284.

[75] Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 477-478 y Rees, H. L., *op. cit.*, 49-50. *Véase también* «Stimmung in Prager Polizeirayon», 25 de julio de 1917, en Praga (No. 163). AVA Viena: MdI, Präsidium. Varia Erster Weltkrieg: Karton 33.

[76] Brennan, C., *op. cit.*, 268-269 y Zeman, Z. A. B., *op. cit.*, 122-123.

[77] Hanák, P., 1970, 60-61. Existen varias formas de interpretar las pruebas de Hanák, pero la suma que este proporciona, según la cual más del 75 por ciento de todos los remitentes y destinatarios de correo deseaba «Selbstständigkeit», y (según otra muestra) un 13,5 aspiraba a «Unabhängigkeit», refuerza nuestra interpretación.

[78] Rees, H. L., *op. cit.*, 33-38.

[79] K. u. k. Militärkommando in Prag, «Stimmungsbericht», 15 de febrero de 1917, 3. KA Viena: MKSM 1917 (Karton 1305), 28-2/10.

[80] Póster en Aurinowes (Uhříněves), pol. Bezirk Zizkow, marzo de 1917. AVA Viena: MdI, Präsidium. Varia Erster Weltkrieg: Karton 33.

[81] Mamatey, V. S., *op. cit.*, 18 y k. u. k. Militärkommando in Prag, «Demonstration in Prag», 31 de mayo de 1917, 1-2. KA Viena: MKSM 1917 (Karton 1305), 28-2/10-17. Acerca del voto checo (en 1911), *vid.* Höbelt, L., 2002, 58.

[82] Hupka, J., 1937, 335 (entrada del 18 de diciembre de 1917).

[83] K. u. k. Militärkommando in Prag, «Stimmungsbericht», 15 de mayo de 1917, 1-3. KA Viena: MKSM 1917 (Karton 1305), 28-2/10-3.

[84] «Juni-Bericht des Gemeinsamen Zentralnachweisebureaus, Auskunftsstelle für Kriegsgefangene, Zensurabteilung über die Stimmung der österreichischen Bevölkerung im Hinterlande», 2 y 5; «Stimmung und wirtschaftliche Lage des österreichischen Bevölkerung im Hinterland (Septemberbericht)», 2. AVA Viena: MdI, Präsidium (1917). 22/gen. Nr. 14234 y 21657. Acerca de los rumores en torno al káiser Guillermo, *vid*. k. u. k. Militärkommando in Prag, «Stimmungsbericht», 15 de mayo de 1917, 1-3. KA Viena: MKSM 1917 (Karton 1305), 28-2/10-3.

[85] Wegs, J. R., 1977, 128.

[86] Cit. en Křen, J., *op. cit.*, 354.

[87] K. u. k. Militärkommando in Prag, «Stimmungsbericht», 15 de diciembre de 1917, 2. KA Viena: MKSM 1917 (Karton 1305), 28-2/10-17.

[88] Hanák, P., *op. cit.*, 63-65.

[89] Para el telón de fondo, *vid*. Mamatey, V. S., *op. cit.*, 16-23. El texto se cita en Rees, H. L., *op. cit.*, 80-81.

[90] «Denkschrift der Obersten Heeresleitung über die deutsche Volks- und Wehrkraft», 17-18. BA-MA Friburgo: PH 3/446.

[91] En relación con la comida, *vid*. Offer, A., 1989, 29. Acerca de las requisas, *vid*. los pósteres de AP Toruń: Starostwo Powiatowe w Toruniu (Landratsamt Thorn) 1818-1920: Nr. 1023: Bl. 91, 180, 293, 295, 432, 450, 478, 479; acerca de la resistencia para retirar las campanas de las iglesias, *vid*. la circular de Edmund, arzobispo de Gnesen und Posen, 6 de agosto de 1917. AA Poznań: OA X 76.

[92] «Zusammenstellung der Monatsberichte der stellv. Generalkommandos an das preußische Kriegsministerium betr. die allgemeine Stimmung im Volke» de junio 1917 (3 de julio de 1917), 1. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685.

[93] «Zusammenstellung der Monatsberichte der stellv. Generalkommandos an das preußische Kriegsministerium betr. die allgemeine Stimmung im Volke» para mayo 1917 (3 de junio de 1917), 22. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685.

[94] Miller, S., *op. cit.*, 143-177; Ryder, A. J., *op. cit.*, 76-83 y Tampke, J., 1979, 53-56.

[95] Ryder, A. J., *op. cit.*, 99. Acerca de Müller y los capataces revolucionarios, *vid*. Hoffrogge, R., 2009, 189-194.

[96] Copia de un panfleto revolucionario de las huelgas de abril remitido por el Kriegsministerium al Kommandantur Coblenz-Ehrenbreitstein, 3 de mayo de 1917. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2777: fo. 152.

[97] Feldman, G. D., 1992 (1966), 337-339 y Ryder, A. J., *op. cit.*, 100-101.

[98] En el contexto de las huelgas de abril, *vid*. en especial el informe del Magistrat in Frankfurt a. M. al Reg. Präs. Wiesbaden, 17 de abril de 1917. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2777: fo. 349.

[99] Feldman, G. D., 1992 (1966), 340-348. El llamamiento de Hindenburg se reproduce en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. I 202 (doc. 126).

[100] Feldman, G. D., 1992 (1966), 362-404.

[101] Minister des Innern, circular a todos los Regierungspräsidenten y al Polizeipräsident in Berlin, 12 de julio de 1917. GStA PK, Berlín: XIV. HA Rep 181,31389.

[102] Chef des Generalstabes des Feldheeres, memorando, 15 de noviembre de 1917. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2739: fos. 230-232.

[103] Póster firmado por el Gouverneur der Festung Mainz, 2 de mayo de 1917. Acerca de los mormones y adventistas, *vid*. Minister des Innern in Berlin to Regierungspräsidenten —mit Ausnahme von Koeslin — und Herrn Polizeipräsidenten [in Berlin], 4 de octubre de 1917 y orden del Kriegsministerium del 19 de marzo de 1918. HHStA Wiesbaden: Preußisches Regierungspräsidium Wiesbaden (405): Nr. 2777: fo. 338 y AP Toruń: Star. Pow. Toruniu: Nr. 1009: fo. 921.

[104] *Vid*. orden del Generalquartiermeister Gr. HQ, del 25 de julio de 1917 y Chef des Stabes des Feldheeres, «Einführung von Hetzschriften in das Heer», 24 de mayo de 1917. Para la orden contra los pilotos enemigos, *vid*. Chef des Feldheeres, telegram, 24 de abril de 1917. GLA Karlsruhe: 456 F 109, Nr. 1, y 456 F 7, Nr. 91.

[105] Jahr, C., 1998, 155 y Watson, A., 2008, 168-172.

[106] Informe de censura del 5.º Ejército alemán, 12 de julio de 1917, 15. BA-MA Friburgo: W-10/50794.

[107] Schuhmacher, W., 1928, 172-173.

[108] Thaer, A. von, 1958, 122 (entrada del diario del 15 de mayo de 1917).

[109] *Vid*. Watson, A., *op. cit.*, 202-204. *Véase también* Kluge, U., 1975, 94-105.

[110] Horn, D. (ed.), 1969, 342.

[111] Horn, D., 1969, en especial capítulos 3 y 4.

[112] Hagenlücke, H., 1997, capítulo 3.

[113] *Vid*. Ulrich, B. y Ziemann, B. (eds.), 1994, 133-135, docs. 51a y 51d.

[114] «Schreiben des Chefs des Generalstabes des Feldheeres an die Chefs des Stabes der Heeresgruppen und Armeen über die Notwendigkeit der Aufklärungstätigkeit unter den Truppen», 31 de julio de 1917, reproducido en Deist, W. (ed.), *op. cit.*, vol. II, 847 (doc. 332).

[115] Lipp, A., 2003, 70-88. *Véase también* Rice, A. K., 2004, 53-64.

[116] Mai, G., 1977, 215. *Véase también*, Stellv. Generalkommando XI A. K., «Aufklärung bei den Truppen». HHStA Wiesbaden: 405: Nr. 2777: fo. 304.

[117] «Was der Feind will!», póster publicado a principios de 1917. *Vid*. HStA Stuttgart: M33/2: Bü 516.

[118] BA-MA Friburgo: PH 5 IV/2: Leitsätze für den Vaterländischen Unterricht der Armee-Abteilung A, 15 de noviembre de 1917, 5-6. Se ha demostrado que las obras anteriores de Wilhelm Deist y Benjamin Ziemann subestimaron la efectividad de la instrucción patriótica. *Vid*. la valoración, más equilibrada y respaldada de pruebas más sólidas en Lipp, A., *op. cit.*, 62-90 y Rice, A. K., *op. cit.*

[119] *Vid*. carta del jefe de Estado Mayor General al canciller, 17 de diciembre de 1916, reproducida en Ludendorff, E., (ed.), 1920, vol. II, 401-403.

[120] Wiehler, R., 1922, 17-18 y 21.

[121] *Vid*. Mai, G., *op. cit.*, 206-213 y 216-229 y Loch, T., 2003, 59-69.

[122] Bruendel, S., 2010, 87. Para una visión más general del telón de fondo de tales campañas, *vid*. Wiehler, R., *op. cit.*, 35-43.

[123] Roesler, K., *op. cit.*, 207.

[124] Para una valoración de la moral alemana en época de guerra, *vid*. el gráfico de la inteligencia militar estadounidense reproducido en Bruntz, G. G., 1938, encarte entre las págs. 192-193.

[125] «Die 7. Kriegsanleihe». HStA Stuttgart: J150, Nr. 232/8. Acerca de Hindenburg, *vid*. Welch, D., 2000, 210.

[126] «Wie brennt der Wunde-brennt die Schmach!» HStA Stuttgart: J150, Nr. 232/8. Más en general, *cf*. Koszyk, K., 1968, 199.

[127] «Zukunft des deutschen Landwirtes im Falle eines englischen Sieges!», HStA Stuttgart: M77/1 Bü 497.

[128] *Ibid*. y «An das deutsche Volk!» HStA Stuttgart: M77/1 Bü 497 y J150, Nr. 232/8.

[129] *Vid*. las octavillas «Zukunft des deutschen Landwirts im Falle eines englischen Sieges!» y «Der Feind im Land!» y *cf*. «Wie brennt die Wunde brennt die Schmach!», todas en Bibliothek für Zeitgeschichte: Flugblattsammlung 7.Kriegsanleihe (1917). *Véase también* la portada del panfleto «Die 7. Kriegsanleihe» in HStA Stuttgart: J150, Nr. 232/8.

[130] Subtítulos de *Der Heimat-Schützengraben* (1916), reproducidos en Oppelt, U., 2002, 337-338. Aunque la película fue filmada para publicitar el Sexto Empréstito de guerra, fue reutilizada en la campaña del Séptimo. *Vid*. J. Kilian, «Propaganda für die deutschen Kriegsanleihen im Ersten Weltkrieg», en Wilke, J. (ed.), 2008, 136-137.

[1] «Notas provisionales sobre la dirección de nuestra política a la conclusión de la paz», de Bethmann, septiembre de 1914, reproducidas en Feldman, G. D. (ed.), 1972, 125.

[2] Kühlmann, cit. en Fischer, F., 1967, 479. *Véase también* 456-469.

[3] Kitchen, M., 1976, 160-169.

[4] Para la huelga en Berlín, *vid*. Feldman, G. D., 1992 (1966), 448-454. Para las huelgas en el norte, *vid*. Ullrich, V., 1999, 109-157.

[5] Fischer, F., *op. cit.*, 505-506.

[6] *Vid*. Kitchen, M., *op. cit.*, 183.

[7] Incluso Fisher, uno de los críticos más acerbos de la Alemania imperial, concede este punto. *Vid*. Fischer, F., *op. cit.*, 508.

[8] Kappeler, A., 2001, capítulo 7, narra el trato que el imperio zarista daba a sus minorías.

[9] Para un relato reciente de los horrores de la experiencia ucraniana de entreguerras, *vid*. Snyder, T., 2010, 21-53.

[10] Emperador Carlos, 27 de enero de 1918, cit. en May, A. J., 1966, 617.

[11] Wargelin, C. F., noviembre de 1997, cit. en 765. *Véase también* 772-773. Para la huelga de enero y el motín de Cattaro, *vid*. Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., 1974, vol. I, 59-90 y 107-148.

[12] Wargelin, C. F., noviembre de 1997, 765-767 y 773-774.

[13] Memorando, 1, probablemente de la 224.ª División alemana, 10 de junio de 1918, en BA-MA Friburg: PH8I/58.

[14] Acerca del Consejo Nacional Ucraniano, *vid*. Wilson, A., 2002, 121-124 y Roshwald, A., 2001, 95-98.

[15] Wargelin, C. F., noviembre de 1997, 765-767, 773-774.

[16] Loewenfeld-Russ, H., 1926, 402.

[17] *Vid*. el memorando, probablemente de la 224.ª División alemana, 10 de junio de 1918, en BAMA Friburg: PH8I/58.

[18] Dornik, W. y Lieb, P., marzo de 2013, 115-116. *Véase también* Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 400-401.

[19] Wargelin, C. F., septiembre de 2008, 268. *Véase también* Mick, C., 2010, 170-171.

[20] *Vid*. los resúmenes de los diarios de Galitzia («Übersicht Nr. 14»), noviembre de 1916, 19-23, en AP Poznań: Polizei Präsidium Posen 5062 y Präsidium der Polizeidirektion in Lwów al Statthaltereipräsidium in Biała, 3 de marzo de 1917, en AVA Viena: MdI, Präsidium (1916-17) 22/Galiz: Karton 2117: Nr. 9438.

[21] Conze, W., 1958, 256, n. 81 y 296-297.

[22] Jaworski, W. L., 1997, 208 (entrada del diario del 29 de julio de 1917).

[23] «Stimmung und wirtschaftliche Lage des österreichischen Bevölkerung im Hinterland (Septemberbericht)», 2. AVA Viena: MdI, Präsidium (1917). 22/gen. Nr. 21657. Acerca del desvío de alimentos, *vid*. Wargelin, C. F., noviembre de 1997, 780.

[24] Binder, H., 2005, 499-501. *Véase también* Wargelin, C. F., noviembre de 1997, 784-785.

[25] Los catorce puntos pueden consultarse en [http://avalon.law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp, consultado el 30 de enero de 2014]. *Véase también* Biskupski, M. B., mayo de 1990, 249-279.

[26] Panfleto publicado por el Komitet wspólny wszystkich stronnictw i grup w Nowym Sączu [Comité conjunto de todos los partidos y grupos en Nowy Sącz] donde se anuncia la huelga del 18 de febrero de 1918 (pegado en el interior del diario/memoria). KA Viena: NL Schwestek, B/89. *Cf*. octavillas similares en AN Cracovia: DPKr 552.

[27] Witos, W., 1978, 520. *Cf*. los documentos en AN Cracovia: DPKr 551.

[28] Mick, C., *op. cit.*, 173-174.

[29] Statthalter Galizia a Ministerium des Innern, «Ausschreitungen in Galizien im Februar 1918». AVA Viena: MdI, Präsidium (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 11226.

[30] *Vid*. la documentación referente a esta manifestación en AN Cracovia: DPKr 117: fos. 1149-1164.

[31] C. k. Dyrekcya poczt i telegrafów we Wiedniu to k. k. Post- und Telegraphendirektion in Wien, 15 de febrero de 1918. AN Cracovia: DPKr 187: fos. 1271-2; *Véase también* «Relacya», 23 de febrero de 1918 en *ibid*., fo. 1273.

[32] *Vid*. Buszko, J., 1970, 181-182 y Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 97-101.

[33] *Vid*. Hupka, J., 1937, 343; *Véase también* el informe del 16 de mayo de 1918; «Anfrage der Abgeordneten Wolf, Pacher und Genossen», en Haus der Abgeordneten, 5 de marzo de 1918. AN Cracovia: DPKr 119: fo. 165.

[34] «Wycia˛g z reskr. Min. spraw. wewn», 16 de mayo de 1918; «Anfrage der Abgeordneten Wolf, Pacher und Genossen», en Haus der Abgeordneten, 5 de marzo de 1918. AN Cracovia: DPKr 119: fos. 147-148 y 165.

[35] Bieniarzówna, J. y Małecki, J. M., 1979, vol. III, 318-319; Bąk-Koczarska, C., 1990, 70 y Gałas, M. y Polonsky, A., 2011, 4, 12-15 y 41. Acerca de los disturbios en Galitzia occidental, *vid.* Unowsky, D. L., julio de 2010, 412-435.

[36] *Vid*. capítulos 2 y 5 y para el reclutamiento de la Legión Polaca, *vid*. Mleczak, J., 1988, 162-163.

[37] Wróbel, P., 1994, 119 y 121.

[38] K. k. Oberleutnant a. D. Dr Stanislaus v. Turowski, «Bemerkungen über die letzten Unruhen in der Stadt», a k. u. k. Abteilungskommando in Kraków, 14 de mayo de 1917. AN Cracovia: DPKr 112: fos. 2850-2851.

[39] K. k. Polizei-Direktor Krakau, «Tages-Rapport», 6 de diciembre de 1917. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1916-17) 22/Galiz: Karton 2117: Nr. 24226.

[40] Sumario de los daños causados por las manifestaciones de mediados de enero de 1918. AN Cracovia: DPKr 119: fo. 1639.

[41] Denuncia, 19 de marzo de 1918. AN Cracovia: DPKr 188: fo. 347.

[42] «Große Exzesse gegen die Juden in Krakau», Fremdenblatt. 72 Jahrgang, Nr. 102. Morgenausgabe (23 de abril de 1918), 6.

[43] Acerca de los ataques a los judíos de los días 16 y 17 de abril de 1918, *vid*. k. k. Polizei-Direktor in Krakau, «Tages-Rapport», 16 y 17 de abril de 1918. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 9180 y 9035 y la documentación de AN Cracovia: DPKr 118: fos. 1659-1693, 1727 y 1729-1731. Acerca del 20 de abril, *vid*. «Protokoll», 25 de mayo de 1918 y los reportes adjuntos. AN Cracovia: DPKr 189: fos. 131-133, 135-136, 139-141.

[44] Para información de los disturbios antisemitas de mayo en Wieliczka y Klasno, *vid*. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 1206. Para la violencia posterior contra los judíos, *vid*. Golczewski, F., 1981, 169-175 y 181-213.

[45] K. k. Polizei-Direktor in Krakau, «Tages-Rapport», 19 de abril de 1918. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 9226. *Véase también* «Bericht über die Exzesse am 19./4.1918 am Tandelmarkte in der ul. Szeroka», 19 de abril de 1918. AN Cracovia: DPKr 118: fos. 1751-1752.

[46] Oblt. i. d. Res. Robert Steiner. «Meldung über Misshandlung», 16 de abril de 1918. AN Cracovia: DPKr 118: fo. 1719.

[47] K. k. Polizei-Direktor in Krakau, «Tages-Rapport», 17 de abril de 1918. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 9035.

[48] *Vid*. «Bericht über die Exzesse am 19./4.1918 am Tandelmarkte in der ul. Szeroka», 19 de abril de 1918. AN Cracovia: DPKr 118: fos. 1751-1752.

[49] Nachrichtenstelle des k. u. k. Mil. Mdos, Krakau, 17 de mayo de 1918. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 14672.

[50] K. k. Ministerium für Landesverteidigung al k. k. Ministerium des Innern, «Galizien-Stimmung», 18 de junio de 1918 y k. u. k. Militärkommando Przemysł, «Lagebericht», 21 de junio de 1918. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 14297 y Karton 2119: Nr. 16443.

[51] K. u. k. Militärkommando Przemysł, «Lagebericht», 21 de junio de 1918. AVA Viena: MdI, Präsidiale (1918) 22/Galiz: Karton 2118: Nr. 14297 y Karton 2119: Nr. 16443. *Véase también* Pichlík, K., 1970, 258.

[52] *Vid*. Barac, F., 1919, 60-62 (doc. 26) y 88-90 (doc. 44). Para el transfondo, *véase también* Newman, J. P., agosto de 2010, esp. 249-250 y 253-256 y, sobre todo, Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. II, 70-89 y 94-101.

[53] *Vid*. los informes-sumario de Praga, 6. Bogen y 11. Bogen, entradas 141 y 275 de finales de abril de 1917 y 5 de mayo de 1918. *Véanse también* los reportes de Tabor (1917) y Plaschin. polit. Bezirk Plan (7 de febrero de 1918). AVA Viena: MdI, Präsidiale. Varia Erster Weltkrieg: Karton 33.

[54] Rechter, D., 1997, 126-128.

[55] «Bericht des Gemeinsamen Zentralnachweisebureaus, Auskunftsstelle für Kriegsgefangene, Zensurabteilung in Wien für den Monat Dezember 1917 über die Stimmung der österreichischen Bevölkerung im Hinterlande», 2 y 5. AVA Viena: MdI, Präsidium (1918). 22/gen. Nr. 2358.

[56] Herwig, H. H., 1997, 365; Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 213 y Pichlík, K., *op. cit.*, 253.

[57] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 33-34.

[58] Cornwall, M., 2000, 272-277.

[59] Romer, J. E., 1921, 155-157.

[60] Wegs, J. R., 1970, 165-166, 207 y 216.

[61] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 46-51.

[62] Lelewer, G., 1927. Para una comparación de los porcentajes de ejecuciones de la Primera Guerra Mundial, *vid*. Watson, A., 2014, vol. II, 178-179.

[63] AOK, «Stellungsname zu Op. N 45286 betreffend die Ursachen von Desertion», 25 de septiembre de 1917. KA Viena: AOK-Op.-Abteilung: Karton 133: Nr. 45286.

[64] K. u. k. Heeresgruppenkommando F. M. Freiherr von Conrad, «Erhebungen über Desertion», 15 de septiembre de 1917. KA Viena: AOK-Op.-Abteilung: Karton 133: Nr. 45286.

[65] Pichlík, K., *op. cit.*, 263, n. 11.

[66] Nachtigal, R., 2006, 174-175 y 182-190.

[67] Lenin, cit. en Volgyes, I., enero-junio de 1973, 78.

[68] *Ibid*., 56-57, 63, 69; para la cita de Kun, 75.

[69] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 280-284.

[70] Rachamimov, A., 2000, 87-105.

[71] El estudio pionero en este campo es el de Vischer, A. L., 1919.

[72] Para más detalles, *vid*. Nachtigal, R., 2007 y Wurzer, G., 2006, 108-109, 112-113 y 118. El porcentaje de muertos en este ferrocarril fue, dicho sea de paso, mucho peor que el del ferrocarril de Birmania en la Segunda Guerra Mundial, mucho más célebre. Custodiados por los japoneses, perecieron 12 000 de los 62 000 prisioneros occidentales que allí trabajaron, una tasa de mortalidad del 19 por ciento. También murieron al menos 73 000 obreros forzosos asiáticos, una tasa del 27 por ciento. *Vid*. Kratoska, P. H. (ed.), 2006, vol. I, 11.

[73] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 281, n. 12.

[74] Wassermeier, O., 1968, 279.

[75] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 323-341.

[76] Czernin, O., 1920, 31.

[77] Fischer, F., *op. cit.*, 527-529 y May, A. J., op. cit., vol. II, 630-636 y 722-726.

[78] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. I, 37-42.

[1] Thaer, A. von, 1958, 150-151 (entrada del diario del 31 de diciembre de 1917).

[2] Ludendorff, E., 2005 (1919), vol. II, 543.

[3] *Vid*. el reporte del Magistrat de Frankfurt de «Stimmung der Zivilbevölkerung», 17 de diciembre de 1917. HHStA Wiesbaden: 405: Nr. 6359: fo. 37. Más en general, «Zusammenstellung der Monatsberichte der stellv. Generalkommandosan das preußische Kriegsministerium betr. die allgemeine Stimmung imVolke», noviembre de 1917 (3 de diciembre de 1917), 1, 39-40. GStA PK, Berlín: I. HA Rep 90A, Nr. 2685.

[4] Scheidemann ante el Comité de Dirección del Reichstag, 24 de enero de 1918, reproducido en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), 1959, vol. II, 245 (doc. 327).

[5] Wetzell, cit. en Herwig, H. H., 1997, 394.

[6] Acerca del conocimiento germano de los motines franceses, *vid*. Generalquartiermeister, memorando, 27 de julio de 1917. GLA Karlsruhe: 456 F 109, Nr. 1. Para las condiciones del frente interior, *vid*. Becker, J.-J. y Krumeich, G., 2010, 121y 127-128.

[7] Abteilung Fremde Heere, «Mitteilung über die britische Armee Nr. 4», 1 de enero de 1918. HStA Stuttgart: M33/2, Bü 536. Acerca de la planificación de la ofensiva de primavera, *vid*. Zabecki, D. T., 2006, 93-112.

[8] Acerca del mando, *vid*. Samuels, M., 1995, capítulo 3. Para las tropas, *vid*. Watson, A., 2008, 175-183.

[9] Rawlinson a Wilson, 18 de abril de 1918, cit. en Brown, I. M., 1998, 191. Para un estudio a fondo, *vid*. Zabecki, D. T., 2011, 161-186.

[10] Zabecki, D. T., 2006, 109.

[11] Middlebrook, M., 1978, 70-74.

[12] Fong, G., abril de 2000, 229-230.

[13] Zabecki, D. T., 2006, 126-133.

[14] *Ibid*., 125-126.

[15] «What are you fighting for?», volante de propaganda editado el 26 de febrero de1918. HStA Stuttgart: M33/2 Bü 516.

[16] Postüberwachung der 5. Armee, reportes del 10 de enero y 24 de febrero de 1918. BA-MA Friburgo: W-10/50794: fos. 35 y 45.

[17] L. Wernicke, diario, 21 de marzo de 1918. DTA, Emmendingen: 1040, II.

[18] Von Heydekampf, extracto de su diario, reproducido en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. II, 251.

[19] Middlebrook, M., *op. cit.*, 322-323. *Véase también* Samuels, M., *op. cit.*, 214-221.

[20] Müller, G. A. von, 1961, 344 (entrada del diario del 23 de marzo de 1918).

[21] *Leutnant* B. al *Oberarzt* Travers, 30 de marzo de 1918. HHStA Wiesbaden: Feldpostbriefe-Paul Travers: 1073, Nr. 8.

[22] Kitchen, M., 2001, 94.

[23] Watson, A., *op. cit.*, 181.

[24] Para un análisis día a día de la ofensiva, *vid*. Zabecki, D. T., 2006, 139-173. Para los avances, *vid*. Stevenson, D., 2011, 67.

[25] Deist, W., 1995 (1992), 149-150. Para un ejemplo de las fuertes pérdidas de infantería, *vid*. la relación de pérdidas de la 1.ª División de Reserva de la Guardia, en H. Fuchs, diario, 30 de marzo de 1918. BA-MA Friburgo: MSg 1/2968.

[26] Zabecki, D. T., 2006, 184-205.

[27] Foley, R., 2010, 77.

[28] Zabecki, D. T., 2006, 199.

[29] R. Lechmann, carta a su hermana, 28 de abril de 1918. Colección privada (autor).

[30] Diario de Kuhl, cit. en Stevenson, D., *op. cit.*, 75.

[31] Thaer, A. von, *op. cit.*, 182 (entrada del diario de aproximadamente el 18 de abril de 1918).

[32] Zabecki, D. T., 2006, esp. 219.

[33] Lutz, R. H. (ed.), 1969, 69. *Cf.* Gallwitz, M. von, 1932, 340 y Müller, G. A. von, 1961, 374 (entrada del 23 de julio de 1918).

[34] Stevenson, D., *op. cit.*, 112-169 y Griffith, P., 1994, 22.

[35] Comandante Ludwig Beck, cit. en Deist, W., 1995 (1992), 151.

[36] Acerca del estado de las unidades de primera línea durante las últimas semanas, *vid*. los informes incluidos en Philipp, A. (ed.), 1928, vol. VI, 321-386. Para los efectivos de ametralladoras, *vid*. los sumarios de información, 4.º Ejército, informe n.º 287, 1 de octubre de 1918, 7. TNA London: WO 157/199.

[37] Para las cifras, *vid*. Deist, W., abril de 1996, 197 y Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 143*.

[38] Ayres, L. P., 1919, 104. Acerca de los transportes estadounidenses, *vid*. Stevenson, D., *op. cit.*, 345.

[39] Deist, W., abril de 1996, 190 y Kitchen, M., 2001, 14.

[40] Para la táctica, *vid*. Boff, J., 2012, capítulos 5 y 6; Stachelbeck, C., 2010, 236-245. Para efectivos divisionarios, *vid*. A. F. B. D., octubre 1919-marzo 1920, 292 y Deist, W., 1995 (1992), 159.

[41] Discurso de Ludendorff del 23 de octubre de 1918, reportado por el *Militärbevollmächtigter* de Sajonia al ministro de la Guerra, 24 de octubre de 1918. HStA Dresden: Militärbevollmächtigter Nr. 4216: fos. 114-115.

[42] Altrichter, F., 1933, 134-136.

[43] Watson, A., *op. cit.*, 196-197 y 205-206.

[44] *Ibid*., 212.

[45] Lutz, R. H. (ed.), *op. cit.*, 142-145. *Véase también* la orden del ministro de la Guerra prusiano titulada «Disziplinlosigkeiten bei Ersatztransporten», 22 de julio de 1918. HStA Stuttgart: M38/17 Bü 5: fo. 53.

[46] W. Giffenig, cit. en Watson, A., *op. cit.*, 212. Para otros ejemplos de indisciplina, *vid. ibid.*, 213.

[47] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. II, 586, 613 y 642; informe de Von Kuhl en Lutz, R. H. (ed.), *op. cit.*, 84-85.

[48] Thaer, A. von, *op. cit.*, 188 (entrada del diario de los días 26 y 27 de abril de 1918).

[49] Kitchen, M., 2001, 209 y Nachtigal, R., 2006, 246.

[50] Informe del batallón de entrenamiento del Regimiento de Infantería de Reserva n.º 111 en Donaueschingen, 1 de septiembre de 1918. GLA Karlsruhe 456 F55, Nr. 76. Para otros ejemplos, *vid*. Watson, A., *op. cit.*, 213-214.

[51] Ludendorff, E., *op. cit.*, vol. II, 679.

[52] Sumarios de información, 4.º Ejército, «Weekly Appreciation: For Period from 10th to 16th August (inclusive)», 17 de agosto de 1918, 3-4. TNA London: WO 157/197.

[53] 41.ª División, orden del 14 de agosto de 1914, reproducida en Scheidemann, P., 1921, 185-186. Con respecto a la cifra de prisioneros, *vid*. United States War Office, 1989 (1920), 449.

[54] Res. Feldartillerie Regt. 3, «Erfahrungen aus den Kämpfen vom 18. Bis21.7.1918», 25 de julio de 1918. BA-MA Friburgo: PH 8-II/4. *Véase también*, para la respuesta militar, «Bestimmungen über die Organisation zur Sammlung und Weiterleitung von Versprengten an der Westfront», 13 de septiembre de 1918. GLA Karlsruhe: 456 Fr, Nr. 110.

[55] Chef des Generalstabes, orden, 1 de agosto de 1918. GLA Karlsruhe: 456 F6, Nr. 110. Para otros ejemplos, *vid*. Deist, W., abril de 1996, 202.

[56] Dr G., diario/memoria, 26 de septiembre de 1918. BA-MA Friburgo: MSg 2/628. Para una visión más general de la elusión del servicio y la gripe, *vid*. Strachan, H., 1996, 394-395.

[57] *Vid*. Ulrich, B. y Ziemann, B. (eds.), 1994, 140 (doc. 56c) y *Why Germany Capitulated on November 11, 1918: A Brief Study Based on Documents in the Possession of the French General Staff*, 1919, 60.

[58] Volkmann, E. O., 1929, XI(2), 66. En relación con los historiadores modernos que siguen haciéndose eco de tales afirmaciones, el más reciente es Ziemann, B., 2013, capítulos 6 y 7. Los argumentos de Ziemann de que fue una «huelga encubierta» descansan sobre una combinación de hipérbole y una lectura acrítica de las órdenes del Ejército. Su obra no logra explicar por qué ni las cifras de deserción de la época, ni el récord de puestos de rezagados apoyan su afirmación de que antes de octubre de 1918 hubo un gran éxito de soldados de primera línea. También muestra una credulidad desconcertante en su tratamiento de las estimaciones de evasores del servicio de la posguerra, muy politizadas, y renuncia a una investigación deconstructiva de tales cifras.

[59] Stachelbeck, C., *op. cit.*, 151, 297, n 215 y 346-347 y Jahr, C., 1998, 157 y 159, gráficos 1 y 3. Para una confirmación adicional de la modesta tasa de deserción de la segunda mitad de 1918, *véanse también* las cifras del contingente de Wurtemberg en Zroka, R. E., 2013, 73-74.

[60] *Vid*. Jahr, C., *op. cit.*, 166-167 y Watson, A., *op. cit.*, 210.

[61] Acerca de la legislación castrense alemana, *vid*. Jahr, C., *op. cit.*, 162, 195-197y 232-235. Para más detalles dl colapso germano y una revisión de argumentos más antiguos en torno a la deserción, *vid*. Watson, A., *op. cit.*, capítulo 6.

[62] Harris, J. P. y Barr, N., 1998, 291. Para el total de prisioneros alemanes, *vid*. Huber, M., 1931, 132.

[63] Einem, K. von, 1938, 434-435 (carta del 14 de septiembre de 1918).

[64] Sumarios de información, 4.º Ejército: «Weekly Appreciation: For Period from August 31st to 6th Sept., 1918 (Incl.)», 7 de septiembre de 1918, 3-4 e informe de n.º 266, 10 de septiembre de 1918, 5. TNA Londres: WO 157/198.

[65] Jahr, C., *op. cit.*, 165 y Lasswell, H. D., 1927, 184.

[66] Bruntz, G. G., 1938, 98, 111-112 y 124-125.

[67] Denuncia de R. Peyke al ministro de la Guerra de Sajonia de una conversación oída, 23 de agosto de 1918. HStA Dresden: 11352 Stellv. Gen-Kdo XIX AKKA(P) 24170, fo. 145.

[68] *Vid*. Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), op. cit., vol. III, 132*.

[69] Carta de H. Schützinger a M. Hobohm, 30 de marzo de 1927, reproducida en Hobohm, M., 1929, vol. XI, 424.

[70] Bayern, Kronprinz R. von, 1929, vol. II, 443.

[71] Informe de censura del 6.º Ejército, 4 de septiembre de 1918, en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. II, 303 (doc. 356).

[72] Relato de Mechow en el archivo, 1517. BA-MA Friburgo: W-10/50677.

[73] Bayern, Kronprinz R. von, *op. cit.*, vol. III, 28 (carta a su padre, 14 de octubre de1918).

[74] The New York Times, 1918, vol. XVI, 400.

[75] Este pasaje está basado en Watson, A., *op. cit.*, 215-229. Acerca del castigo por desertar al enemigo, *vid*. la orden emitida por el Chef des GenStabes des Feldheeres, 25 de junio de 1918, reproducido en Ulrich, B. y Ziemann, B. (eds.), *op. cit.*, 123-124 (doc. 47c).

[76] Gaupp, R., 1922, vol. I, 91.

[77] Nebelin, M., 2010, 423-424.

[78] Thaer, A. von, *op. cit.*, 222 (entrada del diario del 15 de agosto de 1918).

[79] Nebelin, M., *op. cit.*, 446-450 y 454-455. *Véase también* Kitchen, M., 1976, 252.

[80] *Vid*. las notas del coronel Mertz von Quirnheim, reproducidas en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. II, 293 (doc. 353).

[81] Foerster, W., 1952, 73-74.

[82] *Ibid*., 76-79.

[83] Nebelin, M., *op. cit.*, 423-424.

[84] Reichskanzlei, 1919, 6.

[85] Thaer, A. von, *op. cit.*, 234 (entrada del diario del 1 de octubre de 1918).

[86] *Ibid*.

[87] *Vid*. las notas de Von Hintze acerca de la reunión, reproducidas en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. II, 319-320 (doc. 365).

[88] R. Höfner, diario, 3 de abril de 1918. DTA, Emmendingen: 1280,1.

[89] Acerca de la comida, *vid*. Offer, A., 1989, 48-50. Acerca de la gripe, *vid*. Kolata, G., 2001, 7.

[90] Discurso de Kühlmann ante el Reichstag, 24 de junio de 1918, reproducido en Michaelis, H., Schraepler, E. y Scheel, G. (eds.), *op. cit.*, vol. II, 274 (doc. 340a).

[91] Koszyk, K., 1968, 192.

[92] Landrat de St Goarshausen a Regierungspräsident, Wiesbaden, 16 de septiembre de 1918. HHStA Wiesbaden: 405: Nr. 6360: fo. 117 y carta de un miembro de la opinión pública a Stellvertretendes Generalkommando Stuttgart, 20 de septiembre de 1918. HStA Stuttgart: M77/1, Bü 786. Para un solo ejemplo de los informes que atestiguan la sensación de crisis entre la opinión pública de Alemania, en gran parte a causa de los acontecimientos en el frente, *vid*. N. O. des stellv. Generalkommandos XIII A. K. Stuttgart, «Die Gegenwärtigen Maßnahmen zur Hebung derStimmung in Württemberg», 16 de septiembre de 1918. HStA Stuttgart: M77/1 Bü787: fo. 172.

[93] F. Schlamp, cartas, 4, 10 y 14 de septiembre y 16 de octubre de 1918. Colección del autor.

[94] May, A. J., 1966, vol. II, 722-727 y 748-755.

[95] Rothenberg, G. E., 1998 (1976), 212-213.

[96] Para las estadísticas, *vid*. Herwig, H. H., 1997, 370; Thompson, M., 2008, 342 y Gratz, G. y Schüller, R., 1930, 151. *Véase también* Zeman, Z. A. B., 1961, 218-219.

[97] Thompson, M., *op. cit.*, 344-346 y Herwig, H. H., 1997, 370-371. Con respecto al mal estado de las tropas, *vid*. Cornwall, M., 2000, 287-299. Para una relación de la batalla, *vid*. Romer, J. E., 1921, 161-164.

[98] Glaise-Horstenau, E. von, 1930, 175.

[99] May, A. J., *op. cit.*, vol. II, 723.

[100] Healy, M., 2007 (2004), 187-188.

[101] Rauchensteiner, M., 1993, 567.

[102] Loewenfeld-Russ, H., 1926, 70.

[103] *Vid.* Glaise-Horstenau, E. von, *op. cit.*, 155 y Loewenfeld-Russ, H., *op. cit.*, 71.

[104] Para reportes-sumario que proporcionan una buena visión general de los apuros de las ciudades imperiales, *vid*. AVA Viena: MdI, Präsidium. Varia Erster Weltkrieg: Karton 33.

[105] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., 1974, vol. I, 39-42.

[106] May, A. J., *op. cit.*, vol. II, 760-763.

[107] Minutas del Consejo Común Ministerial, Viena, 27 de septiembre de 1918, reproducidas en Cornwall, M., 2002b, 198.

[108] Acerca del telón de fondo del manifiesto, *vid*. Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 603-608 y Glaise-Horstenau, E. von, *op. cit.*, 207-209. Puede consultarse una copia en internet: [http://www.bl.uk/collection-items/to-faithful-austrianpeople-emperor-karl#].

[109] *Vid*. Křen, J., 2000, 371-372.

[110] Macartney, C. A., 1968, 831.

[111] *Vid*. el relato en Redlich, J., 1953, vol. II, 305 (entrada del diario del 21 de octubre de 1918).

[112] Galántai, J., 1989, 315-322.

[113] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. II, 247-259.

[114] *Ibid*., 260-277. Acerca de la muerte de Tisza, *vid*. May, A. J., *op. cit*., vol. II, 789.

[115] Rauchensteiner, M., *op. cit.*, 614-615.

[116] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. II, 143-158, 184-185 y 217.

[117] *Vid*. Glaise-Horstenau, E. von, *op. cit.*, 260-261 y 264-267.

[118] Redlich, J., op. cit., vol. II, 310 (entrada del diario del 30 de octubre de 1918).

[119] A. Czechówna, diario, 1 de noviembre de 1918. AN Cracovia: IT 428/42.

[120] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. II, 289-301 y Bieniarzówna, J. y Małecki, J. M., 1979, vol. III, 394.

[121] Plaschka, R. G., Haselsteiner, H. y Suppan, A., *op. cit.*, vol. II, 213 y 316 y Golczewski, F., 1981, 205-213.

[122] Cit. en Mazower, M., primavera de 1997, 50. Para el conflicto polaco-ucraniano y el pogromo en la ciudad, *vid*. Mick, C., 2010, 203-256.

[123] Rudin, H. R., 1944, 53-54.

[124] Baden, M. von, 2011 (1927), 331 y 335. En relación con la composición del Gobierno, *vid*. Rudin, H. R., *op. cit.*, 81.

[125] Rudin, H. R., *op. cit.*, 53 y 56-80.

[126] Geyer, M., septiembre de 2001, 477-482.

[127] Rudin, H. R., *op. cit.*, 80.

[128] *Ibid*., 104, 121-132.

[129] Geyer, M., *op. cit.*, 494.

[130] *Vid*. las minutas de la reunión en Ludendorff, E. (ed.), 1920, vol. II, esp. 666, 674 y 686. *Vid*. Nebelin, M., *op. cit.*, 477-482.

[131] *Ibid*., 668. Acerca de la imposibilidad de reclutar a esos 600 000 hombres, *vid*. Wrisberg, E. von, 1921, 100. Groener creía que los que podían ser movilizados ya estaban en el Ejército: Groener, W., 1957, 448.

[132] *Vid*. esp. Boff, J., *op. cit.*, 38.

[133] Gallwitz, M. von, op. cit., 429 (entrada del diario del 21 de octubre de 1918).

[134] Bayern, Kronprinz R. von, vol. II, 459 (entrada del diario del 12 de octubre de1918). *Cf*. Einem, K. von, *op. cit*., 450-451 (carta del 15 de octubre de 1918) y Kriegsministerium al Reichskanzler, 31 de octubre de 1918. BA Berlin Lichterfelde: R43/2440: fo. 270.

[135] *Vid*. la declaración de Max en la reunión del 17 de octubre en Ludendorff, E. (ed.), *op. cit.*, vol. II, 686.

[136] Cit. en Rudin, H. R., *op. cit.*, 173.

[137] Vizepräsident des Staatsministeriums al Reichskanzler, 22 de octubre de 1918. BA Berlin Lichterfelde: R43/2440.

[138] Nebelin, M., *op. cit.*, 493.

[139] Káiser, cit. en Nebelin, M., *op. cit.*, 497-498.

[140] Herwig, H. H., 1980, 245.

[141] Deist, W., octubre de 1966, 349 y 355. *Véase también* Herwig, H. H., 1980, 245.

[142] *Vid*. esp. Groß, G. P., 1999, 354-365.

[143] *Ibid*., 350-351 y Herwig, H. H., 1980, 247 y 250.

[144] Deist, W., octubre de 1966, 347-348.

[145] Este relato procede de *ibid*., 361-364; Herwig, H. H., 1980, 250.

[146] Leidinger, H., 2006, 220-235 y Horn, D., 1969, 234-246.

[147] Kluge, U., 1975, 48-56.

[148] Acerca de la nota de Wilson, *vid*. Rudin, H. R., *op. cit.*, 321-322.

[149] Kluge, U., 1975, 65.

[150] Rudin, H. R., *op. cit.*, 327-329 y 349-351.

[151] En relación con este episodio, *vid*. Stephenson, S., 2009, 83-90.

[152] Rudin, H. R., *op. cit.*, 345-359 y Kluge, U., 1975, 82-87.

[153] Jessen-Klingenberg, M., noviembre de 1968, 653.

[154] Rudin, H. R., *op. cit.*, 333, 381-383 y 427-432.

[155] Para las revoluciones alemanas, *vid*. Kluge, U., 1985. Acerca de la agitación en las fronteras orientales a partir de diciembre de 1918, *vid*. Czubiński, A., 1988.

[*] N. del T.: Alusión a la canción, muy popular entre los soldados británicos, *It's a long way to Tipperary* [Hay un largo camino hasta Tipperary}. Estrenada en 1912, narra la añoranza de la tierra natal de los emigrantes irlandeses en Londres. En 1914 fue adoptada por los soldados británicos destacados en el continente.

[1] Margaret MacMillan presenta en *Peacemakers* (MacMillan, M., 2001) un fascinante relato de las deliberaciones de París. Por otra parte, *véase también* un resumen de las acciones militares independientes de los nuevos Estados de la Europa centro-oriental en Rothschild, J., 1978.

[2] Marks, S., junio de 1983, 122-170.

[3] May, A. J., 1966, vol. II, 806-808. Acerca de la beatificación, *vid*. [http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/europe/3710810.stm].

[4] Jarausch, K. H., 1973, 1-3.

[5] *Vid*. la entrada acerca de Berchtold en Tucker, S. C. (ed.), 2005, 200-201. Biliński, L., 1924-1925, esp. vol. I, 274-294 y vol. II, 200-312, para sus experiencias en julio de 1914 y como ministro de Finanzas de Polonia, respectivamente.

[6] Sondhaus, L., 2000, 225-227.

[7] Nebelin, M., 2010, 507 y Chickering, R., 2003, 151-178.

[8] Pyta, W., 2009 (2007), 461 y ss.

[9] *Vid*. Dadrian, V. N. y Akçam, T., 2011.

[10] Hankel, G., 2003, esp. 97-104.

[11] Naimark, N. M., 2001, 57.

[12] *Vid*. Evans, R. J. W., 2007, 212.

[13] Sharp, A., 1996, 25.

[14] Batowski, H., 1970, 342.

[15] MacMillan, M., *op. cit.*, 475 (para la cita) y, más en general, 475-481. Para la nota de Wilson del 23 de octubre de 1918, *vid*. Rudin, H. R., 1944, 173.

[16] Wicker, K., 1936, 521-522 y Pearson, R., 1996, 95-96.

[17] Kirk, D., 1946 y Pearson, R., *op. cit.*, 98-99. La cifra de alemanes excluye a 3,3 millones de suizos y 1,2 millones de germano-soviéticos.

[18] Rhode, G., 1966, 99. Existen otras estimaciones más elevadas. *Vid*. Blanke, R., 1993, 32-34.

[19] Boswell, L., invierno de 2000, 141.

[20] Mócsy, I. I., 1983, 10.

[21] Marks, S., septiembre de 1978, 231-239. *Véase también* Ferguson, N., 1998, 399-432.

[22] *Vid*. Liberman, P., 1996, capítulo 5. Para las tropas franco-africanas, *vid*. Nelson, K. L., diciembre de 1970, 606-627.

[23] *Vid*. esp. Mosse, G. L., 1990, 11, 160-181, 219.

[24] Bessel, R., 1993, 77-81 y 88-90 y Stephenson, S., 2009, 205-210. Para la violencia paramilitar, *vid*. Gerwarth, R., agosto de 2008, 175-209.

[25] Whalen, R. W., 1984, 95.

[26] Grebler, L. y Winkler, W., 1940, 136 (cifras de 1923).

[27] Mann, M., 2005 (2004), 223-228. Para un ejemplo del modo en que el desplome de las comunidades multiétnicas del Reich guarda cierto parecido con el caso de Cracovia descrito en el presente libro, *vid*. la documentación relacionada con los disturbios de Culmsee, en Prusia Occidental, AP Toruń: Star. Pow. Toruniu 1818-1920, Nr. 1009: fos. 701-735.

[28] Jászi, O., 1966 (1929), 455.

[29] Sanitätsbericht Heeres-Sanitätsinspektion des Reichskriegsministeriums (ed.), 1934-1938, vol. III, 12.

[30] Grebler, L. y Winkler, W., *op. cit.*, 144 y Winkler, W., 1919, 6-8.

[31] Para un ejemplo excelente de cómo los veteranos reinterpretaron su sacrificio para ajustarlo a la narrativa oficial y así obtener beneficios políticos y materiales, *vid*. Eichenberg, J., 2011.

[32] R. Höfner, entrada del diario del 10 de noviembre de 1918. DTA, Emmendingen: 1280,1.

[33] Carta de Elisabeth Harmuth a Gertrud Kohnstern, 2 de noviembre de 1918. Colección del autor.

[34] Becker, J.-J. y Krumeich, G., 2010, 310.

[35] *Vid*. Goebel, S., octubre de 2004, 487-501. Siebrecht, C., 2013, en esp. capítulo 5 y las obras clásicas acerca de los muertos y el luto tras la Primera Guerra Mundial, Mosse, G. L., *op. cit.*, capítulo 5 y Winter, J., 1995.

[*] N. del T.: Texto extraído de *El Tratado de Versalles y sus antecedentes*, Madrid, Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, 1920, 305https://archive.org/details/BRes120738/page/n303/mode/2up

«Uno de los libros recientes más importantes sobre la Primera Guerra Mundial y, sin duda, uno de los mejores». *The Guardian*

Alexander Watson

EL ANILLO DE ACERO

ALEMANIA Y AUSTRIA-HUNGRÍA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Lectulandia